CON MÁS DE 200,000 LECTURAS EN PLATAFORMAS DIGITALES

SOMBRÍOS

ACABA CONMIGO

JASMÍN MARTÍNEZ &
CAROLINA MALDONADO

JASSY'S BOOKS

Jasmín Martínez
&
Carolina Maldonado

SOMBRÍOS

ACABA CONMIGO

Sombríos
Acaba Conmigo
©Jasmín Martínez & Carolina Maldonado
Todos los derechos reservados.
All rights reserved.
Primera Edición: Octubre 2024
Corrección: Isaura Tapia
Diseño de portada: Tyler Evelyn Rood
Maquetación: Lotus Ediciones
Imágenes y Vectores utilizados: ©AdobePhotoStock./©Freepik.
Ilustración: Patty Art

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su integración en sistemas informáticos o su transmisión en cualquier forma o medio, sin el permiso previo de la titular del copyright.

La infracción de estas condiciones puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y situaciones descritos en esta obra son ficticios. Cualquier similitud con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Contenido

CONTENIDO
ADVERTENCIA
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64

CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA
JASMÍN MARTÍNEZ
BIOGRAFÍA
CAROLINA MALDONADO

Advertencia

Este libro es apto para mayores de dieciocho años con criterio formado, ya que contiene temas que podrían ser perjudiciales para la sensibilidad y susceptibilidad de algunas personas.
Así como temas que implican:

- Abuso y violencia explícita.
- Escenas sexuales explícitas (en ocasiones no consensuadas).
- Drogas.
- Lenguaje ofensivo.
- Problemas psicológicos y psiquiátricos.
- Comportamientos sociales ofensivos.
- Temas sobre BDSM.
- Entre otros.

Me presentó a sus demonios,
y los puse a gemir a todos.

—Kristian Da Rivas—

Para quienes aman leer historias retorcidamente románticas, eróticas y oscuras:
Sigue portándote mal, cariño, y abre las piernas para mí mientras le das vuelta a esta página...

Va bene, amore.
Ahora, acaba conmigo.

INTRODUCCIÓN

Un año antes…

Me sentía herida, decepcionada, frustrada, fúrica, traicionada, pero también eufórica y hasta excitada. La gente a mi alrededor me observaba incrédulos y algunos con miedo. Supongo que siempre esperaron todo de mí, menos que permitiera el abuso sexual, dañara a niños o… al amor de mi vida.

El hombre debajo de mi cuerpo, el tipo por el que era capaz de darlo todo, incluso mi poder, (lo que me gané a base de luchas, sobrevivencia y maldad). Nicholas Cratch, mi nuevo rey en el bajo mundo, mi maldito mundo, el único que llegó más allá de donde se lo permití a los demás, quien conoció a mi mayor tesoro, pero que en la primera oportunidad que tuvo lo dañó creyendo que mi amor por él era tan grande como para perdonarle cualquier cosa, sin importar lo terrible que fuera.

Y no se equivocó, mi amor por él era inmenso, pero no estúpido y su gran error fue creer que lo perdonaría así jurara que todo fue una equivocación y que se vio obligado a hacer lo que yo no podía para que no perdiera mi liderato.

—Solo… solo buscaba ayudarte —explicó con la voz queda cuando todavía podía hablar.

En ese instante ya no tenía lengua, tampoco polla o bolas.

Y yo me encontraba bañada en su sangre, encima de él, drogada con el olor metálico que desprendía. Pero incluso metida en esa nube logré ver un movimiento de soslayo y sin dudarlo saqué el arma que llevaba metida en la parte de atrás de mi pantalón y la disparé, escuchando de inmediato un golpe sordo en el suelo y al girar el rostro en esa dirección encontré a uno de los chicos más fieles de Nick dando espasmos, luchando por tomar un último aliento.

—El siguiente que se atreva a moverse ocupará el lugar de su líder —advertí con la voz oscura.

Mi gente obligaba a los pocos que quedaban del grupito de Nick a observar todo, como una oscura lección de lo que les pasaría *si se quedaban trabajando conmigo* y se atrevían a desobedecerme de nuevo.

Eso contando con que los dejara vivir.

Miré de nuevo a Nick, quien me observaba con ojos brillosos, los mismos que tanto adoré porque su mirada siempre mostró que me amaba más de lo que yo a él. Pero qué estúpida fui al no reconocer al lobo vestido de oveja que dormía a mi lado, olvidando fácilmente la mayor enseñanza de Frank Rothstein, el hombre que me llevó a la cima del poder.

—¿Entonces tú no confías en mí? —le pregunté a Frank cuando estábamos en la cama, me daba una de sus charlas luego de follarme.

—Por supuesto que no, princesa. Que te ame no significa que sea tan estúpido como para confiarte todo de mí, pero sí te has ganado más de lo que todos a mi alrededor —respondió con la sinceridad que lo caracterizaba.

Y no me molestó su declaración, era la más consciente de su vida y los riesgos a los que se enfrentaba por liderar una élite tan poderosa.

—Por eso duermes conmigo sin tener un arma bajo la almohada —señalé y me puse de rodillas en la cama cuando él se salió para vestirse.

Me miró y sonrió de lado y tras ponerse el bóxer y el pantalón regresó a la cama y me acarició la barbilla.

—No —confesó y lo miré con una ceja alzada—. Evito tenerla porque me podrías asesinar con ella.

—Frank, yo no…

—¡Shhh! —Me silenció poniendo el pulgar en mis labios—. No digas que no lo harías, Iraide —aconsejó. Él era uno de los pocos que me llamaba por mi nombre completo—, porque entonces me decepcionarás —señaló—. Nunca olvides mis reglas si quieres sobrevivir en este mundo hasta conocer a tus nietos. Jamás confíes tu vida en nadie y ni siquiera en la persona que dice amarte, porque cuando te apuñalen por la espalda, no te matará la herida sino saber quién sostenía el puñal —sentenció haciéndome tragar con dificultad y luego me besó.

Esa noche tras irse de mi recámara me comprobó con hechos lo que tanto me aconsejó. Ya que murió en un atentado perpetrado por su esposa. Porque sí, yo solo era la amante. La chica a la que podía amar de noche, pero no a la luz del día. Su puta favorita ante los ojos de los demás.

Y una vez más estaba comprobando que Frank siempre tuvo razón. Jamás debía confiar en nadie y menos en la persona que decía amarme, porque me apuñalaron por la espalda y era más mortal saber quién sostenía el puñal.

—Con estas manos me adoraste —le dije a Nick cuando me bajé de su cuerpo y me miró con terror, gimiendo desesperado.

Estábamos en lo que denominaba mi museo personal, un lugar donde muchos entraban, pero pocos salían.

Al menos no con vida o completos.

Le había inyectado un estimulante para que no se desmayara del dolor y lo tenía atado en una plancha de metal que estaba destinada a usarse en la morgue, con los brazos extendidos hacia los lados. Cogí el hacha de la mesita donde deposité los instrumentos que necesitaría y la alcé regalándole una sonrisa siniestra, de esas que una vez dijo amar. El golpe que lancé fue limpio y le corté justo en las muñecas. La mano cayó al suelo y pudo gritar, ahogándose con la sangre que todavía brotaba de donde antes estuvo su lengua.

Escuché los jadeos de fondo, algunos comenzaron a vomitar y yo, solo seguí riendo con gozo hasta que desmembré cada parte de Nick y luego de lograr reanimarlo decidí dar el golpe final.

—No te arranco los ojos porque quiero que veas cada parte de ti que te abandona, cada pieza que daré de comer a los lagartos y leones, porque a mis perros no los voy a intoxicar con tu veneno —le dije y de nuevo me subí encima de él.

Tuvo la capacidad de negar al ver mi puñal y se removió cuando lo coloqué en su pecho. Nick no tenía idea de que lo desmembré según cada recuerdo que tenía de nosotros y con cada palabra que me susurró mientras juró que me amaba con locura.

—Menos esto —indiqué al presionar con fuerza la punta del puñal en su pecho, del lado izquierdo.

—¡Joder! Cómo te amo, mujer. Mi corazón es tuyo —aseguró mientras me hacía el amor.

—No digas eso, porque me lo tomaré en serio —advertí.

—Te amo, Ira. Te pertenezco, mi corazón sobre todo —repitió y cuando notó que alegaría me besó.

—Porque es mío, cierto —pronuncié saliendo de mis recuerdos, clavando más profundo el puñal y su mirada de terror logró que mi visión se volviera borrosa—. Tu corazón es mío, Nick, tú me lo aseguraste —le recordé con la voz quebrada— y te amo tanto, que no soy capaz de dañarlo y menos de perderlo —finalicé.

Cortar la piel y los músculos fue fácil, con las costillas necesité una sierra, pero llegué a mi objetivo

y, aunque Nick se había desmayado de nuevo, tuve la dicha de tocar su corazón cálido y palpitante, hasta que lo corté de sus válvulas y venas y murió en mis manos.

—Increíble —susurré al sostenerlo con ambas manos y ver atenta hasta que dejó de dar su último latido.

Muchas personas seguían vomitando, otros me veían como si tuviesen frente a ellos a una maniática.

—¡Faddei! —grité a uno de mis hombres más cercanos.

El viejo también fue el más cercano a Frank y cuando tomé su lugar, Faddei dijo que lo merecía y por lo mismo me juró su lealtad.

Llegó de inmediato con un tarro grande de vidrio lleno de formol. Cuando se paró a mi lado quitó la tapa y noté que las manos le temblaban, solo sonreí y con cuidado deposité el corazón de mi amado para que se conservara. Faddei hizo tintinear la tapa contra el vidrio cuando intentó cerrar el tarro y lo tomé de las manos en un intento por calmarlo.

Mi toque surtió el efecto contrario, ya que dio un respingo.

—¡Carajo, Faddei! Tan grandote y malo que te ves y tiemblas ante esta inocente pelirroja —me burlé con voz chiquita.

Volví a cogerle las manos sin importarme embarrarlo de la sangre de Nick y lo acaricié tratando de tranquilizarlo de nuevo. Faddei era alto y fornido, calvo y con un aspecto malvado. Un ruso de cincuenta y cinco años que tenía la fuerza de un chico de treinta.

—Cuidado con él, Faddei. Este es uno de mis tesoros más preciados y me pondré muy triste si lo tiras —susurré haciendo un puchero.

El hombre me observó incrédulo, sin poderse creer que debajo de toda esa sangre que me cubría, se encontraba su ángel pelirrojo, como solía llamarme.

—Manda a alguien a que retire la basura y que la lancen a los lagartos del zoológico —pedí y asintió.

Mi gente se encargaría de hacer un buen trabajo para no dejar ningún rastro. Tener aliados en el zoológico de Washington me servía de mucha ayuda para momentos como ese.

Me bajé de la plancha y miré a todos los que me rodeaban, ya que pedí que nadie se perdiera ni un solo detalle de lo que sucedería en mi museo. Caras verdes y ojos llorosos se enfocaban en mí, algunos todavía a punto de lanzar las tripas, mientras clavaba mi mirada en ellos.

—Los que quedan del grupo de Nick pueden estar tranquilos, ya que no correrán el mismo destino. Les prometo que su muerte será rápida —exclamé con benevolencia y fue sorprendente ver a tanto hombre llorando.

¡Joder! Y decían que eran más valientes que las mujeres.

—Señora, ¡por favor! —suplicó uno y se puso de rodillas.

Hice un gesto con la mano para que lo sacaran de mi vista y me obedecieron con una rapidez sorprendente.

—Para los que quedan y juraron ser leales a mí, espero que esta lección les enseñe a que conmigo no se juega —continué—. Y antes de pensar en traicionarme o dañarme de alguna manera, planifíquenlo bien y asegúrense de que muera. Porque les prometo, cositas mías, que los voy a encontrar —les advertí con voz cantarina y sonrisa tierna—. Y aquí tienen la muestra de que, si no me detuve en hacer pagar al amor de mi vida por su traición, menos me detendré por ustedes —aseguré—. ¿He sido clara?

—¡Sí, señora! —gritaron al unísono.

Menos los llorones traicioneros, ellos siguieron suplicando en vano por su vida.

—Bien, *amores*. Ahora vuelvan al trabajo y cumplan al pie de la letra mis órdenes, que por hoy me tomaré el día libre —avisé, utilizando mi mote predilecto en español, que era mi idioma natal.

Me di la vuelta y miré a Faddei, pidiéndole así que se asegurara de que todo saliera al pie de la letra.

Y ni siquiera quise mirar hacia la plancha de metal, donde ya algunos se encargaban de limpiar. Se llevaban a esa basura que amé y que aún amaba con todas las fuerzas de mi alma podrida, el único tipo con el que soñé una vida diferente, con el que me imaginé viviendo en una enorme casa de valla blanca y teniendo muchos hijos.

A Frank Rothstein lo respeté y estaría agradecida con él por el resto de mi vida, ya que me enseñó a sobrevivir en un mundo plagado de estiércol. Me hizo renacer así fuera en lo malo, pero me dio la oportunidad de cumplir mis sueños con ello y los sueños de las personas por las que tanto luchaba. Frank se convirtió en mi mentor y así les doliera a todos, yo me convertí en su sucesora después de ser solo la reina sádica de su organización, o su puta favorita, como me conocían nuestros enemigos.

Nicholas Cratch en cambio estuvo a punto de ser mi perdición, fue quien se robó mi corazón y me dañó de la peor manera, por eso era justo que yo me quedara con el suyo.

Él sabía quién era Iraide Viteri, pero decidió jugar a la curiosidad y el gato, sin querer entender que tenía a su lado a una pantera, a la nueva líder de la élite más poderosa de Estados Unidos. A una mujer que supo jugar sus cartas en el infierno y cuando le ganó la partida al diablo, quedó libre para hacer del mundo su verdadero hogar sombrío.

Iraide Viteri era el demonio de su propio infierno, una mujer que surgió del fuego y no de las cenizas.

CAPÍTULO 1

Iraide

Tiempo actual…

Me encontraba en la oficina principal que tenía en mi casa de préstamos, viendo la tele, acariciando mis labios con el borde de la copa de vino en mis manos, sonriendo y negando ante la sarta de estupideces que hablaba la nueva y recién electa legisladora de Washington, Sophia Rothstein.

—*Les prometo que seguiremos luchando contra la corrupción y el crimen organizado que tanto está dañando a nuestro país y sobre todo a nuestra hermosa ciudad. Cortaremos de raíz ese cáncer que nos aqueja…*

—¡Coño! ¡¿Cómo puede ser tan hipócrita?! ¡Es una asesina! —gritó Kiara hacia la tele, logrando que Hunter, mi mastín italiano, se asustara, ya que dormía en sus piernas mientras ella le acariciaba la cabeza.

—Una asesina hipócrita que ahora luchará contra los que asesinamos sin escondernos —comenté y Kiara me miró demostrando su molestia.

La morena era mi mejor amiga desde que llegué a Estados Unidos a los dieciocho años, con la ilusión del sueño americano. Uno que se convirtió en pesadilla casi en el instante que salí de casa. Kiara tenía las mismas metas que yo cuando nos conocimos y juntas pasamos por el mismo infierno hasta que mi destino se torció, en aquel entonces de mala manera, pero que resultó siendo la única salida de nuestra miseria.

—Todavía estoy molesta contigo por dejarte arrebatar todo lo que te pertenecía —se quejó haciéndome reír.

Habían pasado ya cuatro años de eso y pasarían mil y podía jurar que me seguiría reclamando.

—Tengo de Frank lo que me pertenecía, Kiara. Deja que su viuda se regodee con lo bueno que le dejó mi benefactor —señalé y negó.

—Frank te amaba a ti, Ira, no a ella. Esa vieja maldita lo mandó a asesinar y ahora se la lleva de digna moralista, queriendo luchar contra la mierda a la que pertenece —bufó.

—Solo es un discurso, *amor*. Al final la *señora* Rothstein terminará trabajando también para mí —le recordé y guiñé un ojo haciéndola sonreír.

—No me vayas a llamar *amor* frente a Milly porque tiene celos de ti —pidió cambiando de tema y me reí.

Tenía bien arraigada la costumbre de utilizar la palabra *amor* en mi idioma natal, y mi amiga también lo adoptó con el tiempo.

—Lo que me faltaba —bufé, divertida—. Ya no son unas chiquillas, Kiara. Tienen treinta y dos años, y más que mi amiga eres mi hermana. Milly no tiene por qué sentir celos.

—Ya lo sé y se lo he repetido miles de veces, pero se molesta porque me pide que vaya a vivir con ella y yo le he dicho que no, que no puedo dejarte —explicó y negué.

—Sí puedes, Kiara —le recordé.

A mí no me molestaba que ella quisiera hacer una vida al lado de su novia, pero Kiara se negaba a dejarme (vivíamos juntas desde que la saqué de aquel club cuando Frank comenzó a cumplir mis peticiones) sobre todo después de lo que pasó con Nick. La tonta temía que volviera a perder los estribos.

Sonreí con tristeza al recordarme llegando a casa aquella vez, con el corazón de Nick metido en el tarro.

Kiara no podía creer lo que veía, incluso me golpeó, destrozada por lo que le hice a su amigo, hasta que me dejó explicar las razones que tuve para deshacerme del hombre al que amaba con locura. Entonces me llevó hasta la ducha y tras meterme en ella me lavó toda la sangre, llorando junto conmigo y quedándonos allí por horas, abrazadas y sufriendo por un tipo que no se lo merecía.

Mis días después de eso no fueron fáciles, todos me tenían como una mujer frívola, pero por dentro sufrí el luto por haber perdido a quien amé, así fuera por mis propias manos, no importaba. Perder a Nick fue una de las cosas más duras por las que atravesé, o una de las tantas, y tener que lidiar con mi familia no me ayudaba, sobre todo con mi hermana.

Mi madre era feliz aprovechándose de las comodidades que le daba y más de las que obtuvo cuando la traje a Estados Unidos junto con mis hermanos. Era una mujer devota que prefería hacerse de la vista gorda ante las cosas que sospechaba que su hija mayor hacía, con tal de no perder los lujos. Mi hermana Gisselle, en cambio, me reprochaba cada vez que podía y no la culpaba, la verdad era que, de mi familia, Gigi (como la llamábamos) era la más sensata y justa y por lo mismo comprendía que no tolerara mi estilo de vida.

Aunque irónicamente era ese estilo de vida el que costeaba sus estudios.

Pero independientemente de eso, al final mi hermana tuvo razón de despreciar mi vida y sobre todo al ser la más afectada por el odio que algunos me tenían.

—Como sea, esta noche no me esperes. Me quedaré con ella para bajarle los celos —avisó y antes de ponerse de pie besó a Hunter y me lanzó un beso a mí para marcharse.

—Demuéstrale quién manda —me burlé y negó mientras abría la puerta, dejándome ver a Faddei detrás, a punto de tocar.

—Kiara. —La saludó con un asentimiento que ella correspondió.

—Pasa —le dije a él cuando esperó por mi permiso.

—El magistrado ha solicitado verte —avisó y bufé.

Me recosté por completo en la silla y llevé la cabeza hacia atrás, subiendo los pies al escritorio para tomar una postura que me ayudara a relajarme.

—¿Tienes idea de cuánto dinero quiere esta vez? —murmuré con cansancio, ya tenía los ojos cerrados para ese instante.

—Quiere hablar contigo sobre otras cosas, según explicó. —Abrí los ojos y lo miré irónica.

—A veces siento que todavía eres muy inocente para este mundo —señalé.

Obviamente el tipo llevaba más tiempo que yo trabajando para el crimen organizado, pero así luciera como el matón más cruel y sádico, por dentro tenía mucha bondad y fe en las personas. Faddei fue un padre para mí cuando me convertí en la puta de Frank, cuando llegué a sus vidas con la única ilusión de salir de aquel club, donde los tipos poderosos llegaban para pasar un buen rato, y con la esperanza de seguir viviendo.

Emigré de mi país natal a los dieciocho, huyendo de la pobreza y la violencia a la que mi padre nos sometía a mis dos hermanos menores, a mamá y a mí. Y supongo que la suerte nunca fue mi amiga, ya que solo se burló de mí cuando me sonrió y yo pensé que lo hizo por piedad.

Mi odisea empeoró un año antes de emigrar, desde el momento en el que tuve que conseguir el dinero para un viaje ilegal, algo que creí imposible hasta que se lo comenté a un familiar lejano que tenía ciertas comodidades.

«*Eres bella, tienes elegancia europea, deberías saber usar eso para conseguir tus propósitos*».

Me recomendó cuando fui a limpiar su casa. Era un viejo solo y retirado que me ofreció trabajar

con él para llevar comida a mi hogar. Al principio no entendí lo que quiso decirme, imagino que en ese momento yo todavía era como Faddei y tenía fe en que las personas podían ser bondadosas.

Lo de belleza europea lo mencionó gracias a las raíces de mi padre, un tipo del país vasco que llegó al mío por trabajo y se enamoró de mi madre, preñándola pronto de mí y casándose luego de eso para que no naciera como bastarda, ya que traía el tradicionalismo de su familia muy arraigado.

Pero juro que hubiera preferido ser una bastarda, que él solo embarazara a mi madre y se fuera.

No obstante, mi maldición comenzó desde el momento en que fui concebida y años más tarde descubrí que la hermosura de una mujer también podía ser su maldición.

Una semana después de esa charla con ese supuesto familiar dejé de ir a limpiar su casa, puesto que por las malas comprendí a qué se refería ese señor y le juré que era mejor morirme de hambre antes que ceder a sus cochinadas. Pero de nuevo, la suerte me dio un revés y mi hermano menor enfermó de gravedad. Lo que mamá ganaba no le alcanzaba para un buen tratamiento y papá se gastaba todo en alcohol, llevándonos deudas en lugar de alimentos. Nuestro único camino para soportar la tempestad fue hipotecar la casa que la abuela le dejó de herencia a mi madre.

No obstante, todo ese dinero se fue para las medicinas de mi hermanito Adiel y pronto no tuvimos ni para pagar las cuotas de la hipoteca.

Dejé la escuela entonces y mendigué trabajo con tal de ganar algo de dinero para ayudarle a mamá, para conseguir así fuera para los pasajes de autobús y llevar a mi hermano a sus tratamientos semanales al hospital público. Hasta que nos vimos contra la pared, mientras la espada ya se clavaba en nuestras gargantas y el banco comenzó a advertirnos que lo perderíamos todo si no pagábamos en el tiempo que estipularon.

Nuestro hogar tenía algunos acres como patio trasero, así que mamá para no perderlo todo decidió vender solo la casa con un pequeño espacio del jardín, pensando en que lo que le dieran por ello nos serviría para pagar al banco y levantar (en lo que nos quedara de tierra) así fuera un techo sin paredes que nos protegiera de la lluvia, el viento o el sol.

Recordaba muy bien cuando la abuela fue a donde otro de sus hijos a rogarle para que fuera él quien comprara la casa, pero no pudo, no contaba con el dinero. Hablamos con amigos y ellos con otros amigos. Mi hermana Gisselle, de seis años en ese momento, incluso le escribió un mensaje en un pedazo de papel a nuestro tío, ya que acompañamos a la abuela. Su esposa me lo mostró semanas después de que llegué a visitarla y lloré con el sentimiento de impotencia más horrible que alguna vez tuve.

Por favor, no quiero perder mi casa.

Leí, su tipografía era muy bonita a pesar de que apenas había aprendido a escribir bien, pero lo que transmitía era demasiado cruel.

Carolina, la esposa de mi tío, me abrazó al verme así. Yo sabía que ellos querían ayudarnos y les dolía nuestra situación, pero de verdad no podían y lo entendí. Mi dolor era más porque el deseo de mi hermana no se había cumplido, vendimos nuestra casa y ya nos encontrábamos viviendo bajo un techo de láminas, con sábanas que nos servían de pared solo para cubrir el área donde teníamos las camas.

Pero las cosas no iban a acabar allí, claro que no. Mi hermano estaba mejorando, pero mamá enfermó también. La llevamos al hospital y la internaron por varias semanas. Le descubrieron diabetes e hipertensión, no obstante, también le dio una tos que llamó la atención de los médicos y le hicieron algunos estudios, descubriendo que se trataba de tuberculosis. Enfermedad que desarrolló

gracias al VIH que le detectaron.

El diagnóstico fue devastador en una sociedad donde tener VIH todavía era tabú, por supuesto que mamá cayó en una depresión profunda al descubrirlo y más cuando nos sometieron a todos a pruebas para descartar que también tuviéramos la enfermedad. Papá fue positivo, mis hermanos y yo negativos. En ese momento la carga que se me fue encima pesaba tanto, que sentí que caminaba de rodillas.

Todo iba de mal en peor y no voy a negar que hubo personas de buen corazón que me ayudaron al enterarse de que mis padres estaban enfermos. Mi madre de gravedad y mi padre de tristeza porque no tuvo cuidado al serle infiel a mamá y la condenó a un calvario en vida. Tuve que hacerme cargo de todos los gastos y le di de comer a mi familia gracias a la caridad de mis tíos y algunos amigos. La enfermedad de mis padres se mantuvo en secreto porque sabíamos que nos juzgarían y nos tratarían como si tuviéramos la peste y ya demasiados problemas atravesábamos como para añadir más.

Entonces y como si fuera un héroe, aquel familiar lejano se presentó de nuevo en mi vida. Había llegado a nuestra *casa* al enterarse de que mis padres estaban enfermos. Mamá comenzaba a recuperarse gracias a la ayuda psicológica que le dieron en el hospital, aunque los efectos de la diabetes y la hipertensión la aquejaban.

—Mi oferta sigue en pie si deseas aceptarla —me dijo y reí lacónica.

Tuve ganas de decirle lo que padecían mis padres para que su mente retrógrada se asustara y dejara de hablar mierdas, pero me contuve porque, como decían por allí: vivíamos en un pueblo chico de un infierno grande.

—Jamás te obligaré a nada, Iraide —añadió cuando no le respondí. Mamá le preparaba un café, el último que teníamos para compartir en el desayuno siguiente.

—No, solo se aprovechará de la necesidad que tenemos —repliqué y negó.

—Míralo de esta manera, soy un hombre mayor y solo. Estoy viviendo quizá mis últimos días y no me quiero ir sin haber gozado la vida como se debe. Yo tengo el dinero para ayudar a tu familia y para que hagas tu viaje, tú tienes la pureza y la belleza para ayudarme a gozar lo poco que me queda —explicó y sentí asco.

—Debería marcharse —reclamé tajante.

—Está bien, pero ya sabes dónde encontrarme por si cambias de opinión —señaló.

—¡Váyase! —le exigí.

La cocina estaba lejos, hecha de paredes de lámina, así que mamá no escuchó nada. El tipo se fue al ver mi molestia y la determinación de decir lo que me estaba proponiendo si me lo preguntaban.

Un mes después de eso papá cayó enfermo de gravedad, el VIH y la bebida aceleraron el deterioro de su cuerpo. Encontraron su corazón perforado, de esa manera me lo explicó el doctor al ver que no entendía sus términos, y no le quedaba mucho tiempo de vida. Ese día ni siquiera lloré porque no me dolió la noticia, ya que dejé de sentir aprecio por ese señor gracias a su descuido y maldad. Y no sería hipócrita, para mí era mejor que se muriera de una buena vez porque si no ayudaba tampoco que estorbara, pero mis hermanos lo querían, mamá incluso, así que lo lamenté por ellos y por la nueva tempestad que se me avecinaba, porque sí, era una nueva cruz que echaría a mis hombros.

Gisselle, mi hermana, fue la que terminó de empujar la espada en mi garganta y no porque ella lo quisiera, al contrario, la pobre calló demasiado al ser consciente de nuestra pobreza y solo habló porque se lo pregunté.

—¿Por qué cojeas? —inquirí cuando llegó de la escuela.

—Mis zapatos tienen algo que me lastiman —dijo y me acerqué cuando se sentó en una silla. Le quité un zapato y luego la media.

Sus uñas sangraban y estaban azules. Ella bajó la mirada y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas.

Sus zapatos eran quizá dos números menos de los que tenía que usar. Se los regalaron, porque los suyos se rompieron y después de tanto repararlos, ya no dieron más. Usarlos tan pequeños la lastimaba, pero se obligó a eso para no tener que ir descalza a la escuela y ser la burla de sus compañeros.

Esa tarde tomé la decisión más asquerosa de mi vida y marché rumbo a la casa de aquel tipo que me prometió ayuda a cambio de mi virginidad. Y fui ingenua porque no existía seguridad de que cumpliera su palabra, pero por necesidad me aferré al lema de que la vida era de tomar riesgos y durante seis meses cumplí todos los caprichos de un viejo sinvergüenza, hasta que por fin me dio lo suficiente para ir en busca de mi *sueño americano*.

Un sueño que se convirtió en pesadilla desde que pisé México. Un país que siempre había querido conocer por lo que vi en la tele, pero, puesto que no iba de visita, sino que lo utilicé como un puente, me vi obligada a descubrir su lado más oscuro. Uno que casi me mató en más de una ocasión y al llegar a Estados Unidos, nada mejoró.

Mi padre murió, mi madre recayó, ya que le daba vergüenza ir por su medicamento para el VIH y Gisselle estaba siendo obligada a acelerar su crecimiento debido a las preocupaciones y limitaciones de mi familia.

¡Una niña de siete años entonces cuidando de su hermanito de tres y de su madre!

El túnel negro que era mi vida parecía no tener salida hasta que fui testigo de un asesinato en el club donde trabajaba. Y el asesino era un hombre poderoso que tenía que deshacerse de mí para que jamás abriera la boca. Y, de hecho, fue Faddei quien me secuestró mientras decidían qué harían conmigo. Me tuvieron una semana retenida, una donde no me dañaron, pero mentalmente me torturaron hasta que Frank llegó con una salida ventajosa, según él, para mí.

«Eres hermosa y necesitada. Tú decides si quieres seguir viviendo como mi puta personal o mueres aquí mismo y acabamos con todos tus sufrimientos».

Señaló en ese momento porque, por supuesto, ya me había investigado.

Una inmigrante indocumentada que trabajaba en un club como mesera, aguantando los abusos verbales de imbéciles como él. Y había querido trabajar en otro lugar, pero sobrevivir sola y mantener a una familia era difícil en ese país. Estando en Estados Unidos entendí que era más fácil ser pobre en tu país natal que en uno extranjero, no obstante, pasé por un infierno con la intención de sacar a mi familia adelante, por lo que no estaba dispuesta a regresar a lo mismo, así que decidí aguantar otro tipo de infierno, uno que me prometía dinero en la bolsa, un techo digno donde mi madre y hermanos durmieran y con comida en su mesa, aunque yo no tuviera en la mía.

Aceptar su propuesta era como venderle mi alma al diablo, pero bien decían que él tendía a ofrecerte una salida inmediata cuando más necesitados estábamos, así que lo que creí una tortura, se convirtió en mi salvación de aquella vida cruel en la que vivía desde que nací.

«*Aprovecha tu oportunidad, amiga. Porque si logras cumplir todos sus caprichos, Frank Rothstein te hará un castillo si se lo pides. Y créeme cuando te digo que es mejor follar con un tipo que te aprecia, que con uno que solo te quiere para el desahogo».*

Me aconsejó Kiara cuando me liberaron, pero no dejaron de vigilarme.

Las dos trabajábamos en el mismo club, la única diferencia era que ella se prostituyó para

conseguir más dinero, a mí quisieron inducirme a hacerlo y me negué, lo hice incluso con las amenazas latentes de que me entregarían al ICE. Varios tipos me ofrecieron cantidades tentadoras de dinero y llegué a caer únicamente cuando las cuentas no me daban para llegar a fin de mes, aunque jamás acepté una propuesta dentro de mi lugar de trabajo (y menos las que el gerente quería) y estudié a fondo con quién me acostaría.

Mi jefe me despidió por no acostarme con quien él necesitaba que lo hiciera, justo la noche que Frank llegó junto a sus hombres a una reunión de *negocios* y al salir por la puerta trasera lo encontré asesinando a uno de sus socios. Mi destino cambió por salir por la puerta equivocada y todavía no sabía si de verdad fue para bien o para mal.

Lo único cierto es que acepté la propuesta de Frank y ayudada por Kiara me lo gané en la cama. Ella fue mi mentora en el sexo, me enseñó a doblegar a un hombre a punta de placer y al conseguirlo, mi pobreza terminó. Sobre todo, cuando comencé a inmiscuirme en sus negocios sucios.

Frank me enseñó a defenderme, a asesinar, a manejarme con seguridad en un mundo donde triunfan más los hombres. Me ayudó a conseguir lo que quisiera, incluso mi legalidad en su país. Me mostró que mi belleza podía ser salvación en lugar de condena y cuando las penas por dinero desaparecieron y pude darle a mi familia más de lo que alguna vez imaginé, llegó la ambición.

Le cogí el gusto a la maldad, le di la vuelta a la moneda porque ser buena solo me trajo sufrimiento y ser mala me dio tranquilidad. Me impuse poco a poco y escalé en una organización criminal como nadie nunca imaginó. De puta favorita pasé a ser mano derecha de un hombre poderoso, una ejecutora letal que no tenía lástima por nada ni nadie a excepción de los niños. Porque ese era mi límite y Frank me amó tanto, que lo respetó.

Él me dio su amor, yo mi lealtad.

Ante el mundo *justo* mostraba a su buena y respetada esposa, pero ante el mundo oscuro siempre llevaba de la mano a su reina sádica, como él mismo me bautizó.

El ángel pelirrojo, un ángel sumamente mortal.

Y cuando murió quisieron enviarme de nuevo al club como una puta más, trataron de arrebatarme un lugar que creyeron que me gané solo en la cama del líder de la organización, pero se equivocaron demasiado conmigo. Yo resurgí de un infierno al cual no quería ni iba a volver y por lo mismo les demostré que mis apodos nunca fueron vacíos.

Ira Viteri conocía a la perfección todos los movimientos de Frank Rothstein, manejé sus negocios, me volví una extensión de él, así que cuando faltó, su ausencia solo se notó en mi cama, no en la élite, puesto que la manejé como si Frank jamás se hubiera ido y eso hizo que me ganara varios aliados poderosos.

Y le doliera a quien le doliera, retuve mi lugar como la lidereza principal de *The Sevenths*.

—Piden reunirse esta noche contigo para hablar sobre los cambios que se vienen encima, ahora que hay nuevos legisladores por comprar —siguió Faddei y respiré profundo.

Pensar en el pasado me robaba energía vital.

—Dirige todo entonces, déjale claro que, como siempre, se reunirán conmigo dónde yo decida y bajo mis reglas —pedí y asintió.

—También he conseguido noticias sobre tu hermanita —avisó, bajé las piernas del escritorio y lo miré emocionada.

Mi hermanita, como él le llamaba, ya tenía veintidós años.

—¡Habla, Faddei! —pedí cuando se tardó demasiado.

—Ha entrado a la universidad que tanto deseaba para hacer su maestría —soltó y mi corazón se

aceleró, lleno de felicidad.

El sentimiento fue agridulce, ya que deseaba poder celebrar con ella ese logro tan grande, pero me dolió no poder hacerlo. Gisselle no me hablaba desde dos años atrás y no la culpaba, la entendía y sabía que hubiera actuado igual, o peor, de haber estado en sus zapatos.

—Espero que esa reunión no opaque la felicidad de este momento —le dije y Faddei me miró más de la cuenta—. ¿Qué? ¿Tengo algo en la cara? —inquirí y sonrió lacónico.

—No, solo me sorprende que aún tengas corazón —señaló y fruncí el ceño a la vez que rodé los ojos.

Faddei me respetaba, pero también me tenía confianza, así que de vez en cuando soltaba barbaridades como esas.

—Tengo dos, Faddei, ¿quieres que te muestre el otro? —cuestioné satírica y me puse de pie para abrir la caja fuerte.

—¡Bien, para! —pidió poniéndose nervioso y sonreí divertida.

Salió de inmediato de mi oficina y pegué tremenda carcajada, el pobre todavía no superaba lo de hacía un año. Ni yo tampoco, pero ya había aprendido a reírme de mi propia miseria.

Suponía que tener dos corazones en lugar de uno me ayudaba a sobrevivir mejor en mi infierno.

CAPÍTULO 2

Iraide

Apagué la tele cuando Faddei se fue y llamé a mi madre, actuando de forma casual, como si solo se tratara de una llamada rutinaria. Menos mal no me torturó tanto con la espera, ya que de inmediato comenzó a hablarme de los logros que estaba obteniendo Gisselle.

Sonreí divertida cuando me dijo que sus oraciones habían sido escuchadas y que después de que varios benefactores rechazaron ayudar a mi hermana con los gastos de su maestría, apareció uno que le ofreció eso y hasta más. Y, claro que Gigi era inteligente, dedicada, sobre todo, pero en cuestión de maestrías era difícil conseguir ayudas, puesto que preferían pagar por personas que recién iniciaban la universidad.

—*Sé que tu hermana te lastimó cuando te pidió que no te metieras en sus cosas y menos que le ayudaras económicamente o interfirieras con sus logros, hija. Pero entiéndela…* —pidió mamá.

—No te preocupes por eso, la entiendo —la interrumpí—. Solo quería hacerle las cosas más fáciles y que no le mendigara nada a nadie. Gisselle sigue creyendo que todo es muy fácil en la vida —agregué.

—*Pero lo ha conseguido sin tu ayuda, Ira. Te está demostrando que así le cueste, puede salir adelante de la manera correcta.* —Apostilló y me reí.

—Claro que sí, mamá. Lo está logrando todo sin mí —satiricé.

—*¿Nos acompañas a cenar hoy? Le haré algo para celebrar* —comentó cambiando de tema.

—Me siento demasiado orgullosa de ella, pero ir sería joderle su momento feliz, así que paso. No le amargaré la noche —aclaré y la escuché bufar, mas no trató de convencerme de lo contrario porque sabía que tenía razón.

Dejé de hablar con ella rato después y tras hacer algunas cosas que tenía pendiente, recibí un aviso de Faddei sobre que ya todo estaba preparado para la reunión con el magistrado y otros socios de la organización.

Mientras la hora llegaba decidí abrir la caja fuerte y sacar aquel tarro que muchos creían que conservaba como trofeo, cuando en realidad solo lo guardé como un recordatorio de lo que sacrifiqué por confiar demasiado en las personas.

Había perdido el color tan bonito que tenía cuando lo arranqué del pecho de Nick, pero seguía conservándose intacto. Muchas veces las ganas por sacarlo y sentirlo de nuevo en mis manos me abrumaban y, únicamente me contenía porque no deseaba echarlo a perder.

—A veces me pregunto a quién se hubiera parecido nuestro hijo si lo hubiese tenido —dije hablándole al corazón.

No me arrepentía de lo que hice, en realidad, nunca me arrepentí de todas las decisiones que tomé a lo largo de mis treinta y tres años. Fuera equivocada o acertada, las tomé con seguridad y cada una de ellas me llevó a donde me encontraba.

Una semana después de haber asesinado a Nick me enteré de que estaba embarazada, y nos cuidamos siempre, pero ningún método era seguro y lo descubrí esa vez. Imagino que fue el destino queriéndome decir que, a pesar de tener el control de mi vida, él todavía podía hacer conmigo lo que quisiera, sin embargo, esa vez le demostré que ya no más. Mi destino lo labraba yo con mis propias manos y no permitiría que cambiase.

Y mi decisión de no tener a ese pequeño no fue por capricho o porque no deseaba un hijo de Nicholas, para nada. Decidí no tenerlo porque nunca quise hijos y menos con mi estilo de vida y en el mundo que me manejaba.

Desde muy pequeña me tocó hacerme cargo de una familia entera, así que tampoco desconocía las responsabilidades de ser madre, las aprendí con mis hermanos y no le temía. Simplemente no quería ser mamá, así que mi decisión no fue difícil de tomar.

—No lo hagas, Ira, por favor. Dámelo a mí si no lo quieres tú —me rogó Kiara cuando juntas vimos la prueba de embarazo y enseguida que dio positivo le comenté que no lo tendría.

—No tienes por qué cuidar o quedarte con un hijo mío cuando puedes tener los tuyos —le dije y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y qué pasa si yo no puedo tener uno propio? —insistió con dolor y le sonreí.

—Pues entonces adoptas, hay muchos niños que desean una familia y si no puedes tener uno propio, entonces le regalas un hogar a un pequeño que lo desee —expliqué y la cogí del rostro.

—Ira, por favor. No lo hagas —suplicó llorando y le besé la frente.

—Sabes que te amo, que eres mi hermana más que mi amiga y sé que serías una excelente tía, pero no, Kiara. No quiero a este hijo y no voy a tenerlo, punto. —Zanjé.

Kiara lloró más con mi decisión que cuando vio el corazón de Nick, pero no me inmuté ni sentí lástima, tampoco me molestó que quisiera hacerme cambiar de opinión. La entendía, aunque más entendía y me importaban mis razones, así que la dejé en el baño y le pedí a Faddei que me consiguiera una cita médica con un ginecólogo de confianza. Una semana después de eso me sometí a un aborto y a un ligamiento de las trompas para no verme en una situación como esa de nuevo, puesto que mi doctor explicó que no me embaracé por no cuidarme, ya que siempre fui muy precavida con eso, lo hice porque mi sistema hormonal decidió cambiar y como humanos, éramos más defectuosos que la tecnología médica anticonceptiva.

Así que para evitar que volviera a pasar, corté el problema de raíz.

—De haberlo tenido creo que le hubiera regalado tu corazón para alguno de sus cumpleaños —seguí hablándole a aquel órgano tan vital y me reí al imaginarme la cara de él o ella cuando su madre le diera el tarro adornado con un moño rojo.

Definitivamente una de mis decisiones más acertadas era haberme ligado las trompas, ya que como madre no me veía ni en uno ni en mil años.

Guardé el corazón cuando la hora de marcharme llegó. Faddei ya me esperaba junto a los otros hombres que se conducirían en otro coche para escoltarnos. En la camioneta blindada donde me subí también iba Kadir, un chico turco de mi edad, era la mano derecha de Faddei; llegó a la organización justo en el año que yo tomé el liderato y había demostrado ser muy letal. Silencioso hasta lo molesto, sí, y creo que solo sabía decir sí o no porque era lo único que respondía cuando le hablaban. Aunque conmigo extendía su vocabulario, ya que era consciente de que le exigiría explicaciones más allá de las que pudiera darme con esos dos monosílabos.

Veinte minutos más tarde llegamos a una casa a las afueras de Washington, en ella tenía la seguridad suficiente para protegerme de un ataque y se encontraba cerca del almacén donde también cometía mis ajustes de cuentas, así que contaba con todo lo necesario para deshacerme de evidencias o para ocultarme mientras llegaban refuerzos si las cosas se ponían feas.

Normalmente era la primera en llegar, pero de vez en cuando me gustaba hacerlo de último para sorprenderlos por si acaso me querían sorprender a mí. Frank siempre me dijo que era bueno que

creyeran que nos manejábamos con un protocolo porque así nuestros enemigos se confiaban de nuestros pasos.

Al llegar a la sala donde me esperaban, el magistrado ya se encontraba ahí, junto a unos colegas suyos y seis de los míos. La élite estaba conformada por siete personas y por lo mismo el nombre que eligieron sus fundadores era *The Sevenths,* un poco básico para mi gusto, pero muy acertado contando con lo que se hacía en ella al relacionarlo con los pecados capitales.

—Y el cuarto pecado capital al fin se digna a honrarnos con su presencia —bufó Gary Allen, el avaro, el tercero al mando.

Un hombre de sesenta años, bastante astuto, pero estúpido cuando se dejaba llevar por su avaricia y ya en varias ocasiones nos había hecho fracasar por lo mismo.

—El cuarto y, sin embargo, el más importante. Tu lideresa por si lo has olvidado —dije y le guiñé un ojo cuando tiré de la silla para sentarme y unirme en la mesa con ellos.

—Deberías ser soberbia en lugar de ira, Ira —se burló Eugene Hall y reí.

Él era el envidioso de la organización, imagino que por ser el sexto al mando se le desarrollaba más. Siempre deseaba lo que no podía tener y yo estaba incluida en ello. Eugene era un hombre guapo y muy conservado para sus cuarenta y ocho años, pero no era mi tipo y menos cuando estaba consciente de que solo quería ocupar el lugar de Nick con tal de conseguir algo de mi poder.

—Dejemos tranquilo a Héctor —pedí burlona. El susodicho me miró sonriendo sin gracia.

Sabía que no me tragaba, pero cuando tomé el liderato fue uno de los que me apoyó sin dudarlo incluso cuando él pudo tomar mi lugar, ya que era el segundo al mando.

—Bien, creo que debemos comenzar, ya que Ira se nos ha unido —propuso Alfred Long, el magistrado que nos hizo reunir.

Yo era la más joven de todos ahí y también la más odiada, pero así jamás lo aceptaran, igual era la más inteligente y fuerte, por lo mismo les arrebaté un lugar que tanto deseaban. Aunque por eso no me podía dar el lujo de bajar la guardia, ya que era consciente de que solo estaban esperando a que me descuidara para destronarme y recuperar lo que según ellos les pertenecía.

El señor Long lucía bastante preocupado por los cambios que estaba sufriendo la Cámara de Representantes y le sonreí a Faddei con sarcasmo cuando el magistrado y juez de la Corte Suprema de Estados Unidos, nos pidió aumentar el *apoyo* para poder comprar a los nuevos legisladores y así evitar que crearan leyes que le complicarían su trabajo y el nuestro. Aunque esa vez sus argumentos fueron válidos y por lo mismo vi en el rostro de mis colegas la intención de aprobar lo que solicitaba.

Trató también el tema de Sophia Rothstein, la viuda de Frank, quien a pesar de no tener un pasado limpio gracias a que su marido la salpicó con nuestra mierda, estaba decidida a luchar contra nosotros, pero la mayoría de los hombres presentes sospechaba que sus intereses eran más personales que las ganas de ayudar a las personas que votaron por ella.

—Sophia es astuta —opinó Wayne Nelson, el más viejo de los séptimos y el último al mando. Tenía setenta años y todos lo bautizaron como pereza, ya que se la pasaba más durmiendo que escuchando lo que se decía en las reuniones.

Yo en cambio lo consideraba inteligente gracias a la experiencia que sus años en ese mundo le habían dado. Por lo mismo era al único que respetaba de *The Sevenths.*

—Por supuesto que lo es. Y tú, Ira, deberías estar preocupada, ya que la viuda de tu querido mentor vendrá tras de ti. Es lo que más anhela —comentó Harold Bailey con burla y negué.

De los seis hombres que conformaban (junto conmigo) la organización, es del que más me cuidaba. La gula lo describía a la perfección y luché contra su gente a muerte cuando me quiso quitar el liderato. Llegamos a un acuerdo solo porque los demás intervinieron, pero el viejo inmundo

esperaba su oportunidad para volver a intentarlo.

—Gracias por la advertencia, Harold, pero no me preocupa Sophia. Es más, si la llamas para felicitarla dile que me encantará reunirme con ella para que hablemos de negocios. La mujer conoce a la perfección ciertas cosas con las que podríamos ayudarnos la una a la otra —reviré con altanería y, aunque sonrió, vi que apretó la mandíbula tratando de contener la furia.

—Dejemos a la viuda de Frank fuera de esto —pidió Ronald Ward, el cuarto al mando en los séptimos.

El tipo de cincuenta años era otro de los que me odiaba a muerte igual que Harold. Al hombre lo asociábamos con lujuria y me odió incluso más cuando al dividir las actividades ilícitas que dirigiríamos, a él lo dejé con la trata de blancas, lo único que yo me negué a hacer, pero que tampoco impedí porque siendo clara, no estaba en un lugar donde se podía ser buena.

Simplemente como Pilato, me lavé las manos y dejé que él se las ensuciara en eso más que yo.

A Ronald le fascinaba vivir en los clubes y follar a diestra y siniestra, por lo mismo le dejé esas actividades como regalo, pero él lo tomó como ofensa y falta de respeto, ya que aseguró que solo le tiré las sobras de lo que yo no era capaz de hacer.

La reunión continuó sin peleas gracias a que me sentía cansada y sin ganas de seguir las estupideces de Ronald y Harold. El magistrado prosiguió hablándonos sobre todo lo que estaba sucediendo en el poder ejecutivo y legislativo del país y también nos aconsejó blindarnos más en nuestros negocios. La mayoría de mis colegas eran empresarios e inversionistas, de esos que ordenaban hacer atrocidades mientras ellos se tomaban un vaso del mejor *whisky* o *bourbon* en sus lujosas oficinas con sus socios de renombre.

Yo, en cambio, era de las que se ensuciaba las manos haciendo algunas de esas atrocidades, me deshacía personalmente de quienes me estorbaban e incluso organizaba la mayoría de las actividades que hacíamos, ya que era la única que tenía los tentáculos metidos en todo lo criminal que realizábamos, desde estafas, tráfico de drogas y personas, extorsiones a los menos poderosos que nosotros, secuestros, asesinatos y lavado de dinero.

De lo único que me aparté fue de la trata de blancas y el tráfico de órganos, razón por la cual Nick siempre discutió conmigo y lo que lo llevó a traicionarme para terminar con su muerte. Y tenía mis negocios, claro que sí. Me manejaba bien con las inversiones farmacéuticas, hospitalarias y médicas, lo que me resultaba bastante ventajoso, siendo yo la que también esparcía cierto veneno.

Igual tenía algunos casinos que era en donde más aprovechaba las estafas y casas de préstamo que utilizaba para lavar el dinero. Mis socios creían que ellos eran más inteligentes al mezclarse con la alta alcurnia, sin embargo, yo era fiel creyente de que vivir en el anonimato me servía más, ya que la justicia tendía a fijarse en el empresario que se jactaba de ser respetable.

Como decían por allí, *quien mucho habla en algo miente y quien mucho tiene en algo ha pecado*. Y yo, a los ojos de otras personas fuera de mi entorno, no tenía nada.

—¡Joder! —bufé al llegar a casa y tirarme en el sofá al lado de Kiara.

Hunter llegó en busca de mis caricias y colocó el hocico en una de mis piernas.

—¿Tarde difícil? —preguntó y asentí.

Me recosté a lo largo del sofá, poniendo la cabeza en el apoyabrazos, Hunter aprovechó para poner el hocico en mi abdomen disfrutando de que le rascara detrás de la oreja.

—Creí que te quedarías con Milly —murmuré y subí un pie para recargarlo en su pierna.

Ella quitó mi bota y gemí cuando me apretó el pie, sentí delicioso y relajante que hiciera eso.

—La llamaron del hospital para que cubriera un turno —comentó.

La chica era enfermera.

—La suerte me sonríe —proclamé y volví a gemir cuando comenzó a masajear bien mi pie.

Hunter me miró confundido por los sonidos que solté y me reí. El can era feroz ante los demás, pero dentro de esas paredes se convertía en un ser inocente que adoraba los mimos.

—¿Tan estresada te ponen esos cabrones? —inquirió.

—Ya sabes, son hombres que cada vez que me ven tratan de recordarme que son poderosos, como si yo no les hubiera demostrado que puedo ser peor que ellos —dije.

—Y debes mantenerte firme, Ira. Demostrarles que no estás donde estás solo por saber follar y que amas tener el control de todo y por lo mismo no lo soltarás por mucho que ellos se revuelquen en su mierda —pidió y sonreí.

Se quedó en silencio y pensativa un rato y luego suspiró profundo.

—¿A dónde se fue esa loca cabeza? —Quise saber y me miró regalándome una sonrisa melancólica.

—¿Recuerdas cuando éramos controladas, sin esperanza alguna de poder decidir por nosotras mismas? —Por un segundo me transporté al pasado al escucharla.

Aquellos días cuando yo maldecía mi vida y a los tipos que trataban de manosearme en el momento que les servía las bebidas, o a los otros en los que consolaba a una Kiara que lloraba desconsolada porque algún imbécil la golpeaba cuando ella no quería hacer ciertas cosas en el sexo. Amenazándola con entregarla a ICE si no cedía o los denunciaba, ya que era inmigrante igual que yo.

—Trato de no pensar mucho en ello —admití y la tomé de la mano apartando a Hunter y llevándola a ella a mi lado.

Ambas éramos delgadas, así que el espacio del sofá era suficiente para estar una al lado de la otra. Nos abrazamos con fuerza, como siempre hacíamos cuando esos recuerdos nos llegaban; aquellos días oscuros nos marcaron y, así pasaran años, no los olvidaríamos por más que deseáramos. Aunque yo no quería hacerlo, ya que eso me ayudaba a mantenerme firme donde estaba.

—Y ahora tú eres la que controla a su antojo. —Celebró ella con una risita y negué.

—A veces me canso —confesé.

Tenía la cabeza recostada en mi brazo y la alzó al escucharme, yo me reí por la incredulidad con la que me miró.

—¡Coño! Pero ¿qué dices? —cuestionó y la halé de nuevo para que se metiera en mi costado.

—Ahora tengo el control de todo, Kiara. Estoy en un punto de mi vida donde el poder que manejo me puede volver loca si no tengo cuidado y a veces… quisiera soltarlo así sea por unos segundos, quisiera ceder el control solo un instante para poder respirar —revelé por primera vez.

Kiara se sentó con una rapidez graciosa y me reí de ella.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó y asentí. Me puso el dorso de la mano en la frente y se lo quité de una manotada, riéndome por su incredulidad—. Tú lo que necesitas es una buena follada, hermana —aseguró y me reí más—. Estoy hablando en serio, Ira. No follas desde que… desde ya sabes cuándo —atinó a decir omitiendo hablar de Nick—, así que eso te está afectando la cabeza.

—Me masturbo —le recordé— y uso todos esos juguetes que me has regalado, que, por cierto, el último dildo que me diste es demasiado grande, así que ni siquiera me he atrevido a sacarlo de su caja —me quejé.

Kiara tenía la afición de regalarme juguetes sexuales desde que estaba sola, alegando que debía cuidar mi salud sexual porque eso mantenía la mental. Y la mayoría, al conocer su orientación también creían que entre nosotras existía algo más que amistad y no se equivocaban, teníamos una hermandad en realidad, algo totalmente diferente a lo que los demás imaginaban, puesto que ella jamás me insinuó nada.

Y yo menos.

—Eso no es igual a sentir la calidez de un cuerpo humano —aseguró— y tras la tontería que me acabas de confesar, pienso que la cosa es más grave de lo que creí —siguió y negué divertida—. Y creo que podría tener la solución para ello —añadió y la miré con sorpresa.

—Ni creas que voy a pagar porque me follen —advertí.

—Obvio no, tonta.

—Tampoco estoy dispuesta a que me presentes a alguien —añadí.

—¡No! Solo quiero que me acompañes a un lugar —aclaró—. Pensaba invitar a Milly, pero estoy segura de que me mandará a volar si se lo propongo —analizó y la miré frunciendo el ceño—. ¿Tienes algo que hacer mañana? —inquirió.

—Sí, iré a ver a mi médico y a hacerme mis exámenes de rutina —respondí, agradeciendo tener una excusa para que no me arrastrara a su locura.

Desde que tuve la solvencia económica me mantuve en chequeos médicos constantes para poder detectar a tiempo cualquier enfermedad, sobre todo el VIH (incluso cuando me cuidaba en las relaciones sexuales) y, además, mantenía en revisiones también a las personas que trabajaban para mí.

La gente a mi alrededor iba a sus chequeos médicos cada uno o tres meses, era una regla. Absurda para muchos, importante para mí. Y no se trataba de despedir a nadie que le detectaran alguna enfermedad contagiosa, no. De hecho, era más bien para no perder a personal valioso, ya que, como siempre se los decía, si morían sería a manos de mis enemigos o por mí, si me traicionaban, pero no por enfermedades.

—¡Perfecto! Entonces no te comprometas para el viernes porque tienes una cita conmigo —ordenó y la miré con ironía—. Dijiste que querías ceder el control de tu vida, pues bien, cédemelo a mí y te juro que no te arrepentirás —me recordó y reí.

Kiara se tomaba muy en serio mis palabras.

—Solo promete que no me llevarás a una muerte segura. —Concedí y sonrió feliz.

Aplaudió como si fuera una niña consentida cumpliendo su capricho.

—Jamás, Ira Viteri. Confía en mí —pidió y antes de que le recordara que no confiaba en nadie, me dio un beso casto en los labios y se fue a su habitación alegando que necesitaba hacer algo importante.

—¡Carajo! —bufé, temiendo haberme metido en algo grueso.

Me reí por las locuras de mi amiga, pero luego de eso le llamé a Faddei para que estuviera pendiente de los pasos que daba Kiara, ya que así hubiese cedido a su capricho, no me confiaría de nada y fuera donde fuera que me pensara llevar, antes lo investigaría porque por estúpida no caería ante mis enemigos.

No más.

CAPÍTULO 3

Iraide

A la mañana siguiente estaba muy temprano en la clínica a la que siempre asistía para mis chequeos rutinarios y, de hecho, el lugar era uno de los que recibían parte de mi *bondad,* el doctor Andrews me atendió muy amable y comenzó con mi consulta, aunque esa vez me estaba haciendo más preguntas de las normales.

—¿Alguna vez has sido diagnosticada con enfermedades de transmisión sexual? —Cada una de mis respuestas las iba anotando en una hoja distinta a la que siempre usaba.

—No —respondí.

—¿Cuándo fue tu último periodo y tu última relación sexual? —Fruncí el ceño ante eso.

Lo entendía, era parte de su rutina, pero ya había respondido esa pregunta antes.

—Mi último periodo hace dos semanas y relaciones sexuales no tengo desde hace mucho tiempo, un año para ser exacta —respondí.

Ya me había sacado sangre y hecho una citología vaginal, pero también otro tipo de exámenes que no pedí y ni supe para qué eran.

—Perfecto, Iraide… —dijo el hombre longevo y miró atento el papel, haciendo sonidos cuando revisaba que cada pregunta estuviera con su respectiva respuesta—. ¿Y cuándo fue la última vez que usaste juguetes sexuales? ¿Tienes la debida higiene con ellos si los usas?

—¡Joder! Creo que esta vez se está pasando de la raya, doctor Andrews, y lamentaría que me esté haciendo una broma porque créame que no soy fan de ellas —advertí con voz dura y me miró un tanto preocupado.

—Lo siento, señorita Viteri, es solo una nueva rutina.

—Rutina ¿de qué? —exigí saber tras su explicación y me puse de pie para coger las páginas que llenaba. Y no estaba siendo una pesada, puesto que siempre fui muy colaboradora con él cuando se trataba de mis rutinas, pero, como dije antes, había algo que no me cuadraba.

Y una vez más mi sexto sentido no se equivocó.

Fruncí el ceño al ver el logo de los documentos y alcé una página frente a su rostro, bastante molesta.

—¿Qué mierda es esto, doctor Andrews? —exigí saber y el pobre hombre se recostó por completo en su silla y tragó con dificultad—. ¡Faddei, ven aquí! —grité y él entró de inmediato al consultorio.

—Ira, cálmate, por favor —suplicó el doctor y negué.

—Investiga de qué mierda se trata esto —ordené a Faddei señalando el logo de la página.

—Ira, solo estaba haciéndole un favor a tu amiga —soltó el doctor Andrews muy aterrorizado y lo miré incrédula—. Kiara me llamó esta mañana y me dijo que no habría ningún problema contigo, que ella te explicaría todo.

—¿Qué carajos? —refunfuñé.

—Se trata del club al que Kiara va a llevarte el viernes, Ira —explicó Faddei luego de revisar algo en su móvil—. Al parecer está vinculado con esta clínica y necesitan todo tu registro médico para admitirte.

—¡Puta madre con Kiara! —espeté y me llevé una mano a la cabeza—. Y usted, doctor, ¿cómo

carajos se le ocurre haber seguido el juego de mi amiga? Pude haberlo matado ¡joder! —le grité y el señor dio un respingo.

Bastante que me conocía como para ser tan tonto de seguir los consejos de Kiara.

Me tomé el tabique de la nariz con dos dedos y negué.

—No vuelva a hacer algo así, doctor. No juegue conmigo porque la próxima vez, Faddei puede estar lejos y yo no me tomaré la molestia de investigar antes de meterle un tiro entre ceja y ceja —bufé.

—Tienes razón, Ira, perdóname. No volverá a pasar —reconoció y volví a bufar.

—Por supuesto que no volverá a pasar. Usted me conoce, sabe cómo soy, cómo procedo. Y créame que lo respeto mucho, no lo vuelva a olvidar así Kiara le pida que haga lo más inocente conmigo porque, por quedar bien con mi amiga, terminará en una tumba o en el estómago de algún animal y luego cagado en cualquier lugar —señalé.

Vi que Faddei contuvo una risa y lo miré seria, su gesto se borró de inmediato.

No estaba jugando cuando le dije esas cosas a mi doctor y ambos lo sabían. El señor era consciente de a quién estaba atendiendo y si me mantenía tranquila a su alrededor, era solo porque me había asegurado de que él no me echara de cabeza gracias a ciertos pagarés y contratos que firmó para ganarse el derecho de que *confiara* en él.

Y tenía que hablar con Kiara también para que no volviera a hacer algo como eso, porque por su culpa estuve a punto de matar a un médico demasiado bueno en su trabajo y conmigo, y eso no se lo dejaría pasar tan fácil.

—¿Eso era todo? —suspiré y el doctor asintió frenético—. Perfecto —reviré y tras eso salí del consultorio.

En el camino hacia el coche le marqué a Kiara, pero la cabrona ya debía imaginar para qué era mi llamada y la declinó sin temor alguno.

Le escribí para que tuviera claro que no la libraría tan fácil esta vez.

Faddei llegó al coche segundos después de mí, Kadir ya estaba listo para arrancar y marcharnos enseguida. Tenía que ir a uno de los almacenes que ocupábamos para albergar droga, el del sur (como lo identificábamos y que estaba cerca de la casa de seguridad donde me reunía a veces con los séptimos), ya que entrevistaría a un tipo que pretendía trabajar para mí.

—Hazle un giro bancario al doctor Andrews y cómprale alguna botella de licor que sepas que le guste, y agrégale una nota de disculpas de mi parte —pedí a Faddei y asintió.

El viejo era bueno y esperaba no haberle provocado una subida de tensión luego del susto que le di, pero era necesario que tuviera claro que conmigo no se jugaba ni por las buenas a menos que yo estuviera de acuerdo.

—¿Has investigado ya ese lugar? —continué con mis preguntas a Faddei, refiriéndome al dichoso club que Kiara pretendía que visitáramos.

—Por supuesto, Ira. De hecho, espero que hayas traído tus gafas de lectura porque vas a tener que leer muchos archivos esta tarde —avisó—. Te conseguí la información de los dueños y también la de los trabajadores. No pude obtener la de los miembros asociados, pero estoy en eso —siguió y asentí, sabiendo que me miraba por el retrovisor.

—¿El veterinario ha dado alguna noticia sobre Furia? —inquirí.

Furia era mi otro perro, un rottweiler que rescaté de uno de los hombres de Harold cuando nos enfrentamos a muerte por el liderato de *The Sevenths,* el pobre can había sido mal educado en manos de ese malnacido, quien lo ocupó para ganar dinero en las apuestas clandestinas de peleas de perros.

Según lo que investigué, Furia fue criado para ser un arma letal, un destructor en otras palabras y solo el imbécil que lo adoptó de cachorro podía estar cerca de él, ya que atacaba a cualquier cosa que se moviera. Era el orgullo de ese hijo de puta en los tiempos de gloria del can, pero el tipo solo se preocupaba en darle comida y mantenerlo *fuerte* para las peleas, así que ni se enteró de que Furia estaba enfermo cuando lo lanzó a una batalla y por primera vez el pobre perro perdió.

Estábamos haciendo una emboscada a los hombres de Harold cuando dimos con el lugar donde se llevaban a cabo las peleas clandestinas y encontré al malnacido dándole patadas al perro que ya ni se defendía, estaba furioso porque lo hizo perder mucho dinero, así que no sentí ningún remordimiento por esa mierda cuando mis hombres lo apresaron y torturaron, pero sin dejarlo morir.

Días después conseguí a los perros que usaban en esas peleas para que se encargaran de terminar mi trabajo.

Si criaban a perros asesinos, entonces quería que ellos se lucieran en lo que mejor sabían hacer y juro que me deleité con los gritos de dolor que aquel hijo de puta soltó mientras era despedazado.

Y fue un milagro que Furia sobreviviera, de hecho, me recomendaron dormirlo porque aparte del daño que su antiguo dueño le hizo, estaba la mala crianza que no dejaba que fuera un perro de confianza para estar entre humanos, ni con otros animales. Pero me negué y trabajé personalmente con ese hermoso chico, ya que de cierta manera lo veía como me veía a mí en el espejo.

Como un ser que solo luchó por vivir y sobrevivir con las armas que la vida le dio.

—Pues casi le comió la mano, así que dice que en unos días estará mejor —informó Faddei y reí.

Furia tenía problemas digestivos y eso fue lo que lo hizo perder su pelea en el pasado, así que vivía con subidas y bajadas, pero estaban creando un medicamento para tratar su mal de raíz. Por él fue que decidí invertir también con la medicina animal.

Para animales, no probada en ellos.

Había pagado bien para que un entrenador se atreviera a tratar de reeducarlo y, aunque no estaba siendo tarea fácil, al menos Furia ya me obedecía a mí y a su cuidador, que éramos los únicos que nos atrevíamos a estar cerca de él. Eso sí, jamás me acercaba si Hunter había estado conmigo antes porque eso despertaba los celos de Furia.

—Privé a Hunter de sus mimos hoy, así que ya ansío ver a mi otro bebé —comenté y Kadir tuvo el atrevimiento de reírse.

Faddei lo miró con los ojos entrecerrados y chasqueó con la lengua.

—Lo siento —corrigió Kadir enseguida—. Es que solo usted puede ver a un bebé en esa bestia —señaló y traté de no reír.

Entendía a Kadir, ya Furia le había dado su susto, así que hablaba por experiencia propia.

Treinta minutos más tarde estábamos llegando al almacén y fuimos recibidos por más de mi gente, el hombre con el que me reuniría había sido recomendado por uno de mis aliados en Michigan, razón por la cual decidí recibirlo. Leonardo Cox, el jefe de su organización, fue asesinado en meses pasados y según me dijeron, el tipo fue muy fiel a él, tanto así, que se negaba a trabajar con el hombre que sustituyó a Leonardo, el mismo que también lo asesinó para destronarlo.

—¿Dónde está? —inquirí a uno de mis hombres y me señaló justo a donde manteníamos a Furia.

Fruncí el ceño por ese atrevimiento, pero no dije nada y caminé hacia la bodega que mandé a

acomodar con todo lo necesario para Furia, y me sorprendí cuando vi la puerta abierta. Si bien, mi chico estaba enfermo, no significaba que no pudiera deshacerse de los intrusos y maldije al pensar en que a lo mejor ni tiempo me dio de conocer a mi invitado.

—¡Mierda! Creo que ya se lo comió —exclamó Kadir con miedo y me reí.

—Si se lo comió, entonces mi bebé únicamente jugó con alguien que no debió irrumpir en su espacio —aclaré y le guiñé un ojo, bastante divertida—. Y tú no tendrás de qué preocuparte por una semana, aunque el veterinario deberá mudarse aquí para aliviar una nueva indigestión —ironicé—. Quédate atrás, Kadir, no seas idiota que bien sabes que no lloraré tu muerte, aunque lamentaré perder un buen escolta —le advertí al verlo muy cerca y se detuvo de inmediato.

Faddei estaba varios pasos atrás, pero me escuchó y rio sarcástico. Siempre me decía que yo tenía más amor por los perros que por los humanos y no se equivocó.

—¡Eso! Buen chico. —Escuché que dijeron en la bodega y arrugué el entrecejo.

O estaba en pedazos, pero aún podía hablar y luchaba por sobrevivir, o Furia se encontraba encadenado. Pensar en lo último me enervó la sangre, ya que acomodé la bodega para que mi chico estuviera tranquilo y sin cadenas y los demás protegidos de su ferocidad.

Abrí la puerta de la bodega y miré incrédula cuando un tipo de cabello claro se encontraba en cuclillas rascando la panza de Furia mientras él disfrutaba de ese gesto. El hombre reía de ver a mi chico ceder así y yo no supe qué decir.

—¿Qué le has hecho? —pregunté llamando su atención de inmediato.

Vestía una playera blanca y lisa de mangas cortas que me dejó ver algunos tatuajes en sus brazos, junto a un *jean* negro y zapatillas deportivas. Su cabello rubio oscuro estaba revuelto haciendo que sus ondas se lucieran, y su rostro de labios delgados y nariz perfilada era adornado por una media barba un poco más clara que su pelo. Se puso de pie y noté un tatuaje en el cuello y uno abajo de cada ojo, en sus pómulos para ser exacta.

Esos eran pequeños, pero aun así los vi al igual que los aretes en sus orejas.

—¡Hola, mi chico hermoso! —saludé a Furia cuando corrió hacia mí al reconocerme.

El can ya recibía bien mis mimos y hasta parecía que comenzaban a gustarle, no obstante, se cansaba pronto de ellos, así que cuando no quiso más se sentó a un lado de mis piernas dejándole claro al hombre frente a nosotros que pudo haber cedido antes, pero no más.

—Es sorprendente lo que has hecho con este chico —indicó el rubio que se hacía llamar Ace.

Todo su informe llegó a mis manos desde que acepté recibirlo.

—Bueno, al parecer está teniendo buenos avances porque dejó que te acercaras a él y hasta que lo tocaras —señalé.

—Me llevo mejor con los perros que con los humanos —confesó.

—Tal parece que sí —afirmé—. Sobre todo, con los rottweilers, ya que te has dedicado a criar a varios —añadí y alzó una ceja—. Ambos hicimos nuestra tarea, Ace —indiqué y le guiñé un ojo, lo que lo hizo sonreír.

¡Mierda! Tenía un estilo único y admito que flipé con esos colmillos que sobresalían de su dentadura recta, dándole un toque feroz a su imagen.

—Lamar me dijo que eras una mujer de cuidado, pero creo que se le olvidó añadir varias cosas —comentó mencionando al tipo que lo recomendó conmigo y alcé una ceja.

—Vamos afuera y dejemos descansar a Furia, no quiero perder más tiempo del necesario —repliqué y asintió.

Me atreví a lanzarle un beso a Furia y él solo corrió en busca de un hueso de juguete, ignorándome como era su costumbre y me reí. Luego caminé fuera de la bodega seguida por Ace.

Llegamos al área principal del almacén y tomamos asiento en la mesa rectangular donde me reunía con mis asesinos. Ace lideraba a su propio grupo que, según sus palabras, le eran leales, pero solo acepté verme con él. Ya luego el tipo podía decirle a su gente el acuerdo al que llegamos.

Era un hombre de mi edad o quizás unos pocos años menor, su nombre real era desconocido para el mundo, puesto que cuando obtuvo los medios se encargó de mantenerse en el anonimato, pero era conocido en Michigan, famoso en el bajo mundo por el sadismo que lo caracterizaba y también por ser un buen *hacker*, habilidades que le sirvieron para convertirse en la mano derecha de su antiguo jefe.

—Me sorprende mucho que no hayas luchado por obtener tú el liderato —le dije y dio un trago a su agua.

—Algunos vienen a este mundo para liderar. Otros venimos para mantener en el liderato a quien se gana nuestra voluntad y lealtad —explicó con simpleza.

—Seré sincera contigo, Ace —advertí.

—De verdad espero eso de ti —me interrumpió, aunque se lo dejé pasar.

—No confío en nadie —proseguí—. Y, sí, creo que es posible trabajar bien y de cerca con algunas personas, tal es mi caso con Faddei y Kadir —señalé a ambos hombres con la barbilla tras decir eso —, pero no más. Y es cierto que vienes aquí con buenas referencias por parte de Lamar. De hecho, aplaudo lo que hiciste por tu exjefe, sin embargo, no sé si de verdad seas capaz de hacer lo mismo por mí. Sobre todo, cuando me conozcas bien, ya que, chico, querrás matarme tú mismo en cuanto pase y Faddei puede dar fe de ello. —Apostillé y mi hombre bufó una risa.

—Si no lo he hecho es porque no se descuida —reviró el calvo y reímos.

—Puedo darte trabajo en mi organización, pero no a mi lado, de momento. Para lograr eso deberás superar algunas pruebas antes —seguí—. Pudiste tener un rango alto con tu jefe, pero aquí simplemente eres el nuevo y comenzarás igual que todos, igual que yo. Aunque obviamente no en mi cama —dije sarcástica por lo que sabía que se susurraba de mí y Ace tuvo la osadía de sonreír de lado y morderse el labio.

—Haría un excelente trabajo —insinuó y negué.

—Mis juguetes lo hacen mejor y duran más —contraataqué y Ace rio.

—Por eso quise venir aquí —confesó y alcé una ceja—. No por ocupar un lugar en tu cama, eso sería un extra que no despreciaría por ningún motivo —aclaró y bufé, irónica.

Le alcé una mano a Kadir y chasqueé la lengua para que se detuviera cuando quiso darle un escarmiento a Ace por lo que dijo.

Ace alzó las manos y reí.

—Lo siento —se disculpó y le hice un ademán para que continuara—. Me refiero a que eres conocida por ser letal y astuta e inteligente como una zorra. Castigas sin remordimiento y no das segundas oportunidades, aunque también eres justa con tu gente y a pesar del sadismo que te caracteriza, eres leal, así que por lo mismo aplaudimos lo que hiciste con Cratch —admitió y reí lacónica—. Y no me importa comenzar de cero si lo haré para la reina sádica, te demostraré que puedo ser digno de cuidar tu espalda.

—Ya veremos —respondí seca—, por ahora puedes comenzar con decirme por qué te haces llamar Ace —cuestioné.

Esperaba que no me saliera con que era fan del detective de mascotas.[1]

—Porque soy único y seré tu as bajo la manga en el momento que lo necesites —explicó y sonreí de lado—. Ace significa unidad única, mi reina, o As, la carta con la que puedes ganar en el póker.

Yo no tengo límites, mataré a quien quieras que mate, niños, jóvenes, adultos o viejos, sin importar el género. ¿Necesitas que torture? También lo hago, como quieras y cuando quieras, eso sí, será bajo tus reglas. Y como ya sabes, también soy un *hacker* y encuentro a quien desees, así sea a una aguja en un pajar.

—Te estás poniendo una vara muy alta conmigo, Ace, y te aconsejo que tengas cuidado con ello porque no te agradará ser testigo directo de cómo me pongo cuando no logran cumplir mis órdenes —advertí y asintió.

—Lo sé, pero no hablo de lo que no soy capaz de hacer —aseguró.

—Me gustas —admití y él sabía que no me refería a lo físico, aunque era un hombre muy atractivo e interesante—. Y tú no tienes límites, pero yo sí. Ni violaciones ni niños conmigo, eso es en lo único que me limito —finalicé.

—Te lo repito, haré únicamente lo que me ordenes —aclaró y tras dar un respiro profundo me puse de pie.

—Bien, estate atento entonces que la organización es bastante movida —satiricé—. En cualquier momento Faddei o yo te llamaremos.

—Sé que apenas comenzamos, ¿pero me permites hacerte una petición especial? —Asentí para que hablara—. Déjame trabajar con Furia —Sonreí, ya que intuí que pediría algo así y no me equivoqué.

—Claro, pero es bajo tu propio riesgo. Si Furia te daña de alguna manera, no respondo y si te llegara a asesinar, imagino que ya sabes a dónde vas a parar —señalé y asintió conteniendo una risa irónica.

—Es bajo mi riesgo —confirmó.

Tras eso le di una mirada y luego me giré para comenzar a salir del almacén.

Desde que llegué ya sabía que iba a aceptarlo en mi organización, lo estudié de pies a cabeza, supe en cuántos orfanatos y casas hogares estuvo en su niñez y a cuántas clínicas de rehabilitación ingresó hasta que Leonardo Cox vio potencial en él y lo reclutó en su organización, descubriendo a una verdadera joya que era capaz de dar la vida por él.

Según los informes, la lealtad era lo que más sobresalía en Ace, un perro guardián feroz y letal que cualquier líder necesitaba, pero como se lo dije, no era de confiar en nadie, así que por muy buenas referencias que tuviera, conmigo tendría que probar que merecía un lugar a mi lado.

—Llévame a casa y ordena que Kiara esté allí, no me importa de dónde tengan que sacar a esa cabrona —pedí a Faddei y asintió.

—A tu lado encontrarás algunos archivos del club para que comiences a estudiarlos —avisó y miré a donde indicó.

Negué al ver una cantidad espantosa de carpetas negras, cada una tenía un número de identificación y bufé. Odiaba leer, pero era lo que tocaba si quería saber en dónde me metería. Cogí el primero sin importarme que no estuvieran apilados por orden numérico y lo hojeé, no leí nada interesante, solo la vida, fuera de ese club, que llevaba su dueño, su edad, ocupación, direcciones personales y hasta dónde estudió. Sus raíces y lugares de trabajo, también supe un poco de su familia y estatus.

—Conque es parte de nuestra nómina —murmuré con diversión al confirmar dónde trabajaba principalmente.

Me empapé de esa información y luego pasé a otro archivo, era similar al primero, nombre, edad, nacionalidad, ocupación, estatus y más de esos formalismos. El de los trabajadores era igual, a excepción de uno u otro que se dedicaba a la venta de drogas por menudeo, nada grave ni

complicado.

Los de los miembros asociados eran bastante interesantes al igual que el archivo del dueño, solo que esos otros se revolcaban en mi mierda y me reí porque así ese club quisiera cuidar de la privacidad de sus clientes y se firmara un contrato de confidencialidad antes de ser admitidos, yo tenía en mis manos un tesoro muy grande al descubrir *los gustos* de ciertas personalidades que aparentaban ser moralistas ejemplares.

—¡Joder! De haber sabido que al senador Young le gustaba que lo azotaran, lo habría castigado de otra manera y no así. Ya que según veo le di placer en lugar de dolor —refunfuñé y Faddei rio.

Kadir se unió.

—Sabía que dirías eso —señaló Faddei y negué con la cabeza bastante divertida.

El senador había querido pasarse de listo conmigo y me lucí como dominante al azotarlo hasta hacerlo sangrar y partirle la piel con un látigo de tiras. Y me sorprendí cuando el hombre no emitió quejido alguno en ese momento y, en este instante estaba descubriendo la razón.

Si hubiera hurgado en sus pantalones luego de mi castigo a lo mejor hubiese encontrado alguna corrida.

¡Mierda!

—¿De dónde sacaste esta información? —pregunté curiosa.

—Es de fácil acceso, no tuvimos que violar servidores. Simplemente le pedí a mis hombres que buscaran bien —explicó Faddei y asentí—. Por cierto, ahí tienes a tu amiga —añadió de pronto cuando Kadir detuvo el coche y miré hacia el frente.

Habíamos llegado a casa y Kiara peleaba con su chofer porque la sacó a la fuerza del coche y otro hombre corrió al maletero para sacar una barbaridad de bolsas de papel. Bufé exasperada y negué antes de salir.

No deseaba pelear, pero esa chica debía recordar algunas de mis reglas.

—¡Coño, Ira! ¡¿Por qué me haces esto?! —me reprochó al verme salir del coche.

—¿Qué prefieres? ¿Qué te haya mandado a sacar de la tienda en la que estabas o que te castigue como lección para todos los que me desobedecen o pretenden pasarse de listos conmigo? —inquirí con dureza y vi que su labio tembló.

No le estaba hablando como a mi amiga, sino como a una más de mi organización.

—Perdóname, solo me emocioné porque por primera vez decidiste confiar en mí y dejar todo en mis manos. Simplemente quise saber qué se sentía tener el control.

—No me vas a chantajear con esa mierda, Kiara. Tú no eres ni mi puta ni mi prisionera, haces lo que se te antoje y no te obligo a nada, así que no me digas esas estupideces —declaré exasperada.

—Únicamente quise hacer todo por mí, *¿okey?* Además, no le pedí nada malo al doctor Andrews y sabía que, si te decía que debías hacerte esos exámenes, te negarías y no quería eso. Me hiciste una promesa y no permitiría que la rompieras solo por no ceder a lo que otros quieren imponerte —bufó y negué.

—Casi mato al doctor por tu culpa, Kiara. ¿Entiendes la gravedad de lo que hiciste? —cuestioné y me toqué la sien con ímpetu para que fuera capaz de ver lo que estuvo a punto de provocar.

—¡Ya te dije lo que pensé!

—Pensaste una mierda entonces y espero que no vuelva a repetirse, porque a la próxima se me olvidará que te llamo amiga —aclaré y se limpió con brusquedad una lágrima que corrió necia por su mejilla.

Pero no me inmuté, en cambio, la miré de arriba abajo y negué para terminar de meterme a la casa.

Faddei me siguió, Kadir se quedó con ella para asegurarse de que no hiciera otra estupidez. Y sabía muy bien que a Kiara le lastimaba comprobar que no confiaba en ella por mucho que la apreciara, pero no cambiaría mi forma de ser; y la morena lo sabía muy bien como para que se lamentara por ello.

Acto seguido a nuestra discusión, me encerré en la oficina y seguí estudiando los archivos, concentrándome más tiempo del necesario en uno que ya había leído como tres veces. Luego coordiné con mi gente el movimiento de un cargamento que se ejecutaría esa semana y me puse en contacto con el magistrado para que tuviera listos los permisos especiales que nos dejaría entrar a la cárcel, donde almacenaríamos la mercancía, para que después fuera distribuida.

Y cuando la noche entró, decidí ir a tomar una ducha antes de comer algo.

Me sorprendí cuando al entrar a mi habitación encontré sobre la cama un hermoso vestido en color verde olivo, negué y sonreí al imaginar que era gracias a Kiara que llegó ahí. Me acerqué para admirarlo y acaricié una de las mangas largas. Estaba hecho de terciopelo, corto, y con un escote que de seguro llegaría hasta mi ombligo.

Era muy sencillo contando con que lo especial de él se encontraba al tenerlo puesto.

A su lado hallé unas sandalias de tiras en color beige con un taco de ocho o diez centímetros y más allá vi una diminuta tanga negra que solo cubriría mi coño cuando la usara. Sonreí al imaginar la satisfacción de Kiara al encontrar ese atuendo y luego lo hice más cuando sentí su presencia detrás de mí.

—¿Te gusta? —preguntó y giré el rostro para mirarla.

—Es mi color y mi estilo. Como siempre, acertaste —declaré y sonrió.

—Perdóname, Ira. Conozco tus reglas desde siempre y no debí saltarlas. Solo me ganó la emoción, no volverá a suceder —prometió y asentí.

—Y no olvides que, si te prometo algo, es porque voy a cumplirlo, Kiara. No importan las circunstancias, si te digo que lo haré, será así. No tienes por qué forzar nada —le recordé y sonrió avergonzada, pero feliz a la vez.

—Me alegra saber que no desistirás incluso cuando la cagué —dijo animada.

—Espero no arrepentirme —señalé y llegó hasta mí para abrazarme.

De verdad esperaba no cometer un error al ir a meterme a ese infierno, ya que en el mío sabía manejarme, pero en el de otro, sería complicado.

CAPÍTULO 4

Iraide

«Necesitaba un maldito momento de paz».

Me venía repitiendo una y otra vez como un mantra y lo hice más en cuanto el coche descendió hacia el estacionamiento del club.

¡Joder! Solo Kiara lograba que hiciera estupideces como esas, pero no refunfuñé porque prometí que la complacería esa vez.

Sabía de la excelencia del lugar, aunque lo que me dijeron los informes se quedaba corto con lo que me recibió en el instante en el que bajé del coche y una vitrina con distintos antifaces de lujo me esperaba del lado opuesto de la puerta. Me acerqué a la caja de vidrio en el momento que vi a Kiara salir y arreglarse el vestido; un antifaz en especial fue el que me llamó la atención entre todos.

La máscara era verde olivo con pedrería en color negro que cubría hasta la nariz, adornada con una pluma del lado derecho del ojo. Tomé con cuidado el cristal y abrí la pequeña puerta. La sensación de la seda me tomó por sorpresa al admirar de cerca la maravillosa pieza que, sin dudar, coloqué en mi rostro y encaré a mi amiga al tenerla a mi lado.

—¿Y bien? —Puse las manos en mis caderas para darle énfasis a la pregunta.

Le sonreí cuando silbó con admiración.

Ella misma se había encargado de maquillarme y arreglar mi cabello en ondas, dándole volumen para que el rojo resaltara más de lo que ya lo hacía. Y como lo imaginé cuando vi el vestido dos días atrás en mi cama, el terciopelo se ajustó a mi piel, las mangas largas me dieron la calidez necesaria para la noche fría, aunque el escote dejara el medio de mis pechos y parte de mi abdomen desnudo.

Mis pezones lucían como diamantes que se marcaban en la tela del vestido sin querer ser escondidos, pero Kiara aseguró que ese era el toque perfecto de mi atuendo, sobre todo porque los *piercings* en ellos se lucían en todo su esplendor. No usaba más joyería aparte de unos aretes diminutos que no se notaban con mi cabello suelto.

—Me gusta —aceptó luego de evaluar el antifaz y tomó el que estaba a un lado en color negro con brillantes dorados—. Te combina con el vestido —señaló y asentí con diversión.

Sabía por las reglas del club que usar el antifaz era optativo, pero me decanté por llevarlo, ya que con la información que obtuve, me enteré de que varias personas de la organización lo frecuentaban y prefería el anonimato, aunque mi cabello pudiera delatarme.

Antes de abrir la puerta me acomodé el escote del vestido (para que no se me fueran a salir los pechos) y cuando mi amiga comenzó a caminar tomé el pomo, descubriendo una pequeña sala con un cortinado de fondo y un leve retumbe que escuchaba a lo lejos.

—Mantén los ojos abiertos —susurró Kiara en mi oído, acariciando la tela de su escote.

Negué en respuesta, esa advertencia no era realmente necesaria para mí, al contrario, yo tendría que haberle dicho eso a ella.

La observé de reojo cuando una mujer con buenas curvas, desnuda y con el rostro absolutamente cubierto por una máscara y con un collar de cuero azul oscuro y fino en el cuello (que tenía un abalorio en forma de D), se nos acercó desde un costado, con la cabeza gacha y una tableta en la mano.

—Lo tengo todo bien controlado —aseguré a mi amiga en cuanto la chica se paró enfrente

nuestro y Kiara la recorrió con la mirada.

—Las piernas también, Ira. Mantén las piernas bien abiertas —masculló pasándose la lengua por los labios.

«Zorra», pensé y blanqueé los ojos. Su obsesión con mi abstinencia me iba a enloquecer en cualquier momento.

—Bienvenidas —pronunció la mujer y por pura costumbre alcé el mentón con altanería.

Miré a Kiara entusiasmada cuando la chica nos contempló con respeto y cierta seducción, provocando el morbo en mi amiga y su deseo por ella.

—Ni lo pienses —susurré al verla acercarse más de la cuenta a la chica y la tomé del brazo a la vez que negué cuando me encaró con una sonrisa de disculpa.

Apenas íbamos llegando, ni siquiera habíamos terminado de entrar al club y ya me quería dejar sola, cosa que no le permitiría, pues nos hallábamos en ese lugar por ella principalmente. La chica no notó nuestra interacción, o lo obvió, cuando comenzó a teclear en el aparato con maestría y rapidez.

—Según el informe enviado, son Dómina y sumisa. ¿Apunto algún apodo de su elección, *Mistress*?

La pregunta fue dirigida hacia mi amiga y vi confundida cómo ella negaba y optaba una pose más firme en cuanto me tomó del hombro y acarició brevemente mi piel.

—Hija de puta —murmuré entre dientes al entender su juego y cerré los ojos un segundo, concentrándome para no ahorcarla al ver su semblante divertido por todo aquello.

—Solo Ira y Kiara —demandó ella sin saber muy bien en lo que se estaba metiendo, pero con una seguridad que en ese momento admiré.

A Kiara le encantaba ver series o películas sobre sumisas y Dominantes y compraba cada libro habido y por haber sobre ese tema, pero nunca lo llevó a la práctica, estaba segura de eso. Sin embargo, suspiré profundo decidiendo dejarle jugar su juego y clavé los ojos con malicia en la chica que nos recibió, demostrándole que yo de sumisa no tenía nada; ella me devolvió la mirada con un poco más de reserva, aunque escrutándome sin reparo.

Asentí levemente en su dirección, dándole mi consentimiento y ocultó una sonrisa porque era obvio que notó quién era quién entre Kiara y yo.

—Entendido. —Tecleó un par de cosas y nos pasó la tableta—. Necesito una última firma de consentimiento para luego ingresar —informó.

Ambas lo hicimos ya conociendo el protocolo con el que se manejaban y una vez entregado todo, la chica nos hizo un movimiento de mano hacia la derecha.

—Sigan el pasillo y suban la escalera, al final encontrarán una puerta donde podrán entrar al salón. El lugar cuenta con diferentes espacios, según sus gustos, donde podrán participar, observar e interactuar como más les guste durante su estadía. El único límite estipulado es la prohibición de violencia sin autorización de ambas partes, lo demás queda a su elección y consentimiento —informó con tranquilidad.

Ambas asentimos de acuerdo y comenzamos a caminar.

—Conque sumisa tuya, ¿eh? —comenté entre dientes y Kiara soltó la risa que se venía conteniendo, ganándose una palmada en el trasero por mi parte.

—¡Oye! —Se tapó la boca, divertida, en cuanto gritó—. Se escuchó lindo cuando la tipa lo dijo, además, ¿no querías ceder el control? Pues esta noche vas a ser mi perra, *amor*.

—Ja, ja, ja —pronuncié en un intento de molestia, pero no lo estaba, todo lo contrario. Me había llamado la atención todo aquello y me sentía más impaciente que otra cosa en cuanto las escaleras se me hicieron interminables.

Caminé sin apuro, saboreando la música que me recorría el cuerpo, reconociendo esa melodía que

estaba muy de moda y sin más llegamos a una puerta de hierro forjada, con dos hombres de la altura de un edificio que bajaron la cabeza y nos indicaron que podíamos pasar. Mi amiga optó por tomar mi mano con fuerza y abrimos para descubrir el alboroto del otro lado.

In The End se escuchó más clara y fuerte, una melodía tan sensual con una letra dura y verdadera para algunas personas.

—¡Mierda! —exclamó Kiara mientras sus ojos demostraban lo sorprendida que estaba por todo el lujo que desprendía el lugar.

Y no era para menos, el club estaba ambientado como tanto me gustaba, luces leves, música acorde y un sinfín de personas ubicadas en todos lados. Desde la entrada podía identificar los roles que poseían cada uno incluso sin saber mucho del tema, ya que había desde hombres sentados de rodillas al lado de sus mujeres, hasta mujeres desnudas, con antifaces y collares, siendo llevadas por sus Amos.

Nunca había incursionado en ese mundo, pero no era tonta, sabía muy bien en lo que me metía, pues también leí sobre aquello. Pero leerlo y verlo era totalmente diferente y lo comprobé cuando mi piel se erizó por el espectáculo que estaba teniendo.

—¡Joder, Ira! He visto todo en mi vida, pero esto… —Kiara señaló el ambiente y suspiró—. Esto me está gustando y recién hemos entrado.

Asentí en respuesta sin dejar de observar los diferentes espectáculos que estaban dando cuando nos acercamos al bar y nos sentamos en unas butacas.

—Dos martini, por favor —le pedí al *barman* en cuanto se nos acercó y tras un guiño como respuesta comenzó a prepararlos.

—Dijiste que investigaste el lugar. —Kiara tenía la vista desviada hacia una Dómina que hacía que su sumiso limpiara sus tacones con la lengua, en cuanto comentó tal cosa—. ¿Te gustaría hacer eso conmigo?

Sonreí cuando me entregaron mi trago junto con una pequeña nota doblada. Blanqueé los ojos conociendo lo que iba escrito ahí y le presté atención a mi amiga que no lograba encajar el cristal en su boca por lo enfocada que estaba en la escena frente a ella.

—Si quieres perder los ovarios, adelante. De lo contrario, yo que tú ni lo intentaría —aseguré y le tomé la muñeca apuntando la copa a su boca cuando seguía sin poder beber.

—Tomémoslo con calma entonces —comentó siendo inteligente y bebió un largo trago—. Tenemos toda la noche para conocer el lugar, o hasta que nos sintamos saciadas. —La miré con una sonrisa burlona—. De conocimiento, Ira —aclaró y rodé los ojos.

¡Puf! De conocimiento, claro que sí.

—Me parece bien —concedí sin embargo y me acerqué más a ella para hablarle bajito—. Por cierto, el club es de confianza, si no, no hubiéramos venido. —Hice esa aclaración por su comentario sobre si investigué el lugar—. Recuerda todos los papeles que completamos junto con la consulta médica y los exámenes —gruñí al recordar el altercado con mi doctor. Kiara sonrió avergonzada y negué con la cabeza—. Los dueños están limpios, sin antecedentes y con una vida impecable y carreras exitosas más allá de esto —añadí.

Y vaya si no lo confirmé. Faddei me consiguió incluso fotografías con un reporte extra de cada uno de ellos, después de la primera investigación que llevó a cabo. Era desconfiada hasta de mi sombra, por lo que no iba a arriesgar mi hermoso culo por un momento de calentura y relajación.

Además, al ser un club donde no solo asistían personas del mundo del BDSM, cuidaban mucho de que los invitados no fueran atacados al no llevar algo que los identificara en su rol. Como nosotras.

—Podemos comenzar a recorrer las instalaciones que queramos probar, pero si nos gustan tanto como para atrevernos a hacer lo inimaginable, nos separamos, ya que no deseo escucharte follar. Oírte con Milly ha sido suficiente —bufé.

Reímos por lo último al recordar cómo mi amiga gritaba poseída cada vez que follaba con su novia como si estuviera filmando una película porno y toda la ciudad necesitara saber cuánto lo estaba disfrutando. Me prometí nunca más estar cerca de ella por el bien de mis oídos y mi jodida imaginación.

—Está bien, aburrida, pero marquemos un punto de encuentro —recomendó.

Nos pusimos de pie y señalé nuestros asientos como referencia y comenzamos a caminar cuando el escenario se iluminó con un nuevo espectáculo.

—Vamos antes de que me sume a ellos. —Señalé a la pareja que nos observaba desde que entramos, mientras follaban, y me pregunté qué tal sería ser partícipe de algo así, tan público pero placentero por las muecas de satisfacción de la chica.

Tomé la mano de mi amiga en cuanto nos desviamos hacia el fondo, donde varios letreros informaban lo que resguardaba cada puerta.

—¿Con qué comenzamos? —preguntó ansiosa.

La miré y luego vi los letreros.

—Con algo liviano, ven. —La conduje hacia un pasillo amplio en donde se destacaban cuatro habitaciones cortinadas, tres de tamaño normal y la última más grande con cortinas vinotinto.

Los jadeos eran excesivos, demostrando que a cualquiera que entráramos íbamos a encontrar la perversidad que ya destilaba el ambiente, por lo que abrimos la primera sala y luego iríamos subiendo de intensidad.

El lugar era muy iluminado, dejando ver a la gente sentada en sillones similares a los del salón principal y en el centro de este se encontraba una pareja follando. Miré a Kiara y le pregunté con la mirada si nos quedábamos, ella negó de inmediato y nos fuimos a la siguiente en donde tres mujeres eran sodomizadas por otra con un atuendo recubierto en cuero y un látigo de tiras que paseaba por el cuerpo de ellas.

—Este es mi lugar. —Alabó mi amiga y se enfocó en mí—. ¿Te quedas?

Negué al ver cómo la mujer clavaba su mirada en nosotras y con pasos delicados se nos acercaba.

Confieso que no era de géneros, aunque nunca estuve con una mujer. Frank, a pesar de ser un depravado en cuestiones sexuales, jamás quiso compartirme con nadie y en el club donde lo conocí vi muchas cosas de ese ámbito. No obstante, siempre me alejé de escenas bisexuales, pues lo respetaba, pero no era capaz de verlo porque en lugar de deseos me provocaba cierto trauma.

Y con Nick tuve una relación basada en lo básico.

—Iré a otra sala —avisé, pero tiré de ella hacia mí cuando varias personas nos miraron como si fuésemos carnada fresca a la que querían devorar y estampé mis labios en los suyos, mordiendo el inferior antes de separarme. Acto seguido la observé con malicia, esperando que a los demás les quedara claro que no seríamos presas en ese infierno—. No le digas a Milly —susurré con picardía.

Kiara mordió su labio con diversión al darse cuenta del espectáculo y me despidió para sentarse en uno de los sillones.

—Pórtate mal, Ira. Lo necesitas —recomendó y chasqueé la lengua.

Tras eso continué mi camino fuera de la sala para seguir explorando las demás, aunque al estar en el pasillo unos jadeos fuertes y cargados de un gozo increíble llamaron mi atención y busqué de dónde provenían. Miré el último cortinado y me dirigí hacia allí luego de asegurarme de que era la fuente de donde percibí tal pasión, sintiéndome atraída como si un imán tirara de mí.

Y fue sorprendente darme cuenta de que con cada paso que di para acercarme, la tensión aumentó y una sensación indescriptible embargó cada parte de mi cuerpo.

—¡Demonios! —musité, anonadada por la manera en que mi corazón latía. Solo una vez me sentí así, aunque en esa ocasión lo que descubrí fue a Frank asesinando a un pobre diablo. «El inicio de mi perdición», si lo pensaba mejor—. Espero correr con mejor suerte esta noche. —Satiricé.

Me detuve detrás de la cortina, inspirando hondo para controlarme, y miré a través de la tela semitransparente las siluetas de las personas adentro. El ambiente ahí era más cargado y con menor iluminación, aunque la suficiente para darme cuenta de que había varias parejas follando por todos lados, dejando a muy pocos observando todo.

Caminé sin apartar la cortina, sorprendida de que fueran tan silenciosos mientras gozaban, pero fui capaz de entenderlos al dejarme embargar por los gruñidos, gemidos y jadeos principales de quienes daban el espectáculo.

Me quedé de pie cuando me encontré de frente a la fuente de aquel morbo tan intenso y al alzar la mano para abrir la cortina noté que estaba temblando, con un ardor en mi entrepierna que parecía como si me hubiesen prendido fuego.

Al quedarme sin la tela de por medio experimenté un *shock* agonizante y mi corazón terminó de alocarse, mi primer pensamiento fue salir de esa sala de inmediato, sin embargo, mis piernas entendieron todo lo contrario de la demanda de mi cerebro y comencé a caminar más cerca de aquel espectáculo, llegando hasta la fila principal, pero quedándome de pie y congelada.

La mayoría de los asientos se encontraban ocupados, rodeando a uno en especial, ubicado en el medio. Y no sé qué efecto tenían las luces, pero justo enfocaban a un tipo del pecho hacia abajo, sentado en un sofá negro, dejando su rostro en la penumbra. Estaba en una posición relajada, con la espalda apoyada en el respaldo y la cabeza echada hacia atrás. En una mano tenía un vaso corto de vidrio, con lo que intuí que era *whisky,* y a sus pies se hallaba un hombre y una mujer, ambos de rodillas, tocando sus piernas y dándole una mamada del infierno, provocándose y provocándole un gozo terrible. La pareja gemía de placer, él gruñía y jadeaba en respuesta y mi corazón se aceleró tanto, que sentí los latidos en cada parte de mi cuerpo.

¡Demonios!

Lo que mencioné que me parecía traumatizante, me tenía congelada, clavada en mi lugar, queriendo huir, pero a la vez deseando ver más. Y, maravillada por lo que contemplaba, seguí recorriendo con mirada curiosa a aquel tipo alto, de piernas rollizas (una de ellas con algunos tatuajes), musculosas y recubiertas por una capa de vello. No pude ver su longitud debido a que aquella pareja se atragantaba con ella, aunque sí noté la camisa que vestía, desabrochada y dejando al descubierto una perfecta musculatura con un paquete de abdominales y piel tersa bronceada.

Tenía las mangas largas enrolladas hasta los codos, e instintivamente me pasé la lengua por los labios y mordí el interior de mi mejilla gracias a la vista que me estaba regalando y, comprendí que lejos de traumatizarme como siempre, me gustaba mucho lo que veía.

De un momento a otro lo vi tensar el vientre y acomodar su postura, por lo que, cuando terminé de subir la mirada me encontré con dos pupilas dilatadas que se habían comido el poco verde en ellas, observándome con seriedad y … curiosidad.

Santa mierda.

Tragué con dificultad y me quedé inmóvil con la conexión de nuestras miradas; segundos después me humedecí los labios y terminé mordiéndomelos con asombro en el momento que ese hombre, con la mano libre, tomó el cabello de la mujer y con fiereza empujó su longitud hasta el fondo de la garganta femenina. Sentí en la mía el escozor y disfrute que dicho acto provocaba, tanto, que

carraspeé cuando lo vi deformar su rostro con gestos de placer sin dejar de observarme a mí, reconociendo la declaración que me caló hasta la médula.

Y, únicamente por un segundo él desvió su mirada y la regresó a mi rostro como si jamás se hubiera descuidado de lo que deseaba provocarme.

—Siéntate —ordenó con voz ronca y podría jurar que las piernas me fallaron al sentir su intensidad por todo mi cuerpo gracias a la falta de música en el lugar.

Aunque no me moví, no pude hacerlo. Seguí observándolos, notando que era el turno del hombre para comerle la polla y robarle un gruñido mientras él, luego de beber lo que le quedaba en el vaso y deshacerse del objeto, tomó de la barbilla a la mujer y le introdujo el dedo pulgar en la boca para acariciar su lengua y de paso abofetearla en el instante que ella intentó besarlo. Enseguida le murmuró algo por lo bajo y tomándola del cabello de nuevo, la llevó hacia el piso.

¡¿Qué demonios?!

—¿No me escuchaste? —inquirió de pronto con voz demandante y pasó la lengua por sus dientes —. Siéntate —repitió de una manera que me hizo saber que no aceptaba la desobediencia.

Su demanda me sacó de mi aturdimiento y frunciendo el ceño miré a todos lados, desorientada, hasta que ubiqué un sillón enfrente de él. Me senté tiesa, como si tuviese un palo en el culo que no me permitía acomodarme tal cual quería, tomando el borde del asiento con las manos al percatarme de su mirada acariciándome, desviándola a mi cuerpo.

No sabía de dónde había salido ese hombre ni por qué dejé que me diera una orden que no permitía el desacato de mi parte, pero me tenía a su completa merced con solo la mirada, desprendiendo dominio absoluto, perversidad por cómo tensaba la mandíbula cuando iba descubriendo una nueva parte de mi cuerpo, y morbo en cuanto dejó el vaso y tomó las cabezas de la pareja que se la estaban chupando, ambos a la vez.

—Esto no puede ser cierto. —Gesticulé, maldiciendo y respirando hondo al sentir la humedad desprendiéndose de mi entrepierna.

Me avergoncé un poco al percatarme de que era posible que estuviera manchando el sillón con mis fluidos, pero no dejé que mi rostro me descubriera; opté por seguir con mi escrutinio en ese hombre, así como él lo hacía conmigo, intentando apretar las piernas y dar un poco de alivio a la pesadez y cosquilleo que sentía en mi coño.

Nunca experimenté una sensación de tal magnitud, siempre había necesitado que otra persona me tocara para poder disfrutar de la excitación y luego ser penetrada, pero en ese momento ni yo podía creer que, incluso sin tener a alguien, sentía manos en todo mi cuerpo, oprimiendo mis pezones, acariciando mi clítoris, incendiándome en carne viva.

¿Qué tipo de brujería era esa? ¿O era posible que me encontrara en una extensión verdadera del infierno, por eso los demonios utilizaban su poder en mí?

Jadeé cuando no pude mantener las piernas cerradas y las abrí un poco, dejando al descubierto las braguitas de encaje que usaba y que mi observador no perdió de vista al notarlas. Intuí que hasta pudo captar lo empapada que me encontraba por cómo se relamió los labios y me dedicó una sonrisa torcida.

De un momento a otro el sujeto se puso de pie y me sentí perdida, fuera de mi órbita. Era muy alto, con un porte elegante y poderoso. Se subió el pantalón de lino hacia las caderas, ya que lo tenía en las rodillas, dejando libre su erección, que, en efecto, era tan grande como él; tomó a la pareja para que se pusiera en pie, le dio un beso casto a cada uno y cogió del cuello a la mujer, posicionándola sobre el sillón (viendo hacia mí), diciéndome con eso que me daría un espectáculo personal, puesto que pudo conseguir que todos los demás desaparecieran a mi alrededor, al

enviciarme con sus acciones.

Su cuerpo, recubierto por una fina capa de sudor y algunos tatuajes pequeños y esparcidos en el torso, desprendía hombría y, por la chulería que destilaba, podía jurar que él estaba al tanto de lo que provocaba a cualquier género, razón por la cual lo utilizaba a su favor para obtener mamadas como la que esa pareja acababa de otorgarle. Y me hallaba comprobándolo en primera fila, descubriendo que con ese hombre lo que me parecía traumatizante, se podría convertir en una morbosidad adictiva.

Y de paso, me estaba tragando mis propias palabras al decir, en el pasado, que el sexo entre dos hombres me parecía afeminado y vergonzoso.

Lo último no por lo que ellos hacían, sino por lo que yo sentía. Una vergüenza ajena que no me permitía disfrutar. Pero, con ese hombre, notaba a la distancia que no le molestaba demostrar que disfrutaba con ambos sexos, que su masculinidad no era frágil y que, al contrario de lo que muchos decían, se podía encontrar satisfacción con el mismo género. En ese caso, y por la mirada que le dedicaba al otro sujeto cuando penetró de un empujón el coño de la mujer, supe que ya tenían la suficiente confianza y que no era la primera vez que se follaban.

Y que, lo que yo estaba disfrutando era suave para lo que de seguro hacían.

—¡Mierda! —murmuré y aferré más mi agarre en el sofá en el instante en que la verdadera faena se desató.

Él tomó de la cintura a la mujer y la embistió con fuerza y pericia mientras ella engullía la polla del otro tipo, notando la enorme diferencia entre ese acto y los vídeos pornográficos que vi en algunas ocasiones, pues era testigo del gozo de los tres, nada entre ellos tenía pinta de ser fingido.

El hombre que me tenía en esa sala volvió a enfocar su mirada en mí y juro que me hipnotizó, ya que, no fui capaz de perderme su cuerpo moviéndose. Deseé ocupar el lugar de ella, quien gritaba con gozo, disfrutando los embistes que ese dios del sexo le estaba dando.

Mi cuerpo reaccionó lujurioso al acto, y si antes ya estaba mojada, en ese instante sentí un maldito río entre las piernas con el disfrute visual que tenía. Mis vellos se erizaron, mis pezones se endurecieron aún más y de nuevo tuve que apretar el sillón con fuerza al sentir el fuego y dolor en mi vientre. Mis músculos comenzaron a arder y la respiración se volvió errática. La experiencia era como si estuviese teniendo un sueño húmedo, como si un íncubo acabara de poseerme, consciente de lo que sucedía, sintiendo cada caricia y empuje.

Pero vivirlo lúcida era una experiencia inefable. Y si no lograba controlarme pronto, haría algo que me parecía imposible.

—¡Joder! —gemí y respiré hondo, apreté el estómago y enterré las uñas en el apoyabrazos del sofá.

Necesitaba cerrar las piernas, sentir algún tipo de roce en mi coño por muy mínimo que fuera, porque el placer que estaba sufriendo dolía y era insoportable, aunque no quise demostrarlo; y menos cuando el tipo ancló su mirada oscurecida en mi cuerpo, lucía totalmente perdido con su placer y, aun así, me dedicaba los embistes que infligía en la mujer, nalgueando su trasero y tomando con fuerza su cabello.

—¡Oh, diablos! —Jadeé de nuevo cerrando los ojos, con el corazón vuelto loco y la respiración entrecortada.

Presioné las piernas, rendida cuando el cúmulo de sensaciones quiso explotar con fuerza. Acomodé mi cuerpo y froté mi centro contra el sillón, jadeando sin poder contenerme y comprender lo que me pasaba.

¡Mierda! Estaba disfrutando un espectáculo *voyeur*, pero no me había tocado, nadie lo hacía y, sin

embargo, me sentía como una bomba de tiempo a punto de explotar.

—Acaba conmigo. —Escuché decir al tipo con la voz ronca y abrí los ojos porque su voz sonó más fuerte que los gritos de placer de la mujer.

Le dediqué una mirada confundida al percatarme de que me estaba viendo a mí y sonrió malicioso, observando mis pezones erectos que no dejaban de notarse sobre la tela del vestido.

«Acaba conmigo».

Incluso entre la bruma, mis genes malévolos me hicieron pensar que él ignoraba lo que yo podía hacer con esa orden que estaba dando.

—No lo repetiré —advirtió directo hacia mí, dejando claro con quién hablaba. Su tono era bajo, ronco y oscuro, provocándome más excitación, si es que era posible—. ¡Acaba conmigo! —exigió dando un último empuje y desencadenando el orgasmo de la chica.

Clavé más las uñas en el material mullido, reprimiendo un grito, y me obligué a no cerrar los ojos cuando lo vi tomar con firmeza las caderas de la chica y gruñó con placer absoluto, confirmando con hechos lo que me pidió. Pero jamás dejó de mirarme y en ese instante mi propio orgasmo me tomó desprevenida y con brutalidad, reiniciando mi cabeza, acelerando mi corazón al punto de querer salirse de mi pecho.

Arqueé la espalda y me mordí el labio para contener mi grito, tensando las piernas, dejando de respirar, palpando cómo algo explotó en mi pecho y recorrió mi estómago y vientre hasta desembocar entre mis piernas, corriéndome como si me hubiesen estado penetrando y tocando con certeza mi punto *G*.

—¡Mierda! —gemí incrédula cuando mis pulmones a punto de estallar me obligaron a respirar.

Realmente sentí mis piernas empapándose, la sangre caliente, la piel helada y el sudor frío en mi frente. Los sentidos se me oscurecieron, la garganta se me secó y por unos largos segundos inspiré todo el aire que pude.

¡¿Qué diablos acababa de pasar?! ¡¿Cómo pude encontrar el orgasmo sin ser tocada?!

Acababa de correrme como nunca y no era el hecho de que fuese viendo un espectáculo bisexual lo que me dejó en jaque, sino el que me sedujeran la mente a tal punto que sintiera más que cuando me follaban.

Y, en el instante en que pude recuperarme un poco me di cuenta de que quería volver a sentir todo de nuevo, aunque siendo tocada y penetrada esa vez por ese hombre, razón por la cual lo miré esperando a que él deseara continuar conmigo; pero, en el instante que nuestros ojos se conectaron, lo encontré terminando de acomodarse el pantalón y segundos después comenzó a caminar hacia mí.

El depredador más sexi iba en mi búsqueda y me convertí en una presa tan fácil y estúpida, que únicamente esperé paciente porque me atacara, me comiera y despedazara a su antojo.

Maldición. Él no tenía idea de cuántos quisieron tenerme en esa posición tan dócil, dispuesta a cumplir cada antojo que tuvieran, sin embargo, jamás lo consiguieron y entendí la razón estando en esa sala: nadie lo merecía a excepción del desconocido.

Un arrogante que sonrió de lado cuando me tuvo a dos pasos, lo hizo con altanería a la vez que metía las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón.

—Espero que hayas disfrutado el espectáculo —murmuró en un inglés no nativo, deteniéndose solo un segundo, luego ladeó un poco la cabeza y rio satírico, como un completo cabrón, viendo mis piernas apretadas—. Sí, lo has disfrutado —señaló orgulloso y de inmediato la vergüenza me embargó.

Y más lo hizo cuando él siguió con su camino, dejándome con la pareja a la que folló, terminando de vestirse.

¿Qué demonios había sido eso?

CAPÍTULO 5

Iraide

¿Qué carajos estaba pasando?

Abrí la boca en cuanto quise maldecir por la osadía de ese tipo de dejarme así, y más por su manera tan altanera y burlona de hablarme. Me llevé las manos temblorosas a la cara y reprimí un grito porque a pesar de mi molestia, también sentí demasiada curiosidad por él.

¡Fantástico!

Me sentía abrumada y adolorida en todas partes. Nunca había experimentado algo como eso y juro que mi cuerpo se volvió a erizar en cuanto el rostro de ese hombre apareció en mi cabeza.

—Puta madre —mascullé y miré a mi alrededor, descubriendo que, aunque los demás espectadores ya no estaban, no era la única en la sala, la pareja aún seguía vistiéndose entre susurros y sonrisas cómplices.

Me puse de pie, tras asegurarme de que el cuerpo no me iba a traicionar, y me acomodé el vestido lo mejor que pude.

«Tenía las bragas arruinadas», pensé y exhalé un suspiro, ordenando mis ideas.

Comencé a caminar hacia la pareja en busca de respuestas que creí merecer después de semejante… situación que pasé. La primera que notó mi cercanía fue la mujer, que terminaba de anudarse el *top* rojo, y con una sonrisa traviesa tocó levemente el hombro de su acompañante, quien la observó y luego clavó su atención en mí.

—Buenas noches —saludó él, bajando los ojos a mi pecho.

Crucé los brazos, intentando ocultar mis pezones aún despiertos y levanté la barbilla, sin dejar de lado mi faceta coqueta. Ambos usaban un collar de cuero, pero a diferencia del de la chica que me recibió con Kiara, el de ellos era negro y tenía un abalorio plateado en forma de círculo con una letra S en el medio, hecha con una serpiente.

El del hombre era un poco más grueso que el de la mujer.

—Me gustó mucho el espectáculo y, dado que somos los únicos ya en esta sala, me atreví a venir con ustedes para presentarme. —Ofrecí un asentimiento para ambos, porque evitaba el contacto físico, y ellos me lo devolvieron, satisfechos por mis palabras—. Mi nombre es Ira.

El hombre tomó de la cintura a la mujer y besó su hombro con cariño para luego sonreírme.

—Qué nombre tan peculiar —comentó él, observando mi rostro, y la mujer asintió de acuerdo—, aunque creo que te queda perfecto, si el color de tu cabello delata lo que escondes detrás de esa belleza. —Señaló y medio sonreí por su descaro—. Mi nombre es Marco y ella es Allison, mi esposa.

Traté de ocultar mi sorpresa al conocer su parentesco, admirando que ambos fueran tan liberales y capaces de compartirse de la manera que presencié.

—Un placer. —Ladeé el rostro al hablar, pasando con delicadeza la lengua por mi labio superior, captando su atención e interés en el gesto—. ¿El hombre que los acompañaba es cercano a ustedes?

No quise irme por las ramas cuando lo único que me interesaba era él. Ambos compartieron una mirada ante mi pregunta y con ello intuí que entre los tres existía mucha complicidad y, tal vez, lealtad.

—¿De verdad no sabes quién es? —inquirió Marco bastante curioso, a lo que negué con la cabeza, perdiendo la paciencia porque era obvio que, si preguntaba, era porque no sabía nada—. Es el rey de

este infierno —dijo con orgullo y abrió los brazos, señalando el lugar, y casi blanqueé los ojos por la estupidez.

Pero bueno, si yo era el infierno en mi mundo, no tenía nada de malo que él se sintiera el rey del suyo.

—¿El rey tiene nombre? —continué con mi averiguación.

Sentí una caricia en mi cabello y volteé el rostro a la defensiva cuando vi a la mujer cerca de mí. Acarició un mechón con delicadeza y me moví un poco, frunciendo el ceño porque aquello no me agradó. Allison no le dio importancia y volvió a invadir mi espacio, acercando su boca a mi oído, como si su respuesta fuera un secreto de estado.

—Su nombre es Samael —susurró con voz melosa y juré sentir una mano acariciar mi cuerpo.

«¿Samael?».

Interesante.

Y estaba segura de que, si seguía preguntando, iban a descubrir mi interés por aquel hombre, por lo que encogiéndome de hombros les di mi mejor mueca desinteresada, alejándome en cuanto la mujer (me vale tu espacio personal) quiso tomarme de nuevo.

—Bien, pues ha sido un placer observarlos. —Zanjé como despedida y me encaminé hacia la cortina hasta que escuché hablar a Marco de nuevo.

—Puedes hacerlo cuando gustes. —Giré un poco el rostro y vi cuando terminó de colocarse el saco del traje—. Asistimos tres veces a la semana. La próxima puedes unirte si deseas, Samael estaría encantado de tenerte.

Apreté las piernas inconscientemente y asentí sin responder, deseando preguntar qué días con exactitud, pero conteniéndome y yendo de una vez por todas hacia el salón principal con paso decidido, aunque incómoda por la humedad y el dolor en mi entrepierna. Esquivé a las parejas que ingresaban a las otras salas e ignoré con maestría a los que intentaban ligar al verme en ese estado.

El lugar ya se encontraba lleno, las luces tenues habían desaparecido, siendo reemplazadas por unas rojas que le daban al establecimiento un toque mucho más erótico, a la vez que siniestro.

Intenté localizar el baño, pero al ver a tantas personas a mi alrededor me di por vencida y ubiqué la barra, que habíamos seleccionado como punto de encuentro con Kiara, y tomé asiento en la primera butaca vacía.

—Dame lo más fuerte que tengas —pedí a una muchacha, quien me observó de arriba abajo. Ella también usaba un collar igual al de la chica que nos recibió y comencé a intuir que era parte de su uniforme—. Sorpréndeme, por favor —añadí antes de que preguntara qué deseaba y dejando de prestarle atención a su cuello.

Me dispuse a observar el espectáculo que estaban montando en el escenario a la vez que comencé a acomodarme el cabello, cuando de golpe mi espalda se puso recta y todo mi cuerpo entró en alerta.

«Podía jurar que alguien me estaba mirando».

Con los años había aprendido a las malas a entrenar mis sentidos y estos nunca me fallaban, convirtiéndose en mis aliados en momentos como ese, donde ya me sentía incómoda.

Acomodé mi cabello hacia un lado mientras esperaba mi bebida y con lentitud comencé a observar a mi alrededor.

«¿Dónde estás?». Me pregunté, detallando a las parejas hasta que alguien me pellizcó el culo y tomé con agilidad su muñeca, buscando algo con qué atacar, preparándome para lo peor.

—¡Wow! —Kiara rio de pronto, entrando en mi campo de visión y me relajé soltando mi agarre —. Cálmate, mujer, porque, aunque tu culo sea fabuloso no pretendo nada con él.

Medio reí cuando tomó asiento a mi lado y recibí con ansias el vaso que la chica me acercó, con lo que vi que era *whisky*, y me lo bebí de un trago, agradeciendo el líquido helado entrar en mi boca.

—Me tomaste por sorpresa. —Encaré a mi amiga al notar que me estaba detallando y de repente ella abrió la boca en una enorme «*O*»—. ¿Qué?

—¿Con quién? —la pregunta me descolocó, pero Kiara siguió su escrutinio—. Luces recién follada, ¿con quién fue?

No sabía si reír o llorar al pensar en mi aspecto y hasta quise golpearme al recordar la forma tan ridícula en la que me corrí.

«Nadie, querida mía. En realidad, me corrí sin que me la metieran», quise decir, pero me arrepentí al saber lo estúpido que era aquello.

—No le vi el rostro —comenté con simpleza, restándole importancia y ella me miró confundida —. La sala estaba oscura —expliqué.

—Pues su polla es de oro para lograr tenerte así —señaló sorprendida y satisfecha por mi apariencia—. Aún estás agitada y tienes los ojos vidriosos. ¡Ah, te dio la follada que necesitabas porque hasta relajaste el semblante de perra frígida!

Soltó una carcajada cuando le tiré una servilleta y logré verla con el cabello más despeinado, actitud risueña y menos curiosa con su alrededor, como si mi orgasmo fuera el centro de su curiosidad, o como si ella también hubiese obtenido una buena liberación.

—Cumplió con lo que vine a buscar —comenté y moví la mano restándole importancia. No mentía. No me había follado, pero logró, con una sola mirada, lo que muchos hombres buscaban en mí y nunca obtendrían.

Sumisión.

Porque no me mentiría a mí misma, había dejado que ese hombre me controlara cada articulación nerviosa, cada respiración, movimiento y pensamiento hasta el punto de quiebre, necesitando con desesperación conocer su identidad y saber quién era el portador de semejante templanza y dominio, en ese ambiente cargado de morbo y placer.

«Samael», pensé de nuevo y anoté mentalmente que investigaría ese nombre.

—¿Y tú? —cuestioné y la maldita sonrió pícara—. ¿Has sido infiel esta noche?

Apretó los labios para no soltar una carcajada y negó con la cabeza.

—Me fue imposible contenerme —confesó—. Fui infiel con la mirada y el pensamiento.

—¿Eso ayudará a que Milly te perdone? —La chinché.

—Espero que sí, cielo. —Exhaló un suspiro tras decir eso, haciéndome reír—. Pero no estábamos hablando de mí, sino de ti, así que deja de desviar mi atención.

Chasqueé con la lengua y le di otro sorbo a mi bebida. Por supuesto que Kiara siguió insistiendo, pero dejó el tema, dándose por vencida en querer sacarme respuestas que no le daría porque no las tenía y no deseaba mentir sobre ello, por lo que nos dispusimos a esperar un momento por todo lo que seguían ofreciendo.

Y en ningún instante dejé de lado mi estado de alerta, aún sentía el peso de aquella mirada en mi nuca y comenzaba a impacientarme al no encontrar al dueño, así que, de pronto, me puse de pie de un salto y tomé la mano de mi amiga.

—Vamos —la animé, acomodé el antifaz que ya me molestaba, y respiré profundo—. Ya tengo sueño y necesito madrugar, el deber siempre llama.

Kiara bufó en respuesta, pero me obedeció, relajando los hombros y caminando delante de mí, adentrándose en el mar de gente. Antes de salir del lugar quise echar un último vistazo y ladeé el rostro, absorbiendo mi alrededor hasta que algo que no había notado llamó mi atención.

El sofá era para al menos tres personas y se encontraba vacío a excepción de él en el medio, era como si nadie tuviera los cojones de compartirlo.

Su postura era relajada como en la sala, pero sus pantalones se hallaban en su lugar y tenía las piernas cruzadas, descansando una mano en ellas y la otra en un vaso que elevó, y con el gesto, también mi mirada. El rincón en donde se encontraba estaba casi en penumbras, aun así, detallé cada parte de él hasta que vi sus ojos, tan oscuros (incluso en la distancia) como antes, mirándome sin descaro y posando el vaso en sus labios, acariciando el filo mojado en ellos.

Imité su gesto con mi lengua en respuesta y lo vi entrecerrar los ojos en reconocimiento. Lo imaginé sonriendo con ese porte cabrón que tenía y le guiñé un ojo, mordiéndome el labio inferior.

—¿Pasa algo? —inquirió Kiara y tiró de mi mano haciendo que mi vista se enfocará en ella, al percatarse de que estaba comenzando a perder el aire—. Estás agitada, mujer.

Volteé por última vez, viéndolo clavar los codos en sus rodillas y asentí hacia mi amiga sin dejar de mirar cómo él me detallaba.

—¡Eh! Todo en orden. Creí ver a alguien conocido —expliqué, concentrándome en ella y comenzando a caminar—, pero me confundí —aseguré y la animé a que siguiéramos hasta llegar al coche sin perder más el tiempo.

Y, mientras atravesaba la puerta sentí aquella mirada penetrante chocar sin piedad en mi nuca y me prometí que esa no sería la única vez que visitaría *Delirium*. Había una persona que despertó mi curiosidad y no descansaría hasta volver a tenerlo frente a mí.

El viaje a casa se me hizo corto al tener la mente por las nubes y el cuerpo en el infierno. Apoyé la cabeza en la ventanilla y me pregunté qué había pasado para que cayera tan fácil en las garras (o más bien ojos) de ese hombre.

Kiara me tomó del brazo para espabilarme en cuanto llegamos a casa y negué en respuesta a su pregunta sobre si me sucedía algo, porque mi silencio le parecía raro.

—Estoy cansada —repetí en cuanto nos bajamos del coche.

Nuestra residencia era privada, con la seguridad ubicada en puntos específicos por si sufríamos algún ataque, demostrando la fortaleza que había creado para sentirme segura y poder descansar de tanto ajetreo diario.

—Señoritas —saludó uno de los hombres de seguridad, tomando las llaves que Kiara le entregó y se dispuso a subir al coche e ir a estacionarlo en su lugar.

Habíamos decidido viajar juntas en su vehículo, aunque Faddei y Kadir se mantuvieron cerca en todo momento, a excepción del club. Allí adentro yo me encargaría de protegernos.

La casa era lujosa, no mentiría al decir que no me iba lo material porque me gustaba estar cómoda y si era con lo mejor, quién era yo para negarme a adquirirlo. Tenía dos plantas, un estacionamiento en el subsuelo y una enorme piscina donde me gustaba disfrutar de los días soleados y pasar un momento acostada en una tumbona con alguna bebida.

Subimos los tres escalones de la entrada e ingresamos encontrando una luz cálida y tenue en el recibidor.

—Me voy a mi habitación —anunció Kiara en cuanto se quitó los tacones y de un puntapié los tiró a un costado—. ¿Tienes trabajo que terminar?

Me quité el vestido, quedando solo en bragas y sin una pizca de vergüenza, y estiré el cuerpo

dolorido cuando una idea tocó mi cabeza como un pájaro perforando.

—Sí —respondí mientras me metía a la cocina y tomaba un poco de agua—, necesito ultimar algo y me voy a la cama.

Ella no les dio mucha importancia a mis palabras, se limitó a tomar el envase que tenía en las manos y darle un buen sorbo, dejándome sorprendida por su excesiva sed.

—*Okey* —me tendió la botella casi vacía y me dio un sonoro beso en la mejilla—, nos vemos mañana, señorita relajada.

Bufé, divertida y me apoyé en la isla al verme sola, escuchando a mi amiga cerrar la puerta de su habitación.

Hice lo mismo, caminando con lentitud y me enfrasqué en mis pensamientos, llevándome una mano a la cabeza y masajeando mi cuero cabelludo hasta que entré a mi habitación y la cerré con seguro.

Si bien todavía quería corroborar que todo saliera bien con el cargamento que se movería al día siguiente, también aprovecharía para investigar sobre algo que se me metió entre ceja y ceja después de que se negó a meterse en mi coño.

—Veamos qué tenemos aquí —susurré para mí.

La habitación también era mi santuario. Se había convertido en mi refugio cuando quería soledad, paz, o simplemente dejarme ir por unos momentos. Prendí el estéreo en cuanto cerré la puerta y con una melodía bastante erótica sonando por el altavoz, dejé la ropa en el vestidor y me acerqué al escritorio que tenía en el rincón.

Acomodé mi cuerpo lo mejor que pude en busca de mi *laptop* y la abrí iniciando la búsqueda del objeto de mi nueva obsesión. Sabía que, si quería eficiencia y rapidez, tendría que usar los servidores de la organización, por lo que, tecleando mi acceso, introduje su nombre con la esperanza de alguna respuesta.

Samael: Sin resultados.

¡Carajo! Sabía que encontrar su identidad únicamente con su nombre era una lotería casi imposible de ganar. Tecleé en otro servidor, perdiendo la paciencia y solo pude lograr una maldita descripción.

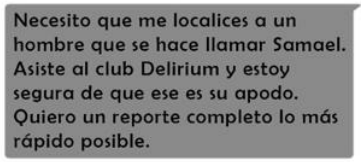
Ira, tal vez buscas a Samael: demonio destructor y príncipe de los infiernos al que también se identifica como Asmodeo. Asociado con los excesos carnales, la sensualidad y la lujuria. Se le adjudica también que fue la serpiente que tentó a Eva.

¡Puf!

—Ese hombre es la lujuria andante, si me folló la cabeza como lo hizo, así que al menos en eso no han errado, pues ese sobrenombre es más que perfecto para él —musité viendo la pantalla.

Acto seguido seguí en mi búsqueda, aunque me di por vencida luego de minutos en los que no encontré más que definiciones vagas, y tomé el móvil acudiendo a la única persona a la cual (según alardeó cuando nos reunimos) solo necesitaba darle una inicial y sabría decirme hasta su tipo de sangre en segundos.

O eso esperaba, después de la valla tan alta que él mismo se puso.



Bloqueé el móvil tras escribirle ese mensaje a Ace y bostecé, con los ojos quemándome por el cansancio, lo que me hizo cerrar la *laptop* e irme directo a la cama *King Size* con dosel que me gritaba por usarla. Acaricié las sábanas, pasando de largo hacia el baño para tomar una rápida ducha y quitar los resquicios del orgasmo que aún atormentaba mis fatigados músculos y, una vez limpia y en ropa interior, me metí en ella con un único pensamiento.

Iba a encontrar la identidad de ese hombre. Iría a *Delirium* una vez más y tomaría lo que esa noche se me negó.

Porque estaba decidida a follarme a ese demonio de ojos verdes y demostrarle que, aunque me sometí esa noche a sus encantos, aún no había conocido ni un poco de quién era yo cuando algo despertaba mi curiosidad.

Decían que la curiosidad mató al gato. En este caso la gatita moriría feliz.

O la pantera.

CAPÍTULO 6

SAMAEL

Salí de la sala hecho un rayo luego de impactar como jamás esperé esa noche, forzándome a desaparecer de ahí antes de ocasionar algo completamente catastrófico, por la manera en la que comencé a sentirme. Mis latidos todavía se mantenían alterados debido al polvo que compartí con mi sumisa alfa y su marido, mi vista parecía que quería oscurecerse y un leve temblor en mis manos me obligó a abrirlas y cerrarlas para calmarme.

—Jefe… —Alcé la mano, callando a Stefan.

—Quedas suspendido por tres días. —No rebatió al escuchar mi sanción.

Él sabía que era lo menos que merecía luego de su falta, ya que, por descuidarse de la entrada al salón privado permitió que una persona ajena a mi círculo presenciara el espectáculo que ofrecí. Y, aunque admito que esa extraña le dio un toque inesperado a mi noche, no dejaría pasar el descuido de mi seguridad.

—¿Desea que la saque ahora del salón?

—Entró por su pie y saldrá de la misma manera, cuando a ella se le antoje. —Zanjé.

—De acuerdo —respondió y enseguida desapareció de mi vista, consciente de que era lo mejor.

Miré sobre mi hombro hacia atrás, dentro del salón, y todavía fui capaz de verla sentada en el mismo lugar, aún procesando mis palabras.

—¡¿Qué demonios?! —solté por lo bajo, riéndome de mí mismo por la satisfacción que me seguía embargando al pensar en lo que pasó.

Acto seguido me encaminé con parsimonia hacia el salón principal para despejar la cabeza, agradeciendo el ruido, la ambientación y la gente a mi alrededor que me calmó casi al instante, recordándome que me hallaba en mi zona de confort, el patio de recreo que construí para que mi lado más oscuro saliera a jugar sin ser juzgado por la sociedad *perfecta* en la que debía vivir día a día.

—Maestro —me saludó uno de mis sumisos en entrenamiento, inclinando la cabeza y mirando al suelo cuando le respondí con un asentimiento.

—Dile a Paula que me lleve un trago, estaré en mi zona —pedí.

—Como ordene, Maestro —respondió sin mirarme y siguió con su camino.

Observé mi entorno con un poco de mesura y seguí caminando con la confianza que el club me daba, regresando a mi rol de Amo y Señor, saludando de vez en cuando a las personas que me daba la gana responderles, hasta que llegué a mi sitio predilecto. No era muy afín a compartir con los asociados o visitantes dado mi trayectoria como Dominante dentro del mundo en el que me movía, pero a veces me gustaba aparecer y poner a temblar a más de uno únicamente con mi presencia.

Y no se trataba de ser arrogante o prepotente, sino más bien, me gustaba ser exclusivo de día y selectivo de noche. No le daba acceso a mi vida, ni a mi energía, a cualquiera, ya que por las malas aprendí que no todos se acercaban con intenciones de sumarme, pero sí para restarme.

Sonreí apenas me senté en el sillón que tenían prohibido ocupar los demás y me acomodé notando a varias cabezas girarse para mirarme. Estaba acostumbrado a esa clase de escrutinio y hasta le había encontrado el gusto.

El de ella me llevó al éxtasis.

Cerré los ojos un momento para volver a ver en mi mente su rostro angelical adornado con esos

ojos perversos. Su cuerpo menudo pero curvilíneo era de los que dejaban a más de un Amo con la boca abierta, pues era el que se denominaba perfecto para cargar, amarrar, someter, maniobrar y disfrutar en cualquiera de nuestras prácticas bedesemeras.

Y, a pesar de mi enojo en un primer momento por el descuido de Stefan, verla irrumpir en mi círculo íntimo fue igual que ser testigo de la aparición de un ángel hermoso que llegaba con la intención de salvar mi alma.

—Joder —musité al pensar que incluso fui capaz de ver un halo arriba de su cabeza en cuanto entró por completo y se acomodó en uno de los sofás cercanos a mí—. Vaya estupidez.

Sabía que no era un ángel real (todavía no estaba tan pirado como para creerlo), sino más bien una mujer hermosa y, como Amo experimentado, supe desde un primer momento que ella no contaba con la experiencia necesaria para ser sumisa y menos era digna de llamar mi atención dentro de esas paredes, sin embargo, había algo en esa pelirroja que inquietó a mi estabilidad.

Mi intuición se agitó con su cercanía y me gritó que no me descuidara con ella merodeando en mi entorno. Y la alerta de peligro titiló al ver esos preciosos ojos prenderse a los míos, lo que terminó de confirmarme que la poca cordura que poseía no tambaleó sin razón alguna.

—Maestro. —Abrí los ojos cuando Paula se acercó con la vista baja y una charola en sus manos —. Permítame decirle que es un placer que me designe para cumplir sus deseos.

La observé imperturbable mientras tomaba el vaso de cristal y me lo llevaba a la boca, degustando el *whisky*.

Paula era otra de mis sumisas en entrenamiento y se tomaba demasiado enserio el servirme, por lo que, en poco tiempo, además de aprender con excelencia disfrutaba de los pequeños acercamientos que le permitía conmigo, mismos en donde el sexo no era necesario para imponer mi dominio sobre ella, ya que, como bien dije, me gustaba ser selectivo.

Y no es que ella no me gustara físicamente o no la creyera digna de tener sexo conmigo, pues de haber sido así ni siquiera la hubiese tomado para entrenamiento. Se trataba más bien de que antes de llegar a lo sexual con todos mis sumisos, optaba por enseñarles lo teórico y el principio de la sumisión en ámbitos más complicados, pues someterse a la hora de follar era algo que lo conseguía cualquiera.

—Siempre sabes complacerme, pequeña —halagué en respuesta. En ningún momento flaqueó o elevó la mirada, simplemente se quedó de pie, en posición de atención, con la charola a un costado, a la espera de alguna orden y eso me sacó una sonrisa—. Me gusta que aprendas rápido.

Tanto a ella como a mis demás sumisos los ponía a prueba cuando era necesario, y en ese instante Paula me demostraba que no cometía un error dos veces, puesto que la última vez que la halagué reaccionó con demasiada euforia, dejándose llevar por lo que le dije y hasta engrandeciéndose por lo mismo.

Tuvo un castigo por ello, pues fue necesario mostrarle que no debía fiarse de palabras bonitas, ya que, el caballo se acariciaba antes de montarlo y muchas veces los halagos eran eso, la antesala para amansarte y luego joderte.

«¿Tendré el placer de castigarte, Paula?».

Me hice esa pregunta mientras bebía mi licor, midiendo su postura, en total silencio.

—Ya ha pasado un año desde que comenzaste tus lecciones y sigues teniendo resultados óptimos —comenté tras unos minutos, con un deje de ronquera en mi voz por las emociones que todavía rebullían en mi interior. Esperé a que su rostro reflejara algún indicio de lo que le provocaban mis palabras, pero al no ver ninguna, sonreí canalla, aunque orgulloso de ella a la vez—. Puedes responder mi felicitación.

Respiró profundo antes de emitir palabra alguna.

—Nada me pone más feliz que su orgullo hacia mí, Maestro.

Me puse de pie bajo la observación de todos a mi alrededor y me acerqué a ella, tomando el dije que dejaba en claro a quién le pertenecía y en qué lugar se situaba.

—Sigue así, y pronto podremos pasar a otro tipo de lecciones —la alenté hablándole al oído, deleitándola con mi voz, como ella aseguraba, a pesar de la música—. Siempre me deja satisfecho tu devoción hacia mí.

—Gracias, Maestro —respondió apenas, sus vellos erizados por la estimulación auditiva que le estaba dando.

La tomé del mentón para elevarle la cabeza y le acaricié el cabello.

—Puedes irte, pero quiero que estés al pendiente de cada vez que mi licor se acabe.

Asintió cuando la solté y me hizo una leve inclinación para luego marcharse.

Volví a mi lugar dándome cuenta de que varios Amos que frecuentaban el club me seguían mirando luego de no perderse la pequeña demostración que les di con una de mis sumisas. Unos lo hacían con asombro, otros con una pizca de envidia por lo que conseguía con palabras y un pequeño toque, cuando ellos siempre debían recurrir al sexo.

Lo dije antes: a la hora del sexo la mayoría entregaba sumisión. Pero después de ahí, muy pocos lo conseguíamos de verdad.

Apoyé la espalda en el sillón y volví a llevarme la bebida a los labios, percatándome de aquel cuerpo, que ya le había prestado demasiada atención un momento atrás, apareciendo en la barra de Paula, tomando asiento y dándome la espalda.

Me dediqué a mirarla sin vergüenza, detallando las curvas de su espalda y caderas, lo sedoso de su cabello rojo, imaginando las maneras en la que podría envolverlo en mi mano.

Saboreé el licor en mi lengua cuando varias escenas se recrearon en mi mente, en donde ella era la protagonista, como deseé que fuera en la sala. Ya que sí, por un instante fantaseé con la idea de que tuviera los ovarios para acercarse, unirse a mí y permitirme demostrarle lo que era tener a un hombre experimentado jugando con su cuerpo.

Joder.

Volví a llenarme la boca con bebida, maldiciéndome por el pensamiento idiota que se me atravesó, dejándome con una erección.

—No eres un recién iniciado como para que te acerques estúpidamente a ella, Samael —me dije al sentir el impulso de ir a la barra para volver a interactuar con esa mujer.

Ya era suficiente con haberle dado mi atención en la sala, pues por muy bella y sensual que fuera, yo no era un hombre que le gustara perseguir mujeres, teniendo a tantas a mi alrededor, dispuestas a darme lo que quisiera. No obstante, seguí mirándola y fantaseando con las cosas que se me antojaron hacerle, mientras la pelirroja observaba su entorno, quizá consciente de mí por la manera en que irguió su espalda.

—*Non sei solo un bel viso curioso, dolcezza* —«No eres solo una cara bonita y curiosa, dulzura», dije en mi idioma natal, riéndome internamente al verla más rígida por no encontrar mi mirada escrutadora, gracias a lo estratégico de mi lugar.

Aunque también sentí una pizca de decepción porque no lo hiciera, pues por más que lo quisiera obviar, sus ojos habían logrado desarmarme en un momento donde mi cabeza y cuerpo se hallaban entregados al placer de mis sumisos.

Hacía mucho que no disfrutaba de una noche tanto como disfruté esa, me había acostumbrado a la cotidianidad de mi mundo sin darme cuenta, aunque no era de admirar luego de años de subsistir

en un entorno donde existían ya pocas cosas que conseguían acelerarme el corazón, como ella lo hizo.

«Y eso que ni siquiera te tocó, Samael», me recordé.

Detallé el momento en que su acompañante la arribó e inspeccioné cada interacción que tuvo con la mujer, dándome cuenta de que eran amigas por la familiaridad con la que se trataban, hasta que se pusieron en pie y yo me erguí a sabiendas de que tendrían que pasar por delante de mi lugar para ir hacia la salida del club.

Las sombras a mi alrededor parecieron agitarse en conjunto con mi excitación al ver el pequeño movimiento de sus caderas y la caminata enloquecedora que tenía, hasta que de pronto se detuvo y yo esperé complacido por lo que seguía.

Se dio la vuelta como si por fin hubiera encontrado al responsable de espiarla y nuevamente esos ojos hipnotizantes chocaron con los míos, tras inspeccionarme como lo hizo en la sala.

«*Acaba conmigo*».

Verla correrse únicamente con presenciar mi doma y escucharme, había sido una experiencia religiosa que potenció mi orgasmo, pero verla así, con su raciocinio despejado y siendo dueña de su voluntad, endureció más la erección que me provocó solo con sus recuerdos, y, estuve a punto de ponerme de pie, alcanzarla y llevarla a una de mis mazmorras para ponerla en mis rodillas, por el gesto desafiante y la sonrisa ladina que me obsequió al reconocerme.

Supe en ese momento que esa, no sería la última vez que la vería.

—*Torna, dolcezza. E prometto che sarò felice di consumarti.* —«Vuelve, dulzura. Y te prometo que con gusto voy a consumirte». Di el último sorbo a mi bebida, viendo a la pelirroja marcharse por fin con su amiga, cuando Paula se acercó con otro vaso de *whisky* cumpliendo mi orden tal cual pedí—. Nunca decepcionas. —Celebré dejando de lado a aquella mujer y dándole a mi sumisa la atención que merecía.

Aunque no le di oportunidad de responder en ese momento, pues me puse de pie para irme a mi despacho, sabiendo que ya nada me interesaba de esa zona, no sin antes tomar la muñeca de Paula para acercarla a mí.

—Dile a Allison que la espero en mi despacho.

Asintió y me encaminé con la misma lentitud con la que llegué, demostrando que mi dominio no solo era con mi *harem* de sumisos, sino con todos lo que me rodeaba. Como muchos de mis trabajadores y socios susurraban, yo era un rey en mi mundo con el poderío suficiente para que la gente que tropezaba en mi camino se corriera a un lado, disculpándose por estorbarme.

Y yo no lo pedía, simplemente me lo daban y ya.

Cerré la puerta en cuanto llegué a mi oficina, quedando en completo silencio por la insonorización en las paredes, y no tuve tiempo de sentarme cuando la tocaron.

—Adelante. —Me acomodé para seguir bebiendo mientras ajustaba la pantalla con las cámaras de seguridad.

Allison se acercó y sabiendo el protocolo que seguíamos en *Delirium* y su posición en mi *harem*, tomó lugar a mi derecha y se colocó de rodillas.

—Amo —saludó, poniendo las manos sobre sus muslos, esperando.

Acaricié su cabello, concentrándome en sus mechones rubio-oscuros.

—Necesito un favor de ti, Allie —dije y elevó la mirada al escuchar el diminutivo que utilizaba con ella para cierto informalismo.

—¿Para que soy buena, mi Señor?

Liberé la mano de su cabello y tecleé en la computadora, buscando la grabación de mi sala hasta

dar con la parte que necesitaba. Le pedí que se pusiera de pie y viera el momento preciso en que *ella* apareció.

—Sé que te diste cuenta de lo mucho que esa mujer me gustó —aseguré mientras me perdía en la imagen de la pelirroja en la pantalla. Allison hizo lo mismo en reconocimiento—. Necesito saber todo sobre ella.

Abrí otra ventana en mi computadora, donde se hallaban los informes de cada socio de mi lugar, buscando los nuevos prospectos hasta que di con el de ella. Podía sentir la curiosidad de mi sumisa mientras yo leía el archivo y eso me causó un poco de gracia.

Eran muy pocas las personas en las cuales confiaba, Allison y su marido eran un par de ellos.

—Iraide Viteri —leí en voz alta, el nombre resonó en mi cabeza porque me pareció conocido, y miré a mi sumisa memorizar todo lo que le decía—. Treinta y tres años y vive en esta ciudad.

Asintió y sacó su teléfono para teclear.

—¿Qué deseas saber?

Seguí leyendo su informe, notando que muchas cosas no me cuadraban.

—Todo, incluido lo que desayuna —solté y me miró con una ceja alzada—. Quiero un nuevo informe, completo y real esta vez.

—¿Acaso ese no lo es? —Necesitó confirmar.

—A simple vista sí, pero me conoces. El evaluador del club pudo ver todo correcto en esta información, sin embargo, yo estoy notando las incongruencias.

—Te lo tendré para mañana —aseguró. Mi desconfianza le bastó para saber que no me equivocaba, pues ella no me conocía únicamente como su Amo, sino también como amigo.

Recurrí a Allison porque ella y su marido eran abogados, dueños de una de las firmas más importantes en la ciudad, con el poder, contactos y los medios suficientes para conocer hasta el detalle más escabroso de cualquier persona.

Selectivo en todo, por ello me aseguraba de que cada persona que formaba parte de mi círculo no fuera solo una cara bonita y un buen cuerpo, sino que también utilizara el cerebro. Razón por la cual Allison era la alfa dentro de mi *harem*.

—Marco puede saberlo —avisé, tomándola del mentón, seguro de que, si no le decía eso, nada saldría de su boca, pues cuidaban mis asuntos como si se trataran de secretos de estado.

—Tú también le gustaste —comentó de pronto y fruncí el ceño. La solté y esperé a que continuara—. Cuando te retiraste de la sala, ella se acercó a presentarse con nosotros como Ira —su rostro brilló con picardía— y preguntó por ti.

Interesante.

Oculté muy bien mi asombro y me encogí de hombros restándole importancia.

—¿Algo en especial? —pregunté, dándome cuenta de cómo se me aceleró el corazón ante la expectativa.

—Solamente comentó que disfrutó del espectáculo y preguntó quién nos había acompañado. Le mencionamos sobre los días que estábamos en sesión abierta, pero no dijo nada, solo asintió y se fue.

Acaricié su rostro y presioné mis labios a los suyos para esconder mi sonrisa.

—Por supuesto que lo disfrutó. —Zanjé con satisfacción, recordando cómo la pelirroja se corrió, y Allison sonrió de acuerdo.

Ya no hablamos nada más porque en ese instante recibió un mensaje de texto de Marco y la despedí debido a que no la necesitaba para más. Acto seguido me quedé observando las cámaras de seguridad, disfrutando desde la distancia cómo se desenvolvía la noche en el club, pensando en la

próxima vez que aquella dulzura de ojos azules y rostro angelical volviera a presentarse en mi lugar.

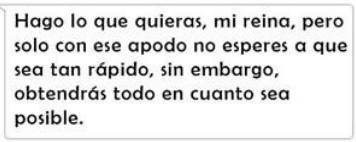
Porque lo haría, ella volvería a mi mundo, a mis reglas.

Sentí un subidón de adrenalina, extasiado porque llegara el momento de volver a estar frente a frente, aunque por lo pronto, la haría desear verme.

CAPÍTULO 7

Iraide

A la mañana siguiente me desperté con el cuerpo adolorido después de soñar con cierto tipo que se hacía llamar como un demonio. No había tenido un buen descanso y gruñí con enojo.



Leí en mi móvil la respuesta de Ace.

Dejé el teléfono sobre la mesita de noche y me fui al baño a asearme y tomar una ducha. Negué cuando me lavé la entrepierna y sentí la humedad de mi interior que casi iba a comenzar a escurrirme. Y no me ayudaba para nada tocarme los senos y sentir placer en ello.

Terminé masturbándome en la ducha, sintiéndome como una chica que apenas había descubierto el placer de las relaciones sexuales y no se podía contener con nada. Pero lo que más me abrumó de ese momento conmigo misma, fue que pensé en Samael follando a Marco y no a Allison.

—¡Estupendo! —me quejé cuando salí del cuarto de baño y pensé en lo que hice.

Me sentía menos adolorida, pero muy enfadada por no poder sacarme a ese hombre de la cabeza. No era posible que continuara así.

—Dame buenas noticias —le exigí a Ace cuando respondí su llamada tras terminar de vestirme.

Y no me refería a lo que le pedí sino a lo que le ordené hacer antes de eso, puesto que opté por probarlo en una misión y le encargué que moviera el cargamento hacia la cárcel donde esconderíamos la mercancía.

—*Es lo que más quisiera, mi reina. Pero temo decepcionarte* —dijo y negué.

—Y apenas vamos comenzando, Ace —ironicé.

—*Lo sé, sin embargo, creo que he logrado evitarte un dolor de cabeza más grande.*

—Ve al grano y no me hagas perder más el tiempo y el poco buen humor con el que me levanté —exigí.

—*He detenido la misión y optado por mover el cargamento hacia la bodega donde tienes a Furia, ya que uno de mis hombres infiltrados en la corte me avisó que el juez no dio los permisos para conducirnos sin tener problemas, e incluso avisó a la policía de que posiblemente se haría un movimiento importante de armas por ciertas rutas*

—¿Tu hombre es confiable? —inquirí tratando de controlar la furia.

—*Tan confiable como tu palabra, mi reina.*

—Eso no lo creo —bufé.

—*Envié un camión repleto de víveres para una perrera que se ubica en la ruta que tomaríamos y la han detenido, así que está comprobado.*

—¡Este hijo de puta no tiene idea de la sentencia que ha firmado! —espeté.

—*Alguien tuvo que pagarle para impedirnos este movimiento y, de hecho, le advirtió de tu reacción, ya que lo he investigado y justo anoche compró tres boletos de avión para sacar del país a su mujer y a sus dos hijas. Él, de momento, se encuentra en un hotel disfrutando de algunos placeres de la vida y celebrando este triunfo* —detalló Ace

y sonreí con burla.

—Intercepta a esas mujeres y llévalas a un lugar donde puedas retenerlas mientras yo visito a ese imbécil en el hotel —pedí entonces.

—*Estoy para servirte, ahora mismo le envío la dirección a Faddei* —avisó.

—Prepárate, Ace, porque vamos a torturar a mi estilo —advertí y tras eso corté la llamada.

El maldito juez había decidido jugar al astuto en un mal momento y él sería el encargado de ayudarme a liberar la frustración, así que me vestí dispuesta a mostrarle a la clase de diabla que tentó.

Usaba un enterizo negro pegado al cuerpo y unas botas a las cuales podía quitarles el tacón para descubrir unas cuchillas escondidas en ellos. No eran grandes, pero suficientes para lo que necesitaría. También me puse una peluca platinada y me encaminé hacia la salida donde ya Faddei tenía lista mi Kawasaki Z900.

Tenía un delirio por las motocicletas y con los años llegué a coleccionar varias, pero por alguna razón esa, en color negro con detalles rojos, me fascinaba.

—Hemos coordinado todo con el personal del hotel, entrarás como parte del servicio. Ya nuestra gente está haciendo lo suyo para que no te compliques —informó Faddei y asentí.

Me coloqué el casco y antes de ponerme en marcha le escribí a Ace para que hiciera algo en especial y me lo enviara, luego de eso hice ronronear la motocicleta.

—Prepara a todos, porque tendrán mucho que limpiar. —Fue lo único que advertí antes de salir como una bala.

Me conduje a una velocidad que no me metiera en problemas, puesto que era posible que estuvieran monitoreando el tráfico y cuando llegué al hotel me fui directo a la entrada del personal. Una chica se encargó de recibirme y sin decir una sola palabra me entregó un uniforme que me puse sobre el enterizo.

Subimos varios escalones hasta llegar al tercer piso y luego usamos el ascensor de servicio, estando ahí la chica me dijo que habían llevado bebidas con somníferos para que los guardaespaldas del juez ingirieran y así hiciera menos desastre. Pero mi furia ya me había cegado para ese momento, así que me importaba una mierda tener que ensuciar más de la cuenta si mi víctima no cooperaba.

—El señor pidió servicio al cuarto —dijo la chica que me guiaba y asentí. Tras eso acercó un carrito con varios aperitivos y me lo entregó—. Hasta aquí llego, señora, le deseo suerte en todo.

Bufé con una sonrisa.

«No la necesitaba», pensé, pero no lo dije.

Vi a la chica con rostro aliviado cuando tuvo que alejarse de mí y me causó gracia su miedo, aunque no la juzgaba con el genio que me cargaba después de la traición que estaba enfrentando. La mujer solo era inteligente al tratar de complacerme y una superviviente al alejarse lo más que podía de mi presencia.

Tomé aire y negué al recordar al juez, ese cabrón me las iba a pagar en cuanto supiera a quién se vendió y definitivamente no tendría piedad con toda la mierda que venía acumulando. Caminé confiada al cruzarme con varias trabajadoras y las saludé feliz, acomodando la cofia a juego con el uniforme.

A medio camino sentí el móvil vibrar e intuí el contenido apenas entré al ascensor y lo chequeé.

Toqué el archivo adjunto y me mordí los labios con impaciencia al ver lo que el vídeo me mostraba.

—¡Joder, Ace! —murmuré para mí y ladeé la cabeza para obtener un mejor ángulo.

Gruñí al no poder disfrutarlo como quería y me sentí enferma al darme cuenta de eso, de que estaba gozando el espectáculo.

—Enfócate en lo importante ahora, Iraide —me regañé y tras eso guardé el móvil.

Al llegar al pasillo correspondiente a la habitación del juez el silencio me inundó. El cabrón había mandado a desalojar las habitaciones a su alrededor con tal de mantener todo bajo control y quise reírme al ver a sus escoltas en el suelo, con el rostro perdido y sin moverse. Y supe en cuanto llegué a la puerta que era mi turno de jugar y la sangre me hirvió por la adrenalina que comenzó a hacerse presente tras golpear tres veces.

Aclaré mi garganta antes de meterme en mi papel de mucama.

—Servicio al cuarto —avisé.

Saqué la cuchilla de mi tacón y esperé paciente con el rostro escondido hasta que escuché pisadas y una risita.

—Se tardar… —El hombre quiso cerrar la puerta en cuanto le sonreí con picardía, mostrándole todos mis dientes en un gesto que se confundía con una felicidad enferma, y no se lo permití al poner el pie logrando que palideciera al reconocerme.

—¡Hola, *amor*! ¿Creías que te ibas a ir así de fácil? —ironicé con voz sensual. Empujé la puerta y retrocedió en cuanto entré y la cerré de una patada.

Apenas di unos cuantos pasos hacia él y una mujer en ropa interior salió del cuarto y se sorprendió al verme.

No tendría más de veinte años.

La saludé moviendo los dedos y no sé qué habrá visto en mi rostro, pero su cuerpo quedó rígido, observando al hombre inmutado que no había soltado palabra alguna. Él quiso escapar al verme cerca y se lo impedí al irme sobre su cuerpo hasta empotrarlo a la pared y tomarlo del cuello rozando la punta del cuchillo en su pálida y arrugada piel.

—Ira —tartamudeó, chasqueé con la lengua varias veces para indicarle que no me agradó que me llamara por mi nombre y me reí al sentirlo temblar.

—Señora Viteri, para ti —corregí con burla.

—No-no esperaba que vinieras —tartamudeó ignorando mi petición y lo miré con los ojos entrecerrados.

Era bastante estúpido al subestimarme y se lo haría pagar caro.

Clavé la vista en la mujer que se movía con sigilo al ver la escena y negué divertida afianzando mi agarre en el juez, tomando equilibro y desenfundando el otro tacón con cuchilla en mi bota.

—Cariño, si yo fuera tú me quedaba quietecita porque hoy no estoy de humor para perdonar la vida de nadie. Así que coopera y no te muevas de tu maldito lugar.

La chica saltó en cuanto escuchó mi voz, pero fue muy estúpida al seguir moviéndose. Agaché la cabeza y respiré profundo al verla con la intención de gritar, así que fui rápida a la hora de lanzar la cuchilla y clavarla en mi objetivo.

Como dije antes, no eran grandes pero sí perfectas y precisas a la hora de hacer daño.

—¿En qué idioma estoy hablando, *amor*? —ironicé hacia el juez y este jadeó.

Ambos miramos a la chica tomarse del cuello en cuanto la sangre salió a borbotones de su garganta y cayó al piso ahogándose en su propia miseria. Jack me observó aterrorizado y yo me encogí de hombros, clavando aún más el filo de mi otra cuchilla en su cuello.

—¡Ups! Se me resbaló —Satiricé una vez más—. Lo siento, tiendo a ser muy descuidada cuando me tocan los ovarios.

—Estás … estás loca —tartamudeó con dificultad y abrí los ojos con exageración.

—¡¿Lo estoy?! —inquirí con inocencia—. ¡Sorpresa, sorpresa, Jack! —admití y me reí de él—. Pero bueno, vamos a lo importante —dije retomando mi motivo de estar frente a su asquerosa cara —. Era difícil no venir al verme traicionada y con millones de dólares perdidos —susurré con coquetería—. ¿Me vas a contar a quién te vendiste, cariño?

Negó con rotundidad y cerró los ojos con una mueca de dolor cuando un hilito de sangre brotó de la herida en su cuello que hice al presionar la navaja.

—¡Uy! Creo que hoy se me resbalan mucho las cosas —comenté irónica, comenzando a perder la poca paciencia que aún tenía—. Así que es mejor que comiences a hablar o la próxima vez que se me suelte la mano podría cortarte la carótida. No tentemos la suerte —aconsejé.

Miré por unos segundos a mi costado y ladeé el rostro cuando la chica dio su último aliento. Lo lamentaba por ella, pero le advertí que si se movía habría consecuencias y todavía no entendía qué tenía la gente que, en momentos como esos, preferían escapar a quedarse calladitos y cooperando.

Enfoqué la atención de nuevo en mi víctima, clavó su mirada en la mía y juré que en cualquier momento iba a desmayarse.

—No puedo decirlo —dijo y tragó grueso—. Si abro la boca me van a matar. Entiéndeme, Ira. Me encontraba entre la espada y la pared y temí lo peor al verme acorralado.

Asentí comprensiva y se relajó en cuanto lo solté, creyendo que hasta ahí llegaba todo. Recorrí el lugar sin perderlo de vista y le señalé el sillón en el recibidor con una bonita mesa y una tele empotrada enfrente.

—Entiendo tu punto, Wright, pero déjame decirte que tu cagada me ha costado dinero y tiempo. —Se sentó escuchándome atentamente con cautela, presionando un pañuelo en la herida mientras sus ojos bailaban entre la desangrada y yo—. Tiempo en venir y recordarle a la gente qué pasa cuando creen que por ser mujer pueden joderme.

Miré hacia la tele en el momento que se encendió sola y un vídeo apareció. Sonreí en cuanto un sollozo salió a mis espaldas al ver el contenido.

—¡A mí nadie me trunca los negocios y sale indemne! —espeté y señalé la pantalla—. Tú me jodes, yo te jodo más.

Jack se levantó de un salto al ver a su mujer y a sus dos hijas amordazadas y atadas en una viga cada una, gritando y llorando por él. Me crucé de brazos al verlo tocar la pantalla y luego voltearse para verme con el rostro horrorizado.

—Me prometieron que a ellas no las iban a tocar —se quejó con terror y blanqueé los ojos.

Era un imbécil.

—Te lo prometió otra persona, no yo, *amor*. Y créeme que, si a ese malnacido no le importó una mierda tu familia, ¡a mí menos! —finalicé y me acerqué hasta él y le acaricié el hombro.

Volteó alarmado en cuanto un grito se destacó entre todos y vi cuando Ace apareció en escena liberando de sus amarres a una de las hijas del juez y la cargó en su hombro.

—¡Uy! Como que mi chico tiene ganas de portarse mal —dije fingiendo preocupación y dejando entrever mi burla.

Jack se tapó la boca, reprimiendo un grito al ver a Ace desaparecer con la chica, desatando la

locura de las dos restantes y tuvo la intención de golpearme, pero mis reflejos eran mejor que los suyos y siseó de dolor al momento en que rocé el puñal en su brazo y el otro lo detuve justo en la parte baja de su quijada.

Me observó aterrorizado en cuanto se dio cuenta de que tenía todas las de perder y lo acerqué a mí de un tirón.

—Te dejo pasar esta solo porque luego me la voy a cobrar con intereses, pero te aconsejo que no me subestimes, Jack, ya que, si he venido hasta tu habitación sola, es porque no eres rival para mí —declaré—. Y si eres inteligente verás que te dejé bien claro hace un momento que no jugaba cuando te maté la diversión. —Apunté hacia la chica en el suelo para que entendiera de lo que hablaba.

El hombre tembló de rabia contenida, pero supo el error que cometió y comenzó a soltar las lágrimas.

—Déjalas libres, Ira. Ellas no tienen la culpa de mis errores. —Lloró y se puso de rodillas ante mí.

¡Puf! El truquito de la lástima me lo sabía de memoria, pero era en vano querer aplicarlo con una persona que vivía constantemente el infierno en la tierra, que no le importaba nada cuando le querían ver la cara de estúpida y se llevaba entre las patas a cualquiera que quisiera traicionarla.

—Lo habría considerado si junto a tu truquito hubieras optado por llamarme como te lo exigí —dije y mientras ponía el puñal en su cuello, lo cogí del brazo para obligarlo a que se pusiera de pie—. Y si no quieres que le pase nada ni a tu mujer o hijas, saldrás con tranquilidad de aquí junto a mí e irás a donde desee, ¿comprendes? —Asintió frenético, limpiando sus lágrimas.

Lo empujé hacia la puerta en cuanto me convencí de que no iba a hacer nada y lo dejé que abriera antes de respirar profundo en un patético intento de tomar valor. Salimos al pasillo con paso decidido, encontrando a sus escoltas en el mismo lugar que los había visto cuando llegué. Me miró sin poder creer todo eso y me encogí de hombros, guiñándole un ojo y comenzando a tararear una canción mientras lanzaba al aire la cuchilla y la tomaba por el mango.

Avanzamos hacia el ascensor de servicio que por suerte se encontraba con las puertas abiertas e ingresamos presionando de una vez el botón con la letra P y esperamos a que se cerrara. Saqué el móvil del delantal cuando comenzamos a bajar y marqué el número que me sabía de memoria, llevándolo a mi oído al comenzar a timbrar.

—Prepara la camioneta que el señor juez nos acompaña gustoso para dar un paseo.

Escuché varias voces dando indicaciones y una motocicleta encenderse.

—*Está todo listo, señora. Estamos esperando en el lugar donde dejó su motocicleta.*

Corté sin responder y le dediqué una reluciente sonrisa a Jack cuando me observó con temor; al abrirse la puerta lo tomé del brazo con coquetería, pegándome a su costado.

—Camine, señor juez, que su familia depende de qué tan bien se porte.

El recorrido fue rápido y cooperó con la mirada perdida, asintiendo de vez en cuando a las insinuaciones que le hice al momento de cruzarnos con algún trabajador y que ellos nos miraran sin inmutarse, acostumbrados a que hombres con poder como Jack Wright se follaran a las chicas del servicio sin vergüenza alguna.

Salimos sin problema y fuimos directo hacia el lugar donde mi gente nos esperaba. Dos de mis hombres tomaron al viejo y lo introdujeron sin cuidado en la camioneta, uno de ellos esperó la ubicación.

—Al almacén del sur, Kadir. Yo los seguiré.

Él asintió, metiéndose en el vehículo mientras yo me encaminaba a la moto, rascando mi cuero cabelludo, molesta por la picazón de la peluca y la cofia. Arranqué a mi hermosa nena y me paré al lado del conductor que se preparaba para partir.

—Organicen todo para dar un paseo por las instalaciones —exigí y vi en el interior al juez con el rostro tapado—. No lo toquen —advertí de paso.

Palmeé la carrocería y arrancaron como si los persiguiera el diablo conmigo detrás siguiendo su camino, llevaba las manos sudorosas y el corazón a mil con el subidón de adrenalina que estaba teniendo al imaginarme los diferentes escenarios a emplear con ese tipo.

Estaba decidido, hablara o no, el final del juez Wright sería el mismo, lo haría para dejarle claro a los demás imbéciles que debían temerme más a mí que a cualquier idiota que los tentara a traicionarme, ya que perdón era una palabra que no estaba en mi vocabulario y la misericordia no la empleaba con nadie.

Y tenía un lugar favorito que ya muchos habían visitado, pero pocos sabían de él (solo la gente que trabajaba más de cerca conmigo), ya que el que entraba con vida salía sin ella. Y el juez Wright sería el próximo en descubrir en dónde me encantaba pasar el tiempo jugando.

Grité con emoción y aceleré la moto al decidir qué iba a hacer con mi invitado, admirando mi cabecita por la creación y proyección que tuvo.

«Había llegado la hora de jugar y enfocarme en otras cosas que no tuvieran nada que ver con lo vivido en aquel club».

CAPÍTULO 8

Iraide

Me bajé de la moto y me quité el uniforme, observando a mis hombres sacar del coche a un desquiciado Jack, gritando por piedad y pataleando para que no lo tocaran.

Caminé despacio, saboreando con anticipación mi entretenimiento, y me saqué la peluca, masajeándome el cuero cabelludo a la vez que soltaba mis ondas para que danzaran libres con el viento a la par de mis pasos, hasta llegar a mi destino.

Me agaché frente al juez cuando le quitaron la bolsa de tela de la cabeza y lo detallé, sonriéndole con emoción.

—Este lugar es muy especial para mí —comenté y luego me enderecé—. Y si ves por allí —señalé varias cajas y mesas dispuestas con armas, comportándome como una buena anfitriona y dándole una pequeña presentación para que se sintiera en confianza—, está el cargamento que me impediste vender con tu falta de palabra. Pero no vinimos aquí a hablar sobre eso, ya que, por más que quieras explicarte, lo hecho, hecho está y nadie podrá sacarme el sinsabor de haber perdido millones de dólares, así que vamos a lo importante.

Aplaudí feliz y pedí que lo pusieran en pie. Lo obligaron a caminar en el momento en que empecé a mostrarle el lugar, a enseñarle las armas, sus partes y para qué servía cada una, tomándome el tiempo de jugar con su paciencia, ya que la mía no existía y pensaba joderlo de a poco.

Caminé con lentitud a cada zona del almacén hasta llegar a una puerta de hierro y parar para encararlo, mordiéndome el labio.

—Ya que eres un invitado especial, te voy a mostrar un lugar donde pocas personas entran. —Comencé a deslizar la puerta—. Pero ninguna sale… al menos no con vida.

—Señora Viteri —habló pausado y levanté una mano para callarlo, negándome a escucharlo.

—¡Shhh! Déjame deleitarme con este momento —pedí y respiré con fuerza hasta que mis pulmones no pudieron con más aire.

Cerré los ojos por unos segundos y regresé en el tiempo, a la última vez que estuve ahí junto a mi amado Nicholas Cratch. A veces extrañaba al hijo de puta y más en esos últimos días.

Sus folladas, aunque básicas, fueron maravillosas.

—Te voy a mostrar mi museo personal, mi zona de juegos extremos —le indiqué al juez al abrir los ojos—. Ya hablaremos luego —aseveré viéndolo cerrar la boca con miedo y acercarse resignado cuando lo empujaron.

Varios hombres ya me estaban esperando adentro y bajaron la cabeza en cuanto me acerqué a ellos y me planté ahí, algunos también habían estado la última vez conmigo, el día que les mostré cómo se conservaba el corazón de la persona que amaba. Así que, supuse que deseaban pasar desapercibidos.

Vi ingresar a Jack con el rostro desencajado al observar todos mis juguetes y seguí su mirada con orgullo, adelantándome hacia él cuando lo sentaron en una silla.

—Apuesto a que esperabas mesas de billar o cosas como esas —le dije en tono de broma y le di un golpecito juguetón en el brazo. Él me miró pálido—. ¿Te gustan mis juguetes medievales? —pregunté y apoyé las manos en mis muslos cuando las sentí temblar por la emoción—. Soy una coleccionista bondadosa, a la que no le importa compartir y que conozcan el uso de cada uno —

continué al no obtener respuesta de su parte.

Miré mis muebles de tortura con regocijo, desde la pirámide con filo hasta las camas con clavos y el caballete triangular. Algunos de esos juguetes todavía tenían la sangre seca de sus invitados anteriores. Yo pedí que las dejasen así para demostrar que sí utilizaba todo.

Caminé alrededor del juez sopesando mis opciones y lo escuché sollozar nuevamente, hice una seña para que me alcanzaran el carrito con una pequeña pantalla y la pusieron delante de él.

—¿Me dirás quién te pidió que me traicionaras? —pregunté con lentitud y lo vi tragar grueso.

—Aunque te lo diga, sé que me matarás. —Asentí por la verdad de sus palabras y encendí la Tablet.

La pantalla quedó en azul, a la espera de que me diera la gana apretar los botones, y me di vuelta al verlo desconsolado, esperando una respuesta mía.

—¿Así negocias con los victimarios que llevan ante ti? —inquirí y chasqueé la lengua bastante decepcionada.

—Porque sé cómo son las cosas estoy seguro de cómo acabará todo, así que al menos me llevaré la satisfacción de no decirte nada… ¡Ah!

Gritó cuando golpeé sus bolas y lo lancé al suelo con todo y la silla, tras eso mis hombres lo levantaron y uno de ellos se quedó detrás de él como apoyo, en cuanto volví a golpear al imbécil.

—Estaré encantada de golpearte hasta subirte las bolas a la garganta y hacer que las escupas, Jack —le advertí y volvió a gruñir.

Kadir llegó y amarró los tobillos de Jack a cada pata de la silla, y las rodillas con la unión del apoyabrazos y el sentadero para que sus piernas quedaran abiertas. Otro grito desabrido salió del infeliz y me reí al ver al tipo detrás de él apretar las piernas y fruncir la frente al ser capaz de intuir el dolor del maldito juez, quien tenía la osadía de desafiarme.

—¡¿Quién te pagó para que me traicionaras?! —Él únicamente negó con la cabeza. Había perdido el color y el aire—. ¡Bien, Jack! Tenemos tiempo de sobra y yo unas ganas inmensas de demostrarte a quién debiste temer, ya que me cansé de la charla. —Esa fue mi última advertencia—. ¡Traigan lo que hay en la mesa! —exigí y vi a Faddei entrar al museo.

Se acercó de inmediato al percatarse de que los demás hombres se quedaron en sus puestos, con temor a que los cogiera a ellos para divertirme, y me entregó (con el rostro serio) el collar con dos varas de hierro en forma de tenedor.

Me acerqué al juez, que no dejaba de gritar maldiciones por el dolor que aún lo aquejaba y también por ser consciente que por más que aceptara la muerte, no sería una tranquila, puesto que me truncó un negocio, me traicionó y me subestimó creyéndome la débil de la asociación, una mujer a la que podían joder a su antojo y que únicamente se quedaría de brazos cruzados esperando, o rogando porque la dejaran delinquir tranquila.

Lo tomé del cuello e hice fuerte mi agarre en él en cuanto me quiso esquivar y le coloqué el collar, calibrando la medida de las varas hasta que estas se ajustaron a su carne, impidiendo que pudiera mover la cabeza.

—¡Te presento una de mis torturas! —canturreé. Maldijo cuando las puntas comenzaron a penetrar en su piel y uno de mis hombres lo ató más fuerte para que no intentara soltarse y quitárselo—. El tenedor del hereje es fabuloso para obtener una confesión y, aunque no quieras dármela, lo pondré para que no te pierdas nada del espectáculo que monté para ti —advertí y me miró sin entender.

—No diré nada —confirmó y sonreí.

Lo tumbé en la silla con la ayuda de Faddei, inclinando su cabeza hacia atrás, ajustando las varillas

para que pudiera abrir la boca sin desangrarse enseguida. Lo cogí del mentón y clavé la mirada en él, luego de tomar el trapo de la mesa.

—No haré ni una pregunta más, pero espero que sobrevivas el tiempo suficiente para que hables por tu voluntad, antes de que pase a mi siguiente tortura —señalé e introduje el trapo de lino hasta tocar su garganta y le sostuve el rostro sin dejar que cerrara la boca.

Agarré una botella con agua y comencé a humedecer el trapo mientras Faddei lo sostenía y le tapaba las fosas nasales.

Los movimientos desesperados del juez no se hicieron esperar en cuanto comenzó a ahogarse con el agua y las arcadas que le provocaba el trapo en la garganta, convulsionando por querer tomar un poco de aire a la vez que se hincaba más los filosos tenedores en su carne.

Quiso gritar en cuanto introduje más agua al ver que se la iba tragando y admiré maravillada su ropa cubierta por la sangre que le sacaba el tenedor del hereje. Palpé el líquido carmesí con mis dedos y le bajé más el rostro, viendo cómo el repentino movimiento me manchaba más las manos. Su rostro se había tornado morado y sus ojos por poco se salen de sus cuencas cuando me acerqué a su oído.

—¿A quién crees que debiste temerle, hijo de puta? —me burlé y antes de llevarlo al límite tomé el seguro del tenedor para que se encogiera y saqué el trapo de su garganta con brusquedad.

Comenzó a toser sangre y a vomitar de paso.

Hice cara de asco cuando me llegó el hedor de la comida putrefacta y con una seña de cabeza le ordené a Kadir que le lanzara agua para que toda la mierda que sacaba corriera de inmediato. Jack jadeó asustado, luchando por dar un respiro más y eso me hizo sonreír.

—No te vayas a desmayar, porque quiero que disfrutes del regalo que te tengo —advertí y alcé una mano cuando quiso hablar, tirando de la mesa con la Tablet para acercarla a él y darle reproducir al vídeo que ya estaba grabado, pero que según Jack corría en vivo.

Sonreí al ver el rostro perturbado del respetado juez cuando los sollozos se oyeron y su cara se descompuso en cuanto reconoció a la integrante del vídeo.

La escena era grotesca, la habitación se veía por completo en un ángulo que dejaba como protagonista a la cama y a la mujer que era duramente follada por Ace, quien la tenía atada de pies y manos mientras le volteaba el rostro, aunque se podía observar la mordaza incluso teniendo el cabello vuelto mierda en toda la cara.

—*Vamos, cariño, dile a tu papi qué tan duro te gusta que te follen.* —Jadeó Ace embistiendo con braveza, arrancando gemidos lastimeros de la boca de la hija de Jack, el hombre que se retorcía en la silla, sacando fuerzas y gritando en agonía al ver a su nena ser follada *a la fuerza*.

Ladeé el rostro al verlo descomponerse del dolor por observar a su hija ser lastimada de esa manera y sonreí cuando me miró.

—¿Por qué? —preguntó con la voz ronca y lo vi como quien veía a un estúpido.

—¿Es en serio? —inquirí y dejó caer sus lágrimas—. Fuiste tú el que creyó que no debía temerme, creíste que por ser mujer en este mundo cruel que nos envuelve, también sería débil a la hora de querer cobrarme tal traición y tarde te estás dando cuenta de que te vendiste con el diablo equivocado, Jack. No por gusto me llaman la reina sádica en la organización de la cual soy la maldita líder —grité.

—Detenlo, por favor —suplicó llorando y negué.

—¡No! Mejor admira cómo la inocencia de tu hija es destruida, tanto, que quedará arruinada por el resto de su vida sabiendo que gracias a su padre nunca podrá ser tocada de tan sucia que estará —lo presioné.

El hijo de puta todavía no me decía lo que quería escuchar, por lo que mi tortura seguiría incluso cuando las palabras que dije ardieran en mi lengua por los recuerdos que llegaron a mi cabeza. Mi corazón latía desbocado aun sabiendo la verdad de ese vídeo y me sentí miserable, pero no lo demostré. Mi máscara de perra fría y sin corazón estaba bien puesta en mi rostro en ese instante.

Acomodé la pantalla a la altura de su vista y se negó a mirarla cuando Ace siguió embistiendo a la mujer, demostrando lo despiadado que podía ser si se le daba una orden. Y como bien me dijo antes, no tenía escrúpulos a la hora de acatar los mandatos que recibía. Tomé del cabello al juez para que no se perdiera nada y la otra mano la llevé a su cuello obligándolo a bajar la cabeza, clavando el tenedor en el comienzo del esternón, lo que le provocó un fuerte alarido.

—¡Ordena que pare y te prometo que te diré quién te traicionó! —suplicó al final y lo solté.

—Las cosas serán a mi manera, Jack. Así que dime quién fue y luego ordeno que paren —advertí.

—Harold Bailey, tu socio. Dile que pare, por favor —suplicó de nuevo y tensé la mandíbula, pero fingí hacer lo que me pidió.

El vídeo se cortó segundos después, dejando la pantalla en negro.

—Sigue —exigí.

—Bailey me buscó días antes de tu misión, alegando que debía darte un escarmiento. Me prometió protección, sacar a mi familia del país y aseguró que tú no harías nada contra mí.

—Pareces un chiquillo, Jack. ¡¿En serio creías que me quedaría de brazos cruzados?! —inquirí con burla y lloró.

—Él aseguró que *la puta tirana* no era nadie en comparación a los demás socios de la organización, que tú solo mantienes un poder que te ganaste siendo la prostituta de Frank. —Me reí de eso—. También dijo que tenías límites, entre ellos las violaciones y los niños.

—Que tenga límites no significa que no pueda cruzarlos cuando me tocan los ovarios, Jack, y tú me los apretaste muy feo —aseguré y me planté frente a él.

—Deja a mi familia fuera de esto —rogó.

—Lo haré si tú grabas un vídeo donde acusas directamente a Bailey de tu muerte —propuse y me miró con súplica—. No saldrás vivo de aquí, te lo juro, pero ten la certeza de que no tocaré más a tu familia. Con tu muerte quedará saldada la traición y si te tomaste la molestia de investigar así sea un poco sobre mí, sabrás que cumplo mi palabra siempre —aseguré y tras unos minutos se dio por vencido y asintió.

Ordené que lo asearan del cuello y le pusieran algo para contener el sangrado, también que cambiaran su camisa por una limpia y oscura, y cuando estuvo decente tomé el móvil encendiendo la cámara y programándola a vídeo.

—Lúcete, *amor* —lo animé y le guiñé un ojo para luego comenzar a grabar.

—Mi nombre es Jack Wright, juez asociado del estado de Maryland… —Comenzó y sonreí—. Hace una semana fui contactado por el señor Harold Bailey con el fin de chantajearme con una fuerte suma de dinero y varias propiedades que pondría a mi nombre a cambio de dejarle pasar un cargamento hacia el centro penitenciario, con la intención de esconder dicha mercancía allí. Su objetivo era conseguir que firmara las autorizaciones necesarias para que no tuviera ningún inconveniente. —Asentí satisfecha al no verlo tartamudear y también sonreí por su astucia.

Se estaba lavando las manos, quedando como una víctima inocente, pero no me quejaría, ya que con eso me ayudaba a darle una patada, bastante fuerte, en el culo a Harold.

—Me negué con rotundidad, asegurándole que no soy ningún juez corrupto y eso provocó que me amenazara, tanto a mí como a mi familia. Ahora mismo sé que corro peligro de muerte y grabo este vídeo para dejar constancia de lo que estoy viviendo y si algo me sucede, responsabilizo en su

totalidad a Harold Bailey, un empresario corrupto que se jacta de manejar la ley a su antojo.

Corté el vídeo cuando me bastó y le di el móvil a Faddei, quien estaba parado detrás de mí.

—Guárdalo y archívalo con el resto. Vienes enseguida porque te quiero aquí.

Asintió y me observó de forma fugaz para luego desaparecer. Me enfoqué en el juez, preparándome para lo que seguía.

—Perfecta confesión —halagué y llegué hasta él—. Me has hecho tan feliz con ella, que ahora mismo tu familia será liberada; y no te preocupes por su bienestar, haré que los millones que te dimos se queden con ella —aseguré y tragó con dificultad cuando me vio sacar un arma.

—Señora…

—¡Ohm, ohm! Soy la puta tirana —lo corregí utilizando el apodo con el que me presentaron con él—. La gran tirana que se apiadará de ti y te dará una muerte rápida.

—Por favor —lloró.

—Nos vemos en el infierno, señor juez —susurré y disparé en su sien antes de que se percatara de que había llevado el arma hasta ahí y sonreí cuando dio una última convulsión y su cuerpo quedó flácido en la silla.

Me alejé de él y puse el arma en la mesa, tomando de paso una servilleta para limpiar mis manos manchadas de su asquerosa sangre y cuando me sentí satisfecha, comencé a caminar hacia la salida, no sin antes pedir que limpiaran el desastre que ese corrupto provocó.

Faddei había vuelto para ese momento y cuando pasé por su lado me detuvo, mirándome con el rostro incrédulo.

—¿Qué? —pregunté tratando de controlar los espasmos que mis brazos tenían por el subidón de adrenalina.

Él respiró profundo y salimos del museo hasta llegar afuera del almacén. El pobre cogió aire demostrándome que estuvo a punto de ahogarse.

—Tú no eres así —susurró tratando de entenderme—. ¿Por qué hacerlo ahora, Ira? —preguntó con lentitud, como si tuviera miedo de mi respuesta.

Me encogí de hombros y saqué el móvil en cuanto lo sentí vibrar.

—*Bien hecho, mi reina* —felicitó Ace sin dejar que respondiera.

Lo puse en altavoz para que Faddei pudiera escuchar también.

—Lo mismo digo para ti, Ace. Te has lucido de maravilla —halagué y Faddei palideció, pero me dejó continuar con la llamada sin interrumpir—. Págale una buena cifra a esa chica y felicítala de mi parte, también libera a la familia del juez y asegúrate de que no hayan reconocido a nadie de mi gente.

Faddei clavó la mirada en mí, esperando una respuesta de Ace para entender mejor todo.

—*Ya la he remunerado muy bien. Quise darle un extra, pero con lo bien que la follé se dio por satisfecha.*

Solté una carcajada y vi el rostro de Faddei cambiar en cuanto captó todo. Lo miré y le palmeé el hombro yéndome hacia la moto al despedirme de Ace, queriendo marcharme y descargar un poco de la adrenalina acumulada.

—Nadie fue violado, Faddei. —le aseguré por si todavía necesitaba que se lo confirmara—. ¿Escuchaste los quejidos de esa chica? —inquirí mirándolo sobre mi hombro—. No estaba llorando, la maldita gozó todo lo que ese tipo le hizo.

—Usaste tortura psicológica —confirmó al fin.

—Y con esa follada me torturé también a mí, ya que ahora mismo estoy pensando en la propuesta de Ace y analizando el darle una oportunidad en la cama —añadí con una carcajada y no dejé que respondiera.

Me subí a la moto y arranqué hacia mi casa para quitarme toda la mugre de encima e ir a donde mi cuerpo pedía.

Seguía respetando mis límites, pero mis víctimas no tenían por qué saberlo.

CAPÍTULO 9

Iraide

Cuando llegué a casa luego de lo que pasó con el juez, me fui directo a la ducha y tras ello opté por salir a correr para liberar la adrenalina que seguía en mi cuerpo y que estaba haciéndome pensar en volver a *Delirium*.

Esa vez Hunter me acompañaba, corriendo libre a mi lado por el pequeño bosque que surcaba toda la parte trasera de la residencia y, al pasar una hora y verlo cansado decidí que era momento de volver, incluso cuando yo seguía igual de ansiosa.

—Dime —dije al aceptar la llamada de Faddei.

Toda la zona de casa era segura, así que no necesitaba que él o Kadir estuvieran detrás de mí, incluso cuando salía a ciertos lugares ellos no siempre me acompañaban.

—*Tienes visita* —avisó y detuve mi trote.

Hunter se regresó tras correr unos metros, luego de percatarse que no iba a su lado. Volvió a mí con rapidez y le sonreí al notar que estaba estudiándome, asegurándose de que no me hubiese pasado nada malo.

—¿Visita a la que debo atender o de esas a las que puedes despachar enseguida? —inquirí y lo escuché reír.

—*En este caso son ambas* —explicó y me quedé en silencio—. *Se trata de la señorita Giselle* —añadió y alcé las cejas por la impresión que me provocó que ella estuviera en casa.

—Estaré ahí en dos minutos —avisé y corté la llamada sin poder creer que mi hermana me buscara—. Vamos, cariño, es el último tramo —animé a Hunter y él alzó las orejas cuando me vio dispuesta a correr.

En ese momento pasé del trote suave y corrí como si tuviera el tiempo justo para no perder una oportunidad que tanto había deseado. Hunter era un consentido, pero también estaba bastante atlético, ya que tenía a un entrenador que me ayudaba a mantenerlo en forma, sobre todo porque mi chico también me ayudaba en algunas misiones cuando necesitaba fingir que solo era una mujer paseando con su perro.

Y como le prometí a Faddei, dos minutos después me encontraba subiendo los escalones de la entrada a mi casa. Visualicé a Giselle en la puerta y me sorprendí de su apariencia.

Ya no era la chica de dieciocho que traje de nuestro país cuatro años atrás, se había convertido en una mujer hermosa, tan distinta a mí desde lo físico hasta nuestro interior. Giselle tenía el cabello negro como la noche cuando el mío era rojo como el fuego, su piel dorada lucía tal cual oro puro a la par de mi color lechoso y sus ojos almendrados marrones se alejaban de los azules grisáceos que yo poseía.

Ambas éramos altas y esbeltas, pero la mayor diferencia entre nosotras estaba en que mi hermanita era todo lo bueno que yo jamás sería. Giselle Viteri era la viva imagen de la mujer que más amaba en el mundo, nuestra madre. Mientras que yo me parecía a lo que más odié, nuestro padre.

—¡Gigi! Qué grata sorpresa. —Utilicé el diminutivo de su nombre cuando me acerqué, como en los viejos tiempos.

Hunter corrió hacia ella buscando sus mimos y mi hermana cedió feliz. Tres años atrás fuimos tan unidas como mi vida lo permitía, junto a ella escogimos a Hunter para adoptarlo y lo consintió tanto,

que me costó ganármelo cuando Giselle se alejó de mí.

Mi hermana sospechó algunas cosas sobre el mundo en el que me movía y, de hecho, trató de alejarme de todo lo malo que me rodeaba, sin saber que eso ya estaba en mi interior muy arraigado. Aun así, no se apartó de mí, al contrario, pasaba más tiempo conmigo para evitar que siguiera delinquiendo; situación que me provocaba ternura.

No obstante, la mierda que me consumía cada vez más la alcanzó, incluso cuando creí que la protegía y, desde ese momento, ella ya no soportó estar a mi lado. Y me odió con todo su ser porque verme a mí era igual que tener a su peor pesadilla frente a sus bellos ojos.

—No te quitaré mucho tiempo, solo necesito que me firmes unos documentos —informó lacónica y me entregó unos archivos cuando Hunter la dejó en paz.

—Entremos —la animé y negó—. Gigi, por favor —pedí.

No me dijo nada, se quedó seria y vi en sus ojos lo que no me diría con palabras, y eso fue suficiente para sentirme como una mierda.

Genial.

Abrí el archivo para no concentrarme en eso y cuando vi que tenía sellos de la corte y firmas de jueces de Washington, de inmediato volví a mis horas con Jack, pero sacudí la cabeza para espabilarme. Aunque no fue necesario seguir haciendo nada con tal de dejar de pensar en la tortura que cometí, ya que lo que comencé a leer me dejó pasmada.

—Espero que esto sea una puta broma, Giselle —advertí y la miré con frialdad.

Yo podía amar con locura a esa chica, pero no pasaría por encima de mí.

—Los sellos y las firmas son auténticos, así que no, no es ninguna broma —aseguró.

—¿Por qué haces esto? —quise saber, aunque fue estúpido de mi parte.

Ella sonrió demostrándome que, en efecto, fue una total estupidez hacer esa pregunta cuando era más que clara y justificada la razón que la hacía actuar así.

—Has ensuciado demasiado nuestro apellido paterno, Iraide, por lo que ni a mí ni a Adiel nos conviene seguirlo usando.

—¿Te estás escuchando, Giselle? Viteri es un apellido cualquiera y me he cuidado demasiado para que nadie sepa mi nombre o identidad en las noticias o con la justicia. Estoy limpia, no me salgas con estas mierdas —repliqué alzando la voz y le lancé el archivo en la cara.

Tenía buenos reflejos y logró tomarlo antes de que la golpeara, pero aun así los papeles cayeron al suelo.

Los putos papeles donde me exigía que diera mi firma para que Adiel pudiera usar un apellido que ni siquiera nos pertenecía, puesto que, a pesar de que él estaba en una edad donde ya podía hacer la mayoría de sus trámites por su cuenta, ese no; y yo seguía siendo la tutora legal de nuestro hermano junto a mamá, así que mi autorización era requerida. Y ni siquiera me importaba eso, lo que me dolía era su insistencia por cortar todo lo que tuviera que ver conmigo.

Y lo aceptaba de ella, pero me enervaba que tratara de alejar a nuestro hermano de mí.

—Viteri es el apellido que resuena en tu bajo mundo, Iraide, y es cuestión de tiempo para que todos sepan quién está detrás de la reina sádica. Y ni mi hermano ni yo nos vamos a perjudicar con tus porquerías.

—¡Mis malditas porquerías te tienen donde estás! ¡Joder! —vociferé.

—Sí. Y eso jamás lo voy a negar —aceptó con calma fingida, pero cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, supe lo que iba implícito detrás de esas palabras.

—Gigi —susurré y negó.

—Blíndate, Iraide, porque pronto abrirán una investigación para el hospital Neurológico donde

eres benefactora —soltó de pronto y se limpió las lágrimas con brusquedad—. Yo solo estoy haciendo eso con esta petición —aseguró y tras ello comenzó a caminar para alejarse de mí.

Miré los papeles en el suelo y negué con la cabeza, pues en el fondo la comprendía. Yo hice lo más despreciable para darle a mi madre y hermanos lo mejor. Giselle estaba haciendo lo mismo para proteger a Adiel y de paso también me advertía algo que nunca esperé de ella.

Se convirtió en defensora pública tras graduarse como abogada, tenía contacto directo con los tribunales, cortes y la policía, así que supe que no mentía ni utilizaba la posible investigación como excusa. Abrirían una y, aunque no tenía nada que temer porque todo con el hospital era legal, me pondrían en el ojo público y eso tenía que ser obra del mismo hijo de puta que truncó mi misión.

—¿Cariño? ¿Dime por favor que Giselle no vino para joderte? —urdió Kiara llegando detrás de mí—. Acabo de ver salir su coche —añadió y negué.

Había tenido un día bastante pesado y no quería hablar sobre lo que pasó con mi hermana. Kiara lo entendió y me hizo caminar con ella hacia dentro de la casa, recogiendo los papeles que encontró tirados.

Tuvo la delicadeza de guardarlos sin detenerse a revisarlos y me tomó del brazo para llevarme a la cocina. Me sentó en un taburete y tras eso sacó la leche del refri y calentó un poco, sirviéndola luego en una taza y tras endulzarla con miel la puso entre mis manos.

—Odio verte así —musitó cuando llegó a mi lado y me dio un beso en la sien.

—Se ha cambiado el apellido y quiere hacer lo mismo con nuestro hermano —comenté y la escuché jadear.

—Pero ¿¿quién se cree? —bufó.

Ella y mi hermana nunca se toleraron, incluso cuando las cosas marcharon bien siempre se mantuvieron distantes y lo relacioné a los celos que una sentía por la otra al ocupar un lugar que, según ellas, únicamente una merecía.

—No me duele que deseen llevar un apellido que no tenga nada que ver con nosotros, sino el hecho de que quieran cortar todo de raíz conmigo. Aunque me ha dado razones válidas, Kiara. Al principio creí que lo hacía por joder, pero no es solo por eso.

—Aun así, te sigue doliendo —indicó ella por mí y la miré.

Por supuesto que me dolía y lo haría por el resto de mi maldita existencia.

Nada de lo que hice para resarcir el daño en mi hermana se sentía satisfactorio, al contrario, sabía muy bien que jamás la recuperaría y ni lo merecía. No cuando Giselle me rogó para que me alejara de la maldad, asegurando que la tenía a ella para que saliéramos adelante por el camino del bien.

Un camino al cual me negué a volver porque cuando estuve en él solo me dio desgracias, pero ni mi hermana ni mi madre lo entendían y tampoco quería que lo hicieran.

La verdad era que tenerlas lejos me resultaba más ventajoso, así me doliera el odio de mi hermana, al final eso también la protegía de mí y mi mundo sombrío que únicamente dañaba a las personas buenas.

—Últimamente has estado más perdida que antes, cariño —mencionó Kiara rato después.

Le había pedido que no tocáramos más el tema de mi familia y asintió, cambiando la conversación de forma radical a otra que tampoco me hacía sentir relajada, sobre todo después de ir a ese dichoso club donde mi amiga creyó que dejaría el estrés.

—Tenía que preparar una misión que se fue a la mierda gracias a una rata traicionera —bufé y negó.

—Algo de eso escuché —confesó. Kiara se daba cuenta de muchas cosas sobre mi vida porque vivía conmigo, aunque no se entrometía en nada— y lo odio porque te llevé al club para que te

relajaras y creí conseguirlo hasta que volviste a tu posición de tirana.

—¿Perdón? —ironicé cuando me llamó así, sobre todo luego de saber que Harold me presentó de esa manera con Jack Wright.

—¿Me vas a decir que no sabes sobre tu nuevo apodo? —inquirió ella con incredulidad y la miré confirmándole que, en efecto, no sabía que alguien más supiera de eso—. ¡Joder, Ira! Tienes que ver más noticias —me regañó, sacando su móvil para buscar algo.

Segundos después puso frente a mí el móvil, mostrándome el encabezado de una noticia que sacó uno de los periódicos más famosos del estado.

La Reina Sádica, ahora también apodada como La Gran Tirana, sigue haciendo de las suyas y parece que las autoridades se hacen de la vista gorda con ella.

Me reí al leer todo lo que ponían sobre mí y Kiara me acompañó, haciéndome bromas con los apodos que me estaban dando. Y más rio cuando le comenté que en la asociación dejé de ser la puta de Frank para convertirme en la puta tirana.

—¡Imbéciles! No deja de arderles la follada que les metiste a sus egos machistas —soltó y brindamos tras eso con leche, puesto que ella se había servido un poco.

Algo bastante extraño y cómico si lo analizaba, ya que ver leche solo me ponía peor las hormonas.

¡Joder! Así de mal estaba.

Luego de ese momento decidí ser yo quien cambiaría de tema y la hice escupir la leche cuando le confesé lo que en realidad pasó en *Delirium* y, porque admití que sentía una pequeña obsesión con Samael. El grito de emoción que dio después de recomponerse me indicó que ella en mi caso hubiera estado peor que yo.

—Me conoces, Ira. Si fuera tú, ya estaría buscando a ese tipo hasta por debajo de las piedras —aceptó y me reí.

Seguimos hablando un rato más y después de dos horas se fue a su habitación. Opté por coordinar algunas cosas con Faddei y cuando todo estuvo listo con él me fui a mi recámara y maldije porque la ansiedad que sufría, luego de estar en acción, no me resultaba tan fácil de llevar y menos teniendo a Samael en mi cabeza, tipo que estaba logrando distraerme sin proponérselo.

—¡Demonios! —me quejé cuando me salí de la cama por cuarta vez.

Mi laptop ya iba a descargarse de tanta búsqueda que hice sobre una persona que no lograba encontrar. Pensé en Kiara y sus consejos y al final terminé dándole la razón.

«Para satisfacer mi curiosidad, era necesario volver al lugar en dónde todo comenzó».

Miré la hora y me vestí con prisa, acorde a la ocasión, con un *short* y top de cuero negro que acompañé con botas hasta la rodilla del mismo color. Até mi melena en una coleta alta y lisa y me maquillé para acompañar mi atuendo minuciosamente, y así no desencajar en el lugar.

Tenía que encontrar al culpable de mantener mi cabeza en las nubes, distrayéndome de mis responsabilidades en la organización, y afrontarlo como estaba acostumbrada a hacer.

Cuando estuve lista tomé las llaves del coche y salí, Kiara me había avisado que se iría a cenar con Milly y no era necesario tenerla conmigo en esa ocasión.

Necesitaba estar sola.

Manejé por media hora, pensando en la noche anterior que estuve en *Delirium*, tratando de encontrar una razón válida para que mi orgasmo fluyera sin necesidad de estimulación física y, al final, culpé al ambiente y al morbo del club por ponerme vulnerable; eso y el que me permití abrir mis sentidos para explorar lo desconocido, dejé de lado los tabúes y sumando el encuentro que había

presenciado, era imposible no ser seducida mentalmente.

Fue la primera vez que me permití admirar un espectáculo bisexual y por mucho que quisiera negarlo, muy en el fondo sabía que Samael tenía mucho que ver con que mi forma de ver a dos hombres dándose placer cambiara.

Sin embargo, también necesitaba descartar que todo fuera por causa de él.

Apenas entré al estacionamiento privado bajé del coche y elegí un antifaz negro, con la intención de ponerle difícil a Samael el que me reconociera si me lo encontraba, y rogué para que pasara, queriéndome golpear por ello. Abrí la puerta con los nervios a nada de florecer, pero no me lo permití. Sobre todo, cuando la misma mujer que nos dio la bienvenida la otra vez se presentó ante mí y la contemplé entre curiosa y apurada.

—Buenas noches. —Bajó la cabeza en sumisión tras el saludo.

—Una consulta, ¿es necesario su presencia cada vez que ingresé? —inquirí, dejando salir mi lado perra y cruzando los brazos a la espera.

La mujer no se movió.

—Lo es para poder identificar su rol —La miré confundida y ella lo notó—. Las personas nuevas muchas veces no se definen en Dominante o sumisa, por lo que es necesario consultar y dejar registro para una mejor experiencia. Los asociados que ya llevan tiempo concurriendo el club dejan estipulado sus gustos y cuál es su rol, o si son *switch,* lo que significa que no tienen problema en ser ambos. También puede optar por la opción de visitante que, si me lo permite, se lo recomiendo debido a que viene sola y está conociendo este mundo —aconsejó—. Y no es necesaria nuestra presencia en cada ingreso. Pido disculpas si le incomoda, son políticas de la empresa.

Asentí en comprensión y respiré hondo para controlar mi ánimo. La chica no tenía la culpa de la euforia que todavía hacía sus estragos en mí después de asesinar a un juez, de mi malhumor tras la visita de mi hermana y menos de la ansiedad que me provocaba el volver a ver a uno de los asociados en el club.

—En esta ocasión seré visitante —respondí, aceptando su consejo con inteligencia, ya que, en ese lugar yo seguía siendo una novata y no era tan estúpida como para pretender ser algo que desconocía.

Pues no me consideraba una Dominante en el mundo del BDSM y menos una sumisa. De hecho, no era sumisa ni en mi mundo y hasta fingirlo con Kiara se me dificultó, así que optaría por lo seguro.

La chica anotó con rapidez cuando vio que comencé a impacientarme y me mostró la entrada.

—Disfrute.

Le dediqué una pequeña sonrisa y caminé con rapidez hasta la puerta doble, ingresando cuando la música inundó mis oídos. Cómo lo recordaba, el lugar estaba tenuemente iluminado y *Two Feet* sonaba con una melodía erótica, acoplándose a lo que mis ojos observaban.

Tras conocer *Delirium* y experimentar sus placeres, me decanté por leer sobre esa forma de vida mientras investigaba más de Samael (estaba aprendiendo mucho sobre demonios al paso que iba) y ya lograba reconocer todo a mi alrededor. Con un caminar decidido fui hacia una barra al otro extremo del lugar y pedí un *Bombay Saphire*. Apenas lo recibí bebí pequeños tragos, mirando el escenario que tenía al lado, en donde un hombre ataba con pericia a la mujer en sus piernas y luego la suspendía entre aplausos y vítores.

«Bondage», pensé al recordar su terminología.

«¿Me gustaría alguna vez experimentar este tipo de disciplina?» Me pregunté mentalmente y moví la cabeza en negación, al imaginarme en aquella posición, privada de mi movilidad.

No era una mujer que se despojaba de esa manera del control de su cuerpo, mis experiencias sexuales algunas veces fueron salvajes, pero nunca llegando a ese punto.

¿Me dejaría atar? Por supuesto que no

¿Tenía curiosidad por lo que podría sentir? Definitivamente sí.

Terminé de ver cuando el hombre penetraba a la chica con un dildo y me encaminé hacia el pasillo que tenía mis pulsaciones descontroladas. Varias personas entraban y salían de las salas con emoción y lujuria y otras más iban decididas, como yo, para la última. Al tocar el material del cortinado mis ojos se movieron con rapidez por todo el lugar y liberé el aire contenido cuando no lo vi.

Odié las sensaciones que me provocó la decepción, pero me obligué a entrar incluso con el enojo por haber vuelto y no encontrar lo que esperaba; me senté en el mismo sillón, cruzando los brazos con molestia porque ni siquiera vi a Marco y a Allison, solo observé a varias personas compartiendo una acalorada orgía que tenía al público entusiasmado. Me quedé por varios minutos siendo parte de los voyeristas y no sentí nada más que aburrimiento.

«Quizás fue por Marco y Allison». Asimilé esas palabras y me aferré a ellas. Eran una pareja segura de su amor, confiaban al momento de compartir y tal vez eso fue lo que me generó tal excitación.

En todo el rato que estuve en la sala no dejé de mirar expectante a mi alrededor, esperando su llegada o el de la pareja y bufé cuando nunca sucedió.

—¡Puta madre! —Me cubrí el rostro con las manos por unos segundos, obviando el antifaz, y luego me puse de pie, yéndome del lugar hacia el salón principal.

Me senté en la barra con la esperanza de volver a sentir su presencia a mis espaldas y me encogí porque eso nunca sucedió.

«¿Dónde estás, Samael?».

Miré hacia todos lados y me volteé cuando una mano tomó mi brazo.

—La estaba llamando —se excusó la chica del otro lado del mostrador con una sonrisa de disculpa y noté aquel collar en su cuello. Era como el de Marco y Allison, en cuero negro, con un círculo y en medio de él la letra S en forma de serpiente—. Le preguntaba si se le ofrecía algo.

Fruncí el ceño, hastiada y negué.

—Me gustaría saber si un asociado llamado Samael se presentará esta noche en la sala roja de *voyeur*.

Ella me observó seria por varios segundos y luego miró hacia arriba, como asegurándose de que nadie la viera, y tras eso se acercó con nerviosismo.

—El señor Samael no estará presente hoy —murmuró como si fuera un secreto—, pero puede volver mañana si gusta, ya que es su noche predilecta.

Absorbí sus palabras y le agradecí la información.

Decidí no quedarme por más tiempo y me fui directo hacia la salida, pensando en que después de todo no perdí el tiempo porque al menos supe cuándo podría encontrarlo.

Sonreí mordiendo mi labio cuando arranqué el coche.

—Mañana no te me escapas, *amor* —dije para mí y luego me reí.

CAPÍTULO 10

Iraide

Llegué al almacén del sur luego de una noche en donde no pude descansar nada, con la cabeza hecha una porquería al tenerla trabajando como loca con mil escenarios que estuve imaginando en lugar de dormir.

Ir a *Delirium* me había dejado extraña, con más ganas de volver de las que imaginé, y es que ese hombre me tenía hecha un lío. Aunque también mi desvelo se debió a la visita de mi hermana, su petición y el odio que confirmé que seguía sintiendo por mí.

Tomé mi sien queriendo enfocarme en lo importante al ver a varios hombres empacando nuevamente el armamento y llegué hasta Faddei que inspeccionaba todo, dando órdenes a los gritos cuando algo no estaba saliendo como él demandaba.

—Espero que me tengas buenas noticias. —Tomé el vaso de café que compré de camino al almacén y miré a Faddei—. Tengo sueño y sabes cómo me pongo cuando estoy así —enfaticé lo último con un bostezo.

Asintió mientras anotaba algo en su teléfono y luego me observó de soslayo con su característica seriedad.

—Sé cómo actúas cuando estás cansada. —Se cruzó de brazos y enarqué una ceja en cuanto tomó distancia y lo miré de arriba abajo—. Así como también cuando estás alegre, enojada, eufórica —enumeró las emociones y me reí por la verdad en sus palabras.

—No sé a dónde quieres llegar, pero ya. —Levanté la mano cuando varios hombres se dieron la vuelta al oírme reír y me puse seria enseguida, cuadrando los hombros—. Habla —pedí tras carraspear.

Se aclaró la garganta y supe que lo que iba a decirme no me gustaría.

—Era de esperarse que los rumores por la muerte del juez Wright corrieran con rapidez —Suspiró rascándose la nuca—. La élite está al tanto y quieren una reunión. Bailey pide un castigo por haber pasado sobre ellos, argumentando que por muy líder que seas tienes que pagar por lo que hiciste, primero rindiendo cuentas del porqué.

—Malnacido hipócrita, pero ya no debería sorprenderme —bufé y él asintió de acuerdo.

El hijo de perra de Harold quería tocarme los ovarios de nuevo y era momento de mostrar los dientes, ya que si los rumores estaban corriendo era gracias a él.

—Solicita una reunión con *The Sevenths* para dentro de una hora —demandé y escuché el ladrido de Furia a lo lejos— y lleva el material almacenado, irás conmigo.

Anotó algo en su teléfono y asintió. El tonto parecía como una secretaria olvidadiza a veces y me reí al pensar eso.

—Como ordenes. Nos vemos en un rato. —Se llevó el teléfono al oído y comenzó a hablar mientras se alejaba.

Observé cómo iba todo a mi alrededor y caminé directo al lugar en donde mi chico favorito corría detrás de una pelota para luego acercarse en mi dirección cuando me vio entrar.

—¡Hola, cosita hermosa! —Acaricié sus orejas y hocico, llenándome de baba cuando depositó la pelota en mi mano y se la lancé lo más lejos que pude, sonriendo en cuanto Furia ladró y se fue tras ella.

Me gustaba verlo ser un perro normal, amado y consentido como Hunter.

Ace se acercó (cuando Furia estaba lejos, acostado y mordiendo la pelota), y al verlo caminar con el rostro lleno de picardía, el vídeo de él follando a su amiga volvió a reproducirse en mi cabeza.

—Mi reina —saludó y luego me sonrió.

Le correspondí con un asentimiento, bebiendo el resto de mi café antes de hablar.

—Estoy satisfecha con tu trabajo de ayer. —Observé a mi perro revolcarse en el suelo bastante feliz y suspiré encarando a Ace cuando sentí su mirada.

No perdí de vista su manera de otearme y ladeé el rostro cuando no contestó, solo me sonrió abiertamente, mostrando su perfecta dentadura, incluidos esos colmillos suyos que lo hacían parecer como un vampiro sexi y sádico.

—¿Satisfecha con mi trabajo o con lo que hice en el vídeo? —Se atrevió a preguntar con picardía y blanqueé los ojos.

—Solo te he confiado una misión y ya te crees con el derecho de hablarme con esa altanería —repliqué con autoridad y se encogió de hombros.

—Mi respeto lo tienes, únicamente soy temerario y me atrevo a tantear el territorio. Ya sabes, la adrenalina a veces te hace seducir a la muerte —respondió y contuve la sonrisa.

El cabrón tenía buena labia, eso no se lo quitaría.

«Y una buena polla también».

—Estoy satisfecha con tu trabajo, Ace. Solo con eso —puntualicé y me aclaré la garganta.

Lo hice con la esperanza de también aclarar mi mente y dejar de pensar en pollas, sexo salvaje y clubes BDSM junto a un tipo misterioso que me tenía como adolescente sexosa. Vi a Ace queriendo replicar mi respuesta, pero decidí frenarlo antes de que las cosas pasaran a mayores

—En un rato tengo una reunión con *The Sevenths* que no durará mucho. —Me observó serio, adoptando su postura en el trabajo—. Quiero que prepares todo para ir a la penitenciaría, esta vez iré a supervisar personalmente que todo salga como quiero y tú me acompañarás —dije y asintió.

Faddei había logrado que nos concedieran los permisos para entrar a una cárcel de Arlington y almacenar allí el armamento que muy pronto sería retirado por mis compradores. Esa vez nadie, aparte de un grupo de confianza de él y Ace, sabían del movimiento que haríamos. Y la muerte de Jack todavía no la manejaban las noticias, pero sí en el bajo mundo y por ende llegó a los demás jueces, así que sabían a lo que se atenían si intentaban joderme.

—Como ordenes, mi reina. —Tomó el móvil y tecleó un par de cosas antes de mirarme —. Pasaré por ti a donde te reunirás con los séptimos e iremos hasta Arlington. Activa la ubicación en tu móvil, desde ahí te rastrearé sin necesidad de comunicación para evitar cualquier cosa. —Saqué mi móvil del pantalón y activé todo lo que me iba indicando y luego se lo mostré—. Sabré en qué momento estarás libre, tú solo sal como si nada y súbete al coche que estará esperándote.

Asentí y vi a Faddei afuera del hogar de mi bebé, esperándome con el rostro ensombrecido, perdido en sus pensamientos. Comencé a caminar y escuché a Ace llamarme por lo que lo observé sobre el hombro y lo vi recorrerme de arriba hacia abajo.

—Le recomiendo que use otra ropa si quiere que la acompañe. Esos pantalones lucen …—Pasó la lengua por su labio inferior y tras eso conectó su mirada a la mía—. Ajustados —finalizó con picardía y negué mordiendo a la vez el interior de mi mejilla.

—¿Te queda grande trabajar con distracción? —inquirí con burla y opté por no dejarlo responder. Seguí mi camino y escuché a mis espaldas una risita malvada—. ¿Vamos? —animé a Faddei al estar más cerca de él, sacándolo de sus pensamientos y me señaló la salida tomando la delantera hacia una camioneta que ya nos esperaba.

El viaje para el complejo que utilizábamos para nuestros encuentros con la élite fue breve. Me bajé en cuanto Faddei aseguró que era prudente y me coloqué mi máscara de perra al comenzar a caminar hacia el interior, observando a varios tipos custodiando todo, resguardando cada uno de ellos al hombre para el que trabajaban.

Bajaron la cabeza en recibimiento y los observé apenas, llegando a la sala de donde provenían las voces, varias de ellas bastante molestas.

—¡Merece un castigo! —Escuché al cruzar el umbral y me apoyé en este al ver a Harold de pie, pavoneándose, como si ya fuera lo que tanto deseaba, frente a los demás séptimos—. Se pasó por alto nuestras leyes y necesita que se las refresquemos de una vez.

Sonreí cuando varios socios me vieron y se acomodaron en sus asientos. Otros aún seguían observando a Harold con cierto desconcierto por su empecinamiento al querer vengar la muerte de un don nadie en nuestro círculo. Respiré hondo, tomando un mechón de cabello que tenía sobre el hombro y lo envolví en mi dedo, mirando a todos antes de hablar.

—Interesante charla, compañeros. —Alabé con altanería y los que habían comenzado a opinar sin darse cuenta de mi presencia, se callaron de inmediato—. Y según tú, ¿cómo sería el castigo que merece tu lideresa? —pregunté a Harold y decidí caminar hacia el lugar principal en un extremo de la larga mesa y puse las manos sobre ella—. Habla ahora que he llegado, no te quedes callado —lo reté.

Lo vi tragar y endurecer sus facciones.

—Ira. —Ronald se levantó y le sonreí cuando miró, por más tiempo del deseado, mi atuendo.

La lujuria en serio que lo describía a la perfección.

—¿Ahora tú hablas por él? —me burlé.

—Nadie habla por mí.

—Harold nos comentó del incidente con el juez Wright y queremos oírte primero antes de sacar cualquier conjetura que no sea acertada —interrumpió Ronald a Harold para que no se metiera en una discusión conmigo.

Sonreí con ironía al verlos a todos muy atentos a lo que fuera a decir, y a Harold retorciéndose de la furia en el asiento, clavándome la mirada como dagas al momento en que tomé asiento y la postura de la reina que era.

—En primer lugar, quiero que me expliquen qué sucede con el juez y por qué tanto alboroto, ya que no he escuchado nada en las noticias —refuté y todos los socios me observaron con sorpresa.

«Tenía en mis manos a esos bastardos».

La muerte del juez todavía no era noticia porque ni siquiera se había reportado su desaparición, gracias a que Ace se encargó de mantener a la familia callada. Así que si los séptimos sabían era porque el imbécil de Harold se dejaba ganar tanto por su gula, por la ambición de obtener mi lugar, que ni siquiera era inteligente para no delatarse así mismo.

Me moví en la silla giratoria y sonreí hacia todos animándolos a hablar, a que continuaran con su espectáculo tan despreciable.

—Ha desaparecido, su familia no sabe nada de él y lo vieron salir contigo de un hotel. Así que es fácil deducir lo que ha pasado. —Por supuesto que sería Bailey el que seguiría con su farsa, tratando de mantener una mentira patética.

—¡Joder! ¿Cómo es que sabes todo eso, Gula? —inquirí llamándolo por su apodo sabiendo cuánto lo odiaba.

—Ira, por favor —pidió Wayne con su voz perezosa y le sonreí.

Al pobre viejo no le informaban todo, solo trataban de embaucarlo en sus planes, así que ignoraba que eso era un espectáculo que Harold y de seguro Ronald, montaron para joderme y podía jurar

que la viuda de Frank también estaba implicada.

—Según mis informes internos, el juez Wright fue asesinado por uno de nosotros y no he sido yo, eh —aseguré con ironía.

—¡Mentiras! —bramó Harold y se puso de pie golpeando la mesa.

—¡Siéntate y respeta a tu lideresa! —exigí con altanería—. ¡Faddei! —grité y él apareció con una Tablet en mano.

Con una señal de cabeza le pedí que reprodujera el vídeo y gracias a las pantallas inteligentes incorporadas en la mesa, la voz e imagen de Jack Wright estuvo en segundos disponible para todos los miembros de *The Sevenths*. Me deleité con la expresión de sorpresa que hicieron y no contuve mi sonrisa de victoria, sobre todo cuando vi al culpable de la muerte del juez, con los ojos muy abiertos.

Mi satisfacción fue inexplicable al ver su gesto de «estoy bien jodido» y una vez más por mí, la puta de Frank, la gran tirana.

—¡Hija de la gran puta!

—¡Shhh! Cuida esa boca, malnacido, y respeta a tu reina tirana porque es cuestión de que haga un clic para que ese vídeo esté en todos los medios —advertí.

—Ira… —Alcé la mano para callar a Gary Allen.

—Les guste o no, lo acepten o no, soy la lideresa de esta maldita organización y no admito la traición bajo ningún motivo —declaré y los observé—. No sé si estuvieron de acuerdo con este intento patético de Harold para joderme, y no me importa a estas alturas. Sin embargo, les recuerdo que no solo yo perdí dinero, puesto que las ganancias son de todos. Así que, díganme cómo se procede después de esto, ya que no estoy aquí para perder también mi tiempo.

Todos callaron porque sabían que una palabra errónea a esas alturas me haría soltar pistas de quién asesinó a una persona tan importante para la justicia y si no estaban bien blindados, junto a Harold caerían más. Incluso cuando el infeliz no se atrevía a delatarlos porque la organización estaba muy bien cubierta contra eso.

—Díganme si soy yo la que merece un castigo por lo que Harold hizo.

—Lo asesinaste tú, no yo —señaló entre dientes.

—No, infeliz. Lo asesinaste tú en el momento que lo buscaste para que me traicionara, sin importarte una mierda el hacer perder a la organización millones de dólares —finalicé y me puse de pie.

Miré a todos y noté que algunos observaban a Bailey con repudio.

—Este hijo de puta está más concentrado en quitarme un lugar que me gané a pulso, sigue creyendo que solo lo obtuve por follar bien a Frank y estoy dándole una prueba más de que si soy la maldita lideresa es porque soy más inteligente que muchos de ustedes juntos —espeté hacia todos.

Y sí, varios de ellos en verdad me respetaban porque eran conscientes de mi potencial, pero era necesario refrescarles la memoria por si acaso se estaban dejando influenciar por los otros que me seguían odiando y sintiéndose humillados porque una mujer les ganó el liderato.

—Si me joden yo los jodo peor —les recordé—. Y les recomiendo que se pongan a trabajar de una maldita vez, porque así les arda que se los eche en cara, hasta el momento soy yo la que mantiene este barco a flote, mientras ustedes se soplan las bolas con los millones que los hago ganar y con el poder que poseen gracias a que he sabido mantener los contactos que Frank hizo.

—Viteri tiene razón —soltó Eugene Hall y no dejó de sorprenderme que, a pesar de su envidia, fuera capaz de apoyarme—. Y así como Bailey ha exigido un castigo para ella, yo exijo uno para él, ya que su maldita obsesión ha jodido la venta de nuestro cargamento más valioso.

Me reí porque dijera nuestro, pero se lo dejé pasar.

—¿Qué propones para sancionarlo? —inquirió Héctor Murray.

—¡Bastardos de mierda! —escupió Harold.

—La primera sanción será para los seis —avisé yo.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber Wayne.

—Como les dije antes, es hora de que se pongan a trabajar, malditos zánganos. He conseguido sacar adelante la venta de las armas, pero después de lo que este bastardo me hizo, no obtendrá ninguna ganancia de ella. Y ustedes, por imbéciles y por hacerme perder el tiempo, esta vez solo recibirán un cinco por ciento del quince que les correspondía.

—¡De ninguna manera! ¡No puedes hacer eso! —protestó Gary y me reí de él.

Avaricia, por supuesto.

—Sí puede —me secundó Wayne—, son nuestras reglas. Si uno de la élite falla e influye para que los demás perjudiquen al líder, pagarán.

—Y el porcentaje de las ganancias que le corresponde a Harold de la siguiente misión, serán repartidas entre todos —añadió Eugene.

Esa era otra de las reglas.

—Aclarado esto, delegaré en ustedes el otro castigo para Bailey. —Ofrecí y me enderecé dispuesta a finalizar la reunión—. Tengo cosas más importantes por hacer y ya me hicieron perder demasiado tiempo, así que espero que hayan aprendido la lección: me joden de nuevo y los joderé peor, *amores*. Así que mejor pónganse a trabajar y no me sigan tocando los ovarios porque a la próxima no seré tan piadosa —advertí.

Di unos pasos para alejarme de la mesa y me detuve a darles una última estocada.

—Ah, antes de que lo olvide, están planeando abrir una investigación para el hospital Neurológico donde soy benefactora y solo aviso que así todo sea legal con ese lugar, si la investigación procede, cada uno de ustedes verá caer sus propios negocios. No les conviene que me pongan en el ojo público —les recordé y luego les regalé una enorme sonrisa.

Ninguno quiso decir nada y tras murmurar un «buen día» burlesco, comencé a caminar hacia la salida, escuchando cuando se enfrascaron en juzgar a Harold quien respondía con soberbia (quitándole el lugar por un momento a Héctor) sobre sus razones para actuar como lo hizo.

Negué sin querer escuchar su patético discurso que ya me sabía de memoria y me fui dejándolos saborear su mierda, puesto que tenía cosas más importantes de las cuales encargarme y esa vez lo haría personalmente para que salieran a la perfección.

Al estilo de Ira Viteri.

CAPÍTULO 11

Iraide

Caminé a paso rápido, hastiada de las quejas de esos hombres que solo servían para joder y me reí al pensar en lo que hubiera hecho Frank si hubiese estado vivo para presenciar semejante mierda.

Yo no era sádica solo porque me encantó serlo, lo era porque aprendí del mejor y si esos séptimos se hubieran comportado con Frank como lo hacían conmigo, creo que *The Sevenths* ya hubiera estado conformado por nuevos miembros a excepción de su líder.

—Por eso y más eres su favorita —se burló Faddei cuando nadie más nos escuchaba y me reí.

Al salir al estacionamiento observé un Camaro negro aparcado cerca de la salida e intuí de quién era al momento de caminar hacia él con paso apresurado.

—Haz varias copias de ese vídeo y asegúralas bien —le pedí a Faddei al alejarme y me llamó.

—¿Te irás sola? —inquirió y asentí.

Él levantó el dedo pulgar entendiendo que no lo necesitaba y caminó con los demás hombres hacia sus respectivos autos. Esa misión la ejecutaría con la gente de Ace, puesto que se ganaron la oportunidad al actuar con rapidez e inteligencia cuando Harold logró truncar mi primer intento.

Mi gente se quedaría detrás de bambalinas por primera vez.

Llegué hasta mi destino y abrí la puerta del coche viendo a un risueño Ace en el interior, mirándome con cierta satisfacción.

—¿Se divirtió, mi reina? —preguntó con sorna al ver mi cara de culo.

Bufé acomodando mi cabello hacia un costado y tras eso recosté la cabeza en el respaldo del asiento.

—Arranca de una maldita vez y te cuento.

Hizo ronronear el coche sin dejar de mirarme en cuanto terminé de hablar y nos marchamos a toda velocidad, cogiendo varios caminos distintos, aprovechando que salí de la reunión antes de la hora acordada para mover el cargamento, asegurándose de esa manera que nadie que quisiera continuar pasándose de listo, nos siguiera.

Aproveché ese tiempo y le relaté parte de lo que pasó, puesto que tampoco era necesario contarle todo. Ace todavía era nuevo en mi organización y yo seguía desconfiando hasta de mi sombra.

El viaje a Arlington era corto, pero por las medidas de seguridad optamos por desviarnos unas cuantas veces más, asegurando la llegada y comunicándonos con el camión de carga que llevaba el armamento.

—Está todo bajo control, reina —aseguró Ace luego de cortar la llamada—. El camión está a punto de llegar a su destino. —Observó el GPS—. Igual que nosotros.

Asentí mirando por la ventanilla y de pronto sentí una mano en mi pierna, de inmediato observé a Ace justo en el momento que apretó el agarre en mi muslo y giró el coche a la derecha. Fruncí el ceño por su atrevimiento y mi mente quedó clavada en su destreza para conducir cuando, con la palma abierta, manipuló el volante sin perder su rostro de concentración en nuestro camino.

Al percatarse de mi expresión retiró la mano y bufó tras sonreír, lamiéndose los labios de paso.

—Lo siento, la costumbre de manejar solo —se explicó y no comprendí—. Suelo apoyar la mano en el respaldo o en el asiento.

—¡Ajá! —ironicé, pero le resté importancia y cerré los ojos brevemente cuando otra vez me vi

envuelta en el vídeo de él disfrutando.

Los movimientos que hacía en la cama con aquella mujer me dejaron quieta en mi lugar al imaginarme que, si se veía tentador lo que hacía, probarlo sería delicioso. Jadeé en cuanto mi cabeza imaginó posiciones en las que me gustaría tenerlo y abrí los ojos en el instante en que el coche se detuvo y Ace se acomodó observando debajo de mi barbilla y se relamió.

—Llegamos, Ira —avisó.

Su voz había adquirido un matiz más ronco y mi piel se volvió chinita por todo lo que imaginé.

—¿Qué pasó con el *mi reina*? —Lo chinché y sonrió.

Aclaré mi garganta tras eso y no le dejé responder, preferí apearme del coche porque se me hizo un infierno seguir adentro ante el calor repentino, y me abaniqué al sentirme sudar. Ace se bajó luego de unos minutos y miramos hacia un costado, donde el camión del cargamento de armas ingresaba por el portón en el cual entraban los camiones con comida.

—Vamos —me incitó Ace y señaló hacia la puerta de la penitenciaría.

Dos guardias nos estaban esperando, así que cuadré los hombros y levanté la barbilla, caminé dejando a Ace a mis espaldas y llegué hacia ellos; ambos nos saludaron con un movimiento de cabeza.

—La reina sádica —murmuró uno de ellos más como un pensamiento en voz alta y el otro lo codeó, haciéndome sonreír con altanería.

—No, cariño. Solo soy un ángel pelirrojo —aseguré conteniendo mi sonrisa burlona y me abrieron el camino para que pudiera ingresar—. Necesito dejar todo en orden y estipulado para el resguardo de mi mercancía —hablé cuando ingresamos a un salón y varios guardias con algunas máquinas vigilaban el lugar.

Imaginé que era el acceso a la cárcel.

—Claro, mi señora. Solo permítame seguir el protocolo —pidió amable y asentí—. Primero les pedimos que dejen cualquier arma que posean, y objetos personales en la bandeja.

Me entregaron una y saqué mi móvil, navaja y dos pistolas. Puse todo en la bandeja y luego se las entregué para que la pusieran en una máquina transportadora.

—Acompáñenme al otro lado para que el oficial Salazar los revise con su detector y así asegurarnos que no posean nada más. Esto es para mayor seguridad suya y nuestra.

Reí por el miedo que trataban de camuflar y sentí el tacto de Ace cuando me acarició brevemente la espalda y me indicó que siguiéramos. El hombre con el detector optó primero por palpar a mi acompañante, pasando la barra sobre su cuerpo hasta que un fuerte sonido resonó al llegar a su pelvis y enarqué una ceja al imaginar la razón

—¿No me digas que eres de los que les gusta adornarse la polla? —cuestioné con burla cuando el guardia lo observó con sospecha.

El maldito solo me miró con descaro y encogiéndose de hombros me guiñó un ojo, sacándome una sonrisa al imaginarme qué tipo de *piercing* tenía. Y cuando el oficial se convenció de que el sonido era gracias a la joyería en la polla de Ace, fue mi turno de abrir los brazos y piernas, pero antes de que el aparato se deslizara por mi cuerpo, Ace habló.

—Que no te sorprenda si también se activa cuando lo pases por sus pechos —musitó para que solo los tres oyéramos y abrí los ojos con sorpresa por su acierto—. Es una chica ruda y le gusta la joyería.

«Hijo de puta», pensé, pero al ver su sonrisa socarrona supe que leyó en mi cara lo que no vocalicé.

El guardia decidió pasar de largo esa parte de mi anatomía con la cara sonrojada y la deslizó por el

resto hasta cerciorarse de que estaba limpia. Acomodé mi ropa en cuanto me sentí libre y comenzamos a caminar uno al lado del otro para que pudiéramos hablar antes de llegar a la puerta doble donde un hombre nos esperaba con rostro imperturbable.

—¿Cómo supiste lo de mis pechos? —susurré y lo vi pasar la lengua por sus dientes para luego encararme.

—Se te notan, mi reina, y me han torturado en todo el camino —respondió y bajó brevemente la mirada—. No llevas sostén y puedo detallar hasta el modelo de arete que utilizas. Muy lindo, por cierto.

—Eres un cabrón —solté y sonrió.

Le di un golpe en los riñones y medio se arqueó ahogando un jadeo en cuanto llegamos hacia el oficial, uno de los designados a resguardar mi mercancía y quien me miraba como si fuera una mosca a la cual pisar.

«Empezamos mal», pensé en cuanto me crucé de brazos y le sonreí moviendo la mano.

—Señora Viteri —dijo a manera de saludo y observó a Ace de arriba abajo y luego volvió a mirarme como si no valiera la pena saludarlo a él—. Acompáñenme con el alcaide Webber, él será el encargado de hablar con ustedes.

Asentí con gesto serio por su falta de modales y vi a Ace evaluarlo con el semblante sombrío, detallando cada postura y gesto al hablar.

Comencé a caminar en cuanto no se dijo nada más y pasamos por varias oficinas hasta el final donde un hombre canoso se levantó de su escritorio y se acercó para tomar mi mano y luego la de Ace.

—Señora, es un gusto poder conocerla en persona —alabó y quise blanquear los ojos por su zalamería.

—Gracias. —Tomé asiento en cuanto lo señaló y Ace aseguró su lugar detrás de mí, acomodando una mano en mi hombro.

Mi piel se erizó por su toque y acomodé mi cuerpo, observando cómo el otro oficial nos dedicaba una mala mirada, era como si el imbécil sintiera asco de mí o como si fuera superior a nosotros y lo necesitáramos para cumplir nuestros objetivos.

El alcaide Webber se sentó en cuanto el otro oficial se marchó y volvió a sonreírnos, tomando varios papeles, deslizándolos por el escritorio para que los revisara.

—Todo lo que ahí se detalla es lo que pidió, señora. —Leí conforme hablaba y mi mandíbula se endureció al ver lo que se me estaba informando.

—¿Por qué razón tengo que darle un porcentaje a ese cabrón? —inquirí señalando al oficial que nos escoltó hasta la oficina y luego nos miró como si fuéramos mierda.

Webber me observó asustado y tragó con dificultad.

—Es la primera vez que hago esto, señora, él me descubrió y me tiene amenazado —confesó y su rostro de terror me indicó que no mentía.

Le pasé los papeles a Ace para que también los leyera y lo escuché respirar profundo, luego comenzó a caminar hacia la salida, no sin antes parar por breves segundos y mirarme.

—Sabes qué hacer —aseguré y asintió, saliendo como un fantasma.

Volví a mirar al oficial que se hallaba más pálido y me acerqué hacia la mesa con una sonrisa coqueta.

—Sé que nunca nos hemos visto, pero por tu manera de tratarme intuyo que has hecho tu tarea en estudiar lo que te dijeron de mí y, si no, pues te cuento que no me gusta que me vean la cara de estúpida. —Acaricié la madera del escritorio con el dedo índice—. Y quien lo hace, se muere —

sentencié y lo vi tragar.

—Lo sé, mi señora, y puedo darle mi parte de su gratitud para demostrarle que esto no es cosa mía —aseguró y negué cuando se ofreció a pagarle él mismo a ese imbécil.

El hijo de puta exigía un diez por ciento y si Webber le daba su parte que solo era de un dos por ciento, ganaría más de lo que estaba dispuesta a darles a los séptimos.

—De esto me encargo yo, alcaide. Simplemente quiero que tenga claro que el dinero no es un problema para mí, pero sí el que quieran aprovecharse, ¿lo entiende? —cuestioné alzando la voz.

Pegó un brinco y asintió varias veces comenzando a repetir que él no tenía nada que ver y, le creía, así que le aseguré que no debía preocuparse y le prometí que me libraría de ese pequeño percance. Tras eso me dio los papeles donde firmé un acuerdo para resguardar el cargamento y luego se puso de pie al verme dispuesta a irme.

—Eso ha sido todo, alcaide. Le prometo que ahora mismo nos libraré de un aprovechado y si colabora bien conmigo, este será el principio de grandes cosas para usted —prometí y le guiñé un ojo.

Me acerqué para palmear su hombro y lo hice retroceder con miedo, cosa que me hizo soltar una risita.

—Una última cosa —pronuncié al llegar a la puerta—. En cuanto uno de mis hombres se comunique con usted, acate las órdenes, no queremos tener que visitarlo en otras circunstancias.

Luego de su asentimiento salí hasta el pasillo y moví los dedos en saludo, empezando a caminar hacia el final donde los mismos hombres de la entrada me esperaban para escoltarme a la salida de la penitenciaría. Tomé una bocanada de aire en cuanto vi el coche esperándome y me subí observando a Ace quitar una pelusa inexistente de su playera negra y guiñarme un ojo para luego arrancar y salir disparados del lugar.

—¿Todo en orden? —pregunté cuando el silencio se hizo notorio y oí unos golpes en la parte de atrás del coche.

—Tal cual te gusta. Nuestro acompañante no estaba muy feliz de venir, pero todo lo que desee mi reina será cumplido y ahora descansa en la cajuela —aseguró y sonreí.

—¡Excelente! —Celebré y lo vi observarme con detenimiento por unos segundos.

El viaje se me hizo más rápido por la velocidad que Ace utilizó y en nada llegamos al almacén en donde varios hombres estaban esperándonos. Salí en cuanto el coche se estacionó y Ace abrió la cajuela para sacar al oficial que se quiso pasar de listo conmigo e intentó jugar al astuto con la persona equivocada, y encima, me miró como si fuera cualquier mierda que no merecía respirar a su alrededor.

Con el alcaide podía hacer lo que quisiera, ya que el pobre hombre era nuevo en esto, pero cometió un grave error al querer joderme a mí también. Así que se ganó un pase directo a mi museo y no por su altanería, eso me importaba un carajo al final. Lo haría porque odiaba cuando querían aprovecharse de mí solo por creer que, porque necesitaba de *un favor*, me rebajaría a lo que les diera la gana.

Ace lo tomó del cuello en cuanto quiso gritar aún con la mordaza en la boca y le dio un golpe en el estómago, tirándolo al piso.

—Llévenlo al museo —demandé entrando al almacén para así adelantarme y coger lo que necesitaría.

Varios de mis hombres ingresaron conmigo y esperaron pacientes cuando observé cada una de mis maravillas, pensando en cuál utilizar hasta que palmeé una y la señalé al ver entrar al oficial que abrió los ojos con terror.

—Depositenlo en la mesa y átenlo —pedí y tomé la pequeña caja con herramientas quirúrgicas que reposaba en uno de mis muebles, y la abrí sacando dos dedales que coloqué en mi dedo pulgar e índice.

Ambos poseían una punta extremadamente filosa que simulaba una uña en *stiletto*, estaban hechos en plata antigua y pura, con relieves que decoraban parte de mi dedo formando una flor y en el medio tenían diamantes verde oscuros, un regalo que me quise hacer porque me gustó cómo me quedaron, al probármelos en una joyería muy peculiar.

Una ubicada en la misma tienda donde adquirí mis juguetes medievales.

Me acerqué cuando la pequeña basura comenzó a gritar al verse acostado en mi mesa favorita y el semblante me cambió, adoptando una postura más hija de puta, la cual notó al apartar la cara cuando pasé la mano por su rostro.

No tendría más de cuarenta años, su cuerpo se notaba atlético y negué con pesar al saber su triste final.

—Solo porque eres un pobre infeliz te concederé una muerte rápida —dije.

Además de que simplemente se estuvo queriendo pasar de listo y no lo necesitaba estorbando en mis negocios futuros.

Jadeó cuando hinqué los dedales en su mejilla y lo acerqué con fuerza a mi rostro, lamiendo una pequeña lágrima que rodó por su piel, y le quité la mordaza al ver su desesperación por hablar.

—No volverá a pasar, se lo juro —soltó, llorando con fuerza y me alejé para observar a mis hombres que se reían de cómo se retorcía en la mesa pidiendo clemencia.

Esa vez me acompañaban los chicos más rudos de mi organización, los que amaban la tortura tanto o más que su lideresa y, por lo mismo, eran capaces de reírse por lo que le sucedería a ese pobre diablo en la mesa.

—Por supuesto que no volverá a pasar, *amor* —juré y señalé a Ace indicando que se acercara—. Y cuando dije que tu muerte sería rápida, no mencioné que fuera menos dolorosa. Y quién mejor que el hombre al que miraste como si no valiera tu miserable saludo, para ejecutarla —añadí—. La educación es fundamental en la vida, mi querido ratoncito. Y hoy, Ace te enseñará cómo deberás comportarte en el infierno.

Me alejé en cuanto Ace saltó, cual pantera, sobre el cuerpo del oficial y no le tomó tanto tiempo en despedazarlo como un animal hambriento. Su manera de operar era sangrienta, sádico al momento de infringir dolor en partes donde sabía que era más intenso; y adoré cuando el líquido carmesí comenzó a brotar del cuerpo del hombre al que apenas le quedaba aliento para repetir que tuviéramos compasión.

Me pasé la lengua por el labio en cuanto experimenté un calor que ya conocía, al observar la sangre gotear de la mesa y los pezones se me endurecieron al ver a Ace salpicado de ella, con el rostro desfigurado del regocijo por ser él el verdugo.

Por una vez en la vida cedí mi lugar y admito que ser espectadora me resultaba igual de placentero que cuando era la ejecutora, no con la misma potencia, eso era obvio, pero sí la suficiente para querer subir a esa mesa y hacer lo que menos imaginé, con ese tipo que me estaba demostrando que se acoplaba bien a todo lo que le pidiera que hiciera para mí.

La muerte no demoró mucho en cuanto la lengua del oficial fue cortada y jadeé cuando todos murmuraron complacidos con la pequeña tortura ejecutada. Me di vuelta al sentir que mi cuerpo me jugó una mala pasada y con disimulo tuve que apretar las piernas, tomando mi frente, acompasando mi respiración y riéndome de mí misma por lo que estaba a punto de hacer.

Sentí a todos moverse cuando la hazaña terminó y me lamí los labios para luego respirar hondo

antes de hablar.

—¡Todos fuera! —demandé y escuché cuando comenzaron a salir—. Tú no, Ace —advertí al verlo moverse junto a los demás.

Miró a su alrededor y luego a mí al entender mis intenciones.

—¿Quieres algo de mí? —insinuó conteniendo una sonrisa y comenzando a acercarse.

Asentí seria. Llegó a mi encuentro y miró mi rostro con detalle.

—Quiero saber qué clase de *piercing* tienes —respondí y lo tomé del pantalón para acercarlo a mi cuerpo.

Había llegado la hora de olvidarme de Samael por un rato y Ace era el candidato perfecto para darme lo que tanto necesitaba.

Una buena follada.

CAPÍTULO 12

Iraide

No era una mujer a la que le gustaba quedarse con las ganas y creo que ya lo había dejado claro con mi búsqueda obsesiva hacia aquel cabrón de ojos verdes que se hacía llamar como un demonio, y que me sedujo la mente sin complicaciones. El único tipo que se me estaba haciendo difícil encontrar, así que distraerme con Ace me resultaba perfecto, ya que al menos con él no descuidaba lo importante y contrario a eso, me ayudaba a ejecutar mis hazañas.

Y, desde el momento en que vi el vídeo de ese hombre follando con tanto brío, se me antojó probarlo al punto de que mi cabeza me jugó una mala pasada, reproduciendo continuamente los movimientos que hacía con aquella chica mientras estaban en la cama.

—Lo que desee mi reina —murmuró complacido, permitiendo que le abriera el pantalón y metiera la mano con los dedales puestos, descubriendo una erección muy despierta y lista para jugar.

Gruñó bajo al sentir la rudeza de mi caricia y se mordió el labio para contener otro más, dejando al descubierto uno de esos colmillos suyos que me hacía sentir en una película de fantasía.

Era más alto que yo, aunque mi estatura al no ser demasiado baja, me dejaba verlo a los ojos sin alzar la cabeza, así que, conectando nuestras miradas para medirnos de esa manera, me pasé la lengua por los dientes superiores y lo tomé, comprobando lo bien dotado que se encontraba, escuchando otro siseo de su parte cuando lo acaricié sin dejar de mirarlo.

Tomó mi cintura en cuanto aceleré el movimiento en su polla y lo corté con uno de los dedales, comprobando con asombro que no se inmutó tras haberlo lastimado, al contrario, me cogió con más fuerza y me levantó obligándome a que sacara la mano. Acarició mis muslos cuando lo abracé con ellos de la cadera y caminó directo hacia la mesa en donde el oficial se encontraba.

Para ese momento mis pechos dolían y mi entrada escocía, mi piel se volvió febril por el deseo y la excitación, y me urgía saltarme los juegos previos e irme directo a lo que mi cuerpo aclamaba.

—¡Mierda! —gruñó en mi boca en el momento en que mordí su labio inferior con fuerza, justo cuando me depositó en el filo del mueble. Me agité al ver la gota de sangre que le provoqué y que él se limpió, pasándose un dedo y sonriéndome al palpar el líquido carmesí—. Te gusta la sangre, Ira. —Me relamí con su gusto y me encogí de hombros, sintiendo un corrientazo en mi coño, ocasionado por mi nombre saliendo de su boca.

—¿Se nota demasiado? —ironicé mientras me desabrochaba el pantalón.

Me respondió con un movimiento de cabeza negativo y sarcástico, tras eso se alejó de mí para rodear la mesa y llegar hasta donde el recién difunto se encontraba y sin cuidado alguno lo tiró al piso, ocasionando un fuerte *plof* al impactar en su charco de sangre.

Se quitó la playera al acercarse de nuevo y me acomodó en la mesa. Me tomé el tiempo de detallar los tatuajes que tenía esparcidos en el torso y los del cuello.

—Quítate el pantalón —demandé y lo vi sonreír.

El muy cabrón al contrario de lo que le ordené, se deshizo del mío con rapidez y el suyo únicamente lo bajó lo suficiente para sacarse la polla y aproximarse a mí, masturbándose con descaro al ver mis ojos en su falo, detallando el *piercing* que tenía en la punta.

—Es un príncipe Alberto, mi reina —murmuró—. ¿Quieres verlo más de cerca?

Asentí acomodándome en la madera, pringándome un poco con sangre en el culo cuando me

tomó de los muslos y me abrió a su antojo, apartando las bragas.

—Enséñamelo tan de cerca que pueda sentirlo —exigí y eso bastó para que comenzara a pasar la polla por mi raja en pinceladas contundentes donde su *piercing* impactaba en mi clítoris, abriéndolo por el medio y esparciendo la humedad que me provocó el verlo asesinar al oficial.

Carajo.

Me encontraba tan húmeda que cuando medio alejó la polla de mi coño, una liga de mis fluidos nos mantuvo unidos, Ace sonrió complacido al percatarse de lo que me provocó y volvió a acariciarme de la misma manera, bajando un poco a mi entrada para tentarme, haciéndome jadear con lo dolorosamente delicioso que se sentía.

Lo tomé de la nuca con la mano de los dedales y clavé las puntas en su carne al descubrir que (adrede) se estaba tomando más tiempo del deseado en penetrarme, por lo que, comiéndomelo con la mirada lo acerqué hasta mi boca y hablé claro.

—¡Fóllame, Ace! —le exigí.

El imbécil no tenía ni la más mínima idea de que era la primera vez que yo follaría después de un año, y tras la provocación de Samael, era realmente peligroso que intentaran jugar con mi necesidad, así que, si Ace no quería acompañar al oficial en el suelo, debía dejar los juegos previos, puesto que (como dije antes) no eran necesarios. Y menos mal que lo que vio en mi cara le dio a entender lo que no vocalicé.

—¡Puta madre! —chillé.

La estocada que me regaló fue ruda y precisa, arrancándome un fuerte gemido con la dureza de su erección, me empaló hasta la empuñadura y ambos nos miramos a los ojos en el instante que estuvo en mi interior; él jadeó, incrédulo aún por lo que estaba consiguiendo de mí, pero se recompuso de inmediato y me tomó del mentón cuando empezó a moverse e hinqué aún más los dedales en su nuca, anclando mis dedos en su carne sin apartar nuestros ojos, midiéndonos por primera vez fuera del ámbito laboral.

Apoyé mi mano libre en la madera y gemí al encontrar sus embistes, ondulando la cadera, tomando el control y follándolo hasta acariciar mi clítoris contra su pelvis. Ambos jadeamos embravecidos, perdidos por un momento en el polvo que nos estábamos dando, sin pensar en nada más que en el placer que sentíamos, saciando el hambre que me provocó.

Los besos quedaron en el olvido, ninguno de los dos sentimos el impulso de hacerlo, solo compartimos el mismo aire al pegar nuestros labios. Y, sobre el *piercing* en su polla, el idiota sabía cómo utilizarlo y me estaba dando la mejor demostración de lo que era un príncipe Alberto, ya que se salía solo un poco y ayudado por su mano, lo rozaba justo donde tanto lo necesitaba con desesperación.

En un momento dado levantó mi blusa con fiereza, llevando sus manos hacia mis pechos y me acarició los pezones endurecidos con dos dedos para luego acercar su boca, y sin dejar de verme, pasó la lengua por ellos hasta hacerme inclinar la cabeza con gozo.

—Justo lo que imaginé —aseguró al jugar con mis *piercings*.

Hizo un movimiento con sus dedos en ellos que provocó otro corrientazo en mi clítoris y al empalarme con braveza sentí que me correría.

—Así —gemí cuando sentí el orgasmo construirse en mi estómago y apretar mi vientre. Me tomó de las caderas, embistiendo con rotundidad, escondiendo su rostro en mi cuello y clavando los dientes en mi carne, comprobándome lo afilados que tenía los colmillos al sentirlos perforar mi piel.

¡Jodida mierda!

El orgasmo llegó con ferocidad acompañado del morbo de nuestra joyería y esa modificación en

sus colmillos que me hizo imaginar cosas locas, explotando cuando también lo sentí gemir en mi oído con la llegada del suyo. Me volvía loca escuchar el placer de los hombres, era delirante para mí que gruñeran o gimieran y más como lo estaba haciendo Ace, que en el momento que comenzó a correrse enterró sus dedos en mis piernas provocándome dolor y gozo a la vez.

Y tenía que estar volviéndome completamente loca, ya que justo en ese instante pensé en que todo habría sido perfecto si él hubiese tenido puesto los dedales y los hubiera sembrado en mi carne.

«Así de masoquista me estaba volviendo», pensé. Ya que era suficiente con estar follando en una mesa donde minutos antes había sido asesinado un tipo y su cadáver yacía a nuestros pies, como para también querer ser cortada mientras me corría.

—Mierda —murmuré y enterré el rostro en su cuello.

Ambos respiramos hondo, en busca de oxígeno; cuando pudimos movernos lo escuché reír.

—Espero que te estés cuidando, mi reina, porque para poder mostrarte mi *piercing* y demostrarte lo que provoca, tenía que pasar del preservativo. Y siendo sincero, tampoco lo hubiera usado de no tenerlo, ya que sería pecado no poder sentir semejante exquisitez piel a piel —informó y sacó la polla de mi interior, aprovechando a restregarla una última vez por mi coño.

Se mordió el labio complacido con mi gemido.

—Lo hago —aseguré. Lo que Ace desconocía era que en realidad me cuidaba de con quién follaba, ya que, para abrirle las piernas, antes me aseguré de que estuviera limpio, puesto que de un embarazo ya no tenía necesidad de preocuparme, pero sí de las enfermedades—. Ohm, ohm… Tu golpe de suerte caducó —añadí, poniendo una mano en su pecho para detenerlo, algo que lo hizo sonreír como todo un cabrón. Luego se alejó, subiéndose el pantalón para después pasarme el mío y que comenzara a vestirme.

Terminamos de arreglarnos y lo vi con una sonrisa de suficiencia cuando, al bajarme de la mesa una pierna quiso fallarme, lo que me hizo reír también.

Minutos más tarde, lista para salir de mi museo, descubrí que me encontraba satisfecha y feliz, y no solo por la follada que ese hombre acababa de darme sino también al comprobar que eso era lo que necesitaba, un polvo rápido en donde me quitaran las ganas y de paso, al maldito fantasma que atormentaba mi cabeza.

—Ni creas que por esto tendrás más privilegios —apostillé y él negó sin borrar su sonrisa.

—El privilegio ha sido tenerte —aseguró con fanfarronería y caminó hacia la salida.

Sacudí la cabeza con diversión y respiré hondo, confirmando una vez más que el maldito tenía buena labia.

Me acomodé el cabello y lo imité saliendo del museo, observando los rostros de mis hombres que miraban con conocimiento de causa lo que sucedió minutos antes, ya sea por nuestros gemidos, por mi rostro relajado, o porque tiempo atrás hice lo mismo con Nick después de torturar a alguna de nuestras víctimas, lo que me obligó a plantarme delante de ellos.

—El que no esté trabajando y triplicando mi dinero en este momento, le hará compañía al oficial en mi museo, ¿entendido? —Nadie habló, pero me di por bien servida cuando comenzaron a desaparecer de mi vista.

No me encontré a Faddei en ningún lugar y sin necesidad de seguir en el almacén, tomé la motocicleta y me fui derecha a mi casa, con el cansancio goteando por mi cuerpo, queriendo una ducha caliente y mi cama.

Por primera vez en semanas me sentía satisfecha, lúcida y con ganas de comerme al mundo. También aliviada al no pensar más en cosas que me distrajeran, incluso olvidé a Giselle y su petición y hasta a los séptimos que últimamente no estaban sirviendo más que para estorbar.

Envolví mi cuerpo en una toalla en cuanto salí de la ducha y me vestí solo con ropa interior.

«¡Joder!», pensé al ver en una de mis piernas la marca de la mano de Ace y en mi cuello los puntos donde clavó sus colmillos, mi piel al ser demasiado blanca también tendía a ser delicada y por muy suave que fuera un toque, a veces tardaba en irse, pero lo dejé de lado y decidí no darle más importancia.

Eran las seis de la tarde a penas y tendría una videoconferencia a las ocho de la noche con los compradores del armamento, así que me dediqué a otras cosas del trabajo sintiéndome cómoda con poca ropa.

—Al fin apareces, calvo del demonio —dije a Faddei cuando respondí a su llamada.

—*Hasta pareciera que me extrañas* —ironizó y fruncí el ceño porque no estaba bromeando.

—¿Son celos o solo reclamo? —cuestioné y lo escuché reír esa vez.

—*Ninguno* —aseguró—. *He hablado con el alcaide de la penitenciaría hace un rato, luego de que Ace me avisara que todo salió bien con el movimiento de la mercancía. Webber aseguró que todo está en orden y esperando por tus indicaciones.*

—Perfecto —respondí.

—*También hemos cuadrado que para mañana la esposa del juez dé parte a las autoridades sobre la desaparición de su marido. Encontrar el cuerpo del tipo será casi imposible.*

—¿Fuiste al zoológico? —Quise saber.

—*Por supuesto, de hecho, el cuidador de los leones bromeó con que le envíes más seguido esa carne premium, ya que sus chicos la prefieren antes que la que ellos les proporcionan* —comentó con diversión y rodé los ojos.

—Espero que piense igual cuando sea su propia carne la que alimente *a sus chicos* —señalé, refiriéndome con lo último a los leones y Faddei se quedó en silencio. En ese momento fui yo la que se divirtió—. Es broma, Faddei, bien sabes que el tipo me sirve mucho y si se porta bien, su carne estará a salvo —aseguré.

—*Es difícil saber cuándo sacas a relucir tu humor negro* —replicó.

—¿No que me conoces bien? —Lo chinché y me reí—. Ya, hombre, mejor prepárate para llevarle más carne a tu cuidador estrella —dije y su respuesta fue inmediata.

—*Los chicos se están encargando de eso y, por cierto, también comentan sobre lo que pasó luego de silenciar al oficial* —avisó y negué.

A veces parecían viejos chismosos en la hora del té.

—Pues coméntales tú que el cuidador de leones me está pidiendo carne *premium* y si me llegan a hartar, comenzaré a hacerle envíos más seguido —bufé y él sabía que, a pesar de mi tono de broma, no estaba jugando con eso.

Cortamos la llamada luego de terminar de cuadrar algunas cosas, avisándome por último que los séptimos me pedían otra reunión al finalizar la semana, según Faddei, querían recompensarme por la falta que cometió Harold, pero ambos sabíamos que lo único que deseaban en realidad era lamerme las botas para que no les siguiera rebajando el porcentaje de sus ganancias.

Me reí al pensar en eso, pues había personas fuera de nuestro entorno que miraban a algunos de los miembros de *The Sevenths* como hombres poderosos que tenían el mundo a sus pies, sin saber que en realidad solo eran hipócritas que detrás de bambalinas, le lamían las botas a una mujer para que los mantuviera en su posición, pero incluso así, querían hacerme parecer menos.

Y lo habrían logrado si en un principio se los hubiese permitido.

Cuando se llegó la hora acordada me fui hacia mi oficina en casa para tener la videoconferencia de negocios, mis compradores eran de varios países, así que debíamos acoplarnos a una hora que no nos afectara tanto. La noticia de la desaparición del juez se filtraría al día siguiente como estrategia para que las autoridades se concentraran en eso y así nos dejaran el camino libre para hacer mis negociaciones con libertad.

Únicamente debía asegurarme de que ningún otro idiota quisiera truncar mis planes, aunque con el vídeo del juez inculpando a Harold me había guardado un As bajo la manga, puesto que eso lo obligaría a controlar a mis demás enemigos, ya que estos eran sus amigos y bien sabía que, si daban un paso en falso, el más perjudicado siempre sería él.

—¿No saldrás hoy? —preguntó Kiara al verme muy cómoda por casa.

Muy feliz le respondí que no y sonreí satisfecha, ya que la noche anterior mis planes fueron otros, pero después de lo sucedido con Ace todo cambió.

—Amiga, te veo tan complacida, que casi me atrevería a jurar que has follado —soltó y comencé a reírme—. ¡Joder, Ira! ¡¿No me equivoco?! —gritó emocionada.

—Hay un nuevo chico trabajando para mí y hoy descubrí que tiene un príncipe Alberto en la polla, así que le pedí que me lo mostrara —confesé y comenzó a brincar emocionada.

Con ella no teníamos secretos en cosas que no tuvieran que ver con la organización en sí, así que no tuve problemas con decirle sobre Ace.

—Qué bueno que entendió que en realidad querías que te lo metiera y no solo que te lo mostrara —agregó y pegué una carcajada—. ¿Crees que será serio? —Negué de inmediato a su pregunta.

—Fue solo una follada, Kiara. Una donde ni los besos fueron necesarios, así que ambos tenemos claro que jamás será algo serio incluso cuando se pueda repetir.

—Y sé va a repetir, cariño. Esa cara de perrita bien follada que tienes me lo confirma —aseguró y blanqueé los ojos, pero sonreí de paso.

La verdad era que sí, pensaba repetir todo con Ace, si él quería, y me lo disfrutaría el tiempo que se nos diera la gana a ambos, siempre y cuando aceptara y entendiera que no buscaba nada serio, únicamente un excelente desahogo que el tipo era capaz de darme.

Estuve un rato con mi amiga, nos pusimos a ver la tele y juntas consentimos a Hunter hasta que Milly llegó y las muy descaradas comenzaron a meterse mano cuando creían que no las veía.

¡Mierda! Ser *voyeur* en *Delirium* era una cosa, ver a mi amiga era como ver a mi hermana jugando sucio con su chica y no me sentaba bien, así que me despedí de ellas y me fui a mi habitación dispuesta a tomar un largo descanso, rogando al fin poder dormir toda la noche seguida luego de haber gastado mis energías.

Eran las diez de la noche a penas y la primera vez que me iba a la cama tan temprano después de años.

Acomodé la almohada en cuanto estuve metida entre las sábanas y respiré profundo al palpar las caricias de Morfeo en mi cuerpo, sin embargo, cuando tenía solo dos minutos en la oscuridad de mi habitación, donde me sentía tan a gusto, y entre la suavidad del algodón de las mantas, su rostro apareció demasiado claro en mis pensamientos para ser únicamente una imaginación y me hizo sentarme de golpe, sobre todo cuando lo sucedido en *Delirium* noches atrás apareció como el impacto de un meteorito haciéndome gruñir con frustración.

—¡Me cago en la puta! —Golpeé la mesita de noche y saqué las piernas de la cama—. ¿Qué mierda con todo esto? ¿Cómo vengo a pensar en ti justo ahora, cuando ya te había logrado mantener lejos, Samael? —discutí con la nada y negué.

No podía ser posible, no a la hora de acostarme y apagar la luz, con mi habitación completamente a oscuras y sintiéndome en mi hogar real.

Había follado horas antes con Ace, me sentí satisfecha y aliviada, pero en ese momento fui capaz de oler el aroma del perfume de Samael en mi nariz, hasta imaginé su tacto en mi cuerpo y quise reírme por lo estúpida que fui al sentirme vencedora, creyendo que mis ansias por él solo fueron porque estaba caliente.

Sin embargo, en ese instante pensé que todo con ese tipo misterioso iba más allá de mis ganas de querer follármelo.

¡Joder! Samael me había penetrado la mente y lo hizo hasta lo profundo para lograr tenerme en ese estado de estupidez genuina y me odié, pero más lo odié a él por provocarme tal tipo de deseo obsesivo y enfermo.

«*El señor Samael no estará presente hoy, pero puede volver mañana si gusta, ya que es su noche predilecta».*

Recordé a la camarera decirme y como una estúpida me vi saliendo por completo de la cama y buscando ropa para ir a *Delirium* de inmediato.

CAPÍTULO 13

Iraide

Decidí pasar de los antifaces en cuanto me bajé del auto y me encaminé a la puerta, acomodándome el vestido que decidí usar luego de salir de la cama, odiándome y odiando al mundo entero. Había regresado al club como nena obediente luego de que aquella mesera me dijera que iba a encontrar a Samael esa vez, tras casi jurarme a mí misma que me curé de la obsesión después de follar con Ace; y no quise detenerme a pensar en que, a lo mejor, estaba dejando crecer en mí algo enfermizo que podría llegar a destruirme.

Y no me importaba en ese momento, para ser sincera, solo quería sacarme del sistema a aquel hombre para poder continuar con mi vida sin distracciones.

«Acaba conmigo».

Esas palabras suyas se repitieron en mi cabeza como una tortura, o un canto mágico de sirenas creado para hacer caer a mujeres como yo, y giré un poco mi cuello con la intención de destensarlo, luego pensé en las maneras en las que podía acabar con él y no todas incluían una cama y a nosotros desnudos.

Si el tipo me conociera en realidad, habría pensado mejor lo que me ordenó esa vez. Pero igual no me mentiría a mí misma, buscaba acabar de nuevo con él, aunque teniéndolo ensartado en mi interior hasta la empuñadura.

¡Puf! Menos mal ya había follado.

—Puta madre, Kiara. En lo que me metiste —reproché y reí a la vez.

Mi amiga nunca se imaginó la obsesión que despertaría en mí tras llevarme a *Delirium*. Ella lo hizo con la intención de distraerme, pero al paso que iba, terminaría perdida.

Era el mismo ambiente de siempre cuando entré al recibidor y la única diferencia la encontré en que esa vez me esperaba un hombre en traje (con una tableta en la mano) y no la chica de los otros días.

—Buenas noches, señorita Viteri. —Asentí en respuesta y me observó más tiempo del que me hubiera gustado.

En un primer momento me sorprendió que me llamara por mi apellido, pero contando con el hecho de que ya iba en camino a convertirme en socia activa, por las veces tan recurrentes en las que estaba haciendo acto de presencia en el club, imaginé que era normal que el personal se tomara ciertas confianzas.

—¿Desea especificar su rol?

Sonreí con altanería y decidí cambiar por esa noche.

—Dómina. Hoy me apetece jugar en otras ligas —informé con una sonrisa traviesa. Y era consciente de que ser dominante en mi mundo era muy distinto a serlo dentro del BDSM, pero si se me daba la oportunidad, tendría ese título así fuera únicamente por gusto esa noche.

Él asintió tecleando con rapidez para luego guiarme al camino que ya conocía.

Apenas abrí la puerta la calidez del ambiente me tomó desprevenida, por lo que, tambaleándome un poco me acerqué a la barra y pedí algo para entrar en confianza. Tamborileé los dedos sobre la superficie mientras observaba a mi alrededor. Había más personas en todo el lugar, por lo que intuí que era la noche más concurrida y por eso la preferida del demonio escurridizo.

—Señora. —El mismo barman que me atendió la primera vez me tendió una copa, y menos mal que dejó de lado sus notitas con número telefónico en ese momento.

Me la llevé a los labios saboreando el líquido y en cuanto terminé decidí no esperar más, poniéndome de pie, caminando con decisión y un poco de expectativa hacia el pasillo que me tenía con la esperanza de encontrar lo que estaba buscando.

«¿Estarás presente hoy?».

Respiré hondo y sonreí tras hacer esa pregunta en mi cabeza.

Llegué al final del pasillo lleno de murmullos y jadeos y abrí la cortina observando el espectáculo que Marco y Allison se hallaban montando junto a dos personas más. En cuanto entré por completo desviaron su atención hacia mí y me saludaron fugazmente para luego continuar con lo suyo.

Miré la sala, buscando dónde sentarme y me sorprendió cuando encontré doble fila de sillones dispuestos en todo el lugar, comprobando que esa noche iba a ser fuerte.

«Espero que Samael participe hoy como me dijeron», pensé cuando me dispuse a sentarme en el mismo lugar que había adoptado como mío desde la primera vez, cerca de la entrada, frente a ellos para disfrutar lo más cerca posible y comprobar si era el ambiente, la pareja, o él lo que me hizo volver al club.

Las luces se encontraban bajas y esa noche había una tenue melodía que acompañaba a las personas en el espectáculo *voyeur*. Acomodé mi cuerpo en el mullido sillón y una mujer enfundada en una bata transparente se me acercó con una bandeja repleta de cócteles.

—¿Gusta, *Mistress*? —Ofreció y bajó la mirada en reverencia, su collar azul oscuro pegado a su delgado cuello se ganó unos minutos de mi mirada y vi fijo a la D que colgaba en él.

Elegí un vaso de *whisky* cuando me recompuse y agradecí con cortesía en cuanto siguió su camino. Bebí un sorbo y elevé la mirada con interés al ver cómo entre dos mujeres le comían el coño a Allison y Marco penetraba a una de ellas con emoción.

Jodida mierda, esa pareja sí que disfrutaba a lo grande.

Clavé la mirada en ellos, buscando algún resquicio de excitación por su espectáculo, lo que me hizo respirar hondo, pues me di cuenta de que no sentí absolutamente nada más que curiosidad por verlos compartir. Y eso que lo que hacían podía excitar a cualquiera.

Menos a mí.

Sin darme cuenta terminé optando por concentrarme en la canción que resonaba con un volumen moderado, era *I want to* de Rosenfeld*,* y al ser consciente de lo que hacía me sentí llena de enojo y más al comprobar que no era el acto ni la bruma, y menos la curiosidad por conocer y descubrir ese mundo, lo que me puso vulnerable la primera vez.

¡Fue él, maldición! Fue Samael que, con una sola mirada, me tuvo al borde del orgasmo, hasta que con su voz y sus movimientos en otra persona logró que me corriera con una fuerza que ni siquiera sabía que fuese posible.

—Maldito —susurré y negué frustrada.

Crucé las piernas con molestia y me dispuse a seguir con mi escrutinio cuando sentí una presencia detrás de mí, vi a Marco sonreír con ilusión y clavar la polla con mayor ímpetu en la mujer, como si estuviera luciéndose.

El hijo de puta al fin hizo acto de presencia en el salón.

Endurecí la postura en reconocimiento y llevé mi cabello a un costado en el momento que la persona a mis espaldas tuvo la osadía de acercarse y apoyar una mano en el respaldo de mi asiento, llevando su boca a mi oído. Su aroma fue lo primero que me invadió, haciendo que soltara un jadeo del que solo yo me di cuenta, pero sabía que él sí se percató del temblor que provocó en mi cuerpo

únicamente con su presencia.

—No te agrada —afirmó con decisión y voz sombría. Todas mis terminaciones nerviosas se activaron, como si me hubieran inyectado un chute de adrenalina.

Su voz gruesa y varonil tenía el mismo efecto en mi cuerpo que el de una melodía encantada en las cobras. Me volví dócil en un santiamén y traté de luchar esa vez contra ello.

Volteé el rostro en cuanto su presencia se alejó y lo vi acomodarse, llevándose un vaso de *whisky* a la boca sin dejar de mirarme. Estaba vestido con un pantalón de lino gris claro y una camisa negra con las mangas dobladas y desabrochada del pecho. Tenía el cabello rubio oscuro alborotado y una apariencia de tipo poderoso dándose un momento de relajamiento, pero incluso así, demostraba el control que ejercía sobre las personas.

Definitivamente Samael no era como los imbéciles de mi organización, él, en efecto, manejaba un poder envidiable, y sobre todo en mí.

—¿Disculpa? —Fruncí el ceño fingiendo no reconocerlo y bebí un trago de mi bebida.

Bien, estaba ahí por él, pero eso no significaba que se lo aceptaría en un santiamén.

—No te agrada lo que ves, lo noto en tu cuerpo, en tus gestos, en tu posición —señaló en tono desinteresado y odié que incluso sin conocerme, supiera exactamente lo que me sucedía y, sobre todo, que acertara con cada palabra que me dedicó con seguridad y sin altanería.

Antes de responderle me llevé el vaso a mis labios y me bebí todo el contenido que quedaba, mientras él me imitaba para luego entregarlo a la primera mesera que apareció.

—Lo que no me agrada, es que no soy yo la que está allí, gozando de toda esa… envergadura que posee Marco —solté tajante y lo vi sonreír con ironía.

Maldito cabrón.

—No, lo que no te agrada es que no sea yo el que esté allí y que no seas tú la que recibe mis embistes —aseguró de nuevo y con cada frase que soltó sentí como si me hubiera acariciado incluso sin tocarme.

Traté de disimular que tragué con dificultad y apreté los puños para controlarme y que mi respiración se apaciguara. Definitivamente ese hombre sabía lo que hacía, lo podía notar en la certeza que portaba, ya que, en ningún momento vi su intención de coquetearme o seducirme y ya me tenía apretando las piernas.

Incluso habiendo follado antes y que, según yo, me sintiera satisfecha.

La mujer en la que me convertía en cuanto ese tipo aparecía no era yo, sino una versión totalmente excitada que por poco y le ofrecía el coño en bandeja de plata con cada mirada que se dignaba a darme, como si supiera lo que estaba pensando.

—¿Qué te hace pensar que te quiero entre mis piernas? —inquirí con desdén, queriendo dejar en claro que no era tan fácil como le demostré aquella vez.

Me terminé de voltear, apoyando una rodilla en el sillón, regalándole mi atención a su respuesta. Samael negó con un poco de diversión bailando en sus ojos y se acercó hasta respirar en mi boca sin bajar la mirada.

Era tan alto que su estatura le permitía seguir sentado y a la vez llegar tan cerca de mi rostro en un gesto vago, y hasta desinteresado.

—Vienes al club, tomas un trago y te acercas a esta sala esperando a alguien desde el momento en que nos vimos. —Me quedé quieta en cuanto quise rebatir y no me salió palabra alguna, él me dedicó una mirada seria—. Observas la escena, pero tu atención siempre está dispersa entre el entorno y la entrada, esperanzada quizá, con ver a un tipo que no llega —añadió y apreté la mandíbula. Samael sonrió al darse cuenta de que no podía defenderme—. Entonces dime, ¿me

estabas esperando? —Bajó su mirada a mis labios tras soltar esa pregunta altanera—. Porque si es así, aquí me tienes.

Me humedecí los labios cuando no se apartó y decidí confrontar ese momento que estaba buscando hace días, por lo que, lo tomé por sorpresa al cogerlo de la nuca en un agarre que no le dejó moverse.

Extrañé mis dedales en ese instante.

—Si ese es el caso, ¿satisfarás mi curiosidad? —cuestioné, dejando salir mi lado perra al tenerlo tan cerca y pegué un respingo cuando con fuerza tomó mis muñecas y tiró de mí hasta sacarme de mi asiento, dejándome a horcajadas sobre él—. ¡Mierda! —Jadeé y puse las manos en sus hombros, entreabriendo la boca en el segundo en que su respiración me golpeó y su aroma se coló por mis fosas nasales, provocándome el mismo efecto que un narcótico.

—¿Qué te parece si te follo y al mismo tiempo respondo lo que desees? —Sus manos tomaron mi cintura y me presionó a su pecho al soltar tremenda proposición—. Tú decides —propuso y tragué con dificultad.

Jadeé al sentir lo duro que se hallaba, dándome cuenta de todo lo que me quise meter la noche en que lo conocí. Apoyé las manos en el respaldo del sillón y lo miré a los ojos, sonriendo a la vez porque decidí moverme con lentitud, pasando su polla por mis pliegues ya empapados y delirantes por sentirlo sin tela de por medio.

Samael me detalló desde las piernas desnudas hasta el rostro, sus ojos se oscurecieron en un santiamén y no pude responder en cuanto lo escuché gruñir y desplazar una de sus manos hacia mi nuca, y tomar mi cabello de la parte de atrás, levantando su cuerpo hasta apretar mis tetas con su torso.

—Este coñito… —elevó su pelvis y gemí por lo que sentí, incluso cuando su voz sonó un tanto furiosa, lo que llevó a acelerar los pálpitos en mi clítoris—, está esperando a que te decidas para poder penetrarlo, Ira. —Mordí mis labios, perdida por el placer que comenzaba a crecer en mi vientre y pasé por alto que ya supiera mi nombre—. Vamos a un lugar privado y déjame marcarte a mi antojo y demostrarte que, así como te corriste la otra noche sin siquiera tocarte, puedo dejarte aún peor con mi polla adentro.

¡Jesús! El hombre no era de los que se iba por las ramas y eso me gustaba tanto como me abrumaba.

—¿Acaso crees que soy un animal al que puedes domar y marcar como tuyo? —inquirí, dejando claro con ello que por mucho que me gustara, no me idiotizaba del todo.

—¿Acaso no te gusta que te marquen? —preguntó y no entendí por qué, ya que mi raciocinio decidió esfumarse en el momento en que acercó su rostro y sin cerrar los ojos, mordió con fuerza mi labio inferior.

No podía negar que el hombre debajo de mí sabía lo que me hacía, y que al besarme aumentaría su dominio en mí, ese era su objetivo, pero fui ágil y alejé mi rostro, regalándole una sonrisa perversa, demostrándole que tonta y todo, aún me quedaba una pizca de sensatez luchando con la idiotez.

—¿Te crees con derecho de besarme? —Mi respiración era una mierda para ese momento, pues volvió a moverse conmigo encima, provocando una fricción entre nuestros sexos que me calentó la sangre y apretó los músculos de mi vientre.

—Me creo con derecho a hacer mucho más que tomar tus labios. —Su voz apenas se oía por la ronquera—. Como, por ejemplo, demostrarte qué puedo hacer con todo tu cuerpo, y lo mucho que disfrutarás en el proceso.

Esa vez fui yo quien se acercó para besarlo, provocándonos un gemido que retumbó al unísono ante el impacto de nuestros labios y la lucha en la que ambos nos metimos por dominarnos de esa manera. No obstante, cometí el error de cerrar los ojos y le di rienda suelta a mi imaginación con todo lo que él me despertaba. Y como la traicionera que era, mi mente me jugó una mala pasada debido a que, únicamente con los pensamientos de lo que Samael podía hacer conmigo, le cedí un poco del control que me negaba a darle.

Sin embargo, decidí luchar contra mí misma y en lo que me convertía cuando estaba con él, por lo que tomé sus labios con salvajismo, introduciéndole la lengua en el instante en que me dio la oportunidad y nos acomodó de manera que le fue más fácil profundizar el beso. Su boca sabía a *whisky* y me emborraché con el licor y sus acciones, gimiendo en el momento en que mordió mi labio y ejerció más dominio sobre mí.

No obstante, luché con ímpetu para demostrarle que la primera vez tuvo suerte debido a que me cogió desprevenida por no conocer ese mundo, pero que esa noche no me encontraba dispuesta a cederle mi control tan fácil, simplemente porque mi naturaleza no me permitía despojarme del todo con él.

Y sentí su necesidad de control sobre mí cuando tiró de mi cabello, queriendo tomar ventaja de nuestro arrebato. Aunque no me mentiría, por momentos pensaba en que estaba perdiendo la batalla, y más cuando jadeaba por el cúmulo de sensaciones que mi cuerpo experimentaba y que no podía comparar con nada de lo que había vivido. Tenía la respiración hecha un fiasco y el corazón galopando a toda velocidad con tal de ganar esa carrera, intento que fue vano en el segundo en que Samael hizo un movimiento con el que me paralizó.

Me cogió del culo con ambas manos, casi me atravesó la carne con sus dedos por la fuerza que ejerció, pero el dolor de ese agarre bruto se convirtió en placer total porque a la vez se restregó con ímpetu en mi centro y me hizo sentir su cresta dura y gruesa friccionando mi manojo de nervios. Mi entrada ardió y protestó por no conseguir tanto como quería y, aun así, logró que el orgasmo se construyera en mi estómago.

—Joder —murmuré cuando liberó mis labios y atacó mi cuello.

—Aún no lo hago, *dolcezza* —se jactó y mordió mi pulso, pasando la lengua con lentitud en mi piel, haciendo que tomara su nuca por el estremecimiento y notando hasta ese instante el leve acento que tenía—, pero prometo que en cuanto me lo pidas, lo haré como mereces.

Dicho eso, con una agilidad que me dejó boquiabierta, se abrió el pantalón y acomodó su polla hacia arriba dentro del bóxer. Sin perder tiempo me restregó por toda su longitud de nuevo, sintiéndolo más cerca, follándome en seco. Ahogué un gemido ante la electricidad recorriendo mi cuerpo, alojándose en mi vientre y supe en ese instante que acababa de volver a cagarla. Y terminé de hacerlo en el segundo en que me tomó del cuello y me observó con la mirada oscurecida y los gestos llenos del pecado más difícil de librar.

La lujuria.

—Vas a correrte —ordenó por lo bajo y apreté la mandíbula al notar el cambio de tono que utilizó. Era como si supiera lo que su voz me provocaba y sabía manejarlo a su antojo.

—No —respondí con rotundidad, más para mí que para él, aunque se lo tomó personal porque chasqueó la lengua.

—¿No?

—No, no, no. —Lloriqueé sintiendo su grosor abriendo mis pliegues, burlándose de mí, junto a mis caderas que se movieron con vida propia para buscar más de lo que me daba.

Samael soltó una risa ronca y oscura; en ese instante comprobé que lo que siempre creí un mito

era realidad: el placer y excitación auditiva. Lo estaba conociendo y experimentando con él, pues con solo escucharlo mi gozo aumentaba de maneras inexplicables, tanto, como para sentir que me correría.

Pero no podía pasar de nuevo, no debía ceder otra vez ante esa voz pecaminosa y esa mirada verdosa que en lugar de darme esperanzas me hacía hundirme en la oscuridad y me volvía más sombría de lo que ya era.

Porque sus ojos en ese momento eran como aguas pantanosas.

«Me cago en la puta», pensé al segundo en que me tomó entre la barbilla y las mejillas con una mano y con la otra afianzó la carne de mi culo, levantó la pelvis para ensartar su envergadura en mis pliegues y siguió follándome en seco, moviéndose con destreza, negándose a perder esa batalla.

La viscosidad de mis fluidos se sintió más intensa y golpeé el respaldo del sillón, molesta conmigo misma, necesitando salir de su agarre, pero con poca voluntad para lograrlo, en cuanto comencé a perderme más. Samael se dio cuenta de mi intención de huir para no llegar a la culminación, por lo que, demostrando su poderío, dejó el agarre en mi rostro y lo condujo a mi muslo, manteniéndome donde quería que estuviera.

Desorientada, excitada, enojada y a nada de llegar al maldito nirvana, me dejé manipular a su antojo, jurándome que sería la última vez. Mis músculos ardían y la sangre parecía hervir en mi torrente, concentrándose en los puntos donde más placer experimentaba, hinchando mis pezones y manojo de nervios, haciendo palpitar este último como si se tratara de un tambor anunciando el principio de la maldita victoria de ese hombre sobre mí.

Samael sonrió de lado al darse cuenta de que nuevamente me vencería y se pasó la lengua por los labios, saboreando su dulce victoria.

—Eso es, dulzura —alabó, bajando la mirada a mis braguitas blancas que se dejaban ver gracias a que el vestido se me subió a las caderas con los movimientos que hacía.

Y… ¡Maldición! ¡¿Por qué demonios me gustó tanto que me hablara así?!

Y no solo me gustó, aumentó mi placer y bamboleé las caderas de adelante hacia atrás para deleitarlo, para sentir más su cresta que pareció ponerse más dura y grande. ¡Joder! Incluso fui capaz de palpar las venas que la recubrían y la necesidad por chorrearlo con mis fluidos consiguió que mi humedad desbordara mi entrada.

¡Genial! Complacerlo me complacía.

—Estás a punto de correrte —señaló—. No lo contengas más porque será peor —advirtió y negué—. ¡Hazlo! —ordenó al darse cuenta de mi negativa.

Moví la cabeza de un lado a otro con capricho, ya que no ultrajaría mi orgullo de nuevo al correrme porque me follaban en seco. Pero entonces, él arrastró la mano a nuestra unión para acariciarme el clítoris sobre la tela, con su dedo pulgar.

—No te atrevas —sentenció al ver mi intención de cogerle la muñeca.

En ese momento no me habló con pereza ni burla, tampoco con amabilidad o súplica. Lo hizo con dominio y algo en ese tono me obligó a detenerme de inmediato.

No, putas, podía más… ¡Mierda!

Mi cuerpo tembló cuando el fuego en mi interior retumbó ante ese placer inminente, lo que me llevó a bajar la cabeza hasta posar mi frente contra la suya, y gemir con un grito incluido, en el instante en que, inevitablemente, Samael me llevó a eclosionar, moviendo con destreza su dedo en mi clítoris sin dejar de friccionarme con su falo, sacudiendo mi humedad, consiguiendo con ello que dejara de respirar, que mis pulmones se hincharan y mi vientre se apretara.

—¡Dios! —Conseguí gemir, dándome cuenta de que las pulsaciones de mi corazón descendieron a

mi entrada, haciéndola arder y apretar mis paredes vaginales, un poco inconformes por no obtener lo que ansiaban.

Samael siguió esparciendo mi humedad, haciéndola escurrir en la tela de mis bragas. Mis pechos dolieron al hincharse y de pronto me abandoné por completo, me rendí, dejé de luchar y entonces alcancé la gloria que no merecía, perdiendo mi cabeza en aquella oscuridad que yo llamaba paraíso.

—¡Eso es! —Celebró el demonio, feliz de conseguir lo que quería cuando comencé a correrme.

Mi cuerpo literalmente se deshizo en partículas sobre el suyo y él lo festejó chocando su boca contra la mía, tragándose mis gemidos descontrolados, premiándome porque una vez más hice lo que demandó.

Jodida mierda.

Me parecía inaudito que mi mente se reiniciara, tocar el cielo y ver las estrellas sin estar a la intemperie o en el espacio. Dejé salir tanta tensión acumulada en ese orgasmo que juro que, si Samael no me hubiese estado sosteniendo, habría sido capaz de flotar por lo liviana que me sentí. Perdí la voz y solo supe que seguía viva porque correspondí al beso que me dio y era consciente de los espasmos que seguí teniendo.

De nuevo le entregué la potestad de mi cuerpo y mente y él supo aprovecharlo.

—Buena chica —susurró para los dos.

Respiré agitada por el subidón de adrenalina que experimenté y mi cuerpo se relajó sobre el suyo, enseguida sentí su mano acariciar con lentitud mi espalda. Me acomodé bien al recuperar el control de mis extremidades y lo encaré.

Su rostro se mostraba relajado y me regaló una sonrisa perezosa al darse cuenta de mi lucha interna cuando fui nuevamente consciente de dónde nos hallábamos.

¡Carajo!

Lo había olvidado por completo y agradecí que nadie nos estuviera observando, pues el espectáculo a mis espaldas los mantuvo absortos. Tomé fuerzas en cuanto el hechizo entre nosotros por fin se rompió y me impulsé hasta levantarme, viendo su pantalón húmedo por mi orgasmo y su polla totalmente despierta.

Bajó la mirada imitando la mía y se acomodó sin vergüenza la dura erección, palpando la tela y negando entre serio y satisfecho.

—Esta falta te va a costar caro —indicó.

Acomodé mi ropa y cabello con la necesidad de sentirme decente, descartando entre mis piernas por supuesto, pero aun así noté con rapidez que su mano quedó marcada justo por encima de la de Ace, entonces recordé su gruñido y voz furiosa al acusarme de que me gustaba ser marcada, junto al mordisco que dio en mi cuello

Sonreí al comprender todo, lo hice porque incluso en mi derrota por ceder de nuevo a su control, obtuve una pequeña victoria. Eso me animó a agacharme a su altura, adquiriendo por fin mi esencia en su compañía.

—Gracias por darme lo que buscaba. Espero que lo hayas disfrutado —musité con una sonrisa cínica y acerqué mis labios a los suyos solo para acariciarlos—, porque no volverá a suceder —finalicé.

Me levanté decidida a largarme, sintiendo una pequeña punzada de furia creciendo en mi interior con cada paso que daba para alejarme de él, al verlo con su actitud cabrona por mis palabras, aunque me paré en seco al sentir su risa. Sin embargo, no lo miré, solo esperé impaciente a que hablara cuando se aclaró la garganta.

—Ten por seguro que habrá una próxima vez, cariño —aseguró y caminé sin responder—. Tú

misma volverás y yo con gusto te estaré esperando.

Lo miré al tomar la cortina, notando que se acomodaba en el asiento, cogiendo a la vez un vaso de una charola y acariciando su erección con tranquilidad. Demostrando así que era el rey de ese lugar, el diablo de su propio infierno y eso de alguna manera me intimidó.

Sobre todo, cuando me dijo algo que no escuché, pero que sí fui capaz de leer en sus labios.

«Te estaré esperando, Iraide Viteri», repitió su voz en mi cabeza y negué.

CAPÍTULO 14

SAMAEL

Apreté mis sienes con dos dedos de una sola mano, mientras que con la otra sostenía el teléfono en mi oreja con más fuerza de la necesaria. Estresado y sintiendo la migraña gestándose, regalo de que las cosas no siempre salían como yo esperaba.

—¿Qué parte de, tenía que llegarme el correo con todos los análisis al día y solo me encuentro con que hay demoras, no entiendes? —reclamé al médico encargado de llevar la salud de mis sumisos.

—*Lamento la demora, Samael, pero sabes que no todos pudieron asistir por sus trabajos* —se excusó.

Maldije en mi lengua natal, entendiendo que no era su culpa, pero no por eso sintiéndome menos molesto; anotando los nombres faltantes, tachando solo uno porque conocía el motivo de su demora.

—Enviaré un correo para que mañana mismo se presenten al chequeo, no importa la hora —informé y me despedí, no queriendo seguir escuchando más.

En esa parte de mi mundo era esencial la salud de las personas que tenía a cargo, así como su condición física. Por eso me tomaba muy en serio lo de los chequeos médicos cada dos semanas, y me enervaba que incluso las personas que llevaban años conmigo y conocían cómo me manejaban, faltaran a esa regla.

—El castigo que recibirán esta vez, no será agradable —murmuré, consciente de que era momento de modificar ciertos métodos.

Me acomodé en el escritorio, leyendo algunos correos sobre las finanzas del club, poniéndome al día a pesar de que tenía a personas destinadas a encargarse de cada área, mientras la noche se desarrollaba como siempre: plagada de erotismo y lleno hasta el tope.

Eran esas noches las que disfrutaba y me frustraban en partes iguales, cuando me encontraba en mis días *más tranquilos,* puesto que algunos socios pedían mi presencia en el salón privado y salir era lo que menos se me antojaba en ese momento, con la rabia que todavía bullía en mi interior.

—¡Joder! —murmuré, dándome por vencido con los números.

Opté por mirar la pantalla de las cámaras, enfocándome en algunos rostros conocidos que disfrutaban del espectáculo que se llevaba a cabo en el salón principal. Me serví un trago entretanto y cogí un puro de la caja donde los mantenía.

Lo prendí, como siempre, consciente de que ese tipo de vicios no me hacía ningún bien, pero ignorándolo porque tampoco era que recurriera a esos *placeres* tan seguido. Únicamente optaba por ello cuando el estrés me superaba y necesitaba deshacerme de la tensión a como diera lugar.

Observé el humo a mi alrededor al exhalar una calada, tras eso recosté la cabeza en el respaldo de la silla giratoria y cerré los ojos, dejándome llevar por la música suave procedente de la videovigilancia, relajándome en la comodidad de mi despacho, con los brazos en los apoyabrazos, sosteniendo el puro en una mano y el vaso con bebida en la otra. Pero la tranquilidad no me duró mucho, ya que tocaron la puerta, interrumpiendo mi pequeño ritual.

—Adelante —gruñí lo suficientemente alto mientras silenciaba las cámaras.

Le di un sorbo a mi licor, observando a una de mis sumisas propias aparecer con una pequeña sonrisa de disculpa en los labios, aunque se quedó cerca de la puerta al cerrarla, esperando mi

permiso para seguir.

Phia fue el diminutivo por el que optó cuando llegó a *Delirium* años atrás. Era sumisa por naturaleza, pero no por ello una estúpida. Al contrario, yo sabía que era una mujer de cuidado, que manejaba su propio poder y astucia, eso me atrajo de ella, no la belleza de la cual era dueña a sus cuarenta y pico de años.

Yo era testigo de cómo se cuidaba, de su vanidad femenina que la mantenía preciosa, porque hasta hacía un año atrás, fue mi sumisa veinticuatro-siete. Sin embargo, sus intereses profesionales (y los míos) la obligaron a dejar ese rol y retomarlo solo cuando llegaba al club, o pactábamos sesiones en alguno de los tantos lugares que utilizaba para nuestro deleite.

—Vaya, qué sorpresa —comenté, estirando una pierna mientras la otra la dejé flexionada.

No la esperaba en el club esa noche porque una semana atrás había viajado a Irlanda para entregar algo de mi parte, a uno de mis socios.

—Acabo de aterrizar, Amo —informó y la alenté a que se acercara a mí con un gesto de cabeza —. Tu amigo te envía algo y quise venir a entregártelo enseguida. —Me giré en la silla para quedar frente a ella y sonreí satírico.

—¿Mi amigo? —cuestioné con sorna.

Como muestra de su respeto, mantuvo la mirada en el suelo, aunque en ese momento no lo consideré necesario, pues no solo llegó como mi sumisa, sino también como mi aliada.

—Solo es una manera de llamarlo con la cual pasa desapercibido lo que en realidad es para ti — aclaró y tomé el pendrive que me ofreció.

Palpé el material entre mis dedos sin dejar de mirarla, buscando en ella algo que sentí que me estuvo haciendo falta en esos días. Para mí, todos mis sumisos eran excelentes, pero no negaría que Phia llegó a conocerme de una manera que los demás no (a excepción de Allison y Marco), por el tiempo que convivimos, en su proceso de convertirse en una de las sumisas más respetadas y deseadas en nuestro mundo.

—¿O'Connor quedó satisfecho? —inquirí y ella asintió.

—Tanto como para añadir más cifras a lo que acordaron. —Bufé una risa y blanqueé los ojos.

No necesitaba la caridad de nadie y tampoco fingiría gratitud por pura burocracia. Además, le estaba haciendo un favor al maldito irlandés y prefería que me lo pagara con algo más valioso que el dinero, del cual yo no carecía.

—Lo transferiré a tu cuenta para que lo utilices en tu causa —avisé y, aunque mantuvo su mirada en el suelo, noté la sorpresa en sus gestos.

Tampoco le estaba dando caridad a ella, la respetaba demasiado como para llegar a eso. Le transferiría ese extra porque fue quien se lo ganó, ya que, con sus contactos consiguió los permisos que Cillian O'Connor, un irlandés que se manejaba muy bien en el rubro farmacéutico, necesitaba para introducir uno de sus medicamentos al país.

Lo irónico de la situación, era que no se trataba de la primera vez que alguien de la familia de Phia le hacía ese tipo de favores a O'Connor, pero ella no tenía por qué saberlo, pues la ignorancia le iba mejor si quería conseguir lo que tanto ansiaba en el ámbito profesional.

—Gracias, Amo —respondió mi hermosa rubia cuando guardé el pendrive en el cajón que únicamente se abría con mi huella—. Y, por cierto, hice mis análisis estando en Irlanda —avisó en el momento en que le di otra calada a mi puro.

—Estoy complacido con tu eficiencia, Phia —dije, viendo cómo su pecho se elevaba con orgullo —, pero sabes que no hay excepción cuando se trata de asuntos médicos, así que mañana vas a la clínica que yo tengo designada para eso.

—Como ordenes, Amo. —Aceptó con respeto, demostrándome lo bien moldeada que estaba a mis gustos, adiestrada a mi manera para poderse manejar a la perfección en ese mundo sin decepcionar.

Phia, junto a Allison, estaba en el rango más alto de mi *harem*, aunque algunos detalles en nuestro trato Amo-sumisa fueron los que impidieron que ella se convirtiera en la alfa. No obstante, eso no opacaba que, a parte de una mujer madura, hermosa y sincera, su rol fuera impecable. No pecaba de imprudente, pero otorgaba su opinión más inteligente cuando esta se solicitaba, lo que me daba la confianza, fuera de nuestro mundo, de enviarla a hacer por mí, viajes como el que hizo a Irlanda.

—Buena chica —alabé, viéndola ponerse de rodillas y sonreí de lado.

—¿El Amo está tan complacido, como para premiar a su sumisa? —preguntó un poco insegura, aunque con la voz suficientemente alta.

Me llevé el puro a la boca sin decir nada, evaluando qué tan misericordioso me encontraba en ese momento como para darle lo que buscaba, dentro de las limitaciones que nos imponía el que no tuviera su chequeo avalado por la clínica en la que yo confiaba.

La tomé del mentón, cuidando de no lastimarla con la punta del puro y ladeé el rostro, evaluándola.

—¿Mereces un premio, querida? —cuestioné con tranquilidad sin dejar de observar sus reacciones.

La excitación me recorrió el cuerpo al verla llevarse las manos a los muslos, con las palmas hacia arriba y la mirada fija en mi entrepierna, haciendo acopio del protocolo y adoptando la postura adecuada para ser premiada.

—Merezco lo que dispongas, Amo.

Asentí de acuerdo y acomodé mi postura en la silla, volviendo a la posición en la que estuve antes, con los muslos semiabiertos y una pierna extendida.

«Esto es lo que siempre te ha gustado, Samael. La sumisión, la obediencia, los gestos esperanzadores y llenos de humildad».

Fruncí el ceño por el recordatorio que llegó a mi mente, era como si mi subconsciente necesitara que tuviera eso claro para no desviarme, tal cual lo estuve haciendo desde que Allison llevó para mí el informe verdadero y detallado de aquella pelirroja que irrumpió en mi doma privada, con la curiosidad bañando su angelical rostro, aunque sin poder ocultar el orgullo y la altivez de sus perversos ojos azules.

«Concéntrate en tu sumisa, imbécil», me reprendí y sacudí la cabeza, pues pensar en la pelirroja estando con Phia era lo peor que podía hacerle a esta última.

—Toma lo que quieres —ordené.

Conociéndola, sabía lo que haría y no me equivoqué.

Se acercó más a mí y alzó la mano, midiendo mi reacción, y, en cuanto vio que no la detuve, la apoyó en mi muslo, deslizando las yemas por la tela de mi pantalón, luciendo para mí su manicura elegante. Puse el puro en el cenicero y el vaso sobre el escritorio en cuanto susurró con voz sensual:

—Te he extrañado tanto, Amo. —Y la tomé de la barbilla para que me mirara a los ojos.

Los suyos eran una combinación de color avellana en el centro y verde en el borde del iris. Tenía las cejas delgadas y muy bien perfiladas, nariz fina y labios gruesos.

—Abre la boca —pedí.

Me acerqué a su rostro en cuanto obedeció y metí el pulgar entre la calidez de sus labios, midiendo, como siempre me gustaba hacer, antes de llenarla con una parte de mi anatomía a la cual ella era adicta.

Sonreí como un cabronazo al palpar su lengua y en el segundo que trató de sacarla introduje la mía, profundizando y acariciándola mientras ella gemía, deleitándose con mi sabor. Pero no pensaba besarla, simplemente quise tentarla, así que me separé, deslizando mi agarre a su cuello y bajo su atenta mirada me desabroché el cinturón, abriendo de paso mi pantalón.

Su mirada dócil se volvió lasciva y llena de anhelo en cuanto ofrecí lo que buscaba, acomodándome en la silla con una orden implícita que no necesité vocalizar. Con sensualidad pasó la lengua por sus labios antes de meter la mano dentro de mi pantalón y liberó mi polla semierecta.

Esa era la primera vez que no me encontraba totalmente duro con ella y sé que lo notó, pero no lo demostró, además, confiaba demasiado en su destreza y en lo rápido que podía tenerme en el punto deseado. Me relajé y entregué a sus cuidados, tomando el vaso de licor y respirando hondo en el instante en que se la llevó a la boca, a la vez que yo bebía un sorbo de mi bebida.

—*Merda* —murmuré en italiano, centrándome en la manera que su boca se amoldaba al tamaño de mi polla, en cómo sus manos tomaban lo que no abarcaba y en los sonidos de gusto que liberaba al saborearme.

Pero mi exclamación no se debió a lo bien que sentía su mamada, sino a la inconformidad que me embargó, a la falta de concentración que tenía cuando jamás carecí de ella desde que me convertí en Dominante, en Amo y Maestro.

Porca troia.

Lo imperdonable en ese momento fue que mi sumisa se estaba dando cuenta, por lo que se esmeró más para tenerme a su merced en ese sentido, como muchas veces lo hizo. Y, creyendo que el problema era suyo, recurrió a otros métodos para conseguir de mí la erección total.

—Deseo que en la próxima sesión sea rudo conmigo, Señor —murmuró, pasando la lengua por mi longitud—. Que me ate y quite a punta de azotes las ganas que tengo de usted.

De todo mi *harem*, con Phia ejercía más el sadomasoquismo, porque era lo que ella más disfrutaba.

Intenté cerrar los ojos con su imagen, de una de las últimas veces que la tuve a mi merced, pero justo en ese momento algo llamó mi atención. Miré la pantalla de videovigilancia detrás de Phia y capté aquel cabello rojo y esa manera de caminar que por días me estuvo robando la concentración, junto a ese rostro que reviví en varios de mis sueños.

Cavolo.

Me tragué un jadeo al reconocer a Iraide Viteri a través de las cámaras, adentrándose a mi sala, observando todo a su alrededor.

Un chispazo de placer me recorrió de pies a cabeza en el instante que Phia me llevó a su garganta y gruñí, tomándola del cabello, sintiendo su satisfacción por lo duro que me puse en un santiamén. Mantuve mis ojos clavados en la pantalla, en aquella mujer que se acercó al mismo asiento en el que estuvo noches atrás y tras acomodarse observó atenta lo que mis sumisos hacían en el escenario.

—Mmmm —gimió Phia, comiéndose con fascinación mi polla, satisfecha al sentirme responder a sus atenciones.

Sonreí complacido al darme cuenta de que la pelirroja no estaba gozando lo que veía, lo noté en sus gestos, en el vacío que exudaba por no encontrar lo que buscaba. Y me satisfizo porque con ello me di cuenta de que no fui el único con la cabeza metida donde no debía, y más placer experimenté al confirmar que no me equivoqué la noche en que la conocí.

Ella volvería y lo hizo. Y agradecía haberme encontrado en medio de una mamada porque mi primer pensamiento al verla fue ir a buscarla.

«Hoy no, dulzura».

Opté por enfocarme en mi preciosa sumisa para acabar con el impulso, darle la atención que ella

merecía por siempre estar a mi disposición. Apagué el ordenador recordándome que luego tendría tiempo de sobra para acechar a la pelirroja, pero mientras, Phia era mi prioridad.

—*Portatela tutta.* —«Trágala entera», ordené en mi idioma natal, viendo sus ojos húmedos y su rostro rojizo.

Cerré los ojos en cuanto aceleró sus chupadas, dándome cuenta de que mi mente no estaba de acuerdo conmigo, pues me llevó la imagen de la mujer a la que menos quería imaginar en ese momento, pero, como en la sala privada, se coló a la fuerza y esa vez no podía culpar a Stefan por permitírselo.

Figlia di puttana.

Comencé a observarla a ella entre mis piernas, con esa boca de labios gruesos hecha para el pecado, tragándose mi polla hasta el fondo, con las pupilas dilatadas por el placer que sentía en consecuencia del mío. Apreté el apoyabrazos con una mano y con la otra busqué el puro, notándola temblorosa por la excitación, me lo llevé a los labios, enfrascándome en esa sensación tan intensa y diferente y, en cómo mi cuerpo reaccionaba a sus caricias y a su manera de mirarme.

Era inocente y perversa. Crédula e incrédula por cómo me tenía, utilizando solo su boca y lengua, dibujando una sonrisa en sus carnosos labios sin dejar de tragarse mi falo.

—¿Lo complazco, mi Amo? —preguntó con esa voz seductora y de sirena que poseía.

No pude ni hablar, simplemente abrí la boca, respirando agitado por la concentración de emociones que experimentaba, sin embargo, asentí y a la vez envolví su cabello en mi puño, moviéndola a mi antojo, guiándola como más me gustaba, siendo salvaje, pero cuidando de no presionar demasiado, acompañando con un empuje justo de mis caderas para sentir la sedosidad de su lengua acariciando mi tronco.

Sus sonidos de gusto me llevaron de pronto a donde tanto quería, sintiendo mis abdominales apretarse y mis bolas contraerse, preparándose para descargar el fuego crepitando en mis venas.

—Joder —gruñí en el instante en que comencé a correrme, sintiendo el cuerpo entumecido por el corrientazo que me recorrió hasta nublarme la cabeza.

Apreté los párpados con fuerza, viendo fuegos artificiales sin dejar de maldecir. Y, únicamente abrí los ojos cuando me di cuenta de que mi agarre en ella se intensificó, enfocándome en la belleza que tenía de rodillas, parpadeando en el instante en que mi alucinación se disipó, encontrando a Phia observándome con satisfacción.

Porca puttana.

Tragué saliva sin saber qué decirle, pues acababa de faltarle el respeto al imaginar a otra en su lugar. Y, en un intento por minimizar mi cagada, me acerqué a ella, quien se saboreaba mi orgasmo, y llevé un dedo a la esquina de su boca, limpiándola y luego probándome al chupar la gota de semen que quité de su comisura.

—Como siempre, de rodillas pero con poder —alabé entretanto me acomodaba la ropa. Phia sonrió, sabedora de la veracidad en mis palabras y se puso de pie en cuanto se lo concedí.

Todavía perdido en mis pensamientos por lo que acababa de pasar, me puse de pie también, sintiéndome entumecido.

—Y, como siempre, tu sabor es mi favorito, Amo —proclamó.

Le regalé un gesto ladino y la tomé del cuello, alzando su rostro para que me mirara a los ojos.

—Ve a tu casa y descansa, lo tienes merecido. Pero mañana quiero tu chequeo médico sin falta.

—Así será —aseguró.

Ella deducía que por esa razón no terminaríamos esa sesión improvisada como tanto nos gustaba a ambos, pero lo cierto era que después de correrme en su boca pensando en otra, no serviría para

una mierda, pues podía jurar que de nuevo aquella mujer irrumpiría en mis pensamientos.

Así que lo más sensato era irme a mi casa.

La despedí con una leve caricia en la mejilla y tras verla irse del despacho me desplomé en mi asiento, tomando la botella de *whisky*, llenándome el vaso para luego prender de nuevo la pantalla.

—Me cago en todo —maldije al verme atrasando la grabación para enfocarme en la pelirroja.

La desgraciada que acababa de darme un buen orgasmo tras adueñarse de mi alucinación.

Había observado el espectáculo y me di cuenta de sus gestos aburridos y hasta desesperados, mirando cada cierto tiempo la entrada de la sala, buscando algo en todo su entorno, o a alguien que nunca apareció.

Sonreí, bebiendo de mi vaso y tras eso me puse de pie, encaminándome al ventanal de mi oficina que me daba la mejor vista al salón principal, encontrando, como si el destino se hubiera encaprichado también con nosotros, a la protagonista de mis alucinaciones, sentada en la barra que atendía Paula, hablando con mi chica, preguntándole algo.

Paula miró hacia donde yo me encontraba entonces y desde la distancia, reconocía la pregunta en sus gestos, la espera por mi autorización. Comprendí qué quería Iraide sin que me lo vocalizaran, pues con su informe pude acotar que era tan obstinada como yo cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

—Dile —susurré, asintiendo sin dejar de mirar a Paula.

Eso era lo que ella necesitaba para regresar su atención a la pelirroja y al captar la satisfacción en sus gestos tras lo que Paula le dijo, sonreí con regocijo y también ansioso porque se llegara el momento en que de nuevo tendría a la mujer frente a mí.

—O sobre mí —ironicé y luego bebí mi *whisky* de un sorbo.

Si la vida me diera un dólar por cada cosa que predecía, a esas alturas mi fortuna hubiese sido incalculable.

Me mantuve todo el día inquieto, mi instinto predador me gritaba emocionado que esa noche cazaría lo que tanto ansiaba y… joder, no estaba equivocado. Aunque debía admitir que el final no fue como esperaba y por un momento me molestó tener que dejar ir a mi presa tan campante, poniendo ella el punto final a esa velada.

No obstante, la molestia se disipó al palpar la tela humedecida de mi pantalón, lo que me hizo sonreír canalla y luego beber mi licor de un solo trago.

—Sí, te estaré esperando, Iraide Viteri —repetí más para mí en ese instante, dando por hecho que la próxima vez que llegara a buscarme, no se iría sin que le demostrara a quién estaba tentando. La marcaría de verdad y la dejaría sin ganas de permitir que otro osara poner un dedo sobre ella.

Mierda.

Recordar el instinto animal que me embargó al ver su muslo marcado por alguien que no era yo, por poco me desestabilizó, aunque sí me descolocó, ya que, en el informe que Allison me dio no mencionó a ningún hombre (o mujer) como su pareja. Por lo que, quien fuera que hizo tal cosa, debía ser alguien reciente y, por el bien de mi cordura esperaba que pasajero.

—Nunca has sido posesivo, así que no comiences a estas alturas —me reprendí.

Acaricié mi dura erección optando por pensar en lo que acababa de suceder (que era lo más sano), en la manera que sus ojos esperanzadores me buscaron por toda la sala, en el momento en que se

rindió porque creyó que no aparecería de nuevo, y en mi conquista cuando sintió mi presencia y su cuerpo entró en tensión.

Eso debía ser suficiente prueba de que con quien fuera que estuvo, fue pasajero.

Me regocijé con su manera de tratar de negar lo que yo le provocaba, al encararme y fingir que no la afectaba cuando lo cierto era que siguió llegando a *Delirium* con la esperanza de volver a cruzarse conmigo. Y yo opté por dejar de negarme esa noche a mi obsesión por ella, razón por la cual la probé y me probó, cediendo al orgasmo que intentó retener.

Y, por muy satisfecha que haya quedado al conseguir su culminación, sabía con exactitud que volvería. Su hermoso cuerpo se lo pediría, tal cual como el mío gritaba que la tomara en ese momento, que la alcanzara y luego la follara como un animal.

—*Calmati, Samael* —susurré y me relamí los labios, su sabor todavía estaba en mi boca.

Y, una cosa era cierta, me molestó que se fuera, pero también agradecí internamente no haberme equivocado con su perfil, pues en efecto, me demostró que era lo que supuse y la excitación me recorrió el cuerpo al ser consciente de que por fin trabajaría en lo que tanto deseaba, fascinado por obtener lo que era imposible para muchos.

Iraide era una mujer dura, capaz de enloquecerme, pero yo era un Amo con la experiencia suficiente para domar diablillas.

—*Potrebbe essere la tía morte anche* —«Podría ser tu muerte también», añadí como recordatorio para mí y bufé una risa.

Continué observando la escena, que casi llegaba a su final, mi mano todavía masajeando mi polla, palpando con los dedos el rastro que ella dejó en mí. ¡Demonios! No había follado en seco con nadie desde que fui adolescente, y tampoco me habían dejado así desde entonces.

Me las iba a cobrar. El traje era costoso y no permitía ese tipo de *regalitos,* pero ya tendría tiempo para eso.

Seguí fantaseando con todo lo que haría con su cuerpo hasta que Allison y Marco se acercaron a saludar, pidiendo mi opinión en cuanto al espectáculo. Me quedé en blanco por unos segundos, sin saber qué decir al no haber prestado la mínima atención y, fue Allie la que se dio cuenta de ello y con una leve sonrisa, desvió la atención, dándome un pequeño guiño en el momento de guiar a su marido hacia una habitación para asearse.

Lo que faltaba.

Reí con burla hacia mí mismo y tras ello salí de la sala sin saludar a nadie, encontrándome a Stefan en la entrada.

—Buen trabajo. —Felicité—. La próxima vez que aparezca también me informas —pedí y este asintió con seriedad.

En el momento en que Iraide entró en la sala yo ya me encontraba ahí (a un costado, donde no pudiera verme, pero al tanto de su presencia) gracias a mi guardia, quien la recibió en la entrada esa noche.

Yo sabía cómo pasar desapercibido, sobre todo cuando no quería ser molestado o interrumpido, mi rostro a veces parecía tener subtítulos que dejaban claro que no quería a nadie encima (o con el tiempo mi entorno aprendió a conocerme); por lo que me fue fácil acercarme a la pelirroja sin que se diera cuenta.

—¿Siempre que se acerque a la sala o al club, jefe? —Escuché la diversión en la pregunta de Stefan y pude haberlo amonestado por ese atrevimiento, pero ya eran tantos años de servicio para mí, que se lo dejé pasar.

Seguí caminando hacia mi despacho con él detrás y lo miré sobre mi hombro con una leve

sonrisa, pero frunciendo el ceño.

—Siempre, Stefan, siempre —repliqué.

—No dudo de sus destrezas, pero ¿en serio cree que ella volverá?

—No dudas, pero, aun así, te atreves a hacer esa pregunta. —Satiricé.

—Solo porque ella no parece ser del tipo de mujer que quiera ser domada —explicó y sonreí de lado.

Definitivamente no lo era. No quería y, sin embargo, lo necesitaba. Me lo demostró la primera noche que nos conocimos y lo confirmó al seguir volviendo.

—Ella vendrá por más. —Ofrecí como única respuesta.

«Y gustoso la recibiría».

CAPÍTULO 15

Iraide

Durante tres días intenté concentrarme en lo único que debía importarme y traté de dejar fuera de mi cabeza a Samael. Estaba tan decidida a olvidarme de él que ni siquiera le exigí a Ace que apresurara su investigación sobre el tipo.

Y no había tenido tantas parejas sexuales en mi vida, de hecho, contando con mi polvo con Ace (y descartando al viejo infeliz que se aprovechó de mi pobreza y necesidad, y al mismo Samael, puesto que no tuvimos penetración en ningún momento), únicamente estuve con tres hombres en años; e incluso con lo grandioso que fue mi desahogo con el nuevo integrante de mi asociación, Samael era el único que supo darme los dos polvos más alucinantes de mi vida sin siquiera tocarme la primera vez, y con solo rozarme la segunda.

Eso no iba a negarlo, pero tampoco me haría la estúpida con la capacidad que poseía el tipo de someterme a su antojo, de perderme con unas cuantas palabras y obtener de mí lo que nadie fuera de aquel salón *voyeur* había conseguido.

La sumisión.

Y tal vez no una sumisión total, pero sí me llevaba a un nivel en donde yo misma me desconocía.

—¡¿Qué parte de *no puedes pasar,* no entiendes?! —Alcé la mirada hacia la puerta cerrada de mi oficina cuando escuché la voz de Ace afuera.

Me encontraba de nuevo en la oficina de mi financiera, donde pasaba la mayoría de mi tiempo cuando no tenía que realizar ninguna misión que requiriera de mi presencia. Ahí lavaba buena parte del dinero que hacía de forma clandestina y tras la advertencia de mi hermana, decidí blindar mejor el negocio.

Esa tarde me encerré en la oficina luego de reunirme con los séptimos y escuchar todo lo que tenían para decirme, así que terminé con dolor de cabeza y busqué la tranquilidad que la casa de préstamos me daba y que fue interrumpida gracias a Ace y quien fuera que lo hacía rabiar de esa manera.

—¡Iraide! —Reconocí la voz de Gigi cuando gritó y me puse de pie de inmediato.

Llegué a la puerta con rapidez y abrí justo cuando ella alzó su bolso y golpeó a Ace en la cabeza con el objeto que lucía bastante pesado, él gruñó, pero incluso así la cogió de los brazos para retenerla.

—¡Suéltala, Ace! —pedí con un poco de diversión al verlo luchando con el pequeño demonio de cabello negro.

Mi hermana lucía tierna la mayor parte del tiempo, pero solo quienes la conocíamos en verdad sabíamos del demonio de Tasmania que encerraba en su interior.

—*¡Maldito idiota!* —espetó ella en español y Ace la miró con sorpresa.

—Eso lo entendí muy bien, pequeña tonta —bufó él.

—Mucho cuidado, Ace —advertí yo con voz tranquila.

—*¡Patán infeliz! ¡Poco hombre!* —escupió Gigi sabiendo que Ace no entendería más y negué.

—¡Ya, Giselle! —exigí yo hacia ella y se acomodó la ropa con brusquedad.

Usaba un vestido negro ajustado al cuerpo y una chaqueta de mezclilla azul junto a unos Vans negros que la hacían lucir como la chica joven que era, y no como la abogada seria en la que se

convertía con sus trajes ejecutivos, así que imaginé que se había tomado el día libre y decidió ocuparlo para joderme.

—Necesito hablar contigo —avisó y tomó el asa de su bolso para colgárselo en el hombro.

Lo hizo con brusquedad, demostrando que seguía molesta. Pero no le prestó más atención a Ace y lo agradecí.

—Pasa —pedí.

Negué porque para entrar a la puerta tuvo que pasar al lado de Ace y por supuesto que decidió llevárselo en su camino.

Ace me miró con el rostro descompuesto por la furia y no me reí solo porque lo entendí a la perfección. Le señalé las gafas que mi hermana había tirado al suelo sin ella darse cuenta y alzando las cejas le pedí que las recogiera.

—Me niego a creer que ustedes dos sean hermanas —farfulló y me mordí el labio para no reír.

Al parecer Gigi había logrado sacar un lado de él que no conocía, y que creí que no lo conocería por su manera tan relajada de mostrarse siempre, hasta ese instante.

Respiré hondo antes de entrar a la oficina y negué preparándome para el siguiente ataque de ese pequeño demonio que ya estaba sentado en una silla frente a mi escritorio. Y sabía la razón que la llevó a buscarme, de hecho, hablé con nuestra madre un día antes para que la hiciera desistir, pero ella alegó que ya mi hermana le había reclamado porque siempre cedió a todo lo que yo le pedí y no quería que Giselle siguiera creyendo eso.

—Mamá dijo que hablaste con ella —soltó y se aclaró la garganta cuando se escuchó ronca gracias a las palabras fuertes que cruzó con Ace.

Saqué dos botellas con agua del refri pequeño y le di una para que la bebiera y se calmara antes de meternos a esa plática.

«*Ese pequeño lunar en el labio inferior de tu hermana la meterá en muchos problemas*».

Sacudí la cabeza al recordar aquello en el momento que vi la boca de Giselle cuando se llevó la botella a ella. Sus labios eran gruesos y en el inferior tenía un lunar del lado izquierdo que con el brillo labial se notaba más.

Y después de todo lo que habíamos vivido, me seguía resultando inaudito que algunas cosas sucedidas fueran *por culpa* de los atributos que la mujer poseía. Era la mayor patraña que había escuchado, pero la que muchos desechos del infierno tenían tan arraigado y con lo que excusaban las atrocidades que cometían.

—¿Qué ha pasado con Faddei? —preguntó luego de beber el agua y así me molestara la razón por la cual me buscó, agradecí que me sacara de mis pensamientos en ese instante.

—Se está encargando de algo importante —avisé y la vi soltar el aire que había estado reteniendo —. Y mamá también me dijo que hablaste con ella —añadí, retomando el tema de conversación anterior.

—Ya no me extraña, tiende a decirte todo lo que yo hablo con ella, te comenta cada paso que doy e incluso el que aún no he dado —señaló a la defensiva.

—No me dijo que pretendías cambiarte el apellido ni que buscas cambiárselo también a Adiel —ironicé.

—Porque no lo supo hasta que le llevé los documentos para que los firmara y le dije que no era necesario que te informara de nada, puesto que yo lo haría personalmente —explicó y bufé cuando me senté para quedar frente a ella.

Mi dolor de cabeza no mejoraría luego de su visita, ya lo comenzaba a comprobar.

—¿Qué pasará si no firmo? —inquirí y vi que cuadró los hombros, pero no se inmutó.

Imaginé que ella ya estaba preparada para mi negativa.

—Iremos a juicio —respondió decidida y negué.

Por una parte, entendía su punto para cambiarse el apellido y querer cambiárselo a nuestro hermano y, de hecho, al pensarlo bien, hasta a mí me convenía que fuera así para que los desligaran por completo de todo lo que tuviera que ver conmigo. Así los nuevos enemigos que pudiera hacer en el camino los dejaban fuera al no poder conectarlos a mi entorno, pero no firmar era más una cuestión de orgullo y sabía que para Giselle también.

Bien decían que a veces nos encantaba complicarnos la vida y nosotras éramos un claro ejemplo de ello.

—Quiero que seas sincera conmigo —pedí y calló esperando a que siguiera—, ¿este es un plan que tienes para alejar a Adiel de mí?

—¿Alejarlo? ¡Puf! Si ni siquiera has creado una relación con él, ¿de qué lo voy a alejar exactamente? —inquirió sarcástica y admito que me dolió mucho que señalara eso.

—Adiel no es indiferente a mí cuando nos vemos —le recordé.

—Porque es un chico al que estás comprando fácilmente con tus riquezas, Iraide —replicó.

«¡Auch!».

Tensé la mandíbula y respiré profundo cuando me atacó de esa manera. Giselle podía ser una víbora más peligrosa que yo si se lo proponía, puesto que su veneno iba cargado de una verdad que ardía en el instante que tocaba y quemaba cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Nuestro hermano era un muchacho de dieciocho años y no voy a negar que me encantaba malcriarlo, le concedía cada jodido capricho que tenía y cada vez que los visitaba era el más feliz en verme, pero no me haría estúpida; Giselle tenía toda la razón, estaba comprándolo con todos los gustos que le daba y para ser sincera conmigo misma, no recordaba ninguna ocasión en la que hubiera llegado a casa con las manos vacías para Adiel, ya que no tenía ni la más remota idea de cómo actuar, o de qué hablar con él, si no era con regalos de por medio.

—¿Le dijiste lo que pretendes hacer? —Quise saber tras aclararme la garganta.

—Sí, así como también le aseguré que cambiarnos el apellido no le hará perder a su hermana mayor ni los regalos que ella lleva incluidos para él. Solo hago esto para evitar señalamientos si el caso llega a darse. Adiel ya está en su último año de bachillerato y busca una universidad de prestigio y sabes lo que eso significa.

Ignoré su ataque incluido en esa explicación que me dio y solo asentí. Tenía un enorme punto con eso, las universidades de prestigio hacían investigaciones profundas sobre los familiares de los nuevos alumnos, aunque también era muy sabido que se hacían de la vista gorda si ese posible alumno llevaba consigo a un buen benefactor; y si ya malcriaba a mi hermano con todos sus gustos, no me limitaría a hacerlo con la universidad que escogiera.

Total, todo lo que hice y en lo que me convertí era para que a ellos no les faltara nada y las cosas no cambiarían así mis hermanos llevaran otro apellido, o si Gigi seguía odiándome como lo hacía.

—¿Has sabido algo de la investigación que piensan abrir para el neurológico? —seguí.

—¿Pretendes chantajearme de esta manera? —respondió y alcé una ceja—. ¿No firmarás los documentos hasta que te dé la información que te importa?

Por pura inercia me puse de pie y golpeé las manos en la superficie del escritorio.

Nadie me hablaba como Gigi lo hacía, ninguna otra persona era tan condescendiente conmigo sin ganarse un castigo de mi parte o un *tour* privado a mi museo sin boleto de regreso. Ni siquiera a Harold Bailey o a Ronald Ward les dejaba pasar las mierdas que intentaban hacerme y esa maldita pelinegra se daba ese lujo porque así me odiara con su vida, así me creyera la mujer más despreciable

del planeta y quisiera alejarse de mí en todos los sentidos, tenía claro que ella junto a mi madre y Adiel, eran las únicas personas a las que jamás dañaría.

—Agradece que eres mi hermana, Giselle Viteri, porque te juro que, de no serlo, tu maldito corazón ya le estuviera haciendo… —Me callé antes de cagarla y golpeé el escritorio con fuerza.

—¿Qué estuviera haciendo mi maldito corazón? —preguntó satírica y negué.

—Algún día vas a colmarme la paciencia, pequeña tonta —le advertí llamándola como lo hizo Ace y se tensó.

Pero gracias al cielo no dijo nada y supo mantener la boca cerrada mientras yo sacaba los documentos de un cajón del escritorio, y tras coger una pluma, firmé donde debía para concederle su capricho y luego le pasé todo para que lo revisara.

Lo hizo con el orgullo que ya esperaba de ella y cuando se aseguró de que todo estuviera en orden, se puso de pie dispuesta a marcharse.

—Así te enerve todo lo que tenga que ver conmigo, la sangre jamás podrás cambiártela, Giselle Viteri —espeté, llamándola por nuestro apellido así ya no lo llevara—. Y ahora no solo seremos distintas en el físico o en el interior sino también en el apellido, pero muy dentro de ti sabes que somos idénticas en el orgullo y en la intensidad con la que odiamos —declaré cuando comenzó a caminar para irse sin siquiera un maldito gracias.

—Ayer llegó una carta a la oficina del detective Dunn —informó de pronto y se detuvo, pero no volvió a verme—. Le pidieron detener la investigación, sin embargo, él solicitó apoyo a otro departamento. Tratarán de abrir el caso por ese medio, ya que creen que si cancelaron el proceso actual es porque quieren encubrir algo —dicho eso terminó de salir de mi oficina y se marchó.

—También somos iguales en la lealtad a pesar de todo —murmuré para mí y eché la cabeza hacia atrás para recostarla en la silla.

Me quedé ahí sin hacer nada durante un rato y cuando tuve la capacidad de moverme decidí ir al almacén para visitar a Furia.

No lo había visto desde que estuve allí antes de mover el cargamento de armas y en momentos como el que estaba viviendo me daba paz estar con mis perros, pero ya a Hunter le había dado su dosis de atención, así que era el turno de ver a mi otro chico favorito. Ace y Kadir me acompañaban esa vez, Faddei se encontraba dirigiendo todo lo de la entrega del armamento a sus respectivos dueños luego de que la venta la hubiéramos llevado a cabo el día anterior. Por esa razón lo vería hasta dentro de unas horas.

—La legisladora Sophia Rothstein ya se ha pronunciado sobre la desaparición del juez Wright —informó Ace cuando nos bajamos del coche en la entrada del almacén.

Ese era otro tema, ya las noticias volaban con especulaciones sobre lo que le sucedió al juez, era la comidilla del momento y lo seguiría siendo durante los siguientes días hasta que se dieran por vencidos de que no lo encontrarían, a menos que estudiaran la mierda de los leones del zoológico.

—¿Está señalando a alguien? —cuestioné.

—No es tan tonta, además, no creo que Bailey le permita hablar sabiendo que será él el único jodido —señaló y medio sonreí.

—¿Kadir? ¿Sabes si ha venido el entrenador de Furia? —pregunté al tipo que me seguía el paso junto Ace, él negó en respuesta—. ¿No sabes o no ha venido? —inquirí.

—No ha venido, señora. Su esposa dio a luz y pidió unos días libres —respondió asustado y asentí.

Cuando íbamos llegando cerca del área de Furia comenzamos a escuchar sus gruñidos y fruncí el entrecejo, ya que pude verlo incluso en la distancia, que estaba echado, descansando, pero aun así

muy alerta.

—Los perros son los únicos capaces de sentir las malas vibras de otras personas hacia sus dueños —informó Ace y puse mi atención en él—. Ellos saben identificar en quiénes puedes confiar y en quién no.

—¿Me estás diciendo que asesine a Kadir, ya que Furia siempre le gruñe? —cuestioné.

—Señora, usted tiene toda mi lealtad, no cometa una locura. —Se apresuró a decir él y Ace rio divertido.

Sonreí al ver a Kadir y negué.

—Odio que no tengas sentido del humor —le dije con tono de broma y vi su rostro aliviado—, también gruñen cuando sienten el miedo, Kadir. Eso los inquieta y tú tienes la capacidad de quitarle la tranquilidad a mi muchacho —lo regañé.

—¿Puedo quedarme aquí? —inquirió y entonces sí que me reí, pero asentí.

No torturaría al pobre tipo de esa manera, me caía bien. Además, no mentía, Kadir inquietaba a Furia con su miedo y deseaba pasar un momento agradable con mi chico, así que solo Ace continuó conmigo.

Furia se levantó entonces para ir a nuestro encuentro y admiré el porte que ese perro poseía, estaba tranquilo e incluso así lucía peligroso y siempre me manejaba con cautela cuando estaba a su alrededor, ya que él seguía manteniéndose a la defensiva gracias a la forma en la que lo educaron.

—¿Qué tanto me miras? —le pregunté a Ace, puesto que así tuviera mi atención en Furia, sentí su mirada desde que dejamos a Kadir atrás.

—Sonríes muy poco, mi reina. Así que cuando lo haces, no puedo evitar mirarte por más tiempo del necesario —explicó.

Me puse en cuclillas cuando Furia llegó a mí y comencé a rascar su cuello.

—¿Cómo estás, mi chico guapo? —Canturreé sin importar que no fuera a responderme.

Le hablaba como nunca le había hablado a un niño, de hecho, les huía a los pequeños cuando se me acercaban mucho o me sonreían y Faddei se burlaba de mí por eso. Pero los chiquillos me intimidaban, los perros en cambio sacaban la ternura en mí que supuestamente solo los bebés podían sacar en las personas.

—No tengo muchos motivos para sonreír, Ace —respondí.

Aunque estaba sonriendo en ese instante al ver a Furia tirarse al suelo para que le rascara la panza.

—Entonces deberías pasar más tiempo con Furia —me aconsejó y se puso en cuclillas a mi lado para también darle mimos al can.

Todavía me era increíble que Furia fuera tan dócil con él, ya que nunca lo fue con nadie más. Por eso me comparaba con ese animal, puesto que siempre se comportaba desconfiado ante todos y únicamente cedía un poco conmigo, pero con Ace fue distinto y al ver al can tan embobado con sus caricias, solo pude pensar en lo que me sucedió a mí con Samael.

¡Mierda! Ahí iba de nuevo.

—O más tiempo conmigo —añadió Ace regresándome al momento y nos miramos a los ojos—. Así como estuvimos en tu museo.

Me mordí el labio cuando recordó nuestra follada y descubrí que el tipo no me era indiferente.

—¿Te comparas con Furia? —ironicé.

—No me atrevería a tanto —soltó y admiré el respeto que le tenía a mi perro—. Pero sé que podría darte motivos para que sonrías, así sea con lujuria —prosiguió y tuvo la osadía de acercarse a mi boca y besar la comisura.

Me mordí el labio ocultando la sonrisa que me provocó y negué. En serio que Ace estaba loco al

confiarse así alrededor de la muerte, puesto que muy bien me pudo haber follado, pero eso no significaba que dudaría en matarlo si me daba motivos. No obstante, el tipo era un suicida según veía.

Uno muy guapo, por cierto.

Furia hizo un sonido gracioso al erguirse y ver lo que hacíamos y junto a Ace nos reímos cuando ladeó la cabeza para tratar de entendernos.

—¿Me acompañas a dar un paseo con él? —propuse dejando de lado su coquetería y asintió.

Nos pusimos de pie y fui en busca de la cadena de Furia, ya que así ansiara salir con él sin tener que privarlo de su libertad, todavía no podía dejarlo a sus anchas con todos mis hombres esparcidos por los acres de mi propiedad. Y al regresar con ellos noté algo que pasé desapercibido antes.

—¿Esas son las gafas de Gigi? —inquirí al verlas colgadas en el cuello de la camisa de Ace y él negó.

—No, son mis gafas ahora —aseguró y alcé las cejas—. Es lo menos que merezco después del golpe que me dio —añadió y me hizo reír.

Esa tarde di un largo paseo con Furia y Ace nos acompañó, aprovechamos a hablar de muchas cosas, pero nos concentramos en sus conocimientos sobre los rottweilers y me demostró que sabía demasiado de ellos, eso me confirmó por qué Furia cedió tan pronto con él.

«Samael sabe mucho sobre mujeres como tú».

Susurró mi subconsciente y me puse muy nerviosa, pero a la vez me hizo pensar en lo cierto que era eso de que las hormonas me las podía alborotar cualquiera, pero las neuronas no.

Y para mi jodida suerte, Samael consiguió lo último.

Una semana después de mi caminata con Furia y Ace, me encontraba en el gimnasio de casa haciendo movimientos de Capoeira. Aprendí algo sobre ese arte desde que tenía quince años gracias a un vecino brasileño que llegó a vivir cerca de casa en mi país de nacimiento, pero lo perfeccioné cuando llegué a Estados Unidos.

Fue en lo único que invertí para mí mientras luchaba con el infierno en el que se había convertido mi vida, cuando apenas sacaba para enviarle dinero a mi familia.

La Capoeira me relajaba, ya que agotaba mis energías extras, esas que muchas veces me mantenían bastante inquieta.

—¡Convencí a Milly de ir conmigo a *Delirium*! —gritó Kiara al llegar al gimnasio y me tensé al escuchar ese nombre.

Samael llegó a mi cabeza de inmediato y gruñí porque durante todos esos días estuve soñando con él y nuestro último encuentro.

—¡Yuju! —ironicé y respiré profundo para recuperar un poco del aire que había perdido.

—Irás con nosotras.

—De ninguna manera —respondí y llegué hasta el reproductor de música para bajar el volumen y tomar una botella con agua que dejé al lado.

—¡Necesito a mi sumisa, cariño! —chilló y negué a la vez que me llevé la botella a la boca.

—Para eso llevarás a Milly —señalé.

—Quiero dos esta vez.

—Vete a la mierda, cariño —satiricé y comenzó a deshacerse de la risa.

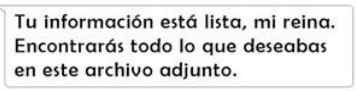
Aunque tras recomponerse siguió insistiendo, diciendo todo lo que iba a perderme y solo callé porque no me importaba nada de lo que dijera. No quería ir, deseaba hacerlo, sí, pero me negaba a cumplir el capricho de Samael.

—Vamos, Ira, y folla con el primer tipo bueno que se te ponga enfrente. Y si ese Samael se encuentra allí, se dará cuenta de que no es solo por él que has ido. Esa sería una buena manera de darle a su ego —aconsejó de pronto.

Decidí regresar a lo mío y le di volumen a la música cuando su idea me tentó. Vi a Kiara sonreír y negué. La tonta sabía cómo convencerme y si le permitía seguir hablando y metiéndome ideas en la cabeza, terminaría haciendo lo que dije que no haría.

Aunque no seguí mi propio consejo y al día siguiente la acompañé a hacernos los exámenes requeridos cada cierto tiempo para entrar al dichoso club y quise darme contra la pared por pasarme de tonta a veces.

Dos días después me conducía con ambas hacia *Delirium* y juro que deseé que algo malo me pasara para dejar de una maldita vez esa obsesión que tenía con el tipo.



Leí el mensaje de Ace cuando me bajé del coche en el estacionamiento designado para nosotras en el club, pero no quise verlo porque las chicas estaban apuradas. Dejé el móvil en el auto y me acomodé la ropa.

Al fin podía saber quién era Samael en realidad y decidí dejarlo para después, ya que en ese instante el morbo que me provocaba el misterio de ese tipo me pudo más.

—Un *whisky* sin hielo —pedí en cuanto me senté y me concentré en la mujer que me sonrió.

El lugar lucía como siempre y hasta me sentí parte de ese mundo al asistir tantas veces en menos de un mes. Las luces tenues, y *Freak* de Lana del Rey de fondo, me tenían ansiosa y expectante a mi entorno.

Kiara y Milly se habían adelantado porque a mi amiga le ganó la emoción de meter a su novia en ese mundo y de cierta manera lo agradecí. Llegué con ellas, pero necesitaba estar sola y que pasara lo que tuviese que pasar.

Esa noche al fin follaría con Samael, o con otro afortunado, ese era el plan.

Recibí el vaso cuando la camarera me lo entregó y bebí el trago hasta vaciarlo sin respirar y tras eso lo posé en la barra.

—Otro —indiqué en cuanto la misma mujer se acercó.

—¿Desea coger valor, *Mistress*? —inquirió curiosa.

«Deseo que me follen», pensé y me reí.

Había tenido un día bastante manejable como para ser amable, ya que no era una mujer que lo fuera muy a menudo, por lo que asintiendo hacia ella y medio sonriéndole, colocó otro vaso y repetí el gesto.

—Gracias… —miré su placa—, Paula.

Se alejó luego de regalarme una sonrisa y decidí no dilatar más el asunto. Me puse de pie en medio de un tambaleo cuando el alcohol se me subió a la cabeza y caminé hacia mi pasillo favorito.

Mi corazón estaba acelerado y trabajé en mi respiración para calmarme, pensando en lo que llegó a mi cabeza el día que estuve con Ace y Furia. Y sí, era posible que Samael supiera mucho de

mujeres y que en su mundo ya hubiera experimentado todo tipo de personalidades, razón que le dio la capacidad de alborotar mis neuronas, por lo mismo tenía ese control sobre mí. Pero a veces, incluso así cometiera errores, tendía a ser muy obstinada a la hora de demostrar que yo seguía siendo única y quería que él también lo supiera.

Miré extrañada al dejar mis pensamientos de lado y notar el corredor casi en penumbras, sacudí la cabeza al llegar al cortinado con la esperanza de oír algún murmullo, pero me sorprendí al no escuchar absolutamente nada.

Respiré profundo cuando toqué la tela y cerré los ojos un instante.

—Vamos, Ira, tú puedes —me dije en un susurro. Corrí la cortina con cuidado entonces y me sorprendí cuando no vi a nadie más excepto a él, sentado en el medio del lugar, mirándome directamente.

Tragué con dificultad y contuve el aire, pero no me acobardé y sin decir nada entré por completo, solté la tela con parsimonia y me acerqué lentamente cuando sus ojos me hipnotizaron con la crudeza que desprendía.

—Te estaba esperando, *dolcezza* —dijo con una voz ronca que casi me hizo detener el paso.

De nuevo nos encontrábamos frente a frente y comprobé que esa vez, Samael también estaba dispuesto a que todo sucediera entre nosotros.

CAPÍTULO 16

Iraide

Acomodé mi vestido mientras seguía caminando hacia él, había escogido un modelo corto en seda azul rey que parecía más una bata sexi, pero que me encantaba cómo me quedaba y por la mirada de Samael descubrí que opinaba lo mismo, sobre todo cuando el movimiento de mis pasos expuso mis pequeñas braguitas y lo obligó a relamerse los labios.

—Me complace escuchar eso, Samael. —Sonreí satisfecha porque esa noche me sentía más como Ira, la reina sádica que siempre era. La gran tirana tal cual habían comenzado a llamarme, y no como la chica casi inocente y sumisa, o el ángel pelirrojo que fui las otras veces que estuve en el club.

Samael me observó con intensidad cuando llegué a él y me tomé el atrevimiento de sentarme en sus piernas con descaro.

—Aquí me tienes, *amor* —susurré sobre sus labios y le sonreí. Utilicé el apelativo en español con la intención de dejarme claro a mí misma que él era uno más en mi lista, no la excepción.

Acomodó su cuerpo con el mío y me crucé de piernas, apoyando un brazo en su respaldo. Me encaró con el rostro serio pero complacido por mi movimiento y puso una mano en mis piernas desnudas, pasando las yemas por mi piel y logrando que me mordiera el labio al ver que se entretuvo justo donde días atrás vio la marca que Ace dejó en mí.

Su tacto me quemó de una forma deliciosa y juré sentirlo gruñir cuando llegó cerca del pedazo de encaje que protegía mi coño, obligándome a que me moviera con picardía y comprobando de paso que ya estaba duro.

—Veo que no pudiste cumplir lo que tú preciosa boca aseguró. —Trató de chincharme y se acercó copiando mi gesto anterior hasta casi rozar sus labios con los míos—. Ábrete de piernas, déjame sentirte.

Mordiéndome el labio un poco más fuerte para controlar lo que su voz demandante ocasionó en mi clítoris, descrucé mi pierna y me abrí sobre él, poniendo mi torso de costado para seguir viéndolo.

—¿Así? —gimoteé con descaro, con cara de niña buena e intenciones perversas.

Noté un amago de su sonrisa, la cual escondió enseguida para tomarme de ambas piernas con decisión y las abrió aún más, dejándome totalmente expuesta a su escrutinio, poniendo mis vellos de punta. Jadeé de nuevo cuando su mano apretó la tela de mis bragas y sin cuidado las hizo a un lado.

¡Demonios!

Su brutalidad me excitaba más de lo que imaginé y mis pezones duros lo demostraban. Los *piercings* se me marcaron sobre la tela de mi vestido, gracias a mi respiración errática y porque el sostén también era de encaje.

—Así —aseguró y con su dedo corazón esparció toda mi humedad hasta terminar en mi clítoris y comenzar a hacer círculos perezosos. Cerré los ojos y tragué con dificultad, dándome cuenta de las emociones bullendo en mi interior, de mi corazón acelerado y mi piel febril—. Es asombroso cómo apenas te toco y ya estás más que lista para mí —se burló hablándome en el oído.

Pero esa burla en lugar de avergonzarme me excitó más porque su tono ronco consiguió que todo en mí vibrara.

—¡Dios! —gemí con fuerza cuando, con el mismo dedo, se introdujo un poco en mi interior y me

besó a la vez, descubriendo cómo había anhelado sus labios en los míos.

Tomé su nuca, deslizando mi lengua en su boca, encontrando la suya y rozándonos en el preciso instante que comenzó a follarme con los dedos al mismo tiempo que me acariciaba.

¡Benditos dedos!

—¿Tan pronto soy tu Dios, *piccola*? —Satirizó sobre mis labios y lo miré a los ojos, el verde en sus iris volvía a ser oscuro—. Y solo te estoy tocando con mis dedos —Entreabrí la boca porque salió de mi interior y tentó mi entrada con la punta de su dedo mientras que con el pulgar siguió haciendo círculos perezosos en mi manojo de nervios—. ¿Cómo me llamarás cuando tenga mi polla dentro de ti?

Sentía la mirada adormilada… ¡Diablos! Me sentía drogada con él si era sincera y me gustaba tanto, que temí que después de esa noche me volvería adicta.

—Im…bécil —titubeé sobre su boca, pero moví las caderas para encontrar sus caricias y de paso sentir la cresta dura de su polla encajándose en mis nalgas.

El maldito me regaló una sonrisa perezosa con la que me humedeció más y acto seguido volvió a embestirme con los dedos. Contuve un grito por su arrebato, aunque abrí la boca y puse los ojos en blanco, comprobando una vez más que nunca experimenté tal placer como el que ese arrogante me daba.

—Juré que te borraría ese gesto altivo que tienes cuando intentas imponerte ante mí —confesó. Su voz gutural seguía siendo placer sensorial y eso, junto a lo que hacía en mi sexo, me provocó un sudor frío que cubrió mi frente, erizó mi cuerpo entero y me estremeció hasta conseguir que los dedos de mis pies se encogieran—. Y mírate ahora, *dolcezza,* siendo una gatita desesperada que se deshace con mis caricias, luego de haber sido una pantera arisca.

Estaba tan perdida en el gozo que me daba, que no me importó alegarle en nada y me dispuse únicamente a disfrutar de lo que había anhelado con él, tanto, que no me di cuenta en qué momento otras personas comenzaron a ingresar. Varias ya se encontraban acomodadas en los sillones, observándonos.

Por instinto quise cerrar las piernas, pero Samael me lo prohibió tomando mis muslos.

—¿No me dijiste que deseabas participar de un espectáculo *voyeur*? —susurró a la vez que retomaba sus caricias y mi cuerpo temblaba—. Aprovecha el placer de sentirte observada, de cómo hombres y mujeres en esta sala ansían ocupar mi lugar. —Tomó mi clítoris y jadeé por la doble estimulación—. Mira cómo te desean, Ira.

Mis piernas temblaron al ver que todos los presentes me comían con la mirada, disfrutando de lo que él me hacía y… me gustó. ¡Carajos! Sentí doble excitación al darme cuenta de que muchas mujeres deseaban estar en mi lugar y los hombres en la posición de Samael.

No me sentí humillada sino más bien poderosa. Vivía un tipo de poder muy diferente al que ejercía en mi mundo.

Me dejé hacer a su antojo, silenciando mi raciocinio y disfrutando de sus caricias mientras era la protagonista, como deseé serlo en cuanto entré aquella vez en esa misma sala y lo vi sentado, gozando de una mamada bastante inmoral.

—Sé lo que dije —lamí mis labios y lo encaré con las mejillas calientes en el instante que mi cuerpo pidió más—, pero soy nueva en esto y con lo que quiero ahora mismo, deseo que únicamente tú me disfrutes, a tu manera. —Alzó una ceja y sonrió victorioso—. Ya dimos suficiente material para que se queden pensando en nosotros, ahora te ansío en privado.

Me vi empujada al borde de la excitación cuando él asintió en comprensión, deteniendo sus dedos, dejando así que recuperara el aire perdido.

—¿Te entregas a mí? Y antes de que respondas, te advierto que, de ser un sí por tu parte, lo que sigue será a mi manera —sentenció y mi corazón fue capaz de acelerarse más de lo que ya estaba.

Pero no me inmuté.

—No vine a este club para salir corriendo al ver al diablo —solté.

Samael besó mis labios, pero sentí la sonrisa que quiso ocultarme. A continuación, se puso en pie conmigo, logrando que me frotara en su erección cuando me bajó para luego tomarme de la mano y caminar hacia la salida.

—Andando.

Lo seguí, tomándome el tiempo para detallarlo como antes no pude. Su espalda se notaba musculosa, enfundada en una camisa gris que tenía arremangada hasta los codos, con un pantalón de vestir negro que ocultaba un majestuoso culo.

Delicioso.

Su agarre en mi mano era firme, denotando el dominio que se cargaba y nadie a nuestro alrededor lo obvió. Las personas se volteaban a verlo y se corrían en cuanto nos acercábamos, como si de una celebridad porno se tratara y mi ansiedad se elevó al saber que pronto lo iba a comprobar.

Cruzamos con rapidez el salón principal hacia el otro pasillo más concurrido y fuimos hacia la última puerta oscura. Dos hombres nos recibieron y nos dejaron pasar al vernos los rostros, sin decir una palabra. En esa parte del club todo se regía con más privacidad y miré curiosa a todos lados cuando no oí ni un solo ruido.

Conté nueve habitaciones en el camino al momento de ingresar. El lugar era más pequeño, amueblado con una cama, sillones de diferentes formas, una mesa de madera con agarraderas y al fondo una cruz roja que me hizo pasar saliva en mi garganta reseca.

—Estas son las mazmorras, aquí solo venimos los socios VIP —comentó cuando notó mi mirada desconfiada por todos lados—. Esta es exclusiva para mí, por lo que no tienes nada de qué preocuparte. Únicamente estaremos tú y yo.

Asentí apenas, la música sensual seguía resonando por los altoparlantes adecuados en lugares específicos de la habitación, llenándola de más erotismo junto a los muebles que yacían por todo el lugar. Me volteé cuando escuché la puerta ser cerrada y noté que a Samael le cambió el semblante.

Su rostro era serio, evaluando el entorno y luego a mí.

—Para que quede claro, aquí las órdenes las doy yo. Y en el momento que quieras detener algo que no te guste, tu palabra de seguridad será *húmeda.* —Elevó una de sus comisuras y fruncí el ceño con enojo—. Ya que acostumbras a estar así en mi presencia vamos a darle un buen uso.

«¡Húmeda! Eso tenía que ser una maldita broma».

Quise replicar molesta, pero su mera presencia acercándose me silenció.

—Hablas cuando yo lo diga, Ira. Te dirigirás a mí como Señor, Amo o Maestro. No admito otro nombre, ¿comprendes?

Me quedé mirándolo, alzando la barbilla, y me tomó del cuello sin lastimarme, pero sí ejerciendo la fuerza suficiente como para demostrar su poder dentro de esas cuatro paredes.

—¿Comprendes, Iraide?

Chasqueé la lengua en respuesta y afianzó su agarre, haciéndome apretar los puños.

Ese era su mundo, uno desconocido para mí y me costaba asimilar muchas cosas, por lo mismo me abstenía de hacer y deshacer a mi antojo, además de que notaba que de alguna manera me provocaba cierto placer no tener todo el control como siempre, o cederlo con voluntad a alguien más.

A alguien que me gustaba tanto como me obsesionaba, sobre todo.

—Lo comprendo… —respiré profundo cuando me quemó con la mirada—, *Señor*.

La palabra casi me hace vomitar, pero lo soporté. Él soltó su agarre y tomó mi nuca en su lugar.

—Desnúdate y camina hacia la cruz de San Andrés. —Indicó con la mano—. Suéltate el cabello, lo quiero sin nada.

Me desnudé bajo su atención, desatando la tira del vestido y abriéndolo, dejando a la vista el conjunto negro de encaje. Su mirada evaluadora no se perdió ningún movimiento hasta que llevé las manos a mi cabello y lo desaté para luego pasar al sostén y quitarlo con lentitud, dejando las bragas.

Me quedé quieta por unos segundos, intentando que mi cuerpo respondiera y avancé hasta el fondo para pararme justo delante de la cruz, con él siguiéndome de cerca.

—Date la vuelta —susurró en mi oído y me estremecí.

Ese tono que utilizó fue demandante como lo venía siendo desde que entramos a esa habitación, pero también delicioso e hipnotizante en ese momento. Así que obedecí.

Tomó mis hombros y apoyó mi cuerpo en el frío metal, elevando mis brazos, acercando su rostro al mío. Acarició mi piel con la punta de sus dedos, detallando cómo me erizaba con su tacto y medio sonrió.

—Te tengo donde quería. —Sentí algo recubrir mi muñeca derecha y maldije cuando la ató con una muñequera de cuero y con agilidad hizo lo mismo con la otra.

—Pero qué…

—Si te mueves la fricción te va a lastimar —cortó mi réplica y sacudí los brazos con la intención de zafarme, sintiendo mi corazón acelerarse por una razón diferente—. No lo hagas, la cremosidad de tu piel no lo toleraría —repitió y quise patearlo por privarme de las manos, odiando esa sensación de peligro al verme totalmente a su merced—. Déjate llevar, Ira, prometo que no te arrepentirás de nada de lo que te haré —pidió cuando comencé a mirar a todos lados, en busca de un arma o de enemigos que pudieran entrar para deshacerse de mí—. ¡Ey, mírame a mí! —ordenó tomándome de la barbilla—. Te tengo aquí para consentirte de una forma única, no para dañarte —aseguró al ver mi alerta.

Me acarició el rostro con la punta de los dedos y luego llegó a mis labios, tirando del inferior con el pulgar y lamiéndose los suyos, demostrándome que se moría por devorarme la boca una vez más. Luego su mirada se conectó a la mía y sus iris me dieron la confianza que su color transmitía.

Cerré los ojos concentrándome en lo que iba a disfrutar, depositando por primera vez un poco de confianza en un extraño y me tragué la rabia que ya había salido a flote.

Definitivamente no estaba acostumbrada a perder el control y cederlo con tanta facilidad, me había acostumbrado a las malas que brindar tal confianza siempre me costó caro, por lo que me encontraba luchando internamente entre mandar todo a la mierda o seguir.

Pero me bastaba verlo para convencerme a mí misma de que no me arrepentiría.

—¿Quieres parar? —preguntó al verme más tranquila, pero comenzó a quitarse la camisa. Me miraba atento y yo lo hice sin querer demostrar nada.

¿Quería parar después de haberlo buscado por días?

Claro que no. Había tentado al diablo y era momento de bailar con él, por lo que negué con la cabeza convenciéndome de que no me dañaría y acerqué mi rostro al suyo, acariciando sus labios con los míos, terminando de aceptar que de ahí no me movía sin que me follara de una buena vez.

—No, Señor —dije entonces, siguiendo sus reglas.

Lamió sus labios con satisfacción y me besó con fuerza para luego separarse. Tomó mi muslo derecho y lo elevó hacia su cintura, logrando así que pudiera detallarlo mejor luego de mi momento de inquietud.

Su cuerpo era definido, piel tersa y bronceada con algunos tatuajes, músculos marcados y en su lugar, dejando ver que le gustaba ejercitarse. Tenía un cuello ancho, abdominales duros y fino vello debajo del ombligo. Casi me hace babear por la vista que me estaba regalando.

Y no me atrevía a ponerle una edad, ya que sus rasgos y físico me daban un número, pero su presencia y su manera de manejarse me daban otro.

—¿Disfrutando? —inquirió todo socarrón en cuanto me perdí en su cuerpo y me contuve de responderle—. No bajes la pierna en ningún momento —exigió.

No pensaba hacerlo, y menos cuando hizo a un lado mis bragas y metió un dedo en mi interior logrando que ahogara un gemido en cuanto la excitación volvió con fuerza, fruto de la adrenalina que me provocó el creerme en peligro al privarme de las manos, del enojo por haber pensado que fui una tonta que se dejó engatusar fácilmente y el alivio que me invadió al ver sus ojos y sentirme a salvo.

Todo en cuestión de segundos.

—Como dije —movió su dedo y acarició mi clítoris arrancándome un gemido gutural—, siempre húmeda en mi presencia.

Jadeé al sentirme al punto del orgasmo, demasiado rápido esa vez, dándome cuenta de lo enferma que estaba como para excitarme tanto al verme en peligro. Samael se dio cuenta de lo que sucedía, de que me tenía al borde de aquel abismo anhelado y gruñí porque se detuvo con toda la intención de cortarme en seco.

—Te he regalado dos orgasmos desde que nos conocimos. Esta vez tendrás que ganártelos.

—Oh no, de ninguna manera —refuté con rebeldía y dolor en mi entrepierna, moviendo la pelvis en busca de más fricción.

Él me detuvo tomándome de la cintura y nalgueando con braveza ambas mejillas de mi culo, lo que, en lugar de dolerme elevó más mi libido, pues la vibración de mi carne debido a los azotes dio directamente en mi punto más sensible.

¡Joder!

Yo sabía que no estaba bien de la cabeza cuando me excitaba al torturar a mis víctimas, pero sentirme así porque me torturaran a mí, era un nivel de locura al que no creí que llegaría.

—Veo que no te gusta acatar órdenes, Iraide. —Tomó mis pechos con fiereza cuando quise seguir moviéndome.

—No se trata de no seguir órdenes, sino de que no es justo —repliqué y el maldito sonrió de lado.

—Yo voy a decidir qué es justo y qué no. Te dije la otra noche que me iba a cobrar caro que me humedecieras el pantalón y, ya que quieres con desesperación tu orgasmo, te voy a privar de él. —Me quedé quieta, observándolo sin dar crédito a lo que me decía y me miró con severidad—. Te voy a follar y tú no te correrás, ese será mi castigo por tu insolencia.

¡¿Qué?! ¡Eso no iba a pasar!

—¡Vine aquí a que me follaras y me des todos los putos orgasmos que quiera! ¡¿Y tú me sales con esta mierda?!

Deseaba gritar más fuerte por la frustración al verme al límite, pero me contuve para que no me viese tan desesperada, algo en lo que fracasé porque moví el rostro en cuanto quiso tomarme de la barbilla, rechazando su toque, demostrándole mi exasperación.

Samael respiró profundo por mi gesto, cerrando sus ojos oscurecidos para luego bajar mi pierna y, me hubiese hecho sentir como una inmadura si no se hubiera desabrochado el pantalón, despojándose de él junto a su bóxer.

Santa mierda.

Ya había visto su polla dura cuando folló a aquella mujer, pero no tan cerca como en ese momento, razón por la cual sentí que era la primera vez que lo hacía. Tenía el tamaño y ancho perfecto para mi disfrute y el de cualquiera, con venas verticales que la rodeaban dándole un aspecto apetecible y, realmente quise mandar todo al carajo en el momento que él se la tomó con una mano y delante de mí comenzó a bombearse.

—Joder —susurré por lo bajo para que solo yo me escuchara, dándome cuenta de que su agarre firme y el movimiento de su pulgar en la corona, para esparcir el líquido preseminal que la mojaba, consiguió que mi clítoris palpitara y mi vientre se apretara—. ¿Qué? —Quise saber.

El maldito había estado detallando cada gesto de mi cara cuando se tomó la base del falo y acarició sus bolas, lo que lo hizo sonreír con cabronería.

—Te voy a follar como tanto quiero, y tú callarás.

Abrí la boca indignada.

—Si no me corro, no me follarás —sentencié.

Se acercó hasta rozar nuestras narices y retuve un jadeo al sentir su polla en mi abdomen, mojándome con el líquido preseminal. Y no me negué cuando me tomó de ambos muslos hasta *obligarme* a abrazar su cadera.

—Te será difícil, pero tarde o temprano aceptarás que aquí se hace lo que yo digo, no lo que tú dices. —De un tirón rompió mis bragas y me las enseñó cuando estuve a punto de bufarle—. Tienes la palabra de seguridad y puedes decirla ahora mismo, de lo contrario, si sigues hablando te voy a follar con esta tela metida en tu boca.

Elevé el mentón y apreté mis molares, furiosa por su declaración; Samael no dio el brazo a torcer, dispuesto a que sus órdenes fueran las únicas que se cumplieran, rozando la erección en mis pliegues, provocándome con lo que descubrió que estaba siendo mi talón de Aquiles. El pulso en mi clítoris palpitó más rápido y me mordí en labio inferior, queriendo así, resistir la urgencia de inclinarme hacia él para adueñarme de su boca, tal cual seguía deseando hacerlo.

Dejé salir el aire contenido y con una maldición me rendí porque sería imbécil si creía que me haría decir semejante idiotez, y sin importarme lo estúpida que estaba siendo, pues habiendo tanto hombre, yo me encapriché con un cabronazo.

—Que el puto Amo haga lo que desee. —Concedí a mi manera.

«Acaba conmigo».

Sus palabras llegaron a mi cabeza entonces y juré darles otro sentido luego de obtener de él lo que tanto quería, incluso teniendo que ceder a sus órdenes.

Aceptó mi obediencia fingida, tirando mis bragas al piso y empujó sus caderas entre mis muslos; aquel grito que estuve conteniendo abandonó mi garganta al mismo tiempo que deslizó su gruesa polla, enterrándose por completo en mi mojado coño. El escozor por su tamaño me hizo apretar las correas en mis muñecas y, a pesar del frenesí que me invadió, lo encaré al dejarme tomar de la barbilla.

—Te morías por esto, ¿no? —gruñó con su voz seductora cuando arqueé la espalda.

Abrí y cerré la boca sin poder soltar palabra, mi piel se seguía estirando con su grosor y dolía jodidamente delicioso. Él también palpitaba en mi interior y era capaz de sentir su punta frotándome cerca del estómago. Mis pechos se rozaban al suyo por el movimiento brusco que hacía al respirar, el corazón se me aceleró con locura y jadeé cuando el aire que trataba de llevar a mis pulmones no fue suficiente al solo inhalarlo por la nariz.

—Samael —gemí al hundir mis talones en su espalda y apretar mi cuerpo al suyo con la intención de sostenerlo más cerca para comenzar a montarlo, presa de la desesperación porque volviera a

moverse.

Él empujó, forzando mi espalda a la cruz y me aferré a sus caderas como si la vida se me fuera en ello, lloriqueando por el placer desmedido que me embargó mientras ese diablo golpeteaba mis muslos por sus embistes al follarme.

—Vas a observar cómo te follo —sentenció, arrastrando el lóbulo de mi oreja entre sus dientes—. Siente lo duro que me tienes y cómo voy a disfrutar de tu cuerpo hasta correrme una y otra vez dentro de ti.

Gemí como una maldita posesa probando el sexo por primera vez y no contuve nada, dándome cuenta de que mientras me empalaba, más hambrienta me ponía en lugar de saciarme. Y me importó una mierda si le molestaba o no el escándalo a la hora de follar, me escucharía porque disfrutaría al máximo de la sensación de su polla deslizándose dentro y fuera de mí, finalmente tomándome, llenando mi vagina como si fue creado para eso.

Hundí mi rostro en su cuello para respirar contra su piel, rozando mis labios en ella de arriba abajo, dándole el placer a mi boca de sentirlo y a mi nariz de olerlo, llenándome los pulmones con su aroma almizclado por la colonia amaderada y el sudor que lo recubría.

Madre mía.

Mi sexto sentido no se equivocó, mi obsesión con ese hombre tuvo razón de peso, y nada de lo que imaginé cuando me toqué pensando en él, le hizo justicia.

—Mierda —gimoteé en el momento que enganchó un brazo por debajo de mi rodilla y con la otra en mi culo dio un tirón fuerte que me empaló más en su longitud.

Samael no era ninguna estrella del porno, era un puto dios del sexo del cual me estaba dejando hacer lo que se le antojara y quien me hacía disfrutar incluso del dolor en mi nalga por la fuerza con que la apretaba. Su polla me golpeaba cada vez más profundo y el fuego de ese roce comenzó a acumularse en mi vientre.

Eché la cabeza hacia atrás y me embelesé con sus gestos, con la oscuridad que los envolvía y la manera en que abría y cerraba la boca en cada embiste que ejercía, con la fuerza perfecta para trastornarme.

—Sé lo que estás haciendo —gruñó con el ceño fruncido y yo reí con maldad, pues como pude apreté mis paredes vaginales en torno a su grosor.

Presionó sus molares cuando afiancé mi agarre y lo volví a apretar mientras ponía carita de inocente, rodando a la vez mis caderas, montando su falo, arrancándole gruñidos y jadeos, llenando la habitación de nuestras respiraciones y el sonido de su cuerpo golpeando el mío.

—No hago nada, Señor —aseguré.

Grité cuando metió su mano entre nosotros y acarició mi clítoris ya hinchado con dos dedos. El placer aumentó, mis músculos comenzaron a arder y cerré los ojos, sintiendo el orgasmo abrirse y extenderse, a punto de estallar dentro de mi vientre.

—En este mundo sé manejarme mejor que tú, dulzura —gruñó—. Así que no me tientes porque el castigo no será bonito.

Me reí cuando dijo aquello, porque mi castigo empezó en el momento en que lo conocí y me folló la cabeza.

Siguió embistiendo sin piedad, saliendo del todo y penetrándome hasta la empuñadura. Su agarre era demoledor en mi piel, por lo que ya me esperaba las marcas que me dejaría por todos lados.

—¡Maldita sea! —chillé, pues tomó mis tetas con fuerza y apretó los pezones, rozando las yemas en los *piercings* y negando con seriedad.

—No permito que ninguna de mis sumisas, o compañeras de sexo, me quite el privilegio de tomar

lo que es mío —Detuvo sus movimientos de pronto y se salió de mi coño.

—¡No, Samael! —lloriqueé, mi respiración era una mierda.

—¿Conoces el significado de las siglas BDSM? —Sus manos seguían en mi cuerpo y me tensé cuando sentí un objeto en una de ellas, que alcanzó de algún lugar de la cruz.

Moví la cabeza en negación a su pregunta. Y sí lo había estudiado, pero justo en ese instante no estaba para recordar nada que no fuera su polla dentro de mí segundos atrás, apretándome y embistiéndome con tanta perfección. Tanto así, que mi centro palpitaba desesperado por volver a sentirlo con ese brío con el que me empotró más a la cruz.

—El BDSM es un grupo de prácticas y fantasías eróticas cuyas siglas significan: Bondage, Disciplina y Dominación, Sumisión, Sadismo y Masoquismo.

Asentí cuando acarició mi cuello y me mostró una navaja cerrada que enseguida arrastró por mi cuerpo.

¡Oh mierda!

—Espero que sepa manejar eso, Señor —dije con burla, tratando de controlarme, y sonrió.

—El bondage se basa en la inmovilización del cuerpo con cuerdas —siguió explicándome e ignoró lo que le dije—. La disciplina son las normas y hábitos a las que te tienes que adaptar como sumisa bajo mi adiestramiento. Incluyen castigos como el que te comenté que tomarás por parte de tu desacato.

Me mordí el labio para no sonreír. Quería ser buena alumna si él me seguía penetrando como lo hizo segundos atrás.

—La dominación es el papel que tomo como tu Amo en esta habitación. La sumisión es lo que ejercerás bajo mi dominio con el propósito de tu total liberación al placer. El sadismo lo conoces muy bien. —Sonrió satírico—. Es el gozo al infligir dolor físico o psíquico a otro y, por último, el masoquismo que es el placer que se obtiene mediante el dolor, también físico o psíquico. Este es el mundo del cual aceptaste ser parte, en el momento que me consentiste a meterme entre tus piernas, y el que conocerás en todas sus facetas.

Lamí mis labios al absorber todas sus palabras y no bajé la mirada cuando mis vellos se pusieron en punta por el frío metal, aun así, fui consciente de que en su otra mano tenía un vibrador y lo activó dejándome escuchar el zumbido, lo que hizo que me estremeciera y que un escalofrío reptara por mi espalda, descomponiendo más mi respiración.

Sí, definitivamente amaba el sadismo y, en ese instante, descubrí que también el masoquismo.

—Una de ellas, y la que más disfruto si mi acompañante está a la altura. —Sacó el filo de la navaja y me rozó la piel con ella, haciendo que contuviera la respiración con expectación, aunque gemí en cuanto llevó el vibrador a mi coño y me di cuenta de que por dentro mi torrente ardía, pero por fuera mi piel estaba helada—: el sadismo, es exquisito si sabes que tu sumisa también lo disfruta.

—¡Joder! —Grité con placer al sentir el corte, el éxtasis me impactó como un meteorito a la tierra. La sangre me hirvió cual lava a punto de desbordar un cráter y por un momento creí que Samael me había inoculado la droga más pura.

—Sí, sabía que no me equivocaba contigo —celebró con nuestras miradas imantadas.

El corte fue arriba de mi pecho, sutil, pero logró que un hilo de sangre escandaloso comenzara a deslizarse por mi piel. Acomodó el vibrador en mi coño y tomó con vigor mi pecho, arrastrando la lengua desde abajo para atrapar el líquido carmesí y saborearlo.

Arqueé la espalda por la combinación del escozor y el contacto de su lengua, observando cómo repetía el proceso un poco más abajo de mi montículo, cortando de forma superficial y volviendo a lamer, la vibración en mi centro me estaba llevando al borde de la locura y me mordí los labios

cuando alejó el juguete para mermar el orgasmo, que él supo que volvió a formarse en mi vientre.

—Maldita. Sea —gruñí, admirando el contraste de mi propia sangre en mi piel, necesitando cerrar las piernas por el corrientazo que eso provocó en mi centro sin que me tocara.

Samael besó mis labios haciéndome probar mi sabor metálico, consumiéndome, sus dientes mordiendo y tomando. Respiré entre el beso y saboreé la sensación de su lengua en la mía. Gemí cuando pellizcó mis pezones con un gruñido de molestia y le devolví el beso, ansiando más.

—No me gustan estas cosas —repitió y se alejó lo suficiente para evaluarme— y espero que no los extrañes, porque la única joyería que apruebe y obtendrás, será la que te ponga en el culo.

Con un rápido y preciso movimiento cortó la piel que sujetaba el *piercing* y clavó sus dientes quitando el objeto. Grité, pero no de dolor, me tenía tan estúpida y drogada con la excitación que solo deseé con locura que lo repitiera al verle la barbilla empapada de sangre y los ojos brillosos de deseo.

¡Mierda!

¿Qué me estaba haciendo?

«Dándote lo que tanto añorabas», respondió mi subconsciente y con ello me di cuenta de que deseé ese tipo de dolor y placer cuando estuve con Ace, y Samael me lo estaba dando como si me conociera de años y hubiese estado a mi lado cada vez que torturaba a alguien, comprobando lo excitada que me ponía con la sangre.

—Te conozco, Ira —aseveró y deliré con la idea de que podía leer mi mente—. Sé la afición que tienes por la sangre y lo sádica que eres en tu mundo. Yo te enseñaré a disfrutar de la tuya en el mío. —En ese momento no le presté atención a lo que dijo, solo cerré los ojos cuando repitió el proceso y se llevó mi pecho a la boca para mamarlo con ímpetu una vez que lo despojó del *piercing*.

Elevé una pierna a su cintura rozando mi cuerpo al suyo, bajo los efectos que su boca provocaba, y gemí cuando bajé la vista y me vi cubierta de sangre. Su torso se hallaba igual al mío, de su comisura desprendía un hilito de mi líquido vital y me acerqué a él, deslizando la lengua, absorbiendo con malicia.

Iba a correrme solo con vernos así. Samael definitivamente había descubierto la manera de excitarme de forma sensorial y mental, haciéndolo más intenso que la excitación física.

—¿Te gustó lo que tu Amo hizo? —cuestionó con la respiración agitada y me tomó de la barbilla cuando cogí aire—. No hace falta que respondas, tu carita me lo dice.

Cogió mis muñecas y me desató para tomarme en brazos y comerme la boca con desenfreno mientras nos movíamos por la habitación. La música en los altoparlantes continuaba y sonreí entre besos al escuchar *Gimme Love* de Rosenfeld. Una canción bastante irónica pero adecuada en ese momento, sin incluir lo de *dame amor,* por supuesto.

Samael me depositó sin cuidado con los pies en el suelo y me agarró del cabello, recostándome boca abajo en la madera de la mesa, dejando mi culo en pompa. Acomodé mi rostro de costado, observando cómo me miraba y me tomé el atrevimiento de moverme para separar las piernas.

—¡Mierda! —Mordí mis labios conteniendo un grito cuando su palma chocó en mi glúteo con fuerza.

—¿Nunca te enseñaron que es malo provocar? —Repartió el golpe en mi otro glúteo, robándome un suspiro cuando se agachó a morderlo y luego lamerlo.

El movimiento brusco de mi carne hizo que mis labios vaginales se apretaran entre sí, y con lo sensible que ya me tenía, la fricción fue dolorosa, pero jodidamente buena.

—No, Señor —respondí, vibrando con su gruñido que rebotó en mi carne.

Me giró con destreza, mis muñecas presas tras mi espalda y sobre la mesa. El deseo impreso en

sus ojos, observándome como un depredador con la mandíbula tensa, fue como otro camino directo a mi añorado nirvana.

—Excelente, porque pienso enseñártelo.

Besó mis labios con arrebato, apretando mis tetas, arrancándome un grito cuando me pellizcó adrede los pezones heridos y me giró acomodando mi cuerpo en la misma posición de antes para introducirse de golpe hasta el fondo.

—Misma regla, Ira. No te corras hasta que yo lo diga.

¡Joder!

Apreté el filo de la madera en cuanto comenzó a embestirme y a manejar mi cuerpo a su antojo, tomando mi cabello en su puño para contenerme en la mesa. Mis gemidos y sus jadeos llenaron la estancia de nuevo, sus estocadas eran mortales, obligándome a contener la respiración porque el orgasmo comenzó a construirse, esa vez con más potencia.

—¿Quieres correrte? —Nalgueó con fuerza mi culo y arañé la madera desesperada.

De nuevo estaba experimentando la misma sensación de cuando me cortó, el éxtasis, la adrenalina pura fue inoculada otra vez en mi sistema, corrían por mi torrente activando mis cinco sentidos, llevándolos al pico más alto. El sudor helado me cubrió la piel, mi respiración errática competía con la taquicardia en mi corazón y podía jurar que tenía las pupilas dilatadas.

—No, Señor —mentí en un susurro y acarició mi culo para luego abrirlo e introducirse aún más.

Sentí cada centímetro de su deslizamiento y cómo mi vagina luchaba para amoldarse a su grosor. Su falo mancillando mis músculos interiores y su punta tocando incluso lugares que no creí que fueran posible tocar, erizaron mi piel, endurecieron mis pezones heridos provocándome escozor y me arrancaron gemidos lastimeros.

—Buena chica.

Y su voz… ¡Demonios! Ese maldito tono ronco y seductor sería mi perdición total.

Contener las ganas de correrme nunca fue necesario para mí, siempre había gozado de mi orgasmo en el momento que él quisiera salir, así que no creí que fuera posible retenerlo, pero sonreí con triunfo al conseguirlo en ese instante hasta casi disiparse. Samael lo notó y jugó sucio, introduciendo una mano entre el mueble y mi cuerpo, rozando mi clítoris con dos dedos.

¡Puta madre! Me exigía que no hiciera algo, pero me tentaba a hacerlo.

Mi cuerpo perdió estabilidad al sentirlo palpitar en mi interior. Apreté los labios, agarrándome del brazo con el que Samael tomaba mi cabello mojado de sudor, y levanté un poco la mirada. Su rostro transformado en un animal estaba camuflado por la oscuridad del ambiente, sus ojos conectaron con los míos en el momento en que rotó las caderas y me enseñó los dientes, totalmente perdido en la percepción de nuestros sexos unidos, mi humedad ya goteaba por mis muslos, chocando con su piel, provocando un delicioso sonido.

Abrí la boca cuando me faltó el aire y él cerró los ojos con una fuerte exhalación, para luego levantarme hasta apoyar mi espalda en su pecho y tomar mi cuello.

Sus embestidas retumbaron en mi culo chocando sin tregua. Giró mi rostro y besó mis labios, agitado, apretando el agarre en mi piel. Chupó mi lengua y mordió mi labio inferior hasta que siseé al sentir el gusto a hierro intensificarse y me relamí bajo su atención, tomando su brazo cuando comenzó a darme donde lo quería.

—¡Joder, no pares! —supliqué y me regaló una bofetada cargada de furia.

El golpe fue como presionar un interruptor en mi pecho que hizo descender el fuego a mi estómago, transitar mi vientre y hacer que mis músculos ardieran. El humo nublándome la cabeza, comenzando a sacarme de órbita.

No me gustaba ser maltratada, pero en el sexo y con ese diablo, me estaba prendiendo como si en lugar de sudor frío mi cuerpo hubiese sido bañado con gasolina.

—Disciplina, Ira —rugió en mi nuca y volvió a clavar mi cuerpo en la mesa—. Se te olvidó el maldito respeto.

—Señor —rogué con aflicción cuando sentí un nuevo orgasmo querer explotar—. ¡Ah!

Grité como loca en cuanto hizo un nuevo corte en mi espalda y me sentí al borde del abismo, dispuesta a lanzarme gustosa ante un mar de placer que no conocí hasta que llegué a *Delirium*.

—Silencio —sentenció y ancló sus manos en mis caderas, tirando la navaja al suelo y subiendo una pierna al mueble.

Lo sentía en todas partes. Mi cabeza era un completo revoltijo, sumergida en la bruma del momento. Mi cuerpo estaba receptivo en cualquier lugar donde él posaba las manos, gimiendo descontrolada cuando sus yemas acariciaban mi piel.

Dio vuelta a mi cuerpo sin esfuerzo alguno y me tomó de los muslos, introduciéndose mientras clavaba su mirada en la mía, agarrando mis tetas y esparciendo por mi cuerpo la sangre que aún brotaba. Ya no sabía de dónde agarrarme por la magnitud de los choques y, de la nada, brotó un sollozo de mi garganta al contener lo que mi cuerpo quería expulsar por el desenfreno que Samael estaba teniendo.

—¡No te contengas, Ira! —bramó, colocando una mano en mi barbilla en el instante que sentí las lágrimas caer a mi pecho y perderse entre tanta sangre.

¡Demonios! Era tan intenso todo, que no pude evitar llorar. Mi cuerpo convulsionó cuando quise taparme la boca y Samael me lo negó, clavando mis manos junto a las suyas. Mis piernas temblaban sin control y, de pronto, las ganas de mear se me hicieron insoportables.

¡¿Qué me estaba pasando?!

—Eso es … apriétame la polla. —Su voz ronca casi se traga sus palabras.

Corrí mi rostro y cerré los ojos con fuerza al sentirme perdida en la oleada de placer que emergió al escucharlo maldecir y agilizar sus embistes. Se suponía que no debían darme ganas de mear en un momento como ese, pero mientras más me embestía, más quería llorar, correrme y orinar al mismo tiempo.

Eso era demasiado, tanto, que perdí el control de mi cuerpo y mente, mis músculos cosquillearon y se debilitaron, el corazón saltó de mi pecho y el orgasmo creció a tal punto que invadió mi cabeza y me mareó, explotando dentro de mí y descomponiéndome en miles de partículas.

—¡Mierda! —siseó Samael cuando lo comencé a mojar, desdibujando la sangre que corría por su pelvis y mis muslos—. ¡Todavía no era el momento, maldita sea!

Movió sus dedos con agilidad prolongando lo que hasta ese instante supe que era un *squirting* y creí morirme cuando el orgasmo no paró, al contrario, siguió escalando en intensidad haciéndome gritar en medio del llanto que no lograba mermar.

—¡Samael! —lo llamé.

Mis piernas temblaron sin control y las contuvo con sus manos a la vez que agilizaba sus embistes. Mi clítoris golpeaba como un tambor y traté de respirar con la intención de recuperar un poco de aliento, aunque las explosiones de placer dentro de mi estómago y entre mis muslos, pulsaban implacables y se extendían por mi piel.

—*Cazzo* —gruñó y, aunque no entendí, supuse que lo que dijo fue una maldición.

Maldijo y con ello sentí la tensión en su cuerpo, cómo sus músculos se apretaron y sus empellones se ralentizaron sin perder la potencia. Segundos después Samael palpitó en mi interior y comenzó a correrse, jadeando de una manera que no me dejó dudar que su orgasmo estaba siendo tan

alucinante como el que me provocó a mí.

Y su placer prolongó el mío.

—Ya que desobedecer es parte del encuentro, será bueno que, si gritas de nuevo mi nombre, digas el real —soltó Samael entre jadeos, tomándome de la barbilla.

Mi pecho se seguía sacudiendo por las réplicas del orgasmo, aunque la sorpresa y curiosidad me dieron un poco de lucidez.

—Y… ¿cómo te llamas? —Conseguí preguntar.

Él entrecerró un poco los ojos y frunció el ceño.

—Siendo quien eres, todavía no lo sabes —respondió curioso.

—¿Siendo quien soy? —pregunté apoyándome en los codos y gimiendo de paso al sentirlo en mi interior medio erecto—. ¿Cuál es el nombre del diablo que me tiene tan insaciable? —Quise saber, moliendo mis caderas en su pelvis para sentirlo más.

—Soy Fabio, Iraide Viteri —respondió, llamándome por mi nombre completo para dejar claro que él sí sabía a quién acababa de follarse.

Abrí los ojos de más en cuanto el orgasmo mermó completo y mi cabeza despertó con aquel nombre. Él no despegó su mirada de la mía, observándome con intensidad cuando se percató de mi reconocimiento.

—¿Fabio D'angelo? —atiné a decir con la voz ronca.

Asintió con seriedad y maldije en cuanto una risita desquiciada brotó de mí sin poder controlarla, a la vez que me limpiaba de forma patética las lágrimas que habían brotado de mis ojos sin control.

¿Me estaba follando al jodido dueño del lugar?

¡Joder! Y tuve la oportunidad de saberlo antes de encontrarme con él, pero lo dejé de lado. Y entendí hasta ese instante que, con justa razón, no encontré nada al momento de investigarlo. Era obvio que utilizaba su alter ego al ingresar al club para no mezclar sus dos vidas.

—Entonces sí sabes quién soy —señaló lo obvio al ver mi impresión— y yo sé quién eres, Iraide. Así como te informas, yo también lo hago.

Lamí mis labios y respiré profundo.

—Sé quién eres, Fabio. —Sus ojos se oscurecieron más, si es que se podía, cuando pronuncié su nombre—. Y, ya que tú también sabes quién soy, deberías tratarme mejor —recomendé y miré mis muñecas maltratadas, luego a él.

Rio por mis palabras y atrapó una lágrima para luego llevarla a su boca.

—No me das miedo, dulzura. —Acarició mi rostro y acercó sus labios, besándome con intensidad, confirmándome que él en realidad sabía quién era yo. No la mujer de negocios, sino la puta tirana—. Al contrario de eso, me pones duro.

No mentía, lo comprobé cuando sentí su erección completa dentro de mí y jadeé en cuanto se movió.

¿De verdad no necesitaba más tiempo para recuperarse?

—¿Otra ronda, Señor? —inquirí con sorna y me gané una bofetada que no me lastimó.

Darme cuenta de que él sabía quién era yo en realidad, me liberó de una atadura invisible que no supe que tenía, hasta ese instante.

—No seas descarada —susurró para luego comenzar a acariciar mis muñecas al verlas enrojecidas —. Siento lo receptiva que estás y, ya que eres atrevida, quiero que te abras de piernas porque te voy a comer el coño.

Salió de mi interior, dejándome sentir cómo su semen corrió por mis nalgas. Me acomodó en la mesa sin perderme de vista y abrí las piernas en cuanto se agachó para quedar a la altura de mi coño.

Siseé con fuerza cuando sopló y luego lamió mi clítoris, desencadenando un grito de sorpresa al morderlo, asaltándome tan rápido y mirándome desde abajo con satisfacción.

Santa mierda.

Era sucio, sin escrúpulos. Demostrándome que el sexo se disfrutaba mejor cuando no existían límites y se dejaba la vergüenza en un rincón junto a los tabúes y remilgos.

—¡Fabio! Oh, Dios —grité.

Succionó mi clítoris dentro de su boca y yo me chupé los labios, perdida en lo que me hacía. Abrí más los muslos y lo tomé del cabello sin saber siquiera si iba a apartarlo o a sostenerlo para que no dejara de comerme como si estuviera muriéndose de hambre. Convulsioné con sus lamidas en mi brote hinchado y sensible, eché la cabeza hacia atrás y apreté los ojos mientras él volvía a mordisquearme, succionando y lamiendo, yendo alrededor, trazando círculos con la lengua, zambulléndose y reclamándome.

No soportaría mucho con lo demandante que era en esa zona, sus manos codiciosas tomaban mis piernas con fuerza, hincando los dedos en mi carne y manteniendo la misma posición para que no lo privara de lo que me estaba haciendo.

—Pequeña perra sucia —musitó contra mi piel. Erguí la cabeza y abrí los ojos, él alzó la mirada sin dejar de lamer mi clítoris—, tienes un buen coño.

Tomé aire a través de mis dientes y me presioné contra él, sintiendo que iba a correrme con solo verlo lamer mi raja sin dejar de mirarme a los ojos. El maldito diablo lucía sexi con todo lo que hacía y entre mis piernas era alucinante.

—*Me cago en todo* —gruñí en español cuando se zambulló y deslizó la lengua en mi entrada.

Apoyé la cabeza en la madera, perdida en el placer que Fabio me daba y grité ante la invasión de sus dos dedos, acariciando una zona que me dejó inmóvil y sin habla por unos momentos, al sentir una vez más las ganas de orinar.

¡Puta madre! ¡Así no!

Me corté por un instante y él se dio cuenta.

—No me niegues nada —demandó a la vez que arrastró mi manojo de nervios entre sus dientes y curvó los dedos en mi interior, construyendo un dolor profundo—. Córrete, Ira. Dame todos los orgasmos que quieras. Vamos, moja mi maldita boca.

—¡Sí! —grité y empuñé su cabello con más fuerza, el orgasmo ya se había acumulado profundamente en mi vientre y lo sentí venir—. ¡Oh, maldición! ¡Fabio! —Lloriqueé cuando mi cuerpo se liberó.

Me sentí desfallecer en cuanto pegó su boca, bebiendo todo sin dejar escapar una gota. Mi cuerpo temblaba sin control y me obligué a coger una bocanada de aire, dándome cuenta de que mis pulsaciones estaban por todas partes, pues esa vez el orgasmo me recorrió de pies a cabeza, sin dejar ni una zona afectada por tal formidable placer.

—¿Por qué privarme de esto? —preguntó él, tras dar un último beso en mi clítoris—. Si eres un manjar —declaró con una mueca curvando sus labios, limpiándose la barbilla empapada con el dorso de la mano, relamiéndose los restos de mi placer.

Nunca tuve un *squirting*, por lo que me hizo sentir un poco insegura creer que a él le molestaría que le mojara el rostro. Y darme cuenta de que en lugar de eso lo disfrutó, me confirmó el nivel del hombre con el que acababa de follar.

Me tomó con delicadeza al darse cuenta de que no podía responder, dejando de lado su faceta dominante. Me acomodé el cabello mojado y apoyé una mano en mi pecho al sentir mi corazón queriendo salirse por lo rápido que iba, intentando calmarme.

—Hemos acabado por hoy —avisó y lo miré—. Tu cuerpo está llegando a su límite y es mejor parar en la primera vez, o luego no podrás estar en pie.

Asentí totalmente de acuerdo y me sujeté a él cuando me alzó y enseguida me recostó en la cama.

—Te diría que aún puedo con más, pero sabes que te estaría mintiendo —admití y él sonrió de lado—. Todavía me siento en el cielo, déjame aterrizar.

Su gesto ladino creció y tras eso me llevó a su pecho y comenzó a acariciar mi espalda mientras me terminaba de recuperar. Me apoyé en su hombro cuando lo noté perdido y lo tomé de la mejilla para que me prestara atención.

—Ha sido un placer volver a *acabar* con usted, Señor —dije satisfecha y me nalgueó, escondiendo su rostro en mi cuello.

—*Il piacere è stato mio, dolcezza* —respondió y, aunque no hablaba italiano comprendí lo que dijo porque sonó parecido a mi idioma natal—. Ha sido exquisito al fin poder probar a un ángel de fuego —añadió y tras eso me comió la boca, acariciando mi cabello.

«Un ángel de fuego que podía quemarte, Fabio D'angelo».

Pensé mientras correspondía a su beso y sonreí por ello.

CAPÍTULO 17

Iraide

Me reí como una estúpida al leer el archivo que Ace me envió, con toda la información de Samael, una que ya había tenido en mis manos gracias a Faddei, pero fichada con otro nombre.

Fabio D'angelo. Esa era la identidad real del tipo que me mantuvo obsesionada por semanas, y con justa razón.

Jamás lo negaría ni me arrepentiría de haberlo buscado una semana atrás para que me diera la follada de mi vida, incluso cuando fui a parar con mi médico de confianza al siguiente día, gracias a los cortes que me hizo en los pezones para deshacerse de mi joyería.

—No tienes nada de qué preocuparte, Ira. La verdad es que quien te extrajo los piercings *es un profesional, puesto que hizo un corte que cualquier cirujano envidiaría y, aparte de eso, tuvo los cuidados necesarios, ya que están cicatrizando de maravilla —halagó el doctor Andrews.*

En ese momento solo negué y sonreí satírica.

Por supuesto que era un profesional, un neurocirujano de los mejores en el país para ser exactos. Un hombre ítalo americano de cuarenta y ocho años que follaba como un puto dios del sexo. Graduado de Harvard, con maestrías de las mejores universidades de Italia, Londres y España. Soltero hasta la fecha, del tipo solitario y enigmático, muy reservado con respecto a su familia y su vida fuera del hospital neurológico y la clínica de salud mental donde trabajaba.

Por eso lo dejé de lado cuando vi su expediente, y porque no lucía igual en su foto de archivo a cómo se veía en persona, y menos en el papel de Samael, un *diavolo* seductor que reinaba en su mundo como el mejor de ese infierno.

—Vaya *diavolo* —musité, amando cómo se escuchaba ese mote en italiano, perfecto para él.

Cerré los ojos un momento y eché la cabeza hacia atrás cuando recordé aquella noche y la sorpresa que me llevé luego de que me folló con rudeza y sadismo. Y no es que Frank o Nick no hubiesen sido atentos conmigo (y no incluía a Ace, puesto que lo nuestro fue carnal y cada uno se encargó de lo suyo luego del polvo), lo fueron y mucho, pero Fabio fue capaz de llevar ese momento también a otro nivel desconocido para mí.

—No sería digno de tener este club si solo te follara con tanta rudeza y te dejara sola luego para que te ocuparas de ti misma —me dijo cuando me tomó en brazos y me llevó hacia una tina llena de agua tibia.

Me lavó como si hubiera sido una mujer incapaz de asearme a mí misma y le pedí que no lo hiciera porque me sentí boba, pero él alegó que parte de ser un Dominante implicaba también el cuidar de la mujer que tomaban como sumisa, y así yo no hubiera sido una ejemplar, igual merecía el trato que como Amo quería darme.

Tras asearme me envolvió en una toalla y me llevó a la cama para desinfectar los cortes que me hizo y, cuando estuvo satisfecho con su trabajo, me pidió que descansara y que no saliera de la habitación hasta que me sintiera con fuerzas.

No se quedó conmigo y en cuanto avisó que se iría sentí un golpe en mi ego bastante fuerte y lo notó.

—Ver tu cuerpo con mis marcas me pone mal, Ira —explicó y me tomó la mano para llevarla a su polla y que la tocara por encima de la tela del pantalón, haciéndome palpar lo duro que estaba.

Mi cuerpo no solo tenía los cortes sino también las marcas de sus manos, una cortesía de mi piel extrablanca que hacía que todo quedara impregnado en mí por más tiempo del normal.

Y, a pesar de mi cansancio, mi coño reaccionó a su dureza, mis pezones escocieron por los cortes recién hechos al ponerse duros, y deseé sentirlo de nuevo en mi interior, ya que, así me encontrara satisfecha, mi deseo por él era fácil de provocar únicamente con verlo.

—Recupérate y vuelve —pidió.

Bajó el torso para estar a mi altura y se acercó a mi boca, tomándola con deseo, cogiéndome de la nuca y apretando su agarre, sin dañarme, solo para demostrar que no fingía sus ganas por mí. Fabio se contenía porque en su mundo yo era una novata que aún no lograba pasar de lo que, para él, era un primer asalto.

—¿Lo harás? —Quiso saber al dejar de besarme.

Un hilo de saliva nos mantuvo unidos y cuando se cortó nos miramos a los ojos. Su verde esperanza se había vuelto turbio gracias a la oscuridad que el deseo provocaba, y sabía que mi azul grisáceo estaba igual de sombrío.

—Tal vez —susurré sobre su boca y lo acaricié con mi aliento hasta lamerle la nariz.

Sonrió con malicia tras mi respuesta y se irguió en toda su altura dispuesto a marcharse y dejarme descansar.

—Lo harás —aseguró a modo de despedida.

Sonreí con la misma malicia de él.

Y no lo culpaba al asegurar tal cosa, puesto que le había demostrado que podía ser fácil con él, lo hice al volver luego de que aseguró que lo haría. Sin embargo, acabados los misterios entre nosotros, juré que esa vez sería Fabio D'angelo el que me buscaría a mí.

Y no fue un juramento en vano.

Pensaba cumplir (así me muriera de ganas por volver a verlo y sentirlo), ya que, por mi parte lo había buscado demasiado y, aunque follara como un dios, lo que vivimos en esa sesión fue bilateral, por lo que era más que justo que el hombre también hiciera su parte si quería repetir.

—¿Podemos hablar? —preguntó Faddei sacándome de mis pensamientos y asentí.

—Toma asiento —pedí cuando llegó frente a mí.

Lo hizo enseguida.

—Ha llegado una invitación para ti —informó y me la entregó.

La abrí de inmediato y vi que se trataba del Hospital Neurológico, me invitaban a la inauguración de la expansión del área de cuidados intensivos, para la cual me pidieron ayuda. Se llevaría a cabo el viernes siguiente a las diez de la mañana y esperaban contar con mi presencia.

—Deja que Ace se encargue de cuadrar lo del siguiente cargamento, tú me acompañarás el viernes a la ceremonia de inauguración —avisé y asintió.

—Acabo de recibir información importante sobre los movimientos del detective Duncan Dunn —prosiguió a hablarme de lo que lo llevó a mi oficina y asentí.

Giselle me dejó advertida la otra vez, luego de marcharse de mi oficina, y decidí poner manos sobre el asunto para descartar cualquier sorpresa, ya que al final de todo, el cabrón de Bailey plantó su semilla y así se quisiera retractar de lo que hizo, había personas que se regían por la moral, y el detective Dunn era uno de ellos.

—Le han respondido de Nueva York y le enviarán refuerzos para estudiar el caso y tomarlo ellos, ya que, así el hospital pertenezca a Washington, su fundador es de Nueva York.

—Bien, entonces espero que hagan un buen trabajo y así dejen de joder pronto —bufé.

Faddei siguió poniéndome al tanto de lo que logró investigar, e incluso se atrevió a proponer que me acercara a Giselle para que ella nos pasara información, cosa que me provocó tremenda carcajada, porque si la relación con mi hermana ya era difícil, donde se enterara de que la quería usar

como informante, entonces terminaríamos matándonos antes del tiempo.

Y así fuera difícil de creer, no quería matar (en el proceso) a mi madre de un infarto.

Esa tarde, tras salir de la oficina y recibir una consola de juegos que había pedido para Adiel, tomé a bien visitarlos y pasar el rato con él y nuestra madre. Ella decidió hacer una comida especial para mí al enterarse de que llegaría y, cuando estuve con ellos y mi hermano me recibió con la felicidad de siempre (sobre todo al ver su regalo), entendí que lo que Gigi me dijo no fue más que la verdad.

Yo no perdería a mi hermanito si lo seguía consintiendo como a él tanto le gustaba. Esa era mi triste realidad.

—*¡Hola, familia!* —gritó Giselle en español y miré a mamá con el ceño fruncido cuando la escuché.

—*No me vayas a decir nada y respeta mi deseo* —advirtió ella, también en español porque solíamos hablar en nuestro idioma cuando estábamos juntos, y negué con ironía. Pero callé como pidió y reí sardónica cuando Giselle entró a la cocina (donde nos encontrábamos) y al verme perdió todo el entusiasmo con el que llegó.

Me encogí de hombros, diciéndole así que no era mi maldita culpa, y negó con la cabeza al entender que nuestra madre (de nuevo) nos había reunido sin preguntar antes si deseábamos, o no, vernos.

Ambas fuimos inteligentes al no decir nada y tras saludar a mi madre con un beso en la mejilla, Gigi buscó a Adiel en la sala de estar y desde la cocina admiré cómo esos dos se llevaban de bien, hablaban de cierta chica que había despertado el interés de nuestro hermano y Giselle lo aconsejaba en lo que debía hacer, o qué comprarle, para halagarla en su primera cita; mi hermana incluso sabía jugar lo que sea que Adiel estuviera jugando en la consola y escuché sus carcajadas cuando uno se burlaba del otro si perdían.

—¿*Tú no sabes jugar esas cosas? Deberías unírteles, aquí en la cocina ni me ayudas* —señaló mamá con la *sutileza* que la caracterizaba y negué con una sonrisa burlona.

—*Ni sé jugar ni quiero joderles el rato entre hermanos, así que mejor miro lo que haces* —repliqué y fui ágil al tomar en el aire un pedazo de zanahoria que me lanzó.

Me lo llevé a la boca y ella negó divertida al ver que me comía el arma que utilizó para dañarme.

Mi móvil comenzó a vibrar con una llamada segundos después y decidí declinar sin importarme quién fuera, poniendo enseguida el aparato en modo avión para que no me jodieran más, puesto que así no fuera una hija ejemplar, no me gustaba que me interrumpieran en los pocos momentos que tenía en familia.

—*Ya te lo he dicho miles de veces, Iraide, pero no es malo que te lo repita una vez más* —habló mamá rato después, e imaginé el tema que tocaría al percatarme de que seguí viendo a Gigi y a Adiel jugando en la sala—: *ellos son más unidos porque crecieron juntos, mientras tú estabas trabajando aquí para que no nos faltara nada, así que no te sientas culpable de no tener una relación como la que tienen tus hermanos* —pidió y respiré hondo.

—*Ya lo sé, señora Viteri* —respondí—. *Ya me he hecho a la idea de que únicamente soy, en sus vidas, una especie de padre ausente que pierde lo mejor de su familia por dedicarse solo al trabajo.*

—*Y lo que te dijo Gigi sobre Adiel no es cierto* —siguió y en ese momento mi hermana se acercó a la cocina, pero mamá no la vio porque le daba la espalda—. *Yo sí creo que tu hermano te amaría igual, le dieses o no todos esos regalos, pero ya sabes cómo es tu hermana; a ella siempre le encanta llamar la atención y quiere conseguirlo a toda costa.* —Mis ojos se desorbitaron cuando madre soltó tal cosa.

Lo hicieron porque Giselle presenció todo y noté el cambio en su rostro al escuchar eso de nuevo, le dolió igual que la primera vez que nuestra madre se lo dijo, justo cuando la policía la llevó a casa tras haberla encontrado en una playa después de dos días desaparecida.

—¡Cállate, Giselle! No repitas tonterías y deja de intentar llamar la atención de forma tan patética —le gritó mamá a mi hermana esa vez.

Gigi era una chica tierna y hasta fácil de lastimar con palabras, pero esa vez nuestra madre se pasó con lo que le dijo, así que entendí que llorara y sollozara con tanto sentimiento.

—¡Tú no sabes lo que viví! ¡No tienes ningún derecho de decir eso! —le gritó mi hermana.

Yo me hallaba sentada en el sofá, con las manos en la cabeza, tratando de controlarme para no matar a esos policías que no podían darme una maldita respuesta de lo sucedido.

—Solo eres una chica mimada, Giselle. Deberías aprender de tu hermana, ella sí que es una mujer fuerte que solo ha luchado sin quejarse para darte todo lo que tienes, y como una malagradecida le pagas así.

—¡Joder, mamá! No le digas esas cosas —pedí yo, harta de escucharlas pelear.

Giselle tenía dieciocho años y sí, era una chica rebelde como cualquiera y no merecía que nuestra madre fuera así, y menos que la comparara conmigo cuando claramente a su edad, yo ya me había vendido con tal de obtener una mejor vida y me la pasaba bebiendo y fumando para olvidarme de mi mierda.

Gigi no había respondido nada más esa vez, solo corrió a su habitación y se encerró. Le pedí que me abriera y el miedo de que cometiera una locura me llevó a tumbarle la puerta, cosa que sirvió para empeorar la situación entre nosotras, puesto que lo tomó como un ataque.

Ese mismo día, por Adiel me enteré de que no era la primera vez que nuestra madre le decía tal cosa a Gigi, sus comparaciones conmigo eran constantes y al parecer, según ellos, fue lo que llevó a que mi hermana se perdiera por dos días, pero tarde me di cuenta de que todo iba más allá de un capricho de ella.

Tres años más tarde para ser exacta.

—Como siempre, Giselle llamando la atención —ironizó Gigi en inglés y meneé la cabeza sabiendo lo que se venía—, queriendo poner en mal a su hermana ejemplar —añadió y mi madre bufó exasperada al percatarse de su presencia.

Respetaba a mamá más de lo que me respetaba a mí misma, pero eso no me impedía ver lo cabrona que era con Giselle, incluso así le pidiera de una y mil maneras que cambiara con ella.

—No vayan a comenzar, por favor —gruñí entre dientes.

—¡No, hermana! No te preocupes, no voy a comenzar nada porque, aunque no lo creas, ya no me afecta que nuestra madre siempre quiera dejar claro que aquí la única buena eres tú. Lo he entendido ya, en serio, mamá —apostilló Giselle y solté el aire que estaba reteniendo.

Pero no lo hice de alivio, fue más para prepararme, ya que no se venía tranquilidad.

—¡Aleluya! —satirizó la señora Viteri.

—No me mires así, que no soy yo la que te está provocando —repliqué para Gigi cuando me observó con furia.

—Me encantaría saber si seguiría siendo la misma contigo si no la tuvieras como la tienes, ya que, por lo que veo, así como tú eres *un ejemplo* para mí, ella lo es para Adiel.

—¡Mamá, no! —grité, pero fue en vano.

Le giró el rostro a mi hermana de una fuerte bofetada y maldije al ver semejante escena.

Era una mierda no tener buenos momentos y peor aún, que cuando estaba a punto de obtener alguno, de la nada surgieran cosas como esas que lo jodieran todo en segundos. Giselle se llevó una mano a la mejilla para aliviar el escozor y miró a mi madre más dolida que antes por lo que le hizo.

—¡Demonios! ¡¿Será que algún día voy a tener una maldita familia normal?! —espetó Adiel al darse cuenta de lo que pasaba y Giselle estuvo atenta a cogerlo de los brazos para calmarlo.

Nuestro hermano era asmático como ella y en muchas ocasiones situaciones como esas les

desencadenaban ataques, por lo que Giselle dejó de lado lo que pasó con nuestra madre y se preocupó más en calmarlo.

—No vuelvas a hacer esto, mamá —le exigí al ver ese caos.

Y no me refería solo a que no volviera a golpear a mi hermana, o a decirle de nuevo lo que dijo, sino también a que no propiciara otra *reunión familiar,* puesto que quedaba más que claro que juntos éramos una mierda.

Tomé el móvil que había dejado en la mesa y decidí marcharme, entendiendo que yo podía ser el sustento de la familia, pero también la manzana de la discordia. Lo había comprobado por las cámaras de vigilancia implementadas en casa de mamá para su seguridad, pues en muchas ocasiones espié sus cenas familiares y fui testigo de sus bromas y risas.

Pero bastaba que yo estuviera presente para desatar el infierno.

Era como si cuando decidí vender mi alma al diablo con tal de darle lo mejor a mi familia, el pago hubiera sido que, a cambio de la estabilidad económica entregaría mi felicidad con ellos, porque desde que tuve solvencia suficiente para vivir tres vidas sin preocuparme por ponerle agua la leche y que así alcanzara para todos, no volví a tener paz con mi núcleo familiar.

—¿Tienes un cigarrillo? —pregunté a Faddei y negó.

Me miró preocupado al verme salir de casa de mi madre tan pronto, cuando le avisé que me quedaría a cenar con ella, pero no dijo nada intuyendo lo que había pasado estando mi hermana también en casa.

—Yo tengo, mi señora —avisó Kadir y sacó uno.

Lo tomé de inmediato y tras eso él acercó un mechero para encender el cigarrillo.

—¿A dónde vamos? —Quiso saber Faddei luego de abrir la puerta de la camioneta para mí y tras subirme la cerró.

—A donde sea que obtenga un poco de paz —pedí luego de darle una larga calada al cigarrillo.

Retuve el humo en mi interior y lo disfruté hasta el punto en que cerré los ojos.

Tenía años sin fumar y tampoco lo hacía tan seguido antes de dejarlo por mucho tiempo, pero después de esa fallida reunión con mi familia necesitaba de la nicotina para soportar el estrés y la frustración que sentía. Y me dolía que mi hermana me odiara, aunque también le daba toda la razón; me lo gané a pulso y mi madre no me ayudaba a mejorar las cosas.

—Conque esta es tu idea de un lugar que me da paz —solté con burla a Faddei cuando se detuvieron frente a mi casa de préstamos.

—Lo es si abres esa caja fuerte que tienes y charlas con el amor de tu vida —replicó irónico y negué.

Pero también me reí porque el maldito calvo tenía razón. En muchas ocasiones como esas corrí a la oficina y saqué el corazón de Nick para charlar con él, así que, todavía riéndome bajé del coche y me adentré al lugar.

El personal se había ido media hora atrás, por lo que el silencio que me recibió fue como un masaje a mis tímpanos. Al encerrarme en mi oficina puse música suave y luego metí la clave correspondiente en la caja fuerte para sacar aquel tarro de vidrio y posarlo en el escritorio.

En ese instante, y al verlo, comprobé que mentía cuando decía que no confiaba en nadie, puesto que confié en Nicholas Cratch antes y confiaba más en él cuando ya no podía decir ni pío. Sonreí al

ver el corazón y lo acaricié sobre el cristal para enseguida comenzar a hablar con él.

—Lo mismo que te puso aquí es lo que me trae una y otra vez a buscarte, ¿irónico, no crees? —Satiricé.

Comencé a hablarle de todo lo que había hecho en esas semanas y hasta detallé demás lo que pasó con Ace y Fabio, de cierta manera me regocijé al restregarle lo que hice con otros hombres y tras un rato pegué tremenda carcajada por mi monólogo. Cualquiera que me viese en esa oficina hablando con un corazón me llamaría loca… o maniática. Pero no me importaba, ya que para mí era una terapia.

La única diferencia estaba que, en lugar de charlar con un vivo, lo hacía con un muerto y viéndolo desde un punto de vista inteligente, hasta resultaba mejor porque no corría el riesgo de que me traicionara.

—Ira —me llamó Faddei y tocó la puerta.

—Pasa —lo alenté.

—Afuera se encuentra el doctor Fabio D'angelo y pide verte —avisó y me senté de golpe.

Me halló medio recostada en la silla de mi escritorio, con los pies sobre él mientras veía el corazón.

—¿Estás seguro de que es él? —inquirí incrédula y asintió.

—Según nuestros archivos de investigación y su identificación personal, es él —confirmó.

Jamás esperé que me buscara justo en ese momento y menos que supiera dónde encontrarme, pero admitía que saber que estaba a unos pasos de mí me cambió el humor de inmediato y sonreí como niña que se había portado bien y obtenido lo que tanto deseaba.

—Deja que pase —demandé con emoción.

—Te daré unos minutos para que guardes a *tu amor* —ofreció él, añadiendo lo último en español, siendo considerado y me reí.

Para todo mi personal era sabido que había algunas cosas que me gustaba más decirlas en mi idioma natal, por lo que Faddei u otros hombres que pasaban más tiempo conmigo, tendían a aprenderlas.

—Hazlo pasar ya, Faddei. Le he hablado mucho a *mi amor* sobre Fabio, así que voy a presentarlos —avisé y sus ojos se desorbitaron de una manera muy cómica por la sorpresa que le provocaron mis palabras.

Pero ni siquiera se atrevió a preguntar si estaba segura, ya que, él bien sabía que cuando yo decía que haría algo, no era para admitir cuestionamientos luego.

Y Fabio ya me había investigado bien, y al saber tanto mis gustos y acertar de una manera tan increíble con lo que intuyó que me gustaría cuando estuvimos juntos, entendí que lo de conocerme no era solo por encima. Su investigación tuvo que ser bastante exhaustiva como para tener la certeza de que me encantaría el sadomasoquismo.

Pero, sobre todo, para saber mis movimientos.

Me puse de pie y me acomodé la falda de cuero negro y el cabello, tras eso me acerqué al pequeño refrigerador para sacar una botella de licor y hielo.

Agradecí ir vestida de una manera sensual y pensé en premiar a Kiara porque a veces se lucía con las cosas que me regalaba, ya que, el *body* negro que estaba usando me lo dio ella. Era de tela transparente, sin mangas y solo unas tiras de terciopelo a los costados, que se traslapaban en el medio, protegían mis tetas para que no se vieran. Se abrochaba justo en mi perineo y la tanga quedaba perfecta en mi trasero.

Las botas altas que cubrían hasta arriba de mi rodilla también eran negras y un *blazer* en color

caramelo y mi cabello rojo, le daban el toque vivo a la oscuridad en mi ropa.

—Adelante —le dijo Faddei al abrir la puerta y caminé hacia el escritorio para sentarme en el borde de este con media nalga.

Vi a Fabio asentir hacia mi hombre y cuando entró a la oficina y me miró, sentí que todo a nuestro alrededor se intensificó y le sonreí mordiéndome el labio.

—Doctor D'angelo —saludé y tomé los bordes del escritorio.

—Señorita Viteri —respondió.

Ese hombre era altísimo y me lamí los labios al detallarlo de pies a cabeza.

Irónico que él también fuera vestido todo de negro esa vez, con el cabello rizo medio alborotado y su barba rubio-oscura recortada. Su fragancia inundó la oficina y respiré hondo para llenarme de ella.

Olía a poder y sensualidad.

—Conque… le ganaron las ganas de verme. —Satiricé y una de las comisuras de su boca se curvó, regalándome una sonrisa de cazador que me hizo cruzar las piernas.

—Más bien, las ganas de saber si no te había provocado la muerte luego de la follada que te di —soltó con chulería y logró que le sonriera mostrándole todos los dientes.

—Pues de ser así, le aviso que llega justo después del funeral y ahora se encuentra hablando con un fantasma. —Jugué con él.

Y me lamí los labios al verlo caminar hacia mí. Menos mal Faddei fue considerado y cerró la puerta antes de dejarnos solos.

—¿Un fantasma o un demonio? —inquirió cuando estuvimos frente a frente y tuve que alzar la mirada para poder verlo a los ojos.

—El demonio es usted, Samael —susurré—. Un *diavolo* en realidad —me corregí y me satisfizo su reacción, pues en ese momento fue él quien se lamió los labios al ver los míos y deseé lanzarme a su boca para devorarla, pero decidí controlarme y no demostrarle la emoción que me provocaba que me hubiese buscado.

—¿Es lo que pienso que es? —inquirió de pronto al ver el tarro detrás de mí y me reí.

—¿Un riñón? —bromeé y me miró con diversión—. ¿Quieres un trago? —Ofrecí.

—No necesito alcohol para que confirmes que es un corazón el que tienes metido ahí, pero te lo acepto.

Negué y me mordí el labio, para no seguir sonriendo como estúpida, y me erguí acercándome un poco más a él a la hora de voltearme para servir el trago. Abrí la boca y solté un jadeo silencioso cuando presionó su pecho a mi espalda y de paso rozó la pelvis en mi culo.

Le serví el trago tratando de controlar el temblor en mi mano y tras eso serví uno para mí.

—¿A quién perteneció? —musitó en mi oído y sentí que toda mi piel se erizó.

Me complacía de una manera inimaginable que no se inmutara ante mí y lo que sabía que hacía, puesto que su pregunta salió más con curiosidad y no con temor.

—Al amor de mi vida —confesé.

Contuve un gemido cuando cogió mi cabello y lo hizo hacia un solo lado, luego trazó la piel de mi cuello con las yemas de sus dedos consiguiendo que el fuego en mi vientre se avivara y mi clítoris pulsara rápido.

—¿Así de intensa eres? —continuó con su cuestionamiento.

—Solo tomé lo que era mío antes de matarlo, él juró que su corazón me pertenecía, así que… ahí lo tienes —expliqué.

Me giré para que estuviéramos de nuevo frente a frente y le entregué su vaso con *bourbon*, alzando

el mío para que brindáramos.

—¿Le arrancaste el corazón porque se negó a amarte? —reviró burlón y sonreí de lado.

Bien, el doctor tenía un buen sentido del humor. Y como me lo aseguró en su club, no sentía ni una pizca de miedo por mí, o por lo que era capaz de hacerle.

—No, se lo arranqué porque me puso una ridícula frase de seguridad a la hora de follarme —respondí fresca y le sonreí a la vez que le guiñé un ojo antes de llevarme el vaso a la boca.

Ese «húmeda» se lo haría pagar y él lo sabía.

Bebí mi trago de un sorbo y lo vi hacer lo mismo con el suyo.

—Tendría que haber sido más original —sentenció tras eso y negué.

—¿A qué has venido en realidad, Fabio? —inquirí yo entonces para dejar de irnos por las ramas.

Me miró a los ojos y su intensidad al hacerlo fue capaz de acelerarme el corazón.

—A follarte —declaró directo y antes de que pudiera decirle algo, me cogió de la nuca y unió su boca a la mía.

En ese momento entendí que Samael era dueño de *Delirium*, pero Fabio D'angelo se creía dueño del jodido mundo y estaba dispuesto a hacer todo lo que se le antojaba conmigo.

CAPÍTULO 18

Iraide

Correspondí a su arrebato demostrándole que también lo seguía deseando, y si no lo busqué fue solo porque me propuse que él me buscara a mí.

Y lo había hecho. Estaba ahí, en mi oficina, jurando que me follaría de nuevo.

Y si continuaba así, era seguro que lo lograría, sobre todo cuando me vi envuelta en esa bruma de gozo que únicamente él podía darme, al tomar mis labios de una manera arrebatadora y diestra. Y de paso estaba aprendiendo que le gustaba llevar el control en todo lo que hacía; en ese momento, por ejemplo, tenía el poder consigo incluso al abrir mi boca con la suya e introducir su lengua con rudeza, acariciando la mía mientras sus manos no perdían la oportunidad y me rozaban los muslos hasta llegar al borde de la falda y palmear mi trasero al notar lo estrecho que era mi *body*.

—Diría que lo hiciste a propósito, pero como no sabías que vendría, no sé si sentirme molesto o excitado por cómo estás vestida —comentó aún con sus manos en mi culo, magreándome con ansias.

Intentó volver a mis labios, pero no se lo permití y tomé el impulso de alejarme cuando una idea surcó en mi cabeza y lo miré coqueta, lamiendo mis labios.

Su rostro estaba tenso, a la espera de lo que iba a hacer, y cambió hasta que entendió lo que buscaba al impulsarme en el escritorio y apoyar las manos en la madera, abriendo las piernas lentamente para que apreciara lo ajustada que me quedaba la prenda también en mi entrepierna.

—Prefiero lo excitado, aunque si estás molesto no me quejaría. —Lo vi apretar la mandíbula y quise sonreír—. Un polvo con enojo es exquisito y ¿quién soy yo para negarme a eso?

Acercó sus manos a mis piernas sin responder y las abrió más, observando la fina tela, relamiéndose al encontrar los pequeños botones que facilitarían todo. Mi cuerpo entró en tensión al palpar dos de sus dedos acariciar el tejido y, con un simple tirón, abrió la zona descubriendo que ya me encontraba *húmeda*.

¡Perfecto!

Sus ojos se conectaron con los míos al ver la prueba de lo que me provocaba su simple presencia y vi la diversión en ellos, además del regocijo por confirmarme (no solo con palabras) el poderío que tenía en mí.

—Una palabra de seguridad ridícula, pero muy acertada, ¿no crees? —satirizó.

—Idiota —le dije. Dibujó una sonrisa ladina en su rostro y juré que me correría solo con ver el gesto que me regaló a continuación.

Entreabrió la boca y luego se lamió el labio inferior para terminar mordiéndolo. Gemí con el placer visual y carnal, ya que continuó sus caricias, tomando mi clítoris y luego rozándolo con sus yemas, haciéndome jadear por el corrientazo que desencadenó ese simple toque y su gesto.

Su cuerpo se pegó al mío al introducir un dedo en mi interior y rogué para que Faddei tuviera el cuidado de no interrumpirme ni dejar que nadie más lo hiciera, puesto que todavía era muy pronto para mostrarle a Fabio lo que era follar conmigo teniendo cuerpos inertes a nuestros pies.

Gemí cuando rotó el dedo, palpando el punto justo para que mis piernas comenzaran a temblar y añadió otro sin perder de vista mis reacciones, absorbiendo con sus ojos lo mucho que me gustaba lo que hacía.

—Joder —murmuré apretando el borde de la mesa y lo tomé de las solapas de la camisa cuando necesité sus labios sobre los míos.

Esa vez fue mi turno de comerle la boca, tomar el poder y su voluntad en cuanto me dejó llevar el control unos instantes para luego, con su mano libre, cogerme de la nuca y separarse de mí.

Mi respiración era errática por la adrenalina que me provocaba el encuentro, nuestros ojos se conectaron y sin soltar mi nuca me hizo bajarme del escritorio y dar unos pasos hacia atrás, girándome para darle la espalda a la puerta, luego de eso me despojó de mi ropa, dejándome únicamente con las botas puestas.

Su mirada recorrió mi rostro y tragué con dificultad al sentir que me quemó con la intensidad que su verde olivo transmitía, llegó a mi cuello y continuó hasta detenerse en mis pechos y detallar mis pezones, los acarició con suavidad, notando su satisfacción al comprobar que ya se hallaban sanos y como si nunca hubiesen tenido *piercings*.

Enseguida arrastró los dedos por todo mi abdomen hasta llegar a mi vientre y jadeé en cuanto una vez más abrió mis pliegues y deslizó los dedos gracias a mis fluidos. Gemí con placer absoluto y me aferré a su mano para no desvanecerme.

—De rodillas, Iraide —ordenó de pronto con la voz ronca.

Mi corazón se aceleró con ese tono que utilizó y recordé que fue el mismo de la primera vez que nos vimos, seguro y sin aceptar el desacato de ninguna manera. E incluso cuando yo me quería negar a obedecer, solo por probar que no me dominaba, mi cerebro actuó en mi contra.

Respiré profundo y acaté su orden cuando me miró con seriedad, sin derecho a réplica. Flexioné las piernas para ponerme de rodillas, aún con sus dedos en mi interior, y me hizo bajar sin dejar de masturbarme, probando mi resistencia como el cabrón que era.

Liberó mi coño en cuanto puse las rodillas en el piso y me abrí de piernas, apoyando mi culo en los tacones de las botas, subiendo las manos con lentitud sobre sus muslos, admirando el bulto que esperaba con impaciencia mi toque. Llegué hasta su cinturón, tocando con la palma su falo y lo escuché gruñir al demorarme más de lo que esperaba.

Me mordí los labios excitada, abriendo su pantalón, descubriendo un apretado bóxer gris que quise bajar, pero su mano me impidió hacerlo y levanté la cabeza, confundida al verlo negar. Acarició mi rostro y entreabrí la boca en cuanto acercó el pulgar a mis labios y se lo chupé tal cual deseaba chuparle la polla.

Ese hombre parecía muy bien entrenado para no perder el control, sin embargo, la oscuridad de su mirada y la manera en la que apretó la mandíbula cuando seguí chupando su dedo, me demostró que estaba a segundos de mandar todo a la mierda.

—¡No uses las manos! —sentenció, sacó con suavidad el dedo de mi boca y caminó hacia atrás hasta posarse en el escritorio.

Toxic, en una versión bastante lenta, estaba sonando en mi reproductor, con la voz de una chica que no reconocí, pero que llenó el ambiente en mi oficina de más sensualidad y morbosidad. La melodía me hizo sonreír de lado y cuando Fabio se acomodó en el escritorio lo seguí, aunque gateando como una pantera, contoneando las caderas y demostrándole que más que mansa, era calculadora y medía el terreno.

Él maldijo al verme levantar el culo en el proceso, únicamente con mi cabello rojo echado hacia los lados y con las botas como único objeto ajeno a mi cuerpo.

Volví a acomodarme de rodillas cuando estuve a centímetros de distancia y me acerqué a él, llevando las manos hacia atrás, agarrando los tacos para contener la tentación de tocarlo, sacando la lengua y levantando la mirada.

—Como ordene, *Señor*. —Concedí y me deleité al verlo tragando con dificultad por primera vez. Abrió la boca para responder y jadeó cuando no esperé por lo que diría y, en su lugar, lamí desde abajo sobre la tela del bóxer, pestañeando con inocencia al sorber un poco de saliva, anticipando lo que le esperaba.

Tomé el bóxer con mis dientes, bajándolo poco a poco y agradecí en mi mente que él bajara el pantalón hasta sus muslos, desenfundando juntos su polla que me recibió gustosa cuando, nuevamente, saqué la lengua y lamí la punta brillosa por el líquido preseminal.

—Su palabra de seguridad tendría que ser similar a la mía, Señor —pronuncié con un poco de diversión y di un lametazo en su corona degustando su placer.

Me volvió loca lo dura que se le puso solo con ese toque y cómo Fabio tomó con fuerza el filo del mueble, conteniéndose cuando abrí la boca e intenté engullirlo completo, respirando por la nariz para poder soportar su calibre, hasta que la punta tocó mi garganta e incluso así, pasé de un poco más de la mitad.

Esperé unos momentos en cuanto una leve quemazón se instaló en mi garganta y me la aclaré con él aún dentro, desatando una vibración que Fabio recibió gustoso, cerrando los ojos y respirando profundo. Comencé a mover la cabeza saboreando su polla, lamiendo su tronco y mordiendo apenas su punta hinchada, fascinada por cómo con una simple caricia podía tenerlo a mi merced, aunque sabía muy bien que él me estaba dando el poder, disfrutando de lo que le hacía.

Mi boca se llenó de saliva al agilizar los movimientos y la dejé caer en su falo en el instante en que él abrió los ojos y miró justo cuando el líquido bañó toda su longitud. Me tomó del cabello con fuerza y noté que había abandonado su poco uso de razón en cuanto introdujo toda su polla hasta tocarme de nuevo la garganta, moviéndome a su antojo, queriendo profundizar aún más si se podía.

—*Ecco, Iraide. Mangiala tutta* —«Eso es, Iraide. Cómetela toda», gruñó y, aunque no entendí nada, supuse que me estaba animando a seguir haciendo lo que hacía, pues empujó un poco más dentro de mi boca al punto en que mis ojos se llenaron de lágrimas al sentir las arcadas.

Traté de tomarlo con las manos al verme perdida en la lujuria del momento, pero una palmada en mi mejilla me lo impidió y lo observé molesta. Lamió sus labios y quiso volver a meter su polla en mi boca, mas no se lo permití; en lugar de ello tomé su tallo en mis manos, masturbándolo mientras que con el brazo me limpiaba la saliva.

—Ira —ordenó y me hice la tonta. Seguí con lo mío hasta que se inclinó y me tomó de la barbilla con fuerza, obligándome a mirarlo—. Solo la boca, Iraide —repitió.

Me cogió ambas manos al ver que no quería cooperar y me las enlazó entre sí, cogiendo mis dedos con los suyos, llevando mis brazos aprisionados hasta mi nuca. Ejerció fuerza cuando intenté liberarme y apretó aún más su agarre forzándome a desistir de mi escape, acomodando una vez más mi cuerpo a su antojo. Abrí la boca en cuanto lo demandó metiendo el pulgar en ella y se lo chupé de nuevo como si fuera su polla, luego de eso esperé a que volviera a follarme, no obstante, se agachó un poco y me besó, demostrando con ese gesto que, a pesar de su rudeza, no desatendía a la persona con la que estuviera.

Volvió a follarme con ímpetu, clavándome la polla hasta la garganta con desenfreno, hablando entre murmullos, diciendo lo mucho que le gustaba cómo se la chupaba, admirando lo que mi boca podía hacer y, tuve que apretar las piernas al sentir un hilo de mi humedad chorrear entre mis muslos.

Notó lo excitada que me encontraba y liberó su agarre, tomándome de los brazos.

—Súbete al escritorio. —Su voz era tan ronca que apenas capté lo que dijo. Vio que mis piernas no me respondían, por lo que me tomó en brazos y barriendo todo lo que estaba a su paso, me

acostó boca arriba, dejando mi cabeza suspendida hacia el suelo—. Prometo que tendré cuidado con el amor de tu vida —avisó y alcé la cabeza en cuanto escuché el crujir de los vasos en el piso.

No pudo haberme importado menos, aunque sonreí cuando colocó el tarro del corazón en un librero cercano y tras eso me guiñó un ojo.

¡Jodida mierda! No esperaba que se asustara, pero tampoco que disfrutara con mis atrocidades. Y con eso estaba descubriendo que a lo mejor era Samael quien usaba su alter ego como Fabio D'angelo y no al contrario.

Volvió a colocarse delante de mí, dejando su polla lista para que la volviera a lamer y me tomó de las manos, poniéndolas en la misma postura detrás de mi nuca al mismo tiempo que me abrió las piernas y apoyó su pecho en mi estómago, acercando su boca a mi coño, sintiendo cómo un hilo de saliva mojaba mi clítoris.

Gemí cuando capturó entre sus dientes mi bulto hinchado y lo chupó para luego pasar la lengua, haciendo un sonidito de gusto por el sabor de mi vagina.

—¡Carajo! —Jadeé al sentir su dedo en mi interior y quise cerrar las piernas mientras yo también se la chupaba, pero me lo impidió palmeando mi muslo interno.

—Quieta —ordenó y volvió a lamerme completa.

Nunca había probado la posición del sesenta y nueve de esa manera, con la cabeza suspendida en el aire, sintiendo así que su falo llegaba más profundo en mi garganta; y estaba segura de que luego de Fabio, mis estándares en el sexo cambiarían por cómo me gustaba lo que iba descubriendo.

Mi cuerpo se sincronizó con el suyo, quien me comía como si supiera a la perfección qué puntos tocar para llevarme al cielo, demostrando con su hábil boca que podía desarmarme en un suspiro.

La oficina se llenó de jadeos, gemidos y gruñidos por parte de los dos, acompañando la música sensual que seguía sonando, ambos moviéndonos en concordancia, buscando nuestro placer, pero también proporcionándolo; atendiendo cada uno de nuestros pedidos sin siquiera hablar, comunicándonos con nuestros cuerpos.

Levanté la pelvis cuando por segunda vez en mi vida, sentí ganas de orinar y un ardor intenso justo en mi entrada, mis paredes vaginales se apretaron y el corazón se me aceleró llevándose consigo a mi respiración y nublándome más la cabeza. Él lo notó y clavó su boca en la entrada de mi coño, a la espera de que mi orgasmo se desatara.

—Fabio —avisé con temor cuando la bola en mi vientre quiso explotar y lo sentí acariciar mis piernas con mimo.

No quería cometer la misma locura de cuando estuvimos en su club, estando él tan cerca de mi coño y traté de contenerme.

—Lo sé, tranquila. No te contengas por nada ni nadie, Iraide, porque no tienes idea del manjar que estás a punto de darme —murmuró sobre mi clítoris y eso bastó para que, con su polla en mi boca, me dejara ir.

Quise gritar en cuanto el primer chorro salió con fuerza, tomando en mi boca aún más de él, chupando desesperada cuando acarició mi clítoris y más líquido salió haciendo temblar sin control mis piernas, sintiendo cómo su boca se tragaba todo lo que salía, sin tabúes, con morbo y desesperación.

Liberé su polla en el momento en que me sentí desfallecer y apreté los ojos con fuerza, cerrando mis piernas al no poder aguantar más su toque por lo sensible que ese orgasmo acababa de dejarme.

Fabio acarició mi vientre con sus labios húmedos por mis fluidos, llegando hasta el valle de mis pechos y se entretuvo unos segundos con mis pezones, pasó enseguida a mi cuello para luego agacharse hasta llegar a mi boca y fusionar nuestros sabores. El acto podía ser sucio con cualquiera,

menos con él; con ese hombre todo se sentía correcto y era increíble que siempre se fuera un nivel arriba de lo que esperaba que me podía dar.

Me dejé llevar por sus labios y lengua experimentada hasta que se separó poniéndose de pie y volvió a apretar su agarre en mis manos. Me miró desde su posición y lo vi sonreír de lado, complacido por lo que estábamos haciendo y se cogió la polla con la mano.

—¿Abro la boca, Señor? —pregunté como niña buena y asintió comenzando a masturbarse.

Llegó rápido, no tuvo que hacer mucho trabajo, ya que se encontraba al límite, como si hubiera esperado a que me corriera primero para luego dedicarse a su placer y me gustó eso, me halagó que pusiera antes mi gozo que el suyo y abrí la boca incluso más, sacando la lengua muy dispuesta a disfrutar de su semen sin pudor alguno cuando salió disparado a mi lengua y lo escuché gruñir.

Me tragué todo lo que tenía para mí tal cual él lo hizo conmigo, descubriendo que su sabor no era salado ni fuerte como había experimentado en el pasado; al contrario, era agradable, intuyendo con eso que también era muy cuidadoso hasta en su alimentación para que no supiera mal.

Le costó un momento volver a la realidad, con su respiración agitada al igual que la mía. Y me liberó, notando mis manos rojas por la presión. Me ayudó a incorporarme y le agradecí por la presión que sentía en mi cerebro al estar tanto tiempo de cabeza.

Acomodé mi cabello que se había vuelto indomable y lo vi a él componer su ropa y abrochar su pantalón para luego tomarme del rostro y besar mis labios con lentitud, degustando mi lengua con la suya mientras me llevaba al filo del mueble para ayudarme a vestirme de nuevo.

—Voy a pasar de la ropa un momento —le avisé y con el tacón de la bota abrí el cajón grande y hondo del escritorio y lo dejé ver una manta que siempre mantenía ahí para cuando me quedaba a dormir en la oficina.

—No tienes la cabeza de algún amante envuelta con esa manta, ¿cierto? —inquirió y pegué una carcajada.

—No, los hombres pierden la cabeza por mí y me entregan solo su corazón —informé con chulería y con una sonrisa irónica cogió la manta.

La extendió y luego la envolvió en mi cuerpo desnudo, pero antes de cerrarla al frente se deleitó viendo una vez más mis pezones, percatándose de que todo estuviera bien con las incisiones que practicó en mí.

—La próxima vez que te la chupe, espero que no me duela la cabeza como ahora —comenté y lo vi mirarme con sorpresa y luego sonreír abiertamente, acariciando mi mejilla.

—La próxima vez podría atarte para que te quedes quieta. —Apostilló y me reí porque estaba segura de que lo haría.

Nos quedamos unos segundos en silencio, viéndonos directamente y luego respiré satisfecha.

—¿Te quedarás un rato más? —pregunté y se sentó en la silla del escritorio quedando frente a mí.

—¿Por qué no has vuelto al club? —Quiso saber y con una agilidad tremenda me cogió de las caderas hasta que me sentó a horcajadas en su regazo.

—Voy a humedecerte el pantalón, Fabio —advertí.

—Me acabas de mojar la polla, Ira, el rostro también. ¿Qué importancia tendrá que sigas con mi pantalón? —señaló y apreté los labios para no reírme—. Responde a la pregunta que te hice antes —demandó y me encogí de hombros.

—Desde que nos vimos por primera vez fui yo la que siempre te buscó, así que era justo que tú también hicieras un poco de esfuerzo —confesé y curvó un lado de su boca.

—¿Tan segura estabas de que iba a buscarte? —cuestionó y alzó una ceja.

—Estás aquí, ¿no? —repliqué, jactándome de lo que conseguí que hiciera y sonrió sabiendo que

tenía un punto.

Me acarició el rostro y terminó metiendo un mechón de mi cabello detrás de mi oreja y tras eso, se irguió un poco para alcanzar mi boca y darme un beso casto. Lo cogí de la nuca cuando trató de alejarse y uní mis labios de nuevo a los suyos, esa vez besándolo de verdad y disfrutando de mi sabor que todavía persistía en su lengua.

Y solo nos separamos cuando el aire nos faltó.

—Vuelve al club —pidió de pronto y admiré sus labios rojos por mis besos, él acarició el mío con el dedo pulgar.

—¿Qué quieres de mí en *Delirium*? —cuestioné.

—Enseñarte a ser mi sumisa —confesó— y mostrarte lo que aún no conoces de mi mundo.

—No nací para someterme ante nadie —le aclaré.

—Es que no te someterás ante nadie, Iraide —señaló él y lo miré con el ceño fruncido—. Te someterás a mí —aclaró seguro.

Nos miramos a los ojos cuando dijo eso y segundos después terminé sonriéndole.

—No te prometo que me someteré, pero sí que lo intentaré. —Concedí entonces y vi su gesto de satisfacción con mi respuesta.

Ya le había entregado mi control y ni siquiera se había dado cuenta.

O al menos eso creía.

CAPÍTULO 19

Iraide

El viernes al fin había llegado y en lugar de Faddei, era Ace quien me acompañaba a la ceremonia de inauguración, gracias a que el informante de la estación policial llamó para pedirle al calvo que se reunieran, pues tenía nueva información importante que darle. Por lo que tuve que dejarlo ir, ya que eso me interesaba más.

—Quién lo diría —ironicé cuando Ace llegó a casa por mí.

Sonrió y me guiñó un ojo, tras eso abrió la puerta de su coche para mí.

Iba vestido para encajar, en otras palabras, igual que todos los demás. Con un traje negro muy casual y una camisa blanca por dentro del saco. Su cabello parecía que solo lo peinó con los dedos, pero ese era un toque personal suyo que lo hacía lucir muy caliente. Y sí, llevaba puestas las gafas de Gigi, así que entendí que, en efecto, las tomó como suyas.

Aunque hubo algo en su rostro que me llamó más la atención que eso: no tenía tatuajes en sus pómulos, y si antes no lo noté fue precisamente porque las gafas de mi hermana me lo impidieron, pero al estar de lado no los vi y me extrañó.

—¡¿Qué carajos pasó con tus tatuajes?! —cuestioné y sonrió de lado.

Fue una sonrisa de *al fin lo notaste.*

—Siempre los maquillo cuando estaré en público. Ya sabes, esos tatuajes son parte del Ace hijo de puta, no del caballero que tienes a tu lado —respondió seguro y alcé las cejas.

Pero apreté los labios para no reírme porque estaba hablando en serio y, aunque me pareció una locura, no lo juzgué, pues cada loco teníamos el derecho de actuar como quisiéramos.

—Aunque el cabrón se vista de seda, cabrón se queda, Ace —refuté y lo escuché reír—. Si no, mírame a mí —añadí.

—Los cabrones únicamente nos identificamos entre sí, mi reina. Quien no me conoce, vestido de seda me cree el mejor de los caballeros y nunca se imaginará que cuando nadie me ve, podría ser capaz de degollarlo —aseguró y lo miré—. Trato de pasar desapercibido y sé que los tatuajes en mi rostro no me ayudan, por lo que, los escondo a conveniencia —explicó.

Aunque, lo cierto era que con tatuajes o sin ellos, Ace no era un hombre que pudiera pasar desapercibido tan fácil.

—Como digas. —Le concedí sin embargo y me sonrió.

—Por cierto, logré infiltrar a mi gente como parte del personal que servirá en la velada, ya que tuvimos que prescindir de los guardaespaldas —avisó cuando se puso en marcha.

Gracias a la investigación que intentaban reabrir, tuve que dejar a mi gente fuera para no levantar ninguna sospecha que los llevara a mis otros negocios, donde sí podrían encontrar algo que les incitaría a seguirme los talones y no lo permitiría.

—¿Pudiste obtener la lista de invitados? —inquirí y lo vi asentir sin dejar de mirar la carretera.

Lo admiré, tenía una forma de conducir que me gustaba. Era seguro y firme, señalando con ello que incluso si se movía en caminos turbios, se manejaba bien y sin arrepentirse de nada. Sin duda alguna Ace era el tipo de *fuckboy* con el que hubiera enloquecido años atrás; un tipo que me hubiese tenido en sus manos en un santiamén.

Pero, para suerte suya, llegó a mi vida en un momento donde un dominante bastante cabrón en su

ámbito me tenía chorreando las piernas. Porque babear por él era poco para lo que en realidad me provocaba.

—Todos son médicos y benefactores, nada de qué preocuparte a excepción de Sophia Rothstein, la legisladora estará presente y hasta dará un discurso. Pero no es una mujer estúpida como para decirte algo si te ve, aunque sus indirectas serán filosas —advirtió y medio sonreí.

—La maldita tiene suerte de que me guste permanecer en las sombras —señalé.

—No creo que esta vez consigas permanecer en las sombras, mi reina. —Apostilló y lo miré esperando a que se explicara—. No tienes idea de lo difícil que me es contenerme para no tirar del escote de tu vestido y comprobar si llevas sostén debajo de él —soltó y me lamí los labios con malicia.

Estaba usando un vestido en color granate, tenía mangas pequeñas, pero mis hombros quedaban desnudos y por lo mismo el escote era recatado. La tela se pegaba a mi cuerpo y me revestía con sensualidad y formalidad a la vez, para *encajar* en el evento. Llegaba abajo de mis rodillas por lo mismo, y lo acompañé con unos zapatos negros de punta y tacón de ocho centímetros.

—¿Seguro que solo quieres comprobar eso? Porque si es así puedo bajarlo por ti para que lo veas de una vez —lo provoqué y me senté de lado.

Mis pechos tenían el tamaño perfecto para llenar una mano grande y vi a Ace apretar la suya en la palanca del coche.

—No, también deseo ponerte de espaldas, cogerte ese cabello que llevas tan lacio en mi puño, y lamer cada peca de tus hombros mientras te penetro —soltó y me mordí el labio.

Fui una total perra al quitarme un zapato y extender mi pierna para llevar el pie hacia su regazo y con suavidad comencé a acariciarlo de arriba hacia abajo, abriendo la boca y simulando un jadeo mientras comprobaba lo duro que se encontraba.

—¡Mierda! —siseó y me reí.

—¿Sabes del tipo que me visitó en mi oficina hace unos días? —pregunté sin dejar de mover el pie en su polla.

—Fabio D'angelo, el hombre del cual investigué para ti, uno de los neurólogos del hospital hacia donde vamos. Samael en su mundo —confirmó, demostrándome que ya sabía mucho del que pretendía ser mi Dominante.

Y que iba por buen camino para lograrlo.

—Entonces si sabes eso, también entiendes que no me visitó solo por cortesía y que, si voy a su club no es únicamente para beber *Bombay Saphire* —continué y gimió en el momento que hice un movimiento con mi pie, y le encantó según su gesto de placer.

—Me gusta imaginar que es solo por los tragos —musitó y eso, aparte de que me hizo reír, también provocó que dejara de tocarlo y regresara a mi lugar como una copiloto normal.

—No tengo nada con él, como tampoco lo tengo contigo, Ace. Nuestros encuentros han sido meramente carnales, igual al que tuvimos tú y yo en el museo, pero no soy una mujer que guste de acostarse con dos o más hombres a la vez, mientras le estoy entregando mi cuerpo a uno de ellos, así que… deberás dejarme en las sombras esta vez —aconsejé y vi cuando sin pena alguna se acomodó la erección.

—Será como quieras, mi reina. Pero si cambias de opinión, ya sabes lo que deseo hacerte —dijo en tono pícaro y negué divertida.

Me gustó mucho su respuesta porque fue la de un tipo que no se cagaría en lo importante por no saber separar lo personal de lo laboral. Al contrario, Ace tenía muy claro todo y me confirmó con eso que no buscaba más que placer cuando follamos, y tampoco pretendía aprovecharse de ello.

Cuando llegamos al hospital y nos estacionamos, me pidió que esperara porque quería abrir la puerta por mí, entorné los ojos, pero lo dejé ser un caballero y en cuanto estuvimos afuera me ofreció su brazo para caminar juntos.

Había reporteros por todas partes y muchísimos policías resguardando el lugar, así que, que Ace infiltrara gente como el personal de cáterin fue la mejor decisión para mantenernos protegidos incluso dentro de la guarida de los lobos.

Amanda Grey nos recibió al entrar, era la administradora del hospital y mi mejor aliada dentro del lugar después de los infiltrados. Y, antes de llevarnos al salón donde se ofrecería una pequeña recepción, nos dio un recorrido por la construcción y remodelación que se realizó en el área de cuidados intensivos y, aunque ya lo sabía, volvió a informarme que los pacientes habían sido trasladados a otra zona mientras se llevaba a cabo la nueva obra.

—Doctor Gonzales, señora Gonzales —saludó Amanda al presidente del hospital y su esposa Melissa—. Una de nuestras invitadas especiales al fin ha llegado —informó y me señaló con cortesía.

—¡Iraide! Qué honor que pudieras acompañarnos —dijo el doctor Tomás Gonzales al verme y le sonreí a la vez que hice un asentimiento hacia él.

—Doctor, señora Gonzales —correspondí también.

No era de saludar con beso en la mejilla ni agarrones de manos y ellos al conocerme lo evitaron. El doctor miró a Ace a mi lado y carraspeé incómoda al darme cuenta de que estaba olvidando *mis modales*.

—Lo siento, él es Ace… —miré a Ace esperando a que él me ayudara a seguir con su apellido y le alcé una ceja en advertencia cuando solo sonrió divertido, dejándome pasar esa vergüenza para asegurar que, ni en ese instante lo soltaría—, Ventura —terminé entonces.

Me mordí el labio para no reírme en el momento que él me miró indignado y me encogí de hombros.

—Es un gusto conocerte, Ace —pronunció el doctor con educación y le tendió la mano.

—Lo mismo digo —respondió Ace y correspondió al saludo—. Señora —siguió con Melissa, ella alzó la mano tomando la de él.

Ace se inclinó para besarle el dorso como todo un caballero y me reí en mi mente por lo buen actor que estaba resultando ser.

—Es curioso que te llames y apellides tal cual el detective de mascotas —comentó Melissa sin ánimos de ofender a Ace, yo seguí apretando mis labios para no descoserme a carcajadas.

—Me lo dicen constantemente —respondió él con diversión fingida—. Qué graciosa —bufó entre dientes al llegar a mi lado.

—Tu culpa por llevártela de misterioso conmigo. —Zanjé y la pareja frente a nosotros nos miró con curiosidad y diversión.

El doctor Gonzales comenzó una conversación luego de eso y nos comentó todo lo que tenían planeado para la inauguración, además aprovechó a presentarnos con otros de sus colegas y, siendo cortés y atento conmigo, no nos dejó solos y siguió acompañándonos hasta que un doctor alto, musculoso, de cabello rubio oscuro y exudando poder por los poros, hizo acto de presencia.

Tomé una copa de vino junto a los demás, cuando un mesero nos ofreció, y di un buen sorbo para tragarme la impresión de verlo en otra faceta de su vida, aunque luciendo igual de sexi y caliente, provocándome unas ganas tremendas de meterlo a cualquier habitación y follármelo con su bata puesta, utilizando el estetoscopio en su cuello para retenerlo muy unido a mí.

—¡Fabio! —Escuché al doctor Gonzales decir.

—Mira qué sorpresa, mi reina —murmuró Ace con diversión y lo miré con advertencia.

—Como digas algo que no debes, te aseguro que te llevaré directo a mi museo al salir de aquí —le advertí y me observó con picardía.

—Tu museo me gusta, me trae recuerdos deliciosos —susurró llegando muy cerca de mi oído y carraspeé.

—Te quiero presentar a alguien muy importante aquí —informó el doctor para mí, recuperando mi atención. Miré a Ace diciéndole sin palabras que esa vez no le gustaría ir a mi museo si la cagaba.

Acto seguido le sonreí al doctor Gonzales en respuesta y evité mirar hacia donde sabía que Fabio iba caminando, ya que su mirada intensa me erizó la piel.

—Qué bueno que llegas, colega. Quiero presentarte a nuestra mayor benefactora, Iraide Viteri —dijo Tomás cuando Fabio llegó a nosotros y lo saludó con un apretón de mano, y a su esposa con un beso en la mejilla—. Ira, él es nuestro mejor neurocirujano aquí, Fabio D'angelo. —Lo presentó conmigo.

Hasta en ese momento me digné a mirarlo y alcé la barbilla demostrándole que así mi entrepierna estuviera escurriendo por el deseo que sentía hacia él, podía comportarme simplemente como la benefactora del hospital. Una mujer seria que nada tenía que ver con la gatita que noches atrás le estuvo chupando la polla como el mejor dulce del mundo.

—Es un placer conocerlo, señor… doctor D'angelo —me corregí de inmediato y vi el amago de sonrisa que me regaló.

«¡Qué hija de puta era a veces!» Y no lo pensé por halagarme en ese momento.

—El placer es mío, señorita Viteri —aseguró él y cuando no vio mi intención de darle la mano o saludar de beso, sonrió de lado.

Desvió la mirada hacia mi lado y quise darme un golpe en la cabeza cuando, de nuevo, olvidé mis modales. Miré a Ace y él colocó una mano en mi espalda baja advirtiéndome así que no volviese a ponerle apellido, y mordí el interior de mi mejilla, aunque me percaté de que Fabio no pasó desapercibido el toque de mi chico.

—Él es Ace, un amigo —atiné a decir.

Ambos se asintieron como saludo y sentí la tensión que se formó entre nosotros en un santiamén, pero agradecí que la señora Gonzales se deshiciera de ello sacándole charla a los hombres que nos rodeaban.

Sin embargo, seguí sintiendo las miradas de Fabio cuando los demás no se daban cuenta, excepto Ace por supuesto, él estaba al tanto de cada respiración que dieran sobre mí y llegó un momento en el que creí que el honorable doctor D'angelo me arrastraría a una habitación del hospital y me haría pagar por no darle la atención que merecía.

Aunque ambos éramos conscientes de que era mejor fingir no conocernos.

—Mira, cariño. La legisladora Rothstein al fin llega —indicó la señora Gonzales hacia su marido y con Ace nos miramos preparándonos para el espectáculo.

—Confío en que esa mujer hará grandes cosas —comentó Tomás.

—¡Salud por eso! —exclamé y alcé la copa. Todos tenían una, así que me acompañaron en ese brindis hipócrita que ofrecí.

—Colega, me comentaron que has ido a cenar con ella en algunas ocasiones —mencionó el doctor Gonzales hacia Fabio y lo miré atenta a su respuesta.

—Los comentarios están a la orden del día por aquí —respondió Fabio con ironía.

Los demás se rieron de ello, incluso yo, pero no él.

Estaba comenzando a notar que sonreía poco, la mayoría del tiempo era un hombre serio y su única diversión real la encontraba al follar como un dios.

—Si son ciertos te felicito. Sophia es una excelente mujer y la mejor compañera que podrías tener —siguió Tomás y Melissa lo secundó, animada y alentándolo a que no dejara de frecuentarla.

Miré a la viuda de Frank entonces y la detallé bien, rubia, esbelta y con un relleno de labios que le quedaba perfecto, no lo negaría. No era fea, al contrario, bastante hermosa y se cuidaba muy bien. Y, aunque lucía los años que tenía, que eran los mismos de Fabio, él se conservaba mejor para su edad y nadie jamás pensaría que ya pronto entraría a los cincuenta.

Y sí, los esposos Gonzales tenían razón al opinar que Sophia era una excelente compañera de vida para el respetado doctor D'angelo, pero dudaba mucho que lo fuera para Samael.

—¡Fabio! ¡Doctor Gonzales! —expresó Sophia al verlos y acercarse, saludándolos con emoción y confianza—. ¡Melissa! Qué agradable sorpresa verte aquí —añadió hacia la señora Gonzales.

—Hombre, qué honor que hayas podido venir —replicó Tomás—. Mira, te presento a una gran amiga mía y del hospital, Iraide Viteri —añadió él como un gran anfitrión.

Deseé haber llevado a Kiara conmigo a ese evento para que gozara con la cara que la senadora hizo al tenerme de frente al fin. Fue todo un poema. Y sabía que me conocía por fotografías, pero jamás tuvo el honor de verme en persona hasta en ese instante y por más que la política la hubiera entrenado, su ceño fruncido la delató conmigo y, sobre todo, el movimiento que hizo su garganta cuando se obligó a tragar para digerir con saliva el trago amargo que era verme.

—Senadora Rothstein, es un verdadero placer conocerla. Soy fan de su lucha y trabajo y confío en que logrará grandes cosas —pronuncié con mi mejor tono de voz.

Ese que muchas veces envolvía en bruma a los más ilusos. Y le sonreí con dulzura, mostrándome ante ella como una verdadera seguidora. Acto seguido le presenté a Ace y este mostró de nuevo sus actos de caballero.

—Gracias, Ace e Iraide. —Ofreció, demostrando que estaba bastante familiarizada conmigo. Y cómo no, si hasta compartimos al mismo hombre—. Y créeme que ese es mi plan, lograr grandes cosas —prosiguió como toda una campeona luego del saludo de Ace.

—Cuente conmigo para lo que desee, se nota que usted es de las mías —añadí y así los demás no lo supieran, ella sí entendió que, en otras palabras, le dije víbora hipócrita.

Porque yo era una y no me excluiría jamás.

—Gracias. Lo tomaré en cuenta —aseguró y tras eso puso una mano en el brazo de Fabio—. ¿Podemos hablar un momento? —le pidió y él asintió.

Ambos se despidieron de nosotros y enseguida desaparecieron de nuestras vistas.

Seguimos hablando con los Gonzales y junto a Ace fingimos a la perfección que nada fuera de lo común acababa de pasar, incluso disfrutamos de la recepción que organizaron y aplaudimos ante cada discurso que se dio. Y ya no volví a cruzar palabra alguna con Fabio, aunque sí me percaté de que siguió acompañando a Sophia y logré escuchar algunos comentarios que los invitados hacían sobre ellos.

Todos buenos, por supuesto, alabando y deseando que entre esos dos llegara a formarse algo serio, ya que un doctor tan ejemplar e inteligente, era lo que la bella viuda necesitaba a su lado para complementarla y que su imagen como senadora tuviera más peso.

Bufé ante eso cuando me asqueé, puesto que así Sophia y yo tuviéramos un pasado turbio y nos manejáramos en diferentes extremos del mundo, por experiencia propia sabía que no necesitábamos de ningún hombre, por muy poderoso que fuera, para tener una imagen de peso que valiera más que nuestra inteligencia.

—Hora de fingir tu fanatismo, mi reina —animó Ace en mi oído y le di un codazo que lo hizo gemir.

Se hallaba a un paso detrás de mí y su presencia y altura me arropaban como si yo solo fuera una mujer delicada e indefensa que lo necesitaba para sentirme protegida. Dijo eso justo cuando la viuda de Frank se subió al pódium para dar su tan esperado discurso.

Combatir la delincuencia, el veneno que estaba matando a su gente y no desistir hasta dar con el paradero del juez Wright, fue lo que predominó en su discurso y me reí, así como aplaudí en cada palabra que salió de su boca. Pero, a decir verdad, era buena en eso de transmitir esperanza y fingir bondad; y si no hubiera sabido lo que hizo con su esposo, o que seguía codeándose con Ronald Ward, hasta le hubiese creído como todos los demás.

Se bajó del pódium entre aplausos y vítores, sonreí cuando buscó a Fabio y lo besó en la mejilla, era como si de alguna manera usara el poderío del tipo para que viesen en ella a una mujer más respetable, ya que, así el doctor D'angelo se comportara como un hombre serio e implacable que solo deseaba alejarse del mundo y repelía los buenos tratos, muchos lo veían con un gran respeto.

—Gracias por tu presencia, Iraide. La gente y todos nosotros agradecemos tu buen corazón —dijo Tomás cuando la ceremonia terminó y decidí marcharme.

Muchos de los invitados estaban dispersos y la mayoría rodeaba a Sophia felicitándola por su labor.

—Es un placer para mí ayudar. Cuando lo desees ya sabes dónde encontrarme —respondí—. La ceremonia ha sido todo lo que esperaba —finalicé y luego asentí hacia él, su esposa y los demás que se iban acercando para despedirse también.

Ace caminó detrás de mí en cuanto terminó de despedirse, aunque pronto llegó a mi lado y de nuevo me ofreció su brazo. Enlacé el mío y le sonreí.

—Hora de quitarnos las máscaras, Ace Ventura —avisé aliviada cuando llegamos afuera y entornó los ojos—. Y, por cierto, ya extraño tus tatuajes —admití.

—Y yo los *piercings* en tus tetas —soltó y le di un golpe en el brazo.

—No te pases —advertí, pero contuve la risa.

—No vuelvas a ponerme ese apellido, mi reina —pidió él y abrió la puerta del coche para mí.

—Entonces dime el real —reviré y negó sonriendo de lado.

—Soy solo Ace y no te hagas la loca con lo de los *piercings,* sé que no los llevas y también los extraño —siguió insistiendo y me mordí el labio.

Yo también los extrañaba y pensaba volver a ponérmelos, incluso cuando corría el riesgo de que me los volvieran a arrancar.

Pero los riesgos nunca detuvieron a Iraide Viteri ni la detendrían jamás.

—¿Nos *vamos*? —inquirió con picardía y alzó una ceja.

Por supuesto que entendí el doble sentido.

—Ella se *vendrá*… pero conmigo —aseguró una voz ronca y oscura que nos sorprendió a ambos y miramos a Fabio a unos pasos de nosotros—. Tú puedes irte solo si tanto lo deseas —añadió lacónico hacia Ace y alcé las cejas por la sorpresa que me causó su tono.

—¿Solo porque tú lo dices? —retó Ace demostrando que también manejaba su poderío.

—Iraide —me llamó Fabio ignorándolo—, ven conmigo. —Miré a mi alrededor y vi a las personas saliendo del hospital para marcharse, ensimismados en sus mundos.

Tras eso sentí a Ace observarme y lo miré, él frunció el ceño sorprendido porque no dije nada y, en cambio, sospesé la posibilidad de irme con Fabio.

—Te veo más tarde en mi casa —avisé, dejándole claro mi decisión.

—Búscala hasta mañana porque no volverá hoy —corrigió Fabio y lo miré abriendo mis ojos de más y sonriendo irónica por su atrevimiento.

Le dije que intentaría ser su sumisa, pero si pretendía decidir por mí en todo, estábamos yendo por rumbos equivocados, y se lo aclararía para no cometer más errores que me hicieran poner su corazón a un lado del de Nick.

—¿Mi reina? —inquirió Ace, demostrando que solo acataría mi orden.

—Búscame mañana. Por hoy, me encargaré de dejar claros ciertos puntos —advertí segura, viendo a Fabio y caminando hacia él.

Se la pasaría porque no aclaramos bien las cosas la noche en mi oficina, pero desde ese día el doctor D'angelo tendría que aprender que en su mundo eran sus reglas. En el mío, me regía únicamente por mis reglas.

Sumisa posiblemente solo con él, pero siempre una tirana sádica ante los demás.

CAPÍTULO 20

Iraide

Mi paso fue seguro y mi mirada altiva puesta directo en los ojos verdes de Fabio, mientras él me observaba caminar en su dirección. Hizo un ademán queriendo tocarme y negué de inmediato, con un gesto comprensivo me demostró que aceptaba mi petición y sonrió indicándome dónde estaba su coche y lo sentí seguirme.

Su Lamborghini negro era muy elegante y abrió la puerta para mí como todo un caballero, esperando a que subiera para luego cerrarla. Por el espejo lateral de mi lado vi a Ace marcharse y segundos después Fabio estaba subiéndose en el lado del piloto para ponerse en marcha.

—No creí que me siguieras, intuí que estarías entretenido —murmuré tras ponerme el cinturón.

—No intuyas por mí, Iraide —aconsejó y lo miré, esa voz ronca que poseía lograba hacer estragos en mí.

Sus ojos verdes estaban muy claros y con la luz del día que se reflejaba dentro del coche parecía que hasta perdían el color. Y, como siempre, olía de maravilla.

—No decidas por mí, Fabio —contraataqué y me miró.

Curvó un lado de su boca en un amago de sonrisa y tras eso negó.

—No he decidido por ti, dulzura. Podías decirme que no, pero optaste por venir. La última palabra siempre la tendrás tú y lo acataré incluso cuando quiera lo contrario —señaló.

Rebobiné un poco con lo que acababa de pasar y en mi interior le di la razón, ya que, por supuesto que me pude negar, pero opté por aceptar con la excusa de aclarar ciertos puntos.

—¿A dónde me llevarás? —Quise saber cambiando de tema.

—A *Delirium* —informó—, quiero que hablemos sobre lo que te propuse y el club es un excelente lugar, pero si lo prefieres podemos ir a otra parte.

De nuevo estaba dejándome la elección a mí, aunque de cierta manera mantenía el control; era como si me diera lo que necesitaba para que yo accediera fácilmente a lo que él quería y admiré eso, porque había que ser muy inteligente para saber manipular las cosas a tu antojo.

—Perfecto, vamos al club. —Concedí y asintió.

Lo vi ponerse en marcha, manipular el coche igual o mejor de lo que se manejaba con las mujeres, y pensé en lo mucho que me gustaba ver a Ace conducir, pero incluso eso, Fabio lo llevaba a otro nivel.

Detallé sus piernas largas y musculosas, la manera en la que su pantalón abrazaba su piel sin llegar a lo incómodo, o en cómo las venas de sus brazos y manos resaltaban ante el mínimo movimiento. Salimos del estacionamiento para pasar de nuevo por la entrada secundaria del hospital, donde nos guiamos hacia la ceremonia horas atrás, y vimos cuando Sophia Rothstein salió junto a su gente.

Los vidrios laterales del coche de Fabio eran tintados, pero no el del frente y Sophia, al estar familiarizada con él, observó hacia nosotros con la intención de dar un saludo final, pero el hombre a mi lado no le prestó atención alguna y ella fue testigo de que era yo la que iba de copiloto.

Aunque al igual que Fabio, la ignoré, ya que no era de las mujeres que gozaban de restregarle en la cara a otra nada que tuviera que ver con hombres y sí, lastimosamente la vida me obligó a ser la amante de Frank por muchos años, dañándola a ella en el proceso, pero mi situación era un infierno por aquellos tiempos como para darle más importancia a la moralidad.

Cuando el hambre te apretaba el estómago y de paso dañaba a las personas que amabas, la dignidad quedaba sobrando.

—El tipo con el que estabas ¿es tu novio o amante? —preguntó Fabio cuando ya teníamos como diez minutos de ir en marcha hacia *Delirium*.

No nos miramos, mantuvimos nuestros ojos en la carretera y nos dejamos llevar por la música que inundó el ambiente cuando prendió la radio. Y de cierta manera agradecí que no me hablara teniéndolo tan cerca, ya que una vez más, sentía que su voz ronca y oscura me envolvía en una bruma a la que todavía no me acostumbraba.

—Trabaja para mí —respondí segura.

Mi corazón se aceleró cuando llegamos a un semáforo en rojo y se detuvo, tras eso me cogió la barbilla para que lo mirara a la cara.

—Vi la confianza con la que te tocó en la inauguración, Iraide. Y me da la impresión de que no eres tan amigable con las personas que trabajan contigo. Así que, reformularé la pregunta para que respondas una vez más. —Tragué al escuchar su demanda y quise cerrar los ojos para disfrutar la caricia que me daba en la barbilla con su dedo pulgar, pero me contuve y lo seguí mirando—. ¿Te has acostado con él?

—Sí, follé con él unas horas antes de que tú y yo nos encontráramos por segunda vez en tu club —dije sin titubear.

—¿Ha vuelto a suceder? —Me mordí el interior de la mejilla para no sonreír con su pregunta.

—La luz del semáforo ha cambiado —avisé y agradecí que se pusiera en marcha de nuevo.

No sabía cómo iba a tomar mis ganas de reírme y, aunque no me estaba burlando, sí sentí la necesidad de gozar la posesividad que vi en sus ojos luego de saber que follé con otro hombre, y recordar que él vio la marca que Ace dejó en mi cuerpo esa vez.

—No me gusta insistir para que me respondan, señorita Viteri —aseveró de pronto y chasqueé con la lengua.

—Espero que comprenda, doctor D'angelo, que durante años he sido yo la que hace las preguntas, la que exige y ordena. Así que hago mi mejor esfuerzo para no mandarlo a la mierda cuando se pone en modo mandón.

—Y me halaga tu esfuerzo, te lo agradezco de verdad. —Lo miré, alzando las cejas, por la respuesta que me dio.

¡Joder! En mi mundo debía imponerme a las malas ante machos imbéciles que buscaban minimizarme, y de pronto me topaba con un Dominante que escurría poder y seguridad por todas partes, y con el cual creí que tendría que luchar más para demostrar quién era la que tenía el control, y me dejaba en jaque a cada momento.

—Desde esa vez no ha vuelto a pasar y justo hoy le dejé claro que mientras me acueste con otro hombre, no lo haré más con él. —Terminé respondiendo y hasta yo me asusté por haber cedido así.

Y me asusté más en el instante en que Fabio puso una mano en mi pierna y comenzó a acariciarla sin decir nada más después de mi respuesta, únicamente manejó atento, sin dejar de tocarme hasta que llegamos a *Delirium* y entró para estacionarse en un garaje apartado de los demás (pertenecientes a los otros socios) y muchísimo más grande.

Esa vez no esperé a que abriera la puerta del coche por mí cuando se estacionó, aunque apenas ingresamos al recibidor del club me cogió de la mano y caminó tomándose su tiempo, observando todo a su alrededor. Lo seguí entre confundida y curiosa por saber la razón de ir ahí y lo intuyó al darse la vuelta y clavar sus ojos verdes en mí.

—Antes de que entremos quiero que sepas que vinimos a terminar la conversación que iniciamos

en tu oficina. Necesito dejarte todo claro para que puedas tomar una decisión conociendo los detalles.

Asentí confirmándole que estaba de acuerdo en querer conocer más de su mundo y retomamos el camino, no sin antes él voltearse y comerme la boca en un beso rápido pero intenso que me puso nerviosa y alteró mi pulso.

—¿Esto fue para coger valor? —Quise saber cuando lo vi admirar mi boca y me regaló un amago de sonrisa.

—No, solo se me antojó —respondió seguro y fue mi turno de reír y retomar nuestro camino.

Juro que mi intención era solo hablar con él esa vez, pero después de su beso, su indicio de posesividad y la manera en la que agarraba mi mano, me hizo querer dejar la conversación para luego y pedirle que me llevara de nuevo a aquella habitación y me mostrara qué más tenía para mí.

Pero sacudí la cabeza para espabilarme y demostrar que no era solo una mujer sexosa.

En cuanto ingresamos al salón principal noté que ya se encontraba casi lleno e intenté no sorprenderme por la hora que era y que aun así la gente ya abarrotaba el lugar y *disfrutaba*. Llegamos a la barra y la misma chica que me avisó cuándo Fabio iba a estar presente, se nos acercó con una pequeña sonrisa y dos vasos en sus manos.

—Samael —saludó y nos tendió las bebidas para luego mirarme y ladear el rostro con alegría—, buenas tardes.

Asentí en respuesta y bebí el *whisky* en dos tragos, percatándome de la mirada evaluadora de Fabio en mí y luego se enfocó en la chica de la barra.

—¿Están esperando como indiqué? —le preguntó él sin dar vueltas y me apoyé en la barra al ver la mirada fugaz que aquella mujer le dedicó.

Le sonrió apenas mientras recogía varias botellas y las acomodaba en su lugar.

—Tal cual lo pediste, te están esperando en la sala roja —aseguró—. Cualquier cosa que se ofrezca, lo sabrás.

Fabio asintió llevándose el vaso a la boca y ambas lo vimos vaciarlo en un trago para luego apoyarlo en la barra.

—Gracias, Paula.

Me tomó de la mano cuando ella solo inclinó la cabeza y esperó a que nos fuéramos para seguir con sus deberes. Caminamos hacia el corredor, que ya conocía a la perfección, hasta llegar a la sala *voyeur* y entrar, deteniéndome al ver que no estaríamos a solas.

Más de quince personas se encontraban ahí, entre hombres y mujeres, algunas de pie con el rostro agachado y otras de rodillas, con el trasero apoyado en sus talones y las manos en los muslos. Me quedé unos segundos mirando a mi alrededor por la escena que se me presentaba y observé a Fabio cuadrar la espalda.

Reconocí a Allison delante de todos, observándolos complacida y luego voltearse hacia nosotros y, tras un leve asentimiento por parte de Fabio, se fue al lado de su marido y después de acomodarse de rodillas plantó la mirada en el suelo.

Fabio se acercó primero a los que estaban de rodillas y acarició varias cabezas, susurrando un par de palabras que no comprendí. Llegó hacia la pareja y los vi levantar el rostro y sonreírle primero a Fabio y, sin que él lo notara, me observaron, Marco con diversión y su esposa con picardía.

Tragué con dificultad y me relamí los labios al avanzar a su encuentro, al verlo mirar en mi dirección, y me cogió de la mano en cuanto llegué a él.

—Quiero que conozcas a parte de mi *harem*, ya que no soy un Amo que posea solo una sumisa, tengo muchos —comentó con seriedad y deseé no ser tan obvia al demostrarle mi sorpresa.

Sorpresa por la cantidad de personas y porque no eran solo mujeres, sino también hombres. Y así lo haya conocido mientras Marco le daba una mamada del infierno, todavía no me acostumbraba a la naturalidad con la que ese tipo veía el sexo sin importar el género de las personas.

—Eres como un sultán —murmuré cuando me recompuse y lo vi sonreír de lado con mi comentario.

El aire se sintió cargado en cuanto él habló y pude notar que varias personas contuvieron el aliento, como si escuchar su voz fuera algo vital para ellos. Liberó mi mano para continuar su recorrido por todos los presentes y noté cómo cada uno quería hacerse notar más que otros; los que se encontraban de rodillas, por ejemplo, veía que Fabio les prestaba más atención y les dedicaba una que otra palabra para después ir hacia donde estaban unas chicas de pie y las recorría con la mirada.

De alguna manera deseé aborrecer lo que estaba observando porque así hubiera leído sobre el BDSM, seguía teniendo algunas ideas bastante equivocadas sobre ese estilo de vida, sin embargo, en ese momento pude notar que en la mirada de Fabio no había lujuria, al contrario, veía a esas personas con orgullo, susurrándole a algunas que se enderezaran en su lugar o arreglaran rápido su cabello y el collar que portaban.

El dichoso collar que vi tantas veces cuando llegué al club y que hasta ese momento comenzaba a analizar.

Tomé asiento en uno de los únicos dos sofás individuales que se encontraban esa vez en la sala (cuando Fabio se demoró unos minutos con ellos y dejó de prestarme atención) y me dediqué a estudiar todo. Reparé en las diferencias de cada uno, desde la posición hasta el tipo de collar que portaban, ya que, los que se hallaban en el suelo usaban uno de cuero negro con el abalorio de metal en círculo y la serpiente en forma de S en el centro, mientras que quienes se encontraban de pie portaban el azul oscuro con la D.

¡Jodida mierda! La S en forma de serpiente era de Samael y la D tenía que ser por *Delirium*.

Me llevé un dedo a los labios, pensativa, y miré a mi costado cuando Fabio tomó asiento a mi derecha, mirándome directo con gesto serio.

—¿Todos son tuyos? —pregunté con curiosidad y negó, observándolos.

—No todos. Aunque no sé si tu definición de propiedad sea igual a la mía —explicó y lo miré con interés.

—¿Qué definición crees que tengo sobre la propiedad? —inquirí y noté un amago de sonrisa.

—Bueno, yo no les arrancaría el corazón así ellos juren que me lo entregan —soltó y lo miré con sorpresa, pero también con diversión.

—Bien, yo soy intensa —le recordé usando sus palabras y entonces sí que sonrió—. ¿Y cuál es tu definición de propiedad? —añadí.

—Los que ves con el collar negro y la serpiente son mis sumisos, entre nosotros existe un contrato. Ellos aceptaron someterse bajo mi yugo, pero tienen sus vidas, sus trabajos y aspiraciones y respeto eso, incluso los apoyo y animo a que cumplan sus sueños —narró y lo observé atenta—. Que estén bajo mis órdenes cuando entramos en rol no significa que sean de mi propiedad fuera de, no confundas eso.

Asentí absorbiendo la información y con rapidez noté que se trataba de dos hombres y tres mujeres quienes usaban el collar con la serpiente. Marco y Allison incluidos. Y así quisiera evitarlo, darme cuenta de las personas masculinas seguía siendo un *shock* para mí.

Sentí a Fabio mirarme por unos largos segundos al percatarse de quiénes habían llamado más mi atención y se mantuvo a la espera de mi siguiente pregunta. Me acomodé mejor en el sillón y lo encaré.

—Quiero que me expliques todo —aseguré y lo vi relajarse, como si hubiera esperado algo diferente—, no omitas nada.

Miré a mi izquierda cuando una chica ingresó con una bandeja y dos vasos en ella, acercándose a nosotros para ofrecernos lo que llevaba. Tomé el vaso de *whisky* y lo apoyé en mi pierna, Fabio me imitó para comenzar a hablar.

—Conocí este mundo cuando tenía veinte años y salí con unos amigos de la universidad en busca de otras experiencias. Siempre fui un hombre que se aburría rápido de las relaciones que mantenía, no lo tomes a mal. —Me miró cuando fruncí el ceño—. Jamás jugué con ninguna mujer, al contrario, todo el tiempo fui claro con que no buscaba nada personal, solo disfrutar del momento y saciarnos ambas partes por igual.

» El problema fue que la vida me convirtió en un hombre que pronto entraría a una etapa donde nada sería suficiente, o todo se volvería demasiado. Así que llegué a un punto en que la saciedad se esfumó de mi cuerpo y el sexo convencional se convirtió en una mierda cuando me forzaba a correrme, y a veces hasta fingir que tenía un orgasmo cuando no era así.

» Entonces descubrí el primer club de intercambio de parejas, esa misma noche tuve mi primera orgía y de allí en adelante comencé a concurrir casi todos los días al lugar, obteniendo diferentes experiencias, probando cosas que la sociedad muchas veces rechaza, aprendiendo a reconocer lo que mi cuerpo me estaba pidiendo.

Tomó un sorbo de su vaso y lo imité, viendo cómo se humedecía los labios con la lengua.

—Conocí el BDSM cuando un hombre se me acercó una noche y me dijo que tenía madera de Dominante. —Negó ante el recuerdo y blanqueó los ojos—. Era un crío, no sabía de qué demonios me estaba hablando, pero aun así le seguí el rollo y me mostró un mundo que hasta ese momento era totalmente desconocido para mí.

» Solo sabía lo que era follar convencionalmente, recién estaba probando el mundo *swinger* y entrar a esa sala en donde una chica nos esperaba atada de manos y pies, me revolucionó la cabeza.

Admitió con sinceridad y no dije nada, analizando que estaba confiando en mí y contándome parte de su vida, situación que no supe cómo tomar.

—Joseph era un Dominante de cincuenta años, dueño del club donde, no solo intercambiaban parejas, sino que tenían salas especiales para ese tipo de juegos. Él me confesó que me había visto desde el primer momento en que pisé el lugar y me estudió de manera minuciosa, percatándose de lo fácil que me aburría follar, o cómo necesitaba a más de una persona en una sola noche, ya que mi voltaje no bajaba, aunque sí aumentaba con cada chico o chica que pasaba.

Yo podía asesinar a sangre fría, desmembrar a las personas y excitarme con el dolor que provocaba y hasta el que me provocaban, pero me sonrojé al escucharlo hablar tan abiertamente sobre sus relaciones, porque era obvio que Fabio era bisexual, e incluso con eso, yo creí que un hombre con ese tipo de gustos luciría diferente.

¡Jodida mierda! En un mundo plagado de perversión, yo seguía siendo muy inocente, según me estaba enterando.

—Desde ese momento me instruyó, accedí cuando observé la primera doma de tantas que compartí con él —continuó con su explicación y le di un trago a mi *whisky*—. Estaba feliz con el pasar del tiempo al darse cuenta de que había reconocido mi verdadero yo, mi interior desde hacía tiempo me estuvo gritando lo que realmente quería y Joseph lo escuchó antes de que yo mismo lo hiciera.

» Tengo más de veinte años en este mundo, Ira. He probado hasta lo que crees que es imposible, he tenido sumisas, sumisos, esclavos, etcétera. Soy un hombre que sabe lo que quiere, que ha

experimentado con todo lo que puedes imaginar y no me apena decírtelo, ya que estoy muy seguro de lo que soy.

Y no lo dudaba. De hecho, yo que tenía ideas muy equivocadas, según estaba descubriendo, podía dar fe de eso, ya que, tras negarme y tener algunos tabúes, Fabio fue el primer hombre que me excitó viéndolo recibir placer de otro hombre.

—He incursionado en el sadomasoquismo, diferentes estilos dentro de esta vida que me han vuelto un Amo sabio y con la capacidad de reconocer lo que desea cada persona con la que estoy y poder cubrir sus necesidades sin que ellos lo pronuncien.

Parpadeé cuando hizo una pausa para observar mi reacción y me aclaré la garganta, mirando la sala.

—¿No se cansan? —Fue lo único que salió de mi boca y quise golpearme cuando me miró divertido.

Pero como lo acababa de decir, sabía reconocer lo que las personas a su alrededor no podían vocalizar y entendió que todo lo que me dijo, acababa de dejarme fuera de juego.

—No, están entrenados para ello. Observa.

Se levantó de su puesto y se colocó enfrente de todos.

—No quiero que se muevan de su lugar. Posición *nadu* y *atención* hasta que les diga lo contrario, ¿entendido?

Noté el tono autoritario con el que habló y junté mis piernas cuando su voz impactó directo en mi coño. Fabio desprendía poder con solo mover los labios, llevando ambas manos dentro de los bolsillos de su pantalón, con las piernas apenas abiertas y la espalda recta.

—¿Entendido? —repitió y escuché varios jadeos.

—Sí, Amo —dijeron al mismo tiempo, sincronizados entre sí.

—Allison, ponte de pie —demandó y la vi levantarse de un salto—. Acércate. —Extendió la mano y cogió la de ella cuando se acercó, para caminar hasta donde yo me encontraba y posicionarla delante de mí.

Observé el cuerpo con curvas de Allison, vestida con una falda negra y blusa celeste. En su cuello llevaba el collar negro pegado a la piel, con el abalorio de círculo encerrando a la serpiente y alcé una ceja al comprender mejor la razón. Su postura era recta, con las manos a los lados de su cuerpo y su rostro mirando al piso en gesto de respeto por lo que intuí.

Fabio soltó su mano en cuanto me vio y la recorrió con la mirada para luego volver a mí y tomar asiento.

—Mis sumisos saben que no me gustan las formalidades. Su trato conmigo es informal, pero eso no quiere decir que me guste que me falten el respeto. Soy un Amo estricto en cuanto comienzo sus entrenamientos, despiadado cuando noto que sus faltas son a propósito, aunque muy complaciente si obtengo lo deseado —comentó y miré su boca al sentirme envuelta en sus palabras—. Tengo sumisos propios y sumisas en entrenamiento. En esta ocasión se encuentran ambos para que puedas distinguirlos —señaló.

—¿Cuál es la diferencia? Porque tengo una idea lógica, sin embargo, en este mundo las cosas no siempre son como yo lo imagino —aseguré y su gesto de satisfacción me demostró que estaba encantado con mi interés.

—Mis sumisos en entrenamiento los identificarás por el collar azul oscuro con la D, que en efecto, es por *Delirium*. Con ellos no mantengo relaciones sexuales, pero sí les instruyo teóricamente y también con práctica cuando se trata de castigos o halagos. El collar también les sirve como protección para que otros Dominantes se abstengan de acercarse a ellos, a menos que mis sumisos

deseen lo contrario.

Miré a las personas con ese collar, eran diez en la sala (seis hombres y cuatro mujeres), pero en todo el club había más.

—Solo tienes cinco de tu propiedad —mencioné al ver a las personas restantes— y Allison es uno de ellos.

Sonrió divertido y luego negó.

—Sumisos propios tengo más, Allison incluida, pero no a todos les gusta ser expuestos, así que por eso no se encuentran aquí —informó y tragué con dificultad.

—Con ellos sí incluyes las relaciones sexuales. —Deduje y hasta yo noté la incomodidad en mi voz.

—Hay momentos en mi vida en los que necesito mucho sexo, Ira. Y créeme cuando te digo que una sola persona no me da la talla. Y no lo digo por jactarme. Al final, tengo varios sumisos por consideración, puesto que por muy entrenados que estén, uno no siempre me basta en una noche.

Lo miré incrédula, pero sus ojos me demostraron la verdad de sus palabras, observé a Allison para que me lo confirmara, no obstante, ella seguía con la mirada en el suelo.

—¿Por qué Allison estaba de pie frente a los demás cuando entramos? —cuestioné, decidiendo cambiar el tema.

—Porque ella es mi sumisa alfa —soltó sereno.

¡Mierda! Tenía un *harem* y encima una sumisa alfa.

Y yo creyendo que el BDSM se limitaba a una sumisa que cumplía todos tus deseos de manera sexual y amaba los golpes, pensando de manera patética que ese solo era otro tipo de humillación. Y estando ahí sentada al lado de un Dominante con una experiencia y récord increíble, comenzaba a ver el daño que había hecho la desinformación en ese mundo.

—Creo que me dolerá la cabeza —comenté y decidí beberme todo mi *whisky* de un sorbo.

—Te lo iré explicando poco a poco para evitar eso. —Ofreció él y negué.

—¿Sumisa alfa significa que es tu favorita? —solté y él alzó una ceja.

Menos mal aún lo podía sorprender.

—No, Iraide. Allison es una de mis sumisas más antiguas y, además, es *switch*. Lo que significa que puede asumir el rol de Dominante con soltura y por lo mismo tiene la capacidad de encargarse de mi *harem,* eso sí, todo lo hace siempre bajo mi dirección.

Asentí y de nuevo la miré, yo también noté su soltura desde que la conocí.

—¿Se mantendrá en esa posición hasta que tú lo digas? —inquirí, ya había pasado mucho tiempo y ella seguía tal cual Fabio la dejó.

—Su Amo no le ha ordenado otra cosa, así que sí —explicó, hablando como si ella no estuviera frente a nosotros—. Allison —la llamó de pronto y la vi levantar levemente la cabeza—, *inspección.*

Abrí los ojos, sorprendida cuando ella cambió de postura de inmediato, llevándose las manos a la nuca y abrió las piernas. Fabio se puso de pie y fue hacia ella.

Observé con atención la mirada que su alfa le dedicó, sin perderlo de vista, y fruncí el ceño al ver cómo él golpeaba su cintura con el dedo índice y ella soltó una pequeña risita silenciosa para luego quedar en blanco y bajar la mirada en cuanto Fabio se la comió con los ojos, viendo su comunicación y confianza sin hablar.

Rasqué mi ceja y miré a un costado para luego apoyar mi puño en la barbilla y enfocarme en ambos, mirándolos alternamente con mayor precisión.

—Te voy a mostrar las diferentes posturas para que poco a poco vayas reconociéndolas. Esta es una donde me aseguro del estado físico de mis sumisos, soy muy observador en cuanto a sus

cuerpos y si llevan una alimentación y actividad adecuada para nuestras sesiones, por lo que una vez a la semana la llevo a cabo con cada uno de ellos para evaluarlos. —Asentí mirando maravillada el temple con el que se manejaba Allison—. *Atención.*

Allison abrió las piernas y llevó las manos a los costados, como los chicos detrás de ella, y la vi respirar pausado, manejando el oxígeno que entraba a su cuerpo. Fabio se paseó a su alrededor, detallando todo su cuerpo y se posicionó a su espalda, mirándome mientras le susurraba algo.

—*Humildad.*

La mujer flexionó las piernas, apoyando las rodillas en el suelo y estirando los brazos hasta pegar su frente contra el piso, dejando el culo en pompa con la falda hasta la mitad.

—Buena chica. —Acarició su hombro y luego su mejilla cuando esta levantó un poco el rostro y le sonrió coqueta, mordiéndose el labio.

—Gracias, Amo.

Me aclaré la garganta, incómoda por la situación y quise levantarme cuando Fabio habló.

—Ve a tu lugar, espérame junto al resto.

Allison asintió sin agachar la mirada, logrando que Fabio negara con seriedad y achicó los ojos con reto. La mujer se fue hasta el puesto al lado de Marco y se arrodilló junto a él, quien en ningún momento se movió, admiraba cómo podía soportar estar así sin cansarse.

Tras eso Fabio se demoró varios segundos observando el lugar en donde la pareja estaba posicionada y luego respiró profundo, con las manos en la cadera. Mi mente regresó, sin poderlo evitar, a la pregunta que le hice antes y tras lo que acababa de presenciar, analicé que más allá de lo que respondió y de todas las sumisas que tenía, era obvio que Allison era su favorita. Y eso me molestó un poco.

—Ellos pueden tolerar todo el tiempo que yo desee que estén así —repitió cuando me vio, sacándome de mis pensamientos—, para eso están entrenados, Iraide.

—¿Yo tendría que hacer lo mismo? —cuestioné en un tono que dejó entrever mi molestia.

Carraspeé luego de eso para disimular, pensando una y otra vez en que ese no era mi mundo y por lo tanto, no tenía por qué esperar que todo girara como yo lo quisiera.

—Sí —admitió—, aunque he sabido reconocer que me llevarás más tiempo del necesario.

Sonreí sin gracia al sentirme como un animalito salvaje y lo vi acercarse y agacharse hasta arrimar su boca a la mía, respirando conmigo.

—¿Por qué? —formulé perdida en su mirada verdosa y cómo se desviaba a mis labios.

—Porque tu sumisión es de las que me enloquece, Iraide —susurró sobre mi boca y mordió mi labio inferior.

—¿Y qué clase de sumisa sería? —Quise saber.

—Quiero que primero comprendas los tipos de sumisa o sumiso que existen y que no todos hacen lo mismo, para que luego tú misma te identifiques con la que creas conveniente —respondió con sabiduría—. Cada uno de los sumisos prefiere un estilo diferente para que compartamos cuando tenemos nuestros encuentros. —Acarició mi mejilla—. Poseo sumisos que son amantes del *bondage*, otros del *needle play*, *pet play*, *shibari, kimbaku* y varios de ellos encuentran placer en la humillación.

Me alejé de su tacto abriendo los ojos.

—¿Humillación? —pregunté y afirmó. Ya que sí, mencionó otros roles que aún no entendía, pero no les di importancia cuando dijo lo último—. ¿Cómo alguien encontraría placentero que le humillen?

Quiso tocarme de nuevo, pero se lo negué. La humillación era algo que no permitiría que hiciera conmigo por el simple hecho de que fui humillada durante muchos años en mi vida y no estaba

dispuesta a sufrir por eso de nuevo.

—¡Hey! Mírame y escucha —pidió y trató de tomarme del rostro, pero notó que todavía estaba reacia y se contuvo.

Respiró profundo, tranquilo y luego siguió hablando.

—Que practique la humillación en ellos no significa que les degrade u obligue a que se rebajen. Esa práctica es para fortalecer tanto el físico como la mente y mis sumisos son muy conscientes al hacerlo y disfrutar el proceso y sus frutos.

Me quedé quieta, pensando en lo que me acababa de explicar y una vez más admiré que varias mujeres u hombres se sometieran a eso con el final de fortalecerse, y de cierta manera afirmé lo que me decía, ya que en mi pasado me pisotearon tanto, que agradecía hoy en día ser lo que era, después de rebajarme.

—*Okey*, comprendo la mayoría de las cosas que me has dicho, aunque hay algo que aún no me queda muy claro —admití y me miró pidiéndome así que continuara—. Si desean ser tus sumisos, es como entregarse a ti en cuerpo y alma según capté. —Mordí mi labio tratando de formular bien la pregunta—. Entonces, ¿cómo me dices que no son de tu propiedad, pero aun así eres su Amo?

Volvió a acercarse cuando vio que no me iba a apartar y me tomó de las mejillas, besándome con rapidez.

—En el BDSM existen diferentes tipos de sumisos y collares como has podido notar en ellos. —Señaló a su espalda—. Dependiendo de su rol con el Amo tendrán un collar diferente, pero vuelvo y te repito, te explicaré todo parte por parte. Por ahora nos enfocaremos en que existe un collar que se da a un sumiso, en donde ambos están de acuerdo y firman un contrato.

» En ese contrato el sumiso se despoja por completo y decide si lo hará solo dentro del entorno del BDSM o incluso fuera de él, entregándose a su Amo en su totalidad y para siempre.

Abrí los ojos de más ante esa palabra tan fuerte y él sonrió comprensivo.

—Esto es muy en serio, Iraide. En mi mundo todas las decisiones que se toman son para siempre, por eso deseo informarte de cada cosa y que conozcas más a fondo sobre esto para que luego no te arrepientas.

» Nada de lo que pase entre nosotros va a ser en contra de tu voluntad, siempre respetaré tus deseos y los pondré sobre los míos, tendrás voz y voto en todo porque tu vida seguirá siendo tuya, dulzura.

Contuve la respiración un momento y cerré los ojos para procesar bien todo. Luego los abrí cuando él continuó hablando.

—Reconocí tu sumisión desde el momento en que te vi y lo corroboré al conocerte, Ira. Sé lo fuerte que eres y cómo te obedecen en tu entorno, pero en el mío obtendrás lo que viniste a buscar aquella noche: un hombre que te domine, que te someta a su antojo y con el cual puedas liberar a esa fiera en tu interior y dejarla descansar para sentirte por unos momentos como la mujer que no solo imparte órdenes y guía, sino también como la que las recibe y se deja guiar.

Jadeé por su sinceridad y por lo acertadas que fueron sus palabras, ya que incluso en ese momento y a pesar de la bruma que sentía por toda la información que me dio, sentí mi mente en paz porque lo estaba dejando a él manejar su control, dejando de lado el mío.

Y entonces fue mi turno de acercarme a él y besarlo, tomándolo de la nuca con autoridad, pero me fue imposible en cuanto me cogió del cabello y me manejó a su antojo, abriendo con su lengua mi boca, acariciando la mía. Demostrándome y demostrándole a los demás que él seguía siendo el Dominante sin importar nada ni nadie.

Se separó en cuanto nuestra respiración se volvió una mierda y acarició con el pulgar mi labio

inferior.

—¿Qué piensas? —susurró con ese tono que me erizaba la piel y me provocaba un escalofrío en toda mi espina dorsal.

Me volvía loca su voz ronca y dura, pero que a la vez me acariciaba con suavidad y lograba poner imágenes en mi cabeza que hacían que mi entrepierna ardiera. Lo miré a los ojos y me lamí los labios antes de hablar. Mis ganas por pedirle que me follara eran indescriptibles, aunque también la necesidad de que respondiera mi siguiente pregunta.

—¿Qué pasa si acepto… —clavé mi mirada en la suya—, pero no quiero ser parte de tu *harem* y tampoco quiero que tengas uno?

CAPÍTULO 21

Iraide

Lo que me imaginé que sería su respuesta tras esa pregunta que le hice, fue muy alejada de lo que en realidad hizo y en ese momento no supe si debía entenderlo o asesinarlo por su osadía.

Fabio me miró con un toque de diversión y se irguió en toda su altura para luego tomar su vaso y se lo llevó a la boca; chasqueó con la lengua, además, fue algo así como si no pudiera creer la osadía que yo tuve de hacerle esa pregunta y, aunque lo odiara, me sentí como una tonta inocente jugando en ligas mayores cuando ni siquiera llegué a las menores.

Observó a su alrededor como si buscara las palabras correctas para no humillarme más y analizó a sus sumisos. Tras eso me miró con su característica seriedad.

—¿Qué pasaría si el que pide que dejes todo soy yo? —inquirió y lo observé sin comprender—. ¿Qué me dirías si en lugar de dejarte conocer mi mundo antes, te pido que cedas tu liderato y seas mía por completo?

Fruncí el ceño, pero me quedé callada, notando cómo negaba con una pequeña sonrisa.

Estaba más que claro que no iba a ceder lo que tanto esfuerzo, lágrimas y sangre me costó. Era estúpido siquiera pensarlo por lo que, mirándolo, entendí a qué se refería con eso.

—Exacto, Ira. Tu respuesta, así no la vocalices, es la misma que yo te doy.

No supe cómo sentirme o qué decirle en ese instante.

Sabía que él me propuso dejar mi mundo porque yo hice lo mismo con mi sugerencia. El club, los sumisos y todo lo que conllevaba el BDSM eran parte de su vida, su esencia nata. Al igual que la mía era la organización, el bajo mundo y mi poder. Así que al analizar eso, me acomodé en mi asiento, aclaré mi garganta y bebí un poco del licor bajo su atención.

—*Touché* —admití y sonrió.

—No te estoy pidiendo que formalicemos una relación. No se trata de eso, solo quiero que formes parte de mi mundo, enseñarte todo lo que aprendí y descubramos cosas juntos. Sé de tus gustos, de los que vocalizas y de los que no, pero que gritas en silencio y demuestras con la mirada, Ira. —Se acercó de nuevo a mí y fui incapaz de moverme cuando dejó el vaso en la mesita de al lado y recargó las manos en el apoyabrazos del sofá donde yo estaba—. Desde la primera noche descubrí que tú eres ideal para este estilo de vida y deseo que lo pruebes.

Miré hacia otro lado, insegura en ese momento de lo que quería.

Eran obvias mis preferencias, pero ver a tantas personas bajo su yugo me molestó. No quería compartirlo, no me gustaba pensar en que luego de estar conmigo compartiría cama, mueble o lo que fuera con otra de esas mujeres y pensarlo casi me hizo sisear y mandar todo al carajo, ya que sí, me enervaba más imaginarlo con otra chica, que con alguno de sus chicos.

Así que, sin pensarlo, abrí la boca.

—No quiero ser una más del montón, así no me manejo con los hombres que follo —aseguré y lo vi negar—. Seamos sinceros, Fabio. No deseo que me vuelvan a tomar como plato de segunda mesa y tú tienes a muchas personas a tu disposición —añadí y no permití que me interrumpiera—. He aprendido a ser la primera, la única. A jugar de titular, no de suplente, y quiero seguir siéndolo —declaré.

Vi sonreír a Allison de reojo, con burla, como si mis palabras, mi decisión le hubiera causado

gracia y me erguí tensando los brazos.

—¿Te causo gracia? ¿Te burlas de mi decisión? —inquirí.

Quise ponerme de pie cuando calló, y acercarme para que sonriera, para que se burlara en mi cara, pero no pude porque Fabio me tomó del brazo y me detuvo.

—¡Eh! Tranquila —susurró en mi oído y me obligó a sentarme con delicadeza. Luego miró a Allison y gruñó—: *Karta, Allison.*

La vi posicionarse con rapidez, apoyando la cara y pecho contra el piso, extendiendo las manos hacia adelante con las palmas abiertas sobre el suelo. Abrió más las piernas y cruzó los tobillos, logrando con eso que la falda se le subiera hasta la cintura.

Abrí la boca con la impresión de la ligereza de ella y me enfoqué nuevamente en Fabio, quien seguía observándola con molestia.

—Como te dije antes, si acepto no deseo ser parte de tu *harem* o que poseas uno —aseguré, aprovechando ese roce que tuve con Allison, sabiendo que era su alfa y que por ningún motivo me sometería ante ella.

Solo había cedido un poco con él, de hecho, y estaba segura de que no lo haría con nadie más, jamás.

Me soltó tras decirle eso y comenzó a caminar hacia ellos, quienes no movían un solo músculo, hasta que se posó con firmeza frente a Allison. Al principio creí que la castigaría por su falta, pero alcé las cejas al ver que acarició el cabello de ella, no con mimo, sino con poder, a sabiendas de lo que influía en cada uno un roce de sus dedos.

—¿Qué me ofreces tú, que ellos no? —soltó y el aire me abandonó. Me miró a la espera de una respuesta y al no dársela prosiguió—. ¿Qué tienes de especial, Iraide, como para dejar todo por ti?

¡Maldito hijo de puta!

La pregunta por supuesto que me ofendió. Aun así, lo miré a su rostro inexpresivo, esperando mi respuesta, pero callé unos segundos porque sabía que iba a decirle cualquier cosa incoherente con la molestia subiéndome por la garganta.

Respiré profundo sin vergüenza alguna porque lo notara y hablé solo cuando logré conectar mi lengua con mi cerebro.

—Para ti que tienes un *harem,* posiblemente lo especial en mí sea poco o nada. Sin embargo, incluso con mi miseria has decidido proponerme que sea tu sumisa —repliqué y me felicité a mí misma por sonar entera—. Imagino que es mi poder el que te atrae, Samael —añadí, llamándolo por su *alter ego*—. ¿Será que eres uno más de los de tu mundo que se decanta por la mujer poderosa a la cual solo uno logra… *dominar*? —Satiricé y alcé la barbilla.

Que me menospreciara me sentó como un disparo en el ego. Y sí, era cierto que yo me lo gané porque desde un principio fui quien lo buscó, pero eso no significaba que me doblegaría. Samael se estaba equivocando conmigo y tendríamos que dejarlo claro. Además, también era consciente de que la exclusividad era un privilegio en su mundo y que me precipité al pedírselo.

No obstante, por lo que demostraba, él sabía quién era yo, así que debió haber tenido más tacto al dejar claro que no merecía ese privilegio.

—Escucha —dijo y lo vi caminar hacia mí e inclinarse para que nuestros rostros estuvieran a la misma altura—, como te dije antes, no busco que aceptes ser una de mis sumisas solo para mi beneficio y menos te veo como una especie de medalla que me quiero colgar como si fuera un miembro de la milicia.

Negué y sonreí irónica, descansando la punta de mi lengua en una de mis muelas superiores.

—No eres ningún proyecto para mí, Ira, y tampoco quiero que creas que con lo que te confié y

enseñé de mi mundo, te estoy seduciendo para que aceptes. Por eso me estoy mostrando ante ti como soy, siendo sincero y dejándote ver desde lo mejor hasta lo peor de mi actitud —admitió.

—Sí, gracias por mostrarme que puedes ser tan caballero como hijo de puta —refuté y sonrió, dándose por vencido conmigo o aceptando que no usó las mejores palabras antes.

—Hijo de puta todavía no he sido, solo muy sincero —aclaró y bufé—. Conozco tu mundo, dulzura. Sé de todo lo que te rodea y lo que buscabas cuando llegaste a mi club, por lo mismo te estoy ofreciendo un escape.

Tomé mi frente y la acaricié con dos dedos en un intento porque mi molestia mermara.

—No me gusta lo que me ofreces; como te dije, no comparto. —Volví a aclararle.

Asintió en respuesta y se sentó a mi lado, tomando el cristal con licor.

—Y como yo te lo aclaré antes, en mi mundo soy el Amo, el Dominante, pero la decisión es solo de mis sumisos. Me muevo, hago y digo lo que mi sumisa o sumiso desea. Llegamos a un acuerdo y todo es consensuado, lo que ambos decidimos —aclaró viendo a aquel grupo—. Yo soy feliz con mi *harem* y los hago felices, todos aquí hemos aceptado esto.

Miré a esas personas, a sus sumisos de propiedad, sobre todo porque eran con quienes compartía más intimidad y sí, los vi satisfechos, felices de servirle a Samael y de lo que obtenían de él.

—Si aceptaras ser parte también, obtendrás todo lo que viniste a buscar desde el primer momento en que te vi y, si no, pues ahí tienes la puerta. —Señaló fresco hacia la salida y abrí los ojos por sus palabras—. No te voy a retener ni a rogar porque estés conmigo. Eres adulta y conociéndote, muy capaz de tomar una decisión por tu cuenta, así que tú dirás. ¿Qué es lo que quieres?

Negué un poco aturdida y él lo notó.

—Mantengo mi respuesta a tu pedido —respondí siendo tajante y él suspiró.

—Perfecto, Iraide. —Alabó y me sorprendió el orgullo en su voz.

Pero no fue un orgullo malo, más bien fue uno real, demostrando lo satisfecho que estaba porque seguía manteniendo mi palabra sin dejarme amedrentar por lo que pasaría o dejaría de pasar al negarme a ser su sumisa y eso me descolocó, aunque no dije nada. Solo lo observé beber el resto de su bebida y yo me quedé paralizada.

—Pareces aliviado —murmuré y una comisura de su boca se estiró hacia arriba en un intento de sonrisa.

—Una de las reglas sobre la sumisión es el *freely given*. Eso significa que un Amo no coacciona, presiona o convence a su prospecto de sumisa y yo no la infringiré —aseguró y de pronto tomó su cabeza en un gesto cansado.

—¿Qué pasará de aquí en adelante? —Quise saber y me miró pidiéndome que expandiera un poco más mi pregunta—. Digo, soy socia de tu club, pero tras esto no sé si puedo seguir viniendo o no —expliqué.

—Lo que sucedió entre nosotros y lo que acabo de confiarte sobre mi vida no tiene nada que ver con tu sociedad en el club —aseguró—. Eres libre de venir cuando desees si estás al día con tu membresía.

—¿Y entre tú y yo? —inquirí.

—Prefiero follar solo con mis sumisos, Ira —respondió y lo miré entre molesta e incrédula porque no le vi ningún problema cuando me folló la primera vez.

—Yo no era tu sumisa cuando me follaste, ni lo soy —le recordé.

—Sí, en ese momento solo fuiste un gusto que quise darme al reconocer tu deseo por ceder el control. —Abrí la boca totalmente idiota por lo que dijo.

—¿Y cuando fuiste a buscarme a mi oficina? —Refuté dejando que mi furia se hiciera cargo.

—Seguías siendo un gusto que quería darme, un manjar que deseé volver a probar y al verte cediendo en el sexo, te propuse lo de ser mi sumisa, pero ahora que te has negado, es mejor dejarlo hasta aquí.

—Serás cabrón —espeté entre dientes.

—No te ofendas. Yo también fui un gusto para ti y lo sabes. Viniste varias veces al club tras mi espectáculo con Marco y Allison, con la única intención de encontrarme y usarme para saciar tu deseo y no me ofende —aclaró.

Y sí, tenía razón, así que solo por eso evité seguir refutando.

—¿Te das ese tipo de gustos con frecuencia? —pregunté en cambio.

—No, han sido pocas excepciones —aseguró, pero nada de eso me quitó el sinsabor de la boca, así que decidí dar por finalizado todo, poniéndome de pie y respirando profundo.

—Será mejor que me vaya —declaré y se puso de pie cuando comencé a caminar, me tomó del codo y detuvo mi paso de inmediato.

—Lo justo es que, así como te traje, te lleve ¿no? —puntualizó y negué.

—Ya, no necesito de tu buena voluntad —ironicé.

—Te llevaré. —Zanjó y sin dejarme reprocharle puso una mano en mi espalda baja para hacerme continuar con mi paso.

Podía exigirle que se quedara con su *harem,* que le importara una mierda que él me hubiese llevado, pero eso iba a ser muy infantil de mi parte y no estaba para dar esos *shows,* así que caminé a su lado.

—Buenas noches —dijo fuerte hacia sus sumisos—. Descansen, luego hablaré con ustedes.

Los escuché despedirlo al unísono y apenas Fabio salió, tomaron otra postura para luego también salir de la habitación.

Lo que acababa de vivir era una locura total y lo que aprendí sobre el BDSM amenazaba con fundirme los circuitos del cerebro, así que solo por eso, me mantuve en silencio hasta que llegamos al estacionamiento y Fabio abrió la puerta de su coche para mí.

—¿A dónde te llevo? —preguntó.

—A la financiera —respondí lacónica.

Debía ir a casa, me urgía tomar un largo entrenamiento de Capoeira para desestresarme, pero él no se merecía conocer la ubicación de mi hogar, así que preferí que me llevara a un lugar que ya conocía.

Apenas tomó la carretera el coche se llenó de un silencio molesto y sentí la ansiedad tocando mi puerta, opté entonces por mover una pierna con intensidad y me concentré en mirar por la ventanilla.

—¿Desde hace cuánto ayudas al hospital? —inquirió tras unos minutos de viaje y lo miré de reojo.

Iba tamborileando los dedos en el volante, fresco, como si nada de nuestra conversación hubiese sucedido y no supe cómo tomar eso porque para mí era como si hubiera roto una sociedad y debía prepararme para las represalias.

—Ahora te interesa lo que hago en mi mundo —ironicé.

—No tengo problema en que seamos amigos. —Me reí por su respuesta.

—¿Amigos? —escupí la palabra con asco y negué—. No soy amiga de los hombres con los que dejo de acostarme, Fabio. No me interesa serlo.

Se relamió con diversión y sin mirarme habló.

—No compartes a tus hombres, no eres amiga de ellos tampoco, a menos que se estén acostando, según vi con el tipo que te acompañaba hoy. —Satirizó recordando a Ace, sonreí y negué—. ¿Algo más para añadir, señorita Viteri?

—Sí, los mato fácilmente cuando me tocan demasiado los ovarios, doctor D'angelo, que no se te olvide eso.

Rio con soltura por mi respuesta y decidí no hablar más y mirar por la ventana, bufando cuando me di cuenta de que no era el camino hacia mi oficina y eso me alertó. Como estúpida había bajado la guardia y si Fabio me tendió una trampa, merecido me lo tenía por imbécil.

Me acomodé en el asiento, preparándome para cualquier cosa y endureciendo la postura, él se dio cuenta de mi reacción y me tomó del brazo, haciéndome temblar por el leve *shock* que su toque provocó.

—Me apetece tomarme un café con mi *amiga*. ¿Está mal? —dijo burlesco y deseé poder contar hasta mil para calmarme, antes de arrancarle su sonrisa cabrona de un buen puñetazo.

—Te aconsejo que me preguntes antes de hacer cualquier cosa, Fabio, porque no siempre vas a correr con la misma suerte —advertí y el maldito volvió a reírse.

Era como si antes de salir de *Delirium* se hubiera propuesto chincharme cada vez que quería, subestimándome demasiado.

—Es solo un café —aclaró—. Relájese, señorita Viteri, no tiene por qué ser tan cabrona siempre.

—¡Puf! Por cabrona sigo viva. —Zanjé y me miró divertido por un segundo—. Bébete el café en el coche mientras me llevas a mi destino entonces. —Cedí al ver que no se daría por vencido.

Asintió de acuerdo y llegamos al primer café que nos cruzamos. No tenía autoservicio, así que tuvo que bajarse para ir al interior del establecimiento y como boba lo vi descender del coche y acomodar su ropa.

Caminó con parsimonia, tomando su tiempo en dar cada paso, como si supiera que lo estaba mirando como una maldita demente y bufé. Tras eso apoyé la espalda en el asiento y grité por todo lo que traía acumulado del club.

El puñetazo que le dio a mi ego fue demoledor, pero no lo iba a demostrar, no le dejaría ver cómo me dolieron sus palabras, lo cruel y directo que fue.

Bajé el espejo del coche y me inspeccioné rápido, observando si mi maquillaje se había corrido, descubriendo que aún seguía en su lugar. Arreglé mi cabello y crucé una pierna cuando lo vi acercarse con dos cafés y su cara de culo.

Le abrí la puerta en cuanto golpeó el vidrio para que lo ayudara con eso y se acomodó tendiéndome un vaso, destapando el suyo. Tomé varios sorbos del mío y me dejé envolver por el líquido de los dioses, tanto, que cerré los ojos y saboreé la cafeína en mi lengua, gimiendo por el exquisito sabor.

Abrí los ojos al recordar que no estaba sola y escuché la respiración pesada de Fabio, lo encontré viéndome directo a la boca y luego hacia el frente, chasqueando la lengua.

—Será mejor que te lleve pronto a tu financiera. —Refutó con un poco de molestia, dejó el vaso en el contenedor y arrancó.

Murmuré un breve gracias y seguí bebiendo mi café, pensando en lo rápido que cambiaba de humor, hasta que se aclaró la garganta y mi atención fue a él.

—Ya que estamos conversando —soltó con sarcasmo—. Quería comentarte sobre algo que estuvo dando vueltas en mi cabeza desde que te vi hoy en el hospital.

Asentí alentándolo a hablar cuando la curiosidad me llenó.

—Adelante —lo alenté.

Pasó su lengua por el labio inferior y me quedé prendada de ese gesto mientras comenzaba a hablar.

—Estoy en una importante investigación que llevo a cabo en el hospital psiquiátrico y me gustaría

que seas una de las benefactoras en el proyecto. —Miré cómo movía la boca, perdida e imaginando todo lo que podía hacer con ella—. Si tienes tiempo, la semana que viene podríamos reunirnos para que te muestre todo con detalle.

Fruncí el ceño cuando la información penetró en mi cabeza y lo miré incrédula, saliendo de mi burbuja lujuriosa.

—¿Quieres que beneficie uno de tus proyectos? —inquirí al no creer del todo su propuesta.

—Claro, eres una mujer de negocios y sé que te agradará conocer los detalles. Y quién sabe si después de eso aceptas ser mi amiga.

Y de nuevo con su palabra favorita. Me mordí la lengua y me observó cuando no le respondí, reponiéndome al instante y asintiendo mientras me acomodaba la ropa al ver que estábamos llegando.

—Bien, déjame ver mi agenda y te llamo —dije sin darle importancia.

Frenó en la entrada de mi oficina y abrí la puerta con el deseo de salir corriendo cuando me comenzó a faltar el aire. Pero en cuanto puse un pie fuera, me tomó del brazo, deteniendo mi huida.

—Chárlalo con el amor de tu vida ahora que estés en tu oficina, a lo mejor él puede aclararte que podemos ser amigos y, de paso, la benefactora oficial de mi proyecto —recomendó con cierta burla, sabiendo mi estado.

Me deshice de su agarre con fuerza y lo miré de arriba abajo con desdén.

—No tientes tu suerte, Fabio, porque estoy en proceso de construir a mi hombre perfecto. Ya tengo el corazón y me será fácil conseguir lo demás y puedes ser candidato para estar en él —le aconsejé entre dientes, pero con una fingida sonrisa coqueta.

Sonrió abiertamente, conteniendo su lengua entre sus dientes y miró hacia su pelvis.

—¿Qué? ¿Quieres mi polla en él?

Salí del coche cuando no supe qué responder y cerré la puerta con fuerza, desquitándome con ella lo que quería hacer con él.

—Imbécil —espeté.

Caminé sin mirar atrás, escuchando su risa divertida, cuando aceleró y se perdió por las calles. Llegué a mi oficina muy enfurecida y abrí la puerta con brusquedad para luego ir hasta mi sillón y tomar asiento, acomodando la cabeza en el escritorio.

¡Mierda!

Ese encuentro terminó siendo lo que jamás imaginé y el sabor amargo de la humillación se mantuvo en mi lengua por un buen rato hasta que resoplé hastiada, justo cuando mi móvil sonó con una llamada entrante. E iba a pasar de ella porque no estaba en condiciones de atender a nadie sin terminar matándolo, sobre todo si tenía los ojos verdes y el cuerpo de un dios del sexo, pero vi que se trataba de Faddei.

—No me vayas a dar una mala noticia, calvo del demonio, porque estoy de malas. —Ladré con furia.

—*Puedo llamar en otro momento, si lo prefieres* —comentó con cautela al presentir que mi humor era peor de lo que demostraba.

Negué harta porque eso me dio un mal augurio y decidí darle prisa al mal paso.

—No lo endulces y ve al grano, Faddei. No estoy de ánimos.

Lo escuché respirar y luego hablar con un deje de preocupación.

—*Tenemos complicaciones serias, en realidad, una sola con nombre y apellido.* —Apoyé los codos en el mueble y esperé a que siguiera hablando—. *Dimitri Cratch, el hermano de Nick ha sido trasladado al departamento policial del detective Dunn, Ira, y ambos sabemos el porqué.*

—Si no es una mierda es otra, joder —me quejé y me tomé las sienes.

—*Ya tengo ojos custodiando sus pasos, pero es mejor advertirte para que tomes cartas en el asunto. El chico viene como apoyo para la investigación que se frenó en el hospital, sin embargo, mi contacto me informó que luchó para que lo enviaran a él.*

—¿Sabes si me han mencionado? —inquirí.

—*Hasta el momento no, manejan la nómina de todos los benefactores del hospital, pero ningún nombre en especial, aunque intuyo que si Nick le mencionó a su familia algo de lo que hacía o ellos sospechaban, Dimitri sabrá dónde buscar.*

—Espero que Nick no haya sido tan imbécil —dije.

En el tiempo que estuvimos juntos supo engañar a su familia y ni siquiera los visitaba en Canadá, que era su país natal, pero después de todo lo vivido, sabía que no me podía confiar.

—*Ira, aún no te he dicho lo peor.*

—¡Mierda, Faddei! Te habría agradecido si me hubieras dado a escoger entre la mala noticia o la peor desde un principio —repliqué y me puse de pie de inmediato.

—*Será para la próxima* —contestó y bufé, pero no lo interrumpí más—. *Me llama mucho la atención que Dimitri apenas se hizo presente hoy en el departamento policial y ya ha ido por un café con tu hermana.*

Cerré los ojos con impotencia al escuchar eso y sentí que la sangre se me enfrió y calentó al mismo tiempo. La adrenalina burbujeó en mis venas y mis deseos por despedazar al menor de los Cratch me embargó de pies a cabeza. Eso no podía ser, ese hijo de puta no se metería con Gigi ni en sueños.

—Lo quiero a metros de Gisselle, Faddei —gruñí.

—*Y por eso te lo he informado, yo tampoco lo quiero cerca de la señorita, pero lamentablemente, si Cratch sospecha de ti, lo hará también de tu viejo perro fiel, ya que soy el reconocido, así que te aconsejo que pienses en tu nuevo perro, considero que es una misión para él* —sugirió.

Sin despedirme de él le corté, sabiendo que ambos éramos conscientes de que no estábamos para despedidas cordiales sino más bien para actuar con rapidez.

Faddei tenía razón, en mi mundo lo reconocían como mi guardián, en cambio a Ace no, él era nuevo en la ciudad y sabía moverse en la clandestinidad para mantenerse alejado del ojo público, así que, mientras caminaba de un lado a otro en mi oficina, busqué su número en el móvil y le marqué de inmediato.

—*Mi reina* —saludó alegre—, *creí que no sabría de ti hasta mañana* —recordó y gruñí enfadada.

Y no solo por la llegada de mi excuñado sino también porque Ace me hizo pensar en que antes de irme del hospital con Fabio horas antes, los planes eran perderme entre su cuerpo hasta el día siguiente, algo que no sucedería más.

—Ha surgido un inconveniente, así que estoy por darte la misión más importante de tu vida y la mía —avisé, concentrándome en lo importante.

—*Por ti, lo que quieras* —aseguró.

—Quiero que desde este momento no le pierdas ningún movimiento a Gisselle, conviértete en su puta sombra si es necesario, pero no la dejas sola. ¿Entendido?

—*Creí escuchar que dijiste misión, no una puta tortura* —soltó y deseé tenerlo frente a mí.

—Agradece ahora mismo que no te tengo cerca, hijo de puta —bufé y lo escuché resoplar.

—*Lo siento…*

—¿Te quedó clara cuál es la misión? —lo interrumpí.

—*Muy clara, mi reina. Tus deseos son mis órdenes* —declaró.

Corté luego de darle un par de indicaciones más y me acerqué hacia la ventana de mi oficina

observando a la gente pasar, ajena a todo lo que me rodeaba.

Suspiré profundo, me tomé del vidrio y pegué la frente en él, pensando en todo y nada a la vez. Tras eso llegué a la caja fuerte y saqué el corazón de Nick; las palabras de Fabio llegaron a mi cabeza en ese instante y negué, no le pediría ningún consejo al amor de mi vida, pero sí le haría un juramento.

—No me van a joder dos veces de la misma manera, Nicholas Cratch, y antes de que lo intenten me bañaré en la sangre de todos. Así que ruega desde el infierno para que tu hermanito se aleje de Gisselle y de mí, porque si no, pronto lo tendrás compartiendo tu mismo espacio —juré.

Mi colección de corazones crecería si Dimitri Cratch daba un paso en falso.

CAPÍTULO 22

Iraide

Al día siguiente me reuní con Faddei y Ace, el primero me tenía más actualizaciones sobre lo que estaba sucediendo con Dimitri, mientras que con el segundo necesitaba ultimar detalles sobre lo que haría con Gisselle, ya que con nuestra llamada del día anterior no me quedé tranquila.

—No es necesario que te dejes ver por ella, Ace. Solo necesito que la sigas a donde quiera que vaya y te mantengas alerta ahora que Dimitri la acecha —le dije y él asintió.

Sabía que él y Gigi no comenzaron bien, por esa razón al hombre no le cayó en gracia que lo escogiera para esa misión, pero al darse cuenta de lo importante que era para mí, se tragó sus bromas de mal gusto y acató todas mis órdenes.

Faddei por su lado, había sabido ocultar su diversión cuando Ace dio todos los contras de por qué no era buena idea ser la sombra de mi hermana.

—Tendré que aprender español —murmuró Ace y negué.

—No te lo aconsejo, amigo, por tu salud mental y tus nervios, es mejor ignorar lo que ellas te dicen en su idioma —le dijo Faddei y los miré seria.

Aunque sí me causó gracia lo que pensaban, puesto que en muchas ocasiones había puteado a varios en mi idioma y solo Faddei sospechaba qué era lo que les decía.

Cuando terminamos de hablar sobre eso nos pasamos al tema del juez Wright; la policía y todos los departamentos de investigaciones estaban encima del caso y sabía que el FBI comenzaba a acercarse a pistas concretas, pero Harold había tomado cartas sobre el asunto y me reí al darme cuenta de que, por primera vez, el imbécil estaba moviendo todos sus hilos para protegerse y protegernos a todos los miembros de la organización.

—Por cierto, la asistente de Ward me llamó para informarme que su jefe pide una reunión con los séptimos debido a una fiesta que ofrecerá para nuestros visitantes —añadió Faddei antes de dar por terminada nuestra conversación.

Lo miré curiosa.

The Sevenths era una organización mundial en realidad, y nosotros, la sede en Estados Unidos.

Había siete sedes en todo el planeta que conformaban una sola, y yo lideraba una de las más importantes. Por esa razón, de vez en cuando teníamos visitas provenientes de otros países, entre ellos, presidentes, expresidentes, políticos importantes, actores, cantantes y hasta gente de la realeza. Toda la alta alcurnia que al final, también eran parte de la mierda que podría al mundo.

Cuando Frank estaba vivo, lo acompañé varias veces al ser él quien visitaba otras sedes, pero desde que murió y tomé el liderato, me negué a algunas invitaciones que me hicieron para acudir a sus fiestas solo por diversión y únicamente me obligaba a hacer acto de presencia cuando el protocolo lo demandaba.

Algunos de los otros líderes internacionales tomaron a mal mi ausencia al principio, sin embargo, me dediqué a hacer un excelente trabajo con los negocios que manejábamos y por lo mismo, *The Sevenths* de Estados Unidos se convirtió en uno de los pilares más fuertes de la organización.

A nivel mundial, Estados Unidos era una de las potencias del mundo, pero las personas se equivocaban al creer que solo se debía al poderío militar o económico que manejaba. *The Sevenths* era la organización que en realidad creaba a las potencias desde lo más bajo.

Éramos siete los más poderosos, los que movíamos los hilos del planeta entero incluso cuando intentaban derrocarnos con artimañas baratas, y por esa razón tenía la certeza de que jamás caería por la muerte de un juez tan importante para el país, ya que, Harold Bailey jugaría bien con sus piezas para evitarlo, porque yo lo manejaba a él a mi antojo.

—¿Cuándo será y quiénes nos visitarán? —inquirí, pensando en la razón de que Ronald fuera el encargado de recibirlos y celebrarlos.

—En un mes a partir de hoy y según la asistente, viene un familiar del presidente de Rusia, dos príncipes y una princesa de Europa. Cada uno de ellos acompañados de sus amantes, además, un inversionista del continente asiático —explicó y asentí.

—¿Sabes la razón por la cual Ronald organizará la fiesta? —seguí con mi interrogatorio.

Iba a responder, pero calló en el momento en que Ace se disculpó con nosotros y se puso de pie tras recibir una llamada entrante, asentí dándole autorización para que saliera y respondiera y luego con la mirada le pedí a Faddei que continuara.

—Los príncipes lo pidieron —dijo y sospeché la razón.

—Estate atento a todos los preparativos de la dichosa fiesta, porque al ser en el país, tendré que asistir y no quiero llevarme sorpresas desagradables —advertí y asintió sabiendo la razón—. Prepara una reunión con ellos para la semana que viene, quiero dejarles claras las cosas de manera personal —añadí.

—Perfecto, lo haré ahora mismo —aseguró y se puso de pie—. ¡Ah! Antes de que lo olvide, tu secretaria me dijo que llamó la asistente del doctor D'angelo, él pide una reunión contigo y según ella, tú ya sabes la razón.

Me tensé cuando mencionaron a ese idiota y negué. Tuve demasiado de él el día anterior y mi ego aún no estaba preparado para otro enfrentamiento, así que mi respuesta fue clara y concisa.

—Dile que mi agenda está ocupada y no hay espacio para más reuniones hasta dentro de unos meses, si tiene suerte —solté y Faddei entrecerró los ojos, mirándome con diversión.

—¿Tan mal te f…?

—Como termines esa frase, conocerás la maldad que existe en tu ángel pelirrojo, Faddei —gruñí y él contuvo una sonrisa.

—Solo hice el sonido de la efe, Ira, y me has interrumpido, ¿qué creíste que diría? —preguntó con diversión y lo miré seria.

Con la confianza que me tenía y sabiendo que estuvo cuidándome la noche en la que Fabio me buscó en esa misma oficina, lo primero que llegó a mi cabeza es que me preguntaría si el tipo me folló mal.

—¿Qué ibas a preguntar? —reviré yo y él negó.

—¿Tan mal te fue con él? —Sentí que me sonrojé por lo que yo imaginé.

Tenía que dejar de pensar en la palabra follar o en folladas.

—Mi reina.

¡Puf! Era irónico que Ace apareciera detrás de la puerta justo al plantearme el dejar de pensar en folladas.

—Mi agenda está saturada, Faddei —repetí en respuesta a mi guardián y él asintió serio, aunque sus ojos descubrían la diversión que sentía.

Se despidió de mí con un asentimiento de cabeza y Ace entró a la oficina de inmediato, lo miré atenta y lo detallé como si nunca lo hubiera visto. También tenía el cabello con rizos flojos en color rubio oscuro, aunque los de él a veces lucían un poco castaños. Sus ojos eran verdes, sin embargo, más oscuros y medía aproximadamente un metro ochenta, no un metro noventa o más.

¡Y no entendía por qué carajos mientras lo observaba, también lo comparaba!

No era posible que cayera en eso y culpé a Faddei por mencionar lo que mi secretaria le comentó.

—No volveré más a *Delirium* —bufé como promesa.

—¿El club no cumplió con tus expectativas? —inquirió Ace.

—No quiero hablar de eso —zanjé de inmediato—, mejor dime por qué no te has marchado a cumplir tu misión —espeté.

—Déjame respirar antes, mi reina.

—Ace —repliqué con advertencia y alzó las manos.

—Bien, solo admite así sea una vez, que tu hermana puede ser un grano en el culo.

—¡Joder, Ace! —exclamé queriendo parecer molesta, pero la sonrisa me traicionó.

Y no, no creía a Gigi un grano en el culo, pero sí podía admitir que mi hermanita era intensa cuando se lo proponía y no cualquiera la aguantaba si la cogían de malas y ese fue el error de Ace, le sacó el demonio de Tasmania en su primer encuentro y dudaba mucho que lograra conocer a la princesa que habitaba en su interior si seguía pensando de esa manera.

—Me parece increíble cómo tu sonrisa te cambia de asesina letal a una inocente sensual —mencionó al verme reír y me mordí el labio.

—Nunca me has visto sonriendo mientras asesino, Ace. Así que no te adelantes, porque no creo que pensarías que soy una inocente sensual en ese instante —apostillé y eso lo hizo reír a él.

—Serías una sádica sensual y solo de imaginarte me empalmo —soltó y admito que abrí de más los ojos porque su *halago* me tomó por sorpresa.

—Si estás aquí para provocarme en lugar de estar detrás de Gigi en este momento, entonces has perdido tu tiempo, *amor* —aseguré con altanería y él negó.

—Estoy aquí también por negocios —repuso y lo miré con una ceja alzada.

—Interesante —murmuré.

Comenzó a hablarme de algunos negocios en los que estuvo metido su exjefe Leonardo Cox, que me sonaron interesantes, y de otros que me dejaron sin habla. Había proyectos de los que escuché mencionar, sin embargo, nunca les tomé importancia, y dado un momento hasta me parecieron una mentira (a pesar de que en la élite utilizáramos algunos para nuestro favor), pero mientras Ace seguía charlándome, mi incredulidad aumentaba y solo le creí porque me mostró pruebas de lo que supuse que únicamente vería en películas de ciencia ficción.

—¿Por qué Leonardo no usó sus juguetes antes de que lo asesinaran? —inquirí.

El tipo había tenido un arma poderosa en las manos y, aun así, lo mataron, así que eso llamó mi atención.

—Lamentablemente, Cox no contaba con el capital para invertir, mi reina, ya que estoy hablando de un proyecto de millones de dólares, no miles. Así que cuando logró conseguir una parte para iniciar, arriesgándose a quedar en la quiebra, tuvo que reducir personal, entonces sus enemigos se aprovecharon de eso.

Negué al comprender todo y recordé que Frank siempre me aconsejó a nunca prescindir de personal para que *cuidara* mi espalda, porque esa era señal de debilidad y nuestros enemigos sabrían aprovecharlo. Leonardo Cox era prueba de ello.

—¿Por qué me estás hablando de esa compañía y sus juguetes? —cuestioné, ya que me causó curiosidad en ese momento.

—Aunque aún no lo creas y quizá jamás lo hagas, soy un perro fiel, Ira, y tú te has ganado mi fidelidad incluso desde antes de trabajar juntos y nada tiene que ver la follada que nos dimos el otro día —aseguró y nos miramos a los ojos.

Cuando Ace me llamaba por mi nombre hacía que el momento fuera intenso, incluso especial, porque no me miraba como su reina (como solía llamarme) o como la mujer que le daba órdenes, no. Cuando pronunciaba ese Ira, lo hacía con respeto o deseo y en ese instante vi reflejado en sus ojos lo primero.

—Cox te admiraba como no tienes idea y soñaba con trabajar alguna vez bajo tu yugo, era una especie de fan número uno de la reina sádica, literalmente te adoraba —confesó.

Fueron pocas las veces que me crucé con el hombre, pero mi gente trabajaba con la suya si era necesario; y sí, en esas pocas ocasiones que nos vimos demostraba su respeto por mí, incluso cuando solo era la ejecutora letal de Frank Rothstein.

—Creciste con mucho dolor y sobreviviste con rabia —murmuró de pronto y lo miré con sorpresa.

Frank me dijo eso en una ocasión y sus palabras fueron tan acertadas, que las guardé en mi mente, y que Ace lo dijera me descolocó un poco.

—¿Cómo sabes eso? —inquirí y sonrió de lado.

—Una vez, Cox se preguntó qué te había sucedido para ser cómo eras, para desarrollar esa fortaleza que siempre te ha caracterizado. Para ese momento, yo ya sabía mucho de ti gracias a él y a las historias que contaban los hombres de Rothstein, así que deduje que tu infancia y adolescencia fue parecida a la mía… crecimos con dolor y sobrevivimos con rabia —explicó y me obligué a tragar.

—Frank me dijo eso una vez —admití y asintió.

—Luego de que yo se lo dijera a Cox, tuvo una reunión virtual con Rothstein y se lo dijo, supongo que el destino quiso enviarte mi mensaje. —Dedujo y sonreí.

«A lo mejor el destino ya tenía planeado juntarnos y por eso Cox tuvo que morir».

Pensé, pero lo mantuve solo para mí.

—¿Tienes contacto con la compañía de esos juguetes? —pregunté, ignorando la coquetería que utilizó en lo último que me dijo.

—Por supuesto y, de hecho, ya les hablé sobre ti y están ansiosos por mostrarte su arsenal —soltó y lo miré abrumada—. Siempre voy un paso adelante —se halagó a sí mismo y negué.

—¿Lo consideras una buena inversión? —Quise saber.

Tras todo lo que me explicó, yo sí lo consideraba una buena inversión y estaba decidida a meterme en ello, pero me daba curiosidad saber si Ace solo se estaba dejando llevar por la seducción que provocaba ese tipo de poder en mis manos y en lo poderoso que él sería si yo lo era más.

—Más que una inversión, es un método de sobrevivencia, un plan B. Y como se lo dije a Cox en su momento te lo diré a ti, mi reina: siempre ten un plan B que nadie más a tu alrededor sepa. Mantenlo en secreto y si harás esto, no se lo digas a nadie.

—Ya lo sabes tú —señalé.

—Entonces piensa en un plan B que yo desconozca —aconsejó fresco y sonreí.

E imaginé que mi instinto animal era como el de Furia, ya que así no lo demostrara, sabía que Ace me decía esas cosas para protegerme, pero como él mismo me lo aconsejó, tendría un plan B incluso para resguardarme de mis perros fieles.

Casi dos semanas más tarde, me encontraba estresada y con un humor de perros. Fabio había

intentado tener contacto conmigo días atrás, pero pasé de él de forma olímpica. Estaba manteniendo mi promesa de no volver a su club y tampoco deseaba verlo o que habláramos, sin embargo, no me mentiría a mí misma.

Ese cabrón altanero había sido como una especie de droga para mí y me prendé tanto de él en tan poco tiempo, que la abstinencia estaba siendo jodida.

Sin embargo, decidí volver a mi adicción principal: el trabajo y la organización. Y me dejé absorber tanto que, saqué adelante dos misiones, fui con Ace a la compañía que me recomendó y terminé invirtiendo en tres armas frente a él y en una más que solo traté con el CEO de la fábrica, además de eso, visité mis casinos y otros negocios, pasé un poco de tiempo con mi madre y Adiel y al final, tuve la reunión con los séptimos.

Esas malditas reuniones siempre serían un dolor de cabeza para mí y sobre todo cuando debía imponerme y actuar como la tirana que ellos mismos habían creado.

Nuestros visitantes retrasaron su llegada hasta nuevo aviso, no obstante, los preparativos de su recibimiento continuarían y Ronald Ward seguía siendo el encargado, así que tuve que advertirle que no quería malas jugadas en mi presencia y que, si las había, se atuviera a las consecuencias y lo que sea que me hiciera desatar.

Por Ace también supe que Dimitri había intentado acercarse de nuevo a Gigi, pero él había logrado por medio de sus contactos, desviar su atención de ella, dándole pistas falsas sobre el paradero del juez Wright, ya que lo incluyeron en la investigación.

—¿Vamos al *spa* hoy? —propuso Kiara llegando a mi oficina en casa.

Iba con ropa de deporte y sudando a mares, había salido a correr con Hunter, pero mi muchacho pasó de mí en cuanto entraron y se fue directo a beber agua y a tomar su merecido descanso. Kiara me invitó a ejercitarnos juntas, aunque me negué y opté por una sesión de Capoeira, luego de eso volví a sumirme en el trabajo para dejar de pensar en un club lujurioso y unos ojos verdes lascivos.

—Tengo mucho trabajo —dije viendo unos documentos que me envió mi contador.

—Y también una cara de culo espantosa y una falta de sexo que grita cógeme ya, por donde quiera que caminas —señaló y alcé una ceja.

—Ve con Milly. —Zanjé ignorando que me quería sacar de mis casillas.

Días atrás había propuesto que fuéramos a *Delirium* y por obvias razones me negué.

—Quiero ir al *spa* contigo, no con ella, Iraide Viteri —espetó—. Extraño a mi amiga y me duele saber que ella a mí no, ya que, si no es por trabajo, me deja de lado por irse a follar al dueño sabroso de un club de sexo —siguió y me recosté bien en mi silla.

—Odio tus chantajes de perra —le recordé y sonrió de lado.

—Amo que cedas a mis chantajes de perra. —Celebró con una risa de victoria—. Iré por mi bolso y tomaré una larga ducha de espuma en ese *jacuzzi* que te masajea el culo —avisó y me reí.

Esa tonta amaba ir a un *spa* en especial que tenía jacuzzis que *masajeaban el culo* y no la culpaba, ya que, aunque no era así como dijo, también me relajaba con el baño de espuma y luego disfrutaba con la terapia que recibíamos de las manos gloriosas de las chicas del lugar. Y antes de tomar otra mala decisión, prefería ceder a los antojos de Kiara.

Veinte minutos más tarde Kadir nos llevaba rumbo al *spa* y al llegar fuimos recibidas como reinas; la verdad era que esas chicas se ganaban bien la propina que les dejaba y siempre sabían cómo relajarme un poco, aunque tras salir del sauna choqué con la persona que menos esperaba y supe con ello que esa tarde se convertiría en la favorita de Kiara.

—¡Vaya! Qué sorpresa, senadora —dije deteniendo mi toalla antes de que cayera al suelo.

—Ira —soltó ella con amargura y apretó su toalla para que no se le aflojara.

Ambas estábamos cubiertas solo por la toalla, así que pude ver un collar de cadena fina que colgaba en su cuello, aunque el dije lograba esconderse entre sus pechos.

—Ya que la otra vez no pude, aprovecho para felicitarla por su discurso en el hospital. Fue estupendo —aseguré y logré ver a Kiara detrás de ella conteniendo la risa al notar la tensión en la mujer.

—No estoy para tus chistes —espetó y decidió hacerme un desplante al dejarme de pie y con la palabra en la boca.

Pero, debido a que no me gustaba que otra persona tuviera la última palabra, la tomé del brazo y la detuve, se zafó de mi agarre con brusquedad y actuó a la defensiva.

—No soy ninguna payasa para contar chistes, Sophia. Te estaba halagando, no burlándome y me decepcionaría mucho que fueras una maleducada y no la política respetable que aparentas ser. —Zanjé y apretó los puños.

—No creo que nadie en su sano juicio tome a bien los halagos de una hipócrita —reviró.

—Una hipócrita que mantuvo feliz a tu marido para que no te golpeara y te dio el tiempo suficiente para que te deshicieras de él —respondí y noté sus nervios.

No me sentía orgullosa de haber sido la otra de Frank y tampoco negaba que, aunque le agradeciera por haberme amado y sacarme de la mierda (incluso para meterme a una peor), con su esposa fue un puto cobarde. Una basura golpeadora y abusadora, en realidad. Y Sophia lo supo desde que se casó con él, puesto que Frank solo la tomó por ser de buena familia y para mantener su estatus en la alta sociedad.

Y era obvio que ella, siendo una mujer con un excelente estatus, deseara también un matrimonio feliz y sabía que en realidad había amado a Frank e hizo todo para que él le correspondiera, pero cuando el tipo se aburrió y notó que la mujer no entendería, actuó a lo cobarde y la golpeaba cada vez que Sophia lo hartaba con sus reclamos.

Cuando lo supe, como mujer me apiadé de ella y le exigí a Frank que dejara de ser un machista abusador porque no quería estar con lo que más odiaba en la vida y, para ese momento, ya tenía al tipo comiendo de mi mano, así que me complació sabiendo que yo lo complacía a él en todo sentido. Pero entonces, Sophia tomó ese cambio en su marido de la manera equivocada, creyó que había comenzado a amarla y lo hostigó incluso más que cuando la golpeaba.

En ese momento tuve que ser más complaciente con Frank porque en serio no quería odiarlo por ser un golpeador de mujeres, puesto que lo respetaba demasiado, y fue entonces que comenzó a amarme, lo hizo a tal punto de que llegó a pensar en dejar a Sophia para casarse conmigo sin importar lo que pensara la alta sociedad, pero la senadora Rothstein se enteró de esos planes y decidió acabar con la vida de su esposo antes de convertirse en una divorciada.

Suponía que, para las mujeres como ella, era menos vergonzoso ser viuda que *rechazada* por su marido.

—No sé de qué hablas y no te atrevas a calumniar —exigió y me reí de ella con burla.

—Después de todo, no eres tan distinta a mí, Sophia —declaré y me acerqué a ella quedando a centímetros para detallarla. Incluso me atreví a meter bajo la toalla de su cabeza un mechón de cabello que se le había salido—. Ambas somos unas hijas de puta, la única diferencia es que tú te escudas bajo tu estatus de gran señora y yo me paseo con orgullo siendo lo que soy.

—Una puta roba maridos —urdió queriendo herirme y sonreí complacida.

Acaricié su barbilla y bajé a su cuello hasta detenerme en su clavícula y chasqueé la lengua en negación.

—La puta que tu esposo amó —apostillé—, pero que no te robé porque jamás fue tuyo —aseguré

y con la uña cogí la cadena de su cuello para sacarla de sus pechos.

Ella fue lista en coger el collar justo del dije y lo empuñó en su palma, pero alcancé a identificar un círculo de plata y alcé una ceja con curiosidad al ver su listeza, aunque más por el miedo que sus ojos azules me dejaron notar.

—Aléjate de mí —gruñó y alcé una mano hacia Kiara para detenerla cuando se quiso ir sobre Sophia.

Su collar me había dejado pensando demasiado e incluso olvidé por un instante las palabras que cruzamos.

—Bonito collar, senadora —murmuré solo para probar un punto y su estupor casi me dio la respuesta que necesitaba.

Ese encuentro resultó ser muy interesante.

CAPÍTULO 23

Iraide

Dos semanas atrás me prometí no volver a *Delirium* y me sentía molesta conmigo misma por fallarme, por no mantener mi palabra y por necesitar estar en ese ambiente para olvidar la mierda de mi mundo.

Todo había marchado bien con mi abstinencia y hasta me felicité por pasar de Fabio como lo había estado haciendo, pero bastó mi encuentro con Sophia en el *spa* y su dichoso collar para que mis ganas por ver a ese maldito volvieran y aumentaron dos días después, justo esa tarde, tras una fuerte pelea que tuve con mi hermana luego de que Ace me informara que Dimitri la había invitado a salir y ella aceptara.

Quería matar a ese infeliz, despedazarlo, hacerlo polvo o deshacerlo en ácido por jugar de esa manera con mi hermana, pero me contenía solo porque en mi arranque de furia le llamé a Gisselle para que no saliera con él, poniendo como excusa que yo la había visto salir del departamento de policía con el tipo y que la quería lejos del malnacido.

Y por supuesto que ella se enfadó por querer interferir en su vida cuando me dejó claro que no necesitaba de mí y aseguró que saldría con quien se le diera la real gana, me gustara o no, porque mis problemas no eran los suyos y que por la misma razón se cambió el apellido.

Odié que me recordara eso y no poder mandar al infierno de una buena vez a Dimitri sin que Gisselle sospechara de mí, ya que me expuse ante ella. Pero más odié no saber cómo decirle por qué tenía que alejarse de él sin confesarle que el tipo estaba en la ciudad para vengar a su hermano.

Y mi odio y el estrés derivado de la pelea con mi hermana y el dichoso collar de Sophia fueron mi mayor excusa para volver al club de Samael.

«Eres libre de venir cuando desees si estás al día con tu membresía».

Lo recordé decirme semanas atrás y me apegué a eso. Estacioné mi coche en mi lugar destinado dentro del club y decidí dejar de lado por un momento a Dimitri Cratch y su cercanía con Gigi.

Esa noche opté por un vestido negro con escote recatado al frente, aunque de atrás llegaba un poco abajo de mis omoplatos, las mangas eran cortas y se pegaba a mi cuerpo como una segunda piel.

La parte inferior de este me llegaba hasta la mitad de los muslos y por lo mismo me decanté por unas medias negras que sostenía con unos ligueros de pedrería y oro rosado (un diseño exclusivo para mí que me costó una pequeña fortuna), y zapatos del mismo color con un taco de doce centímetros. El cabello me lo dejé en ondas y con el maquillaje enmarqué más mis ojos y labios y tras verificar que todo estuviera bien con mi atuendo, pasé de los antifaces y caminé hacia el recibidor.

Me sorprendí al no encontrar a nadie esperándome y sí, recordé que ya le había dicho a la chica de siempre que no era necesario ser recibida por alguien cada que llegaba, pero después de la última vez que estuve en el lugar, tomé la falta de anfitrión como una ofensa y eso me enervó incluso más que estar rompiendo mi promesa.

A pesar de eso decidí continuar con mi camino, sin permitir que nada me estropeara los planes.

Nada ni nadie, en realidad.

Cuando entré al salón principal, el retumbe de la melodía de fondo dio de lleno en mi pecho y la

sensación que me provocó me hizo apresurarme a la barra para pedir una copa de vino y así poder respirar sin dificultad. Paula estaba ahí y en cuanto me reconoció sonrió amable y atendió mi pedido de inmediato.

—¿Deseas algo más? —inquirió con malicia y le sonreí de lado con mi actitud socarrona.

Deseaba muchas cosas, pero me las guardé para mí.

—Solo disfrutar del espectáculo —aseguré y tras guiñarle un ojo y alzar mi copa comencé a caminar cerca de una mesa libre, para dos, frente una tarima circular donde una escena bastante caliente se desarrollaba.

«No todo tiene que tratarse sobre ti al venir a *Delirium,* Samael», me dije mentalmente y me propuse disfrutar la noche con o sin él.

Le di un sorbo a mi bebida y me concentré en el escenario. La primera vez que vi a un hombre comiéndole la polla a otro me cohibí y sobre todo porque lejos de incomodarme como en el pasado, la escena me envolvió en un espiral de pasión que me dejó deseando al dueño de aquella erección del infierno que, días después me demostró lo cabrón que podía ser.

Bebí otro sorbo de vino tras acomodarme en la silla, mientras me obligaba a disfrutar del espectáculo, aunque pronto me di cuenta de que, de nuevo, ese tipo de actos no me sentaban bien. Tragué de inmediato el líquido en mi boca cuando un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal y enseguida los vellos de mi nuca se erizaron.

Estaba cerca, lo sentí, lo reconocí y me erguí en mi lugar bastante incómoda por la manera en la que mis pezones se endurecieron y el corazón se me aceleró.

—De nuevo no te agrada lo que ves —susurró en mi oído.

Apreté la copa en mi mano y me obligué a no cerrar los ojos cuando su aliento cálido acarició mi cuello. Odiaba ponerme así. Y odiaba a Fabio D'angelo por hacerme casi imposible el querer alejarlo de mi vida por altanero y cabrón y a la vez atraerlo para que me follara como solo él sabía hacerlo.

—¿Por qué nadie me recibió fuera de mi estacionamiento privado esta vez? —inquirí seria, ignorando lo que dijo.

Sin que lo invitara se sentó en la silla vacía a mi lado y noté que trataba de contener una sonrisa cabrona.

El hijo de puta tenía el cabello revuelto esa vez, con sus rizos rubio oscuros brillando con la luz tenue y rojiza del salón, su barba estaba afeitada y arreglada, pero su vestimenta se alejaba de la seriedad del doctor D'angelo y remarcaba más a Samael. El tipo poderoso que gobernaba ese mundo.

Para muchas, una camisa blanca y lisa junto a un *jean* azul desgastado y botas color pardo no podía ser mucho, pero el atuendo en ese hombre hacía que cualquiera se lamiera los labios por el deseo sexual que despertaba. La musculatura bronceada y definida de sus brazos era un arte exquisita para admirar.

Y esos hombros anchos junto a los tatuajes en su brazo izquierdo y la manera en la que sus pectorales se marcaban con cada movimiento, logró que cruzara una pierna sobre la otra y las apretara entre sí, sobre todo al recordar cómo se veía cuando estaba desnudo y sudando la pasión que le provocaba estar entre mis muslos.

«O entre las piernas de alguno de los sumisos de su *harem*».

Pensar en eso barrió el deseo que me provocó el simple hecho de verlo.

—Porque no esperábamos que volvieras… tan pronto, Ira, sobre todo cuando has evitado mi reunión de negocios —admitió y aprovechó para hacer su reclamo y hasta ese momento lo miré a la cara. Sus ojos me demostraban la diversión que su rostro serio intentaba ocultar—. Y porque te

saltaste el protocolo y viniste sin hacerte los estudios correspondientes —añadió y alzó una ceja.

—No lo creí necesario, ya que solo he estado contigo —repliqué.

Recargó los codos en la mesa para estar más cerca de mí y yo recosté la espalda en mi silla para impedírselo.

—Siempre será necesario, *ragazza*. Firmaste un contrato para ser socia de mi club y por lo tanto debes cumplir con mis mandatos como lo dejan estipulado las reglas —explicó y apreté mis molares al darme cuenta de que seguiría recalcando que ese era su mundo y yo solo una más en él.

—Esta será la última vez que esté aquí entonces —dije mordaz y me cogió de la muñeca cuando vio mi intención de ponerme de pie para marcharme.

Chasqueó la lengua en negación y lo miré con furia, olvidando por completo lo que me llevó de nuevo al club.

—Desde que te vi en aquella sala la primera vez intuí que eras una mujer fuerte, Iraide. Y créeme que lamentaría a estas alturas darme cuenta de que me equivoqué.

—Porque me considero una mujer fuerte, me marcharé —alegué y negó.

—No, dulzura. Eso te hace soberbia e irrespetuosa, no fuerte —aseguró y alcé una ceja bastante indignada—. La mayor fortaleza de una persona se encuentra en aceptar que no todo lo maneja a su antojo ni que todas las personas se someterán ante ella, así como en respetar las reglas de donde su poder no vale nada —aclaró y tragué con dificultad, controlando mi respiración para no perder el control—. Si eres capaz de entender eso, felicidades, vas por el camino correcto. Si no, lamento decirte que solo eres una más destinada al fracaso.

Me reí de lo último que dijo, pero Fabio en ningún momento se inmutó, solo me observó hasta que su mirada intensa borró mi burla.

—Me has investigado muy bien, Fabio. Y creo que te has dado cuenta de que en mi mundo lo que no se consigue por respeto, se consigue por la fuerza. Así que creo que tu discurso no es para mí —repliqué y negó.

Lo hizo como dándose por vencido y entendiendo que solo hablaba con una idiota y no me sentó nada bien esa expresión.

—No te guíes por el patrón en el que te enseñó a moverte Frank Rothstein, porque ya sabes cómo terminó —señaló y me estremecí de pies a cabeza cuando mencionó a mi mentor.

Jodida mierda.

Ese tipo era de mucho cuidado si había logrado saber esas cosas sobre mí y, aunque quise disimularlo, me asustó el alcance que tenía tanto en el bajo mundo como en la gran sociedad.

—No me agrada que te metas en mi mundo —bufé.

—Ni a mí que irrespetes el mío —contraatacó y nos miramos con seriedad.

En ese momento entendí lo que quería dejar claro.

A él no le importaba que no me hubiera examinado para volver a *Delirium* porque sabía que solo me acostaba con él. Lo que le molestó fue que quisiera manejarme en su mundo a mi antojo y que me pasara sus reglas por donde no me daba el sol y por increíble que me pareciera, lo entendí a la perfección.

Lo hice porque si hubiésemos estado uno en el lugar del otro, creo que yo no le habría hecho saber con palabras lo que significaba que él intentara manejarse en mi mundo a su antojo.

—Si decido regresar en otra ocasión, tendrás todos mis exámenes como requieres en tu contrato —acepté y me puse de pie para marcharme.

Él jamás soltó mi muñeca y lo miré para que me dejara ir, pero incluso sentado, ese hombre no perdía su porte y me observó desde su posición con una sonrisa ladina.

—Me satisface ver que no me equivoqué contigo la primera vez que te vi —halagó y simplemente lo miré.

—Gracias por tu compañía, aunque no la pedí —dije a manera de despedida y eso lo hizo sonreír de verdad.

—¿Te vas por mí o porque de nuevo no te agrada lo que ves? —Volvió a su pregunta anterior y hasta ese momento me di cuenta de que, desde que llegó a mi mesa, el espectáculo pasó desapercibido para mí.

Miré entonces al escenario, justo cuando la mujer les comía la polla a sus dos compañeros.

—No es lo que estoy buscando —admití.

Se puso de pie entonces y tuve que alzar la cabeza, incluso con mis enormes tacos, para verlo al rostro cuando dio un paso hacia mí.

—¿Qué buscas? —inquirió.

Lo miré a los ojos, pensando en lo que sabía de él y en lo que vi con Marco, aun así, quise probarlo.

—La chica me estorba. —Él sonrió al entenderme—. Me gustaría ver solo a dos hombres y comprobar algo —acepté.

Y no le mentía, necesitaba comprobar si me seguía pareciendo *repugnante* ver a dos hombres follándose con pasión.

—¿Me permites demostrarte que mi club es capaz de satisfacer las necesidades y gustos de todos sus asociados? —consultó y soltó mi muñeca para tenderme la mano con la palma hacia arriba.

La detallé como si fuera lo más interesante, descubriendo los callos que de seguro se hizo por el peso que levantaba en el gimnasio y mi mente me jugó una mala pasada al recordar cómo esas callosidades se sentían en mi piel tersa.

Y seguía manteniendo mi posición de no aceptar ser su sumisa y menos una más de su *harem,* así que lo más inteligente en ese momento hubiera sido negarme y marcharme a mi casa, o buscar a Ace para que me sacara a Fabio de la cabeza, pero tras unos minutos terminé tomando su mano y lo dejé guiarme a dónde me llevara.

Total, eso no cambiaría lo que ya tenía decidido.

Esa vez no caminé detrás de él como lo hice las otras veces en la que le permití guiarme, no, en ese instante me mantuve a su lado y reconocí el pasillo hacia donde me guio. Solo que en lugar de entrar a la sala en la que nos conocimos, me metió a una más pequeña.

Estaba acomodada igual que el salón principal, pero sin mesas; había privados con *chaise longue* estilo victorianos en color negro, ideales para dos personas, y mesas pequeñas en el centro rodeados por postes de madera que sostenían cortinas rojas para dar más privacidad al visitante si así lo requería.

En el escenario del centro había dos hombres follándose con pasión y mi corazón se aceleró como loco al escuchar esos gemidos lujuriosos y cargados del placer más oscuro que alguna vez experimenté.

—¿Te gusta? —inquirió Fabio minutos después de que me invitara a sentarme a su lado.

No mentiría, ver a esos hombres no me provocaba lo que Fabio me provocó cuando estuvo con Marco y Allison, pero a pesar de que me dejó claro que era bisexual, no sabía cómo decirle que, era a él a quien deseaba ver de nuevo en acción, ya que en nuestra última charla dejó por sentado que todo lo sexual entre nosotros llegaba a su fin si yo me rehusaba a hacerlo como su sumisa.

—No —respondí lacónica y evité su mirada.

Miré al escenario a pesar de todo y segundos después lo sentí tomarme de la barbilla para que me

enfrentara a sus ojos verde olivo.

—¿Qué deseas ver en realidad, Ira? —cuestionó tentándome.

Por supuesto que él ya sabía lo que quería, pero el maldito ansiaba que se lo dijera yo porque eso significaba que daría mi brazo a torcer con voluntad propia y me rehusaba si eso significaba ser una más a la que podía tomar cuando se le diera la gana.

—Sigo manteniendo mi palabra de no querer ser parte de tu *harem,* por si buscas...

—Olvida mi propuesta. Esta noche no se trata de eso —me interrumpió y con su dedo pulgar acarició mis labios para callarme.

Uno de los hombres gimió con tanto gozo, que tragué con dificultad cuando la imagen de Fabio con Marco se formó en mi cabeza.

—Sigo siendo ese gusto que deseas darte, *diavolo.* —Satiricé y sonrió de lado como un completo hijo de puta.

—Y yo el tuyo, *dolcezza* —aseguró y me mordí el interior de la mejilla para no reír, pues me encantaba demasiado cuando me llamaba dulzura en su idioma natal.

Pero esa era la verdad, no quería ser su sumisa si eso significaba ser una más, sin embargo, lo que me pasaba con ese tipo no podía explicarlo aún porque ni yo lo entendía, solo sabía que me gustaba lo que me provocaba, lo que me hacía sentir su control.

—Quiero verte a ti con uno de tus sumisos —pedí entonces, animada por su aclaración.

Apenas terminé de hablar cuando Fabio ya me tenía sobre sus piernas, tomando mi nuca, llevando mis labios hacia los suyos en un beso donde quedaba claro que lo que le propuse le había gustado.

Y no me negué a su gesto, contrario a eso, le correspondí como tanto había deseado, besándolo con ímpetu, demostrándole el deseo que estuve conteniendo esas dos semanas. Sus manos llegaron a mi cintura en cuanto me acomodé mejor en su regazo y las mías le acunaron el rostro, pero enseguida las arrastré hasta su nuca y enterré los dedos en esos rizos rebeldes.

Su boca cálida y labios suaves amasaban los míos con propiedad y experiencia, su lengua invitó a la mía a una danza sensual y me fue increíble darme cuenta lo que ese arrebato me provocó, pues mis pezones se pusieron más duros que cuando sentí su presencia detrás de mí y los embistes de su lengua lograron que mi coño ardiera.

Gemí fuerte en cuanto me mordió con fuerza y jadeé en busca de aire cuando chupó mi labio para calmar el dolor de su mordisco.

—Tus deseos son órdenes, Ira —murmuró sobre mi boca y volvió a morder mi labio, pero esa vez fue suave—, aunque lo haremos a mi manera.

Me separé un poco de él para verlo a los ojos cuando dijo lo último y jadeé en el momento que apretó mi culo contra su erección.

—¿A qué te refieres? —atiné a decir, respirando todavía de forma acelerada.

—Déjame tener el control absoluto, actúa como si hubieras aceptado ser mi sumisa y despójate de todo para que disfrutes de verdad. Pero si no lo deseas y quieres solo verme con uno de mis sumisos, lo aceptaré —aseguró y metió mi cabello detrás de mi oreja cuando este se fue a mi rostro.

—¿Qué sería diferente en ambos casos? —inquirí.

Antes de responder me tomó de la barbilla y unió nuestros labios en un beso apretado y casto.

—Como *voyeur* te contienes, Ira. Tú misma te impones un límite. Cuando me cedes el control sobre ti te liberas y disfrutas sin limitaciones.

Tragué cuando señaló tal cosa, no mentía. Incluso yo lo había notado y creo que esa era una de las razones por la cual había vuelto al club, pero no lo quería aceptar, lo ignoré de hecho hasta que él me lo dijo en ese instante.

—¿Confías en mí? —preguntó cuando me perdí por un instante en mis pensamientos.

—Ni en ti ni en nadie, Fabio —aclaré y sonrió—. Solo confío en mí.

—No, tú confías en mí —refutó seguro y jadeé cuando envolvió su brazo en mi cintura y volvió a restregarme en su erección.

—¡Mierda! —chillé en cuanto se puso de pie conmigo encima suyo.

Por primera vez en la noche me reí por su arrebato y admiré más lo alto que era mientras me mantenía a su altura. Respiré profundo cuando acomodó mi cuerpo y comenzó a caminar, moviendo su erección sobre mi coño.

—No sé si te has dado cuenta, pero la gente está observando mi culo —señalé con diversión y desvié la mirada al percatarme de que varias personas se concentraron en nosotros.

Algunos con sonrisitas cómplices, otros con la boca abierta, conscientes de quién era el que me cargaba y lo que iba a pasar a donde quiera que fuésemos. Me tomó de las nalgas al darse cuenta de mi falta de ropa y me dio una breve nalgada delante de todos, robándome una sonrisa.

—Lo he notado. Tú solo déjales disfrutar de lo que algún día me follaré.

—No cantes victoria aún, vaquero, porque esta noche solo estás de suerte —aseguré y me miró diciéndome así que eso estaba por verse.

Pero lo dejé pasar y me entregué a lo que sucedería entre nosotros sin importarme absolutamente nada, tomando su cuello con mis brazos y mordiendo su labio inferior. De pronto se detuvo en medio de la gente y miré sobre su hombro, viendo a Paula observarnos risueña mientras bajaba levemente la cabeza en saludo.

Iba con una charola llena de vasos cortos con bebidas.

—Llama a Marco y dile que se prepare para una sesión. Lo esperaré en la mazmorra de siempre —ordenó y continuó de inmediato con su marcha.

Enrosqué las piernas con fuerza en su cintura y me tomó de los muslos, acariciando mis medias, metiendo un dedo en mis ligas y luego soltándola, azotando mi carne.

Llegamos hacia la zona de las mazmorras en donde los socios encontraban mayor privacidad y se metió en una de las primeras. Me bajó apenas cerró la puerta y de inmediato me empotró a ella y me tomó el rostro, comiéndome la boca con premura.

Su manera de besar siempre era con ansias y deleite, como si mis labios fueran el mejor manjar y él estuviera hambriento hace días. Metió la lengua cuando se lo permití y acarició la mía mientras sus manos bajaron hacia mis piernas, tomando el dobladillo del vestido y sacándolo para dejarme solo en ropa interior.

—Me he vuelto loco apenas te vi entrar con esto —confesó y tocó el liguero, acariciando mi piel en el proceso—, deseando arrancártelo mientras te follo como loco.

—Conque me observabas —me mofé, sintiéndome victoriosa al darme cuenta de que él también me esperaba.

Pero no respondió nada, en cambio yo, jadeé cuando me acarició llegando justo al punto donde lo necesitaba, abriendo aún más las piernas para que no dejara desatendido ningún lugar en el que lo deseaba.

Me tomó del cuello cuando las caricias se intensificaron y me observó retorcerme entre la madera y su cuerpo, sin perder de vista ningún movimiento.

—Sería muy descortés romper algo que me ha costado una fortuna —argumenté sin aliento cuando corrió la tela y abrió mis pliegues, rozando las yemas sobre mi clítoris—. Es un diseño exclusivo.

Sonrió de lado y negó, acercando su boca a la mía, hablando sobre mis labios.

—Me importa una mierda el valor de esto —murmuró ronco—, te compraré una docena, de los colores que quieras.

Quise objetar que no hacía falta cuando tomó las tiras con fuerza y las arrancó de mis medias, dejándolas colgar sobre mis muslos, el tirón apenas escociendo mi piel.

—¡Oye! —Lo cogí del cabello cuando besó mi cuello, siguiendo con sus caricias—. Lo tomo, pero me ofende muchísimo, Fabio. Acabas de estropearlo.

Rio con malicia sobre mi piel y subió una de mis piernas hacia su cintura, rozando su erección a la vez que azotó mi culo.

—Silencio —exigió pícaro.

—Grosero —musité y me gané una mala cara, aunque sus ojos demostraron que se divertía con el momento.

Esa vez estaba actuando diferente, siendo dominante pero relajado a la vez, como queriendo mostrarme que nada entre un Amo y su sumisa tenía que ser guiado por un protocolo. Desvió su atención hacia mi cuerpo haciéndome cerrar los ojos brevemente con la sensación de su boca sobre mi piel, me embelesó de tal manera que no me percaté cuando la puerta que se encontraba al fondo fue abierta y Marco ingresó completamente desnudo, con el collar adornando su cuerpo.

Observé cuando tomó lugar al lado de la cama y se puso de rodillas, agachando la cabeza, en plena disposición para lo que Fabio pidiera.

No me acostumbraría fácilmente a ver a un tipo de la talla de Marco siendo sumiso, él daba más para Dominante. Con ese cuerpo grande y definido, con su cabello largo y medio ondulado que la mayoría del tiempo usaba suelto, y con la barba recortada, era el sueño de cualquier mujer y hombre.

La verdad era que, viéndolo en ese instante, admití que Marco era guapo, caliente, demasiado atractivo.

—Amo —saludó para hacerle saber que había llegado al verlo distraído conmigo y colocó las manos sobre sus muslos.

Fabio se separó un poco al ser consciente de la presencia de su sumiso y me tomó de la mejilla con decisión, observándome con seriedad.

—Llegó la hora de que te liberes y disfrutes —aseguró y tragué con dificultad.

Mi corazón se aceleró como loco, compitiendo con mi respiración y el temblor que atacó mi cuerpo. Pasaría de nuevo, lo observaría tomar a un hombre en vivo y en directo y descubriría si en la realidad la situación era tan candente como en mi imaginación.

—En este momento entramos en rol, Ira. Recuerda las reglas —añadió y asentí mordiéndome el labio, emocionada por lo que presenciaría y aceptando meterme en el papel de sumisa así fuera solo esa noche—. Posición *nadu*, enfrente de la cama —ordenó entonces, satisfecho al verme ceder.

Complacido al decirle sin palabras que confiaría en él.

—Y tú también, Marco, pero sobre la cama —demandó al sumiso.

Me soltó para que me acercara a mi sitio y vi a Marco sonreír apenas, con un toque de lujuria en su mirada cuando se puso de pie y se subió a la cama para colocarse como le fue indicado. Me agaché recordando cómo vi a sus sumisas esperarlo el día que me confió parte de su mundo y adopté dicha postura.

Miré sobre mi hombro cuando escuché ruidos detrás y fui consciente del lugar. La habitación estaba equipada con diferentes sillones, mesas, una cruz de San Andrés y la cama en donde Marco se encontraba esperándolo sin mover un músculo. Había varios aparadores y cajones de donde Fabio sacó unas bridas negras y las estiró en sus manos al notar mi inspección.

Las dejó sobre una mesa y sin apartar sus ojos de los míos se deshizo de las botas junto a los

calcetines y luego tomó su camisa del dobladillo inferior, quitándosela con cuidado y acomodándola en una silla para luego pasar a sus *jeans* y dejarme con la mirada en su erección muy despierta que sobresalía de su bóxer negro, la punta brillaba por el líquido preseminal.

«Húmedo», quise decirle, pero me contuve y aguanté la sonrisa, él achicó los ojos al entenderme y sonrió de lado.

Tomó nuevamente las cuerdas y se detuvo un minuto al lado de un reproductor, tecleando hasta que una melodía que reconocí como *Eyes on you* de Swim, inundó la habitación. Bajó la iluminación del lugar dejando como foco principal donde nos encontrábamos, con una luz tenue.

Respiré profundo al darme cuenta de que en ese momento comenzaba la faena. Se acercó en pocos pasos a donde me encontraba, acomodándose a mi espalda, y movió mi cabello hacia un costado cuando me habló al oído.

—Ya que voy a complacer tu pedido, es justo que yo también te enseñe algo —explicó.

Tomó mis brazos con lentitud, acariciándolos en el proceso y los colocó detrás de mi espalda, llevando mi mano derecha hacia mi codo izquierdo, y viceversa, con confianza cuando notó que se lo estaba permitiendo.

—La primera disciplina será el *bondage* —informó y sonreí al recordar que una vez aseguré que no permitiría tal cosa.

¡Joder, Fabio!

Colocó la cuerda por mis antebrazos, atando con pericia, inmovilizando mis brazos en varios nudos mientras yo hacía memoria de lo que significaba y me tensaba un poco al sentirme incapaz de moverme.

—No busco demostrar poder en ti con esto, únicamente quiero que liberes tu inhibición, que disfrutes de lo que haré. —Su voz había adoptado un matiz más oscuro y su aliento acarició mi nuca cuando terminó con las ataduras de los brazos, bajando hacia mis muslos y abriéndolas—. Te quiero en esta misma posición, pero abierta de piernas. —Retomó su labor de dejarme totalmente expuesta e hizo otro amarre en cada muslo, uniéndolo al final con los nudos que dejó cerca de mis codos—. No podrás tocarte, solo observarnos.

Controlé la respiración al sentirme un poco atrapada con la imposibilidad de moverme a mi antojo y me mordí la lengua para no gritar, al darme cuenta de que estar amarrada me provocaba una especie de fobia.

Y solo me contuve porque ya Faddei y Ace habían investigado a Fabio de manera minuciosa y porque yo también me aseguré de que la información que esos dos me dieron era verídica. De lo contrario, jamás le habría permitido llegar a ese nivel conmigo sin tener a nadie que me cuidara la espalda.

Moví la cabeza para mirarlo y me encontré con dos pupilas dilatadas y enseguida su boca estuvo en la mía. Me cogió del cabello profundizando el beso hasta que me faltó el aire por el morbo del momento.

Tomó mis pechos desde atrás y bajó la copa del sostén para pellizcar mis ya entusiasmados pezones que aclamaban su atención. Gemí al sentirme sensible y él gruñó en cuanto sus manos se desplazaron por todos lados hasta llegar a mi coño y estirar mis bragas, rompiéndolas sin esfuerzo, dejándome con la tela colgando de mis caderas mientras me lamía el cuello, estimulando todas mis terminaciones nerviosas con su toque.

Se apartó de golpe y se puso de pie, mirándome desde arriba sin perder detalle, dejándome sin oxígeno por la vista que me estaba dando. Su cuerpo era una obra de arte y sus músculos definidos se encontraban tan tensos que su piel dorada lucía apretada. Me admiró como yo lo estaba haciendo,

él desde su altura y yo ofreciéndole lo que quería.

Sumisión.

—*Preziosa.* —Alabó y me mordí el labio queriendo encontrar palabra alguna cuando me noté incapaz de hablar.

Se alejó de mi cuerpo cuando estuvo satisfecho con su trabajo y observó a Marco desde la punta de la cama, notando la conexión que tenían por cómo el tipo reaccionó a su escrutinio sin pestañear.

Fabio se puso de costado para que pudiera verlos y se acercó hasta él.

—*Listo para servir* —exigió y vi a Marco moverse a la velocidad de la luz, curvando su cuerpo, dejando el culo en pompa, extendiendo los brazos hacia la punta de la cama, con la cabeza levantada y la boca apenas abierta, mirando hacia su Amo.

Lamí mis labios resecos a la espera de lo que Fabio haría y al verlo bajándose el bóxer y luego tomar su erección para masturbarse con pericia, solo esparciendo el líquido con su pulgar, mi corazón trató de salirse por mi boca y la respiración se atascó en mis pulmones.

«Mierda, mierda, mierda», era todo lo que repetía en mi cabeza.

Intenté moverme y me di cuenta de que era imposible con el amarre que Fabio hizo en mis brazos y piernas, aunque gemí porque, por increíble que pareciera, una de esas cuerdas me apretaba de una forma que hacía que mi coño palpitara y los nervios que sentí por lo que estaba a punto de presenciar, provocó una sensación de roce en mis pezones.

—Abre la boca para mí, Marco —ordenó Fabio e intenté moverme de nuevo, queriendo juntar las piernas cuando el sumiso se acercó deseoso hacia la polla de su Amo y se la metió a la boca.

¡Joder!

No negaré que cuando existió confianza con mis amantes pasados, disfruté comiéndome sus miembros, pero ver a Marco me demostró que jamás mi placer al chupar una polla fue tanto como el de él.

¡Demonios! Se la chupaba con ansias y ni siquiera se metía el falo hasta la garganta, no, se concentraba más en la corona de esa preciosa polla que me estaba haciendo agua la boca, sabiendo que era allí donde Fabio lo necesitaba, sacándole gruñidos de placer y desencajándole el rostro con gestos sensuales que lograron que mi piel se erizara y mi coño ardiera.

Marco tenía una entrega completa en ese instante, ya que en ningún momento movió ninguna parte de su cuerpo más que lo que Fabio pidió, haciéndome consciente de la confianza que le tenía a su Amo al dejarse manejar al antojo de él.

Noté que mi corazón fue capaz de acelerarse, un palmo más, con los ruidos que salían de Marco al atragantarse en un momento con aquel enorme falo y cómo Fabio tomaba la nuca de este y volteaba a mirarme con la boca apenas abierta, demostrando cuánto estaba disfrutando.

Entonces quedó claro para mí.

Nunca fue que mis escrúpulos por ver a dos hombres dándose placer desaparecieran, no. Era Fabio mandando a la mierda mis límites y haciéndome disfrutar de ellos.

—Desde acá puedo ver lo mojada que ya te encuentras, Ira —gruñó complacido cuando Marco abarcó más de su miembro, queriéndoselo comer todo—. ¿Te gusta ver qué otro hombre me come la polla?

No me mentiría ni le mentiría a él, así que asentí mordiéndome el labio y Fabio no desvió la mirada de mis reacciones, bebiendo mi cuerpo con sus ojos, lamiéndose los labios al detenerse en mi coño que ya había comenzado a desearlo.

Abrí la boca para hablar, pero no emití nada porque en ese instante me sentí más sensible en todas partes y él lo notó, asintiendo y entendiendo mi necesidad con el cuerpo endurecido.

—Lo que sea que tu boquita quiera decir, dímelo —demandó.

Tomé aire sin perder contacto con él y me removí en el suelo a la vez que gemí cuando Marco también lo hizo y Fabio gruñó de placer.

—¡Joder! —bufó Fabio con la voz oscura y se tomó de uno de los pilares de madera del dosel de la cama.

Estaba disfrutando al máximo de la mamada que Marco le daba.

—Fóllatelo —pedí cuando vi que eso no iba a durar mucho para mí.

Me dedicó una pequeña sonrisa *comemierda* y se separó de Marco, tomándolo del cuello y le palmeó la mejilla cuando quiso acercarse de nuevo.

—No te muevas —le ordenó y eso bastó para que él se quedara quieto.

Pero yo fui capaz de entender a Marco, ya que juro que también habría seguido la polla de Fabio para continuar deleitándome con ella.

Marco era yo en ese momento, embrujado por su Amo, queriendo más de él y no saciándose por más que le diera. Éramos unos hambrientos, aunque a diferencia de mí, Marco manejaba un control increíble, ya que yo en su lugar hubiese exigido más y me habría enfurruñado si me lo hubiera negado.

Fabio se movió por el lugar hasta llegar a la cama, subiéndose detrás de Marco, tomándolo del culo sin dejar de mirarme. Era como si continuara midiéndome, comprobando si seguía siendo capaz de verlos, ya que él notó que cuando vi a otros hombres no me agradó.

—No cierres los ojos —ordenó y asentí, no pensaba hacerlo, pero evité decirlo—. Quiero que veas que lo que le haré a él, es lo que pronto estaré haciendo contigo. Porque lo haré, Iraide —sentenció.

Me mordí la lengua y traté de no sonreír cuando, lubricado por su propia saliva, tocó a Marco en el punto donde sabía que disfrutaría. Carraspeé y contuve la respiración en cuanto un gemido sonoro salió del tipo y deseé cerrar las piernas para obtener un poco de fricción, y como acto reflejo tiré de las cuerdas y eso solo hizo que se apretara en mis encajes y en mi interior rogué porque el material llegara a mi centro y me diera lo que deseaba.

—¡Joder! —Volvió a gemir Marco y una sensación de ganas de llorar me invadió. Me había pasado la primera vez con Fabio, era como si el placer se convirtiera en dolor, pero no uno malo.

Minutos después Fabio cogió algo de una de las mesitas al lado de la cama y vi que se trataba de un preservativo que abrió y se lo colocó de inmediato.

—Tus deseos también son mis órdenes —le dijo a Marco y con eso se hundió en él de una embestida cuidadosa, presionando la pelvis en su culo, logrando un gemido más fuerte del sumiso y un jadeo mío al sentir que a la que estaba penetrando era a mí.

¡Puta madre! Lo sentí en mi interior.

Me agité cuando lo vi moverse con fiereza, demostrándome que Marco ya se encontraba amoldado a su tamaño por el disfrute que emitía al ser follado. Ni en mis más locos delirios había imaginado lo mucho que podría disfrutar de ver una penetración hacia un hombre y, mierda que sí lo estaba haciendo, viendo cómo Fabio sabía qué puntos tocar para que su acompañante también gozara, cómo atendió las necesidades que él estaba teniendo, nalgueándolo, tomándolo de la nuca, hundiéndole el rostro en la cama sin dejar de observarme a mí.

—Demuéstrale qué tanto te gusta lo que te hago, Marco —pidió a su sumiso y este se recargó más en sus rodillas para levantarse un poco de la cama.

—¡Oh, mierda! —Jadeé.

Me sentía embrujada, esa era la única manera de explicar por qué era capaz de sentir el placer de

Marco, ya que antes, ver a dos hombres me hacía pensar en que no tenían masculinidad, pero al presenciar esa follada… ¡puta madre! Me estaba tragando mis propias palabras.

Esos dos tipos exudaban masculinidad, seguridad en sí mismos (sobre todo), al ser capaces de disfrutar del placer sin tabúes. El punto G de los hombres se encontraba en la salida de su culo y ellos eran valientes al preferir su disfrute antes que mantener felices a personas que nada les aportarían.

—¡Carajo! —gimió Marco cuando Fabio lo tomó de la cintura para marcar más su vaivén.

Como lo dije antes, Marco no era pequeño, tenía un cuerpo musculado y por muy tonto que pareciera de mi parte, los imaginé como dos titanes que, en lugar de pelear entre sí, se daban el placer más oscuro y exquisito que podía existir.

—Eso es, Marco, muéstrale cómo te pone que ella nos esté observando —lo animó Fabio y vi a Marco llevarse la mano hacia su polla comenzando a masturbarse.

Grité como si me estuvieran follando a mí cuando Fabio levantó a Marco, pegando su pecho a la espalda de él, lo tomó del cuello, mirándome sobre su hombro con los ojos turbios y con la otra mano cogió la verga endurecida de su sumiso y lo masturbó por su cuenta sin dejar de penetrarlo.

Maldije y no pude evitar cerrar los ojos brevemente al sentir hilos de mi humedad desplazarse por mis piernas y escucharlos gemir con deleite. Envidié el placer de esos dos, necesitaba tocarme por el voltaje de ambos, por la rudeza que Fabio tenía.

El espectáculo que vivía en primera fila me estaba sobreestimulando al grado de quejarme cuando el cuerpo comenzó a dolerme.

—¡Maldita sea! —gruñó Fabio y se tomó de los postes de la cama para acelerar el ritmo de sus embistes, Marco continuó masturbándose y vi en su rostro que estaba a punto de correrse—. Tienes un jodido charco entre las piernas, Ira —señaló con deleite, demostrándome que su placer no se debía solo a que se follaba a su sumiso—. ¿Sientes cómo sin siquiera tocarte, de todas maneras, te estoy follando?

Volví a gemir, esa vez más fuerte y me removí con fuerza, queriéndome desatar para, aunque sea rozar mi clítoris que sentía hinchado. Asentí varias veces a su pregunta, perdida, mordiéndome la lengua y totalmente entregada a ese momento y vi cómo sus manos se volvían blancas al ejercer demasiada fuerza en la madera, reconociendo que podría partirla en cualquier instante.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, mis pezones se encontraban duros y ni hablar del desastre entre mis piernas porque no paraba de destilar fluidos con toda la estimulación que estaba teniendo, dándome cuenta de que una vez más, sin mucho esfuerzo por su parte, Fabio me tenía a su merced.

Mi cuerpo respondía a él sin siquiera poner empeño en ello.

—Joder —bufé cuando Marco levantó aún más su culo, gustoso, pero demostrando su templanza al no enloquecer con la follada que le estaban dando.

En cambio, yo me sentía a punto de perder la razón y no respondía de lo que haría en cualquier momento donde no pudiera quitarme las ataduras, ya que los gemidos masculinos me tenían a nada de desestabilizarme.

Fabio se aferró aún más a los postes y juré verlo transformarse detrás del sumiso, su cuerpo tomó un aura sombría y su actitud se volvió más ruda al percatarse de lo que yo estaba experimentando. Era el *diavolo* que conocí semanas atrás. Samael, el maldito dios del sexo que poseía un jodido *harem* para satisfacerse en todos los sentidos. El hombre al que yo quería únicamente para mí, el que se negó a la exclusividad y, el que a pesar de que me molestara por ello, volvió a embrujarme.

Mi cuerpo entró en combustión de pronto, el sudor helado ya me bañaba y hasta era capaz de sentir las gotas de hielo deslizándose en mi columna, entre mis pechos y en las sienes, convirtiéndose

en agua ante la febrilidad de mi piel. El fuego en mi vientre se avivó y mi entrada escoció de tal manera que estaba a punto de decir aquella ridícula frase de seguridad que Samael me puso, si no obtenía mi liberación de inmediato.

—Siente que estoy dentro tuyo, Ira. —Gemí en respuesta cuando realmente lo sentí así, su falo entrando en mi vagina, estirándome las paredes y su punta tocando cerca de mi estómago—. Disfruta de lo que hago con tu cuerpo —ordenó y la presión en mi vientre se hizo más grande cuando me habló con ese tono ronco y oscuro.

Era como una bola llena de presión que él estaba a nada de explotar con la corona de su polla.

—*Puta madre* —lloriqueé en español al empezar a temblar en el instante en que mi poca cordura me abandonó.

Eché la cabeza hacia atrás mientras Fabio endurecía la mandíbula, consciente de lo que me sucedía. Mi pecho escoció por la falta de aire, mis pulsaciones se dispararon, acelerándose en puntos clave de mi cuerpo, y me quejé en cuanto todo me ardió desde lo más profundo.

—¡Dios! —Mi cuerpo se estremeció de tal maneja que creí que me prendería en fuego.

—¡Vamos! —Jadeó Fabio junto a Marco, quien se encontraba igual de perdido que nosotros—. Acaba conmigo, Iraide.

Cerré los ojos cuando su pedido se ahondó en mi cabeza y perdí todo sentido al empezar a descomponerme en miles de partículas, volando de mi propia órbita, mojando mis piernas, lo que me llevó a perder la estabilidad, y gritando sin poder evitarlo al escuchar a Marco gemir con más intensidad, a Fabio gruñir mientras sus embistes se volvieron más rudos y a su sumiso embarrarse las manos con su propia semilla.

Santa mierda.

¿Qué carajos acababa de pasar?

Resoplé varias veces en busca de oxígeno, viendo semejante escena; dándome cuenta de que los tres acabábamos de tener un orgasmo intenso. Mis piernas se volvieron débiles y como pude me senté en mis talones para descansar. Marco temblaba en la cama y Fabio respiraba agitado y se lamía los labios.

«¿Y si Samael era en realidad un íncubo?». Que parecía estúpido pensarlo, pero esos demonios eran los únicos en dar un sexo formidable sin siquiera tocarte, o al menos creía que era sin contacto.

Me quedé quieta tratando de controlar mi respiración, sintiéndome sin energías, creyendo cada vez que ese hombre era un *diavolo* de verdad; perdida hasta que mi corazón comenzó a calmarse y Fabio salió del interior de Marco, se quitó el condón y lo tiró a un bote de basura para luego acariciar la cabeza de su sumiso.

—Magnífico como siempre —reconoció y vi a Marco sonreír en respuesta—. Tómate el tiempo que quieras para recuperarte.

Marco asintió, exhalando el aliento, y Fabio salió de la cama para acercarse a mí con su falo medio erecto. Se agachó y me tomó de la barbilla, acercando sus labios a los míos.

—¿Satisfecha?

Hundí la lengua en su boca como respuesta y cuando me correspondió, lo hizo con reconocimiento, satisfacción y poder. Acarició mi cabello húmedo por el sudor y se alejó unos centímetros para mirarme a los ojos.

Todavía me sentía perdida en el placer.

—Me vuelves loco —susurró para que solo yo lo escuchara y le sonreí coqueta, siendo consciente de que estaba arrodillado sobre mi orgasmo.

—Te diría que tengas cuidado con el desastre que hice, pero debes estar acostumbrado a cosas

peores, ¿cierto? —cuestioné, luego de que mi cabeza hiciera conexión con mi cerebro y él suspiró reprimiendo una leve sonrisa de lado.

Tomó mis hombros doloridos y los masajeó percatándose de lo rígida que me hallaba. Luego pasó a las ataduras de mis muslos y las desató, cerré al fin las piernas y pude sentarme bien sobre mis talones. Él siguió con mis brazos, sus manos me acariciaron al sentirlos inertes por la posición y fuerza que ejercí en ellos.

—Gracias por confiar en mí —susurró en mi oído y su respiración en mi cuello me estremeció.

Y yo sabía que no era solo por la sensación que me provocó su respiración, sino también porque en mi interior admití que por primera vez había confiado en alguien. Lo hice en un hombre que me privó de mi movilidad, pero que, en lugar de asesinarme, me torturó de placer hasta hacerme explotar en un delicioso orgasmo.

CAPÍTULO 24

Iraide

Mis antebrazos y piernas lucían ceñidas por las bridas y la presión que ejerció Fabio con sus amarres. Sonreí al recordar que días atrás, al ver uno de los espectáculos de *Delirium,* aseguré que, aunque me llamara la atención ese tipo de disciplina, no lo permitiría en mí.

Y ahí estaba, habiéndome corrido una vez más sin que ese hombre me tocara, únicamente seducida hasta el punto del orgasmo con su voz, sus gestos, sus demandas y la manera que tenía de follar a otra persona frente a mis ojos.

Luego de que Marco se fue de la habitación tras haber recibido lo que Fabio denominó *aftercare,* por supuesto que me folló de nuevo, esa vez tocándome, penetrándome y volviéndome loca de placer con su potencia hasta que quedamos saciados por esa noche y con eso me enseñó que verlo podía ser placentero, pero vivirlo en carne propia, brutal.

—¿A dónde vas? —preguntó minutos después de que él había terminado de masajear mis brazos y piernas, dándole mimos a mi cuerpo tras haberme tomado con rudeza.

Dejé las bragas y los ligueros de lado, porque eran un desastre, y solo me acomodé las medias en los muslos y tras eso me coloqué el vestido y acicalé mi cabello. Fabio también se encargó de limpiarme entre las piernas, así que había dejado de escurrir mis orgasmos.

Y claro que noté su intención de acomodarse conmigo en el enorme sofá, donde me acostó para consentirme, pero decidí que era momento de marcharme. Lo busqué porque lo deseaba, aparte de que quería investigar con él lo del collar de Sophia, no obstante, lo dejé de lado debido a que, a pesar de todo, la espinita de cómo me trató la otra vez todavía me incomodaba y en eso no daría mi brazo a torcer tan pronto como él lo imaginaba.

—Ya me has dado lo que deseaba, así que es hora de marcharme —comenté, calzándome los tacos y traté de no sonreír al ver su seriedad.

—No estoy para juegos, Iraide —reprendió con la voz ronca y me encogí de hombros.

Se había puesto el bóxer y todavía me parecía increíble que ese cuerpo que tenía fuera real, ya que sus músculos lucían demasiado perfectos para ser de carne y no de mármol o piedra cincelada por los mismos dioses.

—Me ofende que creas que soy de las que juega, Samael. —Apostillé.

—Conque solo querías usarme —espetó y lo miré con una media sonrisa.

—Para nada, *amor*. Eres un manjar con el que quería volver a deleitarme y, ya que lo he hecho, es mejor que me marche —expliqué, usando la misma altanería que él utilizó conmigo la última vez que estuve en su club.

Estaba molesto, lo noté, pero en ese momento sonrió con orgullo y entendió por qué le dije tal cosa.

Si yo cedía y lograba entender su punto cuando me lo demostraba haciéndome sentir lo que él sentía, lo justo era que actuara igual en el momento que yo utilizara su misma táctica.

—Aprendes rápido, *dolcezza* —halagó, abriendo los brazos y apoyándolos en el respaldo del sofá.

Fabio irradiaba un poder increíble en todas sus poses y comenzaba a admirar eso.

—Me encantó verte con Marco —admití dando un paso hacia él e inclinando el torso para llegar cerca de su rostro.

—Lo sé —se mofó y le di un beso en los labios sin dejar de mirarnos.

—Hasta luego, Samael —me despedí y en ese momento fue él quien me besó, pero sin profundizar.

—Hasta que vuelvas a ceder, dulzura —murmuró con la voz ronca sobre mis labios.

—O tú —indiqué y me erguí.

—¿Me seguirás haciendo esperar con esa reunión que te pedí para que hablemos de mi proyecto? —cuestionó antes de que comenzara a irme.

Sonreí divertida por eso y di algunos pasos para alejarme de él.

—Mi agenda está saturada, así que no creo que mi secretaria encuentre un hueco —avisé satírica y el cabrón sonrió mordiéndose el labio y viendo con descaro mi culo, ya que me había alejado varios pasos.

—No te preocupes. Ese lo encuentro yo sin ayuda —se mofó y negué.

—*Eres un idiota* —solté en español y él comenzó a reírse.

—*Sono l'idiota che adori quando sono tra le tue gambe e anche fuori di esse, dolcezza* —respondió en italiano.

«Soy el idiota que adoras cuando estoy entre tus piernas, o incluso fuera de ellas, dulzura».

¡Mierda!

Había llegado el momento de convertirme en trilingüe si no quería quedar como estúpida de nuevo.

Tres días después me encontraba en mi oficina, en la financiera. Me sentía más relajada y por momentos me reía tal cual loca de atar al recordar lo que me había hecho liberar la tensión, o más bien a quién me hizo liberarla. Tan bien me encontraba, que ni siquiera me importó que Faddei me avisara de que en un rato recibiría la visita del detective Dunn. El hombre quería hacerme un par de preguntas *de rutina* y solo reí con ironía cuando lo supe.

Mi secretaria por su parte había llegado minutos atrás para avisarme que la secretaria del doctor D'angelo llamó para tratar de obtener una reunión para su jefe pronto, pero le pedí que se negara con la excusa de que ya mi agenda estaba llena.

—*Señorita Viteri, el detective Dunn está aquí* —avisó Julia, mi secretaria, por el intercomunicador y suspiré profundo.

—Hazlo pasar —pedí.

Dos minutos después la puerta de mi oficina fue tocada y tras eso Julia apareció detrás de ella, dejando pasar al detective Dunn, un hombre de aproximadamente sesenta años, muy bien conservado y elegante, aunque lo que más llamó mi atención es que no llegó solo y sonreí satírica al ver ese rostro tan asquerosamente familiar para mí.

Dimitri Cratch lo acompañaba y juré en mi mente que luego de que terminara con esa reunión, Faddei y Ace tendrían una conversación seria y urgente conmigo, ya que ninguno de los dos imbéciles me avisó nada para al menos estar preparada para lo que me enfrentaría.

Y no se trataba de que alguno de esos dos hombres me intimidara, sino más bien al hecho de que Dimitri tenía un parecido tremendo con su fallecido hermano.

Los mismos ojos color avellana junto a esas pestañas rizadas que cualquier mujer envidiaba, cejas pobladas, nariz perfilada, mandíbula alargada y labios gruesos. Era dueño de un cuerpo delgado pero atlético y parecía de la misma estatura que Ace; el cabello lo tenía rapado de los lados y un poco

largo del frente, aunque no mucho.

¡Mierda! Ver a Dimitri me hizo recordar por qué me gustó tanto Nick y no culpaba a Gigi si estaba embobada por el tipo. Y lástima por ella, ya que esa relación no tenía ningún futuro.

—Señorita Viteri. Gracias por recibirnos —dijo el detective Duncan Dunn—. ¿O prefiere que la llame señora? —inquirió y me tendió la mano como saludo.

—Señora, por favor. —Acoté y alcé la mano rechazando la suya—. Dejemos el saludo así, en estos tiempos es mejor evitar el contacto —añadí y él sonrió.

Como lo dije antes, evitaba los saludos con contacto, pero no era solo porque no me gustaran, sino por precaución, puesto que era fácil que me drogaran de esa manera o que obtuvieran mis huellas para implantarlas donde más les convenía. Así que era mejor mantener la distancia.

—Por supuesto —habló sin parecer molesto o apenado por mi desplante—. Mi compañero presente es el detective Dimitri Leblanc y me acompaña meramente por protocolo —explicó y alcé una ceja viendo a mi excuñado y sonreí.

Conque Leblanc, eh.

—Es un placer, *detective Leblanc* —pronuncié con un toque de ironía hacia él.

Dimitri trató de sonreír normal, pero le salió más con ironía y con eso me demostró que no estaba en mi oficina solo por protocolo y me bastó para asegurar que el pequeño Cratch se convertiría en un grano en el culo del cual tenía que deshacerme pronto.

Pero en ese momento actué como la mejor de las anfitrionas y los invité a tomar asiento.

El detective Dunn comenzó a decirme la razón que los llevó a buscarme, lo cual ya sabía. La investigación se había detenido, pero según ellos, debían hacer ciertas entrevistas para darle un cierre oficial y traté de no reírme de ellos por lo patéticos que lucían queriendo estafar a la estafadora.

No obstante, actué cortés, cooperando y demostrándoles así que no tenía ningún problema con que investigaran mis negocios, sin embargo, les hice saber que no era ninguna estúpida y conocía bien las leyes del país.

—Puedo responderles todas las preguntas que deseen, sin embargo, les recuerdo que lo que están haciendo es un trabajo que, según tengo entendido, le corresponde al IRS. —Apostillé con fingida amabilidad.

Dimitri me miró serio, Duncan supo ocultar su sorpresa.

—Por eso nos estamos basando en preguntas rutinarias, *señora* Viteri —habló Dimitri y lo miré a los ojos por el tono que utilizó al llamarme señora. Su voz era gruesa y muy masculina—. El IRS intervendrá solo si es necesario.

—Perfecto, me alegro de que todos lo tengamos claro —dije viéndolos a ambos.

Escuchamos cuando un móvil comenzó a sonar y el detective Dunn lo buscó, ya que era el suyo.

—Discúlpeme, es importante —pidió y con la mano lo alenté a que tomara la llamada.

Se puso de pie y salió de la oficina, sonreí con malicia al quedarme a solas con Dimitri y me puse de pie bajo su atenta mirada.

—¿Quieres algo de beber? —Le ofrecí con amabilidad.

—Estoy bien así —respondió tajante.

No me perdió de vista y sentí su mirada en mi espalda cuando saqué una botella con agua del pequeño refrigerador, tras tomarla caminé hacia su persona y la puse con un poco de fuerza sobre el escritorio, justo enfrente de él y lo sentí tensarse al colocar las manos sobre sus hombros, haciéndole un pequeño masaje y enterrándole las uñas en el proceso.

—¿Por qué Leblanc, *amor*? —susurré en su oído. Tenía mi cabello suelto y este se corrió hasta caer sobre su hombro.

Y estaba consciente de que el imbécil guapo podía estar usando un micrófono, pero no hice una pregunta que me comprometiera, parecía más curiosa.

—¿Quieres saber el origen de mi apellido o por qué uso este y no otro? —inquirió y hasta sentí ternura por cómo me quiso sacar la vuelta.

¡Cosita!

—Bueno, supongo que tienes otro. La mayoría de las personas tenemos dos apellidos —respondí con tranquilidad y me fui hasta el escritorio apoyando una nalga en la superficie para así tenerlo de frente—. Pero mi pregunta se debe más al origen, y me gusta, por cierto, suena a apellido de alguna historia. Amo leer, de hecho, y me decanto por los libros de horror —comenté como si estuviera charlando con algún hombre que me interesara.

—¿Te gustan los asesinatos? —soltó sin poder contenerse y me mordí el labio para no reír.

—Me gustan los libros sobre asesinatos, por supuesto —contesté y, ya que estábamos cerca, rocé mi pierna con la suya.

Dimitri miró de inmediato mi acción y tras eso buscó mis ojos y alzó una ceja.

—¿Te gustan del tipo, hechos por un arranque de pasión o celos? ¿O los que se hacen por venganza? —siguió con su interrogatorio, metiéndose a jugar conmigo un juego bastante peligroso donde yo era la reina.

Y me causó gracia que, en lugar de apartarse de mi toque *accidental,* propició otro y esa vez me lamí los labios con sensualidad. Dimitri me estaba demostrando que iba a por todas con tal de *cazarme,* así que me incliné y recargué las manos en sus piernas hasta acercarme más a su rostro, haciendo que se presionara al respaldo de su silla.

—No, me gustan más los que son bien elaborados, los que cuesta descubrir o jamás descubren. O los que son hechos por diversión. Me encanta leer sobre eso, *amor* —susurré y le sonreí con malicia.

Sobre todo, cuando captó entre líneas lo que dije, dejándole claro que solo perdería su tiempo y si me tocaba demasiado los ovarios, perdería también la vida.

—Me encantan tus ojos, por cierto —añadí.

La puerta se abrió de pronto dejándome ver al detective Dunn, me erguí de nuevo con tranquilidad sin importarme lo que acababa de ver y solo le sonreí con inocencia, diciéndole así que no aguanté las ganas por lanzármele a su nuevo compañero.

—Señora Viteri, gracias por su amable cooperación —dijo Duncan y asentí—. Debemos marcharnos —avisó a su compañero y este se puso de pie sin alejarse de mí.

Era alto, por supuesto, así que alcé la mirada para verlo a los ojos.

¿Le estaba coqueteando?

Claro que sí.

¿Quería que se fijara en mí antes que en Gigi?

También.

Pero nada de eso era porque el tipo me interesara o porque quería los intereses amorosos de Gigi, y sí, era guapo, sexi, caliente. Pero ya me había hartado de los Cratch, perdieron su encanto conmigo y mis estándares habían subido. Así que lo que hice fue solo por alejarlo de mi hermana, ya que sabía que el cabrón no la tomaría en serio. Y antes de probar eso de que el hijo de puta con sed de venganza podía cambiar por amor, haciendo sufrir a Gisselle en el proceso, prefería mandarlo al infierno y que le hiciera compañía a su hermano.

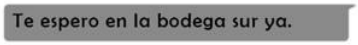
—Nos veremos pronto, *señora* —se despidió de mí y di un paso hacia atrás para volver a recargarme en el escritorio.

—Seguro que lo haremos —confirmé y, entonces, por primera vez desde que llegó me regaló una

sonrisa traviesa.

Los despedí luego de eso asegurándoles que para lo que necesitaran me encontrarían y me reí de ellos cuando estuve sola.

Rato después salí de la oficina y al ver a Faddei le avisé que iríamos a la bodega sur, el maldito calvo ni siquiera preguntó nada porque sabía la cagada que se mandó y, únicamente obedeció de inmediato pidiéndole a Kadir que tuviese lista la camioneta porque estábamos a punto de marcharnos.



Eso fue todo lo que escribí a Ace por mensaje, él me llamó de inmediato, pero decliné su llamada para dejar claro que no hablaríamos hasta que estuviéramos reunidos en persona. En la camioneta blindada el silencio se hizo rotundo y sentí la tensión que se formó entre los que me acompañaban.

Estaba molesta por la falta que cometieron porque se suponía que ellos eran mis ojos, los que me mantendrían un paso delante de mis enemigos y así la visita que tuve no me hubiera intimidado, tenía que hacerle entender a esos idiotas que para la próxima podía correr con menos suerte.

—Ira, yo…

—Mejor cállate, Faddei —lo interrumpí cuando intentó excusarse al bajarnos de la camioneta—. Deja salir a Furia —le pedí a Kadir y él me miró asustado, pero no refutó.

El hombre caminó rendido hacia donde se encontraba mi chico y admito que en mi interior rogué para no quedarme sin ese turco, puesto que solo estaba pagando las consecuencias de su jefe inmediato.

—Mi reina —saludó Ace cuando llegué dentro de la bodega. Estaba sentado en una de las sillas alrededor de la mesa que ocupábamos para nuestras reuniones y se puso de pie al verme.

—A ver, ahora sí explíquenme qué carajos les pasó —exigí tanto a él como a Faddei y ambos se miraron entre sí.

—No sé si Dimitri sospecha que lo seguimos o simplemente está sabiendo jugar sus cartas, pero pudo escabullirse de mis hombres. El último informe que recibí fue sobre que se encontraba trabajando en su oficina, cinco minutos después de eso estaba entrando a la financiera —explicó Faddei y negué.

—Pues quien te pasó el informe tendrá que responder a su falta —le recordé molesta y asintió.

Miré a Ace a la espera de su explicación.

—El detective está resultando ser más listo de lo que imaginábamos, ya que le dijo a tu hermana que alguien la seguía. Ella, por supuesto que le creyó y me enfrentó esta mañana por eso porque sí, sabía dónde iba a encontrarme y tras putearme en su idioma se marchó como diabla rociada con agua bendita.

—¡Me cago en la puta! —espeté—. ¿Se dan cuenta de que Dimitri nos hizo quedar como imbéciles? Y me incluyo porque soy una imbécil al tenerlos a ustedes como mis ojos —añadí y sentí que me puse roja de la ira.

Furia llegó en ese momento caminando seguro y gruñendo. Los hombres que estaban a nuestro alrededor se quedaron quietos intentando pasar desapercibidos para el can. Por supuesto que en ese instante el miedo se sentía hasta en el aire y por lo tanto mi perro les gruñía a todos.

—¡Joder, cariño! Siento mucho que estos imbéciles te vengan a estresar —le dije al can hablándole con voz chiquita y sin poder evitarlo sonreí al verlo moviéndome el muñón de la cola, pero sin dejar

de gruñirle a los demás.

Se había concentrado en Faddei, sobre todo, ya que Ace era el único tranquilo a parte de mí porque lo sabía manejar.

—Ira, sé que cometimos un error, pero por favor aleja a ese animal de aquí —suplicó Faddei.

—Animales ustedes, par de imbéciles —gruñí—. Y bien, Ace, Gisselle te descubrió y confrontó, lo entiendo, pero no creo que eso te impidiera estar pendiente de los movimientos de Dimitri —seguí.

—Bueno, por salir huyendo tras enfrentarme se cayó y creo que se jodió el tobillo.

—¡¿Crees?! —exclamé preocupada.

—Bueno, se lo jodió.

—¿La ayudaste? —exigí saber y se quedó serio—. ¿Ace? —advertí.

—No, solo me quedé viendo que alguien le ayudara.

—¡Qué hijo de puta eres! —le grité y estuve a punto de irme encima de él.

No era posible que dejara a mi hermana sin ayuda cuando claramente le pedí que la cuidara aparte de vigilarla, pero el maldito se estaba dejando llevar por el desagrado que sentía hacia ella y las ganas de matarlo por eso pudieron más conmigo.

—¡No lo hagas, mi reina! —Me detuvo—. Furia me reconoce como su amigo al igual que a ti y si me atacas, me defenderá como te defendería a ti si fuera lo contrario —advirtió y miré a mi perro.

En efecto, estaba atento, dispuesto a defenderme o a defenderlo y lo miré con el ceño fruncido. Ace hizo una buena jugada al pedirme que lo dejara estar con Furia, ya que se ganó la confianza del perro y, por lo tanto, a un gran aliado que lo defendiera de mí.

—Conque lo convertiste en tu plan B —repliqué al recordar su consejo.

Ace sonrió divertido.

—Aunque así parezca, no, te lo aseguro. Sabes que amo a los perros y a Furia en especial —informó y negué—. Además, tu hermana está bien. Créeme que hubo muchos tipos dispuestos a ayudarle y según escuché, fue una torcedura leve; tras eso se ofrecieron a llevarla a su casa, pero se negó y se fue cojeando un poco para el departamento policial.

—No te ayudas, imbécil —espeté.

—Dentro de lo que cabe, caminó bien, mi reina. No fue nada grave, te lo aseguro —se excusó y me cogí el tabique de la nariz, respirando pausado para calmarme.

Mis ganas de asesinarlo se incrementaron, pero no me arriesgaría con Furia por su culpa.

—Obviamente ustedes fueron la ayuda perfecta para Dimitri esta vez —me quejé.

—No volverá a pasar —juró Faddei.

—Por supuesto que no volverá a pasar, calvo del demonio. Porque si hay una próxima, yo misma me encargaré de deshacerme de las personas que no me suman, pero sí me restan. —Zanjé.

—Ya que no pude hacer nada con ese imbécil, aproveché para investigar sobre lo otro que me pediste —nos interrumpió Ace y lo miré.

Le había pedido que investigara todo sobre Sophia y me refería a lo más oculto de la legisladora, lo que a mí se me escapó. Así que esperaba que hubiera hecho bien eso.

—Siéntense —le pedí a él y a Faddei— y cálmense todos que odio que estresen a Furia —dije a los demás.

Tomé asiento y traté de tranquilizarme, aunque admitía que deseaba llamar a mamá para averiguar si sabía algo de Gisselle.

Bonita la hora que se me ocurrió poner a Ace como su sombra.

Solté el aire que había estado conteniendo y llamé a Furia a mi lado, alegrándome con el hecho de

que era ya la tercera vez que lo dejaba salir sin tener que encadenarlo y sintiéndome orgullosa de sus avances, ya que no había matado a nadie, eso, contando con que Kadir estuviera bien porque no lo vi por ningún lado.

¡Mierda!

—¡Kadir! —grité solo para asegurarme que estuviera bien.

—Mi señora, estoy aquí —respondió a lo lejos y contuve la risa al verlo medio escondido entre otros de sus compañeros. Faddei por su parte no contuvo su diversión y yo entorné los ojos.

Bien, al menos estaba vivo.

—Habla —pedí entonces a Ace, él también sonreía por el miedo del turco.

—Desde tu encuentro con la legisladora cuando me pediste que la investigara, puse a uno de mis hombres a seguirla en todas sus actividades —aseguró y sacó el móvil—. Monitoreando todos sus pasos descubrimos ciertos gustos que mantiene ocultos y eso nos llevó a un club en particular del cual eres socia.

Me tensé cuando dijo eso y recordé el encuentro que Sophia tuvo con Fabio en la inauguración del hospital.

—Con eso también descubrimos que *Delirium* tiene una lista de socios VIP la cual intentaron proteger muy bien, hasta que yo logré hackear sus servidores. —Se jactó.

Sentí a Furia lamerme la mano en un intento por calmar mis caricias intensas y apreté los puños.

«Sumisos propios tengo más, Allison incluida, pero no a todos les gusta ser expuestos, así que por eso no se encuentran aquí».

Maldije al recordar las palabras de Fabio y luego el collar de Sophia. Me negaba a creer que de nuevo estuviéramos compartiendo al mismo hombre y, aunque no logré ver el dije completo de aquel collar, sí reconocí un círculo y eso solo significaba una cosa, al tener la certeza de que la legisladora era socia VIP de *Delirium.*

—Por eso Fabio sabe tanto de mí —analicé como un pensamiento en voz alta y ambos me miraron.

—¿Qué tanto? —preguntó Faddei.

—Estoy a punto de averiguarlo —avisé con seriedad. Me mantuve mirando a la nada, pero tras decir eso le di un beso a Furia y me puse de pie.

Había dejado de lado esa conversación con Fabio por concentrarme más en saciarme de él, pero había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa y esa vez sería a mi manera.

—Guarda muy bien esa lista porque tenemos oro puro en nuestras manos —demandé para Ace y este asintió—. Llévame al consultorio del doctor D'angelo, Faddei. Le voy a conceder esa reunión que tanto ha pedido —proseguí y comencé a caminar hacia la salida.

Al parecer, a Sophia se le había ido la lengua con su Amo y sospesé la idea de enviar más carne *premium* para el zoológico.

CAPÍTULO 25

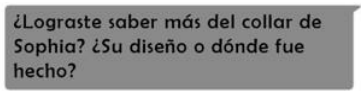
Iraide

Kadir corrió detrás de mí mientras Ace entretenía a Furia y podría jurar que jamás vi tan feliz a ese hombre de ser mi chofer de confianza, como en ese momento.

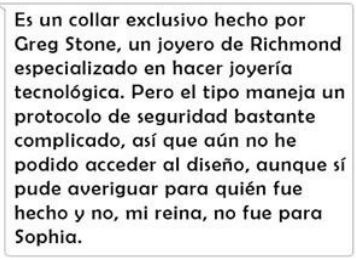
La tensión por la cagada que se mandaron había mermado, así que Faddei disfrutó gastándole bromas al pobre tipo mientras yo leía algunos de los archivos que Ace me hizo llegar al móvil sobre la lista VIP de *Delirium*. Me quedé con el ojo cuadrado al estudiar a cada miembro y ver entre ellos a expresidentes, ex primeras damas y hasta personas pertenecientes a religiones.

¡Mierda! El diezmo de muchos feligreses cristianos estaba siendo *bien utilizado*. Y entonces entendí que Fabio manejaba un poder inigualable, por el que muchos matarían. Incluso yo. Pero me concentré más en Sophia en ese momento y dejaría que los otros disfrutaran tranquilos si no se metían en mis asuntos.

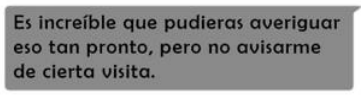
Y ese fue el error de la legisladora, irse de lengua y subestimarme, olvidándose de que mi poder estaba sobre el suyo, puesto que a mí no me respaldaba un solo gobierno. Al contrario, yo era parte del respaldo de siete potencias.



Le escribí a Ace y lo vi en línea de inmediato y comenzó a digitar en segundos.

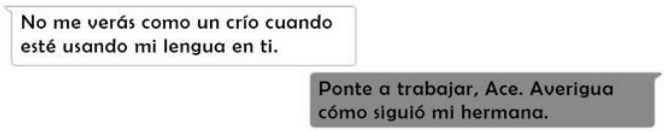


Negué al ver que luego de ese mensaje, Ace me envió emojis de caritas sonriendo con picardía y hasta lo imaginé detrás de la pantalla de su móvil riendo con chulería. El idiota a veces se jactaba demasiado.



Apreté los labios para no reírme cuando me respondió con emojis torciendo los ojos y sentí a Faddei mirarme con intriga.

Respondí cuando después de su mensaje aparecieron varias lenguas.



No me respondió más y en ese momento sí que me reí porque si le desagradaba Gisselle tanto como demostraba, entonces le di un buen castigo por querer pasarse de listo conmigo.

Faddei me miró alzando una ceja y le regresé el gesto, iba a decir algo, pero su móvil sonó y respondió de inmediato. Aunque no habló tanto, solo escuchó y minutos después respondió con «de acuerdo».

—El líder de los séptimos en Francia pide una junta virtual contigo esta noche, asegura que es urgente —avisó.

Chasqueé la lengua y solté el aire con pesadez. Esa urgencia de Silvain Arnaud no me hacía pensar en nada bueno, ya que en otras ocasiones cuando solicitó una reunión de esa índole, siempre fue para pedirme un favor. Pero no me negaría, puesto que me debía demasiados favores y prefería seguir acumulando, así cuando yo necesitara de uno, sabría dónde cobrarlo.

—Cítalo para la medianoche de aquí. —le dije y asintió—. ¿En qué mierda se habrá metido esta vez? —inquirí sin esperar a que ninguno de los hombres me respondiera, fue más un pensamiento en voz alta.

—Bueno, ya sabes que su gente es bastante mediocre y lo viven metiendo en problemas —recordó el calvo con una sonrisa de suficiencia y lo miré con los ojos entrecerrados.

—Espero no ir por el mismo camino —ironicé y me miró de inmediato.

—¡Joder! No me lo dejarás pasar, ¿cierto? —se quejó al entender que le estaba sacando en cara su error y solo negué.

Pero me divertí al verlo refunfuñar.

Y no es que no se los dejara pasar, simplemente quería hartarlos con mis quejas para que pensaran mejor las cosas y evitaran esos errores, porque como se los dije a ellos, no siempre contarían con la misma suerte.

Dimitri y Duncan eran inofensivos hasta cierto punto y por eso no me preocupaba, sin embargo, si Ace o Faddei se equivocaban de nuevo con otros de mis enemigos más peligrosos, entonces me pondrían en una situación donde me vería obligada a deshacerme de ellos sin importarme lo buenos que eran en sus trabajos.

—Hemos llegado —avisó Faddei minutos después y Kadir abrió mi puerta tras estacionarse.

—Esperen aquí —les ordené y ambos asintieron.

Caminé decidida hacia el interior del hospital psiquiátrico donde Fabio tenía su otro consultorio y pasé de la recepcionista al saber a la perfección hacia dónde dirigirme. Llegué a la tercera planta del

edificio y pronto estuve frente al escritorio de la secretaria y ella me sonrió amable, preguntándome sí tenía cita.

—No, pero dada la insistencia con la que tu jefe ha pedido una reunión conmigo, imagino que no necesito de una esta tarde para verlo —le respondí y ella me miró con sorpresa.

—¿Señorita Viteri? —preguntó y asentí—. Deme un momento por favor —pidió y tomó el teléfono, presionando un solo botón—. Doctor, la señorita Viteri ha venido a verlo… de acuerdo —respondió tras segundos esperando—. Pase, él la atenderá ahora mismo —me dijo y se puso de pie para abrirme la puerta.

Asentí como agradecimiento y ella me sonrió, tras eso me adentré a la oficina del doctor D'angelo como si fuera la dueña del lugar. Con la barbilla en alto y una pequeña sonrisa cuando Fabio se volteó en su sillón giratorio y me observó con esos ojos perversos que me desnudaron apenas cerré la puerta.

—Vaya suerte la mía. Me halaga que tu agenda se haya liberado tan rápido —comentó como saludo y sin despegar su mirada de mí—. Y una pena que se hayan cancelado tantas reuniones.

Me senté y negué divertida por el sarcasmo impregnado en cada palabra. Sabía que lo estuve ignorando antes de mi visita en *Delirium* y que lo seguí haciendo luego de ella y no me importó que lo supiera. De hecho, ese fue mi objetivo siempre, pues me había cabreado y estaba en mi total derecho de pasar de él. Así que solo me encogí de hombros y crucé las piernas, lista para que iniciáramos la pequeña reunión que tanto quería.

Y que a mí me convenía en ese instante luego de la información que recibí.

—Si yo fuera usted, doctor, comenzaría a hablar de lo que tanto le interesa que sepa, ya que mi tiempo vale oro y si me hace perderlo, me lo podría cobrar con una tasa de interés elevada —aconsejé altanera.

Estábamos en mi mundo en ese instante y, por lo tanto, actuaría como la dueña, tal cual él lo hizo en el suyo, puesto que la hora de invertir los papeles llegó más pronto de lo que imaginé.

Fabio se mordió los labios al entenderlo, apoyó los codos sobre el escritorio y me miró como si fuera una bestia a la cual acababa de tentar, pero no me intimidó, ya que en ese instante lo poco que le regalé de mi sumisión, se había encerrado muy en mi fondo y no lo dejaría salir en un buen rato.

—¿Te gustaría mi cuerpo como pago? —preguntó con la voz oscura.

Deslicé la vista por su cuerpo con descaro como respuesta, vestía pantalón formal, camisa blanca y la bata de médico que me prendió al imaginarme cochinadas justo cuando vi el estetoscopio que colgaba de su cuello y me vi atada con él, sobre el escritorio.

Me aclaré la garganta y jugué con uno de mis anillos en el dedo anular, haciéndolo girar con mi pulgar mientras que mi cabeza no dejaba de reproducir la escena erótica de él follándome sin cuidado dentro de su consultorio, con toda la gente de la clínica oyendo mis gemidos.

—Suena interesante —el coqueteo destiló en mi voz—, pero he venido aquí por el proyecto que tienes en manos. Separemos placer de negocios.

Por supuesto que no se lo esperaba.

Le había demostrado tanto interés a ese hombre, que no se imaginó que en algún momento podría pasar de él sin problema alguno; sin embargo, Fabio jugó conmigo una carta muy peligrosa y mis hombres eran testigos de lo testaruda que podía ser cuando la cagaban y él, así hubiese sido por la sinceridad que lo caracterizaba, tuvo que haber cuidado sus palabras si quería tenerme comiendo de su mano.

—Perfecto, Iraide. —Zanjó.

Sonreí con victoria y me acomodé en una de las sillas acolchadas que había dispuesto para sus

pacientes. Para mi sorpresa, él iba en serio con lo de querer mi apadrinamiento en ese proyecto que estaba desarrollando, ya que era muy costoso, tanto, que incluso él había aportado parte de su fortuna junto a otros colegas para desarrollar un chip que aseguraba un alivio más duradero para las enfermedades mentales.

—Te confieso que, si fuera mi caso, preferiría seguir controlando la condición que me aquejara con medicamentos, ya que solo de pensar en que me incrusten un chip en el cerebro me provoca migraña —comenté y sonrió de lado.

—Créeme que no dirías eso si de verdad te aquejara una condición mental —respondió y vi algo en sus ojos que no supe identificar.

—Estás muy inmiscuido en este tema y me causa curiosidad para serte sincera, ya que no creo que se deba solo a que eres neurólogo —admití.

Porque sí, decidí seguir investigando para empaparme más de él cuando sospeché que sabía más de mí de lo que demostraba y descubrí que, además de tener un postdoctorado en neuropsicología, era uno de los mayores apoyos para personas con condiciones mentales como la esquizofrenia, trastorno obsesivo compulsivo, bipolares, depresivas, maniáticas, entre otras.

Tenía varios reconocimientos por su labor en ese ámbito y que su proyecto también fuera dirigido a ello despertó más mi curiosidad.

—Digamos que me ha tocado vivirlo de cerca —admitió y esperé a que profundizara más en eso, pero no lo hizo y optó por seguirme explicando.

Ya tenían un buen avance con el prototipo, pero debido a la delicadeza del asunto, necesitaban perfeccionarlo, estar un noventa y nueve, punto, noventa y nueve por ciento seguros de que funcionaría para poder probarlo, puesto que tocarían el cerebro y por supuesto que se arriesgaban a matar a las personas en la prueba si algo salía mal.

Y admiré lo apasionado que ese tipo demostraba ser con eso, notaba su esperanza y su deseo porque el chip funcionara, asegurando que, de lograrlo, rescatarían a muchas personas de un infierno y, así me pareciera algo exagerado, evité hacer comentarios, puesto que cada uno enfrentaba el destino a su manera y yo era prueba de que había casos en donde la vida en efecto te hacía vivir un infierno en la tierra.

De pronto, Fabio se puso de pie en medio de su explicación y admiré su porte.

¡Mierda!

El tipo me ponía difícil controlar mis hormonas con ese físico tan espectacular que poseía, con su aura oscura, su masculinidad y experiencia en todos los ámbitos según demostraba. Y confieso que yo podía coquetear con otros hombres, ya fuera por estrategia o diversión, como en el caso de Dimitri esa mañana, o con Ace incluso, pero eran pocos los tipos que lograban llevarme a la cama o que me dejaran con ganas de más.

Tal cual me sucedía con Fabio D'angelo, quien parecía desprender feromonas cuando había mujeres a su alrededor.

Mi cabeza se encontraba en un limbo en ese instante entre lo que me decía él y lo que mi mente murmuraba una y otra vez. La ropa me había comenzado a estorbar, me sentía acalorada, nerviosa por todo lo que podía suceder en cuanto él caminó a mi alrededor y siguió hablando concentrado, sin llegar a invadir mi espacio, tomándose todo el asunto profesionalmente como le pedí cuando comenzamos a charlar.

Volví a jugar con mi anillo para regresar al punto importante de esa reunión y comencé a darle vuelta con la intención de que me hiciera poner los pies en la tierra, pero por más giros que le diera al objeto en mi dedo, no hallaba forma de aterrizar.

Miré sobre mi hombro sin poder moverme del lugar cuando Fabio se posicionó delante de la puerta y siguió hablando, serio y sin perder el hilo de todo lo que quería con el proyecto. Observé embobada su postura y la forma en cómo, envuelto en su papel de doctor, no dejaba de enloquecerme.

Parpadeé cuando chasqueó la lengua y supe que se dio cuenta de que por un segundo dejé de prestarle atención a lo que decía, para concentrarme en lo que mi cuerpo quería, por la forma en la que me miró.

—¿Te estoy aburriendo, Iraide? —preguntó entre ofendido y divertido.

Moví las manos, nerviosa, y cuando quise tomar mi anillo nuevamente no me di cuenta de que lo tenía casi en la punta del dedo, por lo que apenas lo toqué este cayó bajo su escritorio.

—Joder, no —respondí y me paré como un resorte—, lo siento. —Me fijé que no se había movido de su lugar, aunque sí endureció la barbilla al ver que me puse de rodillas—. He tirado por accidente un anillo —expliqué sintiéndome una tonta y me metí debajo del escritorio para buscarlo.

La maldita joya se había ido hasta cerca de su silla por lo que tuve que estirarme un poco para tomarlo, pero me quedé quieta cuando sentí a Fabio detrás de mí y lo vi acuclillarse.

Respiré profundo al notar que la falda se me había subido hasta mostrar el culo y él fue delicado al acariciar una de mis nalgas. Se tomó el tiempo en hacerlo, contemplando mi piel hasta que con autoridad me tomó de las caderas y me pegó a su pelvis, demostrando que ya se encontraba listo para mí.

¡Puta madre!

Me erguí al sentir su tacto desviarse hacia mi coño y acariciarlo con un dedo, tomándome del cuello con suavidad, pero sin dejar su dominio de lado.

—¿Qué ronda por esa cabeza que ya estás mojada? —Su voz había bajado, notándose más ronca.

—Tú —dije sin más, sabiendo que no podía mentir al sentir su pulgar presionando mi clítoris—, vestido así —añadí y desvié la mirada hacia la suya que ya se encontraba oscurecida—. Te he puesto atención, eh, pero me fascina cómo luces en tu rol de doctor y mi cuerpo ha reaccionado a eso.

Me mordí los labios cuando asintió satisfecho con mi respuesta y se puso de pie. Quise imitarlo al verlo tan serio, pero me tomó de los hombros, negando.

—Quieta —ordenó y me humedecí aún más por su tono ronco.

Su mano derecha fue hacia mi barbilla y elevó mi rostro al suyo, acariciando mi pómulo, bajando hacia mis labios para tocar el inferior. Entreabrí la boca cuando supe su intención y lamí su dedo en cuanto lo introdujo, palpando mi lengua hasta casi llegar a la campanilla.

Mis ojos se desviaron hacia la puerta y él notó mi pregunta no hecha, sonriendo con esa boca perversa.

—Está con seguro —avisó y alcé una ceja, a la vez que sonreí con picardía.

—Conque no solo yo pensé lasciva. —Apostillé y fue su turno de sonreír.

—La cerré mientras te comentaba el proyecto —explicó y volví a chupar su pulgar, él lo introdujo un poco más—. Se te nota en la cara cuando te excitas, Ira. Tus mejillas se sonrojan y tus ojos se cristalizan.

Quitó su dedo con un siseo cuando raspé con los dientes a propósito y me tomó de las mejillas, apretando levemente.

—Me estudiaste —afirmé al contemplarlo seguro con lo que dijo de mi estado. Pero mi afirmación no se debió solo a ese momento, sino a lo que sabía de mí.

Se separó apenas y abrió su bata un poco, evidenciando por completo su erección.

—Te conozco en todos los sentidos, dulzura.

Me mordí el labio inferior al confirmar que lo que decía con respecto a mis deseos carnales era verdad. Había aprendido cada cosa que me gustaba, cada estado de ánimo solo con verme, tocarme o pensarlo.

Apoyé el culo en mis talones y me acomodé, tomándolo de las piernas, clavando mis uñas en su piel cuando acercó su cuerpo al mío en una pequeña invitación.

—¿Me conoces por lo que has aprendido de mí desde que nos cruzamos en *Delirium,* o por lo que te han hablado de mí? —inquirí.

Con Frank aprendí que había cosas que era mejor preguntar cuando se estaba en un momento sexual, e iba a aprovechar para averiguar si con Fabio también funcionaba.

—Reformula esa pregunta —pidió serio.

Acerqué mi boca hacia su erección antes de responderle y sin dejar de mirarlo la pegué a su pantalón y lo mordí sin dañarlo, solo sintiendo cómo palpitaba debajo de la tela. Levantó un poco la cabeza y luego la bajó, viendo cómo abría los labios para sacar la lengua, deslizándola sobre su longitud, aceptando lo que quería hacer en ese momento.

—Sabes mucho de mí, Fabio, ¿es por lo que has aprendido desde que nos cruzamos en tu club o por lo que cierta sumisa que no me presentaste la otra vez, te ha contado? —cuestioné siendo directa como él.

No se inmutó ni con la pregunta ni cuando llevé las manos hacia su cinturón y lo desabroché, pasando hacia su pantalón y repitiendo el proceso. El bóxer gris se ajustaba de maravilla a su polla y la boca se me hizo agua cuando me tomó del cabello y, sin ejercer presión, me acarició.

—Estás jugando con fuego al investigar a mis sumisos, dulzura. Y créeme que soy muy celoso con su privacidad —aseveró y me mordí el labio, pero no contuve la sonrisa.

Llevé los dientes hacia el elástico del bóxer sin intimidarme y con un pequeño asentimiento lo bajé desnudando la punta brillosa que me recibió ansiosa porque me la comiera. Tomé sus caderas enterrando las uñas en su piel y repetí el movimiento de pasar mi lengua sobre su polla, saboreando el líquido preseminal, admirando cómo mi cuerpo reaccionó a aquello, cómo mis piernas se abrieron y mi clítoris palpitó en reconocimiento, sin dejar de lado nuestra conversación, por supuesto.

—*Amor*, yo no juego con fuego. Yo bailo con él como una loca enamorada bajo la lluvia. —Zanjé y volví a lamer la corona de su polla.

—¡Maldita sea! —gruñó y me tomó el cabello en su puño.

Me relamí al sentir su gusto en la boca y cerré los ojos, respirando hondo.

—Dígame algo, doctor D'angelo —murmuré y apoyé la barbilla en una de sus piernas, pasando mi pulgar por su polla con delicadeza—. ¿Le apetece una mamada en horario laboral mientras usted me cuenta todo lo que le han dicho de mí?

Contuve la risa en el momento en que, con el puño en mi cabello, acercó su boca a la mía, admirando cómo con esas simples palabras podía lograr que perdiera un poco su actitud dominante. Le hice frente cuando me miró y acercó sus labios a los míos, pasando la lengua por el inferior sin dejar de observarme.

—Te subestimé, dulzura —aceptó y sonreí inocente, él maldijo cuando presioné su longitud sobre el bóxer—. Abre la boca para mí.

—Solo si tú también la abres para mí y comienzas a decirme todo lo que te han dicho, mientras yo te engullo la verga —propuse hablándole sucio y fui capaz de ver lo mucho que lo puso.

Fabio tenía un efecto en mí bastante potente, pero en ese momento descubrí que yo también lo tenía sobre él. E iba a decirme algo justo cuando el pomo de la puerta se movió y al ver que tenía seguro, comenzaron a golpear con impaciencia.

—*¡Cavolo!* —Fabio se pasó la mano por el rostro y me tomó para que me pusiera de pie—. Acomódate la ropa, enseguida continuaremos.

Se dispuso a cerrarse el pantalón y acomodó su bata, preparándose para desbloquear la puerta, no sin antes percatarse de que terminara de acomodar mi falda y abanicarme cuando el calor se hizo insoportable.

Me recogí el cabello para que me diera aire en la nuca y lo acomodé sobre un hombro cuando abrió la puerta y un hombre apareció.

—*¡Dannazione, Fabio! ¿Da quando chiudi la porta?* —«¡Maldita sea, Fabio! ¿Desde cuándo pones seguro a la puerta?», refunfuñó el tipo en italiano y entró por completo al consultorio, aunque se detuvo de golpe al darse cuenta de que no estaban solos.

Sonreí cruzando una pierna en mi silla y me saludó con la mano sin dejar de mirarme, lo imité moviendo los dedos.

—Hola —hablé cuando vi que él no lo hizo, imaginé que bastante impresionado por encontrarme ahí—, soy Iraide Viteri. —Me levanté y me acerqué un poco a él.

—Lo siento, debes pensar que no tengo modales —se excusó y me tendió la mano como saludo.

—Mejor evitemos el contacto —aconsejé y le guiñé un ojo.

Aguanté la risa al ver que su rostro se volvió un poema y vi a Fabio apretando los labios y viéndome con advertencia.

«¿No que muy de mente abierta, Samael?», pensé.

—Ya sabes, con esto de los virus me gusta ser precavida, no lo tomes personal —añadí para el tipo solo para que lograra respirar de nuevo.

Sonrió avergonzado.

—Tienes razón en eso, soy Dominik D'angelo, por cierto —se presentó.

Abrí los ojos sorprendida y vi con rapidez a Fabio, quien se metió las manos en los bolsillos del pantalón, observando nuestra interacción con curiosidad para luego mirarme y levantar apenas las cejas.

Vi una vez más al hombre frente a mí y me tomé el descaro de detallarlo por completo. Cabello rubio, unos centímetros más bajo que Fabio y más delgado, aunque definido y con un atractivo que era obvio que venía en sus genes. Lo noté removerse incómodo porque no dije nada, solo le di un pequeño escáner desde los pies hasta terminar en sus ojos y sonreírle abiertamente.

—Es un placer, Dominik —dije y lo vi fruncir el ceño.

Aunque pronto comprobé que su semblante era de incomodidad por cómo Fabio lo estaba mirando a él. Lo escuché carraspear y me encogí de hombros, sentándome nuevamente al verlos intercambiar miradas por un breve momento para luego Fabio acercarse a su sillón y hablar.

—Dominik es mi hermano, Iraide —comentó con un deje de molestia cuando lo miré—. Y ella es una inversionista importante en la clínica y pronto también del proyecto que ejecutamos. Si accede, por supuesto.

Asentí, acomodándome en la silla y viendo a Dominik acercarse a mi costado.

—Justo venía a plantearte unas cosas sobre el caso que estamos llevando.

Miré con descaro a Fabio que no dejó de observarme en ningún momento y me relamí, desviando la mirada un poco más abajo de su cuerpo para luego volver a sus ojos. Estaba tenso y todavía no sabía si era por la mamada frustrada gracias a su hermano, o por lo que le pedí que me dijera mientras lo seducía con la boca.

Pero lastimosamente para ambos, esa tarde los dos nos quedaríamos con las ganas de algo.

Levanté la vista hacia Dominik y lo encontré serio, observándonos para luego chasquear la lengua

y dedicarle una mirada de advertencia a su hermano y luego enfocarse en mí. Volví a sonreírle.

—¿Viteri, cierto? —preguntó con un deje de confusión y alcé una ceja ante eso, sin embargo, asentí—. He oído hablar de ti.

Me mordí el labio al sentir la habitación un poco cargada.

—Espero que hayan sido cosas buenas, *señor* D'angelo. —Deseé y fui capaz de sentir la molestia de Fabio al escuchar cómo llamé a su hermano.

¡Ups! Podía jurar que no fue planeado.

Esa vez fue el turno de Dominik de sonreír y me maravillé por el parecido que tenía con su hermano al hacer ese gesto, con un toque de hijo de puta que te mandaban las bragas al suelo.

—Por supuesto —aseguró y no le creí nada.

Fabio sonrió de forma ladeada cuando le alcé las cejas, diciéndole así que su hermanito se iba a ir a mi lista por investigar si continuaba haciendo ese tipo de preguntas o comentarios. El D'angelo capaz de ponerme de rodillas se puso de pie y se acercó a Dominik, tomándolo de un hombro.

—Será mejor que me platiques luego lo que querías decirme, en este momento me encuentro ocupado. —Lo medio empujó hacia la puerta no sin antes detenerse al ver a su hermano mirarme con seriedad.

—Está bien, ven a mi consultorio cuando acabes —respondió Dominik y palmeó a su hermano —. Hasta luego, Iraide, ha sido un placer conocerte.

No me atreví a hablar cuando sus ojos detallaron mi cuerpo hasta detenerse en mi rostro, como si quisiera memorizarme, pero al contrario de su hermano, a él no le movía ni un pelo.

En cuanto Dominik salió, vi a Fabio acomodar su cabello, observando la madera de la puerta para luego darse vuelta y acercarse. Levanté la mano cuando estaba a cinco centímetros de mi cuerpo y lo detuve en cuanto quiso tomarme de la barbilla.

—Será mejor que me vaya —advertí y lo vi mirarme sin comprender—. Se me ha hecho tarde y tengo asuntos que tratar

Chasqueó la lengua por mi mentira y se separó.

—¿Alguna cita en tu agenda? —Su sarcasmo casi me hace reír, pero me contuve en cuanto acarició mi mejilla—. Espero verte pronto, no pongas excusas. Y si no quieres, solo dime que no y lo entenderé.

Lo observé un poco boquiabierta al momento de acercarse y besarme, un roce leve en los labios y luego uno en la mejilla.

—Me verás pronto —aseguré—, hemos dejado asuntos pendientes esta tarde y no me refiero solo a la mamada que tu hermano interrumpió, sino a la charla que manteníamos mientras tanto —aclaré y sonrió—. No eres ningún tipo al cual le deba poner advertencias, pero si vamos a hacer negocios, espero sinceridad de tu parte.

—Y la tendrás —aseguró sin amedrentarse de nada, simplemente actuando como un hombre que estaba ante su igual—. Ve con cuidado —me despidió y sonreí.

Luego respiré profundo al verlo irse a su asiento y sentarse. Me encaminé hacia la salida hasta que lo escuché llamarme y me volteé en cuanto abrí la puerta y lo vi sonreír, mostrando su perfecta dentadura.

—La próxima vez me mostrarás aquí mismo qué tantas ganas tenías de metértela en la boca, ¿comprendes? —soltó con picardía.

Le devolví la sonrisa y lo miré sobre mi hombro.

—La próxima vez le demostraré que no solo la quería en la boca, Señor.

Salí en cuanto lo vi cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el respaldar, deleitándose por cómo lo

llamé y entendiendo que lo seguiría haciendo solo cuando yo quisiera y no porque él lo demandara por un contrato.

Que, si bien lo respetaba, no lo practicaría mientras él siguiera con su *harem*.

Caminé con decisión hasta la puerta de salida del lugar, pensando en lo que pasó; en la recepción encontré a Dominik apoyado en el mostrador y mirando directamente hacia mí y me regaló un amago de sonrisa. Estaba con una mano apoyada en su barbilla, como si quisiera entrar en mi cabeza y que le contara mis más oscuros secretos. Sin tener en cuenta que en el momento que los descubriera, se quedaría atrapado con mi oscuridad si corría con la suerte de sobrevivir.

Moví los dedos en saludo y me contoneé bajo su mirada, anotando mentalmente que el hermanito sabía más cosas de las que demostraba y necesitaba igualarlo a como diera lugar.

CAPÍTULO 26

Iraide

Llegué más temprano a casa de lo que tenía planeado, ya que al salir del consultorio de Fabio decidí no volver a la financiera.

Me sentía adolorida por el deseo frustrado, aunque mientras íbamos de camino pensé en que hice lo correcto al no querer continuar con ese juego de seducción en el que me metí con él. Y lo único que me satisfizo fue recordar que le dejé claro que yo podía conseguir lo que quisiera si me lo proponía.

—¿Sabes si Kiara está en casa? —le pregunté a Faddei.

Tenía deseos de descansar un poco antes de que llegara mi reunión con Silvain, o de hacer Capoeira un rato o incluso de salir a caminar con Hunter, pero si mi amiga se encontraba en casa, pasaría con ella para ponernos al día.

—¡Sí estoy! —gritó desde la cocina y me reí.

—Tiene buen oído —halagó Faddei.

—Descansa, Faddei. Esta noche me quedo en casa —lo despedí, aunque él no iría a ningún lado.

Tenía su propio lugar en casa para mantenernos a la mano ante cualquier emergencia.

—¡Ven que estoy haciendo café! ¡¿Quieres uno?! —siguió gritando Kiara y entorné los ojos con diversión.

Llegué a la cocina y me acomodé en un taburete de la isla, viéndola muy concentrada, apretando botones en la máquina de café como si fuera la primera vez que la usara y me reí al escucharla maldecir por olvidar poner la taza y manchar todo el piso cuando el líquido cayó.

—Aún estás atontada por los orgasmos que te dio Milly o qué carajos. —Apostillé riéndome y apoyé las manos en mi barbilla cuando se volteó y me sacó la lengua.

—Jódete, perra. Tengo sueño —se defendió y miré mi reloj.

Eran las siete de la noche, demasiado temprano para que ella tuviera sueño.

—¿Qué has hecho esta mañana o anoche, para que tengas sueño tan temprano? —inquirí curiosa.

Me acomodé en el asiento y la observé limpiar todo el desastre con mal humor. Luego se fue para el refrigerador y se sirvió un vaso de leche, me mordí el labio para no reírme de ella.

—Mejor pregúntame qué no hice, cariño —aconsejó y la miré cuando pasó detrás de mí y me dio un sonoro beso en la mejilla, haciendo que gruñera por joderme el tímpano y tras ello se sentó a mi lado.

—¿Saliste anoche? —Quise saber.

—Fuimos a *Delirium* con Milly y, amiga… ¡Joder! Hemos hecho el trío de nuestras vidas —comentó emocionada y, aunque me tomó por sorpresa que mencionara el club de Fabio, también me causó gracia su emoción—. Es que te lo juro, encontrar ese club es lo mejor que nos ha pasado con mi chica.

—Ya lo creo —pronuncié con sarcasmo, pero más por lo que me pasaba a mí desde que me llevó al dichoso club—. Y tienes suerte de que a Milly le guste.

—Desde que estamos yendo nuestra relación ha mejorado —aseguró y entrelacé mis dedos con los suyos cuando me tomó de la mano—. Hemos dado un giro, dejamos la monotonía atrás y ahora las aventuras que vivimos son la sazón en nuestro amor —añadió y no me contuve las ganas de darle

un beso en la mejilla—. Amo cuando te comportas como mi amiga y no solo como una líder hija de puta. —Me chinchó con una sonrisa y negué.

Pero con Kiara era fácil para mí actuar así. Ella no me juzgaba ni trataba de cambiarme incluso cuando me sobrepasaba luego de que se mandara alguna tontería. Al contrario, esa chica me comprendía mejor que nadie porque juntas atravesamos lo peor de nuestras vidas.

—Me gusta verte feliz y tan plena con ella —dije sincera y recostó la cabeza en mi hombro.

—Y a mí me gusta que hayas vuelto temprano hoy para ponernos al día —señaló y reí.

—¿Quieres que salgamos a caminar con Hunter y nos ponemos al día de paso? —inquirí y muy emocionada asintió.

Corrió a su habitación para ponerse zapatos adecuados y, mientras, fui en busca de Hunter, lo encontré en el jardín trasero jugando con uno de mis hombres de seguridad y negué al entender por qué no corrió a recibirme.

Me reí cuando se percató de mi presencia y corrió hacia mí moviendo la cola con una velocidad increíble, jadeó con la lengua de fuera y buscó mis brazos parándose en sus patas traseras y poniendo las delanteras en mi pecho.

—¡Cosita de mami, pero qué grande estás! —exclamé, ya que en esa posición Hunter era de mi tamaño.

Amaba a mis perros y adoraba tener dos versiones tan distintas de ellos, pues Hunter era un mimado de primera, un can que necesitaba de mis mimos y los buscaba a como diera lugar, mientras que Furia era un gruñón feroz que, a pesar de disfrutar de mis apapachos, también huía de ellos cuando me convertía en una empalagosa.

—Hunter es el perro más envidiado por todos los hombres que te rodean —aseguró Kiara y me reí—, ya que él saca de ti una versión que nadie jamás merecerá ni obtendrá.

—No le encuentro fallas a tu lógica —repliqué y nos reímos.

Minutos después nos adentramos en el bosque que rodeaba la casa, Hunter iba a nuestro lado como el cazador que era, pero también como el protector, ya que, al estar entrenado con tácticas militares para canes, se mantenía siempre alerta incluso cuando el peligro se encontraba lejos.

Y como se lo dije a Kiara, aprovechamos para ponernos al día. Ella por supuesto que no perdió la oportunidad para preguntarme sobre Sophia y su collar y refunfuñó cuando le confesé que todavía no tenía nada en concreto y luego me aconsejó que, para la próxima vez, me olvidara de la polla de Fabio y me concentrara en averiguar más sobre la legisladora.

«Buen punto», pensé con una sonrisa en los labios.

Lo bueno de esos momentos, cuando me atrevía a vivir una vida normal, eran las charlas que tenía con Kiara; ella siempre ocupaba el tiempo en contarme su día, sus planes o simplemente hablar de cosas de chicas, haciéndome recordar que lo era de vez en cuando al hacerme notar que teníamos que tomarnos un tiempo para mimarnos y hacer un poco de compras con las últimas tendencias, alegando que en mi puesto tenía que lucir como toda una perra empoderada.

Tres horas más tarde volvimos a casa, riéndonos porque parecíamos dos locas caminando en medio del bosque, entre la oscuridad de la noche, y ella se carcajeó en cuanto le dije que esa era una de las ventajas de ser la mala de la historia, puesto que la oscuridad era la que me temía y no al contrario.

Me despedí de ella cuando dijo que se sentía muerta y debía tomar una ducha para luego dormir como una bebé y, le prometí que pronto le regalaría una tarde entera solo para nosotras. Luego de eso me fui directo a mi oficina en casa, dispuesta a ponerme al corriente con los correos que ya había acumulado y cierta información que me reportaban por parte de los séptimos.

Cerré la puerta con seguro en cuanto estuve dentro y dejé el móvil sobre el escritorio, abrí el computador iniciando sesión en todos los sistemas de la organización y empecé con mi cometido mientras llegaba la hora para que iniciara la llamada con Silvain.

El tiempo restante se fue de inmediato y perdí la noción de él leyendo algunos correos electrónicos, anotando mentalmente que al siguiente día visitaría a Ronald para aclarar ciertos puntos que no me quedaron claros en el itinerario de planificación que me envió sobre la dichosa fiesta que se ofrecería para nuestros invitados *especiales*.

Y solo dejé eso de lado cuando una notificación de videollamada apareció en la pantalla de mi *laptop*. La acepté enseguida teniendo en cuenta la puntualidad de mi colega y le sonreí cuando su imagen me dio la bienvenida.

—Silvain Arnaud, qué agradable sorpresa —saludé al hombre con porte serio, pero no maleducado. Me regaló una pequeña reverencia junto con una sonrisa.

Me acomodé en el sillón cruzando las piernas, tomando esa pose de poder que también él manejaba. Nos habíamos reunido ya en varias ocasiones y el tipo siempre me demostró respeto, así que, por eso, se había ganado el mío.

—*Iraide Viteri, gracias por regalarme un poco de tu tiempo incluso cuando solicité esta videollamada sin semanas de anticipación* —dijo de inmediato con su acento francés remarcado y moví la mano restándole importancia.

—Supongo que así de urgente es lo que necesitas —intuí y él sonrió.

—*Bueno, es lamentable que me haya hecho reconocer de esta manera contigo* —refutó con burla hacia él mismo y reí.

—No te preocupes, Silvain. Soy una mujer a la que le gusta acumular favores, solo ten cuidado porque mi interés para cobrarlos será alto —advertí con malicia y le guiñé un ojo.

Escuché su risa y cómo su rostro cambió de serio a relajado.

—*Espero estar a la altura.* —Deseó.

—Lo estarás, no espero menos del francés más poderoso de su país. —Refuté.

—*Gracias por el cumplido, ahora vamos al grano.*

—Por favor —lo alenté.

Escuché atenta la razón principal para pedirme esa reunión con tanta urgencia y admito que por momentos la sorpresa se hizo presente en mi rostro gracias a la incompetencia de algunas personas.

Silvain Arnaud era respetado y conocido por ser un líder muy querido en su sede, sin embargo, esa noche estaba comprobando que lo que una vez me dijo Frank era cierto: en *The Sevenths* ser querido no servía, porque gente como la que nos rodeaba lo tomaba como debilidad y ese francés era la prueba viviente.

Quería mi ayuda porque uno de sus socios llevó a cabo una fiesta meses atrás, en el evento quisieron alardear del poder que manejaban e invitaron a varias celebridades, pero uno de los cantantes invitados se metió donde no debía y descubrió cosas que pusieron a la sede francesa en una situación muy delicada.

—Sé más concreto con lo que descubrió y quiénes saben de esto —pedí en cuanto noté que no encontraba la manera de llegar al punto más importante.

Se pasó una mano por el rostro y lo vi coger un vaso que tenía servido con licor, le dio un largo sorbo y me dejó entrever lo estresado que lo tenía esa situación.

—*De los séptimos internacionales solo te lo estoy confiando a ti, Viteri* —soltó y alcé las cejas—. *El imbécil también es DJ y mientras fingió usar sus laptops para reproducir o crear su música, accedió a la red de la casa de mi compañero, ya que sí, se llevó a cabo en la propiedad de un séptimo.*

—Serán imbéciles —espeté.

—*El punto es, que ese malnacido se hizo con información secreta sobre el tráfico de órganos que manejamos e intentó chantajearnos. Tiene nombres, fechas, transacciones, todo e hizo copias de ella. Creemos que no ha actuado solo, así que nos encargamos de investigarlo y ya nos hemos desecho de varias personas cercanas a él para que sepa que se metió con la gente equivocada.*

» Pero intuimos que ha conseguido más apoyo y ahora resulta que quiere hacer pública esa información para jodernos. Hemos estado a punto de cazarlo, pero la suerte lo acompaña al hijo de puta y ha conseguido escapar. Ahora con una gira mundial, lo que lo ha sacado fuera de nuestro territorio y, ya que pedir apoyo a los séptimos de otras naciones implica que sepan las razones, decidimos esperar a que llegara a suelo estadounidense.

—Porque conmigo aquí, la suerte se le acabó —dije y él asintió.

—*Y porque solo confío en ti para que sepas esto* —aseguró.

—Me halaga que me confíes lo incompetente que eres, colega —me burlé de él y lo vi sonreír satírico.

Sin embargo, no me contradijo, no lo hizo porque yo tenía razón en ese instante. Y lo respetaba, pero su docilidad lo metió en un terrible lío y este amenazaba con salpicarnos también a los demás, ya que una investigación de ese tipo llevaría a las autoridades a averiguar más sobre el mundo de *The Sevenths*.

—¿Qué pasó con el imbécil que lo metió en su casa?

—*Misteriosamente ha desaparecido* —confesó con ironía y me reí de ello.

—Entonces, firma tu trato con esta diabla, *amor,* y dime qué quieres que haga por ti —lo animé, hablándole con picardía.

Pero en eso Silvain era inteligente y supo que no lo estaba seduciendo para llevármelo a la cama, sino más bien para que me entregara su alma y el poder de su sede, ya que, si yo decía una sola palabra, la organización no solo le quitaría el liderato sino también lo haría desaparecer *misteriosamente* igual que a su compañero.

Y no, no estaba ni estaría de acuerdo con el tráfico de órganos, me alejé de eso, pero como lo dije una vez, tampoco me movía en un mundo de santas palomas y yo era parte de la mierda; así que cuando me convenía, intervenía para cuidarme la espalda.

—*Confío en que esto solo quedará entre nosotros* —dijo rendido.

—Confío en que no me estás llamando chismosa —le respondí con una sonrisa.

Respiró profundo y dio un último sorbo a su bebida, preparándose para el mejor o peor trato de su vida.

—*No seas cruel con los intereses, reina sádica, y quita de mi camino a esa mierda.*

Sonreí abiertamente con maldad y le guiñé un ojo.

—Dalo por hecho —aseguré.

Tras eso le pedí que me enviara toda la información del tipo que lo tenía a punto de perder la cabeza y finalicé con la llamada.

Como lo dije antes, me gustaba acumular ese tipo de favores, hacerme de aliados y si de paso los podía manejar a mi antojo, no me quejaría jamás.

Me fui a la cama entonces y tras tomar una ducha y luego meterme entre las sábanas de mi cama, vi que mi móvil me advertía de un mensaje entrante y al desbloquearlo descubrí que se trataba de un número desconocido, aunque noté que no era la primera vez que recibía algo de su parte.

¿Me concedes una reunión mañana? Necesitamos terminar lo que hoy quedó pendiente.

Sonreí de lado al saber de quién se trataba y al buscar en mi historial, descubrí que Fabio fue quién me llamó la vez que estuve con mamá y todo se fue al carajo.

No te prometo nada, pero llega a la financiera a las diez de la mañana.
Si tienes suerte, mi secretaria te hará pasar.

Le respondí y me reí.

Puse el móvil en modo avión para no concentrarme más en él y me dispuse a dormir, aunque rogué para que amaneciera pronto.

Al día siguiente llegué temprano a la oficina y me concentré en todo el trabajo que había dejado pendiente. Julia me llevó un café para que me relajara sabiendo que amaba la cafeína y tras ello dejó más documentos para que los firmara.

Faddei llegó para hablar conmigo un rato cuando la información que le pedí a Silvain le llegó y lo vi emocionado por volver a esa acción tan adictiva muy pronto. Le avisé que esa noche me reuniría con él y Ace para detallar todo y tras eso se dispuso a marcharse, aunque antes de irse respondió una llamada de su gente de vigilancia.

—Cratch viene para acá —avisó y lo miré con una ceja alzada.

—¿Tan adictiva soy? —Satiricé y él sonrió.

—Para mí eres como un grano en el culo.

—Me coges de buenas, calvo del demonio —advertí y soltó una carcajada.

—Al parecer, sabes hechizar a los Cratch. —Me chinchó y le lancé un bolígrafo que tenía en la mano.

—Y sé quedarme con sus corazones —le recordé y se puso serio de inmediato.

Cosa que me hizo soltar una carcajada. Faddei me había visto hacer atrocidades, pero jamás superaría lo que sucedió con Nick.

—Ronald te espera a las tres de la tarde —avisó cambiando de tema y asentí.

Le había pedido una reunión a Lujuria para dejar los puntos claros, ya que no quería errores de su parte.

Faddei se fue minutos después de eso y yo me quedé esperando a mi siguiente visita. Pensando en qué excusa utilizaría Dimitri para buscarme y ansiosa por jugar con él de nuevo y su manera de intentar que cayera en sus insinuaciones.

—Señora —mi secretaria entró luego de tocar la puerta y la miré atenta—, el detective Dimitri Leblanc está afuera pidiendo una reunión con usted.

Sonreí en respuesta y me mordí el labio.

—¿Viene solo? —pregunté curiosa y ella asintió—. Hazlo pasar, que no espere —pedí y se fue de inmediato.

Acomodé los documentos en mi escritorio y crucé las piernas en el instante que la puerta volvió a abrirse, dejándome ver a un Dimitri muy diferente al que me mostró el día anterior; iba con ropa casual y con un aura peligrosa que se ganó mi interés enseguida.

—¿Tan adictiva soy? —inquirí como saludo, haciéndole la misma pregunta que le hice a Faddei y él sonrió de lado.

—Le dije que volvería pronto —me recordó—, aunque le confieso que no tenía planeado que fuera casi de inmediato.

—¡Jum! —Sonreí tras hacer ese sonido con la garganta y me puse de pie en cuanto Julia cerró la puerta para darnos privacidad.

Me acerqué al detective, quien me miró un tanto sorprendido por mi atrevimiento cuando invadí su espacio personal, dejándole claro que, si seguía con sus visitas sorpresas, no le gustaría cuando yo comenzara a violar más su privacidad.

—Sí, a mí también me sorprende. Creí que serías más duro y te tardarías un poco más —comenté irónica.

Me regaló una pequeña sonrisa de esas que sabes que pueden abrirte de piernas y me emocioné al saber que deseaba jugar igual que yo, al hijo de puta que consigue lo que se propone a toda costa. Así que me metí en ese papel y le devolví la sonrisa.

—¿Qué te trae esta vez por mi oficina, Dimitri? —inquirí directamente—. Creí que el caso ya estaba cerrado.

Me crucé de brazos, acción que realzaba mis pechos y no pasé desapercibido que él no los perdió de vista. Se había movido buscando más mi cercanía y por dentro me reí. Y por supuesto que el tipo no era feo, eso me quedó claro en cuanto lo vi por primera vez.

Pero yo ya no era de las mujeres que se embobaban por la belleza de las personas, era más de táctica, de actuar a mi conveniencia y de follar cuando mi cuerpo lo pedía sin necesidad de incluir sentimientos.

Mis palabras fueron calmadas, mis gestos no. Me lamí los labios bajo su atención y le señalé el asiento para que se acomodara, yo en cambio me apoyé en el escritorio para tenerlo más cerca, recalcando mi falta de ética y descaro.

—No vine a eso —dijo con simpleza.

Me tomé un breve momento en detallar cómo los músculos debajo de su camisa se marcaban al igual que el *jean* abrazaba sus piernas y me mordí el labio haciéndome la estúpida, fingiendo no oírlo cuando dijo algo mientras yo lo repasaba de pies a cabeza, hasta que carraspeó y me llevé la mano a la boca, tapando una risita traviesa.

—Lo siento. —Lo vi alzar una ceja y me encogí de hombros—. No lo pude evitar. ¿Qué decías?

Se removió en el asiento, tomando cercanía conmigo cuando apoyé las manos en el borde de la madera y acomodé una nalga en el escritorio. Desvió su vista brevemente hacia mis piernas desnudas y volvió a levantarla a mi rostro.

«Joder, Dimitri, ¿qué me entregarías tú?», pensé y negué para espabilar.

—Le decía, *señora,* que mi visita no tiene nada que ver con lo laboral —soltó un poco brusco—. Quedé algo curioso con su afición hacia la literatura y me gustaría charlar del tema.

Entendí enseguida el sentido de sus palabras y ladeé un poco el rostro, demostrándole con esa simpleza que no le creía una mierda, pero que jugaría un rato con él.

—Hubieras llamado a mi secretaria entonces y ella te habría comunicado conmigo, *amor* —comenté con la voz como si le estuviera hablando a un niño—. No debiste viajar mucho por tal molestia, ya que pude haberte recomendado unos muy buenos por teléfono.

Tensó la mandíbula al darse cuenta de mi burla, pero lo disimuló con una breve tos.

—Imagino que sí —murmuró—, de todas maneras, me gustaría que me hable más sobre ello.

Se levantó de pronto y no me moví del lugar cuando se acercó más de lo debido, pero él pensó que no iba a reaccionar de ninguna manera y se sorprendió cuando de golpe, lo tomé del mentón, hincando las uñas en su piel y abracé sus caderas con mis piernas.

—Mejor vamos al grano y me dices la verdadera razón de tu visita —musité casi sobre sus labios —. No me gusta que las personas den tantas vueltas a los asuntos que quieren tratar conmigo.

Tomó mi cintura con rudeza al momento en que quiso soltarse de mi agarre y no lo dejé. Me deleité con el dominio que tuve sobre él, demostrándole que no era ninguna estúpida.

—Y ya que estamos entrando en confianza, no me digas señora —pedí respirando su aire, mirándolo directamente—. En este momento no me siento una.

Me causaba gracia la manera en la que había quedado estancado en su lugar, cómo con una simple acción lo dejé bajo mi yugo hasta que reaccionó y de un tirón se alejó, tocándose los puntos rojizos que mis uñas hicieron, fulminándome con la mirada.

—¡Ups! —Mordí mi labio y abrí los ojos queriendo lucir horrorizada—. Lo siento, a veces soy un poco intensa.

—Seguro —espetó y me reí internamente al ver que le dolía mi pequeño recuerdo—. Tienes razón, Iraide, me gustan las cosas de frente. —Me acomodé en el escritorio esperando a que siguiera hablando, tranquila, observando por un instante mis uñas—. Me gustaría saber por qué pusiste gente a seguirme. ¿Algo de qué temer?

Abrí la boca indignada y me llevé la mano al pecho.

—¿Qué gente? ¿Y por qué te seguiría? —El cinismo destilaba en mis palabras—. Tú no tienes nada que me importe, *amor*.

Me evaluó por un largo momento, observando mi rostro y me mostré imperturbable, sabiendo que de seguro traería nuevamente alguna grabadora o micrófono para hacerme caer.

No lo lograría.

—Dudo mucho de lo que me dices. —Se acercó de nuevo cuando no demostré nada más que enfado por tal acusación.

Me paré en cuanto lo tuve a un palmo de distancia y le acaricié el brazo.

—Me ofende, detective, que venga a mi financiera a soltar tal calumnia siendo usted un personal de la ley —comenté—. ¿Tiene pruebas? Porque he de decirle que no me gusta que me culpen de nada que no haya hecho —Se rió abiertamente al verme y asintió sin convencerse.

Obviamente entendió lo que no dije con palabras, captó el doble sentido de mi declaración y eso me satisfizo.

—Sé perfectamente lo que estás haciendo —señaló tajante.

Resoplé divertida y volví a encararlo.

—¿Qué estoy haciendo yo, que tú no? —Le guiñé un ojo, coqueta—. Y lo que yo veo aquí es a un hombre guapo, viniendo a ver a una hermosa mujer con otras intenciones que no son sobre la investigación —me mofé y lo vi abrir la boca con asombro—. Dime, Dimitri, ¿viniste a ofrecerme una follada? ¿Te apetece un polvo? Porque no veo el porqué de esta reunión si no.

Se separó apenas, acomodándose la camisa y vi un poco de frustración en sus ojos, ya que le había cambiado el juego y si me estaba grabando, no podría usar nada en mi contra, puesto que literalmente lo hice ver como que en realidad él usaba el *poder* que la ley le otorgó, de excusa para conseguir una buena follada.

—No tengo a nadie siguiéndote, Dimitri, y para la próxima, si de verdad deseas follar conmigo,

solo proponlo y ya, yo veré si acepto; pero no uses tontas excusas y mucho menos levantes falsas calumnias porque eso es penado. Y no creo que busques que te regresen suspendido a tu ciudad, ya que, intuyo que tienes algún interés para haber pedido que te enviaran aquí. —Apostillé y endureció la mandíbula.

E iba a decirme algo, pero justo en ese momento Julia tocó la puerta y tras eso entró con prudencia y ocultó su sorpresa al vernos tan cerca para ser solo una visita investigativa.

—Señora, disculpe —aclaró cuando Dimitri la observó con impaciencia—. El señor D'angelo se encuentra esperándola.

Sonreí satíricamente y me erguí delante de ambos.

—Cierto, lo había olvidado —comenté—. Déjame despedir al detective.

Asintió y tomé la iniciativa de enseñarle la salida a Dimitri mientras comenzaba a caminar hacia la puerta.

—Ha sido un placer su visita, detective, pero tengo una agenda demasiado ocupada y no puedo seguir conversando más con usted —le dije con educación y él me miró con los ojos entrecerrados.

Llegamos al umbral de la puerta y de lejos vi a Fabio ponerse de pie y observarnos con el semblante serio.

—Esta vez has sabido jugar bien —halagó Dimitri y me mordí el labio para no sonreír.

—Yo siempre juego bien, *amor* —le aclaré y no logré contener más la sonrisa, aunque en ese momento sin proponérmelo lucí más coqueta de lo que pretendía al apoyar la punta de la lengua en uno de mis colmillos.

—Acompáñame a tomar un café el jueves por la tarde —invitó de pronto y eso me sorprendió.

—¿Será para hacerme otra de tus acusaciones falsas? —pregunté.

—No, solo para compartir nuestro gusto por la lectura. Te llevaré mi libro favorito. —Ofreció y alcé las cejas.

A lo lejos escuché a Fabio carraspear y eso me hizo regresar a tierra, debido a que me metí demasiado en ese juego por sacarle la vuelta a Dimitri.

—Lo pensaré, ahora déjame atender a mi cita —lo despedí y le hice un ademán a Fabio con la cabeza para que entrara a la oficina.

Quise darme la vuelta y entrar junto con él, pero Dimitri me tomó del brazo y me hizo quedarme en mi lugar. Acercó su cuerpo al mío como si tuviéramos intimidad y se tomó la libertad de darme un beso en la comisura de mis labios.

—Te esperaré en el café de enfrente, el jueves a las tres de la tarde. —Zanjó y lo miré estupefacta.

No esperó por respuesta y lo vi marcharse como si nada hubiera pasado.

¡Mierda! Esa jugada no la esperé.

Me recompuse de inmediato y me di la vuelta para entrar a la oficina, descubriendo que Fabio observó todo y en ese instante me miró sin un ápice de amabilidad. Carraspeé y evité sonreír, en lugar de eso caminé con lentitud hacia mi escritorio, pero por dentro brinqué de satisfacción al entender que, sin pretenderlo, logré joder un poco el temperamento del doctor D'angelo y me lo demostró al quedarse de pie mientras yo tomaba asiento.

Lo miré y en ese instante no pude contener una sonrisilla sinvergüenza.

—No sabía que te gustaban menores —comentó con un deje de molestia.

Elevé una ceja y negué, esa vez sonriéndole con coquetería.

—Y también mayores —respondí dándole un repaso escandaloso a su cuerpo, alzando una ceja con picardía cuando nuestros ojos volvieron a conectarse.

Su semblante cambió entonces y noté cómo contuvo la sonrisa.

En ese momento me percaté de algo muy importante. Con Dimitri coqueteé solo por joder, porque estaba en mi naturaleza ser una perra a la que le encantaba utilizar sus encantos para conseguir de ciertos hombres lo que me convenía, o para llevarlos a una muerte segura.

Con Fabio lo hacía por ganas, porque en serio lo deseaba con todo mi ser y debía tener mucho cuidado con eso, pues me estaba volviendo adicta a algo muy peligroso para ambos.

CAPÍTULO 27

Iraide

Muchas veces decían que las mujeres no teníamos ni idea del poder que manejábamos, y estaban en lo cierto, porque así yo supiera que era poderosa, todavía no había explotado lo máximo de mi potencial y con ese hombre frente a mí lo comprobaba.

Era un Dominante, tenía un *harem* de sumisos dispuestos a complacerlo en lo que sea que a él se le antojara y tuvo la osadía de humillarme por pedirle ser la única, pero ahí estaba después de que dijo que nada volvería a pasar entre nosotros si no aceptaba ser su sumisa. Un tanto molesto de verme con Dimitri.

Y eso todavía me tenía sorprendida, ya que Fabio manejaba un temple de acero, poder y un control admirable y me di cuenta de que sin que me lo propusiera o quisiera, lo estaba haciendo tambalear.

—Toma asiento —lo animé.

Iba vestido con un *blazer* negro y detalles color caramelo en las bolsas, junto a una camisa blanca por dentro; acompañado con *jeans* oscuros y el cabello semipeinado. Había dejado su pinta formal por una casual y en ese momento me debatí entre si me gustaba más Samael, el doctor D'angelo o Fabio.

Aunque con sus tres personalidades me hacía chorrear las piernas, de eso no había ninguna duda. Se desabrochó el *blazer* antes de sentarse y sus ojos verdes tenían un tono jade que me hipnotizó.

Bien, estaba comenzando a notar que sus ojos eran temperamentales y cambiaban de verde olivo a jade, o cuando se excitaban tomaban ese color pantanoso que me erizaba la piel.

—Ayer te fuiste de mi consultorio y dejaste algo pendiente —recordó con la voz ronca y le alcé una ceja.

—Entonces te agradezco que hayas venido aquí para terminarlo —refuté y de pronto una idea se cruzó por mi cabeza y alcé la mano para que callara cuando intentó hablar—. ¿Te apetece ir a otro lado? —inquirí y vi que él notó en mi expresión que algo no me cuadraba.

Hice un poco de memoria sobre todo lo que hablé en la oficina luego de la visita de Dimitri y Duncan y me sentí aliviada de no haber mencionado nada que me comprometiera, ya que, así Faddei me haya comunicado sobre la reunión con Ronald o la información que le llegó por parte de Silvain, lo manejamos como algo de negocios.

Y si Dimitri era tan inteligente tal cual creí una vez que lo fue su hermano, entonces entendí que esa visita no fue solo para tratar de flirtear conmigo y que el micrófono jamás lo llevó en su cuerpo. Tuvo que haberlo colocado en alguna parte de la oficina a la cual tuvo acceso y no lo imaginé tan estúpido como para ponerlo en la silla o el escritorio.

—Claro, vamos a donde tú quieras —respondió Fabio y me puse de pie para irme hacia un pequeño armario que tenía en mi oficina donde guardaba ropa por si alguna emergencia se presentaba.

O por si debía cambiarme de atuendo cuando me salpicaba de sangre.

Las sillas para mis visitas eran giratorias, por lo que Fabio la volteó para mirarme de frente cuando abrí el armario y comencé a sacarme la blusa, ya que sí, con la tecnología que podían manejar algunos departamentos de investigación, era posible que Dimitri hubiera puesto algo en mi ropa.

Sonreí al verlo alzar una ceja, un tanto confundido por lo que hacía, aun así, aprovechó para disfrutar el espectáculo y apoyó el codo en el apoyabrazos de la silla, colocando la mano hacia arriba, con el pulgar en la barbilla, el índice y el dedo medio sobre la sien mientras que el anular y el meñique quedaron en sus labios.

—¿Le gusta lo que ve, Señor? —pregunté con suavidad y sonrió de lado sin responder.

Queriendo provocarlo un poco más le di la espalda y me bajé la falda, agachándome para sacarla de mis piernas sin que fuera necesario, solo con el objetivo de curvarme y que mi culo se luciera en pompa.

Lo miré por encima de mi hombro y lo descubrí mordiéndose el dedo anular cuando le modelé mi diminuta tanga y sonrió con ironía en cuanto le guiñé un ojo, dejándole claro que podía jugar con él a la seducción en el momento que quisiera. Y así dominara a muchas personas en su vida, ninguna lo pondría como yo lo estaba poniendo en ese instante.

—Las consecuencias de lo que estás haciendo no serán buenas, dulzura —sentenció y sin vergüenza alguna se acomodó la polla.

—No lo serán para ti, *amor*. —Apostillé y soltó una carcajada.

Pero no fue de burla, sino por darse cuenta de que fuera de su club yo dejaba de ser la mujer que moría por experimentar todo lo que él tenía para darme.

Tras obtener lo que deseaba del doctor, busqué un vestido cómodo junto a una chaqueta de cuero, me lo coloqué y luego tomé mi bolso, invitándolo a ponerse de pie con un gesto de cabeza. Me siguió en cuanto comencé a caminar y al salir a recepción le avisé a Julia que no volvería más a la oficina. Afuera encontré a Faddei charlando con Kadir y al verme con Fabio el calvo se acercó de inmediato a mí.

—¿A dónde te llevo? —preguntó y saludó a Fabio con un asentimiento de cabeza.

—Iré con Fabio a la casa del sur —avisé y Faddei alzó las cejas muy sorprendido.

La casa del sur era donde me reunía con los séptimos, muy cerca de la bodega que ya se había convertido en el hogar de Furia y donde tenía mi museo. Solo los miembros de la asociación y algunos aliados la conocían, así que era lógico que a Faddei le sorprendiera lo que iba a hacer, pero la charla que tendría con el doctor D'angelo ameritaba mucha privacidad.

—Quédate aquí y revisa de arriba hacia abajo mi oficina, también la recepción. Y tú, Kadir, sígueme hacia la casa sur, yo me conduciré con Fabio. —Kadir asintió a mi orden.

—¿Qué debo encontrar? —Quiso saber Faddei y vi a Fabio vernos en silencio, pero muy atento.

—Micrófonos o alguna grabadora —dije y Faddei me observó entendiendo todo—. También abre la caja fuerte y llévate para casa a mi amado —pedí.

Fabio sonrió y bufó, Faddei en cambio me miró con súplica porque odiaba tener que cargar ese tarro con el corazón de quien también fue su amigo, pero fue inteligente y no dijo nada, entendiendo que, si yo no lo hacía, era porque debía terminar de una vez por todas esa conversación con el doctor D'angelo.

—¿Qué hago si encuentro algún micrófono? —preguntó Faddei antes de que comenzara a irme.

—Déjalo donde esté y utilicémoslo a nuestro favor. —Refuté y entonces asintió de acuerdo.

Si Dimitri se había atrevido a tanto, le daría una cucharada de su propia medicina por querer jugar al inteligente conmigo.

Fabio tenía su coche estacionado frente a la financiera, así que de inmediato llegamos a él y como el caballero que era, abrió la puerta para mí. Cuando estuvo en su lugar le indiqué hacia dónde dirigirse y en el trayecto a la casa sur nos dedicamos a hablar de su proyecto. Mismo que había aceptado apadrinar para apoyarlo en su deseo por desarrollar algo que les diera alivio o cura a las

enfermedades mentales.

No pasé desapercibido su gesto concentrado cuando entramos a la zona custodiada por mis hombres disfrazados de granjeros. Había muchos acres de tierra que se cultivaban antes de llegar a la casa, algunos de mis mejores asesinos vivían en los alrededores con sus familias, todo para despistar a las autoridades de cualquier sospecha y hacerlos pasar por simples agricultores luchando por sobrevivir en Estados Unidos.

—Supongo que me traes a tu zona de juegos —señaló Fabio de pronto y sonreí.

—Si tú me mostraste la tuya, era justo que yo te muestre la mía —respondí con voz suave y lo sentí mirarme, tranquilo porque entró a una calle de tierra y se vio obligado a bajar la velocidad.

—Espero salir vivo de aquí —bromeó.

—Todo dependerá de tus respuestas, *amor* —repliqué también con tono de broma y lo hice sonreír de lado.

—Si tú me conocieras en realidad, sabrías que no le temo a las amenazas, *dulzura* —Fue mi turno de sonreír porque esa vez dijo el mote en español, en consecuencia, del que yo utilizaba en mi idioma.

Ninguno dijimos nada más, decidimos concentrarnos en el corto trayecto que nos quedaba y cuando llegamos a la casa, que más bien era una especie de mansión campirana, fuimos recibidos por más de mi gente.

Fabio alzó las cejas al ver a todos y yo contuve una sonrisa.

Lo invité a que entrara, permitiéndole comprobar que, por dentro, la casa era muy moderna y tecnológica. Contaba con diez habitaciones, cada una con su propio baño y a parte de las reuniones que hacía con *The Sevenths*, también la usaba para acoger a ciertos aliados cuando lo necesitaban.

Esa vez pasé de la sala de juntas y en su lugar, dirigí a Fabio hacia una sala de estar bastante acogedora y lo invité a ponerse cómodo en uno de los sofás.

—¿Qué deseas beber? —inquirí y me miró serio.

—Admito que esperaba más privacidad contigo —confesó y negué con diversión.

—Doctor D'angelo, no me haga creer que usted es un hombre que solo piensa en el sexo y es incapaz de separar el placer de los negocios —me burlé.

—Bueno, deberás comprender que cuando mi futura socia se desnuda frente a mí provocándome una maldita erección, es bastante difícil concentrarse en los negocios —se defendió.

Negué de nuevo y en lugar de esperar su respuesta, caminé para el minibar en la sala dispuesta a servir dos tragos.

—Agua para mí —dijo cuando vio mi intención y asentí.

Le serví el agua en un vaso de cristal y decidí dejar el *whisky* de lado para mí y en su lugar tomé una copa para llenarla de vino.

Caminé de regreso hacia Fabio y tras darle su agua me senté en un sofá frente a él, cambiando mi semblante seductor y optando por uno serio, demostrándole así que esa vez nos concentraríamos en hablar y dejar las cosas claras.

—Iré directo al grano, Fabio, ya que he retrasado esta conversación más tiempo del necesario —avisé y asintió, esperando paciente y alentándome a que preguntara lo que quisiera—. Vi a la legisladora Rothstein muy cercana a ti el día de la inauguración en el hospital y luego, otra vez nos cruzamos con ella en un *spa* y noté en su cuello un collar bastante peculiar y, aunque no logré ver el dije, sumando dos más dos he conectado todo.

—No solo sumando dos más dos, Iraide. También violando los servidores de mi club. —Zanjó y no me inmuté, al contrario, me encogí de hombros.

—Tómalo como parte del juego —aconsejé y alzó una ceja—, tú sabías demasiado de mí cuando yo me limité a descubrir sobre ti mientras te conocía en nuestros encuentros, así que no creí justo que tomaras la delantera haciendo trampa —expliqué y bufó irónico.

—Hiciste algo ilegal para empatar —señaló.

—Yo hago todo de forma ilegal, Fabio, nunca lo olvides —le recordé.

Suspiró profundo cuando le dije eso y se acomodó en su sillón, dejando el vaso con agua en la mesa de centro.

En ese momento descubrí que, a veces, ese hombre olvidaba de que a pesar de que me conoció en su club, siendo seducida por su voz y su forma tan bestial a la hora de follar, fuera de *Delirium* yo seguía siendo la reina sádica, la tirana, la enemiga número uno del país y otros más; y no me gané los apodos, o el odio, haciendo cosas legales.

—Bien, te concedo eso. Pero si ya violaste mis servidores, no entiendo qué es lo que quieres que te aclare —comentó.

—Tengo en mi poder la lista VIP de tu club, pero ahí no dice a quién pertenece cada sumiso en ella. Y luego de que me dijiste que había sumisos tuyos que no deseaban ser expuestos y tras tu cercanía con Sophia, necesito saber si la viuda de Frank es parte de tu *harem*.

En ningún momento demostró preocupación porque le dijera lo de la lista, tampoco se inmutó con lo de Sophia, simplemente se mantuvo sereno, cogió el vaso y le dio un trago a su agua.

—¿Cambiaría algo si lo es? —inquirió y le di un trago a mi vino para no perder el control.

—Odiaría que *inconscientemente,* me hayas convertido de nuevo en la otra con esa tipa —solté con ironía.

Sus ojos mostraron un poco de sorpresa cuando le dije tal cosa y luego de unos segundos habló.

—Antes de responderte cualquier cosa, quiero dejarte claro algo, Iraide —advirtió y supe que lo que diría a continuación no me gustaría—. Yo no soy un hombre de relaciones amorosas, conmigo no existen ni las oficiales ni las otras y te mostré a mis sumisos, no es uno ni dos, son varios. Y a ninguno le doy un lugar, para mí son lo primero en conjunto, así que no te convertí en nada —declaró y lo miré seria.

—En palabras más cortas, Sophia sí es tu sumisa. —Lo encaré y sonrió irónico.

—Lo es desde hace un par de años —admitió.

Traté de controlar mi fuerza cuando sentí que apreté demasiado la copa de vino y me bebí lo que me quedaba de un sorbo.

Entendía a Fabio, su opinión y razonamiento era muy distinto al mío gracias a su mundo, pero en mi entorno y después de todo lo que pasé a lo largo de los años, saber que tenía todo ese tiempo con la viuda de Frank me sentó muy pesado en el estómago, ya que de nuevo llegué a la vida de un hombre después de ella y para mí eso significaba volver a ser la otra.

Y no quería más eso, se lo dejé muy claro.

—Imagino las cosas que te ha dicho sobre mí. —Satiricé y me puse de pie para servirme más vino —. ¿Me reconociste la primera vez que estuve en *Delirium* y por eso te pusiste como reto dominarme? ¿Es Sophia quien te habló de mi mundo? —inquirí en un susurro y respiré profundo para no descontrolarme—. ¿Ella te pidió que me hicieras tu sumisa para poder restregarme en la cara que de nuevo sería la otra?

—Yo no soy un hombre al que pueden usar para lograr beneficios propios que no sean sexuales. Estás sacando todo de contexto, Ira —respondió y en mi periferia lo vi ponerse de pie. Me reí de su estúpida respuesta y le di un trago largo a mi copa luego de rellenarla por segunda vez—. Y no sé de tu mundo por ella, tengo mis propios métodos y no ha sido difícil saber que eres parte de los

séptimos.

—No, Fabio D'angelo. Nada está fuera de contexto aquí —espeté volteándome para verlo—. Los malditos consejos que me diste la última noche que estuve en *Delirium*, tu manera de recalcar que sabes quién soy, tus ganas porque sea tu sumisa. Para mí todo cuadra. —Zanjé—. Y no, no soy parte de los séptimos, *soy la séptima* —enfaticé para que ese punto quedara claro—. Yo lidero esta sede —añadí con ínfulas de grandeza.

En ese momento Fabio negó como si estuviera frente a una chica inmadura y deseé tirarle el vino en la cara, pero eso solo afirmaría que lo era.

—Si yo me hubiera dejado llevar por lo que Sophia me habló de la mujer que le robó el amor de su marido, créeme que no estaría aquí, Iraide Viteri —dijo con la voz peligrosamente tranquila—. Y, aunque no lo creas, entiendo tu reacción, pero si tú me has investigado a mí, sabes que no soy un hombre de doble moral.

» Te respeto y estás muy lejos de ser la chica que Sophia me describió como la amante de Frank. Y no, cuando llegaste a *Delirium* no tenía idea de quién eras, pero quise averiguarlo luego de haber hecho que te corrieras con mi doma. Me intrigaste demasiado y algo en mi interior me aseguró que volverías, y en cuanto supe que eras la mujer de la cual mi sumisa me habló, me decidí a investigarte mejor porque no tenías nada en comparación a lo que me hablaron de ti.

Puse la copa sobre la isla del minibar antes de lanzársela a él y me restregué el rostro. Si bien en ese momento ya sabía quién era Fabio y cómo se manejaba, que soltara de forma tan descarada las cosas no me sentaba bien.

—Hice mis propias averiguaciones sobre ti, Iraide, y mis ganas por conocerte mejor me hicieron buscarte en el siguiente *espectáculo* de Marco y Allison. Nada tiene que ver con Sophia y mucho menos lo que ella dijo sobre ti, ya que yo he conocido a una mujer que siempre ha estado por delante de un hombre poderoso y no detrás de él como me lo hicieron creer —reiteró y lo último que dijo hubiera mermado mi enojo si hubiésemos estado en otras circunstancias o hablando de otra cosa.

Ya que, técnicamente yo estaba teniendo esa conversación con él solo para que me confirmara lo que ya intuía, pero admito que no me sentó bien.

Había continuado en mis juegos con Fabio dejando de lado lo de su *harem* y sin aceptar ser su sumisa, pero saber que Sophia compartía con él lo que yo probé así fuera poco, cambiaba el juego entre nosotros. Y no le exigiría que la dejara, no volvería a cometer ese error, sobre todo porque no tenía por qué exigir algo que debían darme porque deseaban y no porque me implantara hasta conseguirlo.

En otras cosas podía exigir, prácticamente vivía a punta de obligar a las personas o situaciones para conseguir siempre lo que quería, mas me prometí jamás hacerlo en las relaciones porque me parecía estúpido y denigrante mendigar respeto, amor o confianza.

—Sabes muchas cosas sobre mí, Fabio. Te he dado el privilegio de conocer secretos que me pondrían en peligro si decides contarlos, así que no me voy a disculpar contigo por violar tus servidores. Lo tomaré como una tregua y guardaré tus secretos, tal cual espero que sigas guardando los míos.

—Está de más que me digas eso, Ira. Y si quisiera hacerte pagar por robarme esa información, no estaríamos teniendo esta conversación y no solo te hubiera denunciado ya con las autoridades, sino también habría notificado a mis clientes que su información ha caído en manos peligrosas para que ellos se encarguen de ti —señaló y alcé una ceja.

—¿Me amenazas? —pregunté lacónica—. Porque de ser así, te recuerdo que los integrantes de esa

lista no manejan el poder que yo manejo gracias a una organización aliada con el gobierno.

Sonrió de lado y negó.

—No tengo necesidad de recurrir a tus métodos —se defendió y alcé la barbilla—. Soy un hombre incapaz de traicionar a quien me entrega su confianza con tanta facilidad como tú, así que por lo mismo no iba a pedirte nada con respecto a esa lista. —Repuso—. Confío en que la mantendrás solo para ti —aseguró y su voz y gestos me demostraban que no mentía.

—De la única manera en que llegaría a usarla es si Sophia…

—No le tengo permitido a Sophia hablar sobre ti, Ira —me cortó, usando ese tono dominante que lo caracterizaba—. Ella es mi sumisa y nos limitamos a respetar nuestros roles y sí, es mi amiga, pero, así como contigo, no habló nada con ella que no le incumba y menos le pregunto cosas que no me importan. Hablamos sobre ti únicamente al principio, cuando aún seguía traumada y rencorosa por lo de Frank.

—Pero ya me vio contigo, así que imagino que al igual que yo, tuvo que haberte pedido alguna explicación. —Deduje y negó.

—Tendrías que conocer un poco más mi mundo y un poco más de mí, para entender que cuando yo digo que no se habla de cierta persona, no se habla y punto —reviró y su tono en ese momento fue rudo—. Y esa lista no es ni la cuarta parte de los secretos que manejo. —Se jactó y le creí.

—¿Es esa una advertencia para mí? —Lo enfrenté al sentirlo de esa manera, con respecto a no hablar de Sophia.

—Tú has decidido no ser parte de mi mundo, así que no tengo por qué advertirte nada —respondió—, pero solo por curiosidad, ¿qué responderías si te pregunto que qué hacías con ese tipo en tu oficina, para que le hayas marcado la mandíbula con tus uñas? —soltó dejándome pasmada por unos instantes.

No esperaba que se hubiera dado cuenta del recuerdito que le dejé a Dimitri y menos que pidiera explicaciones incluso solo *por curiosidad*.

—Te diría que, así como tú tienes tus juegos y tu estilo de vida, yo también tengo los míos —respondí cuando me recompuse—, pero como no puedes ser parte de mi mundo, ya que yo pido exclusividad como principal requisito, me reservo la explicación —añadí con fingida calma y él hizo una mueca irónica de sonrisa.

—Lo supuse —replicó irónico y yo sí que reí abiertamente.

Pero cuando mi risa murió tomé la copa de vino, le di un buen sorbo y solté el aire antes de hablar de nuevo.

—No vayas a traicionarme, Fabio, nunca. Porque odiaría tener que deshacerme de otro hombre que ha sabido darme placer —declaré y en ese momento sí que lo amenacé.

—Conóceme mejor, dulzura. Para que tengas claro que conmigo no necesitas recurrir a las amenazas —recomendó y puse las manos en su pecho cuando se acercó demasiado a mí.

Me tomó de la cintura, queriendo conseguir de nuevo aquella intimidad que habíamos desarrollado desde que nos conocimos en su club, sin embargo, en ese momento no necesitaría de hacerme más promesas vacuas con él, ya que tener la certeza de que se acostaba con Sophia, puso un límite para mí que no cruzaría tan fácil y menos tan rápido, así mi corazón retumbara en mi pecho como un loco idiota.

Porque iba a ser clara conmigo también y conociéndome, siempre evitaba decir *de esta agua no beberé*.

—Por supuesto que te seguiré conociendo, Fabio —aseguré e hice el rostro hacia un lado cuando vi sus intenciones de besarme—, pero como socios, así que te aconsejo que aprendas a no mezclar

negocios con placer. Yo haré lo mismo —afirmé y di un paso hacia atrás.

Él me miró incrédulo cuando desprecié su cercanía, aunque de inmediato cambió su semblante a uno que me indicaba que también esperaba esa reacción de mi parte tras confesarme lo de Sophia.

—¿Estás segura de esto? —inquirió.

Lo miré por unos largos segundos antes de responder.

—Tan segura como que me llamo Iraide Viteri, Fabio. Tan segura y ahora más consciente de que si me he impuesto para ser la primera en todo, no tengo por qué ser la segunda opción de nadie —finalicé.

Ambos nos miramos entonces, yo con decisión y él con aceptación.

El límite se había trazado entre nosotros.

CAPÍTULO 28

Iraide

Terminé despidiendo a Fabio de la casa sur, lo hicimos en *buenos términos,* ya que como él mismo lo dijo, no permitiría que ese tipo de líos interfirieran con su proyecto y me demostraría que al igual que yo, podía separar lo laboral de lo personal.

Aunque el sinsabor de la charla que tuvimos todavía persistía en mi boca sin importar cuánto vino tragara y, a pesar de que lo que hice y cómo actué con Fabio debía tenerme orgullosa, la incomodidad y el vacío en mi pecho no me dejaba respirar tranquila. No me sentía a gusto conmigo misma incluso haciendo lo que quería, no me satisfizo su reacción como lo esperé y de pronto la decepción se hizo presente.

—Mi señora, ya casi es hora de marcharnos —avisó Kadir llegando a la sala donde me encontraba.

—¿Te parezco una mujer que solo merece ser la otra en la vida de alguien? —inquirí, ignorando que me avisaba que ya era hora de partir hacia la reunión con Ronald.

—¿Eh? —dijo él y no sé si en realidad no me escuchó o la impresión por lo que le pregunté lo dejó en jaque.

—Olvídalo, Kadir. —Refuté y tras dar un enorme suspiro tomé mis cosas y lo alenté a que se pusiera en marcha.

Me sentí patética.

Después de que Frank muriera me prometí no dejar que nadie me volviera a rebajar tanto, incluso cuando ese hombre me lo dio todo en nuestro mundo, y ahí estaba, sintiéndome de nuevo insegura, como si estar donde estaba no me hubiera costado tanto. Como si escalara la montaña más alta y al estar en la cima en lugar de disfrutar, me dejara ir en picada, buscando de nuevo la miseria de la cual resurgí.

Negué en reproche hacia mí cuando me subí al coche blindado. Otros de mis hombres nos seguirían y esa vez solo viajaría con Kadir.

Sentí su mirada por el retrovisor, pero lo ignoré, ya que me seguía sintiendo patética por haberle hecho esa pregunta tan tonta; por supuesto que no merecía ser la otra de nadie, la segunda opción y, aunque Fabio dijera lo contrario con respecto a su forma de ver las relaciones, seguía creyendo que sí tenía a su favorita y recordé a Allison y la complicidad que ambos se demostraron. Sin embargo, ni ella ni su *harem* me importaron tanto o me alejaron de él hasta que supe de Sophia y la cosa me sentó muy mal.

—Usted no es la líder de los séptimos solo porque el señor Rothstein le enseñó lo que sabe, mi señora —comentó Kadir interrumpiendo mi silencio y lo miré—, tampoco lo es porque se impuso.

—Conque sí me escuchaste. —Satiricé y sonrió.

Era un turco muy guapo, serio, cretino cuando debía, y muy callado.

Había aprendido que le gustaba mantenerse al margen de mi vida personal si yo no lo requería, pero conocía muchos secretos sobre mí; fue testigo de mis momentos de ira, de pasión y crueldad y en muchas ocasiones me gustaba burlarme de él. Aunque también le demostraba que por muy tirana que fuera con los demás, con mi gente cercana podía ser piadosa si no me traicionaban.

—Usted es *la séptima,* la lideresa, la principal a pesar de que ese número indique lo contrario, pero

no ignore que también es un número perfecto. Y jamás olvide que no se ha ganado tanto odio por ser patética o malvada, se lo ha ganado por ser una mujer muy inteligente que siempre consigue lo que se propone. Se convirtió en la reina sádica incluso cuando caminaba de la mano de un hombre poderoso, pero a Frank Rothstein jamás le dio tanto poder la organización, se lo dio su reina —finalizó y tras eso siguió concentrado en la carretera.

Supe en ese instante que jamás podría describir lo que las palabras de un hombre a quien creía un simple empleado me provocaron.

—Nunca te había escuchado hablar tanto. —Fue todo lo que pude decirle.

Él sonrió sabiendo lo que iba implícito en esas palabras, lo que jamás podría vocalizar porque de cierta manera me hacía sentir débil.

Y ya no hablamos más, nos limitamos a continuar nuestro camino en silencio hasta que llegamos al edificio de Ronald Ward. El tipo era dueño de una casa productora y socio de varios canales televisivos; era su mayor fachada de hombre respetable, pero yo era consciente de que incluso en su compañía, el imbécil aprovechaba para acosar a sus trabajadoras o a las actrices que llegaban a él en busca de la oportunidad para cumplir sus sueños.

—Buenas tardes, señorita —me saludó la recepcionista y le di un amago de sonrisa.

—Buenas tardes, el señor Ward me espera para una reunión —indiqué, sintiendo asco al tener que llamarlo señor cuando solo quería decir *el imbécil de Lujuria.*

Pero no le daría motivos a la señorita para que me juzgara de mal educada.

—¿Señora Viteri? —inquirió y asentí—. Perfecto, use esto y continúe a su derecha, tome el ascensor hasta el último piso, allí la recibirá la secretaria del señor Ward —indicó y me tendió un pase en forma de tarjeta con una pinza para abrochar en mi vestido o bolso.

Asentí en agradecimiento y seguí el camino que me sugirió.

Kadir se había quedado en el coche y los otros hombres nos custodiaban desde los alrededores. Y no temía que Ronald intentara algo contra mí en su territorio, ya que no lo creía tan estúpido como para tentar al diablo sin antes tener una idea de cómo tratar con él, pero tampoco me confiaría.

Al llegar al último piso, ya la secretaria sabía quién era yo porque la recepcionista le avisó, así que me hizo pasar de inmediato, justo cuando una chica que parecía modelo salió de la oficina de Ward, sonriendo con vergüenza al vernos, bajando la vista al suelo y terminándose de acomodar la ropa.

—Perdón por eso —pidió la secretaria, también avergonzada, y solo alcé la ceja diciéndole con el gesto que no tenía por qué disculparse por algo que no era su culpa.

Vi con burla y descaro hacia donde la otra chica se fue cuando la secretaria abrió la puerta para mí y negué al encontrar a Ronald acomodándose el pantalón. Lo hice con asco e ironía y me adentré en la oficina cubriéndome la nariz.

—¡Joder! ¿Puedes traer un aromatizante? —le pedí a la secretaria y vi que sus mejillas se ruborizaron.

Ward por su parte soltó tremenda carcajada.

—No te hagas la escrupulosa, ¡por Dios! —exclamó con diversión—. Disfruta el aroma del sexo —recomendó con pericia y burla.

—Disfruto el olor a muerte, Ronald, y mejor deja las burlas si no quieres oler a eso muy pronto —aconsejé haciéndolo reír de nuevo.

Tiré mi bolso en una silla y en ese instante la secretaria entró con el aromatizante y un pote de toallas desinfectantes que no dudé en tomar para limpiar antes la otra silla donde me acomodaría. Ronald vio a su secretaria con una ceja alzada y esta le devolvió una mirada de disculpa.

—Espero que le pagues bien a esta pobre mujer —comenté.

—Demasiado bien —respondió él con picardía y al ver a la secretaria más avergonzada que antes, rodé los ojos.

La pobre debía estar muy necesitada como para soportar a tremendo marrano como jefe y, sobre todo, sus abusos.

—Bien, vayamos al grano antes de que termine vomitando —demandé.

—Por favor. Me honras con tu presencia, pero me honra más no tener que verte. —En ese instante fui yo la que se carcajeó.

—Espero que así te honre cuando dejes de ver también mi dinero.

—Nuestro, querida. Somos uno solo en *The Sevenths*, no lo olvides. —Zanjó.

—Bueno fuera que te incluyeras cuando se trata de ganarlo —señalé.

Tomó asiento y lo imité sabiendo que no me invitaría, tampoco esperé a que me ofreciera algo de beber porque estaba más que segura que no lo haría. Y creo que era lo único que toleraba de él, que no fingiera zalamería conmigo.

—Me dijo tu perro guardián que querías hablar conmigo con respecto a la fiesta que se aproxima. Sé que recibiste el itinerario —comentó y asentí.

—La fiesta la organizas tú porque así lo han pedido nuestros invitados, pero eso no quiere decir que harás lo que te dé la gana. Así que por tu bien espero que el buffet que vas a ofrecer lleve solo lo que es *legal* dentro de nuestros términos, Ronald. Porque créeme que no me importará castigarte peor de cómo castigué a Harold.

—¡Mierda, querida! De verdad espero no estar malinterpretando tu visita como una amenaza y en mi propia zona. —Satirizó y sonreí de lado.

—¿Acaso yo amenazo, *amor*? —ironicé y lo vi endurecer la mandíbula—. Bien, eso creí. —Apostillé tras unos minutos en los que se quedó en silencio—. Ronald, tú sabes que te he permitido delinquir a tu antojo en tu zona e incluso estoy pasando por alto que abuses de tu secretaria porque trabaja para ti, no para mí, pero espero que no olvides nuestro trato: en mi presencia no vayas a sobrepasar mis límites porque no van a gustarte las consecuencias.

Lo vi apretar los puños tras decirle tal cosa y su rostro se puso rojo por la ira.

—¿Eso era todo lo que tenías que decirme? —espetó y lo miré con grandeza.

—¿Te ha quedado claro? —pregunté y se puso de pie.

—Perfectamente, Ira. Haré todo lo que sea *legal* para complacer a nuestros invitados. —Zanjó y bufé con burla—. Y si ya no tienes nada qué decir, te agradeceré que me dejes trabajar —añadió con *sutileza* y me puse de pie para marcharme.

—Estupendo, te dejo *trabajar* entonces, confiando en que mi muchacho se portará bien —me burlé, guiñándole un ojo.

Él rio con ironía, sin ocultar lo mal que le caía mi presencia, pero eso me divirtió y caminé con una sonrisa burlona hacia la puerta.

—¿Llevarás a tu perro guardián a la fiesta? —preguntó cuando estuve a punto de salir—. ¿O a tu puta? —añadió y lo miré sobre mi hombro—. Y no, Ira, no me refiero a la puta con la que saliste de uno de mis clubes, sino a la puta que te está follando, el recogido de Leonardo.

Sabía que el imbécil quería desquitarse un poco de la rabia que le provoqué y lo hizo recalcando que tanto Kiara como yo trabajamos en su club, por eso Frank estaba allí la noche en que nuestras vidas se cruzaron. Así que solo alcé la barbilla sin inmutarme.

—Los chismes vuelan en nuestro mundo, querida. ¿O a poco no sabías cómo han apodado a tu nuevo perro? —siguió y sonreí.

—Ilumíname —lo reté.

—La puta de la puta —soltó con una carcajada y en ese momento lo acompañé, cosa que le tomó por sorpresa, aunque lo quiso disimular.

—Bueno, pero esa puta me deja con una sonrisa de satisfacción cada vez que me folla y la de él es muchísimo mejor, en nada se compara a las de vergüenza o pena ajena. Creo que sabes a cuáles me refiero, ya que es la que plantas tú en las mujeres con las que follas —contraataqué y su sonrisa murió de inmediato—. Y respondiendo a tu pregunta, iré con mi perro y mi puta. Besitos, *amor* —finalicé y me marché de ahí riéndome.

Aunque al entrar al ascensor mi sonrisa murió y me sentí agotada.

Mi conversación con Fabio y luego el enfrentamiento verbal con Ward agotaron todas mis energías y solo ansiaba llegar a casa y descansar un poco antes de reunirme con mis hombres para planear el encargo de Silvain.

En el trayecto a casa hablé con Faddei y me confirmó que, en efecto, Dimitri había hecho su jugada y triple, ya que puso un micrófono diminuto en la ranura de un pisapapeles sobre mi escritorio, dejó otro en mi ropa y uno más en el escritorio de Julia. Y en el momento en que escuché a mi hombre informarme de eso deseé ir a buscar al idiota para darle su merecido, puesto que la noticia me tomó en un mal momento, pero respiré profundo y traté de ver la ventaja que eso me traería.

Dimitri se llevaría una bonita sorpresa.

Me despedí de Faddei recordándole que esa noche nos reuniríamos para lo del DJ y cuando llegué a casa fui recibida por los mimos de Hunter. Kiara estaba en casa junto a Milly y me limité a darles un saludo rápido, disculpándome enseguida al decirles que me iría a mi habitación y, aunque no debía porque ya conocía a mi amiga, me sorprendí cuando rato más tarde llegó a mi recámara con muchos aceites corporales y me obligó a desnudarme para así poder darme un masaje.

Por supuesto que le dije que no era necesario que dejara a su novia para estar conmigo, pero alegó, excusándose con que pasaba con Milly a diario y a mí no me consentía desde hace mucho, cosa que me hizo reír.

Terminé aceptando su masaje y fue tan relajante, que no supe en qué momento me quedé dormida, solo reaccioné cuando escuché un alboroto en la planta baja y de inmediato tomé el arma debajo de mi cama y me sentí un poco fuera de lugar, ya que había oscurecido y cuando cogí mi móvil, vi que habían pasado alrededor de cuatro horas y tenía muchas llamadas perdidas por parte de Ace y algunos mensajes que no revisé en ese momento debido a la situación.

—¡Me cago en la puta! —espeté.

Alcancé a reconocer a Kiara discutiendo con alguien y me puse una bata de seda para cubrir mi desnudez y me apresuré hacia afuera.

—¡Me importa una mierda lo que le quieras decir! ¡Ira está descansando y no la vas a interrumpir con tus niñerías! —gritó Kiara y fruncí el ceño.

—¡Apártate de mi camino! —exigió Gigi y me llevé una mano al rostro.

Dejé el arma en una mesa decorativa del pasillo y respiré profundo preparándome para lo que iba a desatarse.

—¡Joder, en serio pareces una niñata inmadura! —gruñó Ace.

—¡Puta madre! —susurré yo.

Cogí valor para bajar los escalones y trabajé en mi respiración con cada paso que di.

«Respira, Iraide. Solo es tu hermana, a la que adoras, a la que amas».

Me recordé mentalmente como un mantra y según entendí por las posiciones de esos tres, Gigi trató de irse sobre Kiara, mi amiga se preparó para recibirla, pero Ace lo impidió cogiendo a mi hermana y esta se zafó de su agarre como si la hubiese tocado el diablo.

—¿Me pueden explicar a qué se debe este alboroto? —exigí llamando la atención de todos.

—¡Perfecto! ¡Lo has logrado de nuevo! —largó Kiara con fastidio hacia Gigi y las miré.

—Me puedes explicar tú, por qué carajos has puesto a este imbécil a que me vigile —demandó mi hermana señalando a Ace con desagrado.

—Para castigarme, claro está —se defendió él y solté el aire, rindiéndome con esos dos.

—Vamos a la oficina —pedí a Gigi y Ace. Caminé hacia donde les indiqué sin esperar a que mi hermana aceptara o no—. Gracias, cariño —murmuré en voz baja para Kiara cuando pasé a su lado.

Ella quiso evitarme el mal trago al haber sido testigo de cómo llegué esa tarde a casa, así que de verdad le agradecía lo que no pudo conseguir.

Mientras caminaba a la oficina me acomodé el lazo de la bata para que protegiera mi desnudez. Iba descalza, con el cabello en un moño desordenado y bostecé demostrándoles a esos dos que me jodieron el único momento de descanso que logré encontrar gracias a las manos mágicas de mi amiga.

—Lo siento, mi reina. Te llamé para avisarte lo que se avecinaba, pero no respondiste.

—Mi reina… ¡Puf! ¿Así o más patético? —se burló Gisselle, pero al estudiarla noté que eso no iba dirigido hacia mí, sino para Ace.

Era como si necesitara rebajarlo de alguna manera, aunque él la ignoró de forma olímpica.

—En realidad, Ace no te está vigilando a ti —mentí para mi hermana.

—Te lo dije, pequeña tonta, no te creas tan importante.

—Ace, por favor —hablé con cansancio y me senté en la silla principal del escritorio, les hice una señal a ambos para que también se acomodaran en los asientos disponibles, pero mi hermana se negó y creo que Ace por precaución lo evitó.

Pensé en que era un hombre muy precavido al evitar darle la espalda a mi hermana.

—*Primero te atreves a exigir que no me relacione con el detective Leblanc y luego este idiota neandertal comienza a seguir mis pasos, por favor, Iraide. Está más que claro que me vigila a mí y acaba de aceptar hace unos minutos que fue un castigo que le impusiste* —espetó mi hermana hablándome en español y traté de ignorar el rostro de Ace al no entender nada.

—*Tengo razones con fundamentos para que te alejes de Dimitri* —expliqué e iba a decirme algo, pero Ace habló antes.

—¡Joder, Ira! Al menos habla tú en un idioma que yo entienda —se quejó y lo miré con una ceja alzada por su atrevimiento.

—¿*No que muy inteligente?, maldito engreído.*

—Gigi, ya —reviré cuando se acercó a él y lo encaró de esa manera.

Ace se le quedó viendo con mucha molestia y confusión.

—Entendí maldito —replicó él de pronto y apreté los labios para no reírme—. ¡Ah, perfecto! Ahora te ríes de mí —reclamó y negué tratando de no dejar escapar mi risa.

—¡*Okey!* Lo siento, tienes razón. —Le concedí y Gisselle se quedó mirándonos—. Gigi solo dijo que odia mi maldito descaro.

—¡Ja! —exclamó ella con ironía y siseé con advertencia.

—Te lo repito, Gigi, Ace no te está vigilando a ti.

—Dimitri me dijo otra cosa.

—¡Dimitri es un maldito imbécil que quiere mantenerte ocupada con sus inventos para que no lo jodas mientras hace lo suyo! ¡Y te buscará solo cuando quiera usarte! —exclamé, cegada por la cólera al comprobar que ese imbécil estaba logrando embaucarla.

—Eso lo dices para que me aleje de él, ya que te has empecinado con que no lo deje acercarse a mí —señaló y al verla tan entusiasmada con ese maldito la furia se hizo cargo de mí y no me importó ser una cretina con ella en ese instante.

—¡No, Gisselle! ¡Te lo digo porque esta mañana tu querido detective estuvo en mi oficina y si no follamos es porque yo no quise! ¡¿O acaso no viste las marcas que dejé en su mandíbula?! —inquirí burlona y vi en su cara la sorpresa y decepción que le provoqué.

—¡Uf! Eso debió doler —musitó Ace burlándose de ella y lo miré furiosa.

Sabía que no se llevaban bien, que se odiaban y Gisselle se había propasado con él, pero no permitiría que se burlara de ella con lo que acababa de soltarle, porque no fue fácil para mí ver que el odio de mi hermana hacia mí aumentó y, además, me miró con asco.

Mi declaración le caló tanto, que ni siquiera reaccionó a lo que Ace dijo, únicamente me observó, queriendo descifrar si le decía la verdad y, podía jurar que hasta rogando porque fuera una mentira mía para alejarla de Dimitri.

Pero no mentía, aun con el odio que Dimitri sentía por mí y con su sed de venganza, sabía que, si esa mañana yo lo hubiese querido, habríamos follado incluso si él se excusaba luego diciendo que solo buscaba sacarme información a punta de orgasmos.

—Si de verdad le importaras, si en serio no te está usando, entonces el malnacido no buscaría follarme sabiendo que tú eres mi hermana —expuse y vi su esfuerzo para no derrumbarse.

—Él no sabe que eres mi hermana, tú en cambio sí sabías que sentí atracción por él e incluso así te importó un carajo, Iraide —reclamó dolida, con la voz quebrada y me reí por lo ingenua que era —. Siempre me han hecho sentir que eres mejor que yo en todo, pero nunca esperé que tú también lo quisieras dejar claro —soltó de pronto y eso me heló la sangre.

Ace notó lo que aquellas palabras me provocaron, pero también fue capaz de ver que para mi hermana todo era más intenso y tuvo la decencia de no burlarse esa vez.

—Sabes que eso no es así, Gigi… ¡Joder! Para mí nunca has sido…

—En serio, deja de joderme la vida —exigió cortando lo que iba a decir.

En ese instante me di cuenta de que lo que le provoqué con mi declaración era peor de lo que esperaba y que en realidad Dimitri había hecho bien su trabajo al embaucarla, sin tener una puta idea de que él era el primer hombre en el que mi hermana se interesaba después de tantos traumas que le provocaron por mi culpa.

Y eso me provocó a mí más ganas de matarlo, incluso más que el hecho de que me haya implantado micrófonos.

—*Dimitri solo busca venganza conmigo* —le dije en español cuando vi su intención de marcharse.

—*¿De qué, según tú?*

Negué en ese instante y me debatí en si responderle o no, ella negó más decepcionada de lo que siempre estuvo de mí y caminó hacia la puerta de salida de la oficina.

—*¡Gigi!* —la llamé y me observó por encima de su hombro—. *Yo me cobré lo que pasó en la playa* — confesé entonces y odié el miedo que surcó sus bellos ojos—. *Dimitri me busca por eso y por supuesto que sabe que eres mi hermana.*

No pudo contener las lágrimas al escucharme y se fue sin decirme nada más, pero el dolor y su reacción ante mi declaración me hizo confirmar una vez más que, a veces, la verdad podía ser más

dañina que la ignorancia.

—¡Déjala! —le exigí a Ace cuando intentó irse detrás de ella.

No era momento para que mi hermanita lidiara con él.

CAPÍTULO 29

Iraide

El encuentro con Gisselle fue la gota que derramó el vaso de mi paciencia y tolerancia, así que esa noche decidí cancelar la reunión con mis hombres porque la migraña me haría explotar la cabeza.

No daba para más.

Kiara se quedó a dormir conmigo esa vez y me ofreció una de sus píldoras para poder conciliar el sueño, pero me negué. Y no porque no lo necesitara o quisiera torturarme, sino más bien porque mi maldita desconfianza me impedía ver el medicamento como algo inofensivo. Así que solo traté de fingir con ella para no hacerla sentir mal.

A la mañana siguiente me levanté temprano y me dirigí hacia la bodega; Faddei, Ace, Kadir y otros hombres ya me esperaban para planear todo lo que concernía al atentado que daríamos en cuatro días, puesto que Enzo Laurent se encontraba en New York dando lo que denominamos con mi gente: su último espectáculo.

—Pobre diablo, viene al país buscando salvación y encontrará la muerte más rápido de lo que esperaba —murmuró Faddei al ver la foto de Laurent.

Estudiamos toda su trayectoria, había cosechado demasiados éxitos en sus treinta y cinco años, pero al igual que muchos, intentó hacer el bien para obtener la muerte a cambio, sin lograr nada en concreto en contra del mal que esparcíamos en el mundo.

—Espero no gastar mi saliva y tiempo con esto, pero les recuerdo que esta es una misión secreta y es por eso por lo que solo ustedes están aquí presentes —pronuncié alzando la voz para que todos me escucharan.

Los hombres eran en los que Faddei y Ace confiaban más, así que fueron elegidos por ellos para esa misión.

—No creo que sea necesaria la advertencia, Ira —reclamó Faddei y lo miré con el ceño fruncido.

—Siempre será necesario para mí darles una oportunidad antes de matarlos —respondí y él me miró sin entender—. Bien saben que no confío en nadie, pero quienes trabajan cerca de mí es porque algo hacen bien, así que les aconsejo que se guarden hasta lo más mínimo que presencian, ya que odio los chismes y lamentaría tener que cortarles la lengua si una vez más, alguno de los socios de la organización se entera de mis misiones o de mi vida personal —advertí y vi la sorpresa en varios de los tipos que me rodeaban.

—¿Podríamos saber la razón de tu advertencia? —pidió Faddei con precaución.

—A nadie de ustedes le importa con quién folle, así que, si de nuevo escucho que susurran mi vida privada, mataré sin preguntar quién ha sido el bocón. Y si esta misión llega a saberse de las puertas de esta bodega hacia afuera, entonces asesinaré a quienes más aman y los obligaré a ver cómo los hago sufrir antes para que aprendan a que conmigo no se juega —declaré.

En ese instante noté que todos a mi alrededor entendieron a qué me refería y vi la certeza en sus ojos de que sabían que mi advertencia no era vacía, por lo que asintieron con respeto y tras unos minutos dejé el tema de lado para dar los últimos detalles, quedando de acuerdo todos en que el día que se llevara a cabo el secuestro y desaparición del DJ y cantante francés, Enzo Laurent, repasaríamos todo.

Tras eso los despedí, sin embargo, todos se marcharon menos Ace.

—No olvides tener un plan B para ese día, mi reina —me recordó y lo miré.

—Ya lo tengo, aunque también he ideado un plan C —confesé y me regaló una sonrisa ladina.

Era consciente de las grandes posibilidades que existían de que Enzo estuviera siendo protegido por mis enemigos, así que definitivamente iba a necesitar un plan B, un C y de paso uno D.

—Sé por qué hiciste esa advertencia y no me refiero a lo de que no quieres que se sepa nada de este plan —comentó.

—¿Sabes también lo del apodo que te han dado? —inquirí y sonrió burlón.

—¿Sabes tú lo de la desaparición de dos de tus hombres? —preguntó y lo miré con sorpresa.

—¿Qué carajos hiciste y por qué? —demandé.

—No te alteres, mi reina. Te aseguro que solo te quité un problema del camino. —Se apresuró a explicar y entrecerré los ojos—. La mayoría de tu gente te respeta y es leal, o al menos fingen bien serlo, pero no esos dos y sí, los asesiné luego de que me enteré de que quisieron ganar puntos con Harold Bailey diciéndole que tú y yo habíamos follado. Por ellos nació mi flamante apodo, razón por la cual les di el premio que se ganaron.

Para nada me extrañó que Bailey se hubiera ido de chismoso con Ronald, ya que esos dos unían fuerzas cada vez que podían para hacerme la vida más difícil.

—Debiste comunicármelo, Ace. No me gusta que te tomes esas atribuciones —advertí, aunque no estaba molesta.

La verdad era que, si me lo hubiera notificado antes de actuar, igual le habría pedido que los matara por meterse donde no debían.

—Has estado con muchas cosas encima, así que no quise joderte con eso, además, era algo fácil y rápido de hacer. Tardaría más en explicarte las razones que tú en ordenarme que los matara —se defendió y negué, pero sonreí irónica.

Como lo pensé antes, si esos idiotas tuvieron las bolas para hablar de mí, de nosotros, con Harold, entonces yo habría tenido los ovarios para matarlos por mi cuenta o para pedirle a Ace que lo hiciera, sobre todo porque él también salió perjudicado con un apodo ridículo.

—La puta de la puta, eh —ironicé y rio mostrándome esos colmillos suyos tan únicos.

—No puedo ser puta solo por haberte follado una vez, Ira. Para darle validez a ese apodo deberíamos repetir —explicó con picardía y me mordí el labio inferior, negando y dándome por vencida con ese tonto.

Y confieso que me hizo sentir bien que no le afectara el maldito apodo como me afectó a mí en su momento, que solo me conocieran por ser la puta de Frank.

—Ajá, eso no pasará. Mejor vete a trabajar y evita que Gigi te vea esta vez —demandé con burla y el idiota rodó los ojos con un gesto cansado.

—No creo que sea buena idea después de lo de anoche —me recordó y mi diversión por su propuesta murió en ese instante—. ¿Me permites poner a uno de mis chicos? Es de mi total confianza y yo respondo por él —aseguró y lo pensé por varios minutos.

Pero él tenía razón en ese momento. No quería dejar sola a mi hermana, necesitaba mantenerla protegida de alguna manera y si ya había descubierto a Ace y tras nuestro enfrentamiento, no era conveniente que lo enviara a cuidarla, así que decidí arriesgarme con su propuesta y aceptar.

—Tú me responderás si tu hombre la caga —advertí y asintió—. Solo por una semana, Ace, luego lo relevas tú —añadí.

No dijo nada porque le fastidiaba, pero sabía que lo haría tal cual le pedí.

Me fui del almacén minutos después de eso, esa vez hacia uno de mis casinos para supervisar que todo marchara bien. Me la pasé ahí el resto del día y a la medianoche tuve otra llamada con Silvain

para informarle de los avances de su encargo. Y tal cual como el día en que me pidió ayuda, se mostró agradecido por lo que estaba haciendo por él.

Dos días después me encontraba caminando con Furia por los terrenos cercanos a la bodega, mi hermoso chico ya no necesitaba de la cadena para obedecer mis órdenes y eso de verdad me hacía feliz. Un día antes Ace me pidió autorización para entrenarlo con tácticas militares caninas al igual que fue entrenado Hunter, y acepté porque eso le ayudaría a Furia a seguirse adaptando a su nueva vida.

Sus problemas estomacales persistían, así que me vi en la obligación de exigirle a los científicos y químicos que se apresuraran a perfeccionar el medicamento que le daría alivio.

—Noticias para ti —dijo Ace llegando hacia nosotros.

Lo miré frunciendo el ceño cuando levantó un archivo que llevaba en la mano, con la otra acarició a Furia como saludo.

—¿Buenas o malas? —Quise saber.

—*Interesantes* sería la palabra adecuada —respondió y tomé el archivo.

Cuando lo abrí sonreí al ver que se trataba de toda la información de Dominik D'angelo.

Se la había pedido a Ace el mismo día en que conocí al menor de los hermanos D'angelo y, al ver la cantidad de páginas, descubrí que mi As bajo la manga se estaba anotando buenos puntos, y confirmando por qué se presentó de esa manera cuando nos conocimos.

Me senté en una roca grande mientras Ace jugaba con Furia y comenzó a *entrenarlo* para probar su obediencia y yo me dediqué a leer cada página del archivo del psicólogo italoamericano. Descubriendo cosas demasiado interesantes y dándome cuenta de que esa vez y a diferencia de lo que pasó con Fabio, Ace supo investigar al tipo a fondo, tanto así que conocí sus secretos más *oscuros*.

—Vaya, vaya —susurré para mí.

Y me reí al ver lo hipócrita que podía ser el gobierno de cada país, el que me acogía, sobre todo, ya que por un lado jugaban a tener aliados justicieros y, por el otro, delinquían de la peor manera junto a mí.

Estaba conociendo las dos caras de la moneda y por supuesto que yo era la del lado oscuro.

Estacioné la moto y me bajé con prisa llegando a la puerta de la bodega, observando a algunos de los hombres que me acompañarían esa noche para el secuestro de Laurent. Ace fue el primero en verme entrar y guiñarme un ojo, estaba sentado sobre una de las mesas, limpiando sus uñas con una navaja suiza. El siguiente en notar mi presencia fue Faddei, quien ya se encontraba parado al lado de una silla dispuesta en la punta de la mesa y con varias carpetas en sus brazos.

Un día antes había asegurado mi plan B gracias a Fabio, el doctor me llamó para informarme que uno de los documentos legales que debía firmar para apadrinar su proyecto ya estaba listo; se ofreció a enviármelo sabiendo que no terminé con ganas de volver a verlo tras nuestra conversación, pero decidí cambiar de actitud para tener una coartada si la llegaba a necesitar.

Así que había quedado de verme con él justo después, o en el proceso, de secuestrar a Enzo Laurent.

—Espero que tengan ganas de trabajar porque nos espera una noche movida —anuncié quitándome la cazadora de cuero, y sentándome en mi lugar—. Esto tiene que salir a la perfección,

por eso están aquí.

Todos saludaron con el respeto que su líder merecía y se acercaron cuando Ace desplegó varias hojas e imágenes sobre la mesa, Faddei comenzó a detallar una vez más quién era nuestro objetivo y por qué lo íbamos a cazar; yo solo me dediqué a escuchar y ver cómo todos absorbían la información, ideando lo mejor para que el plan saliera como dispuse y me comprometí.

—Les recuerdo que los escogimos a ustedes porque son los más letales en mi organización y los que más rápido trabajan, y si es bajo presión aún mejor —dije cuando Faddei terminó de indicar lo básico—. Quiero que memoricen ese rostro y lo que quiere hacer con nuestro trabajo de años. Porque el problema pudo iniciar en Francia, pero nos está tocando los cojones a todos.

Me puse de pie, hablando con firmeza, todos escuchaban con atención y la seriedad que ameritaba la reunión.

—Si los séptimos de Francia caen, lo haremos nosotros también porque sus negocios están ligados con los nuestros y no lo vamos a permitir. —Les dediqué una mirada dura y me paseé por sus alrededores, dándole mi atención a cada uno de ellos—. El famoso DJ y cantante Enzo Laurent se está hospedando en el hotel *Thompson*, en la habitación 1365. —Tomé el papel donde indicaba su itinerario y quise besar a Ace por lo detallado que lo hizo, él me guiñó un ojo al ver mi satisfacción y negué con disimulo—. El concierto comienza a las veinte horas, momento ideal, ya que podremos camuflarnos mejor en la noche.

—¿Quiere que nos enmascaremos entre los trabajadores del hotel? —preguntó uno de ellos y negué.

No le iba a dar el privilegio de ponerlo en sobre aviso. El tipo venía a mi país sabiendo que aquí también lo íbamos a cazar y no sería apropiado llamar la atención tan pronto.

—Solo uno de ustedes lo hará, vamos a dejar que disfrute de su día, que crea que todo va a salir como le dijeron antes de venir a nuestro territorio.

Varios sonrieron y fue el turno de Ace de hablar, dejándome comprobar que hizo su tarea, haciéndome olvidar las cagadas que se mandó todos esos días atrás con las burlas a mi hermana y su vigilancia.

—Pude averiguar qué tendrá un coche de seguridad al momento de salir del hotel en el cual ya posee tres hombres resguardando su culo —dijo con diversión y varios murmuraron, burlándose de las pocas bolas que tenía el tipo.

Yo en cambio lo creí inteligente y precavido. No me gustaba pensar en que mis enemigos eran pequeños porque podía llevarme tremendas sorpresas.

—Su entrada al estadio es en el ala sur, por lo cual dispondremos de dos hombres que van a estar junto a las personas de sonido, checando desde el interior —continuó Ace.

Tomé lugar a su lado y lo interrumpí cuando quiso hablar, callando enseguida al ver mi intención de proseguir con las directrices.

—La mejor manera de cogerlo será en el trayecto del hotel hasta el estadio, tenemos a nuestro lado dos cuadras donde no hay cámaras de tránsito y ya Faddei se encargó de las cámaras en las tiendas y negocios aledaños. Así que será un viaje a ciegas donde los únicos ojos de Laurent son sus custodios y allí tenemos nuestra ventaja —indiqué.

Los días luego de nuestra reunión principal se ocuparon para eso, para camuflarnos bien y preparar todo a la perfección y así solo existiera la mínima posibilidad de errores o eventos imprevistos.

—Quiero a varios de ustedes rondando la zona, uno en la puerta del hotel relevando a un botones, dos en la zona de boletos. Tú, Faddei —lo señalé y me miró con atención—, espero que

hayas escogido a hombres de tu entera confianza para que me esperes a dos millas de distancia, cerca del *International Spy Museum,* donde lo acordamos, por cualquier inconveniente que llegue a presentarse.

Asintió tomando el móvil y comenzó a teclear un número para luego llevárselo al oído y distanciarse. Imaginé que se estaba comunicando con su gente, ya que los había enviado al lugar con anticipación.

—Quiero hombres barriendo la zona, tanto dentro como fuera de *The Nationals Park* —seguí hablando, mostrando el mapa con la ubicación exacta de los puntos—. Cada uno me dará información relevante cada cinco minutos hasta la hora exacta en que Laurent salga hacia el concierto, puesto que como lo dijimos hace unos días… El concierto de New York iba a ser el último de este tipo —puntualicé.

Todos estaban erguidos, ansiosos y sabía que no me equivocaba al elegirlos.

Eran letales, máquinas de matar y defender mi culo, habían demostrado cientos de veces que su apoyo estaba enteramente hacia mí, su líder, su reina y no pude estar más eufórica por darle luz verde a todo como en ese momento, necesitaba acción después de días tan estresantes.

Terminé de dar indicaciones y los mandé a que se prepararan, yo me dirigí hacia mi oficina en ese sitio y me fui directo para el pequeño espacio donde tenía mi ropa táctica. Saqué todo lo necesario y me fui al reproductor seleccionando *Tell Me Why* de DJ Tiesto, un clásico reversionado, y me reí abiertamente al hacerle honor al trabajo de ese bastardo, disfrutando de la melodía de un DJ y planeando la muerte de otro.

Cerré los ojos cuando el compás de la música me envolvió y me mentalicé todo lo que iba a suceder, detallando en mi cabeza el plan completo, ideando otros y estipulando la eficacia de cada paso que iba a dar.

Tenía claro que si quería que las cosas salieran tal cual las ideé, necesitaba una coartada que nadie pudiera desmentir, Dimitri, sobre todo, ya que podía jurar que me buscaría con cualquier excusa cuando la noticia del atentado hacia Laurent se viralizara, por eso mismo cité a Fabio en el hotel *Mandarían Oriental* con el fin de salir indemne de toda la mierda que iba a ocasionar y él me dio la excusa perfecta con esos documentos.

Me llevé las manos al cuerpo, bailando cuando la canción llegó a su apogeo, pero fui interrumpida por un Ace bastante risueño, observándome desde el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y esa sonrisa pícara que llevaba tatuada en el rostro.

—¿Te sientes feliz, mi reina? —inquirió, entrando solo unos pasos a la oficina, ya que mi mirada le dijo hasta dónde se lo permitiría esa vez y me observó de arriba abajo con descaro.

Solo pude encogerme de hombros mientras me seguía moviendo, entrando en calor.

—Qué puedo decir, matar siempre me pone de buenas —acepté con emoción y hasta sentí que los ojos me brillaron.

Rio por mis palabras y, al verme envuelta en la bruma del momento, se dedicó a observarme hasta que la canción terminó y con ella su gesto cambió a uno serio.

—No me diste ninguna indicación allá afuera, por lo que sospecho que estaremos juntos, ¿cierto? —preguntó.

—¿Alguna vez estuviste lado a lado con Cox en una situación similar? —inquirí yo mientras tomaba mi ropa del mueble y me fui hacia el baño que poseía la oficina.

—Leo prefería enviarme a las misiones solo, nunca se arriesgó tanto —explicó.

—Conque no creía en eso de, si quieres que algo salga bien, hazlo tú. —Deduje y lo escuché reír.

—Supongo que prefería mantenerse a salvo a como diera lugar, aunque eso lo hizo desconocer las

nuevas tácticas del mundo criminal y por lo mismo no supo defenderse cuando le tocó prescindir de varios de sus hombres —opinó.

Comencé a quitarme la ropa para ponerme la otra y sí, ya había follado con ese hombre, pero opté por cerrar la puerta para que no estuviera de mirón.

—Confiaba demasiado, por eso ahora está pudriéndose —dije cuando subía por mis piernas el pantalón de cuero negro.

—Lo hizo —confirmó y negué, aunque no me viera.

—Tú y yo estaremos solos esta vez, Ace. Los demás servirán de informantes, y apoyo, si las cosas pasan a mayores —aclaré—. Y tú sabes que soy capaz de cazar a ese tipo sola, pero no pecaré de confiada y por eso te estoy dando la oportunidad de que me acompañes.

Gruñí cuando la bota estilo militar se negaba a entrar en mi pie.

—¿Necesitas ayuda? —Lo escuché gritar y me reí por su desfachatez, ya que obviamente solo se estaba aprovechando del momento.

—Vete a preparar, Ace, y no jodas —reviré y escuché su risa, luego la puerta ser cerrada

Blanqueé los ojos y seguí en lo mío, tomando un chaleco antibalas bastante discreto, que mandé a fabricar especialmente para mí, y me lo coloqué asegurándolo bien para luego cubrirlo con una blusa también de cuero negro a juego con el pantalón. Sobre esto me puse un cinturón táctico para poder portar las armas y sus cargadores, junto a un par de navajas y escondí todo con la cazadora.

No quería alertar a nadie cuando me vieran en mi motocicleta, atestada de armas por todo el cuerpo. Me ajusté el cabello en una cola de caballo y tras eso enrollé el pelo en forma de moño para que no me estorbara a la hora de ponerme un gorro que se convertía en pasamontaña.

Abrí la pequeña caja que tenía en el escritorio y saqué los dedales, acomodándolos en mis dedos, observando las piedras que adornaban a cada uno, junto al color tan similar a ciertos ojos que de vez en cuando se tornaban turbios al mirarme, y me perdían en el proceso. Meneé la cabeza quitando esos recuerdos, enfocándome en lo que importaba en ese momento, que era saciar los deseos que mi vampiresa interior tenía por la sangre.

Salí de la oficina cuando varios autos arrancaron para dirigirse hacia donde el plan lo demandaba y yo me dediqué a dar las últimas indicaciones a los hombres que quedaron, viendo a Ace haciendo lo mismo, avisándome que ya Faddei se había ido al punto que le dije, a la espera de mis órdenes.

Tomé mi moto cuando ya no quedaba nadie y vi a Ace hacer lo mismo con una parecida a la mía, estacionándose a mi lado.

—¿Lista para la diversión? —murmuró con malicia y eso bastó para que mi cuerpo temblara y un frío indescriptible me recorriera por completo.

Frío que me provocaba la adrenalina y que pronto se volvería lava pura.

—Lista para matar, no para morir —respondí.

Me subí a la moto y arranqué con un fuerte rugido, avanzando de inmediato, yendo a mi punto junto con Ace que me perseguía endemoniado por la velocidad en la que manejábamos.

Llegamos en menos de veinte minutos a nuestro sitio, a unos metros de la salida oculta que tenía el hotel como estacionamiento, escuchando sin ningún inconveniente todo lo que los chicos nos informaban a través de los pinganillos. Uno de ellos se encontraba colado dentro del lugar y fue quien avisó que vio movimientos por parte de los custodios de Laurent, lo que me hizo sonreír al saber que pronto saldrían.

—*¡Señora, hay…!* —Nuestro hombre infiltrado trató de decirme algo, pero la comunicación se cortó de pronto.

Miré a Ace, que esperaba mis órdenes, y asentí sin decir nada hasta que un fuerte ruido nos hizo

enfocarnos en el portón que se abría y vimos a cuatro coches saliendo del interior, haciéndome maldecir y a Ace bufar.

—Bueno, mi reina, creo que tenemos un pequeño problema —anunció lo que ya sabía.

Tomé posición en mi moto y me acomodé el casco a punto de darle un giro al plan, inesperado para Ace, pero no para mí, ya que preví que algo así podría pasar.

—Quiero que me escuches con atención —demandé con dureza al ver que los coches ralentizaron la marcha al percatarse de nosotros—. Voy a tomar la delantera, distraeré la guardia de ese puto cabrón y tú te encargarás de sacar adelante el secuestro y llevarás a Laurent a la bodega.

Quise arrancar, pero me lo impidió cuando me tomó del brazo con brusquedad y lo miré con furia.

—¡No voy a permitir que hagas esa estupidez, Ira! —sentenció y vi a los coches aumentar la velocidad al deducir lo que pasaría.

Me tomé el tabique brevemente y me solté con brusquedad, acelerando la moto.

—Vamos a finalizar este plan a favor de nosotros, Ace, así que no te preocupes por mí —dije con simpleza y tomó el volante de la moto con fuerza, conteniéndose.

—Sí, vamos a finalizarlo, pero a costa de ti —rezongó y no le di importancia.

—¡Joder! ¡Es una maldita orden, Ace! ¡Cúmplela! —exigí al ver que los coches se estaban alejando y perderíamos la ventaja de los puntos ciegos.

Aceleré la moto entonces y salí disparada hasta alcanzar los coches y me posicioné al lado del último. Laurent se encontraba en el tercero y es el que pretendía dejar desprotegido para que Ace tuviera la oportunidad perfecta.

Y sí, pude haberlo enviado a él en mi lugar, pero si los que cuidaban el culo del DJ me conocían, entonces era obvio que me darían caza porque sabrían que tenerme a mí era mejor que cuidar a un soplón. Así que sin duda alguna golpeé el vidrio tintado sin perder la marcha, sabiendo que podían recibirme con una bala al bajarlo, sin embargo, mis curvas se marcaban a la perfección con la ropa que usaba y era consciente de que existían hombres que se dejaban deslumbrar por una motociclista sexi y esperé que fuera el caso.

—¡¿Quieres diversión de la buena?! —grité y el tipo que me veía frunció el ceño en cuanto le di un saludo con una mano.

Levanté la protección tintada de mi casco y le guiñé un ojo, sonriendo como una lunática en el momento que saqué la glock y con destreza disparé a los neumáticos de mi lado.

—¡Hija de puta! —Alcanzó a gritar el tipo y aceleré como loca antes de que me dispararan.

Maniobré la motocicleta como si fuera otra extensión de mi cuerpo y alcancé a ver a los hombres dentro del tercer coche, uno de ellos llevó una mano a su oreja y comenzó a hablar con rapidez, viéndome enseguida como si hubiesen encontrado el puto tesoro del Titanic.

No por nada era la líder de ese mundo, lo que me llevó a deducir que, si sus jefes también eran parte de él, alguno de ellos me reconocería si me mostraba, motivo que los obligaría a seguirme en el momento en el que aceleré como si me estuvieran quemando el culo y, tres de los cuatro autos, lo hicieron detrás de mí.

¡Sí!

Para ser los protectores de gente importante eran bastante estúpidos, o sus jefes les habían ordenado cazarme a mí en el momento en que me vieran y entonces entendí que en realidad no iban a defender a Laurent de cualquier ataque, lo usaron de cebo con la esperanza de que yo diera la cara y no se equivocaron.

Por esa razón jamás subestimaba a un enemigo.

Era una mujer importante, conocida en el bajo mundo y codiciada por aquellos que aún no me conocían en su totalidad. Al momento de idear el plan supe que no todo podía salir a la perfección y siempre había que tener otras salidas de refuerzo, como las que yo creé.

Recorrí la avenida Massachusetts sintiendo a los tipos querer pisarme el culo y decidí bajar el vidrio de mi casco cuando varios autos aparecieron a la vista. Activé el intercomunicador y enseguida escuché a Faddei hablarme.

—¡Quiero que vayas al punto que te muestra mi localización, se activa el plan B! —anuncié tomando de nuevo la pistola que había puesto en el cargador adherido a mi moto para momentos como ese, cuando una bala me zumbó en el oído—. ¡Estoy jugando al gato y al ratón y esta vez yo soy el ratón, Faddei! ¡Así que necesito refuerzo!

—*Estamos persiguiéndote, Ira* —avisó y lo escuché dar indicaciones—. *Aguanta, ángel pelirrojo, que allá vamos*.

Me di la vuelta maniobrando la moto cuando capté otra bala pegar en el asfalto y me detuve de pronto, estaba siendo temeraria y dejándome guiar por mis instintos, esos que siempre me salvaron en situaciones como esas, así que sin detenerme a analizar nada y sin importarme los bocinazos de los otros coches, disparé tiros certeros al auto que tomó la delantera en esa persecución. Los malnacidos dentro de él se asomaban con pistola en mano, queriéndome derribar.

Los primeros disparos los tiré a los neumáticos, otro lo dirigí a un coche que iba en sentido contrario y con eso lo obligué a impactar con otro, provocando un choque masivo en cuestión de segundos para entretener a la policía si decidían unirse a mi persecución.

El daño colateral era inevitable y lo lamentaba por las personas inocentes, pero para mí, siempre mi vida valdría más.

El coche de mis persecutores volcó en cuanto el conductor perdió el control y eso detuvo un poco a los otros. Al momento de acercarme a ellos, rato atrás, conté a quince tipos en total divididos en tres coches y, en ese instante quedaron ocho cuando asesiné a dos que se bajaron de su auto con la intención de conseguir un medio de transporte rápido, que no se hallara detrás de la obstrucción que creé.

—Para que entiendan que no tratan con una imbécil —dije para mí y volví a ponerme en marcha.

Debía esconderme lo más pronto posible, ya que los curiosos comenzaron a grabar con sus móviles y eso me tendría en los noticieros en un santiamén.

—*¡¿Ira?! ¡¿Dónde estás?!* —Escuché a Ace decir por el pinganillo.

—¡Jugando a ser la presa esta vez, pero los cazadores parecen no estar tan bien entrenados! —grité—. ¡¿Dime que completaste la misión?! —pedí.

Escuché un grito de terror del otro lado y a Ace callándolo, alegando que era de mala educación interrumpir conversaciones ajenas.

—*Todo perfecto, mi reina. Lo estoy llevando a la bodega* —aseguró y sonreí.

Pero no dije nada más, ya que era hora de volver a mi realidad.

Dejé la pistola en el cargador de la moto, cuando las balas se me acabaron, y tomé otra justo en el instante que los tipos que quedaban de aquel pequeño contingente me estaban alcanzando; disparé al azar hacia el coche en el que se conducían hasta que tuve que enfocar mi vista al frente al ver varios autos delante de mí.

Pero no eran enemigos, solo transeúntes que ignoraban lo que se desarrollaba casi en sus narices. Por lo que los esquivé y manejé a mi antojo por la avenida, pasando el punto donde se encontraba Faddei y esperé que ellos aparecieran pronto.

Y consciente de que mientras tanto tenía que encargarme por mi cuenta de esos imbéciles detrás

de mí, los llevé a un sitio para hacerles una encerrona.

En la velocidad del recorrido vislumbré la entrada del hotel en donde había quedado de reunirme con Fabio y maldije porque definitivamente no llegaría a tiempo, le haría un desplante al caliente doctor y era posible que él lo tomara como que lo hice a propósito.

Pero en ese momento eso no me importó.

Me desvié hacia uno de los callejones cercanos en la zona y salté de la moto, viendo que era un buen lugar, alejado de los transeúntes y oscuro, dándome una apariencia siniestra al momento de quitarme el casco y quedarme solo con el pasamontaña que acomodé de inmediato. El coche derrapó al estacionarse y los ocho tipos que quedaban vivos se bajaron embravecidos. Me preparé apuntándoles con el arma y apreté el gatillo, maldiciendo cuando ninguna bala salió.

¡Perfecto!

La tiré a lo lejos, pero sin perderla de vista cuando noté a los tipos acercarse, despacio al darse cuenta (según ellos) de que quedé desarmada. Desenfundé dos cuchillos bajo sus miradas y esperé a que Faddei hiciera acto de presencia con sus hombres, como lo habíamos acordado. Sin embargo, no me haría la tonta, ya había pasado mucho tiempo desde el momento en el que llegué y le pedí apoyo, el suficiente para que él y su gente me hubieran recibido.

No obstante, no se hallaban ahí, no llegaban y mi tiempo estaba terminando.

Entonces lo acepté, ese calvo hijo de puta no llegaría.

CAPÍTULO 30

Iraide

No me hallaba en el mejor momento para pensar que fui traicionada por Faddei, pero me fue imposible con el pasar de los minutos. Y que él siguiera sin aparecer no ayudaba.

—La puta tirana haciendo acto de presencia, qué delicia —se burló uno de los tipos y me enfoqué en cómo tomaba la delantera, luciéndose como el líder de esos payasos.

«Me las pagarás caro, calvo hijo de puta», pensé.

Me concentré en la ira provocada por la traición y me prometí que tenía que salir viva de esa situación para darle caza a Faddei y hacerlo que se arrepintiera por fallarme como jamás debió hacerlo.

—Diría que es un placer —satiricé al enfocarme de nuevo en lo que sucedía y me posicioné para atacar cuando lo tuve cerca y quiso tomarme, no obstante, se lo impedí lanzándole una puñalada en el estómago que evitó por muy poco—, pero te estaría mintiendo, *amor*.

Su ataque fue rápido, demostrándome con ello que fue entrenado, sin embargo, me subestimaba a lo imbécil, puesto que yo también tenía entrenamiento, era fuerte y ser más menuda que ellos, jugaba a mi favor.

Los siete tipos restantes se dispersaron a mi alrededor, carcajeándose tal cual niños traviesos divirtiéndose con un pequeño ratón, atacando a la vez. Los evité como pude, aunque sin salir ilesa, ya que lograron asestar algunos golpes. Maldije porque Faddei seguía sin aparecer y con cada minuto confirmaba que, por mucho que quisiera creer lo contrario, sí me traicionó.

—Conque esta belleza es la puta tirana —exclamó uno, riéndose asquerosamente y de paso, queriendo tomarme del cabello en cuanto los demás cogieron un poco de distancia, pero dejándome siempre en el medio—. Podríamos ver qué tanto tiene de puta antes de que nos deshagamos de ella, ¿no creen?

Todos rieron como si hubiera contado el mejor de los chistes, yo les sonreí escondiendo la rabia que me embargaba.

—Ninguno de ustedes se va a deshacer de mí, malditos imbéciles. —Satiricé y me giré con agilidad cuando sentí el movimiento de uno de ellos a mis espaldas.

—Imbécil tú al creerte tanto —escupió un rubio.

—No me creo, idiota. Soy demasiado y por lo mismo ustedes no me van a matar, ya que, quien sea que los haya enviado a cazar mi culo, me quiere viva para deshacerse de mí con sus propias manos. Porque, de lo contrario, ya me hubieran matado con la gran oportunidad que han tenido. —Zanjé y me reí al ver sus rostros descomponerse con molestia absoluta.

Uno de ellos se acercó con chulería, como si pensara que por ser mayoría ya estaba acabada, y quiso imitar a su compañero tomándome del cabello, pero fui rápida y lo cogí del cuello incrustando mis dedales en la yugular y metiendo una navaja en su abdomen.

—¡Hija de puta! —gritaron, viendo con horror cuando lancé a su compañero a mis pies, ahogándose con la sangre que le subía por la garganta.

—¿Qué pasó, cariño? ¿No que muy machito? —Satiricé y lo pateé en cuanto trató de gritar.

El líder gruñó como si acabara de atacarlo a él y miró al tipo que tenía más cerca, juntos vieron los dedales en mi mano y se dieron cuenta de lo letales que eran, sobre todo en mis dedos.

—Ataquemos todos al mismo tiempo y dejémonos de juegos, esta puta se irá con nosotros y la amarraremos para disfrutar de su cuerpo a nuestro antojo. Sabemos lo valiosa que es viva, sin importar qué tan usada la entreguemos —propuso con una sonrisa de suficiencia.

Eran siete, descontando al imbécil que logré asesinar, y por cantidad yo tenía la desventaja, pero no me daría por vencida y antes de que lograran cogerme les daría lucha, ya que, fácil no se los pondría.

Salté hacia atrás en el momento que los del frente quisieron cogerme, sabiendo que los que estaban a mis espaldas me tendrían de inmediato. Pero no pasó. Y los tipos de adelante observaron con horror detrás de mí, lo que llamó mi atención y me hizo girar de inmediato.

Todo pasó en un borrón.

En un momento me estaba preparando para volver a atacar y al siguiente, un hombre salido de la oscuridad, tal cual demonio, había torcido el cuello de uno de mis agresores y lo lanzó a sus pies. Enseguida tomó a otro y de un movimiento rápido le segó el cuello con una habilidad envidiable y lo tiró al piso como si no pesará nada.

Santa mierda.

Su cuerpo se notaba hinchado, la camisa apenas abrazaba sus músculos, se cubría el rostro con una bandana roja y un gorro que apenas dejaba ver sus ojos destilando la rabia que le invadía.

—El único hijo de puta que disfruta de ese cuerpo soy yo —gruñó con esa voz que me dejó paralizada un momento, observando todo como si de una película se tratara.

Puta. Madre.

Mataba con la misma bestialidad que follaba.

Atacó a los hombres restantes como si no implicara ningún esfuerzo para él, golpeando con precisión y movimientos mortales a la hora de aniquilar, hasta que quedó uno solo con vida, a quien acorraló con una navaja en mano.

Quise entrar en acción en el momento en que Fabio lo apoyó contra la pared, pero no me lo permitió y simplemente me miró por un instante con esos ojos ensombrecidos.

—Quieta —demandó y sonreí entre excitada e incrédula por ver otra faceta de ese *diavolo*.

No me quedaba ninguna duda que el apodo le calzaba tan perfecto como su *alter ego*.

Me crucé de brazos y lo escuché gruñir con rabia justo cuando el tipo lo atacó al verlo distraído conmigo, pero no lo lastimó de muerte, al contrario de ello, únicamente consiguió que la bestia en el interior de Fabio despertara.

El doctor D'angelo fue rápido al darle una patada estilo ninja y lo tumbó en el suelo para luego subirse encima de él y de un tirón le cercenó la garganta. Admiré los movimientos que tuvo a la hora de seguir trabajando en el cuerpo del tipo, no siendo suficiente con haberlo degollado. Su espalda se encontraba erguida, sus manos tocando partes del cadáver.

No pude ver nada porque su cuerpo me lo impidió, hasta que se volteó con la cara ensangrentada por su acto, levantando las manos.

—¿Hacemos las paces? —propuso y abrí la boca completamente atónita al ver que me ofrecía el corazón del tipo.

Oh. Mi. Dios.

Definitivamente no esperaba ni flores ni corazones de su parte, pero, al parecer, él pensaba diferente y me obsequiaba lo segundo, aunque llevándolo a otro nivel. Comencé a reírme luego de recuperarme de la impresión por su acto, soltando una carcajada al verlo divertido con el órgano en las manos.

—¡Vaya! Conque sí eres romántico —señalé todavía sonriendo y el *diavolo* se encogió de hombros.

Me acerqué a él, se encontraba atento a mis pasos, y miré el cuerpo del hijo de puta debajo suyo, observando la precisión de sus cortes, lo limpio que fue al arrancarle el órgano—. Hasta para matar es muy prolijo, doctor D'angelo —adulé y se irguió, tirando el corazón de regreso con su dueño, limpiándose la sangre en su pantalón de vestir.

Llevaba guantes también y lo miré con una ceja alzada, ya que, para ser solo un tipo respetable en la alta sociedad, cuidó muy bien sus huellas.

—Iraide, Iraide. —Canturreó mi nombre y lo miré con inocencia—. No tienes idea de la sorpresa que me llevé al llegar un poco tarde al hotel, por un problema que tuve en el consultorio, deseando que no te hubieras aburrido de esperar adentro, o creyendo que te había hecho un desplante. Y justo cuando estaba a punto de entrar, vi un cuerpo que conozco a la perfección, huyendo como si la estuviera siguiendo el mismísimo Lucifer —soltó con cierto malestar.

Me mordí el labio al verlo realmente preocupado, observando mi rostro, luego mi cuerpo y volviendo a mi rostro.

—Gracias por aparecer, pero para la próxima recuerda que yo no le huyo a ningún demonio —dije con picardía y bufó divertido.

Mi corazón aún seguía latiendo con fuerza, todavía con la adrenalina por las nubes.

—¿Me dirás qué pasó?

—Si no fuera por ti, otra historia estaría contando, si es que me hubieran dejado viva —acepté y me observó atento—. Y espero estar equivocada porque no sé lo que haré si confirmo que me han traicionado. —Me llevé las manos temblorosas al cabello, ni siquiera me di cuenta en qué momento perdí el gorro y sentí que aún llevaba los dedales y los cuchillos agarrados con fuerza.

Los tiré a un lado y me zafé los dedales para guardarlos, llenándome de rabia al recordar a Faddei. Justo en ese momento mi móvil sonó con una llamada entrante y lo saqué de mi cazadora. Fabio me observaba serio, quitando el gorro de su cabello y desordenándoselo.

—Habla —exigí al atender.

—*La policía detuvo a Faddei y su gente, Ira. ¡¿Estás bien?! Te he llamado miles de veces, tu GPS está apagado y…*

—¡¿Cómo carajos pasó eso, Ace?! ¡¿Cómo sabes que Faddei está detenido?! —grité enfurecida, dejando de lado su preocupación y viendo a Fabio coger mis cuchillos, el arma y mi gorro.

Cerré los ojos y maldije una vez más.

—*Al parecer, en el momento en que Faddei dejó de hablar contigo se puso en marcha, la policía lo detuvo, alarmados por la velocidad que llevaba, ya que acababan de dar el aviso de que Laurent no había llegado a su concierto. Se los llevaron a la comisaría para confirmar que no tuvieran nada que ver con esa mierda* —explicó.

Pateé con fuerza una bolsa que se hallaba tirada en el asfalto y me llevé una mano al rostro.

Faddei tenía una coartada creíble y mi reacción fue más por el alivio de comprobar que ese calvo del demonio no me había fallado.

—Llama a nuestros abogados y que se pongan a resolver este terrible mierdero de una vez por todas, nos vemos en la bodega —avisé y corté la llamada con el cuerpo temblándome por las emociones.

Sentí a Fabio tomarme de los hombros y lo miré.

—Tranquilízate —susurró—, ya todo termino, ¿no? —Asentí colérica y me acarició los brazos—. El dueño del restaurante de al lado es mi paciente y me ayudará a esconder tu motocicleta. Uno de sus hombres viene en camino, pero tenemos que irnos de aquí porque él mismo avisará a la policía para que se hagan cargo de los cuerpos —explicó y lo miré con sorpresa por lo rápido que se hizo cargo de todo—. Vamos a mi casa —sugirió de inmediato y fruncí el ceño.

—¿Es broma? —pregunté con molestia—. Me tengo que ir a dar por finalizado todo y ¿tú me propones ir a follar?

Endureció la mandíbula cuando hablé con ironía y me acercó más a él.

—Me utilizaste como coartada, dulzura, así que, por lo menos hazlo bien.

Abrí los ojos con sorpresa y miré hacia otro lado.

—No sé de qué estás hablando —mentí con descaro, haciéndome la confusa, y él rio sin ganas.

—Me citas en un lugar alejado de donde vivimos y da la casualidad de que justo al llegar no te encuentro allí, sino que siendo perseguida por sabrá Dios quiénes eran esos tipos. Decido seguir tu rastro y de paso compré este maldito gorro con la bandana —espetó y apreté los labios cuando alzó los objetos en mi cara— porque algo en mi interior me dijo que lo necesitaría y… ¡Sorpresa! Los usé para proteger mi identidad mientras te salvaba el culo de ser secuestrada por estos imbéciles —añadió y señaló el desastre a nuestro alrededor—. ¿E incluso así me quieres ver como un estúpido, Iraide? —ironizó—. Te llevo unos cuantos años, *ragazza,* y cuando tú vas, yo ya fui y vine el triple.

No dije nada y me quedé pensando unos cuantos segundos hasta que suspiré y me relajé en su agarre, asintiendo.

—Tienes razón, mejor vamos a tu casa. —Fue todo lo que pude responder en ese momento.

Fabio había llegado al hotel con un chófer y mientras yo hablaba con Ace, él aprovechó para comunicarse con el hombre, así que no tuvimos que caminar tanto para encontrarlo y al marcharnos lo hicimos en silencio.

Sabía muy bien que merecía una explicación de mi parte después de haberme salvado, y admito que todavía no podía procesar lo que sucedió en aquel callejón. El informe de Dominik fue muy bien detallado, pero no el de ese hombre a mi lado, con él todavía existían incógnitas y estaba consciente de que no me enteraría tan fácil de lo que Fabio me seguía escondiendo.

O manteniendo únicamente para él como era su derecho.

Y, menos mal ambos usábamos ropa oscura para ocultar la sangre, así que cuando llegamos al edificio donde tenía su *penthouse,* solo me saqué los guantes especiales que cubrían mis huellas y me acomodé el cabello antes de salir del coche. Me tendió la mano al estar afuera y entrecerré los ojos, un tanto divertida, al ver cómo aprovechaba las situaciones, pero se la tomé para que las personas de recepción creyeran que íbamos dispuestos a pasar una noche llena de pasión.

—No dejas de sorprenderme, señorita Viteri —comentó con cierto orgullo y sonreí.

Sabía que lo decía por los guantes, ya que se adaptaban a mi mano como una segunda piel y nadie jamás los notaba, hasta que decidía quitármelos frente a sus ojos, tal cual fue el caso con él.

—Entonces no te han contado todo sobre mí y tampoco lo has sabido averiguar. —Lo chinché y bufó divertido al entender que lo estaba jodiendo por sus *amistades.*

Pero no dijo nada más, simplemente caminamos como dos amantes ansiosos por llegar a la intimidad de una habitación y devorarnos como nuestros cuerpos exigían.

Ya le había avisado a Ace que me quedaría con Fabio con el fin de seguir con mi coartada y le prometí que al siguiente día estaría temprano en la bodega para terminar de una vez por todas con ese DJ. Y, de paso, le preguntaría quién trató de *protegerlo* sin éxito alguno.

—Si lo deseas, puedes tomar una ducha en el baño de mi habitación, yo lo haré en el de acá. —Ofreció Fabio cuando estábamos en su hogar y señaló una puerta en el pasillo que me conduciría a

su recámara.

Ya me había explicado que el *penthouse* era solo para él, un espacio suficiente para un soltero que se la vivía trabajando, así que únicamente contaba con una recámara, dos baños, sala y comedor cocina. Bastante lujoso, eso sí, y muy cerca de Kalorama*,* el vecindario donde se encontraba *Delirium*.

Asentí en respuesta y me conduje hasta su aposento, muy curiosa de lo que encontraría y sonreí al darme cuenta de que el lugar era tan común, que nadie jamás imaginaría que ese hombre que estaba dándome mi espacio, era el mismo que poseía una mazmorra bastante pecaminosa donde dejaba salir a su demonio interior.

Me desvestí estando en el baño, sintiendo en la ropa el hedor de la sangre. Abrí la ducha y cuando el agua estuvo como lo deseaba, me metí debajo de la regadera e hice un sonido de dolor. Miré que en algunas partes de mi torso se me estaban formando cardenales por los golpes que recibí y de inmediato pensé en todo lo que sucedió horas atrás y la manera en la que Fabio me protegió.

¡Joder! Yo tenía hombres letales, pero jamás conocí a uno como él.

Fue tan rápido, diestro y perfecto a la hora de matar que sentí que mis pezones se endurecieron y mi entrepierna palpitó. Pero negué regañándome a mí misma, diciéndome que esa vez cumpliría mi promesa y que si acepté ir a su casa fue solo para mantener la coartada, no más.

Cogí su champú y respiré profundo el aroma a eucalipto. Ya lo había olido antes en él, mezclado con su jabón y fragancia, una combinación que funcionaba casi como feromonas para mí.

—Concéntrate en tu promesa, Ira —me regañé de nuevo y me apresuré a limpiarme bien.

Al terminar cogí dos toallas limpias que tenía bien acomodadas en un mueble sobre el váter y me envolví una en el cuerpo y otra en el cabello. Noté que mi ropa ya no se hallaba en el suelo y alcé una ceja, pues no sentí a nadie en el baño.

Al entrar de nuevo en la habitación encontré a Fabio buscando algo en un cajón de la mesa de noche, y tragué con dificultad al verlo solo con un pantalón de cuadros que caía demasiado bajo en sus caderas, no usaba camisa y el cabello lo tenía húmedo, con sus rizos bien hechos por el agua.

—He metido tu ropa a lavar y te he dejado ahí una camisa y un bóxer para que te pongas cómoda —avisó, señalando con su barbilla y noté en la orilla de la cama su ropa.

—Déjame hacer eso por ti, solo me visto y me pongo en ello —pedí cuando vi que sacó una pequeña caja de primeros auxilios.

El corte que aquel idiota hizo en su antebrazo estaba sangrando.

—Está bien, te espero en la sala —habló con la seriedad que lo caracterizaba y asentí.

Me apresuré a vestirme en cuanto me dejó sola y únicamente sequé bien mi cabello para que no escurriera tanto el agua. Lo dejaría sin peinar, puesto que no vi cepillos por ningún lado y tampoco buscaría uno. La camisa me quedó a la mitad de los muslos y el bóxer era de esos que se adherían a la piel muy fácil, por lo que, lo único flojo se hallaba en la parte de la entrepierna y sonreí al pensar cómo Fabio era capaz de llenarlo.

Y ahí vas de nuevo.

Sacudí la cabeza para espabilar y terminar con mis divagaciones, acto seguido me encaminé a la puerta de salida, pero en el trayecto noté que mi corazón se aceleró como loco y el vientre me dolió; negué en reproche por esa reacción que tuve, no era la primera vez que estaba con ese hombre a solas, ya me había follado de maneras inimaginables.

Sin embargo, sí era la primera vez en la que estaríamos en un ambiente más íntimo, en otros sentidos, y ese paso no lo habíamos dado; y, después de todo, creí que tampoco lo daríamos.

—Te has hecho famosa —indicó él cuando llegué a la sala.

Estaba viendo la televisión, en un canal de noticias locales, y en ese momento pasaban la

persecución en la que me vi envuelta. Se notaba que el vídeo fue sacado de las redes sociales, ya que el tipo que me grabó gritaba emocionado.

—*¡Parece una pu** película, jo**!* —gritaba—. *¡Mier**!* —espetó con palabras que cubrieron con un bip, debido a que era televisión abierta.

Me reí al ver que corrió a esconderse justo cuando maniobré la moto y esperé a los tipos que me seguían con arma en mano, disparando en cuanto tuve la oportunidad; creando un caos en minutos. Se notaba claro que era mujer, pero el casco tintado protegió mi identidad.

—¿Qué han dicho? —le pregunté y tomé asiento a su lado.

Cogí lo que él ya había dispuesto sobre la mesa de centro y comencé a limpiar su corte con cuidado, no era muy profundo, tampoco necesitaría puntos de sutura, pero sí dejaría una cicatriz.

—Lo manejan como un ajuste de cuentas entre narcotraficantes —explicó y sentí su mirada en mí.

La luz de la cocina a unos metros de nosotros era la única en iluminarnos junto a la televisión, puesto que Fabio pasó de encender las lámparas que se encontraban cerca.

—Lo era —refuté y lo escuché reír con ironía.

Su aroma corporal me hizo respirar profundo sin poder evitarlo y me tensé cuando, con la mano libre, me tomó de la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Sé que no lo pediste, pero maté por ti, Ira, y te estoy encubriendo. ¿Crees que no me he ganado una explicación más concisa y creíble? —inquirió y lo cogí de la muñeca cuando su toque se convirtió en caricia.

No pasaría, no me dejaría ganar por el deseo esa vez.

«Sophia es su sumisa, recuérdalo», me dije.

—¿Confías en el dueño del restaurante que esconderá mi moto? —pregunté a cambio de la respuesta que él esperaba y bajé nuestras manos para continuar con su curación.

—Confío más en que lo que me pedirá como pago de ese favor será suficiente para mantenerse callado —admitió.

Lo miré a los ojos y noté que no hacía ningún gesto de dolor con el antiséptico, era como si le diera placer lo que pasaba y lo que yo le hacía. Y cabe recalcar que no estaba siendo delicada con su curación.

—Yo saldaré la deuda —avisé—. ¿Crees que pueda hacerse cargo de vender esa motocicleta por partes?

Fabio alzó una ceja al escucharme, suponía que mi apariencia *angelical* no pegaba en nada con mis acciones violentas y la facilidad con la que delinquía.

—Puede, se maneja muy bien con eso —admitió y asentí.

Lo miré atenta cuando se acomodó en el sofá logrando pegarse más a mí y contuve la sonrisa por la sutileza con la que buscaba mi cercanía.

—¿Solo han dicho eso? —indagué, tratando de ignorar el calor que su cuerpo emanaba.

—Sí, y que las autoridades ya están investigando todo —respondió y comencé a envolver una gasa en su corte tras ponerle una crema cicatrizante.

—No fue un ajuste de cuentas y menos entre narcotraficantes, Fabio. Estaba haciéndome cargo de… —Me quedé en silencio de pronto tras terminar de sellar su corte y sacudí la cabeza.

Me era fácil hablar con Fabio de forma tan abierta y olvidar que se acostaba con mi enemiga, y quise golpearme por ser tan estúpida.

—Creí que habíamos hecho las paces —murmuró al notar que me arrepentí de lo que confesaría y sonreí al recordarlo ofreciéndome el corazón de aquel tipo como ofrenda de paz.

Fabio había asesinado con barbarie, utilizando mi sello y, después de esos vídeos en los noticieros, era obvio que me adjudicarían a mí esa matanza, pero no me importaba, ya que no era la primera ni la última que cometería.

—Lo hicimos, pero tú sigues follando con una de mis enemigas acérrimas, así que, si antes no confiaba en ti, ahora menos —admití—. ¡Joder! —chillé cuando con agilidad me cogió de la cintura y me subió a horcajadas sobre él.

—¿Crees que estaría así si hubiese estado con tu enemiga o con otro de mis sumisos? —bufó y me hizo imposible no jadear cuando me tomó de las caderas y me restregó contra su dura polla.

Mis pezones se endurecieron cual diamantes y sentí de nuevo el cosquilleo doloroso en mi vientre. Ambos nos miramos a la boca, tragué con dificultad cuando las ganas de besarlo se hicieron más potentes y maldije porque eso estaba resultando más difícil de lo que esperaba.

—No sé, con lo sátiro que eres es posible que máximo, tengas uno o dos días sin follar —aseguré e hice el rostro hacia un lado en el instante que acercó su boca buscando la mía—. Te prometí algo y lo cumpliré, Fabio D'angelo —susurré y contuve un gemido cuando, por el movimiento, mis pezones se rozaron con su pecho, torturándome de una forma malvada.

—¿Y por qué no me miras a los ojos al decir eso? ¿Tan difícil está siendo? —Me chinchó y sonreí.

¡Por supuesto que me era difícil! Lo deseaba como jamás deseé a nadie, ¡joder!

Esa lucha interna que mantenía ya había dejado de ser con él y pasó a ser conmigo misma, ya que quería ceder, deseaba besarlo y que me besara. Necesitaba que me follara, me urgía fundirme en sus brazos y sentirlo mío.

Solo mío.

Pero era fuerte y podía vencerme incluso a mí misma.

—Creo que lo difícil de la tentación es cuando pruebas el pecado y dejas que el diablo note cuánto te gusta, porque entonces le das la ventaja para que él siga ofreciéndotelo, sabiendo lo que te ha encantado. Pero no es la primera vez que me enfrento a las tentaciones, Samael, y tampoco la primera vez en la que venzo al deseo. —Zanjé decidida y lo vi sonreír.

—Sé de lo que hablas, Ira. —Llevó una mano a mi cuello—. También he luchado contra mis tentaciones con la esperanza de caer solo en una —aseguró y lo miré con el deseo de preguntarle a qué tentación se refería, pero callé y observé cuando arrastró la mano por mi pecho, abriendo los dedos justo al pasar en el medio y rozar mis tetas.

Mi corazón se aceleró más que antes y la respiración se me atascó en los pulmones al darme cuenta, con su gesto, que hablaba de mí.

—Para que consigas esa tentación tendrás que hacer más que rechazar a las otras —señalé y me aparté de su regazo justo en el momento que bajó la mano a mi vientre y estuvo a punto de tocar mi coño.

¡No pasaría!

—¿Seguirás con eso? —inquirió molesto al verme de pie frente a él.

—Me has follado de manera única, Samael, pero no de forma tan intensa como para fundirme las neuronas y pasar por alto algo que de verdad me molesta, así que sí, seguiré con *eso*. Buenas noches —puntualicé y me marché de la sala.

Lo dejé porque sabía que si seguía insistiendo era posible que cayera, ya que mi carne era débil y mis deseos por él incluso más, pero no estaba dispuesta a dejarle tener poder sobre mis decisiones incluso cuando horas antes me salvó de morir en manos de mis enemigos.

Me gustaba.

Me encantaba.

Me fascinaba.

Me volvía loca ese tipo.

Pero no recorrí tanto en la vida ni sufrí como lo hice, para caer en segundos a los pies de ese hombre por muy loca que me volviera.

CAPÍTULO 31

Iraide

Al lanzarme en la cama, el corazón martilleaba mi pecho como loco y mi entrepierna dolía y ardía por la necesidad de ser consentida por ese hombre, pero mi orgullo cuando quería era fuerte, así que ese mismo me obligó a meterme bajo las sábanas y anclarme al colchón para no cometer la locura de ir a buscarlo.

«No pasará, Iraide Viteri», me dije.

Al llegar a su casa admito que se me cruzó por la cabeza darle la mamada que dejamos inconclusa en su consultorio, se la había ganado tras salvarme el culo de aquellos imbéciles y luego conseguir ayuda para que sacaran mi motocicleta del callejón, mientras me iba con él. Pero logré contenerme, aun así, un susurro en mi maldita cabeza me repitiera una y otra vez que hiciera más creíble la coartada, y aprovechara el momento.

Y por pasar de un tema a otro y luego huir para no caer en esa tentación, ni siquiera le pregunté por qué era tan hábil a la hora de pelear y matar, ya que, conociéndome, era posible que unos minutos más con él me hicieran mandar todo a la mierda.

Sin embargo, Fabio tampoco pensaba dejarme las cosas fáciles y tres horas después de negarme a él, llegó a la habitación y se metió bajo las sábanas; y yo como la maldita provocadora que era, me acomodé bocabajo y salté más el culo para que pudiera apreciar mejor lo que se perdía.

Sonreí sin que lo notara porque mi rostro daba a la pared, aunque pude escucharlo bufar con diversión al entender mi objetivo.

—Maldita provocadora —musitó en mi oído y traté de hacerme la dormida, pero mi corazón estuvo a punto de descubrir mi farsa cuando él, sin vergüenza alguna, me tomó de la cintura y tiró hasta presionar mi espalda a su pecho.

—No vamos a…

—Solo vamos a dormir, Iraide. —Me calló al acurrucarse más conmigo y envolvió su brazo en mi cintura.

Quise gritar de furia por no poder apartarme, y no porque él me lo impidiera, sino porque no tuve la fuerza de voluntad suficiente para quitarme y dejar su lado.

¡Demonios!

Se sentía demasiado bien volver a compartir la cama con alguien, me sentí protegida con sus brazos arropándome y la garganta se me cerró y mis ojos escocieron por lo mucho que me afectó descubrir que, a pesar de mi poder, mi sadismo y crueldad, el simple hecho de tener a Fabio detrás de mí, abrazándome sin ninguna intención de follarme, me debilitó más que su provocación sexual horas antes.

—Te odio —le susurré con la voz ronca y en ese momento no mentía.

Lo odiaba porque supo cómo controlarme y hacerme sentir débil en ese instante.

—Y sé que me odiarás más cuando me conozcas de verdad —respondió.

Pero no pude refutar nada más porque, con agilidad, metió su mano por debajo de mi camisa y la arrastró por mi piel hasta colocarla con la palma abierta arriba de mis pechos, haciendo presión hacia atrás para unirme más a él.

En ese instante no me importó que sintiera lo rápido que latía mi corazón.

Me levanté de malas a la mañana siguiente, y no solo por haber dormido acurrucada con Fabio, sino por todo lo que despertó en mi interior con ese gesto. La noche se me hizo una tortura y hasta estuve a punto de voltearme o rozarle el culo en la polla para terminar follando de una vez por todas, ya que era más fácil y saludable para mi paz mental ceder a mis deseos sexuales, que admitir que me gustaba sentirlo mío al compartir ese momento tan íntimo.

Tan de parejas.

Y, a pesar de todo, de mi rabia por sentirme vulnerable, agradecí que él respetara mi decisión de no follar incluso con su enojo, porque era consciente de que no la pasó mejor que yo y las veces en la que su erección me rozó la pierna junto a su respiración pesada, me dejaron ver la frustración que le provocaba tenerme a centímetros, o a nada de distancia, y que no pudiera tocarme como lo deseaba.

A pesar de ello no se fue de mi lado y me regaló su calor cuando la adrenalina abandonó mi cuerpo y dejó una estela de frialdad en mi piel.

Todavía estaba dormido, o fingió estarlo, cuando la madrugada llegó y salí con dificultad de la cama, despidiéndome en silencio. Lucía espectacularmente caliente solo con el pantalón de pijama y su torso dorado reluciendo con los pocos rayos del sol que se colaban por la ventana y, maldije cuando el deseo de montarlo y despertarlo con un buen polvo me embargó.

Menos mal logré vencer ese deseo y me mentalicé en que tenía una misión por terminar, así que le exigí a mis piernas moverse para salir de su *penthouse* luego de que Ace me avisara que se encontraba abajo esperando por mí, ya que minutos atrás le pedí que me buscara y llevara a la bodega.

—Admito que me pone feliz verte con cara de pocos amigos, porque eso significa que yo hice un mejor trabajo cuando me diste la oportunidad —comentó Ace en cuanto estuve dentro del coche y lo miré con ganas de asesinarlo.

Él por su lado sonrió con chulería y se puso en marcha, pues mi actitud le dio a entender que tenía razón y eso le infló el ego.

—No estoy para bromas, Ace —advertí.

—¿Y quién hizo alguna? —Le lancé un puñetazo en el riñón y gruñó de inmediato, manteniendo a penas el control del coche—. ¡Joder! —se quejó en cuanto pudo.

Lo miré por un segundo y bufé.

¡Mierda!

Era tan guapo, sexi por donde quiera que lo mirara y sabía usar sus dotes. Por un instante pensé en cómo sería un encuentro entre nosotros en un lugar más adecuado y con más tiempo, pero de inmediato su imagen empotrándome con pasión se fusionó con la de Fabio y quise darme una bofetada por idiota.

Bien decían que el placer no estaba en el sexo sino en el amante y con esos dos lo estaba comprobando, ya que, así me gustara lo que pasó con Ace, no podía ni recordarlo bien con Fabio en mi cabeza, y todas las cosas que me hizo experimentar en tan poco tiempo.

Nuestros encuentros fueron pocos y, sin embargo, me marcaron más que mi tiempo con Nicholas Cratch y ya con eso estaba diciendo mucho.

—¿Qué ha pasado con Laurent y Faddei? —inquirí tras unos minutos de silencio.

—Laurent no ha querido decir nada, se niega y asegura que no delatará a nadie de los que le

ayudaron y prefiere morir. —Bufé y negué al escuchar eso, era obvio que el tipo nunca había sido torturado—. Y a Faddei lo liberarán esta mañana junto a los demás chicos, el abogado ya fue a la comisaría para exigir su libertad, aunque no habría sido necesario que los defendiera de todas maneras, pues los oficiales que los apresaron lograron confirmar la coartada que tenían.

—Conque Quiang cumplió su parte —dije hablando del inversionista taiwanés que nos ayudaría con eso y Ace asintió.

El tipo trabajaba para mí lavando mi dinero y gracias a que obtenía muy buenos beneficios en recompensa, nunca se negaba a nada que le pidiera y esa vez sería parte de la coartada de Faddei.

—Sí y esta noche partirá feliz rumbo a su tierra a disfrutar de los millones que le diste en criptomonedas —aseguró Ace y sonreí.

Y no culparía a Quiang ni lo juzgaría de aprovechado, pues se ganaba cada centavo de mi parte con sus trabajos.

—¿Y cambiaste lo que te pedí para mí? —cuestioné, recordando que también le ordené que convirtiera cierta cantidad de dólares a criptomonedas.

—Por supuesto, mi reina. Tienes a tu disposición cincuenta millones de dólares convertidos en criptomonedas y divididos en varias cuentas, si las revisas podrás confirmarlo de inmediato.

—Me gusta que hagas todo como lo pido —adulé y negué divertida en cuanto me miró por unos segundos, sabiendo que aprovecharía el momento, igual que siempre.

—Hago todo perfecto, Ira. Follar, sobre todo. —Blanqueé los ojos dándome por vencida con ese tonto.

—¡Mierda! —Largué de pronto y me golpeé la frente.

—¿Qué sucede?

—Mis guantes y dedales quedaron en el coche de Fabio —solté anonadada.

¡Joder!

Ese había sido el descuido más grande de mi vida, junto a otro que era mejor no recordar, y todavía no podía creérmelo.

Le había dejado a Fabio las pruebas suficientes para que las usara contra mí, para que se las diera a Sophia si así lo quería y, me asusté, volví a sentirme vulnerable y de nuevo por su culpa.

—Me sorprende que vaya a decirte esto, pero no creo que intente chantajearte ni usarlas en tu contra. —Lo miré con las cejas alzadas—. ¿Qué? Que haga contigo todo lo que yo quiero hacerte no significa que me vuelva imbécil por los celos, Ira.

—¡Carajo! Contigo todo es sexo —lo regañé y contuvo la risa.

—No, mi reina. También es investigación y negocios. Y sabes que he sido yo el que ha investigado al doctorcito y su familia —me recordó—. ¡Mierda! El tipo maneja secretos que se pueden considerar de estado y jamás ha dejado escapar ninguno, nosotros los sabemos porque violamos sus servidores y no hizo nada gracias a que fue una orden tuya la que nos llevó a joderlo de esa manera. Los otros que lo intentaron terminaron muertos con lujo de barbarie —confesó y lo miré con sorpresa—. Bueno, aunque nunca se topó con un hacker como yo.

—Deja la chulería para después y explícame cómo carajos sabes que se deshizo de otros que intentaron joderlo de esa manera —pedí.

—Según mis investigaciones, tu querido sádico de verdad es sádico.

—No es mi sádico y ya deja las bromas, Ace Ventura —espeté.

—No me pongas ese apellido, Iraide Viteri, o dejarás de ser mi reina —amenazó y abrí la boca totalmente anonadada porque lució como un chiquillo caprichoso al pedir eso.

—¡Ace! —grité y rodó los ojos.

—¡Joder! Está bien —bufó—. Fabio D'angelo posee una mazmorra en *Delirium* que no la usa precisamente para follar, Ira. El flamante doctor sí que tiene un lado más oscuro que el tuyo y el mío, y se deshace personalmente de los imbéciles que intentan joderlo. —Recordé de inmediato la manera en la que me defendió en aquel callejón y su forma tan prolija para despedazar a aquellos tipos.

¡Mierda!

Con razón me pareció extraño que se cuidara tan bien a la hora de asesinar y con lo que Ace me estaba diciendo, entendí que me acosté con un tipo igual, o más peligroso que yo; con la única diferencia de que él se cubría con su fachada de flamante doctor.

Los oscuros secretos de Samael estaban saliendo a la luz.

—¿Es algún tipo de asesino desquiciado? —susurré un poco en *shock*.

Ace soltó una pequeña carcajada.

—No como tú ni como yo, mi reina. D'angelo solo asesina para defender a su familia y cuando debe proteger los secretos que le han confiado. De lo contrario, admito que merece que lo vean como un hombre respetable.

—Nosotros en cambio somos una mierda en la sociedad porque nos gusta serlo —admití.

—Y asesinamos porque sentimos el mismo placer al hacerlo que cuando follamos —añadió y lo miré sonriéndole.

No negaría jamás lo que acababa de soltar y tampoco escondería la sorpresa que me seguía causando saber ese secreto de Fabio.

Dejamos la conversación hasta ahí y continuamos el viaje en silencio, aunque mi mente no dejaba de darle vuelta una y otra vez a toda esa información, y menos a los recuerdos de la noche anterior. Fabio era más sombrío de lo que esperaba y descubrí que eso me gustó más que tenerlo solo como un Dominante adicto al sexo.

Cuando llegamos a la bodega me conduje a mi museo, donde ya tenían listo a Enzo Laurent. Al parecer Ace le había dado un recorrido por el lugar informándole todo lo que le sucedería si no hablaba, pero creo que el pobre bastardo me siguió subestimando hasta que lo colocaron bien en el potro y comencé a estirar su cuerpo hasta quebrarle cada hueso.

—¡No los vi! ¡Te lo juro! ¡No vi a nadie más que a los hombres que me escoltaban! —gritó, aunque más que gritos aquellos fueron alaridos desgarradores.

Y tras todo lo que le había hecho y sabiendo que era la primera vez que lo torturaban, le creí cuando dijo no saber nada.

—Ya tengo ubicada a tu familia en Francia, *amor*. Así que más te vale que aproveches tu tiempo porque si vuelvo a preguntar y me respondes de la misma manera, no me tentaré el corazón. Mis compañeros, tus compatriotas, fueron… *dadivosos,* pero lamentablemente de donde yo vengo no conocen el significado de esa palabra —advertí y le mostré un móvil.

—*¿Papi?* —habló un niño en francés y los ojos de Enzo se desorbitaron.

—*No es tu papá, campeón, soy su amigo. ¿Te gusta el coche de juguete que te ha llevado mi compañero?* —respondió Ace en el mismo idioma y se escuchó a otro hombre pidiéndole al niño que respondiera.

—*Me gustan los coches en color rojo y este es azul* —refunfuñó el pequeño con voz lastimera.

—Mira qué pequeño malagradecido —me burlé yo y Laurent lloró.

—*Dame unos minutos y le pediré a mi compañero que te lo pinte de rojo sangre* —pidió Ace y sonreí.

El idiota me guiñó un ojo y con eso me estaba confirmando lo que me dijo de camino a la bodega. Y tenía mucha razón.

Fabio era solo un protector, nosotros sí que éramos unos inmundos desquiciados.

—No sé nada, te lo juro… por Dios, no sé qué más hacer para que me creas.

—¿A quiénes les diste copias de la información que robaste? —pregunté entonces.

—Únicamente creé una, está en la nube de mi cuenta, la protegí bien y ya le di el acceso a tu hombre para que la destruya. Lo demás solo fueron pequeños fragmentos que saqué como prueba para que me dieran protección y *creyeran que sí tenía información importante, pero hasta que no pusieran a salvo a mi familia y a mí, no les daría nada* —terminó diciendo lo último en francés.

El dolor por los huesos rotos ya lo estaba haciendo perder la noción y mezclaba el inglés con el francés; yo tenía un poco de conocimiento del idioma, así que lo entendí.

—*¡No! Así no lo pintes, me duele* —se quejó de pronto el niño.

—¡Dios! Te juro que te estoy diciendo la verdad, no dañes a mi hijo —suplicó el tipo al escuchar la queja del pequeño y miré a Ace con advertencia.

—*¿Lo dejamos mejor en azul, campeón?* —preguntó Ace y la respuesta por parte del niño no se hizo esperar.

—*Sí, me gusta así.*

—*Perfecto.*

Gruñí al verlo divertido con la situación.

—Última vez, Enzo, ¿sabes quiénes te protegían aquí?

—¡No! ¡Por Dios, no! Solo sé que tenían que ver con algo de política, pero jamás dijeron nombres… ¡Ahh! —gritó cuando ordené que lo volvieran a estirar.

Ya Ace había cortado la llamada con el pequeño, por lo que no escucharía nada. Por mi parte me quedé pensando en lo que Enzo dijo y tuve una leve sospecha con alguien de la política que trataría de joderme por todos los medios, sin importarle hacer justicia, sino más bien buscando venganza.

—¡Yaaa! ¡Por favor! ¡Solo sé eso, se lo juro! —lloró y terminé de creerle.

—¿Por qué se quejó el niño? —le pregunté a Ace y Laurent puso todo de su parte para dejar de lado el dolor y los gritos con tal de escuchar.

Miré a Ace con advertencia, quería la verdad en ese instante y supo entonces que se le fue un poco la mano con lo que hizo.

—Solo fue un pequeño pinchazo en la yema del dedo, nada que lo traume ni lo dañe —aseguró él y vislumbré un poco de alivio en los ojos doloridos de Enzo.

—Tu intención fue buena, Enzo. Y entiendo que buscaras hacer el bien, pero no todos los mártires hacen el cambio ni dejan huella, y tú serás uno de ellos.

—No me mates —suplicó y negué.

—Lo siento, *amor*, pero me apego mucho al dicho ese de: *enemigo muerto no busca venganza.* Y para tu mala suerte, los buenos siempre serán enemigos de nosotros los malos. —Alcé la glock que había tenido escondida en la espalda y le disparé antes de que diera otro respiro.

Sus ojos quedaron abiertos, mirándome inerte. Sonreí cuando disparé una vez más justo en el medio de las piernas de Ace, quien se había acomodado en una mesa de madera. Le di por milímetros al mueble y no a sus bolas, aunque rocé la piel de su muslo izquierdo y él se echó hacia atrás, siseando de dolor, completamente anonadado por lo que estuve a punto de explotarle.

—Pero ¡¿qué mierda?! —se quejó asustado y fui ágil al llegar hacia él y acostarlo en la mesa, apretando la punta caliente de mi glock justo en su frente y gruñó con más dolor.

No le haría llaga, pero sí una marca roja.

—La próxima jodida vez que actúes fuera de mis mandatos, te haré un bonito tatuaje en la frente con una bala, maldito imbécil —espeté y me miró incrédulo.

—¡Joder, Ira! —reviró cuando presioné más la pistola.

—Los niños, no, se, tocan —pronuncié totalmente fuera de mí—. Y me importa una mierda si fue *solo un pinchazo que no lo traumará ni dañará*. Jamás vuelvas a lastimar a uno o te juro que usaré todos mis putos juguetes de tortura contigo.

—¡Bien! Lo entiendo, la cagué. Lo siento, Ira, jamás te fallaré así de nuevo —aseguró y me aparté de él con brusquedad antes de cometer una locura.

—¡Ya saben qué hacer! —les grité a los demás y salí del museo como alma en pena.

Iba enfurecida con Ace porque así hubiera sido mínimo, dio un pie para cruzar mi límite y eso no se lo perdonaría tan fácil.

Lo que creí que me ayudaría a liberar un poco de la tensión provocada por mi noche con Fabio, solo resultó más frustrante gracias a Ace y su enorme estupidez. No cabía duda que esos dos tipos me volverían más desquiciada de lo que ya estaba.

Kadir ya se encontraba en la bodega cuando salí del museo y fue el encargado de llevarme a casa, en el camino me comentó todo lo que pasaron la noche anterior en la cárcel y lo feliz que estaba de volver a verme, algo que me causó gracia y mermó un poco de mi estrés. Mientras él hablaba aproveché para enviarle un mensaje a Silvain diciéndole que el trato se había cerrado, cosa que entendería de inmediato, y de paso, le advertí que le añadiría unos ceros a mi cheque por las molestias extras que tuve con sus negociadores.

Y era obvio que no recibiría ningún pago por lo que hice, simplemente le escribí en clave para que nadie supiera que estábamos hablando de un asesinato.

También me aseguré de que la familia de Laurent quedara fuera de ese juego, puesto que él pagó la deuda con un cargo suficiente por haber querido jugar al gato, sabiendo que la curiosidad siempre salía vencedora.

Cuando llegué a casa, Faddei me estaba esperando en mi oficina, me lo comunicó en un mensaje de texto, por lo que me dirigí ahí de inmediato y admito que cuando lo vi deseé amenazarlo, decirle que no se le ocurriera traicionarme nunca porque sin duda alguna su corazón se quedaría conmigo, como un recuerdo si eso llegaba a pasar.

Pero me contuve de hacerlo, pues tenía claro que no me falló porque quiso, sino porque se lo impidieron y pensar que me había traicionado fue suficiente tortura como para seguir jodiéndome la cabeza con eso.

—¡Joder, pequeña! No tienes idea de la impotencia que sentí al saber que iban a matarte porque yo no llegué a apoyarte —se lamentó y negué dándole una sonrisa.

—Me subestimas demasiado, calvo tonto —repliqué y medio sonrió.

—Según cuentan los hombres, eran ocho tipos los que te seguían, Ira, ¿cómo lo lograste? —Quiso saber y carraspeé un poco.

Solo Ace sabía que Fabio me ayudó a salir de ese embrollo y consideraba que yo hubiera podido hacerlo sola, pero no ilesa o caminando siquiera. De seguro habría muerto después de matar a todos, ya que los tipos estaban bien entrenados.

—Me escondí en el callejón y cuando llegaron pude dispararle a cinco, con los otros tres ya fue más fácil —mentí y él sonrió orgulloso.

No inmiscuiría a Fabio, no traicionaría su confianza después de que me ayudara con esos tipos, se lo debía.

—Un ángel pelirrojo y letal —murmuró y sonreí.

—La misión fue un éxito a pesar de quien quiso joderme y aprovecharse del momento, así que me doy por bien servida.

—¿El DJ habló?

—Lo hizo —le confirmé y ambos sonreímos satisfechos entonces.

Y así Laurent no hubiera dicho nada en concreto porque lo desconocía, me dio una pista y con eso me bastaba.

Minutos más tarde dejé mi charla con Faddei y subí a mi habitación, puesto que me sentía matada y necesitaba una ducha caliente con urgencia y, tras hacerlo, le llamé a Ace, quien por supuesto se sorprendió porque no esperaba mi llamada después de cómo terminamos, sin embargo, él seguía trabajando para mí y por lo tanto lo aprovecharía.

—Me informas cada paso que dé y que sea de relevancia, no la pierdan de vista porque esta vez el juego ha cambiado y necesito confirmar si ella estaba detrás de la protección del pajarito —demandé, refiriéndome a Laurent.

—*Así será, mi*…

Corté la llamada antes de que terminara de llamarme así y maldije por lo que sentí al hacer eso.

—¡Carajo! —exclamé, cansada.

Me acomodé en la cama boca abajo, luego de cerrar las cortinas, y me tapé la cara con la almohada. Mi cabeza era una revolución de pensamientos y me fue difícil conciliar el sueño, pero aun así me obligué, ya que no pensaba ir a la oficina ni hacer nada ese día hasta recuperar un poco de las energías que gasté con la adrenalina del día anterior y de esa mañana.

Y casi me vi abrazando a Morfeo cuando la puerta de mi habitación fue abierta y un cuerpo impactó arriba del mío, quitándome la respiración.

—¡Joder! —grité.

Una risa escandalosa resonó en el cuarto mientras levantaba el culo hasta apartar el cuerpo de Kiara y hacerla caer a mi lado.

—Escuché a Faddei decir que llegaste a casa y quise venir a ver cómo estabas, puesto que anoche no viniste a dormir —apuntó con voz cantarina y me tapé con la almohada.

—Evidentemente sigo viva —hablé con la voz ahogada.

Me quitó la almohada en cuanto comenzó a hablar y no le respondí, tratando de dormir incluso con ella a mi lado. Rezongué dándome vuelta y la vi con una sonrisa de oreja a oreja, aparentemente con demasiado buen humor para mi gusto.

—¿Me dejas dormir, Kiara? Estoy agotada y no —la apunté cuando abrió los ojos—, no es por eso.

—Bueno, bueno, veo que a mi perra amiga no le dieron donde era porque el sexo no le quitó lo tirana, ¿sabes? —ironizó y sonreí adormilada.

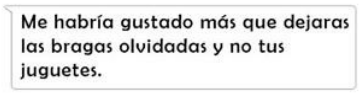
Que ella me llamara así no me ofendía.

Necesitaba recuperar energía si quería rendir bien luego. Estaba agotada, pero la charla con mi amiga era importante y más en cuanto me dijo que esa noche volvería a *Delirium* con Milly quien había quedado extasiada al conocer el club.

«También yo», pensé cuando a mi cabeza llegó Samael.

Charlamos por un largo rato, ella acostada a mi lado, peinando mi cabello mientras me preguntaba por mi trabajo y yo sobre su pequeña obsesión por compartir a su pareja, hasta que el ruido de mi móvil, avisándome de un mensaje entrante nos interrumpió. Lo alcancé, sentándome y apoyando mi espalda en el respaldo de la cama, viendo a mi amiga imitándome y observando atenta cuando

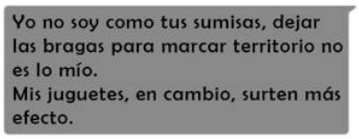
desbloqueé el aparato para ver de quién se trataba.



Sonreí al reconocer el número de Fabio, ya que no lo había registrado, pero lo aprendí de memoria.

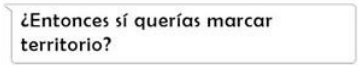
—¿Quién es? —Kiara quiso asomarse para leer lo que decía y le manoteé la mano cuando intentó tomarlo.

—Estate quieta —regañé y blanqueó los ojos, pero siguió expectante.



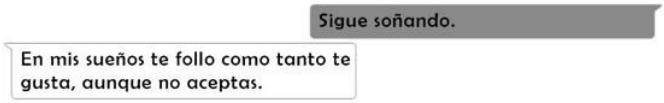
Respondí y me reí al enviar ese mensaje.

Di vuelta al móvil cuando Kiara exigió mi atención y la vi taparse la boca sorprendida, pero no llegó a comentar nada porque el sonido del mensaje entrante la interrumpió.



—¡Oh, por Dios! —chilló Kiara de pronto y la miré confundida—. ¿Y esa sonrisa?

Me hice la loca, restándole importancia y miré la pantalla con un destello de entusiasmo cuando respondí.



Contestó enseguida y sin poder evitarlo terminé sonriendo de nuevo, dejándolo en visto, satisfecha con lo que acababa de hacer.

—¡Coño! —Me vi tumbada en la cama y Kiara encima de mí, riéndose y señalándome repetidamente—. Me tienes que decir qué te tiene tan feliz, pequeña zorra.

Se movió encima de mí queriendo tomar el móvil, pero se lo impedí bloqueándolo y escondiéndolo debajo de la almohada.

—No pasa nada, —Me reí cuando me acusó haciéndome cosquillas.

—Mientes. Te conozco perfectamente bien, Ira, y soy tu mejor amiga. ¡Joder, cuéntame! —siguió con su ataque de cosquillas al punto de casi orinarme y la detuve con un fuerte grito entre risas.

Unos pasos de elefante se escucharon correr por el pasillo y Hunter apareció de pronto, ladrando alarmado al escucharme gritar. Lo llamé desde donde estaba y se subió a la cama dejando caer su enorme cuerpo encima de mí, reclamando caricias que con gusto le di por toda su cabeza, besándolo de vez en cuando.

Kiara se apartó, bufando cuando le presté atención a mi bebé y se cruzó de brazos al verme hablarle bonito a Hunter.

—Sigues sin responder —resopló—. Le das más atención a él que a mí, soy tu mejor amiga, Ira.

Golpeó las manos en el colchón con un intento de rabieta y la miré levantando una ceja.

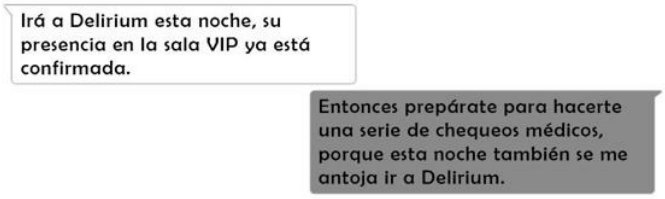
—¿Enserio, Kiara? —pregunté—. Eres una mujer adulta y te comportas como una caprichosa.

Me sacó la lengua y tiré uno de sus mechones de cabello. La verdad era que, con todo y sus escándalos, ella le daba un poco de normalidad a mi vida, así como Gigi me lo dio una vez.

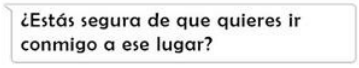
—Es Fabio —respondí dándole gusto—. Estuve con él anoche y olvidé algo en su *penthouse*.

—¡Mierda! Conque el caliente dueño de *Delirium* te pone idiota —se burló y quise pegarle, pero Hunter me lo impidió exigiendo mis manos en él—. ¿Y qué carajos hicieron que no quieres que sepa? ¡Joder, no me digas que te dio hasta por donde no te da el sol!

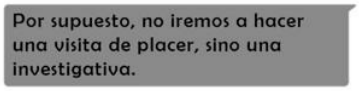
Negué divertida y sentí mi móvil nuevamente timbrar, pero esa vez era un mensaje de texto de Ace y sonreí al ver lo eficiente que intentaba ser para que olvidara su error y, admito que lo que me dijo me satisfizo demasiado.



Le respondí con una sonrisa de suficiencia y sentí la mirada curiosa de Kiara en mí.



Preguntó y me mordí el labio.



Aclaré y recibí un «de acuerdo» por su parte, seguido de un emoji con sonrisa pícara que me hizo negar y reír a la vez.

—¡Joder! En serio te desconozco, tú no eres mi perra amiga —soltó Kiara y la miré con malicia.

—Esta noche te acompañaré a *Delirium* con Ace*, amor,* y descubrirás qué tan perra sigo siendo —advertí y a la vez le guiñé un ojo cuando ella me miró asombrada.

CAPÍTULO 32

Iraide

Gracias al doctor Andrews, tanto mis exámenes como los de Ace estuvieron listos de inmediato para poder acceder a *Delirium* sin que su dichoso dueño me reclamara por saltarme las reglas, por lo que llegamos al club justo a las diez de la noche.

Nos condujimos en el mismo coche con Kiara, Milly y Ace para mayor seguridad y este último fue el encargado de conducir. Iba vestido de forma casual, aunque siempre con su toque oscuro que lo caracterizaba. Y menos mal que las chicas nos acompañaban, razón por la cual no tuvo la oportunidad de hablar de nada de lo que pasó esa mañana.

No era el momento.

Nos bajamos cuando la puerta del garaje se cerró y las chicas se fueron directo a la vitrina con las máscaras, eligiendo una mientras Ace observaba su alrededor y luego levantaba las cejas.

—Para ser solo el estacionamiento, hay demasiado lujo —comentó mirando la decoración.

—Ajá —murmuré restándole importancia y caminé pensando en dejar de lado el antifaz, pero Ace me detuvo al tomarme del codo con delicadeza.

Miré su agarre en mí con altanería y luego su rostro.

—Sé que la cagué esta mañana y merezco tu indiferencia, pero si me has traído aquí es porque confías en mí, mi reina. Así que, por favor, ya no actúes más así —pidió y alcé la barbilla.

A lo lejos, Kiara y Milly trataban de disimular de muy mala manera que estaban cotilleando lo que sucedía entre Ace y yo, y sacudí la cabeza con burla.

—Solo actúo como te lo mereces, Ace. Y no, no confío en ti —aseguré poniendo mi atención de nuevo en él e hizo un gesto que me indicó que maldijo en su interior.

—Está bien, me lo merezco, pero dame la oportunidad de enmendar mi error —dijo e hice un gesto de sonrisa para él.

—La tienes, por eso estás aquí. Así que aprovéchala —recomendé y me zafé de su agarre con delicadeza.

Él sonrió satisfecho con la respuesta que acababa de darle.

Continué mi camino entonces y abrí la puerta del garaje seguida por Kiara y su novia, encontrándome en el recibidor con una de las chicas (sumisa en entrenamiento de Fabio), quien nos saludó con un pequeño asentimiento, comentando todo lo que ya me sabía de memoria, pero que por la cara de Milly, era una experiencia asombrosa.

La sumisa les prestó toda su atención y respondió a todas las preguntas que le hicieron Milly y Ace.

No me sorprendió que no se dirigiera a mí, pues había ido demasiadas veces como para que me reconociera, por lo que opté por cruzarme de brazos y esperar a que le diera la bienvenida y las precauciones necesarias a Ace, quien era el único de nosotras que asistía por primera vez.

—Esta noche el club está un poco más concurrido de lo normal, por lo que perderse de vista entre ustedes será fácil. Así que, hemos optado por ofrecerles unas gargantillas de reconocimiento, son simbólicas y para que nadie que no deseen les moleste.

—¿Es opcional? —inquirí yo al ver en una bandeja unos collares hechos con listón negro.

Tenían abalorios en forma de círculo con una letra en el medio.

—Por supuesto, es nada más para hacerles cómoda la velada. Al final, cuando se marchen deben devolverlo, ya que no son sumisas, o sumiso, con Amo y menos de consideración —respondió y asentí.

—Yo quiero usarlo —comentó Kiara de inmediato.

—Por supuesto —susurré con burla y ella le sonrió a Milly con complicidad cuando cogió de la bandeja un collar con la letra M.

Ya que sí, había con distintas letras.

—¿Lo usará alguno de ustedes? —preguntó la chica y miré a Ace con una sonrisa.

Él negó divertido.

—Sería una buena manera de comenzar a enmendar tu error, eh —aconsejé y entonces rio mostrando los dientes.

Vi a la sumisa mirarlo anonadada, supongo que le llamó la atención ver que los colmillos de ese chico sobresalían de una forma sexi y, por el brillo en sus ojos, deduje que imaginó cosas bastantes perversas que por supuesto, incluían a Ace.

—¿Y si mejor me honras tú con llevar la inicial de mi nombre en tu cuello?

—No te lo has ganado —le recordé y negó con diversión.

—Si yo fuera tú, lo usaría. —Se entrometió Kiara y la miré, ella me guiñó un ojo y entendí su punto.

Viéndolo de esa manera no me pareció mala idea y, con lo que quería que Ace hiciera estando dentro, me convenía que se mostrara como Amo. Lo podía usar a mi favor.

—Quiero el de la letra A —avisé entonces y Ace me miró con sorpresa, tras eso sonrió travieso.

Antes de que la chica lo cogiera él se adelantó y cuando tuvo el objeto en mano lo mostró para pedirme así que lo dejara ponérmelo.

—Para que sea más creíble que me perteneces —susurró cuando me hice el cabello hacia un solo lado y él estuvo detrás de mí.

—¡Puf! Sigue soñando. —Satiricé.

—Lo hago, no lo dudes —admitió y negué.

La sumisa nos miró por largos segundos, o a Ace para ser exacta, y noté en sus ojos una ilusión que me dejó sin palabras.

—Hoy la pasaremos bomba, mi amor —exclamó Kiara de pronto y besó a su novia con ímpetu.

Negué y pasé de ellas, tomando a Ace (quien las miró divertido). Caminé junto a él yendo delante de las chicas hasta la enorme puerta y la tomé, sonriéndole *a mi Amo* cuando me miró expectante.

—Recuerda que esta no es una noche de placer. Te necesito alerta *¿okey?*

No esperé a que respondiera, me apresuré a abrir la puerta y me empapé con el ambiente que, como siempre, no defraudaba. Sentí a las chicas chillar detrás de mí bastante emocionadas por volver al club y miré sobre mi hombro a Ace, él observaba todo con una mezcla de asombro e interés para luego pasar a mí.

Le sonreí apenas y me acerqué a hablarle en el oído en cuanto la música fue demasiado fuerte para que me escuchara.

—Bienvenido al pecado, cariño. —Sonrió en respuesta.

Le tomé la mano y nos fuimos directo a mi barra de preferencia, encontrando a Paula que, en cuanto me vio, sonrió para luego pasar a mi acompañante y observar el agarre que mantenía en él.

—Bienvenida —saludó y noté un poco de sorpresa en sus ojos al percatarse de mi collar, adquiriendo cierta cautela en sus gestos y no supe por qué.

La repisa de las bebidas tenía espejos detrás, así que vi por el reflejo cómo el collar se pegaba a mi

cuello y el abalorio plateado se compaginaba con mis aretes.

—Hola, Paula. —Le di una pequeña sonrisa tras mi saludo—. Nos gustaría que tú nos atiendas esta noche, ¿es posible? —inquirí, ya que me sentía más cómoda con ella.

Paula asintió, preguntando qué nos apetecía en ese instante y nos pusimos cómodos en las butacas, mirando el espectáculo que se llevaba a cabo en el escenario, una orgía en su apogeo.

—Joder, mi reina. Acá juegan en ligas mayores. —Miré a Ace, que no perdía de vista la doma y me causó gracia que reaccionara así—. Como que me está gustando este lugar.

Me reí y recibí el trago cuando Paula se acercó a entregarlo y brindamos los cuatro, las chicas uniéndose luego de dejar de comerse la boca.

—Para ser un hombre de mundo, me sorprende que nunca hayas pisado un club como este —comenté.

—No son tan comunes en Michigan, y Leo siempre prefirió frecuentar clubes de *striptease* —confesó y me reí.

—Frank era igual. Bastante básico —me burlé y él me acompañó en eso.

—Necesito que conozcas la sala que me voló la cabeza —comentó Kiara hacia Ace de pronto y vi a Milly asentir eufórica—. Tenemos que ir allí los cuatro —añadió y entorné los ojos.

—Eso déjalo para nosotras, cariño, ya que no creo que Ira quiera ver cómo, en medio del espectáculo, me monto encima de ti —aconsejó Milly divertida.

Me reí abiertamente al verle los ojos brillosos a mi amiga y la empujé cuando acotó que seguramente me espantaría en cuanto quisieran tocarme.

Pero, para lo que ya había experimentado en ese club, creo que lo único incómodo iba a ser que veía a Kiara como mi hermana y eso sí que me suponía un problema. Ace por su parte miró anonadado cómo esas dos se demostraban amor y hablaban sin tapujos de lo que les gustaba hacer.

Él era mi representación de cuando llegué a *Delirium* por primera vez.

Conversamos un rato sobre la noche que nos esperaba, fingiendo con Ace que estábamos ahí para divertirnos y pasar el rato, hasta que algo en particular llamó mi atención. En la segunda planta había una sala que no noté antes, con vidrios entintados del piso hasta el techo y custodiada por dos hombres en el principio de los escalones que daban acceso hacia allí.

Miré a mi alrededor con curiosidad y sentí a los chicos charlar, pero no los escuché, sobre todo cuando mi atención captó a una mujer rubia que conocía, quien llegó a los escalones y tras decirle algo a los guardaespaldas subió cada uno con delicadeza, tomándose el tiempo en cada paso que daba.

Apreté los dientes y la seguí con los ojos hasta que se perdió de mi vista.

—Ven, acerquémonos un poco.

Presté atención a mi entorno cuando vi a Kiara hablarle a Ace; ella se había puesto de pie y lo tomó del brazo.

—¿Qué sucede? —pregunté tratando de concentrarme en ellos y no en mi corazón acelerado por lo que estaba suponiendo.

Fabio y ella estarían juntos. «Follarían» y pensarlo me supo a hiel en la garganta, provocándome asco.

—Quiero que nos acerquemos al espectáculo —respondió Kiara.

Ya Ace se había puesto de pie y lo miré con una ceja alzada, sonriendo de paso al verlo tan interesado en la orgía, fingiendo que no me sentía hecha mierda por dentro.

—Perfecto, llévalo y ojalá lo suban para participar —comenté, fingiendo diversión.

—No está mal aprender ciertos trucos que puedo poner en práctica luego —dijo él y me guiñó un

ojo.

Me reí por su descaro, sintiendo cómo eso mermó el sentimiento injustificado de traición, y los vi marcharse hasta llegar cerca de la escena principal en el salón más grande del club. Volteé hacia el bar cuando los perdí de vista y me enfoqué en Paula, quien limpiaba algunos vasos muy concentrada hasta que sintió mi mirada en ella.

—Tu semblante cambió al ver mi collar —señalé en voz alta para que me escuchara y se acercó a mí.

—Solo me sorprendió verte usando uno, así sea simbólico —admitió y recordé que ella estaba en el club cuando Fabio me llevó para proponerme ser su sumisa.

—Ya lo dijiste, es simbólico —repuse y sonrió.

—Y, sin embargo, con un significado que se puede tomar como desafío —reviró.

—No tengo porqué desafiar a nadie, Paula —aseguré y ella asintió dándose cuenta de que no debió decir eso—. Mejor dime ¿qué hay allá arriba? —le pregunté enseguida para cambiar de tema.

La vi subir la mirada.

—Es la sala VIP. Exclusiva para algunos socios del club.

Asentí pensativa y me acerqué un poco más.

—¿Samael está allí? —Volví a hablar y la miré sin pestañear. No iba a utilizar su nombre cuando tenía uno propio dentro de ese lugar, era absurdo.

Esperé a que hablara, mas no lo hizo. Se limitó a sonreír y esa fue respuesta suficiente. Era obvio que estaba arriba y confirmé por qué Sophia subió. Eran Amo y sumisa después de todo y no supe si felicitarme o maldecir al entender que, en efecto, la legisladora llegó a encontrarse con él y de seguro, tener una sesión.

«Sabías que algo así iba a pasar, Ira, ¿de qué te sorprendes?», pensé.

Me bebí el contenido de la copa de un sorbo y le pedí otro trago a Paula, quien me seguía observando, notando que deseaba bajarme el sinsabor con alcohol. La furia terminó de embargarme al pensar en las palabras de Fabio la noche anterior y necesitaba sacarla. No me gustaba sentirme de tal manera gracias a las mentiras del tipo y menos imaginar lo que estarían haciendo en esa sala.

«¿La tocaba como a mí?», me pregunté y sacudí la cabeza para espabilarme y así dejar de pensar estupideces.

Tomé la nueva bebida hasta vaciar la copa y agradecí que los chicos volvieran a la barra. Ace fue el primero en acercarse y mirarme con el ceño fruncido.

—¿Te sucede algo?

Le resté importancia a lo que me pasaba y me encogí de hombros, tomando la copa entre mis labios.

—Solo confirmé lo que ya sabía.

Era ilógico amargarme la noche pensando estupideces y más sabiendo que Fabio y Sophia follaban, él mismo me lo dejó claro, así que solo gastaba mi tiempo, por lo que decidí en ese instante desprenderme de cualquier pensamiento sobre esos dos y me enfoqué en Ace.

—¿Te gustó ver de cerca? —pregunté y me sonrió con ese toque fanfarrón.

—Me hubiera gustado más subir al escenario y dar un buen espectáculo con mi sumisa, pero bueno. —Bebió de su copa y se lamió los labios—. No se puede tener tanta suerte en la vida, ¿cierto?

Quise golpearlo por seguir tirando esa clase de comentarios, pero me contuve al ver a las chicas acercarse y avisar que ya iba a dar inicio el espectáculo que les gustaba, en una de las salas. Así que, me puse de pie y caminamos entre la gente hasta detenernos en un apartado que de privado no tenía

nada, ya que las cortinas se encontraban recogidas para permitir que todos en el salón pudiesen observar la doma.

La música erótica invitaba a mover las caderas, muy de acuerdo, como siempre, al ambiente de ese lugar. Me paré cerca del cortinado junto a Ace y las chicas se fueron hacia un sillón casi en la primera fila, comenzando a meterse mano.

—¿Siempre son así? —Miré a Ace que las observaba con curiosidad y asentí.

—Te sorprenderías de lo mucho que les gusta que las miren y escuchen —respondí y evalué el entorno.

Mi posición estaba justo delante de los escalones que conducían a la sala VIP, lo que me permitía ver a la perfección la puerta de vidrio.

—He visto a Sophia subir hacia la planta VIP de este lugar —le comenté a Ace llamando su atención y me senté sobre el respaldo del sillón para quedar más cerca de él.

Necesitaba una posición más íntima y que no permitiera que los demás especularan de nuestra visita, ya que desde que entramos no habíamos interactuado como Amo y sumisa y, para algunos ojos curiosos, eso podía interpretarse bastante sospechoso. Y si Sophia era astuta, entonces su gente estaría mezclada entre la multitud, y ya muy cerca de mí si me reconocían.

Escuché varios gemidos a mi alrededor, aunque los ignoré cuando mi acompañante alzó la mano para acariciar el abalorio en mi collar, estaba disfrutando de nuestra farsa, aunque alerta, detallando con disimulo cada parte del lugar.

—Y yo he notado a algunos de sus hombres —confirmó Ace cerca de mí, lo que supuse.

Iba a decirle algo cuando un movimiento en la sala VIP llamó mi atención, era un hombre saliendo de allí, quien se apoyó en la baranda de los escalones, examinando todo el club hasta que sus ojos encontraron los míos.

Me erguí atenta cuando nuestras miradas se cruzaron y vislumbré la sorpresa en él, luego comenzó a caminar sin perderme de vista. Le sonreí con coquetería y tras eso me acerqué a Ace, tomándolo de la nuca, él me cogió de la cintura cuando hablé en su oído.

—Necesito pruebas de Sophia en este lugar y quiero que hagas lo que sea con tal de tenerlas —demandé.

Me alejé para mirarlo directo a los ojos y de paso me puse de pie, él escaneó a su alrededor y tras ver a sus espaldas sonrió como un total cabronazo.

—Haz lo tuyo entonces y dame tiempo suficiente —susurró cerca de mis labios.

¡Hijo de puta!

Un leve carraspeo nos alejó y vi a Fabio llevarse las manos a los bolsillos, detallándonos hasta que su mirada se detuvo en mi cuello, tensando la mandíbula de inmediato. Sin embargo, se recompuso y se acercó con poderío en cuanto Ace dio un paso atrás, aprovechando él, el momento para tomarme de la cintura y darme un beso cerca de la comisura de mis labios.

—Me sorprende verte aquí —dijo cerca de mi oído y se separó para mirar a Ace— y acompañada.

—Cuida tus manos, hombre, porque ese collar está en su cuello por una razón. —Abrí los ojos con sorpresa cuando Ace soltó tremenda mierda y miró a Fabio con burla.

—Y mis manos estarán en tu cuello también por una razón —respondió Fabio y lo retuve cuando se acercó a Ace más de lo debido.

¡Joder!

Fabio miró mi agarre en él para luego encarar a Ace con cierto desdén.

—No me provoques, porque bien sabes que, si no he acabado contigo por violar mis servidores, ha sido porque seguías sus órdenes, pero Ira no me detendrá si continúas jugando a algo que no eres

y menos con ella —le advirtió Fabio y negué.

—Eso lo decidiré yo —aclaré y ambos me miraron.

Me puse tensa al ver la lucha de egos que se llevaba a cabo y me enfoqué en Ace, diciéndole con la mirada que se fuera a cumplir lo que le pedí antes de que la cagara más por jugar a ser mi Amo.

Suspiró como si estuviera cansado y miró a su alrededor.

—Tampoco te resultaría fácil —bufó Ace, pero se fue antes de que Fabio le dijera algo más y, aunque el hombre a mi lado dio un paso para seguirlo, lo detuve.

—¿Esta es alguna clase de venganza de tu parte? —soltó hacia mí.

Quise responderle, pero no pude porque fui envuelta en unos brazos que reconocí de inmediato.

—¡Te acabas de perder el mejor espectáculo de tu vida, cariño! —exclamó Kiara con emoción y me miró, pero enseguida vio a quien me acompañaba y abrió la boca con sorpresa.

Me separé de mi amiga cuando noté que esas muestras de cariño no le gustaban a su novia y decidí presentarlas con Fabio, esperando que la tensión mermara, sobre todo con la ansiedad de Kiara porque le dijera de manera oficial quién era ese tipo.

—Samael, te presento a mi amiga Kiara, —La señalé—. Kiara, él es Samael, el dueño del lugar —dije usando su *alter ego*.

Mi amiga abrió los ojos impactada y Fabio asintió conteniendo su enojo por el encuentro con Ace, estrechando apenas la mano de ella.

—Conque tú eres el que trae loca a mi amiga —comentó ella y quise darle un puñetazo.

Fabio le sonrió con un poco de repulsión y eso me sentó mal, sobre todo cuando vi que avergonzó a Kiara, sonrojándola en el instante al darse cuenta de que ese idiota la miró como si ella no valiera la pena como para saludarla.

—Déjame a solas con tu amiga —le exigió de pronto y abrí los ojos demasiado anonadada por su petulancia.

Milly tomó de la mano a su novia, dándose cuenta del momento incómodo y se disculpó, comentando que irían a ver otros lugares hasta que nos quedamos solos, Fabio las siguió con la mirada y yo negué aún estupefacta.

—¡¿Pero qué demonios pasa contigo?! ¡No tenías por qué tratarla así! —espeté.

—Al igual que tú, trato a las personas como se lo merecen, Iraide. —Largó tajante.

—¡Ajá! Y Kiara se lo merece solo porque tú estás cabreado quién sabe por qué —repliqué.

—¿Quién sabe por qué? ¿Lo dices en serio? —inquirió entre dientes y bufé incrédula, pero también burlona.

—Muy en serio, Samael. —Refuté.

—¿Por qué demonios usas el puto collar con la inicial de ese imbécil? —preguntó enfurecido y abrí los ojos demás ante su pregunta.

—¡Es algo simbólico, idiota! —espeté—. Y según me explicó tu sumisa, me serviría para que ningún Dominante patán me jodiera la noche, pero veo que no me sirvió de nada —seguí.

Sonrió de lado con ironía y miró a nuestro alrededor, imaginé que lo hizo para recuperar un poco del control que había perdido.

—¿Qué haces aquí, Iraide? Y acompañada por ese tipo —cuestionó tras unos segundos.

—Bueno, pues te pago una buena fortuna por mi membresía y según se estipula en el contrato, puedo venir a divertirme cuando quiera y con quién quiera —contesté altiva.

Lo vi negar y soltar un poco del aire que había estado conteniendo.

—Sabes bien que yo te puedo dar la diversión que se te antoje —reviró y eso me tomó por sorpresa.

Ese hombre estaba teniendo unos cambios de humor bastante bruscos en ese instante y fue algo que llamó mi atención porque siempre se mostró a la altura de su poder y estatus.

—No, no puedes —aseguré y continué hablando cuando lo vi a él con la intención de refutar—. Además, me sorprende que ahora mismo estés aquí, ya que te creí ocupado —hablé más molesta al recordar a Sophia subiendo a la sala de donde él bajó.

Y por increíble que pareciera, su postura se relajó, sonriendo abiertamente como muy pocas veces lo había visto, tomándose el atrevimiento de acercarse más de lo necesario a mí.

—Estoy ocupado —confirmó—, contigo.

Rodé los ojos y me crucé de brazos.

—¿Y eso no molestará a tu sumisa? —indagué, dejándole saber que vi a Sophia.

Negó y alzó la mano hasta que sus dedos llegaron a mi mejilla, estremeciéndome por el contacto inesperado.

—Si me importara eso en este momento, estaría con ella y no aquí contigo —respondió y con agilidad llevó la mano a mi nuca y tiró de mí hacia él—. Queriéndote arrancar ese puto collar del cuello para ponerte uno con mi sello —gruñó con dureza en mi oído y de paso olió mi cabello, inspirando fuerte hasta que sus pulmones se saciaron—. Uno que jamás puedas quitarte —añadió y me alejé para verlo a la cara.

Sus iris estaban más oscuros.

—Sabes que eso no va a pasar —repliqué.

Resopló alejándose de mí, llevándose la mano a la cara para luego mirarme con cansancio, sabiendo que no iba a dar mi brazo a torcer en lo que al sexo respectaba.

—Bien, seguirá siendo a tu manera. —Cedió de pronto y eso me descolocó, pero no dije nada—. ¿Puedo acompañarte siquiera? —sugirió y negué divertida.

—Ya tengo compañía —le recordé.

—Y no la veo, así que supongo que ese hijo de puta que cree que puede jugar a ser tu Amo, no ha venido solo para tocarme las pelotas, y da la casualidad de que lo traes justo cuando Sophia está aquí —urdió.

Me fue imposible no abrir los ojos con sorpresa en cuanto aseguró tal cosa. El hijo de puta era astuto. Sabía que no habíamos asistido al club solo para divertirnos y quise besarlo por su inteligencia, pero me abstuve y mejor lo probé.

—¿Estás dispuesto a acompañarme y dejarla sola?

—Bajé para estar contigo, Ira. Tu pregunta sobra.

Sonreí abiertamente y muy satisfecha al escuchar su respuesta tan segura y, sin decirle nada me di la vuelta y comencé a caminar hacia una sala que se convirtió en nuestra favorita, lo miré por sobre mi hombro y me mordí el labio inferior.

Eso le sacó una sonrisa ladina y siguió mis pasos.

CAPÍTULO 33

Iraide

Tardé más en dar tres pasos que Fabio en alcanzarme y tomarme de la mano, con la excusa de que sería más fácil llegar a nuestro destino con lo atestado que se encontraba el lugar. Le di ese gusto porque también era el mío y conseguimos hacernos espacio hasta llegar al pasillo que nos dirigía a la sala *voyeur*.

Lo miré un poco confundida cuando me condujo a un sillón lejos del escenario y me di cuenta de que además de privacidad, podíamos hablar sin tener que gritar.

—Ya que no buscas otra cosa conmigo, ¿quieres conversar mientras practicamos un poco de voyerismo? —preguntó sin apartar su atención de mis reacciones, fue más intenso en ese instante, así que decidí ver cómo un hombre era azotado por una Dómina, sodomizándolo arriba de una mesa, puesto que me fue más fácil eso que sostener su mirada.

Tragué saliva cuando me interesó lo que estaba pasando delante de mí, pero al sentir la mirada de Fabio esperando por mi respuesta, decidí aprovechar el momento y asentí, acomodándome en el sillón para verlo a él.

—Me llamó mucho la atención tu manera de asesinar, Fabio. Así que me gustaría saber cómo es que aprendiste a hacerlo de forma tan… ¿cuidadosa? —solté

Fui directa y por la sonrisa de satisfacción que me regaló, sabía que iba a ir al grano.

—Soy médico, dulzura. Mi profesión me exige ser cuidadoso —respondió con una pizca de sarcasmo y lo miré mal.

—Hablo en serio —reviré, él resopló y tomó un vaso de *whisky* cuando una de sus sumisas apareció con una bandeja, como si tuvieran un radar para saber dónde se encontraba su Amo y así mantenerlo atendido.

Yo también tomé uno y bebí junto a él, aunque mi sorbo fue más corto y me dediqué a observarlo acabando el suyo sin fruncir el rostro por la quemazón del alcohol.

—Desde muy joven fui entrenado por uno de los maestros más despiadados de Japón dentro del mundo criminal. Él estuvo en Italia por aquellos años, intentando huir de ciertas situaciones que al final lo encontraron.

Lo miré muy enfocado, hablando, pero a la vez recordando sus vivencias.

—Aki Cho era su nombre y, a pesar de lo duro y cruel que fue para enseñarme las artes marciales, admito que también me ayudó mucho en mi proceso de aceptación y me guio para aprender a recuperar un poco el control que estaba perdiendo en mi vida.

Escuché con atención cada palabra que decía y lo analicé.

—Con el tiempo también aprendí a manejar armas de fuego y blancas, me discipliné en otras áreas y por eso no me tomó mucho esfuerzo el deshacerme de esos bastardos que pretendían atraparte. Las artes marciales me enseñaron a ser un hombre honorable y mis padres contribuyeron con eso.

» Pero Aki Cho también me mostró el lado oscuro de su enseñanza y se aprovechó de ciertas situaciones en mi vida para arrastrarme con él cuando se dio cuenta de que había despertado en mí un arma letal. Entonces conocí el mundo en el que te manejas, Ira, y de forma consciente, o inconsciente, cometí atrocidades que hasta el día de hoy puedo decirte que me atormentan, aunque no precisamente porque me arrepienta de ello.

Lo último me dejó un poco fuera de juego, aunque asentí absorbiendo sus palabras y entendiendo de lo que hablaba, puesto que mi caso fue similar.

Entré al mundo criminal por la necesidad de resolver ciertas situaciones en mi vida y terminé cogiéndole el gusto. Así como también cometí atrocidades que me atormentaban más por no arrepentirme de haberlas llevado a cabo.

—He tenido la oportunidad de estar de los dos lados del mundo. Del malo gracias a Aki y del bueno debido… —se quedó en silencio de pronto, dándose cuenta de lo que iba a decirme— a mi profesión —terminó y su manera de sacarle la vuelta a lo que estuvo a punto de confesar me hizo sonreír.

—Y a ciertas organizaciones —solté y me miró un tanto sorprendido—. Sé lo que no puedes decir —admití y me miró como si buscara una respuesta inmediata en mis ojos sin necesidad de profundizar en el tema.

—¿Me has investigado en eso?

Negué, bebiendo un trago largo de *whisky* y agradecí el valor extra que me dio el alcohol para encararlo.

—No a ti —aseguré.

Ambos nos quedamos en silencio, él estudiando mis palabras y yo admirando la escena que casi llegaba a su final, hasta que de lejos vi a Ace haciéndome señas; caminó hacia nosotros en cuanto asentí y Fabio lo miró como si sus ganas de asesinarlo volvieron de inmediato y deseó poner en práctica todo lo que su antiguo maestro le enseñó.

—¡Joder! Puedes perderte con facilidad en este lugar —comentó Ace como si estuviera entre amigos.

—Y perderte para siempre, sobre todo —le dijo Fabio y a pesar de la situación, me causó gracia esa vez su enojo.

Ace lo ignoró adrede y se concentró en mí.

—Es hora de irnos, mi reina —avisó y me tendió una mano.

Bebí de un tirón el resto del *whisky* y antes de tomar su mano, miré a Fabio que nos estudiaba con ojo crítico y el rostro serio.

—Gracias por la compañía. —Me puse de pie luego de darle un pequeño beso en la mejilla—. Te dejo con tus sumisas.

Me di la vuelta para caminar, pero no llegué lejos, pues Fabio me tomó del brazo y me dio vuelta.

—¿Por qué dejaste de follar conmigo? —inquirió y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Perdón? —Satiricé.

—El día de la inauguración en el hospital me aseguraste que no follabas con más de un hombre a la vez, que mientras lo hicieras con uno dejarías de lado a otro y te creo —explicó y alcé una ceja al entender por dónde iba la cosa—. Y dejaste de follar conmigo, Iraide, así como también has tenido la osadía de pasearte frente a mí con un collar simbólico que lleva la inicial de este imbécil —espetó y Ace sonrió con burla.

—Danos espacio —le pedí a Ace porque, conociéndolo, provocaría más a Fabio.

Él chasqueó la lengua, pero hizo lo que pedí.

—¿Te lo follas a él ahora? —preguntó Fabio mirando a Ace alejarse.

Yo lo miré sin decir nada hasta que puso su atención en mí.

—Lo dejo a tu criterio, *amor*. —Zanjé entonces y le guiñé un ojo para después deshacerme de su agarre.

Di un paso hacia atrás con la intención de marcharme, pero él me tomó por sorpresa cuando me

cogió justo del abalorio del collar y estampó su boca en la mía.

¡Puta madre!

Muy masoquista de mi parte, pero admito que esa reacción que tuvo me satisfizo de maneras inexplicables, sobre todo cuando poseyó mi boca con propiedad, convirtiendo el beso en un gesto brusco y más dominante de lo que siempre había sido. Metiendo su lengua en cuanto abrí los labios para coger aire y embriagándome más que el alcohol que acababa de beber.

Las cosquillas en mi vientre subieron incluso a mi corazón, mis pezones se endurecieron y las pulsaciones se me aceleraron concentrándose en mi entrepierna. Lo mordí al tener la oportunidad de responder a su beso, si es que podía llamarlo así, y él gruñó apretando su agarre en mi collar, cortándome un poco la respiración en el proceso, haciéndome gemir sobre su boca y, de paso, consiguiendo que mis bragas se mojaran en un santiamén.

—¡Joder! —Jadeé cuando soltó su agarre en mi collar y el impulso me separó de su boca.

Su labio estaba rojo por la sangre que le provoqué con mi mordisco y vi el collar colgando de su puño apretado, me lo arrancó por la fuerza que ejerció y noté en sus ojos algo peligroso junto a la excitación que despertó en él lo que acabábamos de hacer.

—No vuelvas a desafiarme así —advirtió. Mi pecho subía y bajaba debido a que mis pulmones luchaban por recuperar el aire que ese hombre me robó—. Porque entonces me odiarás más por hacerte pagar las consecuencias.

La indignación que me provocó con sus palabras logró mermar mi deseo.

—¡Vete a la mierda! —atiné a decir y esa vez sí que me marché, pero él también lo permitió.

Ace me esperaba en la salida de la sala y capté que estaba mirando a Fabio con intensidad, amenazándose de esa manera entre ellos, pero no les di más importancia, en cambio, caminé con la necesidad de alejarme.

Me sentía bastante afectada por aquel beso bruto, porque por primera vez en la vida, alguien lograba atravesarme de tal manera, que sentí que su sabor se me impregnó hasta en la médula.

—¡Ira! —me llamó Ace. No me detuve.

Continué mi camino hasta llegar al salón principal y me concentré en buscar a Kiara y Milly para no pensar más en lo que acababa de vivir, pero me di por vencida intuyendo que esas dos ya debían estar follando como conejas.

—¡Mierda! Detente —pidió Ace y lo miré cuando me tomó del brazo.

Me sentí fuera de mí en ese momento.

—Debo ir al baño, busca a Kiara y Milly y nos marchamos —ordené y no esperé a que me respondiera, solo soltó su agarre en mí y caminé hasta alejarme de él.

Vislumbré de soslayo que se paró cerca de un pilar, mirando a su alrededor en busca de aquellas dos, mientras yo me metía al primer baño buscando de inmediato un cubículo y agradeciendo que estuvieran todos vacíos. Me limpié la absurda incomodidad en mi entrepierna y maldije al ver la cantidad de humedad, negando con reproche hacia mí por reaccionar de esa manera ante la actitud bruta de aquel idiota.

Cuando salí fui directo a lavarme las manos y de paso me mojé el cuello para espabilarme, notando en el reflejo del espejo la marca rojiza que dejó el listón, al ser arrancado con brusquedad.

—Eso no es nada en comparación a lo duro que puede llegar a ser. —Me hallaba tan perpleja en lo sucedido, que solo me di cuenta de la presencia de Allison hasta que llegó al lavabo para asearse las manos y me miró a través del espejo, soltando ese comentario al notar lo que yo veía en mi cuello.

—No pedí tu opinión —zanjé al mirarla—, como tampoco me importa lo que Samael haga

contigo, o que te deje marcas más intensas —añadí a la defensiva.

—¿Qué le estás metiendo en la cabeza? —inquirió de pronto y, de paso, se cruzó de brazos y se recostó en la pared.

—¿A quién? ¿Y de qué carajos hablas? —Refuté a punto de perder la poca paciencia que tenía con ella.

—Hablo de mi Amo, por supuesto —explicó y di un paso hacia ella casi por inercia.

No olvidaba su risa burlona el día que le pedí a Samael ser la única, y las ganas que tuve de marcarle esa puta sonrisa con una navaja para que la mantuviera por el resto de su vida, si tan cabrona se creía.

—¿Qué crees tú que yo podría meterle en la cabeza a tu Amo? —pregunté, ocupando más de su espacio personal—. Puesto que, según tu actitud del otro día, de esa risa burlona que me diste, no soy nadie para hacerlo cambiar de opinión. —Satiricé.

Levantó las manos cuando vio mis intenciones de acercarme más a ella y se alejó un poco, respirando profundo y mostrándose un poco rendida, algo que me tomó por sorpresa.

—Con respecto a eso, lo siento. Jamás fue mi intención que sintieras mi gesto como ataque, lo hice más para probar la reacción de mi Amo.

—¿Probarlo?

—Sí, Ira. Mi Amo muestra mucho interés en ti y a todos nos ha sorprendido que, a pesar de que te negaste a ser su sumisa, parte de su *harem,* él siga buscándote, aceptando estar contigo en tus condiciones y no en las suyas —admitió y fruncí el ceño.

—No hemos vuelto a estar juntos desde que Marco nos acompañó —confesé.

—Mi marido vio un cambio en él luego de esa sesión —explicó y me apoyé en el mármol del lavabo, dispuesta a escucharla cuando la vi moverse inquieta y hasta preocupada—. Solo estoy confundida por el comportamiento que está teniendo con nosotros, ya que, desde que llegaste a su vida no nos da la misma atención y puesto que soy su sumisa alfa, me pidió que me hiciera cargo del *harem* para continuar instruyendo a los sumisos en entrenamiento. Y me preocupa, no sé qué diablos le sucede y tampoco nos ha querido tocar.

Lo último me sorprendió demasiado y recordé lo que Fabio me dijo la noche anterior.

—¿Por qué no le preguntas a él en lugar de a mí? —cuestioné y me miró con horror.

—Jamás cuestionaría a mi Amo de esa manera, soy incapaz de objetar sus órdenes —aseguró y eso me pareció inaudito, aunque no dije nada—. Solo estoy confundida y tuve la esperanza de que tú supieras algo.

—¿Y por qué yo? —pregunté, dejando de lado lo que me dijo minutos atrás.

Me miró como si fuera una estúpida y resopló.

—Te lo repito, desde que te conoció sus atenciones con nosotros fueron disminuyendo hasta extinguirse. Ya no hay sesiones y si alguno se le acerca, nos rechaza con alguna excusa.

No supe qué decir a eso, sobre todo cuando rato atrás creí que estaba en alguna sesión con Sophia.

—Recién acabo de ver a una de sus sumisas subir a la zona VIP donde él estaba. —Evité decir la identidad de Sophia y me dediqué a evaluar los gestos de Allison.

—Y al igual que nosotros, ha sido rechazada —afirmó—. Marco y yo estábamos también en la sala porque él nos convocó, así que lo sé de primera mano.

—Conque sí la dejó plantada —murmuré más para mí y ella asintió.

—Lo hizo cuando le avisaron que cierta pelirroja entró al club —admitió y sin contenerme sonreí de lado—. No me caes mal, Ira, al contrario, te admiro porque supiste mantener tu palabra al negarte

a ser sumisa, y no es porque yo me arrepienta de serlo, para nada. Amo y soy feliz siéndolo. Y si conocieras un poco más de este mundo, entenderías entonces que el vínculo entre un Amo y su sumisa va más allá del placer sexual. Así que, si me atreví a preguntar sobre mi Señor, es porque me preocupa y porque no quiero que el *harem* lo tache de irresponsable, puesto que, lo que está haciendo le puede costar el perder el respeto que se ha ganado y la experiencia que sus años como Dominante le precede.

La analicé y supe reconocer que en sus palabras no hubo maldad o doble intención, cosa que hizo que mi aversión por ella mermara.

—No le he metido nada en la cabeza a tu Señor, Allison. Sigo manteniendo mi postura sobre no ser sumisa, no me interesa serlo —respondí entonces a su pregunta principal y de esa manera acepté sus disculpas.

—No me mires como tu enemiga, Ira, te aseguro que no soy una amenaza para ti —pidió y quise decirle que jamás la vi de esa manera, sin embargo, callé—. Pero no puedo hablar por todo el *harem,* aunque sí acepto que alguien en especial podría aprovecharse de tu acercamiento con Samael —soltó de pronto y la miré con curiosidad.

—¡Ira, te estás tardando mucho! —gritó Kiara de pronto desde afuera del baño.

Vi a Allison sacar algo de un pequeño bolso que llevaba colgado en el brazo y se acercó de inmediato a mí.

—Lo digo en serio, Ira. No soy tu enemiga y, si de algo te sirve, me caes bien porque supe reconocer en ti a una excelente sumisa alfa, así que, si quieres que hablemos más tranquila *de lo que desees,* con gusto estaré para ti —se despidió haciendo énfasis en ciertas palabras.

Y antes de marcharse y de que Kiara nos encontrara juntas, puso la tarjeta en mi mano y se fue como si esa conversación entre nosotras jamás hubiera sucedido.

Mi amiga llegó cuando ya estaba sola y me tomó del brazo para llevarme afuera y así marcharnos, Ace nos escoltó y justo en el pasillo que nos conducía hacia los garajes, vi a Fabio entrando al suyo.

Solo y con las claras intenciones de marcharse sin compañía.

Al parecer, Allison no me había mentido después de todo.

CAPÍTULO 34

FABIO

Bloqueé el móvil luego de recibir el mensaje de Marco y le indiqué a Albert (mi chófer) que no me esperara, puesto que, si lo planeado se completaba, demoraría en *Delirium* hasta el amanecer. En caso de que no, tenía un coche disponible para emergencias con el que podría volver por mi cuenta al *penthouse*.

—¿Todo bien, señor? —Miré a Albert por el espejo retrovisor, notando en sus ojos la preocupación implícita en su pregunta.

Acababa de pasarme las manos por el rostro cuando él estacionó dentro de mi cochera privada en el club, dándome cuenta de que, por primera vez, me había obligado a ir y cumplir con un papel que por años veneré.

—No voy a engañarte, Albert —advertí y él me miró, diciéndome así que esperaba la sinceridad que siempre le daba—. Presiento que la *tranquilidad* de mis días está a punto de expirar.

Carraspeé tras decir eso y apreté los puños sobre mis rodillas, con la intención de controlar el temblor en mis manos que de nuevo había vuelto.

—¿Tiene algo que ver esa bonita pelirroja con la que estuvo anoche? —Bufé una risa sardónica al escucharlo, sobre todo porque omitió decir el nombre de Ira, aunque ya supiera quién era ella.

Albert no era mi chofer de oficio, sino más bien una especie de asistente para mí, pero dados los cambios de humor que estaba experimentando, tuvo que suplir mi necesidad y convertirse en mi conductor designado. Eso, entre otras cosas. Y los años trabajando conmigo y todos los episodios que tuvo que aguantarme, le daban ciertos privilegios que ni siquiera le permitía a mi hermano: cuestionarme era uno de ellos.

—Me reservo la respuesta —solté y eso lo hizo sonreír.

—Si es así, entonces recurriré al derecho que me da conocerlo por años y las experiencias que he tenido que vivir a su lado, para quedarme y regresarlo a su *penthouse* cuando su visita al club termine. —Zanjó y gesticulé un amago de sonrisa burlesca.

Lo dicho antes, *las experiencias* que me había aguantado le daban privilegios. Desobedecerme era otro. Pero lo entendía y hasta fui capaz de agradecerlo, ya que, aunque me reservé la respuesta, en efecto, Iraide Viteri se estaba convirtiendo en el detonante para que mi estabilidad emocional se fuera a la mierda.

Desde que llegó a *Delirium* reconocí en ella una oscuridad que pondría a tambalear mi mundo. Una obsesión que podría destruirme, pero a la cual no pude negarme porque era demasiado adictiva.

Los hombres éramos, por naturaleza, unos cazadores que nos obsesionábamos con las presas más difíciles de cazar, sin embargo, yo acabé complicándome la vida al poner mis ojos en una fiera con la capacidad de, no solo joderme la cabeza, sino también los negocios, y se lo dejé pasar.

«Che pezzo di stronzo sono».[2]

—¿Cómo es posible que esa persona siga con vida, después de joderte de esta manera? —me preguntó Isamu

cuando le comenté sobre la violación a mis servidores.

Era un japonés al cual conocí años atrás, miembro de una organización anticriminal mundialmente famosa, teníamos amigos en común (mi hermano incluido), aunque nuestra cercanía nació luego de que se convirtiera en asociado de Delirium*, pues él era un Dominante como yo y contábamos casi con los mismos años de experiencia en el mundo del BDSM.*

—Folla de puta madre —respondí, dándole un trago a mi bebida y sintiéndome como un crío patético al utilizar esa excusa.

Él me observó con esa mirada analizadora que lo caracterizaba, queriendo encontrar el truco en mi respuesta.

Había llegado a la ciudad el día que mis técnicos me informaron sobre el asalto a los servidores de Delirium*, me propuso tomarnos un par de tragos y acepté porque necesitaba relajarme antes de cometer una locura, pero mi furia era tanta que él terminó dándose cuenta y sacó el tema hasta que le dije lo que pasaba.*

Confiaba en Isamu porque al igual que yo, no era únicamente un Dominante, sino también un hombre de moral gris que se movía entre el mundo del bien y el mal, según le conviniera.

—Pues debe tener un coño que hace milagros, porque todavía recuerdo a aquella escocesa que terminó en tu mazmorra italiana, con un final feliz*, por haber intentado pasarse de lista contigo —replicó y carraspeé luego de acomodarme en mi asiento.*

Él me había ayudado a deshacerme del cuerpo de la mujer en esa ocasión. Una sumisa muy bien entrenada que la mafia escocesa envió, con el objetivo de asesinarme, pues meses atrás ayudé a uno de sus contrarios a introducir mercancía en territorio escocés, a cambio de ello, el hombre me dio información importante sobre tráfico humano que La Orden del Silencio (la organización a la que Isamu pertenecía) utilizó para desarticular una banda que se dedicaba a vender niños.

Uno de sus jefes, apodado Sombra (como le conocían en el bajo mundo, aunque ante la sociedad tenía otro, ya que también se movía en ambos) fue quien me ayudó para que la droga de mi informante llegara a su destino.

Y, ni mi rostro ni mi nombre fueron de conocimiento para mi informante, nunca tuve contacto directo con él, razón por la cual la mafia escocesa me buscó a ciegas. Lo único que sabían era que me movía en el mundo del BDSM y, cuando aquella sumisa llegó a uno de los clubes en los que era socio en Italia, con el fin de matarme utilizando el sexo como carnada, a mí ya me habían avisado de sus intenciones.

Entonces decidí confrontarla, pero antes la seduje y la llevé a mi mazmorra. Y, mientras le daba placer y la torturaba a punta de sexo, le saqué toda la verdad. Ella, por supuesto, no sabía que yo era el hombre al que buscaba, lo supo hasta que exhaló su último aliento.

De ahí que Isamu dijera lo del final feliz.

—Digamos que yo la provoqué —terminé respondiéndole al japonés, refiriéndome a la razón de permitirle a Iraide salir campante luego de que le ordenara a su jodido hacker que entrara a mis servidores.

Quería buscar al hijo de puta por lo que hizo, pero entendí que él solo siguió las órdenes de aquella fiera y, para ser sincero, no quería perder mis ventajas con ella por asesinarle a uno de sus lacayos.

—¡Hombre! Y encima la excusas. —Satirizó—. ¡Joder! Ahora yo también quiero conocerla y probar lo que te tiene tan imbécil. —Apreté mis molares y evité gruñir por lo que insinuó—. ¿Y siquiera es tu sumisa ya? —continuó con su curiosidad y decidí que era momento de terminar con nuestro encuentro.

Ese tema se había vuelto demasiado sensible para mí.

Y lo era porque, que deseara que Iraide fuera mi sumisa y que ella se negara, me estaba volviendo más loco que el hecho de que se hubiese atrevido a violar mis servidores para conseguir información tan valiosa que jamás debió salir de mi círculo. Eso, y que me impidiera tomarla como tanto deseaba la noche anterior, tras salvarle el culo de aquellos hijos de puta que pretendieron dañarla.

La abstinencia, la puta frustración y el correo que Allison me hizo llegar esa mañana, fueron lo

que me llevó a pedirle a ella y a su marido que nos viéramos esa noche. Iraide me dejó claro su punto y lo entendía, así que era momento de que yo siguiera con mi vida, que retomara mis responsabilidades y tratara de recuperar la tranquilidad que ya había mantenido por años.

«Si te sigues desviando así, vas a cagarla», me recriminé.

—Disfruta tu noche, entonces —le dije a Albert y abrí la puerta del coche para salir.

—Disfrute usted de la suya, señor. —Deseó y bufé una risa.

Salí de una vez por todas, palpando aquel peso en mis hombros y sintiendo el cansancio en mis ojos. Pasé varias noches sin dormir (a excepción de la noche anterior, en donde dormí más de lo que esperé luego de experimentar el mayor calentón de mi vida), tratando, con mi equipo, de blindar a mis clientes después del robo de información, dedicándome además al proyecto que teníamos con mi hermano y a mi trabajo en la clínica y el hospital.

Definitivamente necesitaba olvidar lo que tanto me jodía, tomarme unas copas, dejar el mundo de lado y zambullirme en lo que siempre me dio un escape de la realidad.

—Buenas noches, jefe —me saludó Stefan luego de abrir la puerta de la entrada privada que solo era para mí.

—¿Qué tiene de buena? —refunfuñé, aunque palmeé su hombro como saludo, sin detener mi paso.

—Su presencia, claro está —dijo al igualarme el paso y negué con la cabeza, entornando los ojos, además.

—Necesito un poco de tu optimismo, hombre. —Satiricé.

Acto seguido le pedí que me pusiera al día y lo hizo tal cual, informándome, además, que volvíamos a tener servidores seguros, imposibles de violar esa vez, gracias a que Isamu consiguió que uno de los aliados griegos de Sombra me enviara al mejor equipo de informática que tenían, para que crearan en *Delirium* una red tan blindada como la que solo ellos podían crear.

—Excelente —comenté en cuanto llegamos a la entrada del salón principal—. Estaré en el VIP con algunos de mis sumisos —añadí.

Él sabía que, en otras palabras, le estaba pidiendo que se asegurara de que nadie ajeno a mi *harem* nos interrumpiera.

—¿Le aviso de *algo* en especial? —cuestionó. Inevitablemente una de las comisuras de mi boca se alzó como si tuviera vida propia, al saber a qué se refería con ese algo.

—Para ser sincero, no creo que esa fiera se asome por aquí en un buen tiempo. —Acepté.

La noche anterior me confirmó que estaba decidida a cortar todo lo personal conmigo (por si no me quedó claro en su casa del sur, como la llamó), a pesar de morirse de ganas porque la tocara, lo dejó por sentado al irse de mi *penthouse* sin despedirse. Y tras robarme la tranquilidad junto a aquella información, dudaba que se atreviera a volver al club.

—¿Y si se equivoca? —insistió Stefan haciéndome reír.

—Entonces ya sabes dónde encontrarme. —Concedí.

Asintió de acuerdo y se quedó en mi pasillo privado, dejándome seguir el camino por mi cuenta.

Oteé el lugar, descubriendo que se encontraba a tope. Era una de esas noches en las que todo el personal debía mantenerse más atento a lo que sucedía, y en el que la seguridad se doblaba para evitar percances de mal gusto que terminarían con mi mazmorra llena.

Y así como me sentía, era mejor que no me tocaran los cojones, ya que no respondía por mis actos.

No saludé a nadie en el camino, únicamente a los guardias que custodiaban los escalones hacia el VIP. Subí sin perder el tiempo y al entrar a la sala privada encontré a Allison y a Marco besándose

entre pequeñas risas, junto a Duriel, otro de mis sumisos propios, quien les decía lo que supuse que les causó gracia.

—¿Me invitan a la fiesta? —pregunté.

—Amo —me saludaron los tres al unísono.

Marco y Allison se pusieron de pie y tomaron una posición de humildad, con las manos hacia atrás y la mirada en el suelo. Duriel (que era su *alter ego*) optó la postura nadu, de rodillas.

El respeto y la felicidad que mostraron al tenerme frente a ellos consiguió que algo en mi pecho se removiera de tal manera, que tuve que llevarme una mano hacia ahí para sobarme y tratar de aliviar la incomodidad.

«Jamás debiste faltar a tus normas, cabrón», pensé con reproche.

Era imperdonable que dejara en el descuido a las personas que llevaban años a mi lado, como esos tres, quienes lidiaron conmigo incluso en mis peores momentos, por estar detrás de una mujer con la cual teníamos intereses distintos.

«Jamás pretendas querer a alguien que no conoce tu mundo, porque en lugar de respetarte, te creerá un bastardo».

Las palabras de mi Maestro me asaltaron como unas malditas putas llenas de razón.

—No más caminos desviados —musité de tal manera que solo yo pudiese escucharme y caminé hacia mis sumisos.

Los saludé con caricias y besos, profundizando con Duriel, quien gimió en mi boca, expresando así cuánto me había extrañado. Mi cuerpo en ese instante se desconectó con lo que mi cabeza quería y actuó ante la necesidad fisiológica que durante días me estuvo torturando.

Mi deseo sexual, el cual había aumentado de una manera preocupante.

Los ojos de mi sumiso brillaron con satisfacción en cuanto me erguí en toda mi altura, lamiéndose los labios al ver la erección que me provocó y sonreí con malicia, recordando lo bueno que era con su boca. Aunque el gesto desapareció y la furia me embargó cuando a mi cabeza llegaron las imágenes de lo que estuvo a punto de suceder en mi consultorio días atrás, antes de que Dominik lo interrumpiera.

Porca puttana.

—¿Todo bien, Amo? —preguntó Marco, dándose cuenta de mi cambio abrupto.

Asentí enseguida.

—Bebamos algo —propuse—. Y salgan de rol porque necesitamos hablar.

Me fui detrás de la barra y les serví un trago a Marco y a Allison, y saqué un refresco para Duriel, ya que él no ingería alcohol. Yo por mi parte bebí mi licor de inmediato y vertí otro poco antes de comenzar a hablar, dejando de lado el protocolo al cual nos basábamos, pues esa noche no se encontraban en mi sala VIP únicamente por placer.

—Samael, ¿qué está pasando? —me preguntó Duriel, yendo directo al grano.

Él estaba en sus treinta, igual que Allison y su marido. Era un inversionista muy influyente en su mundo y dentro del BDSM se hallaba consiguiendo una trayectoria como sumiso bastante anhelada, por los Dominantes, sobre todo.

—Me ocasionaron un problema grave, del cual me he estado encargando en estas semanas, pero ya todo está bajo control. —Esa era una mentira a medias—. Además, fuera de aquí también he tenido asuntos delicados que resolver, por eso delegué en Allie la responsabilidad de mi *harem* —terminé de responderle.

—¿Y con los rumores? —Me mordí la sonrisa ante esa pregunta. Fuera de rol, Duriel era muy directo, un rasgo que me gustaba tanto como enervaba—. Porque estoy suponiendo que Allie ya te comentó todo lo que se está hablando desde que trajiste a aquella mujer y le propusieras ser tu

sumisa.

Me alegré de que no hiciera ese último comentario con provocación, ya que habría aumentado mi molestia.

—Son rumores, *caro,* tú mismo lo estás diciendo. —Zanjé—. Y me encantaría saber quién es el, o la encargada de esparcirlos, ya que en ningún momento se me ha cruzado la idea de romper contratos con algunos de ustedes, sin tener motivos de peso para ello. Me conoces bien, yo no jodería mi reputación solo por una persona que no aceptó ser mi sumisa.

Eso leí en el correo que Allison me envió, la preocupación de varios sumisos sobre las sospechas de que yo pensaba romper con nuestros contratos, lo que llevó a que algunos Dominantes le enviaran a ella, Marco y Duriel, una propuesta para que se convirtieran en sus sumisos.

Y que yo me haya ausentado, dejando a Allison a cargo del *harem,* únicamente alimentó esos rumores.

—¿Has averiguado quién fue? —le pregunté a Marco.

Los tres se miraron entre sí y la incomodidad me avasalló.

—No hay certeza. Y prefiero asegurarme al cien por ciento, antes de lanzar una acusación de esa índole —respondió él al fin.

Me llevé el vaso a la boca y de nuevo bebí mi licor de un sorbo, soltando un gruñido.

—¿Y quién les envió los correos?

—Vidian y Leviatán —respondió Marco, dándome los *alter ego* de esos malnacidos.

Solté una risa carente de gracia.

—Por supuesto que fueron esos malditos carroñeros. —Satiricé.

Me había llevado años elegir a cada persona con la que compartiría ese lado de mi vida, pasé días aleccionándolos, mostrándoles lo grandioso de mi mundo, convirtiéndolos en los mejores, formando un *harem* excepcional, como para que esos hijos de putas envidiosos aprovecharan mi inactividad y quisieran embaucarlos, creyendo que lo conseguirían al usar patrañas.

Pero, siendo sincero, debí esperarlo.

En mi entorno era sumamente envidiado por esos dos, ya que obtuve de un gran número de personas, lo que ellos no lograban conseguir de unos pocos: la devoción, entrega, lealtad y respeto. Sin contar la satisfacción, puesto que, incluso con mi edad, era el único capaz de satisfacer a jóvenes y mayores por igual, manteniendo la potencia de un chico que recién descubría el sexo.

Y no me jactaba de nada, simplemente yo tenía en mi sistema un extra que me servía tanto de premio como castigo, según mi estabilidad emocional.

Los espectáculos que daba con mi *harem* en las fiestas de alto protocolo eran codiciados y aclamados. Me gané la reputación de uno de los mejores Dominantes por mi cuantiosa cantidad de sumisos, y asimismo por el placer que les impartía, sin embargo, por ello también me mantenía en el ojo de malnacidos envidiosos que estaban a la espera del más mínimo error de mi parte, para desacreditarme y hacerme pedazos al arrebatarme el respeto por el que tanto trabajé.

Un carraspeo me sacó del ensimismamiento en el que me metí, y al buscar la procedencia encontré a Phia, con el rostro pálido y los ojos llenos de incredulidad viéndome directamente.

—Buenas noches, Amo —saludó. Miré a Allison antes de responderle, queriendo saber si ella la había invitado, pero esta negó con sutileza—. Ninguno de ellos me comunicó de esta sesión, no los mires así —prosiguió y en ese instante me di cuenta de que mi noche no sería fácil.

—Me llamas Amo, pero no estás en tu papel de respetuosa sumisa, Sophia —señalé, llamándola por su nombre.

Noté su intención de bajar la mirada, pero se contuvo.

—Ellos tampoco —debatió y la miré con una ceja alzada.

—¿Quieres algo de beber? —Ofrecí, tomándola por sorpresa—. Vienes muy pálida, así que, supongo que necesitas un poco de valor líquido para confrontarme como deseas hacerlo.

Carraspeó de nuevo antes de responder.

—Coñac, por favor. —Asentí y busqué la botella, escogiendo la más cara del bar para luego servirle un poco en una copa tulipán.

—Toma asiento —demandé, señalando una butaca al lado de Duriel.

Me mantuve detrás de la barra, como un *bartender* dispuesto a servirle a mis sumisos.

Para algunos ese gesto podría parecer de sometimiento, sin embargo, esas cuatro personas frente a mí eran testigos de que mi dominio prevalecía incluso en los actos más dóciles.

—Bebe. —La insté tras servirle. Lo hizo enseguida y no dejé de mirarla en ningún momento.

Mis otros tres sumisos se quedaron en total silencio, mirando sus vasos, manteniéndose ajenos a lo que estaba sucediendo entre Sophia y yo, captando en mi tono el correctivo que pensaba impartir.

—No… —Ella volvió a carraspear para bajarse el resquicio de coñac que le quedó en la garganta luego de darle un sorbo—. No has respondido mis llamadas ni mis mensajes.

—Tampoco tus correos —añadí y apretó la copa en su mano.

No le respondí a nada porque lo único que quería era que le explicara mi razón de proponerle a Iraide que fuera mi sumisa, ya que también le llegaron los *rumores*. Y sentí el reclamo en sus letras, también en los correos de voz que me dejó y mi cordura ya era muy poca como para enfrentarme también a ella.

—Y enterarme de esta reunión y no haber sido invitada, o por lo menos notificada, me hace pensar que, en efecto, estás pasando de mí —prosiguió.

—Pasé de ti, pero no en esta reunión, ya que quien se encargó de ella fue mi sumisa Alfa, por lo que era quien decidiría a quién notificarle.

Sophia nunca había podido camuflar su mirada con lo que sentía, razón por la cual noté la molestia que la estaba carcomiendo.

—¿Ustedes también están molestos por la propuesta que nuestro Amo le hizo a *aquella mujer*? —Sonreí por el retintín que usó en lo último.

Marco y Duriel la miraron con sorpresa por el atrevimiento que tuvo (que, si bien era válido, no aceptable), Allison le dejó entrever la molestia que le provocó su tono.

—Yo nunca he cuestionado sus decisiones, si estas no me afectan a mí —declaró Marco, luego de que con la mirada le autorizara responder.

—Y una sumisa más, nunca nos ha afectado. —Acotó Duriel.

—¿Están seguros de que con este *prospecto* no pasará lo mismo? Porque ustedes han visto por cuenta propia cómo nuestro Señor se ha alejado de nosotros luego de que ella pidiera ser la única y después rechazara la oferta cuando él se negó a dejarnos.

Me mantuve callado, con el rictus imperturbable, analizando lo que Sophia hacía, permitiendo que deliberaran entre ellos. Le di la razón en algunos puntos, aunque no era ningún imbécil e identificaba sus celos porque aquel *prospecto* fuera Iraide Viteri.

Al parecer esa hermosa criminal no estaba haciendo temblar solo mi estabilidad.

—Sabemos las razones de nuestro Señor, Phia, y nada tiene que ver Ira —soltó Allie y me regocijó que ella sí se refiriera a Iraide por su nombre—. Y cuidado, querida, porque solita estás dejando entrever que la causante de la preocupación dentro del *harem*, eres tú.

—¿Insinúas algo?

—No, estoy dejando claro que has sido tú la encargada de infundir temor entre nuestros

hermanos de collar. Utilizando tus propias inseguridades para meterles cizaña.

—¡Espero que tengas pruebas de lo que me acusas! —espetó Sophia, manteniendo a duras penas la elegancia que la caracterizaba.

—Claro, querida. ¿Quieres que lo exponga frente a nuestro Amo?

—¡Suficiente! —intervine, previendo cómo terminarían las cosas con esas dos.

El choque de sus carácteres, además de los años que tenía Allie a mi lado, fueron la principal razón de que ella se convirtiera en la alfa de mi *harem* y no Sophia.

—¡Sí, Samael! Ya es suficiente. —Largó Sophia, encarándome al fin—. ¡Tú eras consciente de lo que acarrearías al pedirle a esa maldita pu…!

—Cuida tu tono y lo que vas a decir —advertí con la voz tranquila, pero la paciencia en un hilo, cortándola en un santiamén. Frunció los labios, controlando su furia por muy poco—. Tus roces con Ira no tienen nada que ver con lo que yo deseo de ella, y no es un motivo para que comiences rumores estúpidos, ya que jamás se me ha cruzado por la cabeza dejar a algunos de mis sumisos.

—¿Y qué pasa con todo lo que te dije de ella? —preguntó entre dientes.

—La pregunta aquí es ¿qué pasa contigo, Phia? —inquirí y no le permití responder—. ¿Acaso crees que tu Amo es un imbécil sin criterio propio que se dejará llevar por lo que le dicen de las personas, en lugar de juzgar por su cuenta?

—No, pero sabes mi pasado con ella. ¡Te hablé de lo que me arrebató y no considero justo de tu parte que me hagas lo mismo! —bramó.

Le di una mirada a Allie, ella comprendió lo que quería y dio un paso atrás junto a Marco y Duriel, yéndose al sofá en el que antes estuvieron. No requería privacidad porque ellos eran de mi entera confianza, pero sí espacio para que Sophia no se sintiera acorralada.

—Veo que el tiempo a mi lado no te ha servido para conocerme —señalé para Sophia.

—No se trata de eso, Samael.

—Se trata de tu inseguridad —repliqué—. Y, según estoy comprobando, también de que te has formado una idea equivocada de nosotros, algo imperdonable para una sumisa de tu talla. —Tensó la mandíbula, pero no dijo nada—. Soy tu Amo, tu Señor, tu Dominante, no tu pareja. Y esos celos e inseguridad que estás sintiendo al saber que busco algo con Iraide, son tu responsabilidad, no la mía, y en lugar de controlarlas pretendes controlar lo que yo haga con *mi vida,* y responsabilizarme a mí para que tú estés tranquila.

—Tú no la conoces como lo hago yo —siseó y chasqueé con la lengua.

No rebatió en nada de lo que dije antes porque era algo que ella misma aceptó luego de muchas terapias para trabajar en su miedo al abandono, lo que la hizo soportar el maltrato de su difunto marido.

—¿De verdad la conoces? ¿O solo tienes conocimiento de que fue amante de tu esposo? —cuestioné y me miró con indignación.

—¿Qué clase de mujer se mete con un hombre casado? —inquirió ella.

—¿Y si no tuvo otra opción? —Devolví.

No conocía mucho de Iraide, únicamente lo que Allison y Marco investigaron de ella y lo que yo aprendí por mi cuenta en nuestras charlas, pero sí sabía todo de Frank Rothstein gracias a mi difunta cuñada, quien fue su aliada aproximadamente veinte años atrás, así que era consciente de la clase de hijo de puta manipulador que fue.

Y el hecho de que Iraide considerara que yo pretendía que fuera mi segunda opción, me dio a entender que nunca quiso ser la amante de nadie.

—Por favor, Samael —se burló Sophia, sacándome de mis pensamientos—. Claro que tuvo otras

opciones, pero ninguna la llevaría al poder que su ambición le exigía. Así que no peques de inocente al creer que la *actual* líder de los titiriteros del mundo es una santa paloma —susurró lo último para que solo yo la escuchara—. Ella sabía lo que hacía cuando me robó el amor de *mi* esposo. —Se tocó el pecho con el índice para dejar clara su pertenencia. Respiraba con celeridad, incluso se ahogó en algunas palabras y los ojos le brillaron por las lágrimas que intentaba retener—. Y ahora intenta hacerme lo mismo contigo.

Alcé una ceja y la tomé del rostro, su piel estaba caliente por la furia que bullía en sus venas, aunque sus manos frías cuando me cogió de las muñecas, aferrándose a mi toque.

—Odio los reclamos sin fundamentos, por eso no respondí ni tus llamadas ni mensajes —expliqué. Ella se mordió el labio cuando este le tembló, con la intención de que yo no lo notara, pero no funcionó—. Y me enerva que me tomes por imbécil.

—Sama…

—Shhh —la corté, afirmando más mi agarre en sus mejillas—. No eres mi sumisa por ser estúpida, Sophia, no me decepciones mostrándome lo contrario. Iraide no te robó nada porque Frank no te amaba, jamás te amó y eres consciente de ello. ¿O no fue por esa razón que llegaste a *Delirium* la primera vez?

Su respiración se aceleró de tal manera que sus fosas nasales aletearon, pero no respondió porque no le dije ninguna mentira. Ella llegó a mi club por una amiga que, en su búsqueda por sacarla de la mierda, se apoyó del sexo, ya que la conocía y juró que era lo que Sophia necesitaba para darse cuenta de todo lo que se perdía por aferrarse a un hombre que únicamente la utilizó para mantener su fachada de señor respetable en la alta sociedad.

Bebimos un par de tragos en esa ocasión, no hubo sexo debido a que yo no me encontraba en buen momento con respecto a mi libido, y Sophia tampoco estaba segura de dar ese paso en la primera visita, pero sí necesitaba hablar con alguien ajeno a su entorno y yo tenía ganas de escuchar, por lo que supe que su marido había muerto recientemente en un trágico accidente y ella estaba en terapias psicológicas para superar la depresión que llegó con el luto.

Siguió llegando a *Delirium* en las siguientes semanas y continuamos únicamente con las charlas entre tragos, donde se abrió conmigo y me confesó el miedo al abandono que siempre experimentó, su dependencia emocional a un hombre que jamás la amó ni valoró, las inseguridades que tenía por ello y lo adicta que se volvió al maltrato físico y psicológico.

Para Sophia Rothstein el amor debía ser altamente tóxico, con golpes incluidos. Y con el pasar del tiempo, cuando el sexo entre nosotros llegó (luego de pedirme ser mi sumisa y que la entrenara teóricamente), aprendió que la rudeza solo debía aceptarla en la cama y que esta no tenía por qué doler de una manera que lastimara el alma.

—Y ella tampoco te robará nada conmigo, ya que el día que yo deje de respetarte y *apreciarte* como sumisa y amiga, será únicamente por tu culpa. No por la de nadie más. —Hice énfasis en el aprecio por si acaso se estaba confundiendo, y no lo pasó desapercibido, pero tampoco lo señaló—. ¿Lo tienes claro ahora?

La solté tras hacer esa pregunta y la vi tragar en seco.

—Si no lo hace, ¿por qué has dejado de buscarme?

—He estado ocupado y no te he dejado de buscar solo a ti.

—Acepto todo lo que me has dicho, te doy la razón. Pero acepta tú que debido a ella te estás descuidando de tu *harem* —exigió y tensé la mandíbula.

—No sigas con eso porque vas a hartarme.

—¿Te harta que señale la verdad?

Mi paciencia caducó en ese momento ante su maldita insistencia con el tema de Iraide y ella lo notó, todos lo hicieron en realidad, ya que Marco, Duriel y Allie se mostraron pendientes a mi reacción.

—De ro…

—Jefe. —La entrada de Stefan al VIP me cortó de golpe y lo miré con enojo, pero no era hacia él.

—¿Qué quieres? —bramé.

—Ha llegado.

Exhalé el aire que ni siquiera supe que estaba conteniendo, al entender a quién se refería y sentí la mirada de mis sumisos en mí. Carraspeé sin darles atención y me acomodé la ropa.

¿De verdad estaba en el club?

Aunque no sé por qué me extrañaba, si esa fiera me había dejado más que claro que era una descarada.

—¿Es en serio, Samael? —reclamó Sophia y la miré—. Es ella, ¿no?

—Phia —le advirtió Allie.

—¡Y una mierda, Allison! —replicó ella—. Samael sabe que el motivo de nuestra preocupación por su descuido es esa mujer y en lugar de seguir aquí con nosotros hasta resolver este asunto está corriendo a su encuentro.

Sophia tenía toda la razón. Me estaba descuidando de ellos por Iraide, pero (mientras la dejaba discutiendo con Allie, además de siendo retenida por Stefan para que no me siguiera cuando yo continué con mi camino) no me importó, pues lo único que tenía metido entre ceja y ceja en ese instante era encontrar a la causante de volver a faltarle el respeto a mi mundo.

Y vaya sorpresa la que me llevé cuando, tras apoyarme en el barandal de los escalones y observar por todo el salón principal, mi mirada la encontró y se imantó con la suya. Empecé a bajar fingiendo tranquilidad, pero con mil emociones bailando en mi interior al verla muy cerca del bastardo al que utilizó para joder mis servidores.

La maldita provocadora me sonrió con malicia y se acercó a su lacayo para pedirle algo, quien la tomó de la cintura con propiedad, acto seguido este miró a sus espaldas y me encontró y, de repente todas las palabras que le dije a Sophia minutos atrás me azotaron las mejillas con violencia cuando el hijo de puta le habló muy cerca de los labios.

Tensé la mandíbula, apreté los puños y respiré hondo. Y solo cuando recuperé una pizca de control carraspeé para llamar la atención de ambos, pero lo perdí en un santiamén y la locura me invadió al reparar en el cuello de la pelirroja y encontrar aquel puto collar, que portaba como si se tratara del seguro que acababa de arrancarle a mi bomba interior.

«*¡Cavolo, dolcezza!* Esta noche tendré que enseñarte que no es lo mismo invocar al diablo, que verlo llegar». Prometí, llevándome los puños dentro de los bolsillos delanteros de mi pantalón.

Iraide llegó a *Delirium* con el objetivo de acabar con mi cordura de una maldita vez, pero aprendería que de ello no saldría ilesa.

Me fui del salón antes de cometer una de mis mayores locuras, en un lugar donde todos me respetaban y conocían por mi faceta de Dominante, no por la del asesino desquiciado que necesitaba la sangre de aquel hijo de puta en mis manos.

—*Porca troia* —siseé, llevándome una mano a la nuca, enterrando los dedos en la parte de atrás de

mi cabello, tirando de él con la esperanza de recuperar un poco de control. Pero la furia que hacía hervir mi sangre por el intercambio que acababa de tener con esa pelirroja, no mermaba—. Si te lo estás follando vas a odiarme más, *dolcezza,* porque lo mataré y te entregaré su corazón como regalo —juré con un gruñido.

«Lo dejo a tu criterio, amor*».*

Su maldita respuesta me enloqueció al grado de querer echármela sobre el hombro y llevarla a mi mazmorra para demostrarle a punta de polvos que únicamente yo podía poseerla, pero una mínima parte de mi razonamiento todavía funcionaba, ya que fue la que me detuvo y le dejó ganar a ella esa pequeña batalla. Aunque no sin salir ilesa, su rostro lleno de asombro luego de besarla y arrancarle el collar me lo demostró.

Sonreí como un puto desquiciado ante el recuerdo.

—Jefe, ¿está todo bien? —preguntó Stefan al encontrarme en el pasillo.

—De maravilla —gruñí.

Palpé el material del collar, que todavía llevaba aferrado en mi mano como si mi vida pendía de él. Lo metí en el bolsillo de mi pantalón y seguí mi camino, con la intención de llegar a la cochera y pedirle a Albert que me sacara del club de una buena vez.

—Nos dejas en la sala VIP y ahora pretendes irte sin ofrecernos una disculpa. —Tensé la mandíbula al escuchar a Phia detrás de mí. Ni siquiera me di cuenta de dónde apareció—. Y después tendrás la desfachatez de decirme en la cara que ella no tiene nada que ver con tus descuidos.

—No es desfachatez, es la verdad —respondí con la voz más ronca de lo que esperaba y me giré para enfrentarla—. Mis descuidos también son mi responsabilidad como tus inseguridades las tuyas, Sophia. Yo decidí salir de la sala VIP y dejarlos.

—¡Por ella, Samael! ¡Por una mujer que ni siquiera pertenece a nuestro mundo! —espetó.

—Por lo que yo quiero de ella —corregí.

—¡Dios! Necesitas medicarte urgentemente porque este no eres tú. —Apreté mis molares de tal manera, que fue un milagro que no se me rompieran, por lo que sugirió—. Ve a conseguirle su antipsicótico para que recupere la razón —soltó para Stefan.

Respiré hondo antes de cometer otra locura con ella.

—Señora, evite esos comentarios —pidió mi guardia dándose cuenta de la pulla que Sophia utilizó y de cómo eso repercutió en mí.

—Evita tú meterte en lo que no te importa. —Largó ella.

—Respeto, Sophia —gruñí, pues no permitiría que se pasara con mi personal.

—Entonces respétame tú —exigió y exhalé el aire retenido antes de dar un paso hacia ella—. No quiero a esa maldita en tu *harem.*

Solté una carcajada burlona al escucharla.

—Pues ya sabes qué hacer —le recordé y sus ojos se abrieron de más.

En nuestro contrato Amo-sumisa se estipulaba que yo podía romperlo si no estaba conforme con su desempeño dentro del rol, de lo cual no tenía ninguna queja. Asimismo, ella podría hacerlo por las mismas razones, cosa que definitivamente me repercutiría para mal, pero en ese momento no me importó.

—¿De verdad estás dispuesto a perder tu reputación por ella? —inquirió anonadada porque le sugiriera dejar de ser mi sumisa.

Me acerqué hasta que la tuve a centímetros.

—Estoy dispuesto a perderla si con ello me desharé de sumisas aprovechadas que utilizan algo muy personal para mí, con tal de joderme, únicamente porque no pueden dejar el pasado a donde

pertenece, ni aceptar las cosas como son —aclaré y el brillo de vergüenza en sus ojos me dio a entender que acababa de darse cuenta de la cagada que cometió—. Vuelve a utilizar eso en mi contra y te prometo que buscaré una buena razón para romperlo de mi parte. —Acaricié su mejilla con el dorso de mis dedos tras decir eso y ella dejó salir una lágrima—. *¿Hai capito, cara, vero?* —«¿Lo has entendido, cariño?».

—Amo… —Entró en rol con la intención de revertir su cagada y en un santiamén se puso de rodillas. Di un paso hacia atrás en cuanto ella llevó su torso al suelo, con los brazos extendidos y la frente pegada al piso—. Lo siento, jamás debí decir lo que dije. Recibiré con gusto el castigo que desees darme.

Su voz sonó ahogada y la miré desde mi posición. Lucía espléndida, como una sumisa que, a pesar de su desacato (y como acababa de decirlo), estaba dispuesta a recibir mi castigo. Las curvas de su cuerpo se marcaban a la perfección en esa ropa de diseñador que llevaba puesta y, mi libido por las nubes reaccionó a ello; fui capaz de imaginarla en mi mazmorra, cumpliendo todas mis fantasías y la erección que se alzó dentro de mi pantalón lo dejaba ver.

Pero, apreté los puños y tragué en seco porque mi cabeza no estaba de acuerdo con mi deseo sexual, ya que, incluso teniendo a Sophia a mi disposición dándome ese espectáculo tan caliente, yo seguía deseando a aquella pelirroja cabrona que se burló de mí en mi cara.

—Vete a tu casa, Phia —demandé.

No la dejé responder, me di la vuelta y continué mi camino hacia a la cochera, yéndome de *Delirium* en peor estado del que llegué.

CAPÍTULO 35

Iraide

Me encontraba en la sede de *The Sevenths,* en el centro de Manhattan, ubicada en la última planta de una tienda prestigiosa (al siguiente día de mi visita a *Delirium).* Todos los miembros de la asociación estábamos sentados alrededor de una mesa, viendo las noticias en la televisora local.

El DJ y cantante francés, Enzo Laurent jamás llegó a su concierto.

El gobierno de Francia le exige a Estados Unidos que responda por la desaparición de Enzo Laurent.

La persecución que se llevó a cabo a unas avenidas de distancia de la ubicación del hotel de Enzo Laurent está relacionada con su secuestro.

Miles de fans se concentran a las afueras del hotel Thompson para dejar flores, velas, fotografías del cantante y rezan para que él vuelva con bien.

«Bien muerto», pensé y sonreí sin poder evitarlo.

Esos eran los titulares que más repetían los noticieros y suspiré profundamente cuando Wayne Nelson se dignó a silenciar la televisión.

—Bien, mi querida Iraide. Sabes que siempre te he apoyado y respeto tu liderazgo, pero esta vez me uno a los demás compañeros y te exigimos una explicación, ya que, después de la detención de Faddei, tenemos claro que fuiste tú la causante de este embrollo que nos afecta, y mucho —dijo el hombre moreno con su voz perezosa.

Faddei estaba de pie al lado del umbral de la puerta, junto a otros hombres de confianza de mis socios.

Yo por mi parte, me sentía cansada gracias al dichoso francés y a mi noche en *Delirium,* puesto que conciliar el sueño no fue fácil con el recuerdo del beso que Fabio me dio, junto a su actitud y las declaraciones de Allison. Así que, ser convocada a esa reunión de emergencia no era de mi agrado.

—Te daré una explicación porque también te respeto, Wayne —avisé y miré a los demás. Ronald y Harold se vieron entre sí y sonrieron con suficiencia, los otros únicamente negaron y pusieron su atención en mí—. Como ya todos saben, esas noticias son parte del protocolo para que las autoridades y el gobierno sigan manteniendo su fachada de personas estúpidas e ignorantes de lo que sucede a su alrededor, aunque detrás de la puerta se estén codeando con nosotros —seguí, hablando con voz tranquila—. Me encargué de Laurent debido a que quiso dárselas de astuto con la organización, robando información. Pruebas, para ser más exacta, sobre el tráfico de órganos a nivel mundial y que, por supuesto, inculpaba a los séptimos de forma directa —admití. No les mentiría, aunque tampoco les iba a confesar cómo obtuve esa información—. Así que, de nada, Hector y Gary —ironicé hacia esos dos, ya que eran los séptimos que manejaban esa red en la asociación.

—¿Cómo es posible que el tipo haya robado información y nosotros nos enteramos hasta hoy? —inquirió Hector con soberbia y sonreí porque en momentos como ese comprobaba lo bien que nos quedaban nuestros apodos.

—En Inglaterra había un leve rumor sobre que, cierta información delicada podía ser sacada a luz y nos afectaría, pero se quedó en eso, en sospechas sin fundamentos hasta cierto punto. —Acotó Gary.

—¿Y cómo es posible que lo digas hasta ahora? —preguntó Eugene con molestia.

—¿Si entiendes lo que significa: rumor? —ironizó Gary hacia él y me reí con evidente burla.

—Para mí significa que todo se puede ir al carajo si dejas pasar un rumor y no lo investigas a fondo, como se debe —señalé, ganándome de nuevo la atención de todos.

—¿Cómo lo supiste? —Quiso saber Wayne, tratando de regresarnos *a lo importante*.

—Escuché *un rumor* y lo investigué a fondo —respondí con tono de burla, adulándome con ellos —. Puse a trabajar a mi gente, a mis hackers, y descubrimos que Laurent era el que quería dárselas de valiente. Pero no solo me enteré de eso, ya que mientras lo torturaba, el tipo me cantó al oído por última vez y me dijo quiénes lo protegían aquí. Lo que me lleva a una pregunta directa para Ronald. —Él me miró en cuanto escuchó su nombre y vi su molestia.

Cosa que me hizo reír, pues era como si esperara un ataque de mi parte y no estaba equivocado, aunque en ese momento solo iba a probarlo.

—Tú que eres amigo con Sophia, ¿sabes su interés en querer proteger a Laurent? Porque te recuerdo que, *si tu amiga* dejaba que esa información se filtrara, te afectaría a ti y no solo a Hector y Gary —solté.

—¿Me estás acusando de algo? —espetó.

—No, Ronald. Ira te está haciendo una pregunta interesante de la cual todos queremos saber la respuesta —respondió Hector por mí y me recosté bien en mi silla, tratando de no sonreír para no parecer tan perra esa vez.

—¿Él te dijo que Sophia lo protegía? —preguntó Ronald ignorando a Hector.

—Me dijo que una legisladora de Washington lo trajo al país con la promesa de protegerlo mientras él lograba filtrar esa información que poseía. Así que, ¿crees que con eso era necesario que dijera el nombre? —mentí para mi beneficio y por el gesto de Ronald noté que ignoraba eso, pero también se lo esperaba.

En ese momento Sophia Rothstein era la única mujer legisladora.

—Necesitamos tener una charla con la legisladora, así que, si están de acuerdo la citaré —comentó Eugene.

—Respetamos a Sophia por ser la viuda de nuestro antiguo líder y esto nos compete más a Gary y a mí, así que seremos nosotros quienes le hagamos una visita para dejar las cosas claras, ya que nuestras consideraciones se pueden ir a la mierda si ella decide dejarse guiar por una venganza estúpida. —Zanjó Hector y esa vez estuve de acuerdo con él.

Ella podía tener resentimientos conmigo, pero eso no significaba que nos jodería, o trataría de hacerlo solo por querer probar algo.

—Esperamos contar con tu discreción, Ronald —urdió Gary y el susodicho asintió.

—Ya lo dijo Hector, las consideraciones saldrán sobrando si ella ha tenido algo que ver —admitió y eso me tomó por sorpresa.

Pero lo disimulé muy bien.

—¿Te aseguraste de que el tipo no haya dejado pruebas con alguien? —inquirió Wayne para mí.

—Por supuesto, mi viejo amigo. Cuando hago algo, trato de que sea perfecto. Así que no hay pruebas y tampoco cuerpo. Eso significa que ahora mismo ese DJ y sus ganas por ser mártir, son solo un mito. —Apostillé con sorna y él sonrió dándose por vencido.

—Conque esas personas rezan en vano —se burló Eugene y le guiñé un ojo como respuesta.

—Bueno, gracias por quitarnos ese problema de encima —dijo Hector de pronto y le sonreí.

Pero no fue una sonrisa amable, sino más bien una de satisfacción porque los había hecho retractarse de todo lo que quisieron joderme cuando entré a esa oficina. Y, por supuesto que Harold no fue el más feliz al presenciar eso, tampoco Ronald.

Él más bien lucía preocupado y eso me satisfizo.

—Si no hay cuerpo, deberemos implantar un clon de ese DJ y trazar una buena historia para que los noticieros dejen esto atrás —recomendó Wayne—. Ya luego le daremos una muerte tranquila para que desaparezca de la faz de la tierra sin levantar sospechas.

Todos estuvimos de acuerdo con él, pues era el camino más fácil, y el que más utilizábamos, para deshacernos de aquellas celebridades que, en la búsqueda del bien, encontraban un pase directo hacia el más allá.

Inconscientemente pensé en Ace al llegar a ese tema y sonreí.

Al final, me marché de la oficina siendo la salvadora (como la mayoría de las veces), aunque esa vez varios de mis socios lo admitieron. Faddei acababa de avisarme que el detective Duncan y Dimitri iban para la financiera y juré que, si era para investigarme de nuevo, no los recibiría tan amable esa vez, ya que me estaban cansando y más después de Dimitri hubiera instalado micrófonos en mi territorio.

A eso se le sumó Ace, él había regresado a cuidar a Gigi y me envió un mensaje pidiendo que nos viéramos y que ella estaría presente, lo que me llamó mucho la atención.

—¡Viteri! —Escuché que dijeron cuando estaba a punto de subirme al coche. Faddei abría la puerta para mí y ambos vimos a Eugene llegar a paso rápido—. ¿Vamos a cenar esta noche? —propuso y me hizo alzar las cejas.

—Vaya que eres directo —dije y sonrió de lado.

—Acepta mi invitación, Viteri —pidió y algo en su tono me indicó que no quería solo cenar y menos trataba de flirtear conmigo.

—Pasa por mí a las siete y llévame a un lugar bonito. —Acepté y le guiñé un ojo para luego subirme al coche.

Lo vi sonreír y me guiñó el ojo de regreso, una respuesta de su parte que me hizo confirmar que no estaba equivocada con lo que pensé. De seguro pretendía proponerme algún tipo de negocio o decirme algo importante.

Cuando nos pusimos en marcha dejé la farsa de tranquilidad y pensé en todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Comenzaba a sentirme como en medio de aguas tranquilas y mi experiencia me hizo saber que esas eran las más peligrosas, así que algo en mi interior me gritó que me protegiera y preparara lo mejor que pudiera, para que no me tomaran por sorpresa.

Por lo que, guiada por mi instinto y mi voz interior, envié un correo electrónico para el CEO de la empresa donde Ace me aconsejó invertir. Lo hice a través de una red segura que ellos mismos crearon para sus clientes y le pedí que acelerara el proceso de mis armas, sin importar los costos que eso requeriría.

«No se puede desatar un nudo sin saber cómo está hecho».

Recordé, apegándome, igual que siempre a eso: a no permitir que nadie supiera cómo estaba hecha yo, para que no pudieran deshacerme.

—¿No notaste sospechoso a Hall? —preguntó de pronto Faddei, refiriéndose a Eugene.

—Últimamente noto sospechoso a todo el mundo —admití y giró el cuello para mirarme.

Se le hizo fácil, ya que yo iba detrás de Kadir, quien conducía, y Faddei a su lado.

—Eso me ofende, Ira. Después de todos estos años y de la fidelidad que te he demostrado, es tonto que me incluyas.

—Sophia le fue fiel a Frank por años y mira cómo terminó —le recordé.

—No me compares con una relación de conveniencia cuando yo he estado a tu lado porque quiero —reviró con dureza y bufé irónica.

—Camina derecho conmigo, calvo del demonio —aconsejé.

—A veces me es imposible no pensar en que Ace tiene algo que ver con tu cambio, puesto que, desde que él llegó a la organización me dejaste de lado y hasta parece que confías más en ese recién llegado que en mí —soltó molesto.

Algo que me hizo apretar los labios para no reír, ya que parecía un muchacho caprichoso.

—¿Estás celoso de Ace? —inquirí.

—¡Por supuesto que lo estoy, Iraide! —admitió sin vergüenza y eso sí que me hizo carcajear.

—Yo también lo estoy, mi señora. —Se le unió Kadir y me miró por el retrovisor.

Me fue imposible no soltar una carcajada más fuerte en ese momento, al verme atacada por esos dos celosos y, sobre todo, por el valor que Kadir tuvo de aceptarlo y aprovecharse de la rabieta de Faddei.

—¡No te rías, pelirroja del demonio! —exigió Faddei e incrementó mi burla.

Provocando que ellos también se rieran al verme a mí divertirme con sus celos, aprovechando que eran pocas las veces que situaciones como esas sucedían.

Cuando llegué a la financiera ya Dimitri y el detective Duncan me esperaban, y tuvieron suerte de que los celos de mis dos guardaespaldas mermaron un poco el malhumor que sentí al saber que llegarían, puesto que eso evitó que los saludara de una manera que no les gustaría.

Sin embargo, jodieron mis buenas intenciones de ser educada cuando notificaron que me buscaban para preguntarme *si por casualidad* sabía algo referente al secuestro de Enzo Laurent, cosa que acabó con la poca educación con la que los estaba tratando.

—La próxima vez tratarán directamente con mi abogado, ya que lo que están haciendo es acoso, detective Dunn. —Zanjé.

—Únicamente decidimos hacer la pregunta porque uno de sus guardaespaldas fue detenido —explicó él.

—¡Por exceso de velocidad! —señalé hablándoles como a unos idiotas.

—Y cerca de donde se llevó a cabo el secuestro, señorita Viteri —soltó Dimitri y lo miré con ganas de asesinarlo.

—Faddei no es solo mi guardaespaldas, Dimitri.

—Detective Leblanc —me corrigió de inmediato.

—Detective Leblanc y una mierda, Dimitri —reviré.

—Señora, por favor.

—¡No! ¡Ya me hartaron ustedes dos! —espeté hacia Duncan Dunn—. La próxima vez que se aparezcan por aquí, que sea porque tienen algo concreto, pruebas o una orden para arrestarme, porque ya me cansé de sus visitas *rutinarias* —repetí—. Mejor pónganse a investigar bien qué le pasó a ese pobre hombre y dejen de perder el tiempo —exigí de paso.

Para ese momento ya me había puesto de pie y planté las manos sobre el escritorio, ambos estaban sentados frente a mí y me miraron con sorpresa por mi reacción.

—Señora Viteri…

—¡Fuera de aquí! —exclamé cortando al detective Dunn.

Dimitri me miró serio, queriendo decir cosas que sabía que lo iban a descubrir con su jefe y mordiéndose la lengua para no soltarlas; no me intimidé y lo enfrenté. El detective se puso de pie sabiendo que era absurdo continuar con eso y su joven colega lo imitó.

—No llegaste ayer al café —comentó de pronto.

Por supuesto que lo dejé plantado, y que estuviera en el café me sirvió para que no pusiera su atención en lo que sucedería con Enzo.

—Dimitri —le advirtió Dunn y sonreí como la perra que era.

—Y ahora tienes una marca en el cuello que indica que han utilizado fuerza contigo —siguió el susodicho, ignorándolo.

—No llegué al café porque tuve una cita con un hombre de verdad y me folló muy duro el jueves, igual que anoche. Así que luzco sus marcas porque me dejó muuuy satisfecha —mentí.

Él sonrió burlón y Duncan Dunn se sonrojó al escucharme.

—¿Un hombre de verdad? —preguntó el pequeño Cratch con burla.

—Sí, uno que no necesita implantar micrófonos en mi oficina porque lo que desea saber de mí, me lo pregunta de frente —aseveré y seguido de eso tomé el micrófono de la ranura del pisapapeles y lo puse de golpe frente a esos dos.

En ese momento me reí abiertamente porque Duncan miró a Dimitri con advertencia, al reconocer su equipo, y este último me observó a mí diciéndome de esa manera que el juego no había terminado.

—Fuera de mi vista antes de que me arrepienta de no demandarlos por invasión a la propiedad privada y acoso. Ya que ustedes son la justicia, pero yo soy una ciudadana americana con derechos que puede hacerlos cumplir con solo chasquear los dedos —amenacé.

El detective Duncan tomó el micrófono de inmediato y cogió a Dimitri de la cazadora para llevárselo. Me reí de él sin esconderme mientras los veía marcharse y juro que sus ojos brillaban con peligro.

Pero yo era peligro, así que eso solo me alimentó.

Alcé una ceja viendo a Ace entrar a mi oficina en casa, acompañado de Gisselle, y por supuesto que ambos iban discutiendo por algo, cosa que ya debía dejar de sorprenderme, sin embargo, en ese momento me pareció mejor concentrarme en ellos y no en aquella espinita en mi pecho que cada vez me pinchaba más.

Demasiada tranquilidad para ser signo de paz.

—El día que ustedes dos dejen de discutir, lo lamentaré, porque eso significará que se han sacado el odio a punta de sexo. Y pobre de ti si le pones un dedo encima a Gisselle —le advertí a Ace y, aunque me miró con cara de horror, también sonrió con picardía.

Y ese fue el aviso de que soltaría alguna de sus típicas tonterías.

—¡Uh! Me gusta ese lado posesivo y celoso que tienes, mi reina —dijo coqueto y rodé los ojos—. Pero no es necesaria la advertencia, ya que, de momento, a mi amigo le sigue apeteciendo una pelirroja cabrona que lo tiene castigado.

—Ace —solté con voz tranquila.

Gisselle lo miraba con asco, pero noté cuando sus ojos se concentraron en la sonrisa traviesa que

ese idiota me dio, mostrando sus dientes y colocando con malicia la punta de la lengua en su colmillo.

—Vengo aquí por una razón de peso, así que, por favor evita esos comentarios tan desagradables —demandó Gisselle, regresando su atención a mí.

Ace se quedó detrás de ella cuando se adelantó para tomar asiento y la miró con fastidio tras escuchar lo que me dijo. Por mi parte, sonreí al verla cambiar a una actitud altiva, no cabía ninguna duda de que en eso éramos iguales. Y no importaba que se cambiara el apellido las veces que quisiera, ya que ni siquiera con sacarse la sangre y luego ponerse otra, quitaría que fuera mi hermana y nos pareciéramos tanto en muchas cosas, a excepción del físico.

Y lo único que hacía diferente nuestra forma de pensar y vivir, era que Giselle se crio diferente a mí.

—He hecho cosas muy cabronas en mi vida, mi reina. Pero no creo que el karma sea tan jodido conmigo como para rebajarme de esa manera —soltó Ace, refiriéndose a mi comentario anterior y fui capaz de ver cómo Gigi se irguió y apretó la mandíbula.

—Bien, ya fue suficiente y mi día no ha sido tan maravilloso como el de ustedes para soportar sus dramas. —Zanjé al ver que de nuevo se meterían en ese tira y tira que mantenían desde que cruzaron caminos por primera vez.

Y decía tira y tira porque no veía que ninguno de los dos aflojara.

—Perfecto, vamos al grano porque yo también tengo cosas importantes que hacer —señaló mi hermana y con un ademán de mano le pedí que continuara con lo que sea que la llevó a casa—. Descubrí un micrófono en mi ropa —confesó y me llevé una mano al rostro.

—¿Cuándo?

—La noche que vine a reclamarte porque has puesto a este narcisista a vigilarme —dijo y abrí los ojos demás.

—¿Viniste a casa con esa ropa? —inquirí.

—No, me cambié antes —aseguró y eso me hizo respirar de nuevo—. El micrófono lo descubrí un día después, cuando iba a hacer la lavandería —admitió y noté que su tono de voz bajó, cogiendo un matiz de tristeza que me incomodó.

—Déjanos solas —le pedí a Ace y él obedeció inmediatamente, tenía el ceño fruncido por la curiosidad al ver y escuchar a Gisselle.

Pero por su bien salió de la oficina y me dio la privacidad que necesitaba con mi hermana.

La miré entonces, soltó el aire que había estado reteniendo y me permitió ver su vulnerabilidad así fuera por unos segundos. Mostró su cansancio por siempre aparentar que nada malo le sucedió jamás y su decepción porque todo resultó ser como se lo dije.

—De nuevo me usan para llegar a ti —lamentó y sentí una presión horrible en el pecho.

—Sé que de nada me sirve decirte que lo siento, pero de verdad lo hago, Gigi. Perdóname por joderte la vida —supliqué y ella sonrió satírica.

Pero detrás del sarcasmo escondía el dolor que casi nunca le permitía ver a nadie.

—Dimitri se ha seguido acercando a mí, ¿sabes? —confesó y la miré—. Y he fingido no saber del micrófono, de hecho, no se lo dije a nadie porque no estaba segura de que hubiera sido él. Te culpé a ti de ponérmelo en un principio, pero aun así no quise hacer algo estúpido y seguí mi vida como que nada pasara.

» Lo dejé en casa siempre, sin embargo, descubrí de nuevo al idiota de tu amante siguiéndome y le reclamé por habérmelo puesto él, no obstante, su sorpresa me indicó que no sabía nada y entonces hice mis matemáticas… El día que usé esa ropa Dimitri se acercó mucho a mí, demasiado, a decir

verdad, y por la noche tú me dijiste en la cara que estuvieron a punto de follar.

—No lo hice para dañarte, Gigi —aseguré.

Después de dos años era la primera vez que ella se abría así conmigo y me dolió la situación que nos llevó a eso.

—Dolió igual —admitió.

Me puse de pie al sentir que me ahogaba y me restregué el rostro. Como lo imaginé la otra noche, mi hermana estaba ilusionada con ese imbécil que únicamente pretendía usarla y deseé matarlo, ya que, lo de los micrófonos se lo podía pasar, pero no el que jugara con mi hermana.

—Te gusta mucho, ¿cierto? —urdí.

Calló por unos largos segundos, era como si estuviera analizando todo lo que había estado viviendo esos días.

—Tanto como para negarme a creer que había sido capaz de usarme para llegar a ti y de plantarme un micrófono —confesó y no supe qué decirle.

No la culparía de nada, de ingenua menos, porque a pesar de sus veintidós años y de haber tenido algunas citas en su adolescencia, la vida la traumó gracias a mí y después de tanta mierda, era la primera vez que se interesaba en alguien y, para su jodida suerte, lo hizo de un malnacido.

—¿Por qué nunca me dijiste que supiste lo de la playa? ¿O que sabías quiénes eran los culpables? —preguntó al percatarse de mi silencio y la miré con sorpresa porque nunca esperé que deseara saber eso.

—Caíste en depresión luego de ese día, Gisselle, y me odiabas porque creíste que al igual que mamá, yo también pensaba que solo querías llamar la atención, pero te juro por mi vida que nunca pensé eso. Al contrario, sabía lo que vivías y sentías en tu interior.

Me rompió en pedazos ver sus ojos brillosos por las lágrimas y quise acercarme a ella para abrazarla, pero mis piernas no se movieron porque mi cerebro no fue capaz de darles la orden.

—Me drogaron, pero tengo leves flechazos de ese día y… casi cada noche me despierto sintiendo a esos tipos a mis espaldas, gimiendo, jadeando, gozando y riendo mientras yo les suplicaba que pararan.

Apreté los puños con fuerza y sentí náuseas al escucharla.

«*Es una malcriada, caprichosa. Y no es la primera vez que no viene a dormir y, con lo pecadora que es, de seguro ha de estar con algún muchacho*».

Me había dicho mamá cuando Gisselle desapareció.

La policía la llevó a casa el segundo día por la tarde, iba con ropa que no era suya y en un estado deplorable. Parecía drogada, fuera de sí misma, pero en mi interior supe que era más que eso. Y no me equivoqué.

—Me sodomizaron, Iraide, y esos imbéciles se cuidaron muy bien para que no encontraran rastros de ellos en mí. Por eso seguí siendo virgen, por eso los exámenes forenses jamás arrojaron signos de violencia. Fue la violación perfecta —soltó y tragué con dificultad.

Para ese momento no me importó dejar que las lágrimas abandonaran mi rostro y deseé con toda mi alma podrida revivir a aquellos hijos de puta que hice pagar con mis propias manos, para torturarlos de nuevo por lo que le hicieron a mi hermana.

Y no, no fue la violación perfecta. Trataron de encubrir todo a la perfección, sí, pero al final lo descubrí y fue ahí cuando me encargué personalmente tanto de los policías, como de los forenses, investigadores y violadores hasta dar con quien dio la orden para que dañaran a la niña de mis ojos.

Hice pagar a cada implicado y acepté el odio de mi hermana para hacerme pagar a mí, ya que fue mi culpa que viviera semejante atrocidad.

CAPÍTULO 36

Iraide

Me fui a la cama con la cabeza hecha un lío y el corazón en jirones, gracias a los recuerdos de un pasado turbio y el dolor que los ojos de una inocente me hicieron ver que seguía intacto. Me la pasé dando vueltas sobre el colchón mullido, pidiéndole a la oscuridad de mi habitación que me consumiera, pero no funcionó.

Era de tarde apenas, sin embargo, quería desconectarme durmiendo un poco y al entender que no sería posible, me fui hacia mi salón de entrenamientos para sacarme todo de la mente con un poco de ejercicios, hasta que dieron las cinco de la tarde.

Volví a mi habitación a darme una ducha y a comenzar a prepararme para mi cena con Eugene, tomándome el tiempo necesario en limpiarme y usar cada exfoliante que tenía en el baño. Salí hasta que me sentí completamente limpia, no obstante, mantuve en todo mi cuerpo una sensación de suciedad y sabía a qué se debía.

Era por la sangre que derramaba de personas inocentes que se convertían en mis enemigos al no permitir que delinquiéramos tranquilos, mantenía en mi cuerpo la suciedad del pecado, como mamá lo hubiera descrito, y eso no me lo quitaría ni aunque me quemaran viva.

Sonreí de manera maliciosa al pensar en eso y comencé con mi ritual de belleza como si nada hubiera pasado. Como si un juez corrupto, un oficial aprovechado y un DJ francés, no hubieran tenido el privilegio de conseguir un pase directo a mi museo, sin la opción de retorno. Eso sin contar a los tipos de la persecución del jueves.

Me escribió Eugene y no le respondí.

Me coloqué el vestido que usaría y me puse un listón con funda en el muslo, muy cerca de mi ingle, para esconder un arma. Fruncí un poco el ceño mientras me acomodaba el cabello y escuché un escándalo en el jardín, caminé hacia la ventana para ver lo que sucedía desde allí y estuve a punto de correr la cortina negra, pero un grito desabrido me detuvo.

—¡Ira! ¡Por Dios, Ira! —Abrí la puerta de golpe justo cuando Kiara llegó con lágrimas en los ojos y los labios blancos.

Verla así me hizo imaginar lo peor y con agilidad tomé el arma que había escondido en mi muslo minutos atrás.

—¡¿Qué sucede?! —inquirí alarmada.

—¡Es Hunter! ¡Oh, Dios! ¡Hunter está muriendo! —soltó y sentí que el alma abandonó mi cuerpo.

No le pregunté por qué decía eso y tampoco le pedí más explicación; corrí detrás de ella y cuando me guio hasta el jardín entendí el alboroto que había escuchado. Uno de los hombres de seguridad trataba de auxiliar a mi bebé y negué con la cabeza en cuanto vi que de su hocico salía espuma blanca mezclada con rojo.

—¡He llamado a la veterinaria! ¡Ya vienen en camino! —avisó uno de los hombres.

Me tiré sobre mis rodillas al lado de mi chico y temí lo peor al verlo con los ojos en blanco y la lengua de fuera.

—¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Qué le han hecho?! —grité y nadie respondió.

Vi a Kiara llorar desconsolada, el tipo que auxiliaba a Hunter le abría el hocico para que la espuma saliera sin ahogarlo y yo quise alzar el arma para que alguno me respondiera cuando se quedaron en silencio.

—No sabemos, señora. Ha venido al jardín a vomitar y cayó de pronto al suelo —explicó Steven, el que lo auxiliaba.

—¡Joder, cariño! ¡No me puedes hacer esto! —grité hacia Hunter. Lo escuché llorar en cuanto me escuchó y eso me partió en mil pedazos, su barriga subía y bajaba con brusquedad y por momentos se contraía—. ¡Mierda! —grité desesperada.

—¡Apresúrense! —Escuché a Faddei y de pronto apareció con dos personas.

Corrieron al ver el alboroto e identifiqué sus uniformes como parte de la veterinaria más cercana a casa, la misma donde llevaba a Hunter a sus controles.

Pidieron espacio en cuanto estuvieron con nosotros y no me alejé como los demás, solo les di la distancia suficiente para que hicieran lo que debían y de paso les exigí que me dijeran qué había pasado con mi perro, pero me sugirieron que esperara.

—Debemos intervenirlo de emergencia porque lo estamos perdiendo —informó uno de los veterinarios.

—¡No! ¡No pueden dejarlo morir porque si lo hace… los mato a ustedes! —demandé, dejando que el dolor de ver a Hunter en ese estado y el terror por perderlo se apoderara de mí.

—¡Cálmate, cariño! —pidió Faddei cogiéndome de la cintura para apartarme de los veterinarios y lo miré con ganas de matarlo a él—. ¡Déjalos hacer su trabajo! ¡Hunter no va a morir, te lo prometo! —aseguró y vi en sus ojos que únicamente dijo eso para calmarme.

Pero me obligué a creerle porque no me daría el tiempo para pensar en la posibilidad de perder a mi perro, a mi chico, a ese ser que me daba el amor más puro que nadie jamás me dio.

—No me puede dejar, Faddei —murmuré con voz lastimera y vi que sus ojos se pusieron vidriosos al mirarme en ese estado, aunque no habló.

Me apartó para que los veterinarios hicieran lo suyo y en cuanto pusieron a Hunter en una camilla especial, se lo llevaron a la ambulancia en la que habían llegado. No dudé en seguirlos y solo porque la vida de mi chico estaba en sus manos, no los maté ahí mismo por impedirme subir con ellos. No obstante, Faddei ya tenía listo el coche y me fui de inmediato con él percatándome de que Kiara también iba ahí.

Seguimos la Van blanca con azul que encendió sus sirenas para abrirse paso y sentí que el tiempo se detuvo en el trayecto hacia el hospital veterinario. El silencio en mi coche solo era interrumpido por los sollozos de Kiara y quise gritarle que dejara de llorar como si Hunter ya había muerto, pero me mordí la lengua porque yo también deseaba soltarme en llanto, aunque me obligaba a aguantar.

Diez minutos después, Faddei ni siquiera se estacionó bien cuando yo ya había, literalmente, saltado del coche y corrí llegando a la ambulancia con la necesidad de abrir las puertas para agilizar el trabajo de los veterinarios, pero me contuve y miré con desesperación y miedo la barriga de mi chico, sintiendo esperanza en cuanto la vi moverse.

—Déjenos hacer nuestro trabajo, señorita —solicitó una mujer cuando quise entrar a la sala en la que metieron a Hunter.

Sentí a Kiara y Faddei contenerme y maldije y bufé desesperada. Eso no podía estar pasando, Hunter era fuerte y me obligué a pensar en que sobreviviría.

—¡Explíquenme qué carajos pasó porque no lo entiendo! —les pedí mientras caminaba de un lado a otro.

—Hunter ha estado bien, hoy lo estuvo todo el día hasta que salió al jardín a vomitar y… todo pasó muy rápido y de repente —explicó Kiara sin hipar en ese momento, ya que lo había estado haciendo por el llanto.

—La comida ha sido la misma y no sale de los límites de la casa si no es contigo o Kiara, así que no creo que sea por eso —opinó Faddei—, ya que según me informaron los hombres, no lo sacaste esta mañana —añadió viendo a mi amiga y ella asintió de acuerdo.

—No me temblará la mano para hacer pagar al culpable de que mi perro esté luchando entre la vida y la muerte —les advertí a ambos, pero ninguno se inmutó.

Kiara se limitó a seguir llorando, desesperada igual, o más que yo por la situación.

—Tengamos paciencia, Ira. Los médicos dirán qué sucedió en realidad —recomendó Faddei y respiré profundo.

La paciencia me había abandonado y quería que los veterinarios salieran a decirme qué sucedía, pero pasaban las horas y no daban señales. Incluso la asistente no supo darme una respuesta en concreto y eso me desesperó más.

Media hora después Gisselle llegó como alma en pena y miré a Faddei de inmediato, él asintió diciéndome así que le había avisado a mi hermana y lo comprendí, ya que, como dije antes, en un principio fue por ella que adopté a Hunter y juntas anduvimos de perrera en perrera hasta encontrar al cachorro que nos robó el corazón.

A Gigi más que a mí, puesto que siempre fui reacia a los bebés o animales, ya que pensaba que sacaban una parte vulnerable en los adultos y no me equivoqué, lo estaba viviendo en ese instante al sentirme frustrada por no saber qué hacer para que mi compañero fiel se pusiera bien y volviera a ser el mismo consentido de toda la vida.

Ace llegó rato más tarde y de inmediato se acercó a mí para preguntarme cómo estaba o qué había pasado, pero no le pude responder porque me encontraba llegando al borde de la locura por no tener noticias de Hunter; por lo que Kiara y Faddei se encargaron de explicar todo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a uno de los veterinarios cuando salió de donde tenían a Hunter.

—Hemos logrado parar el sangrado interno, pero lamentablemente Hunter ha entrado en un estado crítico. —Tragué con dificultad al escucharle decir eso y en mi periferia logré ver a Kiara y Gisselle llorando.

—Tiene que salvarlo —le exigí.

—Hemos hecho todo lo que está en nuestras manos, señorita. Ahora depende de su perro.

—¡Jo…!

—¿Puede decirnos qué lo ha llevado a colapsar? —pidió Ace, cortando mi maldición y tratando de evitar con eso que me fuera encima del tipo.

—Ha sido envenenado con una toxina que se encarga de destruir el tejido interno hasta lograr explotar los órganos —soltó y comencé a ver rojo y a sentir el sabor metálico en mi lengua—. Al principio creímos que lo pusieron en su comida o agua, sin embargo, Hunter presenta residuos de alimentos ya muy procesados y eso significa que llevaba varias horas sin comer, lo que no cuadra con el efecto del veneno, puesto que si hemos logrado hacer algo que nos dé esperanzas, es porque acaba de ingerirlo —explicó el hombre y miré a todos los que me acompañaban, estudiándolos y hasta prometiéndoles que si tenían algo que ver, la muerte solo iba a ser un premio que les daría hasta cansarme de torturarlos.

—¿Pudieron habérselo dado en algún juguete? —preguntó Ace, manteniéndose sereno.

—De hecho, es lo más lógico y si fue un juguete inflable mucho más, ya que, al Hunter jugar con él y morderlo hasta explotarlo, entonces el veneno saltó a su garganta de inmediato y me atrevo a decir que pudo haber sido en forma de píldora, de esas que se disuelven en el instante con el contacto de la saliva, cosa que no le permitió escupir como normalmente lo hacen los perros al sentir algo extraño en su hocico —afirmó el doctor.

—Antes de que todo pasara lo vi jugando con el hueso de goma que le compramos en *PetSmart,* pero sería ilo…

—Ordena que busquen ese juguete —le ordené a Faddei interrumpiendo a Kiara cuando dijo eso, él asintió de inmediato y se alejó.

Sabía por qué Kiara pensaba que era ilógico, pero no lo veía de esa manera y llegaría hasta el fondo del asunto antes de cometer una locura, aunque era seguro que, en cuanto diéramos con el culpable de poner a Hunter en esa situación, lo que desataría sobre él no sería tomado como tal.

—Le aseguro que estamos haciendo todo por mantener vivo a Hunter —aseguró el veterinario al verme girando esas órdenes y asentí.

Siguió diciéndome más cosas y vi a Faddei volver y a Ace alejarse tras mirar algo en su móvil, logré captarlo haciendo una llamada y únicamente dejé de poner mi atención en él cuando el calvo me aseguró que ya tenía a los otros hombres buscando el dichoso juguete.

Gisselle se me acercó en cuanto el veterinario se fue, diciéndome que estaba segura de que Hunter sobreviviría, yo me limité a mirarla y escucharla porque a pesar de las lágrimas en sus ojos, era más positiva y fuerte que yo.

—Ira, necesito decirte algo —avisó Ace de pronto, llegando a nosotras—. Déjanos a solas —le pidió a mi hermana siendo tajante, ella hizo una mala cara en respuesta, pero Ace ignoró a Gisselle y llamó a Faddei para que se acercara, lo que me indicó que lo que sea que iba a decir, no era bueno.

Mi hermana se alejó sin reproche alguno imaginando que los asuntos a tratar no eran algo que ella quisiera escuchar.

—Habla de una vez —le exigí sin humor alguno a Ace, no quería que nada interrumpiera mi atención con la salud de Hunter.

—Despliega a tu gente para que investiguen todo lo que puedan sobre Eugene Hall, yo ya he desplegado a la mía —sugirió Ace a Faddei y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué debo hacerlo? —inquirió Faddei, robándome la pregunta.

—Porque uno de sus hombres acaba de encontrarlo muerto en su apartamento de lujo y todo indica que ha sido un suicidio —soltó Ace y lo miré sin poder creerlo.

Horas atrás quedamos de vernos y solo había pasado una desde que le avisé que no podría cenar con él luego de que me enviara un mensaje diciendo que fue a casa a buscarme. El personal de seguridad le comunicó lo que pasaba al conocerlo y hasta se ofreció acompañarme, pero me negué.

Como me negué en ese momento a creer lo que estaban diciendo y menos a aceptar que se había suicidado.

Las aguas tranquilas que me estuvieron rodeando comenzaron a despertarse.

No me marché del hospital veterinario ni lo haría hasta que me llevara a Hunter conmigo, bien y sabiendo que iba a recuperarse, sin embargo, le pedí a Ace que averiguara más de la situación con

Eugene, y Faddei se encargaba de llegar al fondo del asunto con el envenenamiento a mi perro. Todas las cámaras estaban siendo revisadas, las de dentro de casa, así como del jardín y parte del bosque.

No estaría tranquila hasta dar con el culpable y pobre de él cuando cayera en mis manos.

—Deberían irse a casa —le recomendé a Kiara y a Gisselle.

Ambas se hallaban una sentadas al lado de la otra, pero sin hablarse, como era de esperarlo. Mi hermana revisaba algo en su móvil y mi amiga optó por escuchar música. Hunter estaría en terapia intensiva toda la noche, le hicieron una operación muy grande y delicada para limpiar la sangre que se regó por dentro, chequearon sus órganos y terminaron lavándole el estómago para sacar cualquier residuo que quedara del veneno.

¡Hijos de puta! Jamás les perdonaría que se metieran con un ser tan inocente.

—No te dejaré sola —aseguró Kiara y al ver la determinación en su mirada, entendí que no la convencería de lo contrario.

Había dejado de llorar, pero sus ojos y nariz estaban hinchados y tenía la voz queda, demostrando su dolor y tristeza.

—¿Puedes mantenerme al tanto de Hunter? —pidió Gigi y asentí—. Me quedaré en casa de mamá esta noche, Adiel ha tenido un ataque de asma y me escribió para que vaya a verlo.

—¿Está bien? —pregunté preocupada.

No sabía nada de ese ataque, mamá no me avisó y la ira me embargó porque no era posible que me dejaran fuera de algo tan importante.

—Sí, no te alteres. Mamá no lo sabe porque está en la iglesia, pero fue algo leve. Adiel lo pudo controlar con su inhalador y no quiso molestarlas. De hecho, acaba de decirme que lo tuvo, así que solo me quedaré con ellos para descartar que se repita —informó y respiré profundamente.

Gisselle sabía mucho sobre eso porque también lo vivía, lo desarrolló luego de lo que pasó en la playa, ya que la dejaron *dormida* cerca de las olas y fue una suerte que no se ahogara. Así que, aparte de la depresión en la que se sumió, también luchó con una neumonía que dejó graves secuelas y solo porque siempre fue tan dedicada en todo, incluso con su salud, es que había logrado controlar sus episodios asmáticos.

Nuestro hermano en cambio los sufría desde niño, no obstante, lo suyo era otro nivel y ya nos habíamos escapado de perderlo gracias a esa enfermedad.

—Dile que iré a verlo mañana, solo esperaré a tener nuevas noticias sobre Hunter y descuida, te informaré cualquier cosa que suceda —señalé.

Aseguré que nada me separaría de Hunter, pero Adiel era mi hermano y sabía que tenía que ir a verlo, aunque él podía esperar.

Gisselle asintió como respuesta y despedida, ya que, sin decir nada más se marchó. Kiara la miró con mala cara y yo entorné los ojos; siempre sería lo mismo con esas dos. Tras mi gesto mi amiga se encogió de hombros y buscó mi cercanía, pasando su brazo por mis hombros y recargando la cabeza en uno de ellos. Soltó un suspiro lastimero, los residuos de su llanto, y me limité a apoyar mi cabeza en la suya.

—Necesito que te cuides más de ahora en adelante —susurré para luego darle un beso en la frente.

Se separó de mí y me miró con miedo.

—¿Corremos peligro? —preguntó y sonreí.

—Siempre lo corremos, *amor*. Es solo que nos había dado una tregua, pero ha acabado —afirmé y eso hizo que me abrazara.

Me dejó sentir su miedo en ese gesto y se lo devolví para decirle de esa manera que mientras estuviera conmigo, siendo la amiga fiel que me demostraba ser, la protegería incluso con mi vida. Pero si me fallaba, yo misma le arrebataría la vida y sé que ella era consciente de eso, porque me conocía y se había dado cuenta de primera mano que yo odiaba con más intensidad de la que amaba.

Me regía por el odio, no por el amor.

CAPÍTULO 37

Iraide

A la mañana siguiente me encontraba adolorida por haberme quedado a dormir en uno de los sofás en la sala de espera, Kiara jamás dejó mi lado ni siquiera para hablar con Milly, así que tuve que aguantarme su zalamería con ella, sin embargo, fue un gran apoyo para mí, igual que siempre. Nos pasamos la noche usando nuestras piernas como almohadas, turnándonos cada cierto tiempo.

Justo a las ocho de la mañana el veterinario me informó que Hunter había superado las horas críticas, aunque seguiría en terapia intensiva, puesto que debía mantenerlo dormido hasta que su operación aguantara lo suficiente los movimientos que él por su naturaleza animal haría. El alivio que embargó mi pecho fue tan reconfortante que deseé llorar, pero al ver a Kiara con sus ojos vidriosos dejé que ella lo hiciera por mí.

Yo no era de llorar, de hecho, podía contar con los dedos de mis manos las veces que lo hice y sabía que me sobrarían dedos. Supongo que la vida me dotó con esa dureza para que supiera enfrentar lo mierda que sería conmigo.

—¿Me tienes resultados? —le pregunté a Faddei cuando llegó al hospital con dos cafés en manos. Me entregó uno a mí y el otro a Kiara.

—He puesto a todos los hombres a que revisen las cámaras de vigilancia segundo a segundo, pero no encontramos nada y tampoco han sido manipuladas, ya que Ace envió a uno de sus hackers para corroborar eso —explicó y negué con fastidio—. Encontramos el hueso de juguete y sí, tiene una rajadura que lo hizo explotar, sin embargo, no fue hecha con los colmillos de Hunter —añadió y lo miré atenta.

Nos habíamos movido a un lugar alejado de asistentes y enfermeros del hospital para hablar tranquilos.

—Compramos ese juguete en *PetSmart,* lo cogimos de entre todos los que había, así que es ilógico que el objeto haya tenido algo, además de que eso pasó hace meses —opinó Kiara y asentí de acuerdo.

—Ira, tú y yo sabemos que para joder bien a alguien se necesita preparación y estudio, y eso puede llevar meses, incluso años si el golpe que queremos dar es fuerte —me recordó Faddei y también estuve de acuerdo con él.

—Bien, creo que esos temas ya no me competen a mí —señaló Kiara y se alejó de nosotros para ir de nuevo a la sala de espera.

No la detuve porque sabía que, a pesar de darse cuenta sobre algunas cosas de la organización, huía cuando de trataba de algo grave con la excusa de que, si alguna vez la querían usar en contra de mí, no les serviría de nada, pues no manejaba información que pudiera perjudicarme y respetaba eso.

—¿A qué conclusión has llegado? —pregunté a Faddei al estar solos.

—A que ese juguete no lo compraron al azar —respondió lo que yo también intuía—. Detrás de este atentado a tu perro hay personas inteligentes, Ira. Planearon todo a la perfección y de alguna manera influyeron en tu mente para que escogieras justo el hueso que a ellos les convenía. Y han usado tecnología inteligente, incluso puede estar en el material con el que fabricaron el dichoso juguete para hacerlo explotar cuando les conviniera y así hacer saltar el veneno a la garganta de Hunter.

—Pero para saber eso tuvieron que haber violado el sistema de las cámaras de seguridad, para ver justo cuando Hunter jugaba con ese hueso —analicé y él asintió.

—Ace se está encargando de averiguarlo —confesó.

—¿Y qué has sabido de Eugene? Ace no me ha informado nada —dije entonces.

—No quiso molestarte sabiendo lo que está pasando con Hunter y porque no ha logrado averiguar nada más concreto. De momento lo de Hall se sigue manteniendo como un suicidio, ya que su guardaespaldas personal lo encontró en la oficina de su apartamento, sentado en la silla del escritorio, con un arma con silenciador incluido en la mano y un disparo bajo la barbilla que le atravesó el cerebro matándolo en el instante.

—¡Carajo! Yo no me creo eso, Faddei. Eugene era demasiado ambicioso como para quitarse la vida, además no carecía de nada, incluso sabemos que tenía novia y eran felices, o lo parecían.

—Tampoco me lo creo. Más por la ambición del tipo —admitió Faddei—. ¿Y si está relacionado con la cena a la que te invitó? —soltó.

Eso activó más mis alertas.

Recordé la complicidad con la que Eugene me invitó a cenar, también la mirada que me dio. Incluso Faddei mencionó que notó algo raro, así que, que señalara eso me confirmó que, en efecto, Envidia no se quitó la vida.

—Debemos prepararnos, viejo amigo, porque la calma se acabó y ya sabes cómo es esto.

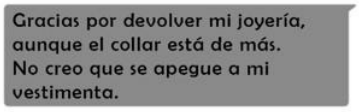
—Solo el más inteligente y astuto sobrevive —reafirmó por mí y sonreí.

«O el que tiene un plan B», pensé, mas no lo vocalicé.

Tres días después me encontraba en casa, había llegado para tomar una ducha y cambiarme de ropa. A Hunter lo darían de alta al día siguiente y me sentía más aliviada porque estaba reaccionando bien, saliendo adelante como el luchador que era.

Las investigaciones sobre la muerte de Hall seguían por mi cuenta, así como el envenenamiento de mi perro. En una semana harían una ceremonia de despedida para nuestro compañero y me parecía una burla por parte de los otros séptimos que aceptaran lo que nos querían hacer creer.

Fui a casa de mamá para ver a Adiel, él ya se encontraba mejor y por primera vez desde hacía años, tuvimos una cena tranquila. Gigi estuvo presente, nuestra madre controló su lengua y mi hermano se mostró feliz de tener ese momento en familia. Imaginé que confesarle a Gisselle lo que hice y que siempre le creí, ayudó un poco a que no quisiera matarme con las miradas al tenerme en la misma mesa.



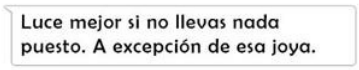
Le escribí a Fabio.

Había llegado un paquete para mí con su nombre y sonreí al abrirlo, pues encontré mis dedales en una cajita de terciopelo y a lado de ella había otra más grande del color de sus ojos y pegué tremenda carcajada cuando descubrí dentro un collar.

El objeto era precioso, delicado, fino. Una tira de oro blanco con un grabado de hojas y un tallado

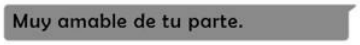
que utilizaban en la madera, tenía diamantes incrustados a la perfección y sabía que al ponerlo en mi cuello quedaría pegado a él. Pero lo que llamó mi atención y me causó tremenda sorpresa fue el que la joya sostuviera del frente un círculo grueso y plano y en el medio de este detallé a la perfección una letra F entrelazada con una D.

El joyero había hecho una obra maestra y más al añadirle una ranura perfecta para un USB que según comprendí, servía como llave. Ya que sí, el círculo se abría para poder ponerme el collar, pero no encontré ninguna llave, así que imaginé quién la tenía.

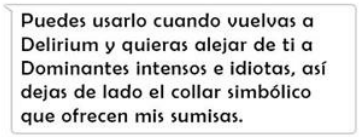


Respondió y me mordí el labio, sonriéndole a la pantalla.

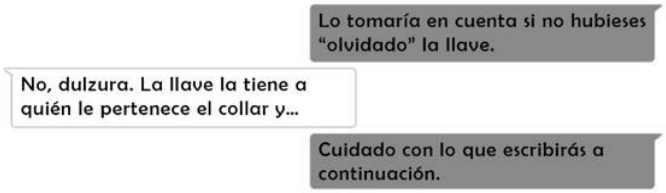
Al parecer, mi collar simbólico lo traumó demasiado como para atreverse a regalarme uno con su sello. El de Fabio D'angelo y no el de Samael.



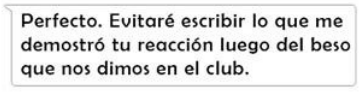
Le dije y sabía que entendería el sarcasmo.



Deseé tenerlo frente a mí al leer su mensaje, moría por ver su rostro y la expresión que hubiera hecho al vocalizar esas palabras. Lo imaginé serio, pero con la mirada divertida por llamarse idiota a él mismo.



Advertí antes de que escribiera algo que jodiera ese momento, tras los puntos suspensivos con los que dejó inconcluso su mensaje.



Tiré el móvil sobre la cama al leer eso y sacudí la cabeza.

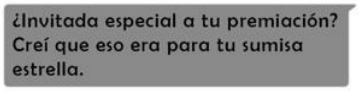
Podía defenderme, sin embargo, era meternos en un tema que no deseaba tocar por mensajes, además de que no estaba preparada. No con Hunter en el hospital y la muerte de Envidia.

Miré las cosas que Fabio me había enviado y descubrí también un sobre grande y ancho, parecía

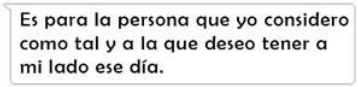
una invitación y al abrirlo lo confirmé; era de parte del hospital psiquiátrico donde también trabajaba, lo condecorarían por su trayectoria impecable como neurocirujano. Un premio honorífico que pesaría para bien en su carrera.

—Invitada especial, Iraide Viteri —leí en voz alta y alcé una ceja.

Hubiera esperado algo así por parte del Hospital Neurológico, ya que llevaba años siendo benefactora, pero no de un lugar donde apenas comenzaba a ayudar.



Volví a escribirle, chinchándolo. Aunque también me dio curiosidad, puesto que tenía conocimiento de que esos eventos eran muy privados; para familiares y amigos cercanos, colegas o personalidades *importantes,* como Sophia siendo legisladora.



Respondió y hasta sentí su seriedad, rudeza y seguridad con la que escribió ese mensaje. Tragué un poco de saliva con la intención de ignorar el retumbo en mi pecho, gracias al acelerón que dio mi corazón.

—¡Cuidado, Ira! No seas ilusa —me regañé.

—¿Ha pasado algo con Hunter? —preguntó Kiara entrando de pronto a mi habitación.

Por pura inercia escondí la invitación llevándome la mano, con la cual la sostenía, hacia atrás y ella me miró con una ceja alzada.

Había ido conmigo a casa porque Gigi se quedó con Hunter, aunque no volvería al hospital ya que casi le exigí que se quedara descansando, y obviamente no me hizo caso si estaba ahí, recién duchada y luciendo tremendas ojeras por el desvelo. Y con eso sabía que yo lucía peor.

—¡Diablos, cariño! Luces como chica traviesa y pillada en el acto —se burló y agrandé los ojos—. ¿Qué escondes? —preguntó con una sonrisa maliciosa y negué cuando comenzó a caminar hacia mí.

—¡Demonios, Kiara! —me quejé, pero también me reí cuando se me fue encima—. ¡Ya, mujer! ¡Es una invitación! —confesé parando su escándalo y me miró sin entender por qué escondía eso—. Es algo así como una petición para que sea invitada especial de Fabio en una premiación que le harán por su excelente trayectoria como el mejor neurocirujano —añadí y se quedó muda.

Aunque solo por unos segundos.

—¡Oh, Dios! —exclamó sorprendida—. ¡Serás su acompañante! No su madre o alguna hermana, o novia incluso, si no tú —prosiguió con emoción y fruncí el ceño cuando corrió a mi guardarropa.

—¿Qué haces? —inquirí.

—¿Cuándo es? —dijo ella.

—Pasado mañana.

—¡Mierda! Tenemos poco tiempo, pero te prometo que te verás como un chocolate exquisito y envuelto en el más fino paquete. Lista para que el imbécil te desenvuelva y coma completita —explicó y mis ojos se desorbitaron.

Era increíble que se pusiera así y entendí por qué se refirió a Fabio de tal manera, el idiota se lo ganó por su forma de tratarla en *Delirium.*

—¡Mueve ese culo, Ira! —me regañó.

—Ni siquiera he aceptado ir, Kiara. Además, no dejaré a Hunter solo —señalé y la miré como dándole a entender que estaba loca y que yo no tenía cabeza para esas cosas.

—¡Oh, *amor*! Por supuesto que irás y de Hunter me encargo yo. Si ese tremendo ejemplar de dios del sexo, aunque muy idiota, te quiere a su lado en algo tan importante, lo estarás y eso te lo aseguro tanto o más como que mi nombre es Kiara Santana —juró y comencé a reírme.

Ella entornó los ojos ante mi reacción y por unos minutos me limité a observarla sacando todos los vestidos con etiqueta que ella misma había comprado para mí, en una de sus tantas salidas a esas tiendas de renombre en las que le encantaba gastar mi dinero, y el suyo.

Hablaba como loca, más emocionada que yo, haciéndome volver al pasado y recordar una situación similar; cuando Nick me invitó a cenar la primera vez y ella se llevaba bien con Gigi. En aquella ocasión ambas estuvieron metidas en mi clóset, escogiendo para mí lo que usaría para decantar a quien esa noche, de años atrás, se convirtió en mi primer novio.

Aquella vez Gisselle me maquilló y Kiara me vistió y peinó, eran una especie de hadas madrinas, mis confidentes, mis amigas… hasta que la desgracia nos alcanzó y me hizo perder a una de ellas, a mi sangre, mi nena.

Respiré profundo, borrando esos detalles de mi cabeza, guardando los importantes, y le presté atención a mi amiga que me enseñaba dos vestidos, diferentes estilos, pero ambos hermosos.

—Ese. —Señalé el rojo satinado, aceptando así ser la invitada especial de Fabio D'angelo.

Kiara chilló entusiasmada y se abalanzó hacia mí, diciendo todo lo que tendríamos que hacer para estar de ensueño, empezando por descansar, ya que mis ojeras comenzaban a ser notorias y tenía que estar fresca como una delicada flor.

Sin embargo, las manchas oscuras bajo mis ojos únicamente aumentarían gracias a los séptimos y sus estupideces, puesto que cuando me dirigía al hospital más tarde, Ronald nos convocó a una reunión urgente, prometiendo que no se tardaría mucho tiempo. Asistí porque Gigi me avisó que Hunter seguía evolucionando bien y ella podía quedarse con él un rato más.

Lujuria quería notificarnos que la fiesta para nuestros invitados se llevaría a cabo en siete días y eso me dejó pasmada, sobre todo porque uno de nosotros acababa de morir y merecía ese respeto siquiera.

—Eugene se suicidó, Ira. No lo han asesinado y conoces nuestras reglas. Honramos a quienes mueren en la lucha, no a los que se han cansado de vivir y deciden poner un paro. Ya que, si ellos prefirieron eso, nosotros no tenemos por qué parar de vivir como nos place. —Refutó Harold cuando alegué.

—No sé si considerarlos ilusos o estúpidos —espeté, pero me mordí la lengua de inmediato porque Ace me había recomendado no demostrar mis sospechas, puesto que, si uno o más de ellos tenía algo que ver con la muerte de Envidia, los alertaría.

—Esta vez apoyo a Harold —comentó Gary y negué con ironía—. Honraremos a un compañero en su funeral, pero no detendremos nuestras actividades y menos esa fiesta ofrecida para invitados importantes.

—Bien, será como desean. —Cedí, pero solo por beneficio propio.

Me puse de pie dispuesta a ir al hospital porque sabía que, aclarado todo, se dedicarían a hablar de los últimos detalles de la dichosa fiesta.

—La princesa de Dinamarca está ansiosa por verte en la fiesta, quiere que conozcas a su nuevo amante —informó Ronald cuando comencé a irme y lo miré dándole una sonrisa.

—Perfecto, honraré a la princesa con mi presencia —aseguré y tras eso me marché.

Sonriendo con burla y pensando en la gran princesa. Una mujer joven que gracias a los regímenes de la realeza se vio obligada a casarse con un hombre que no amaba, sin embargo, su padre le prometió hacerla feliz a escondidas a cambio de ese matrimonio. El rey por supuesto que sabía de los séptimos, era parte de la organización como los demás gobernantes, y su nena salió igual de retorcida a él, así que encajó perfecto con nosotros y sabía aprovecharse de los privilegios que le daba *The Sevenths*.

Disfrutando con sus amantes, sobre todo.

Dos días después estaba tomándome el tiempo de consentir mi cuerpo, exfoliando mi piel, aplicando una máscara en mi cabello y varias cremas en mi rostro al momento de prepararme para la premiación de Fabio.

Opté por el cabello lacio cuando estuve fuera de la ducha, limpia y enfundada con lencería sexi mientras veía el vestido en mi cama, tenía una abertura del lado de mi pierna derecha, lo suficiente para mostrar la palidez de mi piel, adornándola con una pequeña liga de cadenas con brillantes que le daban el toque perfecto al atuendo.

Kiara me maquilló acorde a la ocasión y me apliqué el perfume más costoso que tenía en mi colección.

Al momento de mirarme en el espejo una sonrisa de suficiencia adornó mi rostro al repasar mi apariencia, sabiendo a la perfección que mi belleza me había hecho entrar en ese mundo de monstruos donde ganaba el que tenía el interior más podrido, y el mío estaba consumido.

Era conocedora de mis atributos, pero como bien decían, la belleza no siempre se llevaba por dentro.

Acomodé los últimos detalles y tomé un pequeño bolso de mano donde metí el móvil, labial y algunas cosas más por si necesitaba, caminando hacia las escaleras donde Kiara ya me estaba esperando, con los pulgares arriba cuando me vio cambiada.

—¡Joder, que estás para comerte! —gritó y negué divertida.

Tomé el barandal, lista para bajar cuando mi amiga me nalgueó con fuerza y la vi más eufórica que yo.

—Me cago en tu puta madre, Kiara, —Le devolví el golpe.

Se sobó el bíceps al ver que le había pegado con demasiada fuerza, pero lo camufló con una risita y me tomó del brazo bajando conmigo.

Hunter ya se encontraba en casa, pero pagué los cuidados de una asistente para que le ayudara a Kiara con lo que fuera necesario, sobre todo porque Milly llegaría para estar con su chica y conociendo a esas dos, no quería que Hunter quedara desatendido en cuanto ellas se metieran mano.

—Siempre tan dulce, mi perra amiga. —Canturreó por mi golpe y negué—. Por cierto, quiero que goces esta noche, bebas de más y folles como si estuvieras en celo, ¿entendido? —pidió y me reí—. Haz trabajar esa vagina, que he comprobado que cuando follas, tu humor cambia y te quiero de buenas.

No pude evitar reírme y darle la razón.

Fabio sabía quitarme la tensión con la que muchas veces no podía lidiar, pero tenía una promesa y lucharía por cumplirla.

Me despedí de Kiara con un sonoro beso y le prometí que a la mañana siguiente le contaría todo

con tal de que me dejara salir de una buena vez. Me encaminé hacia el coche que ya me esperaba, con un Kadir con la boca abierta al detallarme de más, pero la cerró al ver mi cara de confusión.

—¿Sucede algo? —pregunté y me miré las tetas por si se habían salido de lugar

Él bajó la vista hacia donde yo miraba y se aclaró la garganta, repentinamente nervioso.

—No, mi señora —respondió enseguida y se apresuró a abrir la puerta para mí.

Negué divertida y me subí de inmediato. Faddei me seguiría con otros hombres y Ace había desplegado a los suyos para contrarrestar sorpresas, ya que no me daría el lujo de bajar la guardia luego de lo de Eugene y Hunter.

Fabio se había ofrecido a ir por mí, pero me negué gracias a la alerta, así que se conformó con esperar en el lugar del evento. Respiré profundo y cerré los ojos cuando salimos de la propiedad, pensando en lo que pasaría cuando nos viéramos después de tantos días y nuestro último encuentro, y rogando mantener mis piernas cerradas.

O la boca.

CAPÍTULO 38

Iraide

Kadir aparcó cuando unos flashes nos nublaron la vista y rezongué al ver el tremendo alboroto que había afuera.

¡Carajo! La premiación no sería tan íntima como lo imaginé y no era de las que amaba estar en el ojo público si mi rostro quedase tan al descubierto.

La clínica tenía reconocimiento como uno de los mejores centros de salud mental a nivel nacional e internacional, así que era lógico que la prensa o revistas de renombre dedicadas a la salud aparecieran, por lo que suspiré resignada y miré hacia adelante, hablando al aire, pero consciente de que Kadir me escuchaba atentamente.

—Asegúrate de que los hombres estén en sus posiciones. El protocolo es el mismo, sigilosos y metidos en sus labores sin levantar sospechas —exigí.

No esperé una respuesta, ambos conocíamos los pasos a seguir en eventos como este. Abrí la puerta y apoyé la pierna que tenía la joya en el muslo y salí del coche, acomodando el vestido y sonriendo cuando varios flashes fueron directo a mi rostro, tapándolos con mi mano para comenzar a caminar hacia la entrada.

Mientras menos me fotografiaran, mejor. Aunque tampoco huiría para no levantar sospechas.

Subí los pocos escalones que había para la entrada del hotel de lujo y miré hacia arriba, detallando al hombre que me observaba en el final de ellos con una pequeña sonrisa adornando su rostro, complacido con mi presencia. Lucía espectacular envuelto en un traje negro de tres piezas, con la corbata gris. Llevaba el cabello peinado a la perfección y la barba recortada, dándole un aspecto sexi y pulcro.

¡Maldito dios nórdico!

Mecí un poco las caderas al momento de acercarme a él y le guiñé un ojo cuando su semblante cambió a uno serio, aunque sus ojos seguían admirando mi rostro sin perderse detalle.

—Luces preciosa —comentó como saludo y de paso me dio un beso en la comisura de los labios.

—Usted no se queda atrás, *Señor* —respondí con descaro mientras dimos unos pasos hacia el frente.

Miró mi cuello por un segundo y al ver el cambio en su gesto supe que esperaba que usara su regalo, pero eso no pasaría y menos en una fiesta tan pública.

—¿Te gusta mi collar? —le pregunté.

Usaba uno fino, muy delicado para que no se robara la atención de mi atuendo. Él negó ante mi sarcasmo y me ofreció su brazo para que camináramos como una pareja.

—Entremos antes de que quiera hacer algo en público y salgamos en todos los periódicos por ser indecorosos.

Reí por su respuesta y lo tomé con gusto, sintiendo el perfume que llevaba y se me hizo agua la boca al imaginarlo oliendo así en otros lugares.

—Indecoroso es una palabra muy suave para lo que haces —apunté y fue su turno de reír.

Alcé la barbilla al ingresar al gran salón, notando que no escatimaron en lujos y en mi mente le agradecí a Kiara por ayudarme a vestir con clase para una fiesta tan elegante, sin dejar de lado mi toque sensual y hasta inapropiado para las señoras que miraron mi pierna desnuda y no escondieron

el desagrado que les provoqué.

—Veo que disfrutas de darles de qué hablar a las señoras de la alta sociedad —comentó Fabio con un toque divertido y lo miré de forma fugaz.

—Me alimenta la envidia de las señoras de la alta *suciedad* —confirmé y escuché su risa baja.

Saludó a varias personas mientras caminábamos, yo igual cuando me reconocían, ya que me topé con algunas con las cuales me había cruzado en el Hospital Neurológico.

—Creí que sería una premiación más privada —dije.

—Y lo es, pero no la fiesta —admitió y me di cuenta de que jamás tuvo la intención de quedarse en el gran salón sino más bien me conducía a otro aledaño, pequeño, con un pódium al frente y mesas colocadas de forma estratégica.

Y no reconocí a nadie en ellas a excepción de una pareja de la cual me habían dado un estudio completo.

—¿Brindamos? —propuso él, tendiéndome una de las dos copas que tomó de la charola de un mozo que pasó a nuestro lado.

—Salud por tu logro. —Ofrecí y antes de chocar su copa con la mía me miró a los ojos con esa intensidad que lo caracterizaba y segundos después me tomó de la barbilla y se inclinó para susurrarme al oído.

—Y por otro momento entre tus piernas. —Chocó el cristal con el mío entonces y lo miré sin saber cómo procesar lo que acababa de decirme.

Bebí de la copa enseguida para no ser tan obvia a la hora de tragar con dificultad ante lo que me provocaron sus palabras y él, sin dejar de verme y con una media sonrisa dibujada en sus labios, alzó la suya.

Esa noche lo notaba un poco más suelto que de costumbre, y me alegré sin saber exactamente por qué me hacía feliz verlo así. Y no dejó de mirarme con intensidad mientras bebía, así que me recuperé de la impresión por sus palabras y le devolví el gesto, lamiendo una gota de *champagne* que quedó en mi labio, sonriéndole coqueta.

—Pensé que las cosas habían quedado claras el otro día —urdí.

Él supo a qué me refería y lo vi suspirar, tomando el resto de la copa de un solo trago, buscando quizá valentía, aunque lo dudaba por cómo era siempre de directo y seguro de sí mismo.

—Me lo pones bastante difícil, Iraide. Sobre todo, cuando te apareces vestida de esta manera. —Miró mi cuerpo—. No sabes *lo duro* que está siendo aguantarme las ganas de arrancarte el vestido y follarte, dejándote solo esa joya que tienes en la pierna.

Mi mente fue una maldita perra al darle vida a sus palabras con imágenes de nosotros yéndonos a algún lugar solitario y él arrancándome la ropa con la brusquedad que lo embargaba, apretándome la pierna y subiéndola a su cintura para penetrarme mejor.

Sus gruñidos de placer resonaron en mi cabeza y mis pezones reaccionaron a eso, endureciéndose de inmediato.

«Desde que te conoció sus atenciones con nosotros fueron disminuyendo hasta extinguirse. Ya no hay sesiones y si alguno se le acerca nos rechaza con alguna excusa».

Las palabras de Allison llegaron de inmediato como un soplo repentino y me odié por reconsiderar lo que me propuse.

—Y si pudieras leer en mi mente todo lo que te estoy haciendo ahora mismo en ella, tus pezones se notarían incluso más.

—Detente, Fabio —exigí y se acercó a mí.

Alcé la mano pidiéndole con el gesto que parara, no porque me disgustara escuchar lo que decía,

sino más bien porque si continuaba hablando, mandaría todo a la mierda, decidiendo creerle a Allison y llevándomelo para el baño antes de que lo premiaran, premiándolo yo con la oportunidad de que cumpliera cada maldita palabra con su boca, o con su polla.

Con ambas me dejaba satisfecha.

—¿Por qué? —cuestionó, dando un paso más hacia mí y levantando apenas una esquina de su boca en un gesto muy malvado—. ¿No puedo decir que me apetece abrirte de piernas en alguna de las mesas y que todos vean cómo te follo?

Resoplé divertida, queriendo fingir que sus palabras no me afectaban y menos que humedecí mi braguita solo con escucharlo.

—¿Y que todos vean lo depravado que puede ser el doctor D'angelo? —inquirí mordiéndome el labio antes de seguir—. No sería agradable que mezcles tus vidas por un polvo, no seas ridículo.

Me aparté cuando el aire se hizo escaso y me llevé la copa a la boca al mismo tiempo que él se acercó de nuevo a mi oído y susurró:

—Cuando se trata de ti, no me importa nada y menos lo que dirán del pulcro y respetable doctor D'angelo. Tenlo presente, Iraide.

Un carraspeo pinchó la burbuja en la que nos habíamos sumergido y vi a uno de los colegas de Fabio, quien lo buscaba para saludarlo. Era aproximadamente de su edad o menor, muy coqueto según la sonrisa y mirada que me dio.

—¿No me presentarás a tu invitada? —cuestionó con diversión cuando el *educado* doctor D'angelo pasó de mí, deseando que su colega se fuera pronto.

—Claro, Pablo. Ella es Iraide Viteri, nuestra nueva benefactora en el proyecto y una amiga —dijo Fabio y me miró para medir mi reacción—. Iraide, él es Pablo Bergfield, nuestro científico estrella en la investigación que llevamos a cabo.

—Un gusto, señor —saludé y descubrí que no solo era coqueto sino también confianzudo, ya que me tomó la mano para besar el dorso incluso cuando no le di indicios de querer ser tocada.

—Para mí eres un placer —soltó directo y alcé una ceja, sonriéndole con un poco de burla, ya que así fuera de buen ver e interesante a primera vista, en la segunda me pareció un picaflor que se creía con el mundo a sus pies.

Vi a Fabio endurecer la mandíbula ante el atrevimiento de su colega y casi esperé a que se le tirara encima.

—Y cuéntame, preciosa, ¿eres una amiga de D'angelo a la cual puedo invitar a un café?

—Eh…

—De hecho, no, Pablo. Iraide es una amiga de la cual debes alejarte si quieres seguir siendo el científico estrella del proyecto. O si quieres seguir siendo algo, en realidad —advirtió Fabio, cortando lo que yo iba a decir y tomándome de la cintura.

Lo miré con diversión y sarcasmo, ya que él sabía que no necesitaba que me defendiera, puesto que me podía sacar de encima a su amigo, sin embargo, en mi interior sentí algo inexplicable en ese momento al ver lo territorial que podía ponerse, incluso cuando no le quedaba.

—Lo imaginé, pero quería que quedara claro —declaró Pablo, divertido y sin inmutarse.

—Bueno, caballeros. Aclarado los puntos gracias a *mi amigo* —ironicé y sonreí hacia Fabio—, iré a sentarme a mi lugar. El *champagne* está delicioso, pero marea rápido, igual que la testosterona que exudan —me burlé y ambos me observaron con sorpresa.

Sin embargo, se despidieron de mí, uno con cortesía, el otro entre dientes sabiendo que le molestaba que me alejara y me di la vuelta en busca de mi mesa. En la invitación se me había indicado cuál buscar e intuyendo la hora sabía que la premiación comenzaría pronto.

Mientras caminaba hacia allí vi a lo lejos a dos personas observándome, y quienes a lo mejor sospecharon lo que sucedió con Fabio y Pablo. Ambos iban acorde a la ocasión, él con las facciones más duras y ella como si se tratara de una pequeña hada por la delicadeza de sus rasgos, aunque sabía la letalidad que escondía gracias al informe tan detallado de Ace.

Noté cómo él le murmuró algo a su mujer y los dos me miraron abiertamente, lo que me hizo sonreír con alegría y mover los dedos en saludo. Dominik inclinó la cabeza de mala gana y su esposa me saludó con educación, pero con un tinte de incomodidad disfrazado a la perfección, aunque lo supe detectar.

Esa vez vi el disgusto con el que el hermano de Fabio me detalló y me dije mentalmente que pronto me acercaría a charlar con ellos. En ese momento me apetecía sentarme y disfrutar un poco de la velada, ya habría momento para la confrontación.

Para sorpresa de los esposos D'angelo, encontré mi mesa al lado de la suya y me senté con tranquilidad, tomando una copa cuando me la ofrecieron y charlando a gusto con las personas que compartían conmigo, aun sin conocerlas.

Fabio se acercó minutos después y saludó a su hermano y a su cuñada, en la mesa de ellos estaba la silla que él debía ocupar, pero me sorprendí, tanto o más que Dominik, en el momento que el mayor de los D'angelo le pidió a un hombre a mi lado que le cediera su lugar y se sentó de inmediato.

—Eso no debería de ser correcto —le dije y él sonrió con burla.

—¿Y desde cuándo a ti te importa que hagan, o hacer lo correcto? —Apostilló y tomé mi copa tratando de no reír.

—*Touché* —susurré y me miró complacido.

La celebración dio inicio cuando el director de la clínica comenzó un discurso, contando la trayectoria del lugar, los casos importantes que trataron con éxito y luego un proyector le dio vida a la manta blanca detrás de él, permitiéndome ver la imagen del hombre de mis sueños húmedos, embutido en su caliente bata de médico, con varias fotografías y vídeos de las operaciones que llevó a cabo desde el inicio de su carrera, censurando por supuesto las partes que podían ser grotescas para los presentes.

—Vaya dicha la que he tenido de verte descuartizar en persona —le susurré en el oído y como respuesta me guiñó el ojo.

Los reconocimientos que Fabio ganó eran muchos, era un hombre prestigioso dentro de la rama y solicitado en todo el mundo por lo que comentaba el director, y se notaba lo orgulloso que se sentía al tenerlo dentro de su cuerpo de médicos.

Aplaudí junto a los demás cuando mencionó su nombre y el premio que recibiría. Fabio se puso de pie para entrar en escena, dándome una mirada rápida antes de comenzar a caminar, con su aura dominante y el rostro sin ninguna emoción, hasta llegar al pódium y tenderle la mano al director. Se dijeron unas pequeñas palabras y luego él tomó el galardón.

Escuché con atención su discurso y me satisfizo lo educado que era en su papel de doctor, agradeciéndole a algunas personas que yo no conocía, y otras que sí, y admirando el desempeño de cada uno de esos susodichos, aclarándoles a todos que si no fuera por ellos él no tendría el reconocimiento que tenía hoy en día.

Miré su boca que se movía con lentitud, saboreando cada una de sus palabras y cerré las piernas cuando un cosquilleo me tomó por sorpresa, sobre todo con algo tan simple de su parte como dar un discurso de agradecimiento.

¡Joder! No solo mi alma estaba podrida sino también mi mente, lo que me reconfirmó que ese

hombre continuaba alborotándome las neuronas.

Enmascaré mi excitación cuando toda la sala se puso de pie para aplaudirlo y él levantó un poco la estatuilla tras terminar de hablar, correspondiendo el saludo que sus colegas le brindaron sin dejarlo avanzar de nuevo para nuestra mesa.

Acomodé mi vestido y miré a mi alrededor en cuanto dieron la apertura del banquete que se ofrecería para agasajar al anfitrión y, pasé de eso en el momento en que algo se me antojo más que la comida. Caminé decidida los pasos que nos separaban y me planté delante de la pareja que me observaba como si les fuera a tirar una bomba en ese mismo instante.

—Disculpen por no haber venido a saludar antes. —Ofrecí y miré hacia Lee-Ang D'angelo—. Soy Iraide Viteri y es un gusto conocerte —seguí y la vi ponerse de pie, su marido la imitó.

Y esperaba que ella no fuera a saludarme con un beso en la mejilla.

—Me complace conocerte, Iraide. Soy Lee-Ang D'angelo —dijo y me sorprendí cuando la bella asiática se inclinó ante mí.

Estaba claro que no lo hizo porque me creyera superior, sino porque su cultura era esa, incluso cuando podían segarte la garganta al erguirse de nuevo. La imité recordando cómo me enseñaron a saludar a mis colegas japoneses y chinos y luego observé a su esposo, quien nos miraba con el ceño fruncido.

—Es un gusto verle de nuevo, señor D'angelo —solté con cinismo, sobre todo al notar que no le agradó tenerme entre ellos, en algo tan especial que debieron compartir solo las personas más cercanas a su hermano.

—Siento mucho no decir lo mismo. —Fue directo y medio sonreí.

—No creo que sea necesario, ya que lo he notado —admití.

—Me sorprende verte aquí, Iraide —comentó y Lee-Ang sonrió con disculpa, pero también con advertencia y eso sí que me causó gracia.

—Acostúmbrate, porque puede ser posible que pronto compartamos alguna cena más familiar. —Apostillé y sonreí para ambos.

Lee-Ang se mantuvo serena, estudiándome. Dominik en cambio me miró sin poder creer lo que acababa de decirle.

—De nin…

—Perdón, pero debo dejarlos —lo interrumpí—. Mi acompañante debe estar buscándome, o deseando que lo rescate de personas fastidiosas —ironicé.

—Por supuesto. —Se apresuró a decir Lee-Ang antes de que Dominik dijera algo y asentí hacia ella como despedida.

Esperaba ese encuentro, sentí la incomodidad de Dominik desde que me vio esa noche, incluso cuando me marché del consultorio de su hermano el día que nos conocimos. Esa vez nos propusimos algo y viendo sus reacciones, intuí que hicieron su tarea al igual que yo con ellos.

Me di la vuelta para caminar hacia donde estaba Fabio y felicitarlo, pero una mano en mi brazo me lo impidió y sabiendo de quién se trataba, lo dejé guiarme hasta un pequeño recibidor alejado del gentío.

Lo miré con una leve sonrisa y me solté de un tirón de su agarre cuando estuvimos solos, evaluándolo y sosteniendo su dura mirada.

—Y yo que pensé que el intenso era el D'angelo mayor —me burlé y me enfrentó con la cara teñida de enojo.

—¿Qué quieres con mi hermano?

Abrí los ojos con diversión y me acerqué más a su cuerpo, viendo que no le gustaba mi cercanía,

pero que a mí me importó una mierda en ese instante.

—¿Qué piensas tú, que quiero con él? —Devolví.

Se alejó cuando se dio cuenta de mi descaro y me reí sin vergüenza, mostrándole una cara totalmente diferente a la que vio en el consultorio por primera vez.

—Lo que quieras lograr involucrándote con él, déjame decirte que no lo conseguirás. —Zanjó y me miré las uñas para luego resoplar.

—¿Y qué se supone que quiero, Dominik? —Me acerqué de nuevo y barrí una pelusa inexistente de su traje, él me tomó de la muñeca impidiendo que siguiera, logrando que lo mirara directo a los ojos—. ¿Qué se supone que quiero con un hombre mayor, con criterio formado y decisiones propias? —seguí y apretó la mandíbula con evidente molestia—. Porque no sé si estamos en sintonía con eso, pero yo he conocido a un Fabio que puede hablar por sí mismo y no necesita que su hermanito decida lo que es conveniente o no, para él. Así que no subestimes su inteligencia la noche en la que recibe un reconocimiento por ella.

El agarre se hizo más fuerte y le permití que pensara que me tenía, acercando su rostro al mío, comiéndome con los ojos, pero de una manera completamente diferente a la que su hermano lo hacía.

—Sé quién eres, Iraide, y lo que haces. Y no voy a permitir que llenes de mierda a mi hermano —murmuró y me fue imposible no reír.

Al parecer yo conocía un lado de Fabio que Dominik ignoraba y eso me hizo reír más, aunque segundos después volví a mi seriedad y me quedé observándolo, detallando los rasgos que compartía con su hermano y lo que los diferenciaba.

Dominik era un hombre apuesto para los años que tenía, se notaba que se conservaba igual que Fabio y quizás llevaban el mismo plan de alimentación y ejercicio al ver que estaba musculado y casi no tenía arrugas. Bajé la mirada hacia su agarre y la alcé sin que me soltara, moviendo los dedos en el proceso.

—No me gustaría que tu hermano confunda tu agarre en mí, cariño. Ya que ha demostrado ser muy territorial —ironicé y tensó su mano en mi muñeca.

—Aléjate de él o me veré en la obligación de intervenir —siguió.

Apreté los párpados, buscando paciencia y me solté de golpe rotando la muñeca. Dominik me medía, como si esperara que yo, como la víbora que era, atacara, pero únicamente le sonreí con la locura que me caracterizaba al abrir los ojos, dándole una ínfima demostración de lo que sucedía cuando me tocaban un poco los ovarios.

—¿Qué harás si no lo hago? —inquirí—. ¿Intervendrás tú o llamarás a tus colegas? —Lo vi boquear, asombrado por lo que mis palabras quisieron darle a entender—. Espero que hayas hecho tu tarea con éxito, Dominik, porque si declaras la guerra de esta manera por el simple hecho de que follo con tu hermano, sabiendo según tú lo que soy, solo me queda felicitarte por las bolas que estás teniendo para retarme de esta manera —añadí y fue su turno de reír.

—¡No te tengo miedo, Iraide! —espetó con furia.

Me encogí de hombros y le resté importancia.

—Es bueno saberlo, pero aún mejor demostrarlo, ¿no crees? —Lo chinché y entendí que él no se quedaba callado solo porque yo lo dejaba sin palabras.

Al contrario, parecía que ese era su objetivo, hacerme molestar y escuchar lo que tenía que decirle, sin embargo, yo no era como las criminales a las que él y su banda estaban acostumbrados a enfrentar, porque sí, Dominik D'angelo estaba del lado bueno del gobierno.

—Y dejando de lado el hecho de que no nos tememos, cuéntame por qué tienes esa insistencia de

alejarme de Fabio, sobre todo siendo consciente de su edad y lo capaz que es de decidir qué es bueno y malo para su vida. Porque créeme que él descubrió mucho antes que tú, quién soy. Y en lugar de alejarse de mí, parece que le atrajo mi lado oscuro —confesé con picardía—. Y no es que tenga uno físicamente y tu hermano puede dar fe de ello.

Negó hastiado y se llevó los dedos al tabique, apretando apenas en busca de paciencia.

—No, Iraide Viteri, él no es capaz de decidir una mierda. Con su... —Cerró la boca como si la hubiera cagado.

Mis ganas por saber más me hicieron acercarme para que siguiera hablando y él lo notó, pero miró detrás de mí y todo el color de su rostro se esfumó.

—¿Ha sido suficiente? —cuestionó una voz ronca y molesta a mis espaldas y vi a Fabio caminar hacia nosotros.

Me aparté de Dominik con curiosidad al ver a Fabio observando a su hermano con tranquilidad, pero en sus ojos brillaba una clara advertencia.

—No. —Zanjó Dominik sin inmutarse.

—Para mí sí, así que es momento de que cierres la boca.

Rodeé el cuerpo de Fabio y me puse de puntitas detrás de él, agradeciendo que mis zapatos de enormes tacones me lo permitieran, y mirando abiertamente a su hermano cuando le hablé al oído.

—A mí me gustaría saber por qué tu hermano te protege tanto, como si yo quisiera comerme tu alma.

Dominik me fulminó con la mirada y Fabio me miró sobre su hombro, respirando hondo.

—Porque se le olvida que es muy posible que sea yo quien termine comiéndome la tuya —declaró mirando a su hermano y lo que dijo en lugar de aterrarme, me excitó—. Te agradeceré que dejes de decir estupideces a mi invitada de honor, porque soy lo bastante mayor para hacer lo que se me venga en gana dentro o fuera de la cama.

Dominik clavó su mirada en él y luego en mí, observándome con repentino asco.

—No eres ninguna invitada de honor y mucho menos mereces a mi hermano, maldita tirana.

Di un par de pasos hacia adelante y Fabio quiso tomarme, pero se lo impedí.

Entendía que Dominik me hubiera investigado con el afán de proteger a su hermano, incluso le pasaba que me advirtiera o exigiera que me alejara de él porque yo era capaz de hacer lo mismo por Gisselle, y lo hacía. Pero no le permitiría que intentara rebajarme como estaba haciéndolo con su forma de llamarme.

—¿Según tú, no soy digna de tocar a un D'angelo por lo que hago? —inquirí llegando a él y me solté del agarre de Fabio en mi brazo—. ¿Y me lo dices precisamente tú, Dominik? —seguí y de paso presioné mi índice en su pecho con brusquedad, observándolo con la misma altanería que él a mí—. ¿Con qué puta moral me dices todo esto?

—Lo hago con la decencia que tengo y la moral intacta a diferencia de ti.

No pude evitar soltar una carcajada y me reí más cuando ambos me miraron como si se me hubiera zafado un tornillo.

—¡Oh, claro! Entiendo que disfrazarte de uno de tus amigos para poder cogerte a la mujer de la que estabas enamorado era muy moralista de tu parte —solté y lo vi apretar los puños—. ¿Decencia dices? Hacerle creer a esa mujer que eras otro para llevártela a la cama no era muy decente de tu parte, así que, de qué demonios me vienes a hablar cuando tus manos están tan llenas de mierda. No como las mías, lo acepto, pero eso no te hace más digno que yo —declaré y mi voz para ese momento era ronca por la furia que tenía.

—¡Cierra la boca! —exigió y elevé una ceja—. Tú no sabes de lo que hablas.

—¿Y tú sí? —contraataqué sin dejarlo responder—. Porque yo sí hice mi tarea, Dominik, sé cada momento de tu vida. Y entiendo que a lo mejor usar una máscara no es tan grave, pero… ¿Encubrir atrocidades para defender a la mujer que amabas no lo es?

—¡Cállate! —advirtió y me reí en su cara.

—La madre de tu hija cometió las mismas atrocidades que yo, Dominik. Te enamoraste de una puta tirana, una maldita asesina y sabes perfectamente que solo el treinta por ciento de esos asesinatos los hizo guiada por su condición, el otro setenta los llevó a cabo porque quiso… ¡Porque los disfrutó! Y no creo que Fabio la acusara de no ser digna de ti, o que la juzgara por esos secretos.

—¡No te compares con ella! —reviró y Fabio lo detuvo cuando dio un paso hacia mí, estaba perdiendo los estribos.

—¡Jamás! —respondí segura—. Y no te hagas el imbécil porque bien sabes que los dos trabajamos en lo mismo, la diferencia es que tú y tus amigos juegan a los payasos para mantener feliz a la población y hacerles creer que el gobierno sí hace cosas buenas por su gente. Mientras que yo los muevo a ustedes tal cual titiritera a sus títeres —me mofé y volví a reírme de él al ver su rostro hirviendo de furia—. Así que sí, *amor*, te lo repito… yo sí hice mi tarea, sé todo de ti, incluso hasta lo que tú desconoces.

Lo miré de arriba abajo y ladeé el rostro.

—¡¿Qué mierdas insinúas?! —gruñó y reí con más diversión y burla.

—¡Ains! Es una pena que tú no hicieras bien la tuya, ya que lo que salió de tu boca sobre mí es pura basura. Yo no quiero nada de nadie, *amor*. Porque lo que quiero lo obtengo y lo que no obtengo, es porque no me interesa. Anótalo —finalicé con regocijo, desviando su atención.

Me alejé un poco de ambos sin decir nada más, sabiendo que Fabio no quiso interceder por mí porque sabía que yo solita podía defenderme bien. Y, consciente de que Dominik no seguiría más con sus patrañas por lo perdido que se encontraba en su cabeza, me encaminé hacia la salida del recibidor, cansada de esa pequeña discusión, pero su voz confundida me hizo mirarlo de nuevo.

—¿De qué secretos hablas? —insistió.

Negué con una sonrisa.

—Pregúntaselo a tu adorable hija. —Fue lo único que dije.

Me fui de inmediato, aunque escuché la discusión que se desató entre ellos por mis palabras, mas no me detuve y le avisé a Kadir que estuviera pendiente porque había llegado la hora de marcharme.

Caminé segura y sin arrepentimiento alguno por lo que hice hasta que llegué a la calle.

—¡Ira! —Me quedé quieta cuando Fabio bajó las escaleras corriendo y me detuvo tomándome del brazo—. ¿Por qué investigaste también a mi familia? —Quiso saber con tono molesto y no supe si era por lo que hice, o por lo que se dijo con su hermano.

Lo miré sin decirle nada y me soltó al saber que la pregunta se respondía sola.

—Si Dominik me investiga, yo también a él. Ambos estamos en nuestro derecho ¿no? —solté con altanería—. Aunque es una lástima que su informe haya sido una mierda, ya que no logró encontrar ni un diez por ciento de todo lo que yo sé de él.

—¿Y por qué metiste a mi sobrina en esto? —inquirió con furia—. ¿Qué sabes de ella?

Lo miré como si se tratara de un idiota.

—¿Para qué preguntas, Fabio? Si tú lo sabes muy bien —declaré y me miró con sorpresa.

Pero no dijo nada más y tras unos segundos me fui directo al coche, dando por terminado un encuentro entre ambos que, de nuevo, se jodió y negué satírica al intuir que el destino se había empecinado en alejarme de ese tipo.

CAPÍTULO 39

Iraide

Me encontraba en el salón de velación donde se llevaba a cabo el funeral de Eugene Hall. Sus cenizas yacían en una urna de oro y únicamente sus padres y su prometida lo lloraban. Todos los séptimos nos hicimos presentes, sabiendo que la ceremonia sería íntima porque los Hall no ignoraban lo que Envidia estuvo haciendo en todos esos años, ni del círculo por el cual se rodeó.

Faddei me acompañaba esa vez y, aunque no hablamos, con la mirada nos dijimos lo hipócritas que éramos todos, ya que a ninguno de los séptimos nos dolía la muerte de nuestro compañero. No obstante, yo sí quería llegar al fondo de *su suicidio* y ya me estaba preparando para la reunión que de seguro se convocaría, para decidir si por primera vez nos quedaríamos solo seis en *The Sevenths,* o si permitiríamos que el hermano de Eugene ocupara su lugar, puesto que estuvo inmiscuido junto a él en varios de nuestros asuntos.

Razón por la cual lo tenía en mi lista de sospechosos, ya que Gerónimo Hall era más envidioso que Eugene, más astuto y deseaba ser parte de *The Sevenths* desde años atrás, cuando su hermano lo presentó por primera vez con nosotros y le mostró nuestro mundo.

—Gracias por habernos acompañado —me dijo Roena, la prometida de Eugene.

La mujer de piel morena, alta y cabello rizado había perdido la elegancia que siempre vi en ella las pocas veces que nos cruzamos, pero su belleza se mantenía incluso devastada por el dolor y me tomó por sorpresa cuando me abrazó.

Le había dado el pésame igual que a los señores Hall, sin acercarme demasiado.

—Sé que él no hizo eso con su vida, ayúdame —susurró y la miré en cuanto se separó de mí.

No dijo nada más, se dio la vuelta y se marchó a los brazos de una amiga (o quizá familiar) que la acompañaba y se echó a llorar de nuevo.

Por un momento me quedé de piedra, sin poder procesar lo que acababa de decirme, pero me recompuse de inmediato para que nadie notara, o intuyera que ella pudo decirme algo, ni siquiera Faddei.

Me fui del salón de velación dándole un último vistazo a Roena, pero me ignoró y supuse que lo hizo como protección, ya que todos los ojos de los presentes estaban puestos en ella y si lo que yo sospechaba (y la chica aseguraba) era tal cual, entonces su vida sí que corría peligro, porque quien fuera que silenció a Eugene para siempre, trataría de hacer lo mismo con su novia si sospechaban que su prometido le dijo algo.

—¿Qué dijiste? —le pregunté a Faddei cuando llegamos al coche y lo escuché murmurar.

Había hablado en ruso y sonó a queja.

—Odio los funerales. —Tradujo para mí y tiró de su corbata hasta deshacer el nudo—. No puedo evitar pensar en el mío y siento ira al ser consciente de que cuando muera, muchos hipócritas irán a darme *el último adiós,* deseando en su mente que me queme en el infierno.

Me reí al escucharlo, pero no lo hice por burla sino más bien por las ocurrencias de ese calvo.

—A mí sí me dolería, solo si no mueres por mi mano, eh. Porque de ser así me aseguraré de que no tengas velorio ni que quede algo para sepultar o cremar de ti —le dije y apreté los labios para no reír cuando su cabeza giró hacia mí de una manera que temí que sufriera tortícolis luego.

—Si tú mueres antes que yo, y no es por mi mano gracias a tus bromas, me aseguraré de que

todos tus amigos te despidan para que te deseen *un buen final* —soltó y ahí sí que me carcajeé.

Como lo dije antes, Faddei me respetaba la mayor parte del tiempo, pero había momentos en que mandaba el respeto a la mierda para defenderse de mi humor negro.

—Si no lloras en mi funeral, volveré de la muerte para arrancarte el corazón, calvo del demonio, y me lo llevaré conmigo para asarlo con el fuego del infierno y luego darme un festín con él, junto a mis colegas que me esperan allí —prometí y sus ojos casi se desorbitaron.

Pero rio al verme reír a mí y luego negó.

Acto seguido, continuamos con nuestro camino, aunque de vez en cuando noté que me miraba, supongo que pensando en si lo que dije fue en serio o no, y me fue difícil no volver a reírme. Faddei era un ruso que creía en muchas cosas sobrenaturales y eso de que las personas podían regresar de la muerte estaba en su lista de creencias.

Rato más tarde me encontraba llegando a la oficina en mi financiera, pues Julia me había avisado que debía firmar unos papeles y, ya que me hallaba cerca, decidí pasar para que no los enviara a casa.

Me tomé unos días libres para estar con Hunter y encargarme personalmente de la investigación sobre lo que le sucedió, pero como dijo Ace, nos estábamos enfrentando a enemigos inteligentes, así que no estaba siendo tan fácil como lo imaginé.

—¡Señora, perdón! —Se apresuró a decir Julia al verme llegar y fruncí el ceño—. Le dije que no podía pasar, pero no me hizo caso…

—Dime por favor que no se trata de Dimitri —pedí con cansancio al entender que alguien me esperaba en la oficina.

—No, es el doctor… —Alcé la mano cortándola de golpe y sonreí.

No era necesario que me dijera más y el regocijo en mi interior me hizo agrandar la sonrisa.

—¿Luzco bien? —Julia asintió.

—Luces como si vinieras de un funeral —añadió Faddei y alcé la mano haciéndole un gesto que le indicó que eso era lo de menos.

No hablaba con Fabio desde su premiación tres días atrás, cuando Dominik jodió lo que creí que terminaría en una noche de sexo rudo. Pero tampoco lo lamentaba, ya que esos días me sirvieron para resolver algunos de mis asuntos y para pensar mejor todo lo que me dije con el D'angelo menor.

La verdad es que no odiaba al tipo y hasta entendía que me viera como una mala influencia para Fabio, sin embargo, usó palabras conmigo que me sacaron de mis casillas y por lo mismo terminé diciendo hasta lo que no me importaba. Porque sí, jamás debí mencionar los secretos que yo conocía de su vida y los que el pobre hombre desconocía (que involucraban a su primogénita teniendo un romance prohibido), como, por ejemplo: el hecho de que Dominik fingió ser otra persona con la madre de su hija, la difunta Amelia Black, una socia que Frank tuvo más de veinte años atrás; en su momento la mujer fue líder de los Vigilantes, una asociación criminal a la cual utilizábamos de carnada siempre que nos convenía.

Dominik tomó el lugar de uno de sus amigos en ese entonces como favor personal, así conoció a Amelia y se enamoró de ella, tuvieron a su hija Leah D'angelo Black y vivieron un romance apasionado y fugaz. Y decía fugaz porque Amelia pereció en un enfrentamiento con los mismos Vigilantes, luego de que intentara reivindicar su camino por amor a su pequeña y al padre de esta.

La tipa fue diagnosticada con una enfermedad mental, por eso el gobierno le perdonó varios de sus crímenes, sin embargo, tal cual le dejé claro a Dominik (y seguía sosteniendo), no todo lo hizo guiada por su condición. Amelia Black fue tan mala como lo era yo porque la vida nos obligó a serlo y le cogimos el gusto.

En aquel reporte de Ace también descubrí que casi trabajaba de la mano con el menor de los hermanos D'angelo, pues él y sus conocidos limpiaban el desastre que yo lideraba y de hecho hasta me ayudaban, ya que sus logros mantenían feliz al país y con eso dejaban de prestarle atención a los verdaderos negocios que llevábamos a cabo con *The Sevenths*.

Como decían por allí, ellos eran el *yang* de mi *yin*. Lo bueno que mantenía el balance de mi maldad, sin perjudicar, al contrario, me dejaban el camino libre sin siquiera saberlo. Y no le habría dicho nada si no me hubiese tratado con tanta condescendencia.

—Doctor D'angelo, qué sorpresa —saludé al entrar a mi oficina.

Lo encontré medio sentado en mi escritorio, se había servido un trago como si estuviera en su territorio y leía uno de los libros que de seguro encontró en mi librero.

Sonreí al ver que se trataba de *La Mente Criminal,* un libro que Frank amaba y el cual yo había leído un par de veces. Y confieso que en algún momento lo tomé como guía, aunque siempre manteniendo mi toque personal.

—Buen libro —comentó sereno y lo vi darle el último sorbo a su trago.

Tenía el cabello en un desorden perfecto y vestía casual. Se mostraba en calma total, aunque cuando dejó el libro sobre el escritorio y el vaso a un lado, me miró y noté en sus ojos la advertencia que escondió en su voz y un peligro que antes no tuvo, ni cuando estuvimos en su mazmorra.

El corazón me latió acelerado al verlo caminar a mi encuentro y respiré su fragancia junto al alcohol cuando se paró enfrente y cerró la puerta detrás de mí, estremeciéndome con el leve roce de nuestra piel.

—Hmmm —gimoteé con malicia y cabronería, alzando una ceja al sentir su agarre repentino en mi barbilla, con el que me obligó a mirarlo, apoyando la otra mano en la puerta.

El verde de sus ojos estaba turbio y no supe si el que me miraba era Fabio o Samael, o una persona incluso peor que esos dos juntos.

—¿Tienes idea del desastre que has ocasionado en mi familia? —susurró cerca de mis labios y tragué saliva con dificultad, algo que él notó porque había bajado su mano a mi garganta.

Su voz rica y profunda se volvió más oscura, pero no para seducirme tal cual lo hizo otras veces, sino para dejarme claro que no se encontraba feliz, lo que era más que obvio.

—Me hago una idea. —Incidí acercándome más a su boca, comportándome como la temeraria que no le temía al diablo incluso viéndolo a los ojos.

Y no mentí al decirle eso debido a que, en el informe, Ace me presentó a Dominik como un hombre perspicaz, inteligente e intuitivo; también con los medios y personas adecuados para llegar al fondo del meollo cuando se proponía averiguar algo, o a alguien. Por lo que suponía que debió investigar a su hija luego de mi pulla, aunque dudaba que esa vez llegara a la verdad, pues yo descubrí que Fabio protegía demasiado a su sobrina, así que, en esa ocasión, su hermano no descubriría tan fácil que Leah tuvo una relación prohibida con un miembro de su familia.

—Y espero que entiendas que tu hermanito me provocó de una manera que jamás debió hacerlo, Fabio —proseguí. El peligro que ese hombre despedía hasta por los poros en ese momento, únicamente me atraía más —. Ya que, tú mejor que nadie sabes la víbora que escondo. Ataco si me siento atacada, por lo que no debería sorprenderte lo que hice—declaré.

Abrí la boca para soltar el aire, él había inclinado la cabeza para que su altura le permitiera estar

tan cerca de mí y se lamió los labios, saboreando mi aliento lanzado hacia ellos y me mordí los míos de forma seductora.

—¿Y tienes una idea también de las ganas que me atormentan por llevarte a una de mis mazmorras y castigarte por el regocijo que me demuestras? —inquirió y de nuevo tragué, pero esa vez porque su agarre en mi cuello se hizo más fuerte.

Y seguí sin temerle a ese diablo, más bien comencé a sentir el calor en mi vientre y la celeridad de mis pulsaciones por todos los escenarios que comenzaron a llegar a mi cabeza, en cada uno él y yo estábamos desnudos y sudorosos, gimiendo, sudando, gruñendo y gritando de placer.

—Mierda, *diavolo*. Suena tentador que me folles con ese odio que demuestras. —Apostillé, jadeando a la vez debido a que me empotró a la puerta. En esa ocasión no fue cuidadoso, al contrario, mi cabeza dio un golpe sordo en la madera y gemí, tomándolo de la muñeca al sentir que se me hizo más difícil respirar—. Si te atreves a seguir por este camino espero que sea para asesinarme o follarme, *amor*, porque únicamente muerta, o muy satisfecha, te lo dejaré pasar —advertí.

—Ahora mismo quiero hacerte ambas cosas al mismo tiempo, jodida cabrona. Asesinarte lentamente mientras te follo duro, como tanto he querido desde que te has negado a estar conmigo —respondió y traté de coger aire—. Mereces que te mate por lo que dijiste de mi hermano y mi sobrina, ya que te dejé claro que no te metieras con mi familia en el momento en que me investigaste a mí y no encontraste mucho sobre ellos —siguió y abrí los ojos de más cuando llevó la mano hacia el final de mi vestido y lo subió por mis piernas.

—¡Mierda! —siseé porque rompió mis medias del centro de las piernas e hizo mis bragas a un lado.

Mi mente y cuerpo entraron en controversia, la primera exigía que le cortara las manos por lo que se atrevió a hacer, el segundo me suplicaba porque le permitiera a ese maldito continuar hasta llegar a la culminación de lo que tanto había deseado, desde que dejé de follar con él.

—Te permití que violaras mis servidores para extraer información confidencial solo para que estuvieras tranquila y te concentraras únicamente en mí. —Jadeé de nuevo cuando se chupó los dedos para humedecerlos y de inmediato los llevó a mi coño.

—¡Puta madre! —chillé.

Traté de cerrar las piernas para no darle acceso, pero él fue listo y lo impidió con las suyas, dejando el espacio suficiente para su mano.

—Pero te importó una mierda y no feliz con eso, te has encargado de volverme loco todo este tiempo y no puedo pensar en asesinarte sin antes darte placer —confesó y gemí como fiera en celo cuando hundió sus dedos en mi vagina y con la palma acarició mi clítoris.

Me descompuse entre su agarre en mi cuello y la cárcel que formó su cuerpo para mí, porque mientras lo volvía loco como aseguró, también me volvía loca a mí misma, ya que lo deseaba; añoré su maldito toque, me privé del placer que sabía darme únicamente para que tuviera claro que conmigo las cosas no serían solo como él lo quisiera.

Aunque en ese momento intuí que había despertado una bestia en su interior y mi ataque verbal a su hermano fue como el tiro de gracia.

—Mi pequeña zorra, ves cómo has extrañado mis atenciones —aseveró con tono ronco, cerca de mi oído y aflojó un poco su agarre en mi cuello, lo suficiente para permitirme coger aire.

Por mi parte me aferré más a su muñeca y recibí gustosa el mordisco que dio en mi labio inferior, chupando para aliviar un poco y repitiendo el proceso de nuevo.

—¡Joder, Fabio! —gemí sintiéndome envuelta en las sensaciones.

Ese dolor y placer que me daba me estaba llevando al borde de la locura, erizando e incendiando mi piel, endureciendo mis pezones y apretando los músculos de mi vientre. El sudor frío ya mojaba mis sienes y los retumbos de mi corazón se acompasaron con la celeridad de mi respiración.

—Te gusta lo que te hago, *la mía troia preferita*[3]—aseguró, sonriendo con satisfacción. No pude decirle nada, como tampoco entendí lo que dijo en su idioma, aunque supuse que no debió ser nada cariñoso por la malicia en sus gestos.

Y no me ofendía porque de alguna manera me hizo sentir que no pretendía eso, incluso con la furia que demostraba hacia mí, no estaba buscando humillarme.

Presionó su boca a la mía sin besarme, lo hizo para callarme en cuanto notó que gritaría por el placer que sus embistes me provocaban y gruñí cuando una vez más me mordió, fue más brusco, ya que sentí el sabor metálico.

Mis fluidos le empapaban la mano, haciendo que deslizara los dedos con más facilidad, rozando mi clítoris, abriéndolo con el dedo medio hasta volver a hundirlo en mi vagina, tocando mi punto G y obligándome a balancear las caderas para encontrar más fricción de su parte.

Me rendí cuando metió dos dedos una vez más y los curvó, tocando demasiado suave en un momento donde mi sistema pidió brutalidad.

—¡Fóllame! —supliqué, dándome por vencida con su toque diestro.

Sonrió como un total cabrón y negó seguro.

—No, *puttanella*. Esta vez no te has ganado que meta mi verga en tu interior —aseguró y no era necesario que manejara el italiano a la perfección para entender cómo me llamó.

—Imbécil —espeté, pero presioné la frente en su barbilla y chillé cuando me cogió con fuerza del cuello otra vez y me obligó a mirarlo.

—No mereces ni siquiera este placer que te estoy dando —reclamó y me mordí los labios para no gritar cuando hizo un movimiento en mi coño que logró que mis paredes vaginales se apretaran.

—Entonces deja de masturbarme —pedí con la voz débil, queriendo parecer fuerte, pero rogando que no dejara de hacerlo.

—Quítame si tu orgullo te deja —me retó y llevé una mano hacia la suya, con la que me daba placer.

Pero era de esperarse que jugara sucio, ya que en el instante que tuve la fuerza para apartarlo, sus dedos presionaron la parte delantera de mi entrada vaginal tal cual necesitaba, sobando mi manojo de nervios con más presión, embistiéndome sin dejar de rozar mi punto G, logrando con eso que mis paredes se contrajeran, preparándose para explotar en un orgasmo que ansiaba igual que respirar, en el instante en que Fabio me estranguló más fuerte para cortarme el poco flujo de aire.

—Quítame —exigió.

El placer era tan intenso, que derramé un par de lágrimas porque se volvió insoportable.

—No —atiné a decir e hice un sonido extraño.

Cogí su mano deseando que me penetrara con más potencia y traté de gritar en el segundo que el orgasmo comenzó a alcanzarme.

—¡Joder! ¡No! —grité cuando Fabio se apartó de golpe e hizo que perdiera el balance hasta caer de rodillas.

Jadeé como si acabara de emerger de debajo del agua y puse las palmas de las manos en el suelo para apoyarme, mis lágrimas se hicieron más intensas, pero esa vez por la frustración y el dolor en mi vientre gracias a un orgasmo que me fue negado con brusquedad.

—Como dije antes, esta vez no te ganaste el honor de que te permitiera venirte ni con mi verga ni

con mis dedos. —Largó con maldad y me cogió de la barbilla para que lo viera a los ojos—. La próxima vez piensa mejor antes de meterte con mi familia, porque te prometo que, si lo haces, exhalarás tu último aliento mientras te estés corriendo —añadió.

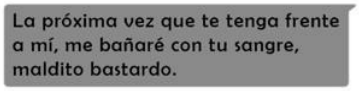
Y tras eso se marchó.

Grité cegada por la furia que me provocó y en mi interior me juré que lo haría pagar caro esa humillación que acababa de hacerme, porque en ese instante sí me humilló y el maldito hijo de puta subestimó a la fiera que acababa de despertar en mí.

—¡Ira! —gritó Faddei cuando intentó abrir la puerta y presioné mi espalda a ella para impedírselo.

—¡Vete! —le exigí y supe que lo que haría por la furia en mi voz que le indicó que no estaba herida físicamente.

Pero mi ego sangraba y solo podía imaginar las mil maneras con las cuales torturaría a Fabio Hijo de Puta D'angelo. Y todas incluían mi museo y cada uno de mis juguetes de tortura.



Logré escribirle en un mensaje de texto, las manos me temblaban y sudaban por la ira, mi respiración todavía era dificultosa. Y no le hice una promesa en vano, lo haría pagar y lamentaría el resto de su vida haberme desafiado de esa manera.

Resoplé cansada luego de verme en el espejo y detallar mi atuendo. Había elegido un vestido ceñido (con aberturas en ambas piernas) de color negro, adornado en toda la parte de arriba con encaje y pequeñas incrustaciones de diamantes que dejaban mis tetas luciéndose muy tentadoras. El cabello decidí atarlo para no quitarle protagonismo al atuendo y terminé todo con unos zapatos altos en color rojo, ambos con cuchillos escondidos en los tacones por si las cosas se ponían entretenidas.

Y porque no nos permitirían las armas de fuego.

Todavía me sentía agotada por mi encuentro con Fabio dos días atrás y recordarlo hacía que mis ganas de asesinar se intensificaran. Lo último que deseaba era salir, me apetecía más quedarme en la cama, que parecía llamarme cada vez que la miraba con anhelo, pidiéndome que dejara todo de lado y me tirara a mirar la tele y darle descanso a mi cuerpo.

Me masturbé hasta perder el conocimiento cuando llegué a casa luego de mi enfrentamiento con el hijo de puta y eso me provocó más rabia porque, cuando reaccioné de nuevo, seguía deseándolo y me odié por ello.

Tenía a Ace a mi disposición, quien sabía que, con el más mínimo indicio de mi parte, me follaría como tanto lo deseaba, pero para mi maldita suerte, no quería sexo con él por muy bien que me hubiese follado tiempo atrás.

Quería al maldito cabrón prepotente y dominante, aunque esa vez no solo para saciarme de él, sino también para hacerlo pagar.

—En serio te odio —refunfuñé a la nada y sacudí la cabeza para espabilarme.

Respiré hondo, dejando de lado mis pensamientos y recordando que la líder no podía faltar esa noche tan importante. Tenía que honrar con mi presencia a una princesa, así que me di ánimos para salir por la puerta igual que siempre: comiéndome al mundo como bien sabía hacerlo.

Me rocié perfume antes (y en lo que inspeccionaba hasta el último detalle), me retoqué el labial rojo sangre y tomé el pequeño bolso de mano colocando el móvil dentro, y salí hacia donde Ace y Faddei ya me estaban esperando, uno luciendo acorde a la ocasión y el otro, retirándose de vez en cuando el moño del esmoquin como si lo estuviera ahorcando.

Sonreí al verlo incómodo, y me acerqué a ellos, contoneando las caderas, deleitándome al tener su atención.

—Espero que estén ansiosos por la velada, chicos, porque hoy los necesito enérgicos —dije con malicia al ver a Ace resoplar y a Faddei blanquear los ojos.

Llegué a ellos, observando cada detalle de su atuendo y dando el visto bueno cuando los encontré perfectos.

—Estamos listos hace horas, mi reina —aseguró Ace con cansancio y lo miré frunciendo el ceño —. Aún sigo sin comprender cómo las mujeres pueden tardar tanto tiempo en ponerse una tela y pintarse la cara —se quejó y vi a Faddei apoyarlo asintiendo.

—Aún con los años sigo sin entenderlo —respondió Faddei.

—Pareciera que esa queja va dirigida hacia otra mujer y no para mí —comenté y Ace entornó los ojos.

Me reí por eso y decidí dar una pequeña vuelta para ellos, abriendo los brazos para que pudieran verme mejor.

—Y si quiero dar una buena impresión es obvio que me tengo que ver linda, no me quiten mérito —Fingí un puchero y vi a Ace lamerse los labios al detallarme.

—¡Mierda! —murmuró y me mordí el labio, divertida por su descaro—. Olvida lo que dije y da otra vuelta que no vi bien la parte de atrás del vestido. —Lo golpeé al pasar por su lado y lo escuché reír, sabiendo a la perfección que se me marcaba demasiado el trasero con la tela apretándome las nalgas.

Faddei fue listo al cerrar la boca y dirigirse al coche tras saludarme.

El viaje fue corto hasta la propiedad donde se llevaría a cabo la velada, una mansión victoriana, predilecta por Ronald que amaba la decoración antigua y siempre que podía, hacía sus fiestas en ese lugar donde, además del estilo, era adecuada para que nadie más que la organización y sus invitados pudieran inmiscuirse.

Atravesamos el portón tras identificarnos en la entrada y nos dio la bienvenida un gran jardín adornado de lámparas en el sendero hasta que a lo lejos se podían vislumbrar coches estacionados y gente ingresando.

Una vez llegamos ahí, me tomé el tiempo de mirar a los chicos con seriedad.

—Por más que sea una celebración ofrecida para nuestros invitados, quiero que estén atentos a todo el entorno —hablé rápido al ver un hombre dirigirse al coche—. Esta noche no solo acompañan a su líder para codearse con *grandes* personalidades, los quiero despiertos e informando cualquier detalle que sea sospechoso.

Ambos se miraron con tranquilidad y asintieron para luego mirarme a mí.

—Claro, Ira —respondió Faddei y me dedicó una pequeña sonrisa—, por algo estamos aquí.

—Para ser el perro fiel y la puta de la puta ante la sociedad —añadió Ace con sarcasmo—, pero los más letales a la hora de defenderte, mi reina.

Me mordí la sonrisa y noté que había momentos en los que Faddei no podía esconder sus celos.

—Te gusta ser mi puta, eh.

—Me gustaría más si no lo fuera en teoría, sino también en la práctica —señaló.

—A mí también —admití esa vez, ya que todo sería más sencillo con él, sin embargo, no estaba

donde estaba porque me gustara que las cosas fueran sencillas en mi vida.

Faddei carraspeó al escuchar lo que nos decíamos con Ace y reí.

El hombre de antes llegó hasta nosotros y abrió la puerta, tendiéndome la mano para que pudiera salir. Le sonreí con amabilidad, declinando su gesto y acomodando mi vestido para que lucieran las aberturas en mis piernas. Ace y Faddei llegaron cada uno a mi lado en un santiamén en cuanto estuve afuera, ofreciéndome sus brazos, y los tomé a ambos con gusto, comenzando a caminar.

—Mírate, preciosa. Luces como la reina que eres con tu perro guardián rudo y tu puta, uno muy caliente por cierto —soltó Ace y lo miré incrédula por el apodo hacia Faddei y el suyo.

Pero más porque lo dijo en voz alta para que las personas cercanas pudieran escuchar también.

—Imbécil —murmuró el calvo y estuve en total acuerdo.

Ace se encogió de hombros y sonrió con descaro demostrando hacia los demás que no le molestaba que lo llamaran así.

Dos mujeres en el umbral de la enorme puerta nos recibieron con una reverencia; vestían al estilo griego, con vestidos blancos de tirantes gruesos, el frente se traslapaba entre sí abultando sus tetas y abajo de ellas se acentuaba un lazo dorado, tal cual como el de su cintura. Lucían aberturas en ambas piernas, pero a diferencia de las mías, las de ellas comenzaban desde el vientre y terminaban hasta sus pies.

Razón por la cual sus sandalias con tiras envueltas hasta las pantorrillas se notaban, eran del mismo color de los cinturones y la diadema que llevaban en la frente.

Nos indicaron a qué salón ir, deseándonos una maravillosa velada a lo que asentí en respuesta y me dirigí con ambos hombres, que habían adoptado la seriedad necesaria para este tipo de eventos. Yo era la perra que tenía que lucir una sonrisa cabrona y regodearme de mi puesta en este mundo, y ellos, mis perros guardianes a cada lado, cuidándome.

La música se escuchaba incluso antes de llegar al jardín trasero donde todo se desarrollaba y respiré profundo por la cantidad de gente que había.

Ronald decidió tirar la mansión por la ventana al detallar la música en vivo que tocaba en un rincón, la cantidad de meseros con bandejas repletas de copas, otros con charolas llenas de finas líneas de cocaína y la gente que caminaba de acá para allá, charlando entre risas y bebidas en mano.

—Creo que a Ronald esto se le fue un poco de las manos —comentó Faddei mirando todo con tranquilidad—, hay más gente de la que se informó.

Asentí y les palmeé los brazos para que siguieran caminando cuando varias personas conocidas me vieron. Eran esos momentos donde mi personalidad se fragmentaba y optaba por la más cabrona, la máscara de frivolidad y mi mejor sonrisa para los séptimos que me miraban y escaneaban de arriba abajo, unos con asco disfrazado de formalidad, otros con deseo y uno solo con curiosidad, pero no tanta al bostezar y llevarse una copa a la boca.

Caminé hacia ellos siendo una buena líder y saludarlos primero, sacando a relucir mis buenos modales. Aunque no me quedé a conversar más de lo necesario, sobre todo cuando Hector me pidió que lo acompañara para presentarme con un colega suyo y de Ronald, puesto que ambos se movían bien en el mundo de la producción televisiva.

—Estos son los regalos que me gusta que me des —soltó zalamero un hombre mayor al verme tomada del brazo de Hector.

El tipo pretendió escucharse sensual, pero era claro que falló en el intento y más al creerme *su regalo*.

—Siento decepcionarte, George, pero esta mujer es un regalo que no cualquiera puede tener —aclaró Hector y le agradecí por eso.

Cuando el tipo no estaba frente a los demás, fingiendo tener el mismo poder que yo para que los otros séptimos no le quisieran pasar por encima, me trataba con respeto.

—Y me parece perfecto, ya que no soy cualquier hombre. —Se regodeó el tipo y sonreí porque me causó gracia.

—Te presento a Ira Viteri, la actual líder de la asociación. —Se apresuró a decir Hector para que su colega no siguiera intentando *cortejarme* y vi la sorpresa en sus ojos—. Ira, él es George Lupin, un colega en la televisora, como te lo comenté hace unos minutos.

Hector contuvo la sonrisa cuando George carraspeó bastante incómodo y eso me satisfizo en demasía. Esas eran las reacciones que amaba provocar, el silencio sepulcral tras la cagada que cometían al creerme una *dama de compañía,* un desahogo sexual cuando en realidad era el rostro de los grandes negocios que se llevaban a cabo tras bambalinas.

—Hubieras comenzado por eso —comentó George entre dientes.

—Lo habría logrado si hubieses guardado a tu casanova interior, amigo —se defendió Hector y George me sonrió con disculpas.

En ese instante un mozo se acercó a ofrecernos bebidas y vi a George adelantarse y tomar una para mí, alzó la suya ofreciéndome un brindis que acepté por cortesía.

—Es un placer conocerte, Ira —dijo antes de que nuestros cristales chocaran.

—Diré lo mismo de ti solo por cómo has dado marcha atrás conmigo, aunque espero no arrepentirme si te veo actuando así con otra mujer, únicamente porque tiene la amabilidad de sonreírte —advertí y me satisfizo su reacción.

Aun así, brindamos y con Hector reímos, George se nos unió tomando mi comentario como broma, algo que en su interior sabía que no lo era si lo miraba dar un paso en falso a mi alrededor.

Mientras estaba acompañada por esos dos hombres vi a lo lejos a Faddei y Ace, quienes aparentaban disfrutar del ambiente, pero sabía muy bien que se mantenían calibrando el entorno. Olí la copa antes de llevarla a mis labios y disfruté de las burbujas de la bebida, absorbiendo la música clásica que la orquesta tocaba. George y Hector comentaban sobre ciertos problemas que el primero atravesaba gracias a un país que decidió investigarlo y todo porque él y Ronald decidieron mezclar lo sucio con lo legal.

Miré a Hector y alcé una ceja al entender todo y él se encogió de hombros, diciéndome de esa manera que era como yo, no aceptaba ciertas cosas, pero tampoco las detendría, puesto que al final, también nos beneficiamos de alguna manera.

—¿Ira? —Volteé al escuchar que me llamaron y sonreí al reconocer a la mujer frente a mí, inclinándome hacia ella en una reverencia de respeto que la hizo soltar una carcajada.

—Princesa Aneka. Qué sorpresa verte por aquí —mentí y ella me hizo un gesto con la mano, pidiéndome que dejara las formalidades burlescas—. Y tan bien acompañada —añadí al ver al tipo a su lado.

La princesa de Dinamarca vio a su amante en turno y le regaló una sonrisa cómplice, luciendo igual de entusiasmada como con sus cinco amantes del pasado, los que conocí en persona, claro estaba.

—Lo mismo digo de ti —señaló en el momento que Hector y George se disculparon y nos dieron espacio, pero Ace llegó a mi lado—. Nicholas era un tipo sexi, pero él… ¡Uf!

—Veo que ya has escuchado los chismes —siseé entre dientes y ella sonrió, tapándose la boca—. Bien, él es Ace. Ace, ella es la princesa de Dinamarca, Aneka —los presenté.

—¿Estás en algo serio con él? Porque con tu permiso, querida amiga, pero Olav y yo buscamos diversión esta noche y me honraría probar tus gustos. —Fue directa cuando Ace le tendió la mano,

su amante sonrió lascivo al escuchar a Aneka y yo negué irónica.

La princesa era así de descarada y también altanera, ya que quería darle el coño a Ace, pero le negó el saludo de mano y eso no me sorprendió, aunque me causó gracia la respuesta de Ace.

—Con tu permiso majestad, pero en nuestro mundo la puta tiene voz y voto. Y para que obtengas diversión de mi parte, deberás ofrecerme algo más que altanería y te prometo que cuando eso pase, te haré dejar de lado a los daneses —soltó con chulería y apreté los labios para no reírme de la reacción de Aneka.

Ella lo miró sin poder creer que un plebeyo le hablara así, aunque también noté que le gustó más de lo que admitiría, el poderío de Ace en ese instante. Me sentí satisfecha por eso y me llevé la copa de *champagne* a la boca conversando unos minutos más con *su alteza* luego de que se recompusiera de la humillación.

Nos despedimos minutos después y me reí abiertamente cuando en ese instante fue ella quien se acercó a Ace y le dio un beso en la mejilla, a su amante no le agradó eso, mas no dijo nada, solo miró a mi hombre con ojos asesinos como si él hubiese sido el descarado.

Ace por su parte lo ignoró.

Le pedí enseguida que se diera una vuelta por los alrededores y me paseé por todo el lugar cuando me quedé sola, observando a los invitados, viendo la cantidad de gente conocida que había, desde políticos hasta estrellas de cine y la música. Varias personas disfrutaban en grupos, conversando y otras pocas alejadas, compartiendo con sus acompañantes hasta que Ace se acercó de nuevo y me tomó discretamente de la cintura, sonriéndome.

—No hay nada sospechoso, más que los hombres de confianza de Ronald ubicados en las postas de seguridad. Hay más de cien guardias en zonas estratégicas —murmuró mientras tomaba una copa y le guiñaba un ojo a la mesera—. Los séptimos vinieron acompañados de uno o dos hombres de confianza, relajados por lo que se ve.

—Demasiado diría yo —respondí con los engranajes de mi cabeza trabajando a toda velocidad—. Hay que estar alertas, por si acaso.

Si intentaban joderme ahí, conocerían lo que el diablo les tenía preparado a cada uno porque por más que me estuviera mostrando solo con dos de mis hombres, tenía a más preparados por si cualquier cosa pasaba. No era estúpida, a Frank lo habían cogido cuando menos lo esperaba y por más relajada que me vieran, siempre estaba atenta y lista para cualquier cosa.

Con mi genio comenzando a estropearse miré a mi alrededor, saludando a lo lejos cuando reconocí a dos hombres acercarse junto a lo que supe eran sus amantes, ambos de la realeza europea y mujeriegos a más no poder. Sonreí con suficiencia al instante que llegaron y me miraron casi babeando al haber optado por una postura más sugerente, dejando mis dos piernas al descubierto.

Sus acompañantes en cambio, me miraban con recelo, escaneando mi atuendo para luego ver mi rostro que les devolvía el gesto, conteniendo una risa.

—Bienvenidos a Estados Unidos, sus altezas —saludé mordiendo mi sonrisa, al tanto de que ellos no se perdían mis movimientos—, es un honor tenerlos esta noche.

Ambos se agacharon con la caballerosidad que carecían, deteniendo su mirada unos segundos en mis tetas para luego sonreírme.

—El gusto es mío, señorita Viteri —comentó Henry, príncipe de Grecia—, un placer a mis ojos poder verla nuevamente.

Me llevé la mano al pecho y le dediqué una sonrisilla, sentí a Ace murmurar, hastiado por la situación, yo en cambio, divertida.

—La velada es exquisita luego de haberla visto entrar. —Acotó lascivo Eric, príncipe de

Luxemburgo.

Los príncipes eran conocidos por el descaro que tenían y la prepotencia, ya que ignoraron a Ace y tampoco me presentaron a sus amantes. Ambos ya casi pisaban los cuarenta y era sabida su vida descontrolada y los excesos que los acompañaban.

Les agradecí el halago cuando quise frenar tanta zalamería al ver a una mujer bonita y los llevé hacia mi terreno, conversando sobre negocios que compartían con algunos de mis hombres, detallando algunas futuras inversiones hasta que Ronald se unió a nuestro círculo, saludándolos con un apretón de manos y luego una palmada, confianza que se tomaban viejos amigos al saber que los príncipes además de manejar grandes cantidades de drogas en sus círculos, adquirían mujeres como si la vida se les fuera en ello, aburridos de sus matrimonios arreglados y de su monótona vida en la realeza.

—Espero que estén disfrutando la velada —comentó Ronald luego de hacer un pequeño brindis —. La noche fue pensada exclusivamente para ustedes.

Todos reímos por el comentario sabiendo que eran grandes inversionistas dentro de nuestro mundo y Ronald no podía evitar lamerles el culo. Ambos hombres se miraron y Eric fue el que habló.

—La velada está bien, pero déjame decirte que, conociéndote, esperaba más —comentó con diversión y Ronald se llevó una mano al pecho, ofendido.

—Me extraña, viejo amigo, ya que como dices conocerme, no sepas que esto aún no empieza, todavía no hemos llegado a lo mejor —respondió y sonrieron cómplices.

En mi caso decidí quedarme callada, asintiendo de vez en cuando, pero midiendo la situación, escuchando sus conversaciones sin dejar de sentir a Ace hacer lo mismo, de vez en cuando robando miradas de las amantes de la realeza, que se habían quedado prendadas de la apariencia que mi chico tenía.

—Entonces estoy ansioso por ver qué nos has preparado para esta noche, querido Ronald — contestó Henry con entusiasmo.

El aludido asintió

—Vine a que me acompañen a un salón que he preparado para que podamos degustar algunos platillos.

Dejé mi copa cuando la vacié de un trago y Ronald me miró con una pequeña sonrisa.

—Me gustaría que la señorita Viteri me acompañe. —Me tendió el brazo y esperó a que se lo tomara—. He organizado todo con detalle bajo su pedido, espero que luego le agradezcan a ella.

Lo miré con seriedad, absorbiendo sus palabras, la burla impregnada en ellas. Apreté el agarre en su brazo y vi a Ace detrás de mí cuando comenzamos a ir hacia el salón contiguo, algunos presentes ya caminando, otros aún degustando lo que ofrecía en el jardín.

Al llegar al umbral, Faddei apareció como por arte de magia a mi otro lado y saludó a Ronald, este último nos pidió entregar todos los dispositivos móviles a una mujer en la entrada y lo hice solo porque ya sabía que era parte del protocolo de seguridad. Se detalló en el informe que me entregaron antes de llevar a cabo la fiesta, explicando que la cena sería estilo sexual, con mujeres y hombres desnudos sirviendo como platos.

Así que lo hicimos para luego entrar al lugar donde varias mesas se encontraban repartidas, un escenario y pódium al final de la sala.

—Espero que disfrutes de la noche, Iraide —comentó Ronald cuando me dejó en la mesa asignada y siguió caminando con los príncipes que charlaban animados.

Esa despedida me sonó a reto, a burla. Y algo en mi interior me gritó que las cosas iban a volverse

turbias.

CAPÍTULO 40

Iraide

Miré a Ronald sin ir a la mesa que había sido reservada para mí y mis hombres y noté que ninguno de los otros séptimos estaba presente, otra cosa que no me sentó bien.

Clavé la mirada en su espalda y luego evalué las demás mesas, reconociendo a Aneka en una de ellas junto a su amante y otras personas de su corte, vi en otra al sobrino del presidente de Rusia quien llegó acompañado de amigos y en un lugar a su izquierda estaba Weing Koh, inversionista filipino que conversaba entusiasmado con George Lupin y varios hombres más.

Tanto Weing como George levantaron la vista por unos momentos y me saludaron con una sonrisa cuando me reconocieron, yo solo les dediqué un asentimiento y me dispuse a sentarme con Faddei y Ace flaqueándome, justo cuando la sala se llenó y todos ocuparon sus lugares.

No vi ni una mesa sola, así que con eso confirmé que Ronald escogió personalmente a los invitados a ese banquete *especial*. Cosa que me puso más nerviosa y alerta.

Di un respingo cuando las puertas de la sala fueron cerradas de golpe y miré con severidad hacia todos lados hasta que me concentré en Ronald, quien iba subiendo al pequeño escenario montado y se acomodó en el pódium.

—Bienvenidos, mis queridos amigos —saludó a todos, aunque detuvo su mirada en Eric y Henry, su voz sonaba un poco robotizada por el micrófono y fruncí el ceño—. Es un privilegio que me acompañen todos a esta noche tan espectacular para celebrar —siguió y lo miré con atención—. Hemos preparado la mejor comida *gourmet* del país para su degustación, pero como los norteamericanos somos extravagantes hoy lo haremos con una nueva experiencia.

Me tomé de la mesa con recelo cuando comencé a ver las luces bajar de intensidad y me erguí con una extraña sensación embargándome. El corazón me latió más rápido y sentí que la respiración se me dificultó.

—Qué mejor manera de comenzar la degustación que a oscuras —soltó queriendo escucharse *sensual*. Las luces se apagaron por completo y por inercia tomé la mano de Ace—. Una nueva experiencia que los invita a que abran sus otros sentidos y disfruten a otro nivel lo que les vengo a ofrecer.

Ace me apretó la mano en reconocimiento cuando supe que algo iba a pasar, mi intuición me lo estaba gritando y como pude me acerqué a su oído.

—Necesito que salgas y traigas las gafas de visión nocturna del coche —ordené con la respiración un poco agitada.

Lo sentí ponerse de pie y desaparecer como un fantasma.

Respiré hondo sintiendo desconfianza hasta de mis propias manos cuando la gente comenzó a reír y me acomodé lo mejor que pude, escuchando las risas de los comensales y la música inundando el ambiente. No se podía ver nada a excepción de una luz mortecina del micrófono que le daba a Ronald en el rostro, aunque aun así sus rasgos eran borrosos.

Me concentré en escuchar más allá de la música y los susurros y risas de los presentes y logré captar pasos de personas entrando al salón, algunos más fuertes que otros.

—¡Joder, Ira! —susurró Faddei y buscó mi mano.

Lo sentí helado, aunque yo estaba peor.

—Hoy es una maravillosa noche para que prueben la delicia que se prepara en mi querido país. Muchos le llaman comida chatarra, pero quién no babea por la chatarra, incluso las personas *fitness* aquí presentes lo hacen —soltó y muchos rieron—. La *pizza* es mi favorita y con mucha *salsa* y si ustedes son como yo, la van a disfrutar, o al menos los beneficios de *ella* —siguió y las carcajadas de los hombres me aturdieron.

—¡Me encanta la salsa! —gritó a quien reconocí como George Lupin, ya que así no lo viera, supe de dónde llegó su voz y la risa de Weing a su lado me lo confirmó.

—Por supuesto que te encanta, querido amigo. —Le celebró Ronald y apreté la mano de Faddei —. Amo la *pizza* con *salsa* y ustedes pueden elegir si la quieren con queso, el tamaño del platillo y los ingredientes en ellos —alardeó—. O quizá quieran deleitarse con un exquisito *Hotdog* o un buen plato de *espaguetis*, este último pueden comerlo con *palillos chinos*.

La gente rio de nuevo a carcajadas por sus palabras y yo solo me quedé quieta, sabiendo que algo no iba nada bien al sentir la exaltación de la gente a mi alrededor.

—Déjenme contarles algo antes de que comiencen a pedir. Les garantizo que están a punto de probar lo mejor, ya que personalmente me inmiscuí en la cocina para catar la comida y así asegurarme de que sea la indicada para ustedes y lo que les traigo es una maravilla. Y créanme que solo de recordarme en esa degustación personal, babeo y el olor aún sigue en mis dedos.

Otra ola de risas y comentarios salieron a relucir en el ambiente hasta que un hombre gritó.

—¡Ya, Ronald! Deja de tanta palabrería que muero de hambre.

Varias personas avalaron sus palabras y fue el turno de Ronald de reír.

—Tranquilos, que desde este momento pueden hacer su pedido sin moverse de su mesa. Tienen un dispositivo de uso personal al lado de los platos donde podrán hacer sus órdenes si ya están listos y un mesero se los llevará.

Tanteé la mesa en busca del mío al querer saber qué diablos estaba pasando a mi alrededor y ser consciente de que Ace se estaba tardando más de la cuenta en volver, pero no sentí nada más que cubiertos y un par de copas.

Tomé a Faddei del saco y lo sentí más rígido de lo habitual.

—Pide tú que yo no tengo nada —exigí y lo sentí voltearse.

—Yo tampoco tengo nada, Ira —respondió con nerviosismo.

Respiré hondo, las manos me sudaban y solo podía oír el murmullo a mi alrededor y la voz de Ronald.

—Excelente pedido. Me encanta ese manjar y lo dejamos *jugoso* para ti —le aseguró a alguien y por algún motivo el estómago se me revolvió.

Me acomodé en la silla cuando me sentí desorientada y cerré los ojos en busca de agudizar un poco más el oído sobre la música. No podía escuchar nada más que las voces a mi alrededor hasta que mi cuerpo quedó rígido con el pequeño sollozo que destacó sobre todo lo demás. Mi respiración se fue a la mierda en cuanto capté otra vez lo mismo del otro lado y de golpe una mano me tomó con fuerza del hombro, reconociendo el tacto de Ace.

Miré hacia arriba, viendo nada más que oscuridad hasta que sentí su aliento chocar con mi rostro.

—Dame los lentes —exigí sin aliento.

Sentí algo en mis manos y cuando me los quise llevar a los ojos, Ace me detuvo.

—Todo se fue a la mierda, Iraide —aseguró y el cuerpo me tembló.

¡Joder, joder, joder, joder!

Las lágrimas me picaron en los ojos gracias a la furia que comenzó a hacerse más fuerte en mi sistema, las manos me temblaron con los lentes en ellas y apreté la mandíbula, trabajando en

controlar mi respiración hasta que un sollozo más cercano me sobresaltó.

Me armé de valor entonces y me acomodé los lentes con los ojos aún cerrados. Al abrirlos lo primero que noté fue la mano de Ace con un dispositivo que estaba presionando y un jadeo de horror abandonó mi garganta cuando un mesero llevó su *pedido* a su lado.

—Dime que esto es una puta pesadilla —le pedí cogiéndolo de los brazos y vi que aun en la oscuridad él me estaba viendo.

Tenía gafas de visión nocturna, pero con las mías logré ver sus ojos fríos como el hielo, dándome la prueba de la *comida* que se servía. Y de nuevo un sollozo salió de la persona a su lado y me mordí los labios para contener el llanto, me miraba con el terror más atroz y sentí la bilis en mi garganta.

¡¿Dónde carajos estaban las mujeres y hombres que servirían como platos en esa cena?!

¡Mierda!

Nada de lo que veía se detalló en el informe que me pasaron.

Yo no lloraba porque la vida me dio dureza, pero ella misma me la arrebató en ese instante para dejarme sentir el mismo terror y asco de esa personita que me miraba con súplica para que no le dañara.

—¡Shhh! No —le supliqué y con cuidado le tomé la barbilla, tembló de miedo con mi toque y eso fue el detonante para que mis lágrimas corrieran libres.

En su cuello brilló algo y al girarlo noté que era una especie de tinta especial. Le habían escrito un número que no me atreví a leer, e identifiqué una especie de corazón hecho en espiral.

Uno de los símbolos de la pedofilia.

—¡Dios, no! No hagas eso —le rogué al ver que usaba solo un pantalón con cinturilla de elástico y se llevó las manos ahí para comenzar a sacarlo.

Me miró sin entender por qué me negué.

—¿Es lo que pidió, señora? —preguntó el mesero que también llevaba gafas de visión nocturna, y quien lo había llevado a mi mesa.

Su puta voz tan tranquila desató mi furia.

Aparté de mí lo que él denominó *pedido* y vi que Ace le cogió y cubrió su boca para que no alertara a los presentes. Yo por mi parte me saqué las cuchillas de los tacones y antes de que el puto mesero pudiera decir algo le segué el cuello y escuché sus gorgoteos.

—¡Ira! —me llamó Faddei y me solté de su agarre en cuanto me cogió.

Ace maldijo al verme escanear todo mi alrededor, mirando con horror lo que estaba pasando.

George fue el primero al que capté *degustando su salsa* y crují mi cuello para luego caminar hacia él. Sentí a Ace tomarme de la cintura y me giré de inmediato colocando la cuchilla en su cuello, su corbatín se soltó enseguida y jadeó al darse cuenta de que, de no ser por el objeto, en ese instante hubiera estado haciéndole compañía al mesero.

—Vas a desatar una masacre de la que no saldrás viva, Ira —aseguró, pero me importó una mierda.

—¿Acaso crees que me quedaré observando gustosa lo que sucede? —espeté y ni yo reconocí mi propia voz.

Escuchar las risas en el salón y la manera en que disfrutaban *los platillos* me llenó de asco, la bilis subió de nuevo a mi boca y tuve que llevarme las manos al pecho porque sentía que en cualquier momento me daría un infarto.

—No les vas a salvar, mi reina. Solo harás que te maten porque por muy líder que seas de esta sede, estás rodeada de gente tan poderosa como tú, que no dudará en defenderse.

—Ira, Ace tiene razón. Nos van a matar, a ti, a nosotros y a todos tus demás hombres y luego

seguirán disfrutando la velada.

Sabía que tenían razón, pero me era imposible quedarme de brazos cruzados o marcharme solo porque no soportaba ver lo que sucedía, dejando la atrocidad a mis espaldas.

Yo era una hija de puta sádica, pero tocaron mi fibra más sensible, superaron mi límite y necesitaba hacer pagar al bastardo que…

¡Ronald!

Cerré los ojos con fuerza e intenté no escuchar más cuando me sentí a punto de explotar al ver la cara de regocijo de Ronald y la felicidad con la que alardeaba de los *pedidos* de la gente; entonces supe a quién haría pagar, así que me solté de Ace yéndome directo hacia el escenario, jugando a mi favor que todo estuviera a oscuras y no previera mi acercamiento.

Tomé con cuidado la ruta hacia él, tratando de ignorar lo demás para no desviarme, hasta que llegué al pódium y lo cogí de las solapas del traje, presionando la cuchilla en su cuello y alejándolo del micrófono.

—¡Para esto! —le exigí.

—No, Ira —aseguró.

Lo vi sonreír sin miedo alguno, él también usaba gafas y me tomó de las muñecas para liberarse en cuanto me le fui encima, acto seguido comenzó a caminar conociendo a la perfección el camino.

Salimos del salón y vi de soslayo a la gente que se quedó disfrutando la fiesta en el jardín. Ace y Faddei nos seguían y los escuché girar algunas órdenes a nuestra gente. Me arranqué las gafas con brusquedad e intenté respirar un poco para que las náuseas me abandonaran, pero no me sirvió de mucho.

Seguí a Ronald a un despacho y lo empotré a una pared sin esperar a que cerrara, lista y dispuesta a cortarle la garganta.

—¿Por qué carajos hiciste eso? —exigí con la voz todavía irreconocible.

—Solo agasajé a nuestros invitados como tanto les gusta —respondió sin miedo.

—¡No, hijo de puta! No es la primera vez que esto pasa y jamás se ha hecho una atrocidad como esta.

Me observó como si fuera una estúpida y tuvo la osadía de reírse de mí.

—¡¿Qué carajos pasa aquí?! —inquirió Harold llegando al rescate de su amigo, pero no iba solo.

Varios de sus hombres lo escoltaban y reconocí también a los de Ronald y míos.

—Nuestra querida lideresa está asustada por el *banquete* que ofrecí —le informó Ronald y siseó cuando enterré más la cuchilla en su cuello y le saqué sangre.

—Cuidado con lo que haces, Ira. Porque si asesinas a tu socio estando en tregua, te echarás encima a toda la organización —me recordó Harold.

—Nunca debieron pasar por encima de mí entonces —repliqué.

—¡Y no lo hemos hecho, Iraide! —gritó Ronald y me reí irónica—. Tú tienes tus límites y los has dejado claro, así como Frank los tuvo, pero… ¡Sorpresa, querida lideresa! Estas fiestas se han llevado a cabo siempre de la misma manera, pero tu amado mentor te tuvo en una burbuja de cristal todo el tiempo, por eso jamás te enteraste —soltó y me alejé de golpe, viéndolo incrédula.

—Tus límites no son limitaciones para la organización en general, Iraide. —Acotó Harold—. Y se acordó algo entre nosotros, en tu territorio te respetamos, pero no estás en él en este momento y si le haces algo a Ronald, se tomará como traición. Tus reglas, jefa. —Zanjó y lo miré con ganas de asesinarlo también.

—¿Por qué me llevaste a esa sala si no fue para retarme a matarte? —le cuestioné a Ronald.

—Porque yo no tengo por qué mantenerte en una burbuja, Iraide, y si eres la lideresa de esta

organización, debes aprender y saber todo lo que manejas, ya que, así yo haya hecho esta fiesta tú eres parte de ella por muy… *decente* que te consideres. Esto es *The Sevenths* y si te queda grande, entonces deja el liderato porque Frank no te dejó en un lugar que se rige de buenas intenciones. Tú misma matas, eres sádica y lo disfrutas.

—Y en esta asociación traficamos órganos, vendemos mujeres y se llevan a cabo *banquetes* como el que acabas de ver —añadió Harold.

Apreté los puños con fuerza por la baldada de realidad que recibía, ya que por mucho que me molestara, ese hijo de puta tenía razón. No estaba liderando un puto convento y así me lavara las manos como Pilato, lo más atroz siempre sucedía.

—Además, a pesar de todo, de no estar de acuerdo con que seas mi líder, respeté tus peticiones e hice todo con consentimiento.

—¡Con consentimiento de quién si esos niños y adolescentes que sirves como viles pedazos de carne aún no pueden decidir por sí mismos! —repliqué con asco.

—Sus encargados sí —aseguró y caminó hacia el escritorio para tomar un archivo que me entregó de inmediato.

Lo tomé y hasta en ese instante me di cuenta de que tenía las manos con sangre del mesero, ya que manché el cartón y las páginas cuando abrí el archivo y vi nombres, fotos, direcciones, firmas, sumas de dinero y todo lo que le daba *el derecho* a Ronald para hacer lo que quisiera.

Mi cuerpo estaba rígido, mis extremidades entumecidas y mi cabeza a punto de entrar en la locura; y solo de algo estaba segura cuando observé a Ronald, me las pagaría, aunque en ese momento hubiera ganado.

—Por eso Frank fue un gran líder, Ira, ya que lo que él no podía hacer, lo delegaba, pero jamás jugó a la moral. Así que aprende eso de él si deseas seguir rigiendo las riendas de *The Sevenths* —aconsejó Ronald y me limité a sonreír.

No encontré mi voz, por lo que me fui sin decir nada y casi corrí hasta la salida de la propiedad con la necesidad de escapar de ese infierno. Y ni siquiera alcancé a llegar al coche cuando me desmoroné; vomitando la bilis, quemando mi garganta y torturándome con los recuerdos de lo que vi en esa sala.

Necesitaba incendiar la maldita casa, destruir todo para que no quedara nada, pero para lograrlo debía quemar antes a toda la organización y a mí en el proceso, ya que sí, yo era parte de la mierda, yo también era la culpable y eso me hizo gritar de furia en los instantes cortos que las arcadas me lo permitieron.

Me limpié la boca como pude cuando el vómito cesó y me alejé para tirarme de rodillas más adelante, grité de impotencia al ser consciente de lo que dejé atrás, de lo que estaba permitiendo que continuara y maldije a Frank por haberme ocultado semejante mierda.

Arañé el césped y luego mis brazos queriéndome arrancar la piel, los ojos, los tímpanos para dejar de escuchar los sollozos infantiles llenos de terror y las risas burlescas y de gozo. Grité de nuevo y sentí a Faddei llegar y tomarme el cabello cuando otra oleada de vómito me avasalló; escuché a Ace maldiciendo y en mi periferia lo vi tomar los documentos que me llevé de la oficina de Ronald.

Faddei me limpió la boca con un pañuelo cuando terminé de vaciar mi estómago y en cuanto lo miré, encontré sus ojos repletos de lágrimas.

—Tú lo sabías —le dije llorando como una niña—. Tú sabías que Frank lo sabía —seguí y me besó la frente.

—Lo siento, mi ángel pelirrojo. Deseé que jamás lo vivieras, por eso nunca te lo dije —aseguró y me aparté de él de golpe.

Me puse de pie dando un sollozo ahogado y un lamento me impidió respirar. Vi a Ace muy sereno cuando abrió la puerta para que me metiera al coche y odié tanto su tranquilidad, que lo golpeé en el pecho haciendo que diera un paso atrás.

—¡¿Por qué estás tan tranquilo?! —le grité—. ¡¿Por qué luces como si esto no te asustara?!

Me observó impasible y al verme llorar respiró hondo y se acercó a mí tomándome del rostro.

—A mí no me importa lo que haya pasado adentro, Ira. Me importas tú y lo que quieras hacer para sacarte un poco de ese dolor que te quema —aseguró.

Me tomé del cabello incapaz de dar crédito a lo que dijo hasta que Faddei se acercó a nosotros, limpiándose la boca con el dorso de la mano, con los lentes colgando entre sus dedos y su rostro verde.

Caminé en círculos con impotencia, asco y mi cólera yéndose a límites que no bajarían en lo absoluto.

—Dime qué necesitas para sentirte mejor y lo haremos, mi reina —pidió Ace.

Me llevé las manos a las rodillas, necesitando coger más aire al sentir que los pulmones me ardieron y cuando me llené de él, lo retuve unos segundos tratando de volver a hilar mis pensamientos y luego los miré.

—Quiero matar a cada puta persona de esos archivos —declaré y él sonrió de lado.

—Tu ordena, Ira, y nosotros obedeceremos —confirmó Faddei y di un paso para meterme al coche.

—Esta noche no se duerme hasta terminar con una masacre —demandé entonces.

Me metí al coche, me limpié las lágrimas y me preparé para lo que haría. Pensando en que la élite sabía la reacción que tendrían mis demonios al ver tal atrocidad, pero incluso así los provocaron.

Entonces les daría una muestra de que yo no era de las que perseguía la calma, sino más bien de las que amaba provocar la tempestad.

CAPÍTULO 41

Iraide

Si no podía asesinar a Ronald sin desatar una guerra, y mucho menos a sus invitados, me desharía de los engendros que dejaron que utilizaran a los niños como comidas. Se lo merecían. Y si ya me había lavado las manos como Pilato, esa noche me las lavaría como Iraide Viteri: con sangre.

Me perdí en los pensamientos de todo lo que quería hacer esa noche, dejando que Ace y Faddei hablaran de los nombres y direcciones en aquellos archivos. Desde que actué como la sombra de Frank, cuando él seguía vivo, no soltaba mis instintos sádicos como lo haría al tener frente a mí a cada mierda a la que le pisaría la cara, luego de jugar con ellos tal cual un gato con su ratón.

Aunque esa vez los ratones no se enfrentarían a un gato cualquiera.

Fui consciente de que habíamos llegado a mi bodega hasta que Faddei detuvo el coche y salí disparada hacia mi oficina, dejando que él y Ace se encargaran de los hombres que nos acompañarían, y de los que enviarían para vigilar las viviendas de esas personas.

—¡No quiero a nadie drogado, porque lo que haremos tiene que ser con la mayor discreción posible! —Alcancé a escuchar que gritó Faddei.

Entré hecha un tornado a mi oficina y me cambié de ropa y zapatos, perdida en toda la mierda, tirando hacia una esquina el vestido (que no quería ver nunca más en mi vida), me coloqué los guantes especiales que cubrirían mis huellas y sobre estos los dedales.

La mayor parte del tiempo solo usaba tres: en el dedo pulgar, en el índice y el medio, pero esa vez opté por llevar en todos los dedos para provocar el mayor dolor que me fuera posible. Ya tenía el cabello metido en una media negra y mis lentes de contacto puestos, así que terminé por colocarme un gorro que me serviría como pasamontañas en el momento indicado.

Al salir de la oficina ya todos estaban preparados, esperando mis indicaciones, pero todavía no era capaz de hablar sin terminar vomitando, ya que por más que lo intenté, los recuerdos de lo que vi me seguían revolviendo el estómago. Ace se percató de eso, así que decidió dar las indicaciones por mí sabiendo a la perfección la ruta y el orden que seguiríamos, teniendo todavía los papeles en mano.

Salí en cuanto terminó y los hombres restantes se fueron a los coches, Ace informó que ya otros se habían adelantado, así que únicamente esperábamos sus indicaciones para poder llegar a la primera residencia sin problema alguno.

—Ten listo el primer y el último archivo, porque al salir de la casa dejarás colgado en la puerta el que corresponde, sin soltar evidencia de Ronald, por supuesto —le solicité a Ace y él me miró sin entender mi petición.

No permitiría que las autoridades se encargaran de Lujuria, ya que jamás le darían el castigo que merecía.

—Siempre que comete una masacre, se luce más con la primera y la última víctima —le explicó Faddei por mí cuando yo me subía a mi motocicleta—. Los dejará irreconocibles y así sepan quiénes son por la vivienda, le gusta dejar una última información sobre ellos.

Sonreí de lado mientras me colocaba el casco y vi a Ace asentir.

—La masacre del ángel —susurró como una especie de recuerdo.

Que pronunciara eso me hizo revivir la voz de Frank en mi cabeza. El bastardo las bautizó de esa manera luego de que una víctima que sobrevivió en el pasado, me identificara así en su lecho de

muerte.

«Parecía un ángel».

Había dicho el tipo mientras la policía lo interrogaba en el hospital sobre sí reconoció a quien lo atacó. No pudo decir nada más, ya que estaba dando su último suspiro.

Sin embargo, en todos los noticieros salió cómo me llamó, Frank estaba atento a ellos y en cuanto escuchó tal cosa se carcajeó. Yo me encontraba sobre sus piernas aquella ocasión en su oficina y él fue tan feliz con los resultados, que por esa vez dejó de lado su *decencia* y terminó follándome sobre el escritorio, celebrando *la masacre del ángel.*

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Faddei.

Yo sabía la respuesta, pero dejé que Ace se lo dijera.

—Cada líder de los grupos que Rothstein manejaba celebró esa matanza, ya que él se encargó de alardear el tipo de ángel que lo protegía. Cox fue uno de ellos, así que esa noche bebimos, follamos y brindamos por el ángel pelirrojo —explicó y nos miramos a los ojos.

—*Los objetivos están en casa, llevando a sus pequeños a la cama* —avisó uno de los vigías por el intercomunicador y tomé con fuerza el manillar de mi moto, llevándola a la vida, con ansias locas de salir disparada.

—Como unos excelentes padres —solté a punto de vomitar ante los recuerdos—. Los espero allá —les dije a Ace y Faddei.

No esperé respuesta por su parte, salí disparada y le pedí a mi vigilante que me repitiera la dirección. Tomé rutas alternas que conocía de memoria para no pasar frente a ninguna cámara pública y sentí mi corazón acelerado ante el golpe de adrenalina que comenzó a embargarme.

Noté a las camionetas que acompañaban a Ace y a Faddei detrás de mí, escoltándome y tratando de apresurarse para llegar al mismo tiempo.

Eran las dos de la madrugada cuando llegué a donde me indicaron, vislumbrando a una de las camionetas en las que se condujeron los vigías, caminé en dirección de ella tirando la moto a un lado y uno de los tipos salió para cogerla y alejarla de la periferia de la casa; yo por mi lado sonreí en cuanto bajé mi gorro y comencé a acercarme a la entrada, sintiendo que el cuerpo empezó a temblarme.

Tres hombres me escoltaron, incluyendo a Ace y Faddei, mismos que llegaron a nuestro primer destino con un minuto de diferencia conmigo. La puerta ya estaba abierta porque otros de mis hombres habían entrado para adelantar el proceso de mi juego. Escuché música en cuanto puse un pie en el interior y miré a todos lados, tomándome un poco de tiempo en examinar lo que me rodeaba.

Un golpe sordo en la segunda planta, junto a las súplicas, llamaron mi atención y sonreí al saber que el juego había dado inicio. Faddei se fue de inmediato hacia allí para asegurarse de que todo marchara como se esperaba y yo me quedé en la sala, arrastrando un dedo por la madera del mueble donde se encontraba el reproductor, rayándolo con la punta afilada de mi dedal.

—¡Jum! Música cristiana. —Satiricé al escuchar la letra de la canción—. Qué interesante —añadí.

—Tal parece que son creyentes, señora —informó uno de mis hombres y señaló varios objetos que le indicaron tal cosa.

Negué divertida y noté a Ace imitándome al oír semejante mierda, tras eso se fue hacia la segunda planta mientras que yo comencé a buscar una estación en la radio más acorde conmigo. Me detuve en cuanto encontré la melodía de una canción que reconocí de inmediato: *Way down we go* de Kaleo, y por inercia comencé a mover la cabeza al compás de los acordes melódicos.

Le subí el volumen y tras eso caminé chasqueando los dedos, moviendo la cabeza y el cuerpo

entero junto a la música que de sonido sensual pasó a mortal. Tomé el pasamano de los escalones cuando comencé a subirlo, rayándolo también con mis dedales, provocando un sonido chirriante al ser de metal.

Cuando pasé por el pasillo de la segunda planta vi la puerta de una habitación abierta, Faddei estaba adentro, cubierto del rostro y tratando de tapar con la sábana a un chico de no más de diez años que lo miraba asustado. El pequeño se fijó en mí y las náuseas amenazaron con tirarme abajo de nuevo, pero no me lo permití esa vez ni me lo permitiría hasta acabar con lo que me propuse.

Así que, apegándome a mi actitud fría, la que demostraba que nada ni nadie me afectaba, alcé la mano y me puse el índice sobre los labios cubiertos por la tela del gorro y le pedí que callara, guiñándole un ojo *para darle tranquilidad* antes de continuar hacia donde otro de los hombres me indicó.

—Vaya, vaya —murmuré al entrar a la habitación principal de la pareja de la casa.

Ace se había divertido con el hombre, redecorando la alfombra del lugar con su sangre mientras que la mujer se encontraba de rodillas, orando frente a una especie de altar, aunque dio un respingo al escucharme.

Alguien abajo subió el volumen de la música, imagino que para evitar que los sonidos que haríamos se escucharan, la mujer comenzó a aclamar con más potencia, a tal punto que me provocó llegar a su lado y arrodillarme. Me persigné bajo su atenta mirada, acompañada por sus sollozos, que se hicieron más fuertes cuando quiso apartarse de mi lado, pero Kadir la retuvo en su lugar.

—¿A quién le oramos? —inquirí con voz dulce y la miré, demostrándole con mis ojos que le sonreía.

—Se-señora, por favor —rogó entre hipidos.

—¿A quién le oramos? —repetí con dureza.

Su marido gruñó y mientras me encontraba de rodillas le hice una señal a Ace para que llevaran al tipo a mi lado y lo arrodillaran igual que nosotras.

—¡A Dios! ¡Nuestro Dios! —respondió la mujer con la voz aterrorizada al ver a su marido.

Cerré los ojos por unos segundos y alcé los brazos.

—¡Oh, Señor, sé que tuya es la venganza, pero estoy aquí para ser usada como tu instrumento! —clamé.

Abrí los ojos tras eso y la miré, comenzando a carcajearme al notar su confusión y miedo. Varios de los hombres en esa habitación me acompañaron y solo volvieron al silencio cuando hablé de nuevo.

—¿Por qué oras? —pregunté entonces.

Miró a su marido a mi lado que estaba irreconocible del rostro y le goteaba la sangre de todos lados.

—Porque he pecado. —Aceptó entre llantos y me reí de ella, ya que no era la primera vez que había cometido ese *pecado*—. Y necesito expiar mis faltas.

—¿Tus faltas? —repliqué irónica y sin que se lo esperara cogí a su marido del cuello hasta llevarlo al suelo frente a ella—. ¿Y crees que orar te funciona? —seguí, alzando un poco la voz.

Kadir la siguió reteniendo en su lugar en cuanto la mujer trató de apartarse al ver que otros hombres contuvieron a su marido y le metieron un paño hecho bola en la boca para amortiguar sus gritos cuando pasé los dedales por su rostro, rebanándole la piel como mantequilla; seguí bajando por su cuello y pecho, abriendo su carne hasta que el hueso se vio.

¡Joder! Amaba mis joyas por ser tan efectivas a la hora de cortar, era como si el contacto con la piel humana les activara un filo extra, ayudándome a crear mis obras maestras.

—¡Responde! —le exigí a la mujer que trataba de no gritar para no asustar a sus hijos y me causó gracia que los cuidara de la muerte, pero los ofreciera en bandeja de plata para los abusos.

—¡Sí! ¡Dios mío, sí! —Lloró y le cogí la mano para que la pusiera sobre la boca y nariz de su marido, quien se retorcía de dolor sin poder escaparse de mí, gracias a mis hombres.

—Para que sea más efectivo debes ofrecer un sacrificio —señalé y con destreza corté el pantalón del tipo.

La sangre salía a borbotones de su rostro, pecho y estómago debido a mis cortes, aunque eso todavía no era suficiente para mí, nada lo sería en realidad, pero les cobraría una cuota.

—¡Dios mío, perdóname! —gritó la mujer cuando me vio tomar una cuchilla y cortar la polla de su marido—. ¡Perdóname! —Volvió a gritar al verme quitarle las manos de la boca del tipo.

El maldito estaba a punto de desmayarse por el dolor que acababa de provocarle, por lo que se mantuvo dócil en el instante que saqué el paño de su boca y le metí su propia polla hasta tocarle la campanilla haciendo que diera arcadas.

—Míralo, recibiendo un poco de su propia medicina —me burlé y mis hombres rieron al entender el doble sentido de mi expresión.

Ella estaba a punto de desmayarse al ver a su marido.

—Perdóname, Dios mío —suplicó otra vez.

—¡Deberías suplicarles perdón a tus hijos, fue a ellos a quienes vendiste con esos pedófilos de mierda! —le grité.

La muy hija de puta me miró estupefacta, como si el hecho de que dijera aquello en voz alta hiciera peor lo que permitió con su propia sangre, los hijos que parió, que expulsó de su vientre y a los cuales les contaba un cuento todas las noches antes de dormirse, cuando ella era la creadora de sus pesadillas.

—¿Crees en serio que tienes perdón por eso? —cuestioné.

—Creo en Dios y en su amor, sé que él me ama y me perdonará —aseguró entre su terror cuando vio que hundí la mano con mis dedales en las bolas de su marido.

El tipo dio un grito mudo, había perdido la voz y la polla en su boca no le permitía gritar sin ahogarse. Apreté con fuerza sus bolas hasta sentir que extirpé una y esta brincó a su estómago, lo que me hizo carcajearme como una completa desquiciada, por eso y por su cara de horror, y me deleité con sus gritos.

Ellos merecían más de lo que les haría, pero tenía a muchas familias a las cuales visitar esa noche, por lo que solo les daría un entremés.

—¿Sigues creyendo en tu Dios y su perdón? —inquirí de pronto a la mujer, cuando su marido se rindió ante la vida y ella gritó de dolor—. ¿En serio crees que te ame, pero haya mandado a su ángel vengador para hacerte pagar por lo que has hecho? —me mofé y me miró como si tuviera frente a ella a una loca.

Y no se equivocaba.

—¡Sí! —respondió y admiré eso.

—¿Cómo puedes creer en alguien que no ves? —pregunté a cambio y sus ojos se abrieron demás cuando me acerqué a ella.

—Creo en su amor y piedad y sé que algún día lo veré —dijo al fin lo que esperaba, entonces la cogí del cuello.

—Por supuesto que lo verás, pero no algún día, será hoy*, amor* —aseguré y me cogió de las muñecas cuando la llevé al suelo y me acomodé sobre ella a horcajadas, conteniendo sus movimientos con mis piernas.

La tomé con más fuerza del cuello y la otra mano la puse sobre su corazón, sintiendo lo acelerado que estaba, y clavé los otros dedales en su pecho.

—Ora conmigo —le exigí—. ¡Oh, padre de amor y perdón, recibe en tus brazos a esta hija tuya que hoy envío a tu regazo! —Comencé a decir y la tipa negó. Me miraba con súplica al no poder zafarse de mi agarre y gemí de placer en el momento en que el dedal de mi dedo medio encontró su carótida y la atravesó—. ¡Y te ruego que luego la envíes al infierno para que me espere allí y así hacerla pagar de nuevo cuando llegue mi hora! —continué y ella comenzó a hacer sonidos extraños.

Se sacudió con desesperación y yo me drogué como más me gustaba, con el olor de su sangre; sentirla cálida y espesa en mi mano me excitó y gemí de placer en cuanto vi que estaba comenzando a dar su último respiro.

—¡Amén! —grité con regocijo y la solté cuando la vida la abandonó.

Me puse de pie, más perdida que al llegar, y me olí las manos inspirando profundamente, cerrando los ojos en el proceso y deleitándome con la fragancia de la muerte. Cuando los abrí y miré a mi alrededor para medir lo que habíamos ocasionado, me sentí un poco en paz. Ace me admiraba con una confusión en sus iris que no identifiqué.

—No olvides dejar la información en la puerta —solicité y asintió.

Antes de salir cogí mi navaja y corté los rostros de esa pareja de padres *amorosos y responsables* y me los llevé conmigo.

—Por favor, no me digas que las vas a usar de máscaras —rogó Ace cuando comencé a caminar hacia la salida de la habitación y negué divertida.

—Tal vez la use para la fiesta de *Halloween* y, ya que tú serás mi pareja, usarás la del tipo —le dije, sabiendo que el treinta y uno de octubre se aproximaba y lo escuché reír—. Aseguren bien la habitación y la de los niños para que no se acerquen aquí ni salgan. Uno de ustedes se quedará en casa hasta que termine mis visitas, así garantizo que no alerten a la policía —añadí y vi a varios asentir.

Al salir de la casa le pedí a Ace que dejara clavados los rostros en la puerta junto con el archivo y me marché a mi siguiente dirección, pensando en el trauma que cargarían esos pequeños al enterarse del final de sus padres, pero creyendo que era mejor que se concentraran en eso y no en lo que vivieron en la fiesta.

Eso me tenía que atormentar solo a mí.

Visité ocho casas más en cuestión de dos horas, dándoles una muerte más rápida a aquellos que se hacían llamar padres. Lamentablemente tuve que delegar mi trabajo en mis otros hombres para alcanzar a cubrir a las veinte familias, puesto que la hora me jugaba en contra.

Justo a las cuatro de la madrugada me hallaba llegando a la última, mis hombres habían adelantado el trabajo, por lo que solo llegué a dar el golpe de gracia.

—Estábamos a punto de perder la casa, así que me vi obligada a hacerlo —se defendió la mujer a la cual tenían sentada en una silla.

—¿Y las otras veces en las que metiste a hombres aquí también estabas a punto de perderla? —pregunté irónica y ella me miró altiva.

—He tenido mis necesidades —explicó.

—¿Y entonces por qué carajos no te vendiste tú? —espeté.

—¿Sabes lo que le pagan a una mujer de mi edad por dejarse follar? —preguntó y la miré con total sorpresa—. No es ni la décima parte de lo que me dan por el culo de mi… ¡Aaah! —gritó cuando le di una bofetada que le cortó la mejilla.

La sangre brotó de su maldita boca y chilló cuando vio que un pedazo de su lengua cayó al suelo.

Lo dicho antes, mis dedales eran excelentes para momentos como esos.

—Saquen a esta perra de aquí y llévenla a mi museo —les ordené a mis hombres—. Y preparen *la pera de la angustia* porque le voy a demostrar cuánto daría yo por su culo —advertí y la mujer me vio con horror.

Pero no pudo decir nada más, únicamente gimió con pánico y Ace terminó golpeándola para dejarla inconsciente y que así no alertara a nadie al sacarla. El tiempo que tenía era poco y esa maldita hija de puta se merecía más que la muerte rápida que le daría.

—Ángel —me llamó Faddei y lo miré. No me llamaba así solo porque era el apodo que me puso, sino para evitar decir mi nombre.

Hizo un movimiento de cabeza señalándome hacia arriba de los escalones y vi en uno de ellos a una pequeña figura.

«¡Mierda!» Dije en mi cabeza y decidí caminar hacia él, pero me paré en seco cuando la luz de la luna que aún se negaba a irse, entró por una ventana y dio en su pequeño rostro, haciendo que lo reconociera de inmediato. Los recuerdos de lo que hizo para darme acceso a su cuerpo me golpearon como putas balas en mi pecho y la garganta se me cerró.

El terror en sus ojos no me dejaría dormir por noches seguidas y menos el recuerdo de que lo dejé atrás.

Tragué con dificultad y por primera vez en mi vida no pude sostener una mirada, jamás podría con la suya. Aunque en ese momento no había temor en él, así que, armándome de valor me acerqué con cuidado y le tendí la mano. Al darme cuenta de que goteaba de sangre me la limpié como pude en mi pantalón y lo tomé con cuidado de no dañarlo con mis dedales.

Él mismo me guio a su habitación.

Y no supe cómo tomar su reacción, simplemente me dejé llevar por el momento, por la necesidad que tenía de pedirle perdón, pero callé para no asustarlo y al llegar a la habitación lo vi irse a la cama y me acerqué para arroparlo cuando me mostró una confianza que no esperé.

Su rostro se iluminó al mirar el área de mis ojos, que era lo único que podía ver por el gorro, y me arrodillé a su lado.

—Dile a Diosito que muchas gracias por escucharme —pidió con una voz suave y abrí los ojos de forma desmesurada.

—Yo…yo no puedo hacer eso —titubeé.

Noté que en su cuello no se había borrado el corazón y tampoco lo que intuí que era su edad.

—Pero eres su ángel —contradijo con su vocecilla y temí quebrarme en ese momento.

—Los ángeles no son ni hacen lo que yo acabo de hacer —le expliqué y negó con terquedad.

Mis labios temblaron y negué al mismo instante en que un par de lágrimas salieron de mis ojos. Una de sus manos salió de debajo de las sábanas y me limpió justo bajo mi lagrimal.

—Los ángeles te cuidan de las personas malas y tú me estás cuidando de mamá —explicó él para mí y me reí soltando otro par de lágrimas. Esa hija de puta que no merecía ser llamada mamá, me iba a conocer mejor de lo que otras mierdas como ella me habían conocido—. Además, eres muy bonita —añadió y le di una pequeña sonrisa temblorosa (que no notó), acariciando su cabello en el proceso.

—No puedes verme, pequeño labioso —le respondí.

—Pero veo tus ojos y ellos me dicen que eres muy bonita. —Sin esperarlo solté una carcajada y él sonrió tímido al escucharme.

Entre la risa terminé llorando porque me parecía increíble que después de tanta mierda por la que pasó, fuera capaz de sonreír con la inocencia intacta.

—A veces los ojos más bonitos, esconden el alma más fea —murmuré mordiéndome el labio para

dejar de llorar.

—Pero los ojos de mamá no son bonitos. —Solté un jadeo como parte de mi risa y meneé la cabeza.

Me puse en pie enseguida y le besé la cabecita sabiendo que el sol saldría pronto.

—Ya estás a salvo —aseguré y lo sentí relajarse, lo hizo de verdad.

—¿Le dirás a Diosito? —preguntó cuando me alejé unos pasos.

Negué rendida.

—Solo si guardas el secreto de que me viste —propuse y me regaló una grande y hermosa sonrisa.

Mi pecho se contrajo con dolor. Y sabía que no me había visto el rostro, pero escuchó mi voz, supo que era mujer y con eso alertaría a la policía.

—¡Promesa de meñique, ángel! —gritó y alzó su dedito.

¡Puta madre!

Me saqué el dedal de mi meñique y lo enlacé con el suyo, llorando sin poder contenerme porque, así como en la fiesta, ese chico descompuso mi alma en mil pedazos.

—Promesa de meñique. —Acepté.

Acto seguido me fui de su habitación con la congoja subiendo por mi garganta y me limpié las lágrimas sin cuidado, saliendo de la casa, caminando sin rumbo hasta que encontré mi moto y hablando sin mirar a nadie.

—Vamos a mi museo. —Fue mi único aviso y salí pirada de esa casa.

Con el alma más rota que antes, pero con ansias de reconstruirla a base de tortura y muerte.

CAPÍTULO 42

Iraide

Me pasé las manos manchadas con sangre por el rostro, tras quitarme el casco, y respiré profundo en cuanto estacioné la moto afuera de mi casa. El trayecto hasta ahí fue un borrón y únicamente supe que conduje a una velocidad alarmante, perdida en todo lo vivido.

Había caído la madrugada de nuevo, me pasé el día entero en mi museo sin comer ni beber nada, solo alimentándome del dolor de aquella mujer con cada tortura que le di, hasta que tuve suficiente y su cuerpo no soportó que la reviviera una vez más.

Llegué a casa sintiéndome como si no hubiera dormido en más de una semana, habiendo sobrepasado otro límite con esa perra. Pero ella sí que lo merecía.

Me bajé en cuanto la respiración se me atascó y tosí cayendo al suelo, apoyándome en mis rodillas y manos, con la boca abierta tratando de buscar más oxígeno. Apreté los puños sobre la tierra y esta, al ser blanca, se tiñó en un tono vinotinto; de pronto un gemido lastimero se escapó de mi garganta logrando que varias lágrimas cayeran de mis ojos al revivir nuevamente lo más repugnante que pude haber presenciado.

Recordar esa puta fiesta me seguía revolviendo el estómago, el pecho se me apretó con un dolor horrible y las arcadas llegaron de forma repentina. Vomité la bilis, cerré los ojos con fuerza y negué varias veces tratando de que la sensación de asco desapareciera y, con ello, intentando borrar todo de mi cabeza para poder seguir, haciendo de cuenta que nada me rompía como siempre, que era indestructible, pero no lo logré.

Grité con frustración.

El hijo de puta de Ronald tocó una fibra demasiado sensible en mi interior, logró que mi mundo se tambaleara y juré que lo haría pagar de la peor manera, buscaría la forma de acabar con él después de haber terminado con cada familia que permitió que esos pedófilos de mierda tocaran lo que jamás debieron tocar.

Y junto a Ronald haría caer a cada malnacido que lo acompañó en esa fiesta.

—¡Basta! —Jadeé cuando logré controlar las arcadas y comencé a contar como ejercicio mental para poder estabilizar mi pulso, al sentirlo enloquecer junto conmigo.

«La masacre fue un éxito, Iraide. Céntrate en eso», pensé.

—Pero ¿a qué costo? —me dije a mí misma en un estado de negación deplorable—. ¡¿A qué puto costo?! —grité.

La cabeza estaba a punto de explotarme, sin embargo, me obligué a respirar hondo para que el aire oxigenara mi sangre y que esta fluyera bien hacia mi cerebro. Me senté tomándome el cabello en el proceso, el cual aún goteaba de sudor y sangre.

Había cumplido mi promesa de acabar con aquellos bastardos, pero al verme llena de su mierda, de sus restos, no me sentí satisfecha porque esa vez sus huellas en mí representaban algo más repugnante que lo que hice, y me hacían revivir la razón que me llevó a convertirme en una ejecutora nocturna.

Era sádica, despiadada y la puta reina de ese inframundo, amaba arrancar órganos, derramar la sangre de cada engendro que me tocaba, pero en esa ocasión me sentía asqueada, con ganas de desgarrarme la piel en tiras al verme pringada por todas partes de esas basuras.

Me masajeé las sienes dejando a un lado mis pensamientos cuando sentí el móvil vibrar en mi pantalón, Faddei lo recuperó de la fiesta y me lo entregó al salir del museo, así que lo tomé y respondí de inmediato al ver al remitente.

—Dime. —Cerré los ojos respirando profundo, enfocándome en estabilizarme.

—*¿Dónde estás?* —Escuché voces a lo lejos e intuí que estaban a punto de llegar.

Me puse de pie y me apoyé en el tanque de mi moto cuando un leve mareo me tomó desprevenida.

—En casa. Supervisen todo cuando lleguen y más a quien se queda de guardia. —Suspiré—. Ha sido una noche y día intensos, así que verifica que los que se queden estén en sus cinco. Los quiero conscientes y listos ante cualquier inconveniente —ordené, obligándome a actuar como la líder. La inquebrantable tirana que los manejaba.

La línea se quedó en silencio por unos segundos y miré la pantalla confundida, creyendo que había colgado hasta que habló nuevamente.

—*¿Todo bien, mi reina?* —Su voz salió en un susurro entre tantos gritos y risas.

Chasqueé la lengua y miré el cielo todavía estrellado.

—Por supuesto —respondí con una sonrisa fingida, tratando de transmitirla en mi voz—, solo estoy agotada. Iré a descansar, no quiero interrupciones.

—*Okey-* —Intuí su desconfianza—. *Me haré cargo de todo, Ira. Trata de dormir, ha sido mucho voltaje.*

Asentí a sus palabras así no me viera y colgué sin responder. Subí los escalones de casa en cuanto me sentí capaz de hacerlo, yendo a mi refugio cuando mi cabeza me suplicó que me perdiera por unos instantes entre los brazos de Morfeo.

Apenas entré vi todo en penumbras, lo que me hizo saber que Kiara se encontraba con Milly, ya que, al estar en casa siempre dejaba una luz encendida en el pasillo que conducía a la cocina. Caminé hacia mi habitación con cansancio, tomándome el tiempo en subir cada escalón hasta que llegué a la puerta y manché el pomo de sangre. Observé mi entorno y cerré de una patada cogiendo el control de iluminación, configurando la luz para que mi habitación se inundara en un tenue tono rojizo.

No me apetecía claridad en un momento donde sentía que la oscuridad reclamaba mi cuerpo, abrazando cada parte de mí, engullendo con ansia hasta verme consumida en su totalidad.

Miré con el ceño fruncido el desorden sobre mi cama (que hice antes de irme la noche de la fiesta) y tomé todo sin cuidado, sin importarme que lo manchara, y lo arrojé al vestidor pasando directo al baño entre medio de tambaleos y la vista borrosa.

Respirar se me estaba dificultando de nuevo, sentí la cabeza como si hubiera bebido una botella completa de *whisky* y el corazón se me volvió loco. Como pude logré poner el temporizador en el móvil y tomé mi pulso dándome cuenta de que estaba sobrepasando mi límite e iba directo a un paro cardiaco.

—Vamos, Iraide. No me hagas esto, no es momento de perdernos —gruñí al sentir mis neuronas no querer hacer conexión y sabía lo que pasaría si me dejaba vencer.

Era en esos momentos donde mi cabeza me gritaba *déjate llevar*, donde mi cuerpo se sacudía por la descarga de adrenalina que tenía y era consciente de que no sufriría ningún paro, pero perdería la razón y haría algo estúpido de lo que luego iba a arrepentirme.

Las tinieblas me reclamaban y estaba a segundos de darles la bienvenida.

—Mírale el lado bueno, Iraide. Disfrutarás más de lo que hiciste y los recuerdos no te atormentarán —me dije cuando comencé a rendirme ante mi verdadero yo y empecé a quitarme la primera prenda de ropa aún húmeda por la sangre.

Me despojé de todo con parsimonia, tomando de paso mi cepillo de dientes y el dentífrico, el cual

apreté haciendo un desastre, pero no me importó y caminé hasta llegar a la ducha, dejando un sendero de huellas rojas hasta abrir el grifo y calibrar la temperatura adecuada del agua. Las imágenes que se repetían en mi cabeza eran como una mala película.

Una de terror.

Agradecí que el baño fuera grande al momento de sentir que no podía respirar por el vapor del agua que caía del techo, desde la pantalla ancha y cuadrada que casi abarcaba todo el espacio de la ducha sirviendo como regadera, adornada con luces especiales que en ese momento se encontraban con el mismo matiz que mi habitación, proyectando un tétrico lugar, perfecto para hundirme a mi gusto.

Pasé de observarme en el espejo, ya que era consciente del rostro que me devolvería la mirada y la sonrisa cruel que se reflejaría, así que me metí debajo de la regadera y maldije al sentir el agua demasiado caliente, dejando la sensación de lado al sumergirme en mis pensamientos. Me apoyé en la pared de baldosas en el momento en que mis piernas flaquearon, observando cómo de a poco el agua iba desdibujando las manchas sobre mis brazos, dejando marcas invisibles que llevaría con orgullo, pero que partirían un poco más mi maltratada alma.

Si es que aún tenía una.

Me reí con una fuerte carcajada al plantearme eso y apoyé mi frente en la pared cuando un sollozo quiso salir de mi garganta al verme acorralada nuevamente en la maldita fiesta, y luego en la última casa que visité.

¡Puta mierda!

Deseé arrancarme los ojos, el cerebro, y maldije porque ser una séptima jamás me pesó tanto como en ese instante, incluso más que años atrás. Estaba involucrada en la peor de las mierdas, disfrutaba siendo mala y era hipócrita de mi parte lamentarme como lo hacía, pero no podía ser para menos.

Niños y violaciones eran mis límites, pero esa noche ni lavarme las manos como Pilato me hizo sentir conforme.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Maldita mierda! —repetí y golpeé la pared de baldosas con los puños ladeados.

El bastardo de Ronald sabía mi única regla inquebrantable y aun así se burló de ella de la peor manera, dándome donde más me dolía. Escupí al suelo al hacerle una promesa que pronto cumpliría y decidí lavarme los dientes.

«Me las iba a pagar y muy caro».

Dejé que mi cuerpo se empapara y cogí un poco de jabón para lavar cada parte de él, hasta que vi mis pies teñidos de rojo por el agua que destilaba. Mi subconsciente muchas veces era una perra conmigo, como en esos momentos, cuando escuché de nuevo cada sollozo de agonía, cada mirada depravada y las de terror y súplica, y cada asquerosidad que presencié con cierto temple, pero con el interior a punto de quebrarse.

Me llevé las manos a la cara cuando todos esos rostros se transformaron en uno solo y quise morir.

«*Casi cada noche me despierto sintiendo a esos tipos a mis espaldas, gimiendo, jadeando, gozando y riendo mientras yo les suplicaba que pararan*».

—Mi niña no lo merecía, ellos no lo merecían ¡joder! —susurré con voz lastimera.

«Todo salió con éxito, céntrate en eso».

Un lamento salió de mi boca en cuanto cerré los ojos y vi en mi mente a aquella persona que no tenía por qué haber vivido todo lo que pasó, una inocente manchada por la más asquerosa

experiencia.

Sentí mis demonios revolverse en mi interior en cuanto vi su cara inerte y sus ojos muertos me observaron.

Muertos en vida tras aquella noche. Como me seguían mirando en las pocas ocasiones cuando el odio por mí decidía esconderse y me mostraba su vulnerabilidad y lo que todavía la atormentaba. La impotencia me llenó, la rabia, el asco, las ganas de arrasar con el maldito mundo de nuevo, hasta que todo se detuvo repentinamente.

«Soy la reina sádica, dueña de todo lo perverso», pensé con altanería.

Abrí los ojos de pronto y supe entonces que estaba perdida. Había abrazado mi lado sombrío, sabiendo que esa vez tomaría más tiempo en irse y yo gustosa dejaría que se quedara, que tomara cuanto quisiera de mí con tal de dejar de sentir todo ese dolor.

Me desconecté de mis sentimientos.

Me habían hecho estudios para saber de qué se trataba, si era alguna enfermedad mental, pero jamás encontraron tal cosa, así que deduje que era mi maldad interior, esa que muchas veces reprimía, aunque cuando le daba rienda suelta me liberara de maneras inimaginables.

Un leve pinchazo me hizo reaccionar y me miré las palmas, notando dos puntos rojizos, percatándome de que no me había quitado todos los dedales, admirándolos en el proceso, deteniéndome en las piedras preciosas que reflejaban su luz sobre las baldosas.

Me llevé las puntas hacia mi boca y cerré los ojos una vez más al sentir el pinchazo en mi lengua, saboreando mi propia sangre con deleite.

«Te conozco, Ira. Sé la afición que tienes por la sangre y lo sádica que eres en tu mundo. Yo te enseñaré a disfrutar de la tuya en el mío».

Aquella conversación con Samael llegó a mi cabeza y sonreí. De pronto mi cuerpo reaccionó al repentino movimiento que capté y mi espalda se irguió, sabiendo que no me encontraba a solas, pero el reconocimiento de quién me acompañaba me impidió actuar como una asesina.

Me pasé las manos por el cabello para acicalarlo hacia atrás y observé sobre mi hombro a la puerta, encontrando una figura recostada en el umbral, mirándome con seriedad. Me volteé por completo y lo enfrenté con una leve sonrisa, diciéndole con la mirada que me buscó en el peor momento. Al ver mi atención sobre él caminó con lentitud mientras se desencajaba la camisa del pantalón y la desabrochaba sin perderme de vista.

—Conque tienes talento para pasar de mi guardia y colarte en mi habitación. —Mi voz era ronca por las emociones y me aclaré la garganta en un estúpido intento de arreglarlo.

Fabio no respondió hasta quitarse el pantalón y luego el bóxer, dejando para mi deleite una erección muy lista. Pasé la lengua sobre mis labios, admirando la majestuosa polla que poseía y todo lo que podía hacer con ella.

Bien, concentrarme en eso era mejor que los recuerdos. Así que me aferraría al sexo.

—Te sorprendería todo lo que puedo hacer —respondió él al acercarse y meterse junto conmigo a la ducha—. Pero admito que esta vez estaba de suerte y tus guardaespaldas me dejaron pasar. El que pretendía jugar a tu dueño, sobre todo.

Mis ojos subieron hacia su rostro y me mordí el interior de la mejilla al notar sus iris. Eran de un hermoso color jade normalmente y cambiaban a verde olivo casi siempre por las noches, sin embargo, en ese instante estaban más oscuros, pantanosos, y sabía que no se debía a la luz mortecina que nos envolvía.

—No me buscas en un buen momento —advertí y ni yo reconocí mi propia voz—. Y recuerda que te hice una promesa que pretendo cumplir —añadí y elevó un poco una de las comisuras de su

boca.

No entendía por qué Ace lo dejó pasar y, para ser sincera, tampoco me importó.

Miré al tipo frío y duro, aunque en sus ojos era capaz de ver una especie de aflicción e impaciencia que fácilmente se podía comparar con la de un niño hiperactivo tratando de controlarse para que su mamá no lo regañara.

—Tampoco estoy en uno bueno, dulzura —aseguró y alcé una ceja.

Sus manos estaban inquietas, acercándolas a mi cuerpo y luego cerrándolas en puños, como si se debatiera el acariciarme. Tomé la iniciativa y con los dedales rocé su mejilla con delicadeza, admirando que los diamantes en ellos eran iguales al color de sus ojos y eso me hizo sonreír.

Me mordí el labio cuando Fabio me devolvió la mirada, siendo peligroso; una vez más alcé la ceja, en ese instante con reto al llevar mi caricia hacia su pecho, viendo cómo el filo de mi joya más preciada arañaba su piel tersa, deleitándome por cómo contraía sus músculos y respiraba profundo, mirando con detenimiento mi acción.

—¿Qué deseas, Fabio? —murmuré concentrada en mis caricias hasta que me tomó de la muñeca y me acercó más a él, llevando su boca a la mía sin besarme, únicamente respirando mi aire, acariciando justo donde me tomó y mojándonos como si estuviéramos bajo una cálida lluvia.

—A ti —demandó y sus ojos bailaron sobre mi rostro. Lo vi apretar sus molares cuando notó algo en mí—. Estoy a punto de encontrar mi mierda y te deseo a ti para perderme en ella.

—¿Perderte? —inquirí sin entender. Tomó mi nuca y apretó mi cabello empapado hasta enfocar mi vista en la suya. Sus preciosas pestañas lo protegían del agua y así mojadas lucían más espesas—. ¿De qué quieres perderte?

Sonrió apenas y vislumbré un deje fugaz de tristeza brillar en él, para luego ser reemplazado con una inquietante templanza.

—De mis demonios. —Zanjó y no me dejó responder.

Besó mis labios, tomándose el tiempo en reconocer cada parte de mí, llevando todo a un lugar desconocido, incluso más intenso que la última vez en su club, donde me dejé hacer hasta quedar atónita. Sin embargo, en ese momento yo ya había encontrado mi mierda y perdí la cabeza con cada vida que quité, así que, si Fabio esperaba encontrar a la mujer que le gustó jugar a la sumisa las otras veces, se equivocó de lugar.

Me alejé de él con ese pensamiento y lo vi cerrar los ojos y respirar profundo.

—Lamentablemente para ti, te encuentras en mi territorio —dije con una sonrisa, tomándolo del mentón con los dedales—, y esta vez no será a tu manera, *amor*. Si quieres perderte, tú te someterás ante mis demonios —declaré y nos miramos a los ojos.

Como el Dominante que me había demostrado ser, esperé a que su negativa saliera, reluciendo su porte de Amo, su temple y poderío, pero me sorprendí al verlo tomar una postura tranquila, bajando brevemente la cabeza.

Abrí los ojos un tanto estupefacta cuando, de cierta manera, me vi reflejada en él, la primera vez que llegué a *Delirium*. Entonces comprendí todo.

Llegué cansada del poder y se lo entregué a Samael en aquella ocasión y, con lo poco que tenía de conocerlo en su mundo, logré intuir que no era de los que cedía, sin embargo, ahí estaba.

Fuera de *Delirium*, donde yo tenía el poder.

En mi casa.

En mi infierno.

Apoyé la frente en su pecho cuando una leve descarga entumeció mi cuerpo y agitó mi respiración. El poco tiempo de lucidez en su presencia se fue a la mierda en cuanto aquella vocecita

emergió, pidiendo que lo hiciera pagar a mi manera, que le demostrara que, así como él me enseñó su mundo, yo podría mostrarle el mío. El verdadero y no el que le contaron, o investigó por su cuenta.

En ese instante necesitaba mostrarle el placer que encontraría conmigo al estar sumergida en mi mierda.

—Confío en ti —aseguró con la voz ronca, logrando con eso que lo mirara.

Asentí decidida, dispuesta a que los papeles se invirtieran y lo vi atento a mi reacción en el instante que lo tomé del rostro y pegué mis labios con fuerza a los suyos, comiéndole la boca tal cual estuve deseando hacerlo desde que me juré que no cedería con él, si Sophia se encontraba en el medio.

Ambos gemimos cuando acaricié su lengua con la mía, mi cuerpo se estremeció y las pulsaciones se me aceleraron justo donde más lo necesitaba. Mordí sus labios con la intención de dejarle claro que no quería delicadezas y su viva erección rozando mi vientre me confirmó que él también buscaba dominio.

Mi dominio.

Darme cuenta de ello hizo que la sangre corriera con más rapidez en mi torrente y se anudara en mi clítoris y pezones. Fabio estaba dejándose hacer a mi antojo y no supe qué me excitó más, si su presencia o la sumisión que me entregaba. Fuera lo que fuera me prendió, incendió mi piel y aceleró mi respiración.

—Esta noche me darás todo lo que pida de ti, *diavolo* —exigí sin dejar de besarnos.

Sus labios se sentían calientes e hinchados por la brutalidad con que los hacía míos. Me zambullí de nuevo en su boca a la vez que tomé sus manos y las llevé a mi cintura, indicándole de esa manera que demandaba su contacto. Las arrastré a mis caderas y, a pesar de mi deleite con el beso, me inquietó notarlo temblar.

—*Non posso perdere il controllo* —gruñó en mi boca.

—No lo harás, porque esta noche es mío —aseguré, deduciendo que entendí bien que no quería, o no podía, perder el control.

Nuestras respiraciones competían por cuál era la más acelerada, mi humedad ya comenzaba a desbordar mis labios vaginales y su erección (dura como un mástil) apuñalaba mi vientre en un claro indicativo de que necesitábamos consumirnos el uno al otro con urgencia, por lo que, lo tomé de la mano tras cerrar los grifos y lo saqué de la ducha pasando de las toallas.

Al entrar a mi habitación admiré el toque siniestro que le daba la luz rojiza a nuestros cuerpos, una imagen que aumentó mi placer. El leve hedor metálico de la sangre sobresalía por encima del aromatizante de lavanda que utilizaba y sonreí con malicia al ver a Fabio dándose cuenta de las manchas más oscuras y esparcidas por doquier en el piso.

Las huellas hechas con sangre que dejé al entrar.

—Parece como si hubieras hecho una masacre —comentó con burla y me reí de lo asertivo que fue sin darse cuenta.

—Ya empalé y ahora me empalaré —bromeé tomándolo de la cintura—. Y qué suerte que seas tú a quien utilizaré para ello, *diavolo.* —Lo escuché reír bajo y gruñir a la vez porque arrastré las manos a sus caderas y luego a sus nalgas, apretando la carne firme.

No se sorprendió cuando lo empujé a la cama, a pesar de que lo tomé por sorpresa, y lo dejé ahí a la espera de mi próximo movimiento y, me di cuenta de que el hombre que me observaba desde su posición no era el mismo Dominante que me controló en un par de ocasiones en la mazmorra de su club.

No, ese hombre en mi habitación de verdad era uno que necesitaba ser controlado y chasqueé la

lengua queriendo complacer su pedido en silencio.

Fui hacia mi reproductor y pasé varias canciones hasta colocar *Prisoner* de Raphael Lake y otros artistas, consiguiendo que la melodía inundara la recámara. Moví las caderas dejándome llevar por la letra, demostrándole mi lujuria, poniéndome de rodillas cuando llegué entre sus piernas.

No sabía de qué era prisionero él, pero sí sabía lo que me apresaba a mí.

—¿En alguna ocasión te mencioné lo mucho que me gusta tu polla? —inquirí con la voz cargada de deseo, me pasé la lengua por los labios y me sujeté de sus muslos, viéndolo acomodarse sin dejar de mirarme mientras negaba levemente.

Giré el cuello en un movimiento bastante común en personas sádicas como yo, dejándome seducir por un momento ante su vulnerabilidad, sintiendo la necesidad de infringir dolor, pero no uno placentero para él. Lo dije antes, dejé que mis demonios domaran mi coherencia, me sentía drogada, torturándome por dentro con el deseo de lastimar y dañándome mentalmente con los recuerdos que se negaban a abandonarme a pesar de la excitación.

Quería sexo, follar hasta perder el conocimiento, pero eso mismo me llevaba a pensar en aquellos bastardos asquerosos obteniendo placer de seres inocentes.

—*Me cago en todos sus muertos* —gruñí en español y cerré los ojos, apartando mi tormento por unos segundos.

«Vamos, Iraide. Ya todo terminó».

Respiré profundo con la intención de regresar a esa habitación con él y lo sentí sentarse y tomarme del rostro.

—No te reprimas —exigió y lo miré—, no quiero que lo hagas. —Me acarició la mejilla y el labio inferior con el pulgar.

—No tienes una puta idea de lo que me pides —advertí dejándole entrever un poco de lo que me pasaba, pero no se inmutó.

—¿Que no la tengo? —ironizó y fruncí el ceño—. ¿Crees que no sé que ahora mismo deseas destruir todo lo que respire, incluyéndote a ti? —Tragué en seco—. No somos muy diferentes, *ragazza*. Veo en la oscuridad de tus ojos a unos demonios parecidos a los míos, así que saltemos juntos. Demuéstrame lo que estás sintiendo, déjame conocer mejor esta faceta tuya —suplicó.

Lo miré con atención y volví a tragar con dificultad, enfocándome en cómo su cuerpo temblaba con pequeños espasmos.

—Puedo lastimarte de una manera que no te gustará —advertí.

Se pasó una mano por el rostro, inquieto, como si hubiera bebido varios energizantes y la cafeína estuviera en lo alto de su organismo.

—No lo harás —juró—. He visto esa mirada infinidad de veces y deseo que sigas cayendo, pero esta vez conmigo, hacia el pozo sin fondo que tanto conocemos —aseguró y me tomó con firmeza de la parte de atrás del cabello, dejándome ver un poco del dominio que lo caracterizaba—. Déjate devorar como lo estoy haciendo yo.

Jadeé por el mordisco que dio en mis labios y me di una bofetada mental para espabilarme. Estaba en mi habitación, a punto de follármelo. La fiesta y la masacre habían quedado atrás, así que tenía que volver a la tierra y me aprovecharía de Fabio para que fuera mi cable de conexión.

—¡Que así sea! —Acepté decidida y lo tomé con fuerza de la polla, abrí la boca y la engullí entera robándole un gruñido cuando mis labios intentaron llegar hasta su pelvis. La saqué con un hilo de saliva al comprobar que era muy grande para acapararla por completo.

—*Cavolo* —gruñó.

Le tomé el mentón con los dedales y ejercí presión al volver a tragármela, viendo que lo lastimaba,

teniéndolo en una posición incómoda pero satisfactoria a la vez, puesto que no dejaba de mirar lo que hacía. Lamió sus labios sin quitar mi agarre de él, notando que no le desagradaba, incluso al ver (o sentir en su caso) la sangre correr a su barbilla.

—*Ci siamo, dolcezza.* —«Eso es, dulzura»—. Cómeme la polla —habló entre dientes cuando me quedé absorta, admirando su sangre salir.

Lo miré mal ante la demanda y lo notó. En respuesta se acomodó en la cama, llevándose las manos hacia la nuca, dejando su cuerpo a mi merced.

Hombre inteligente.

Llevé ambas manos a sus muslos y los arañé a sabiendas de que iba a dañarlo y a dejar marcas. Pasé la lengua por su capullo saboreando el gusto salado y se la chupé como quise hacerlo en su consultorio días atrás, regalándole una mamada llena de morbo, con rudeza, sin mediar en si lo estaba lastimando o no al absorber con fuerza y deslizar los dientes en su tronco y punta, hasta que lo sentí contraerse, un indicativo de que se hallaba cerca de su culminación, pero yo no estaba para dar por terminado nada.

Me separé de él escuchándolo rezongar y le di pequeños mordiscos a su uve y en sus abdominales, llegando a su cuello para lamer la sangre que caía desde su mentón. Paladeé gustosa el sabor metálico mezclándose con el de su polla y me monté por completo en su regazo, viendo su rostro perlado por el sudor, jadeando apenas.

Observé a mi alrededor cuando una idea llegó a mi mente y sonreí en el momento en que nuestros ojos se conectaron y sus manos fueron a mis muslos, queriéndome acomodar a su antojo. Negué con la cabeza y le tomé ambas muñecas con decisión, dejando claro una vez más que las cosas se harían a mi manera.

—Me gustaría poder jugar en ligas mayores como lo has hecho tú conmigo, pero aún no conozco mucho de tu mundo y solo puedo ofrecerte mi cuerpo como castigo —dije y me miró sin entender. Tomé la prenda que tenía en el cabecero de la cama y me senté erguida encima de él—. Te has portado mal al entrar sin mi consentimiento a un lugar que es extremadamente sagrado para mí, *diavolo* —seguí—. Pero, sobre todo, te portaste muy mal en mi oficina —le recordé.

«Hazlo, Iraide. Que sepa que contigo no puede jugar».

Moví el cuello desestresándolo y me enfoqué en él, ignorando esa voz en mi cabeza. Tomé con fuerza el sostén y comencé a quitar los tirantes. Fabio frunció el ceño al entender mi objetivo.

—Estás en mi mundo en este momento —le hice saber— y así como tú no permitiste que te tocara en el tuyo, yo tampoco lo permitiré.

Me regocijé interiormente al verlo debatirse, moviendo sus manos hasta que inspiró y él mismo las llevó hacia arriba, ofreciéndomelas.

—Entendido —respondió con la voz más ronca y celebré la victoria sin demostrárselo.

Me tomé mi tiempo en extender los tirantes y envolver sus muñecas para luego atarlas en el cabecero, dejándolo en una posición sumisa que me enloqueció. Pasé las uñas por sus pectorales y bajé la cabeza lamiendo y, sin cuidado, haciendo rasguños en su piel con los dedales que todavía llevaba puestos, dejando deslizar pequeños hilos de sangre.

Gemí al sentir su gusto dulzón, queriendo más de inmediato. No obstante, cerré los ojos cuando el aroma de su sangre me regresó a la masacre, a la fiesta y me removí, acomodándome sobre su polla, moviéndome levemente al sentirla encajada en mis pliegues, deslizándola con facilidad al estar tan mojada.

—Ira. —Jadeó y le sonreí como una auténtica perra, tomando su erección entre mis manos, medio encajando mis dedales en ella, ubicándola en mi entrada hasta que de un empellón la introduje

por completo dentro de mí.

Ambos gemimos al conectarnos de esa manera y comencé a moverme solo cuando su polla palpitó.

—Si te corres antes que yo, te mato —advertí, teniendo en cuenta que por muy experimentado, duro o dominante que fuera, estando yo encima de él las ventajas cambiaban.

Y Fabio lo entendió, o le gustó mi advertencia, ya que sonrió satisfecho.

Mierda. Estar con ese hombre era morbo puro, sus gestos, su cuerpo, su manera de mirarme me tenía cegada; cabalgando sin control, tomando sus palabras y perdiéndome junto con él cuando ambos cerramos los ojos al mismo tiempo, disfrutando de las sensaciones que estábamos viviendo.

No sabía si estaba experimentando mi misma agonía, pero podía asegurar que no hubo persona que pudiera tolerar mi potencia cuando me desequilibraba de esa manera, sedienta de sangre, hambrienta de poder y demostrando que incluso en el sexo, yo era la maldita reina de toda esa mierda.

La reina sádica.

La puta tirana.

—¡Joder! —bufé y apreté los puños cuando en medio de la bruma un rostro apareció, dejándome quieta, empalada hasta la empuñadura, sin dejarme reaccionar.

Respiré agitada como si de una pesadilla se tratara y supe que mi perdición se elevaba siempre a otro nivel para joderme.

—Iraide. —Escuché y en la lejanía sentí mis manos presionar con fuerza algo al punto de quiebre.

Abrí los ojos desorientada y vi a Fabio mover su cuello, intentando salir de mi agarre mientras su rostro no era más que una máscara imperturbable. Yo lo estaba estrangulando, los dedales atravesando su piel, uno de ellos a centímetros de su yugular y por poco se la atravieso en mi desconexión con la realidad.

—Enfócate en mí —pronunció con la respiración vuelta mierda y aparté las manos al percatarme de lo que estaba haciendo—. Estás conmigo, a mí me estás follando.

Su voz era calmada pero ronca, sus gestos no demostraban nada más que entendimiento y salvajismo puro, al momento de mover las manos todavía atadas, queriendo tocarme. Asentí apenas y acomodó sus piernas para empezar a moverse él, apoyándose con los talones en el colchón.

—Te advertí que iba a dañarte —hablé entre gemidos, en cuanto me embistió con fuerza y me apoyé en su pecho, buscando estabilidad, acomodando los dedales para no lastimarlo más porque vi su cuerpo lleno de rasguños y varios hilos de sangre todavía rodando por su piel.

—Lo sé —aseveró y bajé el rostro al suyo para besarlo con vigor a la vez que ambos nos tragábamos nuestros gemidos—. Ahora móntame. —Respiré agitada con su demanda y no le di importancia al tono que utilizó, me despojé de mí misma y le entregué cada trozo de mi ser a ese encuentro, demostrándole mi dolor en cada embestida, mi agonía en cada mirada.

Me di cuenta entonces que nuestro polvo iba más allá de cualquiera que hubiera compartido antes, al momento de sincronizarnos, de Fabio dejando un poco a la luz su ansiedad, despojándose de su máscara, demostrándome que había algo que lo perturbaba; y me lo compartía sin vocalizarlo para que juntos decayéramos por el precipicio, sin contemplación.

Me erguí encontrando sus embestidas, su mástil se enterraba en mí, estiraba mis paredes vaginales y ellas lo arropaban haciéndolo suyo. Su corona rozaba mi vientre, sirviendo del cerillo que incendiaría mis entrañas, de la aguja que haría explotar aquel globo donde ya se había agolpado mi placer.

—¡Joder! —gimió él y lo tomé de la nuca, levantando su cabeza mientras mis tetas rebotaban al

compás de nuestros cuerpos.

Grité internamente una advertencia cuando otra vez la oscuridad quiso reclamar lo que Fabio estaba acaparando, y me negué a darle luz verde de nuevo, enfocándome por completo en el hombre que yacía debajo de mí y que me quemaba con sus ojos oscuros, abriendo la boca en busca de aire, perdido en las sensaciones.

—Vamos, *diavolo*. —Jadeé con la vista fallándome al comenzar a ver pequeños destellos—. Dámelo todo, *amor*. Necesito que me tomes porque estoy a punto de tocar fondo.

Lamió sus labios al comprender el doble sentido de mis palabras y tornó más fuertes sus envites. Nuestra carne chocando acompañaba la música que inundaba la habitación, nuestros gemidos y jadeos se convirtieron en un coro erótico y mis movimientos le indicaron a él que la culminación ya estaba llegando.

—Eres maldad pura, pero incluso así luces gloriosa montándome de esta manera —señaló. Su voz ronca aumentó el ardor en mis músculos y aceleró más mi corazón.

—¡Fabio! —grité, enterrando los dedales en su piel cuando él me embistió, rozando el punto que tanto necesitaba para comenzar a correrme—. *¡Mierda!*

Dejé de respirar, él introdujo su polla hasta la empuñadura y la mantuvo ahí, presionando, dándome la medida perfecta para que mi orgasmo terminara de desencajarse. El grito que me había quedado atascado se liberó de mi garganta y sentí que moriría de un paro cardiaco por el voltaje que experimentaba.

Mi cuerpo convulsionó por varios segundos que creí interminables y, en medio de la niebla que tenía en la cabeza, lo escuché maldecir con la voz entrecortada, sintiéndolo venirse en mi interior, embistiéndome lento pero con intensidad, para alargar un poco más el placer del orgasmo.

¡Puta madre!

Eso había sido oscuramente placentero.

Inhalé varias veces hasta conseguir el suficiente oxígeno en mis pulmones, normalizando mi maltratado corazón y me permití concentrarme en Fabio que estaba con el rostro volteado, tapándose con uno de sus brazos, intentando normalizar su respiración.

No tenía fuerzas al momento de, con cuidado, sacar los dedales de su piel y bajarme de encima suyo, asegurándome de no haberle hecho un daño irreparable y luego desatando el agarre de los tirantes en sus muñecas, viendo lo rojas que estas se encontraban por la fuerza que debió hacer y que no me di cuenta.

—¿Estás bien? —pregunté y me zafé los dedales.

—Sigo vivo —aseguró con la voz ronca y sonreí aliviada.

Lo tomé de las muñecas y con el mismo trato que él siempre tuvo conmigo lo masajeé, palpando levemente con mis yemas la rojez de su piel, intentando aliviar el escozor un poco.

No hablamos durante varios minutos después de eso. Me fui al baño a limpiarme y sonreí al verme de nuevo bañada en sangre, solo que esa vez era la de Fabio y me satisfizo haber cumplido mi promesa, aunque para suerte suya, fui suave gracias a que me cogió en un momento vulnerable.

Tras limpiarme volví a la cama con un botiquín de primeros auxilios y traté sus cortes, confirmando por mi cuenta que, a pesar de mi locura, no le ocasioné ningún daño físico que dejara secuelas graves. Sentía su mirada mientras lo cuidaba, dándome toda la atención, pero sin hablar hasta que finalicé y me metí bajo las sábanas.

—¿Te quedas? —pregunté al verlo acomodar el brazo debajo de su cabeza cuando estuvo limpio, mirando hacia el techo.

Las palabras salieron solas de mi boca, pero no me retracté.

—¿Puedo hacerlo? —debatió y lo miré.

Su rostro aún seguía tenso, sus ojos no habían disminuido en intensidad y me pareció sentirlo todavía inquieto.

—Puedes —respondí y levanté la sábana invitándolo a acostarse y me dispuse a acomodarme boca abajo, con las fuerzas consumidas y mi cabeza en silencio.

Me aparté lo suficiente para darle a entender que no quería ningún contacto más allá de compartir la misma cama y lo entendió al no hacer ningún movimiento, solo tomar parte de su lugar y tapar sus ojos con uno de sus brazos.

Si mi gesto le molestó, no lo demostró.

El cansancio al fin barrió con los restos de mi adrenalina y decidí entregarme a los brazos de Morfeo, sin embargo, en cuanto cerré los párpados aquellos ojos llenos de terror y súplica me observaron en mi mente y sentí que temblé.

Había permitido que los dañaran y la garganta se me cerró, de nuevo estaba siendo presa del dolor, comencé a sudar frío, aunque con el cuerpo caliente y supe que nada tenía que ver el sexo que acababa de tener con Fabio. Eran los estragos de mi mierda los que no me dejarían en paz por un buen tiempo.

En la bruma de mi fiebre sentí mi cabello ser apartado de mi rostro y unos dedos acariciar mi mejilla con delicadeza, los cogí con fuerza, perdida, creyendo que nada más me estaban seduciendo para luego matarme, y a lo lejos escuché a Fabio llamándome.

Por esa razón no me gustaba estar con nadie en un momento como ese.

—Ardes en fiebre, dulzura —indicó.

Fue ese *dulzura* lo que me hizo contener las ganas de asesinar y me dejé hacer por él, sintiendo que me cogió en brazos tras unos minutos de haberme dejado sola y luego me llevó hasta el baño, donde se hundió junto conmigo en el agua de la tina.

Jadeé porque el agua estaba un poco fría y envolví los brazos en su cuello para aferrarme a su calor, vi el líquido cristalino teñirse de rojo gracias a la sangre que todavía brotaba de sus cortes y en cuanto se acomodó me tomó del rostro y me hizo que lo mirara a los ojos.

—Háblame, Iraide —pidió.

No sé qué demonios me invadió en ese instante, pero me dolió el tono de tristeza que usó conmigo, por lo que, en mi desesperación busqué su boca para besarlo y perderme en ella y agradecí que me correspondiera. Sin embargo, todo me estaba superando, así que tras unos segundos besándonos comencé a llorar.

No sé si era por lo que permití que pasara, por recordar el daño que sufrió mi hermana o la conversación con aquel chiquillo, pero no podía más en ese momento. Me estaba quebrando como jamás lo hice en la vida.

—Tranquila, *ragazza* —susurró en mi oído y comenzó a acariciar mi cabeza.

No soporté su voz dulce. Me acomodé en su regazo a horcajadas sin buscar nada sexual, simplemente quería abrazarlo, fundirme con él y que su oscuridad sucumbiera a la mía.

—Lo siento —musité tras unos minutos, cuando la vergüenza me embargó.

Me alejé un poco para limpiarme los ojos y darle su espacio, pero me tomó del rostro para que no lo dejara.

—¿Por qué lo sientes?

—Por ser tan patética —reproché hacia mí misma y él sonrió de lado.

—Patético sería que pretendas no quebrarte nunca, Iraide —aseguró y me limpié las lágrimas sin soltar su agarre en mi rostro—. Eres una reina en tu mundo y en… —Tragó al quedarse en silencio

y luego sonrió con ironía. Su mirada se volvió más turbulenta e intensa y sentí que me desnudó el alma con ella—. Joder —se quejó tras unos minutos de silencio y antes de que pudiera preguntarle qué pasaba, me besó.

Pero esa vez no fue duro ni dominante, tampoco se estaba imponiendo como siempre, al contrario, en ese momento fue tan suave que mi pecho se apretó, pero con una sensación distinta al dolor que antes me embargó.

En ese instante Fabio me terminó de desnudar el alma, descomponiendo cada fibra dentro de mí y reconectándome de una manera muy distinta a lo que estaba acostumbrada, tanto así, que las emociones que me embargaron me hicieron soltar las lágrimas, pero ya no eran de esas que torturaban, sino de las que limpiaban y, de un momento a otro me tomó de las caderas para alzarme y me encajó en su polla con suavidad.

Gemí de placer y se lo agradecí, porque quería concentrarme en algo que no fuera el retumbar con emoción de mi corazón y la respiración agitada por algo que no creí volver a sentir.

—Lucho tanto contra mis demonios, que con disciplina y con los años he aprendido a dominarlos —susurró y con las manos en mis caderas me instó a buscar mi propio ritmo—. Y, sin embargo, dejé que uno peor me volara la cabeza —aseguró.

Mi corazón latió tan rápido, que si él no me hubiera cogido con fuerza del cabello hasta besarme de nuevo con ímpetu, juro que me habría desmayado sobre su regazo. Aunque lo hice minutos después, pero de placer por el orgasmo que me provocó y tras eso me sentí en paz.

Paz luego del tormento que provoqué y me infringí.

CAPÍTULO 43

Iraide

¿Cómo en medio de tanta oscuridad se podía encontrar paz?

No lo sabía y menos lo entendía.

Lo único de lo que sí tenía certeza absoluta era de que cuando volví a la cama con Fabio, me sentía bien, realmente bien y no a medias. Olvidé la fiesta y la masacre que provoqué; la fiebre me salió a base de orgasmos y en cuanto no pude más, me rendí al lado de ese dios del sexo que una vez más me sometió a su manera, pero ya no fue con demandas, sino con atenciones.

Fabio me sedujo en todos los sentidos, supo utilizar mi vulnerabilidad a su antojo, pero no me sentí usada, al contrario, por primera vez en mi vida me sentí importante, no del tipo importante porque era la líder de una organización, tampoco porque mi poder provocaba que muchos bajaran la cabeza ante mí, y menos porque era la proveedora material de una familia.

Me sentí importante porque Fabio me demostró con su manera de tocarme y hablarme, que no era menos por sentirme quebrada; su mirada me dijo que, al contrario de eso, él me veía como una mujer fuerte. Una reina en mi mundo y en donde yo quisiera serlo y eso… Eso sacó mi sumisión, una que me liberó.

—Aún vulnerable estás preciosa y poderosa. Y esa fragilidad que demuestras por algo que te dolió y rompió tu temple, no define tu fortaleza, dulzura —susurró en mi oído y esas palabras me estremecieron más que los orgasmos.

Al final terminé buscando su cercanía cuando estuvimos en la cama y dormí como una bebé en cuanto sus dedos se enterraron en mi cabello y comenzó a masajear mi cuero cabelludo; sentí esa caricia tan exquisita, que solté varios suspiros y sonreí sin pretenderlo en el instante en que dio besos en mi coronilla y frente. Y bueno, ya tenía claro que mi sadismo me había hecho desarrollar una especie de adicción por el olor de la sangre fresca, pero el aroma de Fabio, de su cuerpo y fragancia junto a su líquido carmesí, tuvo el mismo efecto en mí que esas hierbas relajantes que algunas culturas quemaban, o convertían en incienso para momentos de relajación.

Y no sé en qué momento me dormí, solo sé que reaccioné horas más tarde cuando el sol se elevó en su punto máximo y sus rayos me lastimaron al abrir los ojos, cegándome por un momento. Me tapé con las sábanas, sin ganas de levantarme de la cama y me acomodé abriendo los brazos en cuanto el reconocimiento me hizo querer tocar al hombre con el que compartí la noche, pero no encontré más que vacío; lo que me hizo sentarme de golpe y comprobar que me hallaba sola.

Me rasqué la ceja confundida y miré el reloj que estaba en la mesita de noche, viendo que pasaba del medio día. Confundida por mi soledad palpé el colchón en busca de calidez y únicamente encontré las sábanas frías, con la sangre que derramé de él ya seca, intuyendo con ello que Fabio se había ido hacía bastante tiempo.

Mi cabeza estaba hecha un lío, como si estuviera despertando de una resaca.

Me levanté entre tambaleos yendo hacia el baño cuando las ganas de orinar se tornaron insoportables y me quedé recalculando ahí qué diablos pasó y por qué Fabio había escapado sin haberme despertado, como un maldito ladrón luego de haber conseguido su cometido.

Decidí tomar una ducha e ignorar el pinchazo en mi pecho, ya tendría tiempo para pensar en todo lo que sucedió, de momento solo quería espabilarme, ver a Hunter y ponerme al día referente a la

investigación con su atentado y con Eugene.

Cuando bajé a la sala me llevé la sorpresa de encontrarme con Gisselle, ella estaba con Hunter en el sofá grande y, aunque me gustó verla en casa, sabía que era mi perro convaleciente quien la había hecho volver a un lugar que juró no pisar de nuevo. Me miró al escuchar mis pasos y sonreí porque Hunter hizo lo mismo, sin embargo, a ese traidor le dio igual mi presencia y volvió a recostar su cabeza en las piernas de mi hermana. Alcé las cejas con ironía al darme cuenta de lo fácil que me cambiaba.

—Luces…

—Como la mierda, lo sé —le dije cuando iba a señalar tal cosa y rodó los ojos.

—Modera tu vocabulario, Iraide —me regañó y eso me provocó una punzada en el pecho, aunque de una manera muy distinta a lo que sentí rato atrás—, pero sí, luces así. —Aceptó y eso sí que me hizo reír.

Le pedí un café a mi ama de llaves y ella asintió de inmediato, casi corriendo para traérmelo.

En casa, cuando fuimos una *familia,* mamá siempre cuidó que no fuéramos mal hablados, sobre todo a nosotras las chicas, ya que tendíamos a repetir lo que nuestro padre decía. Sin embargo, crecimos con un ambiente peor que las palabras vulgares y en cuanto emigré a Estados Unidos la poca educación que tenía se fue por un tubo.

Gisselle en cambio seguía cuidando eso y en el pasado, cuando todo estaba bien entre nosotras, me gustaba hacerla enojar porque era de la única manera que soltaba improperios y me divertía mucho escucharla.

—¿Tienes mucho aquí? —inquirí.

—Dos horas o poco más.

—¿Has estado solo con Hunter todo este tiempo? ¿No viste salir a nadie? —pregunté y ella me miró alzando una ceja.

—Tu amante salió hace poco más de hora y media, si es lo que quieres saber —señaló y por inercia sonreí.

Me sentí estúpida sin embargo y más cuando Gigi me miró curiosa.

—¿Él te tiene así? —indagó, pero no me miró.

Se concentró en Hunter y la sentí un poco tímida.

—Así ¿cómo? —cuestioné y me mordí el labio para no volver a sonreír.

De un momento a otro la molestia de no despertar con Fabio a mi lado mermó, pensando en que a lo mejor me vio muy cansada y por eso evitó despertarme.

—Así con esa sonrisa boba. —Apostilló y sentí que las mejillas se me calentaron.

Me rasqué la cabeza y carraspeé tratando de actuar con madurez. Dolly, mi ama de llaves, llegó en ese instante con lo que le pedí y le agradecí la interrupción. Le di un sorbo a mi café con cuidado de no quemarme y me percaté de que Gigi me veía con una ceja alzada, asegurándome de esa manera que no la dejaría sin respuesta alguna.

—No tengo ninguna sonrisa boba. —Refuté, fallando en mi intento de ser madura.

—Tú podrás ser mayor que yo, Iraide, pero dado que siempre te escondes detrás de tu máscara de frialdad, los que te conocemos sabemos leer tus sonrisas, tus gestos y así lo niegues, tienes una sonrisa boba y ese tipo es el culpable. No entiendo por qué, sin embargo, ya que es un…

—Mi reina —me llamó Ace interrumpiéndonos y escuché a Gigi quejarse.

Dijo algo, pero no lo entendí, ya que habló bajo. Ace la miró con el ceño fruncido, sabiendo que él era el motivo de la molestia de mi hermana.

—¿Sucede algo? —le pregunté.

—¿Podemos ir a tu oficina? —inquirió y asentí.

—¡Por Dios, hombre! Déjala respirar o dale descanso para que se recupere al menos —espetó Gisselle y la miré sorprendida de que pidiera descanso para mí.

Tenía entendido que no le importaba, y no supe si alegrarme o preocuparme porque actuara así ante la presencia de Ace y su petición de que fuéramos a la oficina.

—¿Y por qué no mejor me das descanso tú a mí y desapareces un rato de mi vista? —soltó Ace.

—¡¿Qué carajos con ustedes dos?! —reclamé yo.

Ambos me ignoraron, ya que se habían metido en una batalla de miradas asesinas y admito que la de Gigi sí me asustó. Mi hermana podía ser muy inocente en muchas cosas, pero sabía intimidar si se lo proponía y si Ace no cuidaba bien su espalda, temía que en algún momento lo encontraría con un cuchillo clavado hasta el fondo de sus entrañas.

¡Joder! Iba a tener que relevarlo antes de que eso pasara.

Gisselle chasqueó con la lengua y mucho enojo, pero a la vez hizo un gesto con la mano como mandándonos al demonio a los dos y abrí y cerré la boca sin saber qué decirle. No me molestó, fue más sorpresa al verla actuando con tanta confianza de nuevo, era como si la antigua Gigi, la chica cascarrabias de antes de aquella noche, quisiera volver.

—*No me voy a meter en tus decisiones y ya ni siquiera me importa si quieres tener a alguien vigilándome, pero te pido que no sea más este idiota* —me pidió Gisselle de pronto y me sorprendió ver una especie de agonía en su mirada.

—¡Ey! Habla en un idioma que todos entendamos, no seas cobarde y deja que me defienda —espetó Ace al escucharla hablar en español y bufé cansada.

—*Por favor, Ira* —susurró Gigi y me extrañó que ignorara a Ace.

Aunque también fui capaz de ver en sus ojos que no se encontraba bien, lucía harta y desesperada a la vez y de cierta manera me preocupó que fuera mi culpa, de nuevo, por poner detrás de ella a un tipo que en serio le caía muy mal.

—Dalo por hecho —le respondí, siendo capaz de sentir lo mucho que le molestaba el hombre frente a nosotras.

—*Gracias.* —Su alivio fue increíble al pronunciar esa palabra.

—¡En inglés, pequeña…!

—¡Ya, Ace! Vamos a mi oficina —lo corté y comencé a caminar hacia él.

Frunció el ceño al ver que mi hermana lo volvió a ignorar, pero no dijo más. Y lo agradecí demasiado, ya que no era buen momento para entrar en discusiones y menos con esos dos que tal parecía que cada día se toleraban menos, así que estaba dispuesta a cumplir la petición de Gigi esa vez.

Cuando entramos a la oficina y Ace se encargó de cerrar la puerta, con la mano señalé una silla para que se acomodara, llevaba unos archivos bajo el brazo y un rostro de cansancio tremendo que me sirvió como recordatorio de lo que hicimos dos noches atrás. Me tensé ante los flashazos y le di otro trago a mi café, esta vez sin cuidado y agradeciendo que el líquido me quemara para concentrarme en el escozor que provocó en mi lengua.

—¿Estás bien? —me preguntó y solo lo miré.

Su templanza el día de la fiesta y tras salir del maldito salón todavía estaba clara en mis recuerdos, aunque más sus palabras, puesto que dejó claro que jamás se sintió mal por lo que vio y contrario a eso, le preocupó más mi reacción.

—Evitaré responder eso porque no creo que me comprendas —solté y dejé la taza de café en el escritorio.

—Ira, yo… —Le alcé una mano para que retuviera cualquier excusa que quisiera darme.

—Evitemos hablar de eso, Ace, y mejor respóndeme un par de preguntas —pedí y me miró serio.

—Pregunta lo que quieras, pero quiero dejarte claro que, que no me afecte nada de lo que vi no quiere decir que esté de acuerdo con lo que se hizo. Simplemente le di más importancia a tu reacción que a la mía. —Se apresuró a explicar antes de que volviera a callarlo y, aunque no se lo dije, me alivió que no fuera tan frío con respecto a eso.

—¿Qué traes debajo del brazo? —Quise saber.

—La información que me pediste luego de la premiación de D'angelo —avisó y lo miré con interés.

Había olvidado que después de mi enfrentamiento con Dominik y tras lo que no terminó de decir con respecto a su hermano, la curiosidad fue como un gusanito en mi cabeza que no me dejó tranquila y, ya que intuí que si se lo preguntaba a Fabio no me diría nada, opté por saberlo a mi manera; incluso cuando él podía darme otro castigo por meterme en su vida.

—¿Por qué lo dejaste pasar a mi habitación? —inquirí, tomando el archivo que extendió para mí.

Nos miramos a la cara y vi que su gesto cambió de intriga a ironía.

—No sé, creo que intuí que él te ayudaría a darle un giro a tu noche —soltó y admito que me impresionó.

—Me sorprende que no hayas sido tú el que intentara darle un giro a mi noche —señalé y con delicadeza arrastró los dientes en su labio inferior, luciendo con picardía esos colmillos tan peculiares.

—Confieso que lo pensé, pero sé reconocer que la oscuridad de ese tipo compagina mucho con la tuya y necesitabas algo así esta madrugada —aseguró y apreté los labios para no sonreír—. Tú y yo nos acoplamos perfecto a la hora de provocar masacres, mi reina. Y así me muera por volver a estar entre tus piernas, soy paciente y sé que volverá a suceder cuando sea el momento. —Alcé una ceja ante su declaración y negué divertida.

—No te creas con tanta suerte —recomendé.

—No creo en eso, pero sí en el destino —sentenció y carraspeé llevándome una mano a la boca para que no me viera sonreír—. Y en el karma —añadió.

Yo también creía en eso.

Se quedó en silencio cuando abrí el archivo que me entregó y tras llevar dos páginas de una extensa investigación, comencé a leer con los ojos más abiertos y mi corazón queriendo acelerarse.

—Tuve que extenderme más esta vez, como verás —informó Ace y tragué con dificultad—. Fabio D'angelo es un cabrón que sabe cubrir muy bien sus secretos, así que por eso subrayé tal cosa como probabilidad, sin embargo, si lo estudias a fondo, tiene mucha lógica.

No le respondí nada porque me perdí leyendo cada párrafo que escribió para mí. Se trataba de un registro médico de toda la familia D'angelo y así ciertos estudios de Leah D'angelo Black (hija de Dominik) tuviesen justificación debido a su madre, los de Akihiro D'angelo Cho, su hermanito, no la tenía, ya que ambos eran hijos de diferentes mujeres y por lo tanto su única relación para ser sometidos a esos exámenes de rutina debía ser por el lado del padre.

Familiares directos con esta condición: tío paterno.

—Dime por favor que descubriste que Fabio y Dominik tienen otro hermano —le pedí a Ace.

—Es lo que he estado investigando, por eso lo puse como probabilidad, pero hasta el momento solo son ellos dos —respondió Ace y me recosté en el respaldo de la silla.

Por unos segundos mi mente se quedó en blanco.

Me restregué el rostro al recordar las palabras de Fabio esa madrugada, pensé en la preocupación

de Dominik y cómo quería proteger a su hermano como si fuera un chico que no sabía decidir por sí mismo y todo encajaba si lo veía de esa manera.

—¡Mierda! —murmuré y me puse de pie.

No me di cuenta de que algunas hojas del archivo se salían de una parte del escritorio y me las pasé llevando al ponerme de pie, así que cayeron al suelo y al recogerlas vi que también se había caído la tarjeta que me dio Allison.

La dejé ahí luego de esa noche que me la entregó y al leer su nombre pensé en los años que tenía conociendo a Fabio, la intimidad y confianza que compartían. Tras eso sus palabras resonaron en mi cabeza y decidí que le llamaría para que nos viéramos, ya que si alguien podría aclararme esas dudas sin ganarme su odio en el proceso, era ella.

—Sé quién me dará la información que necesito para confirmar o corregir lo que hay en tu investigación —aseguré y Ace asintió al intuir todo.

Él me vio con Allison en el club, así que no era difícil que dedujera que me refería a ella.

—Dejando a D'angelo de lado, te informo que la investigación sobre el atentado de Hunter no ha avanzado, debido a que todo el sistema de seguridad de aquí no arroja ninguna violación —prosiguió y eso me irritó—. Sin embargo, logré meterme al sistema de las cámaras de seguridad de Eugene Hall y, aunque no hay signos que indiquen que lo asesinaron, sí encontré una imagen que parece que ha sido manipulada. Estoy haciendo más estudios para confirmártelo, pero algo en mi interior me dice que tu presentimiento es real y que Roena tampoco se equivoca. Hasta podría jurarte que la chica sabe más de lo que imaginamos.

Escuchar eso quitó un poco de mi decepción por no tener avances sobre Hunter y pensé en que pronto tendría que hacerle una visita a la mujer, puesto que, si el culpable de asesinar a Hall sospechaba de ella, la asesinarían antes de que lograra decirme algo.

—Prepárate porque voy a visitarla y tengo que ser rápida, ya que, puedo asegurarte que pronto ella resultará muerta a causa de *un suicidio* gracias a que no soportó seguir sin el amor de su vida —avisé y él asintió de acuerdo.

—He considerado que hablar con Dimitri Cratch podría beneficiarnos —comentó y lo miré sin comprender—. Sé que el hijo de puta es un dolor de huevos, pero podría convenirte que te reúnas con él y le des algunas pistas sobre dónde investigar para que aclare que Hall no se quitó la vida, ya que eso podrá despistar al culpable y si es la policía quien se involucra y no tú, jugará a nuestro favor, puesto que así el autor intelectual se descuidará creyendo que ya nadie podrá llegar al fondo de esto.

Me gustó su propuesta y estuve en total acuerdo con él, así que detallamos cómo haríamos todo; desde mi reunión con Allison hasta el encuentro con Roena y mi acercamiento a Dimitri, ya que, a pesar de que el pequeño Cratch pudiera estarme jodiendo los nervios, admitía que era un buen detective; de esos que los malos odiábamos a morir porque sus ganas por limpiar el mundo los ayudaba a llegar muy cerca de descubrir nuestras fechorías.

—Por cierto, Ace. A partir de este momento dejas de estar a cargo de mi hermana —le dije luego de terminar nuestra reunión improvisada y me miró con cierta sorpresa.

—¿Hablas en serio? —Quiso saber y asentí. Lo vi tragar y no supe si fue por alivio u otra razón.

Aunque tras la sonrisa que me dio al ver que sí lo decía en serio, comprobé que fue de alivio.

—Entonces eso fue lo que te pidió cuando te habló en español. —Dedujo y reí.

—Voy a relevarte antes de que te mate —señalé y sonrió de lado.

—Conque me estás protegiendo, mi reina —se burló y volví a reír.

—¡Nah! —exclamé—. Pero, hablando en serio, vas a dejar de cuidarla, sin embargo, necesito a uno de tus hombres para que te releve, ya que a los míos los conocen muy bien —pedí y asintió—.

De preferencia que sea de tu edad o menor, y muy letal por si tiene que defenderla de alguno de mis enemigos.

—¿Puedo saber por qué quieres que sea joven? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque esta vez no estará en las sombras, Ace. Por lo que quiero a alguien con los mismos intereses de Gigi. Así, y con suerte, me ayuda a sacarle a Dimitri de la cabeza —expliqué sin problema y noté cómo sus ojos mostraron sorpresa.

Aunque no dijo nada, solo asintió y prometió que pondría al mejor.

Y no es que buscara que mi hermana se enredara con algún tipo y tampoco forzaría nada, simplemente pondría a su lado a alguien que también pudiera ser su amigo y ya lo demás ella lo decidiría.

Esa tarde, cuando me encontraba sola en mi oficina, trabajando y con la televisión encendida pendiente de las noticias, le llamé a Fabio para saber qué había pasado o qué lo hizo marcharse sin decir nada, pero no me respondió. Tampoco dio respuesta a mis mensajes tras leerlos, ya que supe que lo hizo.

Aquella punzada en mi pecho volvió a atacarme y más al saber las posibilidades que existían de que todo lo que Ace supuso fuera real y de hecho, pensando en la actitud fría de Fabio, lo enigmático que era la mayor parte del tiempo y esos momentos de caballerosidad que tenía conmigo, lograban que cada vez más yo me convenciera de que todo era cierto.

La pasión con la que estaba desarrollando su proyecto también influyó y el recuerdo de sus palabras cuando le dije que lo veía muy inmiscuido en ello para ser solo parte de su carrera, me hicieron contener la respiración por un momento.

«Digamos que me ha tocado vivirlo de cerca».

—¡Joder! —susurré mientras recargaba la cabeza en el respaldo de la silla y me restregué el rostro.

Todo había estado delante de mis ojos y, admito que a pesar de la manera en la que Fabio cubrió esa parte de su vida, me dio indicios.

—*Te odio.*

—*Y sé que me odiarás más cuando me conozcas de verdad.*

—Puta madre —dije al recordarme con él en su *penthouse.*

Luego analicé que en la madrugada actuó extraño, demasiado dócil para ser él. Aseguró que siempre luchó contra sus demonios y que estaba a punto de perder la cabeza. La respuesta a todo eso era más que clara y querer una confirmación solo me hacía sentir tonta, pero me aferré a la idea de estar equivocada.

Le llamé una vez más y declinó enseguida. Miré el móvil un poco desconcertada, sintiendo algo amargo en mi garganta por ser echada a un lado de esa manera. El maldito sabía tocarme el ego y maldije por eso.

—¿Sabes algo de Fabio? —pregunté de una vez cuando Allison respondió mi llamada en el instante en que decidí contactarla a ella.

—*Nos ha llamado para una sesión, así que vamos con Marco hacia el club* —dijo y tragué con dificultad.

Me quedé en silencio por unos largos minutos porque no supe qué decirle y sobre todo, no podía sacar la voz por la presión que amenazó con dejarme los pulmones sin aire.

¡Carajo!

—*¿Ira?* —me llamó Allison y sacudí la cabeza para espabilarme.

—¿Solo ustedes dos? —inquirí escuchándome ronca y carraspeé para bajarme la bilis.

Era tonto de mi parte, pero de cierta manera no me importaba que estuviera con esa pareja. Lo conocí con ellos y era como si fueran parte de un paquete que acepté aquella noche. De hecho, analizando dónde conocí a Fabio, no me importaba siquiera que tuviera un *harem,* aunque sí me volaba la cabeza imaginarlo con una sumisa en especial.

—*No, Ira. Estaremos todos sus sumisos propios* —aseguró y respiré profundo antes de hablar de nuevo.

—¿Podemos vernos mañana por la mañana? —cuestioné, intentando asustar las imágenes que se formaron en mi cabeza, pero no me sirvió de mucho.

Hubo un rato de silencio por parte de Allison y hasta pensé que había cortado la llamada.

—*Al fin estás preparada.* —Dedujo y callé. La verdad era que no me sentía segura de estarlo, pero no lo iba a vocalizar—. *Búscame mañana en el café que está frente a mi bufete, te enviaré la dirección ahora mismo.* —Aceptó.

No le dije nada más, solo corté la llamada y revisé de inmediato su mensaje de texto con la dirección y un «te espero a las diez de la mañana». Y estaba consciente de que después de lo que me dijo que haría no encontraría paz mental, así que debía ocuparme en algo antes de volverme loca.

Me puse de pie para ir un rato a mi salón de entrenamientos, pero no pude dar ni un paso cuando la puerta se abrió de golpe y vi a Ace entrar como un huracán.

—Espero que lo que tengas que decirme sea tan importante como para atreverte a entrar sin tocar —advertí.

—Eres famosa de nuevo —avisó y cogió el mando a distancia de la tele para buscar un canal en específico.

Antes de ver el noticiero que puso mi móvil comenzó a sonar con una llamada de Ronald, luego el de mi oficina timbró y me reí al ver que era Harold.

—Vaya, se tardaron mucho —murmuré y Ace sonrió.

—*Washington está impactado, el país entero lo está con esta barbarie* —decía un reportero, quien al parecer se encontraba en la primera casa que visité dos noches atrás.

—*Gracias por tu nota, Peter. Seguiremos dándole cobertura a esta masacre nacional* —indicó la presentadora —. *Sí, queridos televidentes. El estado de Washington ha sido devastado una vez más y todo indica que se debe a la misma persona de hace ocho años. El ángel, como fue bautizado entonces, volvió al acecho y esta vez son veinte familias asesinadas, todos con lujo de barbarie a excepción de los niños que fueron los únicos que se salvaron.*

—*La masacre del ángel vuelve a vestir de luto al país* —comentaron en otro canal y sonreí feliz.

—¿Ves que no me equivoqué con lo que dije la otra vez de tu sonrisa? —habló Ace sacándome de mi concentración en las noticias.

Recordé claro lo que dijo y volví a sonreír.

—¿Sádica y sensual? —inquirí.

—Así como me vuelven loco —aseguró y sin vergüenza alguna se acomodó la polla.

Lo miré con sorpresa, aunque era tonto que su descaro me dejara en *shock*, pero no pude evitarlo.

—Idiota —bufé y se encogió de hombros.

En mi tiempo conociéndolo había notado que no era así con las demás mujeres, siempre mantenía su distancia y respetaba, pero conmigo le encantaba jugar a la ruleta rusa y ya le había advertido que un día me encontraría de malas y no toleraría más sus bromas. Se rio como respuesta, aunque no me subestimó, puesto que tenía claro que si me tocaban los ovarios en un mal momento, no pensaría más que en deshacerme de las molestias.

—*Fue un ángel que me salvó de mami.* —Escuchamos decir de pronto y miramos hacia la televisión.

Aquel pequeño era entrevistado, aunque cubrieron su rostro y tanto Ace como yo nos miramos. Él lo había llevado a mi mesa en la fiesta gracias a su pedido y un escalofrío reptó por toda mi espalda hasta erizarme la piel.

—¿Te dejaste ver el rostro por él? —preguntó y negué.

—Y así lo hubiera hecho, sé que ese pequeño no me delataría —juré y frunció el ceño.

—Creí que no confiabas en nadie.

—Y no lo hago, solo estoy confiando en mi instinto —aseguré—. ¿Lo pediste al azar? —cuestioné tras unos segundos de silencio y lo vi endurecer la mandíbula, él entendió a qué me refería.

—El dispositivo tenía varios símbolos, con los que esas mierdas se identifican. Y los números que como ya sabes, son las edades. Fue al azar en el momento, solo para darte la prueba de lo que pasaba, pero ya sabía lo que significaba, me lo explicaron al entregármelo.

—Nunca me he arrepentido de ninguna de las vidas que arrebato, pero jamás he disfrutado tanto de asesinar como disfruté esa noche —admití y él asintió de acuerdo.

—Y yo lo disfruté contigo, mi reina —confirmó.

Iba a decirle algo, pero de nuevo mi móvil me avisó de una llamada, era Wayne y luego el de mi oficina me avisó que Gary también le urgía encontrarme.

—¿Me conseguiste la reunión con Dimitri? —le pregunté a Ace cogiendo el móvil y lo vi asentir.

—Te espera en el hotel en una hora —avisó y me sentí satisfecha.

Acepté la llamada de Wayne Nelson entonces y me acomodé de nuevo en la silla.

—Debo sentirme halagada de que mis socios me busquen con tanta insistencia —saludé con sorna a Pereza.

—*¡¿Qué mierda has hecho, puta perra?!* —gritó Ronald y solté una carcajada al saber que todos me escuchaban.

De seguro estaban reunidos, comentando las últimas noticias.

—Solo darte una advertencia de lo que te pasará a ti y a tus amigos si vuelves a desafiar a tu reina, Lujuria —finalicé y vi a Ace sonreír de lado y con peligro al escucharme.

Acababa de declarar una guerra interna en *The Sevenths* y con ello agité más las aguas tranquilas que me rodeaban, pero no lo hice sin ser consciente y me estaba preparando incluso más para lo que se me vendría encima.

Porque una vez más tendría que probar por qué me gané el liderato de los séptimos.

CAPÍTULO 44

Iraide

No tenía ni una pizca de ganas para salir de casa, sin embargo, debía ver a Dimitri y más después de mi llamada con los séptimos, puesto que, así hubiera dejado claro mi punto sabía que pronto me convocarían, preocupados por la amenaza que lancé a los invitados de la maldita fiesta, aunque intuí que para ese momento también cuestionarían a Ronald porque, a pesar de que hiciera todo en su territorio, me desafió y eso fue más que claro.

Y en ningún momento lancé una amenaza vana, de hecho, ya Ace se estaba encargando de investigar a todos los invitados de Lujuria, pues quería cada trapo sucio que tuvieran sin importar lo mucho que hubiesen tratado de esconderlos.

También le pedí que se hiciera cargo de llevar a Dimitri al hotel donde yo lo esperaría. Kadir me llevó a mí hacia allí y, aprovechando que aún quedaba tiempo para que el tipo llegara, decidí disfrutar la *suite* que reservé y me metí en la tina llena de agua tibia y sales aromáticas.

Necesitaba relajarme, despejar mi cabeza y dejar de pensar en mi llamada con Allison, sin embargo, si no pensaba en eso era en la maldita fiesta, en lo que vi, en la masacre y en aquel niño que con su inocencia intacta me creyó un ángel. En otras palabras: estaba jodida porque me explotaba la cabeza con una, u otra cosa.

—Joder contigo, Iraide —me regañé cuando cogí el móvil y volví a marcar el número de Fabio.

Y muy en el fondo admitía que no estaba insistiendo con él solo porque leí una investigación que me preocupó, tampoco era porque esa madrugada compartimos un momento que superaba la intimidad para mí. Lo hacía también por esa punzada de celos en mi pecho que cada vez dolía más y no por imaginarlo con su dichoso *harem,* sino por verlo en mi cabeza con Sophia.

—Maldito karma —susurré riéndome de mí misma.

Dejé el móvil en una mesita de madera a mi lado al comprobar que el idiota no me respondería, e imaginé que lo mismo que me pasaba en ese instante fue lo que vivió la legisladora Rothstein cuando su marido estaba conmigo, e ignoraba las llamadas de su esposa.

Y, sabiendo que hasta ahí llegaría mi patético intento de relajación, decidí salir de la tina, cogí la toalla de la mesita y la envolví en mi cuerpo justo en el momento en que la puerta de la *suite* se abrió y escuché algunas voces, reconociendo a Ace y a mi invitado, quienes al fin llegaban para distraerme de verdad.

Me sequé el cuerpo rápido y cogí la bata corta de seda color verde. Tenía el cabello en un moño desordenado y pasé de las pantuflas, yéndome descalza hacia la pequeña sala donde escuché las voces.

—Ya estaba comenzando a desesperarme —les dije a ambos y me observaron de arriba abajo al verme llegar tan cómoda.

—Bueno, tuvimos que darle un baño a tu invitado y ahora me siento idiota al verte a ti recién salida de la ducha. Me estoy poniendo celoso, mi reina.

—Y te pondrás peor en este momento, ya que necesito que me dejes a solas con *mi invitado* —ordené, tratando de ignorar sus tonterías.

—¡Ey! Cuidado donde pones los ojos porque no estoy bromeando —amenazó a Dimitri al ver que este no dejaba de mirarme y negué.

Dimitri lo ignoró adrede, pero tuvo la decencia de mirarme a los ojos en ese instante. De verdad iba recién duchado, ya que Ace siguió las órdenes al pie de la letra para asegurarse de que el pequeño Cratch no llevara ningún micrófono o localizador y eso me satisfizo.

—¿Revisaron también sus dientes? —inquirí.

—Le revisamos hasta los rincones que le dejarán dudando de seguir siendo hetero —aseguró y solo cerré los ojos un instante y respiré profundo para no sonreír por las tonterías de Ace.

—Perfecto, ahora vete —pedí de nuevo y asintió.

Escuché la puerta ser cerrada segundos después y caminé hacia la mesa con bebidas para servir dos vasos con licor. Dimitri bufó y tomó asiento sin esperar a que lo invitara a ponerse cómodo.

—¿Ahora sí vas a admitir que tenías a tu gente vigilándome? —preguntó irónico y sonreí.

Le daba la cara, así que vio perfectamente mi gesto y solo me encogí de hombros cuando caminé hacia él y le tendí un vaso que bebió de un sorbo. Alcé las cejas por la diversión y le entregué mi vaso, yéndome de nuevo a servir otro poco de licor para mí.

—Cógelo con calma, Dimitri, porque te quiero cuerdo —advertí al ver que de nuevo pensaba beber el trago de un sorbo.

—¿Qué? ¿Piensas violarme y quieres que esté con mis cinco sentidos alerta? —soltó molesto.

Negué divertida y le di un trago a mi bebida mientras caminaba hacia él para acomodarme a su lado.

—No, *amor*. La pregunta correcta sería, ¿en realidad crees que abusaría de ti si ahora mismo me bajo la bata y te dejo ver mis pezones duros sin la seda de por medio? —lo reté.

Vi que tragó con dificultad y dio un sorbo corto a su vaso. Sus ojos no habían perdido detalle de cómo mis pezones se marcaban en la seda y al ver su entrepierna, cubierta solo por un pantalón de deporte, noté que su amigo no me odiaba tanto como él.

Sería tan fácil montármele encima y permitirle que me follara o follármelo para demostrarle que no lo violaría. Era un tipo fuerte y sus brazos llenos de venas gruesas me decían que le dedicaba tiempo a su cuerpo; sus labios rojos y rellenos podían convertirse en la debilidad de cualquiera y esos ojos color avellana eran un sueño.

Dimitri Cratch era el tipo de detective caliente que me hubiera hecho cometer cualquier delito con tal de tenerlo cerca, pero, para mi maldita suerte, podía ser provocadora, aunque no me permitía abrir las piernas con cuanto hombre me gustara; y en ese instante lo consideré una maldición, porque quería dejarme follar solo de un imbécil al que le importaba un carajo todo.

—Y sí, Dimitri. Ahora te voy a admitir que tengo gente detrás de ti y que, asimismo, sé qué te trajo a Washington dejando atrás a tu país natal. Sé que en realidad eres Dimitri Cratch Leblanc y que te has acercado a mi hermana para tratar de conseguir información sobre mí. Y no solo eso, ya que sé que también vas a colaborar conmigo en algo que estoy a punto de pedirte —confesé y luego de su sorpresa por comprobar que le estaba siendo franca, comenzó a reírse con diversión.

—¿Y por qué carajos voy a colaborar contigo? —inquirió de manera burlona.

Con tranquilidad me bebí todo el contenido de licor que tenía aún en mi vaso y al terminar lo miré con seriedad.

—Porque soy la única que puede decirte qué pasó, por qué y dónde podrás encontrar lo único que quedó de Nicholas Cratch, tu hermano —solté.

Y la oscuridad que recubrió sus ojos me dijo que había tocado una fibra peligrosa en él, pero también una que iba a manejar para mi beneficio.

Al final, me fui del hotel con un pacto hecho con la persona que menos esperé, pero que nos convenía a ambos. Ace evitó hacer sus comentarios fuera de lugar mientras íbamos para la bodega sur, que fue a donde pedí que me llevaran sabiendo que no dormiría por pensar en todo lo que acontecía en mi vida, así que estar con Furia me pareció una buena alternativa, ya que lo había dejado de lado por darle toda mi atención a Hunter.

—Iré a tu oficina un rato para continuar con esto —avisó, señalando la investigación hacia algunas personas de las que le pedí en específico y que ya llevaba a cabo—. Te buscaré en cuanto Soren venga, así te lo presento.

—¿Es quién va a relevarte con Gigi? —inquirí y asintió.

—Es el pobre diablo que se quiso pasar de listo conmigo haciéndome una broma de mal gusto, así que voy a devolverle el favor —declaró.

—Me ruegas por morir, ¿cierto? —reviré y se encogió de hombros.

No le dije nada más y me fui directo al área donde se encontraba Furia, pensando en llamarle pronto a Faddei, ya que lo tenía haciendo algo importante y todavía no se reportaba conmigo. Mi otro consentido estaba gruñendo mientras mordía un hueso de juguete y el corazón se me aceleró al recordar que lo compré junto con el de Hunter.

—¡Puta madre! —exclamé y me llevé las manos a la cabeza.

No iba a soportar que a Furia también le pasara algo, sobre todo porque él era más vulnerable que Hunter gracias a su enfermedad desarrollada por el pésimo cuidado que le dieron.

Me acerqué con cautela cuando me vio y comencé a hablarle como si fuese mi bebé, me reí al ver que se creía un chico duro e ignoraba mis mimos, pero por momentos el muñón de su cola lo traicionaba y lo movía al escucharme.

—Ven conmigo, bebé hermoso —pedí y agradecí que saliera a mi encuentro, sonriendo aliviada de que dejara de lado el maldito hueso.

Me puse en cuclillas y reí cuando intentó lamerme el rostro, era la primera vez que hacía algo así y, aunque no me gustaba por mucho que lo amara, disfruté de su intento por darme cariño, demostrándome que estos días sin verme en lugar de ponerlo caprichoso, ablandaron su salvaje corazón.

—¡Ah! Ves que sí me quieres —le dije y me reí.

Lo revisé asegurándome de que no tuviera nada raro y en cuanto pude llegué al hueso y lo cogí, él me miró esperando a que lo lanzara para ir en su búsqueda y negué buscando otra cosa, escondiendo ese hueso en mi espalda. Cogí un palo pequeño tirado a un lado y lo lancé, Furia me miró y hasta juré que era capaz de fruncir el ceño, riéndome de inmediato porque notó que no tiré lo que esperaba y por lo tanto no se movió de su lugar.

—¡Joder! Pero qué inteligente eres —alabé.

De pronto tomó una posición más de ataque y bufó en lugar de ladrar, alzando las orejas y mirando hacia fuera del área donde lo mantenía. Fruncí mi ceño al verlo tan alerta y de pronto comenzó a gruñir, aunque un poco inseguro y maldije en cuanto escuché voces a lo lejos y vi que dejé la puerta abierta.

—Calma, Furia —pedí alerta, aunque me tranquilicé cuando de nuevo el muñón de su cola comenzó a moverse al reconocer a la persona que hablaba—. Eres inteligente y también traidor —acusé.

Me miró al escucharme, pero enseguida corrió hacia la puerta para encontrar a Ace, a él sí le lamió un lado del rostro y lo vi reír por el recibimiento que mi perro le estaba dando. Me crucé de brazos al ser consciente de la escena y cómo los rasgos de ese tonto perdieron dureza al interactuar con Furia.

El tipo que acompañaba a Ace también miró la escena con el ceño fruncido, imagino que pensando lo mismo que yo al ver a dos seres tan peligrosos interactuando como los mejores amigos que no se veían en días.

—Tú debes ser Soren. —Deduje al acercarme y darme cuenta de que Ace olvidó por qué me buscaban.

—Así es, señora —dijo con respeto y noté que su acento era extraño, pero no desconocido para mí—. Soy Soren Jepsen. —se presentó y bajó la cabeza como un saludo de reverencia.

—Eres danés —afirmé y asintió.

Él no tenía nada que ver y mucho menos culpa, pero saber eso me hizo pensar en Aneka y su amante, así como también en el último lugar donde la vi.

El tipo parecía de la edad de Ace, tal cual lo sugerí, de cabello corto y rubio, nariz respingona y mandíbula cuadrada adornada con una barba del color de su pelo. Sus ojos eran miel enmarcados con cejas perfiladas. Alto, muy atlético, serio, pero sobre todo… guapo.

Mucho.

—Me gusta que tomaras en serio mi petición —le indiqué a Ace cuando dejó de darle atención a Furia y este sonrió con ironía.

—Me alegra complacerte… una vez más —dijo y rodé los ojos.

—¿Ya te ha dicho este idiota para qué te necesito? —pregunté a Soren y él escondió su sonrisa.

—Así es, señora. Y me satisface que usted vea lo mismo que yo —comentó y le sonreí abiertamente al entender que se refería a mi manera de llamar a Ace.

Hablé un rato con ellos y en cuanto Furia se descuidó le di el hueso de juguete a Ace para que lo estudiara, explicando que lo compré junto al de Hunter, luego le informé a Soren todo lo que quería que hiciera, además de eso le llamé a Gisselle para avisarle lo que estaba haciendo, por supuesto que refunfuñó, confesando que creyó que ya no pondría a nadie detrás de ella, pero aceptó que nos viéramos al siguiente día en mi casa, llegaría antes de que partiera a mi reunión con Allison.

Y cumplió, ya que a la mañana siguiente llegó a las siete en punto, antes de ir a su trabajo y aprovechando para ver a Hunter. Ace y Soren llegaron diez minutos después y sonreí satisfecha cuando este último y mi hermana se saludaron sin miradas asesinas de por medio.

—Sé que solo seguirás órdenes, pero, por favor, trata de que todo parezca como si eres mi amigo o un familiar lejano —pidió Gigi a Soren y este asintió—. *Y gracias al cielo que este no es un idiota* —comentó para mí y vi lo mucho que le molestó a Ace escuchar un idioma que no entendía, aunque ambas nos sorprendimos al ver a Soren sonreír.

Ace lo miró con el ceño fruncido.

—¿Le entendiste? —inquirió a su compañero.

—*Mi antes novia era de Chile* —pronunció él para nosotras y con Gisselle nos sonreímos.

—¡Puf! Lo que me faltaba —se quejó Ace.

—En lugar de quejarte por eso, mejor aprende otro idioma, así no te quedarás en las nubes —lo regañé.

—*Tu exnovia* —dijo Gigi en español hacia Soren, corrigiéndolo con amabilidad y respeto.

—*Lo siento, ella hablaba español conmigo cuando estaba furiosa* —le explicó y me dejó en *shock* escuchar a Gigi soltar una carcajada.

No fue fingida, era real y una opresión en mi pecho me cortó la respiración porque hacía años que no la escuchaba reír así.

—Imagino que discutir en su idioma era más fácil —comenté yo hacia Soren y él asintió de acuerdo.

—¿Por qué será? —ironizó Ace, captando un poco de lo que se dijo.

Lo miré con los ojos entrecerrados, aunque me sentí en paz al ver que Gigi no cayó más en sus provocaciones, lo ignoró de forma magistral y fue curioso notar que a Ace no le sentó bien tal cosa.

Mi hermana y Soren hablaron un rato más con nosotros y terminaron yéndose juntos cuando la hora de partir a su trabajo llegó. Y por supuesto que las cosas entre nosotras no estaban bien, todavía había mucho camino por recorrer, pero agradecía que al menos ya no quisiera asesinarme con la mirada cada vez que me veía.

Al estar solos, Ace se concentró en mí, avisando que esa tarde tendría listos los primeros informes sobre la investigación y asegurando que el juguete de Furia estaba limpio, lo que nos llevó a pensar que muchos aún desconocían que tenía dos perros en lugar de uno. Rato después desayuné con Kiara, quien me jugó sus bromas al verme con tremendas ojeras y luciendo como si no hubiera dormido por una semana. Evité decirle lo que pasé para verme de esa manera por obvias razones, aunque admití que la noche anterior no pegué el ojo por más que lo intenté.

—Si hubiese sabido que estabas con insomnio, te habría invitado a acompañarnos a *Delirium* —señaló y tosí un poco cuando el café se me atoró en la garganta.

—Tú y Milly se han prendado de ese club —comenté, tratando de escucharme tranquila, aunque la tos hizo sus estragos.

—¿Qué te puedo decir?, ha sido una especie de aire fresco para nuestra relación. —Aceptó sin vergüenza alguna y negué—. Por cierto, el idiota del dueño estuvo anoche allí, más imbécil de lo normal de hecho —comentó y por alguna razón mi corazón se aceleró.

Me mordí la lengua para no hacer ninguna pregunta y me quedé hasta sin respirar.

«No me importa, él es libre de hacer lo que se le venga en gana», me repetí una y otra vez al imaginar todo lo que estuvo haciendo en su club.

—¡Ira! —gritó Kiara y la miré, tragando con dificultad en el proceso—. ¿Qué demonios te pasa, cariño? —preguntó y negué.

Miré hacia donde ella estaba viendo y solté de inmediato el mango del cuchillo de mesa, el cual clavé en la madera sin darme cuenta.

—Conque te cruzaste con Fabio. —Acoté tratando de ignorar lo que hice.

Miró el cuchillo de nuevo y vi en sus ojos la duda, la inseguridad que tuvo de responderme y eso solo aceleró más mi corazón.

—Pensándolo bien, creo que no era él. Digo, ya sé que es un idiota, pero con quien lo confundí era peor, así que no me cabe en la cabeza que fueran la misma persona. Es más, puedo jurar que me he equivocado, que…

—Ya, Kiara. —La callé al escuchar su verborrea y, aunque intuí lo que estaba haciendo, también lo odié.

—Ira, es hora —nos interrumpió Faddei y agradecí que llegara.

Negué para Kiara cuando me miró con algo que confundí con lástima, y reí irónica. Era patético que sintiera eso por mí y menos a causa de un hombre, por Fabio sobre todo.

Le di un beso en la mejilla antes de marcharme y caminé hacia Faddei. Habíamos hablado con él la noche anterior, lo tenía investigando todo lo que tuviera que ver con la masacre que ocasioné, asegurándose de que nadie nos hubiera descubierto o hablara de nosotros. O cuidando de que

Ronald no hiciera alguna estupidez creyendo que dejé pruebas que lo inculparan o levantaran sospechas de que tuvo algo que ver con lo que le pasó a esas *familias*.

En el camino hacia el restaurante, donde me reuniría con Allison, aprovechamos para hablar sobre nuevas medidas de seguridad que tomaríamos, también me informó que la princesa Aneka buscaba una reunión conmigo, ya que le habían llegado rumores sobre la amenaza que lancé hacia Ronald.

—Si Kadir lo desea, me reuniré con ella —propuse y sentí la mirada del hombre en mí, frunciendo el ceño porque dijera algo así.

—Te tomaste muy a pecho su escena de celos —comentó Faddei con burla y me reí.

—Y también la tuya, calvo tóxico —le dije y ambos se rieron de eso.

Los dos sabían que no me tomé a pecho nada, simplemente no le daba importancia a la petición de Aneka y por lo mismo lo dejé al azar.

Continuamos el camino dejando eso inconcluso y Faddei ni siquiera se tomó la molestia de insistir, puesto que sabía que mi amenaza fue hecha para unos pocos y, aunque no estaba seguro de quiénes, intuyó que la princesa había quedado fuera.

Minutos después llegamos al restaurante, Allison ya me había dicho que se encontraba dentro, así que el *host* solo se encargó de guiarme hacia su mesa. La mujer se puso de pie al verme, con la intención de saludarme de beso, pero me limité a asentir como saludo y con la barbilla la invité a tomar asiento de nuevo. Iba más maquillada que de costumbre y sonreí con ironía al imaginar la razón.

La noche había sido pesada.

—¿Nunca te quitas ese collar? —pregunté al verlo en su cuello.

—No, a veces solo lo cambio por uno más discreto, cuando necesito pasar desapercibida con personas que no entienden mi forma de vivir —respondió—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. ¿Y Marco también lo usa siempre? —proseguí y sonrió—. ¿Te molestan mis preguntas?

—Marco también lo usa, Ira. Y cuando quiere pasar desapercibido como yo, entonces opta por llevar un brazalete alusivo a nuestro Amo y no, no me molestan tus preguntas, al contrario, me alegra que quieras saber estas cosas y no asesinarme por lo que intuyes que hicimos anoche.

—¿Y quién te asegura que no lo haga luego de saciar mi curiosidad? —inquirí y eso me valió para que ella sonriera abiertamente.

—Al escucharte puedo comprender a mi Señor —señaló y me irritó mucho su manera de llamar a Fabio, pero no la juzgaría si ella sentía correcto hacerlo.

—He descubierto el secreto de tu Señor —solté de pronto y, aunque quiso disimularlo vi la forma en la que sus ojos se agrandaron y tragó con dificultad—. Y hablo de su condición, así que no intentes negarlo porque si estás con él desde hace años, entonces sabes a lo que me refiero —advertí.

—Eso no es algo mío para asegurar, Ira. Y créeme que si me has buscado por ello, pierdes tu tiempo, ya que el respeto que tengo para mi Amo, solo lo supera la lealtad.

La miré, lo hice con sorpresa, pero a la vez también con admiración.

De un momento a otro un cansancio abrupto se instaló en mis hombros, una frustración insoportable que amenazaba con derrumbarme y me odié por permitirlo, ya que como bien decían, solo te podían humillar, ofender, hacer daño si tú lo permitías quebrantándote.

Y yo lo estaba permitiendo en ese instante.

—Me obsesioné con tu Amo desde la noche en que los conocí en *Delirium*. De cierta manera me abrumó, e hipnotizó a la vez, la confianza con la que ustedes se manejaron. Por eso lo busqué. Porque quise probar un poco de lo que ofrecía —confesé y vi su sorpresa al escucharme. Hasta yo lo

hice, pero necesitaba tanto hablar del tema, que no callé—. Descubrir que es un Dominante me atrajo incluso más, y te confieso que a lo mejor no me hubiera negado a probar ser su sumisa si únicamente hubiésemos sido él y yo. Pero, a pesar del pasado que me precede, no soy una mujer a la que le gusta compartir solo porque sí.

—Lo entiendo —aseguró.

—¿Lo haces?

—Por supuesto que sí, Ira. No creas que por ser sumisa acepto las cosas porque me las imponen, lo hago porque he querido y así te cueste creerlo, soy muy celosa con Marco —reveló y alcé una ceja porque jamás lo noté.

Pero lo dejé de lado.

—El punto es… que a pesar de mi negativa deseé seguir con él y esta aventura, bajo mis términos por supuesto, negándome a algo que sé que Fabio deseaba únicamente para que sintiera lo que yo sentía. Pero no creas que mi orgullo me ciega, también comprendo y admito que pedirle que dejara el mundo que conoce y lo hace sentir él, fue muy egoísta de mi parte, pues es su esencia y se la quise quitar.

—Sería lo mismo si mi Señor te pidiera a ti abandonar lo que amas solo por entregarte a él. —Concordó.

—Exacto, sin embargo, así haya dejado de lado que posea un *harem,* que esté con Sophia es algo que no soporto y me siento estúpida porque ni siquiera tenemos una relación o una aventura con exclusividad para que me sienta así. Y por eso, y por orgullo, nunca le pedí que al menos la dejara a ella —expliqué y negué cuando trató de tomarme la mano.

Eso me iba a hacer sentir más estúpida y lo entendió.

—Te comprendo, pero créeme cuando te digo que incluso si se lo pidieras, mi Amo no la dejaría —explicó y sentí algo muy amargo en el fondo de mi garganta—. Y no es porque le importe un carajo lo que tú desees, sino por cómo le haría quedar eso a él ante el mundo bedesemero. Nosotros manejamos contratos y así no tengan validez legal, sí tienen peso dentro del BDSM, incluso más que uno hecho por un juez o abogado —siguió.

Respiré hondo, ya que lo que yo seguía viendo como un juego, un deseo, en realidad era mucho más serio para ellos.

—Explícate mejor en ese punto —solicité.

—Samael no puede dejar a uno de sus sumisos solo porque sí. Y si pasa, debe ser en acuerdo mutuo y por razones de peso. Si él dijera que quiere romper su contrato con Sophia únicamente porque a ti te molesta, entonces eso lo haría ganarse la burla y el repudio de nuestro mundo, ya que le faltaría el respeto a una gran sumisa —informó y pude ver que, aunque a ella no terminaba de caerle bien la legisladora, sí era capaz de admitir que desempeñaba un buen rol—. Y mi Amo es uno de los Dominantes más respetados en el BDSM, Ira. Por él es que la desinformación de ciertos libros o películas no han acabado con lo bueno que existe en nuestro entorno, así que corre riesgo su reputación y todo lo que ha luchado para estar donde está. Y si tú eres una líder como demuestras, entonces entenderás que tampoco dejarías algo de tu mundo que ponga en juego tu liderato solo porque mi Señor te lo pide.

Me quedé en silencio, analizando lo que acababa de explicarme, pensando en lo que Faddei, Harold y Ronald me dijeron el día de la fiesta con respecto a Frank. Él jamás impidió que ciertas cosas pasaran para no poner en riesgo su liderato y de hecho, yo tampoco lo hice, únicamente hui. Y así haya ocasionado una masacre luego, les di la espalda a esos pequeños justo cuando más expuestos estaban.

Y sé que si no detuve la fiesta por mí, por mi liderato, menos lo hubiera hecho solo porque Fabio me lo hubiese pedido.

—Investigué a tu Señor no solo por querer igualar lo que él sabía de mí —acepté, dejando de lado mi repudio hacia Sophia, pues me quedó muy claro lo que Allison me explicó—, lo hice también porque sentí que deseaba acercarme a su persona. Fabio buscó involucrarme en sus cosas y eso me confundió. Y más cuando aseguró no querer tener nada conmigo si no era como su sumisa y, sin embargo, no desaprovechó la oportunidad para seducirme cuando se lo permití.

» De cierta manera me halagó que tú me aseguraras que ya no quería estar con ustedes, pero sí conmigo, y me hizo sentir especial que fuera tan posesivo el día que me vio en el club usando un collar significativo con la inicial de otro hombre. Y más cuando luego de eso, me invitó a una premiación, me obsequió un hermoso collar que no usé porque no me lo podría quitar luego, pues él se quedó con la llave.

No pudo contener un jadeo al escucharme y eso me silenció por unos segundos, pero continué cuando me lo pidió con un gesto de cabeza.

—Fabio ha logrado conseguir de mí, momentos que no he compartido con nadie, Allison, y justo ayer vivimos uno que nunca esperé y menos con él, sin embargo, huyó sin decir nada y en cuanto le llamé declinó. Lo hizo con todas las llamadas que realicé a su móvil y me sentó muy mal que al llamarte, dijeras que ibas a reunirte con él, o en otras palabras, que Samael quería una sesión con todos sus sumisos.

—Ira…

—Por no entenderlo, por querer hacerlo y por muchas cosas más, es que investigué hasta lo que él creyó esconder de manera magistral. Y lo hizo, no le quitaré méritos. Y le funcionó con otras personas menos conmigo, ya que como se lo dije a su hermano, lo que yo quiero lo obtengo, Allison. Fue así que descubrí que Fabio es bipolar. Lo que me hace comprender ahora mucho de su vida, pero no todo —admití y noté su conmoción.

Le dio un trago a su bebida para recomponerse y se quedó mirándola por varios minutos, luego respiró hondo y contuvo el aliento por un rato.

—Cuando te dijo que tenía un *harem* por consideración a sus sumisos, no te mintió y jamás te ha mentido, puedo asegurarlo —confesó y la miré esperando a que dijera más—. Está en manía, o maniaco si lo entiendes mejor así, y a pesar de que es un hombre que se sabe controlar, en su estado recurre al sexo porque es lo que su cuerpo le pide. Y créeme que lo que has experimentado a su lado no es ni la mínima parte de en lo que se convierte cuando comienza a caer.

—¿A qué te refieres con lo de caer?

—A su lado oscuro, lo llama así porque es cuando experimenta episodios mixtos. Una combinación de estados anímicos que lo hacen sentir eufórico, irritable, hipersexual o con demasiada energía, mezclados con sentimientos depresivos. En otras palabras, con sus momentos de tristeza, indiferencia o desesperanza. Todo al mismo tiempo… de un rato a otro y con una intensidad que supera a la nuestra. A veces le dura una semana, máximo cuatro, tiempo suficiente para enviar todos sus logros a la basura, su vida incluso.

—¿Es un peligro? —Quise saber.

—¡Jamás! Mi Amo ha sido tan fuerte que se mantuvo durante años en eutimia. Lo conozco desde hace diez y solo en los primeros cinco lo vi tambalearse por su condición, los siguientes los superó alcanzando a vivir con plenitud y normalidad.

—¿Qué es la eutimia? —pregunté sintiendo un sinsabor en la boca.

—El estado normal de ánimo, algo común para nosotros, pero el logro más grande para personas

bipolares. Son pocos los que lo logran e incluso menos quienes se mantienen así por periodos tan largos.

—Y dices que Fabio lo logró durante cinco años —repetí y sentí que dejé escapar una sonrisa irónica.

—Así es, pero ya llegó a su fin.

—¿Por mi culpa? —inquirí.

—No, Ira. No es tu culpa no querer aceptar algo que no deseas. Llegó a su fin porque la vida así lo quiso —aseguró y se ganó un poco de mi respeto por la sinceridad que mostró al decirme eso.

Y tenía toda la razón, no era mi culpa negarme a algo que no deseaba. Sin embargo, confirmar que Fabio era bipolar me permitió comprender más a Dominik y sus ganas de protegerlo de mí, ya que no se equivocó, puesto que de una manera u otra, si siquiera hubiera llegado a tener algo serio con Fabio, yo nunca habría sido buena para él.

Dominik D'angelo estaba en todo su derecho de temer que dañaría a su hermano, ya que así no me aprovechara de su condición, nunca sería la luz que personas como él necesitaban para salir de la oscuridad, al contrario, solo lo sucumbiría porque más que amar a una persona, yo amaba lo malo, lo tóxico y mortal.

Esa era mi esencia.

—¿Por qué Fabio necesita un *harem* cuando está maniaco? —cuestioné con la voz ronca, queriendo entender mejor ese punto.

—Porque, como te lo acabo de mencionar, se vuelve hipersexual y nada lo satisface. Por lo que debe buscar el placer en varias personas —aseguró y reí burlona.

Por supuesto que debía ser por algo así.

—Vaya fiesta la que se debieron montar anoche —murmuré con amargura, ella no se inmutó.

—No pasó nada, solo nos reunió para detallar la que se va a montar hoy —confesó.

Me quedé en silencio, agradeciendo que la furia que sentía me hiciera disimular la amargura que volvió a atacarme.

—¿Habrá pase libre? —inquirí y me miró con sorpresa.

—¿Estás segura de querer asistir? Porque una cosa es que sepas lo que hace y otra que lo veas —señaló y me encogí de hombros, queriendo parecer que en realidad no era nada importante para mí.

—¿Estarán todos sus sumisos? —Asintió en respuesta, sabiendo que quería saber sobre una en especial—. Entonces quiero ver —finalicé.

CAPÍTULO 45

FABIO

Días atrás…

Salí de la ducha sintiéndome como si acabara de beber un vaso de *whisky* negro, achispado, con ganas de divertirme sin importar nada en absoluto. Me costó un infierno comenzar a vestirme dejando de lado eso, puesto que iba a desayunar con Dominik y Lee-Ang, por lo que debía darme prisa.

Tu paquete ha sido entregado.

Leí en mi reloj inteligente mientras me acomodaba los gemelos en las mangas de mi camisa y sonreí al verme en el espejo. Negando a la vez por lo loco que se puso mi corazón al imaginarme la cara de aquella pelirroja, en el instante que descubriera que devolví sus juguetes junto a un detalle más de mi parte.

«Si tu sumisa Alfa se enterara, la ofenderías».

Advirtió aquella voz en mi cabeza, la misma que me había estado acompañando desde semanas atrás, la primera señal que tuve de que la eutimia que experimenté durante cinco años acababa de llegar a su fin.

—Lidiaré con ella cuando llegue el momento —le dije a mi reflejo y este me devolvió una mirada irónica.

Pasé años luchando contra mis demonios internos cuando me diagnosticaron con bipolaridad tipo uno, pero llegó un momento, en cuanto encontré un poco de control sobre ellos, que hicimos una tregua, pues vivirían conmigo hasta que diera el último aliento, así que era mejor que aprendiéramos a vivir juntos.

Me acerqué con prisa hacia la cómoda donde guardaba mis medicamentos y miré uno de los viales amarillos, sabiendo que muy pronto debería aumentar la dosis para controlar la depresión maníaca en la que había entrado.

Saqué tres viales más y cogí una píldora de cada uno, bebiéndolas de un sorbo con un poco de zumo de naranja. Luego de eso bajé hacia el estacionamiento privado donde ya Albert me esperaba en el coche.

—Lim avisó que ya se deshizo de la motocicleta de la señorita Viteri, además de eso, dijo que la policía sigue rondando su restaurante, pero que han dejado de hacerle preguntas —informó y asentí.

No lo miré, pero estaba seguro de que él a mí sí por medio del retrovisor.

No tuve que explicarle nada de lo que pasó, no era la primera vez que tenía que sacarme de apuros, aunque la mayoría de mis… *ajustes* de cuentas siempre los llevé a cabo en *Delirium*. Tener el club en Kalorama, uno de los barrios más exclusivos de Washington fue la mejor idea de Mila, una vieja amiga con la que comencé el negocio, aunque cuando le cogí el rumbo a todo, compré su parte para que fuera solo mío.

—Pídele a mi asistente que adelante la cita de Lim dos semanas y que le avise a él, así saldamos esa deuda cuanto antes.

Lim era un tipo proveniente de China, su viaje hasta Estados Unidos fue bastante caótico, lo que lo hizo desarrollar ciertas condiciones mentales, razón que lo llevó a mi consultorio ocho años atrás. Durante todo ese tiempo había aprendido los *talentos* ocultos que tenía, mismos que puso a mis

servicios si los llegaba a necesitar.

Y lo hice.

No en cuestiones tan delicadas como el último favor que le pedí, pero ya me había demostrado que por su medicamento y diagnóstico hacía lo que fuera.

—Lo haré en cuanto lo deje en casa de su hermano —avisó Albert.

Miré mi móvil por quinta vez en lo que llevábamos de camino, deseando recibir un mensaje de Iraide pronto, ya que había notado que la bella pelirroja era más de escribir que de hablar. Sin embargo, aunque no encontré nada de ella, sí tenía un aviso de correo electrónico y al abrirlo noté que su remitente era un viejo amigo que conservé de mis años haciéndole favores a mi difunto sensei Aki Cho.

Para investigar a fondo a una delincuente que no quería delatar, debía usar sus métodos y dejar de lado a mi hermano y a la organización anticriminal a la que pertenecía (junto a Isamu), una que, por supuesto, iría detrás de Iraide al saber de quién se trataba, incluso si eso los hacía enfrentarse de cara con el gobierno con el cual colaboraban.

Dominik manejaba un bajo perfil en dicha organización desde hace años, dedicándose más a su carrera como psicólogo y su pasión por ello, sin embargo, podía jurar que ya Iraide había agitado su curiosidad y eso lo haría inmiscuir a personas que, por mi parte, prefería mantener lejos. Al menos hasta que lograra controlar un poco mis estados de ánimo actuales, puesto que, sintiéndome como me sentía en ese momento sabía que no analizaría qué, o quién, estaba en lo correcto y solo defendería a la persona que más placer le había dado a mi vida después de muchos años.

—Hemos llegado —avisó Albert y bloqueé mi móvil.

Había recibido un informe detallado de Iraide sobre su vida en el bajo mundo (a diferencia del que me dio Allison, pues ella y sus contactos se enfocaron en otros ámbitos más públicos) y los pasos que estaba dando desde que se fue de *Delirium* la otra noche, luego de retarme usando un maldito collar que jamás debió poner en su cuello.

No, si no era uno que me perteneciera a mí.

—Qué bueno que al fin estás aquí, tu hermano se vuelve un ogro cuando se muere de hambre —agradeció Lee-Ang en cuanto entré a la cocina.

El día era cálido y perfecto para desayunar en el jardín, así que Dominik me esperaba allí. Cogí uno de los platos que Lee llevaba sobre el antebrazo y le di un beso en la mejilla.

Mi cuñada era una japonesa muy hermosa que fácilmente engañaba a las personas por la sumisión que demostraba, pero le precedía una cultura muy poderosa y fue entrenada por su padre. El sensei Baek Cho, nada más y nada menos que el hermano de Aki, mi maestro.

Ella y mi hermano se habían mudado a Washington desde Richmond un año atrás junto a su pequeño hijo Akihiro; el chico comenzó el preescolar, por lo tanto, no lo vería esa mañana. Leah, la hija mayor de Dominik, vivía en Virginia Beach y trabajaba como maestra, razón por la cual me movía entre una y otra ciudad bastante seguido. Eso sin contar que viajaba a Italia cada ciertos meses para visitar a mis padres.

—*Il fratello prodigo ha deciso di apparire* —«El hermano pródigo decidió aparecer», murmuró Dominik en nuestro idioma natal, al verme llegar con su mujer.

—Esperaba una fiesta como recibimiento. Que me vistieras con la mejor túnica y mataras el cordero más gordo para comer, beber y gozar hasta hartarnos —satiricé y lo vi negar con fastidio.

—*Mangiare è ciò che più desidero in questo momento e per colpa tua ho dovuto aspettare* —«Comer es lo que más deseo en este momento y por tu culpa he debido esperar», reclamó y me reí de él.

—Es tu problema si con la edad te han llegado tantos achaques, sobre todo esos de que te vuelves

un ogro si no comes a la hora. Deberías ir viendo asilos, viejo —recomendé al sentarme a su lado.

Vi a Lee-Ang morderse el labio para no sonreír.

—El mayor eres tú, Fabio —me recordó Dominik.

—Solo por un año y, déjame decirte que me conservo mejor que tú. Estoy viviendo de nuevo la juventud, o eso dicen, ¿qué piensas tú, Lee? —cuestioné a mi cuñada y ella negó de inmediato.

—Que si vas a creer todo lo que lees, mejor no leas, cuñado —soltó con sabiduría uno de los tantos proverbios de su cultura y me reí de ello.

Sentí la mirada penetrante de Dominik en mí y supe que me estaba estudiando. Lo ignoré sin embargo, ya que no quería que empezara a analizar mis cambios.

Comencé a desayunar y le saqué plática a Lee, ella siempre lograba hacer más amenos nuestros encuentros cuando estaba sintiéndome inquieto y, años atrás descubrí que tenía la capacidad de calmarme con su voz. No entendía la razón, ya que, como dije antes, era sabia y demostraba sumisión, pero solo quienes la conocíamos desde antes de casarse con mi hermano sabíamos la letalidad que se escondía detrás de la dulzura.

Dominik se rindió minutos después con su estudio y cuando su hambre se sació a medida que comíamos, comenzó a hablar sobre la premiación que se haría en mi honor dentro de dos días. Ambos estaban emocionados por el acontecimiento, mi sobrina quería estar conmigo en la velada, pero por cuestiones de trabajo se le haría imposible, algo que para nada me molestó y lo dejé claro. Nuestros padres ya eran muy mayores, así que me acompañarían en la distancia.

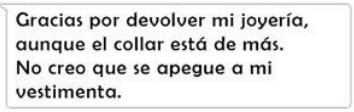
—Un logro más en tu vida, Fabio. Y no tienes idea de lo jodidamente orgulloso que me siento de ti, de todo lo que has alcanzado por tu cuenta —comentó Dominik y asentí.

A veces, sin darse cuenta, dejaba de lado al pulcro psicólogo y me hablaba de una forma que dejaba entrever que no le enorgullecía del todo lo que conseguía por mi cuenta, sino el que lo hiciera incluso con mi condición.

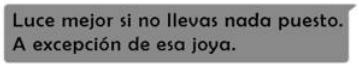
Y no me molestaba, para nada, tampoco escondía mi bipolaridad porque me avergonzaba. Lo mantenía para mí y las personas más cercanas debido a que ser bipolar era ser distinto, pero no siempre se entendía. Y la sociedad en la que vivíamos tendía a estigmatizarnos únicamente como seres felices y tristes, cuando la condición iba más allá de ello.

Pero no todo el tiempo tenía el ánimo para aclararlo y explicarlo con respeto, a veces había personas que me provocaban mandarlos a la mierda, por eso evitaba que me señalaran solo como el neurólogo bipolar. Y más por ciertas experiencias que tuve en el pasado con las familias de algunos pacientes que, en cuanto supieron mi condición, huyeron de la clínica tachándome de incompetente.

Y podía contar con los dedos de una sola mano, e incluso así me sobraban, a las personas que por ser bipolar me confiaron a sus familiares, tomándome como un ejemplo de superación.



Sonreí en cuanto cogí mi móvil y respondí el mensaje que tanto había esperado.



Respondí y miré la pantalla como un idiota al ver que estaba escribiendo.

Me había ido furioso del club la noche en la que le arranqué el collar simbólico y la besé dejándole claro su error, sin contar mi enfrentamiento con Sophia, pero al siguiente día a primera hora me encontré hablando con mi joyero personal para que me enviara una joya especial que fabricó para mí meses atrás. Lo hizo nada más como una muestra del arte que creaba y lo mucho que podía perfeccionar mis diseños, sin embargo, nunca lo necesité hasta que Iraide Viteri llegó a mi vida.

Y lo peor de todo es que creí esa joya perfecta para su cuello, cuando ella se negaba a usarlo.

—Espero que esa sonrisa idiota no sea sinónimo de problemas —advirtió Dominik, sacándome de la burbuja en la que me metí y lo miré alzando una ceja.

Iba a refutar que no estaba sonriendo, pero al ver su cara mi gesto se hizo más claro y notorio.

—Solo leí algo gracioso —respondí y bufó.

—Dicho por una mujer que te interesa. Y puedo jurar que mucho, pues no eres de los que sonríe así —aclaró y escuché a Lee-Ang disculparse cuando recibió una llamada.

Miré mi móvil en cuanto vibró de nuevo con un mensaje y mi gesto divertido creció al comprobar que, esa pelirroja me ponía demasiado duro cuando pretendía chincharme con sus reclamos disfrazados de comentarios dichos al azar.

—Admito que estoy rogando porque no sea Viteri quien te haga reír como imbécil —prosiguió mi hermano y lo miré con una ceja alzada.

—*¿Cosa succederebbe se fosse lei?* —«¿Qué pasaría si es ella?» Inquirí con dureza—. *Meglio riformulare la domanda* —«O mejor reformulo la pregunta», añadí sin dejarlo responder—. *¿Pensi che mi importi delle tue preghiere?* —«¿Crees siquiera que me importan tus ruegos?».

—*Non ci sarebbe nessun problema se fosse qualcuno diverso* —«No habría ningún problema si ella fuera alguien diferente» me dijo a la cara.

—Alguien como Marissa, supongo —apostillé con amargura—. La chica que me presentaste cuando tenía diecinueve años y la cual creíste que le haría bien a un bipolar como yo y, sin embargo, estuvo a punto de lograr que me diera un tiro por ella en cuanto me despreció por mi condición —le recordé y se tensó.

Eso había sucedido años atrás y pasó demasiado tiempo sin que tocáramos el tema, así que pude comprender que Dominik se tensara de esa manera, ya que, aunque nunca lo responsabilicé, tampoco dije lo contrario cuando me pidió perdón, asegurándome de que se sentía culpable porque él la llevó a mi vida.

Marissa había sido mi único amor y me marcó tanto su desprecio, que jamás volví a buscar algo así con ninguna persona.

Hubo mujeres que me importaron más que otras, por supuesto, pero ninguna a la que hubiese podido llamar mi nuevo amor y, a pesar de mi entusiasmo por cierta pelirroja, esperaba que se mantuviera solo en eso.

Entusiasmo y excitación.

El día de la premiación había llegado y con eso mi euforia se elevó a un nivel increíble. No dormí la noche anterior, ya que el insomnio incrementó y me pasé cinco horas golpeando el saco de boxeo y escuchando música a todo volumen. Uno de los trabajadores del edificio donde tenía mi *penthouse* llegó en la madrugada a pedirme con amabilidad que le bajara un poco porque algunos residentes alcanzaban a escuchar mi fiesta y, *muy amablemente* lo mandé a la mierda.

Tenía seis años viviendo ahí y era la primera vez que algo así pasaba. Mi raciocinio luchaba en el fondo de mi mente por hacerme consciente de mi error al ser ególatra con el tipo, ya que solo hacía su trabajo como era debido, pero mi manía lo envió a la mierda también, haciéndome sentir que podía hacer lo que se me diera la gana, cuándo, dónde y cómo quisiera.

Aunque la furia que sentí por la tarde por poco me hace tirar todo lo que tenía a mi alrededor, pues Iraide Viteri le dio un golpe al ego de mi manía al impedirme ir por ella a su casa.

«Contrólate», me exigí una y otra vez.

La quería conmigo esa noche, así que debía actuar como Fabio D'angelo, el hombre normal y respetable, no como el maldito inestable que era en realidad.

—Ven a sentarte con nosotros —pidió Lee-Ang en cuanto estuvimos en el hotel donde se llevaría a cabo la velada.

—Vayan ustedes a su mesa, yo debo esperar a alguien —le animé a ella y a mi hermano.

—¿Será Sophia tu invitada de honor? —Quiso saber Dominik.

Por supuesto que pensaría en Sophia, sobre todo después de que ella me llamara por la tarde para felicitarme y a la vez, con educación, decirme que le sorprendió el que la dejara fuera de un momento tan importante para mí.

—Si hubiese querido traer a alguien de mi harem, entonces habría sido Allison, ¿no crees, Sophia? —Le había respondido controlando mi tono.

—Lo siento, Señor. Merezco un castigo por mi atrevimiento —admitió bajando la voz.

Después de nuestro enfrentamiento en el club quiso actuar como si nada hubiese pasado, pero era imposible cuando aquella grieta en nuestra relación Amo-sumisa se hizo más grande con su comentario sobre mi condición.

—Y lo tendrás —aseguré y luego corté la llamada.

—No, Dominik. Vete a tu asiento, me uniré a ustedes pronto —zanjé y me miró con una ceja alzada por el tono que utilicé.

Lee-Ang, siendo una excelente mediadora, lo cogió del brazo y se lo llevó para la mesa que se les reservó, misma que compartirían conmigo, o eso creían ellos.

—*¡Cavolo!* —murmuré con la urgencia de acomodarme la polla cuando llegué a la puerta principal del hotel, justo en el momento que Iraide salió de su lujoso coche.

No sé si esa mujer tenía idea de lo que causaba su presencia, aunque con el tiempo que tenía de conocerla, supe que ella siempre imaginaba que provocaba terror por su altivez y el poder que la envolvía, sin embargo, era su sensualidad, su carita de inocente con intenciones perversas la que la hacía un peligro inevitable.

Era la manera en la que un lado de su boca se curvaba hacia arriba y cómo sus labios rellenos lucían exquisitos cuando medio sonreía, lo que la hacía tener a sus pies el poder de cualquier tipo peligroso. Incluido el mío, para mi desgracia.

Y admito que tuve una leve esperanza de verla usando mi collar, aunque no podía ser tan iluso al creer que una mujer tan decidida como ella, daría su brazo a torcer con facilidad, sobre todo en algo que no le provocaría el mismo placer que mis dedos deslizándose entre los labios de su coño, o mi polla empotrando su vagina.

No era mi sumisa y, por lo tanto, no me complacería si antes yo no la complacía a ella. Así era nuestro juego de poder.

Tenerla cerca y no empotrarla frente a todos los presentes, mostrándoles cómo se follaba a una reina poderosa, fue mi mayor prueba de autocontrol en un estado de manía leve donde todo me

importaba una mierda. Y si no hubiera sido por la disciplina que me dio el BDSM, habría dejado salir mi instinto de hijo de puta, asustándola en el proceso, ya que, por muy cabrona que fuera esa mujer, era consciente de que también se cohibía por el miedo de lo que harían sus enemigos contra ella, en un momento de vulnerabilidad como el que daba el sexo.

Mi infierno era una cosa, pero en él todavía existía lealtad con respecto a la intimidad, en el suyo no podía asegurar lo mismo.

Esa noche, al verla cohibida por mis palabras y descaro, lo único que se me pasaba por la cabeza era recibir ese premio y luego salir de ahí con ella tomada de mi mano, rumbo a mi *penthouse* para mostrarle que no solo en *Delirium,* o en una de mis mazmorras la follaría duro. Pero mi maldito hermano me jodió los planes y cuando creí que ya no podía ser herido, Dominik tuvo que demostrar que sí.

—*¿Di che diavolo sta parlando quella tizia?!* —«¡¿De qué demonios está hablando esa mujer?!» Exigió saber en el instante que Ira le insinuó los secretos que él desconocía de mi sobrina.

—*¡¿Che diavolo volevi portarla qui per dirle tutto quello che le hai detto?!* —«¡¿Qué demonios pretendías tú al traerla aquí para decirle todo lo que le dijiste?!» Rugí yo.

Lo cogí de las solapas de su esmoquin, quería estrellarlo contra la pared y molerlo a golpes por atreverse a hacer semejante mierda, por minimizarme cómo lo hizo, por dejarme ante ella como un imbécil que no podía ni siquiera elegir la ropa que usaría en el día a día. Y sí, puede que lo haya hecho por su amor de hermano, pero eso no le daba el derecho de decir todo lo que dijo.

—¡Es una delincuente, joder! —gritó.

—¿Y qué te hace pensar que yo no lo soy? —inquirí y me miró, tomándome de las muñecas a la vez para que lo soltara.

—*¡Cavolo, Fabio!* No me digas que ya te embaucó en sus mierdas —espetó y lo solté de golpe, riéndome sin gracia en su cara.

—Desde hace años hago mi vida lejos de ti, *fratello*, y que sepas mi día a día cuando nos vemos, no significa que también sepas cómo me manejo cuando estás lejos de mí. Así que no busques culpables de ese lado que desconoces, porque te aseguro que ni Iraide ni nadie a quien conozcas tiene algo que ver.

—*¿Di che cazzo parli, Fabio?* —«¿De qué mierda estás hablando, Fabio?» Preguntó horrorizado y me reí en su cara.

Me di la vuelta para marcharme y lo escuché maldecir, pero no me detuvo, algo que agradecí porque para ese instante temía que no fuera a contenerme de hacer una locura.

Seguí a Iraide entonces, maldiciendo en mi mente y creo que hasta llevándome en mi camino a algunas personas que se me cruzaron con la intención de felicitarme, y lo sentía por ellos y lo que fueran a pensar del pulcro doctor D'angelo, el tipo al que también mandé a la mierda porque ser educado era lo que menos me apetecía.

Y, aunque no lo demostré frente a Dominik, a mí también me molestó que esa pelirroja metiera sus narices hasta el fondo en la vida de mi familia; ya le había pasado mucho con la violación a mis servidores y el robo de información secreta. Y por concederle eso tuvo una idea equivocada de lo que le permitiría y lo que no conmigo.

Mis ganas por llevarla a mi territorio y castigarla hervían junto a mi sangre, aunque me quedé de piedra en el instante en que la encaré con respecto a lo que dijo de mi sobrina y se burló en mi cara diciendo que era algo que yo sabía.

—*¡Cazzo, Iraide! non avresti mai dovuto prendertela con Leah* —«¡Joder, Iraide! Jamás debiste meterte con Leah», espeté por lo bajo luego de verla marcharse.

«Merece morir por meterse con tu sobrina».

Susurró esa maldita voz y negué.

Al final de todo, terminaría yéndome de la fiesta tras recibir mi premio, pero lo haría solo, porque tras el susurro en mi cabeza, supe que no era prudente quedarme con todas esas personas y su zalamería, pues únicamente sacarían el tipo pedante en mí y terminaría enviando a la mierda lo único bueno que aún no había jodido con mi inestabilidad.

A la mañana siguiente abrí los ojos gracias al sonido incesante de mi móvil y al ver quién me llamaba maldije.

Como era sabido para mí, en la etapa que me encontraba no conseguía más que dormitar durante la noche y después de cómo acabó mi fiesta, conseguir así fueran cinco minutos de siesta, se tornó una misión imposible.

—¡Zio! —Escuché a mi sobrina decir con aflicción y negué así no me viera.

—Leah, ¿qué ha pasado que me llamas tan temprano? —Fingí no saber nada.

—*Lo siento, pero estoy preocupada.* Papà *me dejó un mensaje anoche diciendo que vendría a Virginia Beach a primera hora de hoy, y por mi bien espera que sea sincera con él* —avisó y maldije.

¡Puto Dominik! Se la llevaba y no aguantaba.

Salí de la cama de inmediato y me fui directo al baño, en donde había dejado mis medicamentos. Esa situación iba a mandar a la mierda mi poco raciocinio y deseé tener a Iraide conmigo para hacerle pagar a ella todo eso.

—Dile a Aiden que Dominik va a pedir una investigación extensa y meticulosa sobre ti a todos los hombres que han estado para cuidarte, así que es mejor que use sus influencias para que nada que no deseen salga a la luz.

—*Z-zio, ma... ¿che cosa vuoi dire?* —«T-tío, pero… ¿a qué te refieres», se animó a preguntar y sonreí con burla viendo hacia el techo, parado frente al lavabo en mi baño. Y cuando bajé la cabeza me miré en el espejo.

Leah D'angelo Black, mi sobrina adorada jugó un juego que jamás debió jugar con Aiden Pride White, su primo por el lado materno. Vi mi mandíbula endurecerse y la forma en la que apreté el móvil al recordar cuando aquella investigación llegó a mis manos; el leve *crac* que hizo el aparato me devolvió a la realidad.

Fue tras su cumpleaños dieciocho un par de años atrás, en Italia, nuestra tierra natal; justo cuando los vi estacionados en la carretera de camino a casa de mi hermano. La situación que noté entre ella y Aiden no era la típica que siempre mostraron y si no me detuve para enfrentarlos, fue solo porque no me sentí capaz de contenerme si descubría algo que no deseaba.

No obstante, le lancé ciertos comentarios a ambos al sorprenderlos llegando a casa; a Aiden más que a Leah porque confiaba en ese muchacho, pero que él se fuera de Italia tan de pronto únicamente aumentó mis sospechas y agradecí que cuando el informe de la investigación que pedí llegó a mis manos, yo estuviera lejos tanto de mi sobrina como de ese chico, puesto que quise cometer una locura que Allison logró impedir.

Y, a esas alturas, tampoco haría nada contra Aiden, ya que el karma me dio una buena lección al llevar a *Delirium* una *pequeña* tentación en la que nunca imaginé caer. Así que muy maniaco podía estar, pero no sería hipócrita.

—Me refiero a lo que pasó en Italia con Aiden en tu cumpleaños dieciocho, *tesoro*. Dile a ese pequeño cabrón que evite que mi hermano se entere, porque si yo no lo maté, tu padre sí lo hará. Y no creo que sería justo para los Pride White llorar a su hijo, cuando mi sobrina consentida colaboró con todo —solté irónico y la escuché jadear.

—*Zio, yo*…

—No me buscas en un buen momento, cielo. Así que en lugar de perder tiempo conmigo, aprovecha para poner en sobre aviso a Aiden y agradece que el karma me haya puesto en mi lugar, porque de lo contrario, a mí sí que me importaría una mierda que los Pride White lo lloraran —finalicé y corté la llamada.

Pero alcancé a escuchar su sollozo.

Ese día por la tarde me enteré de que las cosas entre mi hermano y mi sobrina no iban bien; él estaba herido porque después de lo que Iraide insinuó, no confiaba en la palabra de su hija y, ella, sabiendo que lo dañaría, no cedió ante su secreto y en cambio, permitió que su adorado padre la tratara de mentirosa.

Los Pride White intentaron interceder por Leah, ya que Isabella era su tía materna y casi la crio como hija, sin embargo, Dominik por primera vez les exigió que no se metieran entre ellos. Mi cuñada por su parte no sabía qué hacer, pues si Leah callaba, ella se veía obligada a callar también ante lo que su marido sospechaba.

En cuestión de horas mi familia vivió un caos y, así estuviera consciente de que Dominik lo provocó por investigar a Iraide y decirle cosas que jamás debió, la pelirroja también utilizó argumentos que ella sabía que podía evitar, porque bastaba con lo que dijo de la madre de Leah para dejar claro su punto.

Pero no, Iraide Viteri no podía conformarse con un fuego a medias, a ella le encantaban los incendios.

Por lo que, en mi afán por castigarla la busqué para provocar un incendio entre sus piernas, muy dispuesto a dejarla a medias, consciente de que era la única manera en la que me dejaría castigarla y, aunque me costó un infierno irme de allí, con ella de rodillas en su oficina, insatisfecha, me marché con la locura a punto de explotar mi puta cabeza y mi verga a un instante de romper mi pantalón.

Llegué a mi *penthouse* furioso conmigo por lo que le hice, pero también con Iraide por llevarme a los límites. Lo peor de todo es que su olor iba impregnado en mis dedos como un maldito recordatorio de que la tuve en mis manos, rogándome para que la follara, lo que tanto había anhelado por semanas. Sin embargo, mi necesidad de ponerla en su lugar me llevó a despreciarla y con eso me castigué más a mí que a ella.

En ese instante de locura pensé en ir a *Delirium* y tener una sesión con algunos de mis sumisos, pues la hipersexualidad que me atacaba en la manía cobró un poco más de poder sobre mí, pero aquel maldito olor en mis dedos me detuvo porque no quería contaminarlo.

Mi cuerpo me exigía sexo desenfrenado, mi mente rogaba por Iraide Viteri.

Así que, lo único que pude darme para complacerlos a ambos, fue ir a la ducha y masturbarme oliendo a Iraide en mis dedos, recordando los sonidos que hacía cuando la volvía loca de placer junto a las imágenes que guardaba en mi cabeza de sus gestos lascivos. La forma en la que se mordía los labios, o su manera de sonreír con inocencia y perversidad a la vez.

Pensé en lo mucho que disfrutaba el sadismo, pero más el masoquismo y en cuanto me corrí oliéndola e imaginándola, deseé más de esa maldita diabla que llegó a mi vida pretendiendo adueñarse de mi infierno.

Y, por eso mismo (y días después) me asusté la noche en la que la encontré bañada de sangre, en

su enorme ducha, intentando limpiarse los restos de la matanza que provocó. Porque sí, sabía cada paso que estaba dando, pero no para perjudicarla, sino para protegerle si el caso se daba como la vez de la persecución. Y de hecho, decidí mantenerla bajo mi foco por ello, ya que aquella ocasión fue suerte que me encontrara cerca.

Pero la suerte no jugaba dos veces el mismo juego ni se mostraba en el mismo lugar, así que era mejor mantenerme un paso adelante con todo lo que sabía ya de esa fiera delincuente. Aunque, admito que al enterarme de la matanza que llevó a cabo me acobardé por un segundo. No sabía la razón que la llevó a cometerla, puesto que mi vigía debía mantenerse en la distancia para no levantar sospechas y caer en manos de los séptimos, en las de Ira sobre todo, pero algo en mi interior me dijo que tenía un buen motivo.

Y no me equivoqué.

Me lo demostró al tomar el control de nuestro encuentro para que su cabeza no se fuera de nuevo a lo que fuera que descubrió (y que involucraba a los niños que dejó vivos), y me asusté de permitírselo, de que luego de eso se mostrara tan vulnerable y sacara a relucir mi propia vulnerabilidad cuando estuvimos en la tina y nos follamos como lo hicimos. Mi instinto protector hacia mí mismo se hizo cargo entonces y me obligué a llevarla a mi territorio de nuevo, dándole el tipo de sexo seguro para mi mente enferma por la bipolaridad.

Aunque fallé. Lo hice porque Iraide tal vez pudo sentir que la dominé como siempre, que la hice ceder seduciéndola y aprovechando su momento de vulnerabilidad, sin embargo, yo sabía que no estaba dominando nada, al contrario, fui yo el que cedí de nuevo.

Sin pretenderlo y como un puto novato, caí en lo que en mi mundo se conocía como *juego primal*. Me metí en una lucha de poder con ella y me estaba dejando ganar de una inexperta. Por eso, por mi puto estado y por recordar lo que me pasó con Marissa, fue que esa mañana, cuando los primeros rayos del sol se mostraron, me fui de su lado.

Salí de su mansión en un estado bastante patético y me dejé llevar por la agonía que sentí al recordarme en una depresión profunda a causa de una chica que tuvo miedo de mí, que me creyó un peligro para su vida y me despreció como si le hubiera hecho lo peor de la faz de la tierra.

En aquel entonces era un crío que pensó que el mundo se le acabaría, no obstante, revivir mis horas con Iraide y todo lo que me hizo sentir, logró que a mi mente se le olvidara que ya había crecido, que maduré, que luché contra mis estados de ánimo más bruscos, contra mis peores demonios y los vencí.

O al menos me dieron una tregua de cinco años.

Cinco años que no había enviado a la basura hasta ese momento, cuando permití que un ataque de pánico se apoderara de mí, justo en una de las autopistas principales y más transitadas de Washington. Detuve el coche de pronto, ocasionando que otro me golpeara en la parte de atrás. El choque provocó daños graves en ambos autos, pero ninguno de los conductores salimos heridos físicamente, aunque sí molestos. Al menos por la contraparte, pues aquella persona hizo sonar su claxon con furia al ser consciente de lo que sucedió.

Yo por mi parte dejé de lado lo que la ley mandaba y salí de mi coche desesperado por un poco de aire, agradeciendo que el otro tipo no lo hiciera para reclamarme porque, aparte de irse con el auto destruido, también le añadiría su rostro.

La cabeza me daba vueltas, el aire comenzó a faltarme y desesperado por mantenerme en la realidad, busqué el capó de mi coche para poner mis palmas sobre lo caliente, arriesgándome a quemarme de gravedad. No me importó, lo único que me importaba era no perder la cordura.

—¡Respira, joder! —me exigí.

Gruñí al sentir lo caliente del capó y después de eso todo se volvió un borrón. Reaccioné hasta que estuve en el interior de una ambulancia y un paramédico me atendía.

—¿Está drogado? —Escuché al tipo decir en la lejanía.

—No, está medicado. Es bipolar y ha entrado en una crisis, por eso luce así —respondió Dominik y lo busqué con la mirada perdida.

La depresión maníaca al fin me había encontrado. La hija de puta y yo estuvimos jugando al gato y al ratón por semanas y se aprovechó de mi vulnerabilidad; y sabía que después de cinco años, nuestro reencuentro sería a lo grande.

Y no me equivoqué, la mirada de Dominik cuando logré enfocarlo me lo demostró. Le sonreí como un verdadero hijo de puta y entonces noté su miedo.

—*Te odio —dijo la voz de una maldita pelirroja en mi cabeza.*

—*Y sé que me odiarás más cuando me conozcas de verdad —respondió la mía.*

—*Ora di giocare, fratellino* —«Hora de jugar, hermanito». Me escuché decirle a Dominik.

Leí un «mierda» en sus labios y comencé a carcajearme.

En los bipolares existían momentos de oscuridad depresivos, pero también estaban los maníacos. Esos donde te importaba una mierda todo, donde solo vivías por y para ti. Donde te cumplías cada puto deseo que tuvieras. Donde herías sin ser herido. Donde vivías deseando que la muerte te encontrara. Donde al fin dejabas de mantener el control y probablemente vivías de verdad.

Sin miedos.

Sin remordimientos.

Sin límites ni reglas.

CAPÍTULO 46

Iraide

Ni Ace, Faddei e incluso Kadir, esa vez, estuvieron de acuerdo con que me fuera a Delirium sabiendo cómo estaban las aguas a mi alrededor. Pero, al parecer, mientras que, a un caliente, sexi y muy hijo de puta bipolar le dio por caer en su oscuridad, yo en cambio opté por caer en la estupidez.

Y no me enorgullecía, aunque tampoco me importó para ser sincera.

Me dejé ganar por la rabia y los celos, por el sentido de posesión que despertó en mí el momento que viví con Fabio en mi ducha, en la habitación y luego en la tina. Compartir mi vulnerabilidad con ese hombre me llevó a creer que tenía derechos que jamás vocalizamos y a pesar de que sabía que estaba cometiendo un error, en lugar de detenerme corrí directo al precipicio.

¿Qué podía hacer? Si era de las que les encantaba saltar al vacío sin paracaídas ni ninguna protección.

—Dejen de joderme hoy, ya mañana les daré la potestad para que me echen en cara el maldito error que estoy a punto de cometer —bufé para ellos en cuanto tomé el casco y me fui hacia una de mis motocicletas.

—¿En serio te irás en moto? —preguntó Ace con ironía y me limité a acomodarme el cabello, mirándolo a los ojos y colocándome el casco, diciéndole sin palabras que su pregunta estaba de más.

Hizo una especie de gruñido molesto al ver cómo iba vestida cuando la gabardina que me llegaba a los muslos se abrió en el instante en que pasé una pierna sobre la moto para sentarme en ella, y los dejé entrever el microvestido que me cubría solo lo necesario.

Lo único adecuado con mi motocicleta en ese momento era que usaba botas de combate.

Hice rugir el motor y aceleré sin avanzar, dándoles a entender a esos tres tipos que así la noche estuviera fría y fuera con tan poca ropa, mi interior ardía de furia, celos y muchos malos sentimientos.

—Pase lo que pase, no me estorben —demandé con la voz amortiguada por el casco antes de salir pirada.

Iban a seguirme, por supuesto; y no solo ellos, pues habían desplegado a más de mis hombres en los alrededores del club. Y no me negué a ello por muy estúpida que estuviera en ese instante, sobre todo sabiendo que Sophia se encontraría en *Delirium*, disfrutando a un tipo que, por desgracia para ambas, compartimos de nuevo.

La piel de mis piernas, protegidas por unas medias de red, picaba gracias al aire frío que las golpeó y la alergia que eso me provocaba. Una condición rara que compartía con Gisselle. Aunque en mi hermana podía ser más abrasiva.

Las dos amábamos el frío, pero el hijo de puta era un perro con nosotras que, en cuanto nos tocaba la piel, por muy leve que fuera, nos activaba ronchas que dolían y picaban a la vez. Nos hinchaba las partes que más exponíamos y si no teníamos cuidado, podíamos terminar en el hospital. No siempre era grave, a veces bastaba que buscáramos de nuevo la calidez para volver a nuestro estado normal, aunque el EpiPen nos había sido ordenado en varias ocasiones para evitar reacciones mortales.

Sin embargo, en ese momento sentir los efectos de la temperatura me ayudó para mantenerme enfocada, ya que en el trayecto hacia Kalorama muchas cosas malas se formaron en mi cabeza y la

sangre fue un elemento fundamental en todas esas imaginaciones.

—*Trataremos de mantenernos cerca* —avisó Faddei por el intercomunicador de mi casco antes de que me metiera al estacionamiento de la mansión.

—Sin estorbarme —pedí tajante.

Me adentré de inmediato al estacionamiento subterráneo y me conduje hasta la cochera designada para mí. Me bajé de la moto aún con el portón sin terminar de cerrarse y me saqué el casco dejándolo sobre esta, acomodándome el cabello y sacándome la gabardina.

—Hora de jugar —dije para mí en un susurro y comencé a caminar hacia la puerta que me llevaría hasta el recibidor y de ahí al gran salón.

Respiré profundo cuando el corazón se me aceleró dos palmos y negué con la cabeza. No cedería ni me detendría mirase lo que mirase. Abrí la puerta y la misma chica que casi siempre nos recibía se encontraba de pie, pero esa vez no se hallaba sola y tampoco mantenía su cabeza gacha, al contrario, me miraba con determinación igual que el tipo a su lado.

—Ni sumisa ni Dominante esta vez —avisé con la voz segura.

—Señorita Viteri…

—Tampoco así, aunque si prefieres etiquetarme con un nombre, entonces llámame *la puta ama* —aconsejé con ironía, dejando claro que entendía el motivo de que me esperaran con la intención de detenerme.

Porque sabía que querían eso y supe también que al final de mi charla con Allison y al percatarse de mi reacción, la mujer se arrepintió de haberme informado sobre esa fiesta.

—Permítanos notificar su llegada —pidió el hombre, a quien escuché en una ocasión que Fabio lo llamó Stefan, alzando una mano para detenerme cuando avancé dos pasos.

—¿Nuevas políticas del club? Porque no he recibido ninguna actualización de mi acuerdo. —Satiricé.

—No, son órdenes de mi Señor —avisó la mujer y sonreí de lado como toda una hija de puta.

—Pues dile a tu Señor que, si no tiene inconveniente en sacar puntual de mi banco la pequeña fortuna que les pago por pertenecer a *Delirium*, que tampoco lo tenga para dejarme acceder a mis beneficios cuándo y cómo quiera. —Zanjé.

Que quisieran detenerme me provocó más ganas de llegar al gran salón para disfrutar de su fiesta privada, y ni ellos ni Samael lo evitarían. Así que comencé a caminar de nuevo y respiré hondo en cuanto la chica se puso delante de mí. Vi al tipo y noté que no estaba ahí para dañarme, sino más bien para tratar de intimidarme o cuidar de su compañera, algo que me causó gracia.

—Son órdenes del dueño del club, señorita. —Refutó la chica y, aunque entendí que solo estaba haciendo su trabajo, cometió un gran error al querer tomarme del brazo para detener mi camino—. No tiene permitido el ingreso esta noche.

¡Hijo de puta!

Ella jadeó en cuanto la cogí del cuello y Stefan maldijo, pero no se entrometió e intuí que en ese instante no fue porque se acobardó, sino más bien porque le ordenaron no proceder como un verdadero guardaespaldas.

Sonreí con maldad al sentir a la pobre mujer tragar con dificultad y admiré cómo se veían mis uñas en *stiletto*, pintadas de color beige nude, apretando con fuerza su débil cuello. Muy delicadas para lo que hacía con ellas cuando no llevaba mis dedales puestos.

—Entonces ve y dile a tu *Señor* que me saque él mismo si tanto quiere —sentencié y la solté de golpe. Stefan estuvo atento a tomarla antes de que cayera al suelo—. Así como tuvo las bolas para enviarlos a ustedes a querer detenerme, sabiendo el peligro que correrían, que las tenga para echarme

de su maldito club —añadí.

Ninguno dijo nada y antes de que se recuperaran del *shock* comencé a caminar directo a la enorme puerta. Agradecí que no hubiera tipos custodiando a los cuales tendría que enfrentar si también trataban de impedirme el paso, y sonreí abiertamente cuando me adentré al salón principal y la canción *New magic wand* de Tyler, The Creator retumbaba con un volumen excitante.

—¡Joder! Yo queriendo controlarme y ellos poniendo mi himno a todo volumen —dije para mí y me reí de nuevo.

Recordando a la vez todos los asesinatos que cometí en mi museo con esa canción de fondo. Viéndome bailar frente a los cadáveres que desmembraba y cómo terminaba bañada en sangre.

«Tu himno», me decía Faddei siempre que llevaba el estéreo y buscaba esa canción, sabiendo que era mi predilecta por la manera en que los acordes hacían retumbar mi pecho y los sonidos agudos camuflaban los gritos de mis víctimas.

Necesito sacarla de la imagen…

Ella realmente está jodiendo mi cuadro.

Tarareé la canción y sonreí con esa estrofa. Si el destino quería decirme que estaba detrás de mí con eso, pues lo entendía. Sin embargo, igual que como en otras ocasiones, me pasaría por el arco del triunfo lo que el maldito quisiera hacer conmigo.

Me detuve unos segundos para escanear el lugar, el ambiente era más lujurioso que de costumbre y sentía en el aire que algo era más intenso esa vez.

Negué con la cabeza hacia un tipo de gran porte que me comió con la mirada, reconociéndolo como un Dominante que quiso probar suerte al verme sola y sin un collar distintivo en mi cuello. Asintió con respeto, diciéndome así que no haría nada que yo no quisiera y lo agradecí, ya que no quería cometer una locura antes de llegar a mi objetivo.

El vestido traslúcido que usaba era negro y dejaba a la vista mi ropa interior del mismo color, la tela rozaba mi culo por lo corto que era y lo acompañé con medias de malla que llegaban al medio de mis muslos. Las botas de combate las usé por la comodidad que me daban a la hora de conducir mi motocicleta, aunque admitía que también le aportaban un toque rebelde a mi vestimenta sexi.

Pasé por alto las barras sabiendo que el alcohol no me ayudaría esa vez y seguí mi camino hacia el salón aledaño donde noté más movimiento. Era el mismo en el que Samael me mostró a su *harem* y al reconocer a uno de los hombres que cuidaba el culo de la legisladora Rothstein, haciéndose pasar como un visitante más del club, supe que había encontrado la cereza de mi pastel.

—¡Ira! —No reaccioné a la voz femenina llamándome, sino más bien a su mano tomando mi brazo y me giré en automático, zafándome de su agarre para enfrentar a quien fuera que me detuvo por un segundo.

—¡No te arriesgues tomándome así del brazo! —grité para que me escuchara por sobre la música y al ver su mirada temerosa imaginé que en ese instante yo ya lucía como una demente.

—¡Lo siento, pero no tienes permitido el acceso esta noche! —avisó y respiré profundo tratando de buscar un poco de calma en medio del torbellino de emociones que tenía.

—¡Te diré lo mismo que a tus compañeros en el recibidor, Paula! —advertí—. ¡Soy socia de este maldito lugar y las pautas de mi contrato no han cambiado! ¡Así que puedo estar aquí si quiero y disponer de lo que se me antoje!

Ella negó rendida, aunque se quedó callada por unos minutos que me parecieron eternos, luego cerró los ojos respirando hondo, dejándome entrever que no quería incomodarme.

—¡No tengo nada contra ti, Ira! ¡Solo sigo las órdenes de Samael! —aclaró lo que ya sabía.

—Pues Samael se puede ir a la mierda, Paula.

Me di la vuelta dejándola con las palabras en la boca y supe que tampoco pretendía detenerme, la chica me estaba demostrando que, o yo le caía bien o ella era una sumisa rebelde y se aprovechaba de que Fabio solo la entrenaba, aunque aun así podría castigarla.

No de forma sexual, sin embargo.

Con el camino libre al fin, me fui directo hacia el salón donde se ofrecía la fiesta VIP y miré con seriedad al hombre de Sophia que pretendió intimidarme con su manera de escanearme con los ojos. Parecía un matón peligroso, pero si yo no le temía al diablo, menos a un pobre lacayo.

Me tomé mi tiempo antes de entrar y me acomodé el vestido. Las cortinas eran distintas esa vez, menos traslúcidas, aunque me permitieron ver las siluetas del otro lado. Noté algunas de mujeres desnudas sobre sus hombres, balanceándose en sus regazos y los jadeos se escuchaban incluso con la música tan alta. Mi corazón me demostró que podía acelerarse más que antes y lo sentí desbocarse ante la expectativa de lo que descubriría.

«Cálmate, Iraide. Céntrate en lo que quieres hacer, comprobar y demostrar», me dije y respiré hondo.

Tomé la cortina entre mis manos y la corrí, mis ojos captaron de inmediato lo que sucedía y abrí la boca soltando un pequeño jadeo cuando todo lo que noté fue perversidad en su estado más puro. El lugar había sido redecorado, con sofás montados en un estilo similar a los graderíos de los estadios para así permitir una visión clara y sin interrupciones hacia el centro. Di un paso más adentro y miré a mi alrededor, distinguiendo a cada uno de los presentes por sus portes y vestimentas.

Vi a sumisos en cuatro patas, vestidos de látex con máscaras, orejas y *plugs* anales con formas de cola en lo que identifiqué como *pet play*. Observé también a otros atados, sodomizados en diferentes posturas hasta que en el recorrido visual mis ojos lo vieron.

Y no supe si morirme o matarlo.

Sentado en una *chaise longue* victoriana en el medio del salón (el enfoque principal de aquel graderío), se encontraba el protagonista de mis sueños y pesadillas, cómodo en el ambiente, vestido con un pantalón de lino oscuro y una camisa del mismo color, desabrochada, con las mangas dobladas; el cabello revuelto, descalzo, bebiendo y fumando; sonriendo con ese deje oscuro que a muchas les volvía locas. A las sumisas a su alrededor, sobre todo, e imaginé que ellas al fin podían celebrar el regreso de su Amo, si lo que me dijo Allison era cierto.

Allison.

Apreté la mandíbula y los puños; me tocó sacar hasta la última gota de autocontrol para no terminar corriendo cuando di un paso más hacia al frente, viendo de cerca cómo Samael le dijo algo a su alfa (la rubia de rodillas al lado izquierdo de él) y le metió el dedo pulgar en la boca tal cual lo hizo conmigo en el pasado, y recordar eso provocó que mis ojos ardieran.

Pero admitía que incluso en la bruma de mi rabia y al no odiar a Allison, me permití admirar su postura; usaba sostén, bragas y liguero de color negro, sin medias y descalza. Tenía el cabello rubio dorado echado hacia un solo lado de los hombros y eso permitió que viera el collar en su cuello, era más ancho y del abalorio de círculo pendía una cadena que Samael sostenía con una parte envuelta en su mano.

Allison le tomó la muñeca del dedo en su boca con ambas manos y le mamó el pulgar con lujuria. Esa escena en realidad hubiera seducido a mi retorcida mente si no hubiese sido por la otra sumisa de rodillas, cerca del medio de las piernas de Samael.

Sophia Rothstein.

La mujer usaba ropa interior similar a la de Allison, tenía la vista en el suelo, pero aun así noté

cuánto disfrutó de la caricia de su Amo, primero en la cabeza, luego en el rostro. Abrió la boca cuando Samael se lo ordenó y este humedeció su otro dedo con la saliva de ella. Segundos después bajó la mano al pecho de Sophia y acarició su pezón.

Justo en ese momento noté que el sostén de la legisladora tenía orificios sobre las areolas para darle fácil acceso a su Amo.

Sin pensarlo más caminé cerca de su pequeño escenario, enmascarando mi rostro con tranquilidad y erguí mi espalda en el instante en que él se dio cuenta de mi presencia. Por un breve segundo vi sorpresa en sus ojos y en el siguiente, una sonrisa hija de puta levantó las comisuras de sus labios, fue algo así como «imaginé que no acatarías mis órdenes y ahora haré que te arrepientas».

Mis emociones se revolucionaron ante eso y por un momento el sabor amargo de mis celos se mezcló con el ácido de mi ira, sobre todo cuando el maldito cabrón se lamió los labios y me repasó de arriba abajo.

—Y he aquí, la dueña de mi locura —soltó con una voz ronca que nunca escuché en él. Y supe perfectamente que esas no fueron palabras para conquistarme.

Sentí a los otros presentes atentos a lo que sucedía, ya que imaginé que se habían reunido para presenciar una demostración Dominante por parte de Samael, pues esa era la única explicación para que todos sus sumisos propios estuvieran alrededor de él, vestidos con el mismo color de ropa interior, aunque cada uno me dejó ver que se metían en un rol diferente.

Algunos los reconocí, otros no tuve ni idea.

—Y seré también la dueña de tu corazón —solté irónica, pues no estaba dispuesta a dejarme intimidar esa vez.

Samael sonrió divertido, ya que fue el único que entendió que tampoco dije nada romántico. Sophia al parecer tomó la risa de su Amo como burla y tuvo el atrevimiento de mirarme, sin que él se percatara de ello, para burlarse también de mí.

Di un paso al frente dejándome ganar por la furia, los ojos de Allison se abrieron con temor y alcancé a ver que con la mirada le pidió a alguien más que intercediera.

—¿Ira? —Escuché a Marco llamarme y enseguida estuvo a mi lado.

Fabio alzó la mano y se mostró tranquilo, creyéndose el dueño y señor, pero más un domador de fieras y me reí de ello.

—Cuidado con lo que sea que pienses hacer, dulzura —advirtió el imbécil con una tranquilidad mortífera y alcé la barbilla.

—No pienso hacer más que aprender de tus… —Callé por un segundo y miré a Sophia de forma despectiva, prometiendo de esa manera que cuando pusiera mis manos sobre ella, no sería para acariciarla como lo hizo Samael.

Allison en cambio me miró con una clara disculpa en los ojos, demostrándome que solo estaba en su rol, sirviendo al Señor que tanto respetaba.

—… ¿Sumisas? —solté con burla.

—Admito que escuchar eso me complace, pero ya tengo claro que tú no tienes madera para ser sumisa —replicó el hijo de puta.

Bufé soltando una sonrisa prepotente y me dediqué a verlo sin decir nada, estudiando mi entorno, girándome para descubrir que había más hombres cuidando a Sophia y sí, estaba estúpida, pero no tanto como para hacer una tontería cegada por los malditos celos.

«No vale la pena perder todos mis planes por un hombre», me dije al percatarme de los Dominantes en el salón, unos viejos, otros feos y algunos tan calientes y sexis como el Señor al que rodeaban.

«*Ira, puedes ir a la fiesta si lo deseas, pero no me gustaría que pases un mal momento gracias al estado de mi Señor, ya que a veces, cuando cae en su punto más crítico puede hacerte sangrar de dolor solo con sus palabras. Y te aseguro que no lo hará porque quiere. Sus demonios internos lo incitarán y cuando regrese a su normalidad, no lo recordará, aunque incluso así se sentirá culpable*».

El recuerdo de lo que me dijo Allison en el restaurante llegó a mi cabeza y la sacudí para sacarlo. Había leído un poco, o mucho, sobre la bipolaridad cuando llegué a casa luego de mi encuentro con ella y corroboré su información, también me nutrí con otras.

Supe de las voces en las cabezas de los bipolares, sus demonios, la inconsciencia en la que caían. Leí relatos, estudios, todo para lo que me alcanzó el tiempo. Y sí, era posible que la actitud de Fabio en ese momento fuera producto de su condición y el que yo todavía desconociera tanto sobre ello me hacía más susceptible, sin embargo, sus ganas de hacerme sentir tan poca cosa para su mundo dolió. Y, ya que podía ser tan enferma como él, incluso con mis cinco sentidos despejados, decidí que no callaría.

Primero, porque en efecto yo no era sumisa. Segundo, porque no era el agua que ayudaría a apagar el incendio. Y tercero, porque Fabio olvidaría, pero yo no.

—Concuerdo contigo en eso. —Acoté, regresando mi mirada a él por sobre mi hombro.

Allison lucía atenta y Sophia con ganas de que su Amo intentara humillarme. No obstante, solo se quedaría en eso. En un intento. Porque yo no le estaba permitiendo que me humillara.

—Si es así, entonces vete, Iraide, porque a este salón únicamente entran Dominantes con sus sumisas, o viceversa, y tú no eres capaz de ser ninguno de los dos.

Empuñé las manos cuando las sentí temblar y me recordé el por qué había ido al club, y no fue para perder. Por lo que tomé todo mi autocontrol para no irme encima de él y ver qué tan bonito quedaba mi cuerpo con su sangre.

—¿Qué intentas demostrar con todo esto? —pregunté y quise morderme la lengua cuando la pregunta salió con reclamo, mismo que él notó y por lo cual negó divertido.

—¿Yo? —Se tocó el pecho confundido, ya había soltado la cadena del cuello de Allison—. Yo no necesito demostrar nada, cariño. Se me antojó pasar tiempo con mis sumisos, follarlos, tú sabes —respondió despreocupado.

Me lamí los labios, necesitando un trago para pasar la amargura que teñía mi garganta, hasta que mi vista bajó hacia el piso y no contuve la sonrisa que brotó desde el fondo de mi ser. En ese momento, y por cuestiones de la vida, al DJ del club se le antojó repetir la canción de Tyler, *The Creator*. Y medio giré el cuello, pensando en por qué Dominik tuvo miedo de que me acercara a su hermano.

—Y a mí se me ha antojado ser sumisa —dije levantando la barbilla y miré con una sonrisa lasciva a los Dominantes presentes.

Sin contar a Samael, claro estaba.

Él se enderezó en su asiento cuando escuchó tal cosa y, queriendo parecer despreocupado acarició el cabello de Allison, como si de una mascota se tratara, para luego mirar a Sophia y tomarla del collar con rudeza. Esta última quiso aprovecharse del momento y alzó las manos hasta llegar a la cinturilla del pantalón de Samael y desabrocharlo, el maldito me miraba tan absorto que, o no le importó o lo deseaba, ya que dejó que ella continuara hasta liberar su grande y gruesa polla.

—¿Me estás desafiando? —preguntó con voz gutural, concentrándose en lo que le dije.

No respondí y tampoco dejé de mirarlo sin inmutarme cuando la legisladora lamió la punta de su polla y él se mordió los labios con fuerza, tomándola de la nuca y el cabello a la vez, deteniéndola. Con descaro los miré. El acto se me hizo enfermizo porque era ella queriendo dejarme algo claro,

pero si íbamos a jugar a quién hacía más mierda a quién, con gusto les enseñaría a jugar.

Me giré para quedar frente a ellos y tomé el dobladillo de mi vestido, sacándomelo de inmediato y alzando una de mis comisuras, lamiéndome los labios cuando Samael permitió que Sophia continuara, pero en ese momento con sus manos, bombeándolo. Ladeé un poco la cabeza sin soltar el vestido y como una total hija de puta jadeé fingiendo placer por lo que veía.

Aunque solo pensara en las maneras en las que quería arrancarle las manos a esa tipeja y supuse que ese pensamiento fue lo que me provocó placer de verdad.

—No, solo quiero aprender de una buena *maestra* —respondí al fin su pregunta.

Sophia quiso mirarme en ese momento, pero Samael incluso mirándome solo a mí, la cogió de la barbilla para impedírselo y en su lugar la bajó hacia su polla. Entonces la hija de puta engulló esa gloriosa verga como una hambrienta y yo anoté su boca como otra de las partes de su cuerpo con las que me divertiría el día que pudiera poner mis manos sobre ella.

—¿Crees que podrás ser una buena alumna y superar a tu maestra? —me desafió Samael.

«¡Auch!».

Me tuvo por un segundo ahí, pero no me inmuté.

Cerré los ojos un momento al oír su gruñido de placer y tragué saliva, sintiéndome perder, queriendo arrasar con todo, mas no me permití demostrar debilidad delante suyo, ya que como dije antes: si quería jugar, pues lo haría con gusto, aunque luego de eso me perdiera por completo.

Me obligué a sonreír cuando él me miró a la espera de alguna reacción y yo solo me dediqué a verlos, observando cómo disfrutaba de la mamada, sin quitarme los ojos de encima.

Allison se removió un poco, arañando sus muslos cuando caminé un paso, mas con la mirada le pedí que se calmara, no iba a hacer nada para que su Amo dejara de disfrutar. Ella me observó ansiosa, pidiéndome que entendiera la situación y lo hacía, había comprendido que en ese momento Fabio se encontraba perdido, pero yo no.

Tal vez él olvidaría esta noche, pero yo la llevaría a flor de piel.

—Ahora mismo lo sabremos —solté con la voz entera.

Vi la tensión en el cuerpo de Fabio al escucharme y no sabía si era por lo que Sophia hacía o por lo implícito en mis palabras. Aunque no me di el tiempo de analizar nada más, en su lugar me acomodé las ligas de mis medias bajo su atención y la de todos, quienes habían dejado el ambiente en silencio, solo interrumpido por la música.

—¡Samael tiene razón! —Alcé la voz y miré hacia atrás, los Amos sentados en los sillones observaban mi cuerpo con lujuria—. ¡No soy una buena sumisa para él! ¡¿Pero qué hay de ustedes?! ¿Se atreverían a *domarme*?

Miré sobre mi hombro a Samael y le sonreí de lado, guiñándole un ojo.

—Cuidado, Iraide —murmuró entre dientes.

Lo ignoré y caminé hacia un tipo que parecía tener la misma aura oscura de Samael, contoneé las caderas mientras iba a su encuentro y me llevé la mano con la que sostenía el vestido hacia mi boca y mordí la punta de mi uña, pareciendo solo una chica tímida queriendo poner en práctica lo que acababa de aprender de una *maestra*.

—¿Te atreverías? —pregunté al tipo con coquetería y llegué entre medio de sus piernas.

Me estudió por varios segundos hasta acercarse a mi cuerpo y acariciarme brevemente las piernas con el dorso de dos dedos.

—¿Eres capaz? —Devolvió con voz ronca y me encogí de hombros, levantando apenas la barbilla.

—Pruébame.

Esa palabra bastó para que me sonriera y luego se puso serio, dedicándome una mirada demandante.

—De rodillas —pronunció seguro.

Y por primera vez en mi vida entendí que no siempre me arrodillaría por perder una batalla, en rendición o por humillación, al contrario. También lo podía hacer para destruir y vencer. Pensando en eso miré a Samael, había corrido a Sophia de su lado y se encontraba de pie, con los puños apretados sin dejar de observarme con la furia más pura, atento a mi siguiente movimiento.

Sí, amor. Yo también sé destruir.

Me mordí la sonrisa mientras comenzaba a bajar, sin despegar los ojos de los suyos, su rostro descomponiéndose hasta que sentí mis rodillas tocar el piso.

Y para ser honesta conmigo, nunca esperé estar en esa posición con otra persona que no fuera él, pero eso fue lo que logró al empujarme, probando mi capacidad para joder más de lo que me jodían y con ello quedaba demostrado que me importaba una mierda follar con otro Dominante con tal de hacerle sentir un poco de lo que yo estaba sintiendo.

—Mirada al suelo, preciosa —pidió el tipo. Obedecí gustosa.

Llevé la mirada al piso y apoyé las manos en mis muslos a la espera, copiando a Allison. Una respiración. Un leve parpadeo. Un segundo.

Eso fue todo lo que le tomó a Samael llegar hasta mí y tomarme con fuerza del cuerpo para levantarme en volandas sobre su hombro. Me sorprendí cuando comenzó a caminar, sintiendo los murmullos a sus espaldas, viendo cómo todos se quedaban con la boca abierta por la acción de un gran Dominante.

Su cuerpo estaba rígido, sus manos tomaban mis piernas casi con violencia y yo me dediqué a ser llevada, acomodando mis pensamientos para lo que fuera a pasar.

Entramos en un pasillo y luego abrió una puerta de una patada y la cerró de la misma manera, para luego arrojarme a una cama. Reboté por la fuerza con la que me lanzó y mi cabello quedó sobre mi rostro, lo aparté para mirarlo con la cólera que me había tragado.

—¡¿Por qué?! —rugió con una furia incontenible que hubiera asustado a cualquiera.

—Y es así como se hace perder el control a un Dominante —me burlé. Me cogió de la mano y me levantó casi haciéndome volar hasta empotrarme a una pared.

Acto seguido me agarró de la nuca y con la otra mano golpeó la pared justo al lado de mi cabeza, abollando de inmediato el yeso.

Estaba rojo, sus ojos perdidos y yo, no temí.

No. Putas. Temí.

Al contrario. Lo miré altiva, escondiendo una sonrisa y descansando la punta de mi lengua en mis dientes superiores.

—¡Demonios, Iraide! —gritó enfurecido y volvió a golpear la pared—. ¡Maldita mierda!

—¡¿Qué, *amor*?! ¿Te quedó grande el juego? Porque te di ventaja al jugar en tu territorio —susurré con sensualidad.

Me miró incrédulo y me soltó de inmediato, se tomó la cabeza y luego enterró los dedos en su cabello hasta tomarlo en un puño. Segundos después de eso lanzó todo lo que encontró a su paso y gritó desesperado.

—¡¿Por qué?! —preguntó de nuevo cuando no encontró nada más que tirar y dio un paso hacia atrás para estar lo más alejado que le fuera posible de mí.

De pronto lució como si me temiera y aprovechándome de eso di un paso hacia él para impedirle que tomara distancia.

—Por qué ¿qué, Samael? —inquirí con voz cantarina.

Siguió retrocediendo y yo continué alcanzándolo.

—¿Por qué cedes con otros? ¿Por qué te arrodillaste tan fácil ante otro? ¿Por qué con otro sí y conmigo no?

Sonreí haciendo un puchero que intenté que se viera dulce.

—¿No entendiste nada, *diavolo*? —dije con voz lastimera y alcé la mano para acariciarle la mandíbula—. Fue porque tú no tienes la madera para ser mi Dominante. —Zanjé con maldad. Se tensó, sus gestos se contrajeron con agonía e intentó alejarse de nuevo, pero la cama se lo impidió y terminó por sentarse en ella—. Allá en el salón no cedí ante nadie. Lo hice para tenerte a ti así, perdido. Demostrándote que, aunque intentes sacarme de tu sistema con un *harem* completo, quien te hace perder la cordura soy yo —añadí y se puso de pie enseguida.

Alcé la cabeza para no perder sus ojos y le sonreí.

—No juegues con fuego, hija de puta —advirtió y solté una carcajada ahogada cuando me cogió del cuello y volvió a empotrarme a una pared.

—Soy la dueña de tu locura, tú lo dijiste —le recordé y alcé una pierna para engancharla en su cadera y unirlo más a mí.

Se mordió los labios con la furia hirviendo en sus ojos y comenzó a dar puñetazos, abollando también esa pared.

—No sabes lo que estás provocando —aseguró entre dientes.

—Que te pierdas —murmuré y estiré un poco el cuello, él me miró descolocado—. Lo sé, Samael. Porque al parecer también soy la dueña de tu eutimia.

Se apartó de mí como si mi piel lo hubiera quemado y negó totalmente anonadado.

—¿De qué estás hablando?

—De la estabilidad emocional que te robé, *amor*. La que mantuviste por cinco años hasta que me crucé en tu camino.

—Ira… —pronunció asustado y volvió a sentarse.

Fue mi turno para cogerlo del rostro y presioné las uñas en su barbilla.

—Quién lo diría, Samael —musité haciendo que me mirara a los ojos—. Quién diría que me entregué a los brazos de un bipolar —añadí.

Su respiración se cortó sin necesidad de que le apretara la garganta y me reí mostrándole los dientes, deleitándome con su reacción.

—Y aun sabiéndolo me retas —señaló sin entenderme.

—Sí, lo hago porque me da placer tu oscuridad.

—No sabes lo que estás diciendo —aseguró.

—Por supuesto que lo sé y ahora más que nunca comprendo a tu hermano. ¿Sabes por qué?

Lo vi presionar los puños y la sábana entre ellos.

—¿Por qué? —se animó a preguntar.

—Porque él supo reconocer que yo no soy una mujer que detendrá tu caída hacia la oscuridad, al contrario de eso, te empujaré, te alentaré a que caigas más rápido.

—Serás cabrona —soltó con una risa irónica.

—No, cariño mío. Nada de cabrona. —Tragó con dificultad y lo cogí del rostro con ambas manos —. Soy tan sombría como tú. Soy un desastre hecho a tu medida y cuando me viste por primera vez en aquella sala, reconociste en mí tu principio y final.

—Cállate —pidió y se puso de pie.

—Tú y yo nacimos destinados a encontrarnos, a destruirnos…

—¡Joder! ¡Cállate!

No lo hice.

—A colisionar y someternos —continué y apretó la mandíbula, los puños de nuevo y de pronto comenzó a temblar—. Soy la maldita oscuridad que te atrae incluso cuando sabes que te destruiré, por eso no te temo.

Lo vi caer de rodillas y sus ojos se desbordaron en lágrimas, conteniéndose de una forma que le alabé.

—Soy la personificación de uno de tus malditos demonios, Samael. Soy la inestabilidad con la que te maldijeron. Por eso me buscas incluso cuando me quieres alejar de ti, por eso te permito volver a mi vida aun cuando solo deseo matarte.

Soltó un jadeo y sus lágrimas bañaron sus mejillas.

—Nos buscamos porque ambos fuimos creados en la más siniestras de nuestras versiones y a pesar de toda la mierda que nos rodea, estamos aprendiendo que nuestros seres sombríos se pertenecen y por lo mismo seguimos bailando juntos en nuestro propio infierno.

Su hermoso rostro no perdió la dureza incluso cuando sus gestos se descompusieron con dolor y apretó la mandíbula para no sollozar.

—Me estás haciendo caer como jamás nadie lo ha hecho antes —confesó con la voz ronca.

Lo miré desde mi altura, lo cogí de nuevo de la barbilla y me incliné hasta acercarme a su oído.

—Entonces dale la bienvenida a la oscuridad —susurré y reí suave y con picardía.

—Hija de puta —murmuró con los dientes apretados y se apoyó con las manos en el piso cuando lo aparté de mí.

—¿Querías jugar conmigo? ¿Querías comprobar qué infierno quema más? Pues aquí lo tienes, *amor*. Bienvenido a mi mundo —le respondí con regocijo—. *Benvenuti al buio, diavolo* —«Bienvenido a lo sombrío, diablo», añadí con lo poco que había aprendido de italiano.

Gritó con impotencia, dándose por vencido y sonreí complacida.

Segundos después me marché de la habitación donde me metió, sin importarme que fuera en ropa interior. Vi a varios de sus sumisos estar atentos a lo que pasaba entre nosotros y al verme salir corrieron en busca de su Amo y, supe perfectamente cómo terminaría la noche de Samael.

Destruida igual que la mía.

CAPÍTULO 47

FABIO

Tuve la intención de perseguir a Iraide en el momento en que dejó la habitación y se marchó victoriosa, tras haberme apuñalado verbalmente de una manera magistral. Y, de hecho, me puse de pie para hacerlo, pero en el instante en que llegué a la puerta me sentí tan cansado mentalmente, que solo pude cerrar y poner seguro, sabiendo que no llegaría a nada sano con alargar una discusión que ya tenía perdida.

—Maestro…

—¡Largo! —Traté de demandar con voz dura, pero apenas llegó a un murmullo cuando las cuerdas vocales me vibraron en conjunto con el cuerpo.

No reconocí a quién me llamó, simplemente había escuchado los pasos acercarse y la perilla moviéndose por quien fuera que intentó entrar. Apoyé la cabeza en la madera en un vano intento por recuperar lo que Iraide se llevó consigo, agradeciendo que al menos mi gente dejara de insistir y se marcharan.

—*Figlia di puttana* —solté entre dientes, inhalando y exhalando, tratando de estabilizar mi respiración, aunque no me servía de una mierda, pues tenía la cabeza plagada con su voz, repitiendo una y otra vez sus palabras.

«*Soy la personificación de uno de tus malditos demonios, Samael. Soy la inestabilidad con la que te maldijeron. Por eso me buscas incluso cuando me quieres alejar de ti, por eso te permito volver a mi vida aun cuando solo deseo matarte*».

—*¡Maledizione!* —espeté, tomándome la cabeza con ambas manos.

Mentiría si dijera que fue falso lo que salió de su boca, aunque me negué una y otra vez a esa realidad.

Estaba convencido de que Iraide follaba bien y lograba llenar el apetito insaciable que tenía desde que descubrí para qué me servía la polla, pero caer en la realidad y ver lo que me ocasionaba nuestro enfrentamiento, no hizo nada más que avivar lo que ya venía atravesando.

Sentía más por esa delincuente de lo que me permitía aceptar.

—*Controlla, Samael* —me exigí y palpé el bolsillo de mi pantalón, buscando mis medicamentos—. *¡Porca troia!* —gruñí, girándome de frente a la puerta y golpeándome contra la madera al recordar que no cargaba con ellos cuando estaba en mis domas y exhibiciones.

En un triste intento por ir hacia mi despacho, abrí la puerta y como un puto inútil tuve que forzarme por dar unos cuantos pasos, con mi cuerpo sin asimilar lo que mi mente demandaba.

—*Cazzo.* —respiré hondo cuando logré salir de la habitación hacia el corredor y tuve que apoyarme en la pared.

Me estaba costando más que antes respirar y mantenerme enfocado. El pecho comenzó a dolerme al grado que me obligué, entre mi ansiedad por llegar a mi destino, a tomar un momento para verificar que no estuviese sufriendo un ataque al corazón. Intenté espabilarme por todos los medios al comprobar que no, pero ya caía tan profundamente en mi abismo, que las piernas comenzaron a ceder ante la debilidad.

Parpadeé varias veces y me obligué a dar un paso a la vez, dando por perdido ir a mi destino original al recordar que tenía que utilizar las malditas escaleras, sabiendo que, así como me

encontraba, caería en un precipicio diferente. Seguí un rumbo impreciso, dejándome guiar por mi subconsciente, la música perforándome los oídos.

—*Basta, per favore.*

Me di la vuelta al sentir que una risa femenina me acarició la nuca y recordé que por esa noche no había nadie autorizado a utilizar el ala donde me encontraba. Observé con la poca visión que tenía si alguien me siguió y al comprobar que estaba solo, volví a vagar por el pasillo.

La risa sonó más alta que antes y esa vez no le di atención, reconociendo a la perra que me atormentaba siempre que entraba en una fase de esquizofrenia y que, desde hace mucho tiempo se había mantenido en silencio.

«Eres patético hasta para mantenerte en pie».

Respiré hondo y los vellos en mi cuerpo se erizaron al escucharla.

—Ahí estás, perra.

Siempre estoy, cariño».

Se escuchaba más siniestra y supuse que luego de tanto tiempo callada, arremetería con furia.

«Debo admitir que me sorprende que todavía no te hayas matado, que te sigas empeñando con tu patética vida».

Negué como pude, aferrándome a lo poco de conciencia que aún me quedaba y seguí mi rumbo. Tanteé el aire de repente, cuando la pared se terminó, y caí de rodillas al no poder mantenerme erguido por mi cuenta, largando un gruñido por el impacto. Levanté despacio la cabeza, desorientado por la brisa que me acariciaba el rostro e identifiqué mi estacionamiento privado.

No tenía idea de cómo había llegado, pero lo agradecí e intenté ponerme de pie, sin embargo, los muslos y rodillas me temblaron como si hubiese estado haciendo una gran actividad física y…, joder, ni en mis entrenamientos más pesados terminaba de esa forma y menos arrastrándome, tal cual lo hice al aceptar que las piernas no me responderían.

«Mírate, no sirves para nada».

—Eso… no es nada… nuevo, así que… intenta joderme… con algo diferente —gruñí con mucha dificultad.

El camino hacia mi coche estaba siendo interminable, lo que me hizo respirar agitado. Jadeé con alivio cuando al fin llegué, abriendo la puerta, celebrando en medio de mi mierda que siempre lo dejaba sin seguro cuando me hallaba en *Delirium,* aunque también lamentando que Albert no me hubiese acompañado, pues lo envié a hacer algo con tal de que me dejara solo y así poder escaparme sin escoltas a donde yo quisiera.

Me trepé al asiento con esfuerzo, gruñendo porque no pude cerrar la puerta debido a que mis manos siguieron el mismo camino de mis piernas y comenzaron a hormiguearme.

—*Andiamo*, *porca puttana.* —«Vamos, maldita sea». Intenté abrir los ojos al sentirlos cerrarse, el coche desenfocándose—. *Non mi faccia questo ora* —«No me hagas esto ahora».

Apoyé la cabeza en el asiento y recurrí a todas las formas que tenía para tranquilizarme, pero nada surtía efecto. Mi presión se había elevado desde que salí de la habitación y el dolor de cabeza ya era migraña.

De los años que llevaba lidiando con mi maldita condición, atravesé por episodios maniacos depresivos, de esquizofrenia y depresiones profundas que casi me llevaron a la muerte en varias ocasiones. No obstante, aprendí a vivir con ello y llegó un punto en el que hasta hicimos las paces, pero esa noche todo se sentía revolucionado y me estaba costando un infierno identificar en qué episodio me encontraba.

Cavolo. No me reconocía.

Me concentré en el propósito de tomar mi medicación para aliviar una pequeña parte, consciente

de que la dosis que cargaba conmigo no me iba a servir para una mierda, pero ni de eso fui capaz. El cuerpo ya no me respondía, por lo que no pude buscar nada.

—*Uno, due, tre, quattro*… —Comencé a contar, intentando llevarme la mano derecha a la muñeca izquierda para medirme las pulsaciones, pero de más estaba decir que tampoco pude—. *Respiri profondi, inspira e poi espira* —«Respira hondo, inhala y luego exhala».

Trabajé en mis ejercicios de respiración, sintiendo que estaba a segundos de sufrir un ataque de pánico, cerré los ojos un par de minutos para que mi visión volviese a enfocarse y cuando los abrí de nuevo me di cuenta de que cometí un grave error, pues con ello acababa de darle vida a mi demonio más personal.

La encontré a mi lado, observándome con asco, tal cual hacía siempre que nos encontrábamos en ese pozo profundo en el que caía.

—¿Cuándo te vas a dar por vencido? —susurró tan cerca que hasta pensé que estaba encima de mí—. Reconoce de una vez por todas que yo siempre gano.

Me reí en respuesta.

La gente que acudía a mis consultas normalmente tenía episodios de sueños lúcidos, donde me comentaban que se les aparecían seres indescriptibles y hasta podían sentir que se les subían al cuerpo, notando demasiado peso que les impedía respirar.

Yo no.

Yo viví veinticuatro siete con ellos (cinco años atrás), a veces se turnaban, otras aparecían todos juntos, como en ese momento en el que pude sentir a varias presencias a mi alrededor, celebrando quizá que al fin volvían a encontrarme.

«Dale la bienvenida a la oscuridad».

Esa vez fue una voz más seductora la que me habló y la puta quiso imitar la voz de la pelirroja para concederle el deseo de verme caer, pero supe reconocerla porque ella no me hería tanto como lo hizo Iraide.

Jadeé por aire al rememorar cada una de sus palabras. Jamás pensé que me sentiría así de mierda al enfrentar el momento en que ella descubriera mi enfermedad y… ¿Cómo demonios lo supo?

—Es una de las líderes de la élite que domina el mundo. ¿Qué esperabas? —El tono de voz que utilizó mi imaginación sugería que era un imbécil.

Y tenía razón, no debía sorprenderme que Iraide descubriera mi secreto después de que descubrió los de mi familia. Era cuestión de tiempo para que profundizara en mi expediente hasta desentrañar lo que yo escondía bien para otras personas, lo que únicamente les confiaba a unos pocos por si se veían implicados en alguno de mis episodios.

—Muy gracioso que no permitieras que yo influenciara tu manera de vivir y decidir, pero no se lo impediste a ella. Y mírate, mira la mierda que dejó.

Miré enfurecido a mi alucinación, la muy hija de puta tenía una enorme y demoniaca sonrisa, gozando aún que Iraide me soltara de forma tan aireada que descubrió mi condición, que la usara sin remordimientos para lanzarme al abismo sin paracaídas.

—*Porca troia* —bufé en voz baja, rindiéndome a cada segundo.

Había creído que tenía todo controlado antes de que ella llegara al club. Tracé toda mi noche dispuesto a ser el Amo y Dominante que siempre fui con mi *harem*. Llegué dispuesto a consentir a mis sumisos, a recordar con ellos por qué me convertí en Samael, decidido a sacarme del sistema todo aquello que me mantuvo distraído durante semanas, pero no conté con que Iraide se atrevería a pisar *Delirium,* a desafiarme como lo hizo hasta voltearme el mundo y dejarme suspendido a pulgadas del averno.

—*Stronza puttana* —gruñí al recordar el momento en que se arrodilló para aquel bastardo y entró en sumisión con tanta facilidad, cuando a mí me la negó hasta en momentos insignificantes.

Y sentí que una parte de mi alma se pudrió al haberla visto con el rostro lleno de triunfo.

La maldita delincuente sabía lo que hacía y, al parecer, a mí todavía me quedaba un poco de razón y respeto por mi mundo cuando la saqué del salón sin cometer una locura, pero la verdad era que quería matarla a ella y a ese malnacido que se atrevió a jugar a dominarla.

—Ya estás podrido, maldito idiota. —Negué levemente con la cabeza, había cerrado los ojos y sentí lágrimas descender por los rabillos de estos al rendirme y aceptar que esa vez no podría hacer nada con mi estado—. Estás…

—¡Cierra la puta boca! —rugí para mi alucinación—. ¡Deja de recalcar algo que ya sé!

Se me estaba yendo de las manos ese episodio. Me encontraba en decadencia.

«*Soy la dueña de tu eutimia*».

Sí, lo era. Así como también era la dueña de mi locura y se lo haría pagar en cuanto pudiera. En ese momento solo deseaba que estuviera a mi lado, escucharla hablar, sentir su presencia para poder calmar los temblores y la sudoración helada que me goteaba por la nuca. Necesitaba una palabra suya, una puta caricia para calmar mi corazón enloquecido.

—¿Maestro? —Escuché apenas y casi respiré con normalidad.

Medio abrí los ojos encontrando a mi demonio, hecho a medida, acercarse con cautela, oteando hacia todos lados.

¿Maestro? ¿Desde cuándo tanto formalismo, Iraide?

—Volviste —pronuncié con dificultad, olvidando mis interrogantes, y me costó un infierno tragar saliva al sentir la voz rasposa.

Ella llegó con prisa a mí y se agachó al darse cuenta de mi estado tan deplorable, tomándome la muñeca y maldiciendo.

—¿Dónde está tu medicación? —preguntó un tanto alarmada, lo que me hizo fruncir el ceño por el descaro que tenía de actuar así luego de dejarme sumido en mi mierda, de alentarme antes a caer en ella.

La molestia que eso me provocó me dio la fuerza suficiente para levantar la mano con la intención de cogerla del cuello, pero terminé acariciándole el rostro.

—Ahora sí te preocupas por mí. —Satiricé y ella me miró sin comprender. Estaba resultando ser una excelente actriz—. Maldita sea la hora que te conocí, *ragazza* —me quejé—. Y maldito yo por no haber parado a tiempo. Por obviar desde el principio que acabarías siendo mi final.

Se dejó acariciar el rostro sin esconder su impresión, luego frunció más el ceño y se puso de pie.

«No te alejes, joder».

—Ven —pidió—. ¿Puedes ponerte de pie?

Blanqueé los ojos con esfuerzo e intenté restarle importancia a mi estado, pues no quería que supiera qué tan metido en la mierda me encontraba.

—Por supuesto, dulzura —afirmé y me agarré del volante para impulsarme.

Trastabillé un poco, ella fue audaz al agarrarme y sostenerme antes de que me rompiera los dientes con la puerta del coche. Me erguí en un santiamén para no demostrarle más lo mierda que me hallaba y, esa necesidad de verme fuerte ante la pelirroja inoculó un chute de energía en mi sistema que me permitió tomarla de la cintura y girarla, empotrándola al coche, muy seguro de lo que me serviría para salir de ese estado.

—¿Dónde está tu medicación? —Volvió a preguntar, tomándome de los hombros. Negué, pasándome la lengua por los dientes.

—Entre tus piernas, dulzura —respondí y casi me golpeé a la vez por lo lastimero que soné.

Me dispuse a acercarme, ignorando mi tono, para comerle esos preciosos labios que tenía y follarla así me costara un infierno hacerlo. Gruñí en cuanto se apartó, negándose casi con… ¿miedo?

—Sabes muy bien que no podemos —respondió titubeante.

Fruncí el ceño en confusión y tuve que pasarme la mano por el rostro para aliviar un poco los mareos que no me dejaban en paz.

—¿Seguirás con eso? —pregunté a punto de suplicarle que acabara con mi martirio—. Ya cediste una vez, ¿por qué volver a lo mismo cuando ambos lo deseamos como si fuese el aire que respiramos? —reclamé, refiriéndome a la noche que estuvimos en su casa.

—Ma…

—¡Shhh! —La corté poniendo el pulgar en sus labios—. Entiendo que estés molesta porque me fui, pero…, podríamos follar primero, Iraide, por favor. —Como el patético que era comencé a rogarle de verdad. Ella volvió a negar con la cabeza, oteando a nuestro alrededor—. Te prometo que luego hablaremos, solo… solo déjame recuperar un poco de estabilidad.

Ella respiró profundo dándose por vencida.

—Ven, vamos a tu despacho y allí hablaremos. —Ofreció y meneé la cabeza, harto y desesperado.

—Quiero follar, Iraide —declaré, dando por sentado que de ahí no me movería sin antes hundirme en ella. Intenté poner resistencia en el momento que me tomó de la mano y parpadeé enfocándome en su atuendo—. ¿Cuándo te cambiaste de ropa? —pregunté desorientado.

Chasqueó la lengua y evitó responder, alentándome a caminar en su lugar, aminorando su paso cuando comenzamos a hacerlo y notó que me costaba moverme.

Cazzo.

Nunca quise que me viera así, que tuviese que lidiar con mi torpeza. Era demasiado humillante para mí luego de mostrarme ante ella como un Dominante que tenía todo bajo control, incluido un *harem.*

—¿Necesitas detenerte un momento? —me preguntó cuando entramos al pasillo y tuve que cerrar los ojos varias veces porque las luces me cegaron.

Negué por lo bajo y me apreté un poco más a su cuerpo en cuanto ella me abrazó de la cintura, ayudándome a caminar.

—¿Por qué tan dócil? —cuestioné un tanto sorprendido por su silencio y su lengua escupe veneno quieta—. ¿Tanta pena doy que no quieres avivar más el fuego que encendiste?

Me apretó la cintura en reconocimiento de mis palabras, pero no sé atrevió a abrir esa pecaminosa boca, optó mejor por morderse el labio como si temiera decir algo más que sin duda alguna me lastimaría.

Joder, debía darle vergüenza y me sentí tan patético por eso que me quedé en silencio, intentando poner en orden mi maldita cabeza que cada vez dolía más, llenándome de voces, sintiendo que se me inflaba como un maldito globo.

Dale la bienvenida a la oscuridad, lo necesitas.

¿Lo necesitaba? No tenía idea.

¿Lo quería?

Me sobresalté en el momento que, de la nada, varios jadeos se oyeron a mi alrededor seguido de movimientos, pero no me atreví a dar la cara al sentir a alguien aproximarse, gritando una orden antes de alcanzarme.

—Cabeza baja, mirada al piso y posición nadu. —Reconocí en mi lejanía la voz de Allison y cómo esta me tomó del brazo—. ¿Qué demonios sucedió? —susurró y la busqué con la mirada.

—Voy a follarme a mi pequeña delincuente, Allison. No te necesito, a nadie más que a ella en realidad, así que vete.

La susodicha me observó un tanto nerviosa y luego clavó la mirada a mi izquierda, esperando la confirmación por parte de Iraide.

—Sí, lo haremos, pero acompáñanos al despacho, quiero pedirte algo antes —solicitó ella para Allison.

Cerré los ojos con alivio y me dejé guiar por las dos, captando en la lejanía que comenzaron a susurrar palabras inentendibles. Apenas atravesamos las puertas de mi despacho me alejé de ambas y me senté en el primer sofá que encontré, masajeándome la nuca y luego el rostro para despejar la neblina.

—*Porca puttana.* —Largué desesperado.

Me concentré en las mujeres que hablaban aceleradas y luego en que Allison se alejó hacia mi escritorio con prisa, abriendo el cajón que conocía y yo no necesitaba, pues lo que menos quería era que me sedaran. Me acomodé a la defensiva cuando se acercó con una jeringa en la mano y un frasco en la otra y negué con seriedad, alzando mi mano al verla tomar asiento en el apoyabrazos del mueble.

—No lo necesito, Allison. Estoy bien. —Miré a Iraide tomando asiento a mi derecha—. Lo único que quiero es que tú termines de rescatarme de esta mierda, o que me hundas más en ella.

Me reí como si hubiera contado el mejor de los chistes, uno que me causó gracia solo a mí y, sin esperármelo, Allison aprovechó el momento para pincharme el brazo.

¡Hija de puta!

Me quejé por tomarme desprevenido y cuando quise mandarla a la mierda me abrió la boca y metió una píldora, obligándome a que la tragara antes de ahogarme con ella.

—¡*Figlia di puttana,* te dije que no lo necesitaba! —Medio grité una vez me pasó el medicamento por la garganta y luego me tomé de las sienes porque la voz me retumbó en el cráneo.

—Ahora mismo no me importa lo que pienses, Samael —afirmó con una nota autoritaria que no estaba en condiciones de pasar por alto.

La sorprendí cuando la cogí del cuello y le planté el rostro casi gruñéndole.

—El Amo acá soy yo y si te digo que te vas a la mierda, ¡te vas!

Negó con parsimonia y retiró mis manos con delicadeza de su cuello, casi con ternura.

—Y lo acepto, Señor, pero en este momento me importa más su estado.

Me miré el cuerpo confundido y luego a mi alrededor.

—Pero si estoy bien, ya no me duele nada. —Me palpé el pecho para confirmarlo—. No, ya no duele.

Ambas se quedaron en silencio, esperando, no sabía qué, en tanto yo me perdía palpando mi cuerpo hasta que noté un nuevo movimiento a mi derecha y recordé lo que tanto quería, por lo que fuimos al despacho. Así que, en un impulso tomé a la mujer y la acosté en el sofá, colocándome sobre ella para poder follarla como deseaba.

—Samael —pidió Allison.

La ignoré al ver que Ira trató de tocarme y sonreí al reconocer a mi diablilla. Me acerqué cuanto más pude a su cuerpo y tracé su cintura con la mano, indeciso de por dónde comenzar.

—Necesito follarte —demandé acercándome a sus labios— tan profundamente que no sepa dónde comienzas tú ni dónde termino yo.

Llegué a pegar los labios a los suyos y entonces fue su turno de acariciarme.

—Hablemos primero —solicitó y casi me reí al comprobar cómo me observaba.

—No quiero hablar, quiero follar —maldije—. No me trates como un imbécil porque no lo soy.

Lo eres.

—¡No lo soy! —grité de golpe asustándolas y poniéndome de pie, observando hacia todos lados —. No. Lo. Soy.

Me tomé de la cabeza, el dolor era insoportable, mi visión se nubló y la energía que había recobrado se esfumó de golpe dejándome de nuevo de rodillas, haciéndome reír por la posición en la que terminé.

Apoyé las manos temblorosas en mis muslos y seguí riéndome de forma desquiciada.

—Samael…

—Yo queriendo que te arrodilles ante mí y soy quien termina en esta postura —le dije a la chica que se había levantado del sofá.

Instantes después conseguí un segundo de lucidez en medio de mi locura y abrí la boca con la intención de seguir hablando, pero me quedé callado cuando las piezas encajaron en su lugar. Iraide ya no se encontraba en la habitación, la que me observaba con un toque de miedo era Paula, quien se agarraba del brazo de Allison mientras esta le susurraba al oído sin dejar de mirarme.

—¿Dónde está esa maldita? —pregunté y giré el rostro, inspeccionando toda la habitación—. ¿Se fue? —Comencé a reírme—. Por supuesto que se fue —afirmé.

Hice un intento vano por recobrar la razón, pero la locura llevaba una buena delantera, por lo que me seguí riendo de mí mismo por la pregunta estúpida que hice, porque sabía muy bien que Iraide se marcharía sin mirar atrás, sin dudar ni un segundo ni arrepentirse por haberme dejado en mi miseria, desatando en el proceso lo peor de mí, alimentando mi oscuridad y consumiéndome solo.

Negué una y otra vez queriendo espabilar, negándome a trepar a ese estado donde no sabría qué rayos hacer porque estaba siendo desconocido, sintiéndome peor que en mi adolescencia, cuando no sabía cómo combatir de la manera más sana mi enfermedad.

—Samael. —Allison se acercó lentamente, levantando las manos—. Parece que la medicación no te hizo efecto, así que será mejor que te sientes hasta que llegue tu hermano.

Levanté la cabeza cuando Allison adoptó la pose de amiga protectora y llevó sus manos a mi rostro, secando las lágrimas que no dejaban de caer de mis ojos.

Me sentía avergonzado, furioso, cachondo y una miseria. No tenía idea de cómo afrontar tantas emociones corriendo por mi sistema y suspiré cuando Allison me atrajo hacia su cuerpo y dejó reposar mi cabeza en su hombro, murmurando palabras de consuelo.

Ella era la personificación de la esperanza y la calma, como lo fue Lee-Ang en su momento.

Me dejé tocar, notando la tensión en su cuerpo al verme tan perdido, como nunca lo estuve. Allison se había capacitado para lidiar con los episodios oscuros de mi vida, sin embargo, ese estado en el que me encontraba la tomó de sorpresa igual que a mí. Por eso ni ella con sus cinco sentidos despejados pudo hacer algo para sacarme antes de llegar al punto de no retorno.

Perdí la noción del tiempo mientras me lamentaba, recordando una y otra vez el enfrentamiento que tuve con Iraide, memorizando cada palabra dicha y mirada de satisfacción que me dio antes de irse, hasta que la puerta del despacho se abrió de golpe, creí incluso que las bisagras se salieron de su lugar por la persona que llegó como un huracán.

No me moví de donde estaba, quería acompasar mi respiración, sentirme unos segundos fuera de mi cuerpo, por lo que me alejé de las manos que me tomaron de los hombros y me negué a apartarme de mi sumisa.

—*Fratello.* —Escuché apenas y cerré con fuerza los párpados—. *Dai, Fabio, aiutami ad aiutarti* —«Vamos, Fabio ayúdame a ayudarte».

Allison me acarició el cabello por última vez y se alejó de mí, dejándome nuevamente en la mierda, obligándome a observar a Dominik. Él tenía el rostro imperturbable, pero los ojos llenos de angustia.

—*Lei se n'è andata* —«Se fue», dije queriendo perderme de nuevo en su recuerdo—. *Lei si è allontanata da me come fanno tutti quelli che conoscono la mia malattia* —«Se alejó de mí como lo hacen todos los que conocen mi enfermedad».

Asintió en comprensión y maldijo al querer levantarme y que le costara horrores hacerlo, pues mi cuerpo estaba inerte.

—Me dejó en la mierda, *fratello,* pero… ¡maldita sea! No puedo dejarla ir —seguí balbuceando.

Me dejé abrazar en cuanto él trató de consolarme y le correspondí únicamente con unas palmaditas en su hombro.

—Vamos a la clínica, tus ojos están oscuros y no dejas de balbucear y temblar, Fabio. Esta crisis es demasiado para ti.

Lo miré y luego a mi cuerpo, viendo que tenía razón. Los espasmos ya eran incontrolables y mi boca no paraba de moverse. Hablaba, pero no era consciente del resto de palabras que decía.

Dominik no esperó a que le contestara ni colaborara, me echó sobre su hombro como un costal de papas y comenzó a caminar hacia la salida.

—Espera —pedí, tratando de bajarme—, puedo caminar.

Me acomodó como si no pesara nada e ignoró mi petición.

—Allison, llama a Albert para que venga a recoger el coche y luego que vaya a hablar conmigo, el imbécil sabe que no tiene que dejar a Fabio solo en este estado y lleva días así, joder.

—Bájame —insistí.

—¿Por qué demonios no me avisó nada? —continuó con su diatriba.

—*¡Che mi abbassi, cazzo!* —«¡Que me bajes, joder!».

—*Certo, come ordinato, signore D'angelo.* —«Claro, como ordene, señor D'angelo».

Me enfurecí porque no me prestara atención, o le importara una mierda lo que quería. La migraña nubló más mi nula razón, por lo que me impulsé y lo empujé cuando sentí los pies en el piso.

—*Cavolo, Fabio* —gruñó al pretender tomarme de nuevo.

—¡Vete a la mierda! —grité y me tomé de la cabeza por las puntadas de dolor que me provoqué —. Déjenme en paz.

—¡Coopera, joder! No puedes caminar —reclamó cuando me apoyé en la pared y negué con la cabeza, tratando de respirar, tomándome el pecho por el dolor que experimenté al sentir que el aire que inhalaba ya no era suficiente.

—¡Claro que puedo, imbécil! —Intenté dar el primer paso para demostrárselo, pero mis piernas se negaron, temblando demasiado—. O no.

Me reí y lloré al mismo tiempo al sentirme una completa basura inservible, queriéndome desaparecer.

Mátate, así dejará de doler. Te lo prometo, dejará de doler.

Respiré profundo y acaricié la pared, sabiendo que esa voz tenía razón, pero la furia que sentía por lo que pasó con Iraide era insuperable y no estaba dispuesto a irme de este mundo sin antes dejarle claro un par de cosas.

—*Lasciami prenderti cura di te, fratello* —«Déjame cuidarte, hermano», pidió Dominik y seguí riéndome histéricamente apuntándole con el dedo.

Lo sentía por mi hermanito, pero él decidió buscarme cuando el filtro en mi boca y cabeza se habían ido, siendo reemplazados por tantos sentimientos que ya ni siquiera podía identificar. Y llegó

bajo sus propios riesgos, consciente de que en mi estado no medía lo que salía de mi boca.

—*¿Prendersi cura di me?* —«¿Cuidarme?» Me carcajeé de manera desquiciada—. ¿De la misma manera que debiste cuidar a Amelia?

Respiró profundo al escucharme soltar esa pregunta y cerró los ojos brevemente, sabedor de que luego que Iraide destapara nuestro pasado, yo me aferraría a él en un momento como el que estaba viviendo.

Y le daría un golpe demasiado bajo, pero incluso así no me detuve.

—Entonces me doy por muerto, *fratellino*, ya que, si no pudiste cuidar a tu primer amor, menos me cuidarás a mí.

Vi el momento preciso en que herí a mi hermano, a mi sangre y familia. Y me maldije por destruir a todos a mi alrededor. Fui un bastardo porque yo atestigüé el amor que Dominik tuvo por su primera pareja (la madre de Leah), una mujer bipolar que jamás fue tratada hasta que lo conoció a él.

Yo estuve allí para recoger los pedazos de Dominik cuando Amelia Black murió por protegerlo a él y a su propio hermano. Fui testigo de su dolor, de todo lo que hizo antes para darle un poco de luz luego de que ella viviera en total oscuridad. La procuró con más devoción de la que me cuidaba a mí tras conocer mi diagnóstico de bipolaridad.

Dominik se tituló de psicólogo para poder entenderme a mí, sacó doctorados en psiquiatría en su afán de ser mi mayor apoyo, y terminé culpándolo por algo en lo que no tuvo nada que ver, pues Amelia también fue una delincuente gracias a la vida que le tocó y el padre de mierda que la crio, por lo que su cruel destino estuvo trazado desde que nació.

—*Io*… —Me quise acercar a él sin saber cómo demonios retractarme, pero al verlo con los ojos acuosos preferí dar por terminada mi miseria y el de las personas que amaba.

«¿Lo ves?, es mejor que te mueras y los dejes descansar al fin».

Apoyé la frente contra el concreto de la pared y no pensé ni dos veces en darme el primer golpe, queriendo desaparecer el maldito dolor que no me dejaba tranquilo, y con él también esa voz.

—¡Fabio! —gritó Dominik y me tomó de los hombros en cuanto me di el segundo golpe.

—¡Siempre lastimo a la gente que amo! —grité y volví a darme en la cabeza contra la pared—. Me duele, quiero que se vaya, no lo aguanto más. —Me apartaron de golpe y esa vez me dejé porque el dolor se adormeció, dándole la bienvenida a la neblina que quería, la que me dejaba flotando en la nada—. *Non lo sopporta più.* —«No lo soporto más», dije con un lamento.

—*Mi hai sempre, fratello. Sono qui per te.* —«Siempre me tienes, hermano, aquí estoy para ti», aseguró Dominik con voz quebrada y fue lo último que escuché.

Me dejé caer en la inconsciencia cuando el dolor reapareció como una perra insaciable, queriendo consumirme por completo. No fui consciente de nada, aunque escuché una sirena a lo lejos y luego abrí los ojos en el instante en que me apoyaron en una camilla, siendo trasladado con rapidez por el corredor de la clínica donde yo mismo prestaba mis servicios.

—Está a salvo, doctor D'angelo —aseguró Patrick, el médico que me tomaba los signos vitales mientras varios enfermeros me asistían.

Mi hermano me tomaba de la mano y hablaba al mismo tiempo con el médico.

—¿Es necesario considerar la electroconvulsión? —preguntó Dominik con un matiz de furia en la voz al ver que Patrick pedía que me inyectaran demasiados fármacos.

¿Electroconvulsión?

De ninguna manera atravesaría por eso de nuevo. Cuando pasó lo de Marissa yo mismo pedí los electrochoques porque era de la única manera en que no atentaría con mi vida, pero en ese momento, y a pesar de que mis demonios lo pedían, en morir era lo que menos pensaba hasta no

volver a ver a Iraide.

—*¡Non!* —Agarré la muñeca de la enfermera que intentó colocarme una máscara de oxígeno y encaré a Dominik por lo que preguntó—. ¡No doy mi consentimiento para ello! —rugí para Patrick y mi hermano me miró como si yo fuera un niño al cual no querían cumplirle un capricho.

—Ya sé qué sucedió para que estés así, Fabio, y si lo sigues permitiendo no vas a librarla de nuevo —gruñó—. No podemos arriesgarnos a que ella vuelva a ser tu detonante.

—*¡Stai zitto!* —«¡Cállate!», largué.

—*Iraide será la tua rovina se continui a permetterglielo.* —«Iraide será tu perdición si se lo sigues permitiendo», insistió y asentí, recostando la cabeza en la camilla porque la mantuve alzada desde que impedí que la enfermera, quien huyó en cuanto pudo, me pusiera el oxígeno.

A pesar de mi estado le daba la razón a Dominik, me encontraba en la clínica precisamente por lo que señaló. Caí en un episodio demasiado intenso y si quería salir pronto de él debía someterme así fuera a una sesión de electrochoques para estabilizarme, pero no quería arriesgarme a olvidar algo de Iraide por muy mínimo que fuese.

Porca troia.

Me hizo mierda, pero incluso eso quería de ella. Y aceptarlo era la prueba más clara de que debía dejar que Dominik decidiera por mí, sin embargo, no quería olvidar el rostro de esa pelirroja y mucho menos cómo se sentía su cuerpo, o a qué sabían sus besos. Necesitaba ver esos hermosos ojos azules que me cautivaron desde el primer momento en que se imantaron a los míos y reconocer en ellos a mi locura.

A la dueña de mi eutimia.

—No saldrás de esta solo con los ansiolíticos o antidepresivos, *fratello* —aseveró Dominik con impaciencia, al momento de llevarme a aquella sala que conocía a la perfección por todos los procedimientos que yo mismo llevé a acabo para devolverles un poco de cordura a mis pacientes—. Ni las drogas u otras terapias conseguirán lo que la electroconvulsión sí.

Sonreí para él al sentir un pinchazo en mi brazo y luego el sedante recorriendo mis venas. Era solo cuestión de segundos para perderme en la inconsciencia de los medicamentos.

—*Lascia che la mia natura faccia il suo lavoro, fratellino* —«Deja que mi naturaleza haga su trabajo entonces, hermanito», pedí y él me miró sin poder creerlo—. No quiero olvidar a esa delincuente, así que permíteme abrazar mi oscuridad.

—Fabio… —me llamó con una voz lastimera.

—*Mi fido di te, Dominik.*

«Confío en ti».

Sus ojos afligidos me dijeron que no me equivocaba. Él no quería lo mismo que yo, pero me respetaba y amaba, por eso podía jurar que permitiría que fuera yo quien lidiara con mi mierda tal cual quería.

Ese momento fue el de mi verdadera caída y volví a escuchar a Iraide.

«*Benvenuti al buio, diavolo*».

CAPÍTULO 48

Iraide

Les di la potestad a mis hombres para que me reprocharan todo lo que quisieran al siguiente día, pero supuse que tuvieron miedo de mi patético estado cuando salí de *Delirium,* hecha una furia total y cubierta solo con la gabardina que por suerte mantuve en mi cochera designada en el club, ya que, en mi afán de irme, dejé el vestido tirado quien quién sabía dónde.

Y por supuesto que no dormí.

¿Quién en su sano juicio podía hacerlo después de vivir lo que viví? ¿Tras atravesar situaciones estresantes como la fiesta, la masacre, Fabio colándose en mi habitación y luego descubriendo su enfermedad?

¡Joder! Si ya de por sí dudaba que tuviera un sano juicio para ser sincera y añadir lo que sucedió en *Delirium,* fue como la gota que derramó el vaso de mi poca cordura.

—¡Mierda! —grité lanzando todo lo que encontré a mi paso en mi habitación.

Fabio llorando de impotencia me seguía torturando de una manera que jamás imaginé.

La satisfacción que me provocó verlo destruido se esfumó en el instante en que di un paso lejos de él; y en lo único que pensaba era que con cada palabra que salió de mi boca me clavé una puñalada en el corazón, porque todo lo que dije que yo era para él, Fabio también lo era para mí.

Mi principio y mi final.

El desastre hecho a mi medida.

Éramos el uno para el otro tan tóxicos como Chernóbil, pero a la vez tan necesarios como el día y la noche. Eso sí, jamás seríamos la luz de nuestras vidas, algo que ya estaba más que claro desde el momento en que me puse de rodillas para otro hombre con tal de destruir a Fabio D'angelo.

Mi némesis.

Destinados el uno al otro para encontrarnos, colisionar y someternos, creando nuestro propio infierno en la tierra.

—¿Ira? —Me giré para ver a Ace entrando a mi zona de entrenamiento.

Tras tirar todo en mi habitación decidí buscar ropa para Capoeira y me fui hacia la zona que me servía como gimnasio, puse música y traté de perderme entre los acordes y los movimientos de la danza de batalla, con la esperanza de encontrar de nuevo un poco de equilibrio.

—Espero que sea importante —advertí.

Tomé una toalla que tiré cerca de las esteras y comencé a secarme un poco el sudor. Ya estaba bañada en él y mis pulmones ardían al no permitirles volver a llenarse de aire suficiente para respirar con normalidad.

—Lo es —aseguró. Callé para que continuara—. Se trata de Roena, la prometida del difunto Eugene Hall.

Respiré hondo, ya que en ese momento sí necesité recuperar el aliento y de inmediato cogí el agua para darle un trago.

—¿Ya la mataron? —inquirí.

Pensar en eso no me gustó, pues no había tenido la oportunidad de hablar con ella, pero también era algo que me esperaba si mis sospechas terminaban siendo ciertas.

—Para nuestra suerte, aún no. Ha logrado contactarse conmigo y me pidió que te dijera que te

veas con ella en Meridian Hill Park. —Abrí un poco más los ojos con sorpresa.

—¿Por qué te habrá buscado a ti? ¡Joder! ¿Cómo lo logró, sobre todo?

—Prepárate, mi reina. Te diré eso en el camino, ya que la mujer te espera allí en hora y media —respondió y alcé una ceja.

—¿Sabes por qué mis enemigos no han podido conmigo, Ace? —cuestioné al sentir todo tan precipitado. Él vestía con ropa de deporte y cruzó las manos por su espalda y me miró con seriedad y duda a la vez, demostrando que así no lo preguntara, quería escuchar mi respuesta—. Porque no soy estúpida y tampoco una novata como para ir a ese parque y solo poner el pecho para esos que esperan que dé un paso en falso.

—Por supuesto que no lo eres, así como yo tampoco lo soy —declaró y lo miré con seriedad, estudiándolo—. ¿Recuerdas lo que te dije de los perros? ¿Por qué gruñen o atacan a ciertas personas?

Fruncí el ceño cuando soltó esas preguntas, pues no entendí por qué lo llevaba a colación.

—Lo recuerdo y no entiendo qué tiene que ver eso con la petición de Roena —refuté.

—¿Me ves gruñendo o queriendo atacarla?

Admito que su pregunta me tomó por sorpresa, pero a pesar de eso, pude entender que para Ace no era deshonra compararse con los canes, al contrario, amaba tanto a los perros que podía jurar que creerse uno solo le aportaba el mayor orgullo.

—Tengo problemas con la confianza, no lo olvides —le recordé.

—La he estado vigilando desde el sepelio de Eugene, mi reina. Me han informado de cada paso que ha dado y, al parecer, o la chica es más inteligente de lo que aparenta o su prometido le dijo a quién buscar si algo le pasaba a él, ya que llegó a mí por medio de una carta que no lanzó en el buzón del correo, sino que la dejó sobre este en un acto que pareció más a olvido.

—Explícate. —Mi atención total fue para él tras pedirle eso.

—Uno de mis hombres se hizo de la carta y vio que no tenía remitente, al abrirla encontró una fotografía de nosotros el día de la inauguración en el hospital. Fue sacada de una revista y no nos enfoca de forma directa.

Pensé en ese día y recordé que había varios periodistas, aunque no intimidaron a las personas, es más, solo sacaban imágenes al azar y, así me alejara de ellos para no quedar en dirección de su lente, supongo que de manera indirecta lograron captarnos.

—Ella escribió sobre esa imagen «dile que la espero en Meridian Hill mañana a las ocho, en mi rutina diaria de ejercicios». Y en efecto, va a correr todos los días a la misma hora por las mañanas. Había encerrado nuestros rostros en dos círculos, así fue como entendí que me buscaba a mí y por sus palabras supe que el mensaje era para ti.

Sacó un trozo de papel del bolsillo de su pantalón deportivo y me lo entregó, era el recorte de la revista con nuestros rostros en círculo como explicó, estábamos detrás de las personas a las cuales les tomaron la fotografía.

En un pedazo de papel añadido debajo de la imagen leí su mensaje con la tipografía hecha a mano.

—Lo recibí por la tarde de ayer, pero al ver cómo regresaste de tu encuentro con aquella mujer y te encerraste en tu oficina, no quise añadir más mierda a tu día.

—Pues ahora estoy más llena de mierda que ayer, Ace. Así que hubiese sido mejor que lo dijeras en cuanto lo recibieras, ya que esto es importante —informé.

Miré mi reloj, eran las seis y media de la mañana y el Meridian Hill Park me quedaba a unos cuarenta minutos, así que solo podría tomar una ducha rápida.

—No me regañes, preciosa. Ocupé bien el tiempo —aseguró y lo miré entrecerrando los ojos por su forma de llamarme—. He desplegado a algunos de mis hombres para que monitoreen el lugar, no han visto nada extraño, por lo que suponemos que Roena ha estudiado este movimiento que dio. —Se apresuró a explicar antes de que replicara por su mote.

—Iré a tomar una ducha rápida —avisé un poco más confiada.

—Usa ropa de deporte y gorra, fingiremos que somos una pareja haciendo su rutina de ejercicios diaria.

Asentí en respuesta y me marché a mi habitación, hice lo que tenía que hacer con la mayor rapidez posible, pero antes de ponerme un suéter deportivo me coloqué un chaleco táctico donde enfundé algunas armas pequeñas.

Al ir en busca de Ace lo encontré en una motocicleta, Faddei y Kadir me esperaban en el coche, el primero parado al lado de la puerta que abrió para mí.

—Ace ya nos ha informado todo y mientras tú te preparabas desplegué a más de nuestros hombres para que se camuflen como simples visitantes o deportistas en el Meridian —dijo Faddei y asentí hacia él.

—Los veo allá —avisó Ace y sin esperar respuesta se marchó en su moto.

No dije nada al subirme al coche, simplemente traté de enfocarme en lo que estaba a punto de hacer, preparándome para lo que fuera que Roena iba a decirme y deseé que ella aclarara muchas de mis dudas, o que al menos me diera una pista de por qué asesinaron a Eugene.

Faddei y Kadir tampoco hablaron en todo el viaje, los tres íbamos perdidos en nuestros pensamientos, analizando todo hasta que sentí el coche detenerse frente al *Hilltop House,* justo cuando el semáforo se puso en rojo. Miré a mi alrededor y vi a Ace de pie al otro lado, en uno de los tantos accesos al Meridian.

—Estén atentos —avisé a Faddei y Kadir antes de bajarme— y en posiciones estratégicas.

—Copiado, Ira —respondió Faddei concentrado en el móvil en ese instante, hablando con varios de mis hombres—. Ten cuidado —pidió de paso y asentí.

Me bajé del coche y me ajusté la gorra, escondiéndome el cabello con ella y comencé a caminar cuando el semáforo me lo permitió. En cuestión de minutos llegué a donde Ace me esperaba y me tomó por sorpresa en el instante que se acercó a mí y me dio un pico en los labios.

—Pero ¿qué demonios? —espeté y me sonrió con picardía.

—Recuerda que eres mi chica sexi con la cual vengo a ejercitarme —se excusó y lo miré anonadada.

—Tú en serio me pides a gritos que te mate, hombre. —Largué al salir de mi sorpresa.

—Andando, mi reina, que tenemos que llegar al punto donde de seguro Roena te estará esperando —pidió cambiando el tema de forma radical y negué.

Un día, ese tonto me colmaría la paciencia.

Solo por unos segundos me quedé de pie, viendo su espalda musculada cuando comenzó a trotar suave, dirigiéndose hacia unos escalones. Lo seguí al darme cuenta de que era hora de actuar y me puse a su lado.

El parque era grandísimo, con estatuas alusivas a personajes del pasado que de alguna manera marcaron la historia del país, había muchas fuentes y estructuras antiguas que se conservaban en buen estado, así como zonas arboladas que fácilmente permitían pasar desapercibido a sus visitantes. De esa manera intuí que Roena no escogió el Meridian al azar.

—¿Cómo sabes hacia dónde ir? —inquirí hacia Ace, odiándolo porque parecía que no se cansaba cuando yo ya quería tomar un descanso.

—Suponiendo que Roena dejó esa carta sabiendo que la seguíamos, entonces intuyo que te esperará donde siempre toma un descanso desde que la vigilamos. Cada día, a la misma hora se detiene en uno de los bancos de cemento subiendo esa estructura —Señaló con la barbilla una especie de segunda planta dentro del Meridian.

La tierra tenía muchos desniveles, algunos más altos o bajos que otros, así que el arquitecto que diseñó el modelo del parque decidió crear estructuras con graderíos para aprovechar cada centímetro del terreno. Donde Ace señaló había una enorme fuente que descendía un buen tramo hasta llegar al otro lado de la calle.

En todo el trayecto vi a más de mis hombres fingiendo ejercitarse, así como algunas chicas. Lastimosamente eran pocas mujeres las que trabajaban de forma activa conmigo, la mayoría se quedaban en áreas menos peligrosas.

—Tiene que estar allí en tres minutos aproximadamente —prosiguió Ace y no respondí nada, ya que íbamos trotando por los escalones y mis pulmones comenzaron a arder gracias a la pérdida de oxígeno.

Sin embargo, saqué hasta el último respiro para lograr llegar arriba, aunque deseé matar a Ace más que cuando me besó porque enseguida me llevó hasta otros escalones, pero me detuve de hacerlo solo porque en ese momento descenderíamos.

—¡Mierda! —Jadeé.

—A tu derecha —avisó Ace en cuanto llegamos a la zona arbolada. A unos diez metros de distancia vi a Roena estirándose cerca de un banco de cemento—. Trota hasta llegar a ella y yo me quedaré cerca, vigilando que nada extraño suceda.

—Abre bien tus ojos, porque todavía nos podemos llevar una sorpresa —demandé y asintió.

Respirando hondo por unos segundos, cogí el aire suficiente para reanudar mi trote hasta donde la chica estaba. Fingía hacer estiramientos, pero también noté que observaba a su alrededor, temerosa, desconfiada y cuando me reconoció corriendo hacia ella se tensó.

Le sonreí amable y saludé con la cabeza al acercarme al banco de cemento, fingiendo ser solo una mujer más en su rutina diaria, cruzándome con ella por pura casualidad.

—¿Puedo estirarme aquí? —pregunté, ya que había más personas cerca de nosotras.

—Por supuesto —dijo amable y me puse del otro lado del banco para quedar de frente, subí un pie y comencé a estirarme, buscando acercarme más.

Tenía ojeras pronunciadas y el rostro pálido, sus rizos rebeldes estaban en un moño apretado y su ropa parecía más como para andar por casa que para ejercitarse. Me sorprendió darme cuenta de que no era la chica elegante que a Eugene tanto le gustaba alardear, aunque supuse que perderlo la llevó a ese estado.

—¡Dios! Creí que no vendrías —confesó por lo bajo cuando me tuvo cerca y la miré con disimulo.

—Admito que eres muy inteligente al haber descubierto a mis hombres siguiéndote —alabé.

Se veía nerviosa, aunque también muy decidida.

—Eugene me preparó sabiendo el mundo en el que se manejaba —comentó y tomó asiento—. Y me dijo que, si un día le pasaba algo, estuviera atenta a mi alrededor porque tú enviarías hombres a seguirme. Por eso siempre que te dejaste fotografiar o saliste en alguna foto de forma accidental, me mostraba a los hombres que te cuidaban para que los reconociera.

Me sorprendió esa información y decidí sentarme a su lado con la seguridad de que, en efecto, ella sabía demasiado.

—¿Y cómo es que confiaste en mis hombres? ¿Nunca te pusiste a pensar que a lo mejor mandé a

que te siguieran para deshacerme de ti? —inquirí y sonrió.

—No, porque Eugene también me aseguró que jamás te traicionaría, Ira. Por eso me pidió confiar solo en ti —rebeló y la miré con los ojos muy abiertos.

No me lo esperaba.

—Seré sincera contigo, Roena. Yo jamás te pediría que confíes en mí —repliqué con cinismo y sonrió con debilidad.

La vi abrir la boca dudosa, pensando qué decir, mirando hacia todos lados hasta que me tomó de la mano y la apretó.

—Recibí la visita de tu amigo —murmuró y fruncí el ceño—. No quise decirle nada, sin embargo, pero opté por buscarte de una vez por todas.

—¿De qué amigo hablas? —inquirí y su postura se volvió rígida.

—Me dijo que tú lo enviaste, que quería ayudarme, que tú querías ayudarme. Por eso te busqué, Ira… Eugene fue ase…

Todo pasó tan rápido, que lo único que alcancé a escuchar fue un zumbido cerca de mi oreja y en segundos sentí el rostro salpicado con algo caliente. Me erguí al ver a Roena desplomarse en mi regazo, con la cabeza en mis piernas, manchándome de la sangre que salía del medio de sus ojos.

Fue un tiro limpio y preciso.

—¡Mierda! —espeté en cuanto la gente gritó y corrió para esconderse cuando varios disparos comenzaron a ir de aquí para allá.

Bajé la cabeza en el momento que un proyectil impactó al lado de las piernas de Roena y por instinto la cogí para cubrirme con ella. Me lancé al suelo agradeciendo que el banco fuera hueco de la parte de abajo y con salida atrás para esconderme entre las plantas que lo adornaban.

Alrededor de tres disparos impactaron en el cuerpo de la chica que me servía de escudo, activando la furia que había logrado dormir al pensar en que me reuniría con ella.

—Lo siento mucho, cariño, pero se trata de sobrevivir y tú ya estás muerta, así que me toca usarte de escudo —le dije al ver sus ojos fijos en mí, aunque ya no me veía.

Me metí lo más que pude debajo del banco y maldije cuando otra ráfaga de balas impactó en Roena, alabando a mi inteligencia por siempre usar guantes que protegieran mis huellas en situaciones como esas, ya que la dejaría ahí tirada y los forenses la estudiarían, pero no encontrarían rastros de mí.

Los gritos de las personas no cesaban, vi a algunos inocentes caer al ser impactados por el fuego cruzado y negué, abriendo el cierre de mi sudadera para sacar una pistola.

Conté los segundos, intentando formar un plan para escapar y, de pronto, escuché a varias personas acercarse; me preparé para lo que fuera y sentí un alivio tremendo al oír la voz de Faddei dando indicaciones, aunque estuve a nada de disparar al sentir a alguien llegando al cuerpo de Roena.

—¿Ira? —me llamó Ace y solté el aire que contuve cuando lo vi apartar a la chica y de inmediato me tomó de la mano para sacarme de debajo del banco.

—¡Disparen a matar a todo lo que se mueva! —ordenó Faddei y noté a varios de mis hombres formando una coraza a mi alrededor.

—¡Abajo! —le grité a Ace cuando vi a un tipo apuntándole mientras me auxiliaba.

Ni siquiera respiré para concentrarme al tirar del gatillo, aunque supongo que con una vida criminal ya no era necesario, pues derribé a aquel malnacido en cuestión de segundos y varios más de sus compañeros le siguieron al decidir aparecer.

Ace hacía lo suyo en mi punto ciego, Kadir y Faddei también.

El tiroteo se hizo más intenso, pero alcanzamos a escuchar a lo lejos las sirenas de las patrullas

que se acercaban.

—¡Salgan de aquí! —gritó un tipo del equipo de Ace.

Corrí junto a él al tener luz verde y en el camino vi que varios de mis hombres se deshacían de los enemigos, aunque también unos pocos cayeron. Los árboles nos sirvieron para camuflarnos y en cuanto nos alejamos del ojo del huracán, decidimos esconder las armas y fingir que éramos víctimas huyendo por nuestras vidas.

Ace me tomó de la mano para guiarme, aunque corrí a su lado sabiendo que íbamos para su motocicleta.

—¡¿Qué carajos pasó, Ace?! —exigí saber tomando el casco que me entregó.

—Lo mismo me pregunto, pero este no es el mejor momento para analizar. Tengo que sacarte de aquí, sube ya —pidió y me enganché a la moto casi de un salto.

Me agarré con fuerza a su cintura en cuanto la moto se levantó del frente por la brusquedad con la que Ace metió las velocidades y miré a mi alrededor, atenta de lo que pudiera pasar. La gente corría desesperada y algunos conductores colisionaron con otros al querer huir en sus coches.

Alcancé a ver a Faddei y Kadir corriendo a lo lejos y maldije, deseando que salieran ilesos, pero no fue tanto porque me preocupara por ellos, sino más porque lo que Roena alcanzó a decirme resonaba en mi cabeza y me urgía descubrir qué *amigo* mío la buscó en mi nombre.

Miré por el espejo retrovisor todo el camino, moviéndome incómoda en el momento que el temblor se trasladó a todo mi cuerpo, cerrando los ojos solo cuando nos alejamos lo suficiente y todo comenzó a rebalsar dentro de mí.

Y casi me tiré de la moto al llegar al almacén sur, algunos de los hombres ya habían llegado y se curaban las heridas, pero en ese instante no les di más atención y corrí hacia el interior. Ace me siguió y no me importó que me viera explotar. Maldije y tiré todo a mi paso hasta que entré a la oficina.

—¡Dijiste que tenías todo cubierto! —le grité y lo golpeé en el pecho a la vez, retrocedió ante el impacto, pero logró mantener el equilibrio incluso cuando volví a empujarlo con furia—. ¡Me dejé guiar por ti, imbécil, y estuve a punto de morir! ¡Me tendieron una puta trampa!

—Debieron seguirla, Ira. Te juro que cuadré todo con detalle, jamás te pondría en peligro.

—¡Cállate, hijo de puta! —espeté.

La adrenalina del momento, y el estrés acumulado por todo lo que me había sucedido en esos días, estaba haciendo un efecto secundario bastante feo en mí y no podía pensar con claridad. Culpé a Ace por lo que acababa de pasarme, pero muy en mi interior sabía que la culpa era mía, ya que, si hubiera estado concentrándome en la organización y no en un imbécil Dominante, nada de eso estaría sucediendo, pues habría analizado mejor las cosas y no me hubiese dejado ir sin salvaguardarme antes.

—Este plan no lo sabía nadie aparte de mi gente hasta esta mañana, Ira —siguió Ace.

Yo estaba caminando de un lado a otro en mi oficina, me había sacado la gorra, así que me tomaba el cabello con fuerzas pensando en qué pudo fallar.

—¿Qué quieres decir? —exigí.

—Que solo mi gente sabía de este plan, hasta esta mañana que se lo dije a la tuya para que nos apoyaran —Lo miré sin parpadear entendiendo lo que quería decirme.

—*Recibí la visita de tu amigo. No quise decirle nada, sin embargo, pero opté por buscarte de una vez por todas.*

—*¿De qué amigo hablas?*

—*Me dijo que tú lo enviaste, que quería ayudarme, que tú querías ayudarme. Por eso te busqué, Ira… Eugene fue ase…*

Las últimas palabras de Roena llegaron a mi cabeza y así no confiara en nadie, sí confiaba en que Ace sabía dónde se metía al ayudarme a reunirme con ella; y no lo creí tan estúpido como para llevarme con la chica sabiendo que lo iba a delatar.

—¡¿Ira?! —Escuché a Faddei gritar y me tensé.

Ace no lo dijo de forma directa, pero fue claro al señalar que hasta esa mañana solo su gente sabía lo del plan, la mía se enteró una hora antes de partir al Meridian.

—¡¿Ira...?!

—¡Me traicionaste! —corté a Faddei en cuanto entró a la oficina, Kadir lo seguía—. ¿O fuiste tú, hijo de puta?

—Jamás, mi señora —respondió el turco de inmediato con una seguridad que nunca vi en él.

—¿De qué carajos hablas? —preguntó Faddei indignado.

—Roena alcanzó a decirme cosas, Faddei. Y este maldito plan solo lo sabía Ace y su gente hasta esta mañana.

—¡Sí! Bastante conveniente que lo dijera justo antes de salir de la mansión y que luego te emboscaran ¿no crees? —soltó el calvo y miró a Ace con ganas de asesinarlo.

—¡¿Qué putas insinúas?! —rugió Ace.

—¡Que esperaste hasta esta mañana para decirnos tu puto plan y convenientemente luego de eso le tienden una trampa a Iraide! ¡Es un plan maestro, según como yo lo veo! —Largó Faddei y los miré a ambos.

Los dos dijeron cosas aceptables y la cabeza comenzó a dolerme.

—Mi señora, nosotros nos quedamos atrás para asegurarnos de que usted saliera con vida de ese parque —comentó Kadir.

—Lo único claro aquí es que tengo a un puto traidor, ya sea de tu lado o del tuyo —señalé tanto a Ace como Faddei y los dos endurecieron la mandíbula.

Y entendí lo que Kadir quiso decir con eso de que se quedaron atrás por mí, pero los razonamientos no eran válidos para mí en ese instante donde la furia amenazaba con sucumbirme.

—Tienes mi lealtad desde hace años, Iraide. Incluso desde antes de que Frank muriera. —Apostilló Faddei y me cogí de la nuca con ambas manos, mirando hacia el techo.

—Y yo le fui fiel a Leonardo desde que tengo uso de razón y él te era fiel incluso sin conocerte. Me investigaste antes de aceptarme y lo hiciste precisamente porque descubriste que no soy un puto traidor, Ira. Así que créeme cuando te digo que, si le entrego mi lealtad a alguien, es para siempre —aseveró Ace y negué.

Maldije en mi mente y cerré los ojos por un segundo, pensando en cómo me había llegado la mierda al cuello en un santiamén. Me incliné hacia el frente y puse las manos en mis rodillas cuando la respiración me quiso fallar.

La fiesta, la masacre, mis malditos encuentros con Fabio y ahora ese ataque.

¡Joder!

Iba a decir algo cuando sentí que mi móvil en mi sudadera comenzó a sonar y al tomarlo vi el número de Dimitri y fruncí el ceño.

—No me llamas en un buen momento —al responder.

—*Visité a la novia de Eugene Hall hace dos días, Ira, y ahora estoy en el Meridian Hill Park haciendo el levantamiento de su cuerpo* —soltó de golpe y tragué con dificultad.

—¿Le dijiste que ibas de mi parte?

—*Supuse que confiaría más en mí si le decía eso* —respondió y sin esperarlo tomé una exhalación profunda.

Jamás lo admitiría en voz alta, pero al abrir los ojos y ver a aquellos tipos frente a mí, sentí un gran alivio.

—¿Sabes quién pudo haber sido? —pregunté.

No tenía muchas esperanzas de que respondiera, ya que así hubiéramos hecho un trato, el tipo me seguía odiando por creerme la autora principal de la desaparición de su hermano. Y tampoco es que estuviera equivocado.

—*Atrapamos a unos tipos, son parte de una pandilla del sur de la ciudad y otros vienen del sur de Richmond* —respondió y me tomó por sorpresa que compartiera eso—. *Reconozco a uno, lo vi merodeando cerca de la casa de Roena Lander, así que esto me lleva a la siguiente pregunta, ¿es parte de tu gente?*

Sonreí sin gracia al escucharlo.

—¿Qué te hace pensar que diré la verdad? ¿Ya confías en mí? —inquirí con fingida diversión.

Tanto Ace como Kadir y Faddei me miraban atentos.

—*No, pero dado que hemos hecho una tregua, tu respuesta me servirá para saber dónde buscar* —respondió con lógica.

—Siendo así, y porque nos conviene a ambos, créeme cuando te digo que no. No tiene nada que ver conmigo —aseguré. No mentía.

Nadie del sur de la ciudad, o de Richmond trabajaban para mí, pero sí sabía quién manejaba esos puntos.

Harold Bailey.

Corté la llamada con Dimitri y, así me sintiera aliviada porque pudo aclararme un poco del torbellino de mierda que me envolvió por un momento, comencé a negar y maldecir, pensando en que esa vez me enfrentaría a dos séptimos, si no me llevaba la sorpresa de que otro más se uniría.

Tiré el móvil en el escritorio y puse ambas manos en el respaldo de una silla, agachando la cabeza y tratando de respirar profundo para apaciguar mi furia.

—Váyanse —pedí.

Ninguno de los tres dijo nada, aunque escuché pasos ir hacia la puerta y lo agradecí.

Mi pico de estrés era tan crítico en ese instante, que lo comparé con el punto fulminante que provocaba la adrenalina en mi cuerpo; y lo peor de todo era que, conocía una salida para liberarme, pero gracias a lo último que había experimentado con un hijo de puta como Fabio… nada que no fuera con él me apetecía.

Lancé la silla a un lado dejándome ganar por la frustración y la ira que eso me ocasionó, ya que, aunque me muriera de ganas no lo buscaría y menos después de lo que sucedió la noche anterior.

—¡Puta madre! ¿Algo más me va a pasar? —grité y tomé la lámpara del escritorio, lanzándola a la pared.

Medio ladeé el rostro con el movimiento y capté en mi periferia una sombra. Me giré enseguida para ver al dueño.

—Cálmate —pidió con voz tranquila y lo miré regalándole una risa irónica.

—¿Cómo carajos me pides que me calme después de todo lo que ha pasado? —pregunté.

Con toda la confianza del mundo lo vi cerrar la puerta, detrás suyo, y le puso seguro. Alcé una ceja al ver su acción y más cuando caminó hasta parar a centímetros de mí.

—¿Cómo te desahogas en momentos como estos? —inquirió y lo tomé de la muñeca en cuanto alzó una mano para alcanzar el cierre de mi sudadera.

—No estoy para tus bromas, Ace —advertí.

—Bien, no es necesario que respondas porque sé lo que te ayuda en momentos así, Iraide —aseguró y lo miré altiva—. Y no estoy bromeando. —Zanjó.

—No sabes dónde te metes —reviré.

—El día de la masacre, cuando dejé pasar a D'angelo lo seguí solo para asegurarme de no haberla cagado —confesó y abrí los ojos con exageración—. Los vi.

Lo cogí del cuello dejándome llevar por el *shock* y la indignación, y respiré con dificultad.

—¿Qué tanto viste? —exigí y sonrió de lado. Sin temor alguno de mi mano presionando su cuello.

—Lo suficiente para darme cuenta de que puedo hacerlo mejor —aseguró.

Su respuesta me dejó pasmada y sin saber cómo proceder.

CAPÍTULO 49

Iraide

Si lo analizaba mejor, no fue únicamente la respuesta de Ace lo que me dejó fuera de mis cabales, sino también esa sonrisa coqueta y orgullosa que gesticuló tras lo que me provocó. Y con eso me demostró que no se sentía intimidado por mí, o mi reacción a semejante declaración. No le dio miedo que lo quisiera matar por vigilarme en un momento tan íntimo, al contrario, creí que todavía le seguía excitando y por eso fue por lo que no soportó las ganas de confesármelo.

—Déjame comprobarte con hechos lo que te digo con palabras —siguió y noté que su voz había bajado dos octavas, me miró con ojos lascivos y al comprobar lo temerario que era, sonreí un tanto incrédula.

Todavía me sentía molesta con él por el ataque en el que me vi envuelta, también con Faddei y Kadir, ya que, así Dimitri me haya llamado para esclarecer ciertas dudas, aún seguía reacia y con la desconfianza burbujeando en mi sistema junto a la necesidad fisiológica del sexo desenfrenado que tanto me desahogaba en situaciones como esas.

Y ya había aprendido las dos formas de torturar a un hombre, con placer o dolor. Y quería darle ambas cosas a Ace en ese instante. Así que, aflojé mi agarre en su cuello, pero le enterré las uñas en cuanto, habiendo medido el terreno, comenzó a abrir con lentitud el cierre de mi sudadera.

—Si viste lo que pasó con Fabio, entonces debes saber que no estoy para tener un simple polvo… flojo. —Zanjé con veneno, mas no le afectó. Al contrario, sonrió como todo un cabronazo.

Tras eso, y sin apartar los ojos de mí, sacó los guantes de mis manos, estos estaban hechos de una especie de material que imitaba a las medias traslucidas, por eso no siempre los notaban. Contuve la respiración cuando se llevó mis dedos a su boca y mordió las yemas, arrastrando los colmillos en la carne suave y sacándome un siseo porque no fue para nada delicado.

—Soy sádica, Ace —le dije como recordatorio.

—Y también masoquista, lo sé. Mi error haber sido tan blando en tu museo la otra vez —admitió.

Volvió a morderme las yemas y luego chupó para acariciarme con la lengua.

—¿Tienes complejo de vampiro? —inquirí y sonrió—. Por eso modificaste así tus colmillos.

—En realidad, no tengo complejo de nada y mis colmillos siempre fueron así desde que crecieron. Me hicieron mucho acoso escolar por eso y partí muchas narices por la misma razón. Pero al crecer, noté que a las chicas les llamaba la atención, así que solo los pulí para sacarles provecho —confesó y sonreí ante tal cosa.

Mientras hablaba dejé que me sacara la camisa y me quedé solo en sostén, sus iris brillaron y se oscurecieron un poco.

No negaría que disfruté de aquel polvo que tuvimos (así fuera *blando*), al contrario, siempre admitiría que lo gocé y mucho. El problema era lo que probé luego de eso, lo cual me hizo entender que todo lo que hubo antes fueron simples juegos de amantes vainilla. Fabio D'angelo junto a su *alter ego* Samael, me dieron a probar el chocolate más puro, oscuro y afrodisiaco; y me prendé tanto, que me volví una idiota por querer despreciar el manjar frente a mí.

—Necesito dominación, Ace. No un desahogo —susurré con enojo cuando acarició sobre mis pechos con los dedos.

El enojo era más por mí, por pensar en Fabio en ese instante, por querer detenerme cuando una

noche antes el muy cabrón me pasó por la cara lo que hacía con Sophia. Ace chasqueó la lengua por mis palabras y se acercó con rapidez, tomándome de la nuca sin dejarme reaccionar.

—No confundas mi respeto con debilidad hacia ti, Ira —exigió y cogió mi cabello en su puño cuando no respondí. Lo hizo con firmeza, provocando que mi cuero cabelludo ardiera y sonreí de lado, feliz de que, con esa reacción, me hiciera tener toda mi atención en él y sacara a Samael de mi cabeza—. Porque te aseguro que puedo esconder todo ese respeto y follarte a lo bestia si es lo que deseas en este instante. —Gemí porque llevó su mano libre hasta el medio de mis piernas y acarició mi coño.

Usaba *leggins* gracias a la farsa de que iríamos a ejercitarnos, así que la tela facilitó que sintiera sus dedos moviéndose sobre esa zona tan necesitada y me obligó a echar la cabeza hacia atrás en cuanto tiró más de mi cabello. Acarició mis labios con su aliento y yo jadeé desesperada por sentirlo sin ropa de por medio.

—Fóllame, Ace. Y que sea sin restricciones. —Cedí y sonrió sobre mi boca.

Mis palabras fueron su detonante. Cerró los ojos por un segundo, deleitándose con mi demanda y luego chocó su boca con la mía.

El corazón se me aceleró ante ese hecho, ya que la primera vez no necesitamos de los besos, lo dejamos solo en un polvo pasajero, sin embargo, en ese momento la situación había cambiado y no me negué. Al contrario, lo recibí gustosa y ambos gemimos ante el contacto de nuestros labios en un beso arrasador que nos hizo tambalear a ambos.

Y hubo mordidas incluidas.

¡Mierda! Llegué a admitir en mi cabeza por qué es que a las mujeres les gustaba esa peculiaridad en los dientes de Ace; y el maldito había aprendido cómo usarlos, ya que mientras me devoraba la boca siguió arrastrando los colmillos con fiereza en mi labio inferior, provocando ardor, dolor y luego lujuria al chuparlo para calmar la molestia.

Su mano en mi cabello siguió apretándose con precisión y la otra la guio dentro de mis *leggins* y mis bragas, encontrándose con mi centro necesitado de un toque más directo. Jadeé ante el contacto de sus dedos en mi zona resbaladiza y Ace aprovechó eso para meter su lengua, la mía lo buscó enseguida, diciéndole así lo ansiosa que ya me tenía.

Su manera de agarrarme y la determinación con la que comenzó a hacerme avanzar hacia atrás, sin dejar de mover sus dedos en mi manojo de nervios, me volvió loca. Lo tomé del pelo, hincándole las uñas en el cuero cabelludo al sentirme desesperada y más que preparada para recibirlo en mi interior.

—¡Joder! —gemí al chocar con una pared.

Ace no perdió el tiempo y enseguida me separó los muslos con sus piernas, dejándome expuesta incluso con la ropa y, antes de volver a besarme, bajó una copa del sostén para amasar mi teta con una mano, deshaciendo el agarre en mi cabello; y agradecí que no perdiera el tiempo y continuara los movimientos en mi coño.

Abrí la boca, jadeando sin poder evitarlo y me miró a los ojos. La oscuridad que tenía en los suyos me prometía que esa vez, en definitiva, no sería igual a la anterior.

—Tu carita y esos gestos me dicen lo mucho que disfrutas de este hijo de puta blando —alardeó y me mordí el labio, soltándolo de inmediato cuando otro gemido salió de mi boca porque sus dedos esparcieron la humedad por toda mi raja, concentrándose luego en mi clítoris.

La mano en mi teta bajó hasta mi cintura y siguió su camino a un cachete de mi culo, apretándolo con toda la intención de marcarme, provocándome un dolor intenso que con los movimientos en mi coño se volvió placentero. Ace siguió deleitándose con mis gestos y me regaló una pequeña sonrisa satisfecha al ver que mis caderas comenzaron a moverse buscando la fricción de sus dedos.

—¡Puta madre! —chillé al ver lo que hizo en cuestión de segundos.

El muy cabrón tomó el medio de mis *leggins* y con un fuerte tirón la abrió hasta mis muslos, hizo lo mismo con mis bragas dejando la tela colgar de mi cintura. Me mordí los labios ansiosa y abrí aún más las piernas bajo su atenta mirada, llevando una mano a mi sexo, tocándome por mi cuenta para demostrarle cómo me tenía. Se quedó quieto, disfrutando de la demostración que le daba al darme placer a mí misma y sus ojos brillaron con lujuria cuando me vio subir los dedos con la intención de chupármelos para probar mi necesidad.

—No —demandó y me tomó la muñeca antes de lograr mi cometido—. Este placer será para mí —aseguró y chupó mis dedos empapados por mis fluidos.

El gemido de placer que soltó al saborearme logró que mis pezones se endurecieran y otra oleada de placer descendiera de mi vagina.

—Abre más las piernas —demandó con voz ronca y lo encaré levantando la barbilla, él sonrió sin inmutarse—. Y obedece, preciosa, porque en este instante no te veo como mi reina —añadió y alcé una ceja—, pero sí como la dueña de esta maldita erección —aclaró y un lado de mi boca se curvó hacia arriba.

Me relamí ansiosa al verlo desnudarse, quedándose en bóxer unos minutos y notar que ya se encontraba duro. El *piercing* sobresalía sobre la prenda y juré que la boca se me hizo agua cuando se sacó la tela y comenzó a bombearse la polla, acercándose hasta tomarme de la barbilla y besarme nuevamente, ambos tocándonos a sí mismos y dándonos placer.

Me mordió el labio inferior con fuerza, alejándose en el proceso y me tomó de la mano, apartándola para comenzar a bajar. Mi respiración era una mierda cuando de rodillas, levantó la mirada y se relamió los labios, sujetando una de mis piernas, levantándola hasta ponerla sobre su hombro.

—Agárrate de donde puedas. —Fue su única advertencia mientras miraba con deseo mi coño.

Me sostuve de la pared al momento de sentir su respiración sobre mi clítoris y gemí cuando su boca atacó sin piedad, lamiendo, chupando y mordiendo. Su lengua hizo maravillas en mi manojo de nervios, en una combinación perfecta con sus colmillos, y grité de placer absoluto en cuanto me miró desde su posición, sin dejar de comerme el coño, comprobándome así cómo supo aprovechar lo que la naturaleza le dio.

—¡Ace! —jadeé y lo tomé del cabello.

Lo sostuve en ese punto, sintiendo su satisfacción al empotrarme contra la pared para que no me moviera y apoyó una mano en mi estómago, subiéndola hasta meterse dentro de mi sostén y pellizcarme un pezón.

Apoyé la cabeza contra la pared y cerré los ojos, concentrándome en las sensaciones que estaba teniendo, el placer del dolor y gozo era perfecto, Ace supo combinarlo al seguir mordiendo con fuerza y chupando a la vez, provocando que necesitara más de ello.

Sentí su frustración cuando quiso palpar más la piel de mis piernas y los *leggins* no se lo permitieron, por lo que, tomando las perneras los rasgó aún más, dejando una mayor extensión de mi piel descubierta y a él satisfecho para seguir con su ataque, incorporando dos dedos dentro de mí, moviéndolos al mismo tiempo que su lengua se concentraba en mi clítoris, haciendo círculos que me tenían a punto de ebullición.

El orgasmo comenzó a construirse con fuerza, nublando mi razón, haciéndome soltar incoherencias que le causaron gracia y con su risa a mí me provocó un gemido porque no fue la traviesa de siempre, sino una más cabrona.

Se levantó cuando estuve a punto de llegar y lo miré mal en cuanto pasó su lengua sinvergüenza

sobre sus labios y luego chupó sus dedos. Me tomó del cuello queriéndome castigar por mi gesto y sentí que solo con eso terminaría de correrme.

—No vas a correrte de esa manera, Ira —advirtió y sentí su polla pasearse sobre mi coño, el *piercing* haciendo maravillas—. Quiero tu orgasmo bañando mi polla.

Asentí con el rostro teñido de lujuria, él enganchó el brazo en la parte de atrás de mi rodilla para luego alzarme la pierna a la altura de su cintura, sosteniéndome en una posición un poco incómoda, pero no me quejé, ya que el placer de sentirlo cuanto antes dentro mío era más fuerte.

Se pegó a mi cuerpo y su mirada intensa me provocó tanto calor, que sentí como si aún tuviera la sudadera puesta.

Jugó con mi cordura un buen rato, paseando su polla por mis pliegues, besándome, tragándose mis gemidos hasta que lo tomé del cuello con impaciencia e hinqué mis uñas en él. Siseó por el repentino dolor, pero no las quitó; apoyó su frente contra la mía y me miró directo a los ojos, tomando con fuerza mi muslo para luego separarse y hacerme gritar en cuanto me embistió sin previo aviso, dejando toda su polla en mi interior sin moverme.

—¡¡Muévete!! —demandé y clavó sus dedos en mi cintura con mucha violencia para contenerme.

—¿Por qué? —Jadeó sobre mi rostro—. Y responde bien —exigió tomándome también del cuello en un agarre tan fuerte, que sentí que la respiración se me cortó y juré que dejaría marcas.

Por mi parte arrastré las uñas en su piel, demostrándole que yo también podía dejarle mis marcas, diciéndole de esa manera que no estaba dispuesta a perder y comprobando que le daba placer que lo retuviera así.

—¿Por qué, Iraide? —demandó en mi oído y gemí con placer absoluto cuando arrastró sus dientes en el lóbulo de mi oreja y luego mordió un poco al frente, donde comenzaba mi mandíbula.

Pero no fue solo el dolor lo que me dio placer, sino el movimiento giratorio que hizo con sus caderas, metiéndose dentro de mí hasta la empuñadura, estirando mis paredes vaginales con su grosor y tamaño.

Tras eso lo odié, porque se quedó quieto, esperando mi maldita respuesta.

—Muévete, Ace —dije con la voz entrecortada y me miró ansioso—, por favor —cedí.

Su sonrisa hija de puta fue todo el aviso para lo que siguió.

Las embestidas fueron demoledoras, su cuerpo contra el mío, mis tetas rozando su pecho, nuestros labios encontrándose en cada uno de sus embates. Lo tomé con energía de la mandíbula y le clavé las uñas, viendo cómo dos gotas de sangre salían de su piel. Me acerqué hacia ellas, lamiéndolas con deseo de sentir su sabor en mi boca, soltando un ruidito de aprobación cuando su gusto impregnó mis papilas y una de sus manos me pellizcó los pezones.

Grité con locura en el instante en que él mordió mi cuello, sintiéndome como la protagonista de un libro de vampiros que Gigi me hizo leer solo porque necesitaba tener con quién compartirlo. Y, aunque la historia no me agradó porque no disfrutaba tanto de la lectura, sí mojé mis bragas con las escenas eróticas y fantaseé con un ser mitológico.

Ace estaba cumpliéndome esa fantasía, atacando mi piel con mordiscos que de seguro dejarían morados, o me sacaría sangre también. El *piercing* en mi interior hacía cosas extraordinarias puesto que, con cada azote en ese punto que me volvía loca, mi cuerpo se electrizaba y mi agarre en su cuello se intensificaba.

Él me devolvía la misma fuerza, mirándome con admiración cuando nos separamos; eso le dio mayor movimiento para follarme con rudeza, observando su rostro enrojecido por mi agarre; el mío de seguro estaría de la misma manera porque tras morderme volvió a tomarme, formando un collar con sus manos que me apretó hasta que el aire se me hizo escaso pero soportable, por lo que cerré

los ojos en cuanto un demoledor orgasmo me tomó por sorpresa. Ace endureció la mandíbula al sentirme engulléndole la polla con vigor.

Esperó con paciencia a que volviera de mi bruma y se salió de mi interior, dándome vuelta, azotándome el culo con tanta brusquedad, que me tapó los oídos y me hizo sorprenderme de *ese* Ace.

Conocía su lado coqueto, sus palabras sinvergüenzas y sus insinuaciones descaradas, pero de ahí a que me estuviera dando un exquisito polvo, era diferente. Podía notar su voltaje, su manera de hablarme al oído cuando me tuvo con el rostro contra la pared y cómo volvió a tomar mi cuello con posesión.

—He de decirte que tener tu culo de esta manera, me está enloqueciendo —susurró y me reí.

Apoyé mis palmas contra la pared y me empujé hacia su cuerpo, levantando el culo hasta escucharlo respirar profundo y tomarlo con sus manos, abriendo los cachetes de este y direccionando su polla en mi coño hasta meterla con rudeza.

—A mí me enloquece ese maldito príncipe Alberto —murmuré sobre su *piercing* y me dio otro azote.

—No, preciosa. Te enloquece quién lo usa y cómo sé rozarlo en tus zonas más sensibles —aseguró.

Abrí la boca por la emoción de que me siguiera follando y comenzó a moverse, chocando su cuerpo en mis glúteos, sus manos en mis tetas y luego en mi cabello, tomándolo en su puño y tirando hacia atrás hasta obligarme a arquear más la espalda.

Moví la cabeza en aprobación, encontrando su mirada y levanté una pierna, apoyando la rodilla contra la pared. Me tomó del mentón desde su posición y me tiró hacia atrás, llevando ambas manos a mi cuello y oprimiendo, haciéndome gemir para luego comerme la boca sin dejar de embestirme.

Encontré sus embates con gusto y la oficina se llenó de gemidos, de nuestros cuerpos colisionando y de palabras perdidas en la bruma del placer que estábamos teniendo.

Me tomé de su nuca cuando las piernas comenzaron a fallarme e inhalé con fuerza en cuanto sentí otro orgasmo querer explotar. Él se dio cuenta de mi deseo porque no paró, al contrario, comenzó la verdadera tertulia, llevando una de sus manos entre mis piernas sin descuidar su agarre en mi cuello, anclando su mano de nuevo como un maldito collar. Guie mi boca hacia su brazo cuando otro grito quiso escapar y lo mordí hasta sentir el sabor a hierro.

—¡Eso es! —gimió y su voz fue el interruptor para liberarme—. ¡Me la aprietas delicioso, joder!

Me quedé quieta, cerrando los ojos en el momento en que las sensaciones se hicieron insoportables y llevé mis manos hacia la pared, arañando el material, queriendo sostenerme de algo al sentirme caer. Ace me tomó de la cintura sin dejar de moverse hasta que en la bruma lo escuché quejarse, gruñir y luego su polla palpitó en mi interior, sabiendo que había encontrado gustoso su orgasmo.

Me aferré a la pared, buscando un poco de oxígeno, él todavía tomándome para que no me cayera, hasta que notó mi calma y me dio un pequeño beso en el hombro, saliendo de mí.

Me lamí los labios resecos y me di vuelta, lo encontré mirándome con una pequeña sonrisita. Mi mirada bajó hacia su cuerpo y abrí los ojos al ver las marcas rojas que mi ataque había causado y le devolví la sonrisa, él siguió mi escaneo y bufó al verse el cuerpo.

—Ahora vemos quién tiene complejo de vampiresa —ironizó con un toque de diversión y me encogí de hombros.

Me separé de la pared en busca de algo para beber y cogí una botella de agua del pequeño refrigerador, tendiéndole otra a él, que recibió y de un trago se la bebió completa. Me tomé mi

tiempo en evaluar todo y me sentí tranquila porque no me arrepentía de nada.

Minutos después me quité los harapos de ropa que me dejó, quedándome totalmente desnuda, y me senté sobre el escritorio. Él, con toda la confianza buscó una de las sillas frente a mí y se acomodó sin decir una palabra, todavía agitado por nuestra ronda de sexo. Sentí que la piel me escocía por todas partes y deduje que yo no estaba mejor que él con respecto a mi aspecto.

Mi cuello, sobre todo, era el que había resultado más afectado por sus rudas caricias.

—El sexo nunca falla —alardeó.

Me bebí el agua con lentitud y antes de responderle tomé el móvil para ver la hora, pero un correo me llamó la atención. Lo abrí enseguida y rodé los ojos con fastidio, aunque la satisfacción también me invadió.

—No sé si decir: vaya descaro —comenté y sentí la mirada confundida de Ace.

El correo electrónico que recibí era una citación para el siguiente día, por parte del hospital psiquiátrico. La primera reunión formal con el equipo de investigación al cual estaba apoyando, gracias a la intercesión de Fabio D'angelo. Acepté ser la benefactora oficial y firmé los papeles, por lo que el asunto del correo decía «Reunión de carácter serio».

Y la verdad era que no quería ver a Fabio y menos a Dominik, pero tampoco me escondería o los privaría de mi presencia.

Bloqueé el móvil y me dediqué a mirar a Ace que ya se había recuperado y me devolvía la mirada, cómodamente desnudo y con una erección más que lista para engancharme a ella. Me apeé del mueble bajo su atención y me acerqué a él. Me recibió gustoso cuando me senté a horcajadas y me acarició la espalda.

—¿Sucede algo? —se animó a preguntar en el momento que rodeé su cuello con uno de mis brazos.

—Mañana tengo una reunión importante que amenaza con robarme la poca calma que me has dado —comenté, pasando las uñas por su pecho.

—Hmm —murmuró y sentí cuando empezó a endurecerse más—. ¿Quieres que te lleve a tu casa? —preguntó.

Mirándolo directamente negué y llevé la mano entre nuestras piernas, tomándolo sin delicadeza.

—Al contrario, quiero que me folles el resto de la tarde y luego ya veremos. —Asintió con aprobación y picardía y segundos después me senté sobre su polla, tomándolo nuevamente del cuello para seguir disfrutando de los polvos que de seguro me iba a dar.

—Tus deseos son mis órdenes, mi reina —aseguró.

Me cogió con fuerza de las nalgas y luego mordió mi barbilla, embistiéndome con rudeza y haciéndome soltar un grito de placer oscuro.

CAPÍTULO 50

Iraide

Me quedé con Ace el resto de la tarde y traté de hacerlo también por la noche, pero para mi maldita suerte, los pensamientos de la reunión del día siguiente me atacaron como unos malnacidos.

La necesidad de querer saber si Fabio se haría presente me incomodó, puesto que, de acuerdo con su estado la noche anterior, no creía que estuviera en condiciones y eso por momentos hacía que mi ansiedad se elevara.

Desconocer tanto de la bipolaridad me puso de los nervios y así lo maldijera por lo que hizo con Sophia, quería que estuviera bien para seguir haciéndolo pagar por su dichosa demostración.

«Quería que estuviera bien para poder seguirlo destruyendo».

Tan patético y asqueroso, pero era mi deseo. O al menos lo que me repetía una y otra vez.

—Llévame a casa y encárgate de cuadrar con Faddei lo de mañana —pedí a Ace.

Habíamos terminado en el piso de mi oficina, yo tumbada en su pecho cuando le di el último orgasmo, pero en cuanto la bruma del placer se esfumó, los pensamientos sobre la reunión volvieron a invadirme y por momentos una sensación insana se instalaba en mi pecho. Y nada tenía que ver el placer que me provocaba hacer sufrir a los que pretendían joderme.

—Y esta vez espero que no haya sorpresas, Ace, porque nada de lo que acaba de pasar entre nosotros me hará olvidar la desconfianza del dichoso ataque —advertí y bufó mientras terminaba de vestirse.

—Créeme que voy a llegar hasta el fondo de este asunto, porque si me entero de que alguien de mi equipo es el traidor, entonces ni la muerte lo salvará de mi castigo —aseguró y solo lo miré.

Segundos después me fui hacia el pequeño armario y me coloqué un pantalón táctico porque era lo único que guardaba en mi oficina. Cogí la camisa y la sudadera y, ya que me iría sin bragas, terminé por dejar de lado también el sostén que se salvó de milagro en ese encuentro sexual.

Sonreí al recordar que Ace consiguió elevar la rudeza de como comenzó todo y me demostró que sí, podía dominarme en el sexo si se lo proponía.

—¿Recordando todo lo que te he hecho? —inquirió y mi sonrisa se amplió al descubrir que me había estado observando.

—Maldito fanfarrón —me burlé.

—Yo diría más bien que estoy seguro de lo que te hice —refutó y rodé los ojos—. Si me vuelves a poner los ojos en blanco, te voy a castigar —soltó.

—No me jodas, hombre. Deja esas palabras de libro para alguien que te las crea —aconsejé y comenzó a reírse.

—Acabo de joderte, mi reina.

—Y no te confíes de ese rato de suerte —advertí y su risa se hizo fuerte.

Negué al ver que con él me era imposible ganar sin que me saliera con respuestas listillas y me fui de la oficina. Caminamos juntos al área de Furia para saludarlo y jugamos un rato con él. Estaba haciendo tiempo para llegar a casa, porque sabía que, en la soledad, volvería a concentrarme en la reunión con el equipo de Fabio y odiaba la sensación en mi vientre y pecho al pensar en ese encuentro.

Pero no podía ser tan cobarde, así que me obligué a ir a casa y tratar de descansar un poco. Al

llegar me encerré en mi habitación y tomé una ducha larga y luego me metí a la cama como mi madre me parió, y ni siquiera me importó tener el cabello húmedo y el desastre que se me haría, pues estaba consciente de que no dormiría pronto.

Y así pasó.

Leí el bendito correo miles de veces, me metí al *chat* que tuve con Fabio antes de que todo se fuera más al carajo y mi imbécil corazón hizo una cosa loca cuando lo vi en línea. Se mantuvo así durante varios minutos y con eso intuí que no estaba tan mal que como lo dejé en la mazmorra de *Delirium*.

—¡Me cago en la puta, Ira! —me reproché.

Acababa de tener una tarde de sexo formidable, con un tipo que podía ser rudo si así lo quería; y como estúpida estaba ahí, metida en mi cama, pensando en un Dominante que me volvía loca con su inestabilidad.

Me puse a regañarme como si fuera desquiciada y entre mi rabia, el cansancio del día y el desgaste de energía con Ace, terminé por quedarme dormida un par de horas.

Abrí los ojos con los primeros rayos del sol y el corazón acelerado al ser consciente de que pronto estaría de nuevo frente a mi Némesis. La cabeza me dolió al salir de la cama y decidí tomar una ducha caliente con la esperanza de que me ayudara. Sin embargo, no me sirvió de mucho, ya que al salir y secarme el cabello sentía una punzada en las sienes, entendiendo que mi cuerpo decidió pasarme factura al fin luego de unos días tan llenos de adrenalina, rabia y placer.

Entré al clóset y tomé lo primero que encontré, agradeciendo la manía de Kiara de meterse en él para ordenar mi ropa por atuendos. De hecho, hasta había seccionado el espacio entre: ropa de gala, diaria, de oficina, para follar y otra para matar. La última tenía que acomodarla bastante seguido, aunque notaba que le gustaba demasiado hacerlo.

Una noche, mientras cenábamos, me comentó que estaba pensando en abrir un negocio de organización de ropa, puesto que era algo en lo que la alta sociedad despilfarraba el dinero. La animé a llevarlo a cabo y hasta le pedí a Faddei que le ayudara con todo, la única condición que le puse fue que no descuidara mi clóset, lo que nos hizo reír a ambas.

Me vestí de prisa optando por hacerme un moño flojo, pues no tenía ánimos para trabajar con mi cabello, y caminé hacia el enorme espejo para asegurarme que todo en mí encajara y los ojos casi se me desorbitaron con mi reflejo.

—¡Carajo! —Me reí con una fuerte carcajada, pensando en que me tocaría al menos maquillarme para disimular un poco mi rostro de cansancio y las marcas en mi barbilla y toda la mandíbula.

Toqué mi cuello sintiendo un roce de dolor y sonreí al ver las marcas de las manos de Ace. El color púrpura lucía escandaloso en mi piel blanca y pensé en lo satisfactorio que sería lucirlas como un accesorio en la reunión que tendría pronto. Detallé cada cardenal y las huellas de los colmillos de Ace y un cosquilleo de ansiedad se instaló en mi vientre.

Las imágenes de Fabio en *Delirium* me golpearon de forma repentina y la respiración se me aceleró al recordar a Sophia engullendo su polla y a él observándome a mí, como si le hubiese provocado más placer verme frente a ellos en ropa interior y dispuesta a jugar a la sumisa.

El recuerdo de él cayendo de rodillas y llorando de impotencia tras mis palabras suplió la imagen de Sophia y me estremecí ante las sensaciones que me provocó.

—¡Mierda! —mascullé soltando el aire retenido y busqué un pañuelo para tapar un poco las

marcas que mi blusa no lograba esconder.

No solía usar pañuelos, si acaso, me ponía bufandas cuando el clima frío lo exigía, pero ese día estaba siendo cálido, así que llevar lo último no era una opción.

Y menos mal logré encontrar el único pañuelo que tenía, agradeciendo que fuera negro, aunque de seda de gasa, algo que aparte de hacerlo traslúcido, también un poco difícil de mantenerlo en su lugar. Pero era mejor eso que un intento patético de cubrir todo con maquillaje.

Lo coloqué en mi cuello viéndome en el espejo y sonreí divertida al darme cuenta de que mi maldad era difícil mantenerla escondida, lo comprobé en el instante que dejé solo una pequeña parte de mi piel expuesta con el fin de joder un poco a cierta persona que esperaba que estuviera presente en la reunión.

Detallé mi cuerpo con rapidez y me di el visto bueno, dándome por vencida con el maquillaje cuando noté que por más que hiciera no podría arreglar el desastre en mi rostro. Las ojeras eran pronunciadas y mis ojos se encontraban un poco irritados por la falta de sueño.

Bajé para tomar un café y saludé a Kiara con un fuerte beso en su cabeza al encontrarla sentada en un taburete de la isla, buscando algo en su bolso.

—Buenos días —dije, yéndome enseguida hacia la cafetera.

Tomé una taza y serví un buen poco de aquel líquido negro y exquisito y, antes de beber un sorbo me giré al darme cuenta de la falta de respuesta de mi amiga y la encontré observándome pasmada, aunque minutos después jadeó horrorizada y se tiró del taburete para llegar a mí.

—¿Qué te pasó? —chilló alarmada.

La miré sin entender, pero de inmediato mi cabeza hizo *clic* y me mordí los labios al notar su atención en la tela rodeando mi cuello.

—Nada —respondí, tomando su mano cuando trató de coger el pañuelo para abrirlo y me alejé dándole por fin un sorbo a mi café.

—¿Nada? Pero si parece que te ha atacado un grupo de vampiros muertos de hambre —reviró y, a pesar de que me causó gracia la comparación, hice un gesto de molestia porque el sonido de su voz fuerte logró que la punzada en mi sien fuera más intensa.

—¡Demonios! Me vas a destrozar los tímpanos, mujer —regañé y respiré hondo al verla cruzarse de brazos, diciéndome de esa manera que no se daría por vencida. Como siempre—. Nada de lo que tengas que alarmarte, Kiara. Solo puedo decir que… mi tarde de ayer fue muuuy intensa y por eso traigo un *souvenir*. —Sus ojos se abrieron con sorpresa.

Segundos después comenzó a reírse al captar mis palabras y se relajó.

—¡Por Dios, Ira! Qué susto me has dado —exclamó y se llevó una mano al pecho—. Creí que te habían atacado y tú bien fresca me dices que esas marcas te las hicieron mientras follabas —resopló y me encogí de hombros, terminando de beber mi café.

Por la ventana vi pasar mi camioneta y al chequear mi reloj me di cuenta de que ya casi era hora de partir. En ese momento la sensación que me dio antes en el vientre se instaló en mi pecho izquierdo, me llevé una mano ahí para aliviarlo y luego al cuello al sentir que la respiración se me atascó.

—Luces muy nerviosa, cariño —comentó Kiara al observar hacia donde yo estaba mirando.

—Me quedaría para seguir charlando, pero voy tarde a una importante reunión —avisé en respuesta y me acerqué para despedirme. Ella abrió la boca queriendo saber más, aunque no se lo permití—. Luego, Kiara. Estoy apurada —prometí.

—¡Coño! —se quejó y me reí.

No dije nada más, solo apresuré mis pasos hacia la salida de casa e ignoré el golpeteo acelerado de

mi corazón. Encontré a Faddei conversando con Kadir y a un Ace sonriente a un lado de ellos que a penas me vio y se relamió los labios. Algo que fue suficiente para que los otros dos notaran mi presencia.

—¿Los demás están listos? —inquirí y Faddei asintió. Tomé el portafolios que Ace me entregó y noté a Faddei viéndome de una forma extraña, detallando mi ropa—. ¿Sucede algo? —pregunté.

Reaccionó tosiendo con nerviosismo y negó.

—Nada, Ira. Voy con Kadir —murmuró y se alejó dejándome confundida.

Lo vi subir al lado del copiloto, Kadir hizo una inclinación hacia mí y se fue para su puesto de conductor. Fruncí el entrecejo de nuevo sin saber qué le pasaba a esos dos y luego noté a Ace acercándose con una mirada felina, se veía bastante fresco para la sesión que pasamos, luciendo con gusto las marcas que dejé en su cuello y los rasguños que hice en su mentón.

—Mi reina, luces…

—No digas nada —corté cualquier comentario que fuera a soltar y resopló con diversión—. A diferencia de ti, según veo, no he dormido lo suficiente, así que mi humor no es el mejor en este instante.

Caminé hacia la camioneta cuando abrió la puerta para mí y antes de subirme logró cogerme del brazo y se acercó a mi oído.

—Solo quería decir que incluso con ese pañuelo en tu cuello, todavía luces recién follada y eso me ha provocado ciertos inconvenientes dentro del pantalón. —Abrí los ojos un poco alarmada por su descaro, algo que ya era muy tonto de mi parte, y lo miré mal.

—¡Cállate! —rezongué y me solté de su agarre.

Por supuesto que él sonrió con mi reacción y me guiñó un ojo bastante satisfecho.

—Es una lástima que quieras cubrir mis regalitos cuando yo luzco los tuyos con orgullo. —Lo miré incrédula en cuanto me hizo un puchero y me mordí el labio para no reírme.

Quien viera a ese Ace, dudaría del hijo de puta que escondía.

—Carajo, Ace. Este no es buen momento para lucir nada —bufé.

—Igual ya se corrió el rumor de que *la puta de la puta* cumplió con su jefa y que por las marcas que me dejaste, ahora dicen que soy masoquista.

No pude evitar soltar una carcajada por el tono en que dijo tal cosa y, aunque me molestaba que mis hombres siguieran murmurando a mis espaldas con quién follaba, lo dejé pasar, ya que a pesar de a dónde me dirigía, me sentía un poco más relajada.

Terminé de subirme a la camioneta con Ace a mi lado, revisé los documentos que me dio antes, descubriendo que era información sobre el hospital psiquiátrico y el proyecto que estaba apadrinando. Y tras darle una leída rápida me percaté de que el ambiente entre esos tres hombres era cargado, y al ver hacia el frente en cuanto el coche se detuvo en un semáforo en rojo, descubrí a Kadir y a Faddei mirándome sin disimulo por el espejo.

—No lo voy a repetir—advertí rompiendo el silencio—. ¿Qué carajos sucede? Y es mejor que me lo digan ahora porque luego no respondo de buena manera.

Ambos levantaron las manos sin decir nada, Kadir regresó su atención a la carretera cuando el semáforo volvió a verde y sentí a Ace moverse divertido, tocándose el cuello. Maldije por la falta de bolas de esos dos y me acomodé en el respaldo, cerrando los ojos para descansarlos así fuera solo hasta que llegar a la clínica.

Y se me hizo corto, al fin y al cabo, el cansancio en serio me estaba pasando factura o los nervios que sentía por esa reunión hicieron que no lograra quedarme en paz por varios minutos seguidos.

—Sé que buscabas descansar, pero ya hemos llegado —avisó Ace y lo sentí tomarme del brazo.

Temí que escuchara mi corazón cuando Kadir disminuyó la velocidad y me regañé mentalmente por esa reacción que tuve, ante la expectativa de estar de nuevo en el mismo entorno de Fabio. Y más después de cómo terminamos.

Me incorporé en mi lugar y respiré hondo cuando Kadir se detuvo por completo, sentí la mirada de Ace en mí, pero lo ignoré porque justo en ese instante no estaba para ninguno de sus comentarios, ya fuera bueno o lleno de diversión.

—Que los otros vigilen bien el perímetro —pedí y me bajé de la camioneta en cuanto Ace salió y me ofreció su mano.

Le entregué el portafolio de nuevo y me acomodé la ropa, agradeciendo la brisa fresca que me recibió.

—¿Necesitas nuestra compañía o es suficiente con tu…? —Vi a Ace tensarse y yo giré el rostro con brusquedad, mirando a Faddei y cortando lo que fuera a decir para terminar esa pregunta.

—De verdad espero que esa pregunta no terminara con motes como, mi puta, o mi amante —siseé.

Miró a Ace con dureza y este le devolvió una mirada peor, entonces comprendí que lo sucedido el día anterior y las dudas que surgieron los tenía así. Con esa tensión y comentarios ofensivos.

—Terminaría con *tu nuevo guardaespaldas* —finalizó, mostrando un poco de sus celos y negué.

—Lo que pasó ayer no lo olvido, Faddei, y el hecho de que me encerrara a follar en mi oficina con Ace no significa que confío más en él que ti —aseguré y Ace me miró indignado, pero lo ignoré—. A los dos los tengo en la mira, a ti también —dije para Kadir y en otro momento me hubiera hecho reír el gesto de ese turco—. Así que dejen de comportarse como adolescentes queriendo ganarse mi atención porque no se las daré a ninguno, incluso si tú me ayudas a desahogarme.

Ace rodó los ojos, comportándose como lo que les pedí que no fueran y solo negué. Sin embargo, dejar claro eso sirvió para que Faddei y Kadir cambiaran un poco el semblante.

¡En serio no entendía en qué momento se volvieron tan dramáticos!

—¿Entonces la acompañamos, mi señora? —inquirió Kadir.

Lo miré tras escucharlo y sonreí.

Cualquiera podía creerlo débil por su forma de actuar conmigo, pero las misiones que habíamos compartido me demostraron que no lo mantenía cerca de mí solo porque sí, al contrario, incluso pareciendo manipulable, sabía que era por un poco, más leal que los otros dos hombres a mi lado.

Y admitirlo así fuera para mí ya decía mucho, con eso de que no quería confiar en nadie.

—No los traje de accesorios —respondí y la leve sonrisa de Faddei me demostró que el tiempo a mi lado le hizo aprender lo que decía para halagar u ofender.

Caminé con decisión con ellos flaqueándome hasta entrar a la recepción y anunciarme. Iba un par de minutos tarde y esperaba que no lo tomaran como falta de respeto. La recepcionista miró detrás de mí al escuchar mi nombre y tragó con dificultad.

Ojalá que Dominik no hubiera abierto de más la boca.

—Ya solo la esperan a usted, señorita Viteri —avisó la chica y le sonreí—. Vaya a la izquierda, al final del pasillo encontrará la sala de juntas, es con puertas dobles de madera.

—Gracias —dije.

Seguí su indicación y con cada paso que daba sentía que el corazón me subía por la garganta. Moví el cuello para destensarlo en cuanto las puertas dobles quedaron a mi vista y apreté los puños.

¡Joder! No sabía por qué me sentía así.

Recordar a Fabio en la sala de *Delirium* me hacía hervir la sangre de furia, pero pensar en cuando estuvimos en la mazmorra me confundía, porque allí le solté verdades que jugaban en contra de

ambos y esos nervios por encontrarnos de nuevo lo dejaba más que claro y confirmado.

Mi maldito desastre.

—Tú y Kadir quédense aquí —le pedí a Faddei, viéndolo sobre mi hombro cuando me detuve frente a las puertas y asintió de acuerdo. Deseé llevarme la mano al corazón para detener un poco el retumbe en mi pecho, pero me contuve—. Tú vienes conmigo, ya que sabes de esa información que conseguiste para mí —le dije a Ace y sonrió de costado.

Tomó la delantera antes de que me arrepintiera de cualquier cosa y abrió una puerta para mí. Vacilé solo un segundo y por poco di un paso atrás en cuanto quedó a mi vista una sala con varias personas charlando alrededor de una gran mesa de madera rectangular.

Aquellos ojos verdes y pantanosos me recibieron y dejé de respirar.

Fabio D'angelo se encontraba en lo que parecía ser el puesto principal, sentado con un aura oscura que sucumbía el blanco impoluto de su camisa, tenía el cabello un tanto revuelto y, sus ojos un poco adormilados (casi pareciendo ebrios), me hicieron una advertencia que me obligó a tragar con dificultad.

No sabía si quienes lo rodeaban conocían su condición, pero incluso yo que no tenía idea de los cambios en un bipolar, supe que el tipo que me miraba no era el pulcro doctor que todos respetaban.

¡Mierda! Ese era un hijo de puta ansioso por encontrar venganza.

—Mi reina. —Contuve un jadeo al volver a respirar cuando Ace me sacó de la hipnosis de aquellos ojos verdes y con la barbilla me alentó a entrar.

Carraspeé suave y alcé la barbilla recuperando mi porte, mi actitud cabrona y sonreí ante el silencio que se hizo cuando los demás notaron mi presencia. Apartar la mirada de Fabio solo fue posible gracias a Ace y con eso recuperé mi característica confianza.

—Buenos días, caballeros. Disculpen la demora, el tráfico es fatal a esta hora —saludé al adentrarme.

Varios me saludaron y se presentaron a sí mismos. Vi a Pablo, el científico estrella del proyecto, como Fabio lo presentó en su premiación; y dado que ninguno de los D'angelo se acercó a mí, fue él quien me indicó dónde sentarme y noté que, *por casualidades de la vida,* el único asiento vacío era al lado del mayor de los hermanos.

Presenté a Ace como mi asistente antes de ir a donde Pablo me indicó y le pedí al primero en un susurro que se quedara cerca de la puerta.

—Doctor D'angelo —saludé a Fabio cuando llegué a su lado.

Las sillas eran más un estilo de *chaise longue* giratorios, así que le daban la comodidad para sentarse en ella con poderío y a la vez apoyar el codo en el apoyabrazos y posar un dedo en su barbilla. Me miró igual que lo hizo cuando entré y detalló mi atuendo como si tuviera escáneres en los ojos.

—Iraide —pronunció y flaqueé por un segundo al escuchar su tono.

No fue seguro ni erótico.

Fue perverso y muy oscuro.

Me acomodé en mi mullida silla y solo me sentí yo, la hija de puta Viteri, cuando noté la mirada de advertencia de Dominik y le sonreí de lado. El pobre ya no podía ocultar su odio hacia mí y en ese instante se lo agradecí porque me devolvió la cordura que su hermano me robaba.

—Bien, ya que estamos completos, quiero darle la bienvenida a la señorita Viteri, además de las gracias por estar presente en esta reunión tan importante. —Pablo fue el encargado de romper el hielo y respiré hondo, sonriendo amable a los tipos que me miraron y con un asentimiento me demostraron que compartían el agradecimiento de su compañero.

No podía decir lo mismo de los D'angelo, claro estaba. Ya que uno seguía lanzándome dardos con

la mirada y el otro me envolvió tanto con su intensidad, que tuve que trabajar en mi respiración para que no notara cómo me la quitaba.

Estábamos tan cerca pero lejos a la vez.

En mi periferia noté que Fabio no había perdido su pose de poder, pero la otra mano sobre la mesa la tenía tan presionada y en puño, que descubrí que ese porte solo era una fachada, y que por dentro moría por enfrentarme.

«Recuérdalo en *Delirium,* con Sophia engulléndole la polla», me dije a mí misma.

Sin embargo, mi mente me jugó una mala pasada al poner en mi cabeza su imagen de cuando estábamos en la mazmorra.

—Como se los hicimos saber de manera informal, ella se ha convertido oficialmente en la benefactora principal del proyecto que, aunque no fue unánime, hemos decidido llamarlo *Proyecto Quimera* —continuó Pablo y eso me llamó la atención, cosa que él notó enseguida—. La mayoría queríamos llamarlo Proyecto Fabio, para honrar al mayor fundador de este sueño —explicó para mí y no fue necesario pensar demasiado en quién se opuso al nombre.

Fabio podía ser un total cabronazo, pero era más que consciente de que jamás alardeaba y cuando me habló de su proyecto, nunca dio a entender que fue su idea y menos que fuera su sueño.

—Así que, Ira, ¿puedo llamarte así? —inquirió Pablo con mucha amabilidad y todos fuimos conscientes del carraspeo a mi lado.

—Por supuesto, de hecho, lo prefiero —respondí de inmediato, antes de que la atención fuera puesta en el dueño del carraspeo.

—Perfecto. Como te decía, hemos preparado esta reunión especialmente para ti —prosiguió Pablo y tras una mirada rápida que le dio a Fabio, noté que su actitud cambió de amable a muy educada—. Por lo que cada uno de nosotros te dará una breve explicación de los avances que tenemos, cómo y por qué lo estamos realizando.

Asentí de acuerdo e hice un ademán con la mano pidiéndole que iniciaran y tras eso mi mirada buscó a Ace, este me levantó una ceja con coquetería y me mordí el labio para no sonreír, ya que estábamos en algo serio. Dejé de mirarlo y entonces mis ojos encontraron a Dominik, él entrecerró los suyos con furia al haberse percatado de mi gesto con Ace y le regalé un pequeño guiño solo por joderlo.

No obstante, bastó un leve movimiento a mi lado, en el asiento principal, para sentirme consumida por la potencia que Fabio emanaba, tanto así, que me obligué a acomodarme en mi lugar, girando los hombros y el cuello en un acto que pareció común, y sin demostrar que por un segundo los nervios quisieron apoderarse de mí.

Pero, a pesar de eso, la intensidad de la mirada de Fabio me obligó a buscarlo y lo descubrí con sus ojos fijos en mí, le alcé una ceja fingiendo normalidad y que nada me afectaba, aunque cuando vio con detenimiento mi cuello y su ceño se frunció, mi corazón se aceleró dos palmos.

Crucé las piernas debajo de la mesa y fui consciente de cómo Fabio buscó a Ace con la mirada y este, como el cabrón temerario que le gustaba ser, se la devolvió con chulería y luego me miró a mí sonriendo y pasándose la punta de la lengua por los dientes hasta descansarla en uno de sus colmillos caninos.

«Hijo de puta», pensé y negué a la vez, sabiendo lo que buscaba.

—…Este proyecto nos tiene a todos eufóricos por los alcances que tendríamos si logramos comprobar que nuestra investigación es viable —decía un doctor del cual ya había olvidado el nombre, y gracias al escrutinio de miradas al que estaba expuesta no me lograba concentrar—. Acá nuestro psicólogo Dominik D'angelo nos dará un poco de la información que él ha recaudado y

algunos testimonios de lo que ha implementado en sus pacientes como prueba de lo que ya iniciamos.

Vi a Dominik ponerse de pie y posicionarse en la otra punta de la mesa y, he de admitir que era un hombre muy profesional, ya que en el instante en que comenzó a hablar, solo se aclaró la garganta en cuanto se escuchó un poco tosco y continuó con su información dejando de lado lo mal que yo le caía. Me enumeró todos los pros del proyecto y lo que podía generar en los pacientes que llevaba tratando hacía años. Encendió un proyector para mostrarme informes de los estudios ya realizados y lo que esperaban lograr a futuro.

Noté su pasión y entrega y me pregunté si la condición de su hermano era lo que lo motivaba tanto, o su amor por la psicología y los deseos de ayudar a tantas personas con enfermedades mentales.

Si era solo por su hermano, jamás lo juzgaría.

De entre los hombres que me explicaban cada cosa, aun sin que las entendiera por completo, fue Dominik quien se agenció toda mi atención, a tal punto que también dejé de lado nuestros roces y se ganó un poco de mi respeto por la labor que hacía. Y me encontraba tan absorta en sus palabras que, solo mi móvil al vibrar sobre la mesa me hizo desenfocarme. Lo tomé desbloqueándolo enseguida y odié las sensaciones que experimenté al leer el mensaje que me había llegado.

Levanté la mirada para el emisor del mensaje y lo encontré observándome con insistencia, mostrándome su móvil y gesticulando un *contesta* silencioso. Me erguí en mi lugar por su descaro y lo contemplé con un deje divertido en mis facciones, poniendo la pantalla de mi móvil frente a él para bloquearlo y tras eso volví a posarlo sobre la mesa, dejándole claro con el acto que me importaba una mierda sus ganas de hablar.

Resopló y me miró con advertencia, notándolo un poco frenético, tras eso se concentró en Ace; lo imité y cuando este último se percató de que lo observaba, de nuevo me guiñó un ojo, desplazando enseguida su mirada por todo mi cuerpo.

Negué con disimulo hacia él, diciéndole de esa manera que se comportara y su gesto me indicó que no le importaba ponerme en esa situación. Decidí ignorarlo dándome por vencida y me concentré de nuevo en los profesionales. Dominik había dejado de hablar y ya otro hombre se hallaba en su lugar, detallando la rama profesional de cada uno de los presentes y cómo la aplicaban en el *Proyecto Quimera.* Mostró gráficas, encuestas y análisis hasta que logró que mis ojos picaran por tanto ver la pantalla.

Tomé una lapicera y comencé a moverla al sentir el cansancio asentarse en mis hombros y los ojos me pesaban por la necesidad de cerrarlos. Como dije antes, solo Dominik logró captar mi atención total y así eso me hiciera una perra, los demás me estaban aburriendo. Pero un carraspeo logró sacarme de ese estado en cuestión de segundos, busqué a su dueño y fruncí el entrecejo al ver a Fabio con la mandíbula apretada y los ojos irritados por una furia que lo embargó en un santiamén.

Estaba observando a Ace de nuevo y fui capaz de ver el cambio en su respiración en cuanto miró mi cuello y luego otra vez a Ace, sonriendo leve y sin humor. Por instinto y sorpresa mis ojos se abrieron un poco más y me toqué el pañuelo, notando que la maldita tela se había aflojado, de seguro por haber movido los hombros para destensarme.

¡Joder!

—Ahora es momento para que el fundador de este gran proyecto tome la palabra y hable un poco de cómo inició todo. Ya que su experiencia y pasión nos asegura que este podría ser el descubrimiento del año —dijo el doctor que hablaba y sentí que fue como la campana salvadora.

Fabio se llevó las manos a la cara y noté que le temblaban un poco, tras eso las cerró en puños y se puso de pie, caminando hacia el lugar donde todos se habían colocado para hablar. Como una estúpida me di cuenta de que mi cuerpo reaccionaba a su aura sin que se lo propusiera, puesto que me bastó verlo en todo su porte para que la respiración se me dificultara y mis pezones se endurecieran.

Llevaba un pantalón de lino gris claro y su cinturón de cuero negro hacía juego con sus zapatos formales. Para cualquiera seguía siendo el doctor D'angelo, pero con lo poco que lo conocía, reconocí que el pulcro neurólogo había desaparecido y dejó el camino libre para Samael en una versión más hija de puta.

—Es un honor que estemos reunidos todos los involucrados en esto —soltó con voz gutural y miró a Ace con ironía, diciéndole sin palabras que sobraba en la habitación.

Fingí tomar notas en los papeles que tenía sobre la mesa para disimular mi sonrisa y lo escuché elevar un poco la voz, retándome para que le diera mi atención, aunque de un momento a otro sus palabras salieron atropelladas.

De pronto, sentí un leve roce en mi hombro que me sacó de mi burbuja y miré hacia arriba, encontrando a Ace con mi pañuelo en su mano. Palidecí un poco y él lo notó, así que se acercó para fingir que me diría algo y lo puso de nuevo en mi cuello.

—Tranquila, nadie se dio cuenta —aseguró y llevé mis manos a las suyas diciéndole así que yo me encargaba de terminar de acomodar la maldita tela que se cayó sin darme cuenta.

—Gracias —susurré y le sonreí.

Nos quedamos mirándonos por varios segundos hasta que un fuerte golpe en la mesa me hizo sobresaltar en mi asiento y miré aturdida al frente. Todos estaban igual de estupefactos que yo, observando a Fabio respirar hondo, con los ojos cerrados, y en cuanto los abrió de nuevo nos quedamos en total silencio.

—O casi nadie. —Excepto Ace, por supuesto.

—Necesito… necesito que salgan de la sala un momento —exigió Fabio entre dientes, como si le fuera difícil hablar.

—Fabio —advirtió Dominik poniéndose de pie e intentando tocarle el hombro, pero su hermano alzó una mano para detenerlo.

—¡Largo de la sala! —exigió.

Todos se miraron confundidos por el arranque tan repentino de ese hombre y yo no supe si regocijarme o temer al verlo perdiendo el control una vez más. Y, al parecer, los presentes sí conocían su condición o ya habían experimentado ese tipo de temperamento en Fabio, ya que se pusieron de pie siendo inteligentes y comenzaron a salir.

Decidí imitarlos, dispuesta a darle su momento a Samael.

—¡Tú no, Iraide! —demandó y confieso que su tono me paralizó por unos segundos—. Tú te quedas —añadió y su voz hizo eco entre las paredes.

Lo miré un tanto sorprendida y al ver el cambio en sus gestos, tragué con dificultad. Ese no era Fabio ni Samael, tampoco el ser vulnerable que rompí con mis palabras en aquella mazmorra.

No, ese era un hombre sombrío y muy hijo de puta.

CAPÍTULO 51

Iraide

Fueron segundos los que ese hombre me observó, y en los que yo comprendí que no jugaba, que no sacó a los demás por joder. Tenía un objetivo que pensaba cumplir sí o sí. Aunque no se lo pondría fácil, así que al recomponerme me crucé de brazos y lo miré altiva, sin importar que su fría mirada me mantuviera anclada en mi lugar.

—Mi reina. —Ace intentó tomarme del brazo y negué sin despegar la mirada de Fabio.

—Dije, todos fuera a excepción de ella —espetó Fabio con su hermoso rostro desfigurado por la furia.

Ace bufó con ironía y lo ignoró concentrándose solo en mí. Vi la intención de Fabio de sacarlo por su cuenta y conociendo mis terrenos, supe que la reunión terminaría en masacre si no le ponía un paro.

—Espera afuera y pase lo que pase, déjame arreglarlo por mi cuenta —pedí y noté que no estuvo de acuerdo con mi petición, pero no dijo nada, únicamente endureció la mandíbula, comenzando a caminar hacia la salida.

Escuché la puerta ser cerrada y me erguí cuando sentí un escalofrío reptar por mi espalda, mi pecho se apretó y un leve temblor me recorrió de pies a cabeza al quedarme a solas con el hijo de puta.

—Me vuelas la jodida cabeza con tu presencia, me rompes a tu antojo y no teniendo suficiente, te presentas a esta reunión luciendo… de esta manera. —Comenzó a decir Fabio y con cada palabra se fue acercando a mí.

—Explícate mejor con eso de: *de esta manera* —demandé y contuve la respiración cuando llegó a mi lado.

Sonrió sarcástico y me giré de inmediato porque no se detuvo, sino que continuó hasta llegar a la puerta y poner el pestillo, presioné los puños conteniendo el temblor y agradecí tener los brazos cruzados para que no lo notara.

—Así, demostrándome que no has perdido el tiempo —dijo con fingida calma, viendo por unos minutos la puerta, dándome la espalda.

—Si tú no lo perdiste al buscar a tu *harem,* ¿por qué yo me iba a privar de ciertos gustos? —inquirí como toda una cabrona y al mirarme sobre su hombro un lado de su boca estaba curvado gracias a una sonrisa peligrosa.

—Conque de eso se trata —comentó con parsimonia y se giró, metiendo las manos en las bolsas del pantalón y comenzando a caminar de nuevo hacia mí.

Esa vez lucía como un animal salvaje acechándome y los gestos en su rostro me demostraron que estaba perdido entre una mezcla confusa de ironía, furia, celos y posesividad.

—¿De qué? ¿De mí queriendo pasar el tiempo con Ace y follar solo porque se me antojó? —Satiricé y no lo dejé responder—. Pues sí, tú sabes. —Zanjé y me regaló una sonrisa de medio lado con ceja alzada incluida.

—Como dije antes, aprendes rápido —me recordó y giró el cuello de un lado a otro.

Bufé y solté una risita irónica, rascándome la ceja como si la conversación que estábamos teniendo fuera estúpida. Y lo era, a decir verdad.

—No aprendo nada, simplemente dejo claro que lo que yo haga con mi cuerpo o mi vida, no tiene por qué importarte. Así como a mí no debe importarme la tuya.

—Pero lo hace, Iraide. Te importa —declaró y su tono despertó más la ira en mi interior.

—En realidad no —zanjé— y te lo demostré en aquella habitación.

Tensó la mandíbula y segundos después lo tuve frente a mí, tomándome del mentón con firmeza; de inmediato le cogí el brazo y le clavé las uñas. Mi maldito corazón se desbocó y me odié porque en lugar de querer marcharme, deseaba mantenerme en esa sala sin importarme cómo termináramos.

—Lo que dejaste claro en esa habitación es que eres mía, Iraide —rugió y comencé a reírme.

Lo hice con diversión y burla, pero también con nervios por lo que me provocó esa declaración. Fabio apretó más su agarre en mí y de un fuerte tirón me arrancó el pañuelo.

—¿Así de tuya soy? —ironicé cuando vio todas mis marcas y seguí riéndome.

Vi la furia más pura centellar en sus ojos de una manera increíble.

—Tan hija de puta, y aún con las marcas de otro imbécil, tan mía —aseguró entre dientes y mi risa se volvió histérica por la seguridad con la que pronunció cada palabra.

—¡No le pertenezco a nadie más que a mí misma! —bramé y fue su turno de reír.

Pero esa risa… esa maldita risa burlona, divertida, perversa y lasciva, amenazó con hacerme flaquear.

—Mi principio y mi final —recordó e hice más fuerza en mi agarre sobre su mano al ver que estaba perdido, pero de una forma muy distinta que en *Delirium*—. La dueña de mi locura, de mi eutimia. —Me acercó más a él, ambos respirando el mismo aire—. El desastre hecho a mi medida.

—Cállate —le exigí al ser capaz de escuchar el latido de mi corazón y ser consciente de cómo me estaba desestabilizando.

Él se rio de mí como un cabronazo.

—Uno de mis demonios más peligroso y letal, personificado al fin —siguió y alzó un poco más el tono. Sentí mi piel helada y comencé a temblar más por la adrenalina, el miedo y los nervios.

Pero no miedo de él, sino de lo que me estaba provocando.

—Mi maldita oscuridad. Mi compañera sombría.

Jadeé en busca del aire que me robaba y miré hacia la puerta.

—Cállate, joder —exigí entre dientes y sonrió de nuevo.

—Eres mía, dulzura —declaró y tragué con dificultad.

—Tus colegas están afuera, ¿vas a manchar tu reputación así? —pregunté, ignorando su declaración, intentando razonar, pero me fue imposible.

Cerró los ojos, respirando hondo a la vez en un gesto que pudo haber parecido enfermo, pero no fue así para mí.

Chillé cuando, con su otra mano, me tomó del nacimiento del cabello en la parte de la nuca, reteniéndome en cuanto intenté zafarme y comenzó a caminar conmigo de espaldas hasta llevarme a la mesa y con agilidad me sentó sobre ella, me abrió las piernas y tiró más de mi pelo.

—¿En serio crees que me importa quién demonios esté afuera?

—Deberías —aconsejé.

—¿No eres tú la mujer que hace lo que se le da gana? ¿La que consigue lo que quiere sin importarle quién o qué? —continuó con sus preguntas y me sorprendí de no sufrir un paro con lo rápido que latía mi corazón.

Su agarre en mi barbilla cesó para luego posar sus labios cerca de los míos y pasar su lengua donde me tomó con fuerza, lo cogí de la camisa, por sobre su pecho, y la apuñé, odiándome por querer buscar su boca. Me desconocía totalmente cuando estaba entre sus brazos, esa necesidad súbita que

me despertaba debía ser prohibida.

Quise liberarme de su agarre en mi cabello cuando comenzó a molestarme, pero su mirada envenenada me dejó en mi sitio, diciéndome de esa manera que no daría su brazo a torcer.

—Suéltame o esto se va a poner feo —pedí en un susurro débil y rio.

—Feo se puso desde el momento en que te vi las marcas en el cuello, Iraide —murmuró, presionando su frente en mi barbilla—. Estuvo bueno el polvo, ¡eh! —Satirizó.

—Sss…

Solo el sonido de la S alcancé a decirle, iba responder que sí, pero en cuanto se percató de ello estampó su boca en la mía en un beso demandante, brusco y posesivo que me hizo gemir. Apreté más mi agarre en su pecho, tirando de su camisa con fuerza bruta y sentí cómo me comía los labios con demanda, queriendo dejar claro que era él quien llevaba el control.

Abrió más mi boca con su lengua en cuanto intenté seguirle el beso, la acción amenazó mi cordura y se me hizo imposible igualar su potencia en ese instante, sobre todo cuando sus manos bajaron a mi cuerpo hasta posarlas en mis piernas con fuerza y luego las abrió a su antojo para posicionarse en el medio de ellas.

Jadeé por oxígeno en el momento en que siguió besándome con intensidad, tocando mi cuerpo como se le daba la gana, bajando mi blusa hasta que mis pechos quedaron expuestos y se alejó dos pasos para mirarme.

—¿Disfrutaste que ese pedazo de mierda te tocara? —No pude responderle porque en ese instante pellizcó mis pezones, los cuales ya estaban más que receptivos a su toque—. ¿Te gustó haber tenido a otro dentro de ti?

Gemí porque mi cuerpo ardió bajo su toque y lo miré con la boca abierta en busca de aire.

—Disfruto del sexo tanto como tú lo disfrutas, conmigo o con alguno de tus sumisos… ¡Joder! —chillé cuando volvió a tomarme los pezones con fuerza y contuve el aliento al sentir una punzada en mi entrepierna.

—¡Fabio! —gritó Dominik desde afuera y miré hacia la puerta cuando intentaron abrirla.

—¡Déjanos! —respondió Fabio a su hermano con un tono de voz que no permitía réplica y traté de cubrirme los pechos, pero el hombre frente a mí fue listo y me tomó las manos.

—Vas a mandar a la mierda el proyecto por el que tanto has luchado —advertí.

—Cierra esa bonita boca, si no quieres que te meta la polla en ella —exigió dejándome sin palabras—. No te imaginas lo que mi cabeza está maquinando en este momento —añadió y me mordí los labios con fuerza en cuanto se agachó y metió uno de mis pezones en su boca, dando un sonoro chupetón que de inmediato hizo que mis mejillas se calentaran y el gemido fuera casi incontenible.

—Fabio… —Jadeé bajo.

—No me gusta compartir lo que es mío, Iraide —declaró y llevó el otro pezón a su boca, mamándolo con ímpetu.

—Ni a mí —atiné a decirle y aprovechando su atención en mis pechos lo tomé de la barbilla y lo obligué a que me mirara—. Odio compartir lo mío, maldito hijo de puta —siseé—. Y no estoy hablando de tu *harem,* eso me importa un carajo porque al final he disfrutado de tus sesiones con ellos, menos lo que hiciste con Sophia.

—No toqué a ninguno de mis sumisos hasta hace dos noches y sabes por qué —urdió y no respondí—. Por ti, mi pequeña zorrita. —Tragué con dificultad y por inercia presioné las piernas en las suyas con la necesidad de hacer fricción en mi coño.

Estaba usando esos motes de nuevo, tal cual lo hizo en mi oficina cuando me dejó frustrada. Esa

vez creí que reaccioné como lo hice porque me tomó desprevenida, sin embargo, en ese instante descubrí que me causaron el mismo efecto.

Excitación y mucho morbo.

—Sí, hasta hace dos noches. Cuando me restregaste en la cara lo que hacías con Sophia —reviré.

—Y luego tú me hiciste comer mierda al arrodillarte frente a otro tipo cuando jamás aceptaste hacerlo para mí de esa forma —me respondió—. Y no bastándote con eso, aprovechaste mi condición y me hiciste caer en un estado que, si hubiese sido en otros tiempos, me habría conducido a la muerte —confesó.

Mi pecho subía y bajaba con brusquedad, no tenía palabras en ese instante y tampoco me dejó decir nada, ya que volvió a atacar mis tetas, palmeándolas, chupándolas y luego respirando sobre la piel lastimada por sus caricias brutas. Cerré los ojos y los apreté con fuerza cuando sentí que estaba perdiendo esa batalla y me acomodé para darle mejor acceso, dejando de lado a las personas afuera.

—Debería alejarme de ti después de esa noche, Iraide, porque me demostraste lo mortífera que puedes ser y, sin embargo, aquí estoy, muriendo de ganas por demostrarte quién es tu dueño.

—Yo no ten…

—Y aquí estás —me cortó cogiéndome de las mejillas con una sola mano en un agarre fuerte que me hizo gemir de dolor—, probando hasta dónde soy capaz de llegar con todos mis colegas afuera, pudiendo usar tu palabra de seguridad para detenerme. —Me mordió el labio inferior, tirando de él con violencia y luego lo chupó para calmar el escozor—. O una más poderosa como el «no quiero, Fabio».

Fui consciente de eso cuando lo aclaró y abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Me dejarías si te digo que no quiero nada de esto? —Alzó las cejas incrédulo.

—No te estoy violando y hasta donde me has permitido, ha sido consensuado. Así que pruébame —me retó. Vi con sorpresa cuando se alejó de mí, dándome espacio para que no creyera que me estaba manipulando con su toque—. Pruébame, porque donde no digas esas palabras, voy a dejarte claro a quién perteneces, putita —advirtió.

Su maldito tono fue suficiente para envolverme en una bruma de idiotez que nunca creí que me atacara y le creí, supe con todas las fuerzas de mi ser que me estaba diciendo la verdad, que cumpliría y se alejaría de mí si le decía que no.

¡Dios!

Cerré los ojos por unos segundos y maldije en mi interior porque, aunque quise decirle que se alejara por puro orgullo, las palabras no salieron de mi boca.

—Te odio. —Fue todo lo que logré decirle entre dientes.

—Lo sé —respondió.

Segundos después su boca volvió a atacar la mía en un arrebato más cargado de lujuria y posesión que me hizo gemir en silencio, aunque con más fuerzas; mordió mis labios y metió su lengua follándome de esa manera y le devolví el beso cuando me sentí capaz de seguirlo.

Lo tomé del cuello, pero fue listo y me lo impidió, cogiéndome los brazos y rompiendo el beso.

—Mía —aseguró tomándome del rostro—. Mi putita.

Me relamí con el apelativo que me encendió tanto como para permitirle que me recostara en la madera, levantó mis brazos sobre mi cabeza dejándome claro que no quería me moviera, aunque desafiándolo los bajé y apoyé los codos sobre la mesa para elevar un poco el torso. Su rostro ensombrecido por sus demonios me estudió con prepotencia, detallando cada espacio de mi cuerpo, debatiéndose por dónde empezar y sonriendo cuando tomó mis piernas y dio un tirón abriendo mi falda casi por la mitad.

Jadeé por la fuerza y me relamí los labios bajo su atención, sintiéndome completamente excitada por ese hijo de puta que no se detuvo ni porque me tenía en una sala de juntas, con personas importantes esperando.

Me tomó de los muslos y me acomodó en el filo de la mesa.

—Abre más las piernas porque te voy a follar como tanto nos gusta —exigió y lo hice.

Jodidamente lo hice.

CAPÍTULO 52

FABIO

Me encontraba más allá del punto sin retorno. Mi cuerpo zumbaba por la furia, la emoción, excitación y la adrenalina; las manos me temblaban y picaban con la necesidad de marcarla, medio consciente de que si apretaba de más dejaría mis marcas en su cremosa piel.

Mis putas marcas.

Mis jodidas huellas.

Los vestigios que borrarían el rastro de profanación que tenía en el cuello.

Cavolo.

Respiré hondo y quité la atención de su piel llena de marcas de dedos que no eran los míos, porque donde no lo hiciera perdería mi poca razón y la lastimaría de verdad.

«*Hazlo*».

Me animó aquella voz en mi cabeza y sonreí como un hijo de puta sin dejar de observarla, entendiendo por qué ese lado oscuro en mí me pedía dañarla.

Yo no era alguien con quien se podía joder y salir inmune. Era un mezquino de mierda, un hombre que cuando consideraba algo suyo, pelaba los dientes como un animal para dejarlo claro. Sobre todo, si me sentía acorralado y atacado, tal cual sucedía desde la noche en que esa pelirroja se arrodilló ante otro y me envió directo a mi peor estado.

Y no había salido de él, pero logré llegar a esa reunión porque le exigí a Pablo que probara en mí los antidepresivos y antipsicóticos que desarrolló (y acababan de pasar sus últimas pruebas antes de sacarlos al mercado) y que me dieron una tregua. No obstante, ver las marcas que otro hijo de puta dejó en el bonito cuerpo de la delincuente frente a mí, conociendo muy bien las circunstancias que lo llevaron a ello consiguieron que los efectos de los fármacos se esfumaran de mi sistema y que casi perdiera mi mierda delante de un par de personas que desconocían mi verdadera naturaleza.

Esa que disfrazaba con una impoluta, correcta y respetada bata médica y trajes de diseñador.

Porca puttana.

Estuve a nada de matar a esa mierda que se encontraba cerca de Iraide, porque el malnacido me miró con satisfacción en cuanto notó que descubrí su hazaña. Y lo habría hecho de no ser porque mi pequeño demonio lo sacó de inmediato de la sala, sabedora de que mi objetivo principal era ella, pues ya no conseguí ocultar mis ganas de premiarla, de cometer una masacre con su perro guardián y luego follarla sobre su asquerosa sangre.

Un deseo que dejé atrás en el momento en que estuvimos solos y la enfrenté, en el instante en que, en mi ambición por aclarar quién tenía el mando en la sala y dejar por sentado a quién le pertenecía, la besé.

Jodidamente la besé y su sabor en mi boca, mezclado con la furia y la desesperación de ambos, me llevó a un frenesí incontrolable. Y podía jurar que, si se hubiera atrevido a pedirme que me detuviera, si hubiese dicho «no quiero, Fabio» como la reté, habría salido de esa sala de juntas para darme un tiro en la cabeza, o a exigirle a Dominik que procediera con los electrochoques, porque únicamente imposibilitado me detendría.

Y menos mal que Iraide estaba tan enferma y desquiciada como para callar y, con un *te odio* frustrado, consintió lo que yo tanto anhelaba.

Cazzo.

¿La ataba? ¿Le negaba el orgasmo? ¿La marcaba como mía?

No sabía qué hacer primero por lo que me dediqué a observar su cuerpo cuando la tuve sobre la mesa, dispuesta a que lleváramos ese encuentro al límite, y rompí su falda queriendo comprobar qué tanto disfrutó con el bastardo y si también se atrevió a dejarle marcas ahí abajo.

Sin embargo, eso quedó en el olvido en cuanto vi aquel pequeño triángulo de tela que cubría lo que era malditamente mío, sin importarme que otro lo hubiese probado.

Iraide jadeó cuando la acomodé en el filo de la mesa y aquella pizca de razonamiento en mí le dio una última oportunidad de arrepentirse de lo que permitiría, pues ese día llevaría nuestro encuentro más allá de lo que ella imaginaba y de lo que experimentó antes conmigo.

—Abre las piernas porque te voy a follar como tanto nos gusta —exigí y ella obedeció al instante.

Porca troia.

Me alejé antes de terminar de desestabilizarme por completo y comencé a desencajarme la camisa del pantalón, pero su mirada hambrienta no me estaba ayudando en nada.

Esa fiera siempre había hecho lo mismo desde que nos conocimos, me miraba como una hambrienta a la cual le ponían un suculento filete frente a sus ojos; y a mi ego de macho eso lo volvía más loco. Me complacía verla salivando por mí, que ansiara mi cuerpo tanto como mis toques y todo lo que le hacía cuando ponía mis manos sobre ella.

Sonreí de lado al desabrocharme el cinturón, orgulloso de atraerle tanto. Me bajé el pantalón, tomándome la polla que palpitaba furiosa y ansiosa en partes iguales por tener cerca el coño que tanto le gustaba penetrar.

«Pero a ella también le gustaba que otro la penetrara.

Y podría gustarle más follar con su perro guardián.

¿Será que él la volvía más loca de placer que tú?».

Gruñí furioso por las voces agolpándose en mi cabeza, queriendo joderme más ese momento. Iraide no se dio cuenta de la furia que incendió de nuevo mi interior porque me masturbé con lentitud, dándole a entender que mi queja fue más de placer. Me concentré en su desesperación por sentirme y cuando me acerqué hacia su tanga y la corrí a un lado, babeé al encontrarme con su humedad empapando la tela.

«De seguro pensaba en él, por eso se mojaba así».

—¡Demonios, Fabio! —siseó Iraide porque en mi desesperación por ignorar a mis jodidos demonios susurrándome aquellas blasfemias, arrastré dos dedos dentro de su raja sin delicadeza.

Necesitaba lubricarme con sus fluidos, tener claro que se los provoqué yo.

Esparcí la humedad por toda la longitud y me detuve en su clítoris hinchado y palpitante. La mujer era seda en mis dedos, su carne blanda incrementó mi salivación y por un momento en lugar de castigarla deseé venerarla.

«¿Venerar a la perra?... Por supuesto que eras tan imbécil como para premiarla por follar con otro, por dejarse marcar».

—¡Oh, *diavolo*! —El apodo que me había puesto Iraide contuvo mi mierda, pues estuve a segundos de complacer a mis demonios.

Sacudí la cabeza para espabilar y jugué a hacer círculos en su manojo de nervios empapado, recogiendo un poco de placer en mis dedos, llevándomelos a la boca para saborearla sin pudor.

«¿Sabía a él?».

«No, hijas de puta, sabía a peligro, pasión y muerte. Sabía a ella».

Intuí que hice un gesto de placer al sentir a Iraide en mi boca, pues me deleité con el sabor

exquisito que emanaba mi diablilla personal, me emborraché con su ambrosía. Tanto así que, al pasear la lengua por mis labios (no queriendo desperdiciar ni una sola gota) descubrí que sus ojos querían competir con los míos, pues en segundos se oscurecieron por el deseo y la necesidad.

Aunque los míos no estaban oscuros solo por la lujuria, sino también por mi naturaleza y la maldición con la que me premiaron.

—Vamos a pasar de los juegos previos, *dolcezza* —cerré los ojos para disfrutar el regusto de su placer en mi boca tras decirle eso—, ya que estás más que lista. —Y yo estaba desesperado por enterrarme en ella, mi polla dura como un mástil palpitaba y dolía, mis músculos se hallaban más tensados que de costumbre—. *Cavolo* —gruñí.

Iraide se cubrió la boca en el momento que un gruñido gutural la traicionó porque volví a tocarla, pero la embestí de una sola estocada al mismo tiempo, lo que la llevó a sisear posiblemente de dolor y gusto en partes iguales.

No tenía idea de cómo era el paraíso, pero me sentí en él cuando la llené con mi grosor y longitud, en el momento que sus paredes me apretaron y su calor interior me abrasó, inmovilizándome unos segundos.

Maledizione.

Las emociones compartidas estaban siendo demasiado en mi estado, lo que me llevó a apoyar las manos a los lados de su cuerpo y bajar la cabeza a su altura, queriendo besarla de nuevo, pero negándome el gusto. Opté mejor por reanudar mis movimientos, siendo estos firmes y rebosantes de la potencia y el vigor extra que rezumbaba en mi sistema.

Ella se desplomó en la mesa al no poder sostenerse más tiempo erguida, yo arrastré mi mano por sus pechos y enseguida la anclé en su cuello, apretando mi agarre en él, ocultando aquellas marcas que me harían cometer una estupidez donde las siguiera viendo.

—Abre los ojos, *puttanella* —demandé—. Y observa bien quién es el hijo de puta que te folla como tanto te gusta y enciende con palabras vulgares. —Gimió en respuesta por mis embestidas, yo miré embelesado cómo entraba y salía de su coño sin contemplación alguna. Estaba moviendo la mesa por la fuerza y brusquedad de mis empellones, haciendo rechinar las patas en el piso—. *Mia troia.* Mía.

Me di cuenta del grito que contuvo, y la manera en la que apretó mi polla me hizo saber que estaba rozándole el punto exacto que la llevaría su nirvana. Era un maldito bruto al tomarla casi con violencia, pero a ella, como la masoquista que era, la enloquecía el dolor mezclado con el placer, me lo demostró las veces que follamos antes, ambos lo teníamos más que claro.

Y no quería que lo ocultara sin importar dónde estábamos.

—Quiero escucharte gritar, así que no te contengas —ordené y salí por completo de su coño, volviendo a introducirme enseguida y con más fuerza, provocando un choque escandaloso y doloroso con mi pelvis en su monte de venus.

El dolor hacía más real el placer, por eso me encantaba, porque me daba la certeza de que sí lo estaba viviendo.

Podía fingir la felicidad y dejarme llevar por la tristeza, pero el dolor jamás. Era el sentimiento más real e inconfundible para mí, razón por la cual me enloquecía mezclarlo con el placer a la hora del sexo.

—Fabio —gimió ella, suave y entrecortado.

—Grita. Que todos escuchen cómo te estoy follando —exigí. Iraide abrió la boca perdida en la lujuria.

La quería gritando mi nombre y que aquel hijo de puta fuera testigo de ello. Que se enterara que

así la haya follado antes, yo era el único que la llevaba a un nivel que nadie podría igualar jamás.

—¡Mierda! ¡Fabio! —susurró con voz lastimera, dándose cuenta de cuán perdido me encontraba con su cuerpo.

«Ella no quiere que su guardaespaldas la escuche».

«Porca troia».

El placer estaba siendo demasiado y aun con eso las putas voces no me dejaban en paz. El gozo de Iraide no era menos que el mío, tanto así, que me di cuenta de que se encontraba a nada de correrse.

«Pensando en otro».

—Grita, Iraide —gruñí, desesperado porque su voz y sus gemidos silenciaran mis voces.

Ella negó en repetidas veces sin saber lo que aumentaba en mi interior, reacia a seguir mi orden. La furia en mí se fue *in crescendo* y la combinación que hizo con mi placer estaba a nada de convertirse en explosiva, por lo que salí de su interior dejándola desorientada, dispuesto a quedarme con las bolas azules si no me daba lo que pedía.

—Hazlo —demandé quitándome el cinturón con la intención de llevar ese encuentro a un nivel inimaginable para ella, pero muy conocido para mí.

Estaba a punto de mostrarle mi lado más oscuro, perverso y más enfermo. Y solo de pensar en lo que haría sentí que iba a correrme, pero me contuve e ignoré la sacudida de mi polla y el dolor por la necesidad, concentrándome en sus ojos enturbiados y boca medio abierta al verme deslizar el cuero en mi mano, suponiendo quizá que la azotaría.

No obstante, por mi cabeza jamás pasó golpearla con el cinturón. Le daría un mejor uso.

—Grita —insistí y la tomé del cabello al ver la negación en su rostro, tratando de no ser violento en otros sentidos, pero sí manteniéndome intenso.

—No. —Zanjó con decisión y entonces perdí mi mierda.

Cazzo. Esa mujer sería mi muerte.

Hacía años que no caía en un círculo tan vicioso, el cual necesitara como la vida misma, pero ya Iraide me había demostrado que todo lo que tuviera que ver con ella sería intenso, tóxico y oscuro. Y eso despertaba a la bestia en mí.

—¡Mierda! —chilló cuando, después de haber respirado hondo, envolví con destreza el cinturón en su cuello, cerrándolo con rapidez en torno a él para que no escapara, si es que pretendía hacerlo.

Abrió los ojos de manera desmesurada porque apenas le dejé lugar para que pudiese respirar y tampoco alegar nada, pues tras mi agarre volví a embestirla, enrollando el cuero sobrante en mi puño, descubriendo que a la maldita masoquista le encantaba mi trato en lugar de indignarla.

«Hecha a mi medida», pensé mientras entraba y salía de ella. Su coño engulléndome y estrangulándome era de mis mejores torturas.

Endurecí la mandíbula al darme cuenta de cómo se entregaba a lo que le hacía, de lo temeraria que era porque, incluso con mi agarre en su cuello y lo fácil que me era asesinarla al apretar más el cinturón, Iraide gozaba y aceptaba lo peor de mí al tenerme entre sus piernas.

¿Quién estaba más enfermo entonces? ¿Ella o yo?

—Vaya estúpida que eres, *ragazza* —le dije con la voz ronca, demasiado oscura—. Estúpida porque, incluso siendo un maldito inestable, confías en mí —señalé y tembló al darse cuenta cómo la tenía sometida.

—Confío en lo bien que follas —aseguró y sonreí por la manera en la que recuperó la seguridad que perdió solo un segundo.

Y porque me halagó que no tuviera miedo de mi condición.

—Te gusta la hipoxifilia, eh —comenté y me miró sin entender, pero tampoco preguntó a qué me refería porque jadeó cuando cogí el cinturón cerca de su cuello, justo de donde lo enlacé para atraparla, y levanté un poco su torso de la mesa—. Así se le llama a esta práctica, cuando alcanzas excitación sexual por medio de la privación de oxígeno —expliqué al ver su desconcierto.

Muy pocas sumisas en mi *harem* solicitaban ese tipo de trato. Una en especial me lo pedía gritos. Y no lo practicaba con nadie fuera de mi mundo, pero Iraide seguía siendo la excepción, ya que aun sin una pizca de entrenamiento o conocimiento sobre ciertas prácticas, me demostró que podía adaptarse sin problema a todo lo que yo quisiera hacerle.

Incluso en ese instante, donde era consciente de lo perdido que me encontraba.

—¡Joder! —Jadeó, boqueando en busca de aire.

Fui capaz de sentir la vibración de su cuerpo, mi placer aumentó cuando el de ella lo hizo, pues en lugar de tratar de alejarse buscó mis embistes con sus caderas, estrangulando mi polla tal cual yo hacía con su cuello, confirmándome con eso que disfrutaba más de lo que alguna vez aceptaría, que le privara la respiración.

Demonios.

Me negué a hacerle algunas cosas en su momento, consciente de que muchas de mis prácticas serían demasiado sádicas, pero ahí estábamos, ambos a punto de corrernos, ella a nada de perder el conocimiento si seguía apretando mi agarre.

—Vas a obedecer esta vez, dulzura —advertí sobre sus labios, tragándome el gemido que sonsaqué de su garganta con el empellón que le di—. Apenas afloje mi agarre en ti quiero que grites, que lo hagas tan fuerte para que escuchen todos en el edificio y sepan lo que está pasando aquí adentro.

Sus ojos comenzaron a tornarse rojos por los vasos sanguíneos alterados en sus orbes, las venas debajo de estos también se le habían hinchado y su frente estaba mojada por el sudor, aun así, me demostraba que gozaba mi trato y que obedecería esa vez, pues asintió a mi petición.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó con la voz ronca y casi ahogada por haber tenido la garganta apretada.

Para muchos ese grito podía escucharse con horror, pero su rostro ensombrecido por el placer y la manera en la que encontraba mis embistes decía lo que de verdad estaba experimentando cuando me enterraba en su canal empapado.

Jodida mierda.

La maldita mujer se encajaba en mi polla con facilidad y perfección, su calor húmedo me envolvía al punto de ahogarme sin siquiera estrangularme, pero lejos de temerle a la muerte también me satisfacía de maneras inefables.

—Más. —Miré un tanto sorprendido a Iraide cuando pronunció esa palabra.

Segundos después sonreí y se me cortó la respiración al mismo tiempo que yo la privé a ella de la suya, cuando volví a coger el cinturón afirmando mi agarre en él, utilizándolo de palanca para hundirme más profundo en su coño.

Para ese momento mis latidos acelerados se igualaron a las pulsaciones desenfrenadas de su coño tragándose mi polla como un jodido guante.

—Te voy a enseñar cómo es que se estrangula, *amor* —dije desaforado por el placer y la furia en partes iguales, utilizando el mote en español que a ella tanto le encantaba—. Si querías que te quitaran el aliento a la hora de follar, me lo hubieras pedido desde el principio —añadí, apretando más mi agarre.

Para ese momento había apoyado las manos en la mesa, alejando el torso de mí, por lo que al

volver a embestirla tomé otra vez el cuero sobrante y de un tirón la acerqué a mi boca, mirándola boquear, tratando de conseguir un poco de aire, pero sin intentar alejarse, todo lo contrario, seguía buscando mis embates, demostrándome con ello que experimentaba sensaciones desconocidas que fácilmente podrían convertirse en sus favoritas cuando terminara con ella.

—Las marcas en tu cuello son de principiante —señalé y le mordí el labio—, así que voy a mostrarte cómo se hacen las verdaderas.

La besé metiendo mi lengua en su boca y moviéndome al mismo tiempo, robándole el poco oxígeno que conseguía llevar a sus pulmones, empalándola hasta la empuñadura, sintiendo la manera en que su coño se apretó alrededor de mi falo y trató de ordeñarme. De pronto sus piernas comenzaron a temblar sin control y supe que estaba alcanzando su máximo placer, por lo que me obligué a controlarme a mí mismo y relajé mi agarre en el cinturón antes de matarla.

Sin embargo, no llegué a apartarme del todo cuando sentí un cañón frío presionando mi sien, seguido de la amenaza de aquel hijo de puta que terminó de desatar a mi bestia interior.

—Primera y única oportunidad… Apártate de ella antes de que la bañe con tu sangre.

No sabía en qué momento logró entrar, me desconecté demasiado de mi realidad y me perdí entre las piernas de Iraide y lo que le hacía mientras la follaba. Desconocía además qué podía estar pasando afuera para que solo él accediera a nosotros, porque en mi periferia noté que únicamente éramos tres en esa sala y sonreí de lado por el atrevimiento del bastardo y sus ganas de morir tan joven.

—¡¿Ace?! ¡¿Qué diablos?! —espetó Iraide con la voz ronca y ahogada. El *cucciolo* que pretendía asustarme con esa pistola en mi sien miró con ojo crítico el estado de su jefa y endureció la mandíbula al comprobar que ella estaba feliz y dispuesta a morir conmigo en su interior—. Vete —demandó, hablando con más claridad porque aflojé mi agarre.

—De ninguna manera.

—Vete —insistió Iraide y de reojo lo vi negar con seguridad a la vez que miró a su jefa con el ceño fruncido cuando esta me buscó, sorprendida al sentir mi polla palpitar en su interior y endurecerse aún más.

Le sonreí como un completo desquiciado, demostrándole con eso que lejos de intimidarme por la situación, me excité todavía más.

—No, mi reina. —Zanjó el *cucciolo.*

Porque eso era para mí, un cachorrito queriendo lucirse con su dueña, pretendiendo protegerla de un perro adulto, feroz y rabioso, además de en celo, que era como me sentía.

—Con esta pequeña mierda aquí, o allá afuera, voy a terminar de follarte, dulzura —le advertí a la pelirroja. Ella me miró consciente de que a mí no me importaba tener espectadores, luego de comenzar a follarla con mis colegas a unos pasos. Después de demostrarle como Samael que me encantaba ser visto dando y recibiendo placer.

Volvió a mirar al bastardo y ambos batallaron en silencio, comunicándose con la mirada, cosa que me devolvió a mi estado de bestia salvaje, pues odiaba que tuviera tanta confianza con él como para hacer eso.

La situación activó al asesino diestro en mí y sin que se lo esperaran desarmé a la pequeña mierda con una mano mientras que con la otra volví a apretar el agarre del cinturón, volteando todo a mi favor. Apuntando enseguida al tipo y quitándole el aliento a su jefa, no solo por el estrangulamiento, sino también porque reanudé mis embistes y la follé a un ritmo torturante, dejándoles claro que nada me detendría.

—Hijo de puta —espetó Ace, intentando buscar el arma de repuesto que de seguro llevaba en la

espalda.

—Tu cachorro no termina de entender que tiene una jefa muy enferma, dulzura —me burlé y ella en respuesta se mordió el labio para no gemir o emitir algún sonido de placer.

Miré el metal del arma brillando por los rayos del sol que entraban por las ventanas, sintiéndome repentinamente divertido por tener las vidas de ellos en las palmas de mis manos. Pero, sobre todo, por el placer de Iraide, por el orgasmo que estaba a punto de tener luego de verme desarmar a su amante.

Mi pequeña puta podía cohibirse con la situación, pero no por eso dejaba de disfrutar. Y, al sentir sus paredes vaginales apretándome más la polla y la manera en la que buscó que golpeara más duro en su interior, deduje que estaba a nada de correrse. Sin embargo, no se lo había ganado, por lo que me salí de su interior haciéndola maldecir.

—*¡Hijo de perra!* —siseó en español y sonreí abiertamente.

—¿Ves cómo fuiste hecha a mi medida? —señalé acercándola a mi boca mediante el agarre que seguía manteniendo en el cinturón, permitiéndole respirar bien cuando era necesario—. ¿Te demuestra este nivel de placer cuando la follas, cachorrito? —arremetí contra el tipo a un paso de nosotros, quien, aunque no tomó otra arma se mantenía atento a un descuido mío para desarmarme.

Utilizando una sola mano, y antes de que me respondiera algo, abrí el tambor del revólver y tiré todas las balas a excepción de una.

—Ace, vete —exigió Iraide al prever lo que yo pretendía y eso me causó mucha gracia.

—No, no te irás, pequeña mierda. Te quedarás para aprender cómo follarla y que así, si hay una próxima vez, no deba terminar yo lo que tú no pudiste completar —demandé—. Y tú, gira el tambor —añadí para Ira y de soslayo la vi negar—. O lo giras, o vuelvo a cerrarlo justo como está para dispararle a tu cachorrito entre ceja y ceja.

—¿De verdad crees que será tan fácil? —preguntó él todo indignado—. Y guárdate la polla para que pueda tomarte en serio.

—Conque a ti también te deslumbra mi tamaño —me burlé. El bastardo trató de írseme encima tras escucharme, yo utilicé un solo segundo para soltar a Iraide, girar el tambor y cerrarlo, y uno más para volver a hacerme del agarre en el cinturón—. ¡El juego ha iniciado oficialmente! —Celebré al poner el cañón en la frente de Ace y hacer gemir a la pelirroja al cortarle el flujo de oxígeno.

—Ace… se va. —Consiguió decir Iraide tras escrutarme y percatarse de que hablaba en serio y negué chasqueando con la lengua.

—¿Al infierno? Veamos si la ruleta rusa lo decide. —Zanjé yo sobre su boca.

—¡Joder! —espetó Ace cuando disparé en su frente en el momento que trató de desarmarme.

Ira había soltado un grito ahogado y yo me reí de ambos.

—Siguiente pregunta —avisé sintiéndome más excitado, si es que eso era posible.

—¿Qué se siente follarla después de que yo estuve en tu lugar? —Alcé una ceja cuando el cachorro decidió participar en el juego.

Y también me satisfizo, así que llevé el revólver a mi sien y miré a Iraide, aflojando de nuevo el agarre en su cuello para que respirara sin dificultad. Sus ojos casi se desorbitaron por lo que estábamos haciendo y cuando llevó las caderas más cerca de mi polla entendí que lejos de asustarse, la maldita se hallaba tan excitada como yo.

Y frustrada porque ya le había negado los orgasmos.

—Nada —respondí sincero y la furia incendió los iris de la pelirroja—. Porque no has estado en mi lugar, aunque la hayas follado. —Di un paso más cerca de ella y me deleitó que solita buscara encajarse de nuevo en mi falo. Ya no estaba empapada, sino que chorreaba—. Yo soy el único

diablo que gobierna su infierno, así que, ningún cachorro por mucho que se crea demonio conseguirá ocupar lo que es mío.

Disparé el revólver en mi sien, los tres escuchamos el clic, pero no hubo detonación.

—¡Mierda! —jadeó Iraide con una pizca de alivio y se terminó de empalar en mi mástil.

Pegué mis labios a los suyos y ella no se contuvo a la hora de morderme el inferior, provocándome dolor cuando rasgó la carne y un gemido de placer al sentir el sabor metálico y su interior chorreándome la polla.

—Es tu turno, *ragazza*. —Aparté mi boca de la suya, queriendo ignorar el placer del deslizamiento de mi falo en su canal, perdiendo la batalla por momentos.

Ace observaba todo con precaución, dándose cuenta de que jugábamos en mi territorio, por lo que las ventajas estaban a mi favor. Así que se alejó un par de pasos, pero lo apunté con el arma, diciéndole sin palabras que se quedara donde estaba.

—He entendido el punto —gruñó.

—Pero no has aprendido mi lección, así que no te muevas —demandé—. Ahora mira cómo juega tu jefa. —Regresé mi atención a Ira y la apunté a ella con el revólver, puse el cañón en su sien y ella se mordió el labio inferior al sentir cómo me hundí en su interior, apoyándome del agarre en el cinturón—. ¿Te asusta verme en este estado? ¿Te asusta conocer mi verdadero yo?

Sonrió en respuesta de una manera muy siniestra y luego de limpiarse con una mano el sudor que le cubría la frente, me cogió de la cintura para que me enterrara más hondo.

—Tienes razón, soy una enferma porque te prefiero así, en este estado —admitió y los latidos de mi corazón se aceleraron—. Puto enfermo. —Remató con toda la intención de joderme.

Fue mi turno de morderle el labio inferior y afirmar mi agarre tanto en el cinturón como en el revólver. La sentí temblar y eso inoculó un nuevo chute de energía en mi sistema.

—¿Me seguirás prefiriendo cuando mate a tu cachorro por haberte tocado? —Ambos escuchamos e ignoramos a Ace quejarse porque evidentemente odiaba que le dijera así—. ¿O te mato a ti por haberlo permitido?

Jadeó bajo mi dominio y miró brevemente a Ace. El tipo seguía atento a un descuido de mi parte para actuar a favor de ellos, pero Ira negó con la cabeza y él resopló.

—Haz lo que más te excite a ti, *diavolo* —respondió segura—. Tanto el sexo como la muerte me llevan al orgasmo, así que lo que elijas hará que me corra.

Fue tan segura al responder, que disparé el revólver y sonreí ante la manera que apretó mi polla y se sacudió, gimiendo más alto, confirmándome que no mintió. La fiera llegó al borde del colapso con la muerte follándola al compás mío.

—Nacimos para someternos, colisionar y sucumbir juntos —declaré y por gusto propio disparé de nuevo.

No hubo detonación, pero sí un *mierda* por parte de Ace y el grito de Iraide cuando comenzó a correrse, mirándome mientras explotaba en su interior, ahogándose con mi estrangulamiento.

Aproveché el momento para llevar el cañón a su boca y meterlo. Ella lo chupó sin miedo alguno, gozando de la magnitud de un orgasmo interminable que me estaba llevando a mí a mi propio borde, tensándome los músculos del estómago, sintiendo el escalofrío en mi espina dorsal que descendió a mi recto y contrajo mis bolas.

Miré a Ace, él no se había perdido nada y hasta vislumbré que su pantalón lucía más apretado de la pelvis, lo que me causó gracia.

—¿Ves esta mierda? —Palmeé el coño chorreante de Iraide con el revólver, llamando su atención —. Mantente muy jodidamente lejos de él.

Se rio entre dientes y miró dónde tenía el revólver, detallando cómo comencé a acariciar el clítoris hinchado y palpitante de su jefa.

—¿Y si no lo hago? —me retó la pequeña mierda y si no me hubiera sentido tan posesivo, hasta me habría causado gracia.

—Te perforaré el cerebro. Y te prometo por mi vida que tú no vas a correrte mientras lo haga, pero yo sí, porque cuando eso pase tu jefa me estará engullendo la polla.

—¡Puto enfermo! —Largó, usando el insulto de Iraide.

Le resté importancia porque con eso me dejó claro que entendió mi punto, así que di por terminada mi lección con él y volví a concentrarme en Iraide.

—¿Quién crees que sea más enfermo y sucio, dulzura? —pregunté entre dientes al embestirla sin darle tregua, utilizando el revólver para masturbarla, dándole placer con mi polla y el metal frío—. ¿Tú o yo?

Ninguno de los dos le dimos más importancia a la presencia de Ace, tampoco ella me respondió nada.

Me volví un puto descontrolado al tomar ritmo con mis embestidas, dándole como tanto nos gustaba, lo que fue completamente bienvenido por parte de ella, ya que abrió aún más las piernas para permitirme entrar con facilidad, aunque el temblor en ellas evidenciaba la debilidad que ya la embargaba tras su orgasmo. Mi mente se nubló al sentirla engullirme casi al punto del dolor, percatándome de las palpitaciones descontroladas de su coño compitiendo con mi corazón acelerado.

La observé, maravillándome por lo roja que se encontraba tanto por mi sujeción como por el sudor que la bañaba. Cerró los ojos y se quejó, gimiendo cada vez más alto sin que se lo pidiera, dejándose consumir por el maldito cataclismo que éramos cuando colisionábamos.

Follar era nuestra mejor forma de acoplarnos, aceptarnos y tolerarnos. En momentos como ese eran los únicos en que Iraide aceptaba perder sus batallas y ser completamente mía. Dejaba de odiarme para adorarme con su dulce vagina.

—Fa… Fabio —intentó hablar, pero se le hizo imposible por la falta de aire y el cúmulo de emociones que le estaba brindando al tomarle un pezón y pellizcarlo.

Seguí pasándole el revólver en el clítoris, notando cuán hinchado lo tenía por la presión y cómo se sacudía con mis empellones. Se encogió en torno a mi pene, apretándome como una maldita banda de acero. Mis abdominales se tensaron y la sangre corrió hasta mi entrepierna, acumulando con ello más calor en mi falo.

—Vamos, pequeña zorra —gruñí bajo—. Confírmame el buen polvo que eres.

Cerró los ojos y trató de echar la cabeza hacia atrás sin éxito alguno por mi agarre. Mis palabras la llevaron por encima de un nuevo borde y podía jurar que sería más intenso que el anterior.

—*¡Maldita sea!* —gritó en su idioma natal en el instante que empujé más duro.

Observé su hermoso rostro sin dejar de zambullirme en su calor chorreante una y otra vez. La rojez en su piel incrementó, igualando el de su cabello, y se mordió el labio inferior, disfrutando cada pulgada de mí.

Mi polla para ese instante estaba a punto de reventar y sabiendo que ella ya se encontraba en su nirvana, salí de su interior sin descuidarme de su clítoris, disfrutando de la descarga de jugos que liberó. Su cuerpo convulsionó sin cortarse y un grito estruendoso la abandonó en cuanto aflojé mi agarre para que respirara sin problema.

Pero no le di chance de espabilar ni darse cuenta de lo que sucedía, la tomé de la sujeción del cuello y la bajé de la mesa, cogiéndola de la cintura para que no se cayera debido a la debilidad que le

provocó el repentino *squirting*. Y estaba todavía en las nubes, por lo que se dejó malear cuando la puse de rodillas, a segundos de correrme por verla en esa posición, su rostro aún perdido en la lujuria.

—*Cazzo* —siseé en cuanto abrió la boca por su cuenta.

La penetré gustoso, ella me engulló hasta donde pudo, sacándome un gruñido gutural ante el movimiento de su lengua y me derramé en su garganta, sintiendo los chorros salir disparados y desbordar de las comisuras de sus labios.

Porca puttana.

Eso era demasiado. Jamás vi algo tan malditamente caliente.

Mis músculos se contrajeron por el placer sublime y gruñí ronco por los escalofríos que me llegaron de todas partes. La puta liberación me llegó a la cabeza, despejándomela por los segundos que duró y en un acto de bondad liberé el cuello de la pelirroja, aunque la sostuve del cabello, lo que ella aprovechó para tragarse hasta la última gota de mi estabilidad en forma de semen.

El tiempo pareció detenerse una fracción en la que nos permitió a ambos respirar hondo y dejar que el placer mermara. Y cuando la realidad comenzó a asentarse de nuevo, Iraide miró a nuestro alrededor, saliendo de su estado de lujuria, del trance en el que entró conmigo y se puso en pie de inmediato, respirando agitada por la manera en que su pecho se movía.

Ahí estaba de nuevo la fiera enfurecida.

—Y es exactamente de esta manera, cómo consigues domar a la pequeña bestia orgullosa y provocadora —solté con diversión, guardándome la polla para luego mirar con desdén a Ace—. Es así como te aseguras de que, aunque deje entrar a alguien más por capricho, volverá a ti por necesidad.

El tipo se encontraba con los puños apretados y la mandíbula tensa, sin saber qué decir, hacer, o dónde meterse.

—¡No se doma a una bestia, imbécil! —espetó Iraide, quien trataba de arreglar un poco su falda destrozada.

—Tienes razón. —Concedí, todavía tenía el revólver en la mano—. Solo se ejerce mano dura y se le da lo que tan oscuramente desea para que se ponga de rodillas.

Estuvo a segundos de írseme encima, pero su orgullo la detuvo.

—Y ya me lo diste, así que espero que lo hayas disfrutado porque no se repetirá —reviró con la voz ronca y me chupé el labio lastimado, disfrutando del estado en que la dejé—. No suelo cometer un error más de dos veces.

Sonreí porque al menos en lo último fue sincera.

—Supongo que con eso de *no se repetirá*, te refieres a la hipoxifilia. ¿O hablas de follar con tu cachorro viéndonos? ¿Te preocupa que se traume? —me burlé.

Extrañamente Ace se quedó callado. Iraide en cambio alzó la barbilla al ver que me abotoné la camisa con una mano. Se tocó el cuello lastimado para calmar el escozor y pensé en retenerla para atenderla y calmar las molestias con alguna pomada.

Pero ni ella me lo permitiría ni yo estaba en condiciones de volver a tocarla sin tratar de follarla otra vez, y de llegar hacerlo la lastimaría porque ya la había llevado a su límite. Así que dejaría que se marchara en esas fachas y que todo el mundo viera la pequeña obra de arte en que la convertí.

—Me refiero a lo de follar a lo bestia, o a permitir que me trates como puta, ya que así me encante, prefiero darle ese privilegio a quien se lo merece —arremetió tomando la fuerza que la caracterizaba—. Y tú distas mucho de haberlo merecido. —Zanjó.

La miré con advertencia, segundos después le regalé una sonrisa *comemierda* al captar que buscaría

joderme de nuevo con sus palabras venenosas, y señalé con el revólver al hijo de puta que la esperaba en silencio.

—¿Y esta pequeña mierda sí se lo merece? —inquirí burlón. Se rio, tosiendo un poco e hizo una leve mueca de dolor. Luego se acomodó el cabello lo mejor que pudo, mirándome divertida mientras se acercaba a él y lo medía para cabrearme. El maldito tenía el pañuelo negro en la mano y se atrevió a colocárselo en el cuello sin inmutarse por mi presencia y advertencia anterior, aunque capté el leve movimiento reprobatorio que hizo con la cabeza.

—Lo sigo buscando a él, ¿no? —respondió la hija de puta, enfocándose de nuevo en mí, tomándose el cuello y escondiendo otra mueca de dolor.

Endurecí la mandíbula porque supo golpearme el ego y me quedé en silencio, no por darle la victoria, sino porque, aunque me molestara su respuesta, lo que dijo era algo que ni ella misma creía, pues con lo que acabábamos de hacer le demostré a los dos que hicieran lo que hicieran, la pelirroja siempre volvería a mí.

«Pero se iba con él».

«Tú eras para follar, el cachorro para pasar a su lado».

—*Porca troia* —musité, girando el cuello y apretando mi agarre en el revólver. Mis voces se silenciaron ante el placer, pero volvieron al ver a Iraide caminando hacia la puerta, con Ace detrás de ella, flanqueándola—. *Ragazza* —la llamé antes de que abriera la puerta.

En cuanto se volteó para escuchar lo que iba a decirle alcé el revólver y lo apunté directo hacia ella.

—¡Joder! —Largó Ace.

Yo acababa de disparar, pero en el último segundo desvié una milésima el trayecto de la bala, porque en ese momento sí detonó, rompiendo la pared justo en dirección a su oreja. Ella no se inmutó, aunque sí entrecerró los ojos y estos brillaron con furia.

—¡Creí que habías terminado con tu juego estúpido! —bramó y me encogí de hombros.

—Era el turno de la muerte, pero parece que la vida quiere seguir jodiéndonos con la presencia del otro.

La maldita sonrió de lado con pericia, mirándome de arriba abajo, como la reina sádica que era.

—Llegará un día en que la vida nos librará el uno del otro, *diavolo* —finalizó y asentí de acuerdo.

Acto seguido me dio la espalda para continuar con su camino, pero antes de que se fuera pronuncié en voz alta un pensamiento que venía calibrando desde mi recaída.

—*Allora ti seguirò nella morte, dolcezza* —«Entonces te seguiré en la muerte, dulzura». No estaba seguro si me entendió, pero sí noté que se tensó—. *Te lo prometto.*

Me miró sobre su hombro y le guiñé un ojo, demostrándole que incluso en mi estado, hablé muy en serio.

CAPÍTULO 53

Iraide

Las palabras de Fabio fueron una despedida que me erizó la piel. Y cuando salí de la sala de juntas, aparte de mi cuerpo todavía febril y nervioso, me embargó la vergüenza por encontrarme a Pablo y a Dominik (este último parecía haberse metido en una pelea con Faddei, quien lo retenía con brusquedad del brazo), mirándome asustados e incrédulos al percatarse de mi presencia.

Kadir abrió los ojos de más y Faddei frunció el ceño, soltando a Dominik.

—¿Estás bien? —preguntó Pablo con preocupación y asentí frenética, reteniendo los pedazos de mi falda para que se mantuvieran unidos y no mostrara más de la cuenta.

Sentí el rostro caliente por la vergüenza y deseé que la tierra me tragara.

—Si nos disculpan… —Ace tomó el control de la situación por mí y lo agradecí, ya que, si hablaba, la garganta me dolería y escocería—. La reunión deberá continuar otro día —añadió poniendo una mano en mi espalda baja para que reanudara mi camino.

Sinceramente, me podía importar un carajo todo en días normales, pero en ese necesitaba huir y esconderme, ya que nunca imaginé que la vergüenza por lo que sucedió me pegara tan fuerte. La tensión por cómo debía lucir no era menos y empeoró cuando Dominik salió de su estupor y se apresuró a entrar a la sala de juntas, cerrando de un portazo para luego comenzar a gritarle a su hermano.

—¡Ira! —me llamó Faddei.

No me detuve ni para saber qué quería, o asegurarme de que él y Kadir nos siguieran. Buscaba largarme y creo que hasta corrí el tramo hacia mi camioneta, ya que cuando llegué frente a ella me tomé el pecho al sentir mi corazón latiendo frenético. Ellos y Ace me alcanzaron segundos después y noté a Faddei mirándome horrorizado.

—¿Por qué demonios me miras así? —inquirí, gritando según yo, pero la voz me salió en un ronco susurro.

Ace pasó por mi lado sin decir nada, con el rostro serio y optando por una actitud frívola. Llegó hasta la camioneta y abrió la puerta de un tirón.

—Entra, Ira —ordenó y fruncí el ceño. Me crucé de brazos y los miré con la furia apaciguando mi vergüenza. Faddei se aclaró la garganta señalando mi rostro.

—Tus ojos —murmuró.

Sin entender a qué se refería, caminé hacia la camioneta buscando uno de los espejos laterales y me miré en él. Abrí los ojos con mucha impresión y la furia barrió la vergüenza.

«¡Hijo de puta!».

¡Casi me habían explotado los malditos globos oculares! Los tenía rojos, con algunos vasos rotos por el esfuerzo y entonces comprendí la reacción de Pablo y los demás.

Apreté los párpados y me tomé del vehículo con fuerza, respirando hondo y tratando de controlarme. Yo se lo había permitido, dejé que me estrangulara mientras me follaba, que jugara un juego mortal, sin importarme dónde o quién nos escuchara, o que Ace presenciara el encuentro. Así que la furia no era solo por lo que Fabio me hizo, sino por cómo me puse en bandeja de plata para él.

¡Joder! Me tuvo en sus manos para lograr lo que todos mis enemigos no habían podido, y me

impactó darme cuenta de que estaba cometiendo uno de los errores más mortíferos que Frank me pidió que no cometiera.

—¡Me cago en la puta! —espeté por lo que analicé en ese momento.

—Ira…

—Larguémonos de aquí —demandé, cortando a Faddei y este asintió.

El silencio entre nosotros fue peor que cuando veníamos. Mi furia era tan palpable en el aire que Kadir ya no tuvo el valor ni de darme un vistazo rápido por el retrovisor, y menos Faddei. Ace por su parte había perdido el buen humor y se dedicó a ver la carretera durante todo el trayecto hasta que llegamos a la mansión.

—Puta madre —reviré al ver el coche de Soren. La frialdad de Ace crepitó de sus ojos aún más en cuanto notó por qué me quejé.

Resignada abrí la puerta y me fui a mi habitación corriendo, ya que sabía que junto a Soren había llegado Gigi y no permitiría que me viera en ese estado. La escuché hablando con Hunter en la cocina y en otra ocasión me habría reído de actuar como lo estaba haciendo, pero no en ese momento.

Llegué a mi recámara y tomé una ducha rápida, los recuerdos me invadieron al sentir los estragos de aquel formidable polvo y me maldije, presionando la frente en las baldosas del baño y comenzando a golpearme la cabeza por mi estupidez al sonreír cuando casi estuve a punto de ser asesinada por estrangulación, o un disparo en las sienes.

¡Joder!

Con una bala o sin ella, Fabio me estaba volando la cabeza, lo comenzó a hacer desde que entré a *Delirium* y lo conocí por su *alter ego* Samael.

Salí de la ducha rato después y me puse ropa que cubriera los hematomas de mi cuello. Una blusa tubular fue la única opción junto a unas gafas oscuras para que mis ojos rojos no quedaran a la vista. No pude hacer nada con los arañazos de mi mandíbula, pero al menos dejé de lucir como una sobreviviente que de puro milagro se salvó de las garras de la muerte.

—Por qué no me habías dicho que tenías otro… ¡Joder! —Gigi calló enseguida de notar mi estado cuando bajé a la sala.

—No… —Carraspeé para suavizar mi ronquera—. No imaginé que estarías aquí —dije y la vi tragar con dificultad.

—¿Debo preocuparme por Adiel y mamá? —inquirió y sonreí sin ganas.

Por supuesto que lucía como recién salida de un ataque mortal, así que entendí su preocupación hacia nuestro hermano y mamá.

—Preocuparse de que ellos la vean así, tal vez —respondió Ace por mí.

Iba entrando con Soren y Gigi lo miró, abriendo de más los ojos al notar las marcas en su cuello. Su tensión no pudo ser ocultada y tampoco la manera en la que apretó los puños al intuir por qué ambos lucíamos tan desastrosos.

—Vaya intensidad. —Logró susurrar mi hermana con sarcasmo. Se irguió en toda su altura y alzó la barbilla.

Secretamente adoraba cuando optaba por utilizar esa pose, ya que lucía tan Viteri, por mucho que lo odiara.

—La única a mi altura —aseguró Ace y lo miré, fruncí el ceño al no entenderlo porque desde que presenció todo en la sala de juntas se volvió frívolo, y de pronto alardeaba de algo en lo que no colaboró únicamente él.

Chasqueé la lengua, pensando en que tendríamos que hablar para aclarar ciertos puntos.

Y también me deleitó ver que Gisselle sonrió irónica y lo miró queriendo rebajarlo. No porque lo creyera menos, sino porque sabía que ella era suficiente, y hasta más, para quien lo mereciera.

—Con lo poco que te conozco, entiendo por qué eso está a tu altura —siseó con veneno.

Si hubiera sido otra mujer, en ese instante ya la hubiese tenido a mis pies y en medio de un charco de su propia sangre por lo que insinuó, pero amaba cómo Ace le sacaba ese lado, porque solo en esos momentos veía a la Gisselle Viteri llena de vida, sueños y anhelos que desapareció cuatro años atrás.

—De verdad tengo la esperanza de que no hayas querido ofenderme. —Satiricé, cortando todo lo que Ace estuvo a punto de decirle al entender lo que le insinuó con tanto descaro.

—*Me sorprende que siendo quien eres, te conformes con un personaje tan… corriente* —declaró en nuestro idioma.

Soren no pudo ocultar la risa al entender a mi hermana y Ace lo miró a punto de cogerlo de las solapas del *blazer* y arrastrarlo hacia fuera, para exigirle que le tradujera lo que dijo Gigi y luego molerlo a golpes por burlarse.

—Tan valiente que aparentas ser y no tienes los ovarios para decirme las mierdas en inglés —espetó Ace y suspiré con pesadez.

—¡Ya basta! —les exigí—. Dejemos de lado cómo luzco y a quién escojo para que me deje con estas fachas y mejor termina lo que ibas a decir —le pedí a Gigi.

Ella seguía con su actitud altiva viéndome a mí, pero sintiendo la mirada asesina de Ace en todo su cuerpo, por la manera en la que se mantuvo erguida.

—Soren me comentó que tienes otro perro. Creí que estaba aquí con Hunter y vine con la esperanza de conocerlo —continuó y su mirada cambió de insolente a cariñosa.

La debilidad que esa chica tenía por los perros era increíble, y por Faddei supe que colaboraba en una perrera en sus horas libres, así de grande era su amor por esos animales.

—Por favor, déjame mostrarle a Furia, Ira. Estaré más que encantado de que la conozca —pidió Ace y lo miré con advertencia, aunque también me sentó extraño que me siguiera llamando por mi nombre.

De alguna manera que evitara el *mi reina* me indicó que las cosas no estaban bien.

Y también entendí por qué deseaba presentarle a Furia. Lastimosamente mi chico seguía siendo un peligro incluso para las personas que custodiaban el almacén, así que, dejar que Gigi lo conociera no era una opción en ese momento.

—Rescaté a Furia de un entorno asesino, Gigi —le expliqué para que pusiera su atención solo en mí—. Lo criaron para que fuera el más letal de las peleas clandestinas de perros, así que todavía estamos luchando con su adaptación en la sociedad. Por lo tanto, que estés cerca de él aún es peligroso.

Frunció el ceño al entender por qué Ace aseguró que le encantaría que la conociera, aunque no dijo nada, solo tragó y decidió ignorarlo.

Me preguntó por qué usaba gafas oscuras dentro de la casa y tuve que inventarme que el cambio de clima me había provocado alergia y, ya que no era la primera vez, no dudó de mi respuesta. Se marchó con Soren minutos después y lo agradecí, pues la tensión me estaba provocando un fuerte dolor de cabeza. Eso, o el estrangulamiento que experimenté.

—¿Tienes idea de por qué Faddei estaba discutiendo con Dominik D'angelo? —le pregunté a Ace al quedarnos solos.

Eso rondaba en mi cabeza desde que fui consciente de otra cosa que no incluyera a Fabio y a mí en la sala de juntas. Ace se tensó al escucharme y vaciló antes de responder.

—Voy a suponer que escuchaste a Dominik llamando a su hermano e intentando abrir la puerta —soltó sarcástico y lo miré con los ojos entrecerrados. Siendo sincera conmigo misma, me olvidé de todo lo demás cuando aquel *diavolo* me puso las manos encima—. Faddei le impidió que siguiera haciéndolo y él le aseguró que cometía un error porque no conocíamos a Fabio y sus alcances, sin embargo, le aseguramos que sí te conocíamos a ti, por lo que no debía preocuparse porque te dañara. Pero el tipo es inteligente y confesó que no le preocupabas tú.

Sonreí por inercia, por supuesto que Dominik no se preocuparía por mí.

—Suponiendo que le impidieron el paso a él sabiendo lo que Fabio y yo hacíamos dentro de la sala, aunque aun así decidiste entrar para asegurarte de que estuviera bien, intuyo que tu frialdad no se debe a que confundiste las cosas luego de lo que pasó entre nosotros ayer —solté y sonrió de lado.

Lo hizo con un poco de diversión, pero también ironía.

—Tengo claro todo entre nosotros, Ira —aseguró, usando mi nombre otra vez—. Es solo que ahora mismo mi ego está un poco herido, ya que de nuevo ese hijo de puta me hizo quedar como un polvo… *flojo* con su dichosa lección —admitió y lo miré con sorpresa.

Había que tener muchas bolas para admitir algo así sin sentirnos menos o avergonzados. Y Ace me estaba comprobando con hechos que le sobraban.

—No tuviste nada de flojo ayer —aseguré y no mentía.

Ace no era un hombre al cual había que subestimar y menos merecía ser comparado, ya que sabía usar sus virtudes y provocar un placer absoluto. Sin embargo, él se manejaba en un mundo distinto al de Fabio, y con menos años de experiencia, así que obviamente golpearía su gran y enorme ego.

—Como sea, ahora mismo estoy pensando en que deberé estudiar y practicar mucho el estrangulamiento para cuando vuelvas a caer en mis manos, *mi reina* —comentó y contuve una sonrisa.

No solo por su declaración sinvergüenza sino también porque usó mi apodo.

—Tan confiado, *cucciolo.* —Apostillé, llamándolo con el mote que Fabio usó y Ace rodó los ojos.

—Y tan seguro de que pasará —aseveró sin darle importancia al apodo, lo que me llevó a pensar que no sabía lo que significaba. Y sí sabía, pues no le ofendía—. Así como estoy seguro de que tu corazón revoloteó al escucharme llamarte mi reina —remató con chulería y bufé.

Pero mi corazón acelerado desmintió mi reacción desinteresada, incluso si él no lo notaba.

¡Maldito engreído!

Cerré la carpeta cuando leer se me hizo imposible y me llevé los dedos al tabique, queriéndome quitar el dolor de cabeza que me producía forzar tanto la vista. Maldiciendo, busqué en mi cartera las gotas que me dio el doctor Andrews y me las coloqué en los ojos, bizqueando por el ardor.

Habían pasado dos días desde el encuentro que tuve en la sala de juntas con Fabio y aún tenía los ojos irritados, ya no tan escandalosos como ese día, pero todavía jodidos. Me llevé la mano al cuello y lo moví cuando estar tantas horas sentada comenzó a pasarme factura. Necesitaba una taza de café para seguir soportando la tarde, por lo que tomé el teléfono y llamé a Julia.

—*Señora* —respondió con amabilidad.

—Tráeme café, negro y sin azúcar, por favor —pedí.

—*Enseguida.* —Alcancé a escuchar de su parte antes de poner el teléfono en la base.

Me puse de pie y me apoyé sobre el escritorio, mirando por la ventana, respirando profundo en cuanto mi cabeza decidió jugar con mi cordura. Imágenes del otro día llegaron como un *flashback*. La conversación con Fabio, ambos soltando verdades, las reacciones que tuvo mi cuerpo con sus palabras, él follándome de manera bestial, yo correspondiendo, atraída como una polilla a la luz.

—¡*Mierda!* —Maldije en mi idioma natal y me llevé la mano al rostro, restregándolo con impaciencia—. Estás jodida, Iraide.

No habíamos hablado aún y ni siquiera lo esperaba, puesto que no me sentía preparada para enfrentarlo, y con él, la realidad que me estaba golpeando el rostro con revés y derecho. Aparte de eso, tuve una reunión con los séptimos que por poco terminó en matanza, ya que Ronald soltó sus estúpidas amenazas y Harold negó rotundamente tener algo que ver con mi ataque y la muerte de Roena.

Les dejé a todos muy claro que no me tragaba esas patrañas, así como también que no se desharían de mí tan fácil y, les aseguré que la matanza fue solo el resultado de ellos llevándome al límite, forzándome a presenciar algo tan atroz que así no pudiera erradicar por la mierda en la que nadaba, tampoco permitiría que lo ejecutaran frente a mis narices.

—Vuelvan a llevarme al límite y les juro por mi maldita vida que me importará una mierda dejarlos al descubierto y que se vaya al carajo todo —aseguré viéndolos a cada uno.

No dejaría a nadie fuera.

—Cuidado, Ira, porque tú también caerás —me advirtió Harold y me reí de él, ya que no usaba mi nombre sino el pecado para referirse a mí.

—Las diferencias entre tú y yo son muchas, Gula. Pero la más grande es que yo no le temo a la caída, porque ya estuve en el suelo y me levanté como reina, tú en cambio desconoces lo que es estar en la miseria y comenzar desde cero, por eso temes caer —le respondí. Todos me miraron atentos, estudiándome y analizando mis palabras—. Vuelvan a provocarme y sabrán que solo estaba jugando cuando cometí esa masacre —les advertí.

Wayne y Gary se encargaron de calmar el ambiente, pidiendo que nos concentráramos en Gerónimo Hall, el hermano de Eugene y quien ya había solicitado, de forma oficial, ocupar el lugar de Envidia.

Conocer la organización y haber colaborado con ella gracias a Eugene le daba puntos a favor.

Tres de los presentes estuvieron de acuerdo, los otros se negaron, yo me mantuve sin votar y les dije que les daría mi respuesta hasta que me asegurara de que ese tipo mereciera ocupar un lugar que jamás debió quedar vacante tan pronto. Mi declaración les dejó entrever que, en efecto, no creía que Eugene se hubiera suicidado, aunque bueno, mi encuentro con Roena ya era afirmación suficiente.

En esa reunión también noté que estuvieron pendientes de mi estado; mis ojos y mi cuello lucían más afectados y estaba segura de que creían que el ataque me dejó en esas condiciones.

«El ataque de una bestia caliente», pensé en mis adentros, volviendo a mi realidad en la oficina.

Contemplé el atardecer con mil pensamientos atacando mi cerebro hasta que escuché la puerta abrirse y me volteé apenas, viendo a mi secretaria con la taza de café en sus manos y su rostro un tanto pálido. Esperé hasta que llegó a mi sitio y la vi mirar hacia atrás.

—Señora, tiene una visita —anunció y fruncí el ceño, tomando la taza y calentando con ella mis manos heladas.

—No quiero ver a nadie, que vuelva en otro momento —respondí bebiendo un poco de café y maldiciendo por el dolor que me provocó tragar.

Mi humor para recibir visitas y ser educada era nulo.

—Pero, señora… —Quiso rebatir y levanté la mano cortándola.

—Que se vaya, Julia —demandé hastiada con un pequeño grito que me hizo cerrar los ojos cuando el dolor de cabeza incrementó.

Mi secretaria saltó en su lugar y se disculpó, saliendo apurada. Me senté sobre el escritorio, volviendo a mi posición de mirar el cielo gracias a la ventana de vidrio y seguí bebiendo hasta que escuché la puerta abrirse y luego cerrarse con un leve sonido.

Un escalofrío reptó por mi espalda y me erguí en mi lugar, tragando con la intención de apaciguar el latir de mi corazón al reconocer su presencia.

—Te dije que no quería a nadie molestando, Julia —hablé con cansancio, haciéndome la ignorante, llevándome la mano a la garganta porque me dolió hablar.

Fingiendo aburrimiento cuando sentía otra cosa.

—Eso mismo me dijo, pero no me incluyo en ese *nadie* —aseguró con la voz ronca y acento italiano. Cerré los ojos un momento conteniendo la respiración porque no quería que notara lo mucho que se me dificultó coger aire al escucharlo.

Me volteé en mi silla para enfrentarlo y su imagen me impactó.

—Aun con eso no quiero verte, así que largo —pedí con una falsa tranquilidad.

—No, tenemos que hablar. —Zanjó.

Me quedé quieta mientras lo veía acercarse y me enfureció notarlo tan recompuesto, como si lo que pasó hace unos días no hubiera sucedido en realidad.

—¡Vete! —le exigí y se llevó una mano al cabello, desordenándolo un poco.

Acto seguido puso ambas manos en el escritorio y apoyó los puños en ella, sobre sus nudillos; mirándome con esos ojos penetrantes que me dejaban hipnotizada, detallando con lentitud los míos, diciéndome en silencio que no había llegado e irrumpido en mi oficina para recibir un no por respuesta.

Imponiéndose como solo él sabía hacerlo.

Me llevé la taza a los labios para darle un largo sorbo a mi café y así ocultar mi nerviosismo, pero, sobre todo, para que no notara cuánto se me dificultó tragar.

—No —replicó—. Quiero una tregua —añadió y me ahogué con el trago de café.

Tosí dejando la taza sobre el mueble y él fue muy ágil al tomar un Kleenex y llegar a mi lado, negué y alcé una mano para alejarlo, pero no se detuvo. Cogí el pedazo de papel que me extendió y me limpié el desastre que hice con la bebida.

—Lo siento —dijo y lo miré estupefacta, sus ojos habían tenido un enorme cambio y de imponente pasó a vulnerable—, pero lo digo en serio, quiero una tregua.

—Esto no es una guerra, Fabio —declaré al recomponerme.

Sonrió apenas, elevando sus labios para luego volver a demostrar esa templanza con la que entró y quise golpearme al quedarme prendada varios segundos por ese gesto tan simple, pero que en él quedaba maravilloso, demostrando el cabrón que quería ocultar en esos momentos, y que siempre salía a la superficie.

—Tal vez no, pero todo contigo, desde el principio, ha sido como estar en el medio de un tiroteo, Ira —señaló y darme cuenta de la veracidad de esas palabras me provocó una conmoción que no esperé.

En los meses que tenía de conocerlo no recordaba ni una sola vez en la que nos hubiéramos cruzado sin él ser un Dominante, o yo la maldita tirana que siempre buscaba imponerse ante todos a su alrededor. La única vez que me mostró una faceta distinta suya fue en la inauguración del hospital, y solo durante un par de horas, cuando vi al doctor D'angelo, aunque después me mostró al Amo de un *harem*.

—Por eso pido una tregua —siguió y cogió el Kleenex de mi mano, extendiéndolo y ondeándolo al ser blanco—. Estoy cansado de este tira y afloja —añadió y me mordí el labio al sentir que iba a temblarme.

Me llevé una mano al cuello, nerviosa, y se quedó mirando mi piel magullada.

Los hematomas me envolvían toda la zona en tonos negros y violetas como si trajera incorporado una bufanda. El silencio prevaleció por varios minutos en los que él detalló cada parte de mi cuerpo y luego se quedó mirando mi cuello de nuevo.

—¿Te duele? —Lo miré sin comprender y, precavido por mi reacción, miró mi cuello—. Las marcas.

Le hice una seña de desinterés y me encogí de hombros.

—Estoy acostumbrada a peores cosas —respondí y me aparté de él porque la cercanía no me ayudaba. Respirar se me dificultó incluso más por cómo su deliciosa fragancia me golpeó.

—No debieron quedar así, pero al… —Calló y lo vi apretar los puños cuando me paré frente a un sofá pequeño que utilizaba para reuniones más informales. Su cuerpo temblaba como si estuviera tiritando del frío y deduje que luchaba para no perder el poco control que aún le quedaba—. Tenías ya un daño y lo que yo hice solo lo empeoró —explicó.

Por primera vez evité sonreír o comportarme como una cabrona al entender que se refería a las marcas de Ace. Y no sé si fue por mi cansancio o por cómo lo vi de vulnerable.

Joder al hijo de puta era una cosa, pero querer dañar a ese Fabio, no se me antojaba.

—¿Qué es lo que pretendes al pedir una tregua, Fabio? —inquirí ignorando lo que dijo.

Tomé asiento en el sofá y con la barbilla le pedí que se acomodara en el otro.

—Hablar, Iraide, pero hablar de verdad y con la verdad. —Su voz ronca me hizo alzar la cabeza al verlo caminar hacia mí, pasando de sentarse.

El magnetismo que era capaz de irradiar incluso con su vulnerabilidad me descolocó. Me perdí por unos minutos detallándolo y me sorprendí de la serenidad con la que ocultaba sus demonios inquietos. Ambos nos encerramos en una pequeña burbuja en la que nos examinamos mutuamente, él estudiando mi actitud y yo descubriendo la agonía que crepitaba de sus increíbles ojos verdes.

Y admito que nunca esperé su visita luego de todo lo que pasó en *Delirium* y en la sala de juntas, incluso llegué a creer que lo que hicimos dos días atrás había sido nuestra despedida. Sus palabras calaron hondo en mí, su seguridad al afirmar todo lo que él significaba en mi vida me descolocó, todavía lo hacía, así que estar en su presencia no era fácil y amenazaba (como siempre) mi cordura.

Noté de pronto que su cuerpo había dejado de temblar y sus ojos, aunque todavía eran más oscuros que su verde natural, no demostraban el vendaval de las otras veces que nos enfrentamos, y solo cuando medio sonrió, me hizo espabilar.

—Bien, te escucho —dije reponiéndome, mirándome las uñas y examinándolas como si fuera lo más interesante para no verlo de nuevo a los ojos.

En mi periferia lo vi acercarse a mí y el susurro de sus pasos sobre la alfombra de la oficina me lo confirmó. Me obligué a inclinar la cabeza hacia arriba para verlo y descubrí que no había perdido la sonrisa.

—Acompáñame a mi *penthouse* —pidió y alcé una ceja con incredulidad.

Iba a replicar, a decirle que estaba loco si creía que volvería a pisar su casa, pero se puso en cuclillas, dejándome comprobar que incluso así, su altura le permitía estar a la mía y apreté los labios con fuerza al sentir su tacto en mi cuello. Acarició con delicadeza los cardenales ahí, recorriendo con las yemas cada zona lastimada.

—Estás loco si crees que me volverás a tener en tu territorio —declaré cogiendo el aire que su

cercanía me robó y curvó hacia arriba una de las comisuras de sus labios.

—¿Y qué te hace creer que no puedo convertir esta oficina en mi territorio? —cuestionó y entrecerré los ojos, dispuesta a ponerlo en su lugar—. ¿Ves?, siempre es un tiroteo —Se apresuró a decir al verme dispuesta a rebatirle.

—No ayudas a que te dé una tregua —reviré y negó con una pizca de diversión.

—Quiero mostrarte a Fabio D'angelo, el bipolar que se convirtió en Samael gracias al control que le entregó el BDSM en sus emociones —prosiguió sincero y me dejó sin palabras—. Pero me sentiría más cómodo haciéndolo en mi *penthouse,* por eso te pido que vayamos allí. Solo busco hablar, *ragazza*, ser tan sincero contigo como jamás lo he sido con nadie.

Sus palabras me golpearon como una baldada de agua fría y sentí que se me entumeció la piel por el nerviosismo y la inseguridad que barrió con mi ego y orgullo en un santiamén.

Podía y debía negarme, ya que alejarme de Fabio de una buena vez era lo más sensato para ambos. Lo sabía.

Y él también.

—Acompáñame, por favor —pidió de nuevo y me extendió la mano con la palma hacia arriba.

Fabio era grande en todos los sentidos, pero ver su mano con un tamaño que se tragaba al mío me lo confirmó.

—Está bien, vamos. —Acepté y puse mi mano blanca y delicada sobre la suya, permitiendo que su calidez calmara la frialdad de mi piel.

Estaba claro que ambos éramos el uno para el otro, esa oscuridad que buscábamos como unos imbéciles sabiendo que nos consumiría.

CAPÍTULO 54

Iraide

Salí de la oficina tomada de la mano de Fabio y vi a Julia contener una sonrisa al vernos, cuando le avisé que no volvería hasta el siguiente día. Y no es que yo buscara el gesto del hombre a mi lado, sino más bien, él me cogió y la seguridad con la que me envolvió fue motivo suficiente para no protestar por su agarre.

Y no mentiría, me sentía extraña.

Fui tan independiente durante toda la vida, hasta cuando estuve con Frank, que permitir que un hombre me guiara incluso para caminar, era señal de debilidad según mi mente; sin embargo, no era la primera vez que dejaba a ese tipo llevarme de la mano, solo que hasta ese instante me encontré analizando que jamás me sentí débil al acceder a que me dirigiera donde se le diera la gana, al contrario, encontraba placer con concederle tal cosa.

«Encontraba placer cuando decidía complacerlo».

En cuanto salimos a la calle visualicé el *Aston Martin* blanco en el que ya había visto a Fabio antes, se acercó hacia el lado del copiloto y abrió la puerta para dejarme entrar y luego la cerró, yéndose a su puesto para ponerse en marcha antes de que me arrepintiera. El ambiente era un poco tenso, pero soportable al tenerlo tan cerca en un lugar pequeño.

Me acomodé cuando arrancó y me dedicó una breve mirada, conduciendo con maestría.

—¿Te estás poniendo algo en los ojos? —preguntó y me tomó por sorpresa.

Palpé mi rostro y lo miré mal.

—¿Tan mal me veo? —respondí a la defensiva.

Bajé el espejo del coche y me miré, un poco perseguida por su pregunta. Aún tenía las escleróticas rosadas y mis ojos cansados me devolvieron la mirada en el reflejo hasta que sentí su mano en mi muñeca cuando quise tocarme.

Iba conduciendo concentrado en la carretera y su tacto en mí.

—No lo hagas, puedes lastimarte más. —Su voz fue amable y hasta un tanto preocupada cuando me miró de reojo—. ¿Viste a un médico?

Cerré el espejo aún con su mano en mí y apoyé las mías en mis piernas, respirando hondo.

—Me sorprende que te preocupe —ironicé y sentí su mano tensarse.

—He cometido demasiados errores desde que perdí el control de mis emociones, Ira. Y dejarte ir de la sala de juntas, sin antes asegurarme de que estuvieras bien, fue el peor de ellos. —La agonía en su voz era tan palpable, que me oprimió el pecho muy feo.

—Lo hice. Vi a mi médico y me dio unas gotas y una crema para el cuello —comenté sintiendo la necesidad de restarle importancia a lo que sucedió días atrás—. Tuve que confesarle lo que me pasó en verdad y, en efecto, él también aseguró que tus marcas solo reforzaron el leve daño de las otras, por eso el resultado fue así —informé y sentí su mano darme un apretón sin quitarla.

—Entiendo —dijo sin más, con rostro serio.

Nos quedamos en silencio luego de eso y recordé la poca vergüenza que me embargó cuando le detallé al doctor Andrews la razón de buscarlo. Tenía mucha confianza con él, así que por lo mismo cogí el valor para sincerarme, aunque la pena amenazó con encontrarme.

—Te has vuelto temeraria, eh. —Me había dicho el galeno en son de broma y lo miré con los ojos entrecerrados—. ¿Fue el mismo que te quitó los piercings*?*

—¡Oh, por Dios, doctor Andrews! —exclamé y él sonrió.

—Sí, el mismo profesional —intuyó y rodé los ojos.

No había sido mi mejor consulta, sin contar con la que realizó gracias a Kiara y en la que casi lo mato por atreverse a tanto, sin embargo, allí estaba. Hablándole de nuevo de cosas bochornosas.

Me relajé y volví a la realidad al sentir a Fabio acariciarme la muñeca con su pulgar, luego la arrastró hacia mi mano y la abrí por instinto, recibiéndolo en cuanto la entrelazó con la mía, maniobrando el coche con la otra, sin hablar, pero demostrando mucho con un simple toque.

Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y cerré los ojos cuando una oleada de tranquilidad me llegó, sintiéndome relajada.

¡Increíble! De verdad estábamos en una tregua que no sabía que necesitaba hasta en ese instante.

Sentí cuando llegamos al estacionamiento subterráneo del edificio de su *penthouse* y nos quedamos a oscuras por unos momentos en los que me apretó la mano y luego se liberó para abrir la puerta. Hice lo mismo sin esperar a que él lo hiciera por mí y tomé mi bolso para luego seguirlo hacia el ascensor. Llegué a su lado y nos metimos dentro del cuarto de metal sin decir nada hasta que llegamos a su piso y colocó una mano en mi espalda baja invitándome a entrar.

Lo que vivía se sentía surreal.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó cuando cerró la puerta.

Miré, como la primera vez, la decoración minimalista del *penthouse* y con un gesto de cabeza me pidió que lo siguiera hacia la cocina.

—Vino estará bien —respondí.

Caminé detrás suyo y lo vi sacar una botella con dos copas, sirviendo y luego pasándome una. Me senté en un taburete de la isla y lo vi beber rápido para luego moverse por la cocina con elegancia.

—Antes de todo me gustaría que comamos algo —avisó y comenzó a sacar varias cosas de las alacenas y luego se fue hacia la heladera de doble puerta.

—¿Antes de todo? —inquirí y le di un trago a mi vino.

—Fue solo semántica —respondió escondiendo una sonrisa que por poco me provocó otra a mí —. ¿Eres alérgica a algún alimento?

Me quedé muda, viéndolo moverse tan bien en otro ámbito que no estaba acostumbrada, y jamás esperé presenciar, y me erguí cuando él se dio la vuelta para entender por qué no le respondía.

—N-no —titubeé y me quise cachetear cuando sonrió al darse cuenta de que estaba en otro mundo.

Sacó varios vegetales junto a una bandeja con lo que vi que era carne y lavó todo minuciosamente, demostrando luego su destreza con los cuchillos. Apoyé mi rostro en una mano observando cada paso que daba por la cocina, preparando todo y luego metiendo la carne en el horno.

Se dio vuelta con una tabla de picar en mano y colocó los vegetales en la isla frente a mí y los cortó mientras me miraba beber, sus ojos no se apartaron de los míos en ningún momento y alcé una ceja por su chulería.

—Engreído —murmuré y curvó un lado de sus labios hacia arriba—. Y yo también sé cortar mientras me enfoco en algo más —le recordé y eso me hizo ganar una sonrisa más grande de su parte.

—Joder, no lo dudo —admitió y lo miré orgullosa—. ¿Eres buena cocinando? —indagó y entonces fue mi turno de reír.

—Soy buena con los cuchillos, así que digamos que, en un grupo de cocina, yo sería la encargada de matar y descuartizar las aves u otros animales —respondí y apoyé la barbilla en ambas manos, mirándolo con un deje de picardía.

Mi respuesta le causó gracia, así que lo hice reír de verdad y me gustó mucho el sonido de su risa.

—Me he dado cuenta de eso, dulzura —señaló y me encogí de hombros, luego bebí el resto de vino en mi copa y admiré su destreza como chef.

—En cuanto a cocinar, pues se me quema hasta el agua, aunque el cereal con leche fría me queda perfecto. —Negó divertido y llevó todo lo que picó a un sartén, luego se limpió las manos en un trapo destinado para eso.

Dejó de lado mis destrezas culinarias y se concentró en las suyas sabiendo que eran más fructíferas, mientras me comentaba sobre su día en el consultorio, enfrascándonos en una charla relajada que me llevó de inmediato a la comodidad, sorprendiéndome de lo fácil que estaba resultando hablar de cosas banales entre nosotros sin que ninguno saltara a la yugular del otro.

El aroma de la comida que preparaba era delicioso y, aunque no llegué a su *penthouse* con hambre, mi estómago rugió en cuanto reconoció el olor a especias y condimentos. Y agradecí el instante en que Fabio cortó un pedazo de queso y me lo dio en la boca entretanto me servía otra copa de vino.

Evité mirarlo a los ojos cuando hizo eso, ya que sentí que mis mejillas se calentaron por la intimidad del momento. ¡Joder! Estaba tan acostumbrada a ser una líder, una mujer letal y sádica, a mantener mi fachada de frialdad y orgullo, que algo tan simple entre nosotros me logró cohibir un poco.

Y, para ser sincera, me imaginé experimentando con Fabio todo el *Kama Sutra*, no algo tan normal entre dos personas que se atraían físicamente de una manera que superaba lo correcto. Y ni siquiera con Frank o Nick viví momentos como esos, incluso cuando podía asegurar que el primero me amó y al segundo lo amé con locura. Sin embargo, todo entre nosotros siempre fue teniendo claro los rangos.

Frank me veía como su arma letal y yo como el mentor que me sacó de un infierno.

Nick en cambio me hizo sentir siempre que, a pesar de que lo amaba y teníamos una relación, yo era ese eslabón que lo haría crecer en el mundo criminal.

—¿Recibiste el correo con toda la información de la junta? —preguntó Fabio sacándome de mis pensamientos.

Apagó la hornilla y sirvió todo en dos platos.

Habíamos hablado de la fallida junta, me informó que, como era obvio, terminó cancelándola luego de nuestro encuentro y su pelea con Dominik, ya que no estaba en condiciones de socializar o dar explicaciones. Sus compañeros entendieron y ya luego su hermano terminó disculpándose con los demás por él.

—Sí, de hecho, estaba terminando de leer eso antes de que aparecieras —comenté mirándolo acercarse con los dos platos y se sentó en un taburete a mi lado.

Cerré los ojos cuando los olores de la comida me impactaron y mi estómago rugió tan fuerte por el hambre, que Fabio fue capaz de escucharlo.

¡Jodida mierda! Me avergoncé como nunca esperé y él me miró alzando una ceja y frunciendo el ceño.

—Debo suponer que te saltaste el almuerzo —indicó y apreté los labios, sintiendo las mejillas rojas.

¿Era en serio?

Yo, una maldita hija de puta a la que nada le importaba, estaba muriendo de vergüenza gracias a

mi jodido estómago que decidió delatarme frente a un tipo duro que parecía mantenerse con una alimentación intacta y estricta.

—Iraide, ¿siquiera has comido hoy? —inquirió regresando a su tono demandante.

—Bebí café —me excusé y bufó.

—Si te *alimentas* de esa manera, no sé ni cómo has aguantado nuestros encuentros —dijo con tono de regaño y fruncí el ceño.

—Soy fuerte de naturaleza —me mofé e hizo un gesto irónico, pero no lo sentí como burla a lo que dije, sino más bien como rindiéndose.

Lo vi coger el tenedor y recogió un poco de carne con vegetales de su plato y decidí imitarlo, pero noté que no tenía cubiertos. Los busqué por la isla y fruncí el entrecejo al no encontrar nada, por lo que pensé en preguntarle si lo había olvidado, aunque callé en cuanto vi que acercó a mi boca la pequeña porción que tomó. Me obligué a aceptarla gracias a la sorpresa que me provocó su acción y mastiqué viéndolo a él complacido al escucharme gemir de placer cuando aquellos sabores deliciosos explotaron en mi paladar.

—¡Dios! Qué delicioso cocinas —halagué y sonrió.

—Gracias, pero supongo que no haber comido nada durante todo el día te hace deleitar más este platillo —aseguró y rodé los ojos.

En mi interior quise comprobar si esa acción lo llevaría a ofrecerme un castigo, pero solo negó y recogió otra porción de comida para dármela de comer.

—¿Tienes alguna recomendación con respecto al informe? —preguntó antes de que le dijera algo porque estaba dándome de comer.

¡Carajo! En serio sabía cocinar y esa carne estaba tan suave que casi se deshacía en mi boca sin necesidad de masticarla, y los vegetales le aportaban un toque único, y que yo lo dijera ya era mucho, puesto que odiaba todo lo que fuera verduras.

—No tengo ninguna porque no entiendo los términos médicos, sin embargo, daré unas sugerencias por escrito con respecto a lo financiero. —Me relamí al terminar de hablar y deseé otro bocado, pero tomarlo yo desde mi plato. Aunque Fabio tenía otros planes, ya que volvió a acercarme el tenedor con comida—. ¿Esta es alguna faceta tuya como Amo? —inquirí y sonrió.

Supo que me refería a que me estaba alimentando.

—No, solo soy Fabio queriendo que Iraide coma bien, sin dejar las verduras —explicó y me reí.

Pero en ese momento no hubo malicia o picardía, solo una diversión pura, salida desde ese momento juntos.

Alternó los bocados entre los dos, terminando su plato y siguió con el mío. La sensación me gustaba, lo veía relajado, sus facciones no eran tensas, estaba siendo más humano de lo que había sido desde el comienzo y eso despertó mi curiosidad.

—Leí un poco sobre la bipolaridad luego de saber que la padeces —confesé cuando terminó de alimentarme y alimentarse.

Alzó una ceja mientras le daba un sorbo a su vino y cuando bajó la copa lo vi sonriendo.

—¿Querías saber si debías temerme o no? —cuestionó sarcástico.

Pero incluso con esa actitud, no pudo ocultar la expectativa y hasta el temor de mi respuesta.

—¡Por Dios, Fabio! Lo desconocido puede tomarme por sorpresa, pero sabes que no le temo a nada —dije segura y me recosté bien en el respaldo del taburete.

No nos habíamos movido porque los asientos resultaron ser muy cómodos, aunque fueran altos para mí, pero no para Fabio que parecía estar sentado en una silla normal gracias a su estatura.

Mi respuesta le satisfizo según lo que vi y hasta le sorprendió.

—Por eso te resulta tan bien retarme. —Acotó irónico y eso me causó gracia.

—Dejando eso de lado —comenté para volver al punto—. Leí que los bipolares pasan por etapas bastante complicadas y episodios de oscuridad, y tras todos los artículos que encontré, incluidas un par de historias reales, logré identificar algunas de tus actitudes en los últimos días. Y te confieso que después de lo de *Delirium,* creí que te habría hecho caer en depresión —admití y lo vi respirar hondo.

—Después de lo que pasó en el club, otros bipolares habrían terminado suicidándose, *ragazza*, no en depresión —señaló y tragué con dificultad.

No me lo dijo como reclamo, sino como simple información, pero imaginarlo buscando la muerte gracias a mí, no me sentó tan bien o sin importancia como imaginé.

—¿Qué te hace especial? —La pregunta me abandonó antes de analizarla y con la mirada le di a entender que no quise que sonara maleducado o que lo tomara como si lamentara que no hubiera buscado la muerte.

—Ser Dominante —respondió tranquilo y fruncí el ceño al no entender—. El BDSM me ha dado algo que ninguna terapia o medicamento ha logrado darme, Ira. El control de mis emociones —confesó.

—Creí que solo lo eras porque te encanta el sexo desenfrenado y mandar —solté y sonrió.

—De ser así, cualquiera podría ser Dominante, dulzura —explicó cómodamente y, ya que estaba sirviéndome un poco más de vino, sus dedos rozaron los míos y me estremecí—. En este mundo hay muchos aficionados que se hacen llamar Amos o Dominantes, pero muy pocos lo somos —siguió y bebí de mi copa.

—¿Entonces no es solo por el sexo? —inquirí más para dejar la tensión en mi cuerpo.

—Al principio fue por eso —admitió—. ¿Recuerdas la historia que te conté en *Delirium* cuando te presenté a mi *harem*? —Asentí en respuesta. Recordaba casi todo de eso y cómo narró que el tipo que lo metió en ese mundo, literalmente lo salvó—. Joseph me encontró cuando estaba tocando fondo, luego de descontrolarme gracias a cierto suceso que por poco me llevó a la muerte —prosiguió y me estremecí—. Mis episodios oscuros siempre se han inclinado en la manía y el más fuerte lo presenté por aquellos años. Me convertí en un sátiro sin control sobre mis emociones que no lograba saciarse con nada y follaba prácticamente hasta que sentía que la polla se me iba a desprender de la pelvis.

» No me complacía nada, sin embargo, seguía necesitando follar y hubo momentos en los que no dejé de hacerlo durante todo el día o días. Mis amantes se cansaban y tendían a despreciarme poco después, al entender que nunca quedaría satisfecho.

» Me la vivía de club en club, insatisfecho, oscuro, básicamente vuelto mierda. Los medicamentos para la bipolaridad no me hacían efecto y excedía mis dosis, tomando el triple de lo indicado, llevándome al borde de la adicción y ese hombre fue el único capaz de ayudarme gracias al BDSM.

» Fui su sumiso. No sexualmente, aunque sí de entrenamiento. Y me castigó como no tienes idea porque tendía a ser más Dominante, pero por increíble que suene, fue su disciplina la que me llevó a moldear mi mente de una manera distinta. Me humilló hasta llevarme al límite y tras eso, me formó con amor y cuidados. Tres años tardó, tres años en los que me hice adicto al dolor de los castigos porque mientras me entrenaba, la manía me dejó para darle paso a la depresión.

» Pero sus órdenes y cuidados como mi Amo me llevaron a buscar terapias más intensas para mi condición y sus sesiones con otros de sus sumisos me dieron el sexo para calmar mi hipersexualidad, ya que Joseph me guiaba y solo follaba tal cual él lo demandaba, privándome para castigarme o desatándome para encontrar el placer y así premiarme. Me midió todo en las cantidades que quería, controló mis emociones hasta que llegó un punto en que sonreía si mi Señor así lo quería, o lloraba

si me lo exigía.

Estaba respirando demasiado rápido mientras escuchaba su historia y un temblor se apoderó de mi cuerpo gracias a la intensidad de sus palabras.

¡Carajo! Su vida en torno a todo lo que giraba iba más allá de lo que pude imaginar.

—Ser su sumiso fue mi salvación, porque por primera vez no era mi cerebro dominándome y llevándome a la perdición, no. Era Joseph demandándome a sentir mis emociones en las cantidades exactas. Y tras cinco años como su sumiso, comenzó a moldearme como Dominante.

Bebió el resto de su copa y yo guardé silencio, queriendo escuchar todo.

—Ya no fue difícil porque ya me había moldeado como su sumiso, así que aprender a ser Dominante fue más para complacerlo. Aprendí a tratar con respeto, pasión y dureza sin dañar y poco a poco, durante dos años, dominé a las personas que él escogía.

» En mi mente seguía siendo su sumiso, razón que no permitió que la bipolaridad me descontrolara, ya que no me cabía en la cabeza la posibilidad de decepcionar a mi Amo. Me era inaudito siquiera pensarlo porque lo amaba, Ira. Y no como se ama a un hermano o a un amigo, tampoco era ese amor de pareja porque incluso con los años, Joseph jamás buscó nada sexual entre ambos.

» Cuatro años después como Dominante ya poseía un pequeño *harem*. Entonces la bipolaridad quiso tomarme de nuevo, arrastrándome a mis episodios gracias a que me enteré de que Joseph había sido diagnosticado con cáncer de pulmón.

Jadeé sin poder evitarlo y respiré profundo, conteniendo el aire para no interrumpirlo.

—El mundo que él creó para mí se estaba desmoronando y caí en depresión, pero Joseph me buscó para exigirme que me levantara de mi mierda si no quería ganarme un castigo de su parte, asegurando que era Dominante con mi *harem,* pero su sumiso porque nuestro contrato jamás se rompió.

Sonrió con tristeza y se sirvió un poco más de vino para beberlo de un sorbo. Yo evité comentar u opinar porque no quería detenerlo, puesto que vi que necesitaba hablarme de eso.

—Murió un año después de ser diagnosticado, un año en el que me tambaleé entre la manía y la depresión, aunque ya no me tomó con tanta fuerza porque Joseph fue mi cable a tierra y justo en su lecho de muerte me dio una última orden como mi Amo.

Me llevé una mano a la boca para contener mi necesidad de preguntar cuál fue esa orden.

—«Controla tu mente tal cual controlas un *harem,* porque no te enseñé a ser patético, te enseñé a ser Dominante, Samael» —repitió, recordando a su Amo y mi corazón para ese instante ya estaba acelerado—. Me lo ordenó como mi Amo, murió siéndolo, así como yo he seguido siendo su sumiso desde entonces —admitió.

—Mierda —murmuré.

Eso fue todo en lo que pude pensar y lo miré demostrándole que me tenía sin palabras.

—Joseph y este mundo fueron los que me dieron la estabilidad suficiente para mantenerme en eutimia. Logré equilibrar mi mente y alejar mis demonios, negándoles el acceso libre a mi cabeza. Descubrir este estilo de vida fue lo que necesitaba para que mi enfermedad no me matara y si has investigado algo sobre ella, te puedo asegurar como involucrado y médico, que eso no es ni un cinco por ciento de todo lo que realmente se vive.

No refutaría jamás eso.

—El BDSM es mi cable a tierra, mi desahogo cuando mis demonios se vuelven más hijos de putas y juegan con mi cabeza a su antojo.

Llevé una mano hacia mi cabeza y me acomodé, viendo cómo volvía a servirnos más vino.

—Nunca te imaginé como sumiso —admití y sonrió.

Tal vez no era lo mejor, pero tampoco diría que lo sentía, no me pareció correcto.

—Como Joseph me lo dijo una vez, en mi caso, para ser un buen Dominante primero debía aprender a ser sumiso. Pero solo lo fui con él, con nadie más —admitió.

—¿Puedo saber qué te llevó a tocar fondo? —inquirí y bebió de su vino sin dejar de mirarme.

Pero en ese momento sí lo hizo con intensidad.

—Curiosamente y, aunque de manera distinta —habló sin dejar de mirarme—, fue lo mismo que me hizo recuperar el control y un poco de dominio sobre mi bipolaridad.

Pensé en su historia con Joseph y lo que admitió, así que no fue difícil entenderlo.

—¿El amor?

—El amor —confirmó.

Carraspeé y me acomodé de nuevo en mi lugar, luego bebí mi cuarta copa de vino de un sorbo.

—Entonces, has aprendido a tener control sobre tu enfermedad —comenté cambiando de tema, o llevándolo por otro camino, y lo vi contener una sonrisa.

—Más bien, he aprendido a ser un buen Dominante y tratado de seguir siendo el sumiso que Joseph siempre quiso. Eso me obliga a controlar un poco mis estados, aunque hay días en los que me es inevitable y caigo en depresión, lo hago sin previo aviso; y hay otros en los que la manía me consume.

—En el despacho dijiste que yo también era uno de tus demonios —recordé sin dejarlo de ver y asintió.

No quería concentrarme mucho en lo mierda de su condición.

—Lo eres, *ragazza*. Eres mi demonio más mortífero.

Pensé sus palabras por unos segundos.

—Lo tomaré como un halago. —Decidí y sonrió apenas cuando vio que no lo tomaba a mal

—Somos sombríos, Iraide. Tú en tu mundo y yo con mi enfermedad, pero la oscuridad es nuestra compañera eterna y eso nos hace más que compatibles. Tu oscuridad me atrae, me engulle y la mía por lo visto no te desagrada, ya que en mi peor momento tuviste el suficiente coraje de retarme.

Me erguí en mi asiento y me acerqué hasta quedar a su altura.

—No te tengo miedo, Fabio. Puedes tener todas las condiciones habidas y no te temeré, no lo hice sin saber lo que padeces y no lo haré ahora —aseguré y se tomó del respaldo de mi asiento.

—La gente que ha conocido mi estilo de vida cree que lo hago por mi condición. Que por practicar el BDSM soy un traumado que busca dominar a todo el que camina con tal de ser mejor que el resto.

Asentí comprendiendo.

—Y no lo eres —lo apoyé segura, sobre todo después de conocer su historia en ese mundo.

Se relajó en su asiento y me dedicó una sonrisa torcida.

—Ciertamente soy un traumado, pero eso no tiene nada que ver con que sea Amo. Ser Dominante es mi zona de confort y al conocerte me hiciste salir de ese lugar seguro, experimentando nuevas sensaciones y una situación que se salió de mis manos y acabó con mi eutimia —señaló, mas no sentí que me culpara de nada.

Se levantó llevando los platos a la máquina para lavarlos y yo me quedé absorbiendo sus palabras, perdiéndome en todo lo que me contó, viendo una versión distinta a la que me planteó aquella vez en *Delirium,* ya que en ese momento no conocía su condición.

Fabio me había logrado transmitir su respeto hacia el BDSM y logró que lo viera de forma distinta a los azotes, castigos y placer.

—¿Cómo te ha hecho quedar lo que hice en tu club? —cuestioné, puesto que, si entendí bien todo, mi actitud y la manera en la que lo hice perder el control podría haber ocasionado que no lo vieran más con el mismo respeto.

—Los sumisos con los que más comparto y tenemos más años juntos entienden que fue mi bipolaridad la que me llevó a descontrolarme, porque ellos saben mi condición, Ira. No se los oculto, ya que, para protegerlos deben saber eso de mí. Así que me ven igual. Los otros invitados, sin embargo, han comenzado a murmurar cosas y a dudar de mis capacidades, puesto que, con mi trayectoria como uno de los mejores Dominantes jamás debí perder el control ante tu desafío —explicó y me rasqué la cabeza.

Y tampoco me disculpé, no podía ser tan hipócrita, ya que me dejé llevar por mi rabia y celos y quise, no…, deseé que perdiera el control, eso no lo negaría. No obstante, después de lo que aprendí sobre su mundo analicé que debí pensar un poco mejor las cosas.

Pero lo hecho, hecho estaba.

—Tu actitud y mi descontrol pusieron en dudas mi poderío —reafirmó.

—¿Hay alguna manera de reivindicarte? —pregunté y me miró con sorpresa.

—¿Te preocupas por mi imagen como Dominante? —inquirió burlón y lo miré entrecerrando los ojos, mas no respondí—. Siempre hay maneras, dulzura, pero como todo, mi momento de recuperar el respeto de esas personas llegará cuando sea correcto —afirmó tranquilo.

Asentí de acuerdo y suspiré.

De alguna manera escuchar su historia me despejó la cabeza y pensé en todas las veces que deseé hablar con Frank o con Nick sobre lo que pasé en mi vida, sin embargo, nunca me sentí capaz de hacerlo, ya que, hablar de mi pasado era casi como desnudarme. No obstante, no me refería a la desnudez del cuerpo, puesto que eso no me afectaba.

Desnudar el alma era otra cosa y siempre temí mostrarle ese lado mío a otra persona. Hasta que conocí a ese hombre frente a mí.

No a Samael ni a Fabio D'angelo.

No al pulcro doctor ni tampoco al Dominante.

Quise mostrarme por primera vez ante el bipolar.

—Yo, a diferencia de ti, no elegí este mundo —murmuré lo suficientemente alto para convencerme de que lo haría. Me observó con un poco de asombro y le sonreí sin ganas—. Y es justo que, así como tú te abriste conmigo, yo lo haga contigo.

Se quedó pensativo y luego asintió, caminando de nuevo a mi lado.

—Te escucho, *amor* —dijo con delicadeza y mi corazón latió tan frenético que mi pecho dolió, puesto que no supe identificar si solo copió mi mote o si, por el contrario, lo dijo en otro sentido.

«El amor nos destruyó a ambos», pensé como reprimenda y le sonreí para luego continuar hablando.

CAPÍTULO 55

Iraide

—No llegué a este país de manera legal. Crecí en una familia con carencias, donde exprimimos cada centavo para vivir. La primera vez que me sacrifiqué por un futuro mejor para mis hermanos y mi madre, fue cuando vendí mi virginidad a cambio de dinero para poder salir de mi país natal y conseguir el típico sueño americano.

Perdí la vista en el cuadro que Fabio tenía a sus espaldas y me adentré en mis pensamientos diciéndolos por primera vez en voz alta, ya que ni siquiera Kiara conocía todo eso de mí y Frank solo supo lo poco que investigó. Con Nick me concentré en mi presente, así que tampoco hubo necesidad hasta ese instante.

—Pero tus ilusiones y sueños se hacen trizas cuando te encuentras aquí y ves que nada es como te lo pintan. —No estaba segura de que él entendiera ese punto, ya que así hubiera nacido en Italia, su madre era estadounidense, por lo que siempre fue legal en el país que nos acogía.

Sin embargo, no me concentré en eso, opté mejor por seguir con parte de mi historia, posiblemente con lo que él no sabía, lo que jamás se incluyó en sus investigaciones sobre mí.

—Llegué sin un centavo al entrar como la mayoría de los inmigrantes lo hace. Pasé miseria, trabajé en los peores agujeros de este lugar para poder mandarle dinero a mi familia hasta que conseguí entrar como mesera en un club donde también incluían el servicio de compañía.

Lo vi endurecer la mandíbula, pero no dijo nada.

—No siempre me prostituí, pero cuando el dinero no me alcanzaba para llegar a fin de mes, tuve que ceder con algunos tipos, aunque todas las veces fue fuera del club y tras asegurarme de que eran una mierda mejor que los demás. —Me aclaré la garganta cuando me raspó por las emociones—. Hasta que conocí a Frank y me hizo su puta personal. —Reí sin gracia—. Me investigó muy bien antes de hacer su propuesta y claro que supo que tuve que vender mi cuerpo en ocasiones, sin embargo, le gustó saber que los seleccioné de manera minuciosa y eso me hizo especial ante su mente retorcida.

Vi el poco de vino que quedaba en la botella y pensé en servírmelo, pero pasé de eso de inmediato, ya que quería hablar estando con mis cinco sentidos despiertos.

—Fui su amante por años, conociendo el mierdero en el que me estaba metiendo, instruida por él en cuanto vio mi necesidad por el dinero, y al comprobar que era una buena alumna comencé a trabajar para la organización, primero como sicaria, luego subí de puesto cuando el tipo comenzó a enamorarse de mí.

» Utilicé el sexo para conseguir lo que deseaba en cuanto descubrí el poder que me daba sobre Frank y no me importó que los demás me reconocieran como su puta mientras obtenía lo que me proponía. Me gané su confianza a tal punto que me presentó ante sus socios más poderosos y me designó misiones que solo le correspondían a él.

» Era un completo hijo de puta, un malnacido en todo el sentido de la palabra, pero me amaba como ningún hombre me amó antes y ese amor lo hizo reconocerme como su igual. Me convirtió en su reina, por eso hoy en día me conocen así, ya que, a pesar de que todos insistieran en decirme puta, Frank me alardeó como su única compañera; vio más allá de la chica que se vendió para sobrevivir, descubrió al monstruo con sed de sangre que dormía en mi interior, se volvió loco por la asesina

sádica y despiadada y gracias a ello me cumplió cada deseo y capricho.

» Me hizo una extensión de él, sacó a mi familia de la miseria y con tal de hacerme feliz consiguió la legalidad de ellos y la mía para que estuviéramos juntos en este país. Me convirtió en su reina de verdad a cambio de mi alma, ya que así yo no hubiera sido virgen, sí le entregué mi verdadera inocencia y no para que la cuidara y valorara, sino más bien para que la destruyera; me llevó a amar lo malo a tal punto de que cada vez necesité más y más de ello. Por eso creo fervientemente que el monstruo no nace, Fabio. Se crea. Y yo soy la prueba, puesto que mi vida desde que la recuerdo, siempre me obligó a convertirme en la puta tirana y poderosa que soy hoy en día.

Lo sentí tomarme de los muslos y me di cuenta de que una pequeña lágrima había caído por mi mejilla, por lo que me la limpié con rapidez.

—Eso es lo que le jodió a Sophia desde que supo de mí. Y así sea difícil de creer, la comprendo, ya que no solo le robé a su marido, sino también el amor que debió ser para ella y no siendo suficiente, al morir Frank la organización quedó para su amante y sé que es lo que más le duele, ya que *The Sevenths* era lo más preciado, después de mí, para su esposo. Razón de nuestra rivalidad.

» Por eso me molestó que fuera ella la que estuviera entre tus piernas en *Delirium*, si hubiera sido Allison no me habría fastidiado tanto. Pero era Sophia y no sabes lo jodido que es que nuevamente estemos compartiendo un hombre, ya que estoy segura de que otra vez se creerá con el derecho de competir y no me gustaría que tengas el mismo final de Frank por los celos de esa mujer.

Tomó una de mis manos en las suyas y me dio un leve apretón sin dejar de mirarme.

—Comprendo tu punto, Iraide. Y créeme cuando te digo que si no rompo mi contrato con ella como Amo y sumisa, no es porque quiera dañarte, sino porque en mi mundo está mal visto que un Dominante de mi nivel la desprecie sin que haya hecho nada que nos obligue a romper. Sobre todo a Sophia, ya que es una sumisa excelente y reconocida en el BDSM y menos después de cómo he quedado frente a los demás.

» Y sé que a lo mejor para ti no sea nada complicado, pero sí para mí; y no por ella, sino por el respeto que le tengo a una práctica que me lo ha dado todo sin quitarme nada. Y puedo jurarte que, si el caso fuera contrario, con Frank vivo y yo te insinuara que lo dejaras, me comprenderías. Entenderías que no me niego a dejar a Sophia por imponerme ante ti.

Se equivocaba, ya que sí comprendía su punto. No estaba en su mundo, sin embargo, conocer su historia y cómo le ayudó a mantener un control que para muchos con la misma condición, era un milagro, me hizo entender que no podía faltarle el respeto (más de lo que ya lo había hecho) gracias a mí.

Además de eso, también era consciente de que jamás hubiera dejado a Frank si hubiese estado vivo, por mucho que a Fabio le molestara, puesto que ambos éramos igual de leales a lo que, o quienes, nos habían rescatado del infierno.

—Sí te entiendo, y respeto lo que me dices. Aunque, aun así odie imaginarte con ella. Y te juro que si nosotros seguimos manteniendo esta extraña relación, en la primera oportunidad que tenga voy a matarla, *diavolo*.

Vi sus ojos brillar por unos instantes y se mordió el labio inferior.

—No voy a rebatirte nada porque comprendo ese sentimiento —aseguró y acarició las marcas en mi cuello, entendiendo de lo que hablaba—. Aunque a diferencia de ti, yo no te detendré cuando tengas la oportunidad, pero no sé si puedo decir lo mismo de ti.

Carraspeé al saber a lo que se refería y luego sacudí la cabeza. Mientras Ace no me diera motivos, no dejaría que lo tocara.

—En mi caso, es mi decisión acostarme con Ace. No hay ningún contrato de por medio —le

recordé.

—Si Allison acepta, muy pronto yo tampoco tendré uno —declaró y lo miré con sorpresa.

Pero me abstuve de preguntar más porque odié la sensación que me provocaron sus palabras.

—Cambiando un poco de tema —dije y me levanté del taburete para ir hacia la sala cuando su cercanía y lo que dijo se me hizo muy intenso—, me gustaría pedirte algo.

Me volteé al sentirlo seguirme y me detuve en medio de la sala, viendo los pocos cuadros que tenía y luego observé sobre mi hombro cuando se paró detrás de mí.

—¿Qué deseas? —Su maldita voz ronca me hizo abrir la boca en busca de aire.

—Conocer más de tu mundo fuera de *Delirium* —confesé y levantó una ceja—. Tu historia me ha resultado muy interesante y quiero saber sobre el BDSM desde otra perspectiva.

Vi su rostro desencajado por la sorpresa para luego relajarse por la satisfacción.

—¿Por qué quieres conocerlo, *ragazza*?

¡Diablos! Era mi debilidad que me llamara con esos motes italianos, incluso los vulgares.

—Porque no sé si la otra versión me guste.

Se acercó hasta que lo tuve respirando mi aire y me acarició la mejilla con delicadeza.

—Quieres conocer mi mundo lejos de mi *harem* —aseguró y me mordí el labio ladeando un poco el rostro—. Perfecto, te lo mostraré.

Me tomé de sus hombros cuando sus manos se posaron en mi cintura y me pegué más a él.

—Que fácil eres —bromeé para apaciguar mi corazón acelerado por su cercanía.

Me regaló una sonrisa gigante que pocas veces había visto en él y se acercó para besarme.

Me esperaba uno de esos besos posesivos que solía darme, sin embargo, mi corazón se aceleró más, conectándose con mi vientre, y pronto el cosquilleo se hizo presente en cuanto el movimiento lento de sus labios me dejó fuera de lugar. Se tomó el tiempo de explorar mi boca y acunó mis mejillas.

Le devolví el beso abriendo la boca para que su lengua ingresara y llevé una de mis manos a su nuca, hincándole las uñas al sentir todo tan intenso, y gimiendo por el deseo que su gesto desató en mi entrepierna.

¡Demonios!

Que me besara con poderío me desarmaba, pero en ese instante, siendo tan delicado, fue capaz de hacerme polvo y solo pude respirar hasta que se separó de mí y pegó su frente en la mía.

—Te voy a llevar a una fiesta de alto protocolo —susurró con voz ronca.

Mi pecho subía y bajaba por mi respiración rápida, y hasta me sentí mareada por ser transportada a un ambiente muy diferente al que siempre me manejé con él, cuando estuvimos tan cerca.

—¿Una fiesta de alto protocolo? —inquirí, agradecida de no tener la voz entrecortada.

—Es un evento donde los mejores Dominantes se reúnen con sus sumisas. Hacen demostraciones, hay charlas y, a veces, ceremonias de collarización.

Llevé las manos a su cabello y tomé varios rizos largos entre mis dedos, pensativa.

—¿Tendré que usar un collar? —pregunté ante la mención de lo último.

Mis palabras lo irguieron y me miró con atención.

—Si te molesta podemos pasar de él.

Negué convencida, ya que, si ya había rumores por lo que hicimos en *Delirium,* no era conveniente que siguiera quebrantando sus reglas.

—Podría hacer una excepción usando el que me regalaste —comenté, perdida en su cabello.

—No, usarás otro.

Entrecerré los ojos, pero me encogí de hombros aceptando.

—Entonces sorpréndeme.

Fue mi turno de llevar la iniciativa y ser quien lo besara, deleitándome con lo diestro que era también con eso cuando nuestros labios se unían, y gemí en el momento que me acercó, notando lo duro que se encontraba. Me separé unos centímetros y le mordí el labio inferior hasta que gruñó y se apartó.

—Bien, empecemos ya con las sorpresas —murmuró.

Lo miré sin comprender cuando se alejó y se fue por el pasillo que daba a las habitaciones, regresando con una cajita aterciopelada en color negro, levantándola para que la mirara, llevaba un maletín en la otra mano.

—¿Tan confiado estabas de que algo así sucedería que me darás ahora el collar? —interrogué desconcertada.

Abrió la cajita y contuve la risa cuando me enseñó el contenido.

No era un collar.

—Aquella vez te dije que la única joyería que aprobaría en ti sería la que yo mismo te diera. —Saqué uno de los *piercings* y lo miré con admiración—. Me tomé la molestia de diseñar unos perfectos para tus pezones, dulzura.

Me llevé una mano a la boca porque la risa me atacó y me miró embelesado, dándome la caja para apoyar el maletín en el sillón.

Admiré la joya, descubriendo que era de titanio por el color, cubierta con varias piedrecitas verdes, formando un círculo que adornaría por completo mi pezón, el lado de la parte que atravesaría mi carne tenía el diseño de una cabeza de serpiente. Levanté el *piercing* viendo cómo la luz le daba y luego vi a Fabio abrir el maletín.

—Vaya caprichoso que eres —le dije y lo escuché reír—, primero me los arrancas y ahora me regalas un par —señalé, pero la joya era tan hermosa que me emocionó la idea de vérmelas puestas —. Tendré que hacer una cita de inmediato para que me los pongan —seguí, diciendo lo último más para mí.

Me acerqué a su lado y lo vi ponerse unos guantes de látex para luego observarme con diversión.

—Yo los colocaré —aseguró.

Abrí los ojos con sorpresa y me mordí el interior de la mejilla cuando me pidió que me sentara y abriera las piernas para ponerse entre ellas. Obedecí y me saqué la blusa, bajando de paso el sostén, poniéndome nerviosa en cuanto sacó todo para hacer el trabajo y le tomé la mano en el momento que se acercó.

Su mirada se había vuelto vehemente y logré ver cómo se le dificultó tragar al concentrarse en mis tetas desnudas, mis pezones se endurecieron cual diamantes y sentí una punzada en la entrepierna cuando Fabio se lamió los labios. Toda mi piel se erizó con su intensidad y juré que si él no daba el primer paso, tomaría la iniciativa yo.

—¿No me pondrás anestesia? —pregunté sin dejar de mirarlo y carraspeé al escucharme ronca.

—Espero que esa pregunta no sea en serio, mi pequeña sádica —murmuró y bajó la cabeza hasta lamer uno de mis pezones y luego lo mordió.

El corrientazo de electricidad que su lengua cálida y mordisco me provocaron en el vientre fue inminente, mi respiración comenzó a ser trabajosa y tuve que cerrar los ojos, tragando en seco con la intención de calmarme, resultando todo lo contrario en el momento en que sus lamidas buscaron mi otro pezón.

¡Jesús!

Jadeé de placer por los toques diestros de su lengua, relajándome más en el sillón y restándole

importancia al olor fuerte del alcohol, o la frialdad de la gasa empapada con el líquido que pasó en mi otra teta. Él acababa de meterme en un trance en el que apreté más mis párpados y me deleité con sus caricias, deseando que bajara una de sus manos entre mis muslos para que me acariciara ahí sin dejar de tentarme con su boca en mis senos.

—¡Joder! —me quejé en cuanto sentí el pinchazo y al abrir los ojos vi uno de los *piercings* puestos en el pezón que había desinfectado mientras me chupaba el otro.

Había usado una especie de pistola especial que dejó incrustada en mi pezón una aguja hueca con la que se ayudó para atravesar el pasador de la joya.

—Relájate, *ragazza*. Te los saqué y no lo sentiste.

Lo miré mal y me indigné.

—Sí, pero recuerdo que entonces, estaba ocupada en otra cosa, estúpido.

Se rio de mi respuesta y chasqueó con la lengua.

—Tenía las manos entre tus piernas, por eso no sentiste, lo recuerdo. Estabas excitada y con tu enfoque en otro lado.

Respiré y cerré los ojos cuando me colocó el otro *piercing* sintiendo un pequeño escozor y luego su boca chupó por encima, en mi carne tierna sin tocar los pezones esa vez. Sus manos con látex me tomaron de la cintura y repartió algunas caricias, haciendo que me olvidara del dolor y me concentrara en la expectativa de lo que haría a continuación.

Segundos después gemí, pero él se alejó.

—Sabes los cuidados que debes tener, la desinfección es primordial en este tipo de perforaciones.

Asentí recomponiéndome y lo vi admirar el trabajo que hizo, notando mis pechos sonrojados por su toque. Me quedé absorta en la intensidad de cómo me contemplaba y me relamí con ganas de más.

Fabio era mi pecado preferido, capaz de consumirme, como en ese momento, solo con sus ojos y… ¡mierda! Quería seguir cayendo en su oscuridad.

Me acomodé en el sillón y se dio cuenta de las intenciones que tenía porque tosió, aclarándose la garganta, acomodando todas las cosas en su maletín para luego cerrarlo.

—Es tarde ya —anunció tras levantar la muñeca para ver la hora en su reloj y me paré enojada por el rechazo plasmado en su rostro.

Acomodé mi ropa, siseando por el ardor que el sostén provocaba en mis pechos y suspiré cansada, con un pequeño dolor entre las piernas.

—Tienes razón, hago una llamada y me voy. —Quise caminar hacia la cocina donde había dejado mi bolso, pero él fue rápido en tomarme del brazo.

—Quédate conmigo —pidió y fruncí el ceño.

Sin embargo, con el deseo sexual que despertó en mí gracias a sus lametones y caricias me acerqué para darle un pequeño beso, pero me tomó de ambos brazos y cerró los ojos brevemente.

—No, dulzura. Quédate a dormir conmigo.

Rezongué entumecida. Había despertado cada terminación nerviosa en mi cuerpo y luego se negaba a darme lo que quería.

—Quiero follar, Fabio —me quejé.

Me tomó de la nuca y llevó sus labios a los míos cuando vio que no me opuse y me besó con lentitud.

—Lo sé, pero yo no te quiero solo para eso.

No supe qué decir, no me esperaba esa respuesta de su parte, aunque sirvió para que mi enojo mermara.

Tal parecía que él en verdad necesitaba mostrarme otra faceta suya lejos de la dominación y el juego de poder, así que de nuevo cedí y lo dejé hacer conmigo lo que quisiera. Sintiéndome extraña porque me llevó a su habitación y tras darnos un par de besos y desnudarnos hasta quedarnos en ropa interior, nos metió a la cama y encendió la televisión que tenía montada en la pared del frente.

Podía ver su enorme erección más que lista para mí, pero seguía negándose a tocarme más allá de los labios y mi frustración regresó hasta que puso una peli y comenzó a hablarme de ella junto a otros temas de nuestra vida personal.

Me preguntó sobre mi familia y le hablé de lo complicada que era mamá, así como de mi extraña relación con Adiel y lo hermoso que perdí con Gigi. Le confesé que odié a mi padre desde que tuve uso de razón y mencioné los motivos. También le dije cómo terminé siendo amiga de Kiara y por qué llevé a Hunter a mi vida. Añadí el rescate de Furia y cuando me aburrí de hablar solo de mí, le pregunté sobre él.

Sus padres ya estaban muy mayores y decidieron mudarse a una casa de ancianos en Italia para disfrutar de sus últimos días, me comentó de cómo esa decisión le afectó, ya que ni él ni Dominik estuvieron de acuerdo, pero los señores D'angelo fueron contundentes en esa voluntad que tenían, puesto que siempre se prometieron que jamás interferirían en la vida de sus hijos, y ellos sabían que sus cuidados los harían anclarse a un país que decidieron dejar para instalarse en Estados Unidos.

Supe también de la amiga con la que fundó *Delirium,* misma a la que le compró su parte cuando él supo manejar el negocio solo. Y, por supuesto, me habló de las pocas mujeres con las que tuvo una relación fuera del BDSM. Marissa era de quien se enamoró siendo tan joven y la que lo llevó al abismo. Y hubo una enfermera italiana con la que se involucró gracias a algunos de sus amigos que les dio por jugar a los casamenteros.

—¿Y, ha habido relaciones prohibidas? —pregunté.

Haciendo mi último intento porque perdiera el control sexual y me follara como tanto lo deseaba, me subí a su regazo y sonrió de lado intuyendo mis intensiones.

Me había quitado el sostén, ya que la tela me rozaba demasiado los pezones sensibles por las perforaciones, así que solo me encontraba en bragas, con el cabello suelto, sobre su cuerpo desnudo cubierto por el bóxer. Su piel dorada olía maravilloso y su voz ronca me incitaba cada vez más a amarrarle las manos al respaldo de la cama y follarlo a mi antojo.

—Relaciones no, pero sí follé con alguien a quien nunca debí tocar —admitió y me mordí el labio, fingiendo acomodarme para rozar mi centro en su pelvis.

Mis pezones escocieron cuando se pusieron duros ante la excitación, pero lo disimulé.

—¿Te arrepientes? —continué y acaricié su pecho con mis uñas.

Negó con la cabeza y sonrió de lado al ser consciente de lo que intentaba hacer.

—Ciertamente no debí tocarla. Y no por la edad, que no es menor, aunque sí tiene muchos años menos que yo —aclaró y apreté los labios, escondiendo una sonrisa—. Sin embargo, es hija de alguien a quien conozco desde hace mucho tiempo.

—Debe ser irresistible si pasaste por alto a sus padres —comenté y me estudió para identificar en qué tono dije eso, o posiblemente creyendo que ya había investigado esa parte de su vida.

No lo hice. Lo que me estaba confesando era nuevo para mí.

—La chiquilla me regaló una inexperiencia… —Jadeó cuando enterré las uñas en su pecho y luego sonrió—. Ella conoce el BDSM y está en este mundo a su manera, así que me tomó por sorpresa lo que supo hacer. —Reformuló la respuesta y entonces fui yo quien sonrió.

—Admito que todavía me sorprende que vaya a inmiscuirme en tu mundo —dije, él estaba absorto viendo mis tetas y sentí su erección crecer en mi centro.

Alzó la mano acariciándolas con suavidad hasta que subió a mi cuello y luego a mi barbilla, descansando ahí en un agarre suave.

—¿Y qué te hace creer que no estás ya en él? —inquirió.

Su voz cogió un matiz que me embelesó como si se tratara de un encantador de serpientes y analicé su pregunta.

¡Mierda! Era cierto, yo ya estaba en su mundo desde que pisé *Delirium* y me corrí solo con su demanda.

—Estás tan metida en mi mundo como yo en el tuyo, dulzura —confirmó y se irguió hasta sentarse y unir su pecho al mío con suavidad para no lastimar mis pezones.

Gemí cuando enterró los dedos en mi cabello desde la parte de la nuca y la piel se me erizó en cuanto respiró en mi cuello. Su cuerpo era cálido y el mío se volvió febril.

—Tú entraste a mi mundo aquella noche que llegaste a mi club vestida de verde, con tu rostro cubierto por un antifaz que no ocultó el placer que te di sin siquiera tocarte —dijo sobre mis labios y sentí la humedad que me provocó solo con la voz—. Y yo entré al tuyo cuando te fuiste de allí y te investigué para saber quién era el ángel de fuego que arrasó con mi control con una simple mirada.

—¡Mierda! —chillé al sentir su otra mano bajando por mi espalda hasta que la dejó en un cachete de mi culo y lo apretó con fuerza para restregarme en su dureza.

—Y descubrí que no era un ángel, sino una reina de la oscuridad. —Volví a gemir cuando me restregó de nuevo en él y me aferré a sus hombros—. Mi reina —aseguró sobre mi boca antes de besarme.

Y me perdí.

CAPÍTULO 56

Iraide

Leí aquel mensaje con una sonrisa en el rostro y luego bloqueé mi móvil para ver mi reflejo en el espejo. Me mordí los labios al ver la seda rojo pasión acoplarse a cada lugar de mi cuerpo, en un vestido con un escote de V abierta y tirantes delgados que se amarraban en la parte de mi nuca, dejando la espalda descubierta.

Era pegado, pero sin exagerar, solo lo suficiente para que mis curvas se amoldaran como si hubieran sido talladas por la mano de algún dios. Acaricié por encima de mis pechos y me deleité con la manera en la que mis *piercings* se marcaban dejando muy poco del diseño a la imaginación.

El vestido llegaba a la mitad de mis pantorrillas y tenía una abertura en la pierna derecha que acompañé junto a unos zapatos de taco en color *beige*, ambas cosas fueron un regalo de Fabio que envió a casa esa tarde junto a una nota que me hizo reír.

La boca se me hace agua al imaginar cómo se lucirán tus pechos con este atuendo.

Y lo comprendí en ese instante, ya que él tuvo que haber previsto que la tela delgada dejaría mucho a la imaginación.

—¡Joder, Ira! —murmuré para mí al arrastrar las manos por mis curvas.

Y no era porque me gustara lo que veía, sino más bien por la sensación tan extraña de ser vestida por un hombre. Frank fue el único que tuvo esa dicha porque mis condiciones así lo exigieron, pero luego de él me negué con rotundidad a depender de otra persona en todos los sentidos. No obstante, Fabio lo consiguió y no porque lo impusiera sino más bien porque quise que fuera así.

«Puedo hablarte en tono autoritario, pero la última palabra siempre la tendrás tú y si es no, lo respetaré como un mandato sagrado».

Eso dijo cuando avisó que escogería mi atuendo para la fiesta y lo miré con el ceño fruncido, ya que no lo creí necesario porque yo podía elegir mi propia ropa. Sin embargo, ver en sus ojos que ninguna de esas palabras fue para convencerme de nada, sino más bien para que lo tuviera claro en todo momento, me hizo desear que fuese él quien llevara el control.

Me vi con Allison al siguiente día de quedarme a dormir con Fabio, lo hice también porque él me lo recomendó al sentirme un poco nerviosa por asistir a la fiesta de alto protocolo. Y sabía que Fabio podía instruirme en lo que fuera que quisiera saber, pero fue muy consciente de que Allison sería una mejor guía y no se equivocó.

La mujer mostró emoción al comprobar que esa vez quería saber más de su mundo por mi propio interés, y fue muy amable al explicarme y enseñarme posiciones, así como también algunos términos y la manera en la que se esperaba que una sumisa actuara, tanto como el comportamiento de los Amos.

—No sé si haces esto solo por curiosidad, Ira, pero tengo que decirte que esta es la oportunidad perfecta para que mi Señor demuestre que sigue siendo el mismo Dominante con poder de siempre —me dijo antes de despedirnos tres días atrás y la miré con curiosidad.

—¿Tan mal parado lo dejé? —inquirí y sonrió.

—Me ganaré un castigo por hablarte de esto, pero sí —admitió—. Le faltaron el respeto a la doma y a ti se te disculpa porque no perteneces a este mundo, pero él sí y mostró descontrol cuando más debió controlarse. Cometió una falta grave y ahora otros Dominantes están murmurando sobre sus capacidades en un entorno donde a mi Amo se le considera fundador —confesó y solo callé.

Ya tenía claro que cometí un error al dejarme llevar por mi rabia, puesto que sabía a lo que iba enfrentarme con Sophia presente, sin embargo, nunca esperé que otros Dominantes fueran tan chismosos.

Y esa tarde, tras recibir el obsequio de Fabio no hice más que esperar hasta poder ponérmelo, ya que me había prometido que en el instante que me vistiera con esa seda roja, también pondría en práctica todo lo que Allison me enseñó y mientras la hora llegaba, me dediqué a consentir mi cuerpo, llenando la tina con agua y sales, bebiendo una copa de vino y escuchando música para relajar mis músculos, descubriendo que aquella hermosa y rubia sumisa alfa tuvo razón.

Yo era la del poder, no el Dominante.

Y lo comprobé desde que me quedé aquella noche con Fabio, puesto que los días que le siguieron parecían algo surreal y sabía que todos en mi entorno notaron lo relajada que me sentía, puesto que había dado un paso que me negué a dar desde que acabé con Nick. Un paso que me hizo ver las cosas más claras.

Dando un fuerte suspiro me acomodé la cola de caballo que decidí usar con el cabello liso, notando que este lucía más largo cuando alaciaba mis rizos, puesto que incluso en lo alto de mi cabeza, el largo rozaba un poco más abajo de mi espalda media. Me miré de nuevo en el espejo y me debatí entre maquillar las marcas que aún persistían en mi piel o no, optando al final por dejarlas a la vista, ya que sabía que esa noche nadie me miraría para juzgar, al contrario, eran como un accesorio adicional al collar que Fabio me daría al llegar por mí.

Salí de mi habitación con todo lo necesario, acomodando los dedales luego de habérseme ocurrido usarlos, cuando me di cuenta de que complementaban mi atuendo de una manera única, esperando que a Fabio le gustara llevar mis marcas, ya que, mi voz interior me decía que esa noche pasaría algo intenso entre nosotros y no me privaría de ese deseo que me entró por ver un poco de su sangre.

Por último, tomé el objeto que hizo que mi corazón se acelerara y sonreí ante la expectativa de la reacción que ese hombre tendría al verlo. Luego me pasé la lengua por los labios, ansiosa mientras bajaba las escaleras sabiendo que ya casi me encontraría con él. Me topé con Kiara luchando con su bolso en la entrada y se quedó mirándome sin parpadear, en cuanto me vio bajar con lentitud, regalándole una sonrisa entre divertida, sensual y nerviosa.

—¡Coño! —exclamó y dejó lo que hacía para acercarse a mí cuando terminé de bajar los escalones —. Estás para comerte y sin cubiertos, ¡joder! Más bien estás para devorarte, cariño —añadió y me tomó de la mano para darme una vuelta y verme en todos los ángulos.

Posé para ella, mostrando la pierna en la abertura pronunciada del vestido.

—¿Me veo bien? —pregunté sintiéndome un poco tonta por necesitar que lo repitiera cuando ya lo había asegurado con su reacción.

Aun así, ella asintió varias veces observándome embelesada.

—Tus tetas me están excitando —aseguró, se había quedado viéndome los pechos muy embelesada y sentí que me sonrojé.

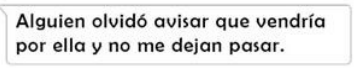
¡Demonios!

No entendía por qué, ya que era Kiara, mi amiga y hermana por elección. Y no era la primera vez que me halagaba con tanto descaro. Aunque supongo que esa vez necesitaba verme más que bien para deleitar a aquel Dominante que estaba poniendo mi mundo patas arriba.

—Pero esa abertura del vestido en tu pierna. —Miró hacia ahí y tras eso abrió la boca—. ¿Llevas bragas? Porque estoy segura de que en cualquier momento mostrarás ese coñito.

—¡Carajo, Kiara! —La empujé cuando quiso agacharse para asegurarse de si llevaba bragas y me reí al escucharla a ella riendo por mi reacción.

Tras eso suspiré rendida y me arreglé el cabello, mirando de inmediato mi móvil al sentirlo vibrar.



¡Mierda!

Había olvidado que tomamos nuevas medidas de seguridad después del atentado a Hunter y lo que hice en contra de Ronald, así que mis hombres no se arriesgarían a morir si faltaban a ellas dejando pasar a Fabio antes de obtener aprobación de mi parte.

—Salgo con Fabio —le avisé a Kiara y me acerqué para darle un beso de pico en los labios—. Deséame suerte, *amor*.

—Me voy a poner celosa del imbécil —avisó y negué divertida yéndome a la puerta, aunque me paré en seco al sentir una nalgada y luego una risita—. Pero con tal de ver a esta Ira, se lo perdono.

—Idiota —murmuré al sentir mi piel escociendo.

—Dile que te dé hasta para traer a casa —recomendó como despedida y bufé.

Definitivamente esa tonta era todo un caso.

Pensando en sus *consejos* y negando mientras me reía como loca, llegué hasta el primer escalón que dividía el jardín principal de la casa y vi a mis hombres conversar. Entre ellos Faddei y Ace que después de mi aclaración cuando fuimos a la fallida reunión en la clínica psiquiátrica, estaban intentando tolerarse, sabiendo que ambos, junto a Kadir, eran a los únicos que les permitía estar tan cerca de mí y si me agarraban de malas, no pararía hasta hastiarlos por no llevarse bien.

Ace al verme se quedó quieto y me detalló con descaro, comiéndome con los ojos para luego acercarse y tomarme de la mano, ayudándome como todo un caballero a una dama, a que bajara los escalones.

Me causó gracia la acción porque ni él era un caballero ni yo una dama chapada a la antigua, aunque sí una dama a mi manera.

—Estás preciosa, mi reina —aduló cuando me paré frente a él y no me soltó la mano—. Y yo bastante *emocionado* al ver que los *piercings* han vuelto —dijo y me miró con descaro donde mis pezones se marcaban.

Lo miré con advertencia al notar que se acercó un poco más y le palmeé la mano cuando quiso tocarme.

—Compórtate, joder —gruñí entre dientes.

—Lo último es lo que quiero —replicó con una sonrisa ladina y negué rendida.

—Pero no a mí precisamente —señalé con ironía y lo sentí tensarse, algo que me causó gracia.

Puede que en los últimos días me concentrara en todo lo que estaba viviendo con Fabio, pero también había captado una especie de desasosiego en Ace. Se la vivía de allá para acá y pasó bastante tiempo entrenando a Furia; a veces me preguntaba demasiado si necesitaba que hiciera algo para mí, aunque sentí que todo lo que le pedí no era exactamente lo que quería.

—Luego tú y yo tendremos una charla —avisé para evitarle alguna excusa tonta.

—¿Se trata sobre la nueva investigación que estás haciendo sobre mí? —preguntó queriendo sorprenderme, pero en lugar de eso le sonreí con chulería.

Por supuesto que noté que él supo que lo investigaría de nuevo después de la muerte de Roena y ese ataque. Y, demostrándome que no tuvo nada que ver, permitió que todo marchara según lo demandé, hasta que llegué a ciertos archivos personales que se negaba a mostrar al mundo, sin embargo, cuando trató de impedirme llegar a ellos fue muy tarde.

—Sí, entre otras cosas —formulé con malicia y el frunció el entrecejo.

No lo había investigado solo a él, sino también a Kadir y Faddei, pero esos dos últimos ya lo esperaban.

—Lo capto —asintió y se aclaró la garganta, luego miró a mis otros dos hombres.

—Lo captas —reiteré yo y me acerqué a su oído para susurrarle un secreto.

Fui capaz de escuchar su respiración atascándose en sus pulmones al oírme y cuando me separé estaba pálido, descubriendo (porque así lo quise) que no pudo evitar que supiera todo de él. Llegué hasta el fondo de su vida y guardé en mi cabeza aquello que Ace intentó desaparecer.

En ese momento me miró con enojo, pero de inmediato su mirada cambió a respeto, e intuí por qué: la información era poder.

Y él no me admiró toda su vida por ser una mujer con un poder a medias, por lo que tenía en cuenta que jamás aceptaría únicamente lo que quisiera decirme, y no porque se me diera la gana de violar su intimidad, sino más bien porque ambos nos manejábamos en un mundo peligroso y no pondría mi seguridad a ciegas en alguien que por un lado me admiraba y por el otro me apuñalaba.

—Tú y yo venimos de la misma mierda, pero soy leal a quienes lo son conmigo. Así que desde que te conocí y hasta que muera, serás solo Ace para mí y para quien tú quieras serlo —aseguré.

Su respeto al verme solo aumentó y tras convencerse de lo verdaderas que eran mis palabras, sonrió de nuevo siendo el extrovertido de siempre.

—¿A dónde te llevaremos? —preguntó entonces.

—Al portón de seguridad. Allí ya me espera mi *cita* —dije, ironizando lo último, ya que no creía que pudiese llamarse de esa manera a la fiesta donde Fabio me llevaría.

—Maldito suertudo —murmuró Ace y negué.

Pero se adelantó a abrir mi puerta y me subí de inmediato con él de piloto.

—Estén atentos a todo —les ordené a los demás y asintieron.

—Una camioneta irá detrás de ti, activa el localizador por si acaso —recomendó Faddei y asentí.

Nos marchamos hacia la entrada del vecindario donde residía, en un silencio cómodo con Ace y solo se detuvo por uno segundos cuando vimos a uno de los guardias haciendo una señal mientras trotaba hasta nosotros.

—Señora, llamé a la casa y nadie respondió —informó el tipo—. Un hombre en la entrada pregunta por usted.

—Tranquilo, Julián, estoy al tanto de él. Ábreme el portón —pedí y asintió.

Se fue corriendo y para cuando llegamos ya tenía el portón abierto. Me mordí el labio inferior al ver a Fabio recostado sobre la puerta de un *Corvette* y alcé una ceja al darme cuenta de que al igual que su *Aston Martin,* también era blanco, aunque con detalles negros.

—¡Carajo! —susurré bajito.

El coche podía ser hermoso, pero no como el tipo que lo manejaba y que en ese momento lucía un traje negro de tres piezas junto a una camisa blanca y un corbatín exactamente igual al color de mi vestido. Se había recortado el cabello de los lados y peinó sus rizos, pero dejando que siempre se lucieran.

—No sé si sentirme celoso porque te maneje a ti o a ese coche, mi reina —soltó Ace y le di un golpe de puño en el brazo—. ¡Joder! —se quejó.

—¡A mí no me maneja nadie! —espeté y entre su rabia por mi golpe no pudo evitar controlar la sonrisa.

—¡Auch! Solo bromeaba.

—Pues no bromees así —le aconsejé y se mordió el labio para impedir que su risa creciera.

Yo también contuve la mía por sus idioteces y opté por salir del coche en cuanto Ace se estacionó detrás del *Corvette* y apreté los labios cuando Fabio me observó, escaneándome de arriba abajo, y decidí caminar hacia él.

Se paró en toda su estatura y su mirada de lasciva cambió a peligrosa al percatarse del tipo que me acompañaba, e intuí que se trataba de Ace porque escuché cuando cerró la puerta del coche y en mi periferia lo vi medio sentarse sobre el capó y cruzarse de brazos, mirando a Fabio con el mismo peligro.

«¡Mierda! Olvidé *un pequeño detalle* al permitir que fuera Ace quien me llevara a la salida del vecindario».

—No lo dudé, pero superaste mi imaginación —confesó Fabio con la voz ronca cuando llegué a él y me tomó del mentón con delicadeza para detallar mi rostro.

—Me sucede lo mismo —admití e intenté recomponerme luego de que su aspecto me golpeara como una avalancha.

Estaba malditamente caliente y gritaba Dominante hasta por los poros, aunque fue ese aroma tan delicioso que emanaba lo que por poco me pone de rodillas frente a él.

—Hola, dulzura —musitó sobre mis labios, recordando que debía saludarme.

—Hola, *diavolo* —respondí tras recibir un breve beso de su parte que me dejó con ganas de más.

Me tomó de la mano para mirarme con detalle y siseó en cuanto me posicioné de nuevo frente a frente, dejando mi pierna desnuda a la vista y mirándolo con coquetería.

—Sabía que ibas a joder mi cordura esta noche al verte así —admitió y llevó mi mano a su boca para dar un beso delicado en el dorso.

—Me sucedió lo mismo —comentó Ace y la respiración se me cortó.

«¡Qué hijo de puta!».

Estuve a punto de girarme para llegar a él y asesinarlo por imbécil, sin embargo, Fabio apretó su agarre en mi mano y sonrió de lado. Mas no fue diversión lo que dejó ver con el gesto sino peligro, chulería, pero, sobre todo, poder.

—Vamos antes de que lleguemos tarde —pidió y su actitud me sorprendió—. Y tú, mantente con una distancia prudente y pide lo mismo a los otros hombres. A donde vamos es seguro, así que respeten eso. Podrán cuidar a Iraide de lejos, en el interior de la mansión me encargaré yo y ella, por supuesto —dijo hacia Ace.

Si su aspecto tan hermoso y el poderío que emanaba ya me había dejado embobada, que tomara el control hasta con mi gente me excitó de una forma que no esperé.

—Tú no me das órdenes a mí —gruñó Ace irguiéndose.

—Pero yo sí, así que acata todo lo que él ha pedido. —Zanjé hacia Ace y me miró incrédulo.

—Mi reina —pronunció dolido.

Fabio me llevó hacia el lado del copiloto sin soltarme de la mano y en cuanto pasé al lado de Ace, lo miré con advertencia.

—Jamás lo hubiera permitido si no hubieses soltado semejante mierda —aseguré y entonces comprendió.

Sí, me excitó ver a Fabio tomando el control de mi gente, pero eso no significaba que se lo permitiría y él lo tenía claro. Lo leí en su mirada. Simplemente actuó de esa manera para castigar a

Ace por un comentario que debió tragarse.

Y con eso Fabio también me demostró que por muy posesivo que fuera, no tenía necesidad de pelearse con otro tipo por algo en lo que yo participé por voluntad propia.

—Lo siento —susurró Ace.

Él también me demostró que a pesar de su arrogancia y todo lo malo que lo caracterizaba, era capaz de admitir sus errores.

No dije nada más y caminé siendo guiada por Fabio hasta sentarme en el asiento luego de que abriera la puerta para mí. Lo vi regresar hacia su lado y noté el pequeño asentimiento que él y Ace se dieron, algo que me satisfizo, puesto que sentí que con eso las cosas habían quedado más que claras.

Fabio respetó a Ace y este último demostró que seguía teniendo claro que lo que pasó entre nosotros fue solo sexo y por lo mismo no le dolió verme con otro y hasta creí que, sin ser necesario, él aceptaba que fuera Fabio el que ocupara un lugar tan importante a mi lado.

—¿Vamos lejos? —pregunté cuando puso el coche en marcha y escuché un rugido bastante excitante del motor.

Palpó el volante muy relajado y me miró de soslayo para asegurarse de que llevara el cinturón puesto.

—No, iremos a quince minutos como mucho. La fiesta será en la mansión de un colega —informó poniéndose en marcha—. Esta es una noche especial, Ira.

Sus palabras enseguida surtieron un efecto en mi cuerpo que me tomó por sorpresa, pues tras asegurar lo importante que era la fiesta, una especie de alegría me recorrió de pies a cabeza al confirmar sus ganas de compartir ese momento conmigo, razón que me hizo acomodar el bolso en mis piernas, apretándolo en cuanto el contenido se volvió pesado gracias a los nervios repentinos.

—¿Qué sucederá? —Me atreví a preguntar, recostando la cabeza en el respaldo, curiosa por saber lo que haríamos.

Su sonrisa en respuesta me cautivó y tenía ese impacto porque sabía que Fabio no era un hombre que sonriera a menudo, al menos no de esa forma.

Había aprendido a distinguir sus sonrisas con el paso del tiempo que teníamos de conocernos. Sabía que cuando estaba cabreado o cachondo la comisura del lado izquierdo de sus labios se elevaba de forma leve hacia arriba, prometiendo así un momento placentero o un final no muy ameno. Y en cuanto sonreía sin exponer sus dientes era porque quería ser amable o porque no se encontraba cómodo con alguna situación.

Luego estaban esas sonrisas como la que acababa de darme, las que más me gustaban de él. Esas que dejaban ver sus dientes hermosos y perfectos, mismas que le aportaban un brillo a su mirada demostrando que lo hacía de manera genuina, porque quería hacerlo y lo sentía necesario más para su bienestar. Y ya me había regalado unas cuantas, cosa que, aunque no lo quisiera, me hacía sentir unas malditas cosquillas en el vientre que a veces odiaba.

—Solo lo que tú quieras, dulzura —aseguró y tras sonreír de manera genuina, la comisura izquierda de su boca se elevó hacia arriba.

¡Mierda!

No quise decir nada más a pesar de que me moría de la curiosidad y mejor me concentré en el camino, aunque de vez en cuando lo contemplé mientras él se mantenía atento solo al trayecto, marcando con su pulgar, sobre el volante, los acordes de las canciones que sonaban en el estéreo. Me relamí los labios sin pretenderlo al admirar lo bien que le quedaba el traje y cómo se ajustaba a su musculatura, la tela apretando deliciosamente sus brazos.

Me concentré tanto en cada detalle de él que no sentí cuando llegamos a nuestro destino hasta que

se detuvo en un enorme jardín que daba la bienvenida a una mansión muy grande y a la algarabía que nos recibiría fuera del coche, el cual estacionó, pero no apagó sin antes buscar mi mirada y ponerse serio.

—Confío en todo lo que te enseñó Allison cuando se vieron. Y no porque sepa que ella es buena instruyendo a otras sumisas, sino porque tú eres demasiado inteligente y puedo jurar que no has decidido acompañarme solo porque sí —comentó con su voz segura y por alguna tonta razón mi corazón se aceleró—. En cuanto entremos a esa mansión voy a meterme más en mi rol de Dominante, pero te prometo que no olvidaré que no eres mi sumisa.

—En cuanto entremos a esa mansión voy a meterme en el rol de sumisa, Fabio —solté tomándolo por sorpresa, una que sus ojos no ocultaron—. Tu sumisa —declaré y me satisfizo comprobar que no era la única a la que le costaba controlar la respiración.

—Entonces recuerda que el respeto en este mundo es muy preciado, pero juega para ambos —reiteró tratando de controlarse—. Me vas a respetar como tu Amo y yo te respetaré como mi sumisa, puesto que así no hayamos convivido siéndolo, sé lo que te gusta y lo que no, así como tú sabes lo que a mí me gusta y lo que no —confirmó y nunca lo analicé hasta ese instante.

—Lo entiendo —aseguré.

—Pero, sobre todo, ambos sabemos lo que necesitamos y te traje para que me conozcas de verdad en esta faceta, dulzura —siguió y tragué con dificultad—. Así que deja que esta noche descanse Ira y permite que Iraide salga a jugar.

¡Dios! Nunca había tenido eso tan claro hasta ese momento que él lo pidió.

Siempre había sido Ira, la dueña del control total, de todo lo que me rodeaba, por eso prefería que me llamaran así, no por el diminutivo de mi nombre sino por el apodo, por el cuarto pecado capital que muchas veces me dominaba. En cambio, Iraide, era la chica de verdad, la que deseaba divertirse y vivir como una mujer normal, sin preocupaciones ni penas de nada y solo fui ella cuando me despojé de mi poderío la primera vez en la mazmorra de Samael o cuando Marco nos acompañó.

—Está bien —respondí entonces cuando terminé de captar cada palabra y asentí segura, mandando a dormir mi lado tirano—. Muéstrame tu mundo, Fabio —lo animé, dándole la bienvenida Iraide.

La mujer que quería disfrutar de la mano de ese hombre.

Se quedó mirándome, de nuevo sorprendido pero satisfecho al verme tan dispuesta a conocerlo como de verdad era, y tras unos segundos abrió un compartimiento de la parte central del coche, que nos había mantenido un poco separados, y sacó una caja aterciopelada bastante grande para albergar una joya adentro.

Aunque entendí la razón en cuanto la abrió para mostrarme un delicado collar plateado con una argolla en medio. El diseño era ancho pero fino, con zafiros azules acomodados en una línea curveada sin principio ni final; el abalorio circular no era muy grande y admito que me extrañó que no llevara sus iniciales hasta que lo giró y noté que, en un lado, aquella línea curva formaba una letra F y D entrelazadas en una tipografía cursiva de manuscrito que me dejó sin aliento.

Levanté la mano para tocar la joya y en ese momento me percaté de que debajo había una cadena, era de plata igual que el collar y terminaba con un asa de cuero rojo.

—Me has dejado sin palabras —susurré—. Es muy hermoso.

Alcé la mirada al percatarme de que no respondió y lo encontré observándome con detalle hasta que tomó el collar y lo levantó acercándolo a mi cuello. El silencio que se formó entre nosotros únicamente era interrumpido por la canción en el estéreo y lo agradecí, ya que ocultó el sonido de mi corazón. Me cogí el cabello de mi coleta alta y lo eché hacia un solo lado, cerrando un poco la

distancia entre nosotros cuando le di acceso.

River de Bishop Briggs se leía en la gran pantalla del lujoso coche y escuchar la letra me estremeció tanto, o más, que el tacto delicado de Fabio rodeando mi cuello junto al collar. Contuve la respiración cuando su perfume me invadió y cerré los ojos al mismo tiempo que él cerró el broche en mi nuca y pasó su dedo índice en el material hasta posarse en la argolla.

—Este collar es la representación de uno de consideración —explicó con la voz ronca y juro que los golpes de mi corazón eran tan fuertes como los acordes de la melodía—. Significa que así sea por esta noche, eres mi sumisa y yo tu Amo. Te lo entrego para que le des un buen uso, confiando en que entiendes la responsabilidad que conlleva el tenerlo en tu cuello.

—Lo entiendo —respondí y me llevé la mano al cuello para sentirlo con mis dedos—. ¿Me lo puedo quedar?

—Si así lo deseas, claro que sí. Lo mandé a hacer para ti, dulzura. Es tuyo.

Respiré profundo, aquella canción seguía y no sé por qué la sentí tan especial en ese momento. Sobre todo, cuando Fabio tomó la cadena que todavía descansaba en la caja y me la mostró.

—En este tipo de fiestas es necesario que lleves la cadena en tu collar y que sea yo quien la sostenga, esto es para que los demás sepan a quién perteneces como sumisa —explicó y me mordí el labio para no sonreír—. Como tu Amo esta noche, irás a donde yo vaya, te mantendrás siempre a mi lado y me obedecerás.

—Muy bien. —Acepté.

Lo hice porque yo misma pedí conocer su mundo y después de lo que aprendí con Allison, sabía que Fabio no sobrepasaría mis límites, ya que como él mismo lo aseguró antes, sin meternos en ningún rol aprendimos lo que nos gustaba y lo que no. Y admito que con un poco más de conocimiento, me entusiasmaba lo que salía de su boca y ansiaba ver lo que era el BDSM de primera mano.

Y sí, estaba acostumbrada a su club, había visto los *espectáculos* y experimenté con Fabio ciertas disciplinas que nunca creí que iba a conocer. Y mentiría si dijera que no me gustaron, sobre todo porque fue él quien me las mostró; sin embargo, nunca me atreví a verlas como en ese momento, dejando de lado los prejuicios y la idea equivocada que me vendieron del BDSM, misma que descubrí el día que ese hombre me habló de ella desde el corazón y no del deseo porque fuera su sumisa.

Delirium había llegado a mi vida para que conociera a Samael y dejara de lado aquel control y poder que amenazaba con asfixiarme, así que supe con seguridad absoluta que era momento de subir de nivel y probar el sabor del otro lado de esa perversión.

—Pero antes de dar este paso quiero que cierto punto quede más que claro entre nosotros y uses un regalo que yo tengo para ti solo si lo aceptas. Si no, igual vamos a llevar adelante esta noche —aseguré y me miró expectante.

Se quedó quieto, esperando cuando saqué de mi bolso y le enseñé una cajita similar de terciopelo, pero en tono verde. Mis manos temblaban con nerviosismo y hasta creí que el collar se había estrechado un poco al faltarme el oxígeno.

Abrí el objeto y juré que su rostro cambió a la sorpresa total.

—Podré ser tu sumisa, pero la posesividad es algo que no me abandonará en un abrir y cerrar de ojos —expliqué y no vi que su pecho se moviera, así que deduje que no estaba respirando.

Saqué el anillo de platino y lo puse en mi palma para mostrárselo, dejando a la vista la letra V hecha con pequeños diamantes en color negro justo en el centro del aro, en honor a mi apellido. Se quedó mirándolo por unos minutos con el asombro plasmado en sus facciones y cuando reaccionó,

empuñó el asa de mi collar hasta acercar mi rostro al suyo.

—¿Sabes en lo que te estás metiendo? —Su voz ronca me hizo cerrar los ojos—. Una vez que me coloque el anillo no habrá vuelta atrás, Iraide.

Abrí los ojos en ese instante y me observó con los suyos oscurecidos y me lamí los labios.

—En aquella sala de juntas dijiste que soy tuya —le recordé y asintió pegando sus labios a los míos sin besarme—. Pues la posesividad juega en ambos sentidos, *amor*, porque tú también eres mío —aseveré.

Pegué mi boca a la suya y el beso me consumió al instante justo cuando parte de la estrofa de aquella canción también lo hizo.

Tus manos benditas me harán cometer un pecado.

Como un río, como un río.

Cierra la boca y recórreme como un río.

Sus labios ansiosos atacaron los míos con pasión en un beso que nos hizo tocar el cielo mientras estábamos pecando.

En ese beso estábamos dejando claro lo que no se podía explicar con palabras, nos estábamos consumiendo para convertirnos en uno solo, sucumbiendo a nuestra oscuridad y colisionando de una forma en la cual ninguno de los dos saldría bien parado, pero que gozaríamos mientras se nos permitiera.

Porque no lo negaría más y lo confirmé en el momento que sin dejar de besarlo, coloqué el anillo en su dedo anular izquierdo, justo donde fantaseé que lo llevara desde que lo pedí pensando en él.

Solo en él.

Mi principio y mi final.

—La dueña de mi oscuridad —juró Fabio con la voz oscura al dejar de besarme y aflojó el agarre de la correa para luego llevar sus labios a mi mejilla.

Y sonreí para mi Amo.

CAPÍTULO 57

Iraide

No sabía si lo que estaba viviendo era normal o no, ya que nunca tuve una relación amorosa antes de convertirme en la amante de Frank o la lideresa de *The Sevenths*. Así que ni siquiera estaba segura de que estuviera experimentando amor. Lo único que podía asegurar era que después de aquel día que me quedé a dormir con Fabio y hablamos de nuestro pasado sin ningún prejuicio o miedo, no deseaba nada en donde él no tuviera algo que ver.

—Me sorprende lo temeraria que eres —susurró y me acarició la mejilla.

Detalló su mano izquierda con el anillo en el dedo anular y luego la empuñó respirando hondo.

—Sé que lo soy, pero me da curiosidad saber por qué lo dices en este momento —dije y se acomodó en su asiento apagando el coche de una vez.

—Por atreverte a estar conmigo —admitió y alcé una ceja cuando me observó.

—Lo dices por tu condición —intuí y no pudo negarlo.

La inseguridad amenazó con opacar el brillo de sus ojos y fruncí el ceño.

Fabio podía controlar su condición gracias al BDSM y la disciplina que adquirió a través de ello, pero noté que eso no aseguraba que sus episodios desaparecieran por completo y más si se enfrentaba a algo que no siempre sabría manejar.

Y lo que estábamos experimentando se nos podía salir de las manos tanto como si estuviéramos bien mentalmente o no.

—Porque si es así, despreocúpate. He descubierto que me atrae que seas tan inestable —solté y eso lo hizo reír divertido.

—Definitivamente no eres la mejor persona para ayudar a un bipolar —aseguró y no me ofendió, al contrario, también me reí.

Además, no estaba diciendo ninguna mentira y ambos lo comprobamos la noche en su mazmorra, cuando lo animé a caer en lugar de ayudarlo a contener su estado.

—Y a pesar de eso, no me alejas —señalé con chulería.

—Ni lo haré, ya que tiendo a decantarme por lo que me hace daño —confirmó y me mordí el labio.

Esa era la prueba de que lo que teníamos no podía ser algo normal o sano. Y era una suerte de que jamás busqué eso, al contrario, me sentía plena y feliz con lo que se acoplaba a mi oscuridad.

—Acabas de ponerme más cachonda con esa declaración —susurré con tono sensual y volvió a reír.

—Será mejor que salgamos del coche antes de que mande todo al carajo y te folle aquí mismo.

Me reí por la tensión que había adquirido su cuerpo y le acaricié el brazo a propósito solo para verlo apretar la mandíbula.

—Salgamos entonces. —Estuve de acuerdo.

Antes de que abriera la puerta, me tomó con delicadeza del brazo y lo miré.

—Cuando crucemos la entrada mi nombre es Samael. Para ti seré Señor, Amo o Maestro, lo que mejor te parezca.

Chasqueé la lengua, eligiendo mentalmente cómo llamarlo y le dediqué una mirada con una promesa intangible.

—Entiendo, Señor —pronuncié con tanto respeto y sumisión, que Fabio volvió a quedarse sin saber cómo reaccionar, pues una cosa era que lo llamara así (o que me pusiera de rodillas) para joderlo o burlarme, y otra, metiéndome por voluntad propia en el papel de su sumisa como él tanto había deseado.

Así que, ayudándole un poco, salí del coche y esperé a que se tomara el tiempo de asimilar lo que le provocó mi forma de llamarlo. Me acomodé el vestido y cogí la cadena del collar cuando esta colgó entre mis tetas, hasta que Fabio se acercó ajustando su corbatín y me tendió la mano.

—¿Estás lista? —inquirió reteniendo mi mano cuando puse el asa de la cadena en la suya.

—Y dispuesta, Amo —admití con la mirada en sus zapatos negros y lustrosos.

—*¡Merda!* Ya sabía que no me lo pondrías fácil —confesó al tomarme de la barbilla para que lo viera a los ojos.

—¿Te he ofendido, Señor? —susurré.

Me gustaba llamarlo así, Amo o Señor.

—No. Es solo que me está costando contenerme, ya que, si tu altanería me vuelve loco, tu sumisión amenaza con ponerme a mí a tus rodillas. —Aceptó y me fue imposible no sonreír de lado.

Me dio un beso casto en la comisura de la boca, justo la que se curvó en una sonrisa traviesa y luego arrastró sus labios a mi oído.

—Esa sonrisa te hará ganarte muchos castigos, *dolcezza* —advirtió ronco.

—Me lo merezco, Amo —pronuncié y bajé la mirada incluso con su agarre en mi barbilla.

Quería hacerlo bien, sin buscar castigos. Pero mi maldita sonrisa era una traicionera, así que tuve que mirar su pecho para que no me delatara de nuevo. Escuché a Fabio gruñir de deseo y segundos después dio un beso en mi cabeza, gesto que me intimidó más de lo que esperé.

—Vamos —me animó.

Me tomó de la mano derecha para hacerme caminar a su lado izquierdo y entrelazó nuestros dedos haciéndome sentir el asa de la cadena.

Fabio mostraba seguridad incluso en su agarre. Y en su forma de caminar y guiarme ni digamos. En nuestro recorrido hacia el interior de la mansión vi varios coches estacionándose y a la gente salir de ellos vestidos de diferentes maneras, pero todos con el mismo estilo de sus parejas.

Entre Dominantes noté que había algunos destilando más poder que otros, pero ninguno como el que me tomaba de la mano, y no se trataba de lo que me hacía sentir sino más bien de mi instinto reconociéndolos.

Subimos la escalinata hasta la entrada de la mansión y dos hombres nos recibieron, bajando la cabeza cuando Fabio se anunció por mero protocolo, puesto que noté que ya los tipos lo habían reconocido. Le dieron la bienvenida como se esperaba y le indicaron el camino a seguir.

Optamos por no hablar cuando nos acercamos al salón principal donde se llevaba a cabo la fiesta, viendo el lugar adornado en tonos rojos, negros y detalles en azul. Observé el entorno notando que la luz era tenue y en cuanto cruzamos el umbral mis ojos se abrieron de más al ser golpeada por la magnitud de lo que estaba presenciando.

El salón era inmenso, con varias mesas en los costados en donde la mayoría de los entremeses habían sido colocados, pero lo que me cortó la respiración fue ver a algunos hombres y mujeres apoyados sobre sus palmas y rodillas, formando mesas humanas para servir a las personas sentadas en cómodas *chaise longue,* bebiendo y comiendo.

Tragué con dificultad.

Notaba la sumisión de aquellos sirviendo de mesa, pero no incomodidad ni nada por el estilo.

—Puede ser algo desconcertante la primera vez que lo ves, pero te aseguro que nadie aquí

presente ha sido obligado a hacer nada —informó Fabio al verme atónita.

—¿Hay Dominantes abusivos? —inquirí.

Sabía que sí, pero después de la idea errónea que me formé del BDSM, prefería que mejor él me lo aclarara.

—Si son abusivos, entonces no son Dominantes. Pero sé de algunos abusadores que se hacen llamar así. Sin embargo, no los encontrarás en mi entorno y si alguna vez se atrevieron a pisarlo, te aseguro que ya no caminan en este mundo —confesó y lo miré con las cejas casi rozando donde comenzaba el crecimiento de mi cabello.

—Supongo que terminaron en esa mazmorra oculta en tu club, Amo —dije y me sonrió de lado.

¡Mierda!

—Solo los que no quisieron aceptar mis recomendaciones —admitió.

—Y luego me dices intensa a mí, Señor —susurré con una pizca de burla.

—Únicamente me encargué de limpiar la reputación de los Dominantes —explicó tranquilo y decidí mirar mi entorno antes de que viera mi sonrisa.

Noté a varios sumisos con diferentes posturas al lado de sus Amos, algunos de rodillas, otros en cuatro o en las posiciones que Fabio me mostró en *Delirium*. En el medio del lugar se encontraba un escenario donde un hombre daba la bienvenida a los invitados y, además, mostraba varios artefactos colocados sobre la espalda de una chica que le servía de mesa, diciendo los nombres y para qué servían. Por lo que intuí que no era la única nueva conociendo ese mundo.

Había jaulas alrededor, varias mujeres y hombres vestidos solo en ropa interior y máscaras de diferentes animales, recorriendo el cubículo.

Varias personas se encontraban montándoselo sin importarles quién estuviera presenciando, tocándose y follando. Sumisos lamiéndole las pollas a sus Amos mientras estos charlaban a gusto. Observé embelesada el ambiente y sentí la carga sexual que todos desprendían, el calor que emanaban era como si estuviera en el infierno contemplando la fiesta que el diablo le daba a sus demonios.

Fabio me había guiado por varios rincones para que no perdiera detalle alguno y se detuvo cuando dos hombres se pararon a saludarlo y yo opté por mirar hacia abajo en cuanto vi que a él no le agradó la interrupción. Y entendí por qué.

Uno de ellos era al tipo al cual usé para poder descontrolarlo en *Delirium*.

—Samael, qué agradable sorpresa. Por un momento creí que luego de lo que sucedió la otra noche no ibas a venir.

Fabio se irguió en todo su esplendor delante de él y yo esperé paciente.

—Sé que no tienes tantos años como yo en este mundo, Bruno. Así que entiendo que creyeras eso —respondió Fabio con seguridad.

Sentí en cada fibra de mi cuerpo la tensión que se desarrollaba a mi alrededor y más cuando uno de ellos rio y al escucharlo hablar supe que nada de lo que llegara a pasar sería bueno.

—Porque sabemos los años que tienes en nuestro mundo creímos que no vendrías, ya que bien sabes que lo que hiciste el otro día hacia tu sumisa fue una falta de respeto. Y sí, eso no tendría que detenerte, pero que te presentes con la mujer que te hizo alterar la doma… —Chasqueó la lengua demostrando su decepción y me tensé. Fabio lo notó al apretar su agarre en mi mano—. Esas ya son palabras mayores —ironizó.

Empuñé la mano libre al reconocer la voz del Dominante al que me lo ofrecí en *Delirium* y sentí la cadena ser tirada hasta dejarme casi encima de Fabio. Llevó una mano hacia mi barbilla y me acarició bajo la atenta mirada de ambos hombres para luego observarlos.

—Hay muchos Dominantes que le huyen a bellezas como esta —señaló Fabio con seriedad y mantuve mi mansedumbre para él— y somos muy pocos los que conseguimos su sumisión. La de ella, sobre todo —alardeó, dejándoles claro que así no fuera fácil, sí placentero—. Por lo que espero que hayas captado que aquella noche, aunque yo no la hubiera detenido, tampoco se habría sometido ante ti a pesar de arrodillarse —aclaró y quise reír.

Pero deseé hacerlo de orgullo, aunque me contuve y se lo demostré con la mirada.

—Las Brat que nos vuelven locos —mencionó el que Fabio llamó Bruno.

—O las sumisas de las cuales las alfas temen. —Acotó el otro.

Fabio no dejó de mirarme en ningún momento y sé que notó la sorpresa en mis ojos al escuchar aquello.

—Así que el gran Samael sigue siendo el Dominante de siempre, en serio me alegra —señaló Bruno y solo en ese momento Fabio regresó su atención a ellos sin dejar su agarre en mi barbilla.

Escuché sinceridad en la voz del tipo, aunque el otro imbécil sonó herido luego de que Fabio le aclarara que mi sumisión no estaba en arrodillarme ante él.

—Demuéstralo y déjanos ver si poniéndose de rodillas ante ti, muestra la sumisión que nunca iba a darme a mí —lo retó el imbécil.

Me tensé ante eso y más cuando Fabio me miró de manera penetrante, era como si me estuviera llamando la atención por mi reacción.

—Thomas, no me hagas pensar en ti como un fanfarrón irrespetuoso —recomendó Fabio mirando al imbécil, disimulando lo que antes me dijo a mí con la mirada—. Ya que bien sabes que mi forma de ser con mis sumisos solo me compete a mí y a nadie más. Y quiero pensar que lo mismo es contigo. —Satirizó y deseé ver la cara de ese estúpido.

—Lo es —aseguró entre dientes.

—Entonces, a menos que no esté en una demostración voluntaria, no vuelvas a pedirme que haga que uno de mis sumisos se arrodille ante mí y frente a ti, si no es para el placer de los tres. —Zanjó.

Y estaba segura de que, si me lo hubiera pedido en ese momento, me habría arrodillado solo para premiar su manera de darme mi lugar.

—¿La compartirías? —inquirió Bruno.

Fabio no perdió su temple a pesar de dejar su agarre en mi barbilla, manteniendo solo el de la cadena.

—Esta preciosa mujer es de mi propiedad —aseguró con dominio y luego me miró—. Solo mía y ya se lo he dejado claro.

Me mordí el interior de la mejilla con las palabras queriendo abandonar mi boca, pero me contuve. Era consciente de dónde me metería cuando le pedí que me enseñara su mundo y sabía que la posesión se respiraba en él.

—Pero la compartiría si es lo que ella también desea —añadió y jadeé.

No pude contener esa reacción, ya que no me lo esperaba y tras lo que pasó en la sala de juntas gracias a que vio las marcas de Ace en mí, intuí que no le gustaba compartir. Y no me equivoqué, me lo comprobó incluso en ese instante, pero también demostró que, si era lo que yo quería, me complacería y eso me aceleró el corazón porque no solo estaba dejando claro que era suya, sino también que seguía perteneciéndome a mí misma.

—¿Lo deseas? —me preguntó—. Y míralos a ellos y luego a mí antes de responder —ordenó y obedecí gustosa.

Primero fijé mis ojos en Bruno, se notaba que era menor que Fabio, tal vez de mi edad. Bastante guapo y encaminado a ser un buen Dominante porque me observaba con respeto, aunque el deseo

por probar mi cuerpo le ganara. Luego miré a Thomas, con quien comprobé que no me equivoqué el día que lo vi en *Delirium,* ya que seguía manteniendo su aura oscura.

Tal vez era mayor que Bruno por un par de años, sin embargo, a pesar del respeto que se le notaba vi su necesidad porque lo catalogaran como un gran Dominante y eso podía jugarle en contra, ya que se podía volver ególatra y hasta abusivo. Y sí, de igual manera me deseaba, pero no solo para follarme sino también para someterme.

Y a pesar de que ambos eran guapos, sensuales y con poderío, ninguno me gustaba como el Dominante frente a mí.

—No, Señor. No deseo estar con nadie que no seas tú… de momento —susurré lo último solo para que Fabio me escuchara cuando lo miré y comprobé que únicamente iba a ser capaz de someterme ante él.

Sonrió de lado, para Thomas y Bruno pareció que lo hizo de satisfacción por mi respuesta, yo en cambio noté su advertencia clara de que le pagaría lo último que dije y esperaba que fuera con un castigo delicioso.

Los hombres no dijeron nada más por varios minutos y no supe si fue porque les ofendió mi desplante o porque les sorprendió que los despreciara. Hasta que Bruno decidió romper el silencio.

—Te felicito, Samael. La señorita es una belleza como bien dices —halagó y sentí su mirada en mí —. Siempre logras tener a las mejores y dominar a las poderosas, ya que por lo que vimos la otra noche, ella tiene un exquisito temperamento que debes disfrutar corrigiendo. —Aunque no lo vi, tampoco me sorprendió que hubiera estado presente el día en que dejé mal parado a Fabio frente a la doma.

Y tras lo dicho por Bruno, Fabio llevó una mano a mi mejilla y me acarició, levantando de nuevo mi barbilla con uno de sus dedos, observándome con un brillo de orgullo en los ojos.

—No lo duden ni un solo segundo. Disfruto como un jodido desquiciado de su temperamento.

Quise sonreír al ver la diversión bailar en sus orbes y lo que significaban sus palabras. Y como bien dijo al pedirme una tregua, estar juntos siempre había sido estar en medio de un tiroteo; y no solo yo tenía mal carácter, él también poseía uno tan jodido como el mío, pero me gustaba y me volvía loca, sobre todo.

—Bien, si me disculpan, me gustaría sentarme a beber algo con mi acompañante —finalizó y me llevó hasta una de las mesas dispuestas para dos personas sin mirar hacia aquellos dos.

Agradecí que fuera una mesa de madera y no una humana. Corrió la silla para que tomara asiento y me quedé mirando un poco confundida.

—¿Voy a sentarme? —inquirí.

La silla era más pequeña que la de él y sin respaldo, pero yo no era una sumisa alfa y recordaba las indicaciones de Allison. Las sumisas siempre debían mantenerse al lado izquierdo de su Amo y cuando tomara asiento, solo la alfa podía sentarse en un lugar como el que Fabio ofrecía para mí, las demás debían quedarse en la posición que el Dominante demandara.

—Tú no eres mi sumisa oficial, dulzura —respondió con diversión y notó que miraba a mi alrededor para percatarme de todos los sumisos en el piso—, así que tu protocolo es de silla. Puedes sentarte a mi lado esta vez, ya que no voy a exigirte estar de rodillas o en cualquier otra posición cuando no estás familiarizada con el ambiente.

Le agradecí al tomar asiento y una mujer en un fino vestido apareció con una bandeja y nos dejó a ambos una copa de *champagne*, que bebí de un solo trago, y quise pedir otra, no obstante, él lo impidió.

—No dije que bebieras, pero, ya que lo has hecho cógelo con calma. Quiero que estés lo más

sobria posible para que veas todo lo que pasará —demandó.

—Admito que estoy un poco ansiosa, Señor —comenté y se acercó a mí con la mandíbula tensa.

—No sabes cómo me excita que me llames así —murmuró sobre mis labios y me besó.

—A mí me ha excitado que pusieras en su lugar a aquellos dos —confesé cuando se sentó a mi lado.

—No los puse en su lugar. Dejé claro el tuyo—corrigió y mi pecho se apretó con una sensación de orgullo muy intensa.

Resultaba que ser Iraide se estaba sintiendo tan relajante, que por un momento deseé jamás volver a salir de esa mansión, ya que me gustaba la sensación de sentirme poderosa, pero dejarme cuidar a la vez.

Observé a mi alrededor cuando las personas comenzaron a acomodarse en sus puestos, viendo las luces encenderse en el escenario y el anfitrión posarse en él con un micrófono en la mano.

—Damas, caballeros, señoritas y señoritos. —Se inclinó hacia todos en un saludo y entendí que se refería a los Dominantes y sumisos con aquellos apelativos—. Sean bienvenidos a esta maravillosa noche donde me complace presentar una ceremonia en la que a varios nos encanta participar así sea solo de espectadores —anunció con regocijo.

Me quedé embobada viendo a dos mujeres salir de un costado acompañadas de hombres que se posaron frente al anfitrión y tomaron la posición acorde a sus roles. La sumisas fueron rápidas al ponerse de rodillas y mirar al suelo. Llevaban túnicas blancas y un collar que, apenas adoptando la postura, se lo quitaron, tomándolo en sus manos junto a la correa.

—Es un honor abrir la velada con la collarización de estas dos sumisas que han aceptado continuar al lado de sus Amos para seguir aprendiendo, experimentando y disfrutando de este maravilloso estilo de vida.

Uno de ellos se acercó a su sumisa y observé cómo ella le hizo entrega de la correa a la vez que habló fuerte y claro.

—Yo le ofrezco esta correa a usted, Señor, para que me guíe y dirija mi viaje en la vida. Es mi deseo pertenecerle y seguirle allí, donde usted elija llevarme.

Las personas se quedaron en silencio absoluto, admirando lo que se desarrollaba frente a nosotros. Yo solo podía enfocarme en esa mujer, en el amor que bañó cada palabra que dijo, su devoción y la seguridad con la que se entregaba a su Amo. Y él parecía un novio viendo a su esposa pasearse por el altar, aunque a diferencia de un matrimonio común, su amada se encontraba de rodillas, ofreciéndole algo que no todas las mujeres entregaban a su pareja.

Tragué con dificultad justo cuando sentí el tacto de Fabio tomando mi mano.

—Ellos son una pareja y no solo Amo y sumisa —explicó—. Observa la devoción con la que ella le habla y el respeto que él le tiene —pidió.

Y no era necesario, puesto que ya me encontraba embelesada viendo semejante acto. El hombre recibió la correa y luego sacó de su bolsillo otro tipo de collar que acercó a ella.

—Al poner este collar en tu cuello y al ser aceptado por ti, prometo hacer todo lo que sea para ser digno de ti. —Comenzó a decir él y lo escuché atenta—. *Prometo apoyarte y cuidarte, exigirte y dejarte volar, respetar las necesidades de nuestra relación por encima de cualquier otra cosa, amarte, honrarte en todo y ser sensible a tus necesidades y deseos.*

Contuve la respiración al darme cuenta de que esos eran votos de amor más que un protocolo de collarización.

—Reconozco la confianza que has puesto en mí y la responsabilidad que conlleva mi aceptación de ello. Para nunca violar o tan siquiera amenazar esa confianza. Me esforzaré en mantener mi mente lo bastante abierta como para

aprender nuevas cosas, como para crecer. En momentos de problemas, para ser un buen amigo y una buena pareja, nunca olvidaré que esto es una relación de amor. Reconozco y acepto con todo mi corazón el regalo de sumisión que me has hecho. El collar no es más que un símbolo de lo que ya sabíamos: que tú eres mía.

Jadeé por la intensidad de sus palabras y mi piel se erizó justo cuando Fabio apretó su agarre en mí, haciéndome llevar la mano hacia mi propio collar y palparlo. Seguí viendo al hombre cuando leyó la inscripción que tenía el collar y se lo enseñó a la mujer que adoptó una posición diferente.

—*¿Aceptas este collar con el mismo espíritu con que te lo entrego?*

La mujer levantó apenas la cabeza y luego volvió a agacharla.

—*Hago esto sin orgullo ni altanería, sin arrogancia sino con reflexión, con deferencia hacia usted. Con humildad. El collar que me ofrece es un poderoso recordatorio del control que le he entregado. Para usted es mi amor, toda yo.*

No entendía qué me pasaba, pero mis ojos ardieron y sentí que el collar me apretó hasta el punto de cortarme la respiración. El Amo le colocó el collar a su sumisa y luego la tomó del mentón para que lo mirara. Palpé la devoción con la que lo hizo y los sentimientos tan poderosos implicados en su acto.

—*Repite después de mí: "Acepto este collar como una expresión externa de entrega a mi Amo. Lo hago libremente, completamente y sin reservas. Estoy de acuerdo en honrar nuestra relación sobre cualquier otra cosa, y buscar y llenar todas sus necesidades y deseos. Llevaré este collar con orgullo, sabiendo que mi Amo me protegerá, me respetará, me apoyará.*

» Prometo comunicarme siempre abierta y honestamente con mi Amo, no guardándome nada para mí. En este momento entrego el control de mi cuerpo y de mi alma sumisa para cualquier propósito que mi Amo desee. Me esforzaré por ser la mejor compañera para mi Amo y no hacer nada que lo deshonre. Prometo mantenerme física y psíquicamente sana. Con un corazón alegre y mi libre consentimiento, doy la bienvenida a mi rol como sumisa desde este día en adelante hasta el momento en que yo reclame mi libertad o mi Amo me la quiera devolver.

La escuché repetir las palabras dichas de su Amo y luego ella levantó una llave que le entregó.

—*Con esta llave expreso mi compromiso con mi Amo y la entrega de mi cuerpo y pasión. Permanece como un símbolo sólido de la confianza en mi Amo sin miedo. Por mi deseo de complacerle y no por temor al castigo. Me guarda con seguridad y excluye cualquier otro poder sobre mí.*

Él asintió y se agachó.

—*Repite tras de mí: con cada vuelta de esta llave, acepto la profundidad de tu pasión, devoción y confianza para tenerme, dirigirme y proporcionarme un puerto donde puedas expresar todos tus deseos.*

La sumisa repitió al pie de la letra y el hombre cerró el candado que se encontraba en el collar, siendo aplaudidos al momento en que ella llevó la llave hacia un colgante y lo colocó en su cuello, guardándolo bajo su camisa.

Yo por mi parte solo pude pensar en el collar que Fabio envió para mí cuando me devolvió los dedales, ese que me negué a usar y en ese momento no supe cómo tomarlo. Todo lo que estaba viendo era mucho, era intenso, era… único.

Me lamí los labios al sentirlos resecos y miré a Fabio, quien se encontraba serio y observando el inicio de la siguiente ceremonia. Segundos después puso su atención en mí.

—Eso fue muy intenso —murmuré para que no desviara la atención de mí.

Me sonrió y vi su rostro calmado, entretanto acariciaba mi mano con sus yemas.

—No, dulzura. Solo fue un acto de amor, una ceremonia muy importante para Amo y sumisa y las palabras que se dijeron no son en vano. Llevan una responsabilidad completa y lo más importante, fueron dichas desde el corazón. No como los votos matrimoniales, dichos en vano muchas veces.

Me inquieté cuando su mirada recorrió mi rostro y no pude sostenerla.

—¿Puedo pedir una copa de *champagne*, Señor? —pedí, ya que la necesidad de mi boca fue intensa.

Y él asintió al comprenderlo, llamando a la mesera por mí y tomando una copa de su bandeja para entregármela.

—¿Todas las ceremonias son así? —Me atreví a preguntar y maldije porque solo pensé en él y Sophia diciéndose eso.

Lo vi negar y acercarse a mí cuando la gente volvió a aplaudir.

—La devoción y responsabilidad que se adquiere es la misma, pero no siempre hay amor implícito, aunque sí entrega y aceptación —explicó—. Además, hay otra ceremonia que se lleva a cabo muy poco, quizá la he visto solo dos veces en mi tiempo en este mundo —comentó y lo miré curiosa—. En ella, el Amo y su sumisa deciden dar el paso final en este mundo y se usa un collar más especial. —Dio un trago a su copa y miró al frente.

—¿Es como el matrimonio? —inquirí y sonrió divertido, aunque burlón.

—No hay nada que se le compare y menos el matrimonio —dijo y sentí que para él el casarse era tan simple como pedirle a alguien que fueran novios—. Yo le denomino a ese acto la ceremonia eterna y sí, se entrega el collar de la eternidad. Un paso sagrado dentro del BDSM, ya que la relación Amo-sumisa se consolida para pertenecerse por siempre.

Me sorprendió saber de eso, pues lo que vi con aquellas personas en el escenario fue intenso para mí, así que imaginar algo eterno me resultó inconcebible en ese instante. Aunque aun así hice la siguiente pregunta, arriesgándome a dañarme a mí misma con su respuesta.

—¿Lo has dado alguna vez? —Sonrió y me miró casi horrorizado.

Y para mi mala suerte, eso me tranquilizó.

—El collar se entrega una vez sabes y sientes que no hay vuelta atrás. Es una manera de expresar el querer pasar el resto de tus días con esa persona y nunca he sentido la necesidad de dárselo a nadie. Y por si tienes curiosidad, mis votos con mis sumisos tampoco han sido tan intensos como los que acabas de oír, ya que lo mío no ha tenido amor implícito. Solo respeto y confianza.

Nos quedamos mirando por varios minutos y me acerqué cuando sentí su mano ir hacia mi mejilla y rozarla. Él supo que necesitaba saber de sus ceremonias y lo respondió sin que tuviera que preguntar, algo que me gustó tanto como me alivió.

El hombre volvió a hablar desde el escenario y vi a varias mujeres acomodando todo allí.

—Después de un momento tan emotivo me gustaría pasar a algo más caliente, amigos bedecemeros. Así que espero que disfruten el inicio de la doma de esta noche.

Me acomodé junto a Fabio y vimos salir a una mujer vestida de cuero, llevando a cuatro patas a un hombre con la correa en el cuello. Ambos subieron al escenario y ella saludó al público que aplaudió con entusiasmo cuando posicionó al hombre en una mesa y tomó unas cuerdas del mueble de al lado, comenzando a atarlo.

—Eso que hace es *bondage* ¿cierto? —pregunté curiosa cuando vi a la Dominante atar con maestría a su sumiso.

—Lo es —respondió Fabio, observando igual que yo—. Es un arte de inmovilización muy utilizado y de los que más disfrutan muchos sumisos al ser privados.

Sonrió al recordar cómo me inmovilizó en la sesión que tuvimos con Marco y me removí en el asiento cuando apareció el malestar entre mis piernas, excitándome.

—Lo recuerdo. —Lo miré y vio en mi rostro a qué me refería.

Recordarlo con Marco alivió mis noches a solas cuando por orgullo nos negamos a tocarnos y ceder, o cuando yo me negué, para ser más concreta. Fabio tomó la cadena y me acercó al verme morder mi labio, moviéndome para aliviar la necesidad que provocaron mis recuerdos de él y su sumiso.

—¿Te excita recordar cómo me follé a Marco? —indagó con propiedad—. ¿O te calienta más pensar que mientras lo hacía, tú deseabas tenerme entre tus piernas?

Me excitaban ambas cosas, ya que por primera vez podía admitir que recordar los gemidos de Marco mientras Fabio lo penetraba a la vez que él se masturbaba, me volvía loca. El placer que esos dos se dieron fue intenso y los gestos de gozo que deformaron el hermoso rostro del hombre a mi lado aún me seguían torturando.

Gemí cuando Fabio acercó su boca a la mía y me besó, llevando su mano entre mis piernas, comprobando que, en efecto, ya me encontraba mojada. Se tragó mis gemidos en cuanto metió un dedo en mi interior y gruñó.

¡Joder! Por eso no quiso que usara ropa interior.

—¡Mierda! Tu humedad me vuelve loco —gruñó. Llevó su pulgar a mi clítoris y lo movió sin contemplación.

Abrí los ojos sin dejar de besarnos y vi varias personas alrededor de nosotros, algunos observando lo que estábamos haciendo y en lugar de cerrar las piernas con pudor, las abrí un poco más, dejando que disfrutaran de lo que Samael me hacía.

Me ahogué cuando estuve lista para correrme en sus dedos y él fue rápido en quitar sus manos de mí, deshaciendo el orgasmo en un parpadeo. Lo miré mal, sin poder evitarlo, en cuanto me dedicó una mirada lasciva y se llevó los dedos a la boca, lamiendo la humedad en ellos.

—Una delicia —comentó—, pero si vuelves a mirarme de esa manera, solo podrás llegar al punto sin correrte, hasta que te haga decir tu palabra de seguridad —advirtió.

Respiré agitada cuando mi entrepierna palpitó, queriendo su liberación y me bebí con manos temblorosas el resto del líquido de mi copa.

Varias personas se acercaron a Fabio a saludarlo, charlando con él, demostrando que era un hombre importante dentro de ese mundo, por lo que me deleité con todo lo que conversaban, siendo educada al momento de saludar cuando me presentaba y pedir permiso para charlar con los sumisos que venían junto a sus Amos.

La noche se me hizo amena con todo lo que estaba aprendiendo, absorbiendo lo que veía a mi alrededor hasta que una de las domas dio por finalizada y aplaudí distendida, con un Fabio cómodo que cada que podía me tocaba, acariciaba y besaba bajo la atención de los presentes.

—Les pido un fuerte aplauso a mis chicas. —El dueño alabó a sus sumisas luego de ser partícipe de una sesión, viendo que no se encontraba afectado luego de haber estado follando con diferentes artefactos a tres de sus sumisas a la vez—. Y quiero que le den un cálido recibimiento a un viejo amigo que hoy me dio el honor de presenciar una de mis fiestas. —Las luces fueron a nuestra mesa y sentí la correa tensarse cuando Fabio la tomó con fuerza—. Samael, querido amigo, me gustaría que esta noche nos deleites con una doma a la altura de un Amo como tú.

Me quedé petrificada en el asiento cuando Fabio sonrió de manera perversa y luego me miró. Mi pecho subió y bajó de forma brusca gracias a mi respiración acelerada y tragué con dificultad, aunque él me tranquilizó de inmediato.

—Tranquila, que no pasará nada que tú no quieras —me recordó y asentí.

—¿Samael? ¿Amigo? —insistió el tipo, ansioso, instando a Fabio a aceptar su petición, pero él no dejó de mirarme a mí.

—Hazlo, Amo —susurré y se puso de pie inclinándose como saludo a los presentes.

No sabía si estaba preparada para verlo follar con alguien más que no fuera Allison o Marco, pero sí me sentí dispuesta a dejarlo ser y conocerlo como de verdad era. Necesitaba ver al Samael de verdad y no daría marcha atrás.

Aunque me quedé peor que cuando el hombre le pidió una demostración en el instante en que Fabio se giró hacia mí y me extendió la mano.

—Si pasa, será contigo —aseguró y me escuché jadear, él sonrió todo lujurioso y seguro—. ¿Confías en mí, dulzura? —preguntó enseguida con ese aire cabrón que tanto me gustaba.

Y al sonreírle feliz y mordiéndome el labio, halagada por lo que acababa de asegurar, supe que ya había caído duro y profundamente por un Dominante bipolar capaz de acelerar mi corazón, o detenerlo si así se lo proponía.

Así que me puse de pie y le tomé la mano.

—Confío en ti, Señor.

CAPÍTULO 58

Iraide

Sentí las piernas temblar en el momento en que nuestras manos se juntaron, pero lo enmascaré.

Jamás le había dicho eso a nadie y sé que, aunque confié en Fabio casi desde el instante en que lo conocí, nunca lo acepté ni quise reconocerlo como en ese momento. Y el orgullo y placer que me demostró su mirada en cuanto pronuncié aquellas palabras, me confirmó que mi aceptación le resultó única y lo satisfizo más de lo que podría imaginar.

—¿Qué haremos en realidad, Amo? —le pregunté solo para estar preparada, ya que había decidido que fuera lo que fuera, no me echaría atrás, puesto que, a pesar de asombrarme por algunas cosas, otras me encantaron.

Lo que vi en la ceremonia de collarización, sobre todo.

Fabio me tomó de la barbilla y me dedicó una sonrisa perversa. La promesa del gozo iba implícita en ella.

—Follar —respondió sin más y tragué con dificultad. Aunque el golpe de humedad en mi entrepierna me aseguró que había perdido el pudor desde que puse un pie en ese infierno—. Voy a demostrarle a los presentes qué tan mía eres —añadió seguro y contuve una sonrisa.

Decían que la vida no juntaba dos personalidades iguales, pero creo que Fabio y yo nos colamos por donde ella no nos viera, para hacer lo que se nos diera la gana. Puesto que, en ser posesivos, nos medíamos como iguales.

No importaba que él tuviera un *harem* o yo me acostara con Ace si se me daba la gana, al final nunca me sentí tan de nadie como Fabio afirmaba, ni creí mío a alguien como me adueñé de ese hombre.

—Lúcete, Señor —recomendé y lo que brilló en sus ojos me estremeció de pies a cabeza.

No contradije a su posesividad, solo acepté y le di el permiso que él necesitaba para hacerme lo que quisiera.

—Sígueme, Iraide —pidió con voz ronca y en cuanto empuñó el asa de la cadena comenzó a caminar.

Su postura era erguida, su rostro demostraba la satisfacción del momento, el deleite de lo que iba a hacer y cómo los invitados lo vitoreaban al conocer su larga trayectoria. Yo en cambio, con cada paso que daba solo pude pensar que como Iraide le estaba entregando mi vida sin recelo, sin miedos, sin vergüenza ni arrepentimiento alguno.

Llegamos hasta el escenario que ya se encontraba provisto con varios artefactos y subimos hasta el borde, deteniéndose y obligándome a hacerlo también cuando me miró y bajé la mirada.

—Buenas noches, Damas, caballeros, señoritas y señoritos —saludó él con poder y me estremecí ante lo que era capaz de transmitir.

Las luces sobre el escenario eran fuertes, impidiendo un poco la vista hacia el público, algo que imaginé que ayudaba a las personas más tímidas o nuevas, como yo, en ese mundo. Puesto que, si no me forzaba a ver entrecerrando los ojos, me era difícil identificar que había invitados frente a nosotros y alrededor.

Le habían bajado el volumen a la música para que Fabio fuera escuchado, aunque por lo que aseguró antes de llevarme al escenario, era más que claro que hablar era lo menos que se haría y me

lo comprobó cuando acarició mis hombros con delicadeza (tras su saludo), desamarrando el nudo en mi nuca que mantenía el vestido cubriendo mis pechos, rodeándome la cintura, tomando el cierre en mi espalda, descendiendo sus caricias junto a él hasta que la tela cedió y quedó en el piso.

—Hace un momento les aseguré a unos colegas que no tenía necesidad de demostrar mi poderío con mis sumisos, a menos que fuera para mi placer —murmuró para que todos lo escucharan, pero concentrado en mí, haciéndome sentir que solo él y yo éramos parte de ese instante.

Mi piel se erizó cuando me recorrió con la punta de los dedos y me hizo moverme para salir de la tela a mis pies, se relamió al verme desnuda, cubierta solo con el collar que me regaló y los *piercings* en mis pezones. Sin dejar de lado los dedales en mi mano, por supuesto.

—O el tuyo, dulzura —aseguró con una intimidad que me estremeció.

Escuché algunos murmullos suaves y, aunque no entendí lo que decían, sí identifiqué que eran de admiración.

—Ella es nueva en esto e incluso así, sabe complacerme como una experta —halagó y confesó algo que escuché en ese momento por primera vez—. Aun cuando me desafía como una cabrona.

Escuché la risa de algunas personas, pero no fueron burlonas, sino más bien de esas que aceptaban que les pasaba lo mismo. Por mi parte contuve la mía y miré al suelo como una buena sumisa.

Fabio se acercó hasta respirar mi mismo aire y me acarició la cola del cabello para tomarla en su puño y susurrarme, con el tono justo para que también escucharan en las mesas más cercanas.

—De rodillas.

Sabía que esa sería mi primera prueba, mi oportunidad para comprobarme a mí misma si podría con ese mundo o no, ya que no se trataba solo del placer sexual o mental que había conocido sino de saber acatar las reglas, de respetar los términos y aceptar todo lo que implicaba el BDSM.

Y en cuanto me vi descendiendo sin apartar la mirada del piso, sin sentirme menos poderosa o humillada por esa orden, aunque sí satisfecha por complacerlo, confirmé lo que ya antes había aceptado cuando pronuncié que confiaba en Fabio.

Había caído y su placer se convirtió en el mío.

No sé si sucedió luego de que él se abriera a mí y por lo tanto yo a él, o en los días que le siguieron, donde actuamos más como una pareja que como enemigos. Aunque existía la posibilidad de que hubiese pasado desde que me pidió ser su sumisa por primera vez y yo me negué cegada por los celos de imaginarlo con otras personas.

No tenía ni la más remota idea de si caí rápido por él o en el momento justo, solo logré aceptar que lo hice y no me arrepentía. Por lo tanto, me estaba entregando como su sumisa, con voluntad y placer.

En mi periferia vi a Fabio entre incrédulo y satisfecho. Supongo que él también esperó mi negativa ante esa orden porque no era lo mismo que me arrodillara cuando estuvimos solos para obtener algo sexual, a ese momento frente a tantas personas, lo que dejaba claro que le entregaba mi sumisión. A pesar de la impresión, se recompuso de inmediato y volvió a ser Samael, el hombre que me sedujo con su mirada, voz y acciones lujuriosas desde el primer instante en que nuestras miradas se conectaron en *Delirium*.

Pude captar que observó los artefactos disponibles en una mesa de al lado, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de su pantalón, inspeccionando todo y acercando lo seleccionado, tomando entre ellas una fusta. Acomodé mi cuerpo lo mejor posible, recordando todas las veces que vi ese tipo de situaciones, apoyando las manos en los muslos con las palmas hacia arriba, esperando alguna indicación.

Como una buena sumisa en posición *Nadu*.

La cadena me hacía cosquillas, balanceándose aún por los movimientos que antes hice, rozando mis tetas cuando la respiración se me agitó al sentir el ambiente cambiar. Una melodía suave comenzó a sonar por toda la mansión, el público aclamó cuando Fabio se quitó el saco, el chaleco y la camisa, desprendiendo con un tirón el corbatín, quedándose solo con el pantalón, luciendo con orgullo cada músculo de sus brazos y torso.

Me concentré en los dedales en cuanto lo sentí acercarse, el volumen de la música aumentó embargando el aire de una intensidad placentera y más cuando él se agachó a mi altura, examinándome brevemente para luego tomar la liga de mi coleta y quitarla dejando que mi cabello rojo cayera como un velo sobre mi espalda.

Con la misma rapidez que me desató el cabello me tomó de la cadena y se puso de pie, diciéndome con la mirada que era momento de cumplirle la fantasía que tuvo en mi oficina la primera vez que me buscó, cuando caminé a gatas para encontrar su erección.

—Mírame, zorrita. Sedúceme como solo tú sabes hacerlo —me alentó.

El Dj del lugar había mantenido la melodía de la canción sin permitir que escucháramos la voz de quien la cantaba y no fue hasta que me apoyé sobre mis manos y rodillas, arqueando la espalda, metiéndome en el papel de gatita en lugar de zorrita, que reconocí el sonido que nos había estado seduciendo.

Desciende al mar negro. Nadando conmigo.
Baja conmigo, cae conmigo. Hagamos que valga la pena.
Han pasado mil noches.
El cambio no se produce de la noche a la mañana.
No se ve al principio.
Es importante aguantar.

Algunos presentes silbaron alabando mi cuerpo, diciendo de esa manera cuán afortunado era ese hombre de tenerme. Yo me mordí el labio y lo miré lasciva, sintiendo la voz de Natasha Blume con *Black Sea* invadiendo mi cuerpo.

Inyéctame tus consejos.
Incinera nuestros grilletes.
Baja al mar negro. Nadando conmigo.
Baja conmigo, cae conmigo. Hagamos que valga la pena.
Te levantas, yo caigo. Me levanto, tú te arrastras. Tú te retuerces, yo giro.
¿Quién es el primero en arder?
Te sientas y te quedas. No debo obedecer.

Lo vi contener una sonrisa de satisfacción y se detuvo más que complacido, haciendo una leve señal con sus dedos para que me pusiera de pie cerca de una especie de pódium corto en color negro con la longitud perfecta de una T en la superficie y un apoyador acolchado en la parte más larga.

—Súbete —ordenó y me impulsé para hacerlo, dándome cuenta de que la parte más corta de la T tenía el tamaño perfecto para que me acomodara de rodillas, simulando la posición Nadu—. Inclina el torso sobre el apoyador para que descanses tu estómago en él y cruza los brazos sobre tus pechos, viendo hacia el suelo.

Seguí cada una de sus indicaciones sintiendo el escrutinio de los demás. El apoyador quedaba justo en el inicio de mi estómago y Fabio con su mano me tomó de la cabeza siendo delicado para

que la inclinara aún más, logrando que el cabello se me fuera hacia el frente en una especie de cortina y dejándome en una posición perfecta de sumisión y adoración.

Te estás rindiendo, estoy cansada del tira y afloja.

¿A qué estamos jugando?

«Nuestra canción».

Pensé mientras sentía cómo Fabio se alejaba de mí cuando me tuvo dónde y cómo quería. Y no sé si el destino traicionero solo deseaba que me ilusionara al hacer que el DJ pusiera esa canción mientras me entregaba total y completamente como sumisa a Fabio, pero tampoco me importó en ese instante. Me limité a disfrutar de la melodía sensual, de su letra creada con tanta perfección para dos seres sombríos como nosotros, que se metieron en un juego de poder desde el principio hasta que nos cansamos del tira y afloja.

Dejé mis pensamientos al sentir a Fabio detrás de mí, acariciando mi espalda, la cual respondió erizándose al palpar sus yemas descender hasta que me dio una palmada en el cachete del culo. Mi respiración se volvió dificultosa y di un respingo como respuesta, intentando contener un gemido cuando metió una mano entre mis piernas y acunó mi coño, soltando un gruñido ronco.

—*Sempre umida per me, dolcezza* —«Siempre húmeda para mí, dulzura». Ronroneó en aprobación y me burlé de mí misma en mi interior porque podía desconocer mucho de su idioma natal, pero entendí eso.

Intenté por todos los medios no reaccionar cuando descansó la mano libre en mi espalda baja, con la clara demanda de que no me moviera y atrapó mi clítoris, acariciándolo, probando qué tan lista me encontraba. Me relamí los labios sintiendo cómo mi manojo de nervios se hinchó y Fabio adoró cómo mi cuerpo respondió a sus caricias hasta que cerré los ojos con fuerza al sentir otro azote en mis glúteos.

La fusta de cuero se clavó en mi carne al siguiente golpe y rogué para tener un poco de control y no mover ni un pelo. Estaba siendo salvaje al momento de impartir los golpes, alternándolos en mis nalgas y muslos hasta que un leve chillido me dejó cuando el siguiente fue directo a mi clítoris, electrificando mi cuerpo.

—¿Recuerdas lo que te dije que te acarrearía esa sonrisa traviesa que me diste antes de entrar aquí? —inquirió y mi mente estaba tan en blanco que no recordé nada.

Apreté los dientes y contuve como toda una campeona el gruñido que quiso abandonar mi boca cuando dio otro azote tras segundos en los que no respondí y maldije sintiendo a la vez que me humedecía. Algo que, aunque ya no debía, me pareció increíble por el placer que me provocó.

—Responde cuando te hago una pregunta —replicó con dureza y mi piel se erizó de nuevo ante la expectativa de otro azote.

Algo que me aclaró la mente como arte de magia.

—Ahora lo recuerdo, Señor —respondí con la voz entrecortada.

—¿Qué fue?

—Que mi sonrisa me acarrearía un castigo. —Concedí.

—¿Y qué respondiste tú, dulzura?

Agradeciendo que mi cabello me cubría el rostro, sonreí por su cabronería. Por el gozo que demostraba su tono.

—Me lo merezco, Amo —musité con voz dócil y complaciente, solo por tener el gusto de disfrutar su placer.

—Quiero que a partir de este momento cuentes los siguientes azotes que te daré —exigió—. Si te

equivocas, empezaré de nuevo. Si tartamudeas o no hablas lo suficientemente alto, comenzaré de cero, *¿capisci, dolcezza?*[4]

¡Joder! No supe qué me puso más, si su acento e idioma, o la amenaza de recibir más azotes, sabiendo que luego de eso vendría su cuidado, su manera tan exquisita de recompensar el castigo.

Quise solo asentir en respuesta al sentirme tan perdida con esa voz oscura que me daba placer sensorial, la misma que me decía que estaba tan afectado como yo. Pero sabiendo que con más azotes únicamente retrasaría el placer de sus cuidados, respondí fuerte y claro.

—Entiendo, Señor.

Acarició mi piel (que de seguro ya se encontraba enrojecida) con satisfacción al verme querer más cuando busqué su toque.

—Tu palabra de seguridad es la de siempre. —Me mordí la lengua para no rebatirle y asegurarle que estaba loco si pensaba que diría eso, pero me contuve sabiendo lo que me esperaba.

Me mentalicé en todo lo que estaba sucediendo y me juré que no daría mi brazo a torcer por el simple placer personal de no decir *húmeda* frente a los presentes, ya que no estaba lista para la humillación y estaba segura de que pronunciar esa palabra me provocaría vergüenza.

Así que me desprendí de la poca moral que todavía me quedaba y decidí disfrutar al momento que el siguiente golpe fue por completo a mi culo.

—Uno —pronuncié con seguridad y me mordí el labio cuando me picó el muslo—, dos —seguí y mi cabello se meció ante el movimiento de mi cuerpo.

Fabio soltaba jadeos y gruñidos sensuales con cada golpe que me daba y mi voz se fue apagando a la vez que mis propios gemidos florecieron porque… ¡joder! Me gustaba. Me excitaba lo que mi mente recreaba con el dolor punzante de los azotes y nuestros sonidos. Cada porrazo despertaba un nuevo rincón de mi cuerpo, sintiéndome más receptiva y alucinando con sus embistes.

Al momento de contar el último latigazo, mis piernas temblaron con el repentino orgasmo y un grito salió de mi boca cuando Fabio lo prolongó con sus dedos provocando que mis fluidos mojaran todo a nuestro alrededor, desatando réplicas en cuanto ese hombre se negó a abandonar su toque, exigiéndome más sin palabras.

Sentí la fusta caer al suelo cuando hablé lo más serena posible al recomponerme, demostrando que por más excitada que me encontrara, la voz no me iba a fallar después de haberme llevado al cielo y bajado al infierno.

Pero la tortura no había terminado y lo comprobé cuando, como siempre, Fabio sin pudor o vergüenza alguna se agachó para recoger mi humedad con la lengua mientras yo respiraba hondo y escuchaba a la gente satisfecha por lo que veían; alabando la mano que tenía Samael para esos encuentros. Gemí con placer por su caricia lujuriosa, pero más lo hice en cuanto masajeó mis zonas afectadas por sus azotes entretanto su atención se encontraba por completo en mi coño.

Chupó, lamió y mordió con ansias hasta que sentí que iba a correrme de nuevo si seguía entre mis piernas.

—F… Señor —gemí cuando golpeó una de mis mejillas, sabiendo que por poco se me escapó su nombre y luego me acarició.

Se puso de pie en cuanto intenté cerrar las piernas por lo sensible que me encontraba y me tomó del cabello, irguiéndome y haciendo que cerrara los ojos por la claridad de las luces en el escenario. Tras eso cogió la cadena cerca del collar y me acercó a su cuerpo para lamer cada porción de piel que quedaba libre en mi cuello y luego morderlo y susurrarme en el oído.

—Lo estás haciendo de maravilla, *ragazza* —halagó y una pequeña sonrisa me abandonó. Una que

le satisfizo, ya que no hubo castigos—. Observa cómo tienes a todo el público —demandó enseguida y le obedecí.

En esa posición la luz no era tan cegadora, así que pude ver que las personas observaban embelesados la doma que estábamos dando. Varios miraban con lascivia mi cuerpo, otros aprovechaban a que sus sumisos acompañaran el placer visual con sus atenciones.

—A diferencia de lo que experimentaste la primera vez que me viste, el placer nunca se encuentra en lo que hace un Dominante, sino en la sumisa —continuó susurrando Fabio y llevó sus manos a mis tetas.

Masajeó mis pezones tocando los *piercings* sin moverlos, siendo consciente de que recién me los había colocado, pero aun así me dieron una punzada de escozor y él se deleitó con el siseo que salió de mis labios, aunque no me quejé más cuando encontré el placer de ese dolor persistente por las perforaciones.

—Mi pequeña masoquista —dijo para luego lamer mi lóbulo.

Dejó mi cuerpo para caminar con lentitud hasta posarse a mi costado y no bajé la vista consciente de que no pidió que lo hiciera, así que admiré sus movimientos, observando el instante en que desabrochó su pantalón y lo bajó junto al bóxer solo lo suficiente para que me deleitara con la potencia de su verga y cómo las venas se marcaban en una exquisita erección.

Tomó mi cadena cuando se acercó otra vez a mí y bajó mi torso para acomodarme de nuevo en la posición inicial, agarrando mi cabello en una coleta improvisada y entendiendo al fin por qué el pódium no era tan alto.

—Chupa —pidió con voz ronca.

Gustosa abrí la boca cuando me condujo a su polla, dejándome cerca de su corona brillosa y húmeda por el líquido preseminal que le chorreaba. Alcé la mirada hacia la suya en cuanto saqué la lengua y di una suave caricia con la punta, recogiendo su fluido y lamiéndolo como si se tratara de la miel cayendo de una fruta, y la cual no quería desperdiciar, relamiendo el hilillo que se negaba a cortarse.

—¡Mierda! —Escuchamos a alguien del público.

—¿Te gusta así, Amo? —pregunté con inocencia, lamiendo su punta como si fuera una gatita bebiendo leche.

—Me encanta, preciosa —aseguró.

Endureció la mandíbula cuando engullí más de su corona y apretó el agarre en mi cadena. Varios murmullos de placer ensordecieron la música de fondo y me deleité al ver a Fabio perder un poco de cordura en el momento que tomé más de su falo hasta tratar de cubrirlo por completo.

Su sabor me hizo salivar como una perra hambrienta y gemí al engullirlo y sentir su placer afectando mi entrepierna, atragantándome a la vez hasta alejarme con un hilo de nuestros fluidos negándose apartarse.

Me acomodé en mi lugar sin dejar la postura que Fabio me indicó y me mordí el labio al acercarme de nuevo, mirándolo con toda el hambre que le tenía y enseguida volviendo a meterme su polla en la boca para chupársela con gusto, mientras él anclaba una mano en mi cabello con fuerza y me movió follándome de esa manera.

Intentando que entrara por completo respiré por la nariz abriendo más la boca, no dejé de mirarlo mientras tanto y logré sentirlo hasta mi garganta, tratando de tomar aire con tranquilidad para evitar las arcadas en cuanto su longitud me lo hizo casi imposible.

—Eso es. Tómala toda —gruñó y empuñé las manos, conteniéndome cuando sentí el escozor en mis palmas por los dedales y las lágrimas descender por mis mejillas por el esfuerzo.

Hizo un sonido de gozo y aflojó su agarre en mi cabello a la vez que dio una última estocada a mi boca con el claro deseo de seguir hasta culminar en su orgasmo, pero se detuvo y la sacó para luego tomarme en sus brazos y llevarme hacia un costado, donde una barra colgaba de un soporte del mismo grosor. Tenía dos argollas en cada extremo y Fabio la bajó unos centímetros para luego centrarse en mí y tomar las muñequeras de cuero, similares a las que usó en su mazmorra para atarme a la cruz de San Andrés la primera vez que follamos.

—Alza las manos —pidió y obedecí.

Dejé las palmas hacia arriba entretanto tomaba una de ellas y colocó el primer brazalete ajustándolo sin llegar a hacerme daño. Hizo lo mismo con el otro, a la vez que yo me enfocaba en otra canción que sonaba de fondo y cómo el lugar había subido en escala de intensidad sexual cuando varios de los presentes follaban sin vergüenza y otros contemplaban sin parpadear.

Fuiste elegida por mis ojos.

Cuando comienzas a bailar toda la confusión muere.

Y todo el mundo te quiere. Y todo el mundo te necesita para esta noche.

Pero eres solamente mía

—Solo mía —susurró Fabio, dejándome ver lo atento que estaba a la canción y lo miré con más deseo si es que eso era posible—. Así los demás follen por el deseo que les provoque verte, solo yo te tengo —añadió con orgullo.

—Solo tú, Amo. —Concedí y me dio un beso apretado y largo en los labios que no profundizó, únicamente marcó lo que ya había aclarado.

Observé de nuevo a los presentes cuando sentí una mirada intensa en nosotros y me encontré con Thomas, se había acercado hasta casi llegar al escenario; se hallaba sentado en una *chaise longue* con el tobillo recargado en su rodilla y los brazos en los apoyabrazos, dejando una mano en su barbilla en un gesto de concentración y deseo. Admirando las marcas en mi cuerpo, mis pezones perforados y relamiéndose hasta que encontró mi mirada y me sonrió de manera casi imperceptible para luego adquirir su matiz serio y aura oscura.

Yo lo miré sin mostrar frialdad, aunque sí determinación y orgullo. Sobre todo, al percibir que, a pesar de la petición que le hizo a Fabio cuando nos encontramos, en ese instante solo admiraba mi sumisión, aunque más la deseaba. Sin embargo, capté que no era por tenerme como trofeo sino por placer genuino.

Pero yo no me veía como sumisa de nadie que no fuera el tipo frente a mí.

Regresé mi atención a Fabio cuando me levantó las manos y las ancló en las argollas de la barra y con una palanca comenzó a subirme hasta dejarme suspendida, buscando la suficiente fuerza para soportar mi peso y no dañar mis músculos.

Me tomó de la barbilla en cuanto quise bajar la mirada, queriendo calcular el tiempo que podría durar así y me miró con fascinación, alejándose unos cuantos pasos para examinar cada parte de mi cuerpo y asentir para él mismo en aprobación.

—Recuerda la palabra de seguridad —sugirió de nuevo y negué apenas, respirando entre pausas.

—Puedo con esto, Señor —respondí segura.

Me tomó de los muslos en el momento en que quise añadir que no necesitaba la palabra de seguridad y crucé las piernas en torno su cintura.

—Sé que puedes, dulzura. —Me tomó del collar—. Puedes con esto y con mucho más.

Me palmeó la pierna cuando quiso alejarse y no se lo permití, viendo cómo sus ojos se entrecerraron y algunas personas de la multitud murmuraron que me castigara por mi irreverencia,

otros dejaron claro que les encantaba mi clase de sumisa. Afiancé un poco más el agarre, dejando salir una pizca de mi temperamento y Fabio cerró los ojos por unos segundos hasta que sonrió y los abrió, viéndome devolvérsela, extasiada por el momento.

—Es por estas cosas que haces, que desde un principio quise que fueras mi sumisa. Tu desobediencia me enoja y excita tanto que no se si castigarte o follarte y que todos vean cómo te dejo.

Me lamí los labios cuando el oxígeno se hizo escaso y miré hacia arriba simulando que analizaba algo para luego encogerme de hombros.

—Puede follarme con enojo —contesté con coquetería para luego sonreír y añadir—, Señor.

Me tomó con fuerza de las mejillas con una mano, apretando para luego soltarme una pequeña bofetada que en otro momento le hubiera hecho ganarse una muerte segura, y no solo por el golpe sino también por la mirada oscura que me dedicó, pero tuvo suerte de que en ese momento estuviera tan metida en mi papel de sumisa, que en lugar de jurarle que lo mataría le demostré que únicamente consiguió que me mojara aún más.

¡Mierda! Mi lado masoquista estaba subiendo de nivel.

—Tus deseos son mis órdenes, pequeña zorrita —dijo y apenas le comprendí por la ronquera en su voz, aunque el apelativo me hizo palpitar los lugares correctos.

Aflojé mi agarre de su cintura, ladeando el rostro en expectativa cuando tomó un aparato en forma de anillo con un cilindro pequeño colgando y se lo colocó en la polla. Presionó un botoncito que llevaba incluido y apreté las manos en cuanto deduje que se trataba de un vibrador.

Se acercó de nuevo para tomarme en sus brazos, esa vez permitiéndome que enrollara las piernas en sus caderas. Su rostro quedó a centímetros del mío, detallando mis ojos, bajando hacia mis labios y acercándose para morder con fuerza mi labio inferior. Lamí la sangre en él cuando me soltó y con una sonrisa ladeada se adentró de una estocada en mi interior, haciéndome tomar las mancuernas cuando el vibrador se posicionó con precisión en mi clítoris.

Respiré profundo por las sensaciones adquiridas y quise cerrar los ojos en cuanto me sentí bañarle la polla con los fluidos que comenzaron a salir sin control de mi coño al tenerlo hasta la empuñadura.

Acerqué mi rostro para besarlo al comenzar la verdadera tertulia con él moviéndose con firmeza, sacando su verga por completo y luego embistiéndome con bestialidad pura y el constante vibrar en mi vagina. Gemí sin poder controlarme al estar demasiado estimulada, comiéndome su boca con locura, sintiéndome hervir por dentro al notar la potencia con la cual se adentraba.

Nuestros cuerpos bañados en sudor resbalaban, mis piernas apenas se sostenían en su cintura, por lo que me tomó una con su brazo y respiró sobre mi boca al hablar.

—¿Recuerdas lo que te dije en *Delirium* cuando me follé a Marco? —preguntó entre jadeos.

Intenté hacer memoria en el peor momento, pues mi cabeza se había ido de vacaciones, dejándome estúpida al sentirlo follarme con fiereza y negué sin poder hablar.

Fabio afianzó su agarre y me miró con determinación, tocando mi cuerpo, palpando un lugar que todavía no había tocado, pero que con su tacto me hizo contener el aliento al saberme dilatada.

—Te dije que algún día estaría aquí. —Metió la punta de su dedo y abrí la boca, queriendo sentir más en el momento que lo quitó y me tomó de las mejillas—. Empecemos por prepararlo para mí, dulzura.

Dejó mi pierna sobre su cintura y me afirmé de las argollas, tomando impulso en el instante en que con su mano libre cogió el aparato que colgaba del anillo y palpó la entrada libre que quedaba en mí y lo introdujo sin esfuerzo, sabiendo que estaba lista ahí también para recibirlo.

Grité cuando lo sentí también vibrar en mi interior, sodomizándome de esa manera. Cerré los ojos con fuerza en cuanto la emoción se hizo casi insoportable, soltando varias lágrimas por el desborde efervescente que estaba teniendo.

Mi cuerpo ardía, mi coño palpitaba y mi culo se dilataba cada vez más al sentir el aparato en mi interior soltar descargas que iban directo a mi centro. Sumando sus embistes creí que moriría justo en el momento que el primer chorro salió hacia su pelvis, desbordando hacia el piso.

—Vamos, *dolcezza*. ¡Grita! —exigió sin dejar de bombear y lo hice.

Esa vez no me contuve como en la sala de juntas y grité con fuerza cuando el orgasmo no tuvo fin. Mi cuerpo tembló al sentir desencadenar uno más detrás de otro con él todavía en mi interior embistiendo, tomándose de mi nuca para impulsarse con el rostro desencajado, ambos perdidos en el momento en que me pareció que mi alrededor se oscurecía, mi interior explotando una y otra vez.

—¡Joder! —gruñó cuando le absorbí la polla con otro orgasmo y me tomó del cabello—. Vamos*, amor*. Sigue corriéndote para mí —susurró sobre mis labios.

Estaba perdida, sintiendo que podría sufrir un ataque porque el aire me faltó, la voz me falló y mi cuerpo quedó laxo, colgando de las muñequeras y su agarre se afianzó al cerrar los ojos y apretarlos en cuanto sentí que me partiría en dos.

Jadeé sin parar cuando otro *squirting* salió de mi cuerpo y ese fue el detonante para que Fabio con un fuerte gemido acabara al mismo tiempo, tomándome del rostro y besándome con ferocidad, terminando de consumir los gemidos lastimeros que salían.

Apoyé la cabeza sin fuerza sobre su hombro y se quedó quieto, sosteniéndome, esperando a que las réplicas terminaran cuando alejó el aparato de mi clítoris y quitó el otro de mi ano. Besé su cuello al sentir que volvía a la vida, como si me hubieran dado un soplo de aire y me erguí con la poca energía que me quedaba, sorprendiéndome al escuchar el estallido de aplausos a nuestro alrededor, recordando que no estábamos solos.

¡Mierda!

Qué fácil era olvidarme del mundo al estar entre sus brazos.

Fabio me dio un rápido pico para salir de mi interior y con cuidado bajó el barral y desató los amarres en mis muñecas, tomándome en sus brazos cuando las piernas quisieron fallarme y dejarme en el suelo.

Una chica se acercó con una bata que Fabio tomó y me tapó con ella mientras veía al anfitrión subir y aplaudir con el rostro lleno de satisfacción.

—Qué delicia presenciar tus domas, Samael. Siempre es un placer.

Fabio apretó el agarre en mi cuerpo con posesividad cuando el hombre me miró y yo solo lo observé con los ojos a medio abrir. Me sentía demasiado cansada como para burlarme del Dominante que me cargaba.

—Y vaya belleza la que has adquirido, amigo. Una verdadera exquisitez.

—¿Qué pasará ahora? —le susurré a Fabio, ignorando al tipo.

—Ahora es tiempo de consentirte, *mia regina*. Como debe ser —respondió él regalándome una sonrisa.

Una nueva.

Una que me estremeció más que los orgasmos que me provocó.

CAPÍTULO 59

Iraide

Dos semanas pasaron desde aquella fiesta y todavía seguía sonriendo al recordarme en los brazos de Samael llevándome hacia una habitación muy lujosa en la mansión, para consentirme como a una reina.

Su *regina.*

Y admito que ser la reina de Ace me gustaba de una manera que no podía explicar, pero que Fabio me llamara así en italiano, y tratara como tal, lo superaba; y era capaz de admitir por qué, mis sentimientos por él eran superiores a lo que sea que hubiese sentido antes.

Los días que le siguieron a aquella noche me parecían surreales, nos convertimos en una pareja de día y Amo y sumisa de noche, porque sí, quería seguir experimentando y aprendiendo de ese estilo de vida que cada vez me confirmaba que lo que supe antes, solo fueron patrañas en comparación a lo que en realidad era vivir el BDSM en carne propia.

Y por supuesto que llegó un momento en el que también me dediqué más a aprender un poco de italiano, ya que al idiota de Fabio se le daba mucho por hablarme en su idioma natal, aunque no podía criticarlo, puesto que entendí a la exnovia de Soren: me salía mejor maldecirlo en español cuando me tocaba los ovarios.

Pero ya no se trató de peleas entre nosotros por confirmar quién tenía más poder, sino por cosas banales y hasta divertidas. Aunque como la líder que era y a pesar de estar embobada por un neurólogo bastante demandante, no me descuidé de lo mío y decidí hablar con Dimitri para contarle lo que en realidad había sucedido el día de la muerte de Roena, ya que necesitaba que investigara más a fondo lo que pasó con su novio.

—Señora, el detective Leblanc acaba de llegar.

Levanté la vista de la carpeta que tenía en las manos e hice un ademán con la mano hacia Julia para que le permitiera entrar a Dimitri.

Habíamos quedado de reunirnos para hablar personalmente sobre lo que estaba sucediendo y me puse de pie mientras ella salía de la oficina para irme directo a la licorera en busca de algo para tomar, segundos después sentí la puerta abrirse y de inmediato el pequeño Cratch apareció con el rostro serio, evaluando nuestro entorno.

—Admito que no sé cómo tomar el que esta vez hayas pasado por alto los baños y esas inspecciones tan… quisquillosas —dijo de golpe y sonreí con diversión.

—Bueno, es para que compruebes que trato bien a las personas que trabajan para mí —solté irónica y él sonrió de lado y alzó una ceja.

Era sorprendente el parecido que tenía con Nick, aunque Dimitri poseía una belleza más ruda, más del estilo *bad boy* a diferencia de su difunto hermano que siempre fue más delicado.

—Ya quisieras —soltó y en ese momento sí que me reí de verdad, divertida y no irónica.

Le tendí un vaso con *whisky* que aceptó de inmediato y tomó asiento cuando me fui a mi lugar frente a él. En la pequeña sala dentro de mi oficina y no en el escritorio. Algo que también le sorprendió, aunque ya no dijo nada.

—Intuyo que al igual que yo respetas las treguas, Dimitri. Así que por eso pasé de mis métodos de seguridad para concentrarnos en lo que de verdad importa —comenté sin perderme de cómo me

observó cuando crucé las piernas—. Además, no deseaba dañar más tu masculinidad al someterte a lo mismo de la otra vez. —Acoté, mordiéndome el labio.

Se acomodó en su lugar, negando entretanto sonreía y bebía un trago de su *whisky*.

—Estoy muy seguro de mi sexualidad, Viteri. Así que no te preocupes, no me asusta que los hombres *cateen* mi cuerpo —ironizó.

Llevé el vaso a mis labios sin dejar de mirarlo y me relamí satisfecha cuando sus ojos se fueron a mi boca. Era consciente de la impresión que le causaba, por lo que me entretenía provocarlo, demostrarle que así me odiara por lo que intuía a pesar de tolerarme por la tregua, también lo desconcentraba con cada mínimo gesto de mi parte.

Nos quedamos en silencio, midiéndonos hasta que carraspeó y su semblante cambió a uno más profesional.

—He investigado por donde recomendaste —dijo entonces y me erguí en mi lugar.

—¿Erré o acerté? —pregunté y medio sonrió.

—Fue un poco difícil hacer este trabajo, ya que cada caso que tomo debo reportarlo con mis superiores y ser de otra jurisdicción me lo complicó un poco más. Ya sabes, aquí no manejo los mismos contactos y como soy nuevo, no soy digno de ciertos favores —explicó.

—Ya, pero tienes tus métodos ¿no? —Satiricé alzando una ceja—. Y no hablo solo de los micrófonos que me implantaste a mí, sino también de cómo te acercaste a Gisselle para conseguir algo de su lado.

Por increíble que pareciera, noté un leve sonrojo en sus mejillas y negó.

—Intenté disculparme con ella por mi idiotez, pero me dijo algo en español que, aunque no entendí, no sonó muy bien —confesó.

Aunque sabía que no lo dijo porque quería, sino más bien vocalizó sus pensamientos. Cosa que me hizo reír, ya que intuí que en realidad Gisselle lo puteó en nuestro idioma.

—¿Sigues acercándote a ella? —inquirí, dándole una oportunidad para que recapacitara porque no me caía mal, pero si insistía en joder a mi hermana o a mí, no me tentaría el corazón para arrancar también el suyo.

—He dejado de intentarlo porque, aunque no lo creas, me siento como la mierda cuando me ignora. —Se quedó en silencio y noté que analizaba algo—. Es una chica muy fría si se lo propone y eso no me sienta bien.

—Perfecto, así me hace el trabajo fácil y me ahorra el asesinarte si sigues acercándote a ella —expuse y me miró divertido.

—¿Qué?, ¿ya te caigo bien? —inquirió y admito que me sorprendió que bromeara.

—Ni amar a alguien me ha detenido antes, Dimitri. Así que no tientes tu suerte —advertí y su diversión se borró.

Carraspeó segundos después y su semblante se volvió serio.

—Bien, volviendo al punto. Tomé los cuidados necesarios para recolectar la información sobre la muerte de Eugene Hall —prosiguió y lo agradecí—. Confirmando de nuevo que si no hurgas lo suficiente, el caso en serio pasa por un suicidio, ya que la escena estaba impoluta, solos sus huellas fueron encontradas por su casa —Me tendió una carpeta y le eché una mirada mientras él continuaba hablando—. Fue en ese momento donde deduje que los errores los encontraría en lo perfecto, ya que si te fijas en varios detalles hay unas cuantas inconsistencias que te hacen dudar de por qué la muerte fue descartada enseguida como asesinato.

Vi varias fotografías del cuerpo de Eugene, artefactos encontrados que se tomaron como pruebas y luego un informe no tan extenso donde se dictaminaba y desechaba la causa y el deceso como

homicidio, alegando que nada estaba fuera de lugar. No había puertas forzadas, el cuerpo no presentaba lesiones de defensa y en el espacio se encontraron solo sus huellas.

—¿Solo sus huellas? —dije al terminar de leer y miré a Dimitri, quien asintió con el ceño fruncido y me hizo intuir que pensaba lo mismo que yo.

—Una escena demasiado limpia, ¿no crees? —respondió—. Ni siquiera encontraron las huellas de su pareja y fue eso lo que me ha confirmado que tienes razón en sospechar, ya que Roena y Eugene compartían vivienda.

Tiré la carpeta sobre la mesita de centro, haciendo trabajar mi cabeza a toda velocidad.

No podía olvidar el rostro de Eugene al pedirme que nos viéramos el día que lo asesinaron y cómo se mostró sutilmente insistente para que aceptara ir a cenar con él, o cómo Roena trató de advertirme de alguien antes de ser asesinada.

Levanté la mirada hacia Dimitri y este me la devolvió.

—Siempre me dijeron que investigara muy bien lo que parecía perfecto, porque allí encontraría el error, Viteri. Y me ha funcionado siempre. Ahora, mi sospecha más grande es que quien asesinó a Hall tiene contactos en el departamento de la policía, por eso fue más fácil que cerraran el caso.

—No lo dudes ni un segundo —confirmé y tras eso respiré hondo.

—Hubiera sido vital haber podido hablar con Roena, lástima que se hayan deshecho de ella antes —murmuró pensativo, pasándose la mano por la barbilla—. Y, ¿a parte de lo que me comentaste te dijo algo más?

Negué dejando que mi mente se fuera a otros lugares.

Era demasiado sospechoso que luego de que Eugene pidiera ir a cenar conmigo, atacaran a Hunter para que yo no acudiera con él y luego el tipo se hubiera quitado la vida. Estaba más que claro que lo mataron para callarlo y que no me alertara de algo. Y que tras eso me atacaran estando con Roena lo confirmaba. Eran demasiadas inconsistencias que me tenían con los nervios de punta.

Maldita sea.

Cerré los ojos y gruñí al tener todo más claro tras conectar los puntos que Dimitri todavía no encajaba. Era obvio que querían mi cabeza desde antes de la masacre, los séptimos estaban muy tranquilos luego del *suicidio* de uno de sus colegas y hasta intuí lo que Eugene trató de advertirme.

El tipo era envidioso pero inteligente y por lo mismo supo a quién serle leal, lo que lo llevó a su muerte y a la de su prometida semanas después.

Los séptimos querían derrocarme y esa vez sospechaba que no eran solo dos como en el pasado. Pero descubriría la verdad y se los haría pagar con sangre, ya que si no lo consiguieron cuando apenas comenzaba con mi liderato, menos en ese punto, cuando logré conseguir aliados que ni se imaginaban. Y si acaso lograban ponerme contra la pared, me llevaría conmigo a unos cuantos.

—¿Pudiste descubrir algo más? —pregunté tratando de contener la furia al ser consciente de que Dimitri por interés o no, era mi aliado, así que no me desquitaría con él.

Señaló el vaso vacío y asentí cuando vi su intención de servirse un segundo trago. Se puso de pie y caminó con parsimonia para tomar una de las botellas.

—Hablé con Gerónimo Hall, el hermano mayor de Eugene. —Bebió un trago y me miró, acomodándose en la pared cercana—. No tuvo ningún problema en acceder a mi cita en un café y contestar todas mis preguntas. Se le notaba dolido por la pérdida de su hermano y tranquilo al decirme que no sabía nada, pero que al igual que yo, no creía que su hermano menor se hubiera quitado la vida. Luego de eso lo seguí por unos cuantos días, alternando mi rutina por si se sentía observado.

Pensé en Gerónimo en ese instante, nos habíamos cruzado un par de veces en reuniones

informales o en algunos negocios que implicaban a su hermano de manera directa y siempre supe que era más envidioso que el menor de los Hall, sin embargo, aunque deseara el lugar que Eugene ocupaba, también reconocí el orgullo con el que lo observó cada vez que lo veía desenvolverse en nuestro mundo.

Pude ver el cariño de hermanos entre ellos y que buscaban sobresalir sin pisarse. Aunque uno siempre podía pudrirse al buscar un poco más de poder, todo podría suceder y cómo era desconfiada prefería no creer en la absoluta inocencia de aquel hombre, sin embargo, le daba el beneficio de la duda al pensar en que solo estaba aprovechando su oportunidad al solicitar ser parte de los séptimos de forma oficial.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no fingió su dolor? —inquirí pensativa hacia Dimitri.

—Porque ya lo viví, Viteri. Y un dolor como ese no puede fingirse por muy mal que te hayas llevado con tu hermano —soltó y carraspeé.

Una punzada de dolor me atravesó el pecho al escucharle, pero no por lo que hice con Nicholas sino al imaginarme perdiendo a Gisselle o a Adiel. En eso tenía un punto, no importaba lo mal que me llevara con mi hermana, lo mucho que ella me odiara o su manera tan estúpida de sacarme el demonio cada vez que podía.

Solo imaginar perderla me dolía.

—Y aparte de eso, ¿no notaste nada más que te hiciera dudar de lo que dijo? —indagué tratando de ignorar su respuesta.

Negó terminando de beber y bufé con un repentino cansancio y ganas de deshacerme de los estúpidos de mis socios, sin antes tomarme la molestia de asegurarme si todos tenían algo que ver con los planes de derrocarme.

Porque los tenían y ya no dudaba de eso.

—Todo ha sido como se espera de alguien que no tiene nada de qué temer.

Me puse de pie con la idea cada vez más clara de los que podían estar implicados en joderme, con unas ganas inmensas de obtener respuestas, sabiendo enseguida dónde encontrarlas. Miré a Dimitri, quien se había acercado de nuevo, decidiendo no continuar siendo tan cabrona con él, pues me despejó la cabeza y me encarriló en el camino correcto con su hallazgo.

—Lo que has encontrado me sirve para continuar mi propia investigación —avisé.

Observé cómo la camisa resaltaba su musculatura y me lamí los labios entretanto arrastraba la mirada con descaro hasta llegar a sus ojos.

—¿Me dirás cuál? —cuestionó y una comisura de mi boca se alzó con diversión.

—No, cariño. Hay confesiones que te conducen a la muerte y tienes una boca muy bonita como para que ya se llene de moscas —solté.

Sonrió con mi respuesta, aunque su cuerpo me indicó que se tensó y de inmediato se cruzó de brazos, apoyándose en el respaldo del sofá.

—¿Cumplirás tu parte del trato? —preguntó y lo miré seria.

—Cuando cruzaste la puerta de esta oficina por primera vez, solo miré a Nicholas en ti —le dije tomándolo por sorpresa—, aunque enseguida me demostraste que, a pesar de los rasgos físicos, eres por mucho, mejor que él.

Me puse de pie entonces y me acerqué a él, tomándome el atrevimiento de limpiar una pelusa inexistente de su hombro. Dimitri no dejó de mirarme en ningún instante y entendí que me estaba estudiando con esos ojos que tenían un tinte más oscuro.

—¿Lo amaste? —Quiso saber.

Sonreí ante su pregunta y le acaricié la barbilla.

—Con la misma intensidad que lo odié luego —acepté y dejó de respirar— y si te tomaste el tiempo para investigarme, sabes entonces que, aunque me deshaga de mis enemigos solo porque me estorban, no odio fácilmente, así como tampoco amo. Y tu hermano tuvo la suerte de despertar en mí ambos sentimientos, Dimitri Cratch. —Trató de alejarse de mí al escucharme, mas lo cogí con fuerza para impedírselo—. Con mi amor lo hice conocer el cielo, pero con mi odio le mostré lo más cruel del infierno.

—¡Hija de puta! —espetó y me cogió de la barbilla tal cual yo lo hacía con él. Me reí de su reacción—. Si lo mataste, entonces jamás sentiste amor por él, mentirosa —gruñó.

—No pongas en duda el amor que le di a ese miserable —exigí y su respiración se volvió dificultosa—, pero por encima de él siempre estuvo mi hermana, así que atrévete a preguntarme por qué le mostré mi infierno —lo reté y me soltó de golpe.

Negando al intuir lo que quise decir y dejándome ver que él ya sospechaba por lo que pasó mi hermana.

—¿Por qué? —Se atrevió, demostrándome así que tenía las bolas bien puestas.

—Antes de confirmártelo, dime si investigaste a fondo a mi hermana —pedí.

La agonía en sus ojos avellana fue increíble y al presentir lo que estaba a punto de decirle, la vergüenza los recubrió, demostrándome por qué creía que él era mejor que Nicholas. Se llevó las manos a la nuca y vi el torbellino de sentimientos que lo atacó.

Asintió minutos después.

—¿Descubriste también las inconsistencias en su caso? ¿La manera tan absurda en la que lo cerraron y cómo la culparon a ella gracias a que nuestra propia madre la acusó de malcriada y exhibicionista solo por ser una chica espontánea con ganas de vivir su vida?

—¡Sí, Ira, lo descubrí! Así como también descubrí que cada persona que apoyó para cerrar ese caso murió, o desapareció en los meses siguientes.

—¡Así es, *amor*! Todos y cada uno de esos malnacidos pagaron por su negligencia, incluido el autor intelectual y principal de la violación de mi hermana. Y él fue el que más sufrió, aunque muy poco para mí si te soy sincera —confesé y me miró incrédulo.

—Mi hermano no era un violador —lo defendió inseguro y sonreí con ternura hacia él.

—Y yo tampoco he tenido algo que ver con su *desaparición*. —Satiricé y una lágrima rodó por su mejilla—. Tienes una hermana, Dimitri. Así que ponte en mi lugar… ¿qué harías si su violador es una persona cercana a ti? ¿Alguien a quien amas?

Sus ojos brillantes por las lágrimas se abrieron de más al escucharme hablar sobre su hermanita, pero no dijo nada, solo analizó mi pregunta y confirmándome lo diferente que era a su hermano, calló.

—He cumplido parte de mi trato —avisé ahorrándole la respuesta—. La otra la cumpliré hasta que tú me digas de dónde salió la gente que asesinó a Roena.

No pudo decirme nada más, solo se quedó en silencio, pensativo, ido totalmente mientras yo cogía mi bolso junto al archivo que él me llevó, dispuesta a ir en busca de más respuestas.

—O porque me estorban o porque me dañan tocando a los míos —susurré cuando estuve lista para irme y él me miró sin entender—. Esas son mis razones para mostrarles mi infierno, Dimitri, y así amara a tu hermano, jamás debió tocar a Gisselle.

—¡Mierda! —espetó dejando salir sus lágrimas y se sentó de golpe en el sofá.

Quise tener un buen gesto con él y le serví un trago para que se pasara el sabor amargo de algunas verdades, comprobando a la vez que acababa de bajar de su pedestal a alguien que a lo mejor creyó un ejemplo a seguir, pero que resultó ser una mierda que no merecía respirar mi mismo aire, incluso

cuando en muchos sentidos yo podía ser peor.

Salí de la oficina dejándolo llorar a su hermano, no al violador sino al héroe que creyó que Nicholas era, y le pedí a Julia que no lo interrumpiera y cancelara todas mis citas de la tarde, ya que iría al lugar donde mi sospecha más grande sería aclarada sí o sí.

—Llévame a la oficina de Wayne —le pedí a Kadir cuando me vio salir a la calle y abrió la puerta de la camioneta para mí.

—Con gusto, mi señora —dijo cuando cerró la puerta tras subirme en mi lugar y corrió al suyo.

Kadir arrancó de inmediato sin decir una palabra más, dejándome sumirme en mis pensamientos, en la manera que Dimitri se quedó en mi oficina, sufriendo por las atrocidades que se atrevió a cometer Nicholas por egoísmo y maldad, ya que creyó que de esa manera me obligaría a meterme en una guerra contra una banda criminal que había cobrado fuerza por aquellos años.

Quería que cogiera para mí el tráfico de órganos y la trata de blancas, secuestrando a niñas para enviarlas como prostitutas a Rusia, China, España y otros países aledaños, con la excusa de que aquella organización nos estaba ganando terreno porque nosotros despreciábamos un negocio que lucraba demasiado.

Pero su manera de querer convencerme solo lo hizo ganarse una muerte sádica, puesto que así al principio me hiciera creer que esa organización era la culpable del ataque a mi hermana y que como represalia tomara su negocio, pronto mi investigación personal me hizo dar con el verdadero culpable.

El tipo que dormía en mi cama y me profesaba su amor cada noche.

En ese tiempo descubrí que era cierto que la línea entre el amor y el odio era muy fina. Y yo la atravesé sin ningún problema.

—Ace y Faddei nos siguen en la otra camioneta —avisó Kadir sacándome de mis pensamientos y asentí.

Acomodé los papeles en mis piernas y no me atreví a abrirlos nuevamente, solo me concentré en analizar lo que haría, dejando que mi cerebro maquinara lo que sucedería si resultaba que estaba en lo correcto.

Minutos después Kadir estacionó en el edificio de las oficinas de Wayne y vi por el retrovisor que la camioneta en donde se conducían Ace y Faddei también se detuvo. Mi acompañante abrió la puerta para mí y en segundos noté a Ace llegar a mi lado.

—¿Te acompaño? —inquirió y asentí.

No dijo nada más al verme inquieta y con el rostro tenso por lo que iba descubriendo ese día, aparte de mis recuerdos sobre el pasado que siempre tendían a ponerme de mal humor. En el trayecto hacia ahí tuve el tiempo suficiente para crear varias hipótesis y en todas resultaba que sí me querían joder, por lo que mi genio estaba estropeado y sabía que al menor comentario terminaría por asesinar a alguien.

Así que Ace resultó muy inteligente al callar.

—¿Tienes a tu gente investigando sobre el ataque a Roena y Hunter? —pregunté cuando entramos al edificio y nos acercamos hacia la secretaria, quien observó a mi acompañante más de la cuenta.

Ace asintió comprendiendo de qué hablaba y de paso le guiñó un ojo a la chica al percatarse de que lo observaba un tanto embobada, provocando que la pobre se sonrojara al darse cuenta de que lo miró más de la cuenta. Por mi parte negué al ver que el idiota no perdía el tiempo y le pedí a la mujer que me anunciara con su jefe.

—Claro que sí, ese tema no se dará por terminado hasta que demos con los culpables —avisó y se

apoyó en el mostrador mientras esperábamos—. Perdona, cariño, me puedes prestar un bolígrafo y papel —pidió a la secretaria y esta asintió dándole lo que solicitó. Fruncí el ceño al no entender lo que haría—. Imagino que tu humor se debe a algo que dijo el detective Leblanc y no te agradó —siguió conmigo mientras escribía algo.

—Vengo a que me digan si me equivoco —admití y abrí de más los ojos al ver que había escrito «llámame» junto a un número telefónico y enseguida le dio el papel a la secretaria, regalándole una sonrisa de galán que me hizo rodar los ojos.

Sobre todo, cuando la chica le devolvió una risita nerviosa.

—Pueden seguir —indicó ella guardándose el papel en las tetas.

—La tiene chiquita, así que no te ilusiones —solté para ella y me miró con los ojos muy abiertos.

—¡¿Pero qué demonios?! —se quejó Ace y me reí de él—. Y, cariño, solo está celosa, no te dejes llevar por lo que dice y mejor compruébalo tú misma —pidió a la chica y me volteé para que no me viera riendo.

Por supuesto que no estaba celosa, solo quería darle una cucharada de su propia medicina para que sintiera en carne propia lo que provocaban sus imprudencias. Algo que me encargué de dejar claro en cuanto me alcanzó y caminamos juntos hacia la oficina de Wayne.

Encontramos al viejo sentado detrás de su escritorio, con los ojos soñolientos e hinchados, lo que me hizo deducir que había estado tomando una pequeña siesta sobre el mueble. Se puso de pie en cuanto Ace cerró la puerta y me dedicó una mirada confundida.

No era una mujer que le gustara inmiscuirse o invadir los territorios de sus socios, pero en ese momento mi visita se volvió indispensable y su mirada que cambió de confundida a precavida me demostró que supo la razón de que llegara a buscarlo.

—No sé si decir, ¡vaya qué sorpresa verte en mi oficina! —habló con parsimonia y medio sonreí —. Así que mejor optaré por preguntar qué te trae por aquí, Ira.

Me acerqué a su escritorio y sin decir nada le tiré la carpeta que Dimitri me llevó, tomándolo desprevenido en cuanto el objeto se abrió y las fotografías de Eugene quedaron un poco desparramadas sobre el escritorio.

—Vine a traerte el último recuerdo de uno de tus compañeros —dije con burla.

Tomó las fotografías al reconocer a Eugene y respiró profundo al ver cómo quedó nuestro socio. Se puso los lentes para inspeccionar mejor, y con lentitud, cada imagen hasta coger los papeles, leyendo con cuidado la investigación y al finalizar con lo importante levantó la mirada con seriedad y evaluó su oficina.

—Hall no se suicidó, lo asesinaron y sé por qué lo hicieron —solté con rotundidad y sus ojos me escrutaron.

—Supongo que, si es como dices, él también supo por qué lo asesinarían —replicó con sabiduría y bufé con una sonrisa—. Todos en esta organización sabemos cómo se manejan las cosas, Ira. Envidia lo sabía, tú lo sabes, así que no entiendo por qué me buscas a mí —declaró.

Asentí con una sonrisa divertida y respiré hondo, caminando por la habitación. La adrenalina subió rápido por mis venas y miré a Ace quien se había quedado en la puerta, estaba serio y cuando sintió mi mirada ladeó el rostro, dándome a entender que escuchó lo mismo que yo.

No lo que Wayne Nelson vocalizó, sino lo que se quedó atrapado entre líneas.

«Nunca subestimes a Wayne por su pereza, querida, porque ahí donde lo ves, es el más astuto de todos los séptimos».

Las palabras de Frank resonaron en mi cabeza una vez más y volví a confirmar que siempre tuvo razón. Por lo mismo le demostré mi respeto a Wayne cada vez que pude, no por diablo sino por

viejo, ya que no había vivido tanto tiempo en nuestro mundo por estúpido, sino por inteligente.

«Eugene fue ase…».

Esas habían sido las últimas palabras de Roena y por primera vez encajaron con mis sospechas.

—¿Estuviste con Hall? —pregunté a Wayne, acercándome de nuevo a él.

—Si te refieres a su funeral, sí, le di mi último adiós —respondió y el corazón se me aceleró como loco al ver el brillo de incomodidad en sus ojos, aunque su semblante no perdió tranquilidad y su cuerpo se mantuvo relajado.

Estuve con él en el funeral de Eugene, incluso conversamos, así que era obvio que no hablaba de eso, pero fue la excusa perfecta para responderme.

—¿Estoy en lo correcto entonces? —inquirí solo para confirmar y no dijo nada.

Me apoyé en la madera del mueble y me quedé observándolo hasta que asintió apenas, un leve gesto que para cualquier ojo podía pasar inadvertido, mas no para mí, deduciendo que los hijos de puta tenían ojos en todos lados.

Me erguí cuando él volteó su silla hacia un costado y se levantó para ir hacia una cafetera y servirse un café.

—Eres nuestra lideresa, Ira. Una mujer lista y a la cual respeto, pero no sé a dónde quieres llegar con tus preguntas, así que me temo que no podré ayudarte más esta vez. Lo siento.

Me quedé viéndole tomar la taza y beber enseguida, asimilando lo dicho.

—Entiendo. —Acepté con la voz ronca y carraspeé—. Perdón por interrumpir tu horario de trabajo, Wayne —añadí con un poco de burla, solo para regresar a nuestro patrón seguro y me dedicó una pequeña sonrisa—. Nos veremos pronto —me despedí.

—Sé que sí, querida.

No esperé ni una palabra más y me di la vuelta para marcharme, viendo a Ace cuando salimos a la calle. Mi cabeza daba vueltas con miles de pensamientos, infinidad de cosas se me cruzaban y sabía que debía actuar de inmediato, ya que, como no confiaba en nadie, tuve que fingir que no entendí lo que Wayne quiso decirme, puesto que él también podría haber hecho su movida en mi contra.

—¿Deberé desplegar a más gente, mi reina? Ya que, por lo visto, todo ha terminado de irse a la mierda —indagó y señaló Ace cuando salimos a la calle.

—Haz que aparentemente todo siga igual. Despliega a tu gente más discreta y que todo marche de manera meticulosa —pedí y sus ojos se abrieron demás—. Desde ahora en adelante quiero que te encargues de los negocios más importantes que tengo en los países de Suramérica y oriente.

—Mi reina…

—Actúa normal, Ace, y escucha —exigí—. Cada movimiento de dinero lo harás con la mitad en criptomonedas y la otra en dólares o euros si corresponde, pero pase lo que pase no descuides esos países. Además, si por algún motivo yo no puedo cuidar a mi familia, entonces júrame que lo harás tú, porque tengo secretos que posiblemente quieran cobrárselos a ellos.

—¡Por la puta, Ira! No me pidas que actúe normal cuando parece que te estás despidiendo —se quejó y traté de reír como si estaba diciendo algo gracioso cuando nos acercábamos a Kadir y Faddei —. Además, se supone que no confías en mí, por qué carajos me pides esto. Y mira que te advierto que, en lugar de cuidar a tu familia, haré que los maten más rápido —advirtió y entonces reí de verdad.

—No confío en ti, pero sí le doy el beneficio de la duda a quien está detrás de Ace —admití y palideció cuando saqué a relucir su verdadera identidad.

El hombre detrás de Ace huía igual que yo, lo hizo siendo un niño apenas y eso me hacía confiar, aunque no se lo dijera.

—¿Será que él me lo puede jurar? —inquirí y lo detuve antes de llegar a la camioneta.

—Te estás aliando con el peor, mi reina —advirtió y me mordí el labio.

—Eres mi plan B —mentí, pero fingí tan bien, que vi en sus ojos que se lo creyó.

—Bien, que continúe la tortura entonces. —aceptó, pero él no pudo fingir tan bien como yo esa mentira.

CAPÍTULO 60

Iraide

Me subí a la camioneta en la que me conduje, con Ace y Faddei en la otra, y le pedí a Kadir que me llevara a uno de mis casinos, necesitaba despejarme si no quería arrasar con todo antes de tiempo y era mejor hacerlo con la cabeza fría, ya que como estaba, podía joder mis objetivos sin tener una prueba más concreta.

La promesa que le pedí a Ace que me hiciera todavía rondaba por mi mente y no es que quisiera precipitarme, ya que tampoco se lo pondría fácil a los séptimos, pero tenía que estar preparada y si por algún motivo eso me obligaba a alejarme de mi familia, no les dejaría solos.

—Kadir, ¿recuerdas que una vez te dije la razón por la cual mis enemigos no habían logrado deshacerse de mí? —le pregunté al turco y me miró por el retrovisor.

—Porque nadie puede desatar un nudo sino sabe cómo está hecho, mi señora —respondió seguro y le sonreí.

—Eres un alumno sobresaliente —halagué y sonrió.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó y pensé mi respuesta por unos minutos.

—Dale una vuelta más a ese nudo. —Fue todo lo que respondí y él lo entendió a la perfección.

Veinte minutos después me bajé del coche en cuanto Kadir estacionó en el aparcamiento subterráneo del casino y entré, comprobando que, aunque todavía fuera de tarde, había demasiada gente derrochando su dinero. Varias meseras me reconocieron al verme y algunas personas me saludaron un poco sorprendidos, ya que no me acercaba por esos rumbos tan seguido.

—Señora Viteri, qué gusto tenerla por aquí. —Mónica, la encargada del lugar, llegó corriendo y me regaló un asentimiento como saludo al estar frente a mí.

—Lo mismo digo, Mónica. Ya me hacía falta dar un giro a mi rutina —admití y ella sonrió.

—¿Quiere que le detalle todo? ¿O prefiere que solo entregue los documentos de contaduría y administración? —indagó con la educación que la caracterizaba.

—Trae los documentos y me explicas todo —pedí.

Caminé hacia mi oficina con Ace pisándome los talones y subí las gradas que me llevarían hacia allí. El lugar estaba justo arriba del salón principal de juegos, recubierto con vidrio tintado, dándole al espacio la iluminación suficiente, pero a la vez privacidad. Dejándome observar mi entorno sin que él me observara a mí.

Me acerqué a la licorera y me serví un trago, bebiéndolo de golpe, y tras ese otro, para embriagar un poco mi mente y así descansar de los escenarios avasalladores que habían comenzado a provocarme una jaqueca.

Tomé asiento cuando Ace entró junto a Mónica y esta se acercó con varias carpetas de la contabilidad del lugar, mostrándome que todo se mantenía en orden y cómo el dinero en mis cuentas incrementaba a medida que pasaban los días.

Tomé las cuentas y las evalué con cuidado, detallando toda la entrada de dinero hasta que golpearon la puerta y una de las meseras entró cuando le indiqué que ingresara, mirándome con sumo respeto al bajar la cabeza.

Sonreí por inercia al imaginarme en esa posición cuando tenía a cierto Dominante frente a mí.

—Disculpe, señora. Alguien pregunta por usted —habló con cautela y miré a Ace.

—Nadie sabía que vendría —advertí y con lo que pasó antes, salió pirado de la habitación para comprobar de quién se trataba.

Lo que estaba pasando en mi vida no era para tomarse a la ligera y Ace lo sabía, sobre todo tras lo que le pedí que me prometiera, por lo que era lógico que estuviera alerta. Así que dejé de lado los documentos y a Mónica, quien me comentaba de las reparaciones que se llevaron a cabo, hasta que Ace volvió a entrar y me miró con seriedad.

—Gerónimo Hall quiere verte —avisó y mi cuerpo entró en alerta.

Me puse de pie y lo miré, buscando algún gesto de peligro, pero él negó y a la vez me preguntó con la mirada si lo dejaba pasar. Asentí y me relajé, moviendo el cuello cuando me dolió de golpe por la tensión que ya se me estaba acumulando.

—Me alegra lo bien que estás llevando todo, Mónica —dije a la mujer que bajó la cabeza en un gesto de sumisión y yo me sacudí tratando de sacarme los pensamientos que se me formaron en un santiamén.

¡Joder! Fabio se me estaba apareciendo hasta en detalles que antes fueron muy normales para mí.

—Si sigues así obtendrás una compensación por hacerte cargo de todo y de una manera excelente. —Opté por decirle a la mujer.

Levantó la cabeza con los ojos muy abiertos y se llevó las manos a la boca, incrédula por lo que acababa de decirle.

—Gracias, señora. Sé que es mi trabajo, pero me alegra que lo esté haciendo como usted desea.

—Puedes irte —le pedí amable, justo cuando la puerta se abrió y observé a un hombre de traje elegante y pulcro.

Mónica salió de la oficina dándoles un asentimiento como saludo y tras ella le siguió Ace luego de que yo le pidiera a Gerónimo que terminara de entrar. Me acomodé en mi lugar y con la mano le indiqué al mayor de los Hall que también lo hiciera. Lo hizo con la elegancia que le caracterizaba y no pude evitar recordar a su hermano, eran muy parecidos y por inercia me llevé una mano al estómago ante el vacío repentino que sentí, por todo lo que descubrí rato atrás.

—¿Me estás siguiendo, Gerónimo? —pregunté en cuanto tomó asiento y me miró con sorpresa —. No suelo venir por acá y me parece raro que justo hoy tú aparezcas.

Darme cuenta de ello también me alertó y preocupó, puesto que me era inaudito que lo hubiera dejado seguirme sin que ninguno de mis hombres se diera cuenta.

—Parece que te he seguido, pero no —aseguró y alcé una ceja—. Te he estado esperando, sí. Llevo días viniendo a este casino con la esperanza de encontrarte y después de semanas lo he conseguido —admitió.

—Menos mal lo admites, ya que no eres de los tipos a los que les gusta acudir a lugares como este —dije e hizo un amago de sonrisa—. Ahora, sé directo y dime qué te tiene esperándome.

Se acomodó en su asiento, desabrochando el botón de su saco y me miró con un deje de cansancio en el rostro.

—No te busqué en la oficina que más frecuentas porque sospecho que mi hermano no se suicidó, Ira —soltó y lo miré con atención.

—Conque tú también tienes esa duda.

Asintió con una sonrisa lastimera y apoyó su tobillo en la rodilla izquierda, descansando los brazos en el apoyabrazos de la silla y se llevó un puño a la barbilla.

—Tú lo conocías tanto como yo. Mi hermano no era de los hombres que se iba por la vía fácil así hubiera estado cubierto de mierda. Y ambos sabemos que ese tampoco era el caso —aseveró y asentí de acuerdo.

Eugene era un hombre muy astuto para los negocios, era sabido que no tenía ninguna deuda, ya que supo hacer crecer el dinero en lugar de derrocharlo.

—¿Por qué no hiciste que se abriera una investigación entonces? —cuestioné curiosa.

—Porque ambos sabemos de dónde le llegó la muerte, lideresa de los séptimos. Así que estoy jugando bien mis cartas y para vengar a mi hermano debo parecer conforme con lo sucedido y aprovechar su vacante para ocuparla yo.

—Bastante conveniente para ti si lo vemos desde otra perspectiva —señalé, mas no se ofendió por lo que estaba insinuando.

—Nos educaron con ambición, pero no como traidores, Iraide. Y te aseguro que así Eugene hubiera sido un séptimo, yo también obtenía parte de ese poder sin estar de frente ante un nido de víboras que no desaprovecharían la oportunidad para morderte, e inyectar su veneno en cualquier momento.

Hice una mueca de sorpresa y aceptación ante sus palabras, ya que no se equivocaba al denominarnos como tal. Además, recordé todos los negocios que tenía a cargo y lo que de seguro heredó de su hermano al no haber más descendencia.

—Entonces, ¿qué buscas con todo esto? —pregunté yendo al grano.

—Que me apoyes para ser uno de ustedes.

—¿Del nido de víboras? —solté burlona.

—Dicen que para lograr tus objetivos solo debes mostrar una de tus caras y mantener oculta la otra hasta que llegue el momento adecuado —murmuró—. El asesino de mi hermano está entre ustedes y no descansaré hasta hacerlo pagar y de la única manera en que lo conseguiré, es mezclándome. Además de que con eso jodo los planes que hayan tenido.

—¿Y quién te asegura que no fui yo quien mató a tu hermano? —dije y fue su turno de mirarme con sorpresa.

—¿Por qué una mujer tan poderosa como tú se desharía de un lacayo que siempre le dio su fidelidad? Porque podrás estar jodida, pero Eugene siempre te admiró porque sabías hacer tus jugadas —confesó seguro.

Me quedé en silencio, observándolo seria, mas no lo intimidé, al contrario, me devolvió la mirada levantando a penas la barbilla y ladeé la cabeza.

—Sospecho que la mayoría de los séptimos quieren aceptarte porque te creen fácil de manipular. —Apostillé.

—También pensaron eso de Eugene y lo asesinaron porque de seguro se dieron cuenta de a quién le daría su apoyo siempre —me recordó.

—Bien, te daré el beneficio de la duda, Gerónimo, pero te advierto que entrarás a *The Sevenths* en un momento de mucha turbulencia. Y mucho cuidado con querer verme la cara de estúpida, ya que yo no soy tan limpia para deshacerme de los traidores, por lo que espero que sepas apreciar mi voto para permitirte ser parte del nido —advertí con seriedad, imponiendo mi puesto dentro de la organización.

Ya que, al ser la líder, mi voto valía el triple y contaba incluso por aquellos que se negaban aún para dejarlo entrar.

Y dicho eso adopté mi semblante de dureza y me crucé de piernas, apoyando los brazos a los costados del sillón, detallándole todo lo necesario para que se comportara una vez dentro de *The Sevenths*. Y por supuesto que aceptó todos y cada uno de mis puntos, contestó a varias preguntas y se comprometió a mantenerme informada si descubría lo que su hermano hizo antes de que lo asesinara, lo que lo llevó a ese desenlace.

—Ha sido un placer hablar contigo y contar con tu apoyo, Ira —aseguró poniéndose de pie cuando di por finalizada la reunión improvisada.

—Espero que sepas lo que conlleva tener mi apoyo —devolví y asintió sin pensarlo, sonriéndome con complicidad.

—Sé que acabo de venderle mi alma a una diabla —admitió haciéndome reír.

Se marchó tras despedirnos y tomé asiento en el sillón, resoplando por lo pesado que estaba siendo ese día. Me llevé el vaso de *whisky* a la boca analizando que ya había bebido mucho, aunque me sentía igual de lúcida. Tomé el móvil deseando despejar toda la porquería de mi cabeza y abrí la aplicación de mensajería, viendo al dueño de mis alucinaciones en línea.

¿Qué haces?

Envié y esperé cuando vi el *escribiendo* y su respuesta llegó con rapidez, haciéndome sonreír al sospesar que estaba en nuestro chat.

Estoy por salir del consultorio. ¿Tú?

De nuevo mi mente me jugó una mala pasada, aunque esa vez no por la forma sumisa de actuar de mis empleadas sino por imaginar a Fabio vestido con su bata blanca y el estetoscopio rodeando su cuello. Me relamí con gusto al quererlo así en la cama, solo con eso puesto.

¡Carajo! Céntrate, Iraide.

En la oficina, por terminar con unos papeleos.

Acomodé un par de cosas en el escritorio, buscando en los cajones unos documentos que escondí ahí hasta que el móvil volvió a vibrar. Lo tomé y sonreí al ver el mensaje.

¿Cenamos juntos?

En mi casa, por supuesto.

Yo cocino.

Los tres mensajes llegaron uno tras de otro y me mordí el labio al verlo todavía escribiendo.

Luego te puedes quedar a dormir.

Tecleé mientras escuchaba la puerta ser abierta y de reojo vi a Ace aparecer y sentarse frente a mí, viéndome concentrada en el móvil sin decir nada.

En una hora estaré allí.

Leyó al instante el mensaje y me confirmó que me esperaba, por lo que bloqueando el móvil miré a Ace, quien levantó ambas cejas al ver mi repentino cambio de humor para luego sonreír.

—Apuesto puesto que lo que le dijiste a la recepcionista de Wayne, fue solo para sacar la frustración que te provoca D'angelo.

—¡Puf! —exclamé y comencé a reírme.

En ese momento fue una risa divertida y relajada y confieso que yo también noté que tuve un gran cambio de humor desde que me escribí con Fabio.

—Tengo buen gusto con los hombres, Ace. Y por lo visto también un buen tanteo —comenté y en ese momento los dos nos reímos de las estupideces que me hacía hablar.

—No quiero que ese imbécil me caiga bien, ¿sabes? Pero que te quite ese ceño fruncido con solo escribirte me lo pone difícil —confesó y lo miré incrédula—. Y espero que hayas escuchado bien, porque no lo repetiré en la vida.

Solté tremenda carcajada y él terminó riendo conmigo, aunque en medio de las risas le recordé que, así como Fabio me quitaba el ceño fruncido, era capaz de plantarme uno peor cuando le daba por ponerse idiota y estuvo de acuerdo.

—Por cierto, Gerónimo se fue bastante entusiasmado —señaló minutos después e hice un ademán con la mano restándole importancia.

—Necesito que te encargues de buscar información importante sobre él. Espero saber hasta cuántas veces va al baño, Ace, porque pronto será un nuevo séptimo y no quiero ninguna sorpresa.

Asintió con repentina seriedad y anotó algo en su móvil para luego guiñarme un ojo.

—En unas horas te diré hasta cuantas veces folla, mi reina. Así que tranquila.

Conforme con su respuesta comenzamos a hablar sobre la conversación que tuve con Dimitri y luego con Gerónimo, detallándole todo lo que descubrí junto a lo que él escuchó estando con Wayne. Lo que le hizo comprender al fin por qué le pedí su juramento y la necesidad que me embargó de cubrirme bien la espalda, ya que no estaba dispuesta a que me cogieran con la guardia baja.

—Mis armas ya casi están listas —le confesé a medias y se sorprendió.

—No habrá necesidad de usarlas —juró y asentí agradecida.

La hora transcurrió y decidí irme a la casa de Fabio, advirtiéndole a mis chicos que únicamente necesitaba una camioneta custodiando, puesto que en el territorio del *diavolo* solo debíamos preocuparnos por Dominik, aunque para ser sincera, no lo creía tan estúpido como para atacarme.

Le pedí a Ace y Kadir que se fueran para la bodega para encargarse de algunos asuntos pendientes y decidí irme con Faddei con el fin de poder hablar a solas con él.

—En unos días quiero que le hagas una entrega a Dimitri Cratch —avisé y me miró incrédulo.

—No me digas que es lo que imagino. —Refutó y asentí—. ¿Qué hizo para convencerte? —Quiso saber.

—Me ayuda a descubrir quién asesinó a Roena y está a punto de conseguirlo. Además de eso me entregó el expediente de la autopsia de Eugene y toda su investigación, y resulta que la escena se encuentra demasiado limpia. Y con eso todo apunta que sí se suicidó.

—Pero ambos sabemos que nos así, ¿cierto, ángel?

—Cierto, calvo tóxico —admití y lo escuché reír.

—Nunca imaginé que lograrías que Dimitri colaborara contigo.

—Lo hace porque le prometí que le diría a dónde está su hermano y qué pasó con él.

—¿Conque llegó el momento de despedirte de tu *gran amor*? —preguntó con burla, diciendo lo último en español y le di un golpe en el brazo justo cuando se estacionó frente a la entrada principal del edificio donde estaba el *penthouse* de Fabio.

—¿Me viste alguna vez tan enamorada de él? —Quise saber y recosté la cabeza en su hombro.

Él, de forma cariñosa acarició mi mano cuando la coloqué en su pierna.

—Para ser sinceros, pienso que solo te aferraste a Nicholas con la esperanza de tener algo normal en tu vida —respondió y analicé sus palabras.

—Entonces, en realidad nunca he experimentado el amor de pareja —murmuré, llegando a la conclusión de que Faddei no se equivocó con lo que dijo.

—¡Hum! Tal vez no con Nick, pero no puedo decir lo mismo del doctor D'angelo —soltó y lo miré asustada.

—¡Pero ¡qué dices, Faddei! —exclamé riéndome, con el corazón muy acelerado y él entrecerró los ojos.

—Digo que estás enamorada de ese doctor, ángel.

—Pero…

—Ira, que seas una persona muy mala dentro de nuestro mundo no significa que no tienes sentimientos. Y nunca te vi enamorada de Nick como te veo de Fabio D'angelo y es obvio que ya lo amas —aseguró y me acarició la mejilla.

—Lo voy a joder, Faddei —reviré riéndome con nerviosismo y él negó.

—Es fácil joder lo sano, ángel. Y admitamos que ustedes dos son un poco retorcidos, así que es difícil joder lo jodido.

—Serás idiota —me quejé y rio.

—Ya, a lo que voy es que ustedes no quieren estabilidad, Ira. Todas las parejas *normales* buscan tranquilidad y luz, tú y él en cambio optan más por el caos y la oscuridad y de cierta manera eso les da una ventaja, porque se han enamorado de sus imperfecciones y no buscan cambiarlas. No esperan nada a cambio —aseguró.

—¿Y cómo estás tan seguro de que Fabio siente lo mismo que yo?

—No preguntes cómo, solo créeme que lo sé. Llámale intuición de hombre —recomendó y negué divertida. Pero no quise decirle nada más, ya que no podía. Así que opté por salir del coche y caminé hacia el edificio pensando en todo y nada a la vez.

En el caos y la oscuridad, sobre todo, puesto que Faddei no pudo describir mejor lo que éramos Fabio y yo juntos y por un momento sentí miedo.

Miedo del desastre que provocaría sentir tanto por ese hombre. Aunque no podía evitarlo, tampoco lo negaría y por primera vez pude ponerle nombre a la revolución de sentimientos que me provocaba pensar en él.

Un amor jodido.

Entré al edificio y me fui directo al ascensor, puesto que al anunciarme me dijeron que ya Fabio me estaba esperando. Me limpié las manos en las perneras de mi pantalón de vestir, al sentirlas húmedas por la repentina emoción de verlo y me miré en el espejo para asegurar que no tuviera nada fuera de lugar, acomodando mi cabello, el cual llevaba suelto y en ondas naturales.

Al llegar al *penthouse* no tuve que golpear la puerta, ya que de pronto se abrió y Fabio me recibió tomándome de la cintura y adentrándome en su casa para luego empotrarme en la puerta y darme un efusivo beso de bienvenida. Acomodé mi cuerpo con el suyo y lo tomé de la nuca en el momento en que el beso se intensificó, mordiéndome los labios con fuerza y sus manos yéndose directo hacia mi trasero.

Me separé de él antes que folláramos en su puerta.

—¡Carajo! Hola también —saludé entre jadeos y lo vi sonreírme abiertamente.

—Hola, dulzura —dijo y tomó un mechón de mi cabello para acomodarlo detrás de mi oreja—. Tardaste mucho.

No respondí y solo fruncí el ceño sintiendo algo muy diferente en él, no malo, solo distinto a lo que estaba acostumbrada. Aun así no dije nada y lo seguí cuando me tomó de la mano y me guio directo hacia la cocina donde un exquisito aroma me golpeó, haciéndome cerrar los ojos en cuanto mi estómago gruñó de hambre.

—Espero que estés hambrienta, estoy preparando lasaña, uno de los platos típicos de mi país natal —comentó, yéndose directo hacia la cocina.

Me senté en la isla, viéndolo tomar un cuchillo y cortar verduras con rapidez y precisión, haciéndolo ondear en su mano para luego seguir picando.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó y no me dejó contestar—. Puedes tomar lo que desees, tengo varias cosas en el refrigerador. Hoy compré un vino exquisito que te fascinará, para acompañar la comida. Aunque quizá no desees beber alcohol y prefieras algún jugo o soda.

Me reí al verlo tan hablador y me encaminé en su dirección para llegar al refrigerador de vinos y tomar uno. Me indicó con un dedo dónde estaban las copas luego de que abrí la botella y las saqué sirviendo la bebida, pasándole la suya enseguida.

—Nunca probé la lasaña —admití.

—¡Joder! No puedo creer eso, si tengo entendido que hoy por hoy, la hacen en todo el mundo —exclamó efusivo y lo miré, frunciendo el ceño, pero divertida a la vez.

—Bueno, contigo será mi primera vez —comenté con picardía y reí sobre sus labios cuando me tomó de la cintura y me besó, probando el vino de mi boca.

—No me digas esas cosas si en verdad tienes hambre de comida, porque si llego a desnudarte te follaré sin parar hasta que salga el sol —advirtió y el tono oscuro de sus ojos me indicó que no bromeaba con eso.

—Dame comida primero si quieres que aguante —pedí.

Sonrió de acuerdo y me robó un beso antes de volver a su labor de chef, negué mordiéndome el labio y me apoyé a su lado, sobre la isla, bebiendo mi vino y admirando su destreza. Las palabras de Faddei rondaron mi cabeza y sentí que el pecho se me apretó y el corazón se me hinchó por la manera tan rápida de latir, a tal punto que la respiración se me volvió trabajosa.

¡Puta madre! De verdad había pasado.

—Ya te lo dije antes, pero se me da de maravilla cocinar —afirmó y escondí mi sonrisa detrás del cristal.

Lo notaba más enérgico, suelto a la hora de hablar y hasta contento. Mucho para ser sincera, por lo que me quedé analizándolo mientras él me hablaba sobre su día en el consultorio, todos los pacientes que atendió y la pequeña cirugía que tuvo que hacer de emergencia, resaltando cada procedimiento que utilizó y explicándome cuando notó que no entendía nada.

Se sentó conmigo cuando metió la comida al horno y me tomó del mentón, tirando de mi cuerpo hacia el suyo para poder besarme. Me apoyé de sus hombros al perder el equilibrio y le seguí el beso, disfrutando del gusto a vino que tenía y cómo acarició mi cintura con una intimidad única, haciendo leves movimientos sobre mi piel expuesta gracias a que mi blusa se subió entre tanto movimiento.

Se separó de mí solo cuando el horno hizo un ruidito y se fue a preparar los platos y, en cuanto el aroma delicioso de la comida se intensificó, me tomé el trabajo de ayudarlo a poner los cubiertos y servilletas, ya que era lo único que podía hacer en la cocina, esperándolo sentada y ansiosa al verlo acercarse con una gran porción que me hizo salivar.

—Esta vez voy a dejar que comas sola, ya que veo que mueres de hambre —comentó con diversión al verme con la mirada clavada en el plato, queriéndole hincar el diente.

Lo vi un poco apenada y me regaló una enorme sonrisa que me hizo devolvérsela para luego

tomar una porción y comenzar a comer, gimiendo cuando la explosión de sabores deleitó mi boca. Observándolo en cuanto sus ojos se oscurecieron aún más con los ruidos que hacía.

—Te aconsejo que comas sin hacer esos ruditos, Iraide. Porque tienes mucha hambre, tanto como yo deseo arrancarte la ropa para follarte.

Me tapé la boca al masticar y bebí un sorbo de vino. Apretando de paso las piernas, ya que así me sintiera cansada, sus palabras surtían efecto.

—Lo siento, es que esto está demasiado rico. —Tomé otra porción y cerré los ojos escuchándolo reír.

—Te dije que cocinar se me da de maravilla, dulzura. Aunque sabes que cualquier cosa se me da.

Asentí masticando y lo vi comer para luego enfocarse en mí.

—He estado pensando en que mañana, luego de despertar por supuesto, podríamos ir a un museo que vi a unas cuantas cuadras de aquí. Vamos a desayunar antes a algún lugar o podemos hacerlo en la cama. —Comenzó a hablar de nuevo con rapidez y solo lo interrumpió por un momento el vibrar de su móvil que estaba a un lado de su plato.

Le di un trago a mi vino al alcanzar a leer el nombre de Sophia.

—Como te decía, podemos ir a dar una vuelta a un parque cerca de ese museo e ir a almorzar luego. O vamos por comida a algún restaurante y comemos en el parque en una especie de picnic —siguió, ignorando aquella llamada, aunque a la mujer parecía urgirle hablar con él porque volvió a marcarle.

—Responde —le animé.

—Si no quieres salir, siéntete libre de decirlo y podemos optar por quedarnos en casa, mirando la tele, pidiendo comida a domicilio para concentrarme solo en follarte —siguió, ignorando lo que dije y cambiando el tono de voz.

—Quieres hacer muchas cosas en un solo día, si optamos por salir, y no creo que nos alcance el tiempo —dije, ignorando también la dichosa llamada al ver que él lo hizo.

Pero la maldita viuda de Frank no entendía y volvió a marcarle por quinta vez en cuestión de minutos. Fabio frunció el ceño y declinó la llamada, aunque enseguida la pantalla se iluminó con el nombre de Sophia y entonces optó por ponerlo en silencio.

—Claro que sí, el día puede durar el tiempo que queramos y podemos hacer incluso más cosas.

El maldito móvil volvió a iluminarse y respiré profundo en cuanto vi que lo bloqueó sin responder una vez más.

—Por cierto, Lee hará una cena especial por la noche y me ha invitado, podemos ir. Mi sobrina y su novio estarán presentes, junto a Akihiro, mi otro sobrino. Así que aprovechamos para que los conozcas. —Abrí los ojos atragantándome con la comida y levanté la mano en cuanto siguió hablando sobre la cena.

—¡Joder! Detente un poco que, entre todas tus propuestas, el disparate que acabas de soltarme y la maldita llamadera de Sophia, me están volviendo loca —pedí.

Pero mi sorpresa fue demasiada cuando él solo sonrió y siguió hablando. Era como si no me escuchara y continuó haciendo planes que en definitiva no llevaríamos a cabo, y descartaba totalmente los que incluían a su familia, puesto que ser hipócrita no se me daba y menos por querer ganarme a los demás D'angelo.

No me importaba la verdad. Y en ese momento entendí lo que Faddei quiso decirme.

Lo que fuera que tuviéramos era jodido, ya que su familia jamás me aceptaría y yo no haría nada por conseguirlo. Mi relación sería con él y nadie más. Ni mi familia ni la suya, solo nosotros importábamos. Y sabía que Fabio también lo veía así, aunque por visto no en ese instante.

—¡Fabio, detente! —pedí—. Y atiende esa maldita llamada antes de que te arrebate ese móvil y lo estrelle, porque me estoy desesperando —gruñí entre dientes y me puse de pie.

Pero en lugar de hacer lo que le pedí, volvió a tomar el móvil y lo apagó.

—¿Por qué no le respondes? ¿Es porque yo estoy aquí? —inquirí, sintiendo que la comida me estaba comenzando a revolver el estómago.

Negó con una sonrisa y se acercó a mí, viéndolo desinteresado en todo lo que no fuera yo y no supe cómo reaccionar.

—Ya sé lo que quiere y no me interesa que insista en algo que ya dejé claro —admitió y fruncí el ceño—. Además, cuando estoy contigo me molesta que me interrumpan. Así que lo que quiera decirme lo puede hacer en otro momento, y no me importa para ser sincero.

Tomé aire buscando paciencia y lo miré cuando me cogió de las mejillas y me besó en la frente de una forma muy dulce, tanto, que me estremeció.

—¿Te sucede algo? —Quise saber.

Estaba actuando muy extraño y conociendo su condición, temí que estuviera en alguna etapa desconocida para mí.

—Tú me sucedes, Iraide —confesó de una manera que me hizo tragar con dificultad— y necesito hacer tantas cosas contigo, que por eso no puedo parar de hablar.

—Podemos hacer todo lo que quieras, menos ir a esa cena con tu familia —admití y se quedó en silencio, mirándome un poco dolido—. Necesito que tú y yo nos conozcamos mejor, además, sabes bien que no somos la típica pareja que se presenta con los padres. Yo soy el tipo de mujer que debes esconder de ellos —aclaré.

—No digas estupideces, *ragazza* —exigió y chillé cuando me tomó de la cintura haciendo que me enganchara a su cintura—. No repitas eso frente a mí, porque eres el tipo de mujer que merece ser reconocida como la única.

Me encontraba a su altura en ese momento y fue increíble notar el instante justo en el que sus ojos se oscurecieron un poco más, eso junto a su declaración me dejó muda y con el corazón vuelto loco.

—Sa… sabes a lo que me refiero —dije titubeante—. Me muevo en un mundo comprometido por la maldad y no te conviene poner a tu familia en peligro. Así que dejemos de lado eso de conocerlos, además, las cosas con tu hermano no son las mejores y de momento me importa tolerarte a ti, no a él.

—¿Tolerarme? —preguntó incrédulo y sonreí encogiéndome de hombros—. Ya te mostraré lo bien que me toleras. —Fue su única advertencia y segundos después su boca ya estaba sobre la mía.

Minutos más tarde me tenía sobre su cama, desnuda y confirmando lo bien que nos tolerábamos ya sea molestos, o contentos, como Amo y sumisa o solo como Iraide y Fabio.

Aunque esa vez fue distinto, pues Fabio no se contuvo en decirme lo que le hacía sentir y yo, así como la noche de la fiesta, me entregué a él en cuerpo y alma.

CAPÍTULO 61

Iraide

No sé en qué momento dejamos de follar como unos desquiciados, solo recordaba que entre toda esa faena a la que fui sometida, terminé metiéndome en el rol de sumisa. Lo hice de manera casi automática y por primera vez desde que conocía a Fabio, aquella palabra de seguridad salió de mi boca.

«Húmeda», había susurrado casi sin voz cuando no soporté un orgasmo más y al contrario de lo que imaginé, no me sentí humillada sino más bien aliviada.

Aunque reconocía que fue mi culpa, porque Fabio me pidió que fuese sincera con respecto a si ya no soportaba más, pero lo vi con tantas ganas de seguir follando, que no me atreví a negarme. Me atacó una necesidad súbita de ser suficiente para él en ese sentido, de demostrarle que podía ser tanto o más que su *harem*. Me excedí de tal manera que solo cuando sentí que estaba a punto de desmayarme, pronuncié la maldita palabra y esa funcionó igual que un no rotundo para él.

Tanto, que salió de mí sin importarle o culparme por cortar su placer y prefirió masturbarse para llegar a su liberación y, al verme sintiéndome culpable, se acurrucó a mi lado consintiéndome y asegurando que no hice nada malo, al contrario, se mostró orgulloso de que usara mi palabra de seguridad sabiendo que era mi derecho. Tras eso, y al tranquilizarme, besó mi coronilla y se mantuvo a mi lado hasta que me quedé dormida.

Aunque reaccioné en el momento que una ráfaga de viento me heló las piernas y presioné la mejilla contra Fabio, encontrándome únicamente con la suave tela de la almohada, lo que me llevó a abrir los ojos, asustada porque fue la oscuridad la que me recibió. Me senté sobre la cama desorientada, mirando hacia la puerta donde un reflejo de luz se filtraba, rascándome la cabeza al palpar a mi lado y confirmar que me hallaba sola.

—¡Joder! —siseé en cuanto me puse de pie y sentí mi entrepierna arder y las piernas aún débiles y temblorosas.

Pero ignoré el malestar y caminé con sigilo hacia la puerta, abriéndola sin hacer ruido; descubriendo el apartamento en tinieblas hasta que llegué a la sala y noté que la puerta grande de vidrio estaba abierta. La luz de la luna bañaba el cuerpo de Fabio, de pie en la pequeña terraza que era protegida por un ventanal blindado para evitar cualquier accidente a esas alturas. Tenía el móvil sobre su oreja y fruncí el ceño, avanzando para saber qué pasaba, por qué no estaba dormido y asegurarme si en realidad había pegado el ojo, aunque sea unos minutos.

Algo que dudaba porque a pesar de todos los polvos que me dio, nunca lo noté cansado o con ganas de dormir.

—Si hubiera querido atenderte lo habría hecho, Sophia —soltó molesto y me detuve de golpe—. Sabes bien que carezco de paciencia y en este momento me estás tocando las pelotas con tu maldita insistencia —gruñó.

Me tomé de la pared y me escondí detrás de ella cuando su voz sonó dura, sabiendo que se encontraba molesto por lo que sea que Sophia le estaba diciendo.

—No, ya no será cómo tú digas, cariño, y tampoco es una orden, eso ya lo tienes claro. Si no respondo el puto móvil es porque, o no puedo o no quiero hablar, así que deja de ser tan intensa y acepta de una buena vez que todo se llevó a cabo como era debido. Por lo tanto, no me hagas perder

el tiempo porque no estoy para verte ni hablar contigo en este momento. Además, ya sabes los días que voy a *Delirium,* entonces te aconsejo que te calmes y me busques cuando seas capaz de hablar como una persona civilizada. —Escuchó por varios segundos lo que sea que ella le estuviera diciendo y maldijo—. Joder, paremos ya con esto, Sophia. Y espera mi llamado esta vez, yo diré cuándo nos veremos.

Lo vi cortar la llamada y apretó el móvil en su mano, apoyó la otra en la ventana y tomó aire apresurado. De golpe me sentí fuera de lugar, incómoda por haber escuchado la conversación que por más que fue dura, también noté la intimidad que tenían.

Cerré los ojos cuando la furia se hizo presente y salí de mi escondite en cuanto él se dio vuelta y se quedó quieto. Si lo había sorprendido, no lo noté, puesto que se mostró serio, aunque calmado.

—No te encontré en la cama y salí a buscarte —comenté con una acidez horrible en la boca del estómago.

—Regresemos a ella entonces —propuso suavizando su expresión.

Se acercó con la intención de tomarme del brazo y negué.

—He tolerado que Sophia sea parte de tu *harem*, Fabio. Pero lo que acabo de escuchar dista mucho de ser una relación entre un Amo y sumisa. Y te dejé claro que no sería la segunda opción de nadie de nuevo.

—Pero ¿de qué carajos hablas, Iraide? —inquirió indignado y me pareció inaudito.

—Si te vas a comportar como un estúpido con amnesia, es mejor que me vaya a casa —advertí y caminé hacia la habitación sintiendo que me seguía.

Tomé la ropa y me quité la camisa de él, que me coloqué antes de ir a buscarlo, comenzando a vestirme cuando se acercó un poco nervioso, intentando tomarme, pero no se lo permití.

—¿En serio vas a joder las cosas por ella? —preguntó confundido y mi única reacción fue reír mientras me ponía el pantalón.

Le di la espalda con la intención de tomar mi blusa y me giró para que lo mirara a él, ante mi falta de respuesta.

—¿En serio harás esto por Sophia? —repitió y me solté de su agarre.

—No, idiota. No es por Sophia, es por ti. —Zanjé—. No voy a quedarme contigo para presenciar cómo aprovechas a hablar con ella mientras yo duermo, porque esto me hace sentir igual, o más estúpida, que saber que de nuevo soy la otra en la vida de alguien.

Fui a por los zapatos y me senté en la cama, queriendo acabar con eso de una vez. Él se tomó la cabeza con una mano y de pronto tiró el móvil hacia la pared con furia y me señaló.

—¡He dejado claro que no eres la otra en mi vida y menos mi segunda opción! ¡También he dejado claro que cuando estoy contigo no quiero nada más! ¡Mi *harem* ha pasado a segundo plano cuando se trata de ti, mujer! ¡Y ahora mismo las ganas por follar me torturan y lo aguanto porque no deseo a nadie que no seas tú! ¡Y me dices que no quieres estar aquí! —gritó y me paré de un salto, apoyando las manos en mi cadera.

—No sé qué quieres dejar claro con eso de que las ganas de follar te torturan, Fabio. Pero en este momento lo único que acabo de sentir con tu declaración es que no soy suficiente y jamás lo seré por más que me esfuerce.

—¡Jodida mierda, no, Iraide! ¡No se trata de que no eres suficiente! ¡Soy yo, maldición, no tú! —espetó.

—Me siento tan dolida ahora mismo, que no puedo entenderlo por más que lo intente. Así que es mejor que me vaya —aclaré siendo sincera.

Cuando llegué a su casa y lo vi todo energético y hablador intuí que algo no andaba bien, sus

cambios de humor fueron más notorios y, aunque en el sexo se comportó a la altura de un verdadero Amo, comprobé que no me equivocaba, ya que fui capaz de ver que no se saciaba y de alguna manera eso me afectó.

Y, sabiendo que no era la mejor para él, ya que en lugar de ayudarlo lo provocaba a caer más, decidí que lo más inteligente era marcharme. Primero porque odiaba que Sophia siguiera apareciendo como mosca en nuestra sopa, así él demostrara que no le importaba. Y segundo, porque de verdad sentía que nunca sería suficiente solo yo.

Y nunca deseé tanto ser la única mujer en la vida de alguien, como quería serlo en la de Fabio.

Me alejé lo más que pude entonces, decidiendo perder una batalla por primera vez, sobre todo por su estado, aunque no llegué demasiado lejos, puesto que me tomó del brazo y me dio la vuelta.

—¡Dime qué quieres, Ira! ¡Explícame cómo te puedo mantener satisfecha porque te juro que siento que haga lo que haga, nunca será suficiente para ti!

Me aparté, evitando responder y me enfoqué en mantener la boca cerrada, solo negando porque no quería cagarla con mis palabras.

—Hablemos cuando ambos estemos calmados —pedí.

Se llevó ambas manos a la cabeza esa vez y maldijo en su idioma natal.

—¡¿Qué quieres de mí, maldita sea?! —rugió con furia.

Salté en mi lugar y tomé el pomo, queriendo huir lo más rápido posible, pero sus palabras me mantenían un tanto estancada.

—Quiero ser la única, Fabio. Pero para mi maldita suerte, quiero serlo con el único hombre al cual nunca podré complementar de esa manera y sé que ni siquiera es tu culpa —admití y me asusté cuando sentí las lágrimas bañarme las mejillas.

—Iraide —susurró con la voz quebrada y negué.

—Sé que no es tu culpa —repetí sin importarme que un sollozo me abandonara.

De verdad sabía que no era su culpa y el que estuviera conteniéndose me lo demostraba y me dolió porque en lugar de ayudarle, le perjudicaba, puesto que desfogar sus ganas de follar lo liberaba de esos sentimientos que lo atormentaban y con tal de demostrarme algo, terminó hundiéndose a sí mismo.

—Ve con tu *harem,* Samael —pedí con amargura y negó.

—No te atrevas a irte, Iraide —pidió cuando llegué a la puerta—. Te lo ordeno, no te atrevas a irte.

Apoyé la frente en la madera y exhalé con fuerza. Si me quedaba, él seguiría torturándose y mi cuerpo no daba para más, tampoco mi orgullo al saber que no era capaz de saciarlo, así que hice presión en la puerta y salí disparada.

Lo último que escuché fue su maldición y el sonido de cosas cayendo al suelo.

Samael te necesita a ti y a Marco.

Tecleé en mi móvil con un poco de dificultad, ya que los ojos llenos de lágrimas me lo hicieron difícil. Kadir llegó en el momento que me vio salir, puesto que él había relevado a la otra guardia, y se limitó a guardar silencio mientras me veía llorar.

Nunca en la vida creí que le pediría a alguien que follara con el hombre al cual amaba.

Me masajeé las sienes cuando el dolor de cabeza empeoró al ver que algunas cuentas no cerraban y tiré los papeles al escritorio, yéndome directo hacia la licorera por alcohol. Esos días habían sido una mierda. Dejé de dormir, comer se volvió un milagro y ni hablar de mi malhumor al no saber nada de Fabio desde que me fui de su casa de aquella manera.

Quizás actué de forma impulsiva, pero no pude tolerar que mientras yo estaba durmiendo en su cama, él estuviera hablando con Sophia, discutiendo como si fuera su pareja y yo su puta de turno. No lo toleré. Aunque lo que más me destruyó fue otra cosa.

Lo que me hizo escribirle a Allison para aliviar la agonía de Fabio.

Bebí el *whisky* de un trago y me quedé quieta cuando varios gritos se escucharon afuera y de golpe la puerta fue abierta con la persona que menos creí ver.

Sophia lucía furiosa y no se detuvo, entró bajo el impedimento de Ace que la tomó del brazo queriéndola sacar y yo levanté la mano, parando todo el circo.

—Déjala —exigí a Ace, con la vista clavada en ella.

Se zafó de su agarre y terminó de entrar.

Me apoyé en la pared y la evalué, mirándola de arriba abajo con una pequeña sonrisa de suficiencia al notar que perdió los papeles bajo mis dominios.

—¡No te bastó con Frank, sino que también quieres meterte en la relación que tengo con Fabio!

Mis ojos se desorbitaron con sus palabras y me tapé la boca para esconder una risa que ella vio muy bien y se contuvo de acercarse, mas yo no. Caminé derecho en su dirección, dándole el tiempo de que evaluara mi atuendo y cómo me acomodé el cabello a un costado con una sonrisa de lado.

—¡Joder, legisladora! Admito que me sorprende que pierda su clase por las calenturas de cama —ironicé y ella endureció la mandíbula—. Y no, siento haberla hecho venir hasta aquí en vano, ya que no me he metido en ningún lado esta vez. Aunque le aclaro que la relación Amo-sumisa que tiene con él, es muy diferente a la que se ha formado entre nosotros. No confundas eso.

Su rostro se desfiguró por la furia, aunque calló mientras me veía caminar hacia el escritorio. La invité a sentarse y se negó, cruzándose de brazos.

—Toma asiento, Sophia. Siéntete como en tu casa, total, conoces este lugar a la perfección —le recordé con diversión

No me tomaba en serio que estuviera ahí reclamándome algo que tendría que decírselo a su Amo, ya que con él compartía, no conmigo, pero de todas maneras se me hizo gracioso que me buscara a mí. Una mujer adinerada, con influencias, reclamando a un hombre que nunca había sido suyo, pero que posiblemente comenzaba a ser mío.

—Por más que quieras dártela de señora, nunca dejarás de ser la puta que se adueñó de lo que no era suyo —comentó con asco al verme sentada en la oficina principal y me acomodé apoyando la espalda en el respaldar acolchonado.

—Pues puta y todo, pero mira qué lejos llegué. —Me mordí el labio para no reír—. Tanto, que si lo deseo abro la boca y consigo que todo se esfume a tu alrededor, pero como soy buena no lo haré y dejaré que sigas creyendo que todo es culpa mía, cuando bien sabes que fue tu marido quien me secuestró y luego como única salida para seguir viviendo, me propuso ser su amante.

—Bien que te gustó luego y no te fuiste incluso cuando tuviste la oportunidad.

—Bien que mi cercanía con tu marido sirvió para que dejara de maltratarte —reviré.

Se tomó de la nuca con enojo y se acercó hasta el escritorio, clavando las manos en la madera.

—¡Conozco a Fabio desde antes que tú, me acuesto con él hace tiempo y no dejaré que me lo quites! —gritó y yo le resté importancia, mirándola despotricar—. ¡No de nuevo!

—No tengo por qué darte una maldita explicación, Sophia, pero lo que pasó con Fabio sucedió sin saber que era tu Amo.

—¿Y después, cuando ya sabías? —espetó.

—Por ganas, porque ninguno de los dos soportó no meternos mano incluso cuando nos negábamos. Me negué a ser su sumisa, me negué a acostarme con él si te tocaba a ti y ambas sabemos lo que pasó. —Zanjé y su rostro comenzó a ponerse rojo—. Dejó de tocarte hasta el día donde lo obligué a irrespetar la doma. —Vocalicé para que quedara más claro

—Lo embrujaste como hiciste con Frank —siseó entre dientes y sonreí.

—Entonces apártate por las buenas, porque ya sabes el desenlace —recomendé y supe que no escogí bien mis palabras al verla sonreír.

—Con Frank muerto —recordó y me tensé.

Pero traté de no demostrarlo.

—Y yo como su reina, no olvides ese pequeño detalle. —Le guiñé un ojo y juré que, si se atrevía a levantarme una mano, no me importaría huir por el resto de mi vida, pero antes la llevaría a mi museo—. Creo que ya dijimos lo necesario, Sophia, así que te pido amablemente que te vayas a la mierda y lo que tengas que reclamar, lo hagas con tu Amo.

Se quedó quieta sin intenciones de marcharse y nos miramos por unos segundos, ella viéndome de arriba abajo y yo deleitándome con su pérdida de control, agradeciendo que la oficina tuviera cámaras por cualquier cosa que pasara.

—No te la dejaré fácil esta vez, puta de mierda.

Me paré al ver la verdad en sus ojos y me acerqué hasta quedar a unos centímetros de ella.

—Pues que comience el juego entonces, legisladora. —Acepté sabiendo que no era una enemiga para subestimar—. ¡Ace! —lo llamé de un grito y entró junto con Faddei, quien se veía un poco pálido al descubrir a la viuda de su antiguo jefe en la oficina—. Llévense a la señora y, por favor, que no ingrese más aquí. Tiene la entrada prohibida.

Faddei se acercó hacia ella e intentó tomarla del brazo, pero Sophia se negó mirándome directo. Levanté la barbilla y miré a Faddei enojada por lo blando que estaba siendo.

—No me hagas perder el tiempo, maldito calvo —demandé—. Llévatela.

Él cerró los ojos un momento y la tomó con fuerza del brazo.

—Sophia, por favor —pidió perdiendo la paciencia y ella comenzó a caminar.

Ace miraba la escena divertido y hasta intuí que deseaba palomitas de maíz para disfrutar el espectáculo hasta que, al llegar a la puerta, Sophia se dio vuelta y me habló antes de irse.

—No tienes idea de con quién estás jugando.

Asentí viéndola irse y me hice una nota mental de hacerle saber muy pronto que era ella la que no sabía a quién se estaba enfrentando.

—¡Uh! Esas son palabras mayores —comentó Ace y rodé los ojos.

Pero no se equivocaba.

El día después del inconveniente con Sophia pasó demasiado rápido. Me había concentrado en resolver asuntos de mis negocios para no pensar ni en ella ni en Fabio, aunque no me había servido de mucho.

Apagué la *laptop* cuando la hora de ir a casa llegó y tomé el bolso con cansancio, dejando todo

ordenado para el otro día, tomando a la vez unas carpetas y saliendo al fin de la oficina para despedir a Julia por ese día. La mujer me miró ilusionada al confirmar que podía marcharse antes del tiempo.

—¡Dios! Hasta parece que te explotara con trabajo, Julia —dije y ella rio.

—Cómo cree, solo estoy feliz porque tengo una cita con mi novia. Al parecer, se ha animado a pedirme matrimonio —comentó y sonreí.

Todavía recordaba la vez que su chica le hizo una escena de celos en plena calle porque a la tonta de Kiara le dio por flirtear con mi secretaria cuando se enteró de que le gustaban más las mujeres que los hombres.

—Que Dios se apiade de ti, mujer —murmuré y Julia negó divertida.

Salí junto a ella hacia las camionetas que ya me esperaban y me reí al ver a Ace con algo en sus manos que me llamó la atención.

Caminé hacia él despidiéndome de Julia y lo miré divertida.

—¿Me traes rosas? —Me llevé una mano al corazón y le hice un puchero.

Rodó los ojos, con una pequeña sonrisa en el rostro y vi el arreglo de rosas blancas que traía, calculando más de cuatro docenas por la manera en la que sus brazos se abrían en torno a ellas, junto a una tarjeta que tomé al momento que Ace habló.

—No, mi reina, ni te emociones. No es mi estilo. Sabes bien que para lograr lo que quiero no me hace falta regalar esta cursilería. —Me guiñó un ojo y abrí la tarjeta cuando una sola persona llegó a mi cabeza.

¿Cómo carajos hago para aceptar tus tontas palabras, si mientras más dices que no eres suficiente para mí, más difícil me es sacarte de mi cabeza?

Eres todo lo que quiero en mi vida, Iraide Viteri.

Me mordí el labio para que no se notara que me temblaron y sonreí al ver que volvíamos a tener contacto luego de unos días difíciles.

Sentí el móvil sonar en mi bolso y miré a Ace, quien se quería deshacer de las flores como fuera, incómodo por las personas que pasaban y se nos quedaban mirando.

—Tenlas un poco más —pedí con el corazón acelerado, intuyendo que era Fabio. Saqué el móvil y lo escuché gruñir, mientras yo me desilusioné un poco al ver que era Allison la que llamaba.

Confundida me llevé el móvil al oído y escuché su respiración agitada.

—¿Allison? —pregunté y la oí maldecir.

—*¡Ira, gracias a Dios me atiendes! ¿Has sabido algo de Samael?*

Miré a Ace y luego a las rosas blancas.

—No he sabido nada de él por días, pero ¿qué sucede?

La escuché caminar con pasos fuertes y una leve música de fondo, intuyendo que estaba en *Delirium* por la melodía.

—*Lo he llamado como loca y no atiende, Ira. Sophia ha estado aquí actuando como desquiciada y exigiéndome que revoque mi decisión sobre pedir que ella deje de ser sumisa de Samael y parte del harem. Nos hemos peleado en cuanto le aseguré que seguiría adelante con ello.*

Abrí los ojos con sorpresa al saber la verdadera razón de la *visita* que me hizo la legisladora el día anterior y alenté a Allison para que siguiera hablando.

—*Como sumisa Alfa del harem y fingiendo que mi relación con Samael va más allá de Dominante y sumisa, tengo el derecho de pedir con quién quiero compartir a mi Amo y quién no. Y he solicitado que su contrato se nulifique y eso no le ha sentado bien* —confesó y tragué con dificultad.

«Si Allison acepta».

Esas palabras de Fabio retumbaron en mi cabeza y supe con todo mi corazón que ella no pidió que Sophia dejara de ser sumisa de su Amo porque lo amaba.

¡Joder! Fabio solo buscó hacer las cosas sin dañar su mundo y evitando que me señalaran a mí.

—*Luego te cuento los detalles, pero te resumo en que todo se fue a la mierda cuando se me vino encima a los golpes y ha sumado más a su causa, dándome luz verde para que quede fuera del harem. Y después de todo lo que le dije se fue hecha una furia y al no darme buena espina la seguí.*

—¿Y qué sucedió? —pregunté con la sospecha de que no sería nada bueno.

Escuché su respiración agitada y el miedo en sus palabras.

—*La oí hablar por teléfono, dar indicaciones para que algo se llevara a cabo, pero no llegué a entender del todo.*

Me puse alerta, empuñando la nota de Fabio.

—¿Que ha dicho, Allison? —exigí.

—*Vayan detrás de la puta de Ira. De Fabio ya me he encargado.*

Respiré hondo al escucharla hablar y un gruñido a mi espalda me llamó la atención.

Me giré de inmediato y solté el móvil negando como loca en el momento que vi a Ace tirado en el suelo y las rosas blancas desparramadas a su alrededor manchadas de sangre.

Su sangre.

CAPÍTULO 62

Iraide

Kadir y Faddei salieron del coche al ver lo que pasaba, con armas en mano y buscando por todos lados de dónde había llegado aquel disparo. La gente a nuestro alrededor corrió y gritó desesperada para defenderse y en segundos me vi rodeada por más de mis hombres.

—¡Ira! —Escuché a lo lejos—. ¡Ira, protégete!

Mis oídos se taparon y mi sangre bulló en cuanto todo pasó demasiado rápido.

Los hombres comenzaron a disparar y me agaché queriendo llegar al cuerpo de Ace en el instante que una bala zumbó por mis oídos y destruyó parte del asfalto a mis pies.

—¡Saquen a Ira de aquí! —gritó Faddei y sentí a uno de los hombres tomarme del brazo, pero me solté de él.

—No dejaré a Ace —advertí.

Era Kadir quien me tomaba y maldijo cuando me vio arrastrarme hasta llegar al cuerpo de Ace. Las rosas blancas manchadas de su sangre me estremecieron y sobre todo al verlas a su lado, rodeándolo mientras él tenía los ojos cerrados.

—¡Joder, no! —maldije y en el camino alcancé a tomar mi móvil, lo metí en el bolsillo de mi pantalón y seguí hasta llegar a Ace—. ¡Maldita sea, Ace! Jodiste mis rosas —grité en un intento por mantener la calma y aparté de su pecho las rosas que habían quedado ahí.

Palpé su pecho y busqué dónde impactó la bala, encontrando la sangre saliendo a borbotones de su oblicuo izquierdo.

—¡Puta madre, espero que esos músculos que tienes sirvan más que para fanfarronear! —me quejé y comencé a darle palmadas en el rostro para que despertara—. ¡Ace, por favor! —grité y golpeé su pecho.

—Mi… reina.

—¡Dios! —exclamé al escucharlo gruñir y cuando fue un poco más consciente intentó tocarse el torso sin dejar de mirarme.

Había demasiada sangre a su alrededor y mi pantalón ya la comenzaba a absorber, mas no me importó; seguí de rodillas a su lado y puse las manos sobre la herida, ya que el líquido no dejaba de brotar. Traté de voltearlo para asegurarme que la bala hubiera salido y él se quejó de dolor.

—¡Quédate conmigo, idiota! —ordené y embarré sus mejillas de sangre al palmearlas con más fuerza en cuanto lo vi cerrar los ojos—. ¡Maldita sea, no me hagas esto! —supliqué al verlo perder el conocimiento.

Lo abofeteé y ni aun así respondió, me aterré logrando con eso descuidarme de mi defensa, así que Kadir se encargó de cuidarme junto a otros hombres, creando una coraza, con las armas en lo alto mientras buscaban de dónde salían los malditos disparos.

—¡Jodida mierda! Muevan el culo y sáquenlos de aquí —exigió Faddei.

Yo me mantenía desesperada haciendo presión en la herida de Ace para que no perdiera más sangre.

De inmediato dos hombres llegaron para tomarlo mientras los demás respondían a los tiros, Faddei y Kadir iban detrás de mí en cuanto me puse de pie y me fui hacia la camioneta en la que metieron a Ace. Me subí enseguida y tomé la playera que Kadir cogió de quien sabía dónde y la

coloqué sobre la herida del tipo tirado e inconsciente frente a mí. Me sentía en el limbo, asustada por lo que estaba viviendo y aterrada por pensar en Fabio.

Las balas no cesaban e impactaban como lluvia en la camioneta blindada, haciendo a Kadir maldecir y a Faddei responder desde el asiento de copiloto.

—¡Llévame a la clínica del doctor Andrews ya! —grité a Kadir.

Manteniendo la presión en Ace saqué el móvil y a duras penas el temblor en mi mano me dejó desbloquearlo y marcar el número de Fabio. Miré a Ace ponerse más pálido y maldije, cerrando los ojos a la vez cuando la operadora me envió directo al buzón, insistí obteniendo el mismo resultado. Entonces sin pensarlo más decidí marcarle a Dominik.

—*Ya no debería sorprenderme* —espetó al responder.

—¡Joder! ¡Cuidado! —gritó Faddei en el instante que Kadir logró evadir un choque al cruzarse en un semáforo en rojo.

Con la espalda presionada al asiento pude evitar mi caída sin perder mi agarre en Ace y el móvil, y agradecí que Kadir le importara un carajo las multas que acumularía, aunque deseé que lográramos llegar vivos a la clínica.

—*¡Qué carajos sucede, Ira!* —preguntó Dominik al escuchar el escándalo y maldije.

—Necesito que localices a Fabio, Dominik. Estoy en medio de un ataque y me advirtieron que van tras él.

—*¡Mierda!* —Fue todo lo que dijo y cortó.

Me mordí el labio con impotencia al entender que no logré actuar rápido y deseé ser yo en el lugar de Ace, puesto que temí perderlo al verlo inconsciente y me aterró no saber nada de Fabio.

Llegamos en menos de diez minutos a la clínica y Faddei se bajó aún con la camioneta en marcha, corriendo hacia el interior y volviendo enseguida con dos enfermeros y una camilla. Abrieron la puerta de golpe y tomaron el cuerpo de Ace con cuidado para llevarlo de inmediato a una sala de operaciones, evaluando sus signos vitales en el proceso.

—Paciente con herida de bala en el costado izquierdo del abdomen. Ha perdido mucha sangre y sus signos vitales son bajos —habló uno de ellos mientras colocaba una bomba de oxígeno en la nariz y boca de Ace y tres médicos corrieron a recibirlo.

No sé en qué momento volví a sacar el móvil para marcar el número de Fabio, solo sé que seguí a aquel grupo de médicos con la necesidad de permanecer al lado de Ace y a la vez saber del otro tipo que no pude proteger.

Una de mis manos quedó frente a mis ojos y la descubrí totalmente roja por la sangre, comprobando en ese instante que, si era de las personas que me importaban, corriendo peligro por perderla, no me gustaba.

No. Me. Gustaba.

Me limpié en la ropa sin lograr mucho, ya que también la tenía empapada, y me acerqué al mostrador al ver la camilla en la que llevaban a Ace traspasar las puertas dobles donde sabía que no me dejarían entrar, y al entender que una vez más no obtendría respuesta de Fabio.

Una recepcionista se acercó para atenderme y admiré su templanza, puesto que no se inmutó al verme casi bañada en sangre, aunque supongo que ya se había acostumbrado a situaciones como esa.

—Necesito que el doctor Andrews se haga cargo de todo. Soy Iraide Viteri, él sabrá qué hacer con ello —solicité con la voz ronca y entonces me miró sorprendida, pero asintió y tomó el teléfono.

—Espere allí, señora —pidió amable y señaló los asientos en la sala de espera.

Pasé de ellos porque sabía que la adrenalina no me permitiría mantenerme en un solo lugar. Así que opté por moverme por todos lados con todo el cuerpo temblándome.

Cogí el móvil de nuevo, pero esa vez para marcar otro número y me mandó directo al buzón.

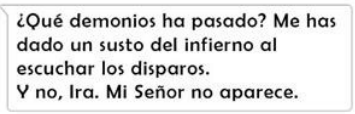
—¡Hija de puta! —gruñí entre dientes.

Y ni siquiera traté de insistir.

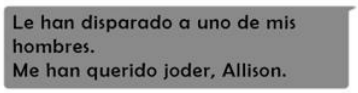
Faddei y Kadir aparecieron a mi lado de pronto, el primero detallando mi cuerpo, en busca de alguna lesión. El segundo me informó que había francotiradores en toda la zona de la financiera, y se les hizo difícil encontrarlos, aunque ya se estaban haciendo cargo.

Respiré profundo, intentando ocultar todas mis emociones al no obtener respuestas de Fabio y me tomé la cabeza mientras le escribía a Allison con la esperanza de que su Amo estuviera en *Delirium,* dispuesto a follar a todo su *harem* si eso necesitaba, no me importó en ese instante, solo quería saber que estaba bien.

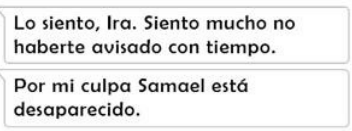
Me llevé el móvil a los labios y en ese instante recibí su respuesta.



Sentí que la garganta se me cerró al leer su respuesta, con toda la esperanza abandonándome para que la desilusión y miedo ocuparan su lugar. Aunque por inercia miré hacia la sala que llevaron a Ace y tecleé la respuesta rápido.



Cerré los ojos y me mordí el labio conteniendo un lamento.



—¡Puta madre! —reviré y sentí que los ojos me ardieron.

—¿Ira? —Faddei se acercó a mí, mirándome asustado cuando negué mientras arrastraba mi espalda por la pared hasta sentarme en el suelo—. Cálmate, cariño. Estás temblando —avisó.

—Voy a quemar el maldito mundo, Faddei —le advertí y se acuclilló para tomarme del rostro.

—¡Shhh! Calma, ángel. Estás entrando en *shock* y temo que te desmayes. —Me reí con burla y sacudí la cabeza.

—Si Ace muere, si dañan de alguna manera a Fabio, te juro por mi maldita vida que voy a quemar vivos a los culpables, calvo —aseguré y lo sentí limpiar mis lágrimas—. Te lo juro, Faddei —repetí viéndolo a los ojos.

Observé mis manos, las cuales se movían de manera involuntaria y dejé que me levantara del suelo para llevarme a una silla. Luego lo miré a él con furia y dolor.

—¿Qué hago para que te sientas un poco tranquila?

—Tráeme a Fabio —respondí solo para que tuviera claro que nada de lo que hiciera me daría tranquilidad.

—Ya he enviado a varios hombres a su *penthouse* para que investiguen dónde puede estar. También envié a otros a *Delirium* y las clínicas donde trabaja —informó.

—Avisa que tengan cuidado porque ya le he avisado a su hermano y de seguro la organización a la que pertenece ya se está movilizando, así que pide que eviten cualquier enfrentamiento porque por esta vez, trabajamos con el mismo objetivo —advertí y vi su sorpresa.

Hablé rápido, sintiéndome presa del tiempo, a contrarreloj y vi a Faddei llevarse el móvil a la oreja.

—Necesito que me digan dónde putas está —gruñí en voz alta.

—Si Sophia está tan interesada en él, no lo lastimará —dijo para tratar de consolarme y reí sin gracia.

—Esa hija de puta mató a Frank, al hombre que amaba, Faddei. Así que no intentes consolarme con eso —aconsejé y lo escuché carraspear apenado.

—Pero ambos sabemos que Frank fue una mierda con ella, ángel. El doctor D'angelo no, su único error ha sido despreciarla.

—Por mí —le recordé, ya que esa era razón suficiente para que a la mujer se le olvidara que Fabio nunca la dañó físicamente.

Al menos no para provocarle dolor y analizar eso añadió amargura a mi agonía.

Faddei optó por no decir nada más y en su lugar se encargó de llevar a cabo todas mis órdenes, dejando que yo me sumiera en mis pensamientos y alimentara mis ganas por tener a Sophia en mis manos y a todo aquel que le ayudó a joderme dañando a Ace.

No me moví de mi lugar y solo sentí el tiempo ralentizarse hasta que el doctor Andrews salió de la sala de operaciones horas más tarde.

—¿Iraide? —me llamó y observó mis fachas, apretando los labios con entendimiento—. Pude estabilizar al muchacho, por suerte el proyectil tuvo orificio de salida sin tocar órganos vitales. Aunque perdió mucha sangre y eso provocó que quedara inconsciente, pero luego de unos análisis y varios puntos, puedo decirte que está fuera de peligro.

Respiré profundo, sintiendo que me quité un peso de encima y lo encaré, aún con la sangre hirviéndome por la adrenalina de todos los acontecimientos.

—¿Dónde está? —inquirí.

—Lo hemos trasladado a una habitación, aún se encuentra sedado por la anestesia, pero puedes pasar a verlo y tomar una ducha, voy a enviar a una enfermera con ropa para que puedas cambiarte.

Asentí vagamente y me fui cuando me indicó el número de habitación, llegando enseguida y encontrando a Ace en una camilla más grande, durmiendo. Me acerqué y me quedé observando su rostro en calma, con la boca levemente abierta.

—Te juro que, si me hubieras dejado, habría ido al infierno a buscarte para matarte con mis propias manos, imbécil —murmuré y tomé asiento a su lado.

Tenía el móvil aún en las manos e hice una llamada más, no recibí respuesta y tampoco de Dominik cuando decidí contactarlo a él.

Qué jodida era la sensación que me embargó en ese instante, pues me sentí aliviada de estar con Ace y comprobar que no corría peligro, pero también desesperada porque Fabio no aparecía por ningún lado.

Me fui a la ducha cuando la sangre comenzó a incomodarme y me limpié lo mejor que pude,

vistiéndome al final con la ropa que la enfermera llevó para mí, era un uniforme de alguna de ellas y, aunque la tela me incomodó, agradecí el detalle y volví al lado de Ace.

Me quedé por varios minutos mirando un punto fijo, con la cabeza maquinando mil escenarios diferentes hasta que la puerta se abrió y Kadir entró con el rostro serio y miró por unos segundos a Ace.

—Mi señora, los hombres que Faddei desplegó nos han avisado que no pudieron conseguir mucho. En el consultorio informaron que el doctor se tomó una pequeña licencia y en *Delirium* no hay rastro de que haya aparecido. —Eso ya lo sabía, pero aun así el corazón se me aceleró y más cuando se quedó en silencio varios segundos advirtiendo así que no me gustaría lo que diría a continuación—. Sin embargo, en su casa hay signos de fuerza en la cerradura y un par de cosas fuera de lugar, lo que da a entender que algo jodido pasó.

Me levanté de mi lugar tomándome la frente, los espasmos en mi cuerpo se volvieron incontrolables y una vez más desbloqueé el móvil bajo su atención y volví a marcar, apoyándome en una de las paredes hasta que la llamada fue respondida.

Abrí la boca nerviosa e intenté subir el volumen al percatarme que así hayan aceptado la llamada, no hubo respuesta.

—Fabio —pronuncié con súplica.

Escuché una risa y apuñé el aparato.

—*Fabio no puede hablar ahora mismo, querida* —soltó una voz ronca y me estremecí—. *Pero lo haré yo por él. Te dije que no tenía idea de con quién estabas jugando, puta tirana.*

La línea se cortó justo cuando terminó de hablar y grité sin importarme una mierda dónde estaba, incluso sin pensar en que Ace se encontraba convaleciente. Únicamente me tomé el cabello con desesperación y maldije.

—Quiero que busquen a la persona que está ayudando a Sophia —exigí viendo a Kadir, quien se había quedado estático—. La hija de puta no ha hecho esto sola, así que encuentra a quien le ha ayudado e investiga cuál es su talón de Aquiles —añadí entre dientes y hablando pausado.

Él asintió sin dejar de observar mis reacciones, con un deje de preocupación al verme así, ya que desde lo de Gisselle, nunca perdí mi mierda a ese extremo y lo miré al percatarme que no era capaz ni de respirar.

—¡Muévete, joder y haz lo que digo! —grité colérica.

Reaccionó yéndose casi corriendo de la habitación y caminé de un lado a otro. Faddei fue el siguiente en aparecer y me indicó que ya había desplegado gente alrededor de la clínica y dos hombres en la puerta de la habitación, recomendando que lo mejor era que me fuera a casa a descansar.

Negué con la necesidad de quedarme, pero una enfermera llegó a tomarle los signos vitales a Ace y aconsejó que lo dejáramos descansar tranquilo, alegando que él no despertaría hasta el día siguiente.

—En casa podrás manejar mejor todo esto —señaló Faddei y le di la razón.

Así que me fui del hospital advirtiéndole a los hombres que, si descuidaban a Ace, con su vida me lo pagarían. Y conociéndome entendieron que no mentía.

—Kiara está con Milly, así que podremos manejar todo esto sin involucrarla —avisó el calvo

cuando llegamos a casa—. Ya estoy movilizando todo, pronto sabremos quién ayuda a Sophia —añadió y me tomó del brazo con delicadeza al verme ida, yendo a mi habitación—. Más rápido de lo que esperas, podrás desquitarte como más gustes, Ira.

Asentí de acuerdo y me soltó, dejándome subir un par de escalones antes de voltear y verlo.

—No dudes ni por un segundo que disfrutaré haciendo pagar a todo aquel que me puso en esta situación —juré y su gesto me dijo que no dudaba—. Y en cuanto sepas algo, me lo informas.

—Entendido —murmuró y se fue sabiendo que no diría nada más.

Quería ocuparme en algo que me ayudara a saber pronto dónde encontrar a Fabio, pero no tenía muchas opciones, así que solo opté por quitarme el uniforme de enfermera y me acomodé el cabello en una cola descuidada. Comencé a caminar de un lado a otro en la habitación, haciendo surcos, llevándome las manos a la cabeza para apretarla y así acallar mis pensamientos, sintiendo que la ansiedad poco a poco se iba apoderando de mí.

Hasta que no pude más y me conduje escaleras abajo en busca de algo fuerte, terminando en la cocina bebiendo desde la botella de *bourbon*, arrugando el rostro por los tragos largos que daba y conteniendo las ganas de llorar por la impotencia que me embargó.

—No seas patética, Iraide —me dije a mí misma.

No era de llorar, aunque últimamente la tensión afloraba mis sentimientos muy fácil.

Decidí llamar a uno de los hombres de Ace, quien se quedó a cargo en el hospital para que me informara de cómo iban las cosas, y me tranquilicé cuando me aseguró que todo marchaba bien. Su jefe aún dormía y ellos no se descuidarían de nada, sobre todo con él vulnerable.

Terminé la llamada justo cuando la puerta principal se abrió y me apresuré viendo entrar a Faddei junto a Kadir. El primero iba con una carpeta en las manos.

—Tenemos la información de quién ayudó a Sophia en el secuestro de Fabio y el atentado a Ace.

Endurecí la mandíbula y tomé los papeles leyendo con rapidez.

—Senador Adolf, cuarenta y nueve años, ayudó en la candidatura de Sophia y es socio en varios negocios junto con ella. Casado hace seis años, con un hijo de cinco.

Leí con precisión cada detalle que había en las hojas y miré a Faddei cuando siguió hablando de ese hijo de puta.

—Tráeme al niño —exigí sin más y sus ojos se desorbitaron.

Ambos hombres se quedaron en blanco mirándome, yo les devolví la mirada con dureza, convencida de lo que quería.

—Ira, es un niño —murmuró Faddei sorprendido.

Me crucé de brazos impaciente y sonreí.

—¿Y? —inquirí con frialdad—. Tráeme al niño, Faddei —demandé hablando pausado y elevando más la voz.

Faddei se llevó la mano al rostro y me miró sin dar crédito a lo que decía.

—Pero, Ira, es tu límite. —Fue lo único que dijo y negué, perdiendo cualquier resquicio de paciencia.

—¿Y quién te dijo que había límites cuando se trata de él? —pregunté con maldad.

En ese momento no le estaba hablando Iraide, la mujer dolida y enamorada. La chica buena que esperaría a que la justicia se hiciera cargo de sus problemas.

Le habló Ira. La puta tirana a la que todos odiaban y muy pocos subestimaban.

La reina sádica que tomaba la justicia por su propia mano. La amante que atravesaría cualquier maldito límite con tal de salvar a su amado.

Faddei supo a quién me refería cuando hice esa pregunta y cerró los ojos, murmurando algo que

no logré entender, pero no dijo nada más, solo se dio la vuelta y tocó a Kadir, quien aún seguía pasmado; haciéndolo reaccionar para luego salir, dejándome todavía con los nervios a flor de piel.

Me fui hacia la cocina para tomar el móvil y marqué el número de Dominik, esperando que esa vez sí me atendiera.

—Te enviaré una ubicación y espero verte allí en veinte minutos máximo —solicité cuando descolgó y sin esperar respuesta corté.

Le pasé por mensaje la ubicación del casino, siendo consciente de que no podía ir a la financiera tras el atentado y de inmediato salí al jardín principal, pidiéndole a Faddei y Kadir que me acompañaran.

—¿Estás segura de lo que harás? —inquirió Faddei luego de decirle que me vería con Dominik para pedirle una tregua y asentí—. Ira, sabes que el líder de esa organización te la tiene jurada y preferirán buscar a Fabio por sus medios antes que aliarse contigo.

—Tengo mis métodos —objeté.

Sabía los terrenos que iba a pisar, por lo tanto, era consciente de que me pondría en bandeja de plata para que me cobraran ciertas deudas del pasado, pero jugaría mis cartas con tal de recuperar a Fabio.

—Y no bromeaba cuando dije que con él no tengo límites —le recordé.

Maldijo por lo bajo, pero calló y se limitó a abrir mi puerta en el estacionamiento.

Entré al casino como alma en pena e ignoré a las personas que intentaron acercarse a mí para saludarme, viéndome con temor en cuanto les exigí que no me molestaran. Subí a la oficina descubriendo a Mónica en ella, quien se encontraba arreglando unos papeles y me miró con sorpresa.

—Vete —dejé la puerta abierta y la señalé— y avísame cuando el señor D'angelo venga.

Me miró asustada por la cara de desquiciada que de seguro tenía y salió casi corriendo, susurrando una afirmación.

Me tomé del asiento detrás de mi escritorio y observé hacia el salón principal del casino, siendo testigo de la tranquilidad con la que regalaban su dinero hasta que luego de varios minutos la puerta fue golpeada, miré sobre mi hombro y Mónica se asomó con el rostro un poco pálido.

—Señora, el señor ha llegado —anunció con un leve tartamudeo que obvié.

—Déjalo entrar.

Volví a mirar hacia el salón y escuché cuando Dominik entró y la fuerza con la que cerró solo potenció su manera de inundar el lugar con su presencia.

—¿Qué carajos hiciste para que Fabio esté desaparecido? —Fue lo primero que dijo y sonreí para mí antes de voltearme.

—Así te parezca ridículo, solo follar con él —respondí tratando de sonar serena y lo enfrenté.

—No estoy para tus malditos juegos, Iraide. Mi hermano está desaparecido y créeme que estoy a punto de perder la maldita cabeza —advirtió y vi el dolor en sus ojos.

—Toma asiento —pedí y serví dos tragos.

Le entregué uno y me senté en mi lugar agradeciendo que él también lo hiciera.

Le dio un trago a su bebida y tras eso su mirada se conectó a la mía, apoyé una mano en mi pecho al notar que compartía ciertos rasgos con Fabio y de pronto una tristeza súbita me invadió.

—Sé quién lo tiene y antes de que digas algo, en serio pasó solo porque follé con tu hermano —expliqué sin perder mi semblante sombrío, viéndolo endurecer la mandíbula al percatarse de que no le mentía.

—Por lo que veo, mi hermano tiene un gusto retorcido por las locas —reviró y, aunque sonreí,

también noté la preocupación en él.

—Ya tengo a mi gente trabajando para obtener la ubicación de dónde lo han llevado —informé y le relaté lo que Allison me dijo al advertirme, sin embargo, guardé la identidad de Sophia para mí.

Con cada palabra que dije vi la impotencia en Dominik hasta que se puso de pie y caminó de un lado a otro, la furia creció en él muy rápido.

—Fabio cayó en depresión hace un par de días y si lo que me dices es verdad, entonces lo atraparon porque en su estado es fácil manipularlo.

Me llevé una mano al cuello cuando dijo tal cosa y lo miré asustada.

—Estuvimos juntos hace un par de días y lo noté más efusivo, hablador y hasta contento, pero nunca depresivo —musité y él me miró serio.

—¡Y cómo ibas a saberlo si para lo único que estás en su vida es para destruirlo! —espetó y lo miré mal.

Cansada de volver a la misma conversación con él.

—Me importa una mierda lo que tú opines sobre mi relación con tu hermano, Dominik —repliqué—. No te pedí que vinieras para que me digas si le hago bien o no. Así que concentrémonos en lo importante —agregué.

—¿Importante? —Satirizó y clavó de golpe las manos en la madera del escritorio—. ¡Importante era que desaparecieras de la vida de mi hermano, que no lo jodieras más de lo que está, pero no, tú lo quieres ver hundido en la mierda y mira cómo está ahora! —gritó y yo solo me limité a escucharlo —. Secuestrado y todo por tu puta culpa.

—¡Joder! ¡Ya basta de señalarme, Dominik! Lo único que busco contigo es una maldita tregua —grité y se rio de mí.

—¿Tregua? —replicó irónico.

—Me necesitan para encontrarlo. —Zanjé.

—¡No, Iraide! Vamos a encontrar a Fabio sin ti —aseguró—. Y por lo que veo, después de todo no eres tan poderosa si necesitas de nuestra ayuda —se mofó y entonces sí que me reí.

—No seas imbécil, cuñadito. —Satiricé—. Tengo el poder para desatar una puta guerra ahora mismo si así lo quiero. Y si te pido una tregua es solo porque ustedes no tendrán el poder para contenerla —aseguré.

Caminó con furia por la oficina, maldiciendo. Pero se quedó mudo al procesar mis palabras y la verdad impregnada en ellas.

Él sabía que no lo estaba jodiendo, con lo que yo sabía podía poner en tela de juicio tanto a Sophia como a Adolf, el maldito senador que la ayudó. Sin embargo, descubrirlos significaba destapar una cloaca que mis aliados y enemigos de la organización a la cual pertenecía Dominik, aprovecharían, y los únicos perjudicados sería el lado bueno del gobierno y su presidente los culparía a ellos.

—¿Por qué carajos necesitas una tregua? —Quiso saber.

«Porque tengo algunas deudas con uno de tus líderes y no estoy en el mejor momento para enfrentarlas si quiero antes poner a salvo a tu hermano», pensé.

—Porque al ir en busca de tu hermano con mi gente y tu organización, me arriesgo a que se quieran colgar una medalla gracias a mis huesitos y no, eso no va a pasar —expliqué.

—Para que la organización acepte esta tregua y te dejen en paz, debes darles algo a cambio —indicó lo que ya sabía y sonreí.

Cogí el archivo que había guardado y se lo entregué con una página que contenía un solo nombre: George Lupin, aquel puto pedófilo del cuál él y su asociación estaban detrás. Lo abrió sin preámbulo

y sus ojos no ocultaron la sorpresa al leer lo que encontró escrito con mi puño y letra.

Dominik palideció y luego levantó su mirada a mi rostro.

—Sé que tienen los recursos para encontrar a Fabio, pero no con la rapidez que lo haré yo. Y aparte de eso, no estoy dispuesta a quedarme a esperar de brazos cruzados a que lo rescaten. Así que solo pido una tregua que durará hasta que tu hermano esté a salvo y a cambio te pongo a ese personaje en bandeja de plata para que lo despedacen si desean.

—¿Cómo sabré que no mientes? —inquirió y sonreí.

—La que se mueve en su mundo soy yo, Dominik. La lideresa de la única organización a la cual nunca podrán combatir y eres consciente de eso. Poseo incluso los secretos más oscuros del vaticano y la monarquía, así que no dudes de que puedo darte la información de un pobre diablo —le recordé y tragó con dificultad.

Lo detallé con fingida calma hasta que cerró la carpeta y empuñó las manos.

—Por mi parte, acepto darte esa tregua —dijo y asentí.

—Y sé que la respetarás, pero solo para que todo quede claro, diles a los líderes de tu organización que llegó el momento de que me hagan una promesa y, a cambio, les ayudaré a que cacen a esa rata.

—¿Una promesa? —musitó incrédulo e intuí que fue porque yo tuviera el conocimiento sobre las promesas y cómo las respetaban en su organización.

Eran pactos casi sagrados y yo me afianzaría del más poderoso.

—Una de vida —añadí con una sonrisa y se tensó.

CAPÍTULO 63

Iraide

Me quedé en el casino hasta que cerró, luego de que Dominik se marchara. No quería volver a casa porque sabía que era solo para seguirme torturando, así que no me quedó más que fingir que nada pasaba y puse mi mejor sonrisa al bajar y saludar a algunos clientes, aunque por dentro sentía que me moría.

A las malditas horas siempre les daba por detenerse cuando más deseabas que corrieran.

Llegué a casa con los primeros rayos del sol y opté por tomar una ducha, tras eso me vestí para ir al hospital y ver a Ace. Todavía lo encontré dormido y una de las enfermeras me aseguró que despertaría hasta la tarde, así que cuando estar solo mirándolo me desesperó, me fui de nuevo a casa para practicar Capoeira, no sin antes asegurarme que el lugar estuviera bien custodiado.

Perdí la cuenta de las veces que Dolly (mi ama de llaves) intentó persuadirme para que comiera algo y desistió cuando entendió que comenzaba a cansarme de decir no.

Justo a las diez de la mañana Dominik me llamó para decirme que había hablado con sus compañeros y que aceptaban la tregua, haciendo él la promesa de vida en nombre de todos.

—*¿Has averiguado más?* —Quiso saber y bebí un poco de agua.

—No, pero en unas horas tendré alguna respuesta, ¿y tú?

—*Estamos siguiendo algunas coordenadas, te avisaré si conseguimos algo.*

—Y yo a ti —prometí y tras eso corté.

Me fui hacia la cocina cuando una punzada atacó mi cabeza y cerré los ojos, presintiendo que me pondría peor donde no tomara nada. El desvelo, estrés y la falta de comida comenzaban a pasarme factura y para cuando llegué a mi destino, ya había comenzado a entrecerrar los ojos.

El dolor se volvió agudo en mi frente y las sienes.

Me bebí un analgésico y justo cuando tomé el último sorbo de agua Kiara apareció y corrió a abrazarme, diciéndome que ya estaba al tanto de lo que sucedía gracias a que escuchó a Kadir hablando de ello.

—¿Por qué no me llamaste? —reclamó y negué.

—Todo se fue a la mierda, Kiara. Y créeme cuando te digo que mi cabeza no da para más —alegué y me alejé de sus brazos.

Me miró comprensiva y pidió que me sentara con ella en los taburetes de la isla. Aunque antes de acomodarse a mi lado me preparó un té y puso la taza entre mis manos.

Ni siquiera me había dado cuenta de lo fría que estaba mi piel hasta que sentí lo caliente de la cerámica entre mis manos, gracias a la temperatura del té.

—¡Esa hija de puta no se cansa de sumar puntos para que acabes con ella! —espetó.

—Y créeme que cuando le pueda poner una mano encima, deseará no haber nacido. Ella y sus cómplices —aseguré y me miró un poco sorprendida por la furia con la que solté esas palabras—. Estoy harta de no tener un minuto de paz y que se metan con las personas que me importan.

Cerré los ojos y me agarré la cabeza luego de darle un sorbo a mi té; me sentía cansada, desesperada y angustiada al pensar en lo que Fabio podía estar viviendo. En mi interior algo me decía que Sophia no iba a matarlo por respeto a lo que compartieron como Amo y sumisa, pero nada me aseguraba que no fuera a lastimarlo, ya sea por joderme a mí o por hacerle pagar a él el que

la hubiera dejado.

—¿Y si me acerco a ella? —Levanté la cabeza y miré confundida a Kiara cuando soltó semejante disparate.

—Pero ¡¿qué dices, mujer?! —exclamé.

Ella sonrió entusiasmada y asintió convencida.

—La vi en algunas ocasiones que asistí a *Delirium* y he escuchado de algunos lugares donde va además del club —aclaró cuando la miré mal—. Sabes que no se me hace difícil engatusar a las mujeres por muy hetero que sean, así que podría sacarle información si logro llevármela a la cama por mucho asco que me dé.

Me puse de pie de un salto y la señalé enfurecida.

—¡No te atrevas a acercarte a ella! No seas estúpida al pensar que caerá en tu juego cuando sabe muy bien que la estoy buscando hasta debajo de las piedras —vociferé, mi voz retumbó en la cocina.

Kiara se cruzó de brazos, molesta por mis palabras y me miró indignada.

—¿Crees que no podría ayudarte? —preguntó, elevando también la voz—. ¿Que no me arriesgaría por ti? ¡Joder, Ira! Eres mi hermana, daría lo que fuera para ayudarte y tú me dices esto, como si solo fuera un estorbo o un adorno más en esta casa que solo mueves cuando te conviene. —Negué seria.

No daría mi brazo a torcer y menos la entregaría en bandeja de plata. Sophia conocía el lazo que tenía con Kiara y no permitiría que también la cogiera a ella para poder lastimarme.

Nos mantuvimos en silencio por unos minutos en los que me permití pensar en todo lo que me estaba sucediendo y me volteé cuando Kiara bufó molesta.

—Me importa una mierda lo que creas, Kiara. No te meterás en esto y me vas a obedecer porque como acabas de decirlo, eres mi hermana. Y así me esté hundiendo en la mierda no voy a dejar que te tomen a ti también, no me lo perdonaría. Y, además, no estoy para lidiar con más secuestros si deciden cogerte a ti en tu vano intento por seducir a Sophia.

Kiara me dedicó una mirada mortal y una lágrima rodó por su mejilla.

—Fue mi vano intento en seducir lo que te ayudó a ganarte un lugar al lado de Frank, Ira —recordó y bufé—. Pero está claro que solo te sirvo cuando te conviene.

—¡Joder, Kiara! No lo compliques más, que bien sabes a lo que me refiero —espeté y me cogí las sienes cuando el dolor de cabeza aumentó.

—¿Sabes qué? Olvida lo que dije y espero que puedas encontrar a tu imbécil —finalizó y levantó una mano cuando intenté acercarme a ella—. Me iré con Milly.

Quise abrir la boca cuando se dio la vuelta para irse, pero me contuve en cuanto supe que la iba a terminar de cagar si seguía soltando lo que pensaba. No estaba para lidiar con ella, aunque sí le pedí a uno de mis hombres que la siguiera para que la protegieran si algo pasaba.

Solía analizar mejor las cosas bajo presión, aunque en ese caso no logré hilar pensamientos cuando en todos ellos tenía Fabio. Me mordí el labio, sentándome de nuevo en el taburete y apoyé los brazos, escondiendo mi rostro en ellos y permitiéndome ser débil, liberando todo el miedo y preocupación por no saber dónde demonios estaba y cómo se encontraba.

Así que dejé a Kiara en un segundo plano.

Pero mi momento de ser débil fue muy corto y me sequé las lágrimas con rapidez cuando sentí a Faddei entrar y lo miré en cuanto se detuvo en el umbral e inspeccionó mi aspecto.

—Está hecho —anunció y respiré profundo—. El niño ha sido trasladado a la bodega del norte, custodiado por nuestras chicas, ya que pensé que si lo dejábamos con uno de los hombres tendría más miedo.

—Qué bueno que lo tomaras en cuenta, porque en este momento a mí me importa un carajo el

bienestar del chiquillo —reviré con dureza.

Cogí el móvil de inmediato y le escribí a Soren, él ya estaba al tanto de lo que pasaba y al ser el tipo de más confianza de Ace, le pedí que se encargara de ir a la bodega del norte, la cual ocupábamos para albergar a mis *invitados* forzados, y que moviera al niño a otra zona.

—¿Hiciste las grabaciones? —inquirí mientras salía de la cocina y lo miré para que me siguiera.

Me fui directo a mi oficina y me acomodé en una *chaise longue* giratoria.

—Todo está acá. —Me entregó un móvil que no podía ser rastreado y lo desbloqueé.

—He ordenado que trasladen al niño a otro lugar, así que avisa a tu gente que llegarán por él —solicité y me concentré en el número que marcaría.

Mi semblante cambió en un parpadeo antes de comenzar la llamada, sabiendo que acababa de hacerme con el mango del sartén y era mi turno de lanzar las cartas, segura del As en mi baraja.

Ace llegó a mi cabeza al pensar en ese As y la explicación que me dio de su nombre y medio sonreí, deseando con todas mis fuerzas haberlo tenido a mi lado para que disfrutara de ese momento.

—Hora de lanzar mis cartas —le dije a Faddei cuando el primer tono sonó y le sonreí con sorna, convirtiéndome en la maldita que todos odiaban.

El calvo correspondió en silencio y esperó atento. Había puesto el altavoz y ambos escuchamos cuando descolgaron, oyendo de fondo un alboroto y al pedazo de mierda respondiendo con la voz desesperada.

—Senador Adolf McAdams, qué placer es saludarle —hablé con calma.

—*¿Ira Viteri?* —inquirió con cautela.

—O la reina sádica. La puta tirana, si es que su socia se refirió así a mí, cuando le pidió su apoyo —me presenté y sonreí.

—*¿Dónde está mi hijo?* —preguntó desesperado.

—Lo sabrá cuando yo haya recuperado a mi hombre, así que es mejor que me proporcione la ubicación exacta de donde lo ha llevado —le advertí.

—*¡No sé de qué me habla!* —aseguró y me reí.

—Así como yo tampoco sé cuántos dedos tenemos en una mano, ¿son cuatro o tres? —cuestioné irónica.

Ahogó un sollozo al escuchar mi burla, intuyendo por qué le hice la pregunta, demostrándole de esa manera que no me importaba la vida de su hijo, así como tampoco devolvérselo completo si no me daba lo que quería. Me deleité con su miedo, segura de que estaba experimentando lo mismo que yo, ya que hijo o amante, ambos amábamos con la misma intensidad.

—La ubicación de Fabio D'angelo por su hijo, senador. Ambos ganamos —señalé.

—*¿Qué me asegura que me lo devolverá con vida?* —cuestionó con temor.

—Lo mismo que a mí me asegura que usted no me tenderá una trampa y permitirá que mi gente rescate a mi hombre vivo y sano —expliqué con simpleza.

Escuché un revuelo al otro lado de la línea y a él maldiciendo en cuanto una mujer comenzó a llorar con desesperación.

—Tictac. Tictac, el tiempo es vital en estos casos —le recordé mirándome las uñas, a la espera de su respuesta.

—*No es mi gente la que lo custodia, Ira* —avisó y bufé, irónica.

—Solo le pido el lugar exacto de dónde lo tienen y que no advierta lo que pasa; de mi parte, solo mi hombre más cercano y yo lo sabemos, así que cuento con su discreción.

Miré a Faddei al decir tal cosa y él asintió.

—Es fácil, senador. Usted únicamente hable y del resto me encargo yo.

—*Deme una prueba de que está vivo y completo* —suplicó.

Abrí la aplicación de mensajería y adjunté el vídeo que Faddei grabó, enviándoselo de inmediato.

—¡Listo! Lo hice enseguida, así como espero que usted me colabore —hablé con inocencia—. Y por favor, Adolf, no se pase de cinco minutos para enviar esa dirección, porque mi paciencia tiende a abandonarme muy rápido y si me estreso, me da por cortar lo que encuentro a mi paso.

—*No lo dañe, ¡se lo suplico!* —gritó.

—No se tarde y tampoco avise a su socia. Y yo no se lo suplico —aclaré y corté.

No iba a esperar más respuesta de su parte.

Me puse de pie con el corazón latiéndome rápido y le dije a Faddei que fuéramos a la bodega del sur y convocara a todos los hombres justo cuando a mi móvil llegó la dirección que le pedí a Adolf, junto a un mapa satelital lleno de puntos rojos que me indicaban el movimiento de la gente de Sophia.

Faddei tomó su móvil e hizo varias llamadas mientras yo leía todo con precisión, memorizando cada punto, luego le escribí al senador que recibiría a su hijo hasta que yo tuviera en mis manos a Fabio, ya que era la única garantía para que no hablara.

Tras eso me subí a la camioneta y llamé a Dominik después de haberle enviado la dirección y lo demás que me proporcionó el senador.

—Asegúrate de que ese es el lugar correcto y en cuanto lo confirmes, avísame para mover a mi gente. Yo limpiaré el camino y me encargaré del anillo exterior mientras tú y tus amigos entran al corazón del puerto.

—*Es el lugar correcto, lo acotaron mientras hablabas* —confirmó y admiré la rapidez.

—Bien, es hora de activar la tregua, cuñadito. Te dejaré el camino libre para que rescates a Fabio —aseguré.

—*Envíame el código de un intercomunicador y lo conectaré con el mío para que estemos comunicados* —pidió.

—De acuerdo. Y, antes de que lo olvide, no ataquen a mi gente ni permitas que la tuya me ataque porque voy a responder a mi estilo.

Corté la llamada y respiré profundo, sabiendo lo que eso significaba, mentalizándome con lo que se me vendría encima, ya que iría a meterme a la boca del lobo. Y no lo decía por Sophia y los imbéciles que la ayudaban, sino más bien por las personas con las que me cruzaría.

El viaje a la bodega no duró mucho y en cuanto el coche estacionó me fui directo a la oficina, viendo en el camino a todos mis hombres y mujeres preparándose bajo los gritos de Faddei. Les pedí que me esperaran en la zona de carga para los detalles y el calvo se fue de inmediato por unos mapas.

Corrí hacia el clóset y me cambié enseguida por equipo táctico, eligiendo unas botas de combate más livianas porque algo en mi interior me gritaba que esa vez la batalla no la libraría solo con balas y cuchillas. La pelea cuerpo a cuerpo sería necesaria y mi sangre bulló al imaginarlo.

Amarré mi cabello en una cola alta y solo por pura vanidad de mujer decidí aplicarme un poco de maquillaje para no dejar evidencia de lo jodida que había estado desde el ataque, aclarando así que ni en mi peor momento me verían vuelta mierda. Mis debilidades solo se las mostraba a la chica que me devolvía la mirada en el reflejo de mi espejo y eso no cambiaría.

Acomodé los dedales en su lugar y me moví por la oficina, mentalizándome sobre lo que iba a suceder, queriendo más que nunca que todo saliera tal cual se trazaría.

Salí de la oficina cuando Faddei avisó que todo estaba listo y me fui directo a la zona de carga. Junto al calvo explicamos cómo llevaríamos a cabo ese operativo y detallamos con precisión los

puntos que tendrían que evitar, ya que esos serían tomados por Dominik y su gente y era mejor no cruzarnos con ellos.

—Esta vez nuestros aliados también son enemigos y solo por hoy se respetará una tregua. Sin embargo, he dejado claro que, si alguno de ellos quiere pasarse de listo, responderemos como solemos hacerlo. Así que les pido que no provoquen, pero defiéndanse si es necesario —dije con voz de mando y escuché muchas afirmaciones.

Ellos ya sabían quiénes eran las dos organizaciones con las que nos codearíamos para enfrentar a los secuestradores, la letalidad que manejaban y cómo debían moverse, así que confié en que no perdería a mucha gente esa noche.

Aplaudí varias veces para darles ánimos y dármelos a mí también, viendo a Faddei y Kadir entre todos, vestidos con la ropa táctica que utilizábamos para ese tipo de misiones y con el rostro serio, metidos de lleno en el plan.

—¡Bien! Llegó la hora, así que comiencen a marchar a sus lugares —ordené al terminar de explicar todo hasta que cada uno lo tuvo claro.

Comenzaron a salir yendo a sus camionetas y motos y les seguí de cerca, sintiendo un chute de energía ser inyectado en mis venas cuando la adrenalina hizo su acto de presencia.

—Mi señora, nosotros iremos con usted —aseguró Kadir, aunque eso ya lo tenía claro.

—Esta vez jugarás a la presa y cazadora, Ira. Así que debes estar más alerta —me advirtió Faddei y sonreí.

—Yo siempre he sido la presa en este mundo, calvo. Lo que sucede es que me impuse como cazadora, pero no te preocupes, porque sé moverme en ambos bandos —respondí y le guiñé un ojo.

Me acomodé en el asiento trasero cuando Kadir hizo rugir el motor del coche y Faddei subió como copiloto. Revisé mis armas en el chaleco antibalas y saqué los cinco dedales para ponerlos en mi mano derecha, teniendo la ventaja de que, con las pistolas, era tanto diestra como siniestra.

—Estaremos en nuestras posiciones en diez minutos —dije presionando un pequeño botón del intercomunicador en mi oído, luego de enviarle el código a Dominik y que él me pidiera una prueba de que lo escuchaba.

—*Nosotros estamos a veinte, así que con diez de diferencia es suficiente para la reina sádica.* —Acotó con burla y sonreí.

—Cuídate mucho de no cruzarte luego en mi camino, cuñadito —aconsejé y cerré la comunicación para quedarme con la última palabra.

Llegamos a la zona portuaria en Annapolis en el tiempo que predije y nos camuflamos con la noche a nuestro favor, los contenedores apilados a un lado y la zona de embarcación del otro.

Tenían a Fabio en un barco de carga, el más grande de todos, así que no fue difícil ubicarlo, sobre todo por la gente que lo custodiaba. Nada inteligente, por cierto, ya que estaba muy a la vista y hasta el más idiota podía intuir que cuidaban algo demasiado importante.

—Si por algún motivo nos toca separarnos, este será el punto de encuentro. En cuanto vean que Fabio ha sido rescatado y la gente de Dominik ha tomado el control, entonces retrocedan —les ordené a mis dos hombres y ellos se encargaron de comunicárselo a los demás.

Sentí que las manos me temblaron y me paré de golpe al abrir comunicación en el intercomunicador en mi oído, escuchando el repentino despliegue de gritos y demandas.

«Juegas a presa y cazadora, Iraide. No lo olvides».

Me repetí esas palabras y respiré profundo, cerrando los ojos solo un instante.

—Vamos por el anillo externo. Nadie entra ni sale a excepción de La Orden del Silencio y los Grigori —advertí, diciendo por primera vez en voz alta los nombres de las asociaciones con las

cuales Dominik D'angelo tenía lazos—. Y el que no sea parte de ellos o de mi gente, muere. Pero no olviden mi advertencia, si los quieren joder, jodan antes, porque no estoy dispuesta a irme de aquí con varios de ustedes muertos. ¿Estamos claros? —espeté con voz dura.

Tanto para los que me rodearon como para los que me escucharon por el intercomunicador.

Miré a Faddei y Kadir a mi lado y les pedí que me siguieran, conduciéndonos a las zonas que señalamos en el mapa. Usábamos relojes inteligentes con un satélite integrado que nos ayudaba a tener claro todo, así que sabiendo a lo que íbamos, desenfundamos nuestras armas y pronto nos encontrábamos usándolas.

Gente de la milicia, o ya retirada, nos recibió con la misma potencia que nosotros atacamos, descubriendo así que Sophia había hecho buenos contactos con el pasar de los años, pero no nos inmutamos, ya que también teníamos entrenamientos de varias ramas y el bajo mundo nos volvió letales. Por lo que avanzamos rápido y cuando limpiamos un poco el paso le avisé a Dominik que era su turno.

Los gruñidos, gritos y balas inundaron el ambiente, así como el susurro de espadas segando piel, carne y huesos. El chisporroteo húmedo de la sangre se unió al festín y yo fui la causante de derramar mucho de ello, untándome enseguida de aquel líquido vital que activó más mi adrenalina.

En cuanto tuve el campo libre corrí para acercarme más al buque de carga con mis hombres siguiéndome, aunque me quedé quieta cuando en la vuelta de un contenedor vi a varias personas vestidas de negro con la característica insignia en forma de G y otros con el rostro cubierto como ninjas. Luchaban como malditas máquinas mortales y estaban avanzando rápido hacia el buque.

—¡Ups! Este es uno de los puntos que hay que evitar —le dije a Kadir y este asintió.

Pero ya era un poco tarde.

Los secuaces de Sophia se concentraron ahí al ver que les estaban ganando terreno y un grupo de karatekas nos rodeó con Kadir.

—Hora de danzar, mi señora —recomendó Kadir y sonreí.

Le guiñé un ojo sabiendo lo mucho que le gustaba verme en acción y guardé mis armas.

—No te embobes esta vez, turco, y cuídame el culo —advertí antes de comenzar a balancearme en mis pies.

Él se puso en posición de ataque y yo opté por mi danza, actuando de inmediato cuando uno de los tipos se me fue encima, olvidándose por completo que muchas veces los movimientos acrobáticos de la Capoeira nos volvían escurridizos a quienes manejábamos ese arte.

Girándome varias veces como una bailarina de *ballet*, pero usando los dedos de mis manos como apoyo en el suelo en cada giro, logré conectar varias patadas en su cabeza y rostro, provocándole gruñidos de dolor y noqueándolo en el instante que me volteé en el aire y me enganché a su cuello.

Lo maté justo cuando apreté mi agarre y su tráquea crujió.

Al siguiente me le dejé ir con potencia y conecté un cabezazo en su estómago que lo tumbó sin aire. Me subí en su cuerpo inmovilizándolo con mis dedales en su garganta y tomé la cuchilla de mi muslo para deslizarla en segundos sobre su cuello.

El pobre no tuvo tiempo de recuperar el aire que le robé y aprovechando mi posición cómoda, con el hombre sirviéndome de sentadero, miré a Kadir y sonreí orgullosa al verlo actuar tan letal, con una puntería de impacto, puesto que todas sus víctimas caían al suelo con una bala metida entre ceja y ceja.

—Gracias por deleitarme, mi señora. —Ofreció y negué divertida en cuanto lo vi correr detrás de Faddei tras asegurarse de que no me atacarían en grupo.

Iban para el lugar que habíamos planeado y yo, aprovechando el respiro miré a mi alrededor,

alerta, y luego caminé con cautela hasta que logré atravesar un portón de metal que me sacaría de la zona de contenedores para entrar a la de embarque.

El infierno ya se había desatado para ese momento, la zona estaba llena de gente peleando y reconocí a los que se hallaban custodiando el lugar y los que llegaron a rescatar a mi hombre. Caminé alrededor de ellos, esquivando golpes y descargando tiros y puñaladas a los que quisieron irse contra mí.

A lo lejos vi a una pareja pelear espalda contra espalda, la mujer utilizaba una katana y el hombre una glock. Defendiéndose uno al otro de todo aquel que se acercara demasiado a ellos.

—*¿Ira?* —me llamó Dominik por el intercomunicador y me apoyé sobre una columna para esconderme, escuchándolo agitado.

—Dime —respondí y miré hacia todos lados con el arma lista.

—*Estamos entrando al buque donde tienen a Fabio, escuchamos que más hombres vienen en camino. No los dejes entrar* —gritó.

—No tienes que pedirlo, Dominik. Solo concéntrate en sacar a tu hermano que lo demás ya lo tengo cubierto yo —aseguré.

Éramos pocos los que nos habíamos acercado al buque, mi demás gente se mantenía defendiendo más allá para debilitar el corazón del puerto.

Miré de soslayo a un tipo que se me acercó en silencio y levanté la pierna en una patada, enviándolo al suelo justo en el instante que intentó tomarme de la coleta; saqué el arma y la disparé acertando en un segundo en su cabeza y solo dejé de verlo cuando un grito femenino llamó mi atención. Me quedé sorprendida viendo a otra chica con dos katanas en mano acompañada también de un hombre a su espalda, él sí usaba espadas y no glock y se sincronizaba con la mujer igual que la otra pareja.

—Mierda, acabo de conocer la envidia —dije un tanto divertida.

Solo esperaba ver a Dominik con Lee para comprobar que en esas organizaciones se manejaban así, luchas en pareja.

—¡Hey! —le grité a un tipo que iba a directo a atacarme y se detuvo en seco—. ¿Quieres ser mi pareja?

—¿Qué mierda? —bufó al no entender y me reí.

—Me entró la envidia, hermano. Y ahora quiero pelear en pareja como ellos —le expliqué señalando con la cabeza a la pareja.

El tipo miró de inmediato a donde indiqué y me dio la oportunidad perfecta para alzar el arma y disparar directo a su sien, la sangre me salpicó la cara y respiré profundo el olor a hierro.

—Lástima que no quieres —ironicé.

Quise tomar otra ruta sabiendo que esa ya era zona de los amigos de Dominik, justo cuando una mujer con el uniforme de la Orden del Silencio se interpuso en mi camino y se negó a dejarme pasar, subiendo sus cuchillos y abalanzándose hacia mí sin mediar palabra. La esquivé y le di una patada en la espalda, acomodando mi arma en su lugar, dejándome el cuchillo.

—¿No te advirtieron tus jefes de la tregua? —solté en un gruñido.

—Tu gente asesinó a mi hermano y tú me lo vas a pagar. —Se excusó y me encogí de hombros.

—Bien, como quieras —bufé y rodé los hombros.

Arqueé la espalda hacia atrás con rapidez hasta poner las manos en el suelo y dar una vuelta, en el instante justo que ella trató de conectar una patada en mi abdomen. Me balanceé en mis pies y di un par de saltos mortales, ejecutando volteretas luego con las cuales la rodeé, mareándola hasta que pude sostenerme con las manos y usé los pies para engancharme a su cuello y la alcé, haciéndola

golpear el suelo con un impacto que la obligó a gruñir.

Logré detener sus manos cuando con agilidad trató de apuñalarme y le hinqué los dedales en la yugular, viéndola abrir los ojos con sorpresa y tomarse el cuello, en cuanto la solté, para contener el río de sangre que comenzó a abandonarla.

—Te pagaré con un boleto solo de ida para que abraces a tu hermanito —solté sacando el arma y disparándole para acelerar su muerte.

Levanté la vista hacia donde se desarrollaba la otra lucha y me lamí los labios al ver que nadie había notado mi presencia, por lo que seguí avanzando a otro punto más cercano al buque, observando cuando de pronto la puerta de un contenedor sobre la enorme máquina acuática voló de sus bisagras y varios hombres salieron de allí.

Me quedé de piedra al ver al dueño de mis deseos más oscuros salir a medio vestir, con el rostro y torso lleno de líquido carmesí por los golpes y la sed de sangre plasmada en su cara.

—*¡Ya lo tengo!* —anunció su hermano y yo me tomé de un basurero para verlo.

Estaba irreconocible (y no hablaba de su físico), podía notarlo por cómo movía los hombros y la cabeza de un lado a otro y actuaba cuando alguien se le acercaba, quebrando cuellos con una facilidad que hasta envidié. Sus manos eran su única arma y en cuanto dejaba a uno para seguir con el otro entendí mejor todo.

Fabio era *el* arma letal.

—Disfruta, *amor* —susurré con la garganta cerrada por el sentimiento de alivio que me embargó al verlo con tanta energía y rabia a la vez.

Se había convertido en un ser totalmente oscuro.

Sombrío.

—La batalla está casi contenida —le dije a Dominik, observando a mi alrededor—. ¿Pueden con lo que queda?

—*La pregunta ofende, Iraide* —aseguró y sonreí.

—Gracias —musité y retrocedí varios pasos comprobando que sí, desde ese momento ellos podían hacerse cargo por su cuenta de los que quedaban.

—*Es mi hermano y ahora le estoy pagando algo que él hizo en el pasado por mí* —respondió.

No quise decir nada más, solo asentí, aunque no me viera, y corrí de nuevo hacia la zona de contenedores para marcharme, feliz de que ya Fabio fuera libre y que incluso salió por su propio pie, destruyendo todo a su paso.

Me camuflé con el corazón desbocado, limpiando varias lágrimas que salieron de mis ojos al saber que mi hombre estaba bien, y consciente de que no éramos la típica pareja donde la chica buena corría al encuentro de su amado.

No, yo era la chica mala que debía protegerse para poder ver a mi amado cuando fuera el momento oportuno, en mi terreno y no en el de mis enemigos y sabía que Fabio también comprendía eso.

—Vayan al punto de encuentro, nuestro trabajo ha terminado —le avisé a Faddei por otro canal del intercomunicador.

Seguí corriendo con la idea de salir cuanto antes del puerto y agradecí que nadie se interpusiera en mi camino, aunque al entrar a la zona de contenedores sentí un escalofrío que reptó por mi espina dorsal y me indicó que no estaba sola.

Y no me equivoqué.

Mi cuerpo lo sintió mucho antes y me detuve en seco justo cuando el maldito hizo su aparición, doblando la esquina de un contenedor. Mi respiración era agitada por el trajín que atravesé y el vaho

de mi aliento salió de mis labios como el humo de un cigarrillo. La poca luz apenas iluminaba aquella máscara de cráneo diabólico que utilizaba uno de mis Némesis y sonreí, reconociendo que el hijo de puta tenía muy buenas entradas.

—Sombra. —Vocalicé con malicia.

—Iraide Viteri —saludó con asco, escupiendo a un lado de sus pies.

Bien, no todo podía ser tan fácil en la vida.

CAPÍTULO 64

FABIO

Días atrás…

Me golpeé la cabeza con fuerza al momento que sentí las puertas del ascensor cerrarse.

¿Qué puta mierda más querías, Iraide?

¿Qué carajos hacía para mantenerte contenta?

Grité con furia cuando todo explotó en mí. Me tiré del cabello al sentir las voces elevarse, como si su ausencia potenciara aquellas hijas de perra en el *penthouse*.

«No te quiere, imbécil».

«Déjala».

«Mátala».

«Mátate».

—No me jodan —gruñí, saliendo a la sala en un intento patético de buscarla, aun cuando sabía que ya se había ido.

Miré a todos lados, sintiendo los oídos zumbarme por el silencio que me rodeaba y en última instancia caminé a la licorera y tomé un vaso para servirme lo primero que encontrara; aunque, de un momento a otro terminé por lanzar el objeto a la pared y alcancé la botella bajo el estruendoso sonido del cristal haciéndose pedazos, bebiendo un buen sorbo directamente de ella.

Me desquiciaba que las cosas no salieran como yo pretendía, que a los demás les diera por joderme mis mejores momentos.

—*Cavolo* —maldije por el repentino ardor en mi garganta y seguí bebiendo, apoyando la espalda en la pared acristalada y deslizándome en ella hasta sentarme en el suelo porque las piernas me fallaron.

Bufé con la intención de reírme, realmente quería soltar una carcajada burlesca por verme en el estado que ella siempre me dejaba.

¿Cómo con unas simples palabras lograba volverme loco de lujuria, de furia? *Porca troia.* La inestabilidad que atravesaba solo ella la conseguía, no mi bipolaridad, podía jurarlo.

Me froté el rostro y miré el techo cuando las locas ganas de follar me avasallaron. No me sentía ni un poco satisfecho luego de haberla follado. No era suficiente, maldita sea. Necesitaba más, quería más de ella, pero sabía que si la tomaba como mi cuerpo lo necesitaba iba a lastimarla, por eso me contuve.

Conocía el voltaje que manejaba en episodios como el que vivía y, aunque ella aguantó y disfrutó los encuentros que tuvimos, como la mujer de ovarios que era, en esa ocasión no daría la talla para enfrentar mi satiriasis. Nadie la daba en realidad, por eso tenía un *harem* en primer lugar, para no lastimarlos y de alguna manera yo enfrentar y aliviar lo peor de mi hipersexualidad.

Me toqué la erección que cargaba, intentando con un simple masaje aplacar el hambre que le tenía a esa mujer, aguantando las ganas de ir a buscarla y tomarla en donde se encontrara, mientras le explicaba a punta de estocadas que no necesitaba a nadie más, así me costara un infierno saciarme, únicamente la quería a ella.

Me estremecí al escuchar el timbre de repente y cerré los ojos con cansancio. Sabía que no era Iraide, después de sus palabras podía jurar que no retrocedería y menos volvería, por lo que me

importó una mierda quién se encontrara afuera, y esperaba que se largara pronto.

—¡Fabio! —Escuché unos golpes en la puerta seguidos de mi nombre.

Me puse de pie como pude, notando el alcohol haciendo su efecto bastante rápido. Miré la botella y negué al ver el vodka casi rozar el fondo.

—¡Fabio! —Volvieron a llamar, esa vez con una voz femenina.

Caminé con parsimonia, intentando inútilmente estabilizarme hasta llegar a la puerta.

—¡Vete, Allison! —pedí al reconocer que era ella y su marido tocando la puerta—. No te llamé.

Me apoyé sobre la madera y respiré hondo, estabilizando mi respiración, notando hasta ese instante que la tenía acelerada.

—Abre, por favor —solicitó con voz dulce—. Ira nos pidió que viniéramos. ¿Qué sucedió?

Solté una carcajada.

«Claro que ella los llamaría».

Cómo si yo no pudiera organizar mis malditas sesiones sexuales, pensando que en mi estado maníaco me convertía en un puto inútil que solo pensaba en follar y nada más.

La quería a ella, joder.

—¡Vete! —grité cuando siguió insistiendo—. ¡Estoy bien, solo vete!

Escuché su respiración del otro lado y luego un murmullo que intuí que compartió con su marido. Ambos eran unos buenos amigos más allá de toda nuestra relación sexual, pero en ese momento no era capaz de ver a alguien sin volverme un animal.

Estaba herido, las palabras de Iraide me calaron hondo y únicamente necesitaba ver sus ojos y sentir su cuerpo para no mandar todo al diablo. No quería que me enviara a mis propios sumisos para calmar algo que se había acostumbrado a ella.

Me separé de la puerta y me fui hacia la habitación, esperando que mis palabras hubiesen servido para que se marcharan y me dejaran en paz. Entré al vestidor y busqué lo que me ayudaría a soportar esa maldita tortura.

«Necesitas follar».

—Lo sé —le respondí a nadie en particular, abriendo uno de los cajones.

«Olvídate de ella y abre la puerta».

—Ni de coña —seguí hablando, hallando lo que buscaba.

«¡Necesitas follar!».

—¡Ya lo sé! —rugí con desesperación.

Me acerqué a la cama y abrí el paquete, este escapándose de mis manos cuando comenzaron a temblarme por la necesidad. Lo tomé en el aire y me bajé el pantalón, cogiéndome la erección de hierro que cargaba. Me coloqué el anillo y apreté el botón que me hizo suspirar al comenzar a vibrar.

—Jesús —gemí acomodándome en la cama. Sabía que autocomplacerme no me satisfaría ni un poco, pero necesitaba aplacarme antes de enloquecer.

Minutos después cerré los ojos cuando la primera eyaculación salió disparada hacia mi estómago y ni me molesté en limpiarme, pues apenas comenzaba; me limité a tomar la botella que había colocado en la mesa de luz y seguí bebiendo.

«Mira en lo que te has convertido, maldito imbécil».

Gruñí sobre la botella y evité contestarle a alguien que únicamente estaba en mi cabeza. En su lugar, me dediqué a sentir el vibrador y pensar en la mujer que me tenía como un roble.

—*Porca puttana.* Si vieras cómo me tienes, no me daría la cara para mirarte a los ojos, dulzura —suspiré.

Acto seguido perdí la noción del tiempo dándome placer a mí mismo, abandonado en mis

pensamientos, dispuesto a medicarme una vez me calmara. Pero no tomé en cuenta que el alcohol ya me había hecho efecto y cuando cerré los ojos, me quedé dormido en medio de orgasmos.

Los días comenzaron a transcurrir en un borrón y en uno de mis pocos momentos de lucidez le envié un mensaje a mi asistente para que cancelara todas mis citas y solicité una licencia, ya que podía ser un desquiciado, pero no jugaría con las vidas de mis pacientes.

Dominik había llegado a verme en incontables ocasiones, mismas en las que di mi mejor actuación para que me dejara tranquilo, pues pretendía que me fuera a su casa para estar al pendiente de mí, cuando yo lo único que quería era permanecer en mi *penthouse*.

Constantemente me encontraba entre excitado y enojado. Mi sustento era beber y perderme en recuerdos. La comida me sabía a arena y lo único que me tranquilizaba por un tiempo era bañarme en agua helada.

—Déjame en paz, *fratello*. Eso es todo lo que necesito. —Lo escuché soltar una larga exhalación, esa era la tercera vez que me llamaba en el día.

Dejó de visitarme dos días atrás, a cambio me llamaba para asegurarse de que siguiera respirando.

—*Si hubieras aceptado irte a casa conmigo, no te estaría jodiendo* —me reprochó con hastío.

—Si estuviera en tu casa, a estas alturas ya habría convencido a Lee de follar conmigo —reviré con tirria con toda la intención de ofenderlo.

Ambos sabíamos a la perfección que su esposa aparte de amarlo era una mujer leal y respetuosa. Y yo jamás habría intentado algo con ella, pero en ese instante necesitaba aliviar mi inestabilidad desestabilizándolo a él, razón por la cual dije lo que dije.

—*Stronzo* —gruñó mi hermano y me reí.

—*Ti amo anche io, fratellino* —me despedí y no esperé a que dijera más.

Puse en silencio y bloqueé el móvil, era uno de reemplazo que busqué luego de hacer pedazos el mío durante la discusión que tuve con Iraide.

Iraide… la maldita pelirroja que no había dado muestras de interés por saber de mí cuando todos los demás se la vivían enviándome mensajes (o llegando al *penthouse* a pesar de que no les abría la puerta) para saber si me encontraba vivo todavía.

Su pedido será entregado mañana.

El recordatorio de la floristería se desplegó en la barra de notificaciones antes de que me metiera el móvil al bolsillo. La única persona que a mí me interesaba brillaba por su ausencia, pero yo como el imbécil necesitado en el que me convertí, decidí enviarle rosas y una nota, con la esperanza de que escogiera volver a mí a pesar de mi mierda.

—¿Cómo carajos hago para aceptar tus tontas palabras, si mientras más dices que no eres suficiente para mí, más difícil me es sacarte de mi cabeza? —Vocalicé la pregunta que escribí en la nota que le entregarían, mientras llenaba un vaso corto con *whisky,* intentando ser civilizado a la hora de beber—. *Cazzo*. Eres todo lo que quiero en mi vida, Iraide Viteri.

Me acerqué al sofá entre tambaleos, enfrente de la pared de vidrio, y miré el atardecer.

Había dejado de lado los fármacos porque no me estaban surtiendo el efecto que esperaba sin que me sedaran, por lo que irresponsablemente recurría al alcohol para adormecer un poco las voces en mi cabeza.

Cerré los ojos concentrándome en el cansancio que me invadía por no poder dormir como lo hice

la primera noche en la que utilicé el vibrador, y me quedé así por varios minutos, tal vez horas, hasta que en la lejanía sentí la puerta de entrada ser abierta.

—*¡Non ti bastava scoparmi al telefono!* —«¡No te bastó joderme por teléfono!» Medio grité, suponiendo que era Dominik quien llegó, pues era el único que se atrevía a invadir mi espacio.

Allison y Marco habían vuelto después de aquella noche, pero como esa vez, no les abrí la puerta, Duriel también lo intentó, en vano. Sophia incluso se atrevió a buscarme, a ella ni siquiera le respondí y actué como si no hubiera nadie en el *penthouse*.

Mi hermano se pasaba por el arco del triunfo mi privacidad, con la excusa de cuidarme. Bien, sabía que no era ninguna excusa, pero no estaba para razonar.

—*Sono ancora vivo, l'hai già controllato, quindi vattene a fanculo* —«Sigo vivo, ya lo comprobaste, así que vete a la mierda», continué sin abrir los ojos.

Ni siquiera me moví de mi lugar porque el cuerpo hacía tiempo que no me respondía como quería, mis sentidos se hallaban más adormilados que de costumbre, por lo que me quedé en la misma posición, deseando que, al verme vivo, Dominik se largara de una vez sin darme uno de sus sermones.

Sin embargo, mi subconsciente luchó contra mi ebriedad y la depresión maniaca que atravesaba, haciéndome sentir que algo no andaba bien, por lo que abrí los ojos justo en el instante que alguien quiso tomarme por la espalda y me incorporé, más lento de lo que deseaba, identificando a varios tipos invadiendo mi sala; todos vestidos de negro y pasamontañas ocultando sus rostros.

Me froté los ojos con rapidez, queriendo espabilar.

—¡Diablos, muchachos! No me buscan en un buen momento —bufé y algunos se miraron entre sí—. Si no quieren que esto termine mal, les pido amablemente que se vayan al carajo —hablé con lentitud, midiendo a cada uno que se encontraba a mi alrededor—. Y por mal me refiero a ustedes.

Tomé el cristal con fuerza cuando se dieron cuenta de mi estado y se acercaron todos a la vez. La adrenalina que me invadió barrió un poco con los estragos de mi borrachera y me preparé para defenderme. No saldría ileso, pero sí me llevaría a algunos en el camino antes de caer.

—¡No lo maten! —exigió el que deduje que era el encargado del grupo y gruñí porque en mi estado no pude prever que esperaban mi descuido y lo aprovecharon muy bien, pues alguien me disparó un dardo en el cuello y mi cuerpo se volvió más pesado.

A pesar de ello lancé el cristal al primero que intentó tomarme y un codazo a otro, dándole en la cara en tanto me movía como podía y evitaba los golpes que me daban para cazarme.

—¿Quién desea verme? —pregunté sin dejar de luchar—. ¿Quién los envía?

Como intuí, nadie respondió. Los hijos de puta se siguieron abalanzando para tomarme a como diera lugar. Me zafé de varios utilizando las técnicas de pelea con las que me entrenó el maestro Aki, pero estar tan ebrio me jugó una mala pasada, ya que el alcohol no era solo un depresivo, sino también un sedante para mi instinto guerrero.

Mierda.

En mi afán por calmar mis demonios, terminé durmiendo al asesino dentro de mí que me hubiera sacado con facilidad de ese aprieto. En su lugar dejé al imbécil desequilibrado que con un golpe en la cabeza cedió y dejó que le robaran la conciencia.

Maledizione.

Escuché varias voces a mi alrededor al momento de recobrar la conciencia y me quedé quieto, fingiendo seguir dormido e intentando identificar de dónde provenían los murmullos y de quiénes eran.

No tenía idea de cuánto tiempo estuve fuera de juego, pero contando con que llevaba varios días sin dormir, sentí que fue una eternidad.

—¿Le suministraron algún medicamento? —Traté de contener el movimiento involuntario de mi cabeza al reconocer aquella voz femenina en la lejanía.

—Un sedante, señora.

—No me creas imbécil, querido —reviró ella con voz filosa—. Un sedante no lo haría dormir tanto.

Se escuchó un carraspeo incómodo seguido de un silencio prolongado, hasta que volvieron a hablar.

—A Gabriel se le pasó un poco la mano con el golpe, pero no tiene nada serio. Ya fue revisado por nuestro médico. —Esa voz fue más grave y segura—. Parece que llevaba días sin poder dormir, por lo que terminamos haciéndole un favor a su cerebro.

Chasquearon la lengua con hastío.

—Esperen afuera, pero manténganse pendientes —les exigió la honorable legisladora.

Inmediatamente oí pasos alejándose y una puerta bastante pesada ser cerrada, supe con ello que acababan de dejarme a solas con la pequeña mierda que mandó a por mí por la fuerza.

Apreté los párpados cuando el dolor de cabeza apareció de golpe y me quejé, moviéndome, intentando taparme los ojos con las manos, pero al no conseguirlo los abrí y me tragué una maldición por el pinchazo que me avasalló.

—*Cavolo* —me quejé, tratando de enfocarme.

Tardé un poco en orientarme, olfateando la salinidad en el aire y el frescor que recorría el entorno. Cuando tuve mayor claridad de mi alrededor pude distinguir un depósito sucio, a medio iluminar, con una mesa de madera y la cama tamaño *queen* en la que me encontraba. Me tenían con las manos esposadas a los barrotes del respaldo y, para mi suerte, las piernas libres.

Bien, tal parecía que Sophia todavía no iba a matarme, o la tonta me subestimaba demasiado.

—Samael —saludó ella y tuvo el descaro de agachar la cabeza, cuando oteé el lugar y me detuve en su cuerpo sobresaliendo de las sombras, sonriéndome como si estuviésemos compartiendo alguna reunión—. Me pondría de rodillas para ti, Amo, pero paso en esta ocasión, ya que no te comportaste conmigo con el debido protocolo y respeto que merezco.

Sonreí sin gracia y moví las muñecas, escondiendo mi furia.

Incluso entre toda mi mierda, intuí que algo así podría pasar, pues la mujer no conocía mi lado oscuro, únicamente presenció y gozó del sátiro. Por lo que no tenía ni la menor idea de que si evité reunirme con ella cuando lo solicitó, fue porque estaba cuidándola de mí y mis deseos asesinos. Ya que matarla me habría hecho ganar muchos puntos con Iraide, entregarle su corazón en un tarro de vidrio, con moño incluido, me hubiese llevado a tener a la pelirroja a mis pies.

Pero el pulcro doctor ganó la contienda en su momento. Y en ese instante lo estaba maldiciendo porque si hubiese permitido que actuara su lado desquiciado, no me habría encontrado en la situación que me hallaba.

—Eres muy inteligente en la política, Sophia —solté con la voz ronca, clavando mi mirada en ella —, pero bastante estúpida cuando se trata de cuestiones de cama.

Se rio por mis palabras y comenzó a moverse a mi alrededor. Su rostro estaba pálido y su ropa no era la adecuada que solía usar. Iba vestida de forma casual, con un vestido sencillo y zapatos planos

que nunca había utilizado. Sus gestos lucían un poco frenéticos al observarme y pude identificar en ellos toda la ira que retenía.

—No es estupidez. Son ganas de dejarle claro al hombre en el que confié, que no me puede desechar así de fácil cuando ya no le sirvo. No repetirás la historia de Frank —reviró con odio.

Solté una carcajada que a ella le enervó.

Era claro que no me cogió en mi mejor momento, en uno donde buscaría razonar con ella. Todo lo contrario, me importaba tan poco mi vida que no temí morir por decirle un par de verdades o lastimarla adrede.

Me hallaba en un estado donde si me jodían, jodía mejor.

—¿Por qué la repetiría si no soy ese pobre diablo? —cuestioné. Volvió a moverse, como si no pudiera quedarse quieta, y se acercó para tomarme del mentón con fuerza.

—Cuidado, Samael, porque bien sabes que no actúo bien cuando me hieren y desprecian.

—Tu marido está aprendiendo la lección en el infierno ¿no? —La chinché y me aparté de su agarre.

Ella me fulminó con la mirada.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, simplemente digo que lo enviaste al infierno porque se hartó de ti y despreció. Y como no pudiste soportar la humillación por la idea de un divorcio, lo mataste.

—¡Mentira! —gritó y negué con la cabeza, riéndome de ella—. ¡¿Vas a creerle más a esa puta que a mí?!

Chasqueé con la lengua y acerqué el rostro a ella.

—¿De verdad crees que no investigo a las personas que dejo entrar en mi círculo? —Sus ojos se abrieron de más, a pesar de que quiso disimular la sorpresa—. Tengo un archivo completo de ti, mi poderosa legisladora, uno con pruebas irrefutables que te vinculan con el *accidente* de tu marido.

—Mientes —gruñó.

—Lo tengo desde antes de llevarte por primera vez a mi mazmorra —proseguí—. ¿O sigues pensando que todo lo que te di en el sexo fue únicamente porque tú me lo dijiste antes? —Solté otra carcajada que la siguió enervando—. Parece que no me conociste nada en todo este tiempo, *cara.*

—Yo también puedo destruir tu carrera si hablas —amenazó y si ya antes se había enfurecido por mi risa, en ese momento se volvió loca de frustración porque mi siguiente carcajada fue más estruendosa.

—¿Quién crees que pierde más? ¿El doctor bipolar o la legisladora que finge ayudar a su pueblo?

—¡Aaah! —gritó y me cogió del cuello con ambas manos, enterrando las uñas en mi carne, yo no dejé de reírme como el desquiciado que era en ese momento—. ¡¿Por qué tenías que joderlo todo, Samael?! ¡¿Por qué?! —Su agarre se hizo más firme, pero no era lo suficientemente fuerte como para privarme el oxígeno.

—Aprieta con más furia, *cara* —la animé y ella se montó a horcajadas en mi regazo.

—No hagas que llame a uno de mis hombres para que me ayude a estrangularte —amenazó—. Estás a mi merced, así que se hará lo que yo quiera y no me apetece escucharte hablar, es turno de que tú me escuches a mí después de haberme castigado tanto con tu silencio.

—¿Y qué putas querías? ¿Que celebrara tu falta al meterte con mi vida privada cuando yo he respetado la tuya? —inquirí, refiriéndome a su burla con respecto a mi condición, aquella noche en *Delirium.*

—¡Te pedí perdón cuando tú no te has disculpado conmigo! —estalló y se acercó hasta casi rozar su nariz con la mía—. ¡Me has lanzado a un costado como si nunca te hubiera importado! ¡Joder!

¡Me tuve que enterar por medio de la zorra de tu alfa que habías prescindido de nuestro contrato!

—¡Porque yo no estaba en condiciones de hablar contigo sin terminar matándote! —gruñí entre dientes, sacudiendo los brazos y lastimándome las muñecas en el proceso.

Ambos respirábamos con celeridad, sus ojos brillaban con las lágrimas de furia que retenía.

—Tampoco estás en condiciones de terminar con nuestro contrato, Amo —dijo agitada, mirándome como si fuera un estúpido—. No eres tú en este momento, no has sido tú desde que esa estúpida pisó *Delirium*.

Bufé una risa, pero me mantuve en silencio, permitiéndole que se desahogara, escuchando todo lo que tenía para liberar, optando por cederle la palabra con tal de que se callara pronto, pues estaba cansado de sus despotriques, de su insistencia en algo que ya había dejado zanjado. Y sí, lo aceptaba, quería dejar todo con Sophia para complacer a Iraide.

Por esa maldita pelirroja era capaz de dejar a todo mi *harem* si me lo pedía en ese momento. Le faltaría el respeto al mundo que me dio un poco de autocontrol con tal de que Iraide Viteri me siguiera desquiciando, pues la eutimia me pareció aburrida cuando la locura me visitó de nuevo disfrazada con un vestido sensual en color verde olivo, una máscara con pedrería a juego y el cabello rojo ondeándole con cada paso que dio cerca de mí.

Mi jodida locura de ojos azules y labios con sabor a infierno.

—¿Puedes creer que tuve que rebajarme a los golpes con esa imbécil por negarse a anular su petición? —La pregunta me sacó de mis cavilaciones y miré a Sophia riéndose—. Yo, Sophia Rothstein, a los golpes como una pobretona, por un hombre —escupió, asqueada.

En un principio yo evité darle la noticia sobre *la decisión de Allison* de solicitar que ella dejara de ser mi sumisa, por mi estado. Pero cuando el asunto no podía retrasarse más, autoricé a que mi alfa fuese la encargada de notificarle todo. Ese fue el motivo para que me estuviese jodiendo con sus llamadas el día que estuve con Iraide, y haberle respondido en la madrugada, mi mayor error y la razón de que la pelirroja se marchara, dejándome en un estado deplorable, peor del que ya atravesaba.

—No como pobretona, sino más bien como una mujer que incluso siendo *poderosa,* no sabe aceptar la derrota —corregí con lentitud—. Sigues demostrándome que la mujer insegura que conocí sigue ahí, por más que hoy finjas lo contrario. Y espero que entiendas que con lo que dices que hiciste, cavaste tu propia tumba y me diste razones más que suficientes para ser yo el que solicite la nulificación de nuestro contrato.

Negó enloquecida al darse cuenta de su error, puesto que al buscar a Allison y pelearse a los golpes con ella, faltó a una regla inquebrantable en mi *harem,* misma que se especificaba en las cláusulas de nuestro contrato.

—Me ha costado sudor y mucho entrenamiento formar el *harem* que hoy tengo y la familia en la que nos convertimos, y te pasaste por el arco del triunfo lo que estaba explícitamente prohibido: las faltas de respeto y golpes. Por lo que, repito por si no te ha quedado claro, me has dado razón suficiente para repudiarte y expulsarte de mi mundo.

Soltó una risa desquiciada y volvió a negar con la cabeza. Me hizo fruncir el ceño cuando se levantó un poco de mi regazo solo para subirse la falda.

—Te he servido como una puta esclava, tal cual has querido. Me has usado a tu antojo, he cumplido tus caprichos y deseos —gimió cuando comenzó a balancearse sobre mi pelvis—. Me has moldeado a tus gustos, tus costumbres y exigencias. —Moví el rostro a un costado en el instante que intentó besarme y rozó sus labios contra mi barbilla, clavando sus dientes sin dejar de hablarme—. Me has vuelto adicta a tu cuerpo y de golpe me has dejado sin nada —susurró—. Ahora es mi

momento de cobrármelas, Amo.

Gruñí con frustración cuando comencé a endurecerme, aceptando el toque de esa maldita loca que conocía cada parte de mi cuerpo a la perfección.

—¡Basta, Sophia! —exigí en un quejido por la presión justa que ejerció en mi polla.

—No —respondió gimiendo—, basta tú de negarme lo que me he ganado con sudor y lágrimas… ¡Me lo merezco!

—¡Todo lo que tomé de ti fue consentido! —espeté—. Jamás te obligué a nada.

—¡Oh, querido! Tú también vas a consentirme todo —aseguró.

No pude decir nada más, solo cerrar los ojos porque mi cuerpo comenzó a traicionarme, reiterándome que en esa faceta mi mente no servía para un carajo, únicamente reaccionaba mi instinto animal, mi naturaleza trastornada.

—*Merda* —gruñí cuando sentí que me desabrochó los pantalones y de un tirón los bajó para luego correrse la ropa interior y de una estocada penetrarse.

Respiré hondo, tragándome todo para no demostrarle la terrible falla en mí, sintiéndome un puto muñeco que ella utilizaba a su antojo.

—Nunca has podido negarte a mis atenciones, Samael —comentó victoriosa, sin dejar de moverse—. Solo yo conozco cómo complacerte.

—*Figlia di puttana* —exclamé desesperado.

—Mírame, soy yo quien te está follando, no tú a mí. —Me tomó del mentón porque me negué a abrir los ojos y clavó su mirada en la mía—. Yo, Samael. No la prostituta a la que sigues como un puto perro faldero —gimió y empuñé las manos, forzándome a liberarme, sintiendo los barrotes crujir bajo mi furia.

Me dejé follar, notando cómo Sophia se desconectaba, tal cual solía hacerlo; disfrutando sin ser capaz de captar nada a su alrededor. Tomé más impulso a la hora de tirar mis muñecas, consciente de que me estaba lastimando, pero no paré hasta que de un fuerte golpe me liberé con un gruñido.

Sophia gritó en el momento en que la tomé del cuello, aún dentro suyo, y comencé a ahorcarla.

—*¡Stronza di merda!* —grité y la tomé con mayor fuerza. Como era de esperarse, su sonrisa no tardó en aparecer, pero no contó con que me encontraba más perdido que lúcido, por lo que la cogí del cabello, todavía con la otra mano en su cuello, y apliqué más presión, llevándola a mi rostro—. Me retas conociendo mi condición —dije con la voz irreconocible, dispuesto a acabar con ella—. Lo que hace que me importe una mierda tu vida en este momento, y más con todo lo que has hecho y me estás haciendo.

Vi el momento justo en que su placer se convirtió en miedo puro porque mi agarre se intensificó.

¿Quién mierda se creía para poseer algo que no le pertenecía?

—¡Gabriel! —gritó a duras penas.

Me concentré en admirar cómo sus ojos se agrandaban y su rostro se tornaba rojo, hasta que un fuerte pinchazo en mi cuello me hizo maldecir y ver al tipo a mi lado inyectarme alguna mierda de sedante que en segundos me aflojó los brazos.

Merda.

Sophia tosió desesperada, tomándose el pecho sin dejar su lugar y cuando medio se recuperó, volvió a ser su turno de tomarme del cuello. Mi cuerpo ya no respondió como esperaba, aunque seguía consciente.

—Porque te conozco, cariño —reviró con la voz rasposa—, es que sé qué utilizar contigo.

Me quedé quieto, viéndola echar al tipo que identifiqué como el que me había noqueado en mi *penthouse*, y siguió con su cometido, levantando la mano con la jeringa, mostrándomela.

—¿Quién iba a decir que tus aliados me ayudarían a tenerte a mi merced? —soltó con gozo y eso me descolocó—. Guárdame el secreto con Cillian, él ignora que probaría su nueva arma contigo —confesó y con eso sospeché que no me dejaría vivir.

No confiaba en Cillian O'Connor, pero teníamos demasiados intereses en común, por lo que podía asegurar que no le dio a Sophia lo que fuera que me inoculó, para que me dañara. Pero si salía de esa, esperaba no cruzármelo en el camino por un buen tiempo, pues le haría pagar su error.

—Un betabloqueador que te deja consciente y tu cuerpo muy despierto, pero sin que le puedas dar tú las órdenes —siguió explicando Sophia, alardeando de su hazaña—. Ahora te controlo yo, *Amo* —se burló.

Y con ello continuó montándome, saciándose conmigo hasta que perdí la noción del tiempo, viendo mi cuerpo reaccionar a cada toque, lamida y penetración. Dándome cuenta de cómo eyaculación tras eyaculación mi polla seguía erecta, pidiendo a alguien que no se encontraba en ese lugar, pero que Sophia tomaba como su premio.

Rindiéndome, porque no podía hacer nada más, le rogué a mis demonios para que llevaran mi mente a otro lugar y suspiré agradecido en el instante que, de golpe, aquellos ojos azules que me tenían cautivo, preso bajo su mirada pícara y sensual, aparecieron. Y me metí por unos segundos en mi alucinación, pero Sophia no estaba dispuesta a dejármelo fácil, por lo que, de un fuerte golpe en mi mejilla hizo que esta me picara y a duras penas abrí los ojos.

Me mordió el labio inferior e introdujo la lengua en mi boca, entrando en un frenesí total porque su orgasmo ya se acercaba. Yo también la conocía muy bien en el ámbito sexual, por eso reconocí sus gestos de gozo y predije el minuto exacto en el que comenzó a correrse, gritando como posesa y, al parecer, disfrutando más de ese momento y acto robado.

—¡Dios! —exclamó al desplomarse sobre mi cuerpo, abrazándome y acariciando mi cabello como si hubiésemos compartido el mejor polvo de nuestras vidas—. Siempre es una delicia follar contigo, Samael.

Se separó solo cuando se recuperó por completo, acomodándose la ropa, abanicándose de paso la cara humedecida por el sudor. Ladeó el rostro en cuanto se sintió lista y me observó. Yo únicamente la vi en mi periferia, pues mi cuerpo seguía pesado y mi cabeza a punto de estallar.

—¿Qué pensaría la puta de Iraide si te tomo una foto y se la envío? —Se llevó un dedo al mentón, pensando—. Viendo que me sigues follando aun cuando le dijiste que ya no lo estabas haciendo.

Miré hacia el techo porque seguirla observando a ella me provocaba asco, pensando en las últimas palabras que compartí con Iraide aquella noche en el *penthouse*.

«Si creyera que sigo contigo, no querrá verme más», pensé.

—Mejor no —se respondió Sophia y me sonrió complacida—. Ya he hecho algo mejor con ella.

Abrí los ojos de más, sintiendo mi corazón acelerado al pensar en que esa puta dañó a Iraide de alguna manera. Grité en mi cabeza, lleno de frustración por no poder moverme ni reaccionar, viendo de soslayo a la maldita zorra legisladora dándose la vuelta para marcharse, aunque se detuvo antes de salir de ese lugar y me miró sobre su hombro.

—¿Ves cómo te conozco, *Amo?* —repitió—. Por eso sabía que te atraparía en el mejor momento, cuando eres dócil y necesitas del sexo tanto como respirar. —Se jactó—. Y con una pequeña ayuda tomaré lo que más me gusta de ti y tú ya no quieres de mí.

Se alejó sin decir nada más. Yo me quedé en la misma posición, envenenándome con mi propio veneno interior, ese provocado por la frustración y la furia que me embargaba, con el asco de mí mismo, hasta que lo que fuera que me inyectaron hizo otro tipo de efecto en mí y me llevó de nuevo a la inconsciencia.

CAPÍTULO 65

FABIO

No tuve la oportunidad de maldecir cuando me despertaron con un chorro de agua fría luego de dejarme inconsciente, aunque en esa ocasión por los golpes que me propinaron en el momento que trataron de moverme de la cama a una silla de hierro bastante ancha, y que yo pusiera resistencia con la intención de huir. Traté de secarme el rostro, pero me fui imposible porque como era de esperar, ya me tenían aprisionado de las manos con unas esposas que iban incluidas en el mueble.

Observé con el rostro empapado los apoyabrazos de la silla, dándome cuenta de que esa vez las esposas eran más fuertes. Respiré hondo, tratando de orientarme y espabilar, sintiendo el cuerpo tenso y maldiciendo por toda la sangre que se concentraba en mi polla.

Merda.

Miré al techo, frustrado porque mi hipersexualidad le ayudara tanto a Sophia con su cometido, aunque intuía que también debía estar utilizando algo más con los betabloqueadores para mantener activo mi apetito sexual, pues de haberme inoculado solo sedantes, habría adormecido la satiriasis en mí. Y contrario a eso, las bolas me dolían y la punta de mi polla latía como si mi corazón se hubiese alojado ahí. Por momentos incluso llegué a creer que podría desprenderse de mi cuerpo debido a lo duro que me encontraba.

«Este es el peor momento para ser un sátiro, cabrón».

Gruñí cuando otro chorro de agua interrumpió mis pensamientos y clavé la vista al frente, justo en el instante que una sombra se materializó desde las tinieblas. Una de las marionetas de Sophia, el hijo de puta que me inyectó me dedicó una sonrisa *come mierda* mientras sostenía la manguera en la mano.

—La señora solicitó que se te limpie.

Lo observé sin decir nada, esperando que creyera que aún seguía dopado hasta el culo y no notara que la dosis comenzaba a desaparecer de mi sistema, dejándome solamente en compañía de mis demonios.

«Mátalo».

Oculté una sonrisa porque, por primera vez, estaba de acuerdo con la perra que me atormentaba la cabeza. Aunque para complacerla necesitaba que el hijo de puta se acercara y demostrarle que incluso en desventaja, lo arrastraría conmigo al infierno y de paso intentaría escapar.

—¿El aseo cuenta también con servicio de barbería? —pregunté con voz cansada, parpadeando varias veces como si no pudiera enfocarme—. Porque necesito una afeitada.

El saco de mierda me observó con burla, acercándose con chulería y quise reírme a carcajadas porque se olvidó de mi espacio privado, ese que no debía pisar si quería seguir con vida.

—¿Te crees gracioso, enfermo de mierda? —Acercó su cuerpo al mío y me miró de arriba abajo —. Por mí puedes pudrirte en tu propia porquería, no se me paga por esto.

Enfermo, drogado y hasta desquiciado, pero aun así lo mataría.

«Hazlo».

Lo haría.

Mi demonio celebró mi decisión y medí en silencio la cercanía del tipo, tosiendo entre quejidos como si todavía estuviera perdido por los fármacos que me suministraron, y fui consciente del

momento preciso en que el imbécil quiso tomar distancia al escuchar algo en su intercomunicador, pero no le di tiempo. Apoyándome en mis manos alcé las piernas y las enganché en su cintura, tirándolo hacia mí hasta ponerlo de rodillas.

—Con tu estupidez, intuyo que tu jefa no te informó bien a quién custodiarías, ¿cierto?

—Hijo de…

Corté su ofensa propinándole dos cabezazos que lo hicieron desplomarse en un santiamén, dejándome su cuello en bandeja de plata. Lo tomé de inmediato en una llave, presionando mis muslos a tal punto que la angustia lo hizo reaccionar para arañarme, dando manotazos de ahogado.

—Que me hayan cogido desprevenido en mi *penthouse* no significa que todo lo tendrán fácil, *testa di cazzo* —gruñí con toda la furia que me embargaba.

Su cuerpo se movía como una lombriz, desesperado ante la falta de oxígeno que le propiciaba mi agarre y sonreí complacido, imantando mis ojos con los suyos.

—Igual… te vas… a morir, malnacido —atinó a decir entre gorgoteos.

Asentí de acuerdo, sin temerle a un final que desde que fui concebido me encontraría, ya fuera por mi enfermedad o por regla de la vida, así que me encogí de hombros y liberé una risa que hasta a mí me acojonó un poco.

—Pero tú lo harás primero —finalicé.

Acto seguido enfoqué toda la fuerza que tenía en las piernas y me acomodé en el respaldo de la silla, cerrando los ojos mientras la vida de esa escoria se esfumaba, sintiendo todavía las telarañas de la inconsciencia en mi cabeza, enturbiándome la poca razón.

El sonido del *crac* en su cuello y el grito de horror que hizo eco en la bodega, me advirtieron que ya no estábamos solos. Abrí los ojos, viendo a varios hombres correr hacia mí y me tomaron entre todos hasta deshacerse del agarre que tenía en su compañero.

Me relajé y solté una carcajada, satisfecho por mi hazaña, y enfoqué toda mi atención en Sophia, la encargada de aquel grito, observando con horror lo que acababa de hacer.

—¿Qué demonios? —Maldijo y se tapó la boca, mirándome.

Me reí entre dientes y ladeé la cabeza.

—Ven aquí tú también, *cara* —la animé—. Quiero mostrarte algo.

En ese momento me estaba revelando ante ella como el maniático que era, siendo el enfermo bipolar que había perdido la poca razón y, a diferencia de Iraide aquella vez en la sala de juntas, Sophia sí me tuvo miedo.

Y la entendía, ya que, a pesar de que ella conoció ese lado mío en donde si me tocaban las pelotas perdía los estribos, siempre mantuve cierto control y jamás me desquicié. La dejé entrar en mi mundo, le di confianza como Amo, convivió con el hombre de negocios y el médico respetable, pero hasta ese día le presenté al asesino psicópata que salía a la luz cuando mi vida no giraba como ya la había planeado.

—Dime algo, Phia —hablé con cierto tono juguetón y conté a los hombres que tenía a mi alrededor, suspirando en el proceso—. ¿De verdad me crees tan estúpido? Por eso has dejado solo a un imbécil para que me vigile.

La pequeña cabrona se hizo con todo su orgullo y alzó la barbilla, recomponiéndose de su estupor y adoptando el *alter ego* de la política sin escrúpulos que era, y me sonrió.

—Bien, admito que me has tomado por sorpresa, pero esto solo me demuestra que sí he llegado a conocer al hijo de puta que hay en ti, Samael. —Reí maniaco por su astucia al llamarme por mi apodo y no por mi nombre—. Únicamente subestimé la dosis del medicamento que se te suministró.

Me aparté cuando me quiso tomar del rostro y los hombres que la cuidaban estuvieron listos a

retenerme de las piernas para que no hiciera con ella lo mismo que con la mierda que yacía a nuestros pies.

Sonreí de lado con perfidia y evité gruñir con los amarres que ejecutaron en mis pantorrillas a las patas de la silla.

—Si lo ves antes que yo, dile a Cillian que ha creado una excelente arma, pero que procure mejorarla si pretenden utilizarla con tipos como yo, que llevan años suministrándose fármacos, ya que no surte el mismo efecto.

Sentí el pinchazo en mi cuello que preví que recibiría y gruñí, no de dolor ni porque me tomaran por sorpresa, sino por el hecho de que esa maldita mujer volvería a usarme como su jodida ramera.

Traté de sacudirme a los tipos que me seguían reteniendo, pero como era de esperarlo mi cuerpo dejó de responder a los mandatos de mi cerebro.

«Vaya que eras patético».

Ignoré esa voz en mi cabeza y clavé mi mirada en la de Sophia, maldiciéndola en mi interior, odiando lo receptivo que me volví y cómo mi polla reaccionó cuando se montó a horcajadas en mi regazo y enterró las uñas en mi cuello.

—Oh, cariño —se lamentó con falsedad al verme en ese estado—. Es una lástima que tenga que saciar las ganas que nos tenemos de esta manera.

¿Tenemos? Maldita.

—Puede que no haya conocido antes esta faceta asesina, pero conozco en su totalidad la que me interesa de ti —prosiguió—. Y por mí, mata a todos los que se te antojen, solo ten en cuenta que mientras más te deshagas de mis hombres, más aparecerán para asegurarse de que te quedes aquí, conmigo. Después de todo, soy la consentida de su jefe.

Desprendió los botones de mi pantalón empapado y no le importó que los tipos que le cuidaban el culo aún estuvieran presentes; tomó mi polla, que seguía dura, y se penetró como la perra en celo que era.

Porca troia.

Mi cuerpo y ella estaban siendo mis peores enemigos, pues el primero siguió traicionándome cuando la segunda, de dos sentones, consiguió que mi orgasmo explotara dentro suyo, y no tuve oportunidad de quitármela de encima al notar su satisfacción por hacerme acabar.

Al parecer, matar a la mierda me había excitado y Sophia consiguió su premio más rápido de lo que esperaba.

—¿Ves cómo tu cuerpo añora mis toques? —Se regocijó entre gemidos—. Fuiste hecho para mí, Amo.

Blanqueé los ojos por la sarta de estupideces que salía de su boca y me resigné a ser utilizado a su antojo porque, qué más podía hacer en ese estado. Sin embargo, tenía en claro que ella podría tener mi cuerpo, pero mis pensamientos y anhelos estaban con una sola mujer.

Una preciosa, destructiva, atrevida y desquiciada mujer.

Cerré los ojos cuando otro orgasmo explotó y de mi boca salió un quejido que Sophia tomó como luz verde para seguir; ella corriéndose también, comentando lo mucho que había esperado ese momento de intimidad y demás sandeces que me delataban lo desequilibrada que estaba.

Nunca noté ese pequeño detalle de su persona, la desgraciada lo supo esconder a la perfección y, aunque siempre me había parecido una mujer fuerte, hermosa y tenaz que luego de la caída que tuvo con su matrimonio fallido, encontró la luz y la fortaleza para salir adelante; en ese momento vislumbré por completo sus verdaderos colores y entendí a la perfección a Frank Rothstein al escoger a una bestia que no temía esconderse, por encima de una hiena hipócrita.

Regresé a ese momento con Sophia cuando una melodía conocida resonó en la bodega y la vi sacar mi móvil del bolsillo de su *blazer*. Su sonrisa siniestra me dijo sin palabras quién era la emisora de la llamada.

—*Fabio*… —El corazón se me aceleró al escuchar a Iraide llamándome y traté de gritar su nombre, sentí lo rojo que se puso mi rostro por el esfuerzo que hice para gritar, pero ni siquiera conseguí gemir.

La hija de puta de Sophia rio satisfecha y con burla al darse cuenta de mis intenciones y la frustración y desesperación que me invadió.

—Fabio no puede hablar ahora mismo, querida. —No reconocí la voz que salió de ella, fue una totalmente tomada por las emociones—. Pero lo haré yo por él. Te dije que no tenías idea de con quién estabas jugando, puta tirana.

Merda.

Merda.

Merda.

La desesperación en mi interior se sintió como ácido corroyendo mis venas, estrujando mi puto corazón, deshaciéndolo, cuando Sophia tiró el móvil al piso y no pude comprobar si cortó la llamada o la dejó activa para que Iraide escuchara lo que me hacía.

—Me encantaría que gritaras con pasión en este momento, mi Señor —dijo la perra entre lamidas a mis labios, tomándome de la barbilla, clavando sus uñas en mi carne—. Que tu puta escuche cómo disfrutas de follarme a mí… ¡Ah! Solo a mí.

Maldije mi jodida vida porque me dio a entender que Iraide seguía en la línea y escucharía ese momento exacto cuando Sophia comenzó a gritar mi nombre una y otra vez, presa de su orgasmo.

Cavolo.

Sentí una lágrima rodar por mi mejilla al cerrar los ojos y Sophia la lamió, deleitándose por lo que estaba consiguiendo de mí al tenerme en ese estado.

—No llores, cariño —pidió con burla—. Prometo que pronto tú mismo entenderás que eres solo para mí, que ella no te merece.

Esa lágrima que se me escapó no fue solo por la frustración de ser usado como un jodido muñeco de trapo, contra mi voluntad, sino también por pensar que Iraide estaba escuchando todo, haciéndose conjeturas que distaban mucho de la realidad, dejando que falsas ideas llenaran su cabeza.

Era buena en eso.

Me quedé lánguido en mi lugar cuando Sophia se levantó de mi regazo y vi mi semen correr por sus piernas, agradeciendo haberme asegurado desde antes no poder preñar a ninguna mujer, además de los cuidados que sabía que ella tomaba (y yo) para no contagiarse de ninguna enfermedad de transmisión sexual.

La maldita observó con triunfo todo lo que había derramado dentro de ella y como la cínica que era, se llevó un dedo hacia su muslo, recogiendo parte de mi semen para luego introducírselo en la boca y degustarme.

—Sabes delicioso, *Amo*. —Se relamió con regocijo y si hubiese podido moverme, habría escupido en su lugar, maldiciéndola.

Pero como era un completo pedazo de mierda que utilizaba a su antojo, únicamente pude verla acomodando su ropa, brindándole a los hombres, que se mantuvieron callados a nuestro alrededor, una sonrisa de suficiencia por el espectáculo que les regaló, reemplazándola luego por un semblante serio.

—Escóltenlo en todo momento y, por si acaso, le administran la dosis indicada —demandó—. Lo quiero lúcido, pero sin autonomía. —Todos asintieron de acuerdo y ella se acercó nuevamente, tomándome el rostro con ternura—. Los polvos vainilla no son lo nuestro, aunque siempre es un placer tenerte dentro mío, Samael. —Acarició mi mejilla y me dio un beso en los labios—. Espero que recapacites y la próxima vez me tomes como necesito.

Me perdí en mis pensamientos segundos después, cansado de que mi cabeza estuviera trabajando a máxima velocidad, y no sentí el momento en que ella se fue dejándome prácticamente solo, pues los hombres que se quedaron a custodiarme adoptaron las sombras, permitiéndole a un leve murmullo llenar el ambiente, por lo que mis demonios se materializaron y agradecí verlos a ellos esa vez, ya que me resultaron inofensivos en comparación a Sophia.

Varios se paseaban por la zona, curiosos por el entorno. La hija de puta que vivía para atormentarme desde que tuve razón, se acomodó en mis piernas y me acarició el rostro con pesar y malicia mezcladas.

—*Si te hubieras quitado la vida cuando te lo aconsejé, no estarías siendo utilizado como una ramera* —se lamentó entre caricias—. *Es una lástima que tengas la polla tan buena y solo te quieran para eso.* —Me reí de verdad porque se acercó a mi oído y sentí el calor de su aliento—. *No me gusta que te tengan de esta manera, cariño, así que hazme una promesa.* —Su voz se sintió como seda en mis oídos—. *Mátalos a todos, luego tú y yo nos reencontraremos en el infierno.*

La inconsciencia estaba tomando mi cuerpo otra vez y sentí mi demonio presionarme.

—*Promételo, diavolo.* —Me reí por su astucia al utilizar la voz de Iraide esa vez y el apodo que ella me había puesto.

Pero incluso en mi delirio sabía que la pelirroja no estaba ahí conmigo, sino en su casa u oficina, de seguro pensando en las maneras de hacerme mierda por creer que follé con la mujer que más odiaba.

Así que con un último pensamiento le dejé claro a mi demonio mi respuesta.

«Definitivamente voy a matarlos a todos, pero solo yo decidía cuándo iba a morirme».

No tenía idea de cuánto tiempo llevaba metido en esa bodega, o probablemente era un contenedor en algún buque de carga, ya que, en mis pocos ratos lúcido, cuando a Sophia no le daba por follarme, logré identificar sonidos parecidos al mar y graznidos de gaviotas. Lo que era bastante lógico tras la salinidad que sentía en el aire.

No me habían alimentado, ni siquiera me dieron un sorbo de agua, más que los que tomé cuando me ducharon, y la debilidad en mi cuerpo colaboraba a que el fármaco que me inoculaban hiciera más efecto y me mantuviera dócil a la hora que a la legisladora se le antojaba complacerse con mi cuerpo.

Y tuvo algunos tratos dulces conmigo, incluso se metió en el rol de sumisa con tal de que yo la tomara con voluntad y le diera el placer que añoraba, pues llegué a notar que tomándome como su puta no encontraba la misma liberación. Por mi parte lo celebraba internamente y me negué a ceder para que siguiera con sus polvos mediocres. No obstante, eso consiguió que la maldita se volviera agresiva y dominante; los golpes fueron el pan constante y alegó que debido a que me negaba a infringírselos, ella me los daría a mí, esperando que surtieran el mismo efecto en su placer.

Spoiler… No lo hicieron.

Y su frustración por ello fue más grande que la mía, lo que hizo que valiera la pena obtener como castigo mi cuerpo magullado, lleno de cortes en el pecho, chupetones en el cuello y un labio partido por sus constantes mordiscos, sin contar la espalda rasguñada.

Siendo sincero, el dolor que me infringió fue tanto, que dejé de sentirlo. Y más por el constante latir en mi polla, puesto que, en efecto, la perra me inyectaba algo para que mi libido se mantuviera por las nubes. Incluso llegó a inocularme adrenalina para sacarme de la inconsciencia.

En ese momento me sentía entumecido y con los músculos atrofiados, había estado dormido y por primera vez desde que me secuestraron recuperé la conciencia por mi cuenta, eso sí, mantuve los ojos cerrados para asegurarme primero que me encontraba solo, maquinando en mi cabeza volverme sumiso con tal de que no me metieran más porquería y así recuperar mis sentidos en su totalidad.

Abrí los ojos con cautela al percatarme de que tenía más libertad de la que me habían dado desde que me secuestraron. Estaba en la cama de nuevo, con la suavidad de las sábanas bajo mi piel y, en efecto, ya no tenía las muñecas atadas a los barrotes. Las cuerdas que utilizaron la última vez se hallaban rotas, como si alguien las hubiese cortado con algún objeto cortopunzante.

—¿Qué demonios? —murmuré con la voz rasposa y me senté.

El mareo que me atacó me hizo gruñir y tomarme la cabeza. Tuve que quedarme quieto unos minutos hasta que pasó y tras eso me palpé el cuerpo, moviendo los músculos adoloridos, girando las muñecas y destensándolas un poco, sintiendo el escozor que me dejó haber luchado tanto por liberarme.

Me extrañó que para ese momento ninguno de los imbéciles que me custodiaban hubieran aparecido y eso de alguna manera me puso en alerta y activó mi esperanza de escapar.

Miré a mi alrededor en busca de Sophia, sospechando que esa podía ser una broma de ella, o su truco para que la follara con voluntad, pero al encontrarme solo la respiración se me aceleró y muchos escenarios se formaron en mi cabeza, sobre todo cuando de un momento a otro, escuché impactos que reconocí como sonidos de balas.

—*Porca troia* —gruñí.

La iluminación en el lugar era escasa, pero mi visión ya se había acostumbrado a ella, por lo que pude ver en la mesa la charola con la medicación que me inyectaban, junto a jeringas que mantenían ya listas.

Me puse de pie en el momento en que aquel alboroto empeoró y la alegría que aceleró mi corazón me hizo sentir seguro de que la ayuda al fin había llegado.

—*Cazzo* —maldije al sentir dolor en mis piernas porque los amarres anteriores me hirieron la piel.

Noté una daga tirada en el suelo, e intuí que fue con la que cortaron las cuerdas que me estuvieron reteniendo al cabecero de la cama antes de que me sedaran por última vez. Al parecer, alguien del equipo de Sophia decidió ayudarme, era lo único lógico si me liberaron, pero huyeron antes de que recobrara la razón.

—¡Mierda! —exclamó un tipo que entró a mi *morada* y me apresuré a tomar la daga en el suelo—. ¡Este loco se ha soltado! —gritó y sonreí al erguirme y ver entrar a más lameculos.

Me crují el cuello, a la espera de ellos, suponiendo que habían llegado para llevarme a otro lugar y evitar que la ayuda me encontrara. La poca adrenalina que estaba generando mi cuerpo comenzó a hacer su efecto y aquel instinto asesino que aplacaron a punta de sedantes recobró la vida.

Por fin.

—Prometo darle una muerte rápida al primero que tenga las bolas de acercarse a mí —dije, sonriendo como el maldito *diavolo* que era.

Me había tomado mi tiempo para conocerlos, por lo que no me extrañó que se fueran todos

contra mí, como los estúpidos que eran.

Mi agarre en la daga era diestro, y mi posición al esperarlos dejaba claro que, incluso con los fármacos todavía en mi sistema, sabía lo que hacía, por lo que no me tomó ni dos minutos segarle la garganta al primer imbécil y su sangre caliente cubriéndome la piel fue como droga entrando en mi cuerpo a través de mis poros.

Celebré ese pequeño subidón que comenzó a despertar más mis extremidades y me defendí de cada golpe que me propinaron, devolviéndoselos con el doble de potencia, zafándome con agilidad de un agarre que intentaron hacerme entre varios para doblegarme de nuevo. Pero, incluso en mi estado todavía deplorable, no estaba dispuesto a permitírselos y después de saborear un poco de libertad, me juré que acabaría con ellos hasta con los ojos cerrados.

Y sí, la medicación había sido una perra conmigo, pero el recuerdo de cómo fui usado por Sophia me sirvió para seguir sacando fuerzas.

—Les advertí que solo al primero le daría una muerte rápida. —Largué mientras clavaba la daga en la articulación de uno de ellos para provocarle un dolor insoportable que lo inmovilizaría a la vez.

El alarido que soltó, junto al golpe sordo de su cuerpo en el suelo, fueron música para mis oídos con la cual me deleité y regocijé. Las ansias de seguir sintiendo más sangre bañándome me llevó a darles un pase directo al inframundo de forma salvaje y cuando me harté de que no se defendieran como esperaba, me tomé mi tiempo para quebrarles el cuello, sacarles los ojos e, incluso, partirles la espalda.

—*¡Merda!* —gruñí al sentir que mi energía bajó de pronto, obligándome a tomar una respiración lenta y profunda después de tirar el último cuerpo al suelo.

En ese punto parecía que afuera se estaba llevando a cabo la tercera guerra mundial, pues la lluvia de balas, los gritos y la persecución cada vez eran más fuertes.

—¡Fabio! —Escuché que me llamaron a lo lejos.

Maldije porque se me estaba dificultando llegar a la mesa tras el bajón de adrenalina que sufría y tuve que tomarme de una pared para ayudarme a mantenerme en pie.

—*¡Fratello!* —gritaron de nuevo y segundos después la puerta voló de sus bisagras luego de un fuerte golpe que le dieron.

—Dominik —musité, sacudiendo la cabeza para espabilar y alcancé a tomarlo del brazo mientras que él me abrazó con alivio.

—*Sono qui, fratello* —soltó en el momento que me permití desplomarme entre sus brazos y él me sostuvo sin dejarme caer.

—*Sul… tavolo* —titubeé y me llevó hasta la mesa sin hacer preguntas. Miramos todas las jeringas disponibles y tomé una de ellas con la mano temblorosa—. *Inietta* —pedí y lo vi dudar al percatarse del rótulo.

—*Ti farà del male, Fabio.* —Bufé una risa al escucharlo.

—*Mi farà più male uscire da qui in questo stato* —«Me hará más daño salir de aquí en este estado», escupí y sin perder tiempo destapé la jeringa con los dientes, clavando la aguja sin cuidado en mi brazo.

Escuché a Dominik maldecir y mi aliento se cortó al sentir el chute de electricidad recorrer cada rincón de mi cuerpo. Mi corazón latió como si fuera a explotarme y con eso supe que tenía el tiempo contado, por lo que palmeé el hombro de mi hermano con cariño en el momento que pude sostenerme por mi propio pie, y lo cogí del rostro al percatarme de que me observaba con temor.

—*¿Va meglio?* —«¿Te sientes mejor?»

—*Fottutamente fantastico.* —«Jodidamente increíble»—. *E con voglia di prendere a calci qualche culo* —«Y

con ganas de patear unos cuantos culos». Dominik sonrió al oírme.

—Hazlo rápido entonces, para que tomes luego una ducha porque lo necesitas —me animó y reí.

—También necesito dormir un mes completo, *fratellino* —añadí.

A continuación, caminamos juntos hacia la salida, él cubriéndome la espalda para que yo hiciera mi propia matanza y me bañara primero en sangre, liberando de una buena vez a la bestia en mi interior que ansiaba alimentarse con la vida de aquellos que intentaron joderme.

CAPÍTULO 66

Iraide

Tanto Sombra como yo fuimos agiles en el instante en que desenfundamos nuestras glocks, quitándoles el seguro para apuntarnos directo a la cabeza. Sonreí para él al verlo crujirse el cuello y me respondió con seriedad, irguiéndose en todo su esplendor y demostrándome que los años no le quitaban el poderío que siempre emanó.

—¿O debo llamarte LuzBel? —satiricé.

—Llámame por mi nombre si quieres, te lo concederé como último deseo antes de enviarte al infierno —declaró él sin inmutarse y eso me hizo agrandar mi sonrisa.

Me gustaba que tuviera claro que yo sabía todo de él, sus apodos, su doble vida, lo que lo debilitaba y lo que le daba fuerzas.

—*¡Puta madre! Qué rico es volver a verte* —admití en mi idioma, con el descaro que él tanto odiaba—. ¿Tu mujer ya te perdonó el haberte encontrado metido entre mis piernas? A punto de follarme —reiteré con inocencia.

Aunque los dos éramos muy conscientes de que lo último fue una mentirilla.

—*Mi mujer nunca sintió celos de ti*, *pequeña puta* —reviró, subiéndose la máscara a la cabeza, de seguro con la intención de que fuera su rostro el que viera por última vez, y apreté los labios para no reír porque me habló en español.

Y no porque me burlara de su acento, al contrario, me sorprendió que pronunciara mejor las palabras en comparación a cuando nos conocimos años atrás.

—Ya… no me dio esa idea la noche que casi te cuelga de los huevos. —Satiricé, caminando hacia el lado contrario que él tomó.

—Según lo que yo recuerdo, te quería colgar a ti. —Apostilló y entonces sí me reí.

No mentía, me escapé de las garras de aquella fiera que tenía por esposa, por muy poco.

—La batalla ha terminado, LuzBel —aclaré, utilizando su apodo oficial, el que usaba cuando no llevaba la máscara de Sombra (esa que le permitía camuflarse en el bajo mundo); dejando el pasado atrás porque no me convenía que estropeara mi presente si quería ver a Fabio en el futuro—, así que cumple el trato.

—¿Qué trato, Viteri? —inquirió haciéndose el imbécil.

Odiaba cuando al cabrón le daba por jugar con su presa.

—Creí que ustedes los Grigoris y Sigilosos honraban las promesas —señalé—. Y me hicieron una —advertí.

—Porque honro mis promesas estoy aquí, maldita puta roja. —Me tensé al escuchar ese apodo, que fue el primero que me dio Ronald y su gente cuando comencé a acostarme con Frank y, para ser sincera, era el único que me ofendió e hirió mi dignidad, por eso mi predecesor se encargó de hacer que nadie me siguiera llamando de esa manera. Aunque el imbécil de LuzBel lo utilizaba con ventaja y alevosía contra mí, pues le permití comprobar lo mucho que me afectaba cuando se enteró del maldito sobrenombre—. ¿Qué? ¿Ya olvidaste la que te hice? —soltó y tragué con dificultad.

¡Mierda!

Sabía que tarde o temprano eso sucedería, y no temía que intentara cumplir lo que me prometió, aunque por un momento esperé que no quisiera hacerlo justo esa noche, por lo que tomé el riesgo

con tal de ver a Fabio siendo rescatado con mis propios ojos, pero estaba más que claro que me equivoqué.

El hijo de puta no me dejaría ir así por así. Y, habiendo cumplido con mi deseo y teniendo la seguridad de que ni Dominik ni su gente permitirían que volviesen a dañar a mi *diavolo,* decidí que era mejor enfrentarme de una buena vez a LuzBel para ya no estar con el pendiente.

Y no subestimaba a mis enemigos, menos a LuzBel, tampoco me acojonaba, pero sí lo respetaba como el buen contrincante que era y, en un intento porque ese enfrentamiento fuese justo para los dos, bajé el arma y guardé la cuchilla; consciente de que no saldría ilesa, y ansiosa por demostrarle que su mujer no era la única capaz de patearle el culo.

—Vaya, vaya. Ya te crecieron los ovarios. —Me chinchó sin esconder la sorpresa por la decisión que tomé en silencio.

En respuesta le sonreí como una perra y me acerqué sin miedo, demostrándole que por mucho que deseara intimidarme, ya no se enfrentaba a la niña que Frank usó en el pasado para drogarlo y luego llevármelo a la cama con la intención de entretenerlo con sexo mientras él trataba de dañar a su mujer.

—Aquí estoy. Cumple tu promesa —demandé y abrí los brazos—, pero hazlo como hombre —reté y me preparé para la inminente lucha cuando lo vi guardar su arma—. Aunque te advierto que no te lo pondré fácil.

Me dedicó una mirada mortal, que en lugar de erizarme la piel me revolucionó la sangre, y movió su cuerpo, inspeccionando el mío, asegurándome de esa manera que ambos nos divertiríamos quemando la adrenalina hasta el tope.

—Siempre evito luchar contra mujeres, pero tú no mereces que tenga consideraciones después de lo que hiciste —advirtió y giró los hombros, preparándose.

—No te limites, LuzBel, ya que me honra que te enfrentes a mí porque eso significa que me tomas como tu igual. —Bufó burlón y rio de mis palabras.

—Esto será rápido. —Fanfarroneó.

Fue mi turno de reírme con burla y comencé a balancear mis pies, nivelando mi peso y movimientos con los brazos.

—Antes de todo, tengo una pregunta para ti —avisé sin dejar de moverme. Él sabía lo que estaba haciendo, así que comenzó a moverse también, atento a mis pies y brazos—. ¿Alguna vez has danzado con la muerte?

Alzó una ceja ante mi pregunta y negó.

—No, pero ya he hecho que la hija de puta se enamore de mí.

—¡Joder! Me sorprende que la gran Isabella White se enamorara de un maldito fanfarrón —me burlé.

Y, aprovechando el momento le lancé una patada giratoria haciéndolo retroceder. Enseguida lo ataqué con una frontal que detuvo con sus antebrazos, arremetió con puñetazos que esquivé con movimientos de torso y en cuanto pude volví a confrontarlo con patadas giratorias.

Me respondió con una igual que evité al hacer una voltereta hacia el frente y previ que trataría de atacarme por el suelo, así que, cuando se agachó para barrer mis pies di un salto mortal y con el cuerpo lo contuve en cuanto él dio una patada hacia atrás, quedando espalda contra espalda y empujándonos para ganar espacio de nuevo.

Asalté con uno de mis ataques más fuertes y me giré con una patada que sorteó al agacharse y, cuando me erguí, me recibió con un puñetazo en cada lado del rostro que libré por poco, sintiendo solo el roce de sus nudillos en mis mejillas; y aprovechando que lo tuve de frente, conecté una

potente patada en su costado izquierdo que lo obligó a irse hacia atrás.

Me alejé arqueando la espalda en un salto invertido, apoyando las manos en el suelo, y sonreí cuando lo escuché gruñir.

—¿Qué? ¿Ya te están afectando los años, *amor*? —Reí, lamiéndome los labios al sentir el sabor de mi sangre.

Al parecer, el roce de sus nudillos fue más fuerte de lo que sentí.

—¿Lo dices porque ya le afectan a Fabio? —Refutó con una sonrisa socarrona, moviéndose con más sigilo a mi alrededor.

—¡Uf! Fabio —gemí—. Ese *diavolo* sabe hacer cosas en la cama que tú no harías ni en sueños.

No lo dejé decir nada y menos que tomara aire. Me lancé hacia el frente, apoyando las manos en el suelo para impactar mis pies en su estómago, pero me esquivó; con el mismo ataque que ya había ejecutado probé darle una patada de lado y en el giro me puse de pie y le lancé puñetazos que contuvo con su fuerza. Volví a patearlo, obligándolo a saltar para evitarme y logré cogerlo en el aire con un rodillazo que conecté a su pecho.

No obstante, el imbécil pudo revertir el daño y me lanzó una patada que, aunque contuve con los brazos, me dejó aturdida y me hizo buscar distancia.

—¡Mierda! Acabas de ordenarme los pensamientos —me burlé.

—No, Viteri. Acabo de sacudirte la mierda —ironizó.

Aprovechando su momento me buscó dando puñetazos que pude evadir, aunque uno rozó en mi costado y me desestabilizó lanzándome hacia atrás; vio de nuevo su oportunidad para lanzarme una patada aérea, que esquivé agachándome, y con el hombro golpeé su costado, asestándole a la vez un cabezazo en el estómago que lo alejó de mí. Sin embargo, no estaba dispuesta a perder mi ventaja, por lo que arremetí con manotazos a los lados de su cuello que le arrancaron gruñidos; y, en cuanto pude me recargué sobre un brazo en el suelo y conecté ambos pies en su pecho, empujándolo con potencia varios pasos.

Lo seguí dando volteretas cortas, tratando de golpearlo de nuevo con los pies, pero se protegió con las manos y libró otra patada cuando me puse de pie y lo ataqué. Me lanzó dos ganchos fuertes al estar de frente y sonreí cuando alcé una pierna y la enganché a su antebrazo, girándome con agilidad hacia atrás, llevándomelo conmigo. Al tenerlo en el suelo le hice una llave dispuesta a dislocarle el hombro.

Aunque él tenía la ventaja con la fuerza y logró zafarse sin ningún problema cuando, en un intento por conectar una patada en mi rostro, me alejé hasta ponerme de pie.

Volvimos al ataque sin darnos tregua, esa vez más en serio, puesto que tras el calentamiento que tuvimos, más patadas conectaron en su torso y rostro, así como sus golpes lograron impactar mi cuerpo hasta que uno me aturdió de nuevo y entonces él lo aprovechó cogiéndome del cuello y empotrándome sin piedad en un contenedor.

—Admito que eres buena. —Jadeó y reí viéndolo desde arriba, ya que su agarre me subió sobre él un par de pulgadas.

—*Muy buena, amor* —me mofé, puesto que, si él era fanfarrón, yo podía competirle.

Tenía ambas cejas partidas y un hilillo de sangre le corría por los costados, así como otro más grueso salía de su nariz y un pómulo comenzaba a inflamársele. En mi caso, sentía la boca llena de sabor metálico gracias a las comisuras de mis labios reventados y la coleta se me había desecho. Me relamí volviendo a sonreír y gemí con placer cuando hizo más fuerte su estrangulamiento.

—Suenas a que te gusta lo que te hago —urdió y lo cogí de la muñeca cuando apretó más.

Activé la punta de mis dedales y las enterré en su piel, viendo el rayo de dolor reflejarse en sus

ojos.

—Sí, me gusta —aseguré y volví a gemir cuando me alejó un poco del contenedor y volvió a empotrarme haciendo que mi cabeza golpeara con un sonido seco.

—Maldita loca.

—¿Qué crees que diría tu mujer si una vez más te encuentra dándome placer? —me burlé.

Mantuvo el agarre en mi cuerpo hasta que sentí el frío de su pistola en mi sien y cerré los ojos, disfrutando del momento. Cuando los volví a abrir él me observaba como si fuera un enigma, pero satisfecho al comenzar a ponerme roja por la falta de aire.

—Aprovecha el momento para decirme tus últimas palabras —recomendó, fingiendo ser benevolente, y miré a mi alrededor en el instante en que mi cuerpo reaccionó, irguiéndose con anticipación.

—En nuestro mundo… no solo sirve… la, la destreza para pelear —pronuncié con dificultad y alzó las cejas—. También se requiere de, de astucia para… usar tus cartas y mantener un plan B.

Le regalé una sonrisa tras decir eso y lo dejé disfrutar de su dominio. Segundos después subí una pierna a su cadera y con las manos lo tomé de la cintura para apretarlo a mi cuerpo y me rocé en él.

Gemí como si me estuviera dando el placer más exquisito y me deleité con su cara de horror. Y, por supuesto que trató de alejarse, aflojando un poco su agarre en mi cuello que aproveché para coger todo el aire que pude, y lo mantuve en su lugar, enterrando más los dedales en su cintura y haciéndolo gruñir.

—Pero ¡¿qué demonios?! —exclamó aturdido y me reí.

Estábamos pegados en su totalidad, lo sentía por todas partes, sobre todo cuando volvió a apretar su agarre en mi cuello ante la incomodidad que le provocó esa posición tan comprometedora entre nosotros.

Entonces el dueño de mis malditos sueños salió de la oscuridad y sonreí con malicia al verlo con los puños apretados y la respiración pesada. Totalmente desquiciado.

—¿Pretendes seducirme? —gruñó LuzBel.

—No, pretendo provocar —confesé sin verlo a él—. ¿Sabías que tanto la muerte como el sexo me llevan al orgasmo? —pregunté con alevosía.

—¿Y ese es tu patético plan B? —cuestionó LuzBel y jadeé cuando apretó más su agarre en mi cuello.

—No, imbécil —atiné a decir—. Mi plan B es que… al igual que tu mujer… yo también tengo a mis pies a un demonio. —Jadeé y tosí en el instante en que Fabio arrancó a LuzBel de mi cuerpo de un fuerte tirón y caí al suelo con el impacto, viendo a esos dos titanes moliéndose a golpes de una manera excitante.

Fabio estaba perdido y LuzBel lo notó cuando lo tuvo encima, así que, sabiendo a lo que se enfrentaba, se defendió y le devolvió los ataques. Se pusieron de pie en cuanto pudieron y se gritaron algunas verdades sin dejar de atacarse.

¡Mierda! En ese instante pensé en que era probable que LuzBel se hubiese contenido conmigo, ya que en esa lucha entre ellos los dos parecían terremotos destructibles dispuestos a arrasar con todo a su alrededor. Y, sabiendo lo que me convenía, me puse de pie cuando me sentí un poco recuperada y activé el intercomunicador.

—Dominik —lo llamé con la voz ronca, alejándome un par de pasos y me tomé del cuello haciendo una mueca de dolor—. Ven a la zona de contenedores cerca de la salida, porque tu hermano y tu amigo están a punto de matarse a golpes.

Escuché un fuerte *mierda* como respuesta y rogué para que llegaran pronto, ya que yo tenía que

huir para no arriesgarme a que otro imbécil decidiera cobrarme alguna promesa. Vi una última vez cómo aquellos dos titanes colisionaron y cayeron al suelo dándose golpes y en cuanto escuché varios pasos acercándose junto a gritos, corrí.

Ya había logrado ayudar a salvar la vida de Fabio, así que era momento de cuidar la mía.

—¡Joder, Ira! —espetó Faddei al verme llegar.

—¡Mi señora, dígame quién fue! —pidió Kadir desenfundando el arma y lo detuve.

—Salgamos ya de aquí, hemos terminado —ordené y me subí a la camioneta.

Kadir hizo lo que pedí y los neumáticos derraparon cuando aceleró con toda la potencia que el automotor le permitió y salimos del puerto para ponernos a salvo. Comencé a reírme al recordar lo que había pasado y ambos me observaron como si estuviera loca.

—Dime que llegaste a tiempo —le dije a Dominik cuando, minutos después, le llamé al móvil.

—*Por suerte, aún estaban con vida los dos*.

—¡Puta madre! Hubieras dejado que tu hermano asesinara a ese maldito de LuzBel —me quejé y bufó.

—*Lo siento, pero la suerte no siempre estará de tu lado* —ironizó y rodé los ojos.

—¿Fabio está bien?

—*Tuvimos que sedarlo para contenerlo porque quería ir detrás de ti arrastrando a LuzBel para dártelo como regalo* —respondió y sonreí, siseando a la vez de dolor y sintiendo que el corazón se me hizo chiquito —. *Estará mejor cuando despierte, Ira. Los hijos de puta lograron sacarle la depresión a punta de golpes y fármacos, aunque no contaron con que lo pondrían maniaco. La falta de su propia medicación le afectó, pero ya lo estamos controlando* —aseguró y respiré profundo.

—Bien, volvamos a la rutina entonces —le animé.

—*Dime quién colaboró con McAdams* —pidió y reí para que me escuchara.

—No, cuñadito. Esa deuda me la cobraré yo, tú encárgate del senador si quieres. —Apostillé y lo escuché bufar.

—*Ya cálmate, Ira. Porque estamos cansados de limpiar tus desastres* —advirtió de pronto y admito que me sorprendió.

—Si yo me calmo, las organizaciones de tus amigos desaparecen, así que mejor agradézcanme que les doy una razón para no vivir en la monotonía. —Satiricé y rio irónico.

—*Maldita loca* —murmuró y sonreí divertida.

—Hasta luego, cuñadito —respondí y corté.

Faddei me miró con los ojos entrecerrados y negó con la cabeza por todo lo que escuchó, pero su ceño fruncido ya se había deshecho y eso me indicó que se sentía más tranquilo.

En el transcurso del camino aproveché para contarles lo que pasó y terminé siendo regañada por ambos por haber apagado el intercomunicador y no pedirles ayuda, yo me limité a decirles que esa era una deuda personal que debía pagar sola, siendo consciente de que no perecería en las manos de aquel idiota. Puesto que así Fabio no hubiera aparecido, tenía un As bajo la manga y por mucho que LuzBel me odiara, no era tan imbécil como para perder la oportunidad que yo les pondría en bandeja de plata en un par de días.

Fuimos a la bodega sur antes de ir a casa y desde ahí hablé con Soren, pidiéndole que hiciera llegar a nuestro *huésped* con sus padres, sano y completo. También le dije que no se descuidara del senador,

aunque ya sabía que Dominik se encargaría de él y de la mierda que desató por ayudar a una loca ardida.

Me cambié de ropa y lavé el rostro antes de irme a casa, viendo mi reflejo no tan hecho mierda como pensaba. Con la Capoeira tenía la ventaja de no sufrir tantos golpes en la cara al mantenerme más sobre el suelo, pero no podía decir lo mismo de mi cuerpo, ya que sentía el torso magullado y de nuevo usaría un collar de cardenales en el cuello, aunque esa vez eran regalo de un hombre que para nada me hizo disfrutar, por mucho que fingiera gemidos de placer.

Me sorprendí mucho al encontrar a Kiara en la sala de visitas cuando entré en casa, estaba dando vueltas de un lado a otro, desesperada, mordiéndose las uñas y, por lo que vi, también se había tirado del cabello porque parecía un león con todos los rizos deshechos.

Su sorpresa fue evidente cuando me vio y tragó con dificultad. Imaginé que los cortes en mis labios y el que descubrí en la nariz ya comenzaban a parecer más graves de lo que fueron.

—¡Joder, Iraide! Vamos a tu habitación. —Fue todo lo que dijo y llegó a mí para cogerme del brazo y llevarme como si fuera una niña pequeña y regañada.

Faddei sonrió cuando volteé a verlo y asintió, diciéndome de esa manera que, a pesar de estar molesta, Kiara se ocuparía de mí.

Me dejé hacer por mi amiga y me mantuve en silencio en el momento que llenó la tina con agua tibia y me ayudó a tomar una ducha relajante, luego de eso me hizo salir y me llevó hasta sentarme en el banco acolchado a los pies de mi cama donde ya tenía listo el botiquín para limpiar y desinfectar mis cortes.

—¡Joder, Kiara! Sé que estás molesta, pero ten cuidado —me quejé cuando presionó demasiado uno de mis cortes y bufó.

—No hables y déjame hacer lo único para lo que soy buena en esta casa —regañó y respiré profundo.

—No sigas con eso y lo siento si te ofendí. Solo trataba de protegerte —murmuré y la vi negar.

—He decidido irme a vivir con Milly —soltó de pronto y sentí como si me hubiera dado un golpe en el estómago.

Era consciente de que fui yo la que le dije que no se detuviera por mí, todas las veces que su chica le propuso que vivieran juntas, pero que tomara esa decisión a partir de nuestras peleas no me sentó bien.

Sin embargo, con todo lo que estaba pasando en mi vida últimamente, que se alejara de mí era lo mejor. Yo incluso había dejado de visitar a mi madre y hermano para no untarlos más de mi mierda, porque sabía que mientras menos afecto me vieran mostrando a las personas que me importaban, las posibilidades de que los usaran en mi contra disminuían.

Por eso Sophia se fue en contra de Ace y Fabio, ya que eran los hombres por los que demostraba emociones más allá de amante o jefa.

—¿Cuándo te irás? —le pregunté y, aunque quiso contener un jadeo, la escuché.

«Bien, Iraide. No te rompas», me dije en silencio.

—Pues más pronto de lo que había planeado. —Satirizó y por más que lo intentó, no logró esconder el dolor.

—Kiara, sabes que te amo, pero aparte de que mereces hacer tu vida con la chica de la cual estás enamorada, no te conviene seguir cerca de mí.

—Claro, porque solo te estorbo. —Bufó y tiró sobre un recipiente plástico el algodón manchado de mi sangre y todo lo demás que usó.

—No seas tonta, mujer. Sabes que no es por eso.

—¿Ah no? ¿Estás segura de eso? Porque según quedó claro esta mañana, ningún intento patético que yo tenga para ayudarte funciona, a menos que haga solo lo que tú ordenes —reclamó.

Bufé y sonreí cansada.

—Sabes bien que solo busco protegerte —contesté y rio irónica.

—Se te olvida que ambas venimos del mismo infierno, Ira —espetó.

—¡No, joder! No lo olvido, pero tú estás ignorando que el infierno del que salimos no es nada en comparación al infierno en el que me muevo en este momento —repliqué perdiendo la paciencia, desconectando mi lengua del cerebro—. Así que déjate de tonterías y entiende que solo busco protegerte y si eso te jode tanto, entonces sí, es mejor que te vayas con Milly porque tu maldito capricho sí te convierte en un estorbo para mí. Y no estoy para andar cuidando el culo de niñatas que se volvieron consentidas —finalicé y me puse de pie acomodando mi bata.

Sus puños estaban apretados, al igual que su mandíbula, mientras me escuchaba y en cuanto dije lo último, dejó escapar un par de lágrimas que me hicieron maldecir.

—Cariño, no…

—¡Vete a la mierda, maldita tirana! —me cortó y cerré los ojos con fuerza.

Que me llamaran así nunca me importó un carajo hasta que lo pronunció ella con tanto dolor.

Pero no dije nada más, únicamente gruñí cuando me pasó llevando en el momento que decidió irse de mi habitación, cerrando con tremendo portazo. Merecía su agravio, estaba consciente de eso, ya que, en mi intento por alejarla y protegerla, terminé ofendiéndola.

Me acerqué a la mesita de noche en cuanto estuve sola y saqué el medicamento que me habían recetado para poder dormir. No me gustaba beberlo porque sentía que me quitaban mi capacidad para defenderme al noquearme como lo hacían, pero después del estrés vivido y el ataque que tuve, necesitaba desconectarme de todos mis sentidos.

Por lo que me tragué una píldora y diez minutos después perdí el conocimiento. Actuando como una maldita novata al quedarme indefensa luego de la pelea. Pero cuando abrí los ojos al día siguiente con los fuertes rayos del sol, agradecí que la suerte me diera una tregua.

Dolly había llegado con un caldo y preparó todo para mi ducha, avisándome que la señorita Kiara, como la llamaba, se había ido esa mañana con un bolso lleno de ropa. Sentí una punzada de dolor porque se marchara estando mal conmigo, pero sabía que lo más conveniente era dejar que las aguas se calmaran un poco para que habláramos tranquilas, sin las pullas de por medio.

Más tarde, y tras tomarme unos analgésicos, me fui para la clínica cuando Faddei avisó que Ace ya había despertado. Dominik también me escribió para avisarme que Fabio reaccionó, sin embargo, lo tendrían con un tratamiento intravenoso en su casa para que los niveles de serotonina en su cerebro se nivelaran así fuera un poco.

Y, al menos por ese lado me sentía más tranquila.

—¿Gigi? —dije sorprendida cuando la encontré en la sala de espera de la clínica.

—¡Por Dios, Iraide! Deja de meterte en tantos problemas —me regañó al ver mi aspecto y sonreí.

—¿Qué haces aquí? No me digas que te preocupaste por Ace. —La chinché y rodó los ojos.

Estaba concentrada en una revista, cómoda en un sofá y con las piernas cruzadas con mucha elegancia.

—Simplemente quise ser buena con Soren —explicó regresando la mirada a la revista y me crucé de brazos—. Dijo que están pasando ciertas cosas por las cuales no quiere dejarme sola, pero me comentó sobre lo que le pasó a tu amante; estaba preocupado por él y le dije que podía acompañarlo para que se sintiera tranquilo, así puede verle sin descuidarse de mí.

—Tan benevolente te has vuelto con Soren —murmuré con tono divertido y me miró seria.

—Bueno, me cae mejor que el idiota, así que está resultando fácil —admitió y negué.

—¿No has entrado a ver a Ace? —pregunté más por joderla.

—Ja, ja, ja. *Chistosita* —ironizó.

—Bien, nos vemos luego. *Le iré a dar un beso a mi amante* —avisé hablando en español lo último como ella hizo conmigo y me miró entrecerrando los ojos cuando le guiñé un ojo.

No quise seguirla jodiendo porque apenas comenzábamos a tener una *relación* de nuevo, así ella se mostrara obligada a hablarme, por lo que opté por ir paso a paso.

Cuando llegué a la habitación de Ace, Soren se encontraba por salir y ambos reaccionaron con sorpresa al ver mi aspecto.

—Espero que la otra haya quedado peor, mi reina —aseveró Ace al recomponerse y negué, dándole una sonrisa.

—El otro, Ace —aclaré y alzó las cejas.

—Señora, yo me retiro. Cualquier cosa que necesite, me avisa —dijo Soren y asentí.

Miré a Ace entonces y solo en ese momento me tranquilicé de verdad por él, ya que a pesar de que aún lucía un poco pálido por la sangre que perdió, se miraba mucho mejor. Tenía suero conectado a una vena y sangre en la otra. Lo habían limpiado y vestido con una bata de hospital.

—Me alegra verte despierto —susurré y sonrió mostrando sus colmillos.

—¿No me vas a dar un abrazo?

—Por supuesto que no, confórmate con que esté aquí —reviré haciéndolo reír.

—Lloraste por mí, mi reina. Te escuché y ahora te da pena abrazarme —aseguró y rodé los ojos.

—Estabas inconsciente, Ace. Yo no he llorado por ti —mentí y eso lo hizo reír más—. Le hubieras dicho a la enfermera que, en lugar de hacerte una transfusión de sangre, te la diera desde su cuello. —Comencé a joderlo para que no siguiera por la línea sentimental.

—¡Nah! Ya es una señora y no me llamó la atención. —Refutó.

—Entonces le hubieras pedido que le pusiera una pajita a esa bolsa.

—Ya, mi reina. Deja de hacerte la loca y ven acá —demandó alzando la mano y volví a negar.

Pero logró persuadirme y minutos después lo abracé con un poco de fuerza, haciéndolo gruñir de dolor. Le dije que eso se ganaba por obligarme a ser cursi y prometió que no volvería a arriesgarse de esa manera.

Y, a pesar de mi agonía por no haber visto aún a Fabio, reí de verdad con ese idiota que, sin saberlo, ya lo consideraba mi amigo.

El primero después de Kiara.

CAPÍTULO 67

Iraide

Tres días después dejé instalado a Ace en la bodega sur cuando le dieron el alta. El idiota se negó a ir a su apartamento alegando que no quería estar lejos de Furia y, aunque su petición me pareció extraña, accedí y ordené que le montaran una habitación adecuada con todo lo que necesitaría para su recuperación.

Estuve pendiente de Fabio por medio de Dominik, a quien terminé jodiendo con la broma de que ya me quería como su cuñada y, en cuanto me mandó a la mierda, le aseguré que no se preocupara, que mantendría su secreto a salvo y que no lo obligaría a verme a la cara en una cena familiar.

Dos días luego de eso hice una de las cosas que más había esperado: me reuní con los séptimos.

Presenté ante ellos al nuevo miembro de la organización y juro que Harold y Ronald se revolcaron por dentro en su furia, dejándome claro que sí, ambos fueron los causantes de la muerte de Envidia. Trataron de manipular la jerarquía que teníamos y Gerónimo me miró cómplice, diciendo sin palabras «te lo dije». Pues acabábamos de joderles los planes.

—Supongo que ya saben que Sophia Rothstein me declaró la guerra —les dije a todos y al menos tuvieron la decencia de no fingir sorpresa—. Así que, si alguien más de ustedes va a unírsele, déjenmelo claro aquí, ahora y en mi cara —los reté.

—A ver, Ira. Bájale un poco a tu intensidad y concentrémonos en lo importante —pidió Hector y lo miré con una ceja alzada—. Todos debemos tener claro que, a pesar de los inconvenientes, no somos la sede más poderosa y número uno solo porque nos quisieron galardonar así. Lo somos porque lo hemos ganado con méritos y ya debemos dejar atrás el pasado —continuó, diciendo lo último para Harold y Ronald.

—Por mi parte no hay problema, pero si insisten en joderme como con el ataque donde falleció Roena, les advierto que les responderé con la misma potencia —advertí, dejando de lado lo que hicieron con Hunter, y Wayne se quedó analizándome—. Y solo para aclarar, así te afecte a ti también, Hector. Somos la sede más poderosa y número uno por mis méritos, ustedes son llamados los séptimos más respetables de la organización gracias a los contactos que he sabido mantener y las negociaciones que he sacado adelante incluso cuando nuestros *compañeros* me han puesto trabas, así que no me subestimen. Porque ya me tocaron demasiado los ovarios.

—Si dejaras de ser tan soberbia y ególatra, te aseguro que hasta aplaudiría *tus méritos,* Viteri —contestó Harold—. No olvides que tú no fueras nadie si Frank no te hubiera recogido y tomado como su puta.

—Hasta para ser puta hay que ser inteligente, Gula —me defendí, poniéndome de pie y golpeando la mesa con las palmas de mis manos—. Y si tanto te sigue jodiendo eso, pues te hubieras convertido tú en la puta de Frank y tal vez así, ahora estarías en el lugar que tanto deseas y que no has podido conseguir incluso con tus patrañas —exclamé.

—Corriente y ególatra. Así es nuestra lideresa —ironizó Ronald comenzando a aplaudir.

—Ya basta, señores —pidió Gary.

—Y, aunque te retuerzas de la furia, seguiré siendo tu maldita lideresa hasta que me canse o muera. O hasta que te mate, si me sigues jodiendo —contraataqué, ignorando a Gary.

—¿Ahora me amenazas? —espetó Ronald, poniéndose de pie.

—Iraide, por favor —replicó Wayne cuando vio que mis hombres se adelantaron para contener a los de Ronald.

—No te amenazo, no amenazo a nadie, pero no sean tan hipócritas cuando están golpeando al lobo para obligarlo a morder, solo para luego excusarse con que lo mataron en defensa propia —vociferé y todos me miraron atentos—. Y tengan mucho cuidado con lo que están haciendo y si me van a apuñalar por la espalda, asegúrense de matarme, porque si no lo hacen, les mostraré qué tan fuerte muerdo y despedazo —finalicé y ninguno habló.

Y tampoco esperé a que lo hicieran, porque ya había dicho lo que tenía que decir, por lo que tomé mi bolso y caminé fuera de la sala. Había lanzado una bomba con interruptor de hombre muerto entre ellos y sabía que muy pronto descubriría al suicida que se iría contra mí.

Aunque de algo estaba segura, jamás dejaría ese mundo sin antes llevarme a unos cuantos conmigo.

Eso, contando con que lograran destruirme en realidad, ya que los movimientos que estuve haciendo en los últimos días no fueron al azar. Al contrario, me había estado preparando para la guerra silenciosa que se desarrollaba contra mí y les dejaría claro por qué nunca debieron subestimarme.

—Lograste sorprendernos a todos al presentar a Gerónimo como el nuevo séptimo —mencionó Faddei cuando ya íbamos llegando a casa.

—Sí, entre una cosa y otra, no he tenido tiempo para decirte todo lo que estoy pensando, calvo. Pero tendremos una larga charla pronto —expliqué y asintió.

—Kiara llegó a tu casa hoy para sacar algunas de sus cosas —avisó y sentí que se me cortó la respiración.

Cerré los ojos con fuerza y solté el aire que no sabía que estaba reteniendo. Me había llamado luego de nuestra pelea, pero no pude responderle gracias a que me ocupé en Ace, Fabio y otros asuntos, por lo tanto, no estuve pendiente del móvil y cuando le devolví las llamadas, no me quiso responder.

No la culpé y por muy duro que fuera, comprendí que tuvo razón en decir que solo le di atención cuando la necesitaba.

Después de salir de aquel infierno y llevarla conmigo, me descuidé de nuestra amistad creyendo que con lo que hice, y dándole todo lo que siempre deseó y hasta más, era más que suficiente. Actué igual con mi madre y hermanos, puesto que la carencia de las comodidades y el dinero que tuve desde niña me habían hecho errar al pensar que eso era lo único que importaba para ser felices.

—Dale un par de días para que se calme y luego la buscas, ángel —recomendó el calvo al ver mi expresión.

—¿En serio crees que va a ser tan fácil esta vez? —inquirí y asintió seguro.

—Esa chica te adora y tú siempre consigues hacerla feliz con lo que quiere, así que no lo dudo. Solo dale tiempo —aseguró y respiré profundo.

Confiando y deseando que tuviera razón.

Más tarde, salí de la ducha tras darme un baño y me vestí con una bata de seda, medio me sequé el cabello y bajé a la cocina para prepararme un té con la intención de llamarle a Dominik mientras lo bebía, para que me informara de Fabio y además asegurarle que pronto le haría llegar lo que prometí.

En esos días me había dedicado a hacer un archivo extenso, con fotos, vídeos, copias de correos electrónicos, mensajes de texto y muchas cosas que le servirían para conseguir lo que tanto deseaban.

Estaba a punto de coger el móvil cuando el timbre sonó y miré extrañada hacia afuera de la cocina. Dolly ya se había ido a descansar a su casa y mis hombres no se acercaban a menos que

Faddei o Kadir fueran con ellos. Hunter se puso alerta al verme a mí igual y me acerqué a la pantalla del refrigerador para acceder a las cámaras de seguridad y mi corazón se detuvo al ver de quién se trataba.

—Calma, chiquito de mami —le pedí a Hunter y este me miró con las orejas muy alzadas.

Ya se movía bien y estaba volviendo a su rutina tras recuperarse de la operación a la que fue sometido. Me acerqué a la isla y me apoyé en ella para controlar mi respiración, pero que el timbre volviera a sonar no me ayudó en nada. Mi corazón se volvió loco y la garganta se me secó.

—Cálmate, chiquita —dije para mí y solté el aire retenido.

Tras eso carraspeé y caminé hacia la entrada, con Hunter alerta detrás de mí. Me detuve unos segundos frente a la puerta y volví a respirar profundamente con el pomo en mi mano y tras coger valor abrí, mostrándome ante el dueño de mi locura.

—Fabio —pronuncié en un susurro a manera de saludo y él barrió su mirada por todo mi cuerpo.

Iba descalza, con el pelo medio húmedo y cubierta únicamente por la bata corta de seda. Él, en cambio, estaba ahí con las manos recargadas a ambos lados del marco de la puerta, vestido con un pantalón de mezclilla gastada, una camisa negra y lisa, botas color pardo y el cabello desordenado.

Era Samael en realidad y su mirada hambrienta mientras se mordía el labio inferior con fuerza me lo demostró.

—Iraide —devolvió con la voz ronca.

Abrí la boca para decirle algo, pero él, como el huracán que era, arremetió contra mí tomándome de la cintura y me empotró a la pared mientras poseía mi boca en un beso hambriento, violento y necesitado que no pude seguir, aunque sí disfrutar.

Gemí fuerte cuando me mordió el labio y enganché las piernas en su cintura a la vez que enterré los dedos en sus rizos. Su sabor me inundó por completo y su fragancia actuó como afrodisiaco al inhalarlo. Llevó las manos a mis nalgas y gruñó al descubrir que estaba desnuda.

Nos estábamos abrasando con ese arrebato candente, reclamándonos como solo él y yo sabíamos hacerlo y a duras penas logré ver que mi pobre Hunter huyó de ese incendio que nos rodeó, consumiendo todo a nuestro alrededor para ser únicamente nosotros. Sucumbiendo al deseo, a la necesidad de unirnos para convertirnos en uno solo.

Y lo hicimos sin importar dónde estábamos o quién podría vernos, nada más fue necesario que él abriera mi bata y desabrochara su pantalón para así, en segundos, embestirme hasta la empuñadura, gruñendo y gimiendo con el placer más exquisito, con la pared como único apoyo ante la potencia con la que me follaba; besando, lamiendo y chupando mi cuello, tetas, orejas, barbilla y todo lo que pudiera abarcar con su boca… hasta que me corrí la primera vez.

Luego una segunda.

Después una tercera.

Terminando tirados sobre el suelo de la sala de estar, yo encima de él, respirando agitada, con el cabello enmarañado y ambos totalmente desnudos. Hasta que su cabeza se despejó un poco y fue capaz de hablar sin la necesidad de devorarme.

—Te extrañé —admitió con la voz ronca y reí.

—Y yo a ti, como una maldita desquiciada. —Acepté, apretando mi frente a la suya.

Corrió mi cabello hacia atrás y me besó en medio de las cejas para luego apartarme y hacer que lo mirara a los ojos.

—Ahora quiero que me digas qué demonios pasó entre LuzBel y tú para que terminaran en esa maldita pelea.

Sonreí de lado y negué. Por supuesto que querría saberlo y no me sorprendía en realidad, aunque

sí lo hizo el que no lo supiera ya.

Las marcas de aquella pelea ya no eran tan notorias en mi rostro y cuello, pero en el torso y abdomen aún lucía algunos cardenales. Fabio tenía una ceja suturada y el pómulo izquierdo también. En la barbilla se le notaba un morado y en el pecho llevaba varios cortes, aunque según lo que acabábamos de hacer, entendí que ya no le afectaban.

—Tenía veinte años cuando lo conocí a él e Isabella. —Comencé a relatar y se sentó sin quitarme de su regazo—. En ese momento era solo la amante en turno de Frank, pero él ya comenzaba a meterme en su mundo y de vez en cuando me ponía ciertas pruebas.

» Y, como te habrás dado cuenta, las organizaciones que tus amigos manejan se han encargado de equilibrar un poco la balanza entre este *yin yang* en el cual nos movemos. Pero se acercaron demasiado a ciertos negocios que Frank llevaba a cabo, así que él decidió tomar cartas en el asunto, consciente de que el presidente no lo haría, ya que de meter su mano se pondría en tela de juicio con las personas que creen que el maldito hace todo por el bien del pueblo.

» Isabella había logrado infiltrarse en esos negocios utilizando las ventajas que le dejó su difunta hermana Amelia (quien colaboró con Frank por mucho tiempo) y por supuesto que LuzBel, ayudándose con su máscara de Sombra, la cuidaba desde lejos. Aunque por muy inteligentes o buenos que sean en lo que hacen, no se estaban enfrentando a cualquier organización, por lo que Frank decidió dejárselos claro y de paso, zanjó que la alianza que tuvo con Amelia Black, murió junto con ella.

Mi mente voló en ese momento a trece años atrás, cuando apenas era una chica miedosa que haría todo con tal de salir de su infierno, por eso no me importó ser temeraria y, en cuanto Frank me propuso ayudarle, sabiendo que de eso ganaría más puntos con él, dije sí sin dudarlo.

—Sabían protegerse de ataques silenciosos, pero siempre fueron de aquellos que *The Sevenths* ya había desfasado porque al igual que con el presidente y el servicio secreto, nuestra tecnología va avanzada, así que LuzBel no vio venir mi movimiento —proseguí—. Frank ya tenía ubicada a Isabella para darle una lección y mi misión fue acercarme a su marido para ofrecerle mis servicios sexuales, pues estaba en el club como un simple visitante.

» Por supuesto que me dijo que no, pero mi tarea era insistir hasta hacerlo oler una fragancia especial que llevaba en un botón que parecía el adorno de mi vestido, justo por el hombro; lo logré tirando mi bebida en su pantalón mientras estaba sentado, así que cuando me incliné para limpiarlo activé el *spray* y el inhaló enseguida.

» Lo notó, pero para cuando lo hizo ya era muy tarde. La droga era de acción rápida y pude llevármelo a una habitación donde lo manipulé para que me tocara hasta meterlo entre mis piernas. Me costó un infierno porque el tipo resultó duro y trató de negarse, sin embargo, ya Frank los había investigado bien y sabía el trato que se daba con su mujer, así que fingí ser ella, usando sus palabras y todo lo que pudiera trastornar la mente drogada de LuzBel hasta que se convenció de que era Isabella a quien tenía y comenzó a actuar por su cuenta.

Vi la tensión en Fabio al decirle eso y contuve una sonrisa, ya que no tenía por qué sentirse celoso.

—Tuve miedo, *diavolo*. Porque no quería nada sexual con LuzBel, pero ya Frank me había dicho que debía llegar hasta las últimas consecuencias si quería que él me tomara en cuenta como una seguidora fiel a sus mandatos. Así que me manipuló fácil, tal cual yo manipulé la mente de LuzBel haciéndole creer que era a Isabella a la que tenía en sus brazos.

» Estuvo a punto de follarme cuando Isabella irrumpió en la habitación hecha una furia con un séquito de su gente, pues logró prever lo que Frank haría. Y claro que quiso matarme, pero a la mujer siempre le ha jugado en contra tener un buen corazón y le dije mi verdad a medias para

defenderme. Que Frank me había obligado a drogar a su marido para distraerlo mientras la atacaban y como ya conocían a mi mentor, me creyó. LuzBel por su lado me prometió por su vida que le pagaría caro haberle hecho eso y aseguró que en cuanto tuviera la oportunidad, me mataría con sus propias manos.

» Tiempo después se dieron cuenta de que no fui tan inocente en lo que pasó, que era la puta favorita de Frank y la candidata perfecta para convertirme en su arma tanto mortal como de seducción, así que me pusieron una diana en el culo que solo me quité cuando tomé las riendas de la organización. Pero bueno, ya sabes que tu amigo cumple sus promesas, por lo que vio su oportunidad para cobrárselas.

—¿Te arrepientes de haber hecho eso? —preguntó Fabio cuando terminé y sonreí.

—La verdad es que no. Todo lo que hice fue para sobrevivir, para salir de mi infierno, así fuera bueno o malo. Y, aunque tuve miedo de lo que iba a pasar y odié ser usada de esa manera por Frank, si volviera a nacer pasaría de nuevo por el mismo fuego si el destino me pusiera en la misma situación.

—Lo imaginé —musitó y reí cuando me acomodó de nuevo en su regazo—, pero no volverás a pasar por nada de eso, dulzura, no mientras yo pueda evitarlo —aseguró y me estremecí.

Juré que nunca volvería a poner mi bienestar en manos de alguien más ni me permitiría depender de otra persona para sentirme segura, pero como dijo Ace: Fabio me lo ponía difícil.

—¿Crees que a LuzBel le hayan quedado ganas de seguir cobrándome esa deuda? —pregunté solo por liberar tensión.

La erección de Fabio me rozó los pliegues de las piernas y, aunque no había dicho nada, noté su desesperación por seguir follándome, ya que su estado era igual a la última vez que estuvimos en su *penthouse*.

—Después de lo que pasó en el puerto, no creo. Le diste una paliza comentó.

No era así, me defendí y mejor de lo que él esperaba, pero el hijo de puta sabía sacar ventaja con los golpes, sin embargo, eso no significaba que no habría podido salir bien librada si Fabio no hubiera aparecido, ya que estuve en peores situaciones y me volví una maestra en movimientos inesperados.

—Y supongo que saber que yo también tengo a mi propio demonio le hará pensárselo mejor —insinué pícara y gemí cuando rozó su erección en mi centro.

Sin embargo, no fue solo de placer, sino también de dolor porque no habíamos tenido una sesión sexual suave, nada con él era así y Fabio se dio cuenta de ello.

—Vamos a la cama —propuso desistiendo.

Y me dejó sin palabras ver el deseo en sus ojos, su hambre por seguir follando, la necesidad vehemente que lo atacaba, pero quiso contenerse por mí, siendo cuidadoso de terminar como la otra vez y eso… eso me hizo sentir más por él.

—¿Y si vamos mejor a *Delirium*? —sugerí sin una pizca de dudas y él me miró con sorpresa.

—¿A qué quieres ir al club, si tienes a Samael en casa? —cuestionó queriendo parecer desinteresado y sonreí mordiéndome el labio.

—Bueno, mi cuerpo puede estar receptivo porque Samael tiende a ser muy intenso a la hora de follar, pero ¿sabes qué no tengo receptivo? —pronuncié con voz sensual y le besé la punta de la nariz, acariciando su pecho entretanto.

—¿Qué, dulzura? —murmuró ronco y su polla reaccionó más.

—El oído y la vista. Y recuerdo que cuando conocí a Samael, me folló usando únicamente esos dos sentidos —susurré en sus labios y mordí el inferior.

—Pero esa vez lo viste follar con alguien más.

—Y quiero volver a hacerlo —confesé y se apartó de mí.

Me reí porque él no daba crédito de lo que le dije y sacudió la cabeza sin entender.

—Sé que dejaste a Sophia, que lo hiciste por mí, Fabio —solté y se tensó con la mención de su exsumisa.

No quiso que tocáramos el tema de esa maldita y su secuestro, asegurándome que no me había buscado para darle importancia a quien no lo merecía. Y lo respeté porque todavía no estaba estable emocionalmente y no influiría para que retrocediera.

Aprendí mi lección.

—Pero eso no significa que quiero que dejes a tu *harem* —continué—. Y menos después de entender lo importante que es para ti tener uno, de comprender que no me mentiste cuando explicaste que tienes a varios sumisos más para cuidarlos a ellos, porque tu potencia sexual no es soportable para una sola persona —expliqué sincera y tragó con dificultad.

—No deseo dañar tus sentimientos, Iraide. Sé que eres tan posesiva como yo y no quiero sentirme como una mierda por hacerte pensar que no eres suficiente para mí, cuando soy yo quien no te merece porque mi maldita condición me impide saciarme sexualmente —aseguró.

En ese momento me di cuenta de que no tenía receptivo solo el cuerpo sino también los sentimientos, ya que mis ojos ardieron igual que mi garganta cuando hizo esa declaración.

—Te odio, sabes —murmuré y él me miró serio.

—Lo sé —dijo y enterró su rostro en mi cuello.

Y sé que sintió mi corazón latir como loco, pero no dijo nada porque el suyo latía igual.

—Quiero verte con tu *harem,* Amo —musité en su oído y fue increíble ver cómo su piel se erizó.

Y no mentía.

Lo había aceptado así desde que lo vi por primera vez en *Delirium*. Porque lo conocí siendo eso, un Amo.

Un Señor.

Un Dominante.

Y me enamoré loca y perdidamente de él siendo quien era.

CAPÍTULO 68

Iraide

Aceptó.

Y por un momento creí que no me gustaría, que únicamente lo estaba haciendo porque lo vi desesperado, pero sucedió lo contrario. Cuando dijo que sí una emoción me embargó, era parecida a la adrenalina que me daban las misiones, pero más placentera.

Así que, le pedí un momento para vestirme con algo decente antes de que se arrepintiera y salí corriendo en cuanto me miró como si quisiera volver a follarme luego de deleitarse con mi desnudez y endurecer la mandíbula, respirando hondo, ansioso, excitado.

—Tienes quince minutos, úsalos con sabiduría —avisó volviendo a ser el hijo de puta dominante que me volvía loca—. Si tardas más de eso, todo puede irse a la mierda y me quedaré aquí contigo, así sea solo para masturbarme mientras te miro dormir.

—¡Mierda! Eso fue enfermo.

—¡Por supuesto que lo fue! Pero así me tienes, *ragazza*. Así de enfermo —se regocijó.

En ese instante me sentí enferma yo por reaccionar con excitación ante sus palabras.

Me fui a mi habitación antes de sucumbir a sus deseos y entré directo al vestidor, tomando un vestido ligero mientras escogía unas bragas, pasando del sostén.

Me coloqué el vestido ajustado y detallé con picardía cómo se marcaron mis tetas, los *piercings* en mis pezones sobre todo. Tomé unos borceguís para estar más cómoda y luego un bolso pequeño, quedándome quieta cuando dos piezas en mi joyero me llamaron la atención. Miré hacia todos lados como si alguien pudiera verme y sonreí, cogiendo las joyas y guardándolas junto a un bálsamo y el móvil.

Me recogí el cabello en un moño descuidado y pasé de maquillarme, ya que sabía que pronto se me correría.

Miré el reloj en mi mesita de noche y cuando faltaban dos minutos para que el tiempo que Fabio me dio, se cumpliera, salí de la habitación y corrí hacia las escaleras, encontrándolo esperando cerca de ellas, con el móvil en la mano.

Observó mis piernas desnudas en cuanto comencé a bajar y negó.

—Disfrutas tentando a mis demonios, Iraide —pronunció con la voz ronca y tragué con dificultad, sintiendo sus palabras en mi centro, ya que tenía aquel tono que me seducía de manera sensorial.

Me tomó de la cintura cuando terminé de bajar y admiró mi rostro para luego respirar hondo, yo en cambio, me lamí los labios bajo su atención y puse las manos en sus hombros.

—Vamos, que la diversión nos espera —lo animé y caminé hacia la salida.

Pero él no estaba dispuesto a dejarme salir sin tomarme de la mano, por lo que, en cuanto me alcanzó entrelazó nuestros dedos y me guio hasta su coche, regalándome una mirada cómplice cuando se puso en marcha luego de que me acomodara en el asiento de copiloto.

—¿Sabías que no es conveniente que conduzca en mi estado? —comentó y lo miré con ironía.

—Hombre, gracias por decírmelo —me burlé y sonrió de lado.

—Todavía puedes pedirme que me detenga, dulzura —me recordó y negué.

—¡Ah, *diavolo*! —dije con un suspiro—. Uno de mis mayores defectos es ser temeraria, buscar el

peligro, ser imprudente, así que, si voy a morir por eso, al menos asegúrate de hacerme feliz antes —pedí y le guiñé un ojo cuando me miró.

Soltó una pequeña carcajada que me estremeció y negó, todavía sin poder creer que tuviera a una loca a sus pies. Tras eso nos quedamos en silencio y me tomó de la mano para comenzar a dar besos en mis nudillos, luego se concentró en el dorso y mi piel se erizó porque me besaba como si no pudiera dejar de hacerlo, como si lo necesitara tanto como respirar.

Seguía eufórico, aunque menos que la vez que estuvimos en su *penthouse,* por lo que supuse que el medicamento ya lo estaba controlando. La ansiedad hizo que dejara de besarme la mano, pero no dejó de acariciarme con los dedos, haciendo círculos en mi piel y tamborileando los otros sobre el volante.

Fruncí el ceño con confusión cuando la ruta que tomó me pareció desconocida y lo miré atenta.

—Este no es el camino hacia Kalorama —comenté, hablando de la ciudad donde estaba el club y sonrió de lado, mirándome de soslayo.

—No, no lo es —confirmó.

Erguí mi cuerpo, tratando de no desconfiar de él y lo notó.

—Para lo único que te quiero en la vida, es para hacerte feliz y darte placer, dulzura. Así que confía en mí. Además, el daño que podría hacerte, es del tipo que disfrutas y hace que te corras.

No sé quién estaba más eufórico de los dos, pero cuando me hablaba así, hasta idiota me ponía, tanto, como para calmarme con esas palabras y su mirada fugaz que me transmitió la seguridad que necesitaba.

Asentí como respuesta e intenté relajarme lo más que pude, admirando el camino boscoso a nuestro alrededor, hasta que veinte minutos después, a lo lejos, pude ver una casona de estilo campestre. La zona era bastante apartada, tétrica por la falta de iluminación, pero al acercarnos cada vez más pude detallar el sendero del camino adornado por luces solares en el suelo.

Fabio estacionó frente a la puerta y antes de que saliera, me tomó de las mejillas para acercarme a su boca, dándome un beso corto pero profundo, regalándome luego una pequeña sonrisa.

—¿Lista para dejarme disfrutar de Iraide una vez más? —preguntó, acompañando sus palabras con una mirada intensa.

Tragué saliva al sentir la garganta seca y cerré los ojos, decidiendo complacernos.

—Esta vez y todas las que quieras, Amo —respondí bajando la mirada a su garganta.

Lo vi tragar con dificultad y sentí que apretó más su agarre en mis mejillas; contuve la sonrisa al regocijarme con su reacción solo porque sabía que iba a castigarme y mi cuerpo no lo soportaría.

—¡Joder! —susurró demasiado bajo.

Tras eso volvió a besarme, pero esa vez metiendo la lengua en mi boca, comiéndome los labios con intensidad para luego alejarse de golpe, dejándome ver que lo estaba llevando a su límite.

—Vamos —demandó, sintiéndose incapaz de estar un segundo más encerrados en el coche.

Abrí la puerta y aproveché a sonreír cuando le di la espalda, pero me sorprendió con un azote en el culo que me hizo dar un respingo cuando traté de salir, y por inercia lo miré con los ojos entrecerrados. Alzó una ceja esperando mi ataque y apreté los labios para contener la diversión sabiendo lo que buscaba.

Así que todo lo que hice fue respirar profundo y contener el «imbécil» por haberme azotado.

—No fue solo por esa sonrisa cabrona que sueles darme al saber cómo me pones, sino también porque me encanta cómo se te marca el culo con esa tela. Así que no me culpes —se defendió.

Salió del coche luego de eso y sin importar nada volví a reírme, no solo por su descaro, sino por verlo disfrutando, dejando de lado la seriedad que lo caracterizaba. Entonces recordé lo que me dijo

en una de nuestras pláticas sobre su manía.

Era ahí cuando se permitía vivir sin reprimirse, sin controlar cómo se comportaba para no incomodar a los demás y por muy cruel que me hiciera eso, me gustaba que viviera disfrutando a su antojo, aunque eso significaba que sus caídas serían dolorosas.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando la imponente propiedad.

Se llevó una mano al bolsillo y me indicó con la otra que entrara cuando abrió la puerta de la casa.

—En una de las propiedades que utilizo cuando no quiero ir al club para las sesiones —comentó —. Está alejada de la ciudad, es tranquila y tengo la libertad de hacer lo que quiera sin que los vecinos se quejen.

Ya sabía que nos movíamos en mundos medianamente distintos, por eso yo me imaginé usando esa propiedad para saldar cuentas con mis enemigos, mientras él la usaba para follar a su antojo. Y solo contuve la risa por lo retorcido que era eso, gracias a que prometí que lo dejaría disfrutar de Iraide.

—Me gusta. —Me limité a decir y miré al suelo.

Caminamos uno al lado del otro luego de eso, siendo guiada por su mano en mi cintura, recorriendo un largo corredor hasta que se detuvo y respiró pesado.

—Puedes levantar la mirada, Iraide. Quiero que admires todo lo que veas mientras puedes. —y, aunque fruncí el ceño por lo último, no dije nada.

Alcé las cejas con sorpresa cuando nos metimos a un gran salón y contemplé todo. Estaba decorado para la ocasión, con varias cruces de San Andrés, vigas de donde colgaban cuerdas, cadenas y muñequeras. En una esquina había varios aparadores que contenían todo tipo de látigos, varas, cinturones y fustas y a un lado noté una cajonera en la que intuí que habría más elementos para las sesiones.

Fabio me animó a pasar, pero me quedé quieta al ver a dos personas en un costado, estaban de rodillas, en posición Nadu, con la vista hacia el suelo y la espalda recta.

Ambos levantaron la mirada al ser conscientes de nuestra presencia para así saludarme, Allison con un guiño y Marco con un asentimiento que me hizo ver su diversión al percatarse de mi sorpresa. O al recordar lo mucho que disfruté verlo con Fabio en nuestra sesión privada.

Miré a Fabio cuando sentí su mirada puesta en mí y al hacerlo, me sonrió de lado sin percatarse de sus sumisos observando nuestra interacción, acercándose más hasta hablarme en el oído.

—Pediste a mi *harem* para satisfacerme —me recordó y mi piel se puso chinita con su aliento acariciando mi piel y la ronquera en su voz—, pero Allison y Marco son los idóneos para compartir esta noche.

Miré a la pareja, la cual no había movido ni un pelo y me sorprendí de que, en lugar de sentirme recelosa con su presencia, mi corazón latió con emoción. Analicé que a lo mejor se debía a que los conocí juntos, los tres disfrutando de sus cuerpos y ansié que la sesión comenzara porque quería verlos saciando a mi *diavolo* sátiro de nuevo.

—¿Te gustan? —preguntó Fabio tomándome de la nuca, cuando vio mi reacción ante la pareja y me dio un beso rápido, alejándose enseguida para ir hacia ellos.

Los miré a ambos.

Allison era alta y rubia, con el cuerpo lleno de curvas perfectas y un abdomen plano que le regaló la naturaleza sin tener la necesidad de mantenerlo con ejercicios o dietas, tenía facciones finas y sensuales, pero era su actitud segura la que la hacía más hermosa. Marco por su lado era un hombre lleno de músculos suaves y definidos, con el cabello medio largo y lacio que casi siempre llevaba en una coleta. Tenía una barba espesa y era igual de alto que Fabio.

Pero, así como su esposa, lo que más me gustaba de él era lo seguro que se mostraba de su masculinidad y la facilidad con la que disfrutaba del placer dentro del ámbito sexual.

¿Me gustaban?

Por supuesto que sí, aunque nunca los vi con deseo o malicia. Sobre todo a Allison, puesto que jamás se me dio la oportunidad de estar con una mujer aun así no lo descartara.

Fabio saludó a la pareja con autoridad, dejándome a mí en el mismo puesto donde me había quedado estancada, sintiendo el ambiente pesado por la carga sexual que se comenzó a emanar. Caminó por todo el salón atenuando las luces, poniendo un poco de música hasta que me observó sobre su hombro y alzó una ceja.

—Te hice una pregunta, dulzura —me recordó.

—Sí, Amo. Me gustan —respondí segura y sonrió de lado.

Lo hizo con esa sonrisa cabrona que me dejaba ver más a Samael que a Fabio.

—Allison —dijo y la aludida irguió la espalda—, ayuda a Iraide a ponerse cómoda y luego quiero que ambas adopten la posición Nadu.

La demanda generó electricidad en todo mi cuerpo y se intensificó al ver a Allison ponerse de pie, obediente a su Señor, caminando hacia mí y observándome de pies a cabeza, pero no con desdén, sino más bien con emoción. Cuando llegó frente a mí me dio un beso rápido en la mejilla que le correspondí.

—Me encanta que estés aquí, Ira —susurró.

Asentí por lo que sus palabras implicaron y se quedó observando el rastro de cardenales en mi cuello y unos pocos en mi rostro, notando que tragó con dificultad e intuyendo que pensó en las razones, algo que la estremeció.

—Ya todo pasó —la animé—, disfrutemos de la noche.

Asintió de acuerdo y le entregué el bolso cuando me lo pidió, este se abrió porque ella lo cogió solo de un asa y yo olvidé cerrarlo, así que las joyas que metí antes de salir de casa quedaron a su vista y llamaron su atención.

Me sonrió con complicidad, provocando que le respondiera de la misma forma y tras dejar el bolso a un lado, llevó las manos hasta el final de mi vestido y comenzó a subirlo, acariciando mis piernas, acelerando mi respiración ante ese toque tan íntimo y dejando al descubierto mis tetas al sacarlo por completo.

Se relamió al verme los *piercings* y por inercia alcé la barbilla, era un acto reflejo que siempre tenía cuando me observaban demasiado, aunque su mirada pronto logró que mi respiración se acelerara. Y más cuando cogió el bolso y sacó el collar que usé en la fiesta de alto protocolo, lo miró con atención y luego me rodeó, acariciando mi nuca con sus yemas con mucha delicadeza.

—¿Sabes que mandó a hacer para ti diseños exclusivos? —musitó y ambas miramos cuando Fabio comenzó a despojarse de la camisa.

Mantenía su piel en un tono dorado exquisito y gracias al ejercicio que hacía, lograba que esa piel se estirara en sus músculos de una manera que la hacía brillar. Los tatuajes le daban el aspecto de tipo malo que casi siempre ocultaba con su ropa elegante y la bata de doctor, escondiendo ante el mundo el peligro que emanaba cuando estaba en la habitación o una de sus mazmorras.

Observó todos los elementos dentro de una vitrina sin prestarnos atención, dejando que lo comiéramos con la mirada.

—Me gustan —aseguró Allison.

Fruncí el ceño al no entender.

—¿Sus músculos, los tatuajes o los juguetes? —inquirí suave y ella rio.

—Tus collares, Ira. Me gustan los diseños, que sean exclusivos, pero, sobre todo, que sean tuyos —aseguró y sentí la sinceridad en sus palabras y la carencia total de envidia o hipocresía—. Aunque también lo otro.

De nuevo sentí la sinceridad y me tomó por sorpresa sonreír por eso en lugar de cogerla del cuello para hacer que se retractara.

—Podríamos sorprender a nuestro Señor si quieres —propuso y me mostró el collar en su mano.

La idea de ponérmelo me exaltó, la emoción que me generó fue increíble, ya que deseaba usarlo, pero no estaba segura de pedírselo a Fabio, puesto que después de la fiesta no me insinuó que lo usara a pesar de que me metí en el rol de sumisa luego de eso y Allison me lo estaba haciendo fácil porque quería llevar algo de su pertenencia.

—Quiero —admití y de inmediato me lo colocó.

Acomodé la joya en mi cuello cuando Allison regresó frente a mí y noté su satisfacción por mi aspecto, luego me tomó de la mano y me hizo caminar hacia donde su marido aguardaba paciente. Ella esperó a que yo adoptara primero la postura de Marco y tocó mi espalda para que la irguiera más, metiéndose de lleno en su papel de sumisa alfa y solo cuando estuvo complacida con el resultado, tomó posición a mi lado.

Apoyé las manos en mis muslos con las palmas hacia arriba y bajé la cabeza, sintiendo mi pecho revolucionarse con anticipación cuando Fabio se nos acercó y se detuvo frente a mí, liberando una respiración temblorosa.

Alcé la vista en cuanto me tomó de la barbilla y lo que vi en sus ojos me hizo contener la respiración. Su mirada turbia estaba puesta en mi collar y luego la arrastró a mi mentón y ejerció más fuerza.

—Te gusta jugar con mis demonios, dulzura. Así que lo menos que espero de ti es que luego no le temas a mi locura —exigió llevando su mano a mi boca, acariciando mi labio inferior.

Me soltó antes de írseme encima y devorarme la boca, contuve un jadeo y me lamí los labios sin decir nada, repentinamente muda por la carga del ambiente, su manera de imponerse y exudar poderío en ese entorno que manejaba a la perfección.

Encontrando su característica seriedad, se paseó en círculo, observándonos a cada uno por todos lados; y en su papel de Dominante logré ver que no solo dominaba el ambiente o a sus sumisos, sino también su condición y mi piel se erizó ante eso.

Puta madre.

EL BDSM en verdad le daba lo que la normalidad le robaba, le devolvía lo que los medicamentos no conseguían y comencé a respirar más rápido al darme cuenta de ello, al vivirlo, comprobarlo por mí misma.

Y era consciente de que ese estilo de vida no era una cura para la bipolaridad, así como tampoco haría el mismo efecto en todas las personas que sufrían la condición, pero Fabio era tan increíble, que logró encontrar el balance en un mundo donde los que desconocíamos de eso, creíamos que únicamente estaba lleno de traumas.

Miré atenta cuando llamó a Allison y ella se acercó a él en el momento en que este se sentó en uno de los sofás grandes, viéndola gatear a su encuentro. Dejé mi rostro inclinado hacia abajo, pero escuchando todo, observando de soslayo cómo Marco empezó a endurecerse en cuanto su mujer comenzó a gemir con Fabio demandando diferentes cosas.

—Mi Señor —lo llamó ella y luego jadeó—, le pido permiso para hablarle a Iraide.

Mi corazón se aceleró y mi respiración comenzó a cortarse, cerré los ojos en cuanto escuché el susurro del sofá con ellos moviéndose y luego a Fabio.

—Hazlo. —Concedió.

Clavé las uñas en las palmas de mis manos, a la espera de lo que Allison quería y me lamí los labios.

—Míranos, Iraide. Alza la cabeza. —Apoyé el culo en la planta de mis pies y parpadeé varias veces al ver a Allison y luego a Fabio, quien tenía su mirada clavada en mí—. Observa lo que mi Señor me hace y disfruta conmigo, sabiendo lo bien que se siente porque él te está imaginando a ti —pidió. Ambos estaban de costado, ella con la pelvis recargada en el apoyabrazos y los pechos sobre el sofá, con el culo en pompa mientras Fabio se la follaba desde atrás—. Siente cómo te penetra, Ira, siente cómo ensancha tu culo con su deliciosa verga.

Tragué con dificultad e intenté cerrar las piernas para rozarme un poco, el golpe de humedad llegó de inmediato y medio abrí los labios para jadear, algo que me pareció increíble, ya que ese hombre me dejó seca en casa. Pero ahí estaba, mojándome ante la escena que no me ocasionó ningún malestar más que el ardor en mi coño y el placer visual que experimenté al ver a Allison siendo sodomizada por Fabio.

Él me miraba perdido en la lujuria y comprobé que su sumisa no estaba tan equivocada. En serio me imaginaba a mí mientras embestía a la rubia y a ella en lugar de ofenderle, le encantaba el placer que le provocaba ser follada con tanto deseo.

—Acércate —demandó Fabio para Maco sin dejar de embestir a Allison con potencia, tomando su cabello para que elevara la cabeza.

Marco se puso de pie y llegó a ellos en cuanto se lo pidió y entonces Allison apoyó las rodillas en el apoyabrazos para que su marido se acostara en el sofá como si fuese a tomar una siesta, apoyando la cabeza entre las piernas de su esposa.

Fabio salió del interior de Allison para sacarse el preservativo y Marco aprovechó a comerle el coño a su mujer, enseguida Fabio volvió a penetrarla, pero esa vez en la vagina y ella gritó presa de la locura lasciva. Me mordí el labio al escucharla y jadeé cuando le dio una nalgada, dejándole el cachete del culo rojo, hundiéndose hasta la empuñadura.

De pronto, Fabio salió de Allison permitiendo que Marco se tragara su polla y no logré contener el gemido al ver la escena, me removí en mi lugar con la respiración vuelta mierda y comenzando a sentir un fuego intenso en mi entrepierna. Entonces Fabio se quedó quieto, notando lo que estaba pasando y se alejó de la pareja para ir directo a una mesa en donde dejó algunos juguetes que ya había escogido y cuando obtuvo lo que buscaba llegó a mí.

Tragué con dificultad, viendo a ese enorme ejemplar y escuchando a la vez que aquellos esposos se quedaron dándose su propio festín, me tomó de la nuca al tenerme de frente y me besó, tragándose un nuevo gemido de mi parte y llevando una mano entre mis piernas, descubriendo la humedad que comenzaba a escurrirme. Gruñó en aprobación y a pesar de lo perdido que lo tenía el placer, metió con cuidado dos dedos en mi interior, masturbándome entretanto su pulgar acariciaba mi clítoris.

—Allison no mintió —dijo sobre mis labios y jadeé de gozo—. Verte con ese collar puesto me ha hecho descender más a la oscuridad que nada tiene que ver con mi condición, pero todo que ver contigo, dulzura —aseguró.

Me tomé de sus brazos abriendo más las piernas cuando necesité de apoyo y solté un gritito de placer.

—Y he tenido que comenzar con ella para no sobrepasar tu límite —explicó y respondí con un jadeo—. ¿Te gustan mis dedos en tu coñito, preciosa? —preguntó en un tono oscuro y me mordí los labios.

—Sí, Señor —respondí entre jadeos. Tomó uno de los juguetes que llevó con él y me lo mostró.

Supe lo que era y gemí cuando esparció mis fluidos hacia mis nalgas en movimientos precisos y delicados.

—Saca más el culo —pidió y me apoyé en mis manos, curvando la espalda.

Lo vi abrir la boca bajo mi atención y soltó un hilo de saliva hacia el *plug* negro, bañándolo por completo para luego acariciar mi espalda hasta el coxis y abrir una de mis nalgas. Cerré los ojos al sentir uno de sus dedos entrar, escuchando los gemidos que Allison y Marco soltaban por la atención que se estaban dando.

Fabio quitó el dedo al sentirme lo suficientemente dilatada e ingresar el *plug* con paciencia, abriéndome más de lo que ya me encontraba. Me quejé en silencio por la intromisión y respiré en cuanto estuvo por completo en mi interior para luego relajarme con sus caricias en mis pechos, provocando que me sentara sobre mis talones y aquel juguete se hundiera más en mi culo.

Pellizcó mis pezones y se llevó uno a la boca, chupando y soltando con un *plop* que me descontroló por las sensaciones que mi cuerpo ya estaba experimentando. Lo tomé del cuello cuando repitió en mi otra teta y luego me agarró del collar para acercar su boca a la mía, metiendo la lengua por completo y dándome un beso digno de Samael.

Intenté seguirle el ritmo, pero no pude al sentirlo descontrolado, dándome por vencida y dejándome hacer en cuanto dominó mi boca, mordiendo mis labios hasta robarme un jadeo por la falta de oxígeno.

Ladeó la cabeza, lamiéndome los labios al separarse y tomó dos cuerdas, enseñándomelas para luego pedir que levantara los brazos y así comenzó a atármelos por delante de mi cuerpo, dejándolos por encima de la pelvis. Repitió lo mismo con mis piernas, separándolas como en la sesión que compartimos con Marco y se deleitó un largo rato con mi coño, metiendo tres dedos en mi interior, logrando que sintiera aún más el dildo anal.

—Te voy a privar de la vista —dijo levantando un antifaz, llevándolo a mi rostro—. Vas a escuchar todo lo que suceda aquí, pero tendrás que usar tu imaginación y así dejarte llevar por lo que oirás y sentirás. —Lo colocó sobre mis ojos y lo ató detrás de mi cabeza—. Porque así esté follando a mis sumisos, ten por seguro que estaré dentro tuyo también, esta vez follándote la mente y los sentidos.

Gemí mordiéndome el labio por lo que sus palabras me provocaron y quise cerrar las piernas cuando me sentí palpitar, mas no lo pude lograr por las ataduras.

—Levanta un poco las rodillas —pidió y me tomó de la cintura para colocar algo debajo y luego hacerme descender, el dildo se metió en mi coño hasta hacer que contuviera la respiración por la invasión en ambos orificios—. Quiero que te muevas como si fuera mi polla la que tienes dentro —Me tomó del cuello y pegó sus labios a los míos—, quiero verte coger ese dildo como si yo estuviera debajo de ti, ¿entendido?

Su voz, su maldita voz me tenía enloquecida por lo que moví la cabeza varias veces.

—Sí, Señor —gemí cuando me moví y ambos aparatos hicieron maravillas en mi cuerpo.

Lo sentí alejarse cuando me tuvo como quería y agudicé el oído escuchando cómo pedía a la pareja que volvieran a ponerse en la misma posición y luego el grito de Allison al ser penetrada me indicó que volvió a follarla.

Me quedé quieta, solo escuchando, consiguiendo que mis pezones se endurecieran y mi entrepierna escurriera al saber lo que estaban haciendo y decidí empotrarme al dildo por mi bien al sentirme dolorida por la excitación que tenía.

Bajé la cabeza cuando moverme fue un infierno por las ataduras, pero logré impulsarme y

descender, escuchando los gemidos descontrolados de Allison, los gruñidos de Fabio y los jadeos que desprendía Marco al lamer el coño de su esposa y luego meterse la polla de Fabio en la boca.

Tenía demasiado calor, mi cuerpo estaba temblando por la excitación y me tensé con placer cuando el orgasmo embargó mi cuerpo, aun así, seguí moviéndome sobre el dildo, escuchando cómo también Allison llegaba a su orgasmo y fue recibido junto a una fuerte nalgada que me hizo contener el aire por el quejido que liberó.

Los espasmos me hicieron menear las caderas, extendiendo mi placer hasta que un cuerpo estuvo a mi lado y una mano acarició mi estómago y subió a una de mis tetas.

—Verte en esta posición me tiene loca, Ira —susurró Allison y luego besó mi hombro—. En este momento mi Amo me permitió estar aquí contigo y ser quien te relate todo lo que está pasando.

Jadeé cuando me tomó del culo y me hizo bajar al suelo, clavando aún más los juguetes en mi interior. Moví la cabeza por el placer que experimentaba y la recosté entre su cuello, oliendo a Fabio en ella hasta que un gruñido resonó en la estancia.

—Nuestro Amo disfruta de la mamada que mi marido le está dando —narró suavemente y me acarició los *piercings* con la punta de los dedos—. Y muy concentrado en lo que estoy haciendo con tu cuerpo y cómo respondes a mis caricias. —Me tomó de los pezones con ambas manos al punto que escocieron para luego sentir su lengua aliviando el dolor—. Y si vieras su rostro te correrías nuevamente, Ira. Está descontrolado, abriendo la boca de gozo por lo que Marco y nosotras le causamos.

Gemí al escucharlo también y me concentré en todo lo que Allison me hacía, no queriendo perder energía en hablar y ocupándola en sentir.

—¿Ya has estado con una mujer antes? —inquirió con voz sensual.

—No —respondí y gemí.

Fabio escuchó mi respuesta y gruñó cuando Allison lamió mi barbilla hasta llegar cerca de mi boca.

Los minutos pasaron y me concentré en el placer que estaba recibiendo Fabio, sintiéndolo mío gracias a Allison, hasta que lo escuché gemir con fuerza, intuyendo que había encontrado su liberación en la boca de Marco. Yo lo acompañé en cuanto Allison tomó mi clítoris y lo acarició, entretanto me seguía moviendo sobre los aparatos dentro de mis agujeros.

Bajé la cabeza respirando agitada, Allison me dio un breve beso en los labios en el momento en que escuché la música cambiar, reconociendo la canción *Prisoner* de Raphael Lake inundar la habitación. Y de golpe fui alzada en el aire.

Gemí al reconocer el cuerpo de mi *diavolo*, quien me llevó hacia una de las mesas de la habitación colocándome bocabajo, con el torso sobre la madera y las rodillas apoyadas en un banco acolchado. Me liberó del antifaz para que apreciara sus ojos oscurecidos y su rostro teñido de lujuria.

—Me duele, Amo —le dije y ladeó el rostro en reconocimiento de mi suplicio.

Y nada tenía que ver con que quisiera parar, sino más bien era la agonía de saber que no estaba en mi interior, que mi cuerpo pedía a gritos que lo poseyera, que me hiciera lo que quisiera, dejando de lado cualquier malestar con tal de que me follara como tanto amaba hacerlo.

Me acarició, conteniéndose al verme atada a su merced, viéndome respirar agitada y mi carne hinchada por todo lo sucedido. Cerró los ojos, respirando hondo, su verga nuevamente lista para otra ronda de sexo.

—No seré gentil —comentó y negué, sabiendo muy bien lo que quería.

—No lo seas —respondí segura y abrió los ojos para mirarme—. Soy tuya, Amo. Haz lo que desees conmigo.

Clavó las manos en el mueble con la respiración igual de loca que la mía, su pecho subía y bajaba con fuerza. Conectó nuestras miradas y me sentí entrar en una burbuja donde solo nosotros dos existíamos, dejando afuera a Allison y Marco, quienes estaban en un sillón besándose, ella encima de él.

Fabio recorrió mi cuerpo de espaldas a él, besando mis hombros, recorriendo mi columna hasta que llegó a mi cuello y mordió una de mis mejillas, tomando el *plug* y moviéndolo en círculos, el placer me llenó nuevamente mientras acariciaba mi clítoris y besaba uno de mis muslos.

—Quiero que me sodomices, Señor —gemí y gruñó.

Lo quería poseyendo todo de mí y no me limitaría. No me privaría del placer que él era capaz de darme.

Quitó el *plug* de mi interior y contuve el aliento cuando lo sentí penetrarme, tomándose la delicadeza de hacerlo despacio pero contundente, sabiendo que le estaba costando un infierno hacerlo.

—Es tu primer anal, dulzura, y así me cueste un infierno detenerme, dime si te lastimo —pidió—. Tienes la palabra de seguridad, utilízala si la necesitas.

No respondí, no cuando lo sentí llenarme por completo y apoyé la frente sobre la madera, tragándome un gemido en cuanto él apoyó ambas manos alrededor de mi cabeza y el primer embiste llegó, sintiendo que me iba a partir por la mezcla de dolor y satisfacción al tenerlo donde ninguno pudo estar.

Siendo consciente de lo que estaba experimentando esperó unos segundos a que mi cuerpo se amoldara a su intromisión y gemí fuerte cuando llevó un pequeño vibrador a mi coño y desató en mí un placer inimaginable.

¡Mierda!

Me moví en busca de sus embistes porque mis caderas lo exigieron y el gozo provocó que gritara, algo que le hizo mandar todo a la mierda, iniciando la verdadera faena. La mesa empezó a moverse junto con nuestros cuerpos cuando los embates se convirtieron en feroces, su verga entrando y saliendo sin compasión de mi culo, escuchándolo gruñir y gemir a la vez.

—He deseado cada maldito día estar aquí —embistió y apoyó su cuerpo en mi espalda—. Romperte este hermoso culito que me ha pedido a gritos que lo haga.

Clavé las uñas en mi estómago cuando no pude tomarme de otro lado por las ataduras, Fabio controlaba todo mi cuerpo con su mano tomándome el cabello, lamiendo mi cuello mientras la otra sostenía el vibrador en mi coño. Cerré los ojos por las sensaciones que me estaba regalando y me concentré en el placer, en lo magnífico que se sentía a pesar de ser mi primer anal.

Disfruté cada arremetida que dio y mi mente se apagó cuando llevó dos dedos a mi interior, manteniendo el vibrador en su palma para no descuidar mi clítoris, tomando la humedad que sentí gotear de entre mis piernas hacia la mesa y luego añadió más dedos, dilatando aún más mi vagina.

Moví mi culo a su encuentro cuando necesité más y los espasmos me embargaron, haciendo que todo mi cuerpo temblara cuando el primer orgasmo (de esa sesión, con él en mi interior) me atacó como un tornado, barriendo con mi respiración, desbocándome el corazón y obligándome a gritar como una desquiciada.

—*Sì, così, amore mio*[5]—gimió—. Acaba para mí.

Empuñé las manos cuando no dejó que me recuperara y siguió tomando todo lo que quería, llevándome nuevamente al límite gracias a lo receptiva que me encontraba a su toque.

Aceleró sus embistes con los dedos al escuchar mi respiración volverse mierda junto a mis

gemidos, maldiciendo al darme cuenta que de nuevo me correría, pero en ese momento con más potencia. Y sucedió tal cual.

Me corrí sacando todos mis fluidos, mojando su pelvis y haciéndolo sisear por tener que contenerse para soportar un poco más sin vaciarse en mí. Volteé el rostro para observarlo y lo vi endurecer la mandíbula, soltándome una nalgada que abrió mi boca en respuesta.

—No me mires así, maldita sea. No lo hagas porque ya no puedo contenerme.

Levanté aún más el culo y me tomó de ambos cachetes, abriéndome para que lo sintiera más, dejándome en negro al desfallecer. Me quedé sin moverme por un momento donde me tomó con rudeza, hasta que se tensó detrás de mí y pegó su pecho a mi espalda para gemir en mi oído, regalándome un sonido de lo más erótico en cuanto llegó su liberación.

¡Joder! Y yo que creí que no podría más.

Nos quedamos quietos, buscando oxígeno, intentando subir nuevamente después de haber descendido al infierno y quemarnos juntos. Esperé paciente a que se recuperara y fui recompensada con un beso en mi espalda, luego en mi cuello hasta que volteó mi rostro y me dio uno demoledor en la boca.

Se separó de mí y se tomó el tiempo en liberarme de las ataduras, masajeando cada parte de mi cuerpo hasta dejarme sentada sobre la superficie. Me moví incómoda sobre la mesa y abrí las piernas cuando se puso en medio de ellas, acariciando mi mejilla.

—*Sei stata perfetta, dolcezza.* —«Estuviste perfecta, dulzura». Halagó y me mordí el labio cuando acarició mi cuello y el collar a la vez.

—Gracias, Señor —respondí y me mordí el labio.

Su mirada tormentosa me escaneó y fue increíble lo que me transmitió, a tal punto de que mi piel se erizó.

—Ahora necesito consentirte —confesó con la voz ronca.

Todavía me parecía increíble esa parte de las sesiones en el BDSM, donde el Dominante se tomaba la tarea de consentir y cuidar, demostrando su placer también en ello.

—¿Por qué no me pediste que usara el collar de nuevo si te gusta tanto verme con él? —pregunté.

Me carcomía eso, porque todo su cuerpo gritaba que le encantaba verme usándolo y con lo demandante que tendía hacer, no supe cómo tomar que no lo pidiera.

—Porque no te impondré nada, Iraide. Y porque todo lo que pase entre nosotros será porque tú así lo quieres, ya que de mi parte sabes que lo aceptaré. He aceptado todo de ti —aseguró y tragué con dificultad.

Lo hice porque ese maldito no dejaba de sorprenderme.

—¿Dónde están Allison y Marco? —cuestioné solo para liberar lo que me provocó.

Ni siquiera me di cuenta de que la pareja ya no estaba hasta ese instante.

—Tienen una habitación aquí y se fueron hacia ella para disfrutar a su antojo. Se los concedí antes de tomarte —informó.

Los nervios comenzaron a hacerse presentes entonces, sabiendo lo que pediría a continuación y él lo notó, así que me tomó de la barbilla y me hizo verlo a los ojos.

—¿Qué sucede?

—Quiero ser tu sumisa, Fabio —solté tomándolo por sorpresa—. Tu sumisa oficial —aseguré y se tensó sin poder creer lo que escuchaba.

—Iraide, no quiero que…

—¡Shhh! —lo interrumpí, poniendo un dedo sobre sus labios—. Te he entregado mi sumisión desde que nos conocimos. Se la di a Samael y luego a Fabio, así que solo quiero hacerlo oficial. Con

una ceremonia y con votos cursis pero retorcidos a nuestra manera que tendrán un valor especial para nosotros —expliqué y sonrió.

Pero por primera vez desde que lo conocía, bajó la cabeza y escondió su mirada de mí.

—¿No estás siendo influenciada por el sexo que acabo de darte? —Quiso saber y me reí.

—No, solo me dejé influenciar por lo que siento por ti —admití y se mordió el labio, alzando una ceja y mirándome con su actitud cabrona pero orgullosa.

Mi corazón se puso loco y ya no por un orgasmo.

—¿Qué sientes por mí? —Curioseó con chulería y negué, mordiendo mi labio también.

«Siento amor, un amor oscuro, jodido y retorcido, pero amor al fin. Y solo por ti, idiota», pensé.

—Hazme tu sumisa y te lo diré, Amo —propuse.

Entonces me sonrió igual que lo hizo en la fiesta de alto protocolo y tras eso me besó. Aceptando mi propuesta.

Lo haríamos oficial.

CAPÍTULO 69

Iraide

No me podía creer lo que iba a hacer.

¡Joder! Si meses atrás me hubiesen dicho que sería una sumisa por voluntad propia y no solo por experimentar, me habría reído o quizá habría matado a quien se atreviera a insinuar tal cosa porque mi orgullo así lo hubiera dictado.

Pero meses después ahí estaba, de nuevo frente al espejo, viendo cómo me quedaba aquel vestido color verde olivo que Fabio D'angelo mandó a hacer exclusivamente para mí. El escote hecho en una V profunda me llegaba hasta el ombligo, adornado del torso con pedrería fina, sin mangas y con la espalda descubierta. De la cintura hacia abajo era pegado a mi cuerpo, aunque de las rodillas a los pies caía en un corte de sirena muy exquisito.

«Es un diseño único. Mi Señor lo mandó a hacer solo para ti».

Había dicho Allison cuando llegó a dejármelo.

No usaba ropa interior como la vez que asistimos a la fiesta de alto protocolo y, como el color del vestido era para honrar la primera vez que nos vimos, opté también por usar la máscara que llevé esa noche, con la pluma delicada a un lado de mi sien. Mi cabello rojo estaba agarrado en un moño alto y el maquillaje decidí hacerlo muy delicado, enmarcando mis ojos azules con delineador negro y llevando un tono carmesí en los labios.

—¿Estás ansioso? —inquirí al responder la llamada de Fabio y lo escuché reír.

—*Un poco, para ser sincero* —admitió.

Todo pasó muy rápido desde que le pedí ser su sumisa oficial. Dos semanas en las que él se encargó de cada detalle y yo me dediqué a solucionar mis problemas con los séptimos y preparar estrategias para lo que se me presentara.

Ace ya estaba bastante recuperado y muy desesperado por volver a la acción. Faddei se había hecho cargo de sacar adelante todas las misiones. Con Kiara hablé solo unos minutos, pero no pudimos arreglar las cosas entre nosotras porque ella, por primera vez en años, se sentía muy lastimada, así que decidí darle más espacio.

—*¿Estás segura de esto, dulzura? Porque no quiero que hagas nada solo por complacerme. Necesito que lo desees por ti y no por mí* —dijo y me conmovió su preocupación.

—Hago esto por mí, Fabio. Porque me demostraste lo que en realidad es ser sumisa. Tener un Amo que te cuide, respete y valore como tú, es un placer del que no me voy a privar. Así que deja la paranoia porque solo muerta dejaría de ir a nuestra ceremonia de collarización. Además, ya dejé claro que eres mío y ese anillo que usas es prueba de que lo aceptas —le recordé y su respiración se volvió pesada.

—*Entonces te espero en Delirium, amor* —avisó tras segundos de silencio y me estremecí porque de nuevo me llamara así.

Ya que no, no lo hacía solo como un simple apelativo y podía sentirlo hasta la médula.

Esa vez Kiara no estaba al final de las escaleras para halagarme por cómo me veía y la tristeza trató de nadar entre el mar de emoción y nervios que se inquietaban en mi interior. Aunque sí encontré a Faddei esperándome y a Hunter a su lado, sentado en sus patas traseras, atento como un soldado perruno.

—En serio pareces un ángel, vestida así —comentó Faddei y negué.

Hunter comenzó a llorar cuando llegué al final de los escalones y lo acaricié, riendo de lo mimado que era, aunque imaginé que su reacción se debía más a que extrañaba a Kiara y como yo me la vivía fuera, no le daba la atención que tanto le gustaba.

—Soy un ángel, calvo —afirmé y bufó irónico.

—Sí, pero ya sabemos de qué tipo —recordó y rodé los ojos.

Él sabía a lo que iba y como mi acompañante, vestía a la altura de una ceremonia de ese tipo.

—Ya, chiquito. Deja el drama que al volver te daré tu dosis de mimos —le dije a Hunter cuando siguió llorando y me hizo esos ojitos que lo hacían parecer como niño regañado.

—¿Estás segura de lo que harás? —preguntó Faddei y rodé los ojos.

—¿En serio crees que haría algo obligada? —inquirí yo con ironía y negó de inmediato.

—Por supuesto que no, pero me cuesta hacerme a la idea de que aceptarás ser dominada por alguien más. —Me reí tras escucharlo y lo hice de verdad.

—Mi sumisión solo la daré en ciertos aspectos de mi vida que no pienso discutir contigo, Faddei. Así que ni te alegres, que mis demandas las tendrás siempre.

—Por supuesto, eso no lo dudo —respondió satírico y tras eso me ofreció el brazo para comenzar el viaje a Kalorama.

Hunter se quedó llorando al verme partir y fruncí el ceño porque él no actuaba de esa manera a pesar de ser mimado, así que, siendo parte de mi familia, lo llamé para llevarlo conmigo y corrió feliz. Faddei negó rendido sabiendo que él se encargaría de su cuidado mientras yo me convertía oficialmente en sumisa de Fabio D'angelo.

No de Samael. Y las iniciales de mi collar así lo dictaban.

—¡Mierda! Me siento como si fuera a entregarte al altar —replicó el calvo cuando estuvimos en el coche y me reí.

—Al altar de un matadero —bromeé, pero no se rio— y ya, cálmate, hombre, y arranca antes de que me contagies esa ansiedad —demandé.

Pero lo cierto era que ya no me podía sentir peor, porque así me mostrara tranquila, por dentro sentía que me moría.

Hunter se echó a mi lado y esa vez Faddei iba solo al frente, Kadir nos seguiría en una camioneta aparte con otro de mis hombres y en cuanto el calvo se puso en marcha, mi corazón se aceleró de una manera tan exagerada que creí que sufriría un paro.

¡Mierda! No iba a casarme, pero sí haría algo más serio.

Me entregaría de una manera que raras veces las mujeres se entregaban como esposas, y los votos que memoricé en mi cabeza me lo confirmaban.

«Las palabras que se dijeron no son en vano, llevan una responsabilidad completa y lo más importante, fueron dichas desde el corazón. No como los votos matrimoniales, dichos en vano muchas veces».

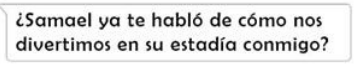
Eso había dicho Fabio en aquella fiesta y, aunque nunca me había casado, sí fui testigo de esos votos en vano que se rompieron con más rapidez de lo que se preparó una boda.

—Pon la radio, por favor —le pedí a Faddei y comencé a mover una pierna con insistencia y tamborileé los dedos en ella para marcar los movimientos.

Faddei obedeció enseguida y pronto la música silenció los retumbes de mi corazón. Aunque volvió a ponerse loco cuando reconocí a Aurora en su canción *Runaway*. Hunter a lo mejor sintió mi ansiedad y se acercó más a mí, dándome su calor y le rasqué la cabeza agradecida.

Tomé el móvil para ver la hora y me di cuenta de que las manos me sudaban al deslizar un dedo en la pantalla y ver la notificación de mensaje de texto que había recibido. Fruncí el ceño porque el

destinatario era privado, pero intuí de quién se trataba al leer el pie de nota debajo del archivo adjunto que me enviaron.



Tensé la mandíbula y la respiración se me volvió errática cuando estuve a punto de darle reproducir al vídeo.

Fabio seguía sin hablarme de lo que pasó con Sophia en su secuestro, pero por su manera de contener la rabia cuando se le mencionaba algo, confirmaba que la hija de puta tuvo que haberlo hecho pasar por un infierno.

—Qué conveniente que me envíes esto justo hoy —musité por lo bajo.

Mantuvimos nuestra ceremonia de collarización en privado, pero la legisladora manejaba su propio poder, así que no me extrañaba pensar que a lo mejor ya lo supiera y por eso decidió hacer su movimiento. Yo también haría el mío con ella, aunque no con prisa porque necesitaba que fuera perfecto.

Decidí reproducir el vídeo, haciéndome a la idea de que fuera lo que fuera que vería, me envenenaría la sangre, pero tampoco me quedaría con la duda, pues quería entender mejor el odio que Fabio suprimía.

—*¿Ves cómo tu cuerpo añora mis toques?* —Abrí los ojos de más al ver a Sophia sobre Fabio, follando —. *Fuiste hecho para mí, Amo.*

Sacudí la cabeza y cerré los ojos cuando la mirada se me nubló, sentía la garganta seca y náuseas porque el corazón quería salirse de mi pecho a como diera lugar. Los celos que me invadieron me helaron el cuerpo y estuve a nada de pedirle a Faddei que se diera la vuelta y cancelar todo, sintiéndome estúpida por lo que me permití vivir con Fabio luego del secuestro.

Puta madre.

Estaba viviendo la peor traición de mi vida, una que se hallaba a nada de llevarme al desquicio total, no obstante, respiré profundo y no sé cómo lo conseguí, pero recordé quién era el hombre del cual me enamoré, su sinceridad y franqueza, la falta de temor al hablarme de frente sin importarle que sus verdades me dañaran. Lo odiaba muchas veces por ser tan directo, así fue como seguí viendo el vídeo y me di cuenta de que la muy hija de puta lo tomó en contra de su voluntad.

Joder. Había abusado de él, de su condición.

Fabio había estado hipersexual. Dominik me habló de cómo lo drogaron, entonces mi lógica unió los puntos al pensar en la furia de mi *diavolo* cuando se le tocaba ese tema y tuve la certeza de que Sophia me envió en ese vídeo la parte que le convenía que yo viera, no la bajeza que cometió con un hombre que hasta donde pudo, la respetó.

—Maldita hija de puta, voy a gozar contigo cuando te tenga en mi museo. —Refuté, hirviendo en cólera.

—¿Qué sucede? —La pregunta de Faddei me sacó de mis pensamientos y me salí del vídeo, notando entonces que no tenía cobertura en mi móvil cuando intenté enviarle ese archivo a Ace.

—Mi móvil ha perdido cobertura, ¿tienes tú? —inquirí para el calvo y él frunció el ceño.

Cogió su móvil y me lo mostró, él sí tenía y entrecerré los ojos porque usábamos la misma compañía telefónica y estábamos en una buena zona, así que no tenía por qué fallar. Decidí reiniciarlo para ver si con ello conseguía algo y lo dejé sobre mis piernas para esperar.

—¿Qué carajos? Este no es el camino, Faddei —reviré al ver que me había metido por otro lado y

me puse alerta.

Estuve tan ensimismada en mis celos, furia, nervios y ansiedad por aquel vídeo, que ni siquiera me di cuenta del desvío que tomó.

—Cálmate, ángel. Todavía tenemos unos minutos y sé que no te vas a casar ni nada de eso, pero quiero darte un regalo.

—¡Joder, Faddei! No me hagas pensar mierdas porque bien sabes que no soy una mujer a la que le gusten las sorpresas. —Bufé.

Sophia consiguió quitarme la tranquilidad con su *regalo,* casi logra que mandara a la mierda ese día tan especial, por lo que Faddei escogió el peor momento para sorprenderme.

—Esta sí, te lo aseguro —dijo emocionado.

Miré el móvil queriendo controlarme y noté que todavía seguía sin cobertura. Faddei se metió en una zona boscosa y fruncí el ceño porque ya la conocía, había llevado a algunas de mis víctimas allí y tragué con dificultad, con la garganta seca de nuevo y el corazón todavía desbocado por lo que comencé a imaginarme.

Era demasiada coincidencia haber perdido la cobertura en mi móvil tras abrir el vídeo.

—Estoy en uno de los días más importantes de mi vida, calvo. A punto de dar un paso con el único hombre que se lo merece, el único tipo capaz de hacerme cruzar límites y quemar el maldito mundo si es necesario. —Comencé a decirle y Hunter me miró alerta—. Con Fabio D'angelo he llegado a tener todo lo que la puta vida me negó siempre y no quiero llegar tarde a esa ceremonia, no quiero que él piense que me he arrepentido.

Odié el ápice de agonía en mi voz, la vulnerabilidad que me invadió de repente.

—Cálmate, Ira. Vas a llegar a tiempo con tu amado —pidió entre risas pérfidas y negué con la cabeza.

No podía calmarme cuando el maldito corazón me decía que corriera, sobre todo al notar en su risa una falsedad que no pudo ocultar.

Y todo este tiempo he estado mintiendo.
Midiéndome en secreto a mí misma.
He estado guardando la pena en el lugar más lejano de mi repisa.
Y estaba corriendo muy lejos.
¿Podría huir del mundo algún día?
Nadie lo sabe.
Nadie lo sabe.

—¡Joder, Ira! —se quejó Faddei cuando me saqué la cuchilla del liguero que ajusté en mi tobillo y la puse en su cuello.

Lo hice justo al final de aquella estrofa de la canción.

—Odio las sorpresas, Faddei. Y que me traigas a este lugar, con mi móvil muerto, no me da buena espina —pronuncié entre dientes, afianzando bien mi agarre en él.

Hunter comenzó a gruñir, pendiente del camino, pero más de lo que yo hacía.

—¡Mira al frente! —pidió y negué.

—¡Ni mierda, imbécil! No soy tan estúpida como para descuidarte así.

—¡Ira, mira al frente, joder! Te traigo a que veas a Kiara, ella quiere hacer las paces contigo.

—¡¿Y por qué carajos no me buscó en casa?! —espeté y Hunter ladró.

—Porque es una sorpresa, le conté lo que harías hoy y quería ser parte de esto de una manera muy especial. Mira al frente por favor —suplicó. Miré de forma fugaz justo cuando estábamos llegando al puente del gran río en el bosque y mis ojos se desorbitaron—. Pero ¡¿qué mierda?! —exclamó asustado y yo tragué con dificultad—. ¡Joder, no! Ella no me dijo nada de esto —siguió hablando y yo contuve un sollozo.

Kiara sí estaba ahí, de pie frente a la camioneta, con unos cortes en los brazos que comenzaban desde el interior del codo y le llegaban a la muñeca, con la sangre escurriendo de sus manos y la mirada perdida.

—¿Qué hiciste, Kiara? —solté, conteniendo un sollozo. Mi piel se puso fría y comencé a temblar.

Eso no podía estar pasando.

Aflojé mi agarre en Faddei y vi por el retrovisor que la otra camioneta se detuvo. Kadir y tres hombres más bajaron con las armas en alto, buscando a todos lados y cuando no vi ningún ataque, salí de la camioneta con Hunter detrás de mí.

—Kiara, no, no, no —chillé con voz lastimera, yendo hacia ella.

Mi amiga empezó a reír mientras lloraba y Hunter comenzó a gruñirle.

—¡Mi señora, no! —gritó Kadir.

Pero ya era tarde y cuando volví a verlo fui testigo de cómo comenzó a dispararle a mis hombres, pero eran muchos contra él, Faddei incluido, y le dispararon hasta hacerlo caer al suelo.

Mierda.

Hunter se puso como loco y yo ya no pude detenerme, corrí hacia Kiara con la necesidad de protegerla y la abracé en el momento que mi perro se le lanzó encima, apartándolo con brusquedad, pero enseguida entendí que él vio lo que yo no pude en ese instante de locura, aunque sí lo sentí.

Sentí un puñal atravesarme el abdomen y jadeé viendo a mi amiga, a mi hermana, sosteniéndolo e incrustándomelo con el odio más puro.

Puta madre.

Todo había sido una farsa y mientras se reía en mi cara, sosteniendo el puñal con fuerza, palpé sus brazos, descubriendo que no había cortes, pero sí unas mangueras finas por donde corría sangre, aunque no la suya.

—Sospeché de ti, pero me negué, Kiara —le dije, sintiendo el sabor metálico en la boca.

—Lo sé, por eso me fui de tu casa —confesó con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué? —Quise saber y gemí cuando retorció el puñal, me estaba sintiendo débil y sospechaba que no era solo por la herida. Posiblemente el arma llevaba algún tipo de veneno.

Mi Hunter luchaba con alguien, queriendo llegar a Kiara para apartarla de mí.

—Porque te adueñaste de todo lo que tuvo que ser mío, Ira. Primero de Frank, cuando te eligió a ti después de follarme solo a mí. Y luego del único hombre al que he amado en la vida, Nicholas Cratch. Y fuiste tan cabrona de llevarme su corazón a casa para luego matar a su hijo, lo único que iba a poder tener de él.

¡Wow! No sé por qué esperé que al menos hubiese tenido una razón de peso para fallarme, aunque también aprendí que la envidia y la ambición eran los venenos más tóxicos del mundo.

—Así de patética eres —ironicé con dificultad, sonriendo. Y tuve la fuerza para alejarme de ella.

—Me subestimaste, maldita tirana, y para que lo sepas, fui yo quien te puso ese apodo —confesó con orgullo y volvió a alzar el puñal, pero esa vez Hunter se le fue encima y no pude detenerlo.

Grité un *no* agónico cuando le dispararon y mi pobre chico cayó al suelo, llorando y perdiendo la vida en segundos, mirándome a mí. Me giré un poco para buscar al malnacido que se atrevió a hacer esa atrocidad y fui recibida por otra puñalada, pero esa vez por parte del hombre que en los últimos

años había visto como un padre.

«Jamás confíes tu vida en nadie, ni siquiera en la persona que dice amarte, porque cuando te apuñalen por la espalda, no te matará la herida sino saber quién sostenía el puñal».

Las palabras de Frank se escucharon tan claras en mi cabeza, que fue casi como si de nuevo hubiera estado frente a mí, repitiéndolas justo antes de marcharse para encontrar la muerte que le había preparado su esposa.

—Y subestimaste a mis aliados —susurró Kiara en mi oído haciéndome jadear cuando incrustó su puñal de nuevo.

Esa vez por la espalda, ya que Faddei giró el suyo en mi pecho.

Sentí una arcada y no la detuve, vomitando la sangre que me atragantaba.

—¡Ira! ¡No! —Alcancé a escuchar en la lejanía.

De pronto Faddei se apartó de mí y vi su rostro desfigurado por el dolor cuando Furia lo atacó por la espalda.

Mi visión comenzaba a ponerse borrosa y sentí que los latidos de mi corazón se ralentizaron justo cuando Ace hizo su aparición con varios de sus hombres, atacando a los que habían ido con Faddei y las balas volaron de un lado a otro.

Jadeé en busca de aire y a duras penas me saqué el puñal del pecho.

La lucha a mi alrededor se hizo más intensa, Faddei intentaba deshacerse de Furia, pero él como el arma mortal que era no desistió. Derramé mis lágrimas al ver a mi Hunter ya con sus ojitos cerrados, sin respirar; luego me giré hacia Kiara, acomodando en mi mano uno de los puñales con los que me estaban robando la vida.

—Tú lo envenenaste —aseguré y caminé hacia ella con las pocas fuerzas que me quedaban, pero sin demostrárselo.

La muy hija de puta sintió miedo entonces y así me ardiera el alma con la respiración que tomé, inhalé mi último aliento de fuerza, de coraje, de lo que me convirtió en una maldita líder.

—Un trabajo operativo que se ha planeado desde hace dos años, pero mira qué buen resultado —se regocijó y aún herida logré quitarle el puñal cuando intentó arremeter de nuevo.

Gemí y lloré de dolor, porque el pecho me ardía y dolía regando todo por mi garganta, debilitando más mis piernas y comenzando a atragantarme con mi propia sangre. Me estaba muriendo y lo sentía en cada célula, incluso así le di un cabezazo en la nariz y la cogí del cuello, enterrando mis uñas en su piel a falta de mis preciosos dedales.

—¿Planeaste el final así? —cuestioné con la voz débil cuando la contraminé al puente.

—¿Contigo muriendo? Por supuesto —escupió y apreté más mi agarre.

—Agradece haber tenido un golpe de suerte, zorra maldita, porque de lo contrario me habría tomado el tiempo de llevarte a mi museo —le dije justo cuando clavé el puñal que me arranqué del pecho. Luchó contra mí, lo hizo con toda la vida escapándosele y saqué la cuchilla de su abdomen solo para pasarla por su brazo izquierdo, segándole la piel y marcando un corte que ella había simulado—. Y recuerda que salimos juntas de un infierno —susurré cerca de sus labios y la besé embarrándola de mi sangre, momento que también aproveché para volver a apuñalarla.

Los gritos desesperados llamándome se hicieron más fuertes, los tiros seguían y ya ni siquiera hice caso al sonido lastimero y de dolor de Furia tras un disparo. Solo me concentré en Kiara y la seguí apuñalando, robándole la vida, así como ella logró robármela a mí.

—Y lo justo es que, si regreso, te lleve conmigo —aseguré.

—Hija de puta —lloró y haciendo su último intento por defenderse me giró hasta empotrarme al puente y no paró.

No dejó de empujarme y yo no la solté por más que luchó, así que cuando comencé a caer al vacío, lo hice con ella y con el *no* lleno de dolor de Ace junto al rostro de Fabio en mi mente.

—Perdóname por no llegar a nuestra ceremonia, *amor* —susurré segundos antes de caer al agua. Rogando también para que Ace le cobrara a Faddei la traición que me hizo y se encargara de Sophia.

Enganché con fuerza mi brazo al cuello de Kiara y no la solté en ningún momento. No lo hice hasta que dejó de moverse debajo del río y mis pulmones comenzaron a arder, llenándose de agua.

Ya no tenía fuerza para nadar, las había gastado en mi intento por llevarme a Kiara conmigo, así que ahí, en aquel río, vistiendo con un elegante vestido color verde olivo, vi sus ojos y reviví la noche en que lo conocí.

La noche en la que me entregué sin pensarlo a un Dominante bipolar, un hombre que, con sus imperfecciones, me enseñó a amar.

«Siempre seré tuya, mi Señor», pensé antes de entregarme a la muerte.

Así lo quiso el destino.

Hasta ahí llegaba el legado de Iraide Viteri.

La reina sádica.

La gran tirana.

CAPÍTULO 70

FABIO

Había preparado todo para Iraide, como se lo merecía, con todo lo que deseaba darle y más. Una ceremonia jamás vista dentro del BDSM y, aunque eso me hiciera un maldito egoísta con mis sumisos, nunca deseé vocalizar tanto los votos de mi collarización con la pelirroja, como en ese instante.

—Tengo una pregunta, mi Señor —habló Allison, vestida en seda blanca.

Para esa ceremonia también decidí pedir un diseño exclusivo para ella, la quería acorde a la ocasión y como la alfa de mi *harem,* no deseaba que estuviera en otro lugar que no fuera a mi lado, como sumisa y también como mi amiga.

Ella y su marido.

—Hazla —la animé.

Me encontraba en la oficina de *Delirium,* viendo cómo ella y Paula cumplían con lo que organicé para la ceremonia; y cuando todo quedó listo y Allie se preparó, llegó a buscarme.

Habíamos hablado luego del secuestro, pero no abordamos nada que tuviera que ver con ello, de hecho, no lo hice ni con mi hermano o Iraide, ya que no quería que tocaran ese tema y que con eso me desestabilizaran y arrebataran el poco control que conseguí por medio de las psicoterapias, los estabilizadores de ánimo y los antiandrógenos que tuve que consumir para aplacar mi comportamiento sexual compulsivo, que estuvo a nada de convertirse en peligroso no solo para mí, sino también para los demás.

Tras ser rescatado, Dominik me sometió a una electroconvulsión, arriesgándose a que lo asesinara cuando me recuperara, pero, para suerte suya, la terapia no borró mi memoria, únicamente barrió con aquella nube negra en mi cerebro (obsequio de todo lo que Sophia me inoculó) que no me permitía avanzar, y me estabilizó lo necesario para que los medicamentos y la psicoterapia surtieran el efecto esperado.

Pasé por todo tipo de estudios para descartar virus o enfermedades de transmisión sexual, saliendo limpio de ellos, agradeciendo que al menos Sophia se siguiera cuidando a la hora de follar tal cual le enseñé, pues incluso con mi locura era sumamente estricto con eso debido a mi hipersexualidad y el descontrol que sufría cuando esos episodios llegaban.

Esa fue la razón de que me tardara tanto en buscar a Iraide tras el rescate, sin contar con que comencé a trabajar con mi gente para encontrar al hijo de puta de Cillian O'Connor y darle su merecido por proporcionarle aquel betabloqueador a Sophia.

Sin embargo, el irlandés sabía esconderse muy bien, aunque me hizo saber por medio de uno de sus hombres que fue él quien consiguió que alguien rompiera aquellas ataduras que me retenían a la cama, antes de que mi hermano llegara a por mí. En agradecimiento le envié la cabeza de su mensajero para dejarle claro que no se lo dejaría pasar tan fácil y le pedí que le hiciera saber a Sophia que iba a por ella, aunque esperaría su descuido.

Lo dije antes, yo no era el bueno en mi historia, aunque salvara más vidas de las que arrebataba. Y por supuesto que jodería a los que me jodieron, pero con Sophia quería ser creativo y actuar sin dejar rastros debido a su rango en el país, así que no me importaba esperar un poco.

—¿Puedo ser solo tu amiga esta vez? —prosiguió Allie y la miré.

Llevaba el cabello rubio en ondas sueltas, descalza, aunque adornó sus tobillos con unos brazaletes de diamantes plateados, acordes con su collar. El vestido era suelto y corto y sus pezones se marcaban porque no usaba sostén, pero les hacía falta algo que solo a una mujer en mi vida le había permitido usar.

Los *piercings*.

Sin embargo, fui receloso con respecto a verlos en otra de las mujeres de mi *harem*, porque de alguna manera, esas joyas se habían convertido en la marca personal de mi futura sumisa.

Iraide Viteri.

Mi reina sadomasoquista.

—Claro que sí, si es lo que deseas, Allison. Solo mantente alejada de temas que todavía no estoy dispuesto a abordar —respondí y dejó su rol enseguida.

—De acuerdo. —Aceptó—. Aunque lo que en realidad quiero decirte como tu amiga, es que por favor te calmes, Samael —soltó y la miré con ironía, alzando una ceja—. O llámale para que estés tranquilo.

Me causó gracia, aunque no me reí, que llegara para decirme eso. Algo que en realidad no debió sorprenderme, puesto que por más que lo intenté, no pude ocultar ni controlar la ansiedad que ya se había apoderado de mí ese día porque mi cerebro comenzó a sabotearme con la idea de que Iraide iba a arrepentirse.

Cavolo.

Esa chica me había demostrado que era capaz de destruir el mundo por mí. Arriesgó su vida con LuzBel con tal de salvarme y me sorprendió con su petición de que la hiciera mi sumisa porque me consideraba digno de entregarme lo más preciado que una mujer podía darle a un hombre.

Amor junto con sumisión.

Y ser consciente de ello hizo que mis demonios sacaran a relucir mis inseguridades y me llevaran por otra línea de pensamientos.

—No creo que sea conveniente, no me gustaría que me crea intenso —le expliqué a Allison y ella rio.

—Puedo jurarte que a esa mujer le encanta que seas un intenso —aseguró y bufé un tanto divertido—. Llámale —insistió.

Mi ansiedad se fue *in crescendo* y mis pulsaciones en ese momento hubieran sido capaz de hacer explotar un monitor cardiaco, por la manera en la que se aceleraron cuando le obedecí a Allison y tomé el móvil.

—*¿Estás ansioso?* —respondió Iraide enseguida.

La tenía en altavoz, así que no pude evitar reír al ver a Allison divertida por la forma tan sutil de Iraide de hacerme sentir como un chico inmaduro, viviendo el primer amor de su vida y confesándoselo a su amada.

—Un poco, para ser sincero —admití y mi sumisa alfa apretó los labios, aunque enseguida gesticuló un «vamos, pregúntale», que me hizo sacudir la cabeza.

De todos mis sumisos, ella era la única que entendía mejor que si me sentía tan ansioso, nervioso y necesitando más que nunca el Litio, era porque Iraide se negó tanto a ser mi sumisa que, que me lo pidiera luego de la sesión que compartimos le ayudaba a mis demonios a avivar mis inseguridades.

De cierta manera el miedo a haberla manipulado sin querer me carcomía y así lo deseara con toda la maldita fuerza de mi locura, no me perdonaría jamás que la pelirroja pidiera ser mi sumisa únicamente porque yo quería y no porque ella lo deseaba.

Con su voluntad y entrega.

—¿Estás segura de esto, dulzura? Porque no quiero que hagas nada solo por complacerme. Necesito que lo desees por ti y no por mí —pregunté al fin, sin ser capaz de mirar a Allison.

Sentía miedo, pero estaba seguro de que, si Iraide decía que no, lo respetaría y aceptaría porque como sumisa o no, ya no podría dejarla, pues esa pelirroja rebelde se había colado hasta lo más profundo de mi ser y la necesitaba tanto como respirar.

Y si era totalmente sincero conmigo mismo, para ese punto de mi vida ya me era más fácil vivir sin estabilidad emocional que sin ella.

Prefería una eternidad en la oscuridad, que una vida sin Iraide.

—*Hago esto por mí, Fabio. Porque me demostraste lo que en realidad es ser sumisa. Tener un Amo que te cuide, respete y valore como tú, es un placer del que no me voy a privar. Así que deja la paranoia porque solo muerta dejaría de ir a nuestra ceremonia de collarización. Además, ya dejé claro que eres mío y ese anillo que usas es prueba de que lo aceptas* —respondió sin un ápice de dudas.

Y, únicamente cuando miré ese anillo en mi dedo, me di cuenta de que había contenido la respiración, así que solté el aire, sintiendo a la vez las pulsaciones por todo el cuerpo.

—¡Sí! —Aquella exclamación silenciosa de mi sumisa alfa me hizo mirarla y sacudí la cabeza al verla haciendo un ademán de aplauso, mostrándose como una niña emocionada, o una celestina feliz de al fin haber logrado unir a la pareja que se le encomendó.

—Entonces te espero en *Delirium*, amor —reiteré para Iraide, recuperando el valor que solo ese ángel de fuego lograba robarme, y tras eso corté.

Lo hice antes de decirle mis votos sin esperar a la collarización, pues no quería robarle ese momento tan especial.

—Voy a hacer un cambio de último momento para la ceremonia —avisó Allison mostrando la emoción que yo escondía.

—Todo está perfecto como ya lo planeé —repliqué y se acercó para tomarme de las manos.

—Déjame hacer esto, Samael. Déjame disfrutar también que tendré una nueva hermana de collar —suplicó y cerré los ojos un momento.

—¿Qué es? —Quise saber y subió sus manos para acomodar el corbatín en mi cuello.

Iba vestido con un traje de tres piezas en color pardo, con la clásica camisa blanca.

—La canción de entrada —respondió y entrecerré los ojos—. Sé que ya la elegiste, pero la que yo quiero poner para ustedes es perfecta, te lo prometo —siguió emocionada y sabiendo que tenía un buen gusto para la música, cedí.

—Confiaré en ti —aseveré y sonrió agradecida.

Miré mi reloj y vi que ya faltaba poco tiempo para encontrarme con Iraide en el salón de *Delirium* donde nos conocimos, el mismo donde, en un arranque de posesividad y celos, ella me hizo entender lo profundo que me había hecho caer.

Recuerdos buenos y malos que aceptábamos porque fueron los mismos que nos llevaron a ese momento y quisimos honrarlos. Y, aunque yo llevaba menos ropa la noche que se apareció frente a mí por primera vez, como un huracán dispuesto a robarme toda mi estabilidad emocional, ella usaría el color que me cautivó junto al de su cabello, piel, ojos y labios.

—¿Ira vendrá con su amiga? —preguntó Allison antes de irse de mi oficina y negué.

Menos mal la pelirroja no estaba en buenos términos con esa maldita arpía que tenía por amiga, así que me evité la pelea con ella al pedirle que no la llevara.

Kiara no me daba buena espina, desde que la conocí sentí en ella la envidia, el orgullo y la hipocresía, y más la noche en la que llegó solo con su novia al club y las escuché burlándose de la mujer que la acogía en su casa, fingiendo ser ella, asegurando que Iraide nunca hubiera sido quien

era, sin su ayuda.

—¡La única y maldita reina soy yo! ¡Esa estúpida no sería nadie si mí! ¡Sin mí! —La escuché gritar al pasar por su privado y me tensé.

Se encontraba rodeada de más personas. Ellos riendo al oírla, lo tomaron como simples disparates de una ebria, ya que lo estaba hasta la médula. Y yo no me hallaba en mi mejor momento, las alucinaciones me hacían mierda, por eso dudé por un instante de lo que escuché. Sin embargo, detuve mi paso y me quedé a la espera sin que se percataran de mi presencia.

—¡Y yo te amo, Milly, te juro que sí! Pero ya esa maldita me ha quitado otros amores, así que pobre de ti si me dejas por ella, porque te juro que no me alcanzará la vida para hacértelo pagar —le gritó a su novia y la chica rodó los ojos.

Fruncí el ceño ante eso, inseguro entonces de si hablaba de Iraide o de otra persona, aunque lo dejé en segundo plano porque me sorprendió ver a Kiara lanzarse hacia su chica y tomarla del cuello, molesta porque ella no le respondió; adoptando una actitud altanera y copiando a la perfección la manera en la que alzó la barbilla, un gesto que la pelirroja manejaba a la perfección.

Con ello volví a creer que sí se refería a Iraide.

—Veo que no solo te proclamas como reina, sino que también le copias sus acciones. —entrometí, tomándola por sorpresa, caminando cerca de Kiara.

Quienes las acompañaban decidieron irse al verme en el privado, su novia en cambio se asustó y la tomó de la cintura para apoyarla cuando Kiara se tambaleó, esta última me miró comenzando a reírse divertida.

—¿De qué hablas? —cuestionó entre risas y la miré desde mi posición con desdén, diciéndole de esa manera que no me tragaba su teatro.

—Ten cuidado con lo que haces y dices, Kiara. Porque no te gustará tocarme los cojones —le advertí y rodó los ojos.

—No lo tomes a mal, solo está muy borracha —la defendió Milly.

—¿Tiene la costumbre de burlarse de su amiga cuando está borracha? —le pregunté sin dejar de mirar a Kiara.

—Aparte de idiota… estás-estás loco —replicó Kiara, arrastrando las palabras.

—No hablaba de nadie a quien conozcas. —La excusó Milly y las miré a ambas, demostrándoles que no les creía ni me tomarían por imbécil—. Y mejor me la llevaré ya antes de que siga con sus estupideces y que tú lo tomes de manera equivocada. —Bufé una risa irónica, ella se limitó a comenzar a caminar, llevándose a su novia.

Las seguí con la mirada y no dejé de observarlas hasta que salieron del salón principal.

No me agradaba para nada esa tipa, pero tampoco la conocía bien, simplemente me estaba dejando llevar por la primera impresión, así que decidí callar y mantenerme atento con ella, ya que tampoco podía ir de cizañoso con Iraide si solo ellas dos sabían cómo llevaban su relación.

Sacudí la cabeza dejando esos pensamientos de lado y miré a Allison marcharse.

Bebí una píldora de Risperdal junto a otra de Litio con un poco de jugo que ella me llevó y miré el reloj, con ganas de correr las agujas por mi cuenta y así acelerar el tiempo para que llegara la hora de ver a Iraide al fin, y de convertirla en mía.

Más de lo que ya era.

—Samael, es hora —avisó Paula rato después y el corazón se me aceleró.

Miré por el ventanal hacia aquel salón, todo mi *harem* estaba presente, incluidos los sumisos de entrenamiento; también había invitado a Bruno y Thomas. Lo hice porque a pesar del roce que tuvimos, ellos eran mis amigos dentro del mundo del BDSM y deseé hacerlos parte de un momento tan importante para mí.

«Así que deja la paranoia porque solo muerta dejaría de ir a nuestra ceremonia de collarización. Además, ya dejé claro que eres mío y ese anillo que usas es prueba de que lo aceptas».

—Deja la paranoia, porque ella vendrá. Ya lo prometió —me dije en un susurro al recordar sus palabras.

Me llevé una mano al cuello para sobarlo mientras bajaba los escalones y me reí de lo nervioso que me sentía.

Merda.

No era la primera vez que entregaría un collar y, de hecho, ya le había dado dos a Iraide, aunque solo le coloqué el de consideración porque me lo permitió. Así que, entregarle el de pertenencia, en otro diseño exclusivo para ella, y que en esa ocasión sí lo aceptara, era lo que me ponía tan nervioso y feliz.

—¡Joder, amigo! Luces como si fuera la primera vez que tendrás esta dicha —bromeó Bruno al verme.

—Conociendo, así sea un poco a la mujer que hará suya, lo entiendo —comentó Thomas y fingí tranquilidad al escucharlos.

—Ven, brindemos para calmar esos nervios que no logras esconder —sugirió Bruno y me reí.

¡Cazzo! Por más que lo intentara me era imposible contener la ansiedad.

—Aunque lo necesite, paso —negué porque había tenido que aumentar la medicación para estabilizarme.

Pero estar sufriendo esos ataques de nervios no me ayudaría, por mucho medicamento que ingiriera.

Los tipos que me acompañaban no lo tomaron a mal, en su lugar, optaron por sacarme plática; preguntaron por Sophia, un tema que no quería tocar en ese momento tan especial, pero por respeto a nuestra amistad les comenté lo más importante. La mujer faltó a mis reglas y tras lo que me hizo luego, no existía la posibilidad de considerarla en ningún sentido, y la maldita lo sabía, razón por la cual se escudaba detrás de su gente para que no pudiera llegar a ella.

Sin embargo, como dije antes, era paciente y sabía que llegaría la oportunidad de cobrarle todo con intereses altos.

Miré a Allison con insistencia cuando la hora de la ceremonia llegó, pero la persona encargada de dar aviso sobre el arribo de Iraide no hacía su aparición. Bebí un poco de agua saborizada al sentir que la garganta se me secó y ella me pidió que me calmara con un ademán, a lo que negué.

Cavolo.

No quería pasar por eso, debía calmarme y controlar mi intensidad, pero cuando vi en mi reloj que ya habían pasado veinte minutos de la hora, el miedo amargo subió por mi garganta.

Se había arrepentido.

—¡Joder, Samael! Cálmate, hombre. Estas cosas suelen pasar con las chicas, les gusta hacernos sufrir hasta el último momento —replicó Thomas, poniendo una mano en mi hombro y les ofrecí una sonrisa de labios apretados.

Tiré un poco del elástico de mi corbatín porque sentía que me estaba ahogando y carraspeé tratando de tragar.

—Discúlpenme un momento —les pedí y sin esperar respuesta me alejé de ellos.

Saqué el móvil y marqué el número de Iraide con la esperanza de que estuviera atrapada en un embotellamiento o algo por el estilo, pero no me respondió. La operadora me enviaba directo al buzón.

Seguí insistiendo sin obtener nada, Allison se acercó a pedirme que me calmara y únicamente

porque sabía que ella no tenía la culpa de lo que vivía, no la mandé al carajo. Así que comencé a caminar de un lado a otro y agradecí que mis sumisos se metieran en su rol y optaran por mirar al suelo y no a mí.

De un momento a otro Marco llegó para apoyar a su mujer e intentó calmarme. Sacudí la cabeza y respiré profundo, pidiéndoles de esa manera que se callaran porque no estaba pasando por un buen momento. La rabia bullía en mi interior junto al miedo y la decepción, todos esos malditos sentimientos elevados en su máxima potencia gracias a mi condición.

—Desmonten todo y vayan a casa —ordené cuando pasó una hora.

Tenía la voz muy ronca y la furia a punto de hacerme cometer una locura.

Porca troia.

Le di la oportunidad a Iraide de ser sincera. Y sí, le pedí que hiciera todo únicamente si lo deseaba, pero esperé a que me enfrentara, que me hablara con la verdad antes. Sin embargo, la maldita pelirroja prefirió jugar con mis ilusiones y eso en serio me rompió.

—Señor, su camioneta está llegando. Entrando al estacionamiento —avisó de pronto Stefan.

Maldije al escucharlo, sintiendo cómo en un santiamén, su aviso barrió con mi dolor para darle paso de nuevo a la emoción.

—Yo sabía, Samael. Ven acá —pidió Allison igual de emocionada y aliviada.

Todos se fueron a sus lugares, como lo planeamos, y yo me dejé arrastrar por Allison hasta donde esperaría a Iraide. El collar que le entregaría estaba sobre una mesa y decidí tomarlo, sentirlo en mis manos para convencerme de que lo que vivía era real. El diseño de la joya era una cadena de oro blanco trenzada, con incrustaciones de piedras de jade por toda la longitud que formaban las curvaturas de la S y, en el centro tenía una cerradura hecha con esmeralda en forma de óvalo, donde se entrelazaban la F y la D.

A la llave que yo tendría se le incrustaron diamantes azules, como el color de sus ojos.

—*Oddio* —musité por lo bajo cuando, de pronto, la melodía que Allison escogió para ese momento comenzó a sonar y, soltando con pausa la respiración, la miré y la encontré sonriéndome —. *Grazie* —ofrecí.

Ven a mí, en horas de la noche. Yo esperaré por ti.
No puedo dormir, los pensamientos me devoran.
Los pensamientos de ti me consumen.[6]

Al escuchar aquella letra entendí la insistencia de Allison para ponerla en ese momento, y admití que era perfecta.

No puedo evitar amarte, incluso aunque lo intentara.
No puedo dejar de quererte.
Sé que moriría sin ti.

Sonreí al hacer mío ese párrafo, lo hice porque luché para no sentir más por aquella pelirroja de ojos azules. Me negué durante años al amor sabiendo lo letal que podía ser en personas como yo, pero la vida tenía otros planes para mí cuando la llevó a mi club.

Quédate conmigo un poco más. Yo esperaré por ti.

Las sombras se arrastran y quieren crecer más fuertes.
Más profundas que la verdad.

Escuché un alboroto fuera del salón. Mi pequeña sádica al fin había entrado con la potencia de siempre, impactando todo a su alrededor como solo ella solía hacerlo. Apreté las manos para controlar el temblor que me provocó y miré a mis invitados, atentos y ansiosos por ese momento.

No puedo evitar amarte, incluso aunque lo intentara.
No puedo dejar de quererte.
Sé que moriría sin ti.
No puedo dejar de estar mal en la oscuridad.
Porque estoy vencido en esta guerra de corazones.

Me giré para recibirla justo cuando la cortina se abrió, al compás de aquella melodía única que Allison escogió para unirme a mi reina.

Para entregarme solo a ella.

—¡Ayúdame! —suplicó la persona a la que menos esperaba ver y el corazón se me detuvo.

Escuché jadeos llenos de horror y él, manchado de sangre, con un perro negro en brazos, cayó de rodillas y negué, cerrando los ojos, queriendo desaparecer.

«Solo muerta dejaría de ir a nuestra ceremonia de collarización», dijo Iraide en mi cabeza.

Recordar sus palabras me hizo reaccionar y caminé a paso rápido, llegando en un santiamén con aquel tipo que había dejado al perro en el suelo.

—¡¿Dónde está?! —rugí, cogiéndolo de la camisa y levantándolo en el aire. Iba empapado y se desarmó cuando estuvo frente a mí, negando, llorando como un niño herido—. ¿Dónde está, Ace? —supliqué.

—La-la han traicionado —atinó a decir entre su llanto y lo solté como si me hubiera quemado su piel—. La traicionaron y no pude llegar a tiempo.

Di un paso atrás, negando como un desquiciado, sintiendo que el aire abandonaba mis pulmones y el corazón luchaba por subir a mi garganta.

—No, no, no… *Dimmi, per favore… ti prego dimmi* que esta es una puta broma —supliqué mezclando los idiomas, con la mirada borrosa.

Ace calló de rodillas, negando, llorando, sufriendo mientras me destruía la vida a mí.

—La apuñalaron, D'angelo —sollozó—, lo hicieron entre dos. La engañaron… la ma…

—*¡Taci!* —«¡Cállate!» Grité interrumpiéndolo.

—¡La mataron! ¡Joder! —gritó él y comencé a sufrir espasmos—. ¡Me quitaron a mi reina! ¡Nos la arrebataron!

Eso fue lo último que escuché antes de que el collar, que había mantenido en mi mano, cayera al suelo y mi mundo se volviera oscuro.

Nunca esperé que la vida siguiera jugando a la ruleta rusa con nosotros, y que esa vez el arma sí detonara.

CAPÍTULO 71

ACE

Únicamente había estado en dos funerales en toda mi maldita vida.

El primero fue cuando apenas tenía ocho años, en un bosque alejado del país que me vio nacer, solo, lleno de tierra, con las manos sangrantes por haberlas utilizado de pala para cavar un hoyo poco profundo, muriendo del frío y de dolor.

El segundo sucedía en ese momento, veinticuatro años después, y lo único parecido en ambos casos era el dolor igual de cruel, habiendo perdido a las únicas dos mujeres que fueron importantes en mi vida.

Mis dos reinas.

Vestía de negro y apretaba con fuerzas la cadena que pendía del cuello de Furia, él tenía una venda en el abdomen al igual que yo y su mirada triste no se movía de aquel ataúd de madera oscura, rodeado por rosas blancas. Yo tampoco podía dejar de observarlo, aunque mis ojos estuvieran cubiertos por unas gafas tintadas.

«Así como a ella, no pude salvarte, mi reina», pensé, conteniendo las ganas de llorar, demostrando mi impotencia en el agarre apretado de la cadena.

Había descubierto todo muy tarde.

Al estar en el hospital, fingiendo que dormía, escuché algunos murmullos que me hicieron volver a analizarlo todo, provenientes de la gente de Ira, aunque manejados por Faddei. Por eso le pedí a ella que me llevaran a la bodega sur, con la excusa de estar con Furia, pero lo cierto era que allí se concentraba aquel grupo de hombres que siempre respondieron a las órdenes del maldito calvo ruso, y donde encontraría mi oportunidad de llegar al fondo de todo, aprovechando que me creían indefenso.

Y si no le dije nada a Ira fue porque ella desconfiaba de mí, de todos en realidad, y nos tenía en tela de juicio, investigándonos. Así que, comentarle mis sospechas era como buscar una excusa de mi parte para que me descartara y no deseaba eso. Solo necesitaba ayudarle encontrando la verdad.

Pero, para mi jodida suerte, descubrí todo horas antes de que aquella traición se llevara a cabo y ya no pude hacer nada.

Los servidores de las cámaras de seguridad, en la casa de mi reina, nunca mostraron nada porque el hijo de puta de Faddei logró meter una red interna que manejó a su antojo, sin embargo, después de un par de tragos fuertes algunas lenguas se aflojaban; así conseguí que su gente me diera pistas, llevándome a las computadoras en la bodega donde el malnacido pudo ocultar las pruebas de lo que estaba haciendo.

Encontré su portátil allí y a pesar de haber sido muy inteligente para el complot que armaron, no lo fue al ponerle contraseña, así que pude acceder con facilidad, encontrando los vídeos de Kiara lanzándole una píldora con veneno a Hunter en el momento que el perro abrió el hocico para recibir su hueso de juguete, mientras Faddei la cubría, y otros donde uno de sus hombres de confianza salía de la casa de Eugene Hall.

Esa fue la mayor prueba de su traición y, en cuanto la obtuve, le marqué a Ira para avisarle, pero su teléfono sonaba muerto. Intenté de nuevo, cinco veces más, y al analizar que ya todo se estaba llevando a cabo, le llamé a mis hombres y busqué el GPS de los coches para ubicarla por medio de ellos cuando en su casa me dijeron que había salido con Faddei rumbo a una ceremonia con su novio.

Me llevé a Furia sabiendo que necesitaría todos los refuerzos posibles para defenderla, casi me estrellé con otro coche en mi desesperación por llegar a tiempo cuando la ubiqué en una zona desolada. Mi angustia solo podía compararla a la de veinticuatro años atrás, el día que intenté salvar a otra persona que dependía de mí.

Así que, en el camino volví a ser aquel niño desesperado, indefenso y aterrado, que únicamente quería salvar la vida de alguien a quien amaba.

Porque amaba a Iraide Viteri.

La amaba de una forma que no se podía explicar, que ni siquiera yo entendía. Y mis sentimientos no se derivaban de un hombre hacia una mujer atractiva, o porque tuvimos sexo en dos ocasiones; tampoco de la manera en la que un hermano amaba a su hermana y ni siquiera como amigos.

Mis sentimientos por ella iban más allá de lo explicable.

La amaba cuando la veía sonreír inocente o perversa. Cuando bromeaba o rabiaba, cuando mataba o ayudaba.

¡Joder!

La amaba viéndola amar a otro hombre y… mierda, D'angelo se ganó mi respeto por eso, porque gracias a él mi reina era feliz, incluso cuando el hijo de puta la llevaba a su límite.

Amaba que la amaran como tanto se lo merecía, porque al igual que mi vida, la suya también fue muy jodida y luchamos para enfrentarnos a ella con lo que estuviera a nuestro paso.

—¿Kadir? —lo llamé desesperado cuando respondió mi llamada.

—¿Ace? —me nombró él.

—¡Están yendo a una trampa! ¡Kadir! —grité, escuchando que tenía mala recepción.

—La señorita Kiara está aquí. ¿Qué sucede, Ace? No te escucho.

—¡Es una trampa, Kadir! ¡Detén a Ira! —supliqué—. ¡Es una puta trampa!

—¡Mi señora, no!

Golpeé el volante al escuchar una ráfaga de disparos. Varias camionetas con mi gente se unieron a mí en el camino al bosque, Furia parecía excitado y en cuanto llegamos cerca del puente y vi a Faddei apuñalando a Ira, grité su nombre y salí como una bala. Pero más veloz fue ese perro que, habiendo nacido en un ambiente asesino, supo lo que pasaba y corrió para proteger a su salvadora.

Él cogió más ventaja que yo, ya que los hijos de puta que acompañaban a Faddei en ese acto de cobardía me atacaron al verme, así que tuve que defenderme de los tiros que comenzaron a dispararme.

Saqué mi glock y apunté a todo lo que se moviera, aterrado por no poder avanzar a donde quería; Faddei se enfrentó a una bestia que no le daría tregua alguna y si no hubiera sido porque mi mirada se clavó en Ira arremetiendo contra Kiara, hasta habría disfrutado de lo bien que aquel perro despedazaba.

Gruñí cuando una bala rozó mi brazo y me percaté de Kadir inerte y tirado en el suelo, y comprendí que fue él quien recibió los disparos que escuché por el móvil.

Volví a gritarle a Ira, aterrado al verla luchando con aquella hija de puta tan cerca del puente, de su espalda desnuda corría sangre y sus movimientos, así fueran certeros, demostraban también su debilidad.

En ese momento presentí que mi reina ya no tenía fuerzas y si todavía luchaba era porque no quería irse sola.

—¡No! —rugí cuando vi que Faddei sacó el arma para matar a Furia y corrí hacia ellos, porque se encontraban más cerca de mí, hasta ponerme sobre el can.

Recibí el impacto de la bala en una pierna y alcé mi arma para arremeter, pero el malnacido corrió en zigzag esquivándome y lo logró a pesar de la cojera. Desistí únicamente porque Furia gimió y descubrí una cuchilla en su panza.

—¡Hija de puta! —Escuché que gritaron y corrí por inercia al ver a Ira y a Kiara cayendo del puente.

Me escuché gritar, con las manos en el aire como un estúpido, creyendo que lograría cogerla; y lloré al verla caer desde esa enorme distancia, siendo tirado de repente al suelo solo porque Furia, sacando cada miligramo de su fuerza, me tumbó para protegerme de otra ráfaga de tiros.

¡Eso no podía estar pasando, joder!

Furia lloró de dolor porque llevaba la cuchilla aún incrustada y se tiró a mi lado, cansado, perdiendo la vida y por puro instinto revisé su herida y saqué el puñal, amarrando mi camisa en su panza para contener la sangre.

Los tiros cesaron de pronto porque mis hombres llegaron para auxiliarme; después de ello solo me recordaba pidiéndoles que cuidaran a Furia y sin recibir respuesta corrí río abajo, consciente de que si me tiraba del puente era posible que no viviera.

Me adentré al agua angustiado por encontrar a Ira, con la esperanza de que siguiera con vida, pero el río corría furioso hacia la cascada porque toda esa semana hubo lluvias intensas y maldije.

Lo hice con impotencia y dolor por no poder llegar a tiempo.

No pude salvarla.

No logré cuidar su espalda como le prometí una vez que lo haría y por eso me la arrebataron.

Me acababan de quitar a mi reina.

—El perro está grave, Ace. Haz algo por él —pidió uno de mis hombres, sabiendo que no podíamos alertar a las autoridades de lo que acababa de pasar.

—Búsquenla —les exigí, cogiendo a Furia para llevarlo a mi coche.

Me marché de allí sabiendo que necesitaría apoyo y me vi llegando a Delirium*, creyendo que solo Fabio me lo daría, pero no contaba con que, con mi noticia lo destruiría.*

Y verlo gritando con tanto dolor únicamente me hizo ser más consciente de mi fracaso.

Volví a mi presente en cuanto escuché a Furia llorar y me di cuenta de la maldita razón.

El féretro comenzó a ser bajado luego de que el sacerdote terminara de dar su sermón. Y era bastante irónico que estuviera ahí, pues Ira no profesaba ninguna religión y había dejado de creer en Dios, sin embargo, su madre lo quiso de esa manera.

Únicamente dejé de ver la morada final de mi reina cuando Gisselle se acercó a la señora Viteri para sostenerla. Soren estaba al lado de ellas apoyándolas y, Adiel, el menor de la familia lloraba sin pena alguna a su hermana.

Mi mirada se cruzó con la de Fabio y admiré al tipo, lo respeté por el esfuerzo que hacía al estar ahí, acompañado de su hermano. Intuí que el pobre había tenido que drogarse para mantenerse en pie, ya que, tras haber encontrado el cuerpo de Ira, siete días después de su ataque, la mierda total se le fue encima y tuvieron que ingresarlo.

Tras decirle lo que pasó se negó con rotundidad a mis palabras. La chica pelinegra que identifiqué como Paula llegó para auxiliar a Furia, aclarando que era veterinaria, por lo que la dejé a cargo de él y me fui detrás de Fabio.

El hombre me exigía que lo llevara a donde había pasado todo y se lo concedí porque yo también necesitaba regresar. Al llegar al río más de mi gente se encontraba buscando a ambas mujeres y junto a Fabio recorrimos cada sendero de aquel bosque, cada parte donde el agua nos permitía llegar y donde no, nadamos. Lo hicimos sin cansancio. El cuerpo de Kiara fue el primero en aparecer ya entrada la noche y, aunque los demás trataron de detener a Fabio, yo ordené que lo dejaran hacer lo que él quisiera y entonces fuimos testigos de cómo despedazó lo que quedaba de esa maldita.

Por primera vez lo vi como la bestia que indicaban los archivos que era.

Al siguiente día tuvimos que pedir la ayuda de rescatistas porque de alguna manera, el que solo Kiara apareciera nos dio esperanzas. No dormimos, no comimos y fui el encargado de avisarle a la familia de Ira que ella estaba desaparecida.

Se lo dije a Gisselle y la tipa hasta me acusó de cruel por hacerle esa broma, pero en cuanto me vio roto por el dolor, entonces se rompió ella y dejé que Soren la consolara porque no podía más con tanto recuerdo cruel de mi fracaso.

Los siguientes días fueron cruciales en nuestra búsqueda, los noticieros se enteraron de lo que había pasado y los malditos séptimos se encargaron de que presentaran a Iraide Viteri como una empresaria que desapareció con su amante, a la que encontraron hecha pedazos en el río Potomac. Lo hicieron así porque sabían que si permitían que se diera a conocer que era la lideresa de una gran organización, muchos caerían con su muerte.

Fabio poco a poco fue mostrándose con una actitud más peligrosa; nada lo detenía, dejó de hablar y actuaba casi en automático. Su condición se fue apoderando más de él y hubo un momento en que comenzaron a temerle, pues juró hacer pagar a todo aquel que se atreviera a quitarle la esperanza de encontrar a Ira con vida.

Hasta que irónicamente el séptimo día de aquella traición llegó, y con él, uno de los hallazgos más dolorosos de mi existencia.

—¡Joder! Espera —le pedí a Fabio.

Estábamos llegando a una desembocadura del río, en otra ciudad cerca de Washington. Los rescatistas y parte de mi gente se habían quedado atrás porque preferían guardar la distancia con el tipo a mi lado, y logré ver antes que él, el reflejo de una tela verde cerca de una roca.

Negué en cuanto el golpe de un olor fétido me llegó y la piel se me puso fría.

—Maldita sea —susurré y comencé a llorar con las esperanzas haciéndose polvo en mi interior—. ¡Fabio! —grité en cuanto él se me adelantó al ver lo que pasaba.

El hombre corrió hacia donde la tela nadaba y juro que jamás en la vida, aquella imagen tan retorcida, saldría de mi cabeza: el momento en el que un hombre capaz de amar con toda su locura tomó la tela entre sus manos y tiró de ella sin pudor alguno, descubriendo un cuerpo en descomposición.

Su grito lleno del dolor más cruel y agónico me atormentaría cada noche.

Me tiré al suelo, de rodillas, sabiendo que ya no había vuelta atrás, ni esperanzas de un milagro, si es que eso alguna vez existió. Era ella, así no se pudiera reconocer por sus rasgos, su cabello rojo, su ropa y sus heridas confirmaron lo que tanto nos negamos.

Y a los rescatistas les costó un infierno alejar a Fabio del cuerpo, tanto así, que tuvieron que sedarlo en el instante en que estuvo a punto de matar a uno de ellos.

Dos días después de eso el informe forense arrojó lo que ya sabíamos.

Era Iraide.

Era mi reina.

Y la reina de ese pobre diablo a punto de morir de dolor.

—Hermano, es hora —dijo Soren sacándome de unos recuerdos aterradores, para llevarme a una realidad cruel.

Ni siquiera fui capaz de acercarme para dejar caer mi rosa blanca, ni siquiera vi cuando las primeras paladas de tierra fueron echadas sobre su ataúd. No me percaté de la gente yéndose, simplemente me mantuve a los pies de aquella tumba fresca, con Furia a mi lado, mientras Fabio se quedó al otro costado.

A la cabeza de donde la mujer de su vida acababa de ser sepultada.

Las únicas personas que más la amábamos nos mantuvimos ahí, de pie, custodiando la última morada de una gran reina.

La reina sádica.

CAPÍTULO 72

FABIO

Un año después…

Me encontraba sentado en el mismo lugar de siempre dentro de mi *penthouse,* con un vaso de licor en una mano y el móvil en la otra.

Había empezado esa rutina un mes atrás, cuando el terror por comenzar a olvidar su voz, el sonido de su risa y la manera en la que me miraba, me atacó de súbito. Y me pareció inaudito porque en ese momento solo habían pasado once meses, era muy pronto para que lo más bello de mi vida se esfumara de esa manera.

Supongo que tanta medicación comenzaba a hacer efecto.

Me llevé el vaso corto a los labios y miré por la ventana mientras el sol comenzaba a bajar. Dejé de contar las horas desde aquel día, pero sí contaba cada segundo que transcurría desde que activaba el último audio que Iraide me envió, un día antes de que me la arrebataran.

Un día antes de que la convirtiera en mi sumisa.

Un día antes de que al fin vocalizara sus sentimientos hacia mí y yo hiciera lo mismo para ella.

¿Y en estos casos puedo tener una despedida? Tipo a una despedida de soltera, no sé. Te lo pregunto porque si fuera el caso, podría hacer una especie de fiesta personal con Allison y Marco. Ya sabes, para que me enseñen mejor las posturas que debo tener en la ceremonia.

Veinte segundos.

Esos veinte segundos que me seguían manteniendo con vida porque, por mucho que quisiera morir si ella no estaba a mi lado, me aterraba no poder escucharla más. Sobre todo, en ese audio, donde me hablaba con diversión, provocándome como tanto le encantaba.

Me pasé una mano en el rostro cuando terminó y volví a reproducirlo. El alcohol ya comenzaba a hacer su efecto y me bebí el resto de un trago. Dominik me decía que hacer eso era joderme a mí mismo, yo me limitaba a bufarle irónico.

¿En serio creía que algo me podía joder más de lo que ya me habían jodido?

La respuesta era fácil: ya nada podía joderme.

Bloqueé el móvil cuando el susodicho decidió hacer su aparición, como todas las noches, y no me apeteció responderle. Levanté la mirada una vez más al cielo y cerré los ojos, imaginándola, dibujando sus rasgos, la forma en que elevaba la comisura de sus labios al sonreír con altanería, pícara o sensual.

Dominik se volvió más insistente después de todo lo que ocurrió, convirtiéndose en mi maldita sombra, en una niñera intensa que se la vivía detrás de mi culo; según él, evitando que cometiera una locura. Y lo había intentado para ser sincero, incluso me volví un jodido héroe cuando en realidad solo buscaba acabar con mi vida sin que me tacharan de cobarde.

Mi hermano llegó a contratar a más gente para que me mantuvieran vigilado, al sospecharlo, pero yo no era ningún imbécil y él estaba consciente de eso y de que, si quería darle fin a mi vida, nadie

me lo impediría, pues me acerqué a la muerte en infinidad de ocasiones, cuando sucumbí a las voces en mi cabeza que cobraron fuerzas al sentir mi necesidad de dejar de respirar, de sufrir.

Y llegó un momento en que esas voces me suplicaron que detuviera mi vida, no por joderme a mí, sino más para que yo dejara de joderlas a ellas. Irónico que después de ser su víctima, ellas se convirtieron en las mías.

Y si continuaba con mi martirio era únicamente porque no me iría sin antes honrar a Iraide, porque donde fuera que me estuviera esperando, quería que lo hiciera con los brazos abiertos, orgullosa por llevarle diversión y venganza a la vez. Me obligué a creer que lo que no pudo conseguir en vida, yo lo pondría a sus pies incluso en la muerte, por muy retorcido que eso fuera.

Así que, eso me dio la voluntad para medicarme y sobrevivir mientras conseguía cumplir mis planes, sin embargo, la lucidez era una perra porque me hacía estar más consciente de que habitaba en un lugar donde Iraide ya no, y detenía el tiempo para que la sufriera más; y por muchos planes de venganza que tuviera, no lo soportaba. Por lo que opté por lo más fuerte, por medicación que me hacía actuar en piloto automático y cuando no, me tumbaba en la cama perdiéndome por días.

Prefería todo eso a las electroconvulsiones, porque nadie me haría olvidarla ni siquiera para salvar mi vida.

Seguí con mi rutina como médico porque el instinto así me lo demandaba, pero opté por dejar las cirugías para no arriesgar a ningún inocente. Mi día se convirtió en un infierno porque era donde debía tener un poco de lucidez para atender a mis pacientes, y por la noche entraba a un limbo gracias a la droga medicada. Dejé de vivir, perdí el sentido de todo y solo me mantuve por la sed de venganza.

No más.

Miré la hora en mi reloj y me levanté mareado, yendo al baño a tomar una ducha y luego vistiéndome para ir a una reunión que ya tenía planeada. Observé mi reflejo en el espejo y unos ojos oscuros, cansados y enrojecidos me devolvieron la mirada. Desde meses atrás el verde desapareció de ellos, ella se llevó el color *esperanza* consigo y me dejó a la depresión como mi fiel compañera.

—Aguanta un poco más, colega. Ya casi consigues tu objetivo y después de eso, será tu turno para jugar y encontrarás el descanso —le dije al hombre en el espejo y este me sonrió ansioso. Lo hizo de verdad, o al menos en mi alucinación se veía esperanzado.

Alucinaciones en realidad, algo que estaba experimentando a diario.

Me acomodé la ropa lo mejor que pude y luego tomé las llaves del coche partiendo a mi destino cuando solo hacían falta quince minutos.

Escribí al meterme al ascensor y la respuesta llegó en segundos.

Bloqueé el móvil y lo guardé en uno de los bolsillos de mi *blazer*. Me metí a mi coche e hice rugir el motor, acelerando como un maldito inmaduro sin amor por la vida y salí pirado del edificio.

Tuve innumerables peleas con Dominik por haber despedido a Albert justo cuando más debí ocuparlo como mi chofer. Mi sobrina consentida dejó de hablarme porque me negué a dejar de conducir en mi estado, pero no me importó, pues no quería a nadie viéndome revolcarme en mi

mierda.

Necesitaba vivir mi luto en privado.

Aunque eso no evitaba que mi sobrina apareciera, sin avisar, bastante seguido en mi *penthouse*. Lo hacía incluso molesta y, sabiendo que no me la sacaría de encima tan fácil, comencé a fingir mis sonrisas, aparentando que estaba avanzando, aunque por dentro continuaba con mi llanto silencioso.

Quince minutos después llegué al punto de encuentro para mi reunión, viendo a unos metros una motocicleta y a su dueño sobre ella, observaba el cielo estrellado mientras se fumaba un cigarrillo. Estacioné a su lado y me bajé, dando unos pasos hasta llegar al capó y acomodarme ahí, mirando lo que lo tenía tan perdido a él.

—Compré una constelación, es esa —dijo y señaló tres estrellas muy brillantes—. Me las tatué también —añadió y vi el nuevo tatuaje detrás de su oreja izquierda, lo noté porque aún lo llevaba protegido.

—Bien por ti —murmuré y sentí que me miró de soslayo.

—Le puse su nombre —siguió y me estremecí.

Aun así, observé cada una de esas estrellas, liberando una pequeña respiración, sintiéndome demasiado cansado.

Yo también me tatué algo en su honor, pero nadie lo notaba porque lo cubría con el anillo que Iraide me dio para dejar claro que era suyo.

"Te odio".

Su palabra favorita, lo que siempre me dijo cuando ya no encontró otra manera de expresarme sus sentimientos. Un te odio que muchos podrían encontrar ofensivo, sin embargo, tiempo después entendí que ella pronunciaba esas palabras con un sentimiento puro.

Con amor.

—Es bueno verte después de mucho. —Escuché que me decía y lo miré, le dio una calada a su cigarrillo y tras soltarla giró el rostro para verme.

—Lo mismo digo, *cucciolo* —respondí y bufó una risa por el apodo.

No lo miraba desde hacía un año, cuando ambos despedimos a nuestra reina, aunque mantuvimos contacto por correo en algunas ocasiones porque, por orden de Iraide, continuó con la ayuda a mi proyecto, del que mi hermano se hizo cargo, pues yo me descuidé por completo de ello.

—¿Conseguiste todo lo que te pedí? —pregunté y asintió.

Me ofreció un cigarrillo y tomé uno, lo encendió con su mechero y di una larga calada acomodándome bien en el capó del coche.

—Todo y más —aseguró.

Tras el ataque a Iraide él se mantuvo más en la clandestinidad, pero operando en su mundo y ganando poder dentro y fuera de las organizaciones criminales. Sin embargo, también se metió en un par de problemas que lo hicieron buscar un tipo de ayuda que, al parecer, el karma le estaba cobrando caro.

El karma que llevaban consigo las Viteri.

—Logré conseguir un contacto dentro de *The Sevenths* que se ha mantenido colaborando conmigo desde entonces, y por él he sabido que finalmente están perdiendo el poder —informó y asentí.

Parte de eso ya lo sabía gracias a los Grigoris y, de hecho, ellos ayudaron a que los séptimos cayeran más profundo tras desmantelar algunas atrocidades que quisieron mantener ocultas a toda costa, pero no lo consiguieron.

El escándalo más grande había sido sacar a la luz una red de pedofilia donde políticos, expresidentes y artistas, estaban siendo involucrados, ellos y unos cuantos personajes de la realeza.

—Dejaron de ser la sede más poderosa de la organización, Fabio, porque perdieron contactos importantes que solo mi reina logró mantener cuando era la líder —continuó con tristeza y respiré hondo en cuanto la mencionó.

Le di otra calada profunda a mi cigarrillo, aspirando el humo que expulsé segundos antes por la nariz.

—Y con esa pérdida, y tras los escándalos que se han armado luego de sacar a la luz la red de la pedofilia, los séptimos de Francia cogieron la ventaja y hoy por hoy son los malditos reyes del bajo mundo. Obligando a los de acá a que se enfrenten entre ellos mismos con tal de conseguir cualquier migaja que les ofrezcan, dejando entrever lo acabados que están, a tal punto, que ya consideran derrocarlos.

Asentí tomándome el tiempo de absorber todo con mi todavía embriagada cabeza y lo miré.

—Ella consiguió comprobarles a esos malnacidos lo que siempre les restregó en sus caras —murmuró serio y esperé a que continuara—. Faddei la traicionó por ambición y por celos, lograron convencerlo luego de que yo llegué a la organización.

» Ira me delegó misiones importantes en tiempo récord, algo que no pasó con él cuando ella tomó las riendas de la élite y eso le afectó. Se dejó llevar por la cizaña, porque le hicieron creer que para mi reina solo era un tipo al cual podía desechar en cuanto se le diera la gana.

» Entonces le prometieron hacerlo parte de los séptimos, le dijeron que ese era un lugar que él merecía porque estuvo con Rothstein desde sus inicios y que, de hecho, Ira le arrebató. Por eso asesinaron a Eugene Hall, el plan original era derrocar a la lideresa para poder operar a su antojo, como tanto habían deseado, pero no contaron con que Hall resultaría ser un tipo leal y trató de avisarle a mi reina.

«También era mi reina», pensé y sonreí con ironía.

—Su error fue pedirle a ella que fueran a cenar enfrente de Faddei, aunque él no sabía que el maldito ruso era parte de todo el complot que se armaba a espaldas de Ira. El calvo y Kiara eran los comodines que solo Ronald, Harold y la viuda conocían, así fue como consiguieron estar cerca y saber todos sus pasos sin que sospechara.

» Muerto Hall se abría una nueva vacante y los que aceptaron derrocar a Ira lo celebraron, sin embargo, mi reina les jodió los planes cuando convirtió a Gerónimo en el nuevo séptimo, eso ocasionó cierto temor por lo que iba a suceder, así que Faddei insistió en acelerar todo. Pero de nuevo la vida le dio un revés por cobarde, por traicionar a la única persona que sí lo valoraba y gracias a que Furia lo dejó gravemente herido, tuvieron que hospitalizarlo para amputarle la pierna.

» Cuando se recuperó y quiso cobrar la recompensa de su hazaña, descubrió que *The Sevenths* ya tenía una nueva lideresa y que estaban completos, sin vacantes para poder ocupar, pues la mujer que lo convenció para que traicionara a Ira, también lo traicionó a él.

—Sophia —pronuncié conociendo esa parte, pues la hija de puta se volvió un poco difícil de cazar al hacerse de ese poder.

Nos quedamos en silencio por un rato, viendo los coches pasar por la carretera, ambos perdidos en nuestros pensamientos hasta que terminé el cigarrillo y me enderecé queriendo saber más. Lo vi observar su teléfono con el ceño fruncido y luego bloquearlo para meterlo en el bolsillo de su pantalón.

—La perra ocupa su puesto, Fabio —continuó, riéndose con melancolía—. Y no le llega ni a los talones. Quiso jugar a la experimentada en un mundo donde si eres nuevo te comen de a poco hasta dejarte sin nada.

—Creyó que por conocer el mundo que una vez gobernó su marido, sería fácil para ella. —

Concordé y asintió.

—Harold y Ronald la apoyaron para que tomara el liderato. Gerónimo se les unió, pero más por estrategia, y juntos convencieron a Wayne para que les diera su voto —explicó y sonreí irónico—. Celebraron en grande la muerte de mi reina, se regocijaron y creyeron que tendrían el mundo a sus pies, aunque no predijeron que nuestra pequeña diabla se llevaría todo su legado con ella al infierno.

Tragué saliva con sus palabras y cerré los ojos en cuanto el aire me faltó, viendo su rostro nítido en mis pensamientos, regalándome una sonrisa engreída.

«Come mi manchi, dolcezza»,[7] pensé y apreté los labios.

—*Mia diavola* —susurré y Ace me miró.

Extrañaba como un desquiciado que me llamara con ese apodo.

—Nuestra —corrigió y bufé con ironía.

—¿Cómo es que Faddei aceptó que lo dejaran de lado tan fácil? —pregunté, siguiendo con el tema.

Ace rio burlón ante esa pregunta.

—Porque solo fue un imbécil con ínfulas de grandeza que no nació para ser más que un lamebotas, hermano. Entró en depresión tras perder la pierna y aprovecharon para manipularlo estando en ese estado, le hicieron creer que ya no servía para nada, pero que aun así no lo dejarían solo. Le lanzaron migajas que creyó el plato principal y, consciente de que si pierde la protección de esos séptimos van a hacerlo comer mierda, se mantiene allí como la rata que es.

—¿Quiénes más lo quieren cazar?

—Todos los que siempre vieron en mi reina a una gran líder, pero no es tan estúpido y sabe muy bien que es de ti y de mí de quienes más debe cuidarse —respondió y medio sonreí.

Por supuesto. Estábamos a la espera de poder cazar a cuatro personas en específico y Faddei Vasíliev era uno de ellos.

—Tiene que cuidarse muy bien, porque gracias a Furia, esa rata no podrá correr tan rápido la otra vez —le dije y me miró de inmediato.

Comenzó a reírse por la burla implícita en mis palabras y terminó contagiándome. Comprobando con ese gesto lo mierda que era reír mientras por dentro te caías en pedazos, entretanto tu pecho se oprimía y no de felicidad, sino por la miseria, por la tristeza de no encontrar diversión en un gesto que, según algunas personas, te alargaba la vida.

Seguimos hablando luego de eso, fumando otro cigarrillo, aclarando puntos claves, comentándole cómo llevaría a cabo mi parte para iniciar una venganza que ambos deseábamos desde aquella noche en la que llegó suplicando por ayuda, la misma en la que me arrancó la vida como un hijo de puta.

En un instante me vi imaginando en mi cabeza todo lo que les haría a las personas implicadas en la traición hacia Iraide, les haría comerse sus propias vísceras, pero me tomaría un poco más de tiempo con Faddei.

—¿Estás seguro de hacer esto? —preguntó Ace de pronto.

Resoplé cuando me llevé una mano a la frente, enterrando luego mis dedos en mi cabello con la necesidad de liberar un poco de los pensamientos que me atormentaban.

—Si estuvieras en mi lugar, yo no me atrevería a hacerte esa pregunta —aseveré con seriedad.

—Es una misión suicida —me recordó, como la primera vez que hablamos sobre eso y reí burlón.

—Eres afortunado de haber encontrado una razón para seguir viviendo luego de ella, Ace. Pero sabes que conmigo no es así.

—Creí que habías logrado seguir adelante.

—No, únicamente no me quiero ir sin antes conseguir un poco de lo que ella deseaba. Así que al menos aguantaré para deshacerme de unos cuantos. De los demás te encargas tú —respondí seguro y lo vi tragar con dificultad.

—¿Tu familia…? —Se quedó en silencio porque no supo cómo continuar esa pregunta.

—Mi familia descansará al fin cuando yo deje de respirar, Ace. Así que no te sientas mal.

—¿Qué no me sienta mal? —soltó irónico—. ¡Mierda! Sé que soy un asesino, D'angelo, pero me siento responsable de tu vida y me da pánico que mi reina, donde quiera que esté, se vuelva a decepcionar de mí porque no pude salvarla a ella y no puedo evitar que tú te suicides.

¿Vida? ¡Mierda! Ya no sabía que era eso luego de perderla.

Me mantenía en piloto automático, apenas era consciente de mi entorno y cuando decidía prestarle atención, era solo porque tenía el propósito de vengarme de todos aquellos que me arrancaron el alma al arrebatarla de mis brazos.

Así que no, yo ya estaba muerto. Y dejar de respirar era igual que desconectar a alguien que cayó con muerte cerebral y su corazón solo latía gracias a unas máquinas.

—Mi reina estará feliz de que al fin deje de revolcarme en mi propia miseria, Ace. Así que aprovecha lo que haré porque si los séptimos se desmoronaron al perder una lideresa. Perder a otra será para sepultarlos de una buena vez. Y no porque la viuda sea excelente en lo que hace, sino por el golpe que será para la organización ser atacados tan fácil.

—Con ello se demostrará lo débiles que son —admitió y asentí.

—Y así el rey del submundo tomará más fuerza para crear su propio imperio —le recordé poniéndome de pie y me miró con seriedad.

De esa manera le conocían ya.

Tenía a la policía y a todos los medios vueltos locos, por él seguían creyendo que la reina sádica estaba viva, ya que operaba tal cual lo hizo Iraide. Pero en el bajo mundo sabían que un nuevo rey había tomado las riendas del negocio. Un rey al que los séptimos buscaban para cazar porque manejaba secretos que desarmarían a la élite a nivel mundial.

—Ya tengo un imperio —se mofó con la chulería que le caracterizaba.

—Pero uno donde tu dama no cabe, *cucciolo*. Por lo que deberás crear el adecuado para ella.

—¡Puf! Deja de llamarme así —replicó—. Y ¿de qué carajos hablas? —Satirizó y sonreí de lado.

—De que el karma es un amante cruel, pero creo que eso ya lo has comprobado —respondí y tras eso comencé a caminar hacia la puerta del coche.

Lo vi negar con una risa irónica al analizar mis palabras y luego de eso hizo rugir su motocicleta, yéndose a la carretera a toda velocidad mientras yo me quedaba dentro del coche, ahogándome en mis pensamientos, permitiéndome ser débil de nuevo, dejando de fingir que tenía el control porque ver a Ace me hizo revivir lo que pasé cuando me arrebataron a Iraide; observando el anillo en mi dedo, quitándomelo solo para leer aquella frase.

—También te odio, *amor* —pronuncié con voz lastimera.

La lloré una vez más, soltando las lágrimas de impotencia y dolor por todo el tiempo que llevaba sin verla, sin escuchar su voz o mirar sus preciosos ojos. Golpeé el volante con fuerza y grité desgarrándome por dentro, sintiendo que después de tanto tiempo, había llegado el momento de ponerle fin a mi martirio.

Pensando en eso desbloqueé mi móvil, limpiándome las lágrimas que no me dejaban ver con claridad y le llamé a la persona que había accedido a ayudarme.

—*Samael, es bueno saber de ti* —respondió y carraspeé antes de hablar.

—Lo mismo digo, Thomas.

El día de la ceremonia donde haría mía a Iraide, él fue testigo de mi caída, ofreciéndose para ayudarme a vengarla, y en cuanto tuve la cabeza para pensar en eso lo busqué. Y como ya lo había comprobado, podíamos tener roces, pero no le restaban a nuestra amistad y lealtad, así que volvió a confirmarme que estaría conmigo para lo que necesitara.

—*¿Para que soy bueno?*

—Para organizar fiestas en tiempo récord —aseguré y lo escuché reír.

—*¿De cuánto tiempo hablamos?*

—Dos semanas. Y será de alto protocolo, pero sangrienta —reiteré.

—*Me tendrás que conseguir una buena sumisa luego de esto, amigo. Porque me dejarás sin mi candidata perfecta* —me recordó él.

—Dalo por hecho. —Fue todo lo que dije y tras eso corté.

Acto seguido le respondí el mensaje de texto a mi hermano y me fui rumbo a su casa.

Compartiría una última vez con mi familia para dejar de sentirme tan egoísta, pues como se lo prometí a Iraide aquella vez en la sala de juntas antes de que se marchara, tras follarla a lo bestia y jugar a la ruleta rusa, y que ella recalcara que un día la vida nos libraría a uno del otro: la seguiría a la muerte.

Pues desde antes de ese día yo ya había aceptado que ponerle fin a una vida sin ella, no me dañaría, sino más bien me salvaría.

EPÍLOGO

FABIO

Way down we go de Kaleo sonaba en mi reproductor mientras me acomodaba el traje de tres piezas frente al espejo de mi habitación, e ignoré la mirada atormentada pero decidida que me devolvía mi reflejo.

Thomas se había lucido con la fiesta, enviando las invitaciones al día siguiente de que hablamos para que pareciera que ya todo estaba preparado con tiempo. La temática sería «almas ocultas» y todas las parejas irían acorde a ello.

Ocultos tras un antifaz. La mejor manera para esconder también mi rostro y las intenciones plasmadas en él.

Tracé mi plan con las únicas personas que me ayudarían en la mansión, aunque ellas desconocían que mi final también quedaría allí, a mi estilo, dentro del mundo que me dio control, el mismo que me hizo conocerla.

La depresión que vivía desde hacía un año le dio un poco de cabida a la manía que despertó aquella sensación en mi interior, porque al fin buscaría el descanso de mi tormento. Muchas personas temían morir porque creían en alguien que posiblemente les castigaría por sus pecados.

Yo en cambio viví castigado durante años, primero por mi condición y luego por quitarme a lo único que me hizo feliz de verdad. A mi sumisa sombría.

Coloqué los gemelos en las mangas de mi camisa, repitiendo en mi interior todo lo que necesitaba y luego tomé el vial de la mesita de noche y lo abrí para beberme una píldora que bajé por mi garganta con *whisky*.

Metí tres más en mi bolsillo sabiendo que sería la dosis perfecta para llevarme a una muerte tranquila, indolora y rápida, y cerré los ojos al sentir los primeros efectos de la que acababa de beber. Sumando a todo lo que había consumido en ese día, estaba consciente de que pronto entraría en un viaje espacial sin retorno, pero que disfrutaría al máximo.

Me fui hacia mi coche con todo lo que necesitaba y me marché a mi destino. Llegando más rápido de lo normal gracias a que mi pie se volvió pesado y pisó el acelerador hasta el fondo. En cuanto me estacioné en un lugar alejado de la vista de los demás, me recosté en el cabezal del asiento, sintiendo un mareo repentino que me dejó quieto.

—*Merda, è presto.* —«Mierda, es muy pronto», me dije y respiré profundo, pensando en que solo era un efecto secundario por la velocidad.

Tomé el antifaz que mandé a hacer exclusivamente para esa noche y me lo coloqué en el rostro, viéndome por el espejo retrovisor y notando que mis ojos se habían oscurecido un poco más.

Se acoplaban perfectos al color del antifaz y satisfecho con ello decidí salir para comenzar a ejecutar mi plan. Inhalé hondo al estar afuera para espabilarme un poco y me reí de mí mismo por eso.

¿Quién en su sano juicio pensaría en espabilarse tras haberse metido una buena dosis de alucinógenos?

Bueno, contando con que yo no tenía un sano juicio, me lo perdonaba.

La noche estaba tan oscura como mi vida, pero en calma a diferencia de mi interior. Decidí disfrutarla de igual manera mientras me dirigía a la entrada oculta que ya Thomas me había indicado.

Lo encontré esperándome y tras saludarnos con un abrazo corto, me dio la bienvenida a «almas ocultas».

—Muy original —le dije y rio.

La música era acorde a la velada, fuerte sin impedir que las personas se escucharan entre sí cuando conversaban, con algunas domas desarrollándose y la gente disfrutando en un ambiente lleno de risas, jadeos y gemidos.

—Y acorde a lo que pediste, Samael. Si no, mira a tu alrededor, nadie te reconoce —aseguró y asentí.

No me importaba que la gente del entorno bedesemero me reconociera, pero sí evitaría que algunos invitados supieran quién los acompañaría esa noche.

—¿Están los que me importan? —pregunté.

—Y llegaron puntuales. Su amiga ha logrado atraerlos a nuestro mundo, pero los hijos de puta creen que el *poder* que manejan afuera es el mismo que pueden ejercer aquí adentro. Convirtiéndolos en mierdas abusivas y te aseguro que, si no fuera porque hago esto por ti, ya los hubiera echado de mi propiedad.

—¿Es tuya? —inquirí, refiriéndome a la mansión.

—Porque yo la compré, sí, pero en los documentos de propiedad figura otra persona —aclaró.

—Entonces no te preocupes, amigo. Que ya me encargaré yo de limpiarte la mierda —prometí y sonrió, negando a la vez.

Tenía el rostro cubierto por una máscara dorada que le llegaba hasta abajo de la nariz. Y vestía un traje color azul rey.

—Tienen un dispositivo de reconocimiento que se les colocó sin que se enteraran, así que espero haber podido cumplir tus deseos, Señor. —Deseó entregándome un reloj inteligente donde marcaba cuatro puntos rojos y sonreí.

Sí, Thomas era Dominante *switch,* con el cual compartí algunas sesiones en el pasado, pero dejamos eso a donde pertenecía cuando decidió hacerse de su *harem*. Y no había sido un sumiso tan subyugado, al contrario, siempre buscó mis castigos y fui consciente de que de alguna manera trataba de sacar ese lado despótico en mí cuando tenía oportunidad.

—Gracias, Thomas. Por todo. —Ofrecí, tendiéndole la mano y lo vi entrecerrar los ojos, viendo mi gesto.

—Siento como si te estuvieras despidiendo, Samael. Y la fiesta apenas comienza —respondió y negué restándole importancia.

—Tienes razón, pero igual, gracias —repetí con una mentira y tras eso me fui hacia el palco que ya había destinado para mi disfrute.

Subí los escalones tras eso y llegué a una zona más oscura que las demás de la mansión, desde ahí podía ver todo el salón y a sus invitados, a los míos, sobre todo, grabándome sus antifaces y vestimenta, corroborando por medio del reloj que sí fueran ellos.

En el palco me acompañaba poca gente, a la mayoría no los conocía y menos al estar cubierto del rostro, pero estaba seguro de que ellos solo llegaron ahí porque de alguna manera Thomas intentó protegerlos de mi peligro, el que desataría en unas horas.

Me acomodé en una *chaise longue* y cogí un vaso de *whisky* de una de las charolas que servían las sumisas.

—Espero que disfrute la velada, mi Señor —pronunció la mujer que me sirvió y sonreí de lado al verla a la cara.

Ellas también llevaban antifaces, pero reconocí a esa en especial.

La repasé con la mirada y me llevé el vaso a la boca, guiñándole un ojo en respuesta. Ella asintió escondiendo una sonrisa y se marchó a lo suyo, dejándome a mí estudiar mi entorno. Concentrándome en cada movimiento de Harold Bailey mientras disfrutaba del espectáculo, el afortunado de ser el primero en mi lista.

—Excelente velada, ¿cierto? —comentó un tipo llegando a mi lado, parándose frente al barandal del palco.

Se quedó mirando la multitud en el salón y yo lo detallé, pero no reconocí ninguno de los pocos rasgos que su antifaz me dejaba ver. Aunque vi su vestimenta de diseñador y sentí que no era cualquier invitado por el poder que emanaba.

—He estado en mejores —respondí y lo escuché reír—. Por cierto, he escuchado tu acento antes, ¿francés? —solté directo y me miró. Asintió segundos después de analizarme y volví a darle un trago a mi bebida.

Dijo algo tras eso, pero ya no lo escuché porque desde mi lugar vi a alguien entrar a la mansión que reconocí sin importar los antifaces que se pusiera y negué.

—Disfruta la velada, francés —me despedí y caminé a los escalones, al encuentro del imbécil que debió quedarse en su casa.

Vestía un esmoquin negro y mientras observaba a su alrededor tiraba de su corbatín que al parecer le estaba estrangulando.

—¿Qué demonios haces aquí, Ace? —rugí, cogiéndolo del brazo y metiéndolo a un salón donde llevaban a cabo un trío entre tres chicos.

—Puta madre, vine con la esperanza de conseguir una linda sumisa y tú me las espantarás con tus arranques de posesividad —se quejó, zafándose de mi agarre y se sacudió la ropa, quedándose estático al ver la escena frente a sus ojos.

—¿Ace? —advertí.

—Salgamos de aquí porque siento que se me ha arrugado todo con esta escena —pidió y solté una respiración pesada.

—Aquí estamos seguros, así que deja de ver a esos chicos si tanto se te arruga —aconsejé y me miró indignado por un par de minutos.

Hasta que su gesto cambió a uno de angustia.

—¡Mierda! No puedo dejarte hacer esto, D'angelo.

—¿Y crees que me vas a detener? —pregunté irónico y se rascó la cabeza.

—Si dejo que lo hagas, será como perderla de nuevo —aseguró y negué, tragando con un poco de dificultad.

—Ya, hombre. No te sigas culpando por algo que se salió de tus manos —sugerí y negó.

—Me odiaré el resto de mi vida por decir esto, pero puedes encontrar a alguien más, D'angelo. No mejor que mi reina, aunque sí digna de ti. —Me reí al escucharlo.

—Ya soy mayor, Ace. Y maduro para aceptar que era ella la única digna de mi locura y créeme que no soportaría pasar por lo mismo de nuevo. Haré esto porque necesito descansar, pero no lo lograré si antes no consigo un poco de venganza para Iraide.

Se quedó en silencio, sin saber qué decir, y miré hacia donde Harold estaba, justo en el instante que mi sumisa le ofreció un trago, acercándose a él con mucha confianza y este la tomó de la mano, le dijo algo en el oído y cuando ella asintió, comenzaron a caminar.

Cogí un vaso de licor de una charola cercana mientras veía que el hijo de puta la tomaba con posesividad de la cintura y saqué la segunda píldora de mi bolsillo para beberla, junto al trago que ingerí por completo.

—Van dos y la tercera es la vencida —avisé y Ace me observó sin entender.

—¿A qué te refieres?

—Es hora de comenzar, así que, ya que estás aquí, asegúrate de mantener vigiladas a las otras ratas —pedí.

—D'angelo.

—Cuídate, *cucciolo* —le dije en un gruñido.

El estómago se me contrajo y sacudí la cabeza ante la sensación de lejanía que empecé a experimentar.

Estaba comenzando a dar los primeros pasos en el limbo y la taquicardia se hizo presente, a pesar de ello seguí el camino que ya sabía que aquel hijo de puta tomaría. El ambiente sombrío me jugó a favor y los espectáculos que montaban distrajo a la gente de mi presencia. Moví el cuello de un lado a otro y la frialdad de la muerte empezó a reptar por mi espalda.

Era hora.

Sentí que la sangre me bulló con más rapidez, obligando a todos mis órganos a trabajar acelerados, los pulmones, sobre todo. Tiré de mi corbata sintiendo el sudor en mi cuello y sacudí la cabeza.

—Ya casi, dulzura —susurré y por primera vez en un año sonreí de verdad y de felicidad porque la vería.

Llegué a un corredor y miré sobre mi hombro que nadie me siguiera, aunque para ese momento ya tenía a un séquito de sombras detrás de mí, esperando por mi alma podrida. Continué mi camino siendo escoltado por ellas y escuché una risa ebria a mi derecha, por lo que me detuve.

—Eso es, perra —gimió y tuve que tomarme de la pared cuando las náuseas subieron por mi garganta, mezcladas con fármacos letales y alcohol.

Porca puttana.

Se suponía que no debía sentir nada.

—Le ofreceré un placer mucho más intenso del que yo le daré, *Señor* —dijo la chica con ironía y sonreí.

—¿Quieres que te folle por el culo como la perra que eres? —Refutó Harold.

—No, imbécil. Quiero que mi Señor te lo folle a ti hasta que te desangres por dentro. —Zanjó Allison y me crují el cuello antes de entrar por completo.

—*Benvenuta nel tuo inferno, Gola*[8] —solté, haciendo mi aparición y me saqué el antifaz.

Sonreí mordaz al verlo desorientado y con una señal de cabeza le pedí a Allison que saliera, porque lo que pasaría no era algo que deseaba que ella mantuviera en sus recuerdos.

Gula trató de hablar, de suplicar al reconocerme, pero yo no había llegado para mediar palabra, al contrario, para su suerte actuaría rápido porque necesitaba encontrar a mi siguiente víctima pronto.

—Saludos por parte de la gran tirana —susurré con la voz ronca y saqué un puñal en un santiamén.

Se lo incrusté en la garganta hasta sacárselo por la nariz y admito que hasta yo terminé sorprendiéndome por el filo del arma.

Tiré del puñal hacia el frente y sentí su sangre manchándome el rostro. Por supuesto que a mi reina le gustó esa sensación del líquido caliente sobre su piel y no la culpaba. Sobre todo, porque ese rojo carmesí comenzó a darle paz a mi trastornada cabeza en el momento que taché a uno de la lista.

—Diviértete, dulzura —pedí al tirar al tipo al suelo.

Comenzó a ahogarse con su propia sangre, intentando hablar, viéndome con súplica y ganándose una fuerte patada de mi parte que le giró el cuello de una manera bastante tétrica. Viéndolo morir me

acerqué a la licorera y bebí otro trago. Ya me hallaba a un paso de encontrar mi propio final y quería perderme lo más que se pudiera.

—Sophia estará en una de las mazmorras, Thomas pidió lo mejor para ella —informó Allison cuando salí de la habitación.

Se había impresionado al verme lleno de sangre, mas no dijo nada; se concentró únicamente en cumplir los deseos de su Amo y como la gran sumisa que siempre fue, lo hizo a la perfección.

Ya le había hablado a Thomas sobre ella y su marido, por lo que confiaba en que si mi mejor pareja deseaba tener un nuevo Amo cuando yo faltara, lo escogieran a él.

Una sumisa por otra, en el caso de Allison, ya que Thomas me entregaría a Sophia.

—Samael, ¿qué te sucede? —preguntó Allie cuando me pegué a la pared con la espalda, respirando con desesperación.

Se acercó para sostenerme y negué, ella me miró horrorizada al sentir mi piel febril y escurriendo por la transpiración excesiva.

—Vete —le pedí y negó.

—¿Qué hiciste, Fabio? —preguntó llorando y gruñí.

La cabeza comenzó a darme vueltas y sabía que tenía que apresurarme, sobre todo cuando las voces en mi cabeza tomaron forma, rodeándome, riéndose y llamándome para que fuera a su encuentro.

—¡Vete, joder! —espeté—. Es una orden, Allison.

—Fabio, no. No, mi Señor, no puedes hacerme esto. —Lloró y pegó un respingo cuando la música se detuvo de pronto y comenzaron a escucharse algunos disparos.

—Corre —ordené con voz dura y negó con las lágrimas bañando sus mejillas, pero me obedeció porque vio mi determinación.

Las mazmorras eran insonorizadas, así que confié en que Sophia no escucharía lo que estaba pasando. Ya que era posible que la gente de Harold acababa de darse cuenta de lo que pasó y alertaron a los demás.

Seguí mi camino con el cuerpo tembloroso, la taquicardia estaba aumentando, pero todavía me daría tiempo de cumplir con mi objetivo, puesto que solo una píldora más me haría morir de inmediato. Tomé aire repetidas veces, con la mandíbula tensa, y me mentalicé en que todo estaba saliendo tal cual lo había trazado.

Nada podía salir mal.

Entré a la mazmorra indicada, cubierta por cortinas detrás de la puerta y escuché un sonido que llamó mi atención. Miré hacia el frente, donde mi próxima víctima ya esperaba, desnuda, de rodillas, aguardando por su Amo.

La habitación se hallaba apenas iluminada y observé a todos lados hasta encontrar lo que necesitaba. Caminé tomándome el tiempo, en tanto Sophia miraba hacia el piso con reverencia.

—Señor —saludó con voz dócil.

No dije nada.

Abrí la cortina para quedar frente a ella, seguro de que no alzaría la mirada si no se lo pedía, así que me fui hacia una mesa con licores, serví un poco en un vaso y coloqué a un lado la última píldora.

Tras eso fui a la vitrina donde descansaban los látigos y tomé uno, el más duro, el más cruel de todos.

Caminé hacia su cuerpo y me acuclillé, corriendo su cabello hasta dejarlo como siempre me gustó en el pasado. Tembló bajo mi toque y me alejé cuando la repulsión no me permitió seguir tocándola.

—Y aquí estamos, una vez más —susurré—. Porque yo sabía que ibas a descuidarte, Phia.

Vi su cuerpo entrar en tensión y antes de que reaccionara, le di el primer golpe, convirtiéndome en lo que tanto odié, actuando como un cobarde abusivo y lleno de rabia que solo buscaba vengar a la mujer que amó con cada miligramo de locura, con cada gota de inestabilidad. Y que esa maldita de rodillas ante mí me arrebató.

Gritó de dolor cuando las tiras impactaron la carne de su espalda y se apoyó en las manos, las finas cuchillas en las puntas desgarraron su piel y me regocijé con su sufrimiento, aunque era muy poco para el que ella me provocó a mí cuando me secuestró y violó. Y luego al quitarme a Iraide.

—¡Maldición! —Lloró. Levanté la mano nuevamente y el segundo impacto lo hice con mayor fuerza, logrando tirarla al piso en cuanto un grito desgarrador escapó de su garganta y se dio vuelta, abriendo los ojos con terror al verme parado detrás de ella—. ¡Fabio! —soltó con voz lastimera.

Me acerqué a ella y la tomé del cabello para ponerla de rodillas.

—¿Recuerdas lo que te prometí el día que me arrebataste a Iraide, pedazo de puta? —inquirí sobre sus labios.

La maldita supo joderme cuando me secuestró, pero estaba tan metido en mi mierda que no me importó lo suficiente como para ensañarme con ella con ese odio, aunque la haría pagar. Sin embargo, Sophia no se conformó con lo que me hizo a mí y tocó a lo único que jamás debió haber tocado.

Y tuvo el descaro de llamarme el día de su sepelio, lo hizo para burlarse y entonces le prometí que con la misma mano que le di mis cuidados, la haría arrepentirse. Y yo cumplía mis promesas.

Su cuerpo impactó en el suelo cuando la lancé con brusquedad y quiso protegerse al verme alzar el látigo, pero la tomé de la nuca y le clavé el rostro en la moqueta, dejando su espalda al descubierto.

Impacté dos veces más con el látigo, sobre sus muslos y culo, gritó de dolor cuando la sorpresa la dejó quieta, hasta que en medio de sus sollozos logró hablar.

—¡Poder! —gritó—. ¡Poder, mi Señor!

Me permití reír como un desequilibrado y la tomé del cabello hasta ponerla de pie. Su rostro ya se encontraba bañado por las lágrimas y los labios llenos de sangre por haberse mordido.

—¿En serio eres tan estúpida para creer que tienes frente a ti a un Amo? —pregunté con tirria y me miró aterrada—. ¡Mírame y dime si ves algo que te haga creer que esto es correcto dentro del BDSM! —Jadeó sin poder creer lo que pasaba.

Entonces de verdad temió por su vida.

—¡Samael, te lo suplico! ¡Poder! —rogó, repitiendo su palabra de seguridad.

—Esta noche no soy un Dominante, maldita ardida. Soy tu puto castigador —solté.

Los espasmos de su cuerpo se hicieron más evidentes cuando la llevé hacia uno de los sillones que estaban en la habitación y la tiré sobre él, subiéndome sobre su cuerpo para tomarla del cuello, enroscando el látigo.

—¡No! ¡Te lo ruego, Sama…!

—¡Me has jodido la vida! —gruñí sobre su rostro y cerró los ojos con horror cuando vio que del Fabio que una vez conoció, no quedaba nada—. ¡Y ahora yo joderé la tuya!

Apreté mi agarre sobre su cuello hasta que estuvo a punto de perder el conocimiento y luego la solté solo para alargar la agonía. Cayó al suelo tosiendo y jadeando, débil por los latigazos y le di un respiro únicamente porque mis ojos se pusieron pesados y aquellas risas de mis demonios se hicieron más fuertes.

Sophia se quedó tirada sobre el piso y yo busqué el sofá cerca de donde dejé el trago y la última píldora. Me senté de golpe y saqué una glock para cargarla. Ya no tenía fuerzas para seguir con eso,

solo quería acabar con todo, sintiéndome más mierda que antes porque así le estuviera haciendo pagar a esa maldita lo que me hizo, nada me devolvería a Iraide.

—Iba rumbo a nuestra ceremonia de collarización —le dije y tomé la píldora junto con el trago—. Me había prometido que cuando la hiciera mi sumisa, me diría lo que sentía por mí.

—Fabio…

—*¡Taci!* —demandé y la apunté con el arma. Bebí de un sorbo todo el contenido de mi vaso sintiendo al fin la luz al final de mi túnel—. Tenía miedo de que no llegara, de que se arrepintiera de ser mi sumisa —seguí.

Sophia se puso de rodillas y me miró totalmente aterrada, intuyendo lo que acababa de hacer.

—No. Puede. Ser… —murmuró con el pavor más puro que alguna vez presencié.

Mi mundo comenzó a dar vueltas y más risas sonaron junto a una canción que reconocí incluso en la lejanía.

In the end.

Era la misma que sonaba el día que la vi entrar al club, su primera noche en *Delirium*. Justo antes de que me entregara su orgasmo escuchando solo mi voz.

«Acaba conmigo», le pedí.

Y lo hizo de verdad.

—¿Sabes… qué…?, ¿qué… me respondió? —atiné a decir y cerré los ojos.

Mi cabeza se fue hacia atrás y fui capaz de escuchar los sonidos acelerados de mi corazón junto a su risa, no la de mis demonios, sino la de ella.

De pronto mis latidos comenzaron a ralentizarse y puse todo mi empeño en abrir los ojos cuando escuché su voz de sirena.

«*Que solo muerta dejaría de ir a nuestra ceremonia de collarización*».

Y entonces la vi.

Vestía aquel vestido verde olivo que mandé a diseñar solo para ella y usaba el antifaz de la primera noche que la vi en *Delirium,* y me sonrió, lo hizo con su sonrisa de hija de puta, la que ella sabía que me descontrolaba.

—*Ragazza*… —susurré alzando la mano, tratando de tocar su mejilla, sintiendo que estaba más lejos de lo que la veía.

Había vuelto para verme dar mi último respiro y sentí su cuerpo subiéndose a horcajadas sobre mí. Escuché el vaso caer de mi mano junto al arma y disfruté de su toque en cuanto me cogió de las mejillas y limpió mis lágrimas.

—*Y aquí estoy, diavolo* —aseguró justo en el instante que tomé un respiro profundo.

Y con él llegó la paz.

Una felicidad absoluta que únicamente experimenté cuando tuve a Iraide entre mis brazos.

Mi principio.

Y mi final.

Agradecimientos

Jasmín Martínez.

Siempre tengo mucho que agradecer, y personas a las cuales darles las gracias también (principalmente a mis lectores que siguen conmigo al pie del cañón), pero en esta oportunidad y con esta historia, quiero cederle las letras a mi *partner in crime,* Carolina, para que tome esta oportunidad para ella, pues Sombríos no habría sido el gran libro que es sin su ayuda y apoyo.

Adelante, compañera de locura y cosas desequilibradas en la literatura.

Carolina Maldonado.

Quiero dar las gracias a muchas personas por hacer que este libro (y que yo) sea posible. Esta novela ha sido un trabajo llevado a cabo con amor a lo largo de casi tres años. Por eso, y ante todo, quiero agradecérselo a cada uno de los lectores que han acompañado la historia de manera virtual durante este tiempo.

Nunca tendré palabras para expresar lo mucho que su cariño a los personajes y su apoyo significan para mí. La escritura y la lectura me han ayudado a sobrellevar algunos de los momentos más oscuros de mi vida y es mi inspiración cada día. Dar las gracias jamás será suficiente para transmitir todo lo que siento en este momento. Solo espero seguir contando historias que les gusten.

También quiero darle las gracias a mi abuela que está detrás del arcoiris, por animarme siempre a perseguir mis sueños y por creer en mí, incluso en las malas rachas y a lo largo de los baches.

A mi amada hija que con su paciencia y cariño me ha acompañado a través de cada capítulo, prestandome atención aun cuando no sabía de qué estaba hablando.

Te amo, cielo, esto también es gracias a ti.

Y por último, pero no menos destacable, a mi compañera del crimen, una amiga incondicional que no sabía que necesitaba y, sin embargo, apareció en el momento preciso para brindarme su cariño, comprensión y bromas. Jasmín, cariño mio, gracias por ofrecerme la posibilidad de plasmar mis ideas en tus historias, de ayudarme en muchos episodios tormentosos y, lo más importante, gracias por aparecer en mi vida aquel 2017 con tus letras para enamorarme y salvarme en mis peores momentos.

Y las dos esperamos que este sea solo el principio del camino y seguir creando grandes historias juntas.

Biografía
Jasmín Martínez

Jasmín Martínez, escritora de novela romántica y del subgénero Dark Romance. Nació en El Salvador un 31 de octubre de 1988.

Comenzó su aventura en el mundo literario a través de la plataforma de lectura y escritura Wattpad, donde actualmente cuenta con más de 154,000 seguidores. Luego se unió a Booknet, otra plataforma que también permite escribir y leer, pero, sobre todo, vender libros en formato digital únicamente. Ahí ha conseguido llegar a más de 17,000 lectores del mismo género que le apasiona escribir.

Emigró a Estados Unidos en el año 2016 con su esposo e hijos, y en el 2018 tuvo la oportunidad de publicar de manera independiente el primer libro de la trilogía Corazón, trilogía que le ha dado reconocimiento en varios países: tanto de América como Europa, conquistando así a más de 200,000 lectores que le ayudaron a posicionarse en el año 2021 como una de las autoras más vendidas de Amazon, KDP, lo cual le otorgó la oportunidad en el recién pasado año 2022, de vivir la experiencia única de las firmas y presentaciones de sus libros en ferias internacionales tales como:

—En la Feria Internacional del Libro de Bogotá, Colombia.

—En la Feria Internacional del Libro de Lima, Perú.

—En la Feria Internacional del Libro de Guayaquil, Ecuador.

—En la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México.

Actualmente, cuenta con nueve títulos publicados en papel de manera independiente en Amazon, KDP (De ellos, tres traducciones al inglés), uno con un contrato editorial con Cosmo Editorial, así como cuatro novelas publicadas en las plataformas anteriormente mencionadas, plataformas que le ayudaron y siguen ayudándole a darse a conocer en el mundo literario con un número de historias que promete ir en ascenso con la ayuda de su imaginación y la de sus lectores que la siguen apoyando en cada proyecto al que le da vida.

Ha fijado su residencia en Portsmouth, Virginia, ciudad del país que le ha dado la oportunidad de dedicarse por completo a sus letras y familia. Espera, poco a poco, ir sumando más logros con su gran pasión y escape.

Es la mayor de tres hermanos y se siente feliz de enorgullecer a su familia con cada meta que se propone y consigue, siempre con el apoyo de los que ama. Se define como una escritora aficionada: ama leer un buen libro y escribe para describir los mundos que imagina en su cabeza. Pero, sobre todo, creé fervientemente que los sueños se cumplen cuando luchas por ellos, cuando no te rindes.

Sigue escribiendo cada día y promete no parar mientras Dios le de vida e imaginación.

Biografía
Carolina Maldonado

Carolina Maldonado, nacida en Buenos Aires, Argentina. Es una persona muy objetiva con sus metas y nada la detiene hasta conseguirlas, por más que le tome tiempo para llegar a ellas. Sin temor a equivocarse y con la mirada hacia el frente siempre se apoya en sus creencias y en su mayor pilar, su hija.

Es una lectora noctámbula y escritora por *hobby* que lleva en su pasión desde el año 2015. Ha escrito desde entonces sus historias en Wattpad, y es hasta su oportunidad de coescribir Sombríos, con su amiga y *partner in crime*: Jasmín Martínez, que vive el sueño de ver publicada parte de su pasión, en un libro con el cual los sentimientos generados han sido innumerables y elevados; llevándola a estados mentales indescriptibles (en conjunto con los personajes) que la mantienen confiando en que esta es la primera oportunidad, de muchas que vendrán, para que más de sus libros vean la luz y recorran el mundo entero.

Por esta razón se mantiene soñando y planeando su próxima historia, prometiendo con ello que seguirá haciendo perder la cabeza a sus lectores.

Notas

[←1]
Referencia a Ace Ventura, detective de mascotas.

[←2]

Vaya pedazo de imbécil que soy.

[←3]

Mi puta favorita.

[←4]

¿Entiendes, dulzura?

[←5]

Sí, así, amor mío.

[←6]

Canción War of Hearts de Ruelle.

[←7]

Cómo te extraño, dulzura.

[←8]

Bienvenido a tu infierno, Gula.